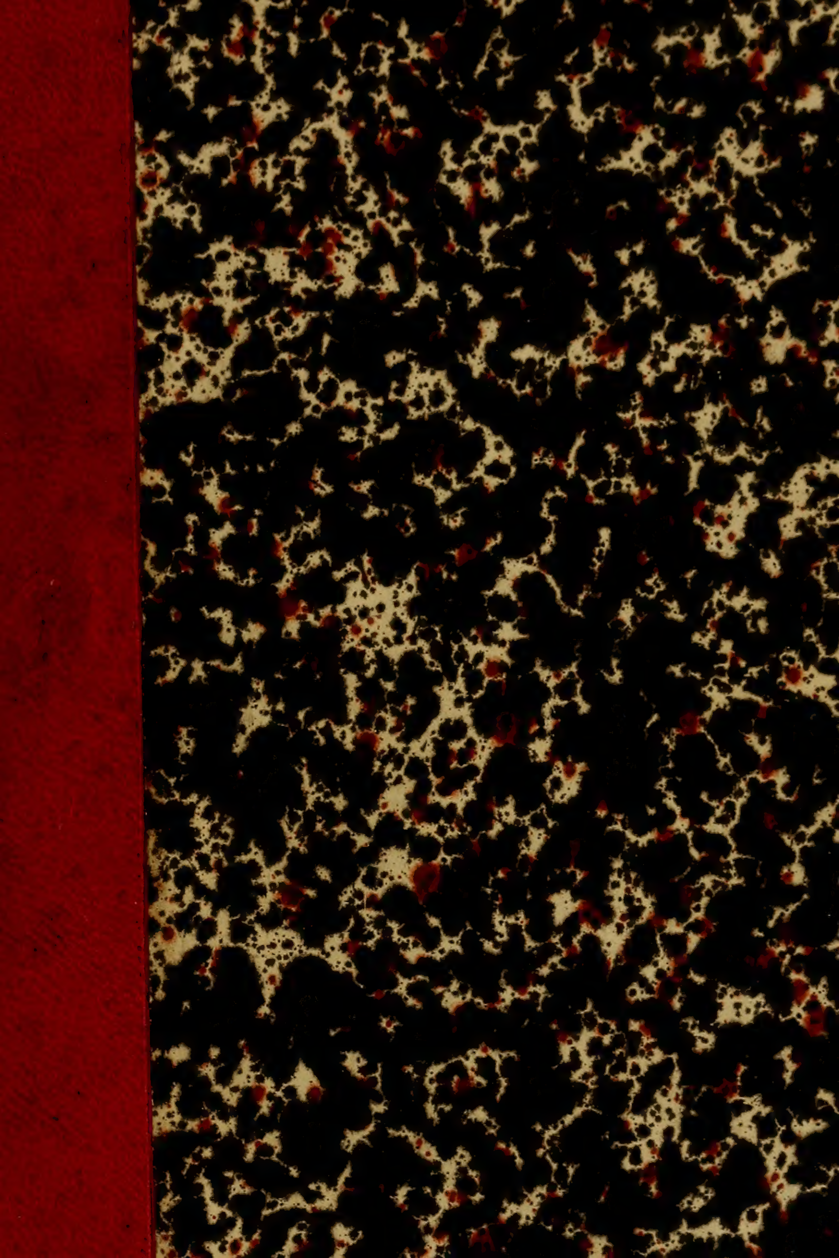



NORTHEASTERN UNIVERSITY
LVX
VERITAS
VIRTVS
FOUNDED
A.D.
1898
BOSTON, MASSACHUSETTS

HISTORIA GENERAL

DE ESPAÑA

Y DE SUS INDIAS.

TOMO QUINTO.

HISTORIA GENERAL

DE ESPAÑA

Y DE SUS INDIAS,

DESDE LOS TIEMPOS MAS REMOTOS HASTA NUESTROS DIAS,

TOMADA DE LAS PRINCIPALES HISTORIAS, CRÓNICAS Y ANALES QUE ACERCA DE LOS SUCESOS OCURRIDOS EN NUESTRA PATRIA SE HAN ESCRITO,

por

D. VICTOR GEBHARDT.

Justitia et veritas.

TOMO QUINTO.

MADRID:
LIBRERÍA ESPAÑOLA,
calle de Relatores, núm. 14.

BARCELONA:
LIBRERÍA DEL PLUS ULTRA,
Rambla del Centro, núm. 15.

HABANA:
LIBRERÍA DE LA ENCICLOPEDIA, CALLE DE O-REYLLI, NÚM. 91.

1864

Barcelona.—Imp. de Luis Tasso, calle del Arco del Teatro, callejon entre los números 21 y 23.—1864.

HISTORIA GENERAL
DE
ESPAÑA Y DE SUS INDIAS.

PARTE CUARTA.

DINASTIA AUSTRIACA.

Desde el año 1516 hasta el 1700.

CAPÍTULO PRIMERO.

Edad moderna.—Estado de los varios reinos de España luego de muerto el Rey Católico.—Carlos I.—Su educacion.—Regencia de Cisneros.—El infante don Fernando.—Adriano de Utrecht.—Carlos I es proclamado rey en Castilla.—Formacion de cuerpos de tropas asalariadas.—Descontento público —Tumultos.—Guerra en Navarra.—Malograda expedicion contra los Berberiscos.—Favoritos de Carlos.- Su codicia.—Su política.—Tratado de Noyon entre España y Francia.—Su confirmacion en Cambray.—Llegada de Carlos á Asturias.—Muerte del cardenal Cisneros.—La *Biblia Polyglota*.—Cortes de Valladolid.—Don Carlos es jurado por rey de Castilla —Recelos de los Castellanos.—Cortes de Zaragoza y Barcelona.—Repugnancia de Aragoneses y Catalanes en jurar á don Carlos en vida de la reina su madre.—Disturbios en Valencia.—Carlos I y Francisco de Francia aspiran á la corona imperial de Alemania.—Obtiénela Carlos.—Toma el título de *Magestad*.—Cortes en Santiago de Galicia.—Servicio pedido por el rey y oposicion de varios procuradores.—El rey se embarca para Alemania.

Desde el año 1516 hasta el 1520.

Llegamos ya á la edad moderna; desde el siglo XVI la civilizacion europea comienza mas que nunca á presentar ese carácter de generalidad que la distingue; desde entonces, para formar verdadero concepto de un acaecimiento en España, es menester elevar y extender la vista, dar una mirada á la Europa entera y tal vez al mundo. Nuestro trabajo, pues, habrá de revestir desde ahora el mismo carácter de los sucesos que narramos.

Muerto el Rey Católico, yerta la mano que con tanto vigor habia empuñado el cetro, los varios reinos que en aquel tiempo constituian la España dieron muestras en breve de experimentar todavía los efectos de la época de transicion por que habian pasado y pasaban aun, que no faltaban seguramente en ellos motivos de disturbios, ni era tan sólida la union de Aragoneses y Castellanos que

no subsistieran todavía los rencores nacionales, y no pensaran algunos en destruirla de nuevo. En Castilla agitábase la nobleza aspirando á favor de las circunstancias á recobrar parte del esplendor antiguo; en Andalucía movióse guerra por don Pedro Giron, hijo del conde de Ureña, para ocupar los estados del duque de Medinasidonia cuya sucesion pretendia por doña Mencia de Guzman su muger; en Navarra volviéronse á encender impetuosamente las dos parcialidades de Biamonteses y Agramonteses, quienes, siguiendo los primeros la voz del rey de Castilla, y aclamando los segundos á los antiguos soberanos, ponian todos el reino en conmocion y trastorno, en Aragon se suscitaron cuestiones poco seguras sobre el gobierno de la corona, que por el testamento del rey don Fernando quedó encargado á su hijo el arzobispo de Zaragoza. A este se opuso el Justicia don Juan de Lanuza con dictámen de que no convenia para la quietud de aquel reino que residiese la potestad absoluta en persona de tan altos pensamientos, de cuyo principio resultaron otras disputas entre los magnates, que, al pasar á la rudeza del pueblo, se convirtieron en peligros para el órden y la suerte del país. En Cataluña acariciábase la idea de separarse de Castilla, y á este efecto parece que se ofreció la corona á don Fernando, duque de Calabria, último descendiente de la infeliz familia napolitana, que por entonces se hallaba encerrado en el castillo de Játiva, mas el príncipe se negó á aceptarla. En Valencia, donde era muy gravoso el estado social de los pecheros, sentíase ya sorda agitacion, preludio de las sangrientas escenas que poco despues habian de afligir al reino. En Nápoles, si bien se oyeron con aplauso las primeras aclamaciones de la reina doña Juana y el príncipe don Carlos, despertóse en breve la aficion á la dinastía antigua, propalándose que el rey don Fernando habia nombrado por heredero de aquel reino al duque de Calabria, rompiendo por fin la murmuracion popular en alarido y declarado tumulto. En Sicilia, finalmente, tomó el pueblo las armas contra el virey don Hugo de Moncada y obligóle á abandonar su gobierno, inquietudes estas que llegaron á echar mas hondas raices que las de Nápoles, porque las fomentaban algunos nobles y gente principal.

Carlos, á quien la muerte de su abuelo y el triste estado de su madre transmitian la pingüe y trabajosa herencia de lo que era entonces la monarquía española, rayaba en los diez y seis años. Habia permanecido siempre en los Paises Bajos donde su tia Margarita de Austria, que fuera por un momento princesa de Asturias, y Margarita de Yorck, duquesa viuda de Borgoña, damas ambas de raro talento y de grandes virtudes, tomaron á su cargo la direccion de su infancia. En 1509 el emperador Maximiliano designó á Guillermo de Croy, señor de Chievres, para reemplazar al príncipe de Chimay como ayo y chambelan de su nieto. La educacion literaria del heredero de tantas coronas se confió á un ilustre profesor de la universidad de Lovayna, Adriano de Utrecht, que ciñó despues la tiara pontificia, y que, hijo de un fabricante de paños, se habia conciliado por su modestia tanto como por su mérito el favor de Margarita de Austria, que, al sacarle de una oscura parroquia rural, hízole nombrar dean de la iglesia de San Pedro en Lovayna. Maximiliano, que alimentaba la esperanza de tener por sucesor á su nieto en la dignidad imperial, habia recomendado particularmente que se le enseñara con toda perfeccion el latin, que era la lengua oficial del imperio; pero el jóven príncipe hizo escasos progresos en las letras antiguas, ya fuese poca aficion

suya participando de la opinion del señor de Chievres, que repetia con frecuencia haber nacido su discípulo para reinar y no para ser un sabio, ya fuese mala disposicion del maestro, que, acostumbrado al retiro del colegio y sin conocimiento ninguno del mundo, no era el mas á propósito para inspirar á un príncipe el gusto de la ciencia. Carlos aprendia tambien difícilmente el español, mientras que se daba con ahinco al estudio de las demás lenguas vivas, y que se apasionaba por las matemáticas, la geografía y sobre todo por la lectura de la historia.

El esfuerzo del futuro conquistador de Tunez revelóse desde muy temprano, si es cierto, como refiere uno de sus historiadores, que le sorprendieron varias veces con un baston en la mano delante de las jaulas de los leones, hostigando con peligro de su vida á aquellos feroces animales. Los ejercicios corporales, que dirigia el señor de la Chaulx, eran necesarios para robustecer la organizacion y favorecer el lento crecimiento del príncipe, que llegó á ser muy diestro en la equitacion y en el manejo del arco y la ballesta. El emperador Maximiliano, afamado entre los mas intrépidos cazadores del Tirol, celebraba las primeras hazañas de su nieto y veia sobre todo con satisfaccion extrema que habia este heredado su aficion á la caza.

Desde su infancia Carlos fué puesto en comunicacion con el pueblo de los Paises Bajos y habia sido como iniciado en los deberes exteriores que impone el poder soberano; pero cuando en 1515 consintió Maximiliano en la emancipacion de su nieto, y tomó este á su cargo el gobierno de los estados de Flandes que llevara á la casa de Austria su abuela María, hija única de Carlos el Temerario de Borgoña, desde aquel momento, por consejo y bajo el impulso de Guillermo de Croy, ejerció una parte muy activa en la gestion de sus intereses, leia cuantos documentos se referian á los negocios públicos, asistia á las deliberaciones de sus consejeros privados y proponíales por sí los asuntos pendientes. Esta sujecion que le imponia su antiguo ayo y universal ministro, á la cual sin murmurar se doblegaba el príncipe, habíale comunicado una gravedad precoz que admiraba á los embajadores extranjeros; sin embargo, nada indicaba aun en él la superioridad de que dió muestras en edad mas adelantada; su constante deferencia á los consejos de Chievres y demás favoritos no anunciaba aquel espíritu capaz y firme que andando el tiempo habia de dirigir los negocios de la mitad de Europa, y nada caracterizaba mejor esta dependencia voluntaria ó la modestia del jóven soberano que la divisa que escribiera en su escudo: *Nondum*, todavía no.

El cardenal fray Francisco Jimenez de Cisneros era el hombre que en Castilla, por encargo de don Fernando el Católico, habia de guardar la autoridad soberana para depositarla en su dia en manos del jóven príncipe extranjero, y seguramente que bien se necesitaba en interés de la monarquía el espíritu enérgico é indomable del cardenal para contener y avasallar los deseos de insubordinacion por largo tiempo reprimidos. El infante don Fernando, hácia quien manifestara siempre su abuelo particular predileccion, creíase designado para regente de Castilla, ignorante como estaba de la variacion que en su perjuicio habia sufrido en Madrigalejo el testamento de Burgos; por esto, luego de acaecida la muerte del Rey Católico, escribió á los del consejo con aire de mandamiento para que fuesen cerca de su persona á Guadalupe, donde él se hallaba, á fin de tomar las resoluciones convenientes al bien del estado. Sorprendidos los consejeros con esta

carta, contestáronle por medio de uno de ellos que no dejarian de ir á Guadalupe, donde le tributarian el debido homenage de respeto, *pero en cuanto á rey*, añadian, *no tenemos otro que el César*, frase erigida desde entonces en proverbio y reputada posteriormente como profecía.

En octubre de 1515, Carlos, que preveia la próxima muerte de su abuelo, habia enviado á España á su antiguo preceptor Adriano de Utrecht, con la mision de encargarse del gobierno de Castilla luego que Fernando hubiese exhalado el último suspiro. Habia pues dos regentes: el uno Cisneros, designado por el testamento del difunto rey, y el otro el dean de Loyayna, nombrado directamente por Carlos de Austria. Para evitar nuevos conflictos convinieron ambos en esperar que el príncipe declarase formalmente á quien de los dos competia la regencia hasta su llegada á España, y hasta entonces gobernar juntos y firmar en comun todos los decretos.

No se hicieron esperar mucho tiempo las nuevas instrucciones de don Carlos: á pesar de repugnarlo los principales miembros de su consejo, el príncipe confirmó en 14 de febrero de 1516 los poderes que Jimenez tenia de Fernando, y sin revocar los de Adriano, en quien manifestaba ilimitada confianza, y á quien elevó en breve á la sede episcopal de Tortosa, limitábase á designarle como su embajador. En la carta expedida en Bruselas llamaba Carlos á Cisneros «Reverendísimo en Cristo padre, Cardenal de España, Arzobispo de Toledo, Primado de las Españas, Canciller mayor de Castilla, nuestro muy caro y muy amado amigo señor,» y le decia «que aun cuando el rey su abuelo no le hubiera nombrado, él mismo no pidiera, ni rogara, ni escogiera otra persona para la regencia, sabiendo que así cumplia al servicio de Dios y al suyo y al bien y pro de los reinos.» Los dos prelados continuaron, pues, administrando el reino de Castilla en comun, y á buen seguro que Cisneros nada sacrificaba en ello: la superioridad de su talento y de su genio sobre el carácter suave y pasivo de Adriano, condenaban á este á la nulidad y á no tener mas que una intervencion nominal en los asuntos del gobierno.

Aunque en el ocaso de su vida, pues contaba ochenta años de edad, el cardenal acometió la empresa de gobernar el reino con la habilidad y entereza que ponia en todas sus obras. Su primer cuidado fué observar los pasos del infante don Fernando, que andaba desabrido con lo que con él sucediera, y para impedir que tomaran su nombre los descontentos, pues por su afabilidad y ser nacido y criado en Castilla, tenia el infante de su parte la inclinacion del pueblo, llevólo consigo á Madrid, cuya villa desde esta época se fué haciendo el asiento y residencia de la corte.

Gran satisfaccion habian causado en Castilla el nombramiento del Rey Católico y la ratificacion del príncipe Carlos; en los pueblos por la santa reputacion de que el favorecido gozaba; en los magnates y en las municipalidades porque bajo la regencia del octogenario prelado esperaban ganar lo que en franquicias perdieran en el anterior reinado. Estos, empero, se engañaban: la robusta autoridad que llegaron á obtener Isabel y Fernando, Cisneros habia de transmitirla toda entera y mas fuerte todavía al nieto y sucesor de los Reyes Católicos. La popularidad y entereza del regente fueron puestas muy luego á muy dura prueba por su mismo soberano: exigió este que se le proclamara rey, título que no podia

llevar en Castilla y Aragon en vida de su madre: en vano representaron Cisneros y el consejo contra lo improcedente é impolítico de semejante paso: Carlos, excitado por sus consejeros flamencos y habiendo alcanzado que como á rey le escribieran el papa y el emperador, persistió obstinadamente en su intento, y en su consecuencia, en los últimos dias de mayo, el cardenal convocó á una junta á los prelados y magnates residentes en Madrid para comunicarles su resolucion de cumplir las órdenes recibidas. Gran oposicion encontraron sus palabras entre los asistentes, apoyados en el legítimo derecho de doña Juana; pero á todo hizo frente la vigorosa fibra del cardenal, que con tono severo dijo haberlos reunido, no para deliberar, sino para obedecer; que su rey les pedia sumision y no consejos, y que al dia siguiente se proclamaria á don Carlos en Madrid por rey de Castilla imitándose este ejemplo en todas las demás ciudades. Asimismo se verificó en los reinos castellanos, pero no en los aragoneses donde la oposicion fué insuperable: protestóse que Carlos no seria reconocido mientras no se presentase en persona á jurar los fueros y libertades, y esto se debió al vigoroso temple de sus hijos y tambien á que la constitucion de estos estados no permitia aun por fortuna que rigiesen sus destinos gobernadores con las máximas absolutas del gran cardenal de España.

Firme este en su propósito de humillar á la nobleza para robustecer la autoridad del trono y centralizar el poder, arrancó á aquella de una plumada cuantas rentas y posesiones le fueron dadas por Fernando V. Entonces fué cuando se le presentaron con enojo el duque del Infantado, el condestable de Castilla y el conde de Benavente, preguntándole con que facultades ejercia tan despótica autoridad en el reino. El cardenal les contestó que en virtud del testamento de don Fernando y de la ratificacion de don Carlos, y como ni aun así se satisfacieran, llevólos como por acaso á un balcon de palacio, y enseñándoles su guardia y el parque de artillería que abajo tenia, díjoles: «esos son mis poderes,» palabras que adquirieron gran celebridad y que nos revelan cuan desacordados andan los que ven en Villalar la muerte de las libertades castellanas. En el reino en que tal cosa se dice y se sufre, la libertad ya no existe.

Sin desviarse jamás el prelado del pensamiento político que, en el estado de desorganizacion á que habia llegado Castilla, era quizás el mas sano y salvador que podia imaginarse entonces, decretó en 16 de mayo de 1516 el *alistamiento de la gente de ordenanza*, pagada de los fondos públicos y mandada por oficiales reales; esta fuerza, que fué uno de los primeros ensayos de los ejércitos permanentes y que llegó á formar un cuerpo de mas de treinta mil hombres, puso á su disposicion recursos que le permitieron proyectar y llevar á cabo las mas atrevidas reformas. Sin embargo, ni los nobles ni los pueblos vieron tampoco con gusto la nueva y trascendental disposicion del regente, los primeros porque la consideraron como un nuevo ataque á sus fueros y ya deprimida importancia, y los segundos por calificarla de intolerable é innecesario tributo y opuesta á las libertades públicas. Valladolid fué la primera que se opuso al alistamiento de mil soldados que habia de hacerse entre sus ciudadanos; Burgos siguió su ejemplo; Leon, Salamanca, Medina y otras ciudades las imitaron, hasta que al fin, doblegada, ya que no vencida, la severidad del cardenal, que aprestaba gente de guerra para sujetar á los sublevados, las amonestaciones que cada dia llegaban

de Flandes en contestacion á las quejas y representaciones de los regentes y de los pueblos, y las promesas de la próxima llegada del rey, aquietaron el general alboroto, y el alistamiento fué poco á poco llevado á cabo en casi todas las poblaciones. Con gran alborozo saludan esta medida muchos historiadores modernos; su criterio histórico solo ve en la creacion organizada de las milicias reales el último golpe á la nobleza, la institucion que remató el pasado estado social. Y con todo, efecto mas que causa, los ejércitos permanentes fueron otro de los medios, el mas ruinoso, á que hubo de recurrir el trono al desaparecer la antigua organizacion nobiliaria, cuando derribadas ó conmovidas las antiguas fuerzas sociales, hubiera podido quedar expuesto sin defensa á los embates de sus enemigos. Merced á la institucion de Cisneros pudieron fácilmente ser vencidas las comunidades; con ella fueron posibles las sangrientas é incesantes guerras de aquel siglo, y bien lo previeron las ciudades al levantarse contra el alistamiento, aun cuando se las venga ahora acusando de que, seducidas por los magnates, no llegaron á comprender la alta y civilizadora idea del regente: alta y civilizadora idea es verdad, pero de la cual podia hacerse muy terrible uso.

En medio de tantos trabajos en el interior, Cisneros hubo de hacer frente á dos guerras exteriores: la una en Navarra contra los Franceses reclutados por Juan de Albret y la reina Catalina, y la otra en Africa contra el corsario Barbaroja, rey de Argel y de Tunez. Los Castellanos á las órdenes de don Fernando Villalba derrotaron á los Franceses en San Juan de Pié de Puerto é hicieron prisionero al mariscal de Navarra. Y terminada así la guerra, el regente para evitar su reproduccion y conservar fácilmente aquel país á la corona de Castilla, acudió al ingenioso medio de desmantelar todas sus plazas fuertes, excepto Pamplona, en la que puso buen presidio de gente y reunió grandes provisiones. El plan del cardenal produjo los buenos resultados que del mismo se prometiera: durante las guerras de los siguientes años los Franceses penetraron varias veces en el territorio abierto de Navarra, pero mientras los Españoles se hallaban en Pamplona libres de todo temor preparando sus fuerzas para salir á campaña, vagaban ellos sin asilo por entre aquellos pueblos sin defensa y hubieron siempre de repasar los Pirineos al primer ataque que los amenazaba. No fué tan feliz la expedicion contra los corsarios berberiscos: las naves españolas, por temeridad ó mal proceder de los caudillos, quedaron derrotadas, y volvieron á la Península sin haber alcanzado cosa alguna.

La solicitud del regente llegaba hasta los paises mas distantes de la monarquía, y á él se debió el envío de una comision á la isla Española para examinar y mejorar el estado de aquellos naturales. Al mismo tiempo se opuso con vigor, aunque sin resultado por haber desbaratado su plan los consejeros flamencos, á la introduccion de esclavos negros en las colonias, porque, segun él pronosticaba, fundado en el carácter de aquella raza, habia de producir al cabo una guerra servil. No habia de tardar la experiencia en justificar sus temores.

Tambien manifestó Cisneros gran energía y entereza para defender y consolidar la Inquisicion como institucion religiosa y política. Los cristianos nuevos habian renovado cerca de Carlos las instancias que dirigieran en vano á Fernando para obtener de él que la Inquisicion se conformase con las prácticas de los demás tribunales, en los que los delatores y testigos eran careados con los encausados.

Ochenta mil escudos de oro ofrecian al rey en caso de acceder á su demanda, mas Cisneros escribió á su vez á Bruselas para disuadir á Carlos de modificar cosa alguna en las instituciones existentes. Recordóle la negativa con que Fernando, su abuelo, habia contestado á aquellos mismos hombres cuando le ofrecieron hasta seiscientos mil escudos de oro en la mas apremiante necesidad de dinero que jamás hubiese experimentado, esto es, al emprender la conquista de Navarra, y añadió que en caso de reformarse la Inquisicion no hallaria esta testigos que quisieran declarar por ser casi seguro que habrian de morir al cabo de poco tiempo asesinados. A estas razones unió el cardenal un cuantioso donativo de sus propias rentas, y los enviados de los Judíos y Moros hubieron de abandonar Bruselas sin haber conseguido el objeto de su embajada.

No fueron estos trabajos los únicos del cardenal, ni la oposicion que encontraba en Castilla la sola á que debiese hacer frente su varonil entereza: los consejeros íntimos de Carlos veian con enojo el exclusivo poder que se arrogaba, y prevaliéndose de su influjo sobre el jóven monarca, anhelaban dirigir los negocios todos de la Península como lo verificaban ya en los Paises Bajos. Envidiosos de la extraordinaria capacidad del cardenal, y lastimados por la independencia de su carácter, reputábanle mas bien émulo para coartar su autoridad que ministro ocupado en aumentar el poder y la grandeza de su soberano. Mejor que todos lo comprendia este, y como por otra parte las reformas de Cisneros permitian satisfacer la codicia de los cortesanos, Chievres juzgó conveniente disimular por mas tiempo aun y contemporizar con el inflexible regente. Esto hacia que poco aprovechara Castilla de las economías y arbitrios ideados por su gobernador; grandes remesas de dinero se hacian contínuamente á Flandes bajo diferentes pretextos, y como llegase á saberse que allí los empleos de estos reinos se vendian y se daban al mejor postor, corrian allá los pretendientes eclesiásticos, civiles y militares, con cuantos fondos podian reunir, todo con gran escándalo del reino, del rígido cardenal y del consejo, quienes procuraban, aunque en vano, con enérgicas representaciones poner freno á inmoralidad tan pestilencial y corruptora. «En los meses que V. A. se sienta en el trono, decian á don Carlos, lleva mas gastado que los Reyes Católicos, sus abuelos, durante los cuarenta años de su reinado.»

En efecto, á todos los de la corte de Bruselas, segun el obispo de Badajoz que residia cerca del jóven Carlos, podia dirigirse mas ó menos el feo cargo de enriquecerse por semejantes medios; hasta el mismo Chievres parecia animado de insaciable codicia, y por esto se oponia á las súplicas de Cisneros para que Carlos con su presencia pusiese fin cuanto antes al lastimoso estado de Castilla; temia verse oscurecido y eclipsado por el ascendiente del talento, de las virtudes, de la veneracion del anciano y político Cisneros. Para ver de apaciguar las quejas y robustecer al propio tiempo el menguado influjo del dean Adriano, limitóse á enviar á Castilla uno en pos de otro á La Chaulx, flamenco de hábil y sutil entendimiento, y á Amerstorff, noble holandés que gozaba de gran reputacion de firmeza. Todo, empero, fué inútil para disminuir en un ápice el poder del cardenal, cuya superioridad dominó á los recien llegados como habia dominado á Adriano, y la voluntad de Cisneros fué la única que reinó en Castilla.

En la corte de Bruselas dominaba la influencia francesa desde la emancipa-

A. de J. C. cion de Carlos, y todos los esfuerzos de los favoritos del nuevo soberano dirigianse á mantener con aquella corona relaciones de paz. Por esto cuando la muerte del Rey Católico suscitó entre Carlos y Francisco I de Francia las dos graves cuestiones de Nápoles y de Navarra, apresuráronse á abrir conferencias que en agosto de 1516 dieron por resultado el tratado de Noyon; en él se estipuló que Carlos casaria con Luisa de Francia, que contaba entonces un año, hija de Francisco, quien renunciaria á favor de la misma á todas sus pretensiones sobre Nápoles, y en cuanto á Navarra, Carlos se obligó á satisfacer á Enrique de Albret, hijo de Juan y de Catalina. Ambos príncipes en señal de amistad enviáronse recíprocamente el collar de sus órdenes, y el emperador Maximiliano, abandonando sus belicosos designios, se adhirió y ratificó el tratado.

1517 El año 1517 empezó para Cisneros con funestos auspicios: el inmenso trabajo que sobre sí soportaba habia alterado gravemente su salud, débil ya con el peso de los años; alcanzábanse unas á otras sus frecuentes indisposiciones, y aunque su espíritu sobrepujaba al deterioro de sus fuerzas, apenas se le veia convaleciente cuando anunciaban los médicos una nueva recaida. Además, habia crecido con el tiempo la indignacion de la tierra contra la desatentada conducta de la corte de Flandes, y entre la nobleza descontenta y las ciudades exasperadas reinaba en Castilla una fermentacion amenazadora de graves peligros. Burgos, Leon, Valladolid y otras poblaciones protestaron abiertamente contra la venalidad de los flamencos, y solicitaron la convocacion de cortes para remediar cuanto antes el general descontento. No era este medio muy acepto al cardenal, mayormente en la agitada crísis que el reino atravesaba, así es que imposibilitado de acallar la justa exasperacion de los pueblos, poco conforme con sus compañeros de regencia, con sobra de enemigos dentro del reino, hallábase el regente en posicion cada vez mas embarazosa, de la cual no veia mejor medio de salvacion que la próxima llegada del monarca, á quien, además de instancia sobre instancia para que lo verificara, envió la armada que habia de conducirle á España.

Grande era la divergencia de opiniones que sobre este punto reinaba en los varios reinos de la Península: decian unos que don Carlos no vendria nunca, otros que suspenderia su viage hasta que se viese libre de la tutela de sus favoritos, y no faltaba, por fin, quien asegurase que no transcurriria aquel año sin que se hallara entre sus nuevos súbditos. En favor de unos y otros pareceres se apostaban joyas y grandes cantidades de dinero, que por fin vinieron á ganar los que sustentaban lo último. Carlos, instado tambien por Maximiliano, llegó á convencerse de que no podia diferir por mas tiempo su viage, y resolvió venir á España; antes, empero, él ó sus consejeros juzgaron prudente estrechar mas aun su alianza con Francisco I, y en marzo de 1517 los negociadores del tratado de Noyon, Chievres y Artus Gouffier celebraron nuevas conferencias en Cambray, en las que confirmaron ostensiblemente la alianza antes celebrada entre el rey de España y el emperador de una parte y el rey de Francia de otra. Adelantando mas todavía, á fin, decian, de apartar todo pretexto de guerra, convinieron secretamente en una nueva liga contra Venecia, cuyos despojos habian de servir para conciliar todas las pretensiones. En favor del rey de España ó de su hermano don Fernando habia de crearse un *reino de Italia*, al que servirian de fundamento las señorías

de Venecia y de Florencia, y para Francisco I se instituiria el *reino de Lombardía*, formado principalmente del ducado de Milan, del Piamonte y de la señoría de Génova, quedando ambos reinos en feudo del emperador. Estipulóse además que este tratado se consideraria de ningun valor á no ser puesto en ejecucion dentro del plazo de dos años. Libre ya Carlos de estos cuidados, pensó en su hermano Fernando, que podia darle inquietud en Castilla, y escribió á Jimenez para que separase del lado del infante á don Pedro de Guzman, comendador de Calatrava, y al obispo de Astorga, que al parecer excitaban mas de lo justo la ambicion del mozo, y los reemplazara con otras personas que nombraba.

El mismo dia en que firmó esta carta (7 de setiembre) embarcóse el rey en Flessingue con su hermana doña Leonor, el señor de Chievres, el canciller de Borgoña Sauvaige y numeroso séquito de nobles flamencos. Para atender á los gastos de su viage y hacer frente á las nuevas agresiones del duque de Gueldre, antiguo enemigo de su casa, habia tomado á préstamo de su tio Enrique VIII de Inglaterra la suma de cien mil florines de oro. Despues de doce dias de navegacion llegó la armada real á las playas de Asturias, y Carlos desembarcó en Villaviciosa.

Cisneros, que con afan se habia puesto en marcha para presentarse al rey, habia debido detenerse enfermo en el monasterio de San Francisco de Aguilera, cerca de Aranda de Duero, y allí supo la buena nueva con tanta ansiedad esperada. Enturbió, empero, su alegría saber la falange de extrangeros que Carlos habia llevado consigo y cuyas malas mañas respecto á España sabia, y así fué que sin pérdida de momento escribió al soberano para que los despidiera y apartara de su lado, dándole además prudentes y saludables consejos para la gobernacion de sus reinos y concluyendo por pedirle una entrevista á fin de informarle de lo que á su servicio convenia. A este mensage contestó el rey con otro expresando al cardenal el mas vivo interés y la mayor deferencia; pero los ministros flamencos, temerosos del ascendiente de Jimenez, y muchos grandes de Castilla que se habian presentado ya al monarca, dirigieron sus esfuerzos á impedir que se hallasen reunidos y á neutralizar las favorables disposiciones que manifestara Carlos hácia el ilustre prelado que le conservara los reinos de Castilla. Por todos los medios posibles procuraron detenerle en el norte de la Península, y luego, bajo su influencia, mientras se hallaba don Carlos en el monasterio del Abrojo, distante tres leguas de Valladolid, el jóven príncipe escribió al cardenal una nueva carta por la que, no solo le privaba de la regencia, sino que le separaba de los negocios públicos, diciéndole que se verian en Mojados y que en seguida podria retirarse á su diócesis para cuidar de su salud y pasar con tranquilidad el resto de sus dias, asegurándole que siempre le honraria él como lo hubiera hecho con su propio padre. Cuando esta carta llegó á Roa, donde el cardenal se habia hecho trasladar con no poco trabajo, hallábase este en las puertas del sepulcro. Adriano, que le acompañaba, no le comunicó la decision real, y Jimenez murió, dicen algunos, sin tener conocimiento del acto de ingratitud arrancado á la debilidad de Carlos. Otros sustentan, por el contrario, que aquella carta fué el golpe mortal que acabó con el prelado, quien entregó su alma á Dios el dia 8 de noviembre de 1517, conservando íntegras sus facultades intelectuales y repitiendo aquellas palabras del salmo *In te, Domine, speravi*, á la edad de ochenta y dos años. Por

algunos se insinuan sospechas de que muriese de veneno que le dieran en una trucha; mas para la historia no aparecen aquellas justificadas en monumento alguno. Su cadáver, revestido con los hábitos pontificales, fué expuesto al público bajo de un dosel, y multitud de gentes de todas clases acudieron durante muchos dias á besar sus piés y sus manos. Trasladado luego con gran pompa á su colegio de Alcalá de Henares, se le hicieron, en contravencion á lo por él dispuesto, magníficos funerales, en los que un doctor de la universidad pronunció un panegírico de sus virtudes, lleno de punzantes alusiones contra los ministros extrangeros.

Así acabó aquel hombre extraordinario, el mas notable de su tiempo. Su carácter le elevó sobre las flaquezas y debilidades ordinarias de la humanidad, y sus empresas fueron tan atrevidas como audazmente ejecutadas. Prudente, religioso, magnánimo y sufrido, su genio solo puede ser acusado de que, amigo de los aciertos y activo en la justificacion de sus dictámenes, perdia muchas veces lo conveniente por esforzar lo mejor, sin que bastara su celo á corregir los ánimos inquietos tanto como á irritarlos su integridad. Durante su regencia nunca habia cesado de macerar su cuerpo con rudas y frecuentes penitencias; consagraba á ejercicios de piedad muchas horas del dia, celebraba exactamente la misa, concedia algunas horas al estudio y muy pocas al sueño, y á pesar de esto asistia con regularidad al consejo, recibia y leia cuantos papeles le presentaban, dictaba cartas é instrucciones, y presidia al despacho de todos los negocios. Fué irreprensible en su conducta moral, y aun en la corte se ajustaba rigurosamente á los preceptos de su regla del mismo modo que cuando vivia en el claustro. Invertia sus grandes rentas en socorrer á los pobres y en grandes objetos de utilidad pública en vez de levantar la fortuna de su familia, á quien se contentó con proporcionar un decente mantenimiento. Intrépido guerrero y mas aficionado, segun él mismo decia, al olor de la pólvora que á los suaves perfumes de la Arabia, las letras tuvieron tambien en él un constante protector, bastando recordar aquí su famosa fundacion de Alcalá de Henares. Como político fué sin duda el ministro mas hábil y el mejor de todos los que por aquel tiempo parecieron suscitados por la Providencia para ayudar á la constitucion de las grandes monarquías; y si le vemos profesar abiertamente el principio de que el soberano debe confiar ante todo en sus soldados para tener seguro el respeto y la obediencia de sus súbditos, si manifestó poco respeto á las leyes fundamentales de Castilla y á la suspicacia legítima á veces de las clases, aun así, á pesar de que amaestrados por la experiencia, conozcamos ahora habernos conducido aquella senda á muy fatales desengaños, la figura de Cisneros es y será siempre en la historia de España, por sus virtudes, por su levantada índole, por su talento, por las glorias que dió á la patria, una de sus mas grandes é interesantes figuras.

Otra de las obras de Cisneros que ha de merecer en este libro mencion especial, puesto que por sí sola hubiera sido suficiente para hacer su nombre imperecedero en la república de las letras, fué su famosa *Biblia Polyglota*, llamada tambien *Complutense*, de la antigua Complutum (Alcalá), en donde fué impresa. Hízose bajo el plan que por primera vez ideó Orígenes de presentar reunidas las Sagradas Escrituras en sus diversas lenguas antiguas. De inmensa dificultad era la obra así por los variados conocimientos que exigia, como por el atraso en que se hallaba todavía la imprenta; mas de todo triunfó el genio del cardenal

ayudado de nueve literatos peritos en las antiguas lenguas (1). De Leon X, cuyo A. de J. C.
generoso espíritu holgó sobremanera de la empresa, alcanzó que le franquease la preciosa coleccion de códices del Vaticano; adquirió copias de cuantos manuscritos interesantes del Viejo y Nuevo Testamento habia en Europa; pagó cuatro mil coronas de oro por siete manuscritos hebráicos, que hizo venir de diversas regiones; recogió en España ejemplares del Viejo Testamento de los siglos mas remotos que habian pertenecido á los Israelitas; estableció fundiciones en Alcalá, hizo venir de Alemania maestros para fabricar los caracteres de las diversas lenguas que se necesitaban, y en 1517, quince años despues de haberse empezado, algunos meses antes de su muerte, tuvo Cisneros el placer de ver terminada la obra que formaba seis tomos en fólio, consagrados los cuatro primeros al Viejo Testamento, el quinto al Nuevo, y el último á un vocabulario hebreo y caldeo y á otros tratados elementales muy eruditos y de mucho trabajo. Obra fué esta que supo con admiracion Europa, y que fué celebrada como un acaecimiento de los mas extraordinarios. «De todos los actos de mi gobierno, decia alegre el cardenal á sus amigos, no hay ninguno de que me debais congratular tanto como de esta edicion de las divinas escrituras (2).»

Pasados algunos dias de la muerte del cardenal, luego que Carlos hubo visto en Tordesillas á su madre y en Mojados á los del consejo, verificó su solemne entrada en Valladolid (18 de noviembre), en cuya ciudad fué agasajado con grandes fiestas y especialmente con justas y torneos á la usanza de la época. Sin embargo, desde el primer momento los consejeros flamencos que con él estaban le precipitaron por malos pasos, que lo fueron indudablemente, atendida la suspicacia legítima de aquellos naturales, haber distribuido entre sus cortesanos las dignidades y empleos que el ilustre Cisneros dejaba vacantes. Para la sede arzobispal de Toledo, en aquel tiempo la mas importante despues del pontificado, á la que aspiraba entre otros el arzobipo de Zaragoza, tio del rey, fué nombrado un sobrino de Chievres que ni tenia en el reino de Castilla carta de naturaleza y ni siquiera contaba veinte años; Sauvaige fué creado canciller de Castilla, Guillermo de Croy recibió el ducado de Soria en el reino de Nápoles y el cargo de almirante de aquel reino; á Adriano de Utrecht se dió el capelo de cardenal, y en una palabra, para los Flamencos eran todos los cargos y favores con grave enojo de los Castellanos, aun de aquellos que mas solícitos en un principio se mostraron en favor del nuevo rey.

En 12 de diciembre expidióse la convocatoria de cortes para enero del próximo año, y era evidente al considerar el estado de los ánimos que el reconocimiento formal y solemne del monarca y el juramento mútuo que habia de hacerse en ellas al principio de cada reinado, habian de dar lugar á oposicion y á propósitos reveladores del general disgusto. Así mismo sucedió: en la junta preparatoria, tenida el dia 2 de febrero de 1518, hubo ya grande y fundada alteracion 1518
porque Sauvaige acompañaba en la presidencia al obispo de Badajoz, y un letra-

(1) Fueron estos Lebrija, Nuñez (el Pinciano), Lopez de Zúñiga, Bartolomé de Castro, el griego Demetrio y Juan de Vergara. A ellos se agregaron despues los judíos conversos Pablo Coronel, Alfonso Médico y Alfonso Zamora.

(2) Los manuscritos que sirvieron para esta célebre edicion fueron trasladados en 1837 de Alcalá á la biblioteca de la universidad de Madrid, en donde existen aun actualmente.

do flamenco aparecia como asistente junto á don García de Padilla. El doctor Juan Zumel, procurador por Burgos, hízose eco con vehementes palabras del disgusto de la asamblea, la que, á fin, segun dijo el diputado, de que el príncipe estuviese advertido de lo justo para que, observándolo, se evitasen alteraciones y desacatos, acordó desde aquellos momentos dirigir al rey una peticion exponiéndole los deseos del reino. Tres dias despues celebróse la sesion régia, y al discurso del obispo de Badajoz, pidiendo á los diputados que prestasen el juramento de fidelidad segun costumbre, contestó Zumel con otro, diciendo que los procuradores del reino besaban las manos á su soberano y se hallaban prontos á jurar lo que se les pedia, siempre que S. A. jurase tambien los privilegios y las libertades de los pueblos y con especialidad las leyes que vedaban dar oficios y beneficios á extranjeros. Juró don Carlos explicitamente lo primero y con ambigüedad lo segundo, á pesar de lo cual los prelados, magnates y procuradores le juraron solemnemente, á condicion de que en todos los actos públicos fuese pospuesto el nombre de Carlos al de su madre doña Juana y de que si esta recobrase en algun tiempo la razon reinase y gobernase sola. Acto contínuo votaron las cortes un servicio extraordinario de doscientos cuentos de maravedis pagaderos en tres años, á condicion de que mientras se cobrasen no se pidieran mas tributos sino en caso de necesidad extrema. En seguida presentaron los diputados al rey un memorial conteniendo ochenta y ocho peticiones para que no hiciera salir de España al infante don Fernando hasta contraer matrimonio y dejar asegurada la sucesion á la corona de Castilla, para que se revocaran los nombramientos de oficios hechos en extranjeros y no se hicieran otros nuevos, para que el rey hablase castellano á fin de que se entendiesen mejor él y sus súbditos, para que no se extrajese de Castilla moneda de oro ó plata ni caballos, para que no se enajenase cosa alguna de la corona y del patrimonio real, para que diese el monarca personalmente audiencia al menos dos dias por semana, para que se mantuviera el reino de Navarra en la corona de Castilla, para que se conservaran á los monteros de Espinosa sus privilegios acerca de la guarda de su real persona (1), para que á nadie se obligase á tomar bulas ni para ello se hiciesen extorsiones, para que los obispados, dignidades y beneficios que vacaran en Roma se proveyesen por el rey, para que no pudiesen hacerse mandas de bienes raices á manos muertas, para que en el oficio de la santa Inquisicion se hiciese justicia guardando los sagrados cánones y el derecho comun, y otras cosas en interés de la tierra.

Por el carnaval y con motivo de la jura repitiéronse en la ciudad las justas y los torneos, en los que agradó mucho el rey por su gallardía y denuedo, tanto como poco antes por su conducta en las cortes diera pocos indicios de su grandeza futura. Y como nada se habia corregido en la mala administracion del reino, como los extranjeros que rodeaban al rey manifestaban el mismo orgullo excesivo, la misma injusta parcialidad y la misma cínica codicia que en los prime-

(1) Los monteros de Espinosa fueron instituidos por el conde de Castilla don Sancho García, quien mandó que de noche guardasen su persona doce vecinos de la villa de Espinosa en las montañas de Castilla la Vieja. El primero que tuvo este oficio y fué cabeza de los doce fué montero del conde y tambien natural de Espinosa. Fernando el Católico aumentó su número hasta veinte y cuatro, y al retirarse doña Juana á Tordesillas hasta cuarenta y ocho.

ros dias, la aversion habia crecido en vez de disminuir cuando Carlos, despues A. de J. C.
de informar á su aliado Francisco I del resultado de las cortes, se dispuso á partir para Aragon, donde no habia sido aun reconocido ni jurado. Sin cuidar mucho de los síntomas que este disgusto revelaban, tomó el rey una disposicion que habia de disminuir sus peligros: bajo pretexto de acceder á los deseos de Maximiliano envió su hermano á Flandes, á pesar de la peticion que le dirigieran los procuradores de Valladolid, y él, acompañado de los embajadores de los soberanos aliados, de sus ministros y de sus caballeros castellanos y flamencos siguió su viage á Aragon, llegando por mayo á la ciudad de Zaragoza.

Fuerte y obstinada oposicion encontró Carlos en las cortes de aquel reino, que se negaban rotundamente en un principio á darle el título de rey en vida de la que legítimamente lo llevaba, y de ahí se originaron sangrientos choques entre algunos nobles aragoneses y otros castellanos que habian hablado de sujetar el reino por fuerza de armas. Ocho meses costó á Carlos alcanzar que los cuatro brazos de Aragon le jurasen juntamente con su madre, despues que hubo él jurado mantener sus leyes, usos y libertades, y que le otorgasen un servicio de doscientos mil ducados, á condicion de que se invertiria la mayor parte de esta suma en satisfacer deudas de la corona. Durante la reunion de las cortes, muerta poco antes la hija del rey de Francia con quien se habia concertado el matrimonio de Carlos en el tratado de Noyon, llegaron á Zaragoza embajadores de Francisco I y del jóven rey de Navarra, pidiendo la restitucion de este reino, pero ni el rey ni los nobles castellanos de su consejo parecieron dispuestos á acceder á ello. Poco despues se celebraron conferencias en Montpeller para arreglar amistosamente el asunto, pero tampoco dieron resultado alguno.

A excitacion del legado del Papa entró el nuevo rey de España en la liga y confederacion que tres años antes habian hecho los reyes de Francia é Inglaterra contra los Turcos, que amenazaban á la cristiandad. En su consecuencia expidió órden al virey de Sicilia don Hugo de Moncada para que con sus naves pasara á la costa africana á guerrear con el corsario Barbaroja. La expedicion, aun cuando sufrió algunos desastres por las borrascas y las armas del pirata, dió al fin por resultado la toma de Gerbes.

Durante la permanencia del rey en Zaragoza fué acometido por uno de los violentos excesos nerviosos á que estuvo sujeto en su juventud y que tan pronto habian de quitar el vigor á su cuerpo: oyendo misa en la catedral en medio de gran concurso de gente, el rey cayó desvanecido y permaneció dos horas exánime y sin conocimiento con gran susto de los cortesanos y de cuantos supieron el mal sobrevenido.

En febrero de 1519 llegó la corte á Barcelona, y aquí fué la oposicion de 1519
todas las clases mas obstinada y difícil de vencer que en otra parte alguna. Reunidas las cortes del Principado, acabaron, empero, por verificar aunque de mal talante lo mismo que las de Castilla y Aragon, si bien se mostraron mas parcas en el otorgamiento de caudales. Por sus exacciones, dice Robertson, se habian hecho los flamencos tan odiosos, que el deseo de mortificarlos y de burlar su codicia daba mas fuerza á los recelos con que los pueblos libres suelen acoger las demandas de dinero.

Durante la estancia del rey en Barcelona, en cuya catedral se celebró por en-

tonces (marzo de 1519) capítulo general de la órden del Toison de Oro, único en España, las turbulencias que afligian hacia algun tiempo al reino de Valencia tomaron un carácter de peligrosa gravedad. Con motivo de la peste que desolaba entonces á aquella capital huyeron de ella las autoridades, los nobles y otras personas de importancia, dejándola casi abandonada á los artesanos y á la ínfima plebe. En semejantes circunstancias propalóse la voz de que los Moros argelinos preparaban un desembarco en aquellas costas, y esto fué causa de que se armaran todos para rechazarlos. La muerte dada por el pueblo á un panadero á quien se acusaba del delito de sodomía, fué la señal que abrió la valla á los excesos de la armada turba, que, capitaneada por un cardador llamado Juan Lorenzo y por un tejedor de lana por nombre Guillen Castellví, conocido por Sorolla, tomó la bélica y agresiva actitud que habia de ser despues causa de tantas desgracias. Para el gobierno de la ciudad y la defensa del reino contra los Moros y del pueblo contra los nobles nombróse una junta de trece artesanos que se llamó Germania (*Hermandad*), y abiertamente se declaró en sedicion, si no contra el rey, contra los nobles y gente principal, alguna de cuyas casas fueron saqueadas y sus personas amenazadas con la hoguera. No se descuidaron estos en enviar comisionados á Barcelona para que pusiera el rey remedio á tan graves excesos, pero ignorante aquel de la índole de la tierra, y descontento de la nobleza aragonesa y catalana, que tan reacia se habia mostrado á sus pretensiones, limitóse á expedir una real cédula prohibiendo á los gremios presentarse armados sin autorizacion del gobernador. Sin embargo, tambien la Germania envió sus diputados á Cataluña, y al propio tiempo que, apremiado por otros sucesos, negaba Carlos al clero y á la nobleza valenciana su peticion de que fuera en persona el monarca á prestar el juramento á sus leyes, disponiendo que se congregaran las cortes de aquel reino bajo la presidencia del cardenal Adriano, concedia á la junta popular el uso de armas y la facultad para tener sus revistas militares. Condescendencia y ceguedad del rey fueron estas que dieron motivo á los lamentables sucesos que á su tiempo explicaremos.

A poco de haber llegado Carlos á Barcelona, estando en el monasterio de Montserrat, habia recibido la noticia de un acaecimiento interesante en alto grado para él y para el mundo. Su abuelo Maximiliano I, rey de Romanos y emperador electo, murió en Wels el dia 12 de enero de 1519, y esta muerte, al romper la paz profunda y general que reinaba en el mundo cristiano, excitó entre dos príncipes una rivalidad que conmovió la Europa entera y dió causa á guerras como no se habian visto desde los tiempos de la república romana.

La corona imperial era electiva y conferíanla desde el siglo XIII siete altos dignatarios que representaban el gran cuerpo germánico, es decir los príncipes seculares, los prelados ó abades, las ciudades imperiales, los condes territoriales, los señores mediatos, etc. Estos siete electores eran los arzobispos de Maguncia, de Tréveris y de Colonia, el rey de Bohemia, el duque de Sajonia, el conde palatino de Baviera y el margrave de Brandeburgo. No fué el descendiente de los emperadores quien aun en vida de Maximiliano dió los primeros pasos para obtener la espectativa del título imperial; desde 1516 Francisco I sondeó y ganó á algunos electores, y Carlos, que lo supo antes de embarcarse para España, encargó á uno de sus ministros que informara al emperador de estos hostiles ma-

nejos, que reclamara la cooperacion de su abuelo para lograr que prevalecieran sus propias pretensiones, y que pusiera á su disposicion los medios de conciliarse el favor del colegio electoral. Maximiliano, despues de abrigar por algunos momentos el extraordinario designio de unir la tiara á la corona imperial, y el otro no menos singular de abdicar su dignidad en favor de Enrique VIII de Inglaterra, quiso, y esto era mas natural, transmitir la corona á su descendencia haciendo elegir rey de romanos á Carlos ó á Fernando, para lo cual siendo necesario dejar de ser emperador electo y recibir la corona de manos del Papa, solicitó de Leon X el envío de legados á Alemania á fin de que le dieran la consagracion que le faltaba para ser verdaderamente emperador. Su voluntad se inclinaba primeramente hácia Fernando, creyendo que la grandeza de la casa de Austria seria mas duradera sosteniéndola dos príncipes que concentrando el poder en manos de uno solo, mas como este plan era favorable á los intereses de Francisco I, encontró gran oposicion entre los consejeros del emperador; dijéronle que el interés de su casa se oponia á una division que disminuiria su poder; que uniendo la corona imperial á la de España, Carlos tendria bastante fuerza para subyugar la Italia entera; que la realizacion de este proyecto daria, no solo gloria y grandeza á su posteridad, sino reposo y dicha á todos los cristianos, á quienes libraria de la barbarie turca, que á principios del siglo XVI amenazaba á Europa por Oriente, como á principios del siglo VIII la amenazaron los Arabes por la parte de Occidente, pareciendo tambien entonces próxima la hora en que habria de decidirse la supremacía del cristianismo ó de la religion de Mahoma; que la dignidad imperial, por tanto tiempo poseida por la casa de Austria, no habia sido hasta aquel tiempo mas que un magnífico título sin autoridad real, así por la propia impotencia del mismo Maximiliano como por la de sus predecesores, y que para volverla á su antiguo brillo, era el mejor medio tener por sucesor al Rey Católico. Estas razones persuadieron á Maximiliano.

Y en efecto, las antiguas y robustas prerogativas de los emperadores germánicos habian sido envueltas en la ruina de la poderosa dinastía de Hohenstauffen. Despues del gran interregno, la ambicion y los celos de los príncipes del imperio solo dejaron á Rodolfo de Habsburgo un título en cierto modo honorífico, que los emperadores austriacos, esforzándose en hacer la dignidad imperial hereditaria en su descendencia y engrandeciendo sus dominios, procuraron realzar poco á poco. Un emperador sin estados no habria sido mas que el primer funcionario de Alemania, pero convertíase en señor soberano de todos los demás reyes y magnates á poderse apoyar en una gran monarquía. Al disputarse, pues, la corona imperial, lejos de desear un título vano, Carlos I de España y Francisco I de Francia aspiraban verdaderamente á la preponderancia de Europa.

En abril de 1518 dió principio Carlos á sus negociaciones con los electores por medio de un embajador. No es de este lugar referir cuanto hubo de dádivas escandalosas y de intrigas cortesanas por parte de los dos aspirantes, ni tampoco la venal é inconstante conducta de los electores, aplicados en su mayoría á reportar del negocio cuanto provecho les fuese posible; y solo hace á nuestro objeto manifestar que el oro de las Indias y los servicios de España contribuyeron no poco á la generosidad que pudo manifestar nuestro monarca. La rivalidad, ya pública entre él y Francisco I, no habia modificado todavía el carácter pacífico y aun

amistoso de sus relaciones, si bien es cierto que el rey de España, siguiendo en esto los consejos de Margarita de Austria, sin cejar en sus designios, procuraba no herir la susceptibilidad del vencedor de Marignan é impedir un rompimiento impertinente y peligroso. Entre otras pruebas de deferencia que Carlos prodigó á Francisco, cuéntase haber solicitado la mano por muerte de su prometida Luisa de la princesa Carlota, última hija del Francés, quien recibió la proposicion con extremada alegría.

El fallecimiento de Maximiliano reanimó el fuego de la lucha y las esperanzas de Francisco I, cuya ambicion ardiente é impetuosa derramaba á manos llenas el oro y las promesas. Otro rival se le presentó en Enrique VIII de Inglaterra, que poco antes habia escrito á los reyes de Francia y España prometiendo á cada uno favorecer sus pretensiones, y que se presentaba ahora como un tercero en discordia; sin embargo, convencido en breve su embajador de que no habia para él probabilidades de triunfo, tomó el partido de mantenerse en actitud reservada, sin favorecer á ninguno de los contendientes.

En esta lucha de intereses y de ambiciones, los cantones suizos se declararon por el rey de España en odio á los Franceses, y por el de Francia la república de Venecia, celosa de la casa de Austria. Solo Leon X, temeroso de lo porvenir y de la seguridad europea, veia con temor la exaltacion al imperio, así del uno como del otro pretendiente, y para combatirlos á los dos, prefiriendo á ellos Lorenzo de Médicis ó un príncipe aleman de no tan formidable poder, aparentó proteger á Francisco, convencido de que las probabilidades que tenia este de triunfo eran muy pocas y muchas las del Rey Católico. Lisonjeábase así de que este al verle abrazar los intereses de su rival, consentiria quizás en hacer elegir á un tercero, temeroso de la victoria del Francés, y con estas instrucciones envió el Papa á Alemania sus legados, quienes se apresuraron á notificar á los electores que no podian conferir la dignidad imperial á Carlos, rey de Nápoles, en cuanto este reino era tributario de la Iglesia, y su poseedor, en virtud de la constitucion de Clemente IV, no podia elevarse hasta aquella. Leon X era menos absoluto en las relaciones directas que mantenia con don Carlos: no le ocultaba que habria deseado un emperador menos poderoso que el rey de España y que el rey de Francia, pero en caso de elegir entre uno de los dos daba á entender que se inclinaria por el Rey Católico, á quien acabaria por conceder las dispensas necesarias.

La dieta electoral habia sido convocada en Francfort del Mein para el 17 de junio, y mientras los delegados franceses, llegado este dia y reunidos los electores, continuaban su sistema de corrupcion, el partido austríaco acudió á la intimidacion. Al abrirse la dieta veinte mil infantes y cuatro mil ginetes de la liga de Suavia, tomados á sueldo por el Rey Católico, que se anticipó en esto á su rival, rodearon la ciudad con gran consternacion de los partidarios de Francisco I y alegría de los de Carlos de Austria.

Oida la misa del Espíritu Santo y prestados los juramentos de estilo, abrióse la sesion el dia 18 leyéndose las cartas que los embajadores de los reyes de España y de Francia dirigian á los electores en solicitud de sus votos. El lenguage de Carlos respiraba varonil orgullo y noble ambicion: decia estar resuelto á seguir las huellas de su abuelo el rey de Aragon, conquistador de Granada, combatiendo como él á los infieles, y solicitaba el imperio para realizar mas

cumplidamente este designio. «Nuestro verdadero propósito, añadia, es establecer y conservar la paz en toda la cristiandad y consagrar nuestras fuerzas todas y todo nuestro poder al mantenimiento de nuestra fe.»

De mal en peor iban los asuntos de Francisco I: el cardenal legado, obedeciendo á nuevas instrucciones de Leon X, manifestó á los electores que el Sumo Pontífice, amante de la concordia y de la paz, no se opondria por mas tiempo á la eleccion del rey Carlos si sus votos recaian en él. En tan desesperada situacion, los embajadores de Francisco hicieron una última tentativa para impedir el triunfo del rey de España: renunciando á sostener por mas tiempo la candidatura de su soberano, trataron de oponer un príncipe aleman, el duque Federico de Sajonia, al afortunado Carlos, y por un momento pudieron esperar el buen éxito de su plan. El duque, en efecto, á quien apoyó tambien en secreto el legado pontificio, habíase conciliado vivas simpatías por su sabiduría y rectitud; pero ya fuese modestia, ya patriotismo, ya otro motivo cualquiera, declinó el supremo honor que se queria dispensarle y se mostró resuelto partidario del rey Carlos. Desde entonces quedó irrevocablemente asegurado el triunfo del nieto de Fernando el Católico y de Maximiliano I, del poderoso sucesor de las cuatro casas de Castilla, Aragon, Austria y Borgoña.

En 28 de junio reuniéronse otra vez los electores para proceder definitivamente á la eleccion del jefe del imperio. El arzobispo de Maguncia abrió la deliberacion declarándose abiertamente contra el monarca francés, en primer lugar porque Francisco era extranjero, y en seguida porque solo habria de servirse del poder imperial para ensanchar sus estados; en vez de pelear con los Turcos veríasele dirigir sus fuerzas todas contra su rival, esforzándose en despojarle, no solo de Austria y de los Paises Bajos, sino tambien del reino de Nápoles. Manifestó en seguida los graves inconvenientes que resultarian de la eleccion de un príncipe aleman, que por su debilidad dejaria expuesto el imperio á disensiones funestas y á un desmembramiento, y concluyó con una apología de Carlos, quien, á pesar de algunos inconvenientes, le parecia el príncipe cuya eleccion mas convenia en aquellas circunstancias. El elector de Tréveris, jefe del partido francés, expuso luego las razones que le movian á sostener la candidatura de Francisco. Dijo que si Carlos podia ser elegido emperador por tener estados dependientes del imperio, igual razon militaba en favor de Francisco I, poseedor de la Lombardía y del reino de Arles, feudos imperiales; que eligiendo al rey de Francia desaparecerian las causas de guerra en Italia, en cuanto se hallaba ya aquel en posesion del Milanesado, y que por lo tocante al reino de Nápoles se lograria del rey que nada intentase contra el mismo. Si se nombra al Rey Católico, añadió, querrá recobrar la Lombardía, y durante la lucha que estallará al momento entre los dos príncipes mas poderosos de la cristiandad, ¿quién habia de hacer frente á los Turcos? A las esperanzas que daba Carlos opuso los méritos ya probados de Francisco, sus dotes guerreras y su maduro juicio; mas sus razones y la elocuencia con que procuró esforzarlas de nada sirvieron: el duque de Sajonia apoyó lo dicho por el arzobispo de Maguncia, y esta opinion pasó á ser la de todos los electores, adhiriéndose por fin á ella hasta el mismo prelado de Tréveris. A las diez de la noche pusiéronse todos de acuerdo para nombrar á Carlos de España y de Austria, y al dia siguiente, en presencia de la nobleza y del pueblo, fué proclamado rey de Ro-

manos y futuro emperador Carlos, quinto de este nombre, rey de las Españas y príncipe de Austria. Discutida con los embajadores de Carlos la forma de gobierno del imperio hasta la llegada del electo, envióse á España una embajada presidida por el conde palatino Federico, con mision de entregar al Rey Católico las cartas en que se le participaba su nombramiento y se le rogaba marchar sin dilacion á Alemania.

La historia ha reconocido ya unánimemente la sabiduría que en esta eleccion mostraron los electores imperiales. Carlos era entre los candidatos el que mas podia amenazar la libertad de Alemania, pero era tambien quien mejor podia defenderla de los Turcos. Selim y Soliman renovaban entónces los temores que experimentara Europa en tiempo de Mahometo II; el señor de España, del reino de Nápoles y de Austria era el único que podia cerrar el mundo civilizado á los bárbaros de Africa y de Asia.

En nueve dias llegó de Francfort á Barcelona la noticia de lo acontecido, pero los embajadores de la dieta no se presentaron á Carlos hasta fines de noviembre en el pueblo de Molins de Rey, á donde se habia retirado el monarca á causa de la peste que afligia á la ciudad, despues que hubo resuelto las para él enojosas cuestiones suscitadas por las cortes de Cataluña. Los enviados llenaron su encargo, y por medio de Mercurino de Gattinara, su canciller por muerte de Sauvaige, el nuevo rey de Romanos dijo que aun cuando se veia amenazado de récios ataques de una parte por los Franceses y de otra por los Turcos, no faltaria á lo que debia á su patria comun, sobre todo despues que tan grandes príncipes habian hecho de él tan favorable juicio. Añadió que aceptaba la honra que se le habia conferido, que lo agradecia, y que cuanto antes se pondria en marcha hácia las fronteras del imperio.

Desde aquel momento empezó Carlos á usar en las cartas y provisiones el título de *Magestad* (1), y exigió que se lo diesen sus súbditos en muestra de respeto, anteponiendo los títulos de rey de Romanos y futuro emperador al de rey de España en union con doña Juana su madre.

Muy lejos estaban los Españoles de ver con tanto gozo como Carlos su elevacion al trono imperial. Sabian que pronto les privaria esta nueva dignidad de la presencia del soberano, lo que siempre se habia mirado en la nacion como un suceso calamitoso; sospechaban que habian de exigírseles nuevos servicios para sostener la pompa de un título extrangero, y los mas avisados pronosticaban ya el cúmulo de guerras que todo aquello habia de traerles. Continuaba en tanto el despilfarro de los Flamencos en atesorar riquezas y extraerlas del reino; cada dia salian por las fronteras ó por los puertos récuas ó naves cargadas de dinero, y por Barcelona, la Coruña y otros lugares se extrajeron en poco tiempo con real permiso mas de dos millones y quinientos cuentos de maravedis destinados á Flandes (2).

---

(1) Este título habíase empleado antes algunas veces, pero solo vagamente y en casos aislados y especiales. Desde Carlos quedó siendo el de nuestros monarcas y á su imitacion lo adoptaron los demás soberanos de Europa.

(2) Los doblones llamados de á dos por ser de dos caras, acuñados en tiempo del Rey Católico del oro mas acendrado y puro, desaparecieron casi totalmente de Castilla, tanto que si por casualidad caia alguno en manos de un Español lo miraba como cosa nueva, se le quitaba el bonete y le saludaba diciendo: *sálveos Dios, ducado de á dos, que monsieur de Xevres no topó con vos.*

En 20 de enero de 1520 salió Carlos de Barcelona, y por Aragon se dirigió á Castilla, donde mas aun que en estos reinos era muy vivo el descontento, porque á la noticia de la próxima marcha del monarca se habia añadido el anuncio de que convocaba cortes en Santiago de Galicia á fin de pedir un nuevo subsidio á los pueblos para los gastos de viage y coronacion, cuando aun no habia acabado de cobrarse el otorgado en las cortes de Valladolid. Toledo dió la primera la señal de resistencia, y sus regidores escribieron una carta á las ciudades de voto en cortes recapitulando las ofensas causadas á Castilla desde la llegada del soberano y pintando su proyectada ausencia como semillero de nuevas desgracias. Don Pedro Laso de la Vega y don Alfonso Suarez, regidores, habian de representar lo mismo de palabra al monarca en union con dos jurados. Algunas ciudades no contestaron á la carta ó hiciéranlo con tibieza, pero otras, principalmente Salamanca, se adhirieron en un todo á las excitaciones de los Toledanos, formándose así, ya desde aquellos momentos, un núcleo de oposicion y resistencia, orígen de los importantes sucesos posteriores. A. de J. C. 1520

Llegado Carlos á Valladolid halló muy alterados los ánimos de aquellos habitantes, pues á la desazon general acababan de dar incentivo en aquella poblacion las cartas de Toledo y de Salamanca. Sin pérdida de tiempo el rey, aconsejado por Chievres, congregó á los regidores para hacerles entender las legítimas causas que le inducian á ausentarse del reino y la escasez de fondos que para el viage experimentaba; prometióles estar de vuelta de allí á tres años y les rogó que viesen como recaudar en la jurisdiccion de la ciudad la cuota que les cupiese en la suma de trescientos cuentos de maravedis que pensaba pedir en las próximas cortes. El consejo obtuvo plazo para deliberar, y pasado este se presentó al soberano para rogarle que no marchase á Alemania, seguro de alcanzar mayores sumas y las haciendas de todos si se quedaba en Castilla. Algunos actos de soborno que al parecer se hicieron entre los del ayuntamiento, junto con la llegada de los comisionados de Toledo y Salamanca, á quienes el rey se negó por entonces á dar audiencia, acaloraron mas y mas al pueblo, que rompió por fin en sedicion y tumulto al propalarse la voz de que el rey salia de la ciudad, á pesar de la récia tormenta de lluvia y truenos que por aquel tiempo se desencadenaba. El motin no tuvo por de pronto consecuencias y sus autores fueron severamente castigados.

Dirigióse la corte á Tordesillas, y desde allí á Villalpando, donde en presencia de Chievres y de Lannoy, caballerizo mayor, dió Carlos audiencia á los mensageros de Toledo y Salamanca que le habian seguido, y que á las anteriores súplicas agregaron la de que dejara tal órden en la gobernacion del estado que tocase parte de ella á las ciudades, si persistia en abandonar el reino. Hasta Benavente se difirió darles contestacion, que al fin fué negativa de todas sus instancias, diciéndoles que pues el rey iba á celebrar cortes á la ciudad de Santiago, enviase allí Toledo sus procuradores con la instruccion correspondiente, y el rey proveeria lo que mejor cumpliese á su servicio. Abiertas las cortes en 31 de marzo, todas las ciudades tenian en ellas sus procuradores con poderes mas ó menos latos, excepto Toledo, que por haber designado la suerte para aquel cargo á dos regidores adictos á los ministros flamencos, quiso limitarles tanto los poderes, que rechazados por los procuradores, se habia quedado sin ellos. Los de

Salamanca, que se negaron á prestar el juramento ordinario ínterin no se les otorgasen sus solicitudes, fueron expulsados de las cortes, y juntos luego con los mensageros de Toledo que allí se encontraban, don Pedro Laso de la Vega y don Alfonso Suarez, protestaron contra la legalidad de las cortes mientras no estuviesen representadas en ellas sus respectivas ciudades, y convirtiéronse en cabeza é incitadores de la oposicion.

Esta hízose de mas trascendencia por los altercados sobrevenidos entre los Flamencos y los grandes. Llegando estos á traslucir que se les excluia de la gobernacion del estado, so color de evitar entre ellos envidias y rivalidades, se dieron á hablar sin rebozo contra Chievres y los suyos aun en presencia del soberano, hasta que, capitaneados por el conde de Benavente, se alejaron de la corte, poseidos de descontento.

Los procuradores de Leon, Córdoba, Murcia, Toro, Zamora, Valladolid y Madrid se negaban rotundamente á la concesion de todo nuevo servicio, sin que el rey viera y respondiera antes á las instrucciones, capítulos y memoriales que llevaban sobre cosas convenientes al buen servicio de Dios y del Estado; empeñábase el monarca porque así le convenia, en que esta concesion precediera á todo lo demás, y manifestando á los procuradores haber ya provisto que no se extrajese moneda ni sacasen caballos del reino, diciéndoles que de nuevo empeñaba su palabra real de que no daria oficios á extrangeros, que dejaria en su ausencia un regente de toda su confianza y que responderia antes de marchar á los capítulos que le pidiesen, reprodujo categóricamente su peticion. Á ella se allanaron por soborno ó por dar fé á la palabra real Burgos, Guadalajara, Segovia, Cuenca, Ávila, Jaen, Soria, Granada, Sevilla y otras ciudades, pero algunas de las antes dichas, Madrid, Toro, Córdoba y Murcia, se mantuvieron en su anterior negativa. Por sujeciones de los Flamencos trasladáronse las cortes á la Coruña para estar mas dispuestos á embarcarse, y en 19 de mayo dióse por otorgado por mayoría de votos el servicio extraordinario, consistente en trescientos cuentos de maravedis pagaderos en tres años. Hecho esto, los procuradores redactaron un memorial conteniendo sesenta y una peticiones sobre cosas convenientes á la buena administracion del reino, iguales ó semejantes á lo solicitado en las cortes de Valladolid. Algunas de estas peticiones fueron concedidas y la decision de otras se encomendó al consejo.

Alcanzado ya lo que deseaba, nada podia detener al rey en España, ni aun los amagos de graves trastornos que hacia prever la actitud hostil de Toledo; confiando al cardenal Adriano la regencia de Castilla, á don Juan de Lanuza la de Aragon y á don Diego de Mendoza, conde de Mélito, el gobierno de Valencia, se embarcó el dia 20 de mayo con numerosa comitiva, dejando á España cargada de duelos y desventuras, y sin cuidar de que quedaba una revolucion á sus espaldas. Sin embargo, en poco estuvo quizás que al ceñir su frente la corona imperial sintiese arrancar de ella por sus pueblos alborotados las diademas españolas, que constituian su principal fuerza y eran la base de su poderío.

CAPÍTULO II.

Exasperacion en Castilla.—Alzamientos.—Suplicio de varios procuradores.—Las tropas reales son derrotadas delante de Segovia.—Incendio de Medina del Campo.—La *Santa Junta*.—Juan de Padilla es nombrado general de los comuneros.—La Junta y la reina doña Juana.—Memorial de capítulos enviados al rey.—Nombramiento de nuevos regentes.—Actitud de la nobleza.—Don Pedro Giron, general de los comuneros.—Su conducta delante de Rioseco.—Las tropas reales se apoderan de Tordesillas.—Juan de Padilla toma otra vez el mando.—Sublevacion de las Merindades.—Operaciones de Padilla y del obispo Acuña.—Toma de Torrelobaton.—Negociaciones para la paz.—Jornada de Villalar.—Suplicio de Padilla, Bravo y Maldonado.—Dispersion de la Junta.—Sumision de las ciudades.—La *Germania* de Valencia.—Fuga del virey.—Excesos de los sublevados.—Guerra.—Los Moros se alzan en favor de los nobles.—Derrota de la Germania en Orihuela.—Rendicion de Valencia.—Continuacion de la guerra.—El Encubierto de Valencia.—La Germania en Mallorca.—La viuda de Padilla en Toledo.—Carlos I desembarca en Inglaterra.—Su retrato.—Su segunda entrevista con Enrique VIII en Gravelinas.—Disposiciones para no dar á Francisco I pretexto alguno para el rompimiento de la guerra.—Coronacion de Carlos V en Aquisgran.—Martin Lutero y la llamada *Reforma*.—Dieta de Worms.—Estado de las relaciones entre los reyes de España y Francia.—Muerte de Chievres.—Rompimiento entre Carlos y Francisco.—Guerra en Navarra.—Toman los Franceses á Pamplona.—Ignacio de Loyola.—Sitio de Logroño.—Retirada de los Franceses.—Se apoderan de Fuenterrabía.—Guerra en el Milanesado.—Expulsion de los Franceses.—Muerte de Leon X.—Adriano de Utrecht ciñe la tiara.—Renuévase la guerra en Lombardía.—Los Franceses son arrojados del Genovesado.—Carlos I en Inglaterra.—Los Turcos conquistan la isla de Rodas.—Capitulacion de Toledo.—Nuevo alboroto en aquella ciudad.—Su sujecion definitiva.—Fuga de doña María Pacheco, viuda de Padilla.—Carlos I regresa á España.—Su conducta con los vencidos comuneros.—Fin de la Germania en Valencia y en Mallorca.—Nueva liga contra Francia.—El condestable de Borbon.—Sus proyectos.—Los Franceses invaden el Milanesado.—Muerte de Adriano VI.—Clemente VII.—Campaña de 1523 en Francia.—Los Españoles recobran á Fuenterrabía.—Los Franceses abandonan huyendo el Milanesado.—Sitio de Marsella.—Francisco I en Italia.—Batalla de Pavía.—Prision del rey de Francia.—Aparente conversion de los Moros de Valencia.—Su levantamiento en la sierra de Espadan.—Son sometidos.—Los Moros de Aragon.—Los Moriscos de Granada.—Cortes de Toledo.—Francisco I en Madrid.—Negociaciones.—Tratado de Madrid.—Francisco sale para Francia y entrega sus hijos en rehenes.—Carlos I toma por esposa á Isabel de Portugal.—El canciller Moron y el marqués de Pescara.—El condestable de Borbon es nombrado general del ejército de Italia y duque de Milan.—Sucesos de Alemania.—Dieta de Nuremberg.—Secularizacion de la Prusia.—Guerra de los campesinos.—Desleal conducta de Francisco I.—Confederacion contra Carlos.—Saco de Roma.—Prision del papa.—Indignacion producida en Europa por estos sucesos.—Nacimiento del príncipe don Felipe.—Cortes de Valladolid y de Madrid.—Cortes de Monzon.—Liga de Amiens contra el emperador.—Clemente VII recobra la libertad.—Nueva guerra.—Desafío personal entre Carlos y Francisco.—El ejército francés es destruido en el reino de Nápoles.—Sus derrotas en el Milanesado.—Tratado de Cambray.—Carlos I en Zaragoza y Barcelona.—Se embarca para Italia.—Los Españoles en América.—Hernan Cortés.—Su expedicion á Méjico.—Su victoria en Tabasco.—La India Marina.—El emperador Motezuma.—Fundacion de Vera-Cruz.—Los Españoles derriban los ídolos mejicanos.—Hernan Cortés quema sus naves.—Llega á la ciudad de Méjico.—Prision de Motezuma.—Hernan Cortés y Pánfilo de Narvaez.—Levantamiento contra los Españoles.—Muerte de Motezuma.—Retirada y matanza de los Españoles.—Batalla de Otumba.—Marcha Cortés contra Méjico.—Entra victorioso en la capital.—Suplicio del emperador Guatimocin.—Sumision del imperio mejicano.—Hernan Cortés en España.—Francisco Pizarro.—Su primera expedicion al Perú.—Viene á España.—Marcha otra vez á América.

Desde el año 1520 hasta el 1529.

Carlos I, jóven, inexperto y sobre todo extranjero, sin conocimiento del rei-

no que debia gobernar, fué continuador de la política que, basada en las ideas y en las necesidades del tiempo, tendia el encumbramiento del poder real sobre todos cuantos habian existido hasta entonces. Sin embargo, aquellas circunstancias que en él concurrieron fueron causa de que no presidiera á su conducta el acierto que guiara á sus predecesores, al propio tiempo que su forzosa ausencia y la desatentada cuanto escandalosa conducta de sus ministros flamencos, llenabàn de disgusto é ira los corazones de todos. Estas fueron las verdaderas causas del alzamiento que nos toca referir al principio de este capítulo: las antiguas libertades de Castilla, si bien fueron proclamadas por los principales jefes, si bien sirvieron de bandera á los alzados, se encontraban ya muy olvidadas; la fuerza de los hombres y de las cosas las habia privado del apoyo de las clases poderosas, como venimos haciendo notar en el curso de esta obra, y sin duda que nadie ó muy pocos habrian pensado en levantarse para restablecerlas, á haber continuado arrollándolas monarcas que como Fernando V é Isabel I hubiesen contentado á los pueblos con su buen gobierno y sus altas previsoras medidas. No sucedió de este modo: Cárlos hirió la susceptibilidad de la nacion, sus ministros pusiéronla, por decirlo así, en pública almoneda, y el conflicto se hizo inevitable.

Al tomar los procuradores la vuelta á sus ciudades divulgaron de pueblo en pueblo lo acontecido en Santiago y en la Coruña, y cuando se embarcó don Cárlos ardia ya en exasperacion la mayor parte del reino castellano al sentirse recargado con otros tributos. Los próceres, disgustados del nuevo gobierno, fomentaban casi en todas partes el descontento popular, y tambien el clero se hacia en los sermones eco de las universales quejas. Y como si el acento de la verdad no alcanzase á conmover los ánimos, sembrábanse especies exageradas, y se abultaba el exceso del servicio votado por las córtes, con asegurar que era menester pagar un tanto por cada hijo que naciese en la familia, por cada bestia que se mantuviese y por cada teja que saliese á la calle, y todo esto no temporal, sino perpétuamente. Toledo, que habia tomado la iniciativa en las peticiones, la tomó tambien en los alzamientos. El tumulto popular creciendo cada dia llegó á apoderarse de la ciudad, de los puentes y del alcázar, y animosos con este triunfo los que se apellidaban ya *Santa Comunidad*, crearon una forma de gobierno popular por medio de diputados de cada parroquia y levantaron tropas para su defensa. El fuego de la insurreccion se propagó luego á Segovia: el enfurecido pueblo arrastró á la horca á varios corchetes y al infeliz procurador Tordesillas, otro de los que habian votado el servicio en Santiago, é igual encono manifestaron los ciudadanos de Zamora, á quienes acaudillaba el obispo don Antonio Acuña, que descendiente de una ilustre familia leonesa, habia obtenido la mitra de Zamora por concesion del papa Julio II, y que poco antes, coöperando á la empresa contra Gerbes, habia acreditado su capacidad singularísima en las cosas militares. El conde de Alba de Liste, uno de los pocos grandes de Castilla que desde un principio se declararon contra las comunidades, obligó al obispo á salir de la ciudad y logró restablecer el órden, pero aquel revolvió sobre ella con trescientos hombres armados, y la poblacion le recibió en triunfo, teniendo apenas tiempo para escapar por otra parte el conde y sus parciales. Toro, Madrid, Guadalajara, Alcalá, Soria, Avila y Cuenca se asociaron al movimiento, y por fin hizo lo mismo Burgos, en unas partes triunfando el pueblo sin resistencia, en

otras llegando á las manos con las tropas reales, y en casi todas teniendo lugar contra los procuradores á las pasadas cortes y las personas conocidas por ser adictas al gobierno, alguna de aquellas escenas de desórden y venganza que suelen ser obligado principio de las insurrecciones populares.

En aquellas alteraciones no se proclamaba una absoluta emancipacion del gobierno: es cierto que algunos victoreaban solo á doña Juana, y que otros soñaban con la felicidad que podia caberles planteando las republicanas instituciones de los estados de Italia; pero la voz comun era la de *viva el rey y mueran los malos ministros*, y el deseo de todos sanar los males que destrozaban el reino. En este sentido el duque del Infantado representó desde Guadalajara al cardenal regente; á nombre de Burgos promovieron iguales súplicas el conde de Salinas y el dean Velasco; Segovia habia enviado en clase de mensageros al comendador de la Merced y á los priores de la Trinidad, del Parral y de Santa Cruz, y esto nos indica que la nobleza y el clero miraban todavía con favor el alzamiento popular.

El regente Adriano, que de regreso de la Coruña habia establecido su gobierno en Valladolid, recibió la alarmante noticia de estos acaecimientos, y sin pérdida de tiempo reunió su consejo para deliberar sobre los medios mas á propósito para el restablecimiento de la tranquilidad pública. Discordes fueron las opiniones, mas por fin prevaleció el voto de los que preferian el rigor y la dureza á la templanza y blandura. El alcalde Rodrigo Ronquillo, famoso por la crueldad que siempre habia mostrado, fué enviado con mil caballos contra Segovia, que por haberle tenido ya por juez, se estremeció al saber su llegada y nombró á Juan Bravo capitan de sus soldados. Escribió además á las ciudades de Castilla para que le enviasen socorros, y juntas con las suyas las fuerzas de Madrid y Toledo, acometieron á las del alcalde, que se desmandaron en seguida, debiendo su jefe escaparse á uña de caballo.

Este suceso propagó el incendio de la sedicion á muy principales poblaciones. Salamanca se declaró por la causa popular; Leon y Murcia imitaron su ejemplo, y como pretendiese don Antonio de Fonseca, nombrado por el emperador general de las tropas de Castilla, sacar el tren de artillería depositado en Medina del Campo para dirigirlo contra Segovia, amotináronse los Medineses, y no pudiendo el jefe real vencer su obstinacion, apeló al cruel medio de arrojar alcancías de alquitran sobre las casas y edificios, declarándose un vasto incendio al cabo de pocos momentos. Esto no obstante, las tropas hubieron de retirarse sin haber logrado vencer la constancia de los moradores (21 de agosto de 1520). El incendio de aquel rico emporio del comercio, del gran mercado del reino, en aquellas críticas y azarosas circunstancias, fué nuevo incentivo que aguijoneó á las ciudades castellanas. Todas ellas se apresuraron á enviar á los Medineses felicitaciones por su heroicidad y pésames por lo que habian sufrido, y todas reunieron gentes de armas para volar á su socorro. Valladolid, residencia del gobierno, manifestó su enojo con tumultuosas escenas, que el cardenal procuró contener licenciando las tropas que le era ya imposible mantener por falta de dinero, y reprobando la conducta de su general; Burgos, cuyo pueblo habia podido ser reprimido merced á su nuevo corregidor don Iñigo de Velasco, secundado por el doctor Zumel y los hombres principales de la poblacion, disgustados de los excesos

de la plebe, ardió otra vez en insurreccion; Palencia abrazó la causa de las comunidades, y al propio tiempo hubo trastornos en Galicia, alzáronse las merindades de Burgos reuniendo el conde de Salvatierra poderosa falange de rústicos montañeses; Badajoz, Cáceres y otras ciudades de Extremadura se agitaron en intestinas contiendas; Andalucía fué teatro de sangrientas luchas promovidas por los bandos de Carvajales y Benavides, de Ponces de Leon y de Guzmanes, y bien pudo decirse que desde Guipúzcoa hasta Sevilla no se encontraba poblacion en que fuese acatada la voz del rey don Carlos.

Lo primero á que debia atenderse, y así lo comprendieron los principales sublevados, fué establecer entre las ciudades cierta union y alianza para reconcentrar los esfuerzos comunes, imprimir unidad al movimiento y darle color y accion á fin de reportar de él otra cosa que estériles concesiones. A excitacion de Toledo se dispusieron las ciudades de voto en cortes á enviar sus diputados al punto mas conveniente, que pareció ser la ciudad de Ávila por mas céntrica entre las sublevadas; á la asamblea, que tomó el nombre de *Santa Junta*, acudieron representantes de todas las clases del estado, inclusa la mas alta, y despues de elegir por su presidente al caballero toledano don Pedro Laso de la Vega, proclamóse á Castilla emancipada del cardenal Adriano y de los consejeros reales y se nombró por general de las tropas á Juan de Padilla, toledano tambien, capitan de gente de armas por el rey desde 1518, jóven caballero de noble alcurnia, que á su ánimo esforzado y patrióticos sentimientos unia gran afabilidad y apuesta gallardía, circunstancias que le hacian el ídolo del pueblo.

De todo dió cuenta el gobierno al ausente monarca, pintándole con tristes colores la situacion del reino; y entonces fué cuando el regente y los consejeros volvieron la vista á doña Juana para que autorizara con su firma las provisiones que trataban de expedir contra los comuneros. Quince años hacia que la infeliz reina se hallaba en Tordesillas junto á los restos de su esposo, en un estado que es todavía un misterio para la historia. Es cierto, sí, que vivia agena á todos los negocios y á todos los sucesos que el reino habia presenciado desde la muerte de la Reina Católica, y únicamente en tiempo de Cisneros, quien habia mudado la mayor parte de su servidumbre, parecieron despertarse en ella algunos sentimientos de su antigua grandeza, consintiendo en vestirse como á su rango convenia y aun en salir á misa fuera de palacio. Sorprendida quedó doña Juana con la llegada del consejo y con las inauditas cosas que le refirieron, y como aplazase hasta nueva consulta la firma de las provisiones, retiráronse los consejeros para volver en breve. Sin embargo, no les fué posible verificarlo, pues Juan de Padilla, despues de libertar á Segovia, introdújose con su hueste en Tordesillas y presentóse á la reina para hacerle una pintura de los males que al pueblo aquejaban desde la muerte de su padre y de la actitud que para atajarlos habia tomado Castilla. Los obsequios y festejos á que no estaba acostumbrada, ú otras causas que no se explican, parece que por algunos dias devolvieron á la reina la lucidez de su entendimiento: nombró á Padilla su general para atender á lo que fuese necesario, y consintió que la Santa Junta se estableciese en Tordesillas y expidiese en su nombre sus mandatos, cosas todas que daban gran autoridad y prestigio á la causa de las comunidades. Juan de Padilla movió con su gente hácia Valladolid con ánimo de estirpar hasta la mas leve sombra de

autoridad que emanara del regente y de los consejeros reales; recibido en triunfo por el pueblo, prendió á algunos consejeros, permitió á Adriano, en atencion á sus virtudes y venerable carácter, que continuase residiendo en su casa como particular, y con los presos, el sello real y los libros de tesorería dió la vuelta á Tordesillas pasando por Simancas, fuerte punto que dejó desguarnecido á pesar de lo mucho que le hubiera convenido tenerlo á su devocion.

A un tiempo volaron de un extremo á otro de Castilla las nuevas de no estar loca doña Juana ni en aptitud de hostilizar á las comunidades el regente y los del consejo. Muy en breve habia de mudarse en luto la alegría que estas noticias produjeron: la reina volvió transcurridos pocos dias á su habitual melancolía; ni queria ver á los de la Junta ni firmar despacho alguno, y esto, unido al poco valer de los individuos de aquella, que como embarazados con su victoria, no atinaban en las disposiciones convenientes para establecer un gobierno que, al refrenar la anarquía inseparable de aquel estado de cosas, preparara á la nacion para la resistencia, derrumbó á las comunidades desde el apogeo de su triunfo al camino de su perdicion. Poco tardó en trascender al público la funesta mudanza en el estado de doña Juana, que los de la Junta no supieron mantener oculta, y caidos de ánimo los procuradores, amilanados casi, limitáronse á dirigir al rey una larga carta refiriéndole lo acontecido en Castilla, y acompañaron á ella en forma de memorial un extenso catálogo de agravios, de los cuales suplicaban el remedio (20 de octubre de 1520). Este documento, que si acredita los monárquicos sentimientos de los sublevados, denota tambien su debilidad, contribuyó mas que todo á la pérdida de su causa, puesto que, entre muchas justas y acertadas reclamaciones, fué el primer paso que los divorció por completo de las altas clases, en Castilla ya tan apartadas del pueblo, como varias veces hemos tenido ocasion de consignar. En un principio puede decirse que la nobleza vió con favor la causa de los comuneros, interesada como ellos en los males que al reino afligian, y los magnates que no tomaron parte en el levantamiento permanecieron inactivos sin perjudicarlo en lo mas mínimo. Poco á poco, empero, habíales ido disgustando ver las poblaciones entregadas á merced de la plebe con sus naturales tendencias á los excesos y desmanes cuando no hay freno que la contenga, y por fin el afan manifestado por la Junta de establecer una impertinente igualdad despojando á la clase noble de sus antiguos títulos y privilegios, preparó á aquella para abrazar por completo la causa del monarca. Los principales capítulos contenidos en el memorial de la Junta eran: que el rey volviese prontamente al reino y procurara casarse para que no faltara sucesion al estado; que no trajera consigo Flamencos ni otra gente extrangera; que se suprimieran los gastos excesivos, y no se dieran á los grandes los empleos de hacienda y del patrimonio real; que los gobernadores puestos en su ausencia fuesen castellanos; que no se cobrase el servicio votado en las cortes de la Coruña; que los procuradores enviados á las cortes no pudiesen por ninguna causa, mientras aquellas duraren, recibir merced del rey; que no se sacara de aquellos reinos oro ni plata labrada ni por labrar; que separara el rey de su lado á los consejeros que hasta allí habia tenido y tan mal le habian aconsejado; que los alcaldes fueran residenciados cuando dejaran las varas y que solo se enviasen corregidores á las ciudades que los pidiesen; que á nadie se cediera en merced indios para los

trabajos de las minas y tratarlos como esclavos; que no se vendieran los empleos y dignidades y que todos los empleados públicos desde el tiempo del Rey Católico dieran cuenta de sus cargos ante personas nombradas por el rey y por el reino; que se revocasen cualesquiera mercedes de ciudades, villas, vasallos y jurisdicciones que se hubiesen dado desde la muerte de la reina Isabel, y que se restituyeran á la corona cuantas villas, lugares y fortalezas poseian los particulares en contravencion á lo mandado por la misma soberana; que todos los obispados y dignidades eclesiásticas se diesen á naturales de aquellos reinos; que los señores pecharan y contribuyeran en los repartimientos vecinales como los demás vecinos; que se procediera contra don Antonio de Fonseca, el alcalde Ronquillo y cuantos habian tenido parte en el incendio de Medina del Campo; que tuviese cumplido efecto cuanto se determinó en favor del reino en las cortes de Valladolid y la Coruña, y que el rey aprobara lo que hacian las comunidades para el remedio y la reparacion de los abusos.

Tres emisarios partieron á Flandes con la carta y los capítulos; pero uno de ellos fué preso en Worms por órden de Carlos y los demás, que lo supieron, no pasaron de Bruselas. Tampoco produjo efecto alguno la solicitud enviada por la Junta al rey de Portugal, para que tuviese á bien escribir al monarca y aconsejarle como padre y hermano lo mismo que la Junta le demandaba, por ser tan razonable y justo. El dean de Avila pasó con esta comision á Lisboa, pero el Portugués desatendió rotundamente sus instancias.

En Flandes se hallaba don Carlos cuando supo el alarmante estado de Castilla. Adriano y los consejeros escribiéronle poco antes de la toma de Valladolid un extenso relato de lo últimamente acontecido, y en él le decian. «De tantos y tan graves escándalos quienes hayan sido los que los han causado y los que de hecho los han levantado no queremos nosotros decirlo, sino que lo juzgue aquel que es juez verdadero; pero en este caso suplicamos á V. M. tome mejor consejo para poner remedio que no tomó para excusar el daño, porque si las cosas se gobernaran conforme á la condicion del reino, no estaria como hoy está en tanto peligro.» Carlos aprovechó el consejo: imposibilitado de regresar á España sin riesgo de perder la corona imperial y sin abrir campo á Francisco para la ejecucion de sus ambiciosos proyectos, no le quedaba mas recurso que elegir entre dos partidos: ó reducir á los descontentos por medio de la dulzura y de las concesiones ó disponerse sin demora á reducirlos por las armas. Bien meditado todo resolvió intentar antes el primero, y por si fuese infructuoso prevenirse entretanto para aplicar el segundo. En su consecuencia dirigió circulares á todas las ciudades de Castilla, exhortándolas en los términos mas suaves y con la seguridad de un olvido general, á dejar las armas, prometiendo no exigir de las que hubiesen permanecido fieles el subsidio decretado por las últimas cortes, y ofreciendo igual exencion á las que volviesen á la senda del deber; empeñó su palabra de emplear en adelante únicamente á Castellanos, y al propio tiempo escribió á los nobles para excitarlos á defender sus derechos y los del trono contra las desmedidas pretensiones de las comunidades. Nombró además para la regencia en union con Adriano, y esto fué lo que mas favoreció su causa, al condestable don Iñigo de Velasco y al almirante don Fadrique Enriquez, magnates ambos de gran poder y de mucho valimiento, no solo entre los suyos, sino tambien entre

las ciudades. Las instrucciones que acompañaron este nombramiento prescribian á los nuevos regentes la disolucion de la Junta de Avila y la ocupacion de Tordesillas, la convocacion de cortes, pero sin que en ellas otorgaran cosa alguna sin su expreso consentimiento, quedando privadas para siempre de voto las ciudades que no enviasen sus procuradores; mandábase que las fortalezas tomadas fuesen devueltas á sus antiguos alcaides, que las rentas reales se repusieran en su antiguo estado, que de los indultos que se concediesen quedasen exceptuados los principales instigadores de la rebelion, que no se hiciera la concesion mas leve tocante á la preeminencia real, que se divulgara el próspero estado de los negocios del emperador en Europa y su llegada mas próxima de lo que se habia creido, y finalmente que en su nombre concedieran varias de las instancias hechas en las anteriores cortes. La noticia de estas resoluciones, poco anteriores al envío del memorial de la Junta de Avila, puede decirse que fué el golpe de muerte para las comunidades. Desde aquel momento la nobleza, halagada con el nombramiento de los nuevos regentes, abandonó en masa una causa en que tan mal era tratada, y en tanto la Junta, sin tomar ninguna resolucion en vista del escaso éxito de sus tentativas, ni siquiera pensó, entre muchos planes que se propusieron para despojar al rey de su autoridad en vida de su madre, en trasladar su residencia y la de doña Juana á otra poblacion de mas autoridad y fuerza como Valladolid ó Toledo. La intimacion de los nuevos regentes para que se disolviera y acatara la voluntad del monarca la sacó de sus vacilaciones, y no pudiendo acceder á ello sin chocar con el sentimiento popular que consideraba insuficientes las concesiones del rey, dispúsose y acordó lo necesario para la resistencia.

Don Iñigo de Velasco habia buscado asilo en su villa de Briviesca, cuando supo el nombramiento hecho en su persona, y entrando en seguida en tratos con los principales ciudadanos de Burgos, asegurándoles en nombre del rey franquicias é inmunidades en su comercio, logró que de nuevo le llamaran y le recibieran en la ciudad, como quien iba á librarlos de insoportable cautiverio. Los populares mantuviéronse quietos y sumisos, aunque airados, y Velasco se aplicó desde aquel momento á hacer pié en Burgos y á extender su autoridad hasta darse la mano con el regente cardenal de Tortosa, que por aquellos dias burló la vigilancia de los de Valladolid, saliendo con direccion á Medina de Rioseco en compañía de un solo page. El condestable, con una actividad que fué de gran provecho para la causa del monarca, reunió dinero tomando de lo suyo y de lo de su parentela y en préstamo del rey de Portugal cincuenta mil ducados; levantó gente, facilitó socorro á los defensores del alcázar de Segovia, consiguió que el duque de Nájera le enviase de Navarra quinientos infantes veteranos y alguna artillería, y cuando su primogénito el conde de Haro, nombrado por el emperador capitan general de sus tropas, llegó con ellos á Melgar, á ocho leguas de Burgos, vió engrosado su ejército con los soldados que capitaneaban los condes de Oñate y de Osorno, el marqués de Falces y otros caballeros. A Rioseco y en torno de Adriano habian acudido tambien otros personages de valer, determinados á la guerra. El marqués de Astorga, el conde de Benavente, el de Lemos y el de Valencia se presentaron con sus peones y ginetes, y este ejemplo fué imitado en breve por casi todos los grandes de Castilla, que, si no en Rioseco, en sus propios estados defendieron con ahinco el estandarte real. El prior de San

Juan don Antonio de Zúñiga empezó á guerrear en la comarca de Toledo; el conde de Chinchon peleó con los comuneros de Segovia dentro de la misma ciudad ; el señor de Torrejon de Velasco siguió molestando lo que pudo á los Madrileños: el duque del Infantado sujetó á los de Guadalajara, y el conde de Alba de Liste reclutó alguna gente en la comarca de Zamora , con lo que se corrió hácia Burgos á reforzar al condestable.

Sorprendidos y desconcertados quedaron los comuneros al ver la defeccion de Burgos y de otras ciudades y la imponente actitud tomada por la nobleza hasta entonces favorable ó neutral. Retardando el choque un sentimiento de humanidad cruzáronse cartas y excitaciones de los Burgaleses á Valladolid y Tordesillas. En la primera ciudad llegaron á las manos los populares y los partidarios del gobierno, y era evidente que la causa de las comunidades, herida ya por la discordia como lo fuera antes por la debilidad y la indecision, se avanzaba mas cada dia hácia un desastroso fin.

Retirado vivia el almirante don Fadrique Enriquez en sus estados de Cataluña, que hacia ya mucho tiempo que los negocios del estado irritaban su carácter poco sufrido, pero justificado y grave. La omnímoda autoridad de Cisneros primeramente, los desmanes de los Flamencos y el desapego del rey despues disgustáronle de la corte, y en su primera inspiracion estuvo á punto de dimitir el oficio, y quizás lo hiciera, si el cardenal Adriano hubiese elegido por hospedage en Rioseco otra casa que la de Enriquez. Esto le determinó á volver á Castilla, llevado además del deseo de procurar la concordia y hacer un gran bien al reino, y en una carta escrita desde Cervera á los ciudadanos de Valladolid dijo aceptar la gobernacion y exhortó á todos á la paz, revelándose en ella el afan de componerlo todo sin efusion de sangre. Notable contraste ofrecia con don Iñigo de Velasco, que no veía otra solucion que la guerra al general conflicto. Llegado á Castilla, probó en vano que le admitieran en Valladolid y en Tordesillas, y solo pudo lograr que tres individuos de la Junta salieran á Torrelobaton á platicar con él, aunque sin resultado. Dirigióse despues á Rioseco, y exasperados mas aun los comuneros de Avila por los malos tratos que sus enviados á Burgos habian experimentado por parte del condestable y del conde de Alba de Liste, conocióse que los buenos deseos del almirante serian estériles y que la cuestion habria de decidirse en los campos de batalla.

Don Pedro Laso de la Vega, aunque ocupaba la presidencia de la Junta, no llevaba á bien verse relegado al segundo lugar en la opinion del pueblo desde que los triunfos de Padilla habian hecho de este el ídolo de los comuneros. A su rencor, pues, contra el caballero toledano y al deseo de muchos procuradores de rejuvenecer, mudando de caudillo, el decadente vigor de las comunidades, debióse que, privando á don Juan de Padilla del cargo de general, fuese elevado á él don Pedro Giron, hijo primogénito del conde de Ureña. El despecho y no la conviccion habia llevado á este caballero á la causa de la Santa Junta: contrariado en sus pretensiones al ducado de Medinasidonia, una promesa empeñada y no cumplida por parte del rey hizo que, apartándose de su fidelidad, ofreciese sus servicios al gobierno de Tordesillas. Acogiéronlos con avidez los procuradores, y por su cuna, por la fama de su esfuerzo, y por los celos que, segun hemos dicho, abrigaban muchos contra Padilla, sustituyóle en el alto cargo de mandar

las tropas. El Toledano no tuvo abnegacion bastante para llevar con paciencia este desaire, y despechado se partió á Toledo, por cuyo camino le siguió su gente.

El desmayo producido por estos sucesos se templó en gran parte con la llegada á Tordesillas del obispo Acuña con quinientos hombres de armas, setenta lanzas de su casa y hasta cerca de mil infantes, entre los que se contaban cuatrocientos clérigos de misa. Quedaron estos en la villa para custodia de la reina y de la Junta, y con las demás fuerzas que ascendian á unos diez y siete mil hombres, salió Giron á campaña hácia Rioseco, donde los regentes tenian establecido el gobierno y el cuartel general. Confiados de la victoria iban los comuneros, puesto que ni Rioseco era lugar fuerte ni las tropas reales pasaban de una tercera parte de las suyas, mas aunque así era, compuestas estas de veteranos y de caballeros avezados á la vida militar, era seguro que habian de dar mucho que hacer á los bisoños soldados de la liga. No aceptaron las tropas reales el combate con que les brindaron los comuneros luego de su llegada, y por su parte don Pedro Giron, desoyendo los clamores de los suyos, se negó á dar la voz de ataque. Así estuvo en inaccion durante algun tiempo dando lugar á que se metieran en la ciudad nuevos magnates y nuevos soldados que elevaron pronto el ejército real á ocho ó diez mil infantes y mas de dos mil ginetes. Ya no era suficiente el ejército de las comunidades para intentar el ataque, y dirigiéronse avisos á las ciudades para que enviasen otras tropas, lo que verificaron, aunque con disgusto. Entonces hiciéronse nuevos esfuerzos para conseguir la paz. Los magistrados de Valladolid se presentaron entre ambos campamentos, deseosos de evitar la efusion de sangre (noviembre de 1520), pero bien recibidos por el almirante, que continuaba abrigando conciliadores sentimientos, estrelláronse sus gestiones en la constancia de los comuneros y sobre todo en el entusiasmo del obispo de Zamora, que tenia siempre delante de los ojos el ejemplo de Génova y Venecia, que se gobernaban sin reyes. Continuaron, pues, los de Rioseco inquietando á los populares con rebatos y emboscadas, y los últimos, acampados en Villabráxima, retando á los magnates á salir á batalla, sin atreverse, empero, á atacarlos dentro del recinto de la poblacion. En tanto prevalecia de hecho el dictámen del almirante no interrumpiéndose el hilo de las negociaciones, y de ellas estaba secretamente encargado un fraile franciscano, célebre dentro y fuera de España por su saber en las letras divinas y humanas. Era este fray Antonio de Guevara, y sus contínuas idas y venidas de la ciudad al campo de los comuneros, predicando á unos el perdon y á los otros el arrepentimiento por los excesos cometidos, dieron al fin por resultado, si no convencer á los populares, inspirar á don Pedro Giron el designio de abandonar la causa que habia abrazado. Con pretexto de los frios de diciembre, de estar la tropa sin tiendas y de escasear en el país los recursos, el caudillo de las comunidades, cuya desleal conducta reconocen la mayor parte de autores que han referido estos sucesos, dió la órden de retroceder á Villalpando, órden que obedeció el ejército murmurando, aunque sin sospechar la traicion que aquel movimiento envolvia. En efecto, abrió este á sus enemigos el camino de Tordesillas, y el conde de Haro marchó á aquel punto sin pérdida de momento, entregándose sus soldados durante el camino á toda clase de tropelías. Con arrojo atacaron la villa, pero con igual valor la defendieron los moradores y los clérigos de Acuña, hasta que por fin despues de cinco horas de combate subie-

A. de J. C. ron los nobles al muro y se apoderaron de la reina y de su hija y de nueve procuradores: los demás se habian salvado huyendo. Toda aquella noche fué empleada por la soldadesca en el robo y en el pillaje.

Despues de este golpe aun quedaban á los comuneros dos medios de rehacer su causa: arrojarse de nuevo sobre Tordesillas, ó caer sobre Rioseco, donde se hallaban los regentes casi sin tropas y sin ninguna defensa. Sin embargo, nada de esto hicieron: discordes los caudillos, desbandados muchos destacamentos, que se dieron á devastar el país, acabóse por adoptar el partido que nada remediaba, esto es el de marchar á Valladolid para poner aquella importante poblacion á cubierto de un golpe de mano. Allí empezó á susurrarse de la traicion del general, y este, cediendo á los ruegos de sus amigos, que le instaban para que se pusiera en cobro antes de que pereciera víctima de la ira popular, salió una mañana con algunos ginetes con pretexto de practicar un reconocimiento, pero con ánimo de no parecer mas en ninguno de los dos bandos. Mal acogido por los pueblos, traidor ó cuando menos mal caudillo, anduvo escondido en tierras de su padre todo el tiempo que duraron las revueltas.

Decir los vejámenes y sufrimientos que realistas y comuneros hicieron sufrir durante estas campañas á los pueblos de Castilla es tarea poco menos que imposible, y ciertamente estremece la relacion que de aquellas marchas y sacos hacen los autores contemporáneos. A la Junta, que reemplazados sus perdidos miembros, volvió á abrir sus sesiones en Valladolid, cupo el honor de tomar la iniciativa para poner freno á semejantes desmanes, mandando castigar con pena de muerte á los que robasen en el campo, aun siendo á los que viniesen de tierra de enemigos. Por sujecion del almirante publicóse igual pregon en Tordesillas.

No se desalentaron del todo los comuneros á pesar de los últimos desastres, y otra vez desestimaron las proposiciones de los regentes para poner fin á tan larga série de calamidades. En efecto, contaban con muchos recursos para reponerse fácilmente de los contratiempos, y con los refuerzos que les llegaron en breve de Salamanca, Toro, Avila y Zamora se apercibieron para abrir de nuevo la campaña. Aquel invierno, encastilladas las tropas reales en los lugares que poseian, prontas á agruparse á la menor señal en una sola hueste, se pasó por una y otra parte en escaramuzas de poca importancia, especialmente entre los de Simancas y los de Valladolid, con gran daño de la tierra y ningun provecho de las respectivas causas.

1521 A principios de 1521 infundió nuevo aliento á las comunidades la noticia de que Padilla, seguido de dos mil hombres, habia salido de Toledo. Al momento cruzáronse avisos entre él y los de Valladolid, y tratóse de que, obrando en combinacion con sus fuerzas las del obispo de Zamora, se atacase á pesar de lo rudo de la estacion la villa de Tordesillas para recobrar así con la persona de la reina la importancia que se habia perdido. Hiciéronse grandes preparativos, tomáronse muchas disposiciones, pero al fin todo vino á parar en nada, y Padilla con su gente emprendió su marcha á Valladolid donde fué recibido con gran júbilo y aplauso. Quísose entonces llenar el puesto que dejara vacante la fuga de Giron, y con este motivo origináronse nuevas discordias entre los populares. Aclamaba el mayor número á Padilla con frenético empeño, al paso que otros, entre ellos

los individuos de la Junta, querian confiar aquel cargo á su presidente don Pedro Laso de la Vega, mas experto y de mas suficiencia que el caballero toledano. Esta idea prevaleció en la votacion, pero el pueblo, sin tener en cuenta lo acordado ni las palabras con que el mismo Juan de Padilla y el obispo de Zamora procuraban reducirle á la obediencia, aclamó por general al hombre en quien tanto esperaba, y la Junta, revocando su anterior acuerdo, tuvo que venir en ello con gran menosprecio de su autoridad y disgusto de don Pedro Laso, que desde aquel momento comenzó á desviarse de la causa de las comunidades.

El obispo Acuña abrió la campaña trasladándose de Valladolid á Palencia, cuyos habitantes le aclamaron por su obispo, agasajándole además con la suma de diez y seis mil ducados. Dejó guarniciones en Carrion de los Condes, Castrocesar, Monzon, Magaz y Torquemada, apoderóse por fuerza de armas del castillo de Fuentes de Valdepero, y en toda la Tierra de Campos no se halló un lugar que no reconociese su autoridad. Entonces renacieron en su mente los antiguos designios de posesionarse de Burgos, y por cierto que la ocasion era oportuna, atribulado como se hallaba el condestable, dentro por los descontentos vecinos, y fuera por los pueblos de las Merindades y otros de Vizcaya y Alava, que andaban hacia tiempo alborotados, movidos por el conde de Salvatierra, que á causa de disensiones domésticas, agriadas por su carácter desapacible y duro, habia venido á parar en rebelion contra el monarca. La Junta habia procurado atraerle á su causa para servirse de sus montañeses, y para mas obligarle determinóse que Acuña y Padilla rescataran de poder del condestable la fuerte villa de Ampudia, que era del señorío del magnate. A ella se dirigieron ambos caudillos con artillería y un respetable cuerpo de tropas, y en efecto los castillos de Ampudia y la fortaleza de Mormojon, poco distante, cayeron en su poder, lo que no impidió que el conde de Salvatierra celebrase asiento de paz con el condestable, que si bien no duró mucho tiempo, fué lo suficiente para dejar á este algun respiro permitiéndole establecerse mas sólidamente en Burgos. Acuña por su parte, á quien perseguian ciertas rivalidades de los de la Junta, que deseaban apartarle del corazon de Castilla, acogió con gusto el proyecto que se tenia de enviarle á Toledo, en cuya comarca el prior de S. Juan don Antonio de Zúñiga habia adquirido gran preponderancia. Guillermo de Croy, arzobispo de Toledo, acababa de morir en Flandes, y el ambicioso prelado acariciaba el proyecto de sentarse en la silla toledana.

Continuaban aun los mensages de los regentes á Valladolid excitando á la Junta á deponer las armas y á obedecer al gobierno del rey, y don Pedro Laso de la Vega favorecia estos tratos de concordia, con tal que los gobernadores se obligasen á presentar concedidos los capítulos que el reino pedia, que eran ciento diez y ocho, de los cuales solo cinco fueron negados. Los padres Loaisa y Quiñones, generales de las órdenes de Santo Domingo y San Francisco eran los que intervenian en las negociaciones, mas á pesar del espíritu de conciliacion que animaba á los nobles, mas previsores entonces que los comuneros, en cuanto consideraban su completa derrota como perjudicial á ellos mismos, la Junta no quiso oir proposicion ninguna, y amenazó á aquellos con reincorporar al patrimonio real los bienes que poseian. Así pues, la transaccion era imposible, y Padilla, prestando oidos á las quejas de los vecinos, y deseoso de arrancar á sus tropas de la inaccion en que estaban, sacólas á campaña en 16 de febrero, despues que con

el tesoro del monasterio de San Benito, con varios depósitos de personas particulares y otros arbitrios, pudo reunir ocho mil ducados que se debian á cuatrocientas lanzas procedentes de Gerbes, que formaban la principal fuerza del ejército. Constaba este en todo de siete mil hombres con la correspondiente artillería, y con él tomó Padilla el camino de Zaratan con ánimo de caer sobre Torrelobaton, villa del señorío del almirante; eran los principales capitanes Juan Bravo de Segovia, Francisco Maldonado de Salamanca y Juan Zapata de Madrid, y sosegadas por mediacion de Acuña algunas alteraciones entre ellos sobrevenidas, púsose Padilla sobre Torrelobaton, que entró por asalto despues de encarnizados combates.

Al divulgarse por el reino el éxito de esta jornada, no tuvo límites el alborozo de las ciudades, y era opinion general que si el victorioso ejército avanzase un paso mas hácia Tordesillas, con el prestigio que le daba su reciente triunfo, consternados como se hallaban los regentes y los nobles y sin fuerzas suficientes para presentarle batalla, hubiérase de un golpe terminado la guerra. Sin embargo, en vez de adoptar este consejo dió la Junta oidos á proposiciones de paz cuando antes se habia mostrado tan solícita en rechazarlas. A favor de ellas el condestable pudo reunir su gente en Burgos y prepararse para marchar en ocasion oportuna; los soldados de Padilla, poco acostumbrados á la disciplina, abandonaron en gran número las filas llevando consigo el botin de Torrelobaton; los veteranos de Gerbes se pasaron á las banderas reales aprovechando el perdon del emperador, y en tanto habíanse aplacado por completo los síntomas de sedicion en Galicia y Extremadura, y en Andalucía hiciéronse demostraciones muy significativas contra los comuneros.

Acordada una tregua de ocho dias, si bien fué mal observada por ambas partes, permitió esta seguir con mas desahogo las negociaciones para la paz que ya deseaban sinceramente, no solo la nobleza y el clero, sino tambien los principales individuos de las comunidades. Habíase convenido en que el monarca nombraria á contentamiento y voluntad del reino los gobernadores, quienes jurarian en cortes la observancia de las leyes; en que no se darian oficios á extrangeros; en que cesaria la extraccion de moneda, estableciéndose arcas en cada ciudad ó cabeza de obispado; en que se juntarian las cortes por autoridad propia cada cuatro años; en que se obligaria á la corte á pagar los alojamientos; en que se residenciaria al presidente y oidores del *mal consejo*, segun lo denominaban los populares; en que para el encabezamiento perpétuo de las alcabalas serviria de base el que se hizo en 1512, no muy oneroso á los pueblos; en que se indemnizarian los daños ocasionados á Medina del Campo y su comarca; en que se obtendria perdon del levantamiento bajo la fe y palabra real, y en otros varios puntos referentes á diversas peticiones. Mas cuando tanto camino se habia andado para la pacificacion del reino, desbarató la desconfianza lo que á tan duras penas se habia conseguido. Ofrecian los grandes comprometer sus personas, vidas y haciendas, jurar y hacer pleito homenage y contrato para el cumplimiento de lo convenido; los comuneros pretendian que se extendiera el compromiso á darles ayuda á mano armada, en no asintiendo el rey á las capitulaciones; pero, recelosos los nobles de las tendencias que habia manifestado la Junta, se negaron á obligarse á tanto hasta consultarlo con el condestable.

Acababa este de dar una contestacion anticipada á la consulta que sus compañeros pensaban dirigirle: en un sitio público de Valladolid fijóse á deshora por oculta mano una provision real expedida en Worms á 17 de diciembre de 1520 y leida y pregonada en Burgos á 16 de febrero de 1521. En ella don Carlos declaraba por rebeldes, traidores, infieles y desleales á todos los que sostenian la revuelta, y particularmente á doscientos cuarenta y nueve de los de mas nota, á quienes, sin otra forma de juicio, se condenaba á muerte siendo seglares, y siendo eclesiásticos á perder la naturaleza y temporalidades que tenian en el reino y á las demás penas establecidas contra los sacerdotes y prelados cómplices de tales delitos. A esto contestaron los de la Junta pregonando por traidores y quebrantadores de la tregua al almirante, al condestable, á los condes de Haro, de Benavente, de Alba de Liste y de Salinas, al marqués y al obispo de Astorga, á los oidores del mal consejo y á sus dependientes, y á los mercaderes y otros vecinos de Burgos, Tordesillas y Simancas. Desde aquel momento quedó decidida la guerra.

El obispo Acuña habíase dirigido en tanto á tierras de Toledo, y su aparicion en aquellas comarcas fué saludada con aclamaciones y festejos, al propio tiempo que hizo mudar el semblante de las cosas. Alcalá, Madrid y otras poblaciones recibieron al prelado con gran entusiasmo, y este creció de punto, luego que Acuña hubo logrado vencer y arrollar cerca del Romeral, en una fértil y amena llanura, á las tropas del prior de San Juan don Antonio de Zúñiga. El obispo, celebradas treguas por algunos dias, licenció la mayor parte de sus tropas durante el sagrado tiempo de la semana santa, y sin otro séquito que un guia se dirigió á Toledo, donde no tardó en ser reconocido y en excitar su presencia iguales transportes que en otros puntos. Llevado en brazos del pueblo, al parecer contra su voluntad, metiéronle en la catedral y en el coro, y sentándole allí en la sede arzobispal le proclamaron al fin arzobispo de Toledo, con gran escándalo y tristeza de la gente sensata de la ciudad.

En tanto se habian rehecho las compañías del prior de San Juan, y atacaron á la villa de Mora, muy floreciente entre las poblaciones castellanas. Sus vecinos optaron por la resistencia, y despues de encarnizado combate, rechazados de trinchera en trinchera y de calle en calle, refugiáronse en la iglesia donde habian encerrado sus esposas, sus hijos y sus haberes. Todos hallaron en ella sepultura, puesto que incendiada por las tropas reales, cayó con gran estrépito la bóveda, y dió muerte á los que el fuego y el humo habian hasta entonces respetado. Salió Acuña de Toledo á la noticia del desastre, pero su gente se desbandó dejándole casi solo luego que se divisaron las fuerzas enemigas, debiendo el prelado volver á la ciudad que al cabo de poco tiempo vióse casi bloqueda por las crecientes fuerzas del prior. Mal aconsejados los que en ella gobernaban, quisieron dar á Acuña un testimonio de su inalterable afecto al propio tiempo que una especie de compensacion de los sinsabores con que le habian mortificado sus medrosos compañeros en la última salida: empeñáronse en que el cabildo sancionara con sus votos la promocion del obispo de Zamora á la mitra de Toledo, y para ello no escasearon la opresion ni la amenaza; los canónigos, empero, poseidos de digna entereza, rehusaron hacerse cómplices de aquel desafuero, y mas aun creció su teson al capitanear el mismo Acuña la asonada, y al revestirse y adornarse

por su propia autoridad con los atributos pontificales. Escándalos eran estos que hubieran presagiado el vencimiento de la causa que los consentia, si ya por otra parte no la hubiera amagado golpe mortal en los campos de balalla.

En efecto, casi disuelta la junta de Valladolid, vacilante, desmembrada, pues varios de sus miembros se habian acogido sucesivamente bajo las banderas del rey, el ejército encerrado con Padilla en Torrelobaton ofrecia el mismo triste espectáculo, presa de la indisciplina y mermado por la desercion que cada dia llevaba al campo real á capitanes y á gente de armas; y mientras esto sucedia el condestable desde Burgos congregaba fuerzas y se disponia á unirse con sus co-regentes y el conde de Haro para caer todos juntos sobre el jefe de los comuneros. Tres mil infantes, quinientos hombres de armas y alguna caballería ligera llevaba á su salida de Burgos, y mas numerosas habrian sido sus fuerzas á no haber impedido el pueblo de Zaragoza la salida de dos mil hombres que el virey enviaba contra los comuneros, diciendo: «que Aragon no debia ayudar á quitar las libertades á Castilla (1),» y á no caer en manos del conde de Salvatierra las siete gruesas piezas de artillería que llevaban los mil veteranos enviados de Navarra por el virey, duque de Nájera. Este movimiento de tropas arrancó á los de Torrelobaton de su letárgica apatía. Despues de conferenciar con la Junta determinóse que el capitan toledano con la gente que pudiese allegar sin tardanza abandonase su posicion y se corriese hácia Toro á esperar los socorros de Zamora, Salamanca y otras ciudades hasta reunir un ejército que, segun sus cálculos, habia de ascender á catorce mil hombres de todas armas. Entonces hubiera marchado á Burgos, y dividida su tropa en dos mitades, de las cuales una diese la mano al conde de Salvatierra y otra al obispo Acuña, habríase ocupado todo el suelo castellano. Este plan, bueno quizás en otra ocasion, tenia en aquel crítico momento la desventaja de desguarnecer una fuerte posicion que podia procurar á los comuneros una momentánea victoria de que tanto necesitaban en aquel trance, y exponia además al ejército, como efectivamente sucedió, á tener que empeñar en campo raso la batalla que rechazaba al abrigo de los muros. Dos mil infantes y doscientas lanzas se llevó de Valladolid el general toledano, y con la fuerza que en Torrelobaton le quedaba y la que de Tierra de Campos y de los lugares comarcanos acudió á su llamamiento, hallóse al frente de siete mil infantes, de quinientas lanzas y de suficiente artillería.

Al moverse estos batallones (23 de abril), estaba ya el condestable muy cerca de Torrelobaton, despues de habérsele unido en Peñaflor su hijo el conde de Haro, sus compañeros de gobernacion, muchos señores con sus vasallos, la gente de guarda del reino y la guarnicion de Portillo, formando un total de seis mil peones y dos mil cuatrocientos caballos. De dia emprendió Padilla su camino, que ni siquiera tuvo prevision suficiente para salir de noche, y al frente de la caballería protegia los cañones que iban en el centro. La lluvia que caia habia estropeado los caminos; la marcha no podia ser ligera, y por esto el ejército del condestable pudo seguir de cerca al de las comunidades guiándose por las rodadas de los cañones y las huellas de los caballos. Dejando atrás á la infantería con órden de andar todo lo que pudiese, los dos mil cuatrocientos

(1) Sandoval, Hist. de Carlos V, l. IX.

ginetes con algunas piezas de fácil transporte, lanzáronse á todo correr tras de la hueste que se retiraba, y avistáronla por fin cerca de Villalar, pueblo alzado en la meseta de una colina lindante con el camino de Toro, á unas tres leguas de Torrelobaton. En vano Padilla quiso ordenar la batalla y hacer frente á sus contrarios; sus soldados, desordenados por la lluvia que entonces se desgajaba copiosa, y por el miedo, parecian haber puesto alas á sus piés con esperanza de llegar á Villalar y librarse allí mas fácilmente del peligro. Atolondrados y dispersos á los primeros tiros de artillería, caian unos sobre otros; el lodo embarazaba su marcha, y en esta disposicion se precipitaron sobre ellos con furiosa arremetida los caballos de sus enemigos. Padilla, cansado de correr por entre los desbandados pelotones de su tropa y de mandar sin ser obedecido, volvióse á tres caballeros de su casa y les dijo con ánimo resuelto: «¡Seguidme! no permita Dios que digan en Toledo ni en Valladolid las mugeres que traje sus hijos y esposos á la matanza y que despues me salvé huyendo (1).» Tras esto, seguido de sus tres compañeros, se entró por medio de un escuadron de lanceros; todos quedaron heridos en el temerario acometimiento, y al ver que en su campo nadie empleaba ya las armas, que sus banderas andaban por el suelo, que Juan Bravo y los Maldonados salmantinos estaban prisioneros, y que no habia ya esperanza alguna, el desesperado caudillo arremetió otra vez, decidido á morir, contra el mismo escuadron de ginetes al grito de *¡Santiago y libertad!* Herido en una corva vino al suelo, y acababa de rendirse á don Alfonso de la Cueva entregándole la espada y una manopla, cuando don Juan de Ulloa, caballero toresano, con villana accion que todos reprobaron, le asestó una cuchillada que por tener alzada la visera le llenó de sangre el rostro.

Nada resistia ya al grito de *¡Santa María y Carlos!* Los Comuneros huian en tropel arrancando las cruces rojas que los distinguian y procurando reemplazarlas con las blancas de los imperiales; sus grupos, empero, se aclaraban á cada momento á impulsos de las lanzas enemigas, y en breve mas de cien muertos y muchos heridos aparecieron tendidos en el campo, que por unos momentos no se dió cuartel, excitados los perseguidores por cierto fraile de la órden de Santo Domingo, Juan Hurtado, acérrimo enemigo de las comunidades. Los prisioneros fueron mas de mil. De los imperiales, como se les llamaba, no murió ninguno, pues puede decirse que solo Padilla y sus escuderos pelearon.

Aquella misma noche se juntaron los magnates en consejo para deliberar acerca de la suerte de los capitanes prisioneros, á quienes se habia encerrado en el inmediato castillo de Villalar, propiedad de don Juan de Ulloa. Varios hicieron oir en su favor palabras de clemencia procurando introducir trámites dilatorios hasta que sabedor el rey del suceso, dictare la sentencia que fuere de su agrado; pero el mayor número opinó por aplicarles toda la dureza de la ley. Evacuados los sumarios trámites que la claridad del caso exigia, Juan de Padilla, Juan Bravo y Francisco Maldonado, fueron declarados traidores á la corona real y condenados á pena de muerte y á confiscacion de bienes y oficios (2). Don Pedro

(1) Manuscrito anónimo de autor contemporáneo existente en la Bibl. del Escorial.

(2) La sentencia contra ellos pronunciada estaba concebida en estos términos: «En Villalar á veinte e cuatro dias del mes de abril de mil e quinientos e veinte e un años, el señor alcalde Cornejo por ante mi Luis Madera escribano, recibió juramento en forma debida de derecho de Juan de

Maldonado Pimentel se libró por de pronto de igual suerte, merced á su deudo el conde de Benavente, que usó en su favor de todo su valimiento. Bravo y Maldonado oyeron intranquilos la lectura de la sentencia; Padilla, por el contrario, manifestó en aquellos tristes momentos la grandeza que no pudo ó no supo mostrar durante el tiempo de su mando, y bien puede decirse de él haberse cumplido en un todo su deseo de morir como cristiano y como caballero. Pidió un confesor letrado y un escribano para hacer testamento, y como ninguna de ambas cosas le fuese concedida, confesóse lo mismo que sus compañeros con un faile franciscano, y escribió de su propio puño dos cartas, una á su esposa doña María Pacheco, despidiéndose de ella con sentidísimos conceptos, y otra á su ciudad natal de Toledo, en la que brilla con vivo entusiasmo el mas acendrado patriotismo (1).

Marcharon los sentenciados al suplicio, que habia de ejecutarse fuera de la villa, montados en mulas cubiertas de negro y auxiliados por sacerdotes. Mostrábase Padilla grave y magestuoso, y la serenidad de su rostro manifestaba la

---

Padilla, el cual fue preguntado si ha seido capitan de las comunidades, e si ha estado en Torre de Lobaton peleando con los gobernadores de estos reinos contra el servicio de sus Majestades: dijo que es verdad que ha seido capitan de la gente de Toledo, e que ha estado en Torre de Lobaton con las gentes de las comunidades, é que ha peleado contra el condestable e almirante de Castilla governadores de estos reynos, e que fue a prender á los del consejo é alcaldes de sus Majestades.—Lo mismo confesaron Juan Bravo e Francisco Maldonado haber seido capitanes de la gente de Segovia é Salamanca.—Este dicho dia los señores alcaldes Cornejo e Salmeron e Alcalá dijeron que declaraban e declararon a Juan de Padilla, á Juan Bravo e a Francisco Maldonado por culpantes en haber seido traydores de la corona real de estos reinos, y en pena de su maleficio dijeron que los condenaban é condenaron á pena de muerte natural e a confiscacion de sus bienes e oficios para la camara de sus Majestades, como á traydores, e firmaronlo.—Doctor Cornejo.—El licenciado Garci Fernandez.—El licenciado Salmeron.»

Lafuente, p. 3, á l. I, c. V, tomándolo del arch. de Simancas, Com. de Castilla, n. 6.

(1) Aunque no faltan autores que duden de la autenticidad de estas cartas insertámoslas aquí por la celebridad histórica que han alcanzado. La que dirigió á doña María Pacheco, decia así:

«Señora: si vuestra pena no me lastimára mas que mi muerte, yo me tuviera enteramente por bienaventurado. Que siendo á todos tan cierta, señalado bien hace Dios al que la da tal, aunque sea de muchos plañida, y de él recibida en algun servicio. Quisiera tener mas espacio del que tengo para escribiros algunas cosas para vuestro consuelo: ni á mi me lo dan, ni yo querria mas dilacion en recibir la corona que espero. Vos, Señora, como cuerda llorad vuestra desdicha, y no mi muerte, que siendo ella tan justa de nadie debe ser llorada. Mi ánima, pues ya otra cosa no tengo, dejo en vuestras manos. Vos, Señora, haced con ella como con la cosa que mas os quiso. A Pero Lopez mi señor no escribo porque no oso, que aunque fui su hijo en osar perder la vida, no fui su heredero en la ventura. No quiero mas dilatar, por no dar pena al verdugo que me espera, y por no dar sospecha que por alargar la vida alargo la carta. Mi criado Losa, como testigo de vista é de lo secreto de mi voluntad, os dirá lo demas que aqui falta, y asi quedo dejando esta pena, esperando el cuchillo de vuestro dolor y de mi descanso.»

Carta de Juan de Padilla á la ciudad de Toledo.

«A ti, corona de España y luz de todo el mundo, desde los altos godos muy libertada. A ti, que por derramamiento de sangres estrañas como de las tuyas cobraste libertad para ti é para tus vecinas ciudades. Tu legítimo hijo Juan de Padilla, te hago saber como con la sangre de mi cuerpo se refrescan tus victorias antepasadas. Si mi ventura no me dejó poner mis hechos entre tus nombradas hazañas, la culpa fué en mi mala dicha y no en mi buena voluntad. La cual como á madre te requiero me recibas, pues Dios no me dió mas que perder por ti, de lo que aventuré. Mas me pesa de tu sentimiento que de mi vida. Pero mira que son veces de la fortuna que jamas tienen sosiego. Solo voy con un consuelo muy alegre, que yo el menor de los tuyos morí por ti, e que tu has criado á tus pechos a quien podrá tomar enmienda de mi agravio. Muchas lenguas habrá que mi muerte contarán, que aun yo no lo sé, aunque la tengo bien cerca: mi fin te dará testimonio de mi deseo. Mi anima te encomiendo, como patrona de la cristiandad: del cuerpo no hago nada, pues ya no es mio, ni puedo mas escribir, porque al punto que esta acabo, tengo á la garganta el cuchillo, con mas pasion de tu enojo que temor de mi pena.»



Gisbert P.r Lechard g.r J. Vazquez imp.or

EJECUCION DE LOS COMUNEROS DE CASTILLA, PADILLA, BRAVO Y MALDONADO.

tranquilidad de su espíritu. «Esta es la justicia, gritaba el pregonero, que manda hacer su magestad y los gobernadores en su nombre á estos caballeros. Mándanlos degollar por traidores...—Mientes tú y aun quien te lo mandó decir, interrumpió Juan Bravo con altivez y desenfado.—Callad vos, «dijo el alcalde Cornejo, y como replicara el Segoviano que en ser celosos del bien público consistia toda su culpa, dióle el alcalde con su vara en las espaldas. «¿Qué atrevimiento es ese? replicó Bravo enfurecido.—Señor Juan Bravo, dijo con entereza Padilla, ayer fué dia de pelear como caballeros, hoy lo es de morir como cristianos.» Llegados al límite de su carrera ninguno queria ser el último en recibir la muerte. «Degüéllame á mí primero, dijo Bravo al verdugo, porque no vea la muerte del mejor caballero que queda en Castilla.» Así se hizo, y el hacha segó su cuello. Padilla entregó unas reliquias que en el seno llevaba á don Enrique Sandoval y Rojas, primogénito del marqués de Dénia, para que las enviase á su esposa doña María Pacheco, y al ver el cuerpo de Juan Bravo exclamó: «¡Ahí estais vos buen caballero!» Levantando en seguida los ojos al cielo dijo: *Domine, non secundum peccata nostra facies nobis*, y postrado de hinojos acabó su vida. Poco despues fué muerto Francisco Maldonado, y las tres cabezas quedaron en la picota clavadas con escarpias.

Así fueron vencidas las comunidades de Castilla y así acabaron su general y dos de sus principales caudillos. La jornada de Villalar, resultado de los excesos de la sublevacion y de la incapacidad de aquellos que la dirigieron, fué otro golpe fatal para las libertades castellanas que tantos venian recibiendo hacia muchos años. Lógica consecuencia de la conducta que por mucho tiempo observaba el trono y de la desatentada ceguedad de pueblos y magnates, guardémonos de incurrir en el error histórico que profesan ciertos autores al presentarnos á Carlos de Austria como verdugo de las libertades de Castilla que nos pintan en todo su esplendor en tiempo de sus antepasados los Reyes Católicos. Toda la historia de Castilla desde el siglo XIII acá contradice semejante aserto, y mirando las cosas desde mas alto, apreciándolas en toda la magnitud que la historia consiente y exige, veremos ser verdad lo que antes hemos dicho: Carlos I no fué mas que el continuador de la empresa de sus antecesores, aunque en distintas y peores circunstancias: los nobles, á pesar suyo, debieron de cooperar á lo mismo que tantas veces habian combatido, y esto atendiendo, la guerra de las comunidades y Villalar que fué su desenlace, se nos presentan como hechos naturales, cuya responsabilidad, dejando aparte los codiciosos excesos de los ministros flamencos, no cabe en una persona determinada, sino que ha de atribuirse á la marcha de las cosas y á la variacion de las ideas.

Al saberse en Valladolid lo acaecido habíase desmandado la plebe, y temerosos los de la Junta de experimentar su encono, se habian dispersado quedando la ciudad á merced de unos pocos. Hácia ella dirigieron sus pasos los gobernadores y á la voz de perdon, del cual solo exceptuaron una docena de tumultuados, se les abrieron las puertas. Toro, Zamora, Leon y Salamanca siguieron el mismo ejemplo mereciendo tambien igual indulto, y como la derrota de Padilla coincidió con la sufrida en el puente de Durana por el conde de Salvatierra, todo quedó en sosiego por el lado de las merindades. Medina del Campo, Avila, Soria, Cuenca y Murcia acataron el gobierno de los regentes; Alcalá de Henares

y Madrid, y por fin Segovia sometiéronse á los vencedores, y el incendio que amenazara devorarlo todo quedó completamente extinguido (1). En los sucesos que acabamos de explicar ha de observarse que si bien se presentaron con proporciones considerables, aunque la irritacion habia de ser general á todos los reinos de la monarquía castellana, no fueron tales, sin embargo, que ofrecieran la extension y gravedad de un alzamiento nacional, en cuanto buena parte de aquellos reinos observaron en la cuestion completa neutralidad y se declararon otros en favor de la causa del monarca. Circunstancia es esta que no ha de perderse de vista para apreciar con exactitud ese gran acaecimiento, y que nos indica el inmenso prestigio que habia adquirido el trono, mirado ya como la institucion mas dominante y poderosa. Sin embargo, aun despues de la sumision del reino quedaron chispas de la pasada hoguera, y como despues veremos, el pendon derrocado en Villalar flotó todavía por algun tiempo en Toledo.

Mientras estos sucesos pasaban en Castilla habíanse observado en el reino aragonés señales de desagrado y sedicion; mas la sagacidad del virey don Juan de Lanuza alcanzó sofocar en su principio la discordia sin permitir que llegara á revelarse en pronunciado alzamiento. No sucedió lo mismo en Valencia, donde como sabemos, existian muy profundas causas de agitacion.

Luego que don Carlos, próximo á abandonar á España, concedió el uso de armas á la junta popular creada en aquella ciudad y permiso al pueblo para tener sus revistas militares, no reconocieron límites la audacia de los plebeyos y los temores de los nobles , mayormente cuando el cardenal Adriano continuaba favoreciendo á los primeros , halagado por los gritos de *¡ viva el rey !* en que prorumpian sin cesar los populares. Játiva y Murviedro siguieron el ejemplo de la capital y formaron su junta, y como se refugiasen en el castillo los principales de aquella poblacion , atacáronlos allí los populares , asaltaron la fortaleza, y pasáronlos á todos á cuchillo hasta niños de muy pocos años. Todas las ciudades y villas proclamaron sucesivamente la germania y reconocieron las órdenes emanadas de la Junta de los Trece , y los nobles por su parte , al verse tan de cerca amenazados, nombraron veinte representantes con poderes ámplios para dictar las providencias que creyeran mas convenientes á la seguridad de todos. Los dos bandos se odiaban y estaban preparados para la lucha, y era seguro que esta habia de estallar en breve.

La capital fué la primera que experimentó sus horrores; en un sangriento motin y al grito de *¡mueran los caballeros!* cometieron las turbas toda clase de excesos y tropelías, á las que puso treguas la llegada del nuevo virey conde de Mélito, entre las arrogantes exigencias de los populares. El último acto de la conducta ambigua y débil de Carlos en este asunto habia sido consentir en que entre los jurados se nombraran dos de los populares, y como al verificarse la eleccion resultaron elegidos todos los propuestos por los Trece, el virey, accediendo á las súplicas de las personas principales, se negó á reconocerlos en obsequio á la tranquilidad pública. Desde aquel momento el poderoso partido que dominaba en

(1) Para los hechos relativos á esta guerra hemos tenido principalmente á la vista, si bien apartándonos del espíritu con que son apreciados, en el cual no convenimos, la obra de don Antonio Ferrer del Rio, publicada hace algunos años en Madrid, con el título de *Hist. del levantamiento de las Comunidades de Castilla.*

la poblacion se hizo enemigo de su autoridad, y no tardó en combatirla abiertamente por las calles, empeñándose entre la guardia del virey y los caballeros por una parte y el pueblo por otra una sangrienta lucha, que terminó con la salida del conde de Mélito, quien se refugió sucesivamente en Cocentaina, Játiva y Denia. Á él siguieron, al encontrarse sin proteccion y sin apoyo, las principales familias, quedando absolutos dueños de la ciudad los Trece, Guillen Sorolla y sus turbulentas compañías (julio de 1520).

Elche, Mojente, Jérica, Segorbe, Onda, Orihuela y otras muchas villas y lugares del reino proclamaron la germania con mas ó menos desórdenes, y solo Morella, arrojando de sus muros á los comisionados de Valencia, mantúvose adicta al virey y á la causa de los nobles. Graves escándalos acontecian cada dia en Valencia, Játiva y en los demás pueblos de importancia que habian abrazado la sublevacion: asesinatos, incendios y atropellos eran el incesante entretenimiento de las desbordadas turbas, y el cardador Juan Lorenzo, que era uno de sus jefes, murió de pesadumbre al considerar sus excesos y ser impotente para refrenarlos. Los agermanados experimentaron la primera derrota en Oropesa, donde se encontraron quinientos hombres salidos de Valencia al mando del carpintero Miguel Estellés para ir en socorro del Maestrazgo, con las tropas de don Alfonso de Aragon, duque de Segorbe, hijo del infante don Enrique. Presos Estellés y sus oficiales, fueron ahorcados en Castellon.

La noticia de este suceso exasperó á los Valencianos, y congregadas sus fuerzas al toque de rebato, salieron á campaña al mando del confitero Juan Caro. Con la gente qúe en su camino se les allegó formaron un ejército de cuatro mil hombres, y despues de infructuosas tentativas contra el castillo de Corbera y la villa de Mojente, avanzaron hácia Játiva, cuyo castillo se mantenia en poder de la nobleza, y que por fin se rindió por capitulacion, que no fué muy bien cumplida por parte de los vencedores. Mientras esto sucedia habian llegado á Valencia comisionados de Murviedro solicitando socorro contra el duque de Segorbe y tambien contra dos mil Moros del país que se habian alzado en favor de los caballeros. Los cadáveres de dos jóvenes que llevaba el mensagero sobre su caballo, cuya muerte se atribuia á los infieles, encendió al pueblo en furor; instantáneamente tomó las armas, corrió á la catedral en busca del estandarte de la cruzada que el cabildo se negó á entregar, y excitado mas y mas por las palabras de algunos frailes, reunió cinco mil hombres armados que al dia siguiente salieron de Valencia, mandados por el jurado Jaime Ros. Á siete ú ocho mil hombres ascendian sus fuerzas al avistar al duque de Segorbe, que se hallaba en Almenara con una mitad de gente, moros allegadizos en su mayor parte; pero atraidos los de Valencia á la llanura, donde pudo maniobrar la caballería de sus contrarios, fueron completamente destrozados dejando en el campo cerca de dos mil hombres (18 de julio de 1521). El conde de Mélito, menos afortunado, acometió en Biar el jefe de la germania de Alcira Vicente Peris, y tuvo que retirarse vergonzosamente con muchas bajas en sus filas.

Los regentes de Castilla, mas tranquilo ya aquel país, determinaron entonces enviarle el auxilio de las tropas de Andalucía, y con este refuerzo tomaron los nobles vigorosamente la ofensiva. El marqués de los Velez se apoderó de Elche, Aspe, Crevillente y Alicante, libertó el castillo de Orihuela, que tenian

A. de J. C. muy estrechado los populares al mando del escribano Pedro Palomares, é hizo sufrir á estos una completísima derrota (20 de agosto), en la que se contaron entre los agermanados mas de cuatro mil muertos. Palomares fué preso y decapitado; los que formaron la junta de la ciudad fueron ahorcados, y todos los pueblos situados entre Orihuela y Játiva volvieron á la sumision antigua.

En tanto reinaba en la capital la mayor anarquía; sin fondos la Junta para mantener sobre las armas á las tropas, la plebe se sublevaba cada dia, y esta situacion se agravó mas aun cuando el virey se apoderó de Murviedro y avanzaron por el otro lado los marqueses de los Velez y de Moya con siete mil infantes y ochocientos caballos. En la imposibilidad de resistir, la Junta propuso capitular y en ello consintió el virey, con tal que el pueblo dejara las armas y se admitieran los jurados que él proponia. Así se estipuló, y luego que los nuevos jurados hubieron tomado posesion de sus cargos y que los mas comprometidos abandonaron la ciudad, el conde de Mélito hizo su entrada en Valencia el dia 1.º de noviembre.

No por esto terminó la guerra. Vicente Peris se habia refugiado en Alcira, y con gente denodada y resuelta, en combinacion con los de Játiva no dejaba á las tropas reales ni un instante de reposo. El virey marchó contra él al frente de ocho mil hombres, pero despues de haber atacado infructuosamente á la plaza con gran pérdida, levantó el cerco y marchó hácia Játiva, cuyo sitio abandonó tambien, burlado por un ardid muy artero de los agermanados. Vengóse de ello en los de Onteniente que, sometidos, habian vuelto á rebelarse, y mas de setenta de aquellos vecinos fueron ahorcados en la plaza.

Con una audacia sin igual, Vicente Peris seguido de unos pocos se introdu-
1522 jo una noche en la ciudad de Valencia (18 de febrero de 1522), y se instaló en su propia casa en la calle de Gracia, resuelto á reanimar á los suyos y con ellos á volver á imperar en la capital. Sus amigos le rodearon al momento, mas despues de un encarnizado combate con las tropas del virey en aquella estrecha calle, la casa del atrevido caudillo fué incendiada, y él no tuvo otro remedio que rendirse al capitan que tenia mas inmediato. Al ser conducido á presencia del virey fué asesinado por un grupo de gente armada, y arrastrado su cuerpo, fué colgado en la horca y despues decapitado. Diez y nueve de sus compañeros sufrieron igual suerte.

Ni aun así tuvieron fin los disturbios; fomentábalos en Játiva un hombre singular y misterioso á quien se llamaba *El Encubierto*, que diciéndose inspirado y como predestinado por Dios para acabar con la morisma del reino, se suponia hijo del príncipe don Juan de Castilla y de Margarita de Flandes, contando haber sido conducido á Gibraltar luego de su nacimiento y confiado á una pastora que le puso por nombre Enrique Enriquez de Ribera. Con su valor, con su austeridad y con los misterios de que se rodeaba alcanzó este personage hacerse gran partido entre la gente popular, y presentóse como vengador de Peris. Pregonada, empero, su cabeza y abandonado por sus parciales en una tentativa que hizo contra la capital, fué asesinado en Burjasot por dos plebeyos (mayo de 1522), y su cadáver, llevado á Valencia, fué quemado de órden del Santo Oficio.

Tambien en Mallorca los populares acaudillados por Juan Odon Colom, mozo audaz, de oficio bonetero, llegaron á apoderarse de varias poblaciones, y entre

otras de Palma despues de una obstinada lucha que costó la vida á gran número de personas principales. El virey don Miguel de Gurrea hubo de trasladarse á Iviza, y la guerra entre el bando popular y el real, cuyo baluarte era la ciudad de Alcudia, empezó con varios combates en las inmediaciones de aquella poblacion, que no produjeron mas resultado que desgracias en uno y otro partido, dejando en su totalidad las cosas en el mismo estado que tenian. El triunfo de los nobles en Valencia desalentó á los populares de la isla y preparó en ella igual suceso, que no se verificó de un modo completo hasta algun tiempo despues.

Los levantamientos de Valencia y Mallorca, aunque acaecidos al propio tiempo que el del reino castellano, ni reconocieron con él igualdad de orígen, de causa ni de bandera, ni procuraron aunar sus fuerzas contra el comun enemigo, tan cierto es que en aquel tiempo los reinos aragoneses y los que formaban la corona de Castilla se miraban en sus asuntos interiores como extrangeros entre sí, y que los sucesos acaecidos en los unos se consideraban generalmente sin influencia ninguna en los otros.

Tambien en Toledo hemos dicho continuaba la sedicion capitaneada por la esforzada esposa del infeliz Padilla doña María Pacheco, pero como entonces acaeció la invasion de los franceses por la parte de Navarra, ya obrasen de acuerdo con aquella señora, segun algunos pretenden, ya haya de sincerarse de esta mancha á los comuneros toledanos siguiendo la opinion de otros; como aquel hecho estaba en estrecha relacion con los sucesos de la política general europea, necesario es que, apartando los ojos de la Península, veamos lo que por aquel tiempo habia sucedido entre los monarcas que se disputaban la supremacia del mundo.

Al disputarse Carlos I de España y Francisco I de Francia la corona del imperio, procuraron conservarse mútuamente muy grandes atenciones no sufriendo que ninguna muestra de enemistad manchase su noble emulacion. «Cortejamos á una misma dama, decia Francisco; uno y otro nos esforzamos para salir airosos, pero luego que se sepa quien es el rival afortunado, solo toca al otro conformarse y quedar todos en paz (1).» Sin embargo, no sucedió así: Francisco I no pudo sofocar su resentimiento al verse desairado, y además tenia contra Carlos y Carlos contra él motivos de queja muy poderosos y en opinion de cada uno muy legítimos para que no se rompiese entre ellos la paz que decian deséar tanto. El sucesor de Fernando el Católico tenia pendientes con Francia las cuestiones de Nápoles y Navarra, y el emperador de Alemania, descendiente de Carlos el Temerario, reclamaba el ducado de Borgoña, usurpado por Luis XI y el feudo imperial del Milanesado que poseia el monarca francés. Considérese ahora si la ambicion de ambos habia de tener incentivos para turbar á Europa, y ardientes, ambos eran igualmente poderosos: Carlos soberano de los vastos dominios españoles en la Península, en Italia, en Africa y en América, de los Paises Bajos, y de sus estados hereditarios de Austria y además emperador de Alemania; Francisco dueño de un territorio menos vasto, pero fuerte por la unidad que acababa de alcanzar en ventajosa posicion para defenderse y ofender, sus recursos podian decirse casi iguales, y de aquel habia de ser la victoria definitiva que lograse atraer á su causa á mas poderosos aliados.

---

(1) Guicciardin, Hist. de Italia, l. XIII, p. 159.

Bien lo conocia así Enrique VIII de Inglaterra cuando decia : *el triunfo será de aquel á quien yo ayude*, *cui adhœres prœest*, y tampoco ignoraban ambos rivales la importancia de su amistad cuando tanto se afanaban por conseguirla. Habia Enrique subido al trono en 1509 en muy felices circunstancias que prometian un dichoso y floreciente reinado ; en su persona reunió los opuestos derechos de las familias de Yorch y de Lancaster, y el gozo y entusiasmo con que ambos partidos le acataban, poníanle en estado de gobernar su reino con autoridad mas vigorosa que ninguno de sus predecesores , y hasta de tomar parte, como hemos visto, en los asuntos del continente , desatendidos por mucho tiempo en Inglaterra á causa de sus revueltas intestinas. Los inmensos tesoros heredados por Enrique le constituian uno de los mas ricos soberanos de Europa ; la buena situacion de sus dominios que le ponia al abrigo de toda invasion estraña y la ciudad de Calais que le daba entrada en Francia y le abria fácil camino para los Paises Bajos, circunstancias eran todas que le colocaban en muy buena posicion entre Carlos y Francisco , y que auguraban para Inglaterra una agitada intervencion en las discordias que se preparaban. Era entonces primer ministro y favorito del rey, y á la vez director de este y del reino , el cardenal Wolsey , prelado elocuente, infatigable , de gran habilidad , y de una ambicion no menor , aunque salido de la ínfima clase del pueblo. Envanecido por su extraordinaria elevacion y por el ascendiente que habia alcanzado sobre un príncipe que á duras penas se prestaba á recibir consejos de persona alguna, dió en su conducta muestras de extraordinario orgullo, sacrificó á sus pasiones todos los demás respetos, y cuantos quisieron alcanzar su favor ó el de su soberano se vieron obligados á lisonjearlas y satisfacerlas. Así lo hicieron Carlos y Francisco pagando cuantiosas pensiones al omnipotente ministro , y prodigándole promesas de futuros favores. Wolsey inclinábase al lado de la Francia ; por mediacion suya habíase pactado una entrevista entre Francisco y Enrique , cuando Carlos , temeroso de las consecuencias de esta union , propúsose como siempre anticiparse á su rival. A su salida de la Coruña, segun lo habia concertado en una correspondencia secreta con Enrique VIII , Catalina de Aragon y el cardenal (1) se dirigió á Inglaterra y desembarcó en Douvres (27 de mayo de 1520) , donde salieron á recibirle el rey y su ministro. Cuatro dias permaneció allí , y á pesar de la brevedad de la entrevista , apartó enteramente á Wolsey de los intereses de Francia haciendo brillar á sus ojos la esperanza de la tiara , al propio tiempo que su talento y gravedad precoz causaban impresion profunda en su tio, el monarca britano. Convínose en que ambos soberanos tendrian en breve una nueva entrevista entre Calais y Gravelinas, acompañando á Enrique Catalina de Aragon, y á Carlos su tia Margarita , y despidiéndose muy afectuosamente , el rey de Romanos se embarcó de nuevo para Flandes. Justo es decir, empero, que la negociacion era para Carlos mucho mas fácil que para Francisco : Enrique VIII abrigaba gran enojo contra el rey de Francia que gobernaba á Escocia por medio del duque de Albany, su protegido y súbdito , en perjuicio de Margarita, viuda de Jacobo IV y hermana del rey de Inglaterra , y además uniéndose al rey de España podia recobrar algo

(1) Esta correspondencia empezó en agosto de 1519, y es inexacto, segun de ella se desprende, que Carlos llegara á Inglaterra sin saberlo Enrique VIII, como afirman varios historiadores.

de los dominios que sus antepasados habian poseido en Francia. Francisco I nada podia ofrecerle en compensacion de estas ventajas, pero esto no obstante, indeciso aun, sin haber celebrado con su sobrino tratado alguno definitivo, marchó al continente, y en una espaciosa llanura entre Guine y Ardres celebróse su célebre y fausluosa entrevista con Francisco I, quien, olvidado de que necesitaba hacer suyo al monarca inglés, solo procuró eclipsarle con su gracia y su magnificencia (1).

Carlos llegó á Flessingue el dia 1.° de junio y se encaminó en seguida á Brujas, donde le esperaban Margarita de Austria, su hermano el príncipe Fernando y los principales nobles flamencos, junto con los embajadores de Venecia y diputados de muchos príncipes y de las ciudades imperiales de Alemania. Carlos I habia cumplido entonces veinte años; de estatura regular, sus miembros eran bien proporcionados, y toda su persona, á pesar de los ataques de epilepsia que habia sufrido, indicaba antes vigor que debilidad. Apasionado por los ejercicios corporales, era reputado por el mejor ginete de su tiempo, y en España, segun era costumbre, habia luchado y sujetado á un toro. Tenia la tez blanca, los cabellos castaños, los ojos azules y la nariz aguileña; su labio inferior algo saliente como en sus abuelos de la casa de Borgoña, parecia denotar una altivez inmediata á desprecio de los demás. Admirábase la serenidad habitual de su frente espaciosa, la fina penetracion de su mirada y la fuerza sin arrebato que revelaba su actitud ya muy grave. En su semblante, siempre sereno é inmóvil, apenas podia descubrirse una huella fugitiva de las emociones que le agitaban: reflexivo, reservado, expresándose siempre con moderacion, inspiraba respeto á cuantos le rodeaban, sin dejar de conciliarse por su afabilidad y dulzura el afecto de sus servidores. Aun cuando su voluntad y su genio no parecian ser entonces lo que manifestaron poco despues, acaecida la muerte de su ministro Chievres, veíase ya en él una madurez precoz, una clara inteligencia y una firmeza en sus opiniones, síntomas de su grandeza futura.

Apenas acababa de levantarse el *Campo del Paño de Oro*, cuando Carlos se encaminó hácia Gravelinas, deseoso de borrar la impresion que su rival hubiese podido producir en el monarca de Inglaterra, y lo logró por completo manifestando á Enrique una deferencia extraordinaria y ofreciendo someter á su decision cuantas cuestiones se suscitasen entre él y Francisco I.

El rey de España no perdia de vista el objeto principal de su viage, es decir su coronacion de Aquisgran como rey de Romanos. Habíase fijado para esta solemnidad el dia 6 de octubre, pero la peste que desolaba aquella poblacion hizo que se difiriese por algunos dias. Aprovechólos Carlos para determinar lo conveniente al gobierno de los Paises Bajos que confió á su tia Margarita, y para tomar las disposiciones necesarias á fin de no dar á sus enemigos ocasion alguna de romper las hostilidades. Todo entonces nos revela en Carlos minucioso cuidado para prevenir la lucha que era objeto de los ardientes deseos de su rival; mas á pesar de sus precauciones la guerra habia de estallar el siguiente año,

---

(1) Llamóse dicha reunion el *Campo del paño de oro*..... de tal modo que muchos llevaron sobre sus espaldas convertidos en tisúes y pedrerías sus molinos, sus bosques y sus prados. Martin La Bellay p. 17.

siendo el agresor el rey de Francia. Así lo habia querido el emperador para dejar á su adversario la responsabilidad de los males que por tanto tiempo habian de afligir á Europa, y al saber que los Franceses habian pasado la frontera, Carlos, que se hallaba entonces en Bruselas, exclamó: «Gracias sean dadas á Dios de no ser yo quien empieza la guerra, y de que el rey de Francia quiera hacerme mas grande de lo que soy ahora, porque dentro de poco tiempo ó yo seré un pobre emperador ó será él un pobre rey de Francia.» Sin embargo, en la época de la coronacion no se oia aun el fragor de las armas; reinaba la calma, pero era la calma que precede á las grandes tempestades.

El dia 22 de octubre de 1520 llegó Carlos á Aquisgran, ciudad señalada por la Bula de Oro para la coronacion de los emperadores. Allí, á presencia de la mas solemne y numerosa asamblea que hasta entonces se hubiese visto, el rey de España, revestido con los hábitos de diácono, despues de prestar juramento de guardar la fé católica, de defender la Iglesia, de administrar justicia, de restablecer el imperio, de proteger á las viudas, á los huérfanos y á todos los menesterosos, y de tributar al papa el honor que le era debido, recibió la corona de Carlo-magno de manos de los arzobispos de Tréveris, de Maguncia y de Colonia. Con grandes fiestas celebróse este suceso en la ciudad, pero dispersada en breve á causa de la epidemia aquella brillante reunion, el emperador llegó á Colonia á principios de noviembre, y desde allí expidió sus cartas circulares por toda Alemania, convocando en Worms para el dia 6 del siguiente enero la dieta del imperio, expresando en aquellas que el objeto principal de la asamblea era ponerse todos de acuerdo sobre los medios de cortar el vuelo á las nuevas y atrevidas opiniones que amenazaban turbar la paz pública y destruir la religion de sus mayores.

Así pues, los primeros pasos de Carlos V iban acompañados de todas las señales amenazadoras que presagian las grandes y terribles conmociones. A medida que se adelantara hácia la dignidad imperial, habia visto levantarse contra él un enemigo cadáver mas poderoso y formidable: Francisco de Francia primero, Lutero y su heregía despues, y últimamente Soliman II, que habia ceñido en Constantinopla el alfange de Mahoma al propio tiempo que el nieto de los Reyes Católicos recibia en Aquisgran la corona de Carlo-magno. Carlos, y con él España que habia de ser el principal instrumento para la realizacion de sus empresas, debia de aceptar con la resolucion de los grandes hombres la inmensa carga que la Providencia le imponia, y al combatir á los enemigos de la cristiandad y á los adversarios de su poder, inmortalizar con sus heróicas acciones uno de los reinados mas memorables de que hacen mencion los anales del mundo. Y no era ya el niño que escribia en su escudo: *¡Todavía no!* Carlos I de España y V de Alemania, que se prepara á concebir y á ejecutar tan vastísimas empresas, anuncia con estas características palabras: ***Plus ultra*** sus gloriosos destinos.

Sin perjuicio de decir algunas palabras en otro lugar de este tomo acerca de la revolucion religiosa y política que inauguró en Alemania la heregía de Lutero, gran acaecimiento que, al romper la antigua unidad religiosa de Occidente y al torcer el curso de la civilizacion europea, separó de la Iglesia romana la mitad de Europa y fué causa de casi todas la revoluciones y guerras sucedidas hasta el tratado de Westfalia, tócanos aquí hablar del hombre que la inició, y

de los sucesos que fueron su pretexto, ó por mejor decir la chispa que produjo el vasto incendio de innumerables sectas todas discordes entre sí y acordes solo en un punto, en combatir á la Iglesia. El hecho comun á todos los siglos de la historia eclesiástica, las heregías, no podia librarse del carácter de generalidad y por lo tanto de gravedad que en los políticos hemos indicado al principio de la edad moderna. Este suceso era otro de los que con mas instancia reclamaban en Alemania la presencia del emperador.

Martin Lutero nació el dia 10 de noviembre de 1483 en Eisleben; su padre primeramente minero y despues consejero en Mansfeld, le hizo dar una educacion liberal en Magdeburgo y en Eisenach para prepararle al estudio del derecho. En 1501 estudió la dialéctica y los clásicos latinos en la universidad de Erfurth, y en 1505 obtuvo allí mismo el grado de maestro y sostuvo conclusiones sobre la física y la moral de Aristóteles. Estos estudios no satisfacian, empero, las necesidades y tendencias religiosas del jóven, quien por esto y por la repentina muerte de un amigo entró en el convento de agustinos de Erfurth, y poco despues, en 1507, fué ordenado de sacerdote. Dedicóse entonces especialmente al estudio de las Sagradas Escrituras, y en 1508 fué nombrado para enseñar teología en la universidad de Witemberg. Dos años despues fué á Italia á negocios de su órden, y en aquel viage, al manifestar gran devocion á la vista de aquellos venerados santuarios, reveló ya la acritud de su carácter reprendiendo con destempladas palabras la licencia de los eclesiásticos romanos que él habia de dejar muy atrás algunos años mas tarde. Publicáronse entonces en Alemania en nombre del magnífico Leon X las indulgencias, cuyo producto ó limosna se destinaba á la conclusion de la suntuosa basílica de San Pedro de Roma, empezada por Julio II. El encargado de esta publicacion era el príncipe elector Alberto, arzobispo de Maguncia y Magdeburgo, prelado tan liberal y ostentoso como el pontífice de Roma, y á este efecto llamó á su diócesis al dominico Tetzel, de Leipzig, hombre conocido ya en esta clase de predicaciones y que habia comprometido la mision que se le confiara, exagerando, aunque no tanto como despues se hizo, el valor de las indulgencias. Esta preferencia en favor de los dominicos excitó los celos de los agustinos, y la poca cordura con que aquellos se portaron favoreció los ataques de estos contra las indulgencias, por cuyo abuso era muy general la indignacion en los paises alemanes. Entre los impugnadores distinguíase al catedrático de la universidad de Witemberg Martin Lutero, que, protegido por el elector Federico de Sajonia, redactó y fijó en aquella catedral noventa y cinco proposiciones ó tésis relativas á indulgencias, invitando á los sábios á discutirlas con él en una asamblea pública y protestando de no querer emitir opinion alguna contraria á las Sagradas Escrituras y á la doctrina de los papas y de los Santos Padres (31 de octubre de 1517). En breve vió Lutero levantarse contra él muchos celosos adversarios, y á todos contestaba por medio de un torrente de palabras injuriosas y altivas con las que mezclaba proposiciones singularmente contrarias á la fé de la Iglesia, que ya de antes mas que por su ciencia se distinguia el Agustino por una elocuencia viva, impetuosa y arrebatadora y una facilidad entonces extraordinaria para tratar en su lengua patria las materias filosóficas y religiosas.

Al saber Leon X aquellos movimientos consideró que se trataba únicamen-

te de rivalidades entre dos órdenes opuestas, y que aquello no era mas que una disputa de frailes; así es que se limitó á nombrar general interino de los padres agustinos al erudito veneciano Gabriel, quien quiso imponer silencio á Lutero recordándole su voto de obediencia, al propio tiempo que pidió al elector Federico que interpusiera su autoridad para contener al turbulento impugnador. Entonces dió principio Lutero á la prolongada série de sus hipócritas protestas por medio de un escrito en que trataba de justificarse muy humildemente y de poner de manifiesto sus pacíficas resoluciones. Leon X le concedió un plazo de sesenta dias para presentarse en Roma, y el mismo papa consintió en que Lutero, sin necesidad de ir á la ciudad santa, tuviese varias conferencias en la dieta de Augsburgo con el mas distinguido escolástico de su tiempo, el pacífico cardenal legado Cayetano (octubre de 1518). No participaba Maximiliano de la confianza de Leon, y cuéntase que dijo desde los primeros momentos de suscitarse la contienda: «Dentro de poco las opiniones privadas y las locuras humanas reemplazarán á las verdades tradicionales y á los principios de la salvacion verdadera.»

De la impugnacion del abuso habia pasado Lutero á combatir sucesivamente el mismo principio de las indulgencias, la intercesion de los santos, la confesion auricular, el purgatorio, el celibato de los clérigos, la transubstanciacion y por fin la autoridad de la Iglesia y el carácter de su jefe visible; esto no obstante, no quiso consentir en una retractacion absoluta, y pretendia no haber dicho nada contrario á las Santas Escrituras, á los decretos de los papas y á la sana razon. Abandonando de repente á Augsburgo apeló del papa mal informado al papa bien informado, y entonces Leon X expuso claramente la doctrina de las indulgencias en una bula, cuyo contenido no permitia ya imputarle las inconvenientes publicaciones de Tetzel, y ponia en claro el verdadero sentido y el uso legítimo de aquellas. En 1519 celebróse en Leipzig una conferencia pública acerca de las principales cuestiones suscitadas por el reformador, en las que este entre las mas erróneas proposiciones llegó á negar el libre alvedrío y sostuvo que la fé basta para salvar sin las obras. Vencido completamente por la ciencia de sus contendientes, aquella solemne reunion sirvió sin embargo para dar grandísima publicidad al asunto y además para ganar á su causa en el calor de la disputa á Felipe Melancton, el mas digno de todos sus discípulos. Desde aquel momento, como para vengarse de su derrota, declaróse en abierta oposicion contra la Iglesia y su autoridad, no respetando nada de cuanto contradijese sus opiniones y designios. Entonces puede decirse que dió principio á su obra demoledora, sin que en cambio produjera sistema ni pensamiento alguno positivo; y al verle loco de orgullo impulsado por feroz intolerancia y estúpido fanatismo, presa á veces de vacilaciones que le hacian exclamar: «No sé si enseño la verdad ó no (1);» al mirarle precipitarse en aquellos delirios y extravagancias que tanto lamentaban sus propios amigos; al oirle prorumpir en aquel torrente de dicterios soeces, de palabras inmundas, aquel hombre que tiene la singular ocurrencia de llamarse *Notharius Dei*, que se dice discípulo del diablo, apenas causaria otra sensacion que la de lástima si este sentimiento pudiera caber al tratarse del heresiarca que llamó á Europa un cúmulo desconocido de calamidades, que ha sido causa de la mayor parte de los infortu-

(1) Luther, *Colloquio Isleb. de Christo.*

nios que sobre ella han caido en el espacio de tres siglos, y que lo será tambien de los que quizás le tiene aun reservados la Providencia para los tiempos venideros.

La muerte de Maximiliano favoreció mucho la propagacion de los nuevos errores, porque creció con ella la autoridad y el influjo del elector Federico de Sajonia, protector de Lutero, y tambien porque su importancia en el colegio electoral de Alemania retraia al pontífice de indisponerse con él tomando contra el predicador reformista las resueltas disposiciones que el caso requeria. Sin embargo, la inminencia del peligro determinó á Leon á publicar en junio de 1520 una bula de excomunion en la que eran condenadas cuarenta y una proposiciones de Lutero, mandándose además en ella que fueran quemados sus escritos y que fuese él excomulgado si no se retractaba en el término de sesenta dias, exhortando á todos los príncipes cristianos á prenderle y enviarle á Roma si pasado aquel plazo era menospreciada y estéril la paternal benignidad del pontífice. El heresiarca contestó á ello apelando de la sentencia del papa al futuro concilio general, y audaz y resuelto, quemó públicamente la bula de excomunion y los volúmenes del derecho canónico en la plaza pública de Witemberg.

Muchas y favorables circunstancias alentaban al reformador en su obra de destruccion: la monarquía pontificia, la única regulizadora durante la Edad Media habíase debilitado sucesivamente por los progresos del poder real y del órden civil; los abusos de la corte de Roma y del clero, aunque iban corrigiéndose cada dia, mantenian cierto descontento entre el pueblo cristiano; acababa de generalizarse la imprenta, rápido medio de explotacion, de multiplicacion y de expansion de todos los pensamientos y afectos; el órden civil, el poder absoluto tendian á dominarlo todo humillando las autoridades antiguas; la ahogada posicion de muchos príncipes les hacia acepta de antemano cualquier doctrina que pusiera á su disposicion los tesoros del clero, y presentando entonces la Europa el notable fenómeno de la elevacion reciente en cada estado de un poder central sin los recursos suficientes para cubrir sus atenciones, la Iglesia, como ha sucedido despues otras veces, pagó los gastos de instalacion.

Estas ideas fermentaban en Alemania al ser elegido el nuevo emperador, á quien Lutero, ignorante de sus disposiciones, dirigió una humildísima carta para congraciarse con él. Carlos, empero, sin faltar á las tradiciones de su familia, á los principios religiosos que habian mecido su cuna, al gran papel que representaba el emperador en Europa y á la necesidad que en interés de su política tenia de captarse la amistad del papa, no podia contemporizar con los nuevos desastrosos errores, y desde el primer momento apareció, y este es su mas esplendente título de gloria, como el campeon de la Iglesia y de la civilizacion. Dispuesto estaba por lo mismo á satisfacer los deseos de los legados pontificios en Alemania, los cuales, demostrándole que no se trataba de una mera diferencia de opiniones entre Roma y Lutero sino de una subversion total de la Iglesia y del imperio, pedian que sin dilacion ni otras formalidades ejecutase la futura dieta las prescripciones de la bula contra el heresiarca; pero como á los miembros de aquella les pareciese injusto este modo de proceder, decidióse emplazar á Lutero para que compareciese y declarase si se mantenia ó no adherido á las opiniones que sobre él habian atraido el anatema eclesiástico. Citado, pues, en Worms, donde se

reunia la dieta, el emperador envióle un salvoconducto; Lutero obedeció sin vacilar, y al recordarle sus amigos la suerte de Juan de Huss, contestaba: «Me han intimado legalmente que comparezca, é iré á Worms en nombre del Señor, aunque viese conjurados contra mí á tantos diablos como hay tejas en las casas.» Recibido en Worms por una inmensa multitud y festejado por príncipes y personages de alta gerarquía, conocíase cuanto se habia extendido el mal y cuanto habia de costar su estirpacion. Al presentarse delante de la dieta, pálido, macilento y aquejado de fiebre, fué preguntado á nombre del emperador y de la asamblea si reconocia por suyos los libros que se le presentaban y si sostenia las proposiciones en ellos contenidas. A lo primero respondió afirmativamente, y en cuanto á lo segundo difirió la contestacion hasta el dia siguiente; llegado este, dijo que no tenia de que retractarse, y que sólo podria ser convencido de error por medio de testimonios positivos de la Escritura, ó por principios claros, simples y evidentes. El vicario del arzobispo de Tréveris le demostró cuan contradictorio era apelar únicamente á la Escritura y á su interpretacion privada y destruir como lo hacia él la autoridad de las mismas Escrituras admitiendo ó rechazando arbitrariamente algunos de sus libros segun su conveniencia, y que además la pretension de apelar á los sagrados textos habia sido desde el orígen de la Iglesia el escudo de todas las heregías. Negóse tambien Lutero obstinadamente á someterse á las decisiones de un concilio universal, segun se lo aconsejaban príncipes, obispos y doctores, y por esto, despues de recibir órden de salir de Worms con un salvoconducto de veinte y un dias, publicóse en nombre del emperador y de la dieta un severo edicto (8 de mayo de 1521) en que se le declaraba criminal empedernido y excolmulgado, se le despojaba de todos los privilegios de que gozaba como súbdito del imperio, se mandaba quemar todos sus libros, se prohibia á los príncipes darle asilo y proteccion, y se daba órden de prenderle en cuanto hubiese espirado el plazo del salvoconducto. Todos en general creyeron entonces que las cosas estaban terminadas menos el distinguido español Alfonso Valdés que exclamaba: «Asistimos al principio de una prolongada lucha.» En efecto, apenas Lutero se hubo puesto en camino, cuando unos ginetes enmascarados, apostados allí por disposicion del elector de Sajonia, que temia por la seguridad de su protegido, apoderáronse de su persona y le condujeron á la fortaleza de Wartburgo, para que esperara sin peligro alguno que se desvaneciera la tormenta formada contra él. Allí, en su isla de Pathmos, como él llamaba al lugar de su retiro, ocupóse en traducir la Biblia y en continuar con su bárbara energía la defensa de sus doctrinas, que por aquel tiempo fueron tambien condenadas por la universidad de París y refutadas en una elegante obra por el jóven Enrique VIII de Inglaterra, á quien dió el Sumo Pontífice el honroso título de *Defensor de la fé.*

No se hicieron esperar mucho tiempo los primeros efectos de las doctrinas nuevamente predicadas: en Witemberg, en Francfort, en Nuremberg, en Hamburgo y en otras ciudades alemanas ocurrieron horribles escenas promovidas por Carlostadt y otros violentos sectarios: profanáronse las iglesias, holláronse las imágenes, rompiéronse con furor confesonarios y altares, y esto obligó á Lutero á salir de Wartburgo (marzo de 1522) y á presentarse en Witemberg para refrenar tales excesos. El hombre que habia destruido la autoridad de la Iglesia so-

lo para poner en su lugar la suya, era bastante iluso para luchar contra la fuerza entrañada por la misma naturaleza de las cosas: despues de haberse servido como medio del principio de exámen privado, Lutero empezaba á descargar su brazo con tal fuerza contra él que no parecia sino que trataba de aniquilarle.

El edicto de Worms solo se ejecutó en los estados propios del emperador y en los de algunos príncipes electores; en todos los demás puntos quedó sin efecto, y por desgracia no pudo Carlos atender á este asunto con la preferencia que la necesidad reclamaba, por haber distraido su atencion de un modo tambien muy grave otros importantes sucesos.

Continuaba Carlos en sus pacíficas disposiciones respecto de su rival de Francia, y aun cuando no eran estas las que animaban á Francisco y á sus ministros, la política de Chievres habia logrado hasta entonces conservar la paz. Sin embargo, Carlos se preparaba para la guerra, y como siempre, mostróse superior á Francisco en la habilidad de sus planes. Por medio del cardenal Wolsey, que habia abrazado por completo su causa, celebró un tratado con Enrique de Inglaterra para reunir sus armas el dia del peligro; Leon X que, como todos los Italianos del siglo XVI, alimentaba la vana esperanza de que por su superioridad en las negociaciones y á fuerza de astucias y manejos, lograria triunfar de los *bárbaros*, se alió tambien con el emperador, á pesar de que poco antes, deslumbrado por la viveza y actividad de Francisco, habia pactado con él la reparticion de Nápoles. El tratado que por medio de don Juan Manuel, antiguo favorito de Felipe el Hermoso y entonces embajador de España en Roma, celebró con Carlos de Austria, estipulaba que unirian sus fuerzas para arrojar á los Franceses del Milanesado, y lo cederian luego á Francisco Sforza, hijo de Luis el Moro, que habia residido en Trento desde que el rey de Francia despojara de sus dominios á su hermano Maximiliano; que los ducados de Parma y de Plasencia serian restituidos á la Iglesia; que el emperador auxiliaria al Papa para la reconquista de Ferrara; que se aumentaria el ánuo tributo que el reino de Nápoles pagaba á la santa sede ; que Carlos tomaria bajo su proteccion á los Médicis de Florencia, señalando al cardenal de aquel nombre una pension de diez mil ducados sobre el arzobispado de Toledo, y que en el reino de Nápoles señalaria igual valor en bienes raices á Alejandro, hijo natural de Lorenzo de Médicis.

Chievres, sin cuya participacion se habia celebrado un convenio de tanta trascendencia, pues iba dirigido á turbar las buenas relaciones con Francia, que habian sido objeto de su constante política, enfermó en Worms de pesadumbre, á lo que se cree, y su muerte en tan críticos momentos desvaneció las postreras esperanzas de conservar la paz de Europa (18 de mayo de 1521). Desde aquel momento salió del todo el jóven monarca del estado de dependencia en que en cierto modo le habia tenido su antiguo ayo; empuñó con sus propias manos las riendas del gobierno, y acabó de mostrarse bajo un aspecto enteramente distinto. Sin confiar cosa alguna á su consejo de Estado, enterábase detenidamente de los negocios públicos, pudiendo decirse haber empezado entonces para él el ímprobo trabajo que le alcanzó fama del soberano mas laborioso de su tiempo.

Sin embargo, no fué el rey de España, como antes hemos dicho, quien dió principio á la guerra. Francisco veia con crecientes celos y temores el engrandecimiento de Carlos, y resuelto á romper el tratado de Noyon, empezó por ayudar

á Roberto de la Mark, que, disgustado del emperador por un desaire que sufriera en sus pretensiones á un castillo del ducado de Luxemburgo, habia pasado á territorio de Francia. Con tropas allí levantadas volvió á entrar en son de guerra por tierras de Luxemburgo, y al propio tiempo que Carlos desde Bruselas reconvenia al Francés por aquel rompimiento y se preparaba á rechazarlo, Francisco, que creyó favorables las circunstancias en que se hallaba la península española, presa de la guerra civil, lanzó un ejército á Navarra á las órdenes del jóven Andrés de Foix, señor de Lesparre, reclamando aquel trono para el hijo de Juan de Albret. En pocos dias se apoderaron los Franceses de Navarra sin que detuviese su marcha otro obstáculo que la ciudadela de Pamplona, la cual, por no tener aun de mucho concluidas las obras que mandara empezar Cisneros, hubo al fin de ser desamparada por el virey, duque de Nájera. Ignacio de Loyola era otro de los capitanes españoles, y peleando valerosamente en los muros de la ciudadela, recibió una herida de piedra en la pierna izquierda y una bala de cañon le fracturó la derecha. Retirado á su casa de Loyola durante el largo tiempo de su curacion, concibió su mente la inspirada idea á la que debe el cielo un santo y el mundo una de las mas grandes instituciones que ha producido la religion cristiana.

Llevado el general francés de su juvenil ardor y del deseo de ayudar á los comuneros de Toledo, no se contentó con los triunfos alcanzados, sino que se aventuró á pasar las fronteras de Navarra y á poner sitio á Logroño. Era entonces el tiempo en que la batalla de Villalar habia puesto fin á la guerra de las comunidades de Castilla, y los gobernadores de aquel reino pudieron acudir al peligro, ayudados por el patriotismo que todos los Castellanos, así los vencedores como los vencidos manifestaron en aquella ocasion. Reuniendo cuanta gente pudieron, marcharon contra los invasores, y su repentina llegada, junto con la buena defensa de Logroño, obligaron á Lesparre á levantar el cerco. Siguiéronle los Españoles molestando su retirada, y en 30 de junio de 1521, como tuviese la imprudencia de acometerlos sin esperar las tropas de refuerzo que se le dirigian, experimentó una completa derrota, quedando prisioneros él y sus principales caudillos. Algunos meses despues renovaron los Franceses la invasion, y despues de tomar las fortalezas del Peñon y de Maya, rindieron á Fuenterrabia, defendida por el capitan Diego de Vera.

Tambien se habia roto la guerra en los campos de Lombardía, donde peleaban unidos el papa y el emperador. Mandaba en Milan el mariscal de Lautrec, que con su rigurosa conducta, pues llegó á desterrar casi á la mitad de los habitantes, habia encendido mas y mas el odio que á los Italianos animaba contra la dominacion francesa. Una imprudente tentativa de sus tropas contra Reggio, ciudad pontificia, donde se habian reunido todos los descontentos, aun antes de empezar la guerra, proporcionó al papa ocasion para declararse abiertamente contra el rey de Francia, y para unir sus Suizos á las tropas de Nápoles y Alemania, que mandaba el experimentado general Próspero Colonna. Lautrec, sorprendido por la prontitud del ataque, sin dinero y con escasas fuerzas, pues Francisco las tenia casi todas en Navarra y en los Paises Bajos, donde tambien continuaba la lucha, limitóse al plan de defensa que mas convenia á su posicion, esto es á hostigar sin descanso al enemigo con tropas ligeras y á evitar una batalla general. Su ejército, empero, sufrió una considerable disminucion al abando-

narle los doce mil Suizos que en él servian, no queriendo pelear con sus compatriotas que militaban en las opuestas banderas, y entonces, sin poder detener á Colonna en las márgenes del Adda, tuvo que encerrarse en Milan. Disponíanse los aliados para poner sitio á la plaza, cuando un desconocido facilitóles la entrada en ella sin derramamiento de sangre. Lautrec se retiró precipitadamente á territorio de Venecia con los restos de sus tropas, y las ciudades del Milanesado, siguiendo la suerte de la capital, se rindieron á los aliados. Parma y Plasencia fueron reunidas á los estados de la Iglesia, y de sus conquistas en la Lombardía no quedó á los Franceses mas que la ciudad de Cremona, el castillo de Milan y otros fuertes de poca importancia.

La noticia de esta rápida série de felices acaecimientos causó á Leon X tan violentos transportes de alegría, que si hemos de dar crédito á los historiadores franceses, le ocasionaron una fiebre que le condujo al sepulcro el dia 2 de diciembre de 1521, cuando se hallaba aun en el vigor de su edad. La muerte del pontífice artista trastornó la marcha de los sucesos y suspendió las operaciones. Los cardenales abandonaron el ejército para asistir al cónclave; los Suizos fueron llamados por los cantones; algunas tropas se desbandaron por falta de paga, y solo los Españoles y algunos Alemanes al servicio del emperador quedaron para la defensa del Milanesado. Lautrec, sin dinero y sin soldados, se hallaba imposibilitado de acometer empresa alguna de importancia, y un ataque que intentó contra Parma quedó frustrado por el denuedo del historiador Guicciardini, que defendia la plaza.

Entre tanto Enrique de Inglaterra fingia esforzarse para obtener el restablecimiento de la paz: Wolsey pasó á Brujas á avistarse con el emperador, con el aparente objeto de tratar de esta materia, pero en realidad para celebrar con Carlos un definitivo tratado de alianza, cuyos principales artículos eran que aquel acometeria á Francia por la parte de España y Enrique por la de Picardía, ambos con un ejército de cuarenta mil hombres, y que el emperador tomaria por esposa á la princesa María, hija única del monarca inglés y presunta heredera de sus estados. No bastó á romper este acuerdo el desengaño experimentado por Wolsey en el cónclave de cardenales, donde, á pesar de las repetidas promesas del emperador, apenas fué pronunciado su nombre. Julio de Médicis, sobrino de Leon, era el que mas probabilidades tenia de ser elegido, pero contrariado por el partido de los cardenales de mas años, acabó por alcanzar los votos de todos, merced sin duda á influencia de don Juan Manuel, el cardenal Adriano de Utrecht, regente entonces de Castilla á nombre del emperador (9 de enero de 1522), cuyo suceso aumentó grandemente su crédito y el esplendor de su gobierno.

Con creciente despecho veia Francisco la superioridad que su rival alcanzaba en todo sobre él, y determinó hacer un nuevo esfuerzo para arrebatarle sus últimas conquistas en Italia. Para ello envió á Lautrec diez mil Suizos y algun dinero con órden de tomar la ofensiva, y el virey, despues de sorprender ó entrar á viva fuerza en muchas plazas del Milanesado, se adelantó hasta algunas millas de la capital. Colonna ocupaba con sus tropas una excelente posicion cerca de la Bicoca, pero falto de dinero, quizás no habria podido detener por mucho tiempo á los Franceses, si los Suizos que entre estos militaban no hubiesen pedido con amenazas marchar á la batalla ó volver á sus hogares. En vano les repre-

sentó Lautrec la imposibilidad en que estaba de hacerles ningun anticipo, y tambien el riesgo que corria empeñando una batalla atendidas las posiciones de Colonna. Sin escuchar razones quisieron marchar al combate, que empeñado al dia siguiente (mayo de 1522), terminó con su retirada, despues de dejar en el campo á gran número de los suyos. Imposibilitado Lautrec de sostener por mas tiempo la campaña, tomó el camino de Francia dejando á sus espaldas varias guarniciones, que todas, excepto la de Cremona, hubieron de rendirse á las armas españolas.

El Genovesado, empero, permanecia aun sometido á Francisco, permitiéndole alimentar la esperanza de recobrar el ducado de Milan. Por esto, alentado Colonna por su victoria y por las instancias de los Adornos, enemigos hereditarios de los Fregosos, que gozaban en Génova de gran autoridad, protegidos por los Franceses, se dirigió hácia aquel estado y pudo someterlo con asombrosa facilidad. Hízole dueño de Génova un suceso tan inesperado como el que le entregara la ciudad de Milan, y el gran poder de los Adornos y la fama del emperador le establecieron en Génova casi sin oposicion ni derramamiento de sangre.

El doloroso sentimiento que estos desastres habian de excitar en el alma de Francisco se acrecentó mas aun con la llegada de un heraldo inglés que en nombre de su soberano le declaró formalmente la guerra, fundándose en el compromiso que habia contraido de combatir á aquel que primeramente rompiese las hostilidades. Sin desalentarse el Francés, procuró reunir tropas y dinero para conjurar los peligros que le amenazaban.

El próspero estado de sus negocios permitió al emperador pensar en volver á sus reinos de España, que si bien aquietadas en ellos las agitaciones pasadas, reclamaban con instancia su presencia. Antes, empero, quiso visitar á su tio de Inglaterra en cuyo auxilio cifraba tantas esperanzas, así para estrechar los vínculos que con Enrique le unian como para desenojar á Wolsey, á quien suponia resentido por la reciente eleccion de Adriano. Lisonjeado Enrique con aquella visita y con el afectado respeto de que le daba muestra su sobrino, adoptó todos sus proyectos, al paso que el ministro, confiado en que la ancianidad y los años de Adriano no tardarian en dejar otra vez vacante la sede pontificia, halagado con nuevas promesas por el emperador y con nuevas pensiones, olvidó ó disimuló su despecho. Universal era en la nacion inglesa el odio contra Francia y el entusiasmo por el emperador, así es que deseosos el rey y los súbditos de empezar cuanto antes las hostilidades, dióse aquel á la vela con cuantos buques pudo reunir, á la vista de su sobrino Carlos. Asoladas las costas de Normandía y de Bretaña, desembarcó Enrique en Calais, donde, tomando el mando de su ejército que constaba de diez mil hombres, y reunido con las tropas flamencas, penetró por tierras de Picardía. La táctica del duque de Vendome, consistente en no llegar nunca á batalla y en cansar al enemigo con escaramuzas y rebatos, hizo que los Ingleses reportaran de su campaña pocos ó ningun resultado, y que por último hubieran de retirarse con un ejército muy disminuido por el cansancio y la falta de víveres.

Mientras así peleaban unos contra otros los príncipes cristianos, Soliman á la cabeza de numerosas huestes devastaba la Hungría, rendia á Belgrado y atacaba la isla de Rodas, baluarte de la cristiandad en el Oriente, poseido por los

caballeros hospitalarios de San Juan de Jerusalen. Inútilmente el pontífice Adriano repitió las voces de auxilio del gran maestre Villiers de l' Ile Adam; los reyes de Europa, absortos en las graves cuestiones que los dividian, dejaron que Soliman entrara en la plaza despues de seis meses de sitio, cuando era aquella no mas que un monton de escombros. Carlos y Francisco se acusaron recíprocamente de esta desgracia, y para repararla en lo posible, el emperador cedió á los caballeros de San Juan la pequeña isla de Malta perteneciente á su corona de Sicilia.

Carlos, desde Inglaterra, se disponia á regresar á España, cuyos reinos tan violenta agitacion habian sufrido durante su ausencia. La bandera abatida en Villalar continuó flotando en Toledo, y cuando los regentes marcharon á las fronteras de Navarra para combatir á los Franceses, hubieron de dejar á sus espaldas, presa todavía de la sublevacion, á la ciudad que la habia iniciado. Mandaba en ella la viuda de Padilla doña María Pacheco, y así por su noble cuna, pues era hija del conde de Tendilla, como por el recuerdo de su infeliz esposo y por su levantado carácter ejercia en los Toledanos superior ascendiente; animábala, al parecer, en la resistencia no el quimérico designio de restaurar la causa de las comunidades, sino el propósito de preparar la rendicion asentando condiciones ventajosas para los ciudadanos. Cercaba ya la ciudad el prior de San Juan despues de apoderarse de Yepes con tres mil de á caballo y siete mil peones, y en su campo estaban el hermano de Padilla y el doctor Zumel, el celoso diputado por Burgos, alcalde de corte entonces y comisionado para procesar á los defensores de Toledo. La viuda de Padilla habia comunicado á todos el entusiasmo que la animaba; investida del mando, cuyas fatigas sufrió con resolucion, recorria las calles de la ciudad en trage de luto, llevando en brazos á su hijo y precedida de un cuadro en que estaba representado su esposo encima del cadalso y pronto á morir al golpe de la segur. Poco flexible en asentir á condiciones onerosas bajo cualquier concepto, solia decir de manera que la oyesen todos: «Por demás es lo que aquí se platica, porque aunque tengo yo un juro en las alcabalas de esta ciudad, que es la mitad de mis rentas, con todo eso en mis dias no se ha de pagar en ella alcabala.» Con ánimo varonil, y apremiada por la inminencia del peligro, aumentó las compañías armadas, sacó dinero del cabildo, dispuso salidas cuando los víveres escaseaban y castigó con cruel rigor á cuantos se mostraran desleales á la causa que defendia. El obispo Acuña y Hernando Dávalos auxiliábanla en su empresa, y parece que cifraban grandes esperanzas en la invasion francesa de Navarra, con cuyo jefe es casi seguro que andaban en tratos y negociaciones. El obispo, empero, ya se indispusiera con doña María, ya previera, al considerar cuanto terreno ganaba cada dia el partido de la paz, el fin que aquello habia de tener, trató de poner á salvo su persona, y una noche salió de Toledo solo y disfrazado; reconocido en el pueblo de Villamediana, fué preso y encarcelado en el castillo de Navarrete, sin que le valiera ofrecer al alferez que le prendió hasta cincuenta mil ducados por su rescate.

Con escaramuzas é inútiles tentativas de conciliacion pasóse hasta mediados de setiembre, en que el prior de San Juan, dejando atrás el Tajo, pudo situarse en el monasterio de la Sisla, al sur de la ciudad, desde donde le era mas fácil cortar la introduccion de víveres. Con esto coincidió la noticia de la derrota del

ejército francés en las inmediaciones de Pamplona, y cansados mas y mas los habitantes de los daños que sufrian, engrosaban cada dia el partido de la paz, entre el cual figuraba el clero, llegando á promover graves motines en las calles de Toledo. Todo ello hizo que la viuda de Padilla se allanase á entrar de nuevo en negociaciones, las que en 25 de octubre de 1521 dieron por resultado las condiciones siguientes: Conservábase á Toledo el título de muy noble y muy leal; concedíase perdon á sus moradores y á toda la comarca; de daños y perjuicios no habia de tratarse hasta que el rey volviese á Castilla, y ni aun entonces se obligaria civil ni criminalmente al resarcimiento á personas particulares, sino que responderia á la demanda un procurador nombrado por la ciudad; habia de devolverse lo tomado de las rentas reales; y al propio tiempo quedar desembargada la hacienda de Padilla; los privilegios, libertades y franquicias de Toledo no habian de experimentar menoscabo, y acerca de las alcabalas habia de presentar la ciudad dentro de cuatro meses los documentos en que apoyaba la exencion que pedia; la guarda del alcázar, puertas y puentes habia de confiarse á vecinos de confianza, y los diputados de las parroquias continuar en el derecho de nombrar procuradores generales del pueblo.

En virtud de estos pactos entraron los imperiales en Toledo despues de seis meses de sitio, descubriéndose desde los primeros momentos que no habia cesado la enemiga entre los bandos opuestos, y que el mas leve pretexto podia reproducir las escenas pasadas. En efecto, mientras se celebraba en la ciudad el dia 2 de febrero de 1522 la exaltacion de Adriano de Utrecht á la sede pontificia, la voz de un niño que gritó *¡viva Padilla!* despertó la cólera de los vencedores y el ardor de los vencidos, y unos y otros llegaron á las manos en sangriento choque. En vano doña María Pacheco, que del alcázar se habia trasladado otra vez á su casa, hizo grandes esfuerzos para que se suspendiera la lucha; esta no cesó hasta que los comuneros soltaron las armas á condicion de salir libres de la ciudad aquella misma noche, pues de no hacerlo quedaban desde el dia siguiente sus vidas y haciendas á merced del rey y de sus justicias. Rota por estos sucesos la capitulacion anterior, la viuda de Padilla, despues de refugiarse en el convento de Santo Domingo, salió de la ciudad disfrazada de labradora y se fugó á Portugal (1). En tanto arrasábase su casa de Toledo, sembrábase el suelo de sal, y en el solar que ocupara púsose un pilar con un letrero como padron de infamia.

Procedente de Inglaterra Carlos I desembarcó en Santander (julio de 1522), trayendo consigo un cuerpo de cuatro mil Alemanes y muchos nobles flamencos, no atendiendo en esto á las repetidas reclamaciones de las cortes y de las ciudades. Allí se le presentaron los gobernadores para darle cuenta de su administracion, y luego el rey marchó por Burgos á Palencia donde mandó instruir ó activar el proceso de los que mas se habian distinguido en los anteriores movimientos. Consecuencia de esto fueron las ejecuciones de Alfonso de Saravia, procurador de Valladolid, de Pedro Maldonado Pimentel, sin que le valieran las reclamaciones hechas por sus deudos, y de otras varias personas así de las que en la Junta habian dirigido el levantamiento como de las que lo secundaron en

(1) Allí permaneció sin poder alcanzar el indulto á pesar de los esfuerzos del obispo de Oporto en cuyas casas se hospedaba, hasta que falleció agobiada de disgustos y achaques en marzo de 1531.

los campos de batalla. En 26 de agosto visitó el rey á su madre en Tordesillas, y de regreso á Valladolid en 28 de octubre expidió una carta de perdon general del que se exceptuaban unos trecientos, contándose entre ellos á los comuneros de mas cuenta. Esta conducta, no muy rigurosa, ni tampoco muy clemente, disgustó mucho al almirante y así lo manifestó al rey, quien por efecto quizás de estas representaciones no quiso que fuese ajusticiado ninguno de los presos y exceptuados, diciendo estas bellas palabras: «Basta ya, no se derrame mas sangre (1).»

Los Germanias de Valencia y de Mallòrca que aun continuaban agitando la tierra á pesar de sus derrotas, recibieron por entonces, á consecuencia de la llegada de Carlos, los últimos golpes. Con los refuerzos que el rey le enviara, el conde de Mélito atacó otra vez á la obstinada ciudad de Játiva, y despues de algunos dias de sitio la entró en setiembre de 1522. Alcira, privada del apoyo de Játiva, se entregó sin resistencia, y en toda aquella comarca, último baluarte de los agermanados, volvió á reinar la tranquilidad pasada. Sorolla, gobernador de Paterna y Benaguacil, fué ajusticiado en Játiva, é igual suplicio sufrieron Juan Caro y los principales jefes.

En agosto del mismo año habia desembarcado en Alcudia don Francisco Ubaque, nombrado por el emperador su comisionado especial en la isla de Mallorca. A pesar de su severidad extremada, la lucha continuaba aun viva, cuando en 13 de octubre apareció una armada al mando de don Juan de Velasco, trayendo á bordo al virey, refugiado hasta entonces en Iviza, y á un cuerpo de tropas reales. Una amnistía que publicó el virey desde Alcudia no fué bastante á desarmar á los sublevados, y despues de varios combates en que se derramó no poca sangre, al fin los populares hubieron de abandonar los pueblos abiertos y encerrarse en la capital, en donde despues de tres meses de sitio entró el virey por medio de capitulacion. Declarábase en ella que los confederados entregarian las armas, que no se perseguiria á nadie por los acaecimientos pasados, y que se daria salvoconducto á cuatro de los individuos de la Junta para ir á Valladolid á verse con el emperador (2).

Mientras esto sucedia, Adriano de Utrecht habia marchado de España para tomar posesion de su nueva dignidad; pero su llegada, que los Romanos deseaban con ardor, no satisfizo á aquel pueblo acostumbrado á la grandeza de Julio II y al fausto de Leon X. El nuevo pontífice, modesto y humilde en su porte, sencillo y austero en sus costumbres, no fué considerado á la altura de las complicaciones religiosas y políticas de Italia y de Europa, y esta opinion creció y los enemigos del papa cobraron nuevos brios cuando se le vió restablecer en el ducado de Urbino á Francisco María de la Rovere, despojado por Leon X, restituir al

(1) Los únicos que despues de esto padecieron muerte fueron el conde de Salvatierra, en que 1524 fué de Portugal á Burgos con la falsa esperanza de obtener su indulto, y el obispo de Zamora don Antonio Acuña que, encausado varias veces por la autoridad eclesiástica, asesinó en febrero de 1526 al alcaide del castillo de Simancas, donde se hallaba preso, con el proyecto de fugarse. Frustrósele este, y en marzo del mismo año fué ahorcado en las almenas de aquella fortaleza.

(2) El jefe de los populares Juan Odon Colom fué uno de los cuatro que partieron á Valladolid de donde regresaron á poco tiempo; mas llegados apenas á Mallorca fueron presos y sentenciados á muerte en junio de 1523. Igual suerte experimentaron á consecuencia de nuevas conspiraciones los que mas habian figurado en el anterior alzamiento.

A. de J. C. duque de Ferrara varias plazas ocupadas por las tropas pontificias, y al propio tiempo mostrarse severo en reformar los vicios que corroian á los eclesiásticos y á la corte romana. Es cierto sí que Adriano desconocia enteramente el difícil y extenso sistema de la política italiana, y que su corazon justo y rectas intenciones no eran bastantes para la reconciliacion de tan poderosos príncipes y la armonía de tan opuestos intereses como estaban entonces en juego, y que él sinceramente deseaba, aunque no perdia nunca de vista la causa de su antiguo discípulo. Con laudable insistencia exhortaba á los soberanos á unir sus armas contra los Turcos, pero á pesar de sus deseos de paz, de que participaban los estados italianos, obligados todos á pagar mensualmente sus contribuciones al virey de Nápoles para el sosten del ejército de Colonna, Carlos y Francisco, si fingian tratar de una tregua, se preparaban para romper la guerra cuanto antes.

El de España unido con Inglaterra logró atraer á su partido al papa, persuadiéndole de que la ambicion desmesurada de Francisco era el único obstáculo què se oponia á la deseada conciliacion, y á la república de Venecia, aliada hasta
1523 entonces del de Francia (agosto de 1523). Este, sin intimidarse por lo que le amenazaba, quiso como siempre anticiparse á sus enemigos en los campos de batalla; pero mientras se disponia para volver á Italia luego de reunir un poderoso ejército, lo cual le era mas fácil que á Carlos y á Enrique por el poder mas absoluto que sobre sus súbditos ejercia, un enemigo interior puso á Francia en grave peligro. La reina viuda Luisa de Saboya, que habia visto desairadas sus pretensiones á la mano del condestable de Borbon, Carlos, conde de Montpensier y delfin de Auvernia, uno de los que mas contribuyeron al triunfo de Marignan, logró, llevada por su enojo, que su hijo el rey pusiera en secuestro los bienes que tenia el condestable de su difunta esposa, nieta de Luis XI, esto es el ducado de Borbon, los ducados de Clermont, de la Marca y otros dominios, que hacian de él el magnate mas poderoso del reino. Este proceder injusto exasperó al condestable, y abriendo correspondencia con el emperador y el rey de Inglaterra resolvió adherirse á su partido. Y no se trataba aquí de una mera rebelion contra el rey, que medio siglo antes no llevaba consigo idea ninguna de deslealtad, pero que era ya imposible en Francia en la época en que estamos; lo que Borbon pactó con el emperador era una conspiracion contra la misma existencia del reino. Habia prometido á Carlos I atacar el territorio de Borgoña luego que Francisco hubiese pasado los Alpes, y sublevar cinco provincias de que era soberano; el reino de Provenza debia ser restablecido en favor del condestable, que habria casado con la hermana del emperador doña Leonor, viuda del rey don Manuel de Portugal, y Francia, dividida entre España é Inglaterra, habria dejado de existir como nacion. Descubierta esta conjura aun pudo el condestable evitar la ira del rey protestando de su inocencia y evadiéndose á Italia, lo cual fué causa de que renunciando Francisco á la idea de acaudillar á sus soldados á la otra parte de los Alpes, confiase la empresa de invadir el Milanesado al almirante Bonnivet, hombre valeroso y esforzado, pero desprovisto de cuantas cualidades constituyen un buen general. Cuarenta mil soldados de excelentes tropas fueron puestos á sus órdenes, y Colonna, sin fuerzas suficientes para resistirle, hubo de dejarle franco el paso del Tessino y encerrarse en Milan, dispuesto á evacuar la ciudad luego que se presentara el enemigo. Sin embargo, la inaccion en que este estuvo por espacio de cuatro ó

cinco dias permitióle disponer fortificaciones, almacenar víveres y reunir fuerzas A. de J. C.
de los alrededores, de modo que despues de algunas inútiles tentativas, Bonnivet hubo de replegarse á sus cuarteles de invierno sin mas resultado que haber tomado á Lodi.

En este intervalo acabó sus dias el papa Adriano VI (14 de setiembre) (1), y entre la alegría que causó este suceso al pueblo romano, mas hostil cada dia al pontífice, reunióse el cónclave, y eligió en 18 de noviembre al cardenal Julio de Médicis, quien tomó el nombre de Clemente VII. Esta eleccion mereció universales aplausos por cifrarse grandes esperanzas en los vastos conocimientos y en la práctica de los negocios que al nuevo papa adornaban, considerándosele tan á propósito para defender los intereses espirituales de la Iglesia, muy de cerca amenazados, como para hacer frente con sagacidad y talento á las circunstancias políticas. Solo el cardenal Wolsey, que veia desvanecidas otra vez sus brillantes ilusiones, sintióse poseido de indecible despecho, y de nada sirvió que le manifestara Carlos cuan impolítico habria sido oponerse á una eleccion tan deseada por el pueblo romano, y que Clemente le nombrara legado perpétuo en Inglaterra con amplísimas facultades: la injuria que creia haber recibido rompió para siempre los vínculos que con el emperador le habian unido y solo abrigó ya pensamientos de venganza.

Mucho costó á Enrique alcanzar de sus súbditos los subsidios necesarios para llevar la guerra á Francia segun se habia estipulado, y la estacion estaba ya muy adelantada, cuando las tropas inglesas reunidas con las flamencas, á las órdenes todas del duque de Suffolk, penetraron en Picardía, internándose sin encontrar enemigos hasta siete leguas de Paris. Sin embargo, el valor y la actividad de los generales franceses, que no dejaban á sus contrarios ni un momento de reposo, la crudeza inaudita de un invierno prematuro, y la escasez de víveres obligaron á los Ingleses á emprender la retirada. No tuvieron mejor éxito los esfuerzos de los Alemanes en Borgoña, ni los de los Españoles que amenazaban á Bayona, y así acabó, con una resistencia tan gloriosa como imprevista por parte de Francia, la campaña de 1523.

La siguiente (1524) abrióse para aquel reino bajo muy distintos auspicios. 1524
Los Españoles recobraron á Fuenterrabía por tratos con su gobernador el mariscal de Navarra, y en Italia, á pesar de que Clemente, sacrificando su aversion personal á los Franceses, se habia apartado de la liga, temeroso de la preponderancia del emperador, Bonnivet vióse obligado á abandonar el campo atrincherado que habia formado en Biagrassa á la aproximacion del ejército aliado, que por muerte de Colonna mandaba el flamenco Carlos de Lannoy, virey de Nápoles, si bien las operaciones de campaña estaban principalmente confiadas al condestable de Borbon y al marqués de Pescara. Por el valle de Aosta habian emprendido los Franceses la retirada á su patria, cuando al atravesar el Sessia fué su retaguardia impetuosamente atacada por la vanguardia española al mando de Borbon y de Pescara. Bonnivet acudió al sitio del peligro, pero herido gravemente al principio

---

(1) Uno de los primeros actos de este papa habia sido agregar perpétuamente á la corona de España los maestrazgos de las órdenes militares de estos reinos, de cuya administracion temporal gozaba aquella desde el tiempo de los Reyes Católicos por concesion pontificia.

de la accion, confió el cuidado de proteger la retirada al famoso caballero Bayardo. Este, al frente de los hombres de armas, contuvo á sus enemigos el tiempo necesario para salvar el ejército, pero recibió en el combate una herida mortal que le obligó á bajar de su caballo, mandando á sus escuderos que le sentasen al pié de un árbol de rostro al enemigo. Así le vió el condestable de Borbon, y como manifestase compasion por su desgracia, contestóle el caballero: «No me compadezcais, señor, puesto que muero como honrado; de vos sí que me compadezco al veros pelear contra vuestro rey, vuestra patria y vuestro juramento.» Con la vista fija en la cruz de su espada el caballero sin miedo y sin tacha espiró en aquel sitio entre las atenciones y la tristeza de sus mismos enemigos. Los Franceses viéronse despojados en aquella corta campaña de cuanto poseian en Italia, y en toda la Península no les quedó ni un solo aliado.

La completa derrota de los Franceses y la restitucion á Sforza de sus estados hereditarios habian satisfecho á los Italianos, que deseaban ya vivamente la paz. No era este, empero, el sentimiento del rey de España, que se hallaba en muy ventajosa posicion para renunciar á conseguir de Francisco cuanto era objeto de aquella prolongada guerra; así fué que, desoyendo las amonestaciones del papa para prestar únicamente oidos á las palabras del condestable, seguro este de que á su aparicion en Francia acudirian bajo sus banderas todos su antiguos vasallos, reunió un ejército de diez y ocho mil hombres destinado á invadir las tierras de Provenza al mando del marqués de Pescara, con órden expresa de diferir en todas las operaciones al parecer del condestable.

Sin resistencia atravesaron los Españoles los Alpes (julio de 1524), y con poca dificultad fueron sometiendo las ciudades provenzales y pusieron sitio á Marsella. Deseaba el condestable seguir avanzando hasta Lion por estar sus tierras en aquellas cercanías; pero Pescara, que tenia instrucciones especiales del emperador, empeñóse en el sitio de aquella plaza. En efecto, proponíase Carlos hacer de Marsella un puente entre España y Francia como lo era Calais entre Francia é Inglaterra, mas Francisco, que conoció sus intenciones, no omitió esfuerzo para frustrarlas. Para privar al enemigo de los medios de subsistencia taló el país inmediato á la ciudad, destruyó sus arrabales, aumentó sus fortificaciones, introdujo en la plaza una guarnicion aguerrida, y así pudo aquella sostenerse contra el resentimiento y actividad de Borbon y la pericia militar de Pescara. En este tiempo reunió Francisco un numeroso ejército bajo los muros de Avignon, y amenazados por él los Españoles, disminuidas sus filas por las enfermedades, y próximos á agotar sus recursos, emprendieron su retirada á Italia despues de cuarenta dias de cerco (setiembre). Esta expedicion, de que tan buenos resultados se prometian sus autores, acabó sin producir ninguno, por no haberla secundado, segun estaba convenido, otros Españoles en Guiena y los Ingleses en Picardía. Carlos, falto de dinero, hubo de renunciar á la mitad de su plan, y Enrique VIII no cumplió tampoco lo que de él se esperaba, ya se hallase resentido por la oposicion que manifestara el condestable en reconocer sus derechos al trono de Francia, ya hostigado por los Escoceses, aliados de Francia, sintiera menos entusiasmo por la causa que habia abrazado desde que su ministro Wolsey, disgustado del emperador, habia dejado de excitarle en su defensa.

Alentado Francisco I por el triunfo que en Provenza habia conseguido, des-

oyó los consejos de sus mejores generales y resolvió volver á Italia á la cabeza de las excelentes tropas que habia reunido. Favorecia esta empresa el mal estado en que allí se hallaban los soldados del emperador sin pagas y sin vestuario, y cuando los Franceses, despues de atravesar los Alpes por el monte Cenis (octubre), llegaron á las llanuras lombardas, los imperiales, cuyo número no pasaba de diez y seis mil hombres, hubieron de encerrarse en las plazas fuertes. Pescara con los restos del ejército de Provenza se habia refugiado en Milan, pero junto con Lannoy hubo de evacuar la ciudad desolada por la peste é incapaz de ser defendida luego que los Franceses con prodigiosa rapidez llegaron á la vista de sus muros, y retirarse hácia la plaza de Lodi. En aquellas circunstancias críticas sujetáronse á muy dura prueba la audacia y circunspeccion de los generales del emperador.

Francisco cometió entonces una falta que causó su pérdida: en vez de perseguir á los Españoles en su retirada de Milan, empeñóse contra el parecer de sus capitanes y conforme únicamente con el dictámen de Bonnivet, en el sitio de Pavía, plaza fuerte que defendia con seis mil hombres el esforzado Antonio de Leiva. Con esto dió tiempo para rehacerse á los caudillos de Carlos, y justo es decir que nunca fué aquel tan bien aprovechado. Empeñando las rentas de Nápoles, Lannoy pudo alcanzar algun dinero con el que atendió á las necesidades mas urgentes del ejército; Pescara, muy estimado por los Españoles, los exhortó á dar un heróico ejemplo á Europa combatiendo sin sueldo y únicamente por el honor de sus armas, y el condestable de Borbon, empeñando sus alhajas por una considerable suma, púsose en camino para Alemania donde contaba con mucho partido, con objeto de levantar tropas. Francisco estrechaba el cerco de Pavía con gran actividad y valor, á los que correspondian los sitiados con igual denuedo y resolucion, y en tanto Pescara y Lannoy, no pudiendo contrarestar sus operaciones, permanecian en inaccion, pareciendo su paradero tan ignorado del resto de Italia, que en Roma se fijó un pasquin prometiendo en tono de burla una recompensa al que diese noticia del lugar de su retiro. Clemente, que consideraba del todo perdido el Milanesado para las armas de Carlos, apresuróse á celebrar con el rey de Francia un tratado de neutralidad, en el cual iba comprendida la república de Florencia.

Tan confiado estaba Francisco del buen éxito de su empresa, que no vaciló en debilitar su ejército enviando diez mil hombres al reino de Nápoles al mando de Juan Stuart, duque de Albany, y otros á Génova á las órdenes del marqués de Saluzes. Pescara y Lannoy vieron estos movimientos sin inmutarse, y seguros de que la suerte de Italia habia de decidirse junto á los muros de Pavía, dispusiéronse á acudir al sitio del peligro y á contestar al pasquin de Roma con un golpe de atrevimiento que diese á conocer la superioridad de su genio.

Fué este golpe la sorpresa de la plaza de Melzo que ejecutaron dos mil Españoles al mando del marqués de Pescara que llevaba consigo á su sobrino el del Vasto. A favor de la nieve que cubria el país, pues corrian los últimos dias de noviembre, y de las camisas blancas que pusieron los soldados sobre sus armas, llegaron sin ser sentidos ni divisados hasta el pié de los muros; los escalaron é hicieron prisionera á toda la guarnicion, á quien dejaron en libertad para ver si con este ejemplo templaba el rey de Francia el rigor con que trataba á los prisioneros, y cargados de despojos tomaron otra vez el camino de Lodi.

A. de J. C. «Decid al rey que si dineros tiene que los guarde, que yo sé que los habrá menester para su rescate,» contestó el marqués de Pescara á un mensagero de Francisco que le ofreció doscientos mil escudos para que saliese á darle la batalla; y en efecto, lo que en aquellos momentos pareció una jactancia no tardó
1525 en convertirse en realidad. En los primeros dias del siguiente año 1525 habian entrado en Lombardía doce mil Alemanes á las órdenes de Borbon, y uniéndose con los imperiales, casi igualaron sus fuerzas con las del ejército francés debilitado por los destacamentos enviados á Nápoles y á Génova. Habian de luchar, sin embargo, con la falta de dinero, que se experimentaba especialmente en Pavía, siendo necesaria toda la sagacidad y firmeza de Antonio de Leiva para impedir la rebelion de la soldadesca alemana. Por esto, pues, así para acallar las murmuraciones de sus propias tropas como para conjurar el peligro en que sabian estar la plaza sitiada, Lannoy, Pescara y Borbon resolvieron levantar el campo y dar la batalla de que dependia la suerte de Italia. El dia 24 de enero salió el ejército de Lodi, y tomada la villa fortificada de Santangelo, llegó el dia 30 á ponerse á la vista de Pavía y del ejército francés.

En una época de ciencia militar y de táctica, Francisco I creíase aun en los tiempos de la caballería y cifraba su honor en no retroceder jamás, ni aun para alcanzar la victoria. Obstinado en el sitio de Pavía, desoyó los consejos de sus generales que opinaban por atrincherarse en algun punto bien defendido, esperando que la falta de recursos acabaria por disolver el ejército enemigo sin necesidad de combatirle; Bonnivet se opuso á este dictámen insistiendo en la necesidad de aceptar la batalla, y por fin se determinó esperar á las tropas imperiales bajo los muros de la ciudad. Saludada su llegada con una salva de cincuenta cañonazos, no tardaron los Franceses en conocer el peligro de semejante vecindario; cada noche habia rebatos y sorpresas, hasta que en la del 23 de febrero, divisaron un gran incendio en el campamento español: los soldados habian puesto fuego á sus pabellones y chozas para que los Franceses pensaran que huian y salieran de sus tiendas. Así mismo sucedió, y cuando al despuntar del alba aparecieron en el campo los numerosos y bien ordenados escuadrones del rey de Francia, hallaron á los Españoles formados en batalla y decididos á vencer para salir de una vez de su lastimosa posicion. Con furia se empeñó la batalla, y la primera arremetida de los Franceses fué como siempre impetuosa. Sin embargo, á los gritos de *¡Santiago y España!* rehácense pronto los nuestros; la guarnicion de Pavía atacó la retaguardia francesa, y en breve empezó á manifestarse por los imperiales la superioridad del triunfo. Sin aprovechar su excelente artillería, Francisco, como en Marignan, quiso decidir la victoria por medio de los hombres de armas, y precipitándose delante de aquella la hizo inútil. Los Suizos tomaron la fuga, y los lansquenetes alemanes al servicio de Francia fueron arrollados con *Rosa blanca* su coronel. Entonces el rey y sus hombres de armas hubieron de sostener todo el peso de la pelea, y los antiguos héroes de las guerras de Italia, la Palisse, la Tremouille, Bussy d'Amboise, y hasta el almirante Bonnivet, cayeron sin vida; Montmorency y otros muchos fueron hechos prisioneros, y por fin la caballería de Pescara, interpolada con muchos infantes españoles armados de mosquetes, llegó matando y arrollando hasta el grupo en que combatia Francisco, rendido de cansancio y casi sin fuerzas para defenderse. Herido su caballo, dió con él en

tierra, y un soldado vizcaino púsole, sin conocerle, la espada en el pecho y le intimó la rendicion. Un hombre de armas de Granada llamado Diego Dávila acudió á aquel lugar al oir que el vencido caballero era el rey, y recibió de él el estoque y una manopla; él y otro soldado llamado Pita le levantaron de debajo del caballo, y divulgada aquella gran noticia, presentáronsele sucesivamente los generales imperiales hincando ante él la rodilla en señal de acatamiento. Á todos habló Francisco con afabilidad, y á las palabras que le dirigió el condestable como reconviniéndole por su conducta pasada, limitóse á responder dando un suspiro y alzando los ojos al cielo: «Paciencia, duque, pues ventura falta.» Aquella misma noche, confiada su custodia á don Fernando de Alarcon, aposentado en un monasterio fuera de Pavía, pues no quiso entrar en la ciudad como vencido el que la sitiaba poco antes reputándose vencedor, escribió á su madre la duquesa de Angulema, á quien dejara por gobernadora del reino, una carta en la cual entre otras cosas le decia aquellas famosas palabras: *Tout est perdu, fors l'honneur* (1).

Esta fué la famosa batalla de Pavía (24 de febrero de 1525), en que perdieron la vida mas de diez mil Franceses. En ella perecieron la mayor parte de los nobles, prefiriendo la muerte á buscar su salvacion en la fuga. Hiciéronse tambien muchos prisioneros, y entre ellos el mas ilustre despues de Francisco fué el príncipe de Navarra Enrique de Albret; un corto número de tropas que formaban la retaguardia pudo escapar á las órdenes del duque de Alenzon, y lo mismo hizo el príncipe de Escocia, si bien este halló la muerte poco despues á los golpes de un villano á quien tomó por guia. Al divulgarse la noticia de este gran suceso la guarnicion de Milan se retiró por otro camino sin dar tiempo á que se la persiguiera, y transcurridos quince dias no quedaba un Francés en toda la península de Italia sino los prisioneros. Los despojos de la batalla en joyas, armas, caballos, vestidos y vituallas fueron tantos, que los vencedores se indemnizaron con usura de las escaseces y privaciones que habian sufrido.

Al dia siguiente Francisco I fué trasladado al castillo de Pizzighitone á orillas del Adda, y por medio del comendador Peñalosa dirigió una carta al emperador, en que se revela la confianza de ser puesto en libertad luego que llegara su desgracia á oidos de su rival. «Sed cierto, le decia, que no tengo consuelo en mi infortunio sino es la esperanza de vuestra bondad, que si os pluguiere usarla conmigo, vos obrariais como príncipe generoso y yo os quedaria para siempre agradecido... Así pues, añadia, si os placiere tener piedad de mí, mediante la seguridad que merece la prision de un rey de Francia, á quien se quiere hacer amigo y no desesperar, podeis estar seguro de que en vez de un prisionero inútil, tendreis un rey siempre esclavo vuestro. Para no cansaros por mas tiempo pongo fin á mi carta, recomendándose á vuestra buena voluntad aquel que solo espera que os plazca llamarle, en vez de prisionero, vuestro buen hermano Francisco (2).»

---

(1) La armadura del rey, abollada por muchas balas y golpes, fué llevada á Alemania y la espada al alcázar de Toledo; la primera se conservaba en Inspruck y la segunda en la Armería Real de Madrid; pero de ambas se apoderaron los ejércitos de Napoleon en 1806.

(2) Luisa de Saboya escribió la siguiente carta al emperador, luego que supo la desgracia de su hijo Francisco: «Señor, mi buen hijo: desde que he sabido el infortunio acaecido al rey mi hijo

La noticia de esta victoria fué recibida por Carlos con una moderacion superior á todo encarecimiento. Sin manifestarse orgulloso ni poseidó de excesivo gozo, dirigióse á su capilla, y despues de haber empleado una hora en dar gracias al cielo, salió al salon donde recibió las felicitaciones de los magnates españoles y de los embajadores extrangeros. Mostrando condolerse de la suerte adversa del monarca prisionero, á quien citó como egemplo de las contrariedades y caprichos de fortuna á que estan expuestos los mas grandes reyes, prohibió que se celebrara el triunfo con regocijos públicos, que dijo habian de reservarse para la primera victoria que tuviera la dicha de alcanzar contra las huestes infieles.

No todo era paz en España al saberse los triunfos alcanzados por sus armas en Italia. Los edictos de Fernando é Isabel respecto á la conversion de los musulmanes no se habian extendido á los que moraban en los reinos de Aragon, Cataluña y Valencia, pero los de este último territorio hubieron de recibir el bautismo en los paises que fueron sometidos por los agermanados. Vencida la Germania, volvieron todos á su antigua creencia, lo cual sabido por el emperador, expidió un decreto en cuatro de abril de 1525 declarando cristianos y con las obligaciones de tales á los que antes se hubiesen bautizado, y los comisarios que envió á aquel reino pregonaron y citaron á todos los Moros para que en el término de treinta dias viniesen á la obediencia de la Iglesia bajo pena de muerte y de confiscacion de bienes. Acusábaseles de mantener secretas relaciones con los mahometanos de Africa y Constantinopla para tenerlos al corriente de cuanto

---

y señor, estoy dando gracias á Dios de que haya caido en manos del príncipe que mas amo en el mundo; esperando que vuestra magnificencia convertirá en su favor los lazos de sangre, de parentesco y de alianza que hay entre vos y él: y en el caso que así sea, tengo por cierto que será un gran bien para el porvenir de la cristiandad vuestra amistad y union. Por tanto, os ruego humildemente, señor é hijo mio, que penseis en ello, y mandeis que sea entre tanto tratado como á vuestra honra y á la suya cumple, y permitais que sea servido de modo que pueda yo saber con frecuencia de su salud. Haciéndolo así, os quedará reconocida una madre, á quien vos disteis siempre este nombre, y que otra vez os ruega que ahora en aficion os mostreis padre.—Vuestra muy humilde madre, Luisa.»

Carlos le contestó con esta:

«Madama: He recibido la carta que me habeis escrito con el comendador Peñalosa, y de él tambien supe lo que vos ovo dicho acerca de la prision del rey vuestro hijo. Yo doy muchas gracias á Nuestro Señor por todo lo que á él le ha placido permitir, porque espero en su divina providencia que esto será camino para que en toda la cristiandad pongamos paz, y contra los infieles volvamos la guerra. Sed cierta, madama, que tal jornada como esta, no solo no seré en estorbarla, mas aun tomaré el trabajo de encaminarla, y allí emplearé mi hacienda y aventuraré mi persona. Sed tambien cierta, madama, que si paz universal vuestro hijo y yo hacemos, y tomamos las armas contra los enemigos, todas las cosas pasadas pondré en olvido, como si nunca enemistad entre nosotros hubiese pasado. Yo envio á monsieur Adrian á visitar á vuestro hijo sobre el infortunio que le ha sucedido, del cual si nos place por el bien universal que de su prision esperamos, por otra parte nos ha pesado por el antiguo deudo que con él tenemos. Tambien lleva Mr. Adrian una instruccion asaz bien moderada, y no menos justificada, para que os la muestre á vos y al rey vuestro hijo. Y si deseais quitaros de trabajo y sacar á él de cautiverio, ese es el verdadero camino. Debeis, pues, con brevedad platicar sobre esta nuestra instruccion, y tomar luego resolucion de lo que entendeis hacer, y respondernos, porque conforme á vuestra respuesta alargaremos su prision ó abreviaremos su libertad. Entre tanto que esto se platica, he dado cargo al duque de Borbon, mi cuñado, y á mi virey de Nápoles, para que al rey vuestro hijo se le haga buen tratamiento, y que continuamente os hagan saber de su salud y persona, como vos lo deseais y por vuestra carta lo pedís. Mucha esperanza tengo de que vos, madama, trabajareis de llegar todas estas cosas á buen fin, lo cual si así hiciéredes, me echareis en mucho cargo, y á vuestro hijo hareis gran provecho.»

sucedia y se proyectaba en la cristiandad, y esto explica el recrudecimiento de rigor contra ellos empleado.

Al saber estas disposiciones los mas de los Moros en número de quince á diez y seis mil se refugiaron á la sierra de Bernia, de donde bajaron pasados algunos meses, temerosos de que se ejecutaran las severas órdenes del emperador. No las obedecieron del todo, sin embargo, y por esto con gran aparato se mandó que los que prefiriesen el destierro á la conversion hubiesen de salir de Valencia y de España dentro de cierto tiempo, embarcándose en el puerto de la Coruña, á fin de evitar en lo posible que se quedaran en las fronteras de África. Apremiados por la necesidad, despues de mil inútiles gestiones, los Moros de Valencia en número de muchos miles dijeron hacerse cristianos, y en enero de 1526 recibieron por aspersion el agua del bautismo. Muchos, empero, se jac- 1526
taron de no haber sido bautizados por no haberles tocado ni una gota de agua, y asi fué que cuando mas resueltos los de Benaguacil se resistieron abiertamente á obedecer el edicto y se refugiaron á la fragosa sierra de Espadan, siguiéronlos millares de Moros de toda la comarca. Allí se defendieron por largo tiempo con valor y obstinacion, y al mando de cierto Zelim Almanzor, á quien aclamaron rey, derrotaron varias veces á las tropas reales, y llevaron sus correrías á los pueblos del llano con gran terror de los habitantes.

Todas las clases del reino sufrian mucho por aquella rebelion, así es que para sofocarla no escasearon dinero ni soldados. Un legado de Clemente VII, que por aquel tiempo llegó á España, concedió indulgencias á los que hicieran la guerra á los Moros de Espadan, y unidos los cuatro mil Alemanes que trajo consigo Carlos de los Paises Bajos á las fuerzas que en Valencia reuniera el gobernador Cavanillas y la lugarteniente que era entonces del reino doña Germana de Foix, atacaron á las órdenes del duque de Segorbe la escabrosa sierra con indomable resolucion (setiembre de 1526). Todo al fin se fué rindiendo á su esfuerzo hasta apoderarse del castillejo que tenian los Moros en la mas alta cumbre. Unos dos mil enemigos quedaron sin vida y otros tantos prisioneros; los demás huyeron por la sierra y no tardaron en acogerse á merced del emperador. Privados de sus armas, derribados sus púlpitos, quemados sus libros, bautizóse á los que no lo estaban y predicóseles la doctrina del Evangelio.

Tambien los Moros de Aragon se habian agitado al igual que sus correligionarios de Valencia. En algunos lugares tomaron las armas y se lanzaron al campo, pero con facilidad fueron desarmados y sometidos, condescendiendo como los de Valencia en recibir el bautismo, aunque de tan mala voluntad como ellos.

Los Moriscos de Granada estaban disgustados y quejosos por los agravios que decian inferirles los clérigos, escribanos y alguaciles, y así fué que al visitar el emperador aquella comarca en julio de 1526 dirigiéronle un memorial para que pusiera á ello remedio. Fundadas en parte aparecieron ser las quejas de los Moriscos granadinos, pero resultó tambien que de todos los bautizados veinte y siete años hacia no llegaban á siete los que habian dejado de ser mahometanos. Esto fué causa de que reuniera el emperador en su capilla á varios arzobispos y obispos en union con algunos consejeros de Castilla, y juntos determinaron que la inquisicion de Jaen se trasladase á Granada para freno y terror de los conversos, que estos no hablasen su lengua sino en las aljamas, que hiciesen sus escrituras

en lengua española, que no vistieran sus trajes, que se erigieran colegios en varios puntos para la educacion y enseñanza cristiana de los hijos de los Moriscos, y otras disposiciones que despues se suavizaron un tanto, merced á ochenta mil ducados que los Moriscos ofrecieron al emperador además de sus ordinarios tributos (1). Tales fueron las primeras escenas de las sangrientas guerras que contra los Moriscos, bautizados pero no creyentes, hubieron de sostener los monarcas que ciñeron despues la corona.

Mencionar debemos aquí las cortes que el año anterior se celebraron en Toledo, pues si bien el monarca parecia poco afecto á la intervencion de los diversos estamentos en los negocios del estado, era esta todavía el único medio de alcanzar los subsidios de que tanto necesitaba el emperador para sus vastas empresas. Las cortes que en 1525 se reunieron en Toledo, además de servirle con doscientos cuentos de maravedís, propusieron algunas leyes conducentes al mejor gobierno de los reinos, aconsejaron al rey su matrimonio con la princesa Isabel de Portugal, y lo que fué muy interesante, alcanzaron de la corona la promesa de contestar definitivamente á todas las peticiones antes de cerrarse las cortes. Sin embargo, estas reuniones continuaron recibiendo repetidos golpes que anunciaban su próximo y total decaimiento. El rey prescribió los poderes que habian de llevar los procuradores á las cortes que nuevamente se convocasen, mandó, como en las de Santiago, que la votacion de los servicios precediese á la satisfaccion de las quejas, y al propio tiempo tomó gran vuelo el sistema de conceder gracias á los diputados para tenerlos propicios. El cargo de procurador empezó á mirarse como el medio mas seguro para alcanzar honores y riqueza, y algunos años despues vemos á uno que se gastó en su eleccion hasta catorce mil ducados.

«Todo está perdido menos el honor» habia dicho Francisco á su madre, pero Carlos, altamente previsor y político, no lo comprendió así. Sin exagerarse á sí propio la importancia de su triunfo, vió que Francia era aun fuerte á pesar de la pérdida de su rey y de un ejército, y conoció que su gran victoria, si habia sumido en estupor á sus amigos y enemigos, despertando en los primeros una fingida alegría, no habia de tardar en suscitarle poderosos adversarios. Por esto solo pensó en alcanzar de su prisionero un tratado ventajoso, no dando cabida á proyectos de invasiones y despojos, que hacian imposibles la escasa importancia de sus rentas, el corto número de sus soldados, y mas que esto la mala voluntad que suponia y empezó á revelarse en los principales potentados de Europa. En efecto, el papa, que veia en Italia roto el equilibrio de poder cuya base formaba su seguridad y que perpétuamente fué objeto de la refinada política italiana, entabló tratos con la madre de Francisco, y lo mismo hizo la república de Venecia; pero todo ello con tanto disimulo, bajo la impresion del terror, que al propio tiempo que sus embajadores felicitaban á Carlos en España, ofrecian al virey Lannoy ciento veinte mil ducados el pontífice y ochenta mil el consejo de la república. El duque de Ferrara satisfizo cincuenta mil y lo mismo hicieron otros

(1) Parte de esta suma fué destinada por el monarca á la fundacion de un hospital de expósitos, y la restante á las obras de un palacio que mandó levantar en el recinto de la Alhambra y que existe aun en el dia, pero sin concluir.

estados y señoríos, tan grande era el prestigio adquirido por las armas imperiales y el temor que habian logrado excitar en los soberanos de la Península.

Enrique VIII observó igual política que el papa y Venecia ; aconsejado por el cardenal Wolsey, comenzó á discurrir que la superioridad de Carlos podria ser mas peligrosa á Inglaterra que la de los mismos reyes de Francia , si llegaba á destruirse el equilibrio continental. Estas ideas políticas y la pretension de presentarse á la faz de Europa como el libertador de un enemigo vencido, obraron de tal modo en su ánimo, que mientras sus embajadores cumplimentaban al emperador en Madrid , si bien le dirigian varias demandas y proposiciones inaceptables , como la de que se les entregara la persona de Francisco, todo para tener un pretexto honroso para aliarse con Francia, entraba él en tratos con la regente de aquel reino, y alcanzaba de ella la promesa de que no consentiria en una desmembracion de territorio ni aun para libertar á su hijo.

De todas estas disposiciones hostiles supo sacar partido la reina Luisa, que en aquellas circunstancias fatales para ella y para su nacion , mostró grandes dotes de gobierno en vez de entregarse á la tristeza y al abatimiento , y era seguro que, si no los proyectos ambiciosos de Francisco , la causa de Francia contaba con mayores probabilidades de triunfo despues de su gran derrota que al atravesar su ejército los Alpes, apoyada como estaba ahora por el interés y los recelos de todos.

Así mismo lo comprendió el emperador, y en vez de entregarse á sueños de conquista, solo pensó , repetimos , en reportar de su posicion y de la del rey de Francia las mayores ventajas posibles, desmintiendo con esta conducta á los que le atribuyeron y atribuyen aun ideas de monarquía y dominacion universal, que entónces mas que nunca hubieran podido deslumbrarle. Reunido el consejo, desechado el caballeroso dictámen del obispo de Osma , que proponia poner inmediatamente en libertad al cautivo monarca , y aceptado el parecer del duque de Alba , envióse un mensagero á Italia con las condiciones á que habia de someterse Francisco para volver á sus estados, condiciones duras é inaceptables, pero que fueron formuladas sin duda con la intencion de irlas suavizando y aprovechar lo mas posible la angustiosa situacion del prisionero (marzo de 1525). Eran estas la restitucion de Borgoña y del Artois al emperador , segun los poseyeron sus antepasados; la cesion de Provenza y del Delfinado al condestable de Borbon, quien habia de tener aquellos estados con título de rey; la entrega á Enrique VIII de los territorios que en Francia decia corresponderle , y finalmente su renuncia á todas sus pretensiones sobre Nápoles , Milan y los estados de Italia. Indignóse Francisco al escuchar tales propuestas, mas por último así él como su madre parecian consentir en todo menos en la devolucion de Borgoña y en la cesion de las provincias de Francia.

Lisonjeábase el prisionero de que si pudiese ver personalmente á Carlos alcanzaria de él mejor partido que por cartas y embajadores, y en esta idea le confirmaba el virey Lannoy , deseoso de que Francisco se trasladara á España. Así se convino entre los dos , y suministrando el mismo rey de Francia las naves, en las que se embarcaron tropas españolas, el prisionero, el virey y don Fernando de Alarcon hicieron rumbo á España fingiendo ir á Nápoles, y llegaron al puerto de Rosas el dia 8 de junio. Por Barcelona, Valencia, Guadalajara y Alcalá fué con-

ducido el real cautivo á Madrid prodigándosele en todos los pueblos del tránsito grandes agasajos y festejos, pues se veia en él la prenda de la paz por todos deseada. Carlos, ya tuviese ó no participacion en la venida de Francisco, alegróse de un viage que al propio tiempo que halagaba su amor propio, le permitia seguir su plan con mayor asiduidad, y desengañado hubo de quedar en breve el confiado Francisco al ver que, si bien su vencedor le cumplimentaba por escrito, no le visitaba en su cárcel, pretextando otras importantes ocupaciones. Verificólo al fin cuando el ilustre cautivo, agobiado por profunda melancolía, hubo adolecido gravemente, y aunque corta la entrevista, el emperador se produjo con él con palabras muy afectuosas, manifestóle el mayor interés y le dió palabra de que pronto alcanzaria la libertad, siendo tratado entre tanto con todos los respetos y atenciones debidos á un monarca. Estas esperanzas y los cuidados de su hermana Margarita, que llegó por aquel entonces, devolvieron la salud á Francisco, durante cuya enfermedad habia mostrado el pueblo madrileño gran inquietud haciendo por su restablecimiento públicas rogativas. Margarita, invitada por el emperador, pudo marchar á Toledo (octubre) á fin de tratar los medios de dar la libertad á su hermano, pero allí, como en Italia, la restitucion de Borgoña fué el obstáculo en que se estrellaron las negociaciones.

Las honras y distinciones prodigadas al condestable de Borbon que al poco tiempo llegó á España, de cuyos naturales no era muy bien visto, en especial de la nobleza, fueron otro cruel golpe para Francisco y su hermana, que conocieron por fin que no habia de alcanzar aquel su libertad sin considerables sacrificios. En esta situacion y extinguida entre ambos soberanos la confianza y el interés, resolvió Francisco abdicar su corona en favor del delfin su hijo, bajo la tutela de la reina madre ó de la princesa Margarita. Tal resolucion llenó de zozobra á Carlos, que podia perder en un momento todas las ventajas que la suerte y su superioridad le habian dado, y esto unido á la actitud cada vez mas hostil que tomaban sus antiguos aliados, le determinó á dar libertad al prisionero, aunque fuera apartándose algo de sus exigencias primeras. Tambien la reina madre de Francia excitaba á su hijo á aceptar cualquier partido, y en 14 de enero de 1526 celebróse entre Carlos y Francisco el famoso tratado de Madrid, cuyas principales disposiciones eran: Paz y amistad perpétua entre ambos soberanos; libre trato, comercio y comunicacion entre los súbditos de los dos reinos; restitucion al emperador del ducado de Borgoña dentro de seis semanas siguientes al dia en que entrase el de Francia libre en sus estados, que habia de ser el 10 de marzo; en seguridad de este pacto habia de entregar en rehenes á sus dos hijos el delfin y el duque de Orleans, ó en lugar de este doce principales personages del reino, quienes estarian en poder del emperador hasta que se hubiese cumplido la devolucion exigida; renuncia por parte del rey de Francia á todas sus pretensiones sobre Italia, el Artois y el Hainaut; enlace del rey Francisco con doña Leonor, hermana de Carlos, y del delfin con la hija del rey de Portugal. Obligábase además el rey cristianísimo á restituir al duque de Borbon todos sus estados, y preeminencias; á emplear toda su influencia con Enrique de Albret para que renunciara á sus pretensiones sobre la corona de Navarra, prometiendo no darle nunca amparo ni ayuda para recobrarla; á costear, siempre que el emperador pasare á Italia, galeras, naos y tropas; á satisfacer á Enrique VIII los 133,305



CARLOS V. Y FRANCISCO I.

(Tratado de Madrid)

escudos anuales que el emperador le debia á contar desde 1522, y á enviar á la corte de España á su tercer hijo, el duque de Angulema, aun despues de puestos en libertad los rehenes, con objeto de cimentar de este modo la amistad entre él y el emperador. Los dos se comprometian á suplicar al papa de comun acuerdo que convocase un concilio general para tratar del bien de la cristiandad y de la empresa contra Turcos y hereges, y Francisco empeñó su fé y palabra real de constituirse otra vez prisionero en caso de no cumplir alguno de los anteriores artículos.

A este precio el rey de Francia quedó en libertad; pero, segun dice un historiador francés (1), no salió tal como habia entrado de su funesta cárcel; en ella dejó su buena fé, su heróica caballerosidad, que hasta entonces habian constituido su gloria. El dia anterior á la firma del convenio llamó á sus consejeros, y en su presencia ratificó y renovó con gran secreto la protesta que antes hiciera contra el tratado que iba á suscribir, declarándolo nulo y de ningun valor como arrancado por la violencia. Así creia quien se titulaba el rey caballero sacar á salvo lo único que, segun él, no perdiera en los campos de Pavía.

Desde aquel momento estuvieron en gran intimidad el emperador y el rey, y hasta se dió principio al cumplimiento de lo pactado celebrándose los esponsales entre Francisco y Leonor. Esto no obstante, Carlos no dejaba de abrigar sospechas en el fondo de su corazon, y ratificado el convenio en Francia, aun al despedirse de Francisco en las cercanías de Madrid (20 de febrero), quiso que otra vez le prometiera el cumplimiento de lo convenido. «Por *lasche et mechant* tenedme si otra cosa en mí viereis,» le contestó el rey de Francia, y por cobarde y vil, en efecto, tuvieron sus contemporáneos y ha de tener la historia al rey que no supo arrojar á los piés de Carlos su corona ni preferir á su conveniencia su propia dignidad y la dignidad de su pueblo, para ser despues desleal y perjuro.

Escoltado por un cuerpo de caballería al mando de Alarcon, emprendió Francisco el anhelado viage que le conducia otra vez á su trono y á su patria. En el Bidasoa entregó Alarcon á Lautrec la persona del rey y recibió de aquel el delfin y el duque de Orleans (18 de marzo). Francisco montó el caballo que le tenian preparado, y apretándole las espuelas, salió corriendo hácia San Juan de Luz, exclamando repetidas veces enajenado de alegría *¡Je suis encore roi!* Siguióle el virey de Nápoles á Bayona requiriéndole en vano para que confirmara la concordia de Madrid, hasta que por órden del emperador regresó á España. La infanta doña Leonor que, acompañada del condestable de Castilla, se habia adelantado hasta Vitoria, volvió á Burgos á pesar de las instancias del rey de Francia para que se reuniera con él, viendo que no llegaba la ratificacion esperada, y Francisco marchó al fin para París sin haberlo verificado, so pretexto de tener que someter el tratado á la aprobacion del parlamento. Los príncipes franceses fueron conducidos bajo buena guarda á la fortaleza de Villalva de Alcor.

Así que el emperador se despidió de Francisco, dirigióse hácia Sevilla á celebrar sus bodas con doña Isabel de Portugal, hija del difunto rey don Manuel y hermana de su sucesor Juan III, princesa que reunia á una belleza incomparable elevadas prendas del alma. Contentos Españoles y Portugueses por la eleccion de

(1) Michelet, *Précis de l'histoire moderne*, p. 91.

Carlos, festejaron el suceso con ostentosos y públicos regocijos (11 de marzo).

Graves sucesos habian acaecido en Italia mientras pasaban en España los que dejamos relatados. Las tropas imperiales vencedoras en Pavía se habian sublevado por falta de pagas, y á duras penas el virey Lannoy, antes de su venida á España, pudo aquietarlas repartiéndoles la suma entregada por el papa y licenciando á los Alemanes é Italianos, que con mas instancia reclamaban lo que se les debia.

Los Españoles fueron los únicos que quedaron reunidos en sus filas, cuando aquella agitacion pasagera se agravó por el descontento producido en Borbon y en Pescara al saber la marcha de Francisco y la artificiosa conducta que con ellos habia observado el virey napolitano. El condestable dirigióse inmediatamente á Madrid, receloso de que Lannoy le perjudicase en sus intereses, y Pescara, vivamente resentido, quedó solo en el mando del ejército. De su enojo procuró sacar partido el canciller de Milan Gerónimo Moron, notable personage de aquel tiempo, que como todos los políticos italianos dirigia su aversion y sus intrigas sucesivamente contra Franceses y Españoles, segun eran los favorecidos por el viento de la fortuna. Dominado como todos sus compatriotas por el deseo de expulsar á los extrangeros de Italia, habia sentido disminuir su enemiga contra los Franceses al verlos vencidos en Pavía, y por el contrario nacer su encono contra los Españoles al considerar cuanto habia costado á Carlos conceder la investidura del Milanesado al duque Sforza, en cuyo nombre se habia conquistado. Y aun concedida esta, fuélo con tales condiciones, gravámenes y reservas, que podia considerarse al duque mas bien como vasallo de España que como súbdito del imperio, de modo que, lo mismo que el papa, consideraba Moron destruido el equilibrio de Italia, mayormente si el Rey Católico, como podia muy bien ser, acababa por reunir el Milanesado á sus estados de Nápoles. Empezó, pues, el canciller á conspirar contra los Españoles, como antes habia conspirado contra los Franceses, y á este fin, fomentando el disgusto de don Fernando Dávalos, marqués de Pescara, que no se creia suficientemente recompensado por sus importantes servicios, procuró con sagacidad atraerle á sus planes. Pintóle con deslumbrantes colores la empresa de librar á su patria de extrangeros; díjole que era seguro el triunfo entrando ellos en la liga que ya se formaba entre el papa, Venecia, Florencia, Milan y Luisa de Francia, é hízole entrever como premio de su cooperacion la corona de Nápoles, feudo de la santa sede. En un principio prestó oidos al marqués á las tentadoras propuestas de Moron, mayormente cuando teólogos y jurisconsultos de Milan y Roma le aseguraron que podia legítimamente levantarse un vasallo contra su señor inmediato por obedecer al señor feudal. Sin embargo, su proverbial lealtad se estremeció al considerar la traicion que iba á cometer contra el soberano que le habia confiado sus tropas; una enfermedad que por entonces aquejó á Sforza y que se reputó mortal acabó de decidirle, esperando obtener del emperador la investidura del ducado, y escribió á España lo que se tramaba. Contéstole Carlos como informado ya de la conjuracion, y al propio tiempo que le felicitaba por su lealtad encargóle el odioso papel de continuar sondeando los designios del papa, de Sforza y de los demás conjurados, á fin de poder mejor en su dia darles en rostro con todos sus secretos. Conocíase Pescara culpable por su largo silencio, y hubo de aceptar el feo encar-

go, que terminó con el encarcelamiento de Moron y la ocupacion por los Españoles de casi todas las plazas del Milanesado, cuyo duque, que intentó en vano defenderlas, fué citado por el emperador á responder personalmente á los cargos que contra él resultaban. Por entonces ocurrió la prematura muerte de Pescara, de quien dice Sandoval que á concederle Dios larga vida, fuera uno de los mas grandes capitanes que ha tenido el mundo, y el emperador, que disimulaba aun con el papa y los demás de la liga, concedió el mando en jefe del ejército de Italia junto con la investidura del ducado de Milan al condestable de Borbon, fingiendo conformarse en esto con los deseos manifestados por el pontífice, y recobrando del condestable la promesa que le hiciera de darle la mano de su hermana, desposada ya con el monarca francés.

Durante este tiempo los sucesos de Alemania habian ido tomando creciente gravedad; la profecía de Adriano se habia cumplido, y la revolucion contra la autoridad espiritual habíase vuelto contra la temporal de los estados. La dieta de Nuremberg reunida en 1523 ayudó al partido luterano con sus quejas, agravios y acusaciones contra la corte romana; el legado pontificio hubo de abandonar la asamblea en vista de las disposiciones imprudentes y malévolas por ella acordadas, y Adriano VI terminó su corto pontificado sin haber visto realizado sus nobles proyectos para la conciliacion general. Su sucesor Clemente VII reconoció desde luego que las disensiones religiosas de Alemania exigian pronto y vigoroso remedio, y envió de nuevo á su legado Campeggio á Nuremberg, donde por segunda vez se habia reunido la dieta. Esta insistia en sus agravios y en la reunion de un concilio general, cosa á que el papa no se mostraba inclinado por razones de conveniencia, y las acertadas disposiciones del legado respecto á la reforma de costumbres del clero inferior no bastaron á satisfacerla, continuando los luteranos valiéndose del pretexto de la reforma para sembrar sus destructoras doctrinas.

Estas no tardaron en ser aplicadas en sus mas rigurosas consecuencias. Los príncipes usurparon las propiedades eclesiásticas; Alberto de Brandeburgo, gran maestre de la órden Teutónica, secularizó un estado entero, y casando con la hija del nuevo rey de Dinamarca, se declaró duque hereditario de Prusia bajo la soberanía de Polonia, ejemplo tentador en un imperio lleno de soberanos eclesiásticos, á quienes podia deslumbrar el cebo de una usurpacion semejante (1525). Y sin embargo, no era este el peligro mayor. El bajo pueblo, los campesinos amigos de novedades y de excesos cuando su mente se extravia, oyeron á los sábios y á los príncipes que hablaban de libertad y de emancipacion, y se aplicaron lo que los supuestos reformadores, amantes del poder absoluto de los soberanos, no decian seguramente por ellos. Poco á poco el odio eterno de los pobres contra los ricos se despertó ciego y furioso, complicado con los gérmenes de democracia religiosa que se creian ahogados desde la Edad Media. La insurreccion estalló en Suavia de una manera imponente, imitando el pueblo, como siempre, á los que están mas altos, y no tardó en propagarse hasta las márgenes del Rhin, guiada por una turba de apocalípticos visionarios. Convenian casi todos en la necesidad de un segundo bautismo y en hacer guerra á todo lo establecido; guerra contra la propiedad, que era un robo hecho á los pobres; guerra contra la ciencia, que destruia la igualdad natural y era una ofensa á Dios, que

lo revelaba todo á sus santos; los libros, las pinturas eran invencion del demonio. Los campesinos de Turingia, siguiendo al entusiasta Munzer, destruyeron á Mulhausen, llamaron á las armas á los mineros de Mansfeldt, y quisieron reunirse con los sublevados de Franconia (1524). En la Alsacia y en la Lorena, en el Tirol, en la Carintia y en la Stiria empuñó el pueblo las armas, y en todas partes depuso á los magistrados, se apoderó de las tierras de los nobles é hízoles dejar sus nombres y vestidos para tomar otros semejantes á los suyos. Todos los príncipes católicos y protestantes de Alemania se armaron contra ellos, y aquellos dementes fueron pasados á cuchillo y tratados como perros rabiosos, segun consejo del fraile apóstata que acababa de casar con la monja Catalina Boré, á quien robara de su convento. Munzer murió en el patíbulo, y las campiñas alemanas quedaron inundadas de sangre (1526).

Bien habria querido el emperador dirigir su atencion y sus fuerzas á aquella parte de sus dominios tan profundamente agitada; la victoria de Pavía y el tratado de Madrid hiciéronle creer que habia llegado el momento de ejecutarlo, pero distrájole otra vez de este proyecto la poderosa liga que se formó contra él en Occidente. Desleal Francisco I, se negó á cumplir los principales artículos del tratado, y mientras hacia declarar por los estados de Borgoña que no tenia él derecho ninguno para ceder parte de territorio de Francia, escribia á Enrique VIII manifestándole su gratitud por el afecto que le mostrara y aprobando el tratado celebrado con su madre, y gestionaba en secreto con los embajadores de varios príncipes de Italia, exhortándolos á unirse con él para arrojar de la Península á los imperiales.

Continuaban estos sitiando á Sforza en el castillo de Milan, y como sus pagas andaban como siempre muy escasas, vivian sobre el país, recaudaban exorbitantes tributos, y se creia que despues de la toma del castillo, abandonarian un país desolado, que casi nada ofrecia ya á su mantenimiento, para marchar á las fértiles tierras de los Venecianos y del sumo pontífice, que no habian experimentado todavía el azote de la guerra. Francisco era en aquel apurado trance la esperanza de Venecia, de Roma y de Sforza, y todos se apresuraron á firmar con él el tratado de Cógnac (22 de mayo de 1526), al que dieron el nombre de liga santa, despues que Clemente hubo dispensado al de Francia del juramento que prestara en Madrid. Enrique de Inglaterra declaróse protector de la confederacion con la promesa de un principado en el reino de Nápoles y de otro estado en Italia para el cardenal Wolsey, y los aliados se obligaron, en caso de no ser puestos en libertad mediante cierta suma el delfin y el duque de Orleans y en quieta posesion Sforza del ducado de Milan, á levantar un ejército de cuarenta mil hombres para invadir el reino de Nápoles y arrojar á los Españoles del Milanesado.

Gran enojo sintió Carlos al considerar que contra el parecer de sus ministros mas prudentes habia dado libertad á Francisco y que con ella iba á formarse bajo la direccion de un rey valeroso y ofendido la misma liga que quiso evitar con aquel acto. Imperturbable, empero, é inflexible en lo que tantas razones tenia para considerar su buen derecho, dispúsose á hacer frente á todos los peligros y tambien á escarmentar á sus enemigos todos. Envió á Lannoy y á Alarcon á la corte de Francia para intimar á Francisco que cumpliese el tratado ó se

restituyese cautivo á Madrid conforme habia prometido. El Francés, diciendo no poder devolver la Borgoña en vista de la actitud que tomaran los estados de aquella provincia, ofreció en vez de ella dos millones de escudos, pero los embajadores manifestaron que su señor no se apartaria en lo mas mínimo de las condiciones del tratado, y se retiraron. Antes de salir de Francia oyeron publicar solemnemente la santa alianza que acababa de formarse contra el emperador.

Sabedor Carlos de lo que habia sucedido, denigraba públicamente la conducta de Francisco á quien llamaba soberano sin fé y sin honor. Quejábase tambien de Clemente y de su ingratitud, y al propio tiempo que reunia soldados y dinero para mandarlos á Italia, su embajador en Roma duque de Sessa y don Hugo de Moncada, lograban interesar mas y mas á favor del emperador á la poderosa familia de los Colonnas, y sobre todo al que era entonces su cabeza el cardenal Pompeyo, hombre intrigante, ambicioso y enemigo de Clemente, como que en el último cónclave se habia lisongeado de ceñir la tiara.

Las operaciones de los aliados no correspondieron al encono que á muchos habia de animar contra el emperador. Los infortunios pasados habian amansado mucho la impetuosidad de Francisco, mas y mas entregado á los placeres, y los soldados del papa y de Venecia habian salido ya á campaña en auxilio de Sforza, cuando todavía no se hallaba en Italia ni solo un Francés, dilaciones que dieron tiempo al condestable de Borbon para llegar con un refuerzo de tropas y reunir dinero. Al momento tomó el mando del ejército, y Sforza hubo de entregarse (24 de julio) y retirarse á Lodi, poblacion que estaba en poder de los aliados.

Seguian entre tanto las reclamaciones entre Carlos y Francisco acerca del cumplimiento del tratado de Madrid y del rescate de los dos príncipes que estaban en rehenes, y los Italianos empezaron á conocer que á pesar de su ingenio y sutileza habian sido burlados por un príncipe ultramontano. El sumo pontífice y los Venecianos se quejaron abiertamente de la ambigua conducta del Francés, y Clemente, que habia traspasado los límites de su ordinaria circunspeccion, empezó á acusarse de imprudencia y á volver al estado de expectativa que le era habitual. De él le sacó un acaecimiento inesperado: los ministros españoles y los Colonnas habian logrado urdir una trama sin que de ella en público se trasluciera cosa alguna, y cierto dia (29 de setiembre) vió aterrado el papa penetrar por las calles de Roma á tres mil hombres armados españoles y napolitanos, acaudillados por Moncada. Dispersados los guardias pontificios y refugiado Clemente en el castillo de San Angelo, la turba extrangera saqueó el Vaticano, la iglesia de San Pedro y las casas de los ministros mas adictos al pontífice. Dirigió luego sus esfuerzos contra el castillo, y Clemente hubo de capitular, imponiéndosele como principales condiciones el perdon de los Colonnas, á quienes habia de admitir en su privanza, y una tregua de cuatro meses entre él y el emperador. Obtenido esto, Moncada se volvió con su tropa á Nápoles, sin escuchar las quejas de los Colomas, á quienes abandonaba al resentimiento del pontífice.

Mientras se disminuia el ejército confederado con la salida de las tropas pontificias del territorio de Milan, recibieron los imperiales considerables refuerzos; por una parte siete mil hombres procedentes de España al mando de Lannoy y Alarcon, y por otra un cuerpo de trece ó catorce mil Alemanes reclutados y acaudillados por Jorge Frondsberg, luterano ardiente y muy valeroso ca-

A. de J. C. pitan, que con la gente que acudió á la fama de su nombre, habíase apresurado á atravesar los Alpes, movido por la esperanza del botin y el deseo de cruzar sus armas con los soldados del papa. Todas aquellas tropas se hallaban sin pagas y desprovistas de lo mas necesario, y al pedir sus atrasos, algunas con mucha arrogancia, obligaron á Borbon, imposibilitado de satisfacerlas, á cometer excesos impropios de su carácter, naturalmente bondadoso y humano. Otro de sus medios para alcanzar dinero fué conceder por veinte mil ducados la vida y la libertad al canciller Moron, preso todavía y condenado á muerte.

Por su mal, Clemente rompió en tan críticas circunstancias el convenio celebrado cón Moncada; al llegar sus tropas á Roma de vuelta del Milanesado, quemaron y destruyeron en pocos dias catorce pueblos pertenecientes á los Colonnas, y el papa degradó y excomulgó al cardenal Pompeyo. Apelaron los Colonnas al virey de Nápoles, y este, imposibilitado de negarle su auxilio, reunió sus tropas con las de Moncada, y con veinte mil hombres tomó el camino de Roma. El pontífice salió de la ciudad, pero sus tropas y el frio del invierno, puesto que corrian ya los últimos dias de noviembre, detuvieron á los Españoles, quienes fijaron su campo delante de sus enemigos en los confines del reino de Nápoles.

Crecian en tanto los apuros y la miseria de las tropas imperiales del Milanesado, y á par de ellos sus excesos, sus violencias y el terror de los habitantes. Carlos no mandaba dinero alguno, y era preciso licenciar el ejército ó conducirlo á un país menos agotado donde pudiera subsistir. Los estados venecianos eran los mas próximos, pero con su ordinaria prevision habian sabido ponerse al abrigo de cualquier ataque; quedaban únicamente los estados de la Iglesia y los de Florencia, y á los primeros resolvió llevar Borbon su famélica hueste, formada de veinte y cinco mil hombres de diversos paises, sin bagages, sin artillería, impulsados todos por las esperanzas que su general les diera para acallar su rebelion. Confiando á Leiva el gobierno de Milan, Borbon y sus soldados se pusieron
1527 en marcha en medio del invierno (enero de 1527), y durante los meses de febrero y marzo talaron y devastaron el país en todas direcciones, engrosándose sus filas con gran número de Italianos, amantes del merodeo y del botin. Plasencia y Bolonia, guarnecidas por los aliados, se libraron de la tormenta, que se hacia mas temible á proporcion de los obstáculos que encontraba en su camino. La soldadesca murmuraba ya del condestable que no la llevaba á ninguna poblacion de importancia, y por fin llegó el caso de una formal rebelion. Cedió esta, empero, ante la particular habilidad que tenia el duque para captarse el corazon de los soldados, y siguió la hueste su marcha devastadora.

Roma y Florencia estaban dominadas de mortal zozobra, y vacilante el papa sobre el partido que le convenia adoptar, acabó por convenir con Lannoy en un tratado, cuyas bases principales eran una tregua de ocho meses entre el papa y el emperador; estipulóse además que Clemente adelantaria la cantidad de setenta mil escudos para cubrir los gastos de las tropas imperiales; que los Colonnas quedarian absueltos de las censuras eclesiásticas y serian restituidos en la pacífica posesion de sus bienes y dignidades, y que el virey marcharia á Roma para impedir á Borbon que se acercase mas á esta ciudad y á Florencia. Seguro se consideró entonces el papa, y llevó su confianza hasta el punto de licenciar sus tropas, creyendo quizás que Roma desarmada habia de inspirar mayor respeto á las bandas que la

amenazaban. Sin embargo, en vano fué que Lannoy enviara un correo al condestable para que volviera sus armas contra los Venecianos; los soldados de Borbon se enfurecieron al saber el armisticio y no quisieron retroceder; su general no podia ya contenerlos, y además, resentido de Lannoy, contestó que él solo recibia órdenes del César. Siguió, pues, adelante con direccion á Florencia, pero como esta ciudad acababa de ser socorrida por las tropas del duque de Urbino, su ocupacion no era tampoco segura. Entonces formó el condestable la atrevida resolucion de atacar á Roma; creia que humillando á Clemente, contentaria al emperador; esperaba que el poder y la fama que le daria la ocupacion de la primera ciudad del mundo cristiano le permitirian revestirse de un poder independiente, y á las palabras con que anunció á sus tropas el premio que reservaba á sus afanes y trabajos, al hablarles de los tesoros y riquezas acumulados por espacio de siglos en las iglesias y palacios de la ciudad eterna, contestáronle sus soldados poseidos de júbilo con gritos de entusiasmo. Con gran rapidez emprendió la marcha, y solo al ver á los enemigos casi bajo los muros de Roma (5 de mayo), salió Clemente de su ciega confianza. Entonces tomó disposiciones para la defensa y fulminó excomunion contra el condestable y sus soldados, llamando luteranos á los Alemanes y moros á los Españoles.

Resuelto Borbon á hacer memorable esta jornada por su victoria ó su muerte, determinó dar inmediatamente el asalto, y en la mañana del dia 6 se presentó á su ejército revestido de todas sus armas y llevando una túnica blanca sobre ellas á fin de ser conocido de los suyos. Dividió su ejército en tres cuerpos, uno de Españoles, otro de Alemanes y otro de Italianos, y protegidos por la niebla llegaron todos casi hasta el borde de los fosos. Precipítanse entonces al asalto, pero la guardia suiza del papa y los veteranos los reciben desde los muros con un nutrido fuego de arcabucería. Los imperiales no adelantan, y entonces Borbon, conociendo lo crítico del momento, echa pié á tierra, coge una escala, la arrima á la muralla y empieza á subir denodadamente por ella. Una bala que le atravesó el cuerpo le derribó al suelo y causó su muerte pocos momentos despues. Harto la vengaron sus soldados: poseidos de furor, y á los gritos de: *¡Sangre y venganza!* penetraron en Roma con irresistible impetuosidad. Clemente con los cardenales se refugió en el castillo de San Angelo, y la ciudad eterna presenció escenas cual no habia visto desde los tiempos de Alarico y Genserico. Siete ú ocho mil Romanos fueron pasados á cuchillo durante el primer dia; nada fué respetado, ni conventos ni iglesias; los luteranos proclamaron papa á Martin Lutero, y entre tantas horribles profanaciones distinguíanse los Alemanes por su saña, por su licencia los Españoles, y todos por el afan de atesorar riquezas, sin perdonar edad, sexo ni estado. Seis ó siete dias duraron estas sangrientas saturnales, y Roma, en medio de aquella cruenta desolacion, llegó á olvidar los horrores que en otros siglos cometieron en su recinto las hordas del Norte.

Filiberto de Chalons, príncipe de Orange, francés y proscrito, tomó el mando de las tropas imperiales por la muerte del condestable, y á duras penas pudo apartarlas del saqueo y de la orgía para dirigirlas contra el castillo de San Angelo. Esperaba el papa que sus aliados acudirian á libertarle, pero si bien el duque de Urbino al frente de su ejército de Venecianos, Florentinos y Suizos, pasó á la vista de los muros de Roma, prefirió satisfacer su venganza contra la

A. de J. C. familia de los Médicis á la gloria que le habria cabido libertando al pontífice y á la capital del mundo cristiano. Abandonado por todos, desmembrado su territorio por sus mismos aliados, despojada su familia en Florencia donde se restableció la república, Clemente tuvo que capitular, obligándose á pagar cuatrocientos mil ducados al ejército imperial, á entregar á Carlos todas sus plazas fuertes, y á quedar prisionero en rehenes hasta la ejecucion de lo pactado. Su persona fué confiada á la custodia de Alarcon.

Imposible es expresar el asombro y la consternacion producidos en Europa por la catástrofe de Roma y los ultrajes inferidos al pontífice, y hasta los luteranos de Alemania manifestaron su horror por la bárbara conducta de los vencedores. Coincidieron aquellos sucesos con otro que fué saludado por Carlos y por toda la nacion española con transportes de alegría; tal fué el nacimiento en Valladolid del primer hijo del emperador, el príncipe Felipe (21 de mayo), y cuando se preparaban grandes festejos para celebrarlo, los acaecimientos de Italia motivaron su suspension, con gran descontento de las masas populares. En efecto, la noticia del asalto de Roma causó en Carlos tan profunda sorpresa como á todos, y sean cuales fueren los planes que desde aquel momento pudo concebir, es innegable y seria gran injusticia no reconocerlo, que participó de la consternacion general en presencia de los resultados producidos. Vistióse de luto lo mismo que su corte, escribió á Clemente dándole el pésame y asegurándole de su amistad y cariño, y ordenó que en todas las iglesias de sus dominios se hicieran públicas rogativas por la libertad del pontífice. Publicó un manifiesto á todos los príncipes cristianos protestando no haber tenido parte ni conocimiento de los planes de Borbon y condenando las iniquidades cometidas por los suyos, que habia sabido con extremada amargura; pero esto no obstante, el rey político fué superior en Carlos al monarca religioso, y sin temer que la Europa cristiana pudiera echarle en rostro la inconsecuencia de sus palabras con sus acciones, mantenia en cautiverio al papa, mientras rogaba á Dios que le sacara de él, atento solamente á sacar de su prisionero el mejor partido posible. Queria tambien que el tiempo desvaneciera algo la indignacion que contra él se habia levantado y que esplotaban sus enemigos, antes de dar á estos, con la libertad de Clemente, un jefe venerado y muy justamente ofendido.

La escasez pecuniaria del emperador, causa principal de los sucesos de Italia, compréndese perfectamente al leer las actas de las cortes que celebraba en España siempre en reclamacion de servicios para atender á sus grandes empresas. En 1527 reunió las de Castilla en Valladolid, y abriólas con un largo discurso que leyó su secretario, en el cual, despues de manifestar su confianza en la lealtad castellana y de ponderar su amor á los reinos españoles, expuso los triunfos alcanzados por las armas imperiales, los proyectos del Francés y las victorias de Soliman en Hungría, y acabó por pedir las sumas que fuesen del agrado de la asamblea para la realizacion de sus proyectos. A pesar de los buenos términos en que venia concebida, las cortes negaron su demanda, y todos, clero, nobleza y procuradores, al poner sus personas y haciendas al servicio del monarca, se resistieron á votar cantidad alguna como tributo otorgado en cortes por no consentirlo ni sus fueros ni el estado de los pueblos.

1528 En abril de 1528 verificóse con gran pompa en las cortes reunidas en Ma-

drid la ceremonia del reconocimiento del príncipe don Felipe como legítimo heredero de la corona de Castilla. El príncipe, que contaba once meses, era llevado en brazos por su madre, á quien acompañaba el emperador, y los nobles, el clero y los procuradores prestaron el acostumbrado juramento de fidelidad. Con este motivo y como en compensacion de la prohibicion anterior, abandonóse el pueblo á general alegría: en todas las ciudades y poblaciones de alguna importancia hiciéronse iluminaciones, corriéronse toros, rompiéronse lanzas y entregáronse los Castellanos á las diversiones propias del país y de la época. Carlos partió en seguida á Valencia á recibir el juramento de fidelidad de los tres estados de aquel reino (4 de mayo), y luego se trasladó á Monzon para cuyo punto habia convocado cortes de Aragoneses. Abriólas el emperador en persona en 1.° de junio, y despues de pronunciar el razonamiento de costumbre, pidió que se habilitara á su primo don Fernando de Aragon, duque de Calabria, para que en su nombre las continuara y concluyera por tener él que ausentarse del reino. Así se verificó, y despues de algunas peticiones contestadas favorablemente por el rey, entre otras para que no empleara en el reino sino Aragoneses, para que se corrigieran ciertos desmanes de los ministros del Santo Oficio, para que procurara la dispensa de algunas fiestas atendida la esterilidad de la tierra y la pobreza de la gente comun, para que se pudiesen sacar caballos de Castilla para Aragon, etc., las cortes, en vista de las razones del rey y de la necesidad en que se hallaba, acordaron otorgarle un servicio extraordinario de doscientas mil libras, aunque por aquella vez solamente y con las reservas acostumbradas. Trasladadas las córtes á Zaragoza, Carlos ratificó allí el nombramiento de don Juan de Lanuza como lugarteniente suyo en aquel reino.

Los sucesos de Roma al dar muy plausible pretexto á las hostilidades contra el emperador, sacaron á Francisco I del abatimiento en que parecia sumido, y fueron causa de que Enrique VIII, arrojando completamente la máscara, se aliase abiertamente con los enemigos de Carlos. Otros móviles guiaban su conducta además de los religiosos que alegaba y de los políticos que hemos ya apuntado: traia en su mente la idea de repudiar á su esposa doña Catalina de Aragon para casar con su manceba, y abrigaba la esperanza de obtener por sus servicios el asentimiento de la santa sede. Todo esto hizo que en 18 de agosto de 1527, reunidos en Amiens Francisco de Francia y el cardenal Wolsey, representante del soberano de Inglaterra, se confederasen para rescatar al papa y á los dos príncipes franceses que permanecian en poder de Carlos, conviniendo en el matrimonio del duque de Orleans con la princesa María de Inglaterra, y en enviar á Italia al mando de Lautrec un ejército francés pagado por Enrique. Este, impetuoso siempre en sus resoluciones, entró con tanto ardor en esta nueva alianza, que para dar á Francisco una alta idea de su aprecio y amistad, renunció mediante una pension anual á todas las antiguas pretensiones de los reyes de Inglaterra sobre la corona de Francia.

Permanecia en tanto el pontífice bajo la guarda de Alarcon, imposibilitado de pagar toda la suma á que en el convenio se obligara, y continuaba la ciudad de Roma presa de la soldadesca desenfrenada, á la que fueron impotentes para reducir á la obediencia el virey Lannoy, don Hugo de Moncada y el marqués del Vasto, que acudieron con otras tropas de Nápoles, para acibarar mas aun la tris-

te situacion de los ciudadanos. Los antiguos soldados de Borbon no querian reconocer mas jefe que al príncipe de Orange y se negaban á todo lo que fuera abandonar el regalo de que en Roma disfrutaban. Lannoy, que conoció peligrar su vida, regresó á Nápoles, muriendo poco despues de enfermedad en Gaeta, y por fin el príncipe de Orange tuvo tambien que abandonar el puesto, quedando don Hugo de Moncada por virey de Nápoles y por general de aquellos indisciplinados batallones.

Venecia y Florencia entraron en la nueva liga, y llegado Lautrec á Italia con las mas selectas tropas de Francia, dió principio á sus operaciones. Con el auxilio de Andrés Doria, famoso marino, restableció en Génova la faccion de los Fregosos y la dominacion francesa, rindió á Alejandría, tomó por asalto á Pavía, y aunque lentamente se adelantó hácia Roma, abandonando á Sforza segun las instrucciones de su rey, sin que en todo esto Antonio de Leiva en el Milanesado pudiera oponérsele por sus escasas fuerzas, ni se lograra hacer salir á campaña al relajado ejército de Roma.

La marcha de los Franceses obligaba al emperador á restituir la libertad al papa ó á disponer su conduccion á lugar mas seguro; por fin, necesitado de dinero, y temeroso de ofender mas todavía el sentimiento de la cristiandad, decidióse por el primer partido, con tal que le diera el papa la cantidad suficiente para pagar los atrasos de sus tropas, sin lo cual ni él mismo habria sido bastante á hacerlas salir de Roma. A todo se allanó Clemente, y hasta hubo de vender algunas dignidades y oficios eclesiásticos para reunir la primera cantidad que de él se habia exigido; mas receloso aun de los imperiales y deseoso de recobrar cuanto antes su libertad, fugóse una noche disfrazado de mercader, aprovechando el descuido con que era guardado desde la celebracion del convenio, y casi solo pudo llegar á Orvieto (9 de diciembre de 1527).

Durante estos acaecimientos llegaron á España embajadores de Francia y de Inglaterra, y como no queria el emperador atraer contra sí las fuerzas combinadas de entrambos reyes, parecia dispuesto á suavizar algun tanto el rigor de lo establecido en el tratado de Madrid. Consentia en aceptar los dos millones de escudos que propusiera Francisco en equivalencia del ducado de Borgoña, y tambien en dar libertad á los príncipes, con tal que el Francés retirase sus tropas de Italia y le restituyese la ciudad de Génova con las demás conquistas hechas en su territorio. Rechazó el Francés con orgullo las proposiciones de Carlos, y esto que eran casi las mismas que él hiciera algun tiempo antes; la amistad de Enrique y los triunfos de Lautrec le habian deslumbrado, así es que, fingiendo gran interés en favor del duque de Milan, exigió que Sforza fuese repuesto en sus estados pura y simplemente, y que le fuesen á él entregados sus hijos antes de la evacuacion de Italia. Pesaroso el emperador de haber mostrado moderacion con quien tampoco lo merecia, declaró que no se apartaria en lo mas mínimo de lo que acababa de ofrecer, y en vista de ello los embajadores, acompañados de heraldos, declaráronle la guerra con las solemnidades de estilo (22 de enero de 1528). Con firmeza, aunque con consideracion y respecto, contestó el rey de España al enviado de Enrique, pero en su respuesta al de Francisco usó de las duras expresiones que merecia el desleal comportamiento de su antagonista. Llamóle infractor de la fé jurada y hombre sin honor, y Francisco hubo de limitarse á responderle que

habia mentido (*menti par la gorge*) que le asegurara el campo y que eligiera armas. Carlos, á cuyas manos llegó el cartel el dia 8 de junio, aceptó sin vacilar el reto, y señaló para el combate un sitio entre Fuenterrabia y Andaya; pero despues de varios mensages para arreglar las circunstancias del duelo, en cuyo tiempo manifestó Francisco escasos deseos de sostener su arrogante provocacion, como que se negó á oir al heraldo que le envió Carlos, el consejo de Castilla, á quien consultó el rey acerca de lo que debia hacer, dijo que, cumplido y satisfecho por su magestad imperial cuanto á su honor y estado correspondia, y habiendo el rey de Francia rehusado oir al rey de armas, por donde clara y abiertamente se veia que se apartaba del combate, el emperador no era obligado á hacer ni mandar otro acto ni deligencia alguna, sino hacerlo saber al reino y al ejército. Así lo practicó Carlos, y este incidente no tuvo mas consecuencia.

En tanto Lautrec á la cabeza de treinta mil hombres habia marchado contra Nápoles aprovechando la inaccion del ejército imperial en Roma. El príncipe de Orange que otra vez lo mandaba, logró entonces á fuerza de representaciones é instancias hacerle salir á campaña, y reducido á la mitad por la peste y su propio desenfreno, abandonó la ciudad eterna despues de diez meses de permanecer en ella, franqueando los Apeninos á fin de cortar á los Franceses el camino de Nápoles. Este inconstante y desgraciado reino era ya todo él presa de los invasores excepto Gaeta y la capital, donde pudieron replegarse las tropas de Roma que fueron reforzadas con las bandas negras de Florencia, lo que hizo que al presentarse Lautrec delante de la plaza (abril de 1528), se limitase á bloquearla, temeroso de sus fortificaciones y de la gente que las defendia. Guardaban la entrada del puerto las galeras de Andrés Doria al mando de su sobrino Filipino, y el virey Moncada, resuelto á atacarlas, embarcó en sus naves la flor de sus tropas, de las que tomó él el mando junto con el marqués del Vasto. Desgraciado fué el combate: Moncada perdió la vida, el marqués quedó prisionero, é igual suerte experimentaron los oficiales mas distinguidos (28 de mayo).

A pesar de estos triunfos, conocíase que la liga estaba herida de muerte y que no habia de tardar en disolverse. Clemente negociaba ya secretamente con Carlos de quien esperaba el restablecimiento de su familia en Florencia; los Venecianos veian con envidia los progresos del ejército francés y solo pensaban en recobrar para sí algunas ciudades marítimas del reino de Nápoles; Enrique VIII, para acallar los clamores de sus súbditos, celebró una tregua de ocho meses con la gobernadora de los Paises Bajos en vez de guerrear allí como habia prometido, y á todo esto estaba Lautrec sin recursos ni mantenimientos, mientras diezmaba la peste sus soldados, puesto que Francisco derrochaba en personales placeres las sumas necesarias para socorrerle. Sin embargo nada habia para él perdido mientras conservara expeditas sus comunicaciones por mar con Francia; pero Francisco cometió la imprudencia de disgustar al genovés Andrés Doria, contra quien llegó á expedir órden de prision, y solicitado el marino por el marqués del Vasto, se pasó al servicio del emperador. Carlos que conoció la importancia de aquella adquisicion, accedió á todas las proposiciones de Doria, y este, despues de devolver al rey de Francia su comision y el collar de San Miguel, dióse á la vela hácia Nápoles, no para bloquear la ciudad, sino para socorrerla y libertarla.

A. de J. C. La escasez que en la plaza se sentia pasó desde aquel momento al campamento sitiador, que no tardó en convertirse en sitiado. El príncipe de Orange le inquietaba y debilitaba con contínuas alarmas y rebatos, y recrudeciendo mas en él los estragos de la peste, apenas quedaron cuatro mil Franceses en estado de empuñar las armas. Lautrec pereció víctima de la epidemia el dia 15 de agosto, y el marqués de Saluzzes que sin los talentos necesarios para hacer frente á tan apurada situacion, tomó el mando de las abatidas tropas, emprendió una desastrosa retirada á Aversa, abandonando enfermos, artillería y bagages. Persiguióle el de Orange, y despues de hacer prisionero al famoso Pedro Navarro, que mandaba la retaguardia enemiga y que acabó sus dias en el castillo del Huevo de Nápoles, atacó en Aversa á las tropas del marqués. Herido este, rindióse al príncipe de Orange (setiembre de 1528), y mientras espiraba en Nápoles, sus soldados eran conducidos á Francia sin armas ni banderas. La pérdida de Génova siguió de cerca para los Franceses á la destruccion de su ejército delante de Nápoles. Llamado Doria por los habitantes, presentóse con sus galeras delante de la ciudad; la escasa guarnicion francesa se refugió en la ciudadela donde no tardó en capitular, y los Genoveses aclamaron al marino como su libertador. Carlos le ofrece reconocerle como príncipe de Génova, pero prefiriendo él ser el primer ciudadano de una ciudad libre, consiente en que Génova se erija otra vez en república, rechaza toda preeminencia, y no quiere otra gloria ni recompensa que haber restablecido la libertad de su patria.

Deseoso Francisco de vindicar la reputacion de sus armas, hizo nuevos esfuerzos en el Milanesado donde mandaba por él el conde de Saint-Pol, jefe temerario é inexperto, que no podia competir con Antonio de Leiva, aunque tan enfermo este que habia de ser constantemente transportado en litera. Esto no obstante, con un puñado de valientes venció siempre á los Franceses, hasta que por último á favor de una imprevista marcha, sorprendió, derrotó é hizo prisionero al conde de Saint-Pol, destruyendo su ejército en el Milanesado casi tan completamente como el príncipe de Orange habia acabado con el del reino de Nápoles.

Y sin embargo, ambos partidos deseaban ardientemente la paz: Francisco para rehacerse de sus descalabros y recobrar sus hijos, y Carlos para poner freno á los progresos de la reforma y á la invasion del terrible Soliman, que despues de vencer á los húngaros en Mohacz, con muerte de su rey Luis, último descendiente varon de la familia real de los Jagellones, amenazaba la ciudad de Viena. Deseaba tambien el emperador recibir de manos del papa la corona de oro; además murmuraban los Españoles de una guerra que pesaba casi enteramente sobre ellos, y las rentas de Carlos no eran suficientes para atender á tan extensas operaciones. Él y el papa fueron los primeros en venir á un acuerdo: en Barcelona
1529 en 20 de junio de 1529 ajustóse entre ambos un tratado cuyas principales estipulaciones eran: que Clemente daria paso libre por sus tierras al ejército imperial de Nápoles; que ceñiria á Carlos la corona imperial y le daria en feudo al reino de Nápoles sin mas tributo que el de una hacanea blanca cada año; que el duque Sforza seria sometido á un tribunal de jueces imparciales; que serian absueltos cuantos habian tomado parte en el asalto y saco de Roma; que el emperador haria volver al dominio de la santa sede cuantas ciudades le habian usurpado los Venecianos y el duque de Ferrara; que restableceria en Florencia el go-

bierno de los Médicis; que él, su hermano Fernando y el papa Clemente traerian de grado ó por fuerza á los luteranos á la verdadera fé católica, y que Margarita, hija natural del emperador, casaria con el bastardo Alejandro de Médicis, que tomaria título y soberanía de duque.

A pesar de sus deseos de paz, España y Francia veíanse igualmente embarazadas para encubrir ó disimular sus proyectos. El emperador, que no queria que le reputasen sin fuerzas para continuar la guerra, imponia condiciones duras; Francisco con insigne mala fé prometia á sus aliados de Italia no separar su causa de la suya, y en este estado dos ilustres damas se encargaron de la noble empresa que toda Europa anhelaba. Margarita de Austria y Luisa de Saboya convinieron en avistarse en Cambray, y versadas ambas en los negocios, perfectamente instruidas de los secretos de sus respectivas cortes, dieron en breve grandes pasos para la conciliacion definitiva. La noticia del tratado de Barcelona hízolas apresurar mas aun las negociaciones, y en 5 de agosto de 1529, dieron estas por resultado el tratado que se llamó *de las Damas*, basado en la concordia de Madrid. Sus principales artículos consistian en que Carlos no reclamaria por entonces la restitucion de Borgoña, reservándose, empero, hacer valer algun dia sus derechos á aquel ducado; en que Francisco pagaria dos millones de escudos por el rescate de sus hijos, entregando antes cuantas plazas poseia en el Milanesado; en que cederia sus derechos á la soberanía feudal de Flandes y de Artois; en que renunciaria á todas sus pretensiones sobre Nápoles, Milan, Génova, y demás ciudades situadas en la otra parte de los Alpes, y en que inmediamente despues de la ratificacion del tratado celebraria sus bodas con la hermana del emperador.

Por este tratado se afirmó España en su categoría de potencia preponderante, y es digno de observarse que mientras Carlos aseguró la suerte de todos sus amigos, sin olvidar á los herederos del duque de Borbon, Francisco, que habia negado poco antes á los Florentinos el permiso para celebrar particularmente la paz con el emperador, abandonólos á ellos, á los Venecianos y á todos sus partidarios al rencor de su rival, humillándose hasta el punto de comprometerse á no dar asilo en sus estados á los que hubieran hecho armas contra el emperador. Enrique de Inglaterra, mas y mas empeñado en el propósito de repudiar á su esposa, queria tener por amigo á Francisco para contrabalancear el poder del emperador tan influyente entonces con el papa, así es que ratificó el convenio y envió una cantidad considerable á su aliado para el rescate de los príncipes. El tratado Cambray, tan vergonzoso para Francia, expulsó por mucho tiempo á los Franceses de Italia, y desde aquel momento trasládase á otros puntos, á Saboya, á Picardía, á los Paises Bajos, á Lorena, el principal teatro de la guerra.

Varios asuntos, todos ellos de la mayor importancia, reclamaban la presencia de Carlos en otros puntos de su vasto imperio; sus generales de Italia le instaban para que apresurase el viage á aquella península, y Carlos solo esperaba para emprenderlo recibir aviso de haberse definitivamente convenido las negociadoras de Cambray. Su prolongada permanencia en España no habia sido estéril para él y para el país; el emperador conoció mas la índole de este pueblo generoso, base é instrumento de su poderío; hablaba ya casi siempre su lengua, é hízose en una palabra, un monarca mas español, aunque nunca llegó á serlo del todo. Estos naturales, por su parte, habiendo podido contemplar de cerca sus buenas cualida-

des, manifestábanle mas afecto, y si bien descontentos por el cúmulo de empresas que agotaban sus recursos, veian con entusiasmo la gloria que sus armas alcanzaban. El soberano que hacia algunos años habia vuelto casi extranjero á estos reinos, marchaba ahora de ellos respetado y querido de sus súbditos, y entre ellos habíanse establecido relaciones si no tan íntimas como con otros monarcas, efecto esto de las circunstancias, bastante estrechas para que estos reinos viesen en Carlos su natural monarca. Por Zaragoza donde condescendió en ejecutar por su cuenta la acequia de riego de que tanto necesitaba aquel país y que aun se conserva con el nombre de Canal Imperial, llegó Carlos á la ciudad de Barcelona. Aquí supo halagar los sentimientos de los Catalanes prefiriendo á ser recibido como emperador, serlo como conde de Barcelona, cuyo título dijo honrarle mas que la corona imperial. Entonces celebró cortes á los Catalanes, y en 28 de julio de 1529, ajustada ya, aunque no publicada, la paz de Cambray, zanjadas con el Portugués ciertas dificultades acerca de las islas Molucas, dejando por gobernadora de España á la emperatriz Isabel, se embarcó para Italia con una armada de mas de sesenta velas, acompañándole ocho mil soldados y brillante y numeroso cortejo de caballeros de todos los reinos españoles (1).

Mientras tan altos hechos realizaban los naturales de España por varios paises de la antigua Europa, otros, impulsados principalmente por el espíritu aventurero de la época, llevaban á desconocidas regiones la fama de su nombre, y convertian en realidad las fabulosas hazañas de que están llenos los libros de caballerías, tan en boga durante el siglo XVI. Como antes de ahora hemos dicho, las expediciones á América habian despertado en los Españoles un afan por los viages, por los descubrimientos, por las conquistas, que solo puede compararse al denuedo con que los acometian y á los portentosos triunfos que alcanzaban.

Saludado el Océano Pacífico por Vasco Nuñez de Balboa, descubierta la Florida por Ponce de Leon, el conquistador de Puerto Rico, gobernaba la isla de Cuba al ceñir la corona don Carlos I, el capitan Diego Velazquez, que pasó á ella como teniente del segundo almirante de las Indias don Diego Colon, con tan buena fortuna que se le debió toda su conquista y la mayor parte de su poblacion. Habia en aquella isla, por ser la mas occidental de las descubiertas y mas vecina al continente de la América septentrional, dice el historiador de la conquista de Nueva España don Antonio de Solís, grandes noticias de otras tierras no muy distantes, que se dudaba si eran islas; pero se hablaba de sus riquezas con la misma certidumbre que si se hubieran visto, fuese por lo que prometian las experiencias de lo descubierto hasta entonces, ó por lo poco que tienen que andar las prosperidades en nuestra aprension para pasar de imaginadas á creidas. La opinion de aquella tierra creció con lo que de ella referian los soldados que acompañaron á Francisco Fernandez de Córdoba en el descubrimiento de Yucatan, y aunque fué poco dichosa esta jornada y no se pudo lograr entonces la

(1) Dice el P. Miñana que incomodado el emperador al tiempo de embarcarse por fuertes dolores de cabeza, se hizo cortar el cabello segun la costumbre de los Romanos; los grandes le imitaron, aunque con mucha repugnancia, y de entonces en adelante no volvieron á dejarse crecer el pelo.

conquista porque murieron valerosamente en ella el capitan y la mayor parte de su gente, se logró por lo menos la evidencia de aquellas regiones. Esto hizo que Velazquez tratase de intentar otra vez el descubrimiento. y nombrado el castellano Juan de Grijalva por cabo principal de la empresa, este con tres bajeles y un bergantin en que iban hasta doscientos y cincuenta soldados. hízose á la mar á los 8 de abril de 1518. Llegado á la vista de Yucatan, saltó en tierra en el mismo lugar donde fuera desbaratado el de Córdoba, y despues de tomar venganza del suceso dejando vencidos y amedrentados á los Indios, siguió su descubrimiento navegando la vuelta del poniente, sin apartarse mucho de la tierra. á la que entonces, por parecer á alguno de los soldados semejante á la de la patria, se dió el nombre de Nueva España. Entraron los expedicionarios por el rio Tabasco. en cuyas márgenes se distinguian grandes arboledas y muchas poblaciones, y acogidos con gran sorpresa y desconfianza por los Indios, á quienes enviaron como mensageros de paz unos muchachos que se hicieron prisioneros en la primera entrada de Yucatan, cambiaron con ellos por oro algunas baratijas. Lo mismo hicieron con los que encontraron en la entrada del rio que llamaron de las Banderas, y sin perder la tierra de vista llegaron á la isla de Sacrificios, donde vieron casas de cal y canto, y en los templos ídolos horribles, á quienes se habian sacrificado recientemente víctimas humanas. Con arreglo á las instrucciones que de Velazquez habia recibido, Grijalva no estableció colonias en el vasto imperio que acababa de descubrir, y con los tesoros recogidos regresó á Cuba, donde su llegada despertó vivo entusiasmo. Reconvínole Velazquez por haber cumplido lo que le tenia mandado, esto es, por no haber establecido colonias en aquellos paises; y sin pérdida de momento determinó enviar mas numerosa flota y mayor armamento para su conquista. Irresoluto acerca del nombramiento de capitan, pues buscaba un hombre de mucho corazon y de poco espíritu que no llegase á eclipsarle ni tuviese otra ambicion que la de la gloria agena, acabó por elegir á Hernan Cortés, mozo extremeño, de gentil presencia y agradable rostro, que despues de estudiar jurisprudencia en Salamanca, habíase dado á las arriesgadas expediciones al Nuevo Mundo y se hallaba entonces en Cuba, donde despues de muchas aventuras de amores y conspiraciones contra el gobernador, vivia tranquilo, reconciliado con este, casado con la noble doña Catalina Suárez Pacheco, y explotando las minas de oro que le habian tocado en repartimiento.

Pronto se arrepintió Velazquez de su eleccion al ver el entusiasmo con que españoles é isleños se prepararon para seguir á Cortés á su expedicion, conociendo no ser aquel el hombre que buscaba; sin embargo, no mudó por entonces de resolucion, y luego que Cortés hubo gastado su caudal en armar buques. en comprar vituallas y en prevenirse de armas y municiones, dióse á la vela con trecientos soldados, entre gran concurso de pueblo, despues de despedirse del gobernador, llevando en su buque por empresa la señal de la cruz con estas palabras: *Vincemus hoc signo* (18 de noviembre de 1518) (1).

En pocos dias llegó la armada á la villa de Trinidad, donde tenia Cortés al-

(1) Refieren algunos historiadores que Cortés salió del puerto con gran sigilo y alzado ya contra el gobernador Velazquez; pero nosotros hemos seguido á Bernal Diaz del Castillo, testigo ocular de los sucesos que refiere. y á Solís, que cuenta el hecho del mismo modo. Hernan Cortés se apartó de la obediencia de Velazquez, pero fué despues, en la ocasion que veremos.

gunos amigos que le hicieron grata acogida, ofreciéndose muchos á seguirle á su expedicion. En tanto crecian mas y mas, robustecidas por los malévolos, que nunca faltan, las sospechas de Velazquez, y resuelto este á privar á Cortés del gobierno de la armada, despachó dos correos á la villa de Trinidad desposeyéndole de la capitanía general. Cortés, poco dispuesto á obedecer, se mostró á sus amigos y soldados para saber como tomaban el agravio de su capitan, y hallólos á todos, no solo de su parte, sino resueltos á defenderle de semejante injuria, sin negarse al último empeño de las armas. Esto no obstante, escribió á Velazquez doliéndose amigablemente de su desconfianza, sin olvidar el rendimiento debido, y prosiguió su rumbo á la Habana, donde, como habia sucedido en Trinidad, crecieron sus compañías considerablemente. Un mensagero de Velazquez, llegado por aquel entonces de Santiago, entregó á Pedro de Barba nuevos despachos en que se le ordenaba prender al ilustre capitan, pero ni este se manifestaba dispuesto á acatar aquella disposicion, ni el comandante Barba mostró gran voluntad de ejecutarla; así es que con once buques y once compañías (1), repartidos entre los principales los cargos de gobierno, partió la expedicion del puerto de la Habana en 10 de febrero de 1519, bogando hácia el cabo de San Antonio y la costa de Yucatan, y deteniéndose en la isla de Cozumel. Allí fueron los Españoles instrumentos de reconciliacion entre los divididos isleños; amigos de su cacique, devolvieron la libertad á algunos prisioneros castellanos que allí estaban hacia muchos años, derribaron los horribles ídolos de aquellos templos, y celebraron ante los indígenas, absortos y conmovidos, las augustas ceremonias del culto cristiano.

En 4 de marzo partió la armada de la isla y entró en el rio Tabasco á pesar de las amenazas y ademanes de guerra de los Indios, que en gran número de canoas llenaban el rio. A través de mil dificultades marcharon los Españoles hácia el interior del país, y despues de triunfar con su reducida hueste de un ejército de cuarenta mil enemigos, apoderáronse de la gran ciudad de Tabasco (25 de marzo). Las armas de fuego y el escaso número de caballos que llevaban los Españoles tuvieron gran parte en la victoria; los Indios, que no los habian visto hasta entonces, creyeron en su primer asombro que eran mónstruos feroces compuestos de hombre y bruto, y se postraban ó huian aterrados ante los rayos que lanzaban sus armas. Cortés trató con benignidad á los prisioneros, y habiéndolos enviado libres con algunos pequeños regalos, inclinaron á los demás á desear la paz. Concediósela Cortés por medio de sus intérpretes, y partió de Tabasco habiendo recibido de los naturales esclavas, oro y provisiones para continuar su viage. Allí fué donde se unió á la fortuna del caudillo español una jóven y hermosa india, á quien se puso despues el nombre de Marina; hija de un cacique mejicano, entendia y hablaba el idioma de los paises que los Españoles fueron recorriendo; merced á ella y á sus consejos, á los que recurria siempre el enamorado capitan, pudieron los Españoles entenderse en San Juan de Ulúa con los embajadores del emperador Motezuma, soberano de Méjico, que llevando á los extranjeros regalos y presentes de gran valor, estaban encargados de preguntarles quienes eran, con

(1) Consistian las fuerzas de Cortés en 110 marineros, 553 soldados, entre ellos 32 ballesteros, 13 arcabuceros, 200 indios de la isla y 16 hombres montados; llevaba además 10 cañones de montaña y 4 falconetes.

que intento habian llegado á aquellas costas, y de ofrecerles el socorro y la asistencia que necesitasen para continuar su viage. Hernan Cortés los agasajó mucho, dióles algunas bujerías, regalóles con manjares y vino de Castilla, y les dijo que su venida era á tratar sin género de hostilidad materias muy importantes á su príncipe y á toda su monarquía. Desembarcó luego su gente, y al campamento que en la playa estableció llegaron una série de embajadas en que los Mejicanos revelaban su temor y desconfianza, y Cortés, ya blando, ya arrogante, su deseo de internarse por el país y llegar á presencia del emperador Motezuma. En tanto mantenia con los indígenas animado tráfico; á trueque de fruslerías recogia inmensas riquezas en joyas y piedras preciosas, en planchas de oro y de plata, y en finísimas telas, y por medio de los eclesiásticos que le acompañaban procuraba dar á conocer á los Indios la excelencia de la doctrina evangélica.

A una de aquellas embajadas dió Cortés el espectáculo de un simulacro militar, en cuya novedad estuvieron los Indios como embelesados y fuera de sí; y al reparar en la ferocidad obediente de los caballos, y sobre todo al escuchar el estruendo y humareda de los arcabuces y de la artillería, creció su turbacion y asombro en tales términos, que unos se dejaron caer en tierra, otros empezaron á huir, y los mas advertidos, dice Solís, afectaban la admiracion para disimular al miedo. Los pintores mejicanos que en la embajada venian, copiaron sobre lienzos de algodon, para instruccion de su monarca, las naves, los soldados, las armas, la artillería y los caballos, con todo lo demás que se hacia reparable á sus ojos.

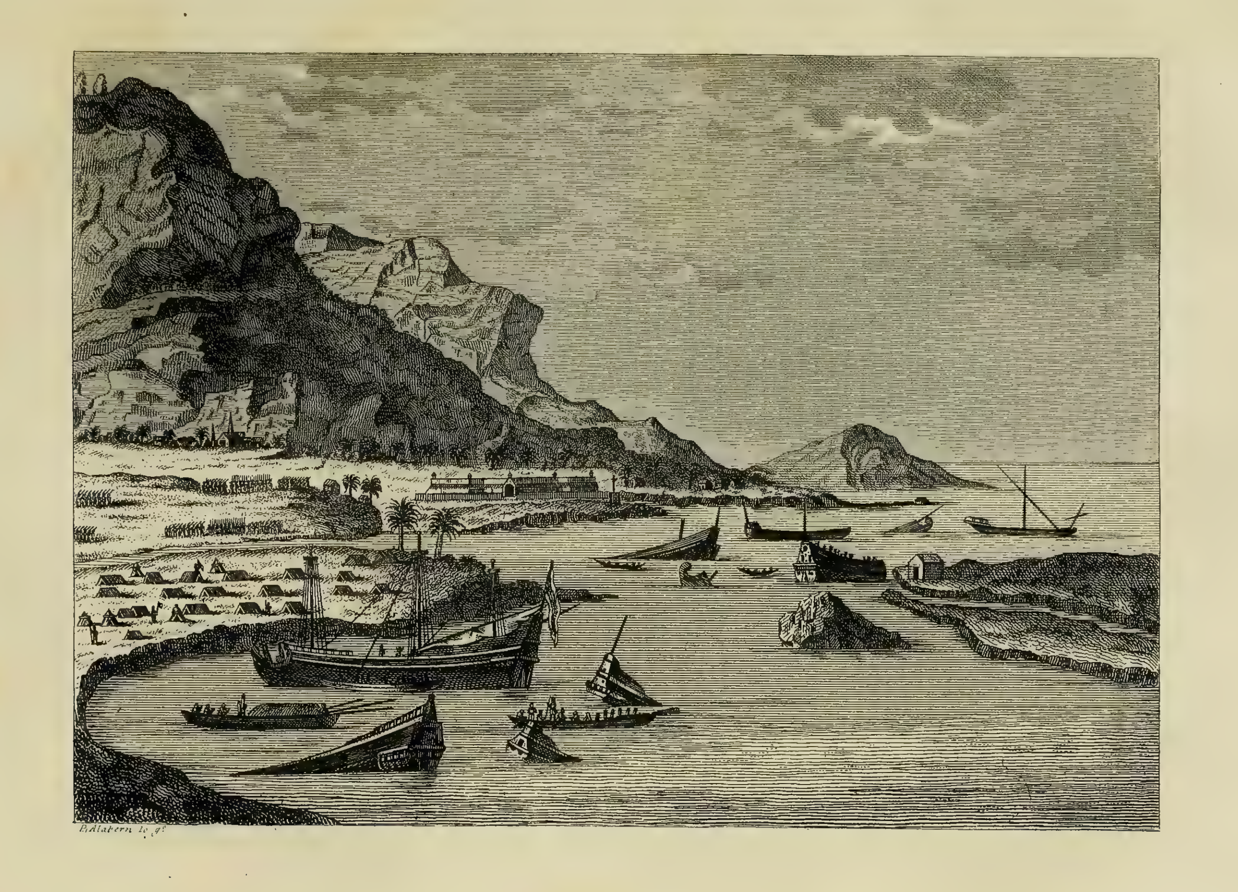
Por fin, llegó la definitiva respuesta del emperador Montezuma; este, si bien agradecia á Cortés y á su rey la amistad que le manifestaban, á la que correspondia con suntuosos regalos, decia no tener por conveniente, ni ser entonces posible segun el estado de las cosas, conceder su beneplácito á la permision que pedia el caudillo para pasar á su corte. No por esto se rindió Cortés, antes bien dijo persistir en su demanda por el decoro de su rey; los Indios no se atrevieron á replicarle, sino que le ofrecieron hacer segunda instancia á Motezuma, y él los despidió con presentes, dándoles á entender que esperaria sin moverse de aquel lugar la respuesta de su emperador, pero que sentiria mucho que tardase y verse obligado á solicitarla de mas cerca.

Mientras esta respuesta se esperaba fundó Hernan Cortés en el lugar que ocupaba la *Villa-Rica de Vera Cruz*, y luego que se hubo nombrado el ayuntamiento y los magistrados necesarios, él, político y sagaz, se presentó ante el consistorio é hizo dimision de su cargo de general, fundándola en los escasos títulos que para egercerlo tenia, puesto que se limitaban á un nombramiento de Diego Velazquez con poca intermision escrito y revocado. Dispuestas como tenia las cosas, los capitulares admitieron su renuncia, pero dijeron que se le debia obligar á que tomase de nuevo á su cargo el gobierno del ejército, dándole su título la villa en nombre del rey, por el tiempo y en el ínterin que su magestad otra cosa decidiese. Convocada la gente á voz de pregonero, fué saludada la decision con gran aplauso, y Hernan Cortés aceptó el nuevo cargo y continuó gobernando la milicia, habiendo en un principio de emplear el rigor contra los partidarios de Velazquez, á quienes habia descontentado la prontitud y acierto con que se llevó á cabo aquel bien combinado plan.

Requeridos los Españoles por el cacique de Zempoala, que deseaba ser aliado y amigo de los extrangeros cuyas proezas en Tabasco habian llegado á su noticia, pónense en marcha, y despues de atravesar desiertos paises, llegan á una fertilísima comarca y á la opulenta capital de aquel estado. Cortés es recibido por el cacique con muestras de curiosidad y cariño, y sabe con alegría que, enemigo de Motezuma, desea libertar aquel país de su tiránico yugo, en cuyo deseo le acompañan otros muchos vasallos del reino. El caudillo español le promete su auxilio en cambio de su sumision, y desde aquel momento abrióse á él ancho camino para someter al dividido reino. El cacique de Quiabislan imitó la conducta del de Zempoala; los Españoles son aclamados en todo aquel territorio como defensores de los oprimidos, y en poco tiempo mas de treinta caciques diéronles la obediencia y les ofrecieron sus huestes.

Satisfecho Cortés por la fortuna que acompañaba sus primeros pasos, fundó entonces entre Quiabislan y el mar la verdadera ciudad de Vera Cruz, que habia de servir de base á sus operaciones futuras, de almacen de provisiones y de puerto para los buques. Desde ella estrechaba cada dia sus relaciones con los Indios, especialmente con los de Zempoala, cuando un suceso inesperado estuvo á punto de convertir ambos pueblos en implacables enemigos. Celebrábase en aquella sazon una de las festividades mas solemnes de la tierra, y juntados los Zempoales en el principal de sus adoratorios, hicieron un sacrificio de víctimas humanas, cuyos mutilados restos vendíanse despues y se compraban y apetecian como sagrados manjares. Vieron parte de este destrozo algunos Españoles que se presentaron á Cortés con la noticia de su escándalo, y fué tan grande su irritacion, dice el historiador de la conquista, que se le conoció luego en el semblante la piadosa turbacion de su ánimo. Cesaron, á vista de mayor causa, los motivos que obligaban á conservar aquellos confederados, y como tiene tambien sus primeros ímpetus la ira cuando se acompaña con la razon, prorumpió en amenazas, mandando que tomasen las armas sus soldados, y que le llamasen al cacique y á los demás Indios principales que solian asistirle: y luego que llegaron á su presencia marchó con ellos al adoratorio llevando en órden su gente (1). Informados los Indios de su intencion, preséntanse todos armados y en tumulto, acaudillados por sus sacerdotes con sus largas vestiduras y sus destrenzadas y sangrientas cabelleras. Por medio de la india Marina dijo Cortés que á la primera flecha que disparasen haria degollar al cacique y á los demás personages que con él estaban, y daria luego permiso á sus soldados para que castigasen á sangre y fuego aquel atrevimiento. Poseidos de terror los naturales empezaron á retirarse, y los soldados españoles, entre el llanto, los gemidos y las protestas del asustado cacique y de cuantos le rodeaban, derribaron los ídolos, las aras y los instrumentos de su adoracion, que llegaron al suelo hechos pedazos. Conmovidos y asombrados los Indios, mirábanse unos á otros como echando á menos el castigo del cielo, pero á breve rato sucedió lo mismo que en Cozumel, porque viendo á sus dioses en aquel abatimiento, sin poder ni actividad para vengarse, les perdieron el miedo y vinieron á conocer su flaqueza. En su lugar se colocó una cruz y una imágen de la Vírgen con algunos adornos de flores y luces, y el dia siguiente se celebró el santo sacrificio de la misa con la

(1) Solís, Hist. de la conquista de Méjico, l. II, c. XII.



HERNAN CORTÉS ORDENA ECHAR Á PIQUE SUS NAVES.

mayor solemnidad que fué posible á vista de muchos Indios que asistian á la novedad mas admirados que atentos, aunque algunos doblaban la rodilla y procuraban remedar la devocion de los Españoles.

En aquel entonces, conociendo Cortés la necesidad de precaverse contra el encono de Velazquez, despachó un buque á España con cartas y presentes para el emperador Carlos, de quien solicitaba la aprobacion de su conducta y la confirmacion del elevado cargo que ejercia, manifestándole la confianza de conquistar para su corona aquel vasto y opulento imperio (julio de 1519). La noticia que de esto se tuvo inquietó nuevamente á algunos soldados y marineros, gente amiga de Velazquez, á quien quisieron dar aviso de lo sucedido. Proponiendo fugarse y abandonar á su jefe, tramaron una conspiracion, que por fortuna pudo ser remediada, descubierta que fué por uno de los conjurados. De rigor usó el caudillo en aquellas circunstancias, puesto en gran cuidado por el atrevimiento de sus desafectos. Asaltado por varios pensamientos, temeroso de que quedase vivo en su cortísima hueste el gérmen del descontento y la semilla de la insubordinacion en aquellos momentos en que era muy probable la necesidad de medir sus fuerzas con las de Motezuma, nació de la misma turbacion de su espíritu una de las acciones en que mas se reconoce la grandeza de su ánimo. Resolvióse á deshacer la armada y á romper todos los bajeles para acabar de asegurarse de sus soldados y quedarse con ellos á morir ó vencer, en cuyo dictámen hallaba tambien la conveniencia de aumentar su ejército con mas de cien hombres que se ocupaban en el ejercicio de pilotos y marineros. Con esta resolucion, sin que lo supiesen sus tropas, desmanteló, barrenó y echó á pique sus buques mayores, reservando únicamente los esquifes para el uso de la pesca, resolucion, dice Solís, dignamente ponderada por una de las mayores de esta conquista, y no sabemos si de su género se hallará mayor alguna en todo el campo de las historias. En seguida salió Cortés á arengar á sus soldados, unos enfurecidos y otros asombrados, y tanta fué su elocuencia que, predominando en todos el entusiasmo, oyóse únicamente una voz para aclamar al caudillo y pedir la inmediata marcha á la ciudad de Méjico.

Reinaba en la capital gran indignacion contra los Españoles, y Motezuma no volvia en sí del enojo que sus alianzas le habian causado, enojo que se trocó en terror al saber que los invasores, despreciando sus repetidos mensages para que abandonaran el imperio, querian ponerse en camino hácia la capital. En efecto, juntando Hernan Cortés su ejército en Zempoala, que constaba de quinientos infantes, quince caballos y seis piezas de artillería, dejando ciento cincuenta hombres y dos caballos de guarnicion en Vera Cruz y por su gobernador al capitan Juan de Escalante, salió hácia Méjico seguido de un cuerpo de auxiliares indios (16 de agosto de 1519). Bien recibido el ejército en los primeros pueblos del tránsito, tomó el camino por la provincia de Tlascala, de muy numerosa poblacion y de muy quebrado terreno. Gobernábase por un senado, especie de aristocrácia, que á excitacion de Jicotencal, jóven y valeroso guerrero, acabó por declarar la guerra á los Españoles en contestacion al mensage de paz que le enviara Cortés. Varias veces llegaron á batalla los Indios de aquella tierra con los Españoles y sus aliados, pero en todas fueron vencidos con espantosa mortandad, acabando por ofrecer la paz. Aceptóla Cortés de buen grado, y con gran

pompa hizo su entrada en Tlascala corriendo los últimos dias de setiembre.

Creció con estas victorias la fama de los Españoles y á la par de ella el terror de Motezuma, que sin pensar en formar ejércitos ni en acudir á medios eficaces de defensa, lo dejaba todo á sus oráculos y sacerdotes y á las artes de la política, fluctuando siempre entre los medios suaves. Esto no obstante, mientras cada dia llegaban á presencia de Cortés numerosos caciques á darle obediencia, la fuerte ciudad de Cholula, donde se habia alojado el ejército procedente de Tlascala, se atrevió á armar una conspiracion para caer sobre él y esterminarlo. La india Marina pudo descubrirla, y los soldados españoles se vengaron de los Cholulanos haciendo en ellos terrible matanza. Los mensageros de Motezuma protestaron de que su señor no habia tenido parte alguna en la conspiracion tramada, y si bien Cortés admitió sus escusas sofocando su ira, conocíase que iba muy prevenido para evitar otro lance. Sin vacilar continuó su marcha, y en todo el camino no cesó el emperador de enviarle embajadores para que excusase la molestia de venir á verle, lo cual no impidió á los Españoles proseguir adelante seguidos de seis mil tlascaltecas armados, ahora muy adictos á sus nuevos huéspedes é irreconciliables enemigos de los Mejicanos. Juntando por medios suaves mucho oro y cuantas provisiones necesitaban, llegaron por fin á un inmenso y delicioso país donde se divisaba un gran lago semejante al mar, poblado de ciudades que parecian salir del seno de las aguas; una de ellas era Méjico que levantaba entre las demás sus soberbios edificios, y de ella no tardó en salir al recibimiento de los Españoles el mismo emperador Motezuma, desanimado con el malogro de sus ardides y sin aliento para usar de sus fuerzas. Iba sentado en una silla de oro llevada en hombros por cuatro principales señores del imperio, y seguíanle hasta doscientos nobles de su familia adornados con hermosísimos penachos. Era el emperador de buena presencia: su edad hasta cuarenta años, de mediana estatura, mas delgado que robusto: el rostro aguileño, de color menos oscuro que el natural de aquellos Indios: el cabello largo hasta el extremo de la oreja, los ojos vivos y el semblante magestuoso con algo de intencion: su trage un manto de sutilísimo algodon anudado sin desaire sobre los hombros, de manera que cubria la mayor parte del cuerpo, dejando arrastrar la falda. Traia sobre sí diferentes joyas de oro, perlas y piedras preciosas; por corona una mitra de oro ligero que por delante remataba en punta, y la mitad posterior algo mas obtusa se inclinaba sobre la cerviz, y formaban su calzado unas suelas de oro macizo, cuyas correas tachonadas de lo mismo, ceñian el pié y abrazaban parte de la pierna. Saludáronse Cortés y Motezuma, con gran asombro de los Indios al ver humillada á tanto la magestad de su emperador; trocaron sus presentes, que fueron el de Cortés una banda ó cadena de vidrio, compuesta de varias piedras que imitaban diamantes y esmeraldas, y el de Motezuma un collar de conchas carmesíes con adornos de oro, y despues de breves razonamientos entraron juntos en la populosa ciudad con extraordinaria pompa (8 de noviembre de 1519).

Cortés habia realizado su portentosa empresa, pero entonces empezaban para él y los suyos los mayores peligros, perdidos, por decirlo así, en aquella inmensa capital, entre aquel numeroso gentío que si los miraba con temor, los consideraba tambien como enemigos. Varios dias pasaron entre recíprocas atenciones y

agasajos, cuando llegó á Cortés la siniestra noticia de que un general mejicano habia invadido las tierras de los Indios aliados, atacado á la guarnicion española de Vera Cruz que salió á protegerlos, y muerto á siete soldados y herido mortalmente al gobernador Escalante. Mucho conmovieron á Cortés estos sucesos, y tomando una resolucion enérgica y atrevida, entró con algunos de sus capitanes en el palacio de Motezuma, le reprendió con aspereza por la traicion en que le suponia cómplice, se apoderó de su persona y le llevó cautivo al cuartel de los Españoles: hazaña que, como dice un historiador, ciertamente parece increible.

Irritados los Mejicanos por semejante audacia, llenaron las calles con indicios de tumulto, pero á todos fué sosegando el débil Motezuma, que decia hallarse muy bien entre sus huéspedes los Españoles. Desde aquel momento quedó Cortés dueño de sus tesoros y de su autoridad; el general que se hiciera reo de la agresion fué condenado á ser quemado vivo, y mientras se ejecutó la sentencia pusieron grillos al emperador, que ni tuvo accion para resistir ni casi voz para quejarse; hecho esto, fué conducido otra vez á su palacio, prometiendo antes hacer cesar los sacrificios humanos y declarándose feudatario del soberano de España.

Por fin, los clamores de los suyos hicieron que Motezuma, revistiéndose de fortaleza, llamase á Cortés á su palacio y con alguna severidad, fuera de su costumbre, le dijese que pues estaba ya cumplido el objeto de su mision, se apresurase á abandonar la ciudad y el imperio. Tan inesperada firmeza parece haber desconcertado en un principio al caudillo español, quien contestó que trataria de abreviar su viage, y que para ello le pedia licencia para que se fabricasen algunos bajeles capaces de tan larga navegacion, pues los que le trajeron á sus costas se habian perdido. Con esto, dice Solís, dejó introducida y pendiente su obediencia, satisfaciendo el empeño en que se hallaba y dando tiempo á la resolucion. No esperaba el emperador tan satisfactoria respuesta y tenia prevenidos cincuenta mil hombres para este lance, determinado á hacerse obedecer; contento sin embargo, por evitar escenas que temia, abrazó con afecto á Cortés, y dió desde el momento las órdenes necesarias para la fabricacion de los buques, que los Españoles retardaban cuanto les era posible.

Así las cosas, supo Cortés por Motezuma, quien creia con ello verse antes libre de sus incómodos huéspedes, que diez y ocho navíos extrangeros habian llegado á la costa de Ulúa, segun le participaban por medio de las acostumbradas pinturas. Por ellas vino Cortés en conocimiento de ser Españoles los recien llegados, y si su primer movimiento fué alegrarse teniendo por seguro que le llegaban socorros de España, no tardó en saber por cartas de Vera Cruz que aquellos bajeles eran enemigos como pertenecientes á Diego de Velazquez, que de ellos habian desembarcado en la costa mejicana mil cuatrocientos hombres á las órdenes de Pánfilo de Narvaez, y que este llevaba por comision despojarle de su conquista, prenderle y llevarle á Cuba para ser juzgado. Gran sensacion causaron estas nuevas en el general, y mientras procuraba mantener engañados á Motezuma y á sus propios soldados acerca de la llegada de aquellos Españoles, discurria los medios de evitar una guerra civil que habria sido funesta á sus propios intereses y á los de su patria. Rechazados por Narvaez sus mensages y propuestas de paz, Cortés optó, como siempre, por la resolucion mas atrevida: encomendó la custodia de Méjico á Pedro de Alvarado, capitan valeroso, dejándole ciento cuarenta solda-

dos entre Españoles é Indios amigos, y con el resto de su tropa, compuesta de doscientos cincuenta Españoles y cierto número de Tlascaltecas, se puso en marcha contra el enemigo, persuadido de que en aquel lance aventuraba toda su fortuna. Atravesó con felicidad el país, y á la hora de media noche, acometió de repente con grande estrépito á Zempoala, donde se hallaban los enemigos, hizo prisionero á Narvaez, y casi sin combatir reunió á sus banderas á cuantos soldados seguian las de su adversario. La armada, la artillería y los bagages quedaron encomendados á Gonzalo de Sandoval, nuevo gobernador de Vera Cruz, cuyo valor y diligencia habian sido de mucho auxilio á Cortés en esta expedicion, y él regresó á Méjico á la cabeza de mil trecientos soldados, cien caballos, diez y ocho cañones y dos mil Tlascaltecas.

A su llegada halló todas las cosas en gran confusion á consecuencia de las conjuras que durante su ausencia habia tramado el pueblo mejicano contra los extrangeros, y de la imprevision con que Alvarado habia comprometido sus fuerzas siendo el primero en atacar á los conspiradores. Españoles y Mejicanos se habian dado por espacio de algunos dias muy récios combates, que se suspendieron con la llegada de las nuevas fuerzas españolas. Animoso con ellas, no quiso el general perder aquella ocasion de dominar en la ciudad y atacó con brio á los amotinados, empeñándose de nuevo la lucha en las vastas calles de Méjico, con inmensas pérdidas por parte de los Indios y muy pocas por la de los Españoles. Motezuma, que desde una ventana de su palacio veia á sus vasallos obstinados en acometer á Cortés con desesperada furia, hubo de servir de mediador entre la ciudad y sus enemigos, y aunque con recelo, presentóse revestido de las insignias imperiales á arengar al pueblo y á calmar la sedicion; pero una lluvia de flechas y piedras, lanzada por sus propios súbditos, le hirió mortalmente en la cabeza, espirando á los tres dias (30 de junio de 1520). Asombrados y conmovidos Españoles y Mejicanos por lo que acababa de suceder, suspenden el combate, pero rehechos estos prontamente, proclaman emperador á Quetlavaca , hermano de Motezuma , y con nuevo furor y mayor número de gente acometen otra vez el alojamiento de los Españoles. Despues de mil y mil lances en que corrieron estos gravísimos peligros, si bien hallaron en ellos no escasa gloria, conoció el caudillo la necesidad de abandonar la capital, donde, sin provisiones ni recursos, podia ser sitiado por hambre, y durante la noche del 1.° de julio emprendió su retirada á favor de la oscuridad y de la lluvia. Sin embargo, á su paso halló cortados los puentes é interceptadas las calzadas, y mientras desde las canoas que cubrian el lago caia espesa granizada de flechas y dardos sobre los fugitivos, debian estos ganar con indecibles trabajos los trozos de calzada de cortadura en cortadura. Abandonándolo todo, solo pensaban los Españoles en salvar su vida, y por fin pudieron ganar la tierra firme, habiendo perdido doscientos soldados, dos mil Indios amigos y cuarenta y seis caballos entre los horrores de aquella noche, que fué luego conocida con el nombre de *Noche triste.*

Seis dias duró la marcha en medio de los mayores sufrimientos de hambre y sed, mezclados con incesantes escaramuzas con los Indios de las montañas; por fin, al llegar los Españoles al valle de Otumba, vieron al ejército mejicano que en número de cuarenta mil guerreros, con terrible y hermosa confusion de armas y penachos, los esperaba para aniquilarlos. Cortés no desmaya á la vista



LOS ESPAÑOLES EN MEJICO

Batalla de Otumba.

de tan gran peligro; anima á sus soldados, y todos, Españoles y Tlascaltecas, rompen con incontrastable furia por entre las apretadas masas de sus enemigos. Combatian estos con obstinacion, llenando al instante el puesto de los que morian, cuando recordó Cortés haber oido referir á los Mejicanos que toda la suma de sus batallas consistia en el estandarte real, cuya pérdida ó ganancia decidia sus victorias ó las de sus enemigos. Rodéase entonces de sus mejores capitanes, acomete por su parte mas flaca á los enemigos, que se desbandan como siempre á la aproximacion de los caballos, y llega al estandarte real y lo conquista dando muerte al jefe que lo empuñaba. A esta vista huyen los Mejicanos en desórden, y corren despavoridos á guarecerse de los bosques y maizales, mientras los vencedores se cebaban en ellos con toda la embriaguez de la victoria. Muchos miles de Indios quedaron yertos en el campo, y de los Españoles, que recogieron considerable botin, solo dos ó tres murieron en Tlascala de resultas de sus heridas; Cortés salió tambien con una violenta contusion en la cabeza.

Reunida la hueste entró en los términos de Tlascala, donde se celebró su regreso con públicos festejos, y el gozo que sintió Cortés por esta afectuosa acogida aumentóse mas aun con la noticia de haber llegado al puerto de Vera Cruz tres navíos de España con municiones y soldados, enviados por Velazquez en auxilio de Narvaez, y de haberse los capitanes unido á sus banderas á excitacion de Sandoval. Mientras esperaba este refuerzo, que habia de permitir á su ejército emprender otra vez la conquista de la capital, los Españoles no permanecieron inactivos: para confirmar en su amistad á los aliados y aterrar á los enemigos, movíanles incesante guerra ayudados de los Tlascaltecas; sujetaron á los de Tepeaca, arrojaron de las ciudades inmediatas las guarniciones mejicanas, y molestaron á los enemigos con todo género de pérdidas.

El jóven Guatimocin, pariente de Motezuma, habia sucedido á Quetlavaca en el trono imperial, cuando Cortés, terminados todos los preparativos, púsose en marcha para la conquista de Méjico. Para el paso de la laguna discurrió construir doce ó trece bergantines que pudiesen resistir á las canoas de los Indios, y principiada la obra, provisto de pólvora, que consiguió fabricar con el azufre que extrajo de un volcan, y reunidos los auxiliares, entró por tierras enemigas con quinientos cuarenta infantes españoles, cuarenta caballos y nueve piezas de artillería traidas de los bajeles, y además hasta sesenta mil hombres de las naciones confederadas. En Tezcuco previno y frustró una conspiracion del cacique para aniquilar toda la hueste española, y recibiendo en amistad á muchas ciudades, y tomando otras por fuerza de armas con gran estrago de sus habitantes, llegó á las inmediaciones de la capital, cuyo emperador, congregando innumerable gente de guerra, estaba dispuesto á oponer á los Españoles desesperada resistencia. Terminada la construccion de los buques y sometidas las provincias y poblaciones inmediatas por destacamentos españoles, quiso Cortés dar el ataque, cuando le distrajo por algunos dias una conspiracion de algunos de los suyos, partidarios de Velazquez. Proponíanse asesinar á su general, pero descubierto su plan en tiempo oportuno, el principal conjurado Antonio de Villafañe pagó con la vida su delito, y los demás, reprendidos severamente por Cortés, quedaron sumisos y dispuestos á seguirle á la batalla. Empezó esta entrando los bergantines por el lago al propio tiempo que otros Españoles ocupaban las tres

calzadas principales, reforzados por los Tlascaltecas, de quienes dice Bernal Diaz del Castillo que en aquella ocasion fueron mas de embarazo que de servicio. Innumerables piraguas atestadas de guerreros salieron de la ciudad, pero el fuego de los bergantines echó muchas á pique, y á pesar de la resistencia que algunas opusieron, quedó rota y desecha aquella inmensa armada, cuyas reliquias miserables siguieron los bergantines hasta encerrarlas á balazos en las acequias de la ciudad. La pelea fué mas atroz y sangrienta en las calzadas, donde cayeron muertos los Mejicanos en número infinito, hasta que por fin penetró Cortés en la plaza y llegó hasta el templo en que en otro tiempo plantara la cruz, que habia sido ya reemplazada por el dios de la guerra de los Mejicanos. Rechazado y obligado á retroceder, renováronse durante muchos dias los combates con gran mortandad de los Indios y pérdida de algunos soldados españoles; el mismo Cortés corrió grave peligro en una calle de la ciudad; los Tlascaltecas amenazaban ya apartarse de su campamento, mas por fin, deseoso el caudillo español de poner término á tan angustiosa situacion, resolvió para el dia 13 de agosto de 1521 un nuevo y general asalto. Verifícase este por tres puntos á la vez; Guatimocin es hecho prisionero al refugiarse á los barrios del norte de su capital, y esta noticia, al cundir rápidamente por entre los sitiados, los desalienta y háceles caer las armas de las manos. Desde aquel momento fué segura la victoria de los Españoles, quienes quedaron por fin apoderados de la capital del imperio, arruinada casi en sus tres cuartas partes, despues de tres meses de asedio y de haber experimentado sitiadores y sitiados toda clase de miserias y calamidades y grandes y sensibles pérdidas.

No logró la adversa fortuna abatir en lo mas mínimo la entereza varonil de Guatimocin. Al ser presentado á Cortés, se volvió á él con semblante áspero y le dijo: «No he dejado de hacer cosa alguna que sea digna de un hombre valeroso para defender la dignidad que recibí de mis mayores. Si los dioses inmortales han querido que la pierda, no creo que haya sido por culpa mia. Cautivo tuyo soy; usa de tu fortuna como quisieres.» Muy mal usaron de ella los vencedores: despues de algunos dias empleados en limpiar la ciudad de los cadáveres que la infestaban y de las ruinas que la obstruian, y en dar gracias á Dios por la victoria alcanzada, procedióse á la reparticion del botin, cuya quinta parte se reservó al césar. No correspondieron aquellas riquezas á las inmensas esperanzas que abrigaban los soldados, y como no se hallaron los grandes tesoros que se atribuian á Motezuma, acusaban unos á Cortés de haberlos escondido, y otros á Guatimocin de haberlos arrojado á las lagunas. Hallábase de tesorero del ejército Julian Alderete, hombre importuno y cruel, y á instancias suyas fueron puestos el infeliz Guatimocin y su principal ministro á cuestion de tormento para que declarasen donde estaban aquellos tesoros. ¡Vergonzosa maldad, por cierto atroz y horrible, exclama el P. Miñana, que no dió resultado alguno! Retirado el vencido emperador del brasero ardiente en que se le habia extendido para conducirle á una prision, salió de ella tres años despues para morir en la horca en compañía de otros dos caciques, acusados de conspirar contra los Españoles.

Dueños estos de Méjico, cabeza de aquel vasto dominio, vinieron á su obediencia, primero los príncipes tributarios y despues los confinantes; unos se rindieron á la diligencia de las armas, otros á la opinion, y algunos á los esfuerzos



LA CIUDAD DE MEJÍCO

de los religiosos, que en crecido número acudieron á aquellos lugares poco despues de la conquista, para procurar la conversion de los Indios y escudarlos en lo posible contra la saña y la codicia de los conquistadores. En breve tiempo se formó aquella gran monarquía que mereció el nombre de Nueva España, y entonces pudo decirse con justicia que nunca llegaba á ponerse el sol en la extension de los dominios españoles.

Los graves disturbios de Castilla y las importantes empresas del emperador hicieron que en un principio no fuesen recibidos con gran interés los mensages y presentes que enviara desde Méjico el afortunado conquistador; sin embargo, la noticia de sus triunfos y de la riqueza del país excitó en breve al gobierno y á los pueblos á mirar con mas atencion aquella conquista, y mientras el uno dictaba disposiciones para el buen régimen de las nuevas posesiones, como fueron el establecimiento de una audiencia y la ereccion de una silla episcopal en Méjico, dirigíanse allí de todos los puertos españoles numerosos emigrados, lo cual permitió á Cortés reedificar la capital del imperio y poblarla de fabricantes y artesanos, de animales y plantas de Europa. No descuidaba en tanto la conversion de los Indios á la religion cristiana, y la historia ha de agradecer sus esfuerzos en este sentido, aun cuando el celo religioso ó el interés político le arrastrase algunas veces á actos de crueldad que no son para alabados. Atiéndase, empero, al juzgar en este y otros puntos de la conducta del conquistador de Méjico que la realizacion de su gloriosa empresa, al hacer de él un grande hombre, expúsole á todos los contratiempos y ruindades con que tiene el genio que luchar en el mundo: perseguido por el rencoroso Velazquez, contrariado por la ambicion y las rebeliones de sus lugartenientes, calumniado en la corte de España, veia sus mas rectas intenciones desconocidas y su lealtad puesta en duda. Sin embargo, parece seguro que jamás lo mereció, y cuando muchos le aconsejaban proclamarse independiente para burlar así los espías de que le rodeara el emperador Carlos, prefirió venir á España á dar explicaciones de su conducta (1528), á instancia del obispo de Osma, presidente del consejo de Indias nuevamente establecido por el rey. Recibióle este con mucha distincion, penetrado de la importancia de sus servicios; le hizo caballero del hábito de Santiago y marqués del valle de Guaxaca, le dió extensas posesiones en otras partes, y empleó todo su favor para que aquel tribunal, que se mostrara muy contrario al glorioso caudillo, le absolviera de los cargos que se le hacian (1529). Sin embargo, para dividir de un modo conveniente la autoridad, fué nombrado un virey para Nueva España, y Cortés conservó únicamente el mando de las tropas y la facultad de continuar y extender las conquistas.

Al propio tiempo que se presentaba ante el poderoso rey de España el hombre que, segun le dijo despues él mismo, le habia ganado mas provincias que ciudades heredó de sus padres y abuelos, Carlos I daba audiencia á otro capitan que le prometia la adquisicion de un nuevo imperio mas opulento y dilatado aun. Era este capitan el extremeño Francisco Pizarro, de humilde cuna y escasa instruccion, pero de gran intrepidez y energía, otro de los aventureros que acompañaron á Ojeda en su expedicion á Tierra Firme y á Balboa en el paso del istmo de Darien, estableciéndose luego en Panamá con el gobernador Pedrarias Dávila, asesino de Balboa. Pizarro y Diego de Almagro, vecino como él de Panamá, hicieron

compañía para descubrir nuevas regiones, exhortándolos á esta empresa y pagando los primeros gastos de la misma el eclesiástico Juan de Luque (1525), y en 10 de marzo del siguiente año Pizarro se embarcó dirigiéndose al sur sin mas fuerza que una nave que conducia ciento doce hombres de tripulacion. Errante en aquel primer viage por islas y mares desconocidos, sufridos muchos trabajos, diezmada su escasa tropa por las enfermedades y los Indios, y herido él gravemente, encontróse otra vez el aventurero en el golfo de Panamá. Almagro le reforzó allí con hombres y víveres, y juntos se dieron á la vela y llegaron á las playas de Quito, vasta provincia del imperio del Perú. Desembarcaron los aventureros en Tucamas, y quedando allí Pizarro, volvió Almagro á Panamá en busca de refuerzos, que llevó en efecto cuando Pizarro, reducido á solos trece hombres, se hallaba en situacion desesperada en una isla desierta, sin mantenimientos de ninguna clase. Entonces salió á la mar, y despues de veinte y un dias de navegacion, ancló en la bahía de Tumbez, en el imperio del Perú. Recibido amistosamente por los Indios, de quienes adquirió gran abundancia de oro y plata y telas preciosas (1527), la importancia del país y su gran poblacion le disuadió de emprender cosa alguna contra él por la via de las armas, atendida la escasez de sus recursos. La riqueza de los vasos y de las telas que habia adquirido le hacia esperar que en Panamá se le proporcionarian auxilios para realizar la conquista, pero engañado en su esperanza y sin medios los asociados para llevarla adelante, resolvieron que Pizarro viniese á España y los solicitara del emperador.

Llegó aquel á Sevilla en 1528, y encarcelado al momento en virtud de sentencia que por cuentas atrasadas habian alcanzado contra él los primeros vecinos de Darien, mereció que el emperador le pusiera en libertad, sabedor de sus servicios y de la mision que llevaba. A la pintura viva y animada que le hizo el aventurero de los paises que habia descubierto, de las riquezas que encerraban y de los trabajos que habia sufrido, correspondió Carlos haciéndole caballero de Santiago y nombrándole gobernador y capitan general de doscientas leguas de costa en Nueva Castilla (así se llamaba entonces el Perú) con el título de adelantado (1529). Con esto, con algunos fondos que se le proporcionaron y varios parientes y compatriotas que consintieron en seguirle á su peligrosa expedicion, Pizarro se embarcó otra vez para América á acometer y realizar otra de las prodigiosas conquistas que han hecho eternamente memorable para España el siglo XVI y el reinado de Carlos I.



Templo de Tehuantepec



Templo de Palenque

CAPÍTULO III.

Carlos I llega á Génova.—Su entrada en Bolonia.—Paz general.—Coronacion del emperador.—Los Médicis son restablecidos en Florencia.—Los Turcos sitian á Viena.—Dieta de Spira.—Protesta de los sectarios de Lutero.—Dieta de Augsburgo.—Liga de Smalkalde.—El archiduque Fernando es elegido rey de Romanos.—Soliman en Hungría.—El emperador se pone al frente de un ejército para combatirle.—Retirada del Turco.—Expedicion de Andrés Doria.—Entrevista entre el papa y el emperador en Bolonia.—Entrega de los príncipes franceses y recibo de su rescate.—Peticion de los Aragoneses al rey.—Cortes de Segovia.—Regreso de don Carlos á España.—Cortes de Monzon.—Los Moriscos.—Cortes de Madrid.—Francisco I conspira contra la paz general.—Su entrevista con el papa en Marsella.—Cisma de Enrique VIII de Inglaterra.—Muerte de Clemente VII.—Paulo III.—Famosa expedicion de Carlos I contra los Africanos.—Khair Eddyn Barbaroja.—Toma de la Goleta.—Rendicion de Tunez.—Entusiasmo de la cristiandad por el emperador.—Marcha este á Italia.—Tratos de Francisco I con Turcos y hereges.—Los Franceses en Saboya.—Muerte de Francisco Sforza.—Pretensiones de Francisco I al Milanesado.—El emperador en Roma.—Solemne asamblea.—Nueva guerra.—Carlos I invade el reino de Francia.—Su retirada.—Carlos I vuelve á España.—Cortes de Monzon.—Cortes de Valladolid.—Guerra de Flandes y del Piamonte.—Los Turcos en las costas de Italia como aliados de Francisco I.—Tregua de Niza.—Entrevista de Carlos y Francisco en Aguas Muertas.—Sublevaciones de varios presidios imperiales por falta de pagas.—Cortes de Toledo.—La nobleza es excluida definitivamente de las cortes de Castilla.—Muerte de la emperatriz Isabel.—El marqués de Lombay.—Liga contra los Turcos.—Triunfo de Barbaroja en Castelnovo.—El emperador y los protestantes de Alemania.—Los Anabaptistas en Munster.—Bula convocando un concilio general para la ciudad de Mantua.—Dificultades que se oponen á su reunion.—Liga católica.—Establécese el protestantismo en el ducado de Sajonia.—Revolucion de Gante.—El emperador se dirige á sofocarla pasando por Francia.—Últimos viages de Hernan Cortés.—Francisco Pizarro en el Perú.—Su triunfo en Tumbez.—Cautiverio del inca Atahualpa.—Su muerte.—Los Españoles en Cuzco.—Fundacion de Lima.—Levantamiento de los Peruanos contra los Españoles.—Almagro en Cuzco y Pizarro en Lima.—Guerra civil entre los Españoles.—Suplicio de Almagro.

Desde el año 1529 hasta el 1539.

Despues de algunos dias de navegacion, llegó Carlos I á las playas italianas y desembarcó en Génova (12 de agosto de 1529), donde fué recibido como el protector de la república. Allí acudieron embajadores de todos los estados de Italia excepto de Venecia y Florencia, y los régios modales del emperador, su agradable presencia, su afabilidad acabaron por conquistarle el corazon de aquellos hombres á quienes habia ya sujetado por la fuerza de sus armas. Y mas todavía creció el afecto con que todos le miraban al asegurarles que la paz entre los príncipes católicos, para poder dirigir toda su atencion y todos sus esfuerzos contra los Turcos y los hereges, era su mas ardiente deseo, y así lo manifestó al famoso Antonio de Leiva, que le excitaba á continuar la guerra. El duque Sforza de Milan halló para sus representaciones benévola acogida, y tambien Venecia, abandonada por Francia, acabó por celebrar la paz con el afortunado monarca.

Adelantóse este hácia Bolonia, donde le esperaban el papa y los cardenales;

A. de J. C. en su solemne entrada en aquella ciudad hermanó la pompa y magnificencia de un emperador con la humildad de un hijo sumiso de la Iglesia, y á la cabeza de veinte mil hombres, con los cuales habria podido sujetar á Italia, besó de hinojos el pié del mismo papa que algunos meses antes era su prisionero. Levantóle Clemente para darle paz en el rostro, y los dos príncipes mas ilustres de la cristiandad ofrecieron durante muchos dias el hermoso espectáculo de la sumision en la fuerza, de la humildad en la grandeza, de la moderacion y de los pacíficos sentimientos en medio de tropas numerosas y de bélico aparato. Digno episodio de aquel gran suceso fué la entrevista de Carlos con el duque de Milan, de quien tantos agravios habia recibido: llegado Sforza á Bolonia en virtud de un salvoconducto que le enviara el emperador, díjole este olvidar las injurias pasadas, llamóle con el título de duque de Milan cuya investidura le dió, y concedióle además la mano de la hija del rey de Dinamarca su sobrina. Todos los estados de Italia aplaudieron á porfía la generosidad del emperador.

Celebróse entonces entre los soberanos y embajadores presentes en Bolonia el tratado de paz mas general que haya mediado entre las naciones (29 de diciembre), pues lo firmaron, además de España y de los reinos que constituian el imperio de Carlos V, Roma, Francia, Inglaterra, Escocia, Portugal, Hungría, Bohemia, Polonia, Dinamarca, Venecia, Génova, Siena, Luca, Milan, Ferrara y los cantones suizos en que no habia penetrado la heregía. Italia, despues de tantos años de guerra y de calamidades públicas y privadas, apuraba sus himnos laudatorios en honor del césar, que así le devolvia la paz y el bienestar.

A este gran acto siguió otro no menos solemne, como fué la coronacion de
1530 Carlos como rey de Lombardía y emperador de Romanos (24 de febrero de 1530) el mismo dia de su cumpleaños. Verificóse la ceremonia en la ciudad de Bolonia con todas las solemnidades de costumbre y con mayor pompa de la que jamás se usara.

Florencia era el único estado italiano excluido del tratado general de paz en cuanto se negaba al restablecimiento de los Médicis, estipulado entre el papa y el emperador en el tratado de Barcelona. Por esto y por el auxilio que anteriormente prestara á Lautrec, resolvió Carlos su sumision por las armas, y el ejército imperial, compuesto de veinte mil Italianos y diez mil Españoles y Alemanes al mando de Filiberto de Chalons, príncipe de Orange, y del marqués del Vasto, penetró en el territorio de Florencia y puso sitio á la capital. Abandonados los Florentinos por todos sus aliados y sin esperanzas de socorro, defendiéronse por espacio de muchos meses con obstinado denuedo digno de mejor suerte; en una batalla que en su desesperacion empeñaron murió de un arcabuzazo el príncipe de Orange, y solo se debió el triunfo al esfuerzo de las tropas españolas que perdieron á muchos y buenos capitanes. Por fin solicitaron los sitiados capitulacion (agosto de 1530), y otra de las condiciones á que se sometieron fué que Carlos dispondria la forma y manera como en lo sucesivo habia de regirse aquel estado. En conformidad al tratado de Barcelona y al objeto por que se hacia la guerra, Carlos abolió la forma republicana que se habia dado al gobierno de la ciudad, y confirió el título de duque perpétuo de la misma á Alejandro de Médicis, sobrino del pontífice.

Bien necesitaba la cristiandad de la paz que le habia dado Carlos V. Soli-


AMERICA
SEPTENTRIONAL.
por Ramon Alabern
OCÉANO GLACIAL ARTICO
MAR DE BERING
AMERICA RUSA
GROENLANDIA
MAR DE BAFFIN
BAHIA DE HUDSON
LABRADOR
NUEVA BRETAÑA
ESTADOS UNIDOS
MEJICO
GOLFO DE MEJICO
MAR DE LAS ANTILLAS
GRANDES ANTILLAS
AMERICA CENTRAL
AMERICA MERIDIONAL
GRANDE OCÉANO
OCÉANO ATLANTICO
Tropico
Cancer
ECUADOR
Legs Españolas de 20 al 9°
Miriametros

Longitud del Meridiano de Madrid

AMERICA

MERIDIONAL.

por Ramon Alabern

MAR DE LAS ANTILLAS

AMERICA CENTRAL

GRANDE OCÉANO EQUINOCCIAL

GRANDE OCÉANO AUSTRAL

OCÉANO ATLANTICO

REPa DE VENEZUELA

GUAYANA INGLESA

GUAYANA HOLa

GUAYANA FRANCa

REPa DE LA NA GRANADA

REPa DEL ECUADOR

PERU

BRASIL

BOLIVIA

PARAGUAY

LA PLATA

URUGUAY

CHILE

PATAGONIA

Pampas

Andes

LINEA EQUINOCCIAL

Tropico de Capricornio

Caracas

Bogota

Quito

Lima

Chuquisaca

Asuncion

Buenos Aires

Montevideo

Santiago

Rio Janeiro

Rio de la Plata

Is Falkland ó Malvinas

I. Georgia

Tierra de Sandovich

Tierra de Fuego

C. de Hornos

Leguas Españolas de 20 al g.o

10 20 30 40 50 200

Miriametros

10 20 30 40 50 60 70 80 90 100


Longitud del Meridiano de Madrid
LAS ANTILLAS
GOLFO DE MEJICO
FLORIDA
ESTRECHO DE LA FLORIDA
ISLAS LUCAYAS
OCEANO ATLANTICO
Tropico de Cancer
Canal N.O. de la Providencia
Canal N.E. de la Providencia
Arrecifes de la Providencia
Canal de Santaren
Canal Viejo de Bahama
BANCO DE BAHAMA
Golfo de Exuma
Golfo de los Jumentos
Paso de los Caycos
Paso de las I.s Turcas
Paso del Cayo de Plata
Banco de Navidad
Boca Grande
Bahia de Carlos
I. Sangbel
C. Roman
C. Sable
I.s Tortugas
I. Eleuthera
I. S. Salvador
I. de Watelin
Cayo Rum
I. Exuma
I. Longue
I. Samana
I. Crooked
Cayos Plates
I. Mariguana
Pequeña I. Inagua
I. Inagua
Grupo de los Caycos
Grupo de las Turcas
Pañuelo Cuadrado
Cayo de Plata
HABANA
Matanzas
Santiago
Cienfuegos
Trinidad
Puerto Principe
Bayamo
Holguin
Baracoa
Cuba
I. de Pinos
CUBA
GRANDES ANTILLAS
Canal de Caballones
Banco Misterioso
Cayman Grande
Cayman Brac y Pequeño Cayman
JAMAICA
Kingston
Paso de Viento
I. de la Tortuga
Cabo de Haiti
HAITI
S. Marcos
PUERTO PRINCIPE
S. Domingo
Canal de Mona
PUERTO RICO
I.s Virgenes
Banco de S. Pedro ó de la Vivora
Gran Banco de Mosquitos
Banco Rosalind
Bajo Nuevo
Banco Serranilla
Cayos Serrana
Roncador
Providencia
C. Gracias a Dios
GUATEMALA
MAR DE LAS ANTILLAS
Leguas Españolas de 20 al 1°
Miriametros

man, aliado de Juan Zapoly, waiwode de Transilvania, que disputara á Fernando de Austria las coronas de Hungría y Bohemia despues de la muerte del rey Luis en Mohacz, habia encerrado la capital austriaca en el círculo de un innumerable ejército (setiembre de 1529.) Por fortuna pudieron penetrar en ella muchos hombres animosos alemanes y españoles, y al cabo de veinte dias y de veinte asaltos, pronunció Soliman el anatema contra el sultan que atacare de nuevo la ciudad funesta; retiróse durante una noche rompiendo los puentes y degollando á los prisioneros, y despues de cinco dias de marcha hallábase de regreso en Buda. Consoló su orgullo coronando á Zapoly, príncipe infortunado, que desde las ventanas de la ciudadela de Pesth veia al propio tiempo pasar cautivos y como vil rebaño á diez mil Húngaros á quienes los Tártaros de Soliman habian sorprendido entre el alborozo de las fiestas de Navidad. ¿Qué hacian los Alemanes mientras que los Turcos, rotas las antiguas vallas, se derramaban por los campos de Viena? Disputaban sobre la transubstanciacion y el libre albedrío, y los mas ilustres guerreros ocupaban su tiempo en las dietas y en consultar á doctores.

La guerra con Francia, los asuntos de Italia y la defensa de Viena de tal modo habian absorvido á Carlos y á su hermano, que nada habian emprendido contra los luteranos; sin embargo, celebrada la paz de Cambray, el emperador, que veia á Francia extenuada y abatida, á Italia sojuzgada y á Soliman rechazado, quiso juzgar la gran causa de la reforma. A este efecto salió de Bolonia y por Mantua se dirigió á Inspruck, encaminándose con su hermano don Fernando, que habia salido á recibirle, á la ciudad de Augsburgo, donde habia de reunirse la dieta del imperio.

Ya el año anterior habia convocado una dieta provisional en Spira á fin de proceder contra la heregía, pero el considerable terreno que esta habia ganado juntamente con las causas antes dichas indujéronle todavía á manifestar moderacion. Los príncipes católicos presentaron, pues, una proposicion muy equitativa, segun la cual los estados que hasta aquel momento habian observado el edicto de Worms, seguirian observándolo en adelante; los demás se atendrian á las nuevas doctrinas, las que no podian ser abrogadas sin peligro hasta la reunion del concilio general; esto no obstante, se prohibiria predicar públicamente contra el sacramento del altar; la misa no se aboliria, y en caso de que lo fuese en público, no se impediria á nadie decirla ni oirla en oratorio privado. Por pluralidad de votos fué adoptada la proposicion, pero el elector de Sajonia, el marqués de Brandeburgo, el landgrave de Hesse, los duques de Luneburgo y el príncipe de Anhalt, junto con los diputados de las catorce ciudades libres ó imperiales, protestaron contra este decreto declarándolo injusto é impío. De ahí la denominacion, que nada positivo significa, en que únicamente han podido convenir las sectas segregadas de la Iglesia católica; de ahí el nombre de *Protestantes* con que son todavía conocidas.

Con extraordinaria pompa verificó el emperador su entrada en Augsburgo (15 de junio de 1530), y aun cuando negáronse abiertamente los príncipes reformistas á asistir á la procesion del Corpus, que se celebraba el siguiente dia, ambas partes parecian animadas de un espíritu de moderacion que hacia creer posible la concordia. Pronto, empero, se frustraron estas esperanzas: abierta la dieta, presentaron los príncipes protestantes una profesion de fé redactada por Melancton, expresiva

A. de J. C. de sus creencias y de los abusos que pretendian remediar, escrito que, conocido despues con el nombre de *Confesion de Augsburgo*, presentaba muy modificados los principios de Lutero, si bien se condenaban en él la comunion en una especie, las misas privadas, el celibato, los votos monásticos, la distincion de comidas, la confesion auricular y el gobierno eclesiástico, y se dejaban entrever algunos de los errores del heresiarca sobre el pecado original, sobre la justificacion por la fé sola, sobre el libre albedrío y las buenas obras, sobre el culto y la invocacion de los santos y sobre la presencia de Jesucristo en el sacramento de la Eucaristía. Leido el símbolo públicamente en la dieta, nombráronse teólogos para su exámen, y estos pusieron en evidencia los errores que contenia y demostraron además, apoyándose en los mismos escritos de Lutero, que no era aquello lo que este habia enseñado. Muchas fueron las conferencias que entre ambas partes se celebraron, pero no habiendo producido efecto alguno los medios empleados para convencer ó desunir á los protestantes, no quedaba á Carlos mas arbitrio que hacer vigoroso uso de su autoridad en defensa de la doctrina de la Iglesia. El nuncio apostólico Campeggio no habia cesado de excitarle en este sentido en conformidad á lo tratado en Bolonia entre el emperador y el pontífice, y por fin, despues de muchas negociaciones inútiles dióse por la dieta un decreto (noviembre de 1530) señalando de plazo á los protestantes para reflexionar lo que mejor les convenia hasta 15 de abril próximo y prohibiéndoles alterar en sus paises el culto de la Iglesia católica, así como imprimir y propagar escritos en defensa de la nueva doctrina; con respecto á los abusos introducidos á la Iglesia se procuraria del papa la convocacion de un concilio general en el término de medio año, ó de uno á lo mas tarde. Poco despues apareció otro decreto en que el emperador declaraba positivamente que se consideraba obligado en conciencia á defender la antigua fé católica, y los príncipes prometieron ayudarle en su empresa con todo su poder.

No por esto cejaron los protestantes en su sistema de resistencia. Reunidos en Smalkalde (diciembre de 1530), formaron una alianza defensiva contra cualquiera agresion, uniéndose para formar un solo cuerpo los estados reformistas del imperio, y desde luego determinaron dirigirse á los reyes de Francia y de Inglaterra en demanda de auxilio. La resolucion que por aquel tiempo manifestó el emperador de hacer elegir rey de Romanos á su hermano Fernando, deseoso de vincular en su familia la dignidad imperial, fundándolo en varias causas plausibles para la grandeza y el bienestar de Alemania, proporcionóles motivo de tenaz oposicion, que sin embargo no fué bastante á contrarestar la invencible influencia del emperador. Convocados los electores en Colonia, hicieron caso omiso de la ausencia y de la protesta de su compañero de Sajonia, y nombraron por rey de Romanos á Fernando, á quien cediera ya Carlos sus estados hereditarios de
1531 Austria (enero de 1531), siendo este coronado como tal pocos dias despues en la ciudad de Aquisgran. Francisco de Francia, que con toda la envidia de un rival miraba el poder y la fama que alcanzara Carlos en Europa, veia con gozo como en el seno del imperio se formaban contra él facciones poderosas; asi es que, sin sostener abiertamente á los príncipes protestantes, pues no podia romper el tratado que él mismo solicitara sin exponerse á perder la estimacion de todos los pueblos de Europa, determinó fomentar en secreto los gérmenes de discordia po-

Marina española (siglo XVI).

Buques del tiempo de Cárlos Quinto.

lítica que podian producir un incendio general. El rey de Inglaterra por su par- A. de J. C.
te, preocupado con sus livianas ideas, contentóse con promesas vagas y con enviar un socorro de dinero á los aliados de Smalkalde.

Los Turcos parecieron ser otra vez los encargados de reconciliar á los Alemanes. Soliman entró de nuevo en Hungría á la cabeza de trecientos mil hombres, y fluctuando el emperador entre dos males, juzgó mas conveniente suspender por entonces las controversias religiosas y aflojar de su pasado rigor, que exponer el imperio á ser presa de aquel formidable enemigo. Así se explica el convenio
de Nuremberg, celebrado en julio de 1532 por el rey de Romanos con los prín- 1532
cipes protestantes y ratificado despues por el emperador en Ratisbona. Estableciase en él una paz general para todos los que hubiesen reconocido la confesion de Augsburgo, y decíase que nadie que en este caso se encontrase pudiese ser condenado ni acriminado por sus creencias en materias religiosas hasta la reunion del concilio ó de una asamblea general de los estados del imperio.

España, Italia, Flandes y Alemania resonaron entonces con el estruendo de bélicos preparativos. Muchos nobles y veteranos marcharon de este país á engrosar las tropas del emperador, que habia anunciado su propósito de acaudillarlas en persona para salir á la defensa de la cristiandad amenazada. Á veinte y dos mil hombres llegaron las fuerzas españolas y napolitanas que á las órdenes del marqués del Vasto se dirigieron á Alemania, y unidas todas con las de Austria, Hungría y Bohemia, hallóse Carlos á la cabeza de un lucido ejército de noventa mil infantes y treinta mil ginetes, muchos de ellos cubiertos de hierro, sin contar las tropas irregulares, criados y mochileros, formando así la hueste mas europea que se hubiese visto desde el tiempo de las cruzadas. Soliman, que otra vez se habia adelantado hasta Viena, no esperó las falanges del emperador cristiano, y renunciando á su empresa, emprendió su retirada á Constantinopla á fines del otoño, no sin que su caballería ligera fuese envuelta y acuchillada por la vanguardia de Carlos. Aquella era la vez primera que capitaneaba el emperador sus ejércitos, y sus acertadas operaciones, la fuga que ante él emprendió el guerrero que hacia temblar á la Europa cristiana añadieron á su fama tan grande ya inmarcesible gloria.

Entre tanto el genovés Andrés Doria, cumpliendo las órdenes del emperador, que deseaba entretener las fuerzas navales del Turco, juntó cuarenta y cuatro galeras, en cuyo número se contaban las del pontífice y las de Malta, y con ellas navegó al Archipiélago. A su vista huyeron los navíos turcos, y los aliados pudieron apoderarse de Coron, ciudad de la Morea, de Patras y de los castillos que dominan el golfo de Lepanto, y despues de dejar en varios puntos presidios españoles, é infundir por aquellos mares el terror de sus armas, Doria y sus galeras regresaron felizmente á Italia.

Anhelaba Carlos volver á España para rehacer su exhausto tesoro, y á su regreso pasó por Italia y conferenció en Bolonia con el papa Clemente VII. No reinaba ya entre ellos el acuerdo y la amistad de otro tiempo; los sucesos acaecidos en Alemania, el edicto de tolerancia que Carlos habia promulgado, sus instancias para la reunion del concilio, todo disgustaba al pontífice, que tampoco veia sin inquietud la dominadora influencia de las armas españoles en Italia, ni habia podido olvidar la sentencia en que adjudicara Carlos al duque de Ferra-

A. de J. C. ra varios territorios poseidos por la Iglesia. Para desvanecer estos temores políticos, ya que de los religiosos no podia librar á Clemente, propúsole el emperador que licenciaria parte de sus tropas, distribuyendo las demás entre Sicilia y España, con tal que para el afianzamiento del sosiego de Italia se formase una liga defensiva entre todos los príncipes italianos, quienes habrian de levantar un ejército, mantenerlo y conferir su mando á don Antonio de Leiva al primer asomo ó peligro de invasion. Todos, excepto los Venecianos, consintieron en firmar
1533 la alianza (24 de febrero de 1533), y dejando á Clemente y á los reformistas deliberando acerca del lugar en que habria de celebrarse el concilio, de los libros que habrian de servir en él como regla de fé y de otros varios puntos preliminares, Carlos, despues de visitar el campo de batalla de Pavía, se dispuso á embarcarse en las galeras de Doria para volver á sus reinos de España.

Pocos sucesos dignos de mencion habian acaecido durante este tiempo en nuestra Península, y los historiadores se limitan á decirnos que se hallaban las cosas en tranquilidad. Fué sin embargo uno de aquellos la entrega en virtud del tratado de Cambray de los dos príncipes franceses, hijos de Francisco I, que se hallaban en rehenes en el castillo de Pedraza de la Sierra, en la provincia de Segovia. Para el 1.° de marzo de 1530 habia ofrecido el rey de Francia entregar por su rescate dos millones de escudos del sol, pero como no tuvo reunida esta suma en el tiempo prefijado, húbose de aplazar la entrega de los príncipes hasta 1.° de junio de 1530, en que por fin se hizo el deseado cange con infinitos requisitos y precauciones, tanto que para ello se redactó un ceremonial en toda forma, volviendo á su patria el delfin y el duque de Orleans y entrando en España por Fuenterrabia los dos millones prometidos. Doña Leonor, esposa de Francisco, marchó tambien á reunirse con el rey de Francia.

Conocíase bien en aquel tiempo que España, ausente su cabeza y como perdida, por decirlo así, en las vastas empresas del emperador, tenia en otra parte su vida política; especialmente en Castilla, cuya existencia interior tan aunada estaba con la del monarca, experimentábase este hecho, y sin duda que así lo consideraba el consejo cuando en 1531 rogaba á Carlos que volviera cuanto antes á España por ser estos reinos su casa principal y la silla mas segura, mas cierta y mas preeminente, desde los cuales, mejor que de otras partes del mundo, podia emprender y acabar sus santos intentos. Los reinos de Aragon, por el contrario, que se regian todavía por las mismas instituciones que en la pasada edad, cuya constitucion se mantenia encarnada en sus naturales, si bien por el sesgo que tomaban las cosas podia preverse su ruina mas tarde ó mas temprano, mostraban aun actividad y vida, y con incesantes diputaciones al emperador á Italia, á Alemania ó á Hungría reclamaban de él lo que á estos paises convenia. En una de estas peticiones, de la que hace mérito Lafuente, solicitóse de Carlos (enero de 1532) por medio de su secretario don Hugo de Urries, señor de Ayerbe, entre otras cosas, que tuviera siempre en su consejo á Aragoneses versados en los fueros de Aragon para que no despachase letras desaforadas, conforme á los privilegios de don Jaime II y de don Pedro IV; que no se proveyese en persona extrangera la lugartenencia general del reino; que el cardenal Campeggio, nombrado para el obispado de Huesca, fuese promovido á otra parte por su calidad de extrangero; que no se quebrantase el especialísimo privilegio de la manifestacion, etc.



Los españoles en Africa

Aquel mismo año (1532) celebráronse cortes castellanas en Segovia bajo la presidencia de la emperatriz Isabel, que habia quedado por regente y gobernadora de estos reinos. Ciento diez y nueve peticiones hiciéronse en ellas sobre puntos de régimen interior, pero todas quedaron momentáneamente sin contestacion á causa de la ausencia del monarca, que por fin llegó á Barcelona en abril de 1533, siendo recibido por la ciudad con públicos festejos, á los que asistieron la emperatriz y toda la corte. A. de J. C.

Desde Génova habia expedido Carlos cartas convocatorias para celebrar cortes generales en Monzon á Catalanes, Aragoneses y Valencianos; reuniéronse estas en 15 de mayo, y en un discurso explicando sus empresas de Italia y Alemania, pidió el emperador un subsidio con urgencia, ofreciendo por su parte proveer á la buena administracion de los tres reinos. Los estamentos, despues de varias provisiones en materias civiles y criminales, que fueron todas aprobadas por el rey, concedieron á este un servicio de doscientos mil escudos de á diez reales de plata, pagaderos en tres años, en la forma y en los plazos que se expresaban en el acuerdo.

Acompañaban al emperador á su salida de Monzon la emperatriz su esposa, el príncipe don Felipe y la infanta doña María, sus hijos, la reina doña Germana de Foix con su esposo el duque de Calabria, el príncipe del Piamonte Filiberto de Saboya, doña Beatriz, hija del rey de Portugal, y numeroso séquito de prelados y caballeros. Llegada la corte á Zaragoza (enero de 1534), ocupóse en lo que 1534
podia considerarse entonces como la cuestion interior mas grave en estos reinos suscitada, esto es la de los Moriscos, que, sin haber renunciado á su odio contra los cristianos á pesar de su aparente conversion, alimentaban esperanzas de próxima libertad, fundados en los triunfos que alcanzaban los Turcos en Oriente y en el litoral africano; mas de una vez se habian interceptado pliegos en árabe dirigidos á los sultanes de Constantinopla y á los soberanos de Fez y de Marruecos, y esto, además de mantener vivo contra ellos el encono popular, era un peligro constante para el reino en las circunstancias en que se hallaba entonces Europa y especialmente España, tanto que se cuenta que estando prisionero Francisco I en Madrid, habia dicho á Carlos I que á su ver no se solidaria nunca en estos reinos la tranquilidad hasta la expulsion de aquellos internos enemigos. Varias veces los pontífices habian hecho oir en su favor un evangélico lenguaje, diciendo que la ignorancia de aquellos desgraciados era la principal causa de sus faltas y errores, y que para hacer su conversion síncera debia procurarse ante todo iluminar sus entendimientos con la luz de la sana doctrina; pero Carlos, siguiendo el ejemplo de sus predecesores y la opinion de sus pueblos, y mas convencido y temeroso del peligro que los papas, colocados á mucha distancia y sin conocimiento detallado de la verdadera situacion de las cosas, adoptó, como sabemos, un sistema de rigor, de que tampoco se apartó en el caso presente. Mandó al inquisidor que enviase personas de virtud y doctrina á predicar á los Moriscos de Aragon, Cataluña y Valencia, quienes, si de corazon no abrazaban la ley cristiana dentro de determinado plazo, habian de ser expulsados del reino ó reducidos á servidumbre. A consecuencia de esto erigiéronse gran número de iglesias parroquiales en los lugares ocupados por los Moriscos.

Congregadas en Madrid las cortes de Castilla luego que el emperador hubo

llegado á aquella villa, concediéronle un nuevo subsidio, y él por su parte contestó satisfactoriamente á casi todas las peticiones que en las de Segovia se habian formulado. Merecen entre ellas especial mencion la que reclamaba que se hiciera una recopilacion de las leyes, ordenanzas y pragmáticas del reino; la que reconocia la necesidad de un sistema uniforme en Castilla de pesos y medidas, especialmente para los primeros artículos de consumo; la que se encaminaba á impedir la gran acumulacion de bienes en la Iglesia; la que tendia á limitar el número de doctores y licenciados de universidades, por los perjuicios que sus exenciones causaban á los pecheros; la referente á mendigos y á gitanos, á las que seguian otras muchas sobre sustanciacion de procesos, sentencias y apelaciones, y sobre materias de hacienda, agricultura, industria y comercio.

Dicho hemos las maquinaciones de Francisco I en Alemania para suscitar obstáculos á su antogonista, resuelto, luego que sus fuerzas se lo permitieren, á aprovechar la primera ocasion que se le presentase de romper el tratado de Cambray, contra el cual, siguiendo su singular y poco caballeroso sistema, habia protestado tambien en secreto al tiempo que su ratificacion se registraba en el parlamento de París. Sus principales esfuerzos se dirigian á alterar el buen acuerdo que parecia existir entre Carlos y Clemente, aprovechando los motivos de descontento que en el papa germinaban y levantando nuevos escollos á la reunion del concilio á fin de disgustar mas al emperador. Para halagar al pontífice, tan deseoso de la elevacion de su familia, propúsole casar á su segundo hijo Enrique, duque de Orleans, con Catalina, hija de Lorenzo de Médicis, primo de Clemente; pero este, aunque muy gozoso con la inesperada propuesta y adicto ya de corazon al Francés, procuraba templarle en sus planes sobre el Milanesado, manifestándole lo mucho que se habia conseguido sacando amistosamente á los Españoles de los estados de Italia, y diciéndole que mientras se proporcionaba ocasion de llevar adelante sus proyectos, era preciso proceder con el mayor disimulo, para que no se perdiese todo por una intempestiva diligencia. De este modo el pontífice, dice un historiador, temiendo al uno y ganando al otro, se aseguraba por ambas partes y suplia con el arte la falta de fuerzas (1). En un principio no creia el emperador que pudiese llevarse á cabo el tratado enlace entre el hijo de la casa real de Francia y la descendiente de unos mercaderes de Florencia, pero sacóle de su error el viage que emprendió el pontífice para visitar á Francisco en sus propios estados, á pesar de sus repetidas gestiones. Clemente y el rey de Francia se avistaron en Marsella con extraordinaria pompa (1534), y despues de darse por una y otra parte las mas altas pruebas de confianza, ajustóse definitivamente el matrimonio de Enrique y Catalina, cediendo Francisco á aquel todos sus derechos con respecto á Italia, y dando Clemente á su sobrina una dote de cien mil escudos y la investidura de varios territorios de la Península. Todo ello, empero, se hizo con mucho sigilo evitando cuidadosamente que el emperador trasluciese cosa alguna.

Sin embargo, Carlos vió con recelo aquella amistad y aquellos tratos, y procuró asegurarse de Italia para que no le acometiesen descuidado. En primer lugar atrajo á sí al duque de Urbino restituyéndole la ciudad de Sora, á fin de que

(1) Miñana, *Cont. de la Hist. de Esp.*, l. II, c. XVII.

en caso de hacer la guerra al pontífice le auxiliara este príncipe, enemigo de los Médicis, y por otra parte dió órden á sus tropas de Nápoles de amenazar la frontera de los estados de la Iglesia. Génova, el duque de Ferrara y el de Mantua estaban por él, y asegurado con las fuerzas de tantos príncipes, nadie podia alzarse en Italia sin manifiesto peligro de su ruina. De esta suerte descansando las armas, dice el historiador antes citado, peleaban con sus discursos y se burlaban recíprocamente de unos artificios con otros. Finalmente, para desvanecer el emperador la sospecha de que deseaba apoderarse de Milan, aceleró las bodas de su sobrina Cristina, que habia prometido á Sforza, para que los hijos que de ella tuviere sucediesen en el Milanesado, que era la causa de todos los males.

Sucedió entonces el funesto cisma de la iglesia de Inglaterra, ocasionado en un principio por el motivo mas innoble y mezquino que imaginarse puede, por la desatentada pasion del rey á su manceba, la famosa Ana Bolena. Al cabo de veinte años de matrimonio habíase acordado Enrique de que la reina habia sido durante algunos meses esposa de su hermano, y, como ya sabemos, habia solicitado del pontífice la bula de divorcio. Nególa Roma, como era natural, si bien procurando con dilaciones aquietar al monarca inglés, que por fin acudió á otro tribunal para alcanzar la venia con tanto ardor deseada. Tomás Crammer, arzobispo de Cantorbery, por sentencia fundada en la autoridad de universidades y doctores, descendió hasta ser instrumento de los caprichos amorosos de su soberano y anuló el matrimonio de Enrique con Catalina de Aragon, declaró ilegítima la hija que del mismo habia nacido y reconoció á Ana Bolena por reina de Inglaterra. Ante tan grave escándalo el pontífice, excitado por Carlos y Fernando á quienes irritaba el ultrage hecho á su tia, si de excitacion necesita en estos casos el jefe de la Iglesia católica, anuló la sentencia dada por el arzobispo de Cantorbery y excomulgó á Enrique y á Ana Bolena si no se separaban dentro de un plazo señalado. Ni uno ni otro acataron esta disposicion, y en 23 de marzo de 1534, de regreso el papa en Roma despues de su viage á Marsella, pronunció en pleno consistorio sentencia definitiva declarando válido y legítimo el matrimonio de Enrique VIII de Inglaterra con Catalina de Aragon, condenando el divorció, anulando el matrimonio con Ana Bolena y mandando á aquel bajo pena de excomunion que se uniera otra vez á su legítima esposa. Enrique contestó á ello haciendo que el clero de su reino le reconociese por protector y jefe supremo de la iglesia de Inglaterra, sancionando esta declaracion, pasada en bill en ambas cámaras, y prohibiendo toda apelacion á Roma (30 de marzo). Declaró además suspendidos todos los poderes eclesiásticos, y los obispos dentro el término de un mes habian de presentar peticion para recobrar el ejercicio de su autoridad; los monasterios fueron suprimidos, y sus bienes, equivalentes á muchos millones, declarados propiedad de la corona, empleándolos el rey en locas prodigalidades. No se hizo esta revolucion sin muchas é ilustres víctimas, y en todas las ciudades de Inglaterra perecieron en la horca centenares de personas que no podian conformarse á variar su fé con la veleidad de su tirano. Los habitantes de cinco condados del norte tomaron las armas y marcharon contra Lóndres, pero el rey entró en negociaciones con ellos, hízoles no pocas promesas, y al verlos otra vez sumisos se cebó furiosamente en su sangre. Los protestantes de Inglaterra creyeron poder establecer su culto á favor de esta revolucion,

pero se engañaron. Enrique con lastimosa ceguedad empeñóse en desconocer la autoridad del papa y en conservar el título del *defensor de la fé* que le valiera su libro contra Lutero; por su bill de los *seis artículos* declaró subsistente la doctrina antigua, y con igual rigor persiguió á católicos y á protestantes: los primeros eran ahorcados como traidores por negar la *supremacía*, y los segundos quemados como hereges.

Estos infaustos sucesos parecieron acabar con la vida de Clemente, que murió en 25 de setiembre de aquel mismo año. Reunido el cónclave, fué ensalzado al trono pontificio Alejando Farnesio, dean del sacro colegio, quien tomó el nombre de Paulo III. El pueblo romano y la cristiandad entera recibieron con gozo su eleccion, esperando mucho en aquella época de turbulenta crísis de las raras dotes del nuevo pontífice, que aplicándose desde luego á apaciguar los ánimos de los príncipes cristianos, excitólos á dirigir todas sus fuerzas contra los Turcos sus comunes enemigos.

En efecto, mientras la cristiandad gozaba de algun reposo merced al tratado de Cambray, un azote hasta entonces ignorado despoblaba las playas de España y de Italia. Los Berberiscos empezaron á hacer *el tráfico de blancos*, y al tiempo que los Turcos convertian á Hungría en un desierto, los secundaban aquellos en las regiones del mediodia en su obra devastadora. Los caballeros de Malta eran harto débiles para limpiar el Mediterránco de los innumerables buques con que lo cubria el corsario Barbaroja, rey de Argel, virey de Tunez y almirante de Soliman; los presidios españoles, establecidos por Doria en el Archipiélago, habian debido ser desamparados, y Carlos, que comprendia el inminente peligro que á España y á Europa hubiera amenazado á establecerse sólidamente en Africa el temible poder de Constantinopla, resolvió atacar á aquel pirata en su mismo país y calmar así el espanto que embargaba á las naciones cristianas. Algunas explicaciones prévias son necesarias para la inteligencia de los sucesos que vamos á referir.

Horuc y Khair Eddyn, hijos ambos de un alfarero de la isla de Lesbos, diéronse á piratear y á correr los mares llevados por su inquieta y animosa índole (1515), y con tanta destreza y buena suerte ejercieron desde un principio su infame oficio, que lograron reunir una armada de doce galeras y otros varios buques de menor porte, extendiendo el terror de sus nombres desde los Dardanelos hasta el estrecho de Gibraltar. Su ambicion crecia á medida que aumentaban su poder y sus riquezas, y no tardó en presentárseles ocasion oportuna para satisfacerla. Eutemi, rey de Argel, que varias veces habia intentado apoderarse de un fuerte edificado cerca de su capital por los Españoles de Oran, imploró incautamente el auxilio de Horuc y Khair Eddyn, reputados invencibles entre los Africanos. Acudieron á su llamamiento los piratas, pero luego que llegados á la ciudad vieron que las tropas ligeras argelinas eran muy inferiores á sus aguerridos veteranos, Horuc asesinó al monarca que habia invocado su auxilio y se proclamó rey de Argel. Generoso con los partidarios de su usurpacion y cruel en extremo con aquellos que le infundian recelos, pudo conservar la corona y aun enriquecerla con los estados de su vecino el rey de Telencen, á quien venció en una batalla. Estos sucesos hicieron que Carlos en los primeros años de su reinado enviase tropas al marqués de Gomares, gobernador de Oran, para opo-

nerse al atrevido pirata, quien, derrotado en varios encuentros por los soldados españoles, á los que se habia unido el destronado rey de Telencen, acabó por sucumbir peleando al intentar evadirse de aquella ciudad. Khair Eddyn, conocido por Barbaroja, se sentó en el trono de Argel, y libre de la hostilidad de los Españoles, ocupados en otras empresas, consagróse con gran prudencia y acierto á consolidar su poder y á dilatar sus conquistas por el continente africano.

Por este tiempo ardia en guerras civiles el reino de Tunez. Muley Hassan, príncipe débil y cruel, habia subido al trono asesinando á casi todos sus hermanos, y descontento el pueblo de su gobierno, fijó los ojos en Al Ruschid, uno de los hijos del rey difunto que habia podido librarse del furor del soberano. Refugiado este en Argel imploró la proteccion de Barbaroja, y el pirata, que conoció al momento los beneficios que de ello podia reportar, prometióle toda clase de auxilios en su nombre y en el del turco Soliman. En efecto, receloso el rey de Argel de la fidelidad de los Arabes y Moros y temeroso de atraer sobre sí algun dia las armas de los cristianos, habia determinado poner sus estados bajo la proteccion del sultan, para lo que tenia resuelto emprender un viage á Constantinopla, donde hizo que le acompañara el tunecino Al Raschid. Con cuarenta velas llegó el pirata á Constantinopla; el sultan y su corte le recibieron con muestras de grande afecto, y creyendo aquel que ninguno como Barbaroja podria contrarestar á Andrés Doria, nombróle su gran almirante, le confió sus galeras, tomó bajo su amparo sus estados, y aprobó su plan de apoderarse de Tunez. Gran contento sentia Al Raschid al ver las naves que se reunian en el puerto, considerándolas destinadas á conquistar su corona, pero en el momento de embarcarse fué preso por órden del sultan y desde aquel momento nada mas se supo de él.

La armada de Barbaroja, compuesta de doscientos cincuenta bajeles con genízaros y soldados turcos, corrió y devastó las costas de Italia y se presentó delante de Tunez, proclamando su jefe que en ella iba el pretendiente Al Raschid. Los moradores levantáronse al momento contra Muley Hassan, mientras los Turcos se apoderaban del fuerte de la Goleta que dominaba la bahía, y fugitivo el rey, abriéronse á Barbaroja las puertas de la ciudad. Al conocer el engaño los Tunecinos volvieron sus armas contra los Turcos, pero arrollados y vencidos hubieron de someterse y de reconocer á Soliman por su soberano y por su virey á Barbaroja (agosto de 1533). Dueño este de tan vastos dominios, no daba descanso á los infelices moradores de las costas españoles é italianas; amenazaba sin cesar á Sicilia y al reino de Nápoles, y como hemos dicho, la cristiandad entera veia amedrentada que el poder otomano, formidable ya en Oriente, se atrevia ya á tanto en las regiones meridionales. Los estados todos tenian fijos los ojos en el emperador para que los libertara de opresion tan odiosa y tan nueva, y á él tambien acudió el destronado Muley Hassan en demanda de socorro. Carlos, siguiendo la senda que tan gloriosamente le trazaran sus predecesores, resolvió, como hemos dicho, llevar á Africa sus gloriosas armas.

Para aquella arriesgada empresa reunió todas las fuerzas de sus estados, y exhortó á los otros príncipes por medio de sus embajadores á que se unieran con él. Andrés Doria recibió el encargo de disponer el tiempo, el órden y el lugar en que cada cosa habia de estar aparejada, y en todos los puertos de España, en Nápoles, en Sicilia y en Cerdeña, en los Paises Bajos, en el Milanesado, aprestá-

A. de J. C. banse naves y se reunian tropas. El papa, además de armar á su costa doce galeras al mando de Virginio Ursino, concedió al emperador y á Francisco I el diezmo de las rentas eclesiásticas para emplearlo en la empresa; pero el de Francia, no solo no tomó parte en la guerra negándose á las excitaciones del papa y del emperador, sino que dió aviso de lo que se preparaba al sultan y á Barbaroja, facilitándoles hacer grandes preparativos para la resistencia. Malta envió tambien sus galeras y sus esforzados caballeros; Portugal aprontó veinte carabelas á las órdenes de Antonio de Saldaña con el infante D. Luis y la flor de su no-
1535 bleza, y en abril de 1535, reunidas ya algunas de estas fuerzas en Barcelona, lugar señalado para darse á la vela, el emperador con muchos nobles de Castilla y algunas tropas partió de Madrid y se encaminó á Cataluña, pues queria mandar en persona la expedicion, dejando á la emperatriz por gobernadora de los reinos de España.

La capital del Principado pudo creerse entonces trasladada á los mejores tiempos de su esplendor marítimo y militar; era tanta la gente de embarque que en ella se juntó, tanta la que habia acudido á ver aquella fiesta, que no se podia andar por las calles, ni habia casas donde hospedarse. Llegada al puerto la armada de Doria, compuesta de veinte y dos galeras bien artilladas y lujosamente empavesadas, y poco despues las naves españolas, encomendadas á don Alvaro de Bazan, el emperador hizo alarde de su hueste (14 de mayo), y los escritores contemporáneos ponderan el entusiasmo, el lujo y la gala que en caballeros, pages y soldados se observaba (1). Con una religiosa procesion en que se sacó de la catedral el Santísimo Sacramento y un rápido viage al monasterio de Monserrat, de cuya vírgen era Carlos muy devoto, preparóse este para el embarque, que por fin verificó el dia 30 de mayo despues de haber oido misa en Santa María del Mar, disparando la armada toda la artillería y resonando al propio tiempo los clarines y trompetas. Era tanto el afan por entrar en las naves, que el rigor del consejo para que no se admitiese en ellas sino gente útil para la pelea, no bastó á evitar que se embarcase gente inútil y hasta cuatro mil mujeres. Haciendo escala en las islas Baleares llegó la armada á Cagliari (11 de junio), donde el marqués del Vasto habia conducido la de Italia con aguerridas compañías de Españoles, Alemanes é Italianos, juntándose así hasta cuatrocientos veinte velas y veinte y cinco mil infantes y dos mil caballos de tropas, sin contar á los nobles ni á los aventureros. Continuó la armada su próspero viage el dia 13 de junio y arribó felizmente á la costa africana, desembarcando las primeras tropas en Puerto-Farina, donde estuvo situada la antigua ciudad de Utica. El campamento se estableció entre las ruinas de Cartago, y Carlos, alferez de Cristo en aquella ocasion, segun habia dicho él al ejército, tomó desde el momento las necesarias disposiciones para el ataque: los marqueses del Vasto y de Aguilar fueron enviados á reconocer la fortaleza de la Goleta, y las galeras de Doria expugnaron la torre llamada del Agua.

Barbaroja habia hecho tambien grandes preparativos para oponer desesperada resistencia; mandó venir á sus corsarios de los lugares por donde cruzaban,

(1) El emperador, cubierto con su armadura, iba con la cabeza descubierta y una maza de hierro dorada en la mano. A su lado marchaban varios pages llevando sus armas, uno el almete, otro la lanza, otro la rodela, otro la ballesta, el arcabuz otro, y otro el arco y las flechas.

transportó á Túnez todas las tropas que pudo sacar de Argel, sin dejar desguarnecida la plaza, envió mensageros á todos los reyes africanos, árabes y moros en demanda de auxilio, y reunió en su capital hasta veinte mil caballos y gran multitud de infantes. Mayor confianza, empero, cifraba en sus ocho mil Turcos armados á la europea, con parte de los cuales reforzó la guarnicion de la Goleta, encomendando su defensa al judío renegado Sinan, el mas esforzado de todos sus piratas.

Despues de varias escaramuzas de escasa importancia, las naves del emperador se acercaron á aquel fuerte y dieron principio al cañoneo (18 de junio). Desde aquel dia no pararon los combates; Españoles, Alemanes é Italianos disputábanse con noble emulacion los puestos donde habia honor y peligro, y siempre vigilantes y siempre animosos rechazaron cuantos rebatos y alarmas daban los Moros á sus fortificados reales. Entre todos se distinguia Carlos acudiendo constantemente á los sitios de mayor riesgo, y varias veces le vieron sus soldados pelear lanza en ristre con los ginetes africanos. Tan noble como esforzado, cuéntase que rechazó con indignacion la oferta que le hizo un Moro, panadero de Barbaroja, de entosigar al pirata: «Deshonra seria de un príncipe, dijo, valerse de la traicion y de la ponzoña para vencer á un enemigo, aunque sea un aborrecido corsario como Barbaroja, á quien pienso vencer y castigar con el favor de Dios y con la ayuda de mis valientes soldados.»

Infinitos eran los trabajos que por el clima, la estacion y el valor de los contrarios sufria el ejército cristiano, al que se habia unido Muley Hassan con algunos ginetes, pero cada dia presentábanse en su campamento nuevos é ilustres compañeros para compartirlos. De Italia llegó don Fernando de Alarcon con algunas galeras en que iban muchos nobles españoles é italianos; de España arribaban naves con gente y provisiones, aventureros de todos los paises marchaban á medir sus armas con los Africanos, hasta de Albania habia acudido una compañía de soldados, y así fué que en poco tiempo juntó el emperador hasta cincuenta y cuatro mil hombres. Abiertas por fin grandes brechas en los muros de la Goleta, así por la parte de mar como por la de tierra, determinóse dar el asalto general (14 de julio). El emperador oyó misa y comulgó con los de su corte, y dada la señal y comenzando el estruendo de la artillería, lanzáronse los cristianos hácia la fortaleza. Obstinada fué la defensa de los Turcos, pero al fin, dejando gran número de muertos, retiráronse con su jefe á la ciudad atravesando la bahía. En esta se apoderaron los Españoles de cuarenta y dos galeras, entre ellas de la capitana que trajera Barbaroja de Constantinopla, y además de otras cuarenta y cuatro naves. El arsenal con trecientos cañones é infinita cantidad de flechas pasó tambien al poder de los vencedores, y al entrar el emperador en la arruinada Goleta con el infante de Portugal, volvióse á Muley Hassan y le dijo: «Por esta puerta entrareis en vuestro reino.»

Alcanzada tan gloriosa victoria el emperador quiso seguir adelante y llegar hasta Túnez, á pesar de repugnarlo algunos de sus capitanes, que no creian prudente semejante empresa. Andrés Doria con algunas compañías españolas é italianas y la gente inútil quedó en la Goleta, y Carlos al frente de veinte mil hombres emprendió la marcha el dia 20 de julio. Las penalidades que durante ella sufrieron los soldados por el calor y la sed no son para descritas, mas por

por fin, andadas las cinco millas que median entre la Goleta y Túnez, vieron en las inmediaciones de la ciudad á innumerable morisma que los esperaba. Asustáronse muchos al ver tan espesa nube de enemigos, y entonces fué cuando el marqués de Aguilar prorumpió en aquellas palabras que han quedado como adagio popular: «Mejor; á mas moros mas ganancia.»

Barbaroja, si bien comprendió toda la extension de la pérdida que acababa de sufrir, resolvió defender su capital á todo trance, pero como las murallas de Túnez estaban muy mal paradas y tenia él escasa confianza en los habitantes para oponer una ventajosa resistencia, salió al campo con su allegadizo ejército de mas de cien mil hombres, decidido á arriesgarlo todo á la suerte de una batalla. Esta se empeñó luego que llegaron los cristianos, confiados los Moros en el triunfo al ver el estado de decaimiento en que aquellos se encontraban, pero sus esperanzas se frustraron; los cristianos se rehicieron á la vista del peligro, y superiores por su disciplina si inferiores en número, arrollaron y vencieron á los turbulentos escuadrones africanos, que despues de alguna horas de reñido combate emprendieron la fuga hácia la ciudad, arrastrando consigo á Barbaroja y á sus oficiales. Sin embargo, no encontraron en la plaza el recibimiento que esperaban; mientras los moradores asustados se disponian á abandonarla, los cautivos cristianos encerrados en la alcazaba, á quienes Barbaroja antes de salir á la pelea habia pensado en hacer degollar, rompieron sus grillos, dieron muerte á los pocos soldados que los guardaban, se apoderaron de la ciudadela y dirigieron los cañones contra los infieles. Furioso el pirata, se fugó hácia Bona, embarcóse en Argel, y con los restos de su armada navegó á Constantinopla, entrando antes á saco en el puerto de Mahon por la cobardía de su gobernador.

Carlos en tanto se adelantaba hácia Túnez con la lentitud y las precauciones que se requieren en país enemigo; pero no tardó en saber lo acontecido cuando se le presentaron comisionados ofreciéndole las llaves de la ciudad é invocando su proteccion. Bien habria querido el emperador librar á los habitantes de los horrores del saqueo, mas ya sus tropas habian entrado en la hasta entonces inhospitalaria ciudad (21 de julio), y sedientas de matanza y de pillage, cebáronse en la sangre y en los tesoros de los musulmanes. Mas de treinta mil personas fueron pasadas á cuchillo; hiciéronse diez y ocho mil esclavos, que se vendieron á ínfimo precio, y destruyóse la magnífica biblioteca de los reyes tunecinos. En cambio, veinte mil cristianos fueron libertados de la esclavitud, y una vez vueltos á su patria á espensas del emperador, hicieron que la Europa entera bendijese el augusto nombre de Carlos V.

Este permaneció algunos dias en Túnez, durante los cuales trató con el restablecido rey Muley Hassan de las condiciones con que habia de recompensar su empresa y asegurar el sosiego de la cristiandad. Fueron estas que Muley Hassan obtendria el reino de Túnez como á feudo de la corona de España; que los esclavos cristianos de cualquier nacion que fuesen serian puestos en libertad sin mediar rescate alguno, obligándose el rey y sus sucesores á no cautivar jamás ni á permitir que fuesen cautivados cristianos de los dominios del emperador ni de los de su hermano don Fernando; que el rey de Túnez permitiria en su reino iglesias cristianas y la celebracion de los oficios divinos; que todos los súbditos

del emperador podrian comerciar libremente en el reino, teniendo un juez imperial para sus causas; que no podria vivir en el ningun moro de los nuevamente convertidos en Granada y Valencia; que además del fuerte de la Goleta, del que quedaba dueño el emperador y por cuyo sostenimiento pagaria Muley Hassan doce mil escudos anuales, cederia todos los puertos fortificados del reino; que el rey no se aliaria jamás con los enemigos del emperador, y que en muestra de vasallage daria á este perpétuamente en 25 de julio doce halcones y seis caballos africanos.

Arreglados de esta suerte los negocios de Africa, dejando en Bona á Alvar Gomez con una compañía de Españoles y por gobernador de la Goleta á don Bernardino de Mendoza con mil veteranos, el emperador, desistiendo de su propósito de llevar sus armas á Argel por las consideraciones que se le expusieron, despidió á las armadas de España, de Portugal y de Malta, y con las otras galeras hizo rumbo á Italia (20 de agosto).

Esta expedicion tan felizmente acabada llevó á su apogeo la fama del emperador, y la Europa toda resonó con las alabanzas del héroe que consagraba sus armas al servicio de la cruz y se constituia en campeon del mundo civilizado.

La conducta de Francisco I ofrecia deplorable contraste con la del emperador. Frustradas sus tentativas para atraer á su causa al papa, al duque de Milan y á Enrique de Inglaterra, no habia vaciiado, como sabemos, en entrar en tratos con los hereges de Alemania, y hasta recibia en su corte y entablaba negociaciones con los embajadores de Soliman, con quien acabó por celebrar alianza al propio tiempo que su rival lo combatia en las playas africanas. Como para vindicarse ante la cristiandad ultrajada, mandó quemar públicamente á unos sectarios de Zuinglio, que habian insultado en París los mas venerados dogmas de la religion (enero de 1535); pero esto le hizo perder todo cuanto ganara cerca de los confederados de Smalkalde, que conocieron no poder fiarse en un rey que, si los halagaba en Dresde, tan rudamente los trataba en su capital.

Sin embargo, no desistió el obstinado monarca de su proyecto de emprender la guerra, pareciéndole aquella ocasion oportuna, puesto que el emperador se encontraba con sus fuerzas combatiendo á otros enemigos, y con el pretexto de castigar al duque de Milan, que habia condenado á muerte á un mensagero suyo, culpable de asesinato, y alegando despues derechos al ducado de Saboya por su madre Luisa, entró en campaña contra el Saboyano y amenazó á Sforza. Francisco no habia querido dejar á sus espaldas los estados de un soberano adicto á los intereses del emperador, como lo era Carlos de Saboya, y este atacado á la vez por los Franceses y por los Ginebrinos, sublevados á la voz de la Reforma, vió perdidos en poco tiempo todos sus estados, no quedándole sino algunas plazas fuertes en el territorio piamontés.

La muerte sin sucesion del duque Francisco Sforza (octubre de 1535) dió por aquel tiempo nuevo incentivo á la ambicion de Francisco, y fué otra causa mas de discordia añadida á las muchas que ya existian. El rey de Francia, á pesar de haber renunciado solemnemente á todos sus derechos sobre el Milanesado, reprodujo al momento sus antiguas pretensiones aunque sin apoyarlas por las armas, que si bien arrebatado y rencoroso el monarca francés, la memoria de sus pasados infortunios le volvia á veces tímido y comedido hasta el exceso al

A. de J. C. ponerse frente á frente con el emperador. Este, que habia vuelto ya de su campaña de Africa, tomó posesion del ducado á título de feudo vacante, y mientras entretenia á Francisco con dilaciones y escusas, preparábase sin perder momento para la guerra que conocia próxima.

Desde Sicilia habia pasado Carlos á su ciudad de Nápoles, y en todas partes los faustuosos Italianos habian agotado sus recursos y su inventiva para festejar al conquistador de Tunez, quien en medio de las mascaradas, saraos, toros y banquetes, habia hallado medio de concertarse con Venecia y los cantones suizos y de levantar hombres y recursos entre sus pueblos alborozados, tan resuelto
1536 se hallaba á la guerra. En 5 de abril de 1536 verificó su entrada triunfal en Roma, y allí fué donde se le presentaron de nuevo los embajadores de Francisco, exigiéndole una respuesta categórica en el asunto de Milan. Prometiósela el emperador para el dia siguiente á presencia del pontífice, del colegio de cardenales, de los embajadores extrangeros y de la corte toda, y en efecto, reunida la augusta asamblea (17 de abril), levantóse el emperador y pronunció en lengua castellana un largo y estudiado discurso, en el que empezó manifestando sus esfuerzos por mantener la paz de Europa, siempre contrarestados y frustrados por la injusta é inextinguible ambicion del Francés; dijo que este príncipe ya desde niño habia dado muestras de ser su enemigo; que despues habia intentado arrebartarle la corona imperial que le tocaba por los derechos mas justos y naturales; que habia invadido su reino de Navarra y los de sus aliados en Italia y los Paises Bajos; que cuando con el auxilio de Dios y el denuedo de sus tropas le habia vencido y hecho prisionero, habia proseguido empleando contra él la astucia, ya que no podia la fuerza; que habia violado el convenio de Madrid, y que cuando otra vez vencido, habia pedido la paz de Cambray, firmóla y observóla con la mas insigne mala fé; recordó sus tratos con los príncipes hereges de Alemania, excitándolos á perturbar la tranquilidad del imperio, y su alianza con los enemigos del nombre cristiano; quejóse del despojo que por él habia experimentado el duque de Saboya su deudo y aliado, é insistió en la injusticia de sus pretensiones al ducado de Milan. En seguida con arrogante altivez le declaró la guerra, diciendo que iria á atacarle en su mismo reino, y añadió luego: «Mas lo mejor de todo será excusar los grandes males y daños que suelen seguirse de la guerra, á donde padecen ordinariamente los que no tienen culpa. Hagámoslo nosotros de bueno á bueno: pongamos el negocio en las armas. Haga el rey campo conmigo de su persona á la mia, que desde agora digo que le desafio y provoco, y que todo el riesgo sea nuestro, como y de la manera que á él le pareciere, con las armas que le plazca escoger, en una isla, en un puente, á bordo de una galera amarrada en un rio. Sean los ducados de Borgoña y de Milan el premio del vencedor, y reunamos luego las fuerzas de Alemania, de España y de Francia contra el imperio otomano y contra la heregía. Pero si Francisco se niega á concluir de este modo nuestra contienda, si se determina por la guerra, que es ya inevitable, nada será capaz de estorbarme entonces llevarla adelante hasta que uno de los dos quede reducido al estado del mas pobre caballero de sus reinos. No temo que sea á mí á quien acontezca esta desgracia, y confio en Dios que como hasta agora me ha sido favorable y me ha dado victoria contra él y contra todos los enemigos suyos y mios, me ayudará agora en una causa tan justa. «Procuró el papa inter-

rumpiéndole y besándole en el rostro aquietar su enojo, y sin permitir hablar á los embajadores franceses, disolvióse la reunion. La guerra era, como habia dicho Carlos, inevitable.

Al dia siguiente partió el emperador para Toscana, y por Florencia y Asti llegó delante de Fossano, plaza que, ocupada por los Franceses, estaba sitiada por Antonio de Leiva. Rendida al cabo de poco tiempo y reunido el ejército imperial, que constaba de setenta mil hombres y cien piezas de artillería, al mando de don Antonio de Leiva, del marqués del Vasto, del duque de Alba, del marqués de Aguilar, del conde de Benavente, del príncipe de Salerno y de otros caudillos, congregóse el consejo para decidir el plan de campaña. Discordes estuvieron los pareceres: Antonio de Leiva, generalísimo del ejército, y los duques de Alba y de Benavente opinaron por penetrar en Francia, diciendo que las fieras se cogian mas fácilmente en sus cuevas, y como el emperador se inclinase á este dictámen, otros caudillos y generales, en especial el marqués del Vasto, manifestáronle con expresivos términos el peligro á que se expondria llevando tan lejos á sus soldados, y recordáronle el mal éxito de la campaña emprendida por Borbon y Pescara. Por fin, graves razones políticas decidieron al emperador á adoptar aquel partido, y resolvióse que mientras penetrase él en el mediodia de Francia sus hermanos Fernando, rey de Romanos, y María, viuda de Luis de Hungría y gobernadora de los Paises Bajos por muerte de Margarita de Austria desde 1530, invadirian tambien aquel reino por la Champagne el uno y por Picardía la otra. El plan de Carlos pareció marchar con próspera fortuna cuando el marqués de Saluzzes, que mandaba una de las divisiones francesas en el Piamonte, dejó del tódo abierta la frontera y se pasó á los imperiales, ya fuese por haber dado fé á pronósticos de astrología, á lo que era muy dado, que vaticinaban la ruina de Francisco, ya tuviese reyertas y contiendas con el almirante de Francia.

Y todo el mundo, lo mismo que Saluzzes, creia que Francisco estaba perdido, ignorando los recursos que Francia tenia en sí misma. Desde 1533 habíase resuelto el rey á colocar la fuerza militar del reino en la infantería, en una infantería nacional; recordaba que los Suizos le hicieron perder la batalla de la Bicoca y quizás la de Pavía, que los landsquenetes habian sido llamados por el emperador la víspera de la batalla de Ravena, y á pesar de que se creia peligroso confiar armas al pueblo, decidióse á crear siete legiones provinciales, compuestas cada una de seis mil hombres y levantadas en las provincias fronterizas. Sin embargo, estas tropas estaban muy poco aguerridas cuando en agosto de 1536 penetró Carlos por las fronteras de Provenza tan seguro del triunfo que distribuyó entre sus capitanes los dominios y altos cargos de la corona de Francia. Pronto por su mal habia de conocer su engaño: Francisco, que no confiaba bastante en el valor de sus tropas, resolvió detener al enemigo oponiéndole un desierto: toda la Provenza, desde los Alpes hasta Marsella y desde el mar hasta el Delfinado fué asolada con inflexible rigor por el mariscal de Montmorency; pueblos, caseríos, molinos, todo fué entregado á las llamas; no quedaron ni indicios de cultivo, y el mariscal, establecido en un campamento inexpugnable entre el Ródano y el Duranzo, habia de ver á los invasores consumirse sin combatir. El plan tuvo un éxito completo; sorprendido quedó Carlos al considerar la deso-

lacion que á su vista se ofrecia, pero esto no obstante, siguió adelante, confiado en que la escuadra de Doria habia de proporcionarle cuantos víveres necesitase. El Genovés en efecto, se apoderó de Tolon, pero los vientos contrarios sitiaron á sus naves, y el emperador, despues de inutites tentativas contra Avignon, Arlés y Marsella, bien fortificadas y provistas de gente, sin haber logrado sorprenderlas ni tomarlas ni arrancar á Montmorency de su inaccion, decidió la retirada, que la falta de mantenimientos y las enfermedades habian diezmado á sus tropas en los dos meses que habian permanecido en aquella tierra inhospitalaria. La retirada fué tan desastrosa como la expedicion: numerosas partidas de aldeanos y de tropas ligeras hostigaban sin cesar al ejército sin consentir en empeñar batalla, y aumentaban mas aun su angustiosa posicion. Entonces pereció en el acto de asaltar la torre de Muey, de una pédrada en la cabeza, el famoso poeta toledano Garcilaso de la Vega, y el emperador que le queria mucho, mandó pasar á cuchillo á cuantos enemigos se hallaron en el fuerte. Tambien murió de enfermedad durante esta expedicion el que la habia aconsejado, el gran caudillo Antonio de Leiva, príncipe de Ascoli (octubre de 1536).

El gozo que habian de causar en Francisco estos sucesos fué acibarado por la muerte del delfin en quien fundaba las mas lisonjeras esperanzas, á consecuencia de haber bebido un vaso de agua fria despues de un ejercicio violento. Su muerte se atribuyó á veneno, y el sumiller del difunto príncipe, el conde de Montecuculli, fué atormentado y despedazado. Entre el pueblo corrieron rumores que atribuian el delito al emperador y á sus generales, mas la historia debe recharzarlos, así por no reconocer fundamento alguno como por el ningun interés que Carlos tenia en esta muerte. Mas probable es la opinion emitida por el emperador cuando dijo que si veneno habia, habria debido ser suministrado por Catalina de Médicis, por el deseo de que sucediera á la corona su esposo el duque de Orleans.

No habian sido mas felices en otros puntos de Francia las armas del emperador; el rey de Romanos no habia podido verificar su invasion por la Champagne á causa de intrigas de Francisco con los príncipes protestantes; el ejército de los Paises Bajos entró en Picardía á las órdenes del conde de Nassau, y aunque llegó á sembrar la alarma entre el vecindario de París, el infructuoso cerco que puso á Peronne le obligó por fin á pronunciarse en retirada.

Llegado Carlos con los restos de su ejército á las fronteras del Milanesado, nombró al marqués del Vasto para que sucediera á Leiva en el cargo de aquel gobierno, y despues de permanecer algunos dias en Génova, festejado por Doria y los habitantes con todo género de obsequios, se hizo á la vela y llegó á Barcelona á mediados de noviembre.

Estas guerras, cuyo peso sostenia principalmente España, ocasionaban por fuerza dispendios que no bastaban á sufragar los servicios de los pueblos, las rentas de la corona, ni el oro del Nuevo Mundo, mayormente no estando aun organizada la administracion de Méjico, y no perteneciendo todavía el Perú, como luego veremos, sino á aquellos que lo habian conquistado y que lo desolaban con sus guerras civiles. El emperador habia debido enagenar parte de los dominios reales, habia contraido una deuda de siete millones de ducados, y no hallaba dinero en banco alguno al interés de 13 ni de 14 por ciento. Impulsado por su penuria extrema, habia escrito desde Nápoles á su virey de Aragon, duque

de Alburquerque, para que, juntando los brazos del reino, les pidiese en su nombre la mayor cantidad de dinero posible, pero tambien entonces vió frustrada su idea; los Aragoneses, fieles observadores de sus leyes, contestaron que no les permitian estas dar subsidios si no eran pedidos en cortes, y en su firmeza se estrellaron todas las instancias del monarca. Por ello, el primer cuidado que este tuvo á su regreso á Cataluña fué congregar cortes generales de los tres reinos en la villa de Monzon; abiertas estas (agosto de 1537), expresóles en un discurso, despues del acostumbrado relato de sus expediciones y campañas, su apurada situacion, pidiéndoles que dieran órden para ayudarle y socorrerle con la mayor suma posible dentro de breve tiempo, y convencidos estos reinos de lo que les decia, votaron Cataluña trecientas mil libras, Aragon doscientas mil y Valencia cien mil, confirmando Carlos por su parte sus privilegios é inmunidades.

A. de J. C.

1537

Pasó luego el emperador á Castilla, y convocadas cortes en Valladolid con el mismo objeto de solicitar recursos, otorgáronselos los procuradores, y como siempre, dirigieron varias peticiones al rey para que no se ausentara de estos reinos y no expusiera su persona á tantos riesgos, para que fuese reprimido el lujo en los trages y vestidos y para que se proveyera á otras cosas en utilidad de la tierra.

Hasta entonces habian sido inútiles los esfuerzos del pontífice para reconciliar de nuevo á los dos encarnizados enemigos de España y de Francia; al contrario, su enemistad personal parecia encrudecerse mas y mas. Francisco, como para vengarse de la escena de Roma, convocó á los pares y á los príncipes de su familia, y ante ellos en el parlamento de París fué acusado Carlos de Austria de haber violado el tratado de Cambray, que le exceptuaba de prestar el vasallage que debia á la corona de Francia por los condados de Flandes y de Artois; por lo mismo, vasallo Carlos del rey de Francia, habia incurrido en rebelion por haber hecho armas contra su soberano, y citósele para que compareciera á dar sus descargos ante el parlamento. Transcurrido el plazo señalado, el emperador fué declarado delincuente, sus feudos fueron aplicados á la corona de Francia, y en la sentencia se publicó á son de trompetas en las fronteras de ambos reinos. A ella se siguió cruda guerra en los Paises Bajos, y Francisco, que mandaba personalmente el ejército junto con el delfin y el condestable de Montmorency, se apoderó de algunas plazas, desprevenida como se hallaba María para tan repentino ataque. Rehechos en breve los Flamencos, cayeron sobre los invasores y les arrancaron casi todas sus conquistas, cuando las dos hermanas María y Leonor, esposa esta del Francés, lograron que se firmara una tregua de diez meses en aquella frontera (31 de julio de 1537), pues así Carlos como Francisco conocian que aquellas operaciones les eran un obstáculo para emprender con vigor la campaña del Piamonte.

Continuaban allí, en efecto, las hostilidades desde lo mas crudo del invierno anterior. Unas mismas fortalezas eran ganadas y recobradas alternativamente; todos los dias se daban batallas parciales en las que se vertia mucha sangre sin resultado decisivo, hasta que las dos reinas, deseosas de llevar á cabo la benéfica obra que habian comenzado, tanto instaron la una á su hermano y la otra á su marido, ayudadas del romano pontífice, que se firmó tambien en el Piamonte una

A. de J. C. tregua de tres meses, quedando imperiales y franceses con las plazas que respectivamente ocupaban.

En estas campañas habia tenido Francisco un singular y terrible aliado. Soliman no habia faltado á la alianza que con él estipulara por medio del embajador Laforet, y Barbaroja con numerosa escuadra presentóse en las costas de Nápoles poniendo en consternacion á aquel reino, cuyas tropas se hallaban todas en el Piamonte. Desembarcados los Turcos cerca de Tarento, rindieron la ciudad fuerte de Lastres, devastaron el territorio inmediato y se disponian á dilatar sus conquistas, cuando la llegada de Andrés Doria con sus galeras, á las que se habian unido las armadas del papa y de Venecia, obligó al corsario á retirarse. Mas felices los Turcos en Hungría, destrozaron en una batalla á los Alemanes en las márgenes del Drave.

No abandonaba el pontífice sus ideas de paz, deseoso de aumentar con las fuerzas de Francia la confederacion que contra el poder otomano habia hecho con el emperador y la república de Venecia, y cansados y casi extenuados ambos soberanos de tan prolongada lucha, y temerosos tambien de las complicaciones futuras, prestaron mas dócil oido á sus representaciones. Propúsoles que se avistaran en Niza, á donde él tambien acudiria, y Carlos y Francisco accedieron á sus deseos y se dirigieron ambos á aquella ciudad. Sin embargo, contiendas promovidas acerca del ceremonial les impidieron celebrar conferencia alguna, y aposentado el emperador en Villafranca y el rey en Villanova, iban separadamente á ver al papa evitando encontrarse juntos. A pesar de su celo y de sus excelentes intenciones, no pudo Paulo remover los obstáculos que se oponian á una reconciliacion definitiva por lo tocante al ducado de Milan, manzana de la discordia de la primera mitad del siglo XVI, pero logró á lo menos que ambos monarcas consintieran en una tregua de diez años con las mismas condiciones de la primera, durante la cual habian de enviar á Roma sus embajadores para tratar con detencion de sus pretensiones respectivas. Este suceso fué celebrado con grandes fiestas en España, en Italia y en Francia, y solo se quejó de él el duque de Saboya, despojado de gran parte de sus estados (junio de 1538).

Embarcóse el emperador para volver á España, cuando arrojado por los vientos contrarios á la isla de Santa Margarita, recibió una invitacion de Francisco proponiéndole una conferencia particular en Aguas Muertas. Hácia allí se dirigió Carlos no queriendo que pudiera sospecharse de él la menor desconfianza en su enemigo, y Francisco, poseido de iguales sentimientos, se apresuró á visitar al emperador en su propia galera (15 de julio). Los dos reyes, que tan crudamente se habian ultrajado, abrazáronse en apariencia amigos; el emperador saltó á tierra, y durante los dias que allí permaneció esmeráronse á porfía en agasajarle el rey, la reina, el delfin y los principales personages de Francia.

Si bien al papa ha de atribuirse la gloria de haber iniciado y dirigido las negociaciones que dieron por resultado la tregua, de la que fué efecto el enlace de la hija natural del emperador, Margarita de Austria, viuda de Alejandro de Médicis desde 1537, con Octavio Farnesio, nieto del papa, debióse principalmente aquella, como antes hemos dicho, á la escasez de recursos que experimentaban ambos contendientes. Francisco, aunque no habia de luchar en su reino con los obstáculos que á Carlos oponian en el suyo los restos de las antiguas li-

bertades, siendo, en una palabra, rey mas absoluto, no dejaba de hallarse en muy apurada situacion; los gastos sobrepujaban de mucho á los ingresos, y esto que recaudaba nueve millones en tributos, que imponia por medio de meros decretos que hacia registrar por el parlamento de París. No contento aun, estableció nuevos derechos, vendió y multiplicó los empleos, enagenó su patrimonio, estableció la lotería, y usó profusamente de la ventaja que sobre Cárlos tenia, esto es, de la facilidad de arruinarse. Los apuros del emperador en esta materia los sabemos ya; los pueblos no estaban todavía acostumbrados á la inmensa carga que soportaron despues, y de aquellos son buenos testimonios las sublevaciones que por falta de pagas estallaron por aquel tiempo en varios presidios imperiales. Estando Carlos en Aguas Muertas, las tropas españolas de Lombardía se declararon en rebelion y diéronse á tomar por fuerza lo que se les debia y no se les daba; para poner coto á sus robos y excesos el marqués del Vasto hubo de repartir entre ellas ciento veinte mil ducados sacados á los pueblos lombardos, y de disolver luego aquel ejército enviando sus compañías á Génova y á Hungría. Iguales sucesos habian acontecido en la Goleta, cuya guarnicion amenazó entregar la fortaleza á Barbaroja; su gobernador la trasladó á Sicilia, asegurando á los soldados que allí les pagaria el virey Gonzaga, pero como este no lo hiciese y andasen aquellos alborotando la isla, fueron ahorcados veinte y cinco y los demás licenciados con el sueldo de un mes y la nota de infamia. A. de J. C.

Todo esto obligó al emperador luego de su regreso de Aguas Muertas á solicitar recursos de los castellanos, para lo cual convocó cortes en la ciudad de Toledo (1.° de noviembre de 1538). Despues de explicar á la asamblea el estado general de los negócios en un discurso preparado de antemano, Carlos vino á parar á los grandes dispendios que le habian ocasionado las operaciones militares y pidió un servicio para hacerles frente, proponiendo como el medio mejor el tributo general de la sisa, ésto es, cierto derecho sobre todo lo que se vendiese. La nobleza reclamó enérgicamente contra semejante pretension, funesta á los pueblos y atentatoria á los derechos de su clase, pues convertíalos á ellos en pecheros, y el condestable don Iñigo Lopez de Velasco, haciéndose eco de los sentimientos de los grandes todos, opúsose á lo pedido por ser contra el servicio de Dios y del rey y contra el bien de aquellos reinos. «Dios, dijo, nos hizo principales personas en el reino, no para que fuésemos solos nosotros, sino para que con toda humildad y acatamiento suplicásemos á S. M. lo que toca á la gente pobre como á su rey y señor natural.» Adheridos todos los magnates, excepto unos pocos, al parecer del condestable, redactaron un memorial al rey para que no se hablara mas del solicitado tributo y pudieran conferenciar ellos con los procuradores á fin de arbitrar otros recursos. A esto añadieron otras várias peticiones para que no abandonara el rey aquel reino, suspendiera tan prolongadas guerras, y moderara sus excesivos gastos. El emperador contestó á esta oposicion declarando disueltas las cortes (1.° de febrero de 1539), y estas fueron las últi- 1539
mas que, constituidas segun las antiguas leyes, vieron reunidos los brazos del clero, de la nobleza y del pueblo. Los dos primeros no volvieron á ser convocados con la excusa de que carecian de derecho para votar tributos, puesto que no los pagaban, y los descendientes de los conquistadores de España quedaron reducidos á la mera condicion de grandes propietarios. Las cortes de Castilla, se-

gun así parecian haberlo deseado los Reyes Católicos y otros monarcas, no se compusieron en adelante sino de los treinta y seis diputados enviados por las diez y ocho ciudades que tenian voto, y en breve, no atreviéndose los procuradores á levantar la voz contra las demasías del poder, mereciendo que el P. Mariana los llamase hombres viles, livianos y venales, que no cuidaban sino de la gracia del príncipe y de sus particulares intereses sin atender al bien público, la representacion de Castilla quedó condenada á no ser mas que un mero simulacro de lo que fuera antes y un instrumento de la voluntad del monarca.

Desde entonces la nobleza castellana, relegada á sus tierras ó girando cual satélite al rededor del trono, reflejó solamente el esplendor que de este recibia, y quedó despojada de todo poder é intervencion en los asuntos del estado. En vista de esto, no podemos comprender como algunos escritores, amantes de presentar bajo cierto aspecto los hechos acaecidos por aquel tiempo en Castilla, aseguran que la guerra de las Comunidades dió por resultado la preponderancia de la nobleza. Los sucesos bien claros están y con gran elocuencia nos dicen y dirian sin duda á los hombres de aquella edad, que la causa del pueblo y de la nobleza era una sola, y que cuantos golpes se descargaban contra una de las dos clases habian tarde ó temprano de ser sentidos por la otra. La igualdad tendia á establecerse en el suelo castellano y la libertad se moria.

Prueba de lo dicho fueron las desabridas relaciones en que, á consecuencia de estos hechos, quedaron el rey y los magnates. Pocos dias habian transcurrido desde la disolucion de las cortes, cuando paseando juntos el rey y el condestable por una galería de palacio, aquel reprendió á este con dureza por su anterior conducta hasta el punto de amenazarle enojado con arrojarle del corredor abajo; á ello contestó impasible el magnate castellano: «Mirarlo ha mejor Vuestra Magestad, que si bien soy pequeño peso mucho.» Otro lance acaecido con el duque del Infantado, quien hirió á un alguacil real por haber tocado con su vara el caballo que montaba á fin de abrir paso al emperador y á la emperatriz que volvian de un torneo, acabó de revelar la enemiga que mediaba entre la corte y la grandeza. El alcalde Ronquillo hubo de desistir de prender al duque ante la amenazadora actitud del condestable y demás caballeros, y todos ellos siguieron á aquel, dejando al rey casi solo. Carlos disimuló el agravio hecho á su persona, y cuéntase que el primer dia que fué el duque á palacio despues de aquel suceso, le dijo el soberano: «¿Y es posible, duque, que se os atrevió aquel bellaco? Merecia que luego le ahorcaran.»

Por aquel entonces falleció la emperatriz Isabel á la edad de treinta y ocho años, al dar á luz en Toledo un príncipe que nació sin vida (mayo de 1539). Princesa de grandes prendas que le habian granjeado el afecto entrañable de Carlos y la estimacion de todos sus súbditos, su muerte fué muy llorada; hiciéronsele en Toledo y en las principales ciudades magníficas honras, ejemplo que fué imitado en París por disposicion de Francisco I, y sus restos fueron trasladados con gran pompa á la capilla real de Granada. Guiaba el funeral cortejo don Francisco de Borja, duque de Gandia y marqués de Lombay, para hacer la entrega del cuerpo, y hallóse este tan desfigurado al abrirse la caja de plomo que lo contenia, y fué tanta la emocion que experimentó el marqués al ver tan demudado y feo el rostro que encantara poco antes por su hermosura, que sin atreverse á

prestar juramento de ser aquel el cadáver de la emperatriz y limitándose á decir que aquel era el que se le habia entregado y que no podia ser otro por su diligencia en guardarlo, determinó renunciar á sus estados y á las pompas mundanas para dedicarse enteramente á Dios y á su servicio. Poco despues vistió el hábito de Loyola, y con el nombre de san Francisco de Borja es venerado hoy en los altares.

La tregua con Francia permitió al emperador dirigir sus fuerzas contra los enemigos de la cristiandad, objeto constante de sus deseos, como lo hacia siempre que le dejaban en reposo sus contiendas personales ó los intereses de su política. Unido con el papa y los Venecianos, envió ochenta galeras á combatir al Turco; Venecia aprontó otras tantas, el pontífice dió treinta y seis, y la armada al mando de Doria y de Gonzaga se dirigió al Archipiélago. Barbaroja con ciento treinta naves habia atacado la isla de Candia, pero á la aproximacion de los cristianos se retiró al golfo de Larta á fin de no verse obligado á pelear contra su voluntad. No fueron entonces muy felices las operaciones de los aliados, pues sin hacer cosa de provecho y con pérdida de algunas naves, acabaron por retirarse ante las fuerzas de Khair-Eddin. De ahí desavenencias entre Andrés Doria y Vicente Capelo, que mandaba las galeras venecianas achacándose recíprocamente el mal suceso, hasta que reconciliados ambos por mediacion del virey don Fernando de Gonzaga, salieron otra vez al mar para arrojar á los infieles de la importante plaza de Castelnovo, en la Dalmacia. Intentó Barbaroja oponerse á esta empresa, pero se lo impidió una recia tempestad que dispersó su armada. En tanto combatian la plaza por mar y tierra Españoles y Venecianos, y rendida y entrada á saco al tercer dia, haciendo en ella cautivos á mil seiscientos hombres, dejaron para su presidio cuatro mil Españoles al mando del capitan Francisco Sarmiento, y la armada se volvió á Génova. Este triunfo fué causa de que se deshiciera la liga; habíase convenido en que cuantos pueblos se tomasen á los enemigos habian de adjudicarse á los Venecianos, y estos no vieron con agrado que quedase en Castelnovo guarnicion española. Por esto prefirieron una paz poco ventajosa á una guerra que les prometia escasos beneficios personales, y desarmando sus galeras y despidiendo á su gente, se apartaron de la confederacion.

La pérdida de Castelnovo irritó de tal modo al sultan, que juró vengarla con la sangre de cuantos habian quedado para su custodia. Nuevas galeras y nuevas tropas reforzaron la armada de Barbaroja, y al llegar la primavera marchó este por mar á combatir la plaza, mientras que se dirigia contra ella por tierra el persa Ulaman con muchas tropas y artillería. Los Españoles de la guarnicion opusieron heróica resistencia, y solo cuando no quedó en el muro piedra sobre piedra pudieron los Turcos penetrar en la ciudad despues de veinte y dos dias de cerco y de incesantes combates (7 de agosto de 1539). Sarmiento cayó peleando en las calles, y los vencedores que habian perdido en el sitio diez y seis mil hombres, solo encontraron en la plaza ochocientas personas con vida, entre hombres y mugeres, las cuales fueron llevadas cautivas á Constantinopla.

La última guerra con Francisco I habia diferido otra vez el rompimiento decisivo entre el emperador y los protestantes de Alemania; el intérvalo, empero, no habia sido de paz. Los anabaptistas, secta llamada así porque condenaban el bautismo de los niños y solo lo concedian á las personas adultas, habian sembra-

do de nuevo sus horribles doctrinas acerca de la pluralidad de mugeres, de la comunidad de bienes, de la abolicion de todo distintivo de nacimiento y de clase y de la supresion de toda magistratura. Dicho hemos los estragos que en otro tiempo habian causado estos errores en la alta Alemania cuando se sublevaron los campesinos capitaneados por Munzer ; dos hombres fanáticos y audaces , dos artesanos, panadero el uno de Harlem y sastre el otro de Leyden, Juan Matías y Juan Beukels, reprodujeron ahora en Munster aquellas escenas bajo una forma mas repugnante aun. Apoderados clandestinamente de la ciudad durante una noche de 1534, huyeron de ella los senadores, los nobles y todas las personas principales, dejándola abandonada á una multitud frenética que saqueaba templos, quemaba libros, confiscaba bienes y castigaba con la muerte á cuantos intentaban desobedecerla. De sus anárquicos furores salió un gobierno singular, monstruosa mezcla de licencia y de tiranía: los caudales de los vecinos fueron reunidos en una masa comun, habian de comer todos en las mesas públicas aderezadas en la plaza, y Juan de Leyden, que por muerte de Matías habia reunido el poder soberano, proclamóse profeta de Dios y sucesor de David en un solemne banquete al que se presentó vestido con una ropa talar de seda negra, con la corona en la cabeza, un cetro de oro en la mano y un collar del que pendia un globo, símbolo del mundo, atravesado con dos espadas. Sus primeros actos fueron derribar las iglesias hasta sus cimientos, nombrar doce jueces para que dirigiesen los negocios todos á ejemplo de las doce tribus israelitas, y tomar hasta catorce mugeres. La ciudad de Munster fué llamada la Montaña de Sion, la Jerusalen celeste, y desde ella decian los anabaptistas que extenderian el reino de Jesucristo por todas las naciones de la tierra. Quince meses duraron en Munster aquellas saturnales con escándalo de la Alemania y de la Europa entera, hasta que por fin católicos y protestantes, á excitacion del rey de Romanos, se unieron al obispo de Munster, señor de la ciudad, que la tenia bloqueada con escasas tropas. Así reforzado, dió á ella repetidos ataques á los que opusieron los sitiados desesperada resistencia. Animábalos su rey profeta con la esperanza del auxilio divino, pero al fin, extenuados de hambre y de cansancio, vendidos por uno de los suyos, fueron arrollados en los muros primero y luego en las calles, hasta sucumbir en la plaza del mercado los últimos que empuñaban todavía las armas (25 de setiembre de 1535). Los anabaptistas que quedaron con vida fueron sentenciados á crueles tormentos, y el sastre Juan, paseado de ciudad en ciudad, expuesto al ludibrio público, acabó por ser ajusticiado en la misma poblacion teatro de sus crímenes (1).

Católicos y protestantes, reunidos por un momento contra los anabaptistas, fueron luego tan enemigos como antes, y era evidente que todos se apercibian para la lucha que conocian próxima. Y sin embargo, Paulo III mostrábase favorable á la convocacion de un concilio general, y en 1536 expedió la bula convocatoria, señalando para la reunion la ciudad de Mantua y el mes de mayo del siguiente año; los protestantes, apoyados por Francia, oponíanse á que el conci-

(1) No se extinguió por esto la secta de los anabaptistas, que subsisten todavía en Flandes con el nombre de Nennonitas; sin embargo, sus máximas sanguinarias han degenerado con el tiempo en otras mas pacíficas é inocentes.

lio se tuviera en Italia, temiendo la influencia del papa y del emperador, y persistian en que habia de reunirse en Alemania, si bien manifestando con esto la poca sinceridad de sus anteriores reclamaciones, decian al propio tiempo que ellos, perfectamente ilustrados por el Espíritu Santo, ninguna necesidad tenian del concilio proyectado. Dificultades opuestas por el duque de Mántua primero, y despues la guerra entre Carlos y Francisco fueron causa de que el pontífice lo aplazase indefinitivamente, despues que lo hubo convocado para Vicenza y para mayo de 1538. Sin embargo, en prueba de su celo y buena fé, dedicóse con ahinco á curar los males de la Iglesia y á corregir los abusos de la corte romana. En tanto la liga de Smalkalde, renovada por diez años, habíase hecho mas poderosa por haber entrado en ella nuevos miembros, á pesar de lo convenido en Nuremberg, y por su parte los católicos, convencidos de las ventajas que esta union reportaba á sus enemigos, formaron otra liga igual á la que dieron el nombre de Santa; en ella, empero, entraron escaso número de príncipes por no haber sido recibida con agrado por el emperador, atento principalmente, mientras no pudiese consagrar á aquellos asuntos su atencion y sus fuerzas, á que las cuestiones religiosas no llegaran á perturbar la paz pública. Con este objeto sus embajadores celebraron con los príncipes protestantes el convenio de Francfort, nuevo armisticio de quince meses, en el que se estipuló que teólogos de ambos partidos se reunirian en Spira para discutir y preparar los artículos de reconciliacion que debian proponerse á la propia dieta (abril de 1539).

Dinamarca y algunos cantones suizos habian entrado ya en la liga protestante, y pasados algunos dias del tratado de Francfort, recibió esta un considerable refuerzo por el fallecimiento de Jorge, duque de Sajonia, enemigo ardiente de Lutero y de su supuesta reforma. Heredó sus estados su hermano Enrique, decidido luterano como era Jorge ferviente católico, y sin respeto por la última voluntad de su antecesor, abolió el antiguo culto y estableció en sus estados la nueva religion, extendiéndose así el protestantismo desde las playas del mar Báltico hasta las márgenes del Rhin (1).

Poco tiempo pudo el emperador permanecer en España; un grave suceso, la revolucion de Gante, su ciudad natal, llamóle á otra parte de su vasto imperio. La causa de la sublevacion tuvo orígen en 1536, cuando la reina viuda de Hungría, obedeciendo las órdenes de su hermano, pidió á los Paises Bajos un servicio extraordinario para atender á los gastos de la invasion que contra Francia se preparaba; los Ganteses, que veian con repugnancia la guerra con aquella nacion por el activo comercio que con ella hacian, se negaron á pagar la parte que en el tributo les tocaba y sostuvieron que no podia imponérseles contribucion alguna sin haberla ellos préviamente consentido. Sobre esto se enviaron diputados al emperador, quien respondió que debian obedecer á la gobernadora, pero que si sobre ello se originaba alguna controversia, la decidiese el senado de Malinas, y que si los de Gante obrasen de otro modo, se les tendria por rebeldes á su soberano. Votado el servicio por los estados generales de Flandes, de que eran tambien miembros los Ganteses, el consejo superior de Malinas declarólos obligados al pago, y entonces apelaron los ciudadanos á las armas, expulsaron de ella á los

(1) Robertson, Hist. de Carlos V, l. VI.

nobles, se apoderaron de los fuertes, prendieron á muchos empleados del emperador, nombraron un consejo de gobierno, y llevaron su resolucion hasta enviar comisionados al monarca francés solicitando su proteccion y ofreciéndole, no solo reconocerle por su soberano, sino tambien ayudarle á recobrar las provincias que en los Paises Bajos habian pertenecido á la corona de Francia. Mucho halagó á Francisco semejante propuesta, pero como aun duraban en su ánimo las buenas disposiciones con que se separara del emperador en Aguas Muertas y abrigaba la esperanza de obtener para uno de sus hijos la investidura de Milan, prestó oido á los consejos de Montmorency, y no solo rechazó la oferta, sino que llevó su caballerosidad hasta el extremo de participar á Carlos lo que se tramaba enviándole las cartas que habia recibido. Esta leal conducta de Francisco y la inminencia del peligro, atendido el carácter constante é inflexible de aquellos moradores, inspiraron al emperador la idea de marchar en persona á sofocar la rebelion, y el pensamiento singular y arriesgado de emprender el camino por Francia á fin de llegar mas pronto y evitar dilaciones. En vano su consejo reprobó semejante resolucion como erizada de peligros; Carlos por medio de su embajador en París pidió permiso al rey de Francia para atravesar sus dominios y le aseguró al propio tiempo que el asunto del Milanesado se acabaria bien pronto á su satisfaccion. Francisco cayó en el lazo; creyó que á fuerza de generosidad habia de alcanzar lo que tanto deseaba, y sin vacilar y aun con alegría accedió á la demanda del emperador.

Preciosos eran para este los momentos en aquel apurado trance, y sin abrigar temor alguno, despreciando los recelos de sus súbditos, marchó de Madrid con corto pero lucido acompañamiento de unas cien personas para ponerse en manos del que fuera por tanto tiempo su mortal enemigo, dejando por gobernador del reino á don Juan de Tavera, arzobispo de Toledo é inquisidor general (noviembre de 1539).

Durante este tiempo habian continuado en Nueva España las disposiciones para el planteamiento de un gobierno regular y estable y para extender las conquistas españolas. Sin embargo, resentíase aun aquel y resintióse por mucho tiempo de las grandes dificultades que habian de oponérsele en un país recientemente conquistado á tanta distancia de la madre patria, dificultades que habian de agravarse por las rivalidades y contiendas de los mismos conquistadores. Vuelto Hernan Cortés á los paises que fueron teatro de su valor y de su gloria, alcanzóle tambien aquella rivalidad y vióse reducido á un papel muy secundario por la emulacion de los miembros de la audiencia. Desembarcado en Vera Cruz en 1530, fué recibido con extraordinario regocijo porque los soldados deseaban vivamente su llegada, y fué uno de sus primeros actos casar á las hijas de Motezuma con nobles Españoles, y señalarles en dote grandes posesiones con autoridad del emperador, para que se mantuviesen con el decoro que les correspondia.

Ensanchándose los descubrimientos y conquistas, Nuño de Guzman descubrió por aquel tiempo la region á la que dió el nombre de Nueva Galicia, y en ella edificó las ciudades de Compostela, San Miguel, Espíritu Santo y Guadalajara; Ramirez, elevado á la presidencia de Méjico en 1531, fundó la Puebla de los Angeles, colonia de Españoles entre Méjico y Vera Cruz, y dió principio á su gobierno con la correccion de muchos abusos, con lo que se atrajo el afecto de Indios

y Españoles. Aquel mismo año fué fundada Cartagena por Pedro de Heredia, la primera ciudad que se fortificó con murallas en América, y por todas partes aventureros armados y pacíficos religiosos, atraidos los unos por el cebo de fabulosos tesoros y los otros por amor á Dios, iban extendiendo por el vasto continente americano el nombre y el dominio de España, sufriendo muchos en aquellas aventuradas expediciones trabajos superiores á cuanto puede concebir la imaginacion.

A Hernan Cortés débese en uno de sus últimos viages el descubrimiento de la gran península de la California y el reconocimiento de parte del golfo que la separa de Nueva España (1536). Obligado á regresar á Méjico á causa de las disensiones y rivalidades que seguian agitando el país, volvió á experimentar grandes pesadumbres por parte de sus émulos, y en especial por la del virey que era entonces don Antonio de Mendoza, hasta que cansado de tantas persecuciones, determinó venir á España para defender su propia causa (1539).

Procedente de España volvió Pizarro á Panamá (1530) con las personas que aquí se habian unido á su suerte y los fondos que habia podido recoger. Su compañero Almagro llevó muy á mal que Pizarro hubiese obtenido para sí el gobierno de las regiones que se proponian conquistar, siendo así que se habia obligado á solicitarlo para él; pero merced á la mediacion de Luque y á la promesa hecha por Pizarro de no pedir al rey para sí ni para sus hermanos gracia alguna hasta obtener para Almagro una gobernacion igual que comenzase donde la suya acababa, alcanzóse la reconciliacion de los asociados, y en febrero de 1531 Pizarro se dió á la vela con tres naves, en las que iban embarcados ciento ochenta infantes y treinta y siete caballos.

Varias veces desembarcó su gente en el continente y en las islas de su tránsito, sembrando el terror entre los Indios y recogiendo grandes cantidades de oro, hasta que por fin llegó de nuevo al puerto de Tumbez, donde no halló las benévolas disposiciones que la vez primera, pues estaban ya enterados aquellos moradores de los excesos y crueldades cometidos por los Españoles en otros paises. Conoció entonces Pizarro ser necesario apelar á las armas, y por medio de una rápida marcha sorprendió al ejército enemigo que mandaba el cacique de la provincia, le derrotó, dió muerte á su gefe, y desde aquel momento el terror de su nombre le aseguró la quieta posesion del país, y permitióle adelantar hácia el interior del mismo, deseoso de avistarse con el soberano de aquel reino, el inca Atahualpa. Era este el sucesor de doce reyes, y habíase sentado en el trono despues de haber vencido en guerra civil á su hermano Huascar. El imperio de los incas, hijos del Sol, contaba entonces, segun tradicion, cuatro siglos de existencia, y estaba habitado por Indios que, al decir de los historiadores de la conquista, nada tenian de bárbaros. Usaban vestidos de algodon ó de lana muy fina de ciertos animales, y las mugeres llevaban ropa talar; adoraban al sol y á la luna, y todos los caminos por donde pasaron los Españoles estaban muy bien guarnecidos y cercados de árboles para defensa del calor.

Emprendida la marcha hácia el sur, estableció Pizarro á orillas de un rio una colonia á la que llamó San Miguel, y continuando su camino recibió á poco una embajada de Atahualpa, encargada de ofrecerle regalos y de explorar sus intenciones. Correspondieron á ella los Españoles con otra, y el inca solicitó una

entrevista, que se verificó en Caxamalca en noviembre de 1532. Pizarro y los suyos habian resuelto apoderarse de la persona de Atahualpa y de cuantos le rodeasen, y en efecto, apenas se presentó aquel con toda la pompa y magnificencia de un gran soberano, cuando á pretexto de haber despreciado los símbolos del cristianismo que le presentó el dominico Vicente Valverde, dió Pizarro de improviso la señal de acometer. Aterrados los Indios con el estruendo de la artillería, con el sonido de las trompetas, con el clamor de los soldados y con el ímpetu de los caballos, atónitos y como fuera de sí se arrojaron los unos sobre los otros y se pusieron en precipitada fuga. Aun así murieron muchos, y el mismo Atahualpa, abandonado en su litera, hubiera tambien perecido, á no haberle preservado Pizarro, quien le hizo prisionero. El botin en aquella ocasion recogido ascendió á una suma considerable.

Aun mas creció la riqueza y el asombro de los Españoles cuando el cautivo Atahualpa ofreció por su libertad llenar de oro hasta la altura á que él alcanzase con la mano la pieza en que estaba encerrado, que tenia veinte y dos piés de largo por diez y seis de ancho. Pizarro aceptó la oferta, y el rey hizo venir de Cuzco, Quito y otras ciudades del imperio cuanto oro pudo recogerse; en un principio no bastó para cumplir su promesa, y algunos soldados españoles pasaron á Cuzco para cerciorarse de ser realizables las promesas de Atahualpa. La sorpresa que allí experimentaron á la vista de tantos tesoros solo puede compararse á los excesos que cometieron contra aquellos aterrados Indios.

Por aquel tiempo llegó Almagro con un refuerzo de doscientos hombres á la colonia de San Miguel (1533), y aunque participó tambien del botin, manifestóse descontento, diciendo que Pizarro se habia adjudicado la mayor parte. Sin embargo, á fuerza de regalos y promesas aplacó Pizarro á su compañero, y quedaron otra vez reconciliados.

Atahualpa habia sido puesto en libertad, y su primer cuidado fué mandar dar muerte á su hermano Huascar, á quien tenia preso, para que con el favor de los Españoles no vengase la injuria recibida. Pizarro empezó entonces á concebir recelos del grande espíritu del inca, y como fuese acusado de haber urdido una conjuracion horrible, apoderóse otra vez de su persona; sometido el infeliz rey á un tribunal, fué condenado á ser quemado vivo, suplicio que por haber accedido á recibir el bautismo fué conmutado en el de horca. La muerte del inca produjo la anarquía y destruccion del imperio, y Pizarro supo aprovechar estas circunstancias para dominar en él, favoreciendo ya á uno, ya otro partido. Desde Caxamalca á Cuzco hay cuarenta dias de camino, y el caudillo español lo anduvo con sus tropas, sufriendo en el viage inexplicables trabajos, aunque recogió gran cantidad de oro y plata y ganó muchas victorias. En Jauja, ciudad opulenta situada en un amenísimo valle, estableció una colonia, en la que dejó sus tesoros y bagajes, y él continuó su marcha hácia la capital, donde entró por fin con escasa resistencia. Imposible es decir la inmensa cantidad de oro que allí se encontró, y los soldados llegaron á emplear aquel metal en los usos mas despreciables.

La fama de estos sucesos excitó en todos los pechos irresistible codicia. Sebastian Belalcazar, gobernador de la colonia de San Miguel, apoderóse por fuerza de armas de la ciudad de Quito, si bien quedaron frustradas sus codiciosas esperanzas por haberse llevado los Indios toda sus riquezas. Al mismo punto

se dirigia el gobernador de Guatemala, Pedro de Alvarado, uno de los mas valientes capitanes de Cortés que, noticioso de los triunfos de Pizarro, aspiraba á participar del botin. Grandes padecimientos experimentó su tropa en aquellas cordilleras y llanuras por nadie exploradas, y una vez en las inmediaciones de Quito, presentáronsele Almagro y Belalcazar resueltos á impedirle el paso. Era inminente una batalla, mas por fortuna la mediacion de algunos capitanes alcanzó que recibidos ciento veinte mil escudos, se retirase Alvarado entregando su ejército y sus naves. Cumplióse puntualmente uno y otro, y Almagro con sus nuevas tropas se puso en marcha hácia Cuzco para encargarse del gobierno (1534).

En el siguiente año fundó Pizarro en un valle agradable y fértil la ciudad de Lima, que habia de ser el centro de sus conquistas y la residencia de su gobierno. Por aquel tiempo volvió de España Fernando Pizarro, acompañado de muchos nobles, á quienes atraía la fama de tantas riquezas, y por él supieron aquellos Españoles el alborozo que habia causado en la Península la noticia de sus hazañas y de sus conquistas. A Francisco Pizarro se le dió el título de marqués de los Charcas, y se le confirmó el de gobernador de Nueva Castilla extendiendo su jurisdiccion á otras setenta leguas por la costa meridional; á Almagro, además del título de adelantado, se le confirió el gobierno independiente del gran territorio de Chile, no conquistado todavía; Valverde fué nombrado obispo de Cuzco en premio de sus trabajos apostólicos, y al propio tiempo el emperador dispuso diversas providencias para establecer la policía civil y cristiana de los Indios, aunque la avaricia, dicen los escritores de aquella edad, lo inutilizaba y corrompia todo. El nombramiento de los dos capitanes fué causa de que otra vez estallara entre ellos la discordia, pero avenidos al fin, partió Almagro á explorar la dilatada region de Chile, en cuyo viage experimentó no pocos trabajos, y Pizarro se aplicó á asegurar sus conquistas estableciendo colonias en lugares oportunos que sirviesen como de fortalezas para refrenar á los Indios.

No llevaban estos con paciencia la opresion de su país, así fué que cuando el inca Mango levantó el estandarte de la rebelion corrieron á agruparse á su alrededor millares de soldados. Doscientos mil insurrectos marcharon contra Cuzco, donde estaban los tres hermanos Pizarros con ciento setenta Españoles, á los que se unieron mil Cuzqueños que habian permanecido fieles; otro ejército considerable sitiaba al mismo tiempo á Lima, y por todas partes eran acuchillados los destacamentos españoles, sin que unos ni otros pudieran valerse ni auxiliarse en aquel apurado trance. Juan Pizarro habia muerto de una pedrada; Fernando y Gonzalo habian sido arrollados á un barrio de la ciudad; Francisco no podia abandonar los muros de Lima, cuando por fortuna llegó al valle de Jauja con algunos refuerzos Alfonso Alvarado, hermano del gobernador de Guatemala, y con su auxilio pudo Francisco Pizarro ahuyentar á la montaña á los sitiadores de la capital. En esto, regresó Almagro de la expedicion á Chile, habiendo atravesado doscientas setenta millas de arenales con increible sed y fatiga; se dirigió á Cuzco, ciudad que decia comprenderse dentro de los límites de su provincia; derrotó á los Indios que cercaban la plaza, y redujo á prision á los dos Pizarros que quisieron oponerse á sus pretensiones. Alfonso de Alvarado, teniente de Francisco Pizarro, marchaba en tanto en auxilio de aquellos, creyéndolos bloqueados todavía por los Indios, pero Almagro revuelve contra él, seduce á sus

tropas en Abancay y le hace prisionero. Mango es vencido luego en una sangrienta batalla, y Almagro, que resistió á las instancias de sus consejeros para que hiciera morir á los Pizarros, se establece en Cuzco, desafiando desde allí el poder de Francisco, que mandaba en Lima (1537).

En vano procuraron algunos caballeros componer la discordia por medio de árbitros para que no se empeorase con una funesta guerra. Francisco Pizarro procuraba entretener á su adversario con artificiosas proposiciones, hasta que, alcanzada la libertad de sus hermanos, se mostró resuelto á decidir la contienda por la via de las armas. Con cuantas fuerzas pudo reunir se dirige contra Cuzco, y Almagro, anciano y achacoso, hace que sus tropas al mando de su teniente Rodrigo Orgoñez le esperen en el campo de las Salinas, á media legua de la ciudad. En los dos ejércitos, que constaban de casi igual número de gente, iban muchos Indios auxiliares, y dada la señal, combatieron todos con aquella atrocidad propia de las guerras civiles. La victoria se decidió por Pizarro luego que Orgoñez cayó sin vida, y el mismo Almagro, que miraba desde un recuesto la batalla, fué hecho prisionero al buscar su salvacion en la fuga. Cuzco se rindió sin resistencia y los vencedores la entregaron al saqueo (abril de 1538).

Los Pizarros, sedientos de venganza, la satisfacen en la sangre de su antiguo compañero; acúsanle del delito de alta traicion, le hacen condenar á muerte, y en vano fué que el anciano caudillo les recordara su pasada amistad y la generosidad que con ellos observara: ahorcado en la cárcel, su cuerpo fué decapitado en la plaza pública. Con esto quedaron ellos sin rivales en aquella vasta region, pero su felicidad no habia de durar mucho tiempo, como hemos de ver en el capítulo siguiente.



Armadura del emperador Carlos V. que se conserva en la Real Armeria

CAPÍTULO IV.

Carlos I en Francia.—Magnífico recibimiento que se le hace.—Marcha á Flandes.—Sofoca la rebelion de Gante.—Nuevo rompimiento entre Carlos y Francisco.—Conferencia entre los católicos y los protestantes.—Dieta de Ratisbona.—El emperador en Italia.—Trata Carlos con Barbaroja para que este abrace su servicio.—Resuelve la expedicion á Argel.—Desastres que experimentaron los cristianos.—Su retirada.—Llega Carlos al puerto de Cartagena.—Guerra con Francia.—Operaciones de los Franceses en el Luxemburgo, en Flandes y en el Piamonte.—Sitio de Perpiñan.—El príncipe Felipe se pone por primera vez al frente del ejército.—Los Franceses levantan el cerco.—Cortes de Monzon.—Alianza de Carlos con Enrique de Inglaterra.—El emperador se embarca en Barcelona.—Blasco de Garay y sus inventos.—El emperador en Italia y Alemania.—Es vencido el duque de Cléveris.—Sitio de Landrecy.—Los Turcos en Hungría y en Italia.—Dieta de Spira.—Derrota de Cerisoles.—Batalla naval en las costas de Cantabria.—Carlos I y Enrique VIII invaden el reino de Francia.—Terror en París.—Tratado de Crespy.—Matrimonio del príncipe don Felipe con doña María de Portugal.—Nacimiento del príncipe Carlos.—Muerte de doña María de Portugal.—Muerte del duque de Orleans.—Muerte de Barbaroja.—Dieta de Worms.—Dieta de Ratisbona.—Concilio de Trento.—Muerte de Martin Lutero.—Alianza entre el papa y el emperador.—Guerra en Alemania.—El emperador en Ingolstadt.—Mauricio de Sajonia.—Se apodera de los estados de su primo.—Dispersion de las tropas luteranas.—Rendicion de varias ciudades.—Conjuracion en Génova.—Maquinaciones de Francisco I contra el emperador.—Muerte de Francisco I.—Nueva campaña en Alemania.—Batalla de Muhlberg.—Prision del elector de Sajonia.—Sumision del landgrave de Hesse.—Dieta de Augsburgo.—Trabajos del concilio de Trento.—Es trasladado de Trento á Bolonia.—Disensiones entre el papa y el emperador.—Conjuracion contra Pedro Luis Farnesio.—El *Interim*.—El príncipe don Felipe es llamado á Bruselas.—Los reinos de España durante este tiempo.—Muerte de Hernan Cortés.—Cortes de Monzon.—Cortes de Valladolid.—El archiduque Maximiliano gobernador de España.—Viage de don Felipe.—Su retrato.—Es jurado sucesor de los estados de Flandes.—Muerte de Paulo III.—Julio III.—El concilio es convocado otra vez en Trento.—Dieta de Augsburgo.—Pretende Carlos que su hijo sea reconocido como sucesor al imperio.—Muley-Hassan pierde el trono.—Guerra contra los piratas africanos.—Dragut.—Sitio y toma de la ciudad de Africa.—Fernando Pizarro en España.—Muerte de Francisco Pizarro.—Guerra civil.—Suplicio de Diego de Almagro.—Nuevas guerras.—Tranquilidad de que comenzaron á gozar los reinos de América.—Disposiciones en favor de los Indios.—Fúndanse las universidades de Méjico y Lima.

Desde el año 1539 hasta el 1550.

Sin detenerse en su camino llegaron el emperador y su séquito á la ciudad de Bayona y allí los recibieron el delfin y el duque de Orleans, acompañados del condestable de Montmorency. Ambos príncipes se brindaron á entrar en España y a permanecer aquí en rehenes hasta el regreso del emperador, pero este, que no queria ser vencido en la lucha de caballerosidad que con su rival empeñara, rechazó su oferta y dijo no exigir otra prenda de seguridad sino la palabra de su rey, ni aceptar otros rehenes que su propio honor. Continuaron luego su viage, que fué una prolongada ovacion, y en Chateleraut salió á recibirle Francisco I, aun no del todo restablecido de su pasada dolencia. Ambos monarcas prodigáronse vivas muestras de amistad, y por Amboise, Orleans y Fontainebleau lle-

A. de J. C. garon á París, donde hicieron una solemne entrada en medio de suntuosas y brillantes fiestas, el rey ostentando un magnífico y elegante trage, y el emperador vestido de luto por la reciente muerte de la emperatriz. Los moradores todos de la capital de Francia se lanzaron aquel dia á la calle para ver entre el suntuoso cortejo á los dos poderosos monarcas cuyo odio habia revuelto y devastado
1540 á Europa por espacio de veinte años (enero de 1540) (1).

Siete dias permaneció Carlos en París entre los multiplicados festejos de la corte francesa, no sin que algunas veces sintiera recelos y sospechas al pensar en el riesgo á que se habia expuesto. Sabia que aconsejaban á Francisco que le retuviera en prision, y algunas escenas casuales ó previstas no dejaban de justificar sus temores. Sin embargo, de todo triunfó en este caso la lealtad del rey, sostenida por las excitaciones del condestable y de la duquesa de Etampes, muy adherida al emperador, y este, procurando eludir cuanto se referia á la candente cuestion de Milan, salió por fin de París, despues de dejar entre los cortesanos grandes muestras de su munificencia, acompañándole el rey hasta San Quintin y los príncipes hasta Valenciennes. Allí le esperaba su hermana María con un cuerpo de caballería flamenca, y despidiéndose todos con repetidos testimonios de afecto, dirigióse Carlos hácia la ciudad sublevada.

El intenso dolor que habia experimentado por la muerte de la emperatriz no pareció ser bastante á ablandar su corazon ni á inspirarle indulgencia y compasion por las faltas é infortunios agenos. Los Ganteses, que se vieron solos expuestos al poder de su soberano, apresuráronse á ofrecerle la entrega de su ciudad y á implorar su misericordia; pero Carlos se limitó á contestarles que se presentaria en medio de ellos como soberano, con el cetro y la espada en las manos, y se puso en marcha á la cabeza de las tropas que de todas partes se reunian. El 24 de febrero, aniversario de su nacimiento, penetró en la ciudad cuyos moradores vacilaban entre la esperanza y el temor, é insensible esta vez Carlos á la voz de la clemencia, abolió la antigua forma de gobierno con que se rigieron hasta entonces los Ganteses, privó á estos de sus privilegios é inmunidades, destituyó á los magistrados y regidores, disolvió las juntas y cofradías, mandó conducir al suplicio á veinte y seis ciudadanos, otros muchos fueron desterrados despues de perder sus bienes, y además de costear la ciudad el levantamiento de una ciudadela, impúsosele un tributo anual para el sosten de la guarnicion.

Restablecida así la autoridad imperial en los Paises Bajos comenzó Carlos á descubrir sus designios tocante al Milanesado, hasta revelarlos por completo.

---

(1) El cortejo que acompañó á los dos reyes en su solemne entrada en París componíase de todas las congregaciones regulares que habia entonces en la ciudad; de doscientos arcabuceros á caballo, trecientos arqueros y doscientos ballesteros, vestidos de librea recamada de plata; de todos los oficiales comunes con trages de escarlata; de veinte y cuatro regidores, con trages morados y forrados de varias pieles; de cien mancebos de la nobleza, vestidos de terciopelo con guarniciones de oro; de doscientos cincuenta oficiales de la corte á caballo con ropas talares; del preboste de París con los abogados y procuradores; del parlamento con doce vireyes, en mulas y con vestidos de grana; de los tribunales con sus presidentes; del consejo real y del gran canciller de Francia; de doscientos gentiles hombres con la guardia suiza; del duque de Alba, Saint-Paul y Granvelle, y de los cardenales Tournon y Borbon. Venia luego el emperador debajo de un palio de brocado con el rey y los príncipes, y cerraban la comitiva seis cardenales, los duques de Vendome y de Lorena y otros grandes señores españoles y franceses.

Eludió primero las representaciones de los embajadores de Francia cuando le instaron para que resolviera definitivamente el asunto, y en seguida, manifestando estar resuelto á no dar á nadie aquel ducado, puesto que lo poseia como cosa propia, dijo que únicamente podia acceder á dar al duque de Orleans la mano de su hija mayor, que llevaria en dote los estados de Flandes con nombre y título de reina.

El enojo de Francisco no conoció límites al saber esta resolucion, mas por lo que lastimaba su amor propio que por lo que perjudicaba sus intereses. El que burlara á Carlos en Madrid y en Cambray habia caido esta vez en el lazo que el emperador le tendiera con su vago lenguage y sus ambiguas promesas, y vueltos Carlos y Francisco á su enemistad antigua, era seguro que de nuevo habia de costar á Europa torrentes de sangre. Las embajadas que por aquel tiempo enviaron ambos reyes á Venecia, manifiestan bien la diversidad de sus miras y los planes que el rey meditaba; queria Carlos que el senado de aquella república se uniese con él en alianza contra el Turco, pero el Francés, que de nuevo se habia aliado con Soliman, persuadia á los Venecianos que hiciesen otro tanto. La república, enemiga de figurar en las contiendas de los poderosos rivales, se negó á ambas pretensiones, y aunque cediendo algunas plazas de Morea y de Ragusa, prefirió la paz á unas alianzas que le prometian graves cargas y pocos beneficios.

Los asuntos de Alemania llamaron entonces con preferencia la atencion del emperador, y despues de permanecer algunos meses en Gante para asentar el gobierno, dirigióse á aquel país, instado por los protestantes para que hiciese practicar las prometidas conferencias entre los teólogos de ambas partes. No podia el pontífice mirar con agrado que así se tratasen cuestiones religiosas sin su intervencion y direccion; mas el emperador, atento sobre todo á lo que pudiese atraerle el afecto de los Alemanes, autorizó la conferencia, que se tuvo en la dieta de Worms y que luego fué trasladada á la de Ratisbona, entre el célebre teólogo Juan Ecks y Felipe Melancton (diciembre de 1540). No produjo, empero, resultado alguno, como era de esperar, y la dieta se disolvió adoptando á pluralidad de votos la resolucion siguiente: los artículos acerca de los cuales habian convenido los doctores en la misma asamblea debian de tenerse por determinados y observarse inviolablemente por unos y por otros, y en cuanto á los puntos en que no habia sido posible el acuerdo habian de remitirse á la decision de un concilio general, en su defecto á la de un sínodo que se reuniria en Alemania, y en último extremo á la de una dieta general del imperio. Católicos y protestantes todos quedaron igualmente descontentos de esta decision, y especialmente los primeros prorumpieron en violentas quejas contra el emperador.

La clave para explicarnos la lenidad del emperador para con los protestantes en aquellas circunstancias hallarémosla en la tormenta que veia formarse por la parte de Francia y en la que acababa de estallar en el reino de Hungría. Juan Zapoly habia muerto dejando un hijo de corta edad, por nombre Estéban, al que reconoció parte de la nacion, y cuyos tutores, siguiendo el ejemplo del difunto monarca, invocaron el apoyo de Soliman para contrarestar á Fernando, rey de Romanos y de Hungría. Los Turcos acudieron á este llamamiento, y despues de derrotar á los Alemanes que sitiaban la plaza de Buda, se apoderaron de la reina, del rey y

A. de J. C. de los principales magnates, y conquistaron gran parte de Hungría para el imperio otomano, amenazando desde allí los estados alemanes. Véase, pues, si faltaban razones á Carlos para retardar cuanto pudiese el definitivo choque entre católicos y protestantes, y recibidos de ambas partes socorros de hombres y di-
1541 nero, tranquilo acerca de la seguridad del imperio, se dirigió á Italia (1541).

A su paso por Luca celebró una corta conferencia con el papa, en la que trataron, aunque con poco éxito, de la cuestion religiosa; los esfuerzos del pontífice para reconciliar á Carlos y á Francisco no tuvieron tampoco mejor resultado, absorto como se hallaba entonces completamente el emperador en su idea de devolver el sosiego á las costas españolas é italianas, infestadas por los piratas argelinos. Siempre que le dejaban algun reposo su rival de Francia y los protestantes alemanes, volvia á su idea constante, á la de pelear con los infieles.

En efecto, si bien los piratas turcos habian sufrido muy rudo golpe con la conquista de Tunez, aun desde Argel, que permanecia en su poder, devastaban el Mediterráneo y los paises del litoral. El año anterior don Bernardino de Mendoza habia alcanzado contra ellos una gran victoria naval en las costas africanas, y esto puede decirse que era lo único que turbaba la tranquilidad interior de que la Península gozaba.

Duraban hacia algunos años los tratos entre el emperador y el célebre Barbaroja para que este, apartándose del servicio del sultan, abrazase el del rey de España, trayendo consigo la mayor parte de la armada turca, y esto explica la conducta de Doria y del pirata cuando se encontraron en el golfo de Larta. Varios mensages y cartas habian mediado entre el capitan Alfonso de Alarcon, obrando bajo las inspiraciones de Doria y dé don Fernando de Gonzaga, y el corsario berberisco, y aun ambos llegaron á avistarse en la ciudad de Constantinopla, por cuyo medio supo exactamente el emperador cuanto habia mediado entre el rey de Francia y el sultan de Turquía. Acordes estaban ya Carlos y Barbaroja en los siguientes puntos: en que este vendria al servicio de S. M. con cincuenta y cinco ó sesenta galeras; en que enviaria su hijo á España; en que desarmaria todas las galeras y limpiaria el mar de corsarios; en que habria libre contratacion entre los berberiscos y los vasallos de S. M., y en que Barbaroja ayudaria con todas sus fuerzas al emperador contra el Turco, Venecia, Francia ó cualquier otro enemigo. Disentian sin embargo, el corsario en la exigencia que hacia Carlos, receloso de su buena fé, de que quemara antes la mayor parte de las naves turcas, y Carlos en la pretension de Barbaroja de que le fuese devuelto el reino de Tunez, poseido entonces por Muley Hassan. Estas negociaciones continuaron por los años 1539 y 1540, á pesar de haberse roto las hostilidades en las costas de Italia y de haber sucumbido la guarnicion de Castelnovo, y así es que no se prestaba gran atencion á las instancias del rey tunecino para que se le enviara una armada con que póder oponerse á los incesantes progresos de los Turcos, que le habian despojado de muchas ciudades.

A principios de 1540 parecia que los tratos habian de dar una solucion satisfactoria, puesto que Carlos y Barbaroja habian accedido á lo que recíprocamente se exigian, cuando se informó de todo cierto Antonio Rincon, capitan de Medina del Campo, hombre de malos antecedentes que residia ordinariamente en Constantinopla en contínuos tratos con Turcos y Franceses. Avisado el sultan,

frustróse la negociacion, y seguramente que desde entonces quedó del todo abandonada, no pensando el emperador y sus consejeros sino en defender á Tunez y en enviar naves y tropas á los presidios de la costa de Africa.

Esto fué causa tambien de que resolviera el emperador realizar la expedicion contra Argel que de antiguo meditaba, y aun cuando Andrés Doria, el marqués del Vasto, sus principales caudillos y hasta el papa procuraron disuadirle de ello por los peligros que ofrecia el mar en aquellas costas y en aquella estacion, Carlos, obedeciendo únicamente á consideraciones políticas, apresuró y terminó en breve los preparativos. Despidióse, pues, del pontífice en Luca para dirigirse con su yerno Octavio al puerto de Luni, y embarcadas en los navíos de carga las compañías italianas y una brigada de Alemanes, hízose á la vela con una armada de treinta y cinco galeras. No tardó la experiencia en justificar las previsiones de Doria y fuertes y contrarios vientos molestaron á las naves hasta su llegada á Mallorca, punto de reunion de las fuerzas expedicionarias. Gonzaga se hallaba ya en aquel puerto con las galeras y las tropas de Sicilia, y unidos á estas mil soldados que habia enviado la órden de San Juan mandados por cien caballeros, halláronse reunidos veinte mil hombres de infantería, dos mil caballos y mas de doscientas naves, fuerzas suficientes para esperar con fundamento la victoria.

Peligrosa fué tambien la navegacion desde Mallorca hasta las playas africanas, y á duras penas, por lo alborotado del mar, pudieron ser desembarcadas las tropas (13 de octubre). Terminada esta operacion y arrollados con poco trabajo los Moros que iban por la costa, púsose en marcha el ejército, dirigiéndose inmediatamente contra la ciudad de Argel, no muy distante del sitio del desembarque. Mandaba en ella desde la ausencia de Barbaroja el renegado Hassan Agá, y animoso y confiado en sus fuerzas compuestas de ochocientos Turcos y de cinco mil Moros africanos y españoles, contestó con altivez al mensage del emperador que le intimaba la rendicion de la ciudad. Carlos procedió entonces á establecer y fortificar su campamento junto á aquella, dividiendo las estancias por naciones: los Españoles, con su capitan Sande, ocuparon los primeros los collados que ciñen la plaza por las espaldas, sosteniendo para ello empeñados combates; los Alemanes se extendieron por la parte de oriente rodeando la tienda del emperador, y los Italianos quedaron en los parages inmediatos á la costa. Inmediatamente comenzóse á desembarcar la artillería, los caballos y víveres, pero mientras se ocupaban los cristianos en estas y otras operaciones, levantóse una furiosa tormenta de viento, lluvia y granizo, que continuando toda la noche infundió graves temores á los marinos y dejó sin abrigo al ejército de tierra en un suelo convertido en pantanoso lago. Hassan Agá aprovechó aquella fatal situacion, y al amanecer del siguiente dia cargó con sus tropas descansadas contra los Italianos, que no pudiendo resistir al choque se dieron á huir. El emperador y Gonzaga acudieron al tumulto; rehicieron las compañías y atacaron otra vez al enemigo hasta encerrarlo en la plaza. Los caballeros de Malta, que aquel dia padecieron mucho, se distinguieron por su noble esfuerzo, y algunos llegaron á clavar sus puñales en las mismas puertas de la plaza. Otra salida rechazaron aquel dia los Alemanes acaudillados por el mismo emperador que marchaba delante de todos con la espada desnuda, pero nada pudo el valor de todos contra

la lastimosa catástrofe que á poco tiempo sobrevino. Desencadenóse un furioso nordeste, y rompiendo cables y arrancando anclas, en pocas horas estrelló ó sumergió ciento cuarenta buques de todos portes. Los infelices marineros perecian envueltos por las olas ó al hierro de los enemigos los que llegaban á la playa, y cuanto en esta se alcanzaba á registrar presentaba el aspecto de la desolacion. Tampoco en los reales se mostraba la fortuna con mas favorable semblante, pues el soldado no podia trabajar ni levantar las tiendas ni subsistian las levantadas, porque todo lo rompia y arrebataba el viento. Así pasaron aquel dia y llegó la noche sin que la tempestad cesara. El emperador en tanto con rostro sereno, indicio de su constancia, recorria todo el campo vestido con su cota de malla, tolerando con ánimo invencible la inclemencia del cielo y sufriendo con paciencia la horrible situacion en que se hallaba. Nunca, dice Lafuente, fué personalmente mas grande, y nunca como entonces se acreditó de heróico en el combate, de imperturbable en el peligro, de fuerte en la fatiga, de sufrido en las privaciones, de magnánimo en la adversidad (1). Cuéntase que en medio de los horrores de aquella noche preguntó á unos marineros que hora era, y como le contestasen que las once y media, díjoles estas palabras que revelan la fé de Carlos en el poder y la eficacia de la oracion: «No desmayeis, hijos mios; de aquí á media hora se levantarán todos los frailes y monjas de España para rogar por nosotros.» Sus preces, empero, no pudieron apartar del ejército aquel cúmulo de calamidades, y Doria que con algunos buques medio destrozados habia podido ganar el cabo de Metafuz, envió una galera para avisarlo al emperador y aconsejarle que se dirigiese allí y se reembarcase, si no queria ver la completa ruina de todos los suyos.

Fiat voluntas tua, exclamó el emperador, y desoyendo las obstinadas y valerosas palabras de Hernan Cortés, el conquistador de Méjico, que formaba parte de la expedicion, y que avezado á sus prodigiosas campañas, queria penetrar en la ciudad espada en mano á la cabeza de los Españoles, dió la órden de retirada. Mucho padecieron todos en los tres dias que duró la marcha por la falta de víveres, pues estos se habian perdido ó la humedad los habia corrompido, y por los incesantes ataques de los Moros montañeses. Los mas débiles caian sin aliento; los heridos y enfermos eran abandonados en medio del camino, y muchos se ahogaron en los torrentes que bajaban impetuosos á causa de las lluvias. Llegaron finalmente al cabo de Metafuz, donde con los víveres que tenia Doria en sus galeras repusieron sus gastadas fuerzas, y entonces se trató de nuevo de si convendria reembarcarse ó volver contra Argel á vengar los contratiempos pasados; á este partido se inclinaban Hernan Cortés y algunos capitanes, pero el emperador y los mas prudentes opinaron por abandonar la empresa. Los caballos hubieron de ser arrojados al agua con gran dolor de sus dueños, para hacer lugar á los hombres en las naves, y embarcados sucesivamente los Italianos, los Alemanes y los Españoles, el emperador fué el postrero en abandonar la playa, haciendo frente con su nobleza á una division enemiga que amenazaba atacar su retaguardia. Apenas embarcados, levantóse para colmo de desgracias una nueva tormenta, y mientras algunas naves se estrellaban en la costa, las demás

(1) Lafuente, Hist. gen. de Esp., p. 3 ª, l. II, VI.

se dejaron llevar á donde las arrebataba la invencible fuerza de los vientos, arribando á diversas partes de Europa para anunciar el éxito de la funesta expedicion. El emperador despues de abordar en Bugia fué llevado á la isla de Mallorca, y en diciembre arribó lleno de tristeza al puerto de Cartagena con gran alegría de los Españoles que recelaban que ya no volviese.

Esta desgracia del emperador comunicó grandes bríos á Francisco de Francia, mayormente llegando hasta él abultada por la distancia y las exageraciones populares. Enviando embajadores á todas partes, no dejaba piedra que no moviese contra él, y alegando no ya sus pretensiones á Milan, firmado como habia la tregua de Niza, sino tomando por pretexto un suceso que luego explicaremos, afanábase por buscar aliados y renovar la guerra. Soliman fué el primero que correspondió á los deseos del monarca francés olvidando el resentimiento que en él causara la anterior amistad de Francisco con el emperador, y ambos aliados dirigieron sus esfuerzos á hacer entrar en sus planes á la república de Venecia. A este fin Francisco despachó á Antonio Rincon y á Cesar Fregoso, genovés adicto á Francia, con pliegos para aquella señoría, pero al tiempo de pasar el Pó asaltáronlos unos hombres enmascarados que se hallaban en emboscada y los asesinaron (mayo de 1541). Su objeto era, al parecer, apoderarse de sus papeles, pero no pudieron conseguirlo, porque previsores los mensageros los habian enviado por delante al representante de Francia en Venecia.

La opinion pública atribuyó el delito á agentes del marqués del Vasto, gobernador de Milan, que habia querido enterarse de lo que se maquinaba contra su soberano. Guillermo du Bellay, que gobernaba el Piamonte en nombre de Francia, instruyó sobre el hecho un minucioso sumario, y de él con justicia ó no se dijo desprenderse con evidencia la culpabilidad del gobernador imperial. Francisco, despechado por el insulto hecho á su corona, manifestó á todas las cortes de Europa lo atroz del caso y ponderó la desleal conducta del emperador que así violaba la tregua, al propio tiempo que sus embajadores exigian de Carlos, que se hallaba entonces en Luca preparándose á marchar á Argel, inmediata satisfaccion. Contestó el emperador que el asesinato de los embajadores se habia cometido sin noticia suya, que su gobernador de Milan rechazaba toda complicidad en el suceso, pero que de todos modos procuraria descubrir á los asesinos y los entregaria en manos de los Franceses. Ya fuese convencimiento de que Carlos sabia mas en el asunto de lo que aparentaba, ya deseo de tener un pretexto para romper con su rival, ó las dos cosas á la vez, ello es que Francisco no se dió por satisfecho con esta contestacion y que continuó solicitando la ayuda de los soberanos y príncipes contra el que suponia infractor de los tratados. Sus proposiciones fueron generalmente desechadas, y solo las admitieron los reyes de Dinamarca y de Suecia, el duque de Cléveris, que disputaba á Carlos la posesion del ducado de Güeldres y á quien Francisco habia desposado con su sobrina Juana de Albret, hija de Enrique de Navarra, y algunos príncipes protestantes, incitado cada uno de ellos por sus propios fines y particulares intereses. El papa persistió en su neutralidad; la república de Venecia, siguiendo su prudente política que le aconsejaba igual conducta, no quiso quebrantar la paz que Carlos le concediera en Nápoles; Francisco no pudo lograr que abrazase su partido la liga protestante, interesada en no disgustar al emperador, y tampoco fué afortunado

A. de J. C. cerca del rey de Inglaterra, mas dispuesto á aliarse con Carlos que con Francisco desde la muerte de Catalina de Aragon y desde que el Francés concediera á Jacobo V de Escocia la mano de su hija Magdalena primero y despues, por fallecimiento de esta, la de María de Guisa. Una dolencia que experimentó el rey de Francia, motivada por sus licenciosas costumbres, retardó por algun tiempo la guerra, pues sin duda que Francisco hubiera aprovechado la ausencia del emperador en Argel y los triunfos de los Turcos en Hungría, preparado como estaba con la escogida recluta que habia hecho por todo su reino; mas la declaró por fin á poco tiempo de hallarse Carlos de regreso á España de su funesta
1542 expedicion (1542). De este modo, dice un historiador, el término de la campaña de Africa fué el principio de una triple guerra; la furiosa pasion de dominar es ciertamente un gran mal que nunca deja descansar á los reyes, y todos los dias nacen unas de otras nuevas controversias y disputas, enlazadas entre sí de tal modo, que nunca falta justa ó injusta causa de hacer la guerra y motivos para derramar la sangre humana (1).

Francisco levantó cinco ejércitos; el uno debia invadir el Luxemburgo al mando del duque de Orleans; otro, mandado por el delfin, debia marchar contra el Rosellon; el tercero á las órdenes de Martin Van Rossen, mariscal de Güeldres, habia de operar en Brabante; el duque de Vendome, Antonio de Borbon, mandaba el cuarto, destinado á los Paises Bajos, y el almirante Annebaut, sucesor de Montmorency en la privanza real, recibió el mando de las tropas acantonadas en el Piamonte. El duque de Orleans abrió la campaña invadiendo el Luxemburgo con gran celeridad y fortuna; todas las plazas de aquel territorio, excepto Thionville, cayeron sucesivamente en su poder; pero habiendo vuelto á Francia poco despues, deseoso de compartir los laureles que se prometia su hermano en las fronteras de España, el príncipe de Orange cayó sobre el duque de Guisa, que habia quedado por gobernador de la provincia, y recobró cuanto habia perdido. Revolvió luego contra el duque de Cléveris que le habia vencido en Brabante, y á su vez derrotó su ejército. Amberes frustró con su firmeza todas las tentativas de Van Rossen, y en el Piamonte limitáronse Annebaut y du Bellay á la toma de algunas plazas de poca importancia, cuya mayor parte recobraron despues las tropas del marqués del Vasto. El delfin en tanto habíase puesto sobre Perpiñan con cuarenta mil hombres, pero su invasion no habia sido bastante rápida para que no hubiesen podido introducirse en la plaza tropas y provisiones. Resistió, pues, denodadamente á todos los ataques, y empeñado el emperador en su conservacion, reunió un numeroso cuerpo de tropas para marchar á su socorro. La ocasion le pareció favorable para que hiciera su hijo Felipe sus primeras armas, y colocólo á su cabeza, poniendo á su lado sus mejores generales. El príncipe dirigióse rápidamente hácia la costa, pero el delfin, que no veia llegar el auxilio del Turco y cuyas tropas eran diezmadas por las enfermedades, levantó á toda prisa su campo y se retiró á Montpeller, donde se hallaba el rey su padre. Felipe entró triunfalmente en la ciudad, y los Españoles auguraron bien del jóven príncipe por el resultado de su primera empresa. Así, pues, ningun fruto habia reportado Francisco de sus inmensos armamentos, y esto en ocasion en que tan

(1) Miñana, *Cont. de la Hist. gen. de Esp.*, l. III, cap. XIII.

rudo golpe habia sufrido el poder de Carlos con el desastre de Africa. Así terminó la campaña de 1542. A. de J. C.

A su regreso de Perpiñan el príncipe fué llamado por su padre á Monzon para sucederle en la presidencia de las cortes generales de Catalanes, Aragoneses y Valencianos que allí estaban convocadas. Don Felipe recibió con todas las ceremonias prescritas el juramento de los tres reinos como heredero de la corona aragonesa, y en seguida votaron las cortes un subsidio para atender á las necesidades del monarca.

Además de reunir dinero, para lo cual habia convocado Carlos la asamblea de Monzon y las cortes de Castilla en Valladolid aquel mismo año, las que le sirvieron con cuatrocientos mil escudos, disponíase por todos los medios para continuar la lucha el siguiente verano. Las plazas de Fuenterrabia, Perpiñan y Salces recibieron tropas y provisiones; don Pedro de Guzman, conde de Olivares, llevó á Flandes un considerable cuerpo de infantería, y mientras el emperador tomaba prestada una cuantiosa suma á Juan, rey de Portugal, en prenda de cuya deuda le abandonó la posesion de las Molucas y el rico comercio de especiería que se hacia en aquellas islas, sus embajadores instaban á Paulo III para que abandonando su neutralidad, se declarase enemigo del monarca que unia su causa á la de los infieles. No pudieron, empero, conseguirlo, conociendo el pontífice haber de obrar con gran cautela en las críticas circunstancias que la Iglesia atravesaba á fin de no dar pretexto á Francisco para imitar la desatentada conducta de Enrique de Inglaterra, y disgustado el emperador, dió una pragmática prohibiendo á los extranjeros obtener en España pension ni beneficio, disposicion dirigida directamente contra la curia romana. Mas afortunado en Inglaterra, Enrique VIII, decidido ya á romper con el Francés, hizo con él un tratado de alianza (febrero de 1543), por el cual convinieron en exigir á Francisco que abandonase su amis- 1543
tad con los Turcos, resarciendo los daños que esta escandalosa alianza habia producido; que devolviese el ducado de Borgoña á Carlos; que suspendiese toda hostilidad contra él para dejarle en libertad de volver sus armas contra los enemigos de la fé, y por fin que pagase á Enrique las sumas que le adeudaba ó le diese en prenda algunas ciudades, todo con la amenaza de que si no era cumplido dentro de cuarenta dias, ambos reyes invadirian la Francia.

Por su parte Francisco no se mostraba menos diligente en sus preparativos para la próxima campaña: reunió tropas, rehizo sus ejércitos, envió nuevos embajadores á Constantinopla logrando de Soliman la promesa de que volveria en persona á Hungría y de que Barbaroja devastaria las costas de Italia y de España, y al tiempo que los representantes de Carlos en Europa procuraban concitar el odio general contra el que unia su bandera con la de los infieles, él por medio de manifiestos y de cartas vituperaba con acrimonía la alianza que el emperador celebrara con el cismático y excomulgado Enrique. De esta suerte se disfamaban mútuamente ambos príncipes, vueltos del todo á su rencor pasado.

El deseo que tenia el emperador de oponerse personalmente al poder del Turco obligóle á salir otra vez de la Península; en realidad podia decirse que solo venia á esta tierra como á su erario y la abandonaba luego que reunia los fondos necesarios para sus contínuas empresas. En 1.° de mayo confió la regencia á su hijo don Felipe, de edad entonces de diez y seis años, que por la es-

merada educacion recibida y por sus dotes de naturaleza revelaba ya la prudencia que despues habia de distinguirle; sujetóle á la direccion general de un consejo compuesto de don Fernando de Toledo, duque de Alba, del cardenal Tavera y del comendador Francisco de los Cobos, y dirigióse en seguida á Barcelona donde ya le esperaba el príncipe Andrés Doria con sus galeras; en ellas se embarcó con ocho mil veteranos españoles y setecientos caballos.

Desde Palamós escribió Carlos á su hijo una larga carta, interesante por mas de un concepto. Ella es otra prueba de la solicitud con que Carlos velaba aun de lejos por la conducta de su hijo y se esforzaba en formar su carácter; el consumado marino daba al jóven piloto consejos por medio de los cuales pudiera orientarse en aquellos mares para él desconocidos, y procuraba iniciarle en el conocimento de los hombres, que fué sin duda la gran cualidad que permitió á Carlos conducir á buen fin sus grandiosos designios. «El duque de Alba, dice el emperador á su hijo, es el hombre de estado mas inteligente y el mejor soldado de mis reinos; no dejeis de consultarle en todos los asuntos militares, pero no os fieis enteramente en él. En esas ni en otras cuestiones, sean las que fuesen, no confieis en nadie sino en vos mismo. Mucho desearian los grandes granjearse vuestro favor y gobernar en vuestro nombre el país; pero si tal cosa consintierais, vuestra ruina seria cierta. Empleadlos á todos, servíos de ellos, pero no os apoyeis exclusivamente en ninguno; en cuantos conflictos caigan sobre vos, confiad siempre en Dios y no penseis sino en él.» El emperador hablaba en seguida del comendador Cobos á quien representa como un hombre harto aficionado á los placeres, y con este motivo explica á Felipe las consecuencias de una vida disoluta, funesta á la vez para el alma y para el cuerpo, advertencia al parecer muy oportuna por la aficion á los galanteos que manifestaba don Felipe. «Finalmente, dice el monarca, aun cuando haya de estar satisfecho de vuestra conducta, no olvideis que quisiera miraros perfecto, y hablando con franqueza y por mas que muchos digan lo contrario, observo todavía cosas que reprender en vos. Es vuestro confesor vuestro antiguo maestro el obispo de Cartagena (Juan Martinez Siliceo habia sido recientemente elevado á aquella dignidad), y aunque excelente varon, como todo el mundo sabe, espero que se mostrará mas cuidadoso de vuestra conciencia de lo que lo fué de vuestros estudios, y que sobre este punto no ha de ser tan llano y fácil como sobre el otro (1).» Al dirigir á su hijo esta curiosa carta, el emperador le encargaba que á nadie la comunicara y que la destruyera ó se la devolviera en caso de enfermedad. Edificante, en efecto, habria sido para aquellos cortesanos, que se creian tan avanzados en el favor del monarca, ver hasta que punto sondeaba el soberano las profundidades de su alma y conocia sus vicios y sus virtudes.

Por aquel tiempo verificóse en el puerto de esta ciudad de Barcelona un suceso que no puede pasar para nosotros desapercibido, puesto que constituye, segun lo opinion general, una de las glorias nacionales. Blasco de Garay, pobre hidalgo, dedicado al estudio de las ciencias entonces conocidas, habíase dirigido en 1539 al emperador ofreciéndole entre muchas útiles invenciones para conver-

---

(1) Cabrera, *Felipe segundo*, l. I, c II; Leti, *Vita di Filippo II*, t. I., p. 132; Sandoval, *Historia de Carlos quinto*, t. II, p. 299 y sig.

tir en potable el agua del mar, para hacer un molino á bordo, servido por un solo hombre, para mantener luz dentro del agua, para sacar efectos y barcos idos á pique con ayuda de solos dos hombres, etc., construir un ingenio para mover los buques en tiempo de calma sin el auxilio de remos. Carlos, oido su consejo, prometió á Garay en 22 de marzo de 1539 un premio proporcionado á su servicio si realizaba lo ofrecido en el memorial, y al propio tiempo dió órden de que se le facilitaran materiales y operarios para ensayar la construccion del ingenio proyectado. Varias paralizaciones sufrió la obra y distintos experimentos se hicieron de ella en el puerto de Málaga, perfeccionándose sucesivamente, hasta que por fin en 17 de junio de 1543 hízose la quinta prueba en el puerto de Barcelona en un buque llamado Trinidad, de porte de doscientos toneles, á presencia de varias personas y autoridades. De los documentos del archivo de Simancas, examinados por Lafuente, dedúcese que el ingenio de Blasco de Garay consistia en dos ruedas compuestas de palas, movidas por hombres y dispuestas con cierto artificio; en ellos no se habla de calderas ni de agua hirviendo, ni se menciona nada que pueda referirse al vapor, pero en los mismos consta claramente que cuantas personas presenciaron los repetidos experimentos, si bien observaban en la máquina ciertos defectos de mas ó menos difícil correccion, entre otros la gran fatiga de los cincuenta hombres que para moverla se necesitaban, estuvieron unánimes en reconocer que el barco movido por ella andaba á razon de legua por hora y mas, y viraba de bordo con gran facilidad, siendo excelente el ingenio para una batalla, para tomar un puerto y salir de él, para doblar una punta, para juntarse las naves desviadas unas de otras, para bornearse y otras cosas. Las grandes ocupaciones del emperador no le permitieron sin duda dedicar á este asunto la atencion necesaria, y no sabemos que el ingenio para mover los buques ni los demás inventos del aplicado hidalgo tuviesen otra consecuencia, excepto el de los molinos, que se difundió al instante y por el cual se pidió privilegio de invencion (1).

Llegó el emperador á Génova á fines de junio y se hospedó en el palacio de Doria donde fué obsequiado con grandes festejos y fué visitado por los principales personages de Italia. El pontífice, que se habia adelantado hasta Bolonia, le invitó á una conferencia por medio de su hijo Pedro Luis Farnesio, pero el emperador se excusó resentido con él y deseoso de acelerar su viage á Alemania; viéronse sin embargo en Bujeto, lugar entre Plasencia y Cremona, y Paulo III, que sabia la necesidad de dinero en que estaba Carlos, propúsole comprarle la investidura de Milan ofreciéndole por ella una crecida suma. No desoyó el emperador la proposicion, si bien se obstinaba en retener algunas fortalezas, atribuyéndole varios autores la bastarda idea de recobrar toda la Lombardía luego de recibido el dinero; pero hubieron de romperse los tratos acerca de tal asunto en

(1) De todo lo dicho deduce Lafuente que Blasco de Garay no inventó el vapor. Dió orígen á la opinion contraria el aserto del archivero de Simancas don Tomás Gonzalez, que hablando del experimento hecho en Barcelona dice: «Nunca quiso Garay manifestar el ingenio descubiertamente, pero se vió al tiempo del ensayo que consistia en una gran caldera de agua hirviendo y en unas ruedas de movimiento á una y otra banda de la embarcacion.» Este aserto, sin embargo, á juzgar por las pruebas que Lafuente aduce, debió de ser completamente gratuito, ó á lo menos no se han hallado hasta ahora documentos que lo justifiquen y que hablen, como el citado archivero, de caldera y de agua hirviendo.—Para mayores detalles véase á Lafuente, p. 3.ª, l. II, XII

vista de la indignacion que por perder aquel ducado manifestaron los Españoles y de las razones sabia y vigorosamente alegadas por el gobernador de Siena don Diego de Mendoza. Con todo, la necesidad de recursos pecuniarios que experimentaba Carlos le hizo contratar con Cosme de Médicis en cambio de doscientos mil escudos la salida de las guarniciones españolas que hasta entonces habia tenido en Florencia y en Liorna, viendo de este modo el duque asegurada su independencia, pues llamábanse aquellas plazas con justo motivo los grillos de Toscana.

Vanas fueron las súplicas del pontífice al emperador para el restablecimiento de la paz, y Carlos continuó su viage á Alemania por los Alpes tridentinos. Francisco habia abierto la campaña en los Paises Bajos, y despues de entrar en Landrecy, penetró en el ducado de Luxemburgo, que halló tan desguarnecido de tropas como el año anterior. En esto Carlos, puesto al frente de un ejército de treinta mil hombres, precipitóse sobre los estados del duque de Cléveris, de quien habia jurado tomar una ejemplar venganza. Imposibilitado el duque de resistir á semejantes fuerzas reforzadas además por las tropas de los Paises Bajos al mando del príncipe de Orange, abandonó la campaña y dejó que los imperiales sitiaran y entraran á saco la fuerte plaza de Duren, despues de reñidísimos combates. La consternacion que este suceso produjo fué causa de que abrieran sus puertas gran número de ciudades, y desvanecida mas y mas la creencia popular de que el emperador habia muerto en Argel y de que llevaban los imperiales una estátua parecida al difunto que enseñaban en ciertas ocasiones, el duque, sin recursos, sin recibir los auxilios que se le prometieran de Francia, conoció no tener otro medio para conservar sus estados que implorar la clemencia del emperador. Presentóse, pues, á él con algunos caballeros; hincóse de rodillas en señal de arrepentimiento , y en aquella postura recibió de Carlos , que en este caso se mostró implacable, las condiciones mediante las cuales le admitia en su gracia. No fueron estas tan duras como hiciera prever la severa actitud del vencedor: obligábasele únicamente á renunciar á sus pretensiones al ducado de Güeldres, á apartarse de la alianza que pactara con el rey de Francia, á conservar en sus estados la religion católica, y á ser fiel y obediente al emperador y al rey de Romanos. Bajo estos pactos, que el duque prometió observar, fué puesto en posesion de sus estados, y solo quedaron en poder del emperador como en rehenes dos de sus principales ciudades, que le fueron devueltas con todos sus privilegios luego de terminada la guerra. El emperador para mas obligarle y deseoso de hacerle olvidar su anterior dureza, le dió despues por esposa la princesa Ana, hija de su hermano don Fernando.

Libre Carlos de aquel enemigo, internóse en el Hainaut y puso sitio á Landrecy, donde se le reunió una division de seis mil Ingleses mandados por Juan Wallop, lo cual era el primer fruto de su alianza con Enrique. La guarnicion se defendió con valor, y dió lugar á que Francisco y el delfin se dirigieran á su auxilio al frente de cincuenta mil infantes y diez mil caballos. Carlos dispúsose entonces á empeñar con su enemigo una batalla decisiva que pusiera de nuevo fin á la contienda, pero el rey de Francia se contentó con introducir en la plaza tropas y provisiones y levantó silenciosamente su campo á favor de la noche rehusando el combate. Al advertir su retirada salieron á perseguirle algunos cuer-

pos de caballería, pero dieron en una emboscada que preparara el delfin y muchos perdieron la vida. Grande enojo sintió el emperador por lo que habia acontecido, y como en tales casos sucede, atribuyóse ya á unos ya á otros la culpa de que se hubiese escapado el enemigo. Perdida la esperanza de entrar en la plaza, los imperiales se retiraron á sus cuarteles de invierno (noviembre de 1543.) A. de J. C.

En tanto, fiel Soliman á sus tratos con Francisco, invadió la Hungría á la cabeza de un formidable ejército, rindiendo una tras otra las ciudades hasta subyugar toda la parte de aquel reino que poseia el rey de Romanos. Al propio tiempo Barbaroja con una armada de ciento diez galeras costeaba la Calabria, incendiaba á Reggio, y dirigíase á hacer aguada á la embocadura del Tiber con gran terror de los moradores de Roma. A los tres dias levantó anclas para tomar rumbo á Marsella, y allí se reunió con la armada francesa mandada por Francisco de Borbon, conde de Enghien. Entonces vió la cristiandad con escándalo el inaudito espectáculo de navegar unidas las lises de Francia con la media luna otomana, y de todas partes no se oyeron sino maldiciones contra aquel que así faltaba á lo que su fé y el interés de Europa le exigian. La armada confederada se dirigió contra Niza, último refugio del duque de Saboya (julio de 1543); pero rechazados valerosamente sus ataques, Andrés Doria tuvo tiempo para reunir sus galeras y el marqués del Vasto para encaminarse al lugar del peligro con una division de tropas, obligando así á Turcos y á Franceses, no muy bien avenidos entre sí, á levantar el cerco (setiembre). El conde de Enghien se volvió á Marsella, y Barbaroja, despues de enviar á Constantinopla algunas naves cargadas de cautivos que rescataron en la costa de Grecia don García de Toledo y Antonio Doria, marchó á invernar á Tolon con el grueso de su armada, destacando algunas naves para que corriesen las costas de Italia y de España.

Suspendidas por la estacion las operaciones de la guerra, no lo fueron los preparativos para volverla á empezar con nuevo brio en la siguiente campaña, á pesar de las incesantes exhortaciones del papa en beneficio de la paz. Así como Carlos, venciendo al duque de Cléveris, habia quedado libre de enemigos interiores, Enrique VIII por la muerte de Jacobo V veíase sin inmediatos cuidados por la parte de Escocia; ambos soberanos, pues, luego de haber apartado de la alianza del Francés al rey de Dinamarca que podia molestar sus espaldas, resolvieron invadir la Francia cada uno por su lado y aniquilar así el poder de Francisco. Antès, empero, convenia á Carlos ganar las voluntades de los príncipes alemanes para arrojar en la balanza el gran peso del cuerpo germánico, y á este efecto convocó la dieta de Spira (abril de 1544), que fué la mas numerosa y 1544
lucida que jamás se hubiese visto por el gran número de príncipes y magnates que á ella concurrieron.

Desde las concesiones que hiciera el emperador á los protestantes en la dieta de Ratisbona , era ya de ver el ánimo que cobraron los protestantes. En vano Paulo III, llevado de sus deseos de sabia reforma y conciliacion, habia expedido en 1542 una bula convocando el concilio general para noviembre de aquel mismo año en la ciudad de Trento, situada en los confines de Alemania é Italia; los luteranos, en su ciega oposicion á las disposiciones pontificias, protestaron contra la reunion del concilio, que tanto habian solicitado, y por desgracia Carlos y Fernando no se hallaban en estado de imponerles su justa voluntad , sino que

mas bien debian contemporizar con ellos y mantenérselos propicios por las circunstancias explicadas. Los males que afligian á Europa, revuelta por las armas del emperador y del Francés, opusiéronse tambien á los proyectos de Paulo; sus legados permanecieron muchos meses en Trento sin que se presentasen otros prelados que los de las ciudades pontificias, y el papa se vió por fin obligado á prorogar el concilio. Por desgracia, mientras así se frustraban las conciliadoras ideas de la corte romana, Carlos y Fernando, que necesitaban del socorro de los protestantes para combatir á los Turcos en Hungría, hacíanles nuevas concesiones, y los príncipes hereges fueron bastante osados para hacer armas y despojar de sus dominios á Enrique, duque de Brunswick, que en cumplimiento de la órden de la cámara imperial trataba de reducir á la ciudad de Goslar, que habia entrado recientemente en la liga de Smalkalde y usurpado los bienes de su clero. Alentados por tanta indulgencia, los príncipes de la liga se negaron formalmente á reconocer la jurisdiccion de aquella cámara (1543), y aun llegaron á protestar de una órden emanada de una dieta reunida aquel mismo año en Nuremberg, relativa á la defensa de Hungría, á la que se negaron á cooperar á no hacerse una completa reforma en la cámara imperial y á no concedérseles una entera seguridad en materia de religion.

Así se hallaban las cosas al reunirse en 1544 la numerosa dieta de Spira, en la cual continuó Carlos la política que las circunstancias adversas le venian imponiendo hasta entonces. Despues de atraer á sus miras al elector de Sajonia y al landgrave de Hesse, principales jefes del partido reformista á quienes hizo muchas concesiones, presentóse á la dieta exponiendo los infinitos trabajos que sobrellevaba para alcanzar dos objetos interesantes á cual mas para la cristiandad: era el uno la convocacion de un concilio general que pusiera fin á las contiendas religiosas que agitaban á Alemania, y el otro contener las formidables huestes mahometanas, grandes empresas cuya realizacion impedia el rey de Francia promoviendo injustas guerras en Europa y atrayendo á los Turcos al centro de los estados cristianos. Por todo ello pidió á la dieta auxilios contra Francisco, enemigo del cuerpo germánico y de su jefe principal lo mismo que de la cristiandad entera, y esforzadas sus razones por el rey de Romanos y el duque de Saboya, produjeron el deseado efecto. La asamblea resolvió por mayoría de votos conceder al emperador poderoso socorro y negar la entrada en territorio del imperio á los embajadores de Francisco; declaró la guerra á este soberano, mandó levantar una division de veinte y cuatro mil infantes y cuatro mil caballos, impuso á la Alemania una contribucion personal para subvenir á aquellos gastos, y en cambio consiguió de Carlos otras concesiones y seguridades para el libre ejercicio del nuevo culto, con gran sentimiento del pontífice, que veia el funesto giro que á la cuestion se daba á pesar de todos sus esfuerzos.

Poderosos enemigos se levantaban contra la Francia, que no contaba sino con el auxilio de los Turcos, y aun este vino tambien á perderlo cuando Francisco, receloso de Barbaroja por los contínuos tratos en que andaba con el príncipe Andrés Doria, y deseoso tambien de aquietar la indignacion de los cristianos, le envió otra vez á Constantinopla. A pesar de todo no se desalentó, y sus tropas mandadas por el conde de Enghien abrieron la campaña en el Piamonte sitiando á Cariñan, plaza que el marqués del Vasto habia tomado y fortificado

en la campaña anterior. Acudió en su auxilio el marqués desde Milan, resuelto á empeñar una batalla, y aceptada por los Franceses con autorizacion de su monarca, trabóse en una vasta llanura cerca de Cerisoles (11 de abril de 1544). Ambos ejércitos pelearon al principio valerosamente, mas al fin y por primera vez en un combate campal vieron los Franceses coronadas sus banderas con los laureles de la victoria. El marqués del Vasto, herido en un muslo y perdida su habitual serenidad, dióse á huir á uña de caballo; gran número de prisioneros, las tiendas, los bagages y casi toda la artillería pasaron á poder del vencedor, y diez mil imperiales quedaron muertos en el campo de batalla.

Las armas francesas no reportaron de esta victoria el fruto que pudo temerse en los primeros momentos: las vacilaciones de su rey no consintieron que invadieran el Milanesado, como deseaba el conde de Enghien; los generales del imperio en Italia manifestaron su acostumbrada actividad para reunir hombres y dinero con que rehacer el ejército al tiempo que Cariñan oponia aun obstinada resistencia, y en breve, amenazada Francia por nuevos y mayores peligros, hubo de llamar á su territorio á parte de sus victoriosas tropas del Piamonte, que como premio de su triunfo habian debido limitarse á la rendicion de Cariñan y á la de algunas otras plazas de poca importancia.

Por aquel tiempo hubo una reñida batalla naval entre Españoles y Franceses en las costas de Cantabria, por cuyas aguas corrian naves francesas haciendo innumerables daños. Don Alvaro de Bazan atacólas con la armada española, y despues de dos horas de vivísimo combate, echó muchas á pique, apresó á las restantes, y con ellas entró victorioso en el puerto de la Coruña.

Llegada era la época que Carlos y Enrique habian fijado para la expedicion que contra Francia meditaban. Reunido en los Paises Bajos un ejército de cincuenta mil hombres, cuyos destacamentos habian recobrado todas las plazas que antes se perdieran, el emperador salió de Spira (10 de junio) y se puso á su cabeza, dirigiéndose hácia las fronteras de Champagne. Al mismo tiempo Enrique, despues de alcanzados varios triunfos en Escocia, desembarcaba con sus tropas en Bretaña y ponia sitio á Boulogne y á Montreuil, mas ocupado en esto de sus particulares intereses que de la causa comun que se habia obligado á defender y que exigia su inmediata marcha contra la capital. El emperador adelantaba, en tanto á través de un desierto, puesto que el delfin habia apelado en Champagne al mismo recurso empleado en Provenza en 1536; pero apoderado con poca dificultad de las ciudades fuertes de la frontera, no experimentaban sus tropas la menor escasez y recibian regularmente los convoyes. Ganada Saint-Dizier, que se defendió valerosamente y en cuyo sitio halló la muerte el príncipe de Orange (agosto), avanzaron los imperiales, apoderándose de Epernay y de Chateau-Thierry, siempre flanqueados por divisiones francesas que si no se atrevian á dar batalla, talaban sin compasion el país é incendiaban las poblaciones. A dos jornadas se hallaba Carlos de París, y esta ciudad, entre el terror de unos y la indignacion de otros, ofrecia el aspecto de la desolacion.

Varios mensages de paz habian llegado al campamento imperial; la reina, por medio de su confesor el dominico fray Gabriel de Guzman, instaba á su hermano para que la aceptara, y el emperador, á pesar de su ventajosa posicion, se inclinaba á complacerla, temeroso del invierno que se acercaba y de la insu-

bordinacion de que habian dado muestra algunos cuerpos de Alemanes. No podia, empero, ajustar tratado alguno sin consentimiento de su aliado Enrique, y para llevar á buen fin la empresa ó librarse con él de todo compromiso, requirióle para que sin dilacion emprendiese la marcha hácia París, segun entre ambos se habia convenido. Contestó el Inglés que no levantaria el sitio de Boulogne y de Montreuil hasta haberlas tomado, y Carlos, considerándose libre de mirar por sus particulares intereses, abrió formalmente las negociaciones. Estas no fueron de larga duracion y dieron por resultado la paz que se firmó en Crespy, pueblo inmediato á Meaux, el dia 18 de setiembre. Sus principales condiciones fueron: que ambos soberanos se devolverian recíprocamente todo lo conquistado desde la tregua de Niza; que se restituiria á los duques de Mantua y de Lorena cuanto por ambas partes se les hubiese tomado; que se unirian para hacer guerra á los Turcos, aprontando Francisco para este objeto, siempre que el emperador lo pidiese, diez mil hombres y seiscientas lanzas; que Carlos casaria á su hija María llevando en dote los estados de Flandes, ó bien la hija segunda de su hermano Fernando llevando en dote el Milanesado, con el duque de Orleans, y esto en el término de un año; que al tomar el duque posesion de Milan ó de los Paises Bajos, se devolverian sus estados al duque de Saboya, excepto Pignerol y Montmelian; que Francisco renunciaria á sus pretensiones al reino de Nápoles y al poder soberano de Flandes y de Artois, desistiendo Carlos de las suyas al ducado de Borgoña y al ducado de Charolais, y por último que el rey de Francia en nada auxiliaria al destronado rey de Navarra.

El tratado de Crespy, aunque contentó á muy pocos, fué un gran acto político por parte del emperador. Sabia este cuan disgustado estaba con él el papa, así por las concesiones que hiciera á los protestantes y su alianza con Enrique VIII, como porque se oponia á dar á los Farnesios la investidura de Parma y Plasencia, y no ignoraba tampoco que andaba el pontífice en tratos con el rey de Francia, que secundados por los Venecianos, podian promoverle grandes conflictos en Italia. Los Turcos, conquistada la Hungría, se dirigian contra los estados de Austria, y acababa de oir en la dieta de Spira el altivo lenguage de los príncipes luteranos, que al propio tiempo que desconocian la autoridad pontificia amenazaban con igual desprecio á la autoridad imperial. La guerra con Francia era, pues, mas que nunca una rémora á los mas vitales intereses de Carlos, y este tuvo la habilidad de terminarla privando al papa de cuantos beneficios esperaba de la amistad de Francisco, dirigiendo contra Soliman las armas de su antiguo aliado, y arrebatando á la liga de Smalkalde toda esperanza de ser socorrida por el monarca francés, en cuanto por una cláusula particular que no se insertó en el tratado, convino con él en que ambos soberanos emplearian todo su valimiento y fuerzas para lograr la reunion de un concilio general, para asegurar la autoridad del mismo y para aniquilar en sus dominios la heregía protestante. Para colmo de fortuna dejó á Francisco imposibilitado de intentar cosa alguna, segun su costumbre, contra lo convenido, envuelto como quedó en la guerra con los Ingleses: Enrique, ufano con la toma de Boulogne, no quiso ser comprendido en el tratado y continuó las hostilidades.

En cumplimiento de lo tratado, el emperador marchó con su ejército á invernar á Bruselas, licenció sus tropas, excepto el tercio de Alvaro de Sande,

destinado á Hungría (1), y gravemente aquejado de la gota, ratificó el anterior tratado, diciendo á los embajadores franceses: «No temais que yo haya de quebrantarlo; la mano que apenas puede sostener la pluma no está ya para blandir la lanza.» Lo mismo habia hecho Francisco, á pesar del disgusto del delfin, quien, disimulando por entonces su enojo por la prediletcion manifestada á su hermano, limitóse á protestar en secreto y lo mismo hizo el parlamento de Tolosa. A. de J. C.

Inmediatamente despachó Carlos á España á su secretario Alfonso Idiaquez con cartas para el príncipe don Felipe, ordenándole consultar al consejo de estado acerca de cual matrimonio y cesion le parecia mas conveniente, si la de Flandes ó la de Milan, y todos al fin se decidieron por esta.

El año anterior habíanse celebrado en Salamanca con extraordinaria pompa las bodas del príncipe con doña María de Portugal, hija de los reyes don Juan III y doña Catalina, hermana del emperador. En octubre de 1543 la infanta portuguesa abandonó el palacio de su padre, y partió para Castilla acompañada de numeroso séquito de nobles y caballeros, presidido por el arzobispo de Lisboa. Una brillante embajada la recibió en la frontera, y en ella iban el maestro del príncipe y obispo de Cartagena don Juan Martinez Siliceo y el duque de Medinasidonia, jefe de la familia de Guzman y el mas opulento señor de Andalucía. Su palacio de Badajoz habia sido alhajado con gran suntuosidad para recibir á la princesa, y el duque era llevado en una soberbia litera, arrastrada por mulas con arreos de oro. Sus deudos y servidores le acompañaban en número de tres mil, todos montados y con las armas de su señor; entre ellos se hallaba la tropa particular del duque, compuesta en parte de Indios, espectáculo entonces poco comun en España, llevando en el pecho grandes escudos de plata con las armas de Guzman.

Una cuestion de etiqueta detuvo por algunos dias á Portugueses y Españoles en la raya de ambos reinos, hasta que al fin, cediendo los últimos de su derecho por consideracion á la infanta, emprendióse el viage á Badajoz y á Salamanca entre fiestas y alborozo, siendo notable que el príncipe don Felipe se apareció de incógnito en varias de las poblaciones por donde transitaba la princesa, á la cual se complacia en mirar desde alguna casa donde se escondia ó desde la calle embozado. La infanta, que contaba cinco meses menos que Felipe, y que era de disposicion muy gentil, fué recibida en las puertas de Salamanca por los magistrados y los profesores de la universidad, y bajo un magnífico palio fué llevada á su alojamiento. Aquella noche se celebraron las bodas (15 de noviembre), y despues de algunos dias pasados en saraos, cañas, toros y otras diversiones, partieron los príncipes para Valladolid, visitando en su camino á la reina doña Juana, que vivia aun en Tordesillas. En aquella ciudad, residencia dichosa y fatal á la vez para María, dió á luz su primer hijo, el célebre y desventurado Carlos (8 de julio de 1545), y pocos dias despues bajó ella al sepulcro dejando 1545
sumido en afliccion á su jóven esposo, que la profesaba entrañable cariño.

Tambien Francia se vió envuelta en luto por la temprana muerte del duque de Orleans, á quien habia prometido el emperador la investidura del Milanesa-

(1) Los Españoles licenciados se alistaron en su mayor parte al servicio del rey de Inglaterra, de cuyo ejército era general don Beltran de la Cueva, duque de Alburquerque.

do; una calentura maligna privó á Francisco I de su hijo predilecto y dejó libre al emperador de lo principal que para aquel se tratara en el convenio de Crespy. Carlos demostró sumo pesar por la prematura muerte del jóven príncipe, que habia de ser su próximo pariente, pero se negó á entrar en nuevos tratos acerca del Milanesado, y no quiso alterar en parte alguna el convenio de Crespy, á pesar de las instancias de Francisco, quien pedia algunos resarcimientos por las ventajas que le hiciera perder la muerte de su hijo. Una declaracion de guerra habria sido sin duda consecuencia de estos sucesos algunos años antes; pero Francisco, que veia su salud decaida, su reino extenuado y á los Ingleses en su territorio, disimuló su resentimiento, y evitó por entonces una guerra que otra vez habria puesto en combustion á Europa. El duque de Saboya, que habia de entrar en posesion de sus estados al celebrarse el convenido enlace, vió sus esperanzas desvanecidas y su territorio continuó ocupado por Franceses.

La muerte de Barbaroja, acaecida por aquel entonces, poco despues de haber regresado á Constantinopla con riquísima presa de alhajas y cautivos, hecha en las costas de Toscana y Nápoles, dejó al imperio y á la cristiandad sin su mas constante enemigo. Carlos y Fernando trataron algun tiempo despues un armisticio con los Turcos, y era evidente que iban á ocuparse en la gran cuestion de la heregía y á emplear con ella rigurosos medios, ya que los suaves no habian hecho mas que fomentar el incendio. En vano los coaligados de Smalkalde se lisonjearon de que la muerte del duque de Orleans habia de distraer las fuerzas del emperador; sus esperanzas quedaron frustradas, lo mismo que al vaticinar un rompimiento entre Carlos y el papa por los ducados de Parma y Plasencia. Formaban estos parte integrante del Milanesado, y al emperador por lo tanto tocaba conceder la investidura de los mismos. El pontífice los deseaba para su hijo Pedro Luis, y como se negara el emperador á acceder á sus particulares miras, atrevióse aun con peligro de enojarle, á conceder á aquel la investidura de su autoridad propia. Carlos recibió con desagrado la noticia de lo sucedido, y rehusó rotundamente confirmar el acto ; mas tampoco aquel suceso tuvo por entonces otra consecuencia. Sin enemigos exteriores, sin que nada amenazara las fronteras de su vasto imperio, Carlos queria juzgar definitivamente, á lo que él creia, la gran cuestion de la reforma.

La gota, su habitual dolencia, le retuvo algunos meses en Bruselas y su hermano Fernando hubo de presidir en su ausencia la dieta convocada en Worms (24 de marzo de 1545). En ella se dió cuenta de haber expedido el papa el año anterior una nueva bula convocatoria para el concilio, que en aquella cuaresma habia de reunirse en Trento, y díjose por lo tanto que católicos y protestantes habian de esperar su fallo y someterse á él como dictado por la Iglesia universal. Los católicos recibieron estas palabras con aprobacion unánime, pero no así los protestantes, que veian el término de la libertad de que en su culto gozaban, é insistieron en desechar el concilio alegando por pretexto que sus decisiones no habian de ser libres, convocado como habia sido por el papa y presidido por sus legados. En esto llegó á Worms el emperador, y su actitud inflexible, tan distinta de la de otro tiempo, la tregua de cinco años que firmó con el Turco, y su buen acuerdo con el papa, todo hizo temer á los protestantes ser llegada la hora de la lucha. No se desalentaron por ello, antes al contrario creciendo en auda-

cia, reclamaron que se les conservasen indefinidamente las concesiones que se A. de J. C.
les hicieran en la última dieta; declararon sin rebozo su oposicion al concilio, y derramaron por los estados católicos el escrito de Lutero titulado: *El papado instituido por el diablo*, con feas y asquerosas estampas. Todavía hizo Carlos un nuevo esfuerzo para reducirlos á la razon en la dieta convocada en Ratisbona,
en la que se distinguió el teólogo español Malvenda (27 de enero de 1546), pero 1546
como tampoco produjese esto efecto alguno por la ausencia de los principales jefes de la liga, y como por otra parte, conforme á su deber y á lo pactado, prohibiera Carlos las predicaciones de la nueva doctrina, abierto como estaba el concilio que habia de juzgarla, y protegiese con todo su poder al cabildo de Colonia contra su apóstata arzobispo, emperador y príncipes, cada uno por su lado, se dispusieron para acudir á las armas.

En este estado se hallaban las cosas cuando el concilio de Trento, reunido en 13 de diciembre de 1545, celebraba sus primeras sesiones bajo la presidencia de los legados pontificios. El emperador habia mandado concurrir á él á todos los prelados y teólogos de sus estados, y los principales entre los Españoles fueron los padres Diego Lainez y Alfonso Salmeron, de la compañía de Jesus, los maestros fray Domingo de Soto y fray Melchor Cano, de la órden de Santo Domingo, y de la de San Francisco fray Andrés Vega y fray Alfonso de Castro. Querian el emperador y algunos obispos que se comenzara por tratar de la reforma de los abusos y de las costumbres antes que de lo relativo al dogma, y decian ser asi conveniente por quitar á los hereges el pretexto con que se habian separado de la Iglesia y dar á los decretos mas autoridad y grangearles mayor respeto por parte de los pueblos. Oponíanse á esto los legados del papa, diciendo que la condenacion de los errores contrarios á la fé habia de ser el objeto principal del concilio, y en vista de esta diversidad de opiniones resolvióse como término medio que en todas las sesiones se diese un decreto sobre la doctrina y otro sobre la disciplina ó sea sobre la reforma.

La liga de Smalkalde no vió impasible la convocacion del concilio ni los preparativos de guerra que secretamente se hacian en Italia y en los Paises Bajos. Para conjurar la tormenta los príncipes que la componian se reunieron en Francfort, pero aun cuando su número era considerable, la division que entre ellos reinaba hacíales muy inferiores en fuerzas al emperador. El elector de Sajonia y el landgrave de Hesse, cabezas de la liga, estaban tan desunidos y discordes en opiniones como sus mismos subordinados; el primero, ardiente luterano, rechazaba la alianza y el auxilio de cuantos profesaban doctrinas opuestas á las suyas, al paso que el segundo consideraba haber de cifrarse su salvacion en el socorro de los monarcas extrangeros. Todo sucedió como el elector deseaba: abandonados por Francia, Inglaterra y Dinamarca, que les excitaran tantas veces á la guerra, separados de los Suizos por el horror que les inspiraban las blasfemias de Zuinglio, se quedaron solos, y para mayor desgracia para ellos, divididos; desde aquel momento su vencimiento no fué ya dudoso.

Por aquel entonces, cumplida ya por Lutero su funesta mision de discordia y exterminio, murió en Eisleben, su país natal, á los sesenta y tres años de su edad (18 de febrero de 1546). Una inflamacion en las vísceras le condujo al sepulcro en muy pocos dias, siendo sus cantos funerales los clamores de guerra

que por todas partes se alzaron en breve, fruto de sus impías y fatales predicaciones. Su muerte fué mirada por los católicos como un favor del cielo, y sembró mayor desaliento entre los protestantes, que combatidos ya por las armas del concilio, no habian de tardar en serlo por las del emperador.

En efecto, los Padres reunidos en Trento en su sesion cuarta (8 de abril de 1546) quisieron poner freno al proceder arbitrario de los protestantes respecto de admitir ó desechar las varias partes de las Sagradas Escrituras, y declararon que de las muchas traducciones de la Biblia que entonces se hallaban en uso, era la Vulgata la única auténtica, esto es, la mejor y la única que concuerda perfectamente con el texto original en lo perteneciente á la fé y á la moral, prohibiendo al propio tiempo interpretar aquel texto de otra manera que la explicada por la Iglesia, único juez competente en semejante materia. Al propio tiempo aliábanse estrechamente el papa y el emperador para la destruccion de la heregía; obligábase el segundo á poner en campaña un ejército suficiente para hacer que fuese reconocida la autoridad del concilio y volviesen los hereges á la obediencia de la santa sede, y á no tratar paz con aquellos sin conocimiento del papa ni en perjuicio de su autoridad. Paulo III prometió por su parte depositar en el banco de Venecia una cantidad bastante para los gastos de la guerra, sostener en campaña por espacio de seis meses doce mil infantes y quinientos caballos, conceder al emperador por espacio de un año la mitad de las rentas eclesiásticas de España, autorizarle por medio de una bula para vender en aquel reino posesiones y haciendas de las casas religiosas hasta el valor de quinientos mil escudos (1), y finalmente emplear las armas espirituales contra cualquier príncipe que se opusiera á la ejecucion del tratado.

Si iguales eran en aquel asunto las miras del pontífice y las del emperador, eran muy distintos los medios con que se proponian realizarlas. Mientras el primero, sin disimular sus proyectos, anunciaba la empresa como una cruzada, el segundo continuaba sus armamentos en secreto, y á los protestantes que alarmados se presentaron á preguntarle acerca de sus disposiciones, limitóse á declararles que, amigo como siempre de los estados obedientes, haria sentir á los rebeldes la autoridad imperial, pero que de todos modos no seria una guerra religiosa la que sus armas emprenderian, sino que únicamente iria dirigida á someter á los perturbadores del público reposo que tantas violencias habian cometido. Algunos príncipes protestantes, alucinados por las palabras de Carlos, resolvieron permanecer neutrales; otros, como Juan y Alberto de Brandeburgo y Mauricio de Sajonia, se declararon por la causa imperial, pero la mayor parte se reunieron en Ulm para hacer frente con las armas al riesgo que los amenazaba. En vano repitieron entonces sus demandas de auxilio á los Venecianos, á los Suizos, á Enrique de Inglaterra y á Francisco de Francia; ninguno quiso contrarestar el poder del emperador, pero aun abandonada á sí misma la liga, en la que se contaban el elector de Sajonia, el landgrave de Hesse, el duque de Witemberg, el príncipe de Anhalt, las ciudades de Augsburgo, Ulm y Strasburgo, reunió un ejército de setenta mil infantes y quince mil caballos con ciento veinte

---

(1) Esta venta no se llevó á efecto por las razones de justicia alegadas por los monges de de San Benito y San Bernardo.

piezas de artillería, resuelta á todo trance á defender las concesiones que antes le habian sido otorgadas. Las leyes feudales que estaban en Alemania en todo su vigor, el entusiasmo que acompaña siempre las luchas religiosas y el gran número de gente de guerra que volvia licenciada de Francia una vez celebrada la paz en Campe entre Francisco y Enrique, circunstancias fueron que permitieron á los protestantes, comunicándoles nuevos brios, hacer de sus fuerzas este poderoso alarde.

Casi solo se hallaba el emperador en Ratisbona, ciudad en su mayor parte luterana, cuando supo con asombro hallarse ya reunido el ejército de los confederados. Las tropas que le enviaba el papa al mando de Octavio Farnesio apenas estaban en las fronteras de Italia; Alvaro de Sande, con un tercio de cerca de tres mil Españoles no habia llegado aun de Hungría; los Alemanes tampoco se habian reunido, y todavía no estaban en marcha las tropas de los Paises Bajos. En aquella situacion un golpe de audacia de los confederados hubiera quizás salvado su causa, pero á él prefirieron dar un manifiesto á la Alemania (15 de julio) y dirigir una carta al emperador protestando en ambos documentos de su lealtad, asegurando ser la religion la única causa de la guerra, declarando su firme resolucion de verter su sangre en defensa de sus creencias, y acabando por presagiar la entera destruccion del cuerpo germánico en caso de quedar vencida la confederacion. Resuelto y animoso Carlos contestó á la carta y al manifiesto publicando un edicto de proscripcion contra el elector de Sajonia y el landgrave de Hesse, cabezas de la liga, á quienes declaró rebeldes y traidores, y como á tales los despojó de los privilegios de que disfrutaban como miembros del imperio, desterrólos de Alemania y declaró confiscados sus bienes, todo ello infringiendo la ley que exigia para tales medidas la decision de una dieta del imperio. El emperador fundaba su decreto, no en motivos religiosos, sino en causas políticas expuestas en términos generales y vagos.

Perdida toda esperanza de convenio, los confederados enviaron á Carlos un heraldo apartándose de la sumision y lealtad que le habian jurado, y sin pérdida de momento dieron principio á las operaciones de la guerra. Abrió la campaña el valeroso aventurero Sebastian Schertel, enriquecido en el saco de Roma, intentando cerrar el paso de los Alpes á los soldados que llegaban de Italia; frustraron su proyecto el gobernador de Trento, que se metió con tropas en la plaza de Inspruck, y las órdenes del elector que le mandaban reunirse con él, y el ejército del papa y los tercios españoles de Nápoles pudieron entrar sin tropiezo por las fronteras alemanas (agosto). Así permitian los confederados la sucesiva reunion de las fuerzas imperiales, permaneciendo inactivos cuando tanto les hubiera convenido seguir el ejemplo del veterano Schertel; es cierto que su ejército, acaudillado por el elector y el landgrave, ofrecia el espectáculo de una inmensa máquina de mal dispuestas partes, y nunca como entonces pudieron tocarse los inconvenientes de dividir el mando en las operaciones de la guerra.

Carlos salió por fin de Ratisbona para dirigirse á Landshut, en las márgenes de Iser, á fin de oponerse al frente de las tropas que allí habian ido reuniéndose. Su ejército, del que era general el duque de Alba don Fernando de Toledo, ascendia entonces á treinta y seis mil hombres, y si no por su número era formidable por su valor y disciplina, al decir del comendador Avila que habia se-

guido las huestes del emperador desde Pavía hasta Landshut. Los confederados, en vez de ir al alcance al emperador pusieron sitio á Ratisbona, cuya guarnicion habia podido ser reforzada con algunos soldados españoles, hasta que, cansados al fin de inútiles tentativas, adoptaron el partido de encaminarse á Insgoltadt, ciudad de Baviera, en las márgenes del Danubio, en cuyas inmediaciones habia Carlos establecido su campo, circundado de trincheras. El numeroso ejército de la liga, en cuyos estandartes se leian versículos de la Sagrada Escritura, llegó á la vista de los imperiales, y entonces estallaron otra vez entre sus jefes las disidencias que tan funestas habian sido ya para su causa; el landgrave, alentado por la inmensa superioridad de sus fuerzas y por la escasa fortificacion del campamento enemigo, queria empeñar en seguida el combate, seguro de la victoria y de expulsar al emperador del territorio de Alemania; el elector, por el contrario, temeroso de la disciplina de los imperiales y de la fama de sus caudillos, no se atrevia á asaltar su campamento, y en estas dudas y vacilaciones adoptóse por último un término medio, que consistió en adelantarse en órden de batalla contra el enemigo y probar si este movimiento, sostenido por un vigoroso fuego de artillería, lograria sacarle de sus fortificaciones. Harto experimentado el emperador para caer en el lazo, formó su ejército detrás de las trincheras, dió severas órdenes para que nadie las traspasara, y esperó tranquilo á caballo, expuesto á un horrible fuego, la enorme masa de la hueste confederada, la que en vista de esta actitud no tardó en replegarse á sus reales.

Despues de esta inútil tentativa dirigieron los protestantes todos sus esfuerzos á impedir que se reunieran con el emperador los diez mil infantes y cuatro mil caballos que el conde de Buren conducia de Flandes. Para ello enviaron parte de sus tropas al Rhin bajo el mando de Humberto, duque de Altenburgo, pero el conde marchó con tal celeridad y dispuso con tanto acierto sus operaciones, que llegó al campo imperial sin haber perdido un hombre. Recibido este refuerzo, Carlos tomó á su vez la ofensiva; entró en Neuburgo, en Dellingen, en Donawert, en Nordlinga y otras ciudades del Danubio, no sin empeñar muy recios combates y no sin tener á veces adversa la fortuna. En estas alternativas se pasó el otoño, y nada hacia prever todavía que tuviese la guerra un inmediato desenlace; obstinábase el emperador en que la discordia y la falta de dinero habian de precisar en breve á los coaligados á disolver su ejército, y con esta idea oponíase constantemente á los consejos de sus generales, que al ver el estado de las tropas, escasas de forrages y de víveres, al considerar su descontento por las pagas que se les debian y que la variacion de clima habia producido enfermedades entre Españoles é Italianos, opinaban por no sostener por mas tiempo la campaña y tomar cuarteles de invierno.

Así pues, la constancia mas que las armas de Carlos estaba en lucha con el ardoroso celo de los confederados, cuando acaecimientos sucedidos fuera de ambos campos apresuraron su término y vinieron á dar razon á las previsiones del emperador. Para referirlos es necesario que digamos antes algunas palabras acerca de un hombre á cuya influencia se debió en gran parte lo que iba á suceder en Alemania, como se le debieron tambien los importantes sucesos que á su tiempo explicaremos. Era este hombre Mauricio, que pocos años antes habia sucedido á su padre Enrique en aquella porcion de Sajonia que era propia de la línea Alber-

tina de la casa soberana de este electorado. Muy jóven aun, demostraba ya superior talento; aunque profesaba la religion luterana habíase negado á formar parte de la liga de Smalkalde, y en vez de demostrar encono contra el emperador, como los demás protestantes, dirigió, por el contrario, todos sus esfuerzos á captarse su benevolencia. Ambicioso y astuto, habia conocido desde los primeros tiempos de la contienda á que lado se inclinaria la victoria, y como hemos dicho, fué otro de los que siguieron las banderas imperiales. No lo hizo, empero, gratuitamente, y despues de muchas conferencias tenidas en Ratisbona con el emperador y sus ministros, acabó por convenir con ellos en un tratado secreto, en virtud del cual prometió servir á Carlos como fiel vasallo, recibiendo en cambio todos los despojos de su primo el elector de Sajonia. Nada sospecharon los coaligados en los primeros momentos, y el elector al marchar á la guerra dejó sus posesiones encomendadas á Mauricio con promesa de que habia de defenderlas; sin embargo, expedido al poco tiempo contra el elector y el landgrave el edicto de proscripcion, remitiólo el emperador á su secreto aliado, requiriéndole para que se apoderase sin pérdida de momento de los estados confiscados, y Mauricio, despues de llevar el artificio hasta donde pudo, fingiendo obedecer á la fuerza el mandato imperial, atacó á las escasas tropas que allí dejara su primo, mientras que el rey de Romanos con un ejército de Bohemios y de Húngaros penetraba por otra parte en el electorado, que, excepto algunas plazas fuertes, vino todo él á quedar en poder de Mauricio.

La noticia de estas rápidas victorias llegó pronto á los dos campos, excitando en el de los imperiales la alegría, y en el de los confederados la indignacion y el terror. El nombre de Mauricio se hizo execrable para los protestantes, y cuando el elector manifestó su designio de marchar á defender sus estados, nadie se atrevió á contradecirle, siquiera perjudicara á la causa comun con la desmembracion del ejército. Sin embargo, antes que esto sucediera, apoderados de la liga el abatimiento y el temor, dirigiéronse á Carlos proposiciones de paz por medio del ministro del elector de Brandeburgo. Contestó el emperador que trataria de paz siempre que por preliminar de ella consintiese el elector de Sajonia en entregarse él y sus estados á su entera disposicion, exigencia humillante que fué rechazada por los confederados amedrentados, pero no vencidos, conviniendo entonces para su mal en diseminar el ejército. Nueve mil hombres quedaron en el ducado de Wittemberg á fin de defender la provincia y auxiliar á las plazas de la Alemania superior; una hueste respetable siguió al elector á Sajonia, pero los mas de los coaligados regresaron con sus capitanes á sus provincias, y llegados allí se dispersaron.

Así que Carlos vió disuelto el ejército de la confederacion, púsose en marcha á pesar de lo crudo del invierno, determinado á sostener la campaña y á aprovechar la propicia ocasion por tanto tiempo esperada. Las ciudades imperiales de Nordlinguen, Rottemberg y Halle se rindieron á sus armas, y si bien no pudo impedir que el elector recobrase la mayor parte de sus estados, quedó este contratiempo en gran parte compensado con la entrega de Ulm, una de las mas fuertes y principales ciudades de Suavia y centro y cuartel general de los confederados. Dado el ejemplo, lo siguieron otros: el duque de Wittemberg pidió su perdon de rodillas; los moradores de Augsburgo expulsaron de su ciudad

A. de J. C. á Schertel y se sometieron á las condiciones que Carlos quisiera imponerles; Memmíngen y otras ciudades libres del círculo de Suavia practicaron otro tanto, y lo mismo hicieron Strasburgo y Francfort del Mein, aunque por su distancia del teatro de los sucesos parecian correr menos riesgo. Las poblaciones así sometidas hubieron de pagar crecidas sumas como en castigo de su rebelion, y viéronse obligadas á renunciar á la liga de Smalkalde, á contribuir con sus fuerzas, si les eran pedidas, al vencimiento del elector y del landgrave, á entregar al emperador toda su artillería y municiones, á admitir guarnicion en sus fortalezas, y á esperar la definitiva sentencia que el emperador se reservó dictar luego de concluida la guerra.

Carlos detúvose aquel invierno en Ulm, y limitóse á enviar á su aliado Mauricio, muy estrechado por su primo, un refuerzo de tres mil hombres al mando de Alberto de Brandeburgo, refuerzo que fué sorprendido y acuchillado por los soldados del de Sajonia. La gota traia de nuevo fatigado á Carlos; para economizar gastos habia enviado á Flandes las tropas del conde de Buren, y además, espirados los seis meses del convenio, el papa llamó á su nieto Octavio y á su ejército, receloso mas y mas del emperador al considerar cuanto crecia y se afianzaba su autoridad en el imperio, lo que podria permitirle luego adquirir el absoluto dominio de toda la Italia, y disgustado tambien de la obstinacion de Carlos, que convertia en política y en provecho propio una guerra religiosa que habria debido ser en provecho de la cristiandad entera. Veia el pontífice, mas previsor que los protestantes, que la destruccion de las libertades del imperio iba á ser la natural consecuencia de la lucha que aquellos habian provocado, y temia los resultados de semejante suceso. Con ello quedó muy debilitado el ejército imperial, disminuido tambien por las numerosas guarniciones destinadas á las ciudades sometidas, y si bien es probable que á querer Carlos entrar en campaña no habian de faltarle soldados de los mismos paises donde tan alto se elevara la fama de sus armas, es indudable que aquellos acaecimientos, junto con los que por entonces ocurrian en Italia, le determinaron á dejar en reposo por algun tiempo al elector y al landgrave.

A fines de aquel año habia sido perturbada la tranquilidad de Nápoles por una nueva tentativa del virey para establecer en aquellos estados el tribunal de la Inquisicion, á fin de reprimir los progresos que hacia en Italia la doctrina luterana. El descontento popular fué explotado por el papa y los Franceses, y las cosas llegaron al punto de apelar el pueblo y las tropas al remedio de las armas. Enviáronse comisionados al emperador, y este, despues de mandar al pueblo que se redujese á la quietud antigua, concedió á todos benignamente el indulto
1547 y dejó en suspenso la órden del virey, causa primera de aquellos alborotos (1547).

Al propio tiempo que sucedia esto en Nápoles se vió en igual peligro Génova, agitada por diversos partidos. Algunos descontentos, enemigos sobre todo de Juan Doria, sobrino del príncipe Andrés, formaron el designio de entregar la ciudad á los Franceses, siendo el principal de todos Juan Luis de Fieschi, conde de Lavagno, jóven de altivo ánimo, amigo de novedades y muy deseoso de dominar. El pontífice y su hijo Pedro, soberano de Parma y Plasencia, estimulaban sus ambiciosos designios, y así pudo tramarse una de las conjuraciones mas misteriosas y terribles de que hablan las historias. En una noche infundió Fies-

chi el espanto en la ciudad y puso á la república á dos dedos de su ruina; Juan Doria fué cosido á puñaladas; el príncipe Andrés hubo de escapar medio desnudo á uña de caballo, y los conjurados quedaron dueños de la capital. Acometieron luego á las galeras, y al tiempo que Fieschi iba de una á otra peleando con los que las defendian, cayó en el mar y pereció sin ser visto de ninguno de los suyos, porque se lo impedia la oscuridad de la noche. Divulgada despues su muerte, la conjuracion, que tan imprevista y terriblemente habia estallado, quedó desvanecida y desarmada en muy pocos momentos; los conjurados se escondieron llenos de pavor, el senado recobró su autoridad, Doria regresó á su palacio, hiciéronse algunas ejecuciones, y la opulenta casa de Fieschi fué arrasada y sus bienes aplicados al fisco.

Sucesos eran estos que al revelar al emperador las tramas y maquinaciones de sus antiguos enemigos, no le permitian gozar por completo de su triunfo, sospechando que quizás habria de acudir con sus armas á otra parte antes de haber descargado los últimos golpes á los protestantes de Alemania, frustrándose así los proyectos que de tiempo antiguo meditaba. En efecto, además de la enemiga del papa, que se traslucia en repetidos actos, Francisco de Francia, que sentia renacer en su corazon su inveterado odio á cada nueva victoria del emperador á quien temia ver dictar la ley al resto de Europa, habia vuelto por entonces á sus conjuras y diligencias para suscitar enemigos y obstáculos á los proyectos de Carlos. Sus emisarios en Alemania reanimaron el valor de los confederados ofreciéndoles socorros, y mientras esto hacia, excitaba á Soliman á que invadiera de nuevo la Hungría, sin tropas entonces para su defensa, estrechaba mas y mas sus negociaciones con el pontífice, persuadia á los Venecianos de que el único medio de libertar á Italia y á Europa de la opresion y servidumbre era unirse al papa y á él para formar una confederacion general contra el príncipe que, segun él decia, aspiraba á dominar y á oprimir á todo el mundo: ofrecia al rey de Dinamarca para su hijo la mano de la jóven reina de Escocia, con tal que abrazara su causa, é instigaba á los ministros que en nombre de Eduardo VI (1) gobernaban el reino británico, á declararse en favor de los reformistas y contra el emperador, al propio tiempo que reclutaba soldados en Suiza, que levantaba tropas en su propio reino, que lo proveia de municiones, y que se disponia, en una palabra, para romper las hostilidades luego que pudiese contar con el favor de las circunstancias.

En el estado de inquietud en que ponian á Carlos estas alarmantes noticias, vislumbraba una esperanza de evitar el riesgo que le amenazaba en el decaimiento que se observaba en la salud del rey de Francia, minada por una vergonzosa enfermedad, fruto de su desarreglada conducta. Y en efecto, en 30 de marzo de 1547 murió el rey Francisco en Rambouillet á los cincuenta y tres años de su edad y á los treinta y tres de reinado. Los escritores franceses de

(1) Enrique VIII habia muerto en 29 de enero de 1547 á los cincuenta y siete años de edad y treinta y ocho de reinado dejando por heredero de su corona á Eduardo, todavía niño, hijo que habia tenido de Juana Seymour, nombrando á falta de este á sus hermanas María é Isabel. El verdugo de tantas reinas, el que condenara á muerte á Tomás Moro y á tantos hombres ilustres, el que encendiera tantas hogueras y levantara tantas horcas contra sus vasallos por causa de religion, bajó al sepulcro cargado con la execracion de Europa, que no se ha atrevido aun á rechazar historiador ninguno.

aquel tiempo, fascinados por las cualidades del hombre, olvidaron los defectos del monarca, y elevaron mas de lo debido el esplendor de su nombre; á él se debió el planteamiento en Francia de la rigurosa administracion que hizo de aquel reino un modelo para los poderes que se iban entonces planteando en Europa, y esta fué sin duda la obra mas notable del vencido de Pavía. La fortuna no le favoreció mucho, es cierto; pero de todos modos ha de convenirse con Robertson en que es Francisco uno de aquellos príncipes cuya fama excede á su genio y á sus acciones (1).

La muerte del rey de Francia desvaneció por de pronto los temores del emperador, y sin pérdida de momento, reunido con el rey de Romanos y Mauricio, púsose en campaña desde las fronteras de Bohemia contra el elector de Sajonia, á pesar de la escasez de sus fuerzas, que no llegaban á diez y seis mil hombres, (abril de 1547). Sin dificultad llegaron los imperiales hasta el Elba, apoderándose de cuantas plazas hallaron en su camino, y el elector, que acampaba en las márgenes de aquel rio, apresuróse á cortar el puente de Meissen, y por la orilla derecha quiso llevar su ejército al pié de las fortificaciones de Wittemberg, su capital, donde no podrian los imperiales atacarle sin evidente desventaja. En Muhlberg se detuvo algun tiempo, que no se mostró el elector gran general en aquellas circunstancias, y por fin, dejando allí un destacamento para impedir al enemigo el paso del rio, estableció su campo á la distancia de algunas millas, esperando ver las primeras operaciones del emperador antes de tomar un partido definitivo. Tenia el rio por aquella parte trecientos pasos de ancho y mas de cuatro piés de profundidad; era rápida su corriente, y la orilla que ocupaban los Sajones mas elevada que la opuesta. Estas circunstancias, empero, no bastaron á detener al emperador, é inmediatamente dictó las oportunas disposiciones para pasar el rio. Al abrigo de un nutrido fuego de mosquetería dióse principio á la construccion de un puente de barcas, cuando un aldeano, á quien las tropas del elector robaran dos caballos, se presentó al duque de Alba indicándole un vado. Por él, á favor de la niebla, penetraron algunas compañías de Españoles con las espadas entre los dientes y desnudos, pues el agua les llegaba al pecho; siguiólos la caballería, llevando cada ginete un peon á la grupa, y el emperador iba entre ellos, dirigiendo el guia su caballo del diestro. Llegado á la orilla, arrolló á los cortos destacamentos sajones que encontró á su paso, y sin esperar el resto de la infantería, dirigióse contra el enemigo á la cabeza de sus tropas, poseidas de entusiasmo. Era aquel dia domingo y el elector asistia en Muhlberg á los oficios divinos, cuando le avisaron que los imperiales habian pasado el rio y se acercaban, quedándole tiempo apenas para reunirse á su ejército y emprender con él la retirada á Wittemberg. Sin embargo, poco despues de haberse puesto en marcha descubrió la caballería ligera de los enemigos y conoció ser inevitable la batalla, para la cual se preparó con resolucion. Tambien el emperador la deseaba á pesar de no haber llegado aun la artillería ni una parte de la gente de á pié y de estar el dia muy adelantado, y recobrando en aquella ocasion, segun nos dicen testigos presenciales, sus brios juveniles, recorrió á caballo las filas blandiendo su lanza y alentando á sus guerreros. Los Sajones rechazaron al principio la ca-

(1) Robertson, Hist. del emperador Carlos V, l. IX.

ballería ligera húngara que empeñó el combate, y recibieron con firmeza á la infantería que la siguió á la carga, á los gritos de *¡Hispania! ¡Hispania!* Era esta la flor del ejército imperial, y combatiendo á la vista y bajo el mando de su soberano, nada pudo resistir á sus golpes; la caballería repitió sus ataques, y pronto la derrota de los Sajones se hizo general. Solo se defendia aun una pequeña division de soldados escogidos y procuraba salvar al elector retirándose hácia un bosque inmediato, pero arrollada por todos lados, el duque, herido en el rostro y extenuado de fatiga, entregó su espada y se dió á prision. Conducido por el duque de Alba á la presencia de Carlos, que en medio del campo de batalla recibia las felicitaciones de sus capitanes por la victoria alcanzada, acogióle el emperador con semblante severo y adusto. Sin dejarle concluir el humilde discurso que el prisionero le dirigió, recordóle con aspereza que no le llamaba antes emperador sino Carlos de Gante, y amenazándole con tratarle del modo que merecia, le volvió la espalda. Solo cincuenta y cinco hombres costó á los imperiales esta decisiva victoria, al paso que quedaron muertos en el campo mil doscientos Sajones, siendo mucho mayor el número de prisioneros. Pudo, con todo, escaparse una division de cuatrocientos hombres, y llegó á Wittemberg con el príncipe electoral, herido en la batalla (24 de abril).

Dos dias permaneció el emperador en el campo del combate para abastecer su ejército y recibir á los diputados de las ciudades inmediatas, que se sometieron solícitas á su voluntad, y pasado aquel tiempo se puso en marcha hácia Wittemberg, resuelto á terminar de una vez la guerra apoderándose de aquella ciudad. No pareció esto fácil en los primeros momentos, pues la esposa del prisionero, Sibila de Cléveris, habia logrado inspirar gran aliento á los ciudadanos, quienes, al intimarles la rendicion, contestaron con altivez advirtiendo al emperador que tuviese con su soberano las consideraciones debidas á su rango, pues resueltos estaban á tratar á Alberto de Brandeburgo, que era siendo su prisionero, de la misma manera como el elector seria tratado. Esta decision y la fortaleza de la plaza hacian necesario un sitio en regla para el cual no se hallaba Carlos preparado, y en esta situacion recurrió el emperador á un medio indigno de su grandeza y de la victoria que acababa de alcanzar. Envió un heraldo á la gobernadora, amenazándola con hacer pagar al elector con su cabeza la obstinacion de la ciudad, y al propio tiempo para convencerla de que no era ilusoria la amenaza, sujetó el prisionero Juan Federico á un consejo de guerra, compuesto de generales españoles é italianos bajo la presidencia del duque de Alba, que despues de breves trámites, considerando al elector convicto de traicion, le condenó á ser decapitado, violando en esto la constitucion germánica, segun la cual solo podian conocer de causa semejante los estados del imperio.

Sin inmutarse oyó Juan Federico su sentencia de muerte, y su sangre fria llegó á tanto que continuó la partida de ajedrez, que estaba jugando con Ernesto de Brunswick, tambien prisionero; únicamente manifestó el deseo de que no lograra su suerte intimidar á su esposa y á sus hijos, ni hacerles renunciar á sus títulos y estados, deseo que no fué cumplido. La infeliz Sibila de Cléveris perdió todo su valor al saber que estaba amenazada la vida de su esposo, y resuelta á salvarle, envió mensageros al emperador para que fijase el precio que quisiese á

la libertad y á la vida de su prisionero; el duque de Cléveris, el elector de Brandeburgo y el duque Mauricio intercedian tambien en su favor, y Carlos, fingiendo quedar vencido por tan reiteradas súplicas, si bien es probable que nunca fué su ánimo ejecutar la sentencia, vino en hacer merced de la vida á Juan Federico bajo muy duras condiciones, que el elector acabó por aceptar, reducido por las lágrimas y las instancias de su familia. Fueron aquellas que la dignidad electoral quedaria en manos del emperador para disponer de ella á su voluntad; que se entregarian á las armas imperiales las ciudades de Wittemberg y de Gotha; que Alberto de Brandeburgo seria puesto en libertad sin rescate; que el elector se someteria al decreto de la cámara imperial y se conformaria con todos los cambios que el emperador verificase en la constitucion de aquel tribunal; que renunciaria á toda coalicion contra Carlos y el rey de Romanos; que no entraria en alianza alguna de que no formasen parte estos dos príncipes; que permaneceria prisionero del emperador todo el tiempo que este quisiera retenerle, y en cambio el emperador le perdonó la vida y le cedió para él y sus descendientes la ciudad y el territorio de Gotha con una pension anual de cincuenta mil florines y una suma de dinero contante para pago de sus deudas. Quiso tambien Carlos exigir de él que se sometiese á los decretos del papa y del concilio respecto á los puntos de religion entonces controvertidos; pero con una entereza digna de mejor causa rechazó el elector cuanto se oponia á sus creencias, y Carlos á su vez desistió de aquellas pretensiones.

Evacuada la ciudad de Wittemberg por la guarnicion sajona y posesionadas de ella las tropas imperiales (19 de mayo), llegó para Carlos la ocasion de mostrarse indulgente y dadivoso tanto como antes se manifestara severo é inflexible. Prodigó mercedes á los que mas se habian distinguido en la campaña, obsequió con finas atenciones al elector y á su familia, puso en posesion del electorado á su aliado Mauricio, y hecho esto, despues de visitar el sepulcro de Lutero, en cuyo acto se negó á aventar sus cenizas, como algunos se lo aconsejaron, partió de Wittemberg para Halle á fin de dirigir sus armas contra el landgrave de Hesse, y poner fin con su vencimiento á la prolongada contienda.

Respetables eran todavía las fuerzas que el landgrave podia oponer á las victoriosas armas del emperador, pero poseido de la misma consternacion que de los confederados se apoderara, procuraba únicamente obtener de Carlos favorables condiciones. Mauricio, su yerno, y el margrave de Brandeburgo se hicieron mediadores entre él y el emperador, quien, á pesar de sus ruegos é instancias, solo consintió en dejar al de Hesse la vida, la libertad y su territorio bajo las condiciones siguientes: ponerse llanamente en sus manos y venir á su presencia á pedirle perdon de rodillas, prestarle juramento de fidelidad, someterse á los decretos de la cámara imperial, pagar ciento cincuenta mil coronas por indemnizacion de los gastos de la guerra, demoler las fortificaciones de todas sus ciudades excepto una, entregar al emperador todas sus municiones de guerra y su artillería, poner en libertad sin rescate á Enrique de Brunswick y á los demás prisioneros, y finalmente obligarse á no tomar jamás las armas y á no permitir que ninguno de sus vasallos sirviese contra el emperador ó sus aliados. Muy duras parecieron al landgrave estas condiciones en las que no habia estipulacion ninguna acerca del modo como con él se procederia, siéndole forzoso abandonarse enteramente á la cle-

mencia del emperador; pero Mauricio y el margrave acabaron de decidirle cuando, fiados en la palabra del emperador ó de sus ministros, le hicieron formal promesa de ponerse al punto ellos mismos en poder de sus hijos para recibir de estos igual trato que su padre recibiria de Carlos. Mas tranquilo el de Hesse dirigióse al campo imperial, á Halle de Sajonia (19 de junio), y se presentó al emperador, que le esperaba sentado en su trono y rodeado de toda su corte. Puesto de rodillas, mandó á su canciller, que estaba en la misma postura, leer un discurso pidiendo perdon al césar, y este por medio de un secretario otorgóle lo que le pedia, y ofreció no castigarle con muerte como habia merecido, ni con prision perpétua, ni confiscacion de bienes, despidiéndose luego del suplicante sin dirigirle demostracion alguna de afecto ni de cortesía. Aquella misma noche el landgrave oyó del duque de Alba la intimacion de que quedaba preso, y fué entregado á Juan de Guevara, capitan de una compañía de Españoles, para que lo custodiase. Imposible es expresar el enojo que dominó al arrebatado landgrave, lo mismo que la sorpresa de Mauricio y del de Brandeburgo, que en vano se presentaron al emperador manifestándole la obligacion que con aquel habian contraido; por fin, mitigado el landgrave por sus amigos, que le daban esperanzas de que no estaba remota su libertad, y deseoso de merecerla cuanto antes con buenos oficios, pagó la suma que se le habia impuesto, destruyó sus fortalezas y entregó doscientos cañones. El número de estos, cogidos durante la campaña, era muy considerable, y parte de ellos fueron llevados á España, á Flandes, á Nápoles y á Milan como trofeos de victoria. Mauricio y el margrave de Brandeburgo acabaron por dejar la corte, disgustados al ver el mal éxito de sus contínuas tentativas, y Carlos, sin participar á nadie sus intenciones, recorrió varias ciudades de Alemania, llevando en su séquito como prisioneros á los dos jefes de la confederacion vencida. Entonces acudieron á él embajadores de muchas potencias de Europa para felicitarle por su definitiva victoria, y el papa le envió el cardenal Sfondrato con cartas en que le llamaba *Máximo, Fortísimo, Augusto, Germánico, Invictísimo y verdaderamente Católico emperador*. En efecto, la liga protestante parecia destruida para siempre y los príncipes de Alemania recibian humildemente la ley del emperador; sin embargo, los funestos errores predicados por Lutero habian echado en el espíritu germánico raices harto profundas para que la astucia ni la fuerza pudiesen arrancarlas, y no hemos de tardar en verlas brotar de nuevo al abrigo de un hombre ambicioso é ingrato.

Los Bohemios, aliados de los luteranos de Sajonia, habian levantado un ejército para la defensa de su constitucion y de su lengua; la batalla de Muhlberg los entregó á Fernando, y este, auxiliado por su hermano, destruyó sus privilegios y castigó con duros suplicios á los principales promovedores del alzamiento. Así en todas partes obsérvase igual resultado: de la aparicion del protestantimo, ya sea este vencido, ya logre dominar en las esferas del gobierno, data el mayor acrecentamiento del poder real en Europa y la destruccion de las libertades antiguas. ¡Singular coincidencia se ofrece al considerar á los pueblos que se encaminan rápidamente al gobierno absoluto, y la propagacion de las doctrinas que en menosprecio de la razon y de la dignidad humana, se atreven algunos ilusos á calificar de libertad!

Sojuzgados los protestantes de Alemania, convocó el emperador una dieta

en Augsburgo para terminar definitivamente las contiendas religiosas, haciendo reconocer á todos la autoridad del concilio. En setiembre de 1547 hizo su entrada en la ciudad á la cabeza de las tropas españolas, y su primer cuidado fué purificar los templos y restablecer en ellos el culto católico. Prohibió las frecuentes juntas de personas particulares, con las que se habia comenzado á propagar la secta luterana; desterró á los maestros que inspiraban perversa doctrina en los ánimos de la juventud, y en una palabra no omitió cosa alguna para impedir que fuese vulnerada la religion antigua. Prodigioso fué el número de príncipes, embajadores y miembros del imperio que concurrieron á la dieta, atraidos por la importancia de los objetos sobre que iba á deliberarse y por el temor de ofender á Carlos con su ausencia. Abrió el emperador la sesion con un discurso en que invitó á la dieta á fijar particularmente su atencion en el asunto que iba á exponerle, y despues de explicar las funestas consecuencias de las cuestiones religiosas que se suscitaran en Alemania, y de recordar sus constantes esfuerzos para obtener la convocacion de un concilio general, único medio de remediar tantos males, exhortó á los presentes á reconocer la autoridad de aquella asamblea, á la cual ellos mismos habian apelado en un principio como al solo juez que podia decidir en semejantes materias. El concilio, al cual queria Carlos que se sometieran todos, habia llevado á cabo en aquel tiempo importantísimos trabajos y sufrido trascendentales variaciones.

En las sesiones quinta, sexta y séptima, celebradas en 1546 y en los primeros meses de 1547, habia continuado aquella augusta asamblea estableciendo los principios de la fé ortodoxa y dictando disposiciones para la reforma de la disciplina eclesiástica. Tratóse del pecado original, declarando no comprender en el decreto á la Santísima Vírgen; se confirmaron sobre esta materia los decretos de Sixto IV; dióse sobre la justificacion un tratado que es un perfecto modelo de exposicion doctrinal; sentóse la doctrina sobre los sacramentos en general, anatematizóse en varios cánones todo lo que en diverso sentido habian enseñado sobre estas materias los hereges antiguos y modernos, y respecto á disciplina dictáronse disposiciones sobre la educacion del clero trazando de una manera precisa las obligaciones de los obispos, de los profesores y de los párrocos, sobre las exenciones y los privilegios de las órdenes regulares, sobre la residencia canónica, sobre la pluralidad de beneficios y sobre otros distintos puntos. Por desgracia los crecientes recelos del papa contra el emperador despues de la victoria de Muhlberg por las causas que antes hemos explicado, vinieron á turbar la marcha pacífica hasta entonces del concilio; el pontífice, mas y mas alarmado por la preponderancia de Carlos, quiso trasladarlo á una ciudad que estuviese bajo su jurisdiccion mas inmediata y donde no fuese tan grande la influencia imperial, y apoyándose en los rumores propalados de temerse una peste en Trento, sus legados en la sesion octava (11 de mayo de 1547) propusieron que se hiciese la traslacion á Bolonia, lugar sano y poco distante. En vano se opusieron á ello los obispos del partido de Carlos; treinta y ocho prelados marcharon á aquella ciudad quedando en Trento otros diez y ocho españoles é italianos, súbditos del emperador, el cual sintió gran enojo al saber lo sucedido, pasándose todo el verano en negociaciones inútiles entre él y Paulo III, que de ningun modo consintió en derogar una medida, á su modo de ver, de alta conveniencia. Un

trágico suceso acaecido por aquel entonces vino á enconar mas que nunca el A. de J. C.
mútuo aborrecimiento que habian llegado á profesarse el papa y el emperador.

Pedro Luis Farnesio, hijo del papa y príncipe de Parma, era execrado de sus súbditos por sus costumbres depravadas y por su insoportable tiranía; él era de los que mas excitaban á su padre contra el emperador y de los que con mas ahinco habian favorecido las maquinaciones del rey de Francia, todo por tomar venganza de haberse negado Carlos á concederle la investidura de su principado. Como hemos dicho, hallábase comprometido en la conjuracion de Fieschi, y el príncipe Andrés Doria, que habia perdido en ella á su sobrino, tramó á su vez una conspiracion contra él de acuerdo con don Fernando de Gonzaga, virey de Lombardía por muerte del marqués del Vasto. En ella entraron muchos nobles de Parma y Plasencia, y con tan profundo secreto y tanta decision tramaron su plan y lo llevaron á cabo, que sorprendida la ciudadela de la última ciudad, y arrollada la guardia, cayó muerto Farnesio á los golpes de algunos conjurados, mientras que otros se apoderaban de la poblacion y excitaban á los moradores á levantarse contra su tirano (10 de setiembre). Tres cañonazos disparados en la ciudadela avisaron á Gonzaga del buen éxito de sus planes, y aquel mismo dia una division española, apostada á propósito en las fronteras del Milanesado, tomó posesion de la ciudad en nombre del emperador, y con gran alegría de los ciudadanos los restableció en el goce de sus antiguos privilegios. Quisieron tambien los imperiales apoderarse de Parma por sorpresa, pero frustraron su intento la vigilancia y fidelidad de los capitanes á quienes Farnesio confiara su custodia.

Viva afliccion causó á Paulo la muerte de su hijo y la inesperada pérdida de la importante plaza de Plasencia, y sin pérdida de momento elevó sus quejas al emperador pidiendo el castigo de Gonzaga y la restitucion á Octavio de la ciudad usurpada. Carlos, que habia mediado en todo lo sucedido, en nada consintió de lo que se le pedia, y entonces el pontífice, rompiendo los límites de su circunspeccion natural, quiso ligarse con Enrique II de Francia, sucesor de Francisco, y con la república de Venecia para hacer guerra á los imperiales. Enrique, empero, ocupado en los asuntos de Escocia, se limitó á entretenerle con promesas vagas, y lo mismo hicieron los Venecianos, conformándose al espíritu que ordinariamente dirigia todas sus negociaciones. El marqués de Massa, que andaba por el papa en todas ellas, fué preso por Fernando de Gonzaga y decapitado en la plaza de Milan.

En tanto habia continuado reunida la dieta de Augsburgo, y á fuerza de sagacidad, hermanando los halagos con el temor, habia logrado Carlos de los príncipes y de las ciudades que se sometieran á los decretos del concilio, y que firmaran todos á nombre del cuerpo germánico una solicitud al papa para que volviesen á Trento los prelados de Bolonia. Estos y el pontífice se opusieron á su demanda, y esta lastimosa disidencia dió lugar á muy duras y lamentables contestaciones, tanto que Carlos, apoyado por los obispos que continuaban en Trento, envió embajadores á Bolonia y á Roma para protestar de cuanto se hiciese en la primera de aquellas ciudades (enero de 1548). 1548

En tan crítica situacion, conociendo que jamás lograria de los Alemanes la sumision al concilio de Bolonia, previendo que reducir al pontífice era todavía cosa incierta y lejana, el emperador con la mayor buena fé, á lo que creen los

historiadores todos, apeló á un medio que no produjo muy felices consecuencias y que le hizo entrometer en asuntos que excedian de los límites de su potestad. Encomendó á los teólogos Julio Sflug, Miguel Helding y Juan Agrícola, los dos primeros católicos y el tercero protestante, la redaccion de un sistema de doctrina al que se hubieran de conformar los pueblos hasta que se promulgasen los decretos del concilio ecuménico, y cumplido por los teólogos el encargo, llamóse á su obra *Interim*, esto es, *entre tanto*. Los fundamentos de ella consistian en la doctrina católica, pero se concedia á los protestantes la comunion bajo dos especies, la conservacion de sus mugeres á los eclesiásticos que se habian casado y la posesion de los bienes usurpados á la Iglesia. En 15 de mayo de 1548 fué presentada por el emperador á la dieta; el arzobispo de Maguncia, presidente del colegio electoral, se levantó en seguida, y despues de haber dado gracias á Carlos por sus constantes esfuerzos para devolver la paz á la Iglesia, declaró en nombre de la asamblea que esta aprobaba el nuevo sistema de doctrina y que estaba resuelta á guardar su contenido. Oyeron los asistentes con sorpresa aquella declaracion, aunque ninguno se atrevió á contradecirla, y el emperador, luego que hubo explicado á la dieta los motivos que le impedian dar libertad al landgrave de Hesse y que hubo conferido al jóven Mauricio la investidura del electorado de Sajonia, declaró disuelta la reunion y publicó el *Interim* en latin y en aleman para que fuese observado como decreto del imperio. Es lo cierto, sin embargo, que aquella providencia disgustó igualmente á católicos y á protestantes, ofendidos todos de que el emperador decidiese de aquella manera en cuestiones exclusivamente religiosas; dóciles, empero, á la voluntad imperial algunos teólogos protestantes, entre ellos Melancton, admitieron en el dogma y en las ceremonias del culto muchas cosas obstinadamente rechazadas antes, evidenciando así una vez mas la volubilidad de sus doctrinas; el elector palatino, el de Brandeburgo y Mauricio se sometieron del todo en vista de esta declaracion que ellos habian provocado, pero fueron vanos cuantos esfuerzos empleó Carlos para que acataran el *Interim* el elector de Sajonia, algunos príncipes de reconocido influjo y las ciudades imperiales, faltando poco para que se renovaran las anteriores calamidades. Activo el emperador en llevar adelante su plan, sujetó por fuerza de armas á Constanza, y con sus tercios españoles recorrió las ciudades de Ulm, Spira, Maguncia y Colonia, alcanzando por la intimidacion lo que no habia logrado por medios suaves. En todas partes removió del senado á los luteranos y puso en su lugar á católicos, recibió de sus habitantes juramento de observar el *Interim*. y por unos momentos, si combatir con principios morales no fuese cosa muy distinta que luchar con hombres, hubiera podido el emperador lisonjearse de la estabilidad de su victoria. Sin embargo, si esta fué de corta duracion, la historia y las naciones meridionales han de ver en esta obra de Carlos, y por lo mismo agradecérsela, una barrera que anonadó la fuerza de expansion con que en un principio se presentó el protestantismo, amenazando llevar sus estragos á países donde por fortuna llegaron ya debilitadas sus predicaciones.

Terminada al parecer la empresa que se propusiera, partió Carlos para los Países Bajos (setiembre de 1548), resuelto á hacer admitir el *Interim* á las ciudades que aun lo resistian. Sus dos prisioneros, el elector y el landgrave, le

acompañaron en aquel viage, pues no se atrevia el emperador á dejarlos en Alemania (1), y con lucido acompañamiento llegó á Flandes, donde supo que el concilio de Bolonia, despues de dos sesiones insignificantes, habia sido suspendido y prorogado indefinidamente por el pontífice, atendida la gravedad de las circunstancias. Esto fué causa de que Carlos dirigiese á Paulo nuevas quejas y que mandase á los obispos de Trento que continuasen en aquella ciudad, donde esperaba que algun dia habian de continuar las sesiones.

Otro objeto, además del expresado, proponíase Carlos en su viage á Bruselas. Sus dolencias, cierta melancolía que se hubiera dicho heredada de su madre, inspirábanle deseos de abandonar sus coronas, de sobrado peso ya para su frente marchita casi en el vigor de la edad; impedíanselo, empero, graves consideraciones, mas para preparar aquel acaecimiento que ya en su mente acariciaba, queria hacer reconocer á su hijo Felipe por los estados de Flandes como su legítimo heredero. Por esto y para que el príncipe conociera al pueblo al que debia gobernar un dia, envió á España al duque de Alba con cartas para su hijo y las ciudades de Aragon y Castilla, mandando á aquel que se pusiera en camino luego que hubiese llegado á estos reinos la persona que él enviaba para reemplazarle en el gobierno.

Durante este tiempo y estas prolongadas guerras en Francia, en Italia y en Alemania, los reinos de España, al abrigo de la deshecha tormenta que en los demás paises de Europa hacia temblar á los reyes en sus tronos vacilantes, escudados de invasiones extranjeras por el muro de los Pirineos y la fama de su nombre, vivian bajo el gobierno del príncipe don Felipe en no interrumpido sosiego; y no se crea que la ausencia de vida pública que en todos ellos, y especialmente en Castilla se observaba, los hiciera desfallecer en torpe letargo: sus pueblos cultivaban con ardor las artes de la paz, como hemos de ver en otros capítulos; las encendidas cuestiones religiosas ó políticas que dividian á otras naciones y les ponian las armas en la mano, solo servian aquí de tema á las discusiones de los teólogos; la literatura, las nobles artes, la industria y el comercio llegaban á un explendente apogeo, y los caracteres amantes de aventuras y peligros, hallaban ancho campo para su ambicion de gloria ó de riqueza en las guerras exteriores y en los viages á los paises del Nuevo Mundo. Uno de estos hombres, el mas ilustre entre todos, Hernan Cortés, conquistador de Méjico, habia acabado su vida el año anterior (2 de diciembre) despues de abandonar la corte, convencido de la ingratitud de los hombres. Retirado á Castilleja de la Cuesta, pueblo inmediato á Sevilla, pasó los últimos años de su existencia melancólico y dado á caritativas prácticas, hasta que murió á los sesenta y tres años de su edad para vivir eternamente, como dice un historiador, por la fama de sus hechos. Su cuerpo fué trasladado á América.

Felipe recibió las órdenes de su padre mientras se hallaba presidiendo en Monzon cortes generales á los reinos aragoneses, convocadas por el emperador desde Bohemia en 1547, con objeto de que le auxiliaran con un nuevo servicio en atencion á los cuantiosos gastos que le habian ocasionado las guerras de Italia

(1) El landgrave de Hesse, á pesar de haber ofrecido someterse al *Interim*, fué encerrado en la fortaleza de Malinas bajo la custodia de soldados españoles.

y de Alemania. Los tres reinos votaron sin oposicion un subsidio de doscientas mil libras jaquesas pagaderas en tres años, y además otorgaron espontáneamente al príncipe un servicio de veinte y cinco mil libras. Entre los acuerdos de las cortes de Aragon merecen mencionarse el que estableció que el oficio de justicia mayor no pudiese ser renunciado, y el que dispuso que los diputados del reino nombrasen un historiador ó cronista de los sucesos de Aragon. A esta providencia, á la que siguió el inmediato nombramiento, débense los preciosos anales de Gerónimo de Zurita, tantas veces citados por nosotros al pié de estas páginas.

Vuelto á Castilla el príncipe congregó cortes en Valladolid, y manifestóles la necesidad que le imponia su padre de ausentarse de España, prometiendo regresar dentro de breve tiempo, y expresando que en su ausencia gobernaria por disposicion del emperador su primo Maximiliano, hijo de don Fernando, jóven de intenciones rectas y de modales llanos, prometido esposo de su hermana María. Los procuradores de las ciudades, únicos que á las cortes fueron convocados, oyeron con visible desagrado la nueva de la marcha del príncipe, tanto mas en cuanto se aseguraba que su padre tenia proyectado elevarle al imperio y esto hubiera dejado indefinidamente á España huérfana de su soberano. Otro grave motivo de disgusto recibió el reino cuando en virtud de las instrucciones traidas por el duque de Alba, montó Felipe su palacio y servidumbre bajo un pié enteramente borgoñon, lo que llevaba consigo ceremonias mas difusas y mucho mas costosas que las costumbres primitivas de Castilla.

El príncipe Maximiliano llegó por fin á Barcelona con la armada de Doria, acompañado del cardenal de Trento y de lucida comitiva, y dirigióse sin pérdida de momento á Valladolid, donde con gran pompa y públicos festejos celebró su enlace con la infanta doña María (17 de setiembre) (1). Los nuevos consortes tomaron posesion del gobierno de España, y don Felipe, terminados sus preparativos, emprendió el viage el dia 1.° de octubre, llevando en su compañía al duque de Alba, á Ruy Gomez de Silva, príncipe de Eboli, y á otros muchos personages de elevada alcurnia, pues el emperador queria que la pompa que rodease á su hijo deslumbrase á los pueblos que iba á visitar. Por Zaragoza llegó el príncipe á Barcelona, y despues de inspeccionar las fortificaciones de Perpiñan y de visitar á la Vírgen de Montserrat, de la cual, como su padre, era muy devoto, se embarcó en el puerto de Rosas donde le esperaban las galeras de Génova y de Nápoles al mando de Doria y de don García de Toledo (15 de octubre).

Don Felipe desembarcó en Génova entre cuantas honras y festejos puede tributar un pueblo á su monarca. Alojado en el palacio de Doria recibia diariamente embajadas de los estados italianos, y entre ellas presentósele Octavio Farnesio, embajador del pontífice, reclamando la devolucion de Plasencia, á lo que contestó Felipe en términos tan halagüeños como ambiguos (2). Quince dias permaneció el príncipe en la ciudad de los palacios sin que su continente grave y severo, atribuido por el vulgo á orgullo y arrogancia, fuese muy del gusto de los Genoveses, y en seguida continuó su camino. Al atravesar la llanura de Pavía vió con el corazon henchido de gozo el sitio en que Francisco I se rindió prisio-

(1) Formó parte de las fiestas con este motivo celebradas la representacion de una comedia de Ariosto.

(2) Leti, *Vita di Filippo II*, t. I, p. 189.

nero, y se dirigió á Milan, que parecia haber agotado los recursos todos de su de J. C.
fausto proverbial para festejar al heredero de Carlos V. El príncipe verificó su entrada en la ciudad bajo un magnífico palio, llevando á su derecha al cardenal de Trento y á su izquierda á Manuel Filiberto, príncipe del Piamonte, despues de ser recibido por el gobernador y el senado, por un vistoso escuadron de doscientos nobles y por las principales damas milanesas, llevadas en lujosos carruajes de caprichosas formas arrastrados por caballos con jaeces de oro. Las calles estaban adornadas con cuadros de los grandes maestros italianos; los espectadores que ávidos de conocer á su futuro soberano llenaban balcones y ventanas, ensordecian el aire con sus aclamaciones, y por la noche se disparó un soberbio castillo de fuego en cuya especialidad gozaban de gran fama los Milaneses de la época. Fiestas, saraos y banquetes sucediéronse incesantemente durante la permanencia del príncipe en la capital del ducado, pero de nada pareció aquel gustar tanto como de las representaciones teatrales, organizadas en Italia con gran perfeccion y esmero. En los saraos, entre las damas que á porfía le obsequiaban, perdia Felipe su habitual reserva, y la refinada cortesía de sus modales, sus magníficos regalos, la parte que tomaba en las danzas y torneos, estos á la usanza morisca, excitaron en su favor el entusiasmo de la elevada sociedad de Milan, encantada así por la devocion del príncipe, que daba suntuosas ofrendas á las iglesias y á los monasterios, como por su agilidad y gracia, templadas por un aire grave y reflexivo que revelaba ya en el gallardo mancebo al rey don Felipe II.

Transcurridas algunas semanas abandonó Felipe los hospitalarios muros de Milan para dirigirse hácia el Norte, y atravesando el Tirol, llegó á Flandes por Munich, Trento y Heidelberg. En su camino rodearon al real cortejo gran multitud de hombres y mugeres, deseosos de ver una vez al menos al jóven príncipe que debia heredar el cetro mas poderoso de Europa; los magistrados de las poblaciones por donde pasaba salian á saludarle y á presentarle ofrendas, que consistian regularmente en urnas ó vasos de plata llenos de ducados de oro. Felipe los recibia con afabilidad, y el duque de Alba, que cabalgaba á su lado, contestaba por él á los discursos que se le dirigian. El camino se hizo siempre á caballo.

Varios meses habia durado el viage cuando la considerable muchedumbre que salió á su encuentro anunció á Felipe que se hallaba cerca de una populosa ciudad; en breve llegaron tropas y diputaciones, y el cortejo hizo su entrada en
Bruselas entre el estampido del cañon y un alegre campaneo (marzo de 1549). 1549
Las reinas viudas de Hungría y de Francia presentaron el príncipe á su padre, quien á la vista de su hijo, despues de tan prolongada ausencia, hubo de experimentar agradable sorpresa. Felipe contaba entonces veinte y un años y se distinguia, como hemos dicho, por la gracia de su figura, segun así lo atestiguan varios escritores que le vieron mucho, y sobre todo el pincel del Ticiano que le retrató antes que su tez se marchitara por una precoz dolencia y antes que los pesares y las inquietudes hubiesen dado á sus facciones una expresion triste y sombría. De complexion delicada, sus cabellos y su barba eran de un rubio claro; tenia los ojos azules y las cejas casi juntas; su nariz era afilada y recta y solo su labio inferior, proeminente como el de su padre, afeaba su fisonomía. Parecíase mucho á este aun cuando su rostro no mostraba tanta vivacidad; su estatura era poco menos que mediana y su cuerpo bien proporcionado en todas sus partes;

vestia con riqueza y elegancia, pero sin afectacion, y su actitud era grave y ceremoniosa (1).

Congregados por el emperador los estados de Flandes, reconocieron el derecho de sucesion del príncipe en las formas acostumbradas, prestando él por su parte juramento de mantener sus privilegios en su cabal integridad (abril). Con este motivo, así en Bruselas como en todas las opulentas y mercantiles ciudades de los Paises Bajos que recorrió el príncipe acompañado de su tia la reina gobernadora, celebráronse pomposas fiestas en cuya descripcion se ocupan con complacencia los cronistas de la época, haciendo especial mencion de un torneo que se verificó en Bruselas tal como no se habia visto otro desde Carlos el Temerario. En él tomó parte el príncipe Felipe y á él se adjudicó el premio señalado á la *lanza de las damas*.

Sin embargo, por mas que Felipe se mezclara en estas ruidosas diversiones por las exigencias de su posicion y por complacer á su padre, es indudable que eran muy poco de su gusto y que preferia permanecer en sus habitaciones y recrearse en la conversacion de las escasas personas á quienes concedia su confianza. Hábitos eran estos de aislamiento y de reserva que le recomendaban poco á los Flamencos, acostumbrados á la pompa y magnificencia de la corte de Borgoña; con su carácter jovial no comprendian aquella conducta austera y la comparaban á los modales afables y francos de Carlos, que tan bien sabia acomodarse á las costumbres de los varios pueblos sobre quienes reinaba. Felipe era únicamente español; sus pensamientos todos iban dirigidos á España; los Paises Bajos parecian ser para él un país extrangero; sus consejeros, sus amigos eran todos españoles, y el pueblo de Flandes, al vaticinar que durante su reinado habia de ser tratado con escaso favor, preveia ya el tiempo en que todos los empleos de importancia se darian á Españoles, así como Carlos, á su elevacion al trono, habia conferido los de España á sus cortesanos flamencos (2). Felipe permaneció mucho tiempo en los Paises Bajos retenido junto á su padre, que habia padecido un nuevo y violento ataque de gota, y en los intervalos en que Carlos se sentia mas aliviado de su mal, perfeccionó la educacion de su hijo en una parte que dejaba aun que desear, la ciencia del gobierno; entonces le inculcó los dos principios que caracterizan tan profundamente toda su conducta y á los que tan dócil se mostró Felipe: el mantenimiento de la autoridad real en toda su integridad y la estricta observancia de las prescripciones católicas. Desde entonces tambien empezó el príncipe á dar muestra de su paciencia y aplicacion en sus designios en un grado que pocos monarcas han llegado á poseer.

Las fiestas de Bruselas hubieron de interrumpirse, no solo por la enfermedad del emperador, sino tambien por la noticia de la muerte de Paulo III, acaecida en 10 de noviembre, á los ochenta y dos años de su edad, ya fuese su fallecimiento por causa natural, ya fuese efecto de la afliccion que experimentara al saber que su nieto Octavio se habia arrojado en brazos del emperador, disgustado de su abuelo porque este habia reincorporado al patrimonio de la Iglesia los estados de Parma para mejor defenderlos de la invasion de los imperiales. Excepto

---

(1) Relaciones de los embajadores venecianos durante el siglo XVI.
(2) Id.

en los últimos años de su vida, en que fueron tan ágrias sus relaciones con el emperador, pintan bien la política de este pontífice estas palabras de Miñana: «Fué muy amante de la justicia y muy celoso en mantener la paz de Italia: tenia, al parecer, mas inclinacion al Francés, pero en público era mas obsequioso del césar, aunque no era adicto ni á uno ni á otro (1).» Los partidos que dividian el cónclave, imperiales, franceses y farnesios, retardaron la nueva eleccion, hasta que por fin prevalecieron los últimos y quedó nombrado el cardenal Juan María del Monte, presidente que habia sido del concilio de Trento, quien tomó el nombre de Julio III (7 de febrero de 1550). Sus primeros actos, segun juramento 1550
prestado por los cardenales todos, fueron restablecer á Octavio Farnesio en los estados de Parma y Plasencia, y expedir, cediendo á las redobladas instancias del emperador, una bula convocando de nuevo el concilio para la ciudad de Trento (14 de marzo).

Por aquel mismo tiempo el emperador habia convocado la dieta imperial para el 25 de junio en Augsburgo, con el fin de alcanzar de ella dos importantes objetos: activar la ejecucion del *Interim* obligando á la asamblea á un acto mas auténtico de sumision á los decretos del concilio, y asegurar la eleccion de Felipe como rey de Romanos, luego que hubiese obtenido de su hermano Fernando la abdicacion de aquella dignidad. Partió, pues, de Bruselas en compañía de su hijo (31 de mayo), seguido de una division española, y como en Italia y en Flandes hízose al príncipe en Alemania magnífico recibimiento. Del resultado que obtuvieron aquellos proyectos hablaremos en el capítulo siguiente.

En los últimos años habian ocurrido en Africa importantes sucesos además de las casi contínuas guerras entre los reyes del país, en las cuales tomaban parte como aliadas, ya de unos, ya de otros, las guarniciones españolas. En 1543 el rey de Tunez Muley Hassan dirigióse á Génova para conferenciar con el emperador, pero fué arrojado por una tormenta á la costa de Nápoles; en esta ciudad permaneció algun tiempo muy agasajado por el virey Toledo, y durante su ausencia su hijo Amida, á quien dejara para la custodia del reino, alzóse con el poder sin que lo contradijera el pueblo, cansado de la crueldad del padre. Muley Hassan intentó recobrar su trono con auxilio de alguna gente reclutada en Nápoles con permiso de Toledo, hombres perdidos la mayor parte, de cuyo mando se encargó el noble napolitano Juan Bautista Lofredo. Derrotados en una sangrienta batalla, Lofredo perdió la vida; Muley Hassan, herido, quedó prisionero y por mandato de su hijo fué privado de la vista, y apenas pudieron escaparse unos quinientos fugitivos que hallaron en la Goleta y en su gobernador Tovar generoso refugio. Algunos años despues Muley Hassan pudo librarse del poder de su hijo y se refugió á Sicilia.

Muerto Barbaroja, no por esto quedaron en sosiego las costas del Mediterráneo. Dragut, natural de una aldea de Natolia, en el Asia Menor, que hiciera con aquel célebre pirata el aprendizage de su infame oficio, propúsose despues de él infestar los mares con la patente de general de todos los corsarios moros y turcos. En poco tiempo juntó veinte y seis leños, y las playas de Nápoles, de Sicilia y de Génova fueron principalmente teatro de sus devastaciones, hasta con-

---

(1) Miñana, Cont. de la Hist. de Esp., l. IV, c. XI.

citar varias veces contra él las fuerzas de Doria y de los vireyes de don Carlos. Conoció entonces el pirata no poder vivir seguro si no se hacia dueño de algun lugar fuerte, y á principios de 1550 entró por sorpresa en la ciudad mahometana de Africa, á veinte y ocho leguas de Tunez, que, fuerte por sus defensas naturales y por las realizadas por mano de hombres, ofreciale, á su modo de ver, inexpugnable asilo. Desde allí continuó sus daños y estragos, hasta que atendiendo Carlos á las repetidas quejas de los pueblos, mandó á Doria que arrojase á los piratas de aquella guarida. El Genovés salió al mar con las galeras de Toscana, del pontífice, de Nápoles y de Malta, reconoció la ciudad de Africa, y volvió á Sicilia en busca de otras naves y de refuerzos de hombres y municiones. Muchos nobles personages quisieron contribuir y tomar parte en la empresa: el virey de Sicilia, Juan de Vera, el duque de Florencia Cosme de Médicis y otros muchos caballeros españoles é italianos se dirigieron á la costa africana, y á ellos se unió el gobernador de la Goleta Luis Perez de Vargas. Muley Hassan y su hijo formaron tambien parte de la expedicion por haberlo creido así conveniente el virey de Sicilia; y en efecto, á la noticia de su llegada acudieron al campo cristiano gran número de alárabes, que fueron de gran utilidad. No vivió, empero, mucho tiempo el rey destronado de Tunez; una calentura mortal le llevó al sepulcro con el consuelo de morir en su patria.

Los Turcos de la plaza oponian desesperada resistencia, y varias veces hubieron los sitiadores de pedir refuerzos á las ciudades de Italia y de España. Dragut corria en tanto las costas de Valencia, aprovechando sus inteligencias con los moriscos del país, cuando sabedor del peligro que corrian los suyos, voló á atacar con cuatro mil hombres el campamento cristiano en combinacion con las tropas sitiadas (25 de julio). Sangrienta fué la pelea, y en ella murió, entre otros buenos capitanes, el esforzado Luis Perez de Vargas, pero los enemigos fueron rechazados y los imperiales continuaron con nuevos brios el ataque de la ciudad. Dióse por fin el asalto decisivo (10 de setiembre); la mortandad fué mucha por una y otra parte, mas los cristianos quedaron dueños de la plaza y redujeron á cautiverio á mas de siete mil Moros. En ella quedaron de guarnicion mil Españoles á las órdenes de Alvaro de Vera, pero algun tiempo despues, cuando abandonó Carlos la idea de hacer de Africa una segunda Goleta, fueron retirados de allí y se arrasó la ciudad.

Durante este tiempo continuaban en América las expediciones en busca de los fabulosos tesoros que exageraba la fama, y tambien las contiendas y las guerras civiles entre los mismos conquistadores. En el Perú habian quedado dominando los Pizarros por la muerte de Almagro, pero su crueldad y sus tiránicos actos les suscitaron numerosos enemigos, que elevaron sus quejas hasta la corte de España. Fernando Pizarro se presentó en ella á defender su conducta y la de sus hermanos, pero escandalizando á todos con el régio fausto que ostentaba, fué mandada su prision y se le encerró en el alcázar de Madrid primero y despues en el castillo de Medina del Campo. Vaca de Castro, hombre pundonoroso, severo é incorruptible, fué enviado al Perú en calidad de comisario régio con la comision de residenciar la conducta de Pizarro, pero otros antes que él se encargaron de llevarla á cabo. Juan de Rada, compañero de un hijo del desgraciado Almagro, tramó una conjuracion para dar muerte á Pizarro, quien no pensando

sino en favorecer á sus parientes y allegados y en abrumar con su crueldad á aquellos que le inspiraban recelos, vivia descuidado, fiado en su máxima de que su poder para cortar la cabeza á los demás escudaba la suya. En junio de 1541 estalló la conspiracion; al grito de *¡Viva el rey y muera el tirano!* atacaron los conjurados la casa del marqués, y este, sin tiempo para ajustarse la coraza, cayó á sus golpes despues de una lucha desesperada. Así murió el famoso Francisco Pizarro, á la edad de sesenta y tres años.

Diego de Almagro fué proclamado virey, pero al mostrar Vaca de Castro, llegado por aquel entonces, los poderes que el emperador le confiriera, pasáronse muchos á su obediencia. No fué de este número el jóven Almagro, que con unos pocos se declaró en rebelion contra las banderas de su rey, hasta que, vencido y preso, tuvo el mismo fin que su infeliz padre. Este suceso puso término por algun tiempo á las turbulencias, y el virey Vaca de Castro pudo dedicarse á cultivar las artes de la paz, especialmente á instruir á los Indios en la doctrina cristiana, y á procurar el arreglo de las cosas públicas. Vasco Nuñez Vela sucedióle en el gobierno, y en su tiempo reprodujo la guerra civil Gonzalo Pizarro, recien llegado de una expedicion al Dorado, que deseoso de vengar á su hermano y disgustado al verse caido de su antigua autoridad, se opuso á varias providencias del gobernador y atrajo en breve á su causa á otros descontentos. Apoderado de Lima, dió principio á un insolente despotismo; sus tropas llegaron varias veces á las manos con las del gobernador Vela, quien últimamente pereció en uno de aquellos combates.

Tal era el estado del Perú cuando el sacerdote don Pedro de la Gasca fué nombrado presidente de la audiencia de Lima con amplísimos poderes para apaciguar las turbulencias (1547). El nuevo virey valióse primero del arte para conseguir su intento, y adelantó tanto con sus oficios suaves, que atrajo á sí en breve tiempo aun á los hombres mas adictos á los otros partidos; sin embargo, no descuidaba reunir soldados para someter por fuerza á los que no lo hiciesen de grado, y en una batalla que dió á Pizarro en el territorio de Cuzco desbarató á sus contrarios y se apoderó de la persona de su jefe que, juzgado sumariamente, fué decapitado, confiscados sus bienes y su casa arrasada hasta los cimientos. Entonces, despues de tan contínuas calamidades, comenzaron á respirar y á gozar de quietud y alegría los miserables Peruanos; comenzó á recogerse en pueblos la multitud derramada por los campos; fundáronse nuevas colonias, señaláronse los tributos que habian de pagarse, estableciéronse otras audiencias, y en una palabra, empezó la administracion del país á tomar una forma regular y estable. Igual obra civilizadora realizaba en Méjico el virey Mendoza con no menos obstáculos, y á imitacion de Gasca abrió escuelas públicas, prohibió á los Indios el ejercicio de la idolatría, y envió jueces comisionados á todas partes para que se informasen del modo con que los Españoles trataban á los naturales é impidiesen que abusasen de ellos ni les hiciesen trabajar sin la debida recompensa, ni les aplicasen á la labor de las minas, aun á los que quisiesen voluntariamente, fuera de los necesarios y conforme á los principios de justicia. Ya algun tiempo antes habia mandado el emperador, á excitacion de fray Bartolomé de las Casas, obispo de Chiapa, y de otros varones doctos y piadosos compadecidos de los males de aquella desgraciada gente, que se restituyese á los Indios la libertad que sin razon se les habia quitado, disponiendo expresamente que de

ningun modo ni con pretexto alguno fuese llevado en adelante ningun Indio contra su voluntad al servició de los Españoles y que fuese puesto en libertad el que hubiese sido fozado á ello, sin oir sobre esto á sus señores. Gran descontento causaron en las colonias estas providencias, y fué necesaria toda la entereza de los vireyes Gasca y Mendoza para que no rompiesen en abierta sedicion (1).

Algun tiempo despues estableciéronse universidades en Méjico y en Lima, y aquellos paises, aunque alterados con frecuencia por las contiendas de los capitanes españoles, por sublevaciones de los Indios y por rebatos de los corsarios franceses, comenzaron á entrar de lleno en la nueva existencia y en la nueva civilizacion á que la Providencia los habia llamado.

(1) Gasca á su regreso á España en 1550 marchó á Alemania á dar cuenta al emperador del buen estado en que habia puesto las cosas del Perú. En premio de sus méritos le fué conferido el obispado de Palencia y poco despues fué trasladado al de Segovia. Cuéntase de este excelente sacerdote que volvió del Perú con la misma capa que habia sacado de su casa. Don Antonio de Mendoza, virey de Méjico, le sucedió en el gobierno del Perú, y en su lugar fué nombrado don Luis de Velasco.

CAPÍTULO V.

Don Fernando se niega á abdicar la dignidad de rey de Romanos.—Maximiliano vuelve á Alemania. —Tratado secreto entre Carlos y Fernando.—El príncipe don Felipe regresa á España.—Matrimonio de la infanta doña Juana con don Juan de Portugal.—Designios de Mauricio de Sajonia contra el emperador.—Toma á su cargo sujetar á la ciudad de Magdeburgo.—Guerra de Parma. —Protesta Enrique de Francia contra el concilio de Trento.—Rendicion de Magdeburgo.—Alianza de Mauricio de Sajonia con Enrique II de Francia.—Mauricio se declara jefe de los protestantes.—Enrique II de Francia hace guerra al emperador.—Apurada situacion de Carlos en Inspruck.—Disolucion del concilio de Trento.—Tratado de Passau.—Los Turcos atacan á Malta y se apoderan de Trípoli.—Sitio de Metz.—Retirada de los imperiales.—Los Turcos en las costas de Nápoles.—Sedicion en Siena.—Muerte de Mauricio de Sajonia.—Guerra en Flandes.—Guerra en Italia.—Cortes de Monzon.—Trátase el matrimonio del príncipe don Felipe con la reina María de Inglaterra.—Cede el emperador á su hijo el reino de Nápoles y el ducado de Milan.—Capítulos matrimoniales.—Oposicion contra este enlace.—El príncipe don Felipe abandona estos reinos.—Su hermana doña Juana regente de España.—El príncipe don Felipe en Inglaterra.—Vuelve aquella nacion al seno de la Iglesia.—Continúa la guerra con Francia.—Operaciones en Flandes. —Toma de Siena por los imperiales. Conspiracion para entregar la ciudad de Metz al emperador.—Dieta de Augsburgo.—Muerte de Julio III y de Marcelo II.—Paulo IV.—Alianza entre el pontífice y el rey de Francia.—Toma de Bugia por los Turcos.—Descontento de don Felipe en Inglaterra.—Impopularidad de los Españoles en aquel reino.—Don Felipe es llamado á Bruselas.— Carlos renuncia en su hijo los estados de Flandes.—Solemne asamblea.—Renuncia las coronas de España.—Tregua con Francia.—Renuncia Carlos la corona imperial.—Su viage á España.— Se retira al monasterio de Yuste.

Desde el año 1550 hasta el 1556.

Carlos y Felipe llegaron á Augsburgo cuando aun eran muy pocos los que habian concurrido á la convocacion imperial, sabedores del objeto para que eran llamados, y el emperador dió principio con su actividad acostumbrada á las prévias tentativas que eran indispensables para la realizacion de sus proyectos. Sin embargo, en vano fué que solicitara el apoyo de su hermano para favorecer las pretensiones de Felipe á la corona del imperio; ni los ruegos, ni las razones fundadas en la gloria de su casa, secundadas por las súplicas y por las lágrimas de su comun hermana la regente María, pudieron alcanzar de Fernando que renunciara á la magnífica herencia que esperaba. Carlos cambió entonces de terreno, pero sin mejor éxito, é instó á su hermano que consintiera en la eleccion de Felipe como su sucesor en la dignidad de rey de Romanos, ó al menos que le asociara, cosa sin precedente, á su primo Maximiliano, destinado por los electores para suceder á su padre. En esto llegó este príncipe á Augsburgo, procedente de España, de donde le habia llamado su padre con instancia, y su presencia en la dieta fué un nuevo obstáculo á los designios del emperador. Tan poco dispuesto como Fernando á ceder á las proposiciones de su exigente suegro, limitóse á manifestar que no estaba en su mano influir en la decision de los electores, pero

A de J. C. bien le constaba que podia fiarse completamente en ellos, en cuanto no abrigaban el menor propósito de perpetuar el poder imperial en los hijos de Carlos V. En efecto, luego que este se dicidió á comunicar á la dieta el proyecto sobre este punto formado, todos los asistentes vieron estremecidos las consecuencias que produciria. Olvidando en aquel caso los beneficios que reportara al imperio la elevacion de Carlos V, solo miraron que ensalzar al hijo, que sin duda habia de continuar el mismo sistema de su padre, era destruir lo poco que aun quedabá íntegro en el antiguo y respetable edificio de la constitucion germánica. Querian además ser gobernados por un Aleman que comprendiese el carácter del pueblo y participase de sus sentimientos, y así como Maximiliano se habia grangeado el afecto de sus compatriotas, Felipe, por su carácter enemigo de la llaneza de su padre y de su primo, habíase hecho aun mas desagradable á los Alemanes que á los Flamencos. Carlos, empero, lejos de ceder, persistia en sus designios con una tenacidad que amenazó producir un rompimiento entre las dos ramas de su familia. Durante algun tiempo Fernando permaneció en sus habitaciones sin mantener relacion ninguna con Carlos ni con María, mas por fin el genio ó la obstinacion de Carlos le vencieron hasta el punto de consentir en un tratado secreto, segun el cual habia él de ser elevado al imperio; Felipe habia de sucederle como rey de Romanos y Maximiliano habia de suceder á Felipe (1). Fernando arriesgaba muy poco en estas concesiones que los electores no habian de sancionar, y en efecto, Carlos, á quien los reveses de los años siguientes hicieron perder gran parte de la influencia que en aquellos ejercia, pareció abandonar del todo su acariciado proyecto. El mal éxito que en público tuvieron sus tentativas fué muy celebrado en Alemania y en España, pues si los Alemanes deseaban por emperador á un compatriota, los Españoles, humillados en cierto modo al ver á su país como otra dependencia del imperio, no veian la hora en que España, bajo el cetro de un príncipe nacional como lo era Felipe, conservara ella sola la preponderancia entre todas las naciones.

El objeto principal del viage de Felipe se habia cumplido: el pueblo de los Paises Bajos le habia prestado homenage como heredero del reino, y por lo mismo determinó su padre que volviera á España á encargarse otra vez del gobierno con amplísimos poderes que le otorgó en la misma ciudad de Augsburgo (23 de
1551 junio de 1551). Su primo Maximiliano habia de acompañarle para tomar en Castilla y llevarse luego á Alemania á su esposa doña María, que en 1549 habia dado á luz en Cigales á una hija que recibió el nombre de Ana, y por Trento y Milan llegaron á Génova, donde se embarcaron en las galeras de Doria, que acababan de sufrir un revés en las aguas de Gerbes, bloqueando á las naves de Dragut (2). Los príncipes llegaron felizmente á Barcelona el dia 12 de julio, y Felipe se dirigió inmediatamente á Navarra por cuyo reino no habia sido aun reconocido. Las cortes reunidas en Tudela le juraron sin obstáculo por su príncipe y señor natural. Por aquel entonces recibió Felipe una carta de su padre, fechada en Augsburgo, conteniendo detalladas instrucciones acerca de la política que ha-

(1) Mignet, *Carlos V*, p. 42.—Una copia de este tratado existe en los archivos de Bélgica.

(2) El hijo de Muley Hassan, que peleó en la capitana, cayó prisionero de Dragut y acabó su vida miserable en una cárcel de Constantinopla.

bia de seguir y explicándole todos los intereses interiores y exteriores del país, extenso documento que manifiesta cuanto comprendia Carlos, á pesar del escaso tiempo que podia consagrar personalmente á los asuntos de la monarquía, la condicion interior de esta y cuanto apreciaba la grandeza de sus recursos. Aquel mismo año se realizaron las bodas de la infanta doña Juana, hija del emperador, con don Juan de Portugal.

Grave oposicion encontró tambien el emperador en otro de los objetos principales que le llevaron á Augsburgo, esto es en el de terminar definitivamente las contiendas religiosas restableciendo la unidad católica. Todos sus afanes, toda su paciencia, todo el disimulo que mostrara en las dietas y en los consejos, todo su esfuerzo en los campos de batalla vino á quedar inútil; la obra de tantos años se frustró en la traicion del que fuera principal instrumento de la pasada victoria, de Mauricio de Sajonia, al cabo de todo se vió que Carlos no habia hecho mas que transferir á un príncipe astuto y entendido aquel electorado y la bandera de los protestantes alemanes. Esta nueva actitud del duque Mauricio, envuelta en la mas ambigua, problemática y misteriosa conducta, empezó ya á revelarse en Augsburgo, é impidió que la dieta decidiera unánimemente, á ejemplo de sus miembros católicos, la sumision absoluta á los decretos del concilio.

Mauricio de Sajonia, el favorecido, el amigo y el deudo de Carlos, era el príncipe mas poderoso de Alemania, pero tambien el mas odiado por los protestantes, pues envaneciéndose de profesar el luteranismo, habia hecho armas contra sus hermanos y despojado al venerable elector. Estas dos consideraciones, la de su elevacion, que le hacia celoso de sus privilegios, la del odio con que se le miraba, que deseaba convertir en favor, secundadas por su ambicion insaciable, que le impulsaba á elevarse mas aun, todo ello, tomando por pretexto la conducta del emperador para con el landgrave y la severidad cada vez mayor que contra los protestantes desplegaba, es la clave para descifrar en cuanto pueden serlo los móviles que impulsaron á Mauricio á volverse contra Carlos y á proclamarse caudillo de los reformistas. Empecemos, pues, á explicar la série de aparentes contradicciones que llevaron á Mauricio al punto que deseaba. Para bienquistarse aun mas con Carlos comenzó por establecer el *Interim* en Sajonia, y al mismo tiempo publicó un manifiesto protestando de su adhesion al culto reformado y prometiendo defenderlo contra los errores y las usurpaciones de Roma. Hecho esto, conveníale levantar un ejército sin alarmar al emperador y tambien desvanecer en este el mal efecto que habia debido producirle el documento expresado, y ambas cosas consiguió Mauricio ofreciendo reducir á la obediencia la ciudad de Magdeburgo, que persistia en oponerse al *Interim*. Esto hizo revivir las acusaciones de los protestantes, pero Mauricio para justificarse protestó en la dieta por medio de sus embajadores que no reconoceria la autoridad del concilio si no se daba libre potestad á los teólogos protestantes para decidir en él con los obispos, cediendo el papa el derecho de la suprema presidencia, que creia injustamente usurpado. Esta atrevida demanda sumergió á los protestantes en nuevas incertidumbres y les comunicó nuevos brios, mas no parece que inspirara al emperador sospecha alguna de lo que tramaba su desleal aliado, tanta seria la habilidad de este en presentarle su ambigua conducta bajo cierto aspecto favorable. Y así se manifestó cuando resuelta por la dieta la sumision de los moradores

de Magdeburgo y mandado el reclutamiento de tropas, accedió Carlos sin vacilar, manifestándose por el contrario satisfecho, á la peticion de la asamblea para que se confiara á Mauricio el mando del ejército.

En esta dieta hízose otra tentativa para alcanzar la libertad del landgrave. En virtud de lo pactado sus hijos requirieron á Mauricio y al margrave de Brandeburgo para que cumpliesen con la obligacion que contrajeran de ponerse en su poder á fin de ser tratados con igual rigor que su padre, y esta intimacion dió pretexto á ambos magnates para renovar sus instancias cerca del emperador; este, empero, se mantuvo inflexible en este punto; era evidente que no queria soltar á sus prisioneros hasta la completa pacificacion del país, y en aquel trance apeló al medio singular de anular en una pragmática por sí y por autoridad propia la obligacion que contrajeran Mauricio y el de Brandeburgo. El landgrave quiso entonces apelar á la fuga, pero frustróse su proyecto, y los que en él le secundaron fueron castigados con la muerte.

Entretanto Octavio Farnesio, temeroso de los Españoles que ocupaban á Plasencia y recelando de la buena voluntad del emperador, suplicó al pontífice que le socorriera si queria que permaneciese su feudatario. Julio III, que se arrepentia ya de la pasada donacion, contestóle que su pobreza no le permitia auxiliarle y que cuidase de sus cosas como mejor le pareciese; entonces recurrió Octavio á Enrique II de Francia, y este, que acababa de terminar satisfactoriamente los asuntos que mediaran entre su reino y el de Inglaterra, vió con gusto la coyuntura que se le ofrecia para llevar á Italia sus soldados, y prometió al Parmesano darle cuantos ausilios hubiese menester. El papa, que previó las calamidades que de este acto podian seguirse, intimó á Octavio que rompiese su nueva alianza, y en vista de su negativa le declaró la guerra como vasallo desobediente. Sin fuerzas, empero, para realizar sus amenazas, acudió al emperador, quien, temeroso de que los Franceses llegaran á establecerse en Parma, mandó á Gonzaga que marchara con sus tropas en auxilio del pontífice. De este modo se rompian las hostilidades entre imperiales y Franceses, como aliados unos de la santa sede y otros de Octavio Farnesio, y esto no obstante, Carlos y Enrique declaraban públicamente que permanecerian fieles á la paz de Crespy.

Ningun acaecimiento memorable sucedió durante esta guerra, reducida á combates de escasa importancia con éxito vario, pero la turbacion y alarma que ocasionó en Italia fueron causa de que en 1.° de mayo de 1551, dia señalado para la reapertura del concilio, se encontrasen en Trento muy pocos prelados y entre ellos ninguno del reino de Francia. Abriéronse, empero, las sesiones, y esto dió motivo á Enrique, amigo como su padre de crear obstáculos al emperador, aun favoreciendo la causa de la heregía, para protestar contra lo que el concilio decidiera, alegando sin fundamento alguno que no podia procederse legítimamente. A ello contestó Carlos redoblando sus diligencias para que los obispos de sus estados marcharan sin dilacion á Trento (1), lo mismo que sus embajadores, los de su hermano y los tres electores eclesiásticos, y concedió salvo conducto á los diputados de varios príncipes y ciudades protestantes para que pudiesen hacer presente á los padres sus objeciones. Por este lado, pues, todo pa-

(1) En este segundo período asistieron al concilio cuarenta obispos españoles.

recia favorecer sus laudables proyectos, y así fué que considerando ser aquella ocasion oportuna para desplegar mayor rigor, prohibió severamente predicar en las ciudades imperiales doctrinas contrarias á los dogmas católicos y abolió en toda la Suavia el ejercicio del culto reformado. Hecho esto, partió para Inspruck, en el Tirol, y fijó su residencia en aquella ciudad, que por su situacion cercana á Trento, en los confines de Italia, permitíale observar á la vez las operaciones del concilio y los sucesos de la guerra de Parma, sin perder tampoco de vista lo que en Alemania acontecia (octubre de 1551).

En tanto los imperiales, acaudillados por Mauricio, habian puesto cerco á la ciudad de Magdeburgo, cuyos moradores, reforzados con algunos veteranos que sirvieran en las guerras pasadas, opusieron al principio obstinada resistencia, con gran satisfaccion del de Sajonia que, deseoso de conservar reunido su ejército, veia con gusto que se prolongase el sitio. Sin embargo aflojaban ya los habitantes de su vigor primero; Mauricio habia entrado en pactos secretos con Alberto, conde de Mansfeldt, que tenia el mando superior en Magdeburgo para la realizacion de los planes que meditaba; el emperador además podia llegar á concebir sospechas, y todo ello fué causa de que se pusiera fin al cerco con una capitulacion simulada, en la que se estableció que la ciudad imploraria sumisa la clemencia del emperador, que reconoceria la autoridad de la cámara imperial, que se conformaria con los decretos de la dieta de Augsburgo en cuanto á religion, que se derribarian las fortificaciones recientemente levantadas, que pagaria una multa de cincuenta mil coronas y entregaria doce piezas de artillería (3 de noviembre de 1551). Al dia siguiente salió de la plaza la guarnicion, y Mauricio tomó posesion de ella con toda la pompa militar, ratificando poco despues el emperador la capitulacion celebrada.

Esta, empero, venia á quedar de ningun valor ante los secretos tratos que mediaron entre Mansfeldt y Mauricio, segun los cuales no habian de ser destruidas las fortificaciones ni los habitantes perturbados en el ejercicio de la religion luterana, y por esto ofrecióse á Alemania el sorprendente espectáculo de ser elevado á la dignidad de burgrave de la ciudad el mismo hombre que la habia hecho sufrir durante muchos meses todos los horrores de la guerra. Sucesos eran estos que habrian debido hacer sospechar á Carlos los ocultos designios de Mauricio, acostumbrado como estaba á descubrir con gran sagacidad los mas secretos arcanos; pero lejos de ser así, ni siquiera dió crédito á los vagos rumores que sobre esto se propalaban, pudiendo el duque continuar la série de sus ficciones. Interesábale mantener reunidas sus tropas para el golpe que meditaba, pero como no era aun ocasion oportuna para declararse, tampoco le asistia pretexto alguno para conservar á sueldo tan numeroso ejército. Licenció, pues, á sus Sajones, seguro de reunirlos cuando los necesitare, y pagó lo que debia á los mercenarios que habian seguido sus banderas; sin embargo, Jorge de Mecklenburgo, que no habia de inspirar al emperador recelo alguno por las contiendas que con su hermano sostenia, tomólos al momento á su servicio, y como mediaba un convenio entre él y Mauricio, este continuó teniendo á su disposicion aquellas tropas sin aparecer que estuviesen á sus órdenes. Entonces aplicóse mas que nunca á disimular sus intentos esperando la próxima primavera, y redobló cerca del emperador sus atenciones y solícitos mensages para desvanecer hasta una

A. de J. C. sombra de sospecha. Para mas halagarle envió sus embajadores á Trento, encargó á Melancton y á otros teólogos que redactaran una profesion de fé para proponerla al concilio, instó públicamente á otros príncipes para que siguiesen su ejemplo, y tomó parte con gran ocupacion de Carlos en las complicadas negociaciones á que dió lugar la cuestion de los salvoconductos que los teólogos exigian de los padres de Trento, cuestion suscitada por él para entretener al emperador con lo que sabia ser entonces objeto principal de sus afanes. Anunciaba su intento de pasar á Inspruck para vivir mas cerca de él, y al propio tiempo solicitaba la proteccion de Enrique II de Francia, enemigo del emperador como hijo que era de Francisco I, segun ya lo demostrara en el asunto de Parma. Con gran secreto firmóse entre ellos un tratado para declarar simultáneamente la guerra al imperio, habiendo de entrar el Francés en Lorena con un poderoso ejército y entregar una crecida suma para los gastos que ocasionaran las hostilidades. Nada se habló en él de religion, no queriendo aparecer el rey cristianísimo como defensor de laheregía, y los únicos motivos que se alegaron para la confederacion fueron la libertad del landgrave y la defensa de la libertad germánica.

Acercábase el tiempo de obrar, y Mauricio quiso justificar su rompimiento enviando á Carlos una solemne embajada para que pusiera término al cautiverio del landgrave; apesar de haber apoyado este mensage muchos príncipes del imperio, el rey de Dinamarca y hasta el mismo hermano del emperador, este persistió en los planes que de antiguo sobre este punto tenia formados, y Mauricio pudo proclamar que no habia otro medio que el de las armas para alcanzar la libertad de su suegro.

Aun entonces no dió el emperador completo crédito á la traicion de Mauricio, mas para que no creciese el mal con el descuido, le llamó á Inspruck. El Sajon fingió prepararse para obedecer y aun emprendió el viage, pero no bien hubo corrido algunas postas, cuando torciendo de camino, dirigióse á Hungría, se puso al frente del ejército de veinte mil hombres que allí tenia reunido, y publicó un manifiesto diciendo empuñar las armas para defender la religion protestante amenazada de próxima ruina, para mantener la libertad germánica y para alcanzar la libertad del landgrave. Alberto de Brandeburgo arrojó tambien la máscara y se declaró en su favor, y al propio tiempo Enrique II en un manifiesto, encabezado con un gorro frigio entre dos puñales, tomaba el título de protector de las libertades de Alemania y de sus cautivos príncipes.

Con prodigiosa actividad apoderóse Mauricio de muchas ciudades, repuso en sus cargos á los magistrados antes destituidos, devolvió la posesion de las iglesias á los ministros protestantes y se posesionó de Augsburgo (1.º de abril de
1552 1552), al tiempo que Carlos, sin volver en sí de su asombro, hallábase en Inspruck sin tropas y sin recursos, incapaz de conjurar la tormenta. Para intentarlo apeló á las negociaciones encargando á su hermano Fernando que entrara en tratos con Mauricio, y este, porque así le convenia para entretener al emperador, consintió en tener una entrevista con el rey de Romanos en Lentz, ciudad de Austria, hácia la cual se dirigió, dejando encomendado el ejército á Jorge de Mecklenburgo.

Fielmente cumplió el rey de Francia cuanto prometiera á sus aliados, y no

tardó en entrar en campaña por la parte de Lorena con numeroso ejército. Toul y Verdun le abrieron sus puertas, el condestable de Montmorency se apoderó por traicion de Metz, y juntos avanzaron luego hácia la Alsacia, envanecidos con sus primeros y fáciles triunfos.

Las exageradas pretensiones de Mauricio hicieron que la entrevista de Lentz no produjese mas efecto que acordar otra conferencia en Passau para el 26 de aquel mismo mes (mayo) y una tregua que habia de durar desde el dia en que se inaugurara aquella hasta dos semanas despues. Sin pérdida de momento incorporóse el Sajon á su ejército, que se habia adelantado hasta Gundelsingen, y resuelto á aprovechar el intervalo que mediaba hasta el principio de la tregua, formó el atrevido proyecto de marchar contra Inspruck y apoderarse de la persona de Carlos. La sedicion de un cuerpo mercenario detúvole algun tiempo en su camino, y sin duda que solo á este retardo debió el emperador su salvacion. Carlos, entonces enfermo y sin tropas, hubo de ponerse en camino en medio de la noche y de la lluvia, llevado en una litera, entre sus ministros y sus cortesanos asustados y á la luz de los hachones que llevaban sus criados. Así franqueó las montañas del Tirol por veredas desconocidas, y llegó á Villack, en la Carintia, donde le salió al encuentro ofreciéndole sus servicios el embajador de Venecia con víveres y una escolta de caballos. Al llegar Mauricio á Inspruck hacia pocas horas que habia abandonado la ciudad el fugitivo emperador; para vengarse de este contratiempo entregó al saqueo los bagajes de Carlos y del obispo Granvelle (1), y al dia siguiente marchó á Passau para avistarse con el rey de Romanos el dia convenido. Poco antes de salir de Insnruck el emperador dió libertad al elector de Sajonia, á fin de precaver que no recibiese esta gracia de manos de sus enemigos; pero este, que tenia un ánimo generoso, siguió al césar en su partida para que no pareciese que le abandonaba en tan gran calamidad; otros, sin embargo, interpretan que le obligó á esto el miedo de caer en manos de Mauricio.

Otro efecto de la atrevida excursion del duque que le hizo dueño de los desfiladeros del Tirol, fué la disolucion del concilio de Trento en su sesion décimasexta. Asustados los padres. abandonaron la ciudad cada uno por su lado, excepto los Españoles, que opinaban por permanecer en Trento arrostrando todos los peligros. La reunion del concilio se aplazó para dentro de dos años ó antes, si antes de este tiempo cesaba la guerra.

Por Alsacia habian avanzado los Franceses hasta la ciudad de Strasburgo, y allí quisieron reproducir la traicion de Metz; pero mas cautos aquellos moradores, cerráronles las puertas y se prepararon para la defensa. Enrique, escaso de víveres, fingió ceder á las representaciones de varios príncipes y de los Suizos, que le conjuraron á no olvidar su título de protector de Alemania, y limitándose á llevar sus caballos á beber al Rhin, tomó otra vez el camino de Champagne, donde lo llevaban todo á sangre y fuego las tropas de la regente de Flandes. A esto se limitaron las operaciones de los Franceses y de los príncipes aliados, mientras que Alberto de Brandeburgo, á quien se confiara un cuerpo de ocho

(1) El obispo Antonio Granvelle, de nacion flamenco, habia sucedido á su padre Perenoto, fallecido el año anterior, en el cargo de primer secretario de estado. Perenoto á su vez era sucesor de Mercurino Gattinara, muerto en 1530.

mil mercenarios, devastaba los paises de su tránsito, mostraba bárbaro furor contra los sacerdotes católicos, y estrellábase en todas sus tentativas para ocupar alguna ciudad de importancia.

Habíanse abierto en tanto las conferencias de Passau entre Mauricio y Fernando, con asistencia de varios príncipes, obispos y representantes de las ciudades libres del imperio. Las peticiones de Mauricio consistieron en que al punto se pusiese en libertad al landgrave, en que se hiciese justicia á las quejas y agravios que expresaban los confederados acerca de la administracion civil del imperio, y en que los protestantes gozasen del público y tranquilo egercicio de su culto. Todos los príncipes de Alemania, así católicos como protestantes, suspiraban por la paz, y bien claro lo revelaron en la exposicion que dirigieron al emperador para que pusiera fin á la lucha, satisfaciendo en cuanto pudiese las pretensiones de Mauricio. Apurada era la situacion de Carlos en guerra con la confederacion, hostigado por el Francés y amenazado de nuevo por el Turco; pero nada, ni las instancias de su hermano, que deseaba una avenencia seguro ya de tener en Mauricio un auxiliar en Hungría, pudo en un principio hacer que consintiera en destruir por sí propio una de las obras de toda su vida, esto es, que reconociera definitivamente el libre egercicio de la religion protestante. Mauricio suspiraba tambien por la paz, que no dejaba de infundirle temor el poder de Carlos á pesar de los golpes que habia sufrido, y sentia recelos al verle en mas amistosos tratos con el destronado elector y con los hijos del landgrave; esto no obstante, conociendo que solo el vigor podia salvarle en aquellas circunstancias y que estaba perdido si daba tiempo á Carlos para reponerse y reunir sus fuerzas, salió bruscamente de Passau luego de haber llegado la respuesta negativa del emperador, y rompiendo otra vez las hostilidades, puso cerco á Francfort del Mein. Este decidió al emperador, quien se mostró mas dispuesto á acceder á los ruegos de su hermano; Mauricio por su parte aflojó tambien algo de sus pretensiones primeras, y vuelto á Passau, firmó en 31 de julio el tratado cuyas principales condiciones eran: que antes del dia 12 del próximo agosto los confederados dejarian las armas y licenciarian sus tropas; que por aquel entonces ó antes seria el landgrave puesto en libertad; que dentro de seis meses se reuniria una dieta para deliberar acerca de los mejores medios de poner fin á las contiendas religiosas, sin que entre tanto el emperador ni otro príncipe alguno pudiese violentar á los que seguian la confesion de Augsburgo, á quienes, por el contrario, se concederia el libre egercicio de su culto; que los protestantes tampoco perturbarian á los católicos en su jurisdiccion eclesiástica ni en sus ceremonias religiosas; que la cámara imperial administraria igual justicia á católicos y á protestantes, eligiéndose en ambas religiones los miembros de aquel tribunal; que en caso de que la siguiente dieta no lograse terminar las contiendas religiosas, las cláusulas del tratado favorables á los protestantes quedarian para siempre válidas; que no podria molestarse á los confederados por lo sucedido durante la guerra; que la dieta conoceria de los agravios que, segun Mauricio, se habian cometido contra la constitucion y libertad del imperio, y que Alberto de Brandeburgo, que merodeaba por su cuenta, seria comprendido en el tratado, con tal que accediese á él y licenciase sus tropas en el tiempo señalado.

La fuerza de las cosas habia podido mas que la voluntad y el poder de un

hombre, aun cuando este hombre se llamaba Carlos V, y por desgracia suya y de toda la cristiandad la Alemania vió triunfante la obra de Lutero.

Los príncipes luteranos y Enrique de Francia habian tenido en esta guerra su ordinario aliado. Soliman, que habia recibido en su servicio á Dragut, quejóse al emperador de haber quebrantado la tregua, y en vano le contestó Carlos que los piratas no estaban comprendidos en las treguas de los reyes, y que además la guerra se habia hecho en África, donde Soliman no tenia derecho alguno: el Turco puso en movimiento sus armas por mar y tierra, y las galeras otomanas, al mando de Sinan y de Dragut, devastaron las costas de Sicilia. Dirigiéronse luego contra Malta, donde se habian reunido numerosas fuerzas de Nápoles, Sicilia, Génova, Córcega y Cerdeña; esto las obligó á retirarse despues de algunos combates (julio de 1551), y limitáronse á entrar á saco en la inmediata isla de Gozzo, apresando mas de seis mil cautivos. De allí pasaron á Trípoli, defendida tambien por los caballeros de San Juan, y desembarcando mas de seis mil hombres y cuarenta piezas de artillería, empezaron á batir los muros por la parte del puerto. El embajador francés en Constantinopla hallábase en la expedicion, y entrando en negociaciones con algunos comendadores de aquella lengua, rindieron estos la ciudad, con condicion de salir ellos libres (14 de agosto), perdiéndose así Trípoli despues de cuarenta y un años que la conquistara el conde Pedro Navarro. Los traidores no pudieron alabarse de su funesta obra: muchos fueron hechos prisioneros por los Turcos, que no les guardaron la palabra dada, y otros perecieron ahorcados en Malta por órden del gran maestre.

Firmado el tratado de Passau, Mauricio de Sajonia marchó á Hungría á la cabeza de treinta mil hombres alemanes y españoles para cumplir la obligacion que contrajera con Fernando; Alberto de Brandeburgo, sin acceder al convenio, continuó devastando las tierras de Maguncia, Spira, Tréveris y Strasburgo; el elector y el landgrave obtuvieron su libertad, y el emperador, aunque profundamente afligido por lo que habia pasado, preparóse á arrebatar al Francés las ciudades que le habia usurpado. De Villack marchó á Inspruck y á Augsburgo, decidido á ponerse al frente de las tropas que de todas partes se reunian; el duque de Alba le trajo de España una gran suma de dinero y siete mil soldados; de Italia se pusieron en marcha cuatro legiones compuestas de veteranos españoles y naturales con la caballería ligera, y pasaron á su servicio muchas compañías de las licenciadas por los confederados. Reunidas así muy respetables fuerzas, fingió marchar primero á Hungría en auxilio de su hermano y luego contra Alberto de Brandeburgo, pero con todo su disimulo no logró engañar á Enrique que, conociendo contra quien iban dirigidos aquellos preparativos y que la ciudad de Metz sufriria todo el peso de la guerra, determinó hacer para su defensa los posibles esfuerzos. Confió este encargo á Francisco de Lorena, duque de Guisa, valeroso, sagaz y activo, y su presencia, junto con la de muchos nobles y caballeros que corrieron á encerrarse en la ciudad, ganosos de fama y peligros, enardeció la guarnicion hasta el punto de jurar sepultarse entre las ruinas de la plaza antes que entregarla al enemigo. Sin pérdida de momento se hicieron en ella y en sus inmediaciones las obras y los derribos necesarios, y todo anunciaba muy rudo trabajo para los soldados de Carlos, en caso de que este, segun se pensaba, se decidiese á acometer aquella empresa.

En efecto, el ejército imperial, compuesto de sesenta mil hombres, apareció delante de Metz á últimos de octubre, y dió principio á los trabajos del sitio bajo la direccion del duque de Alba, quien en union con el duque de Marignan, habian querido disuadir á Carlos de emprender el cerco en tan mala estacion. Alberto de Brandeburgo, con sus cincuenta banderas y su caballería, acabó, solicitado por los dos monarcas, por abrazar el partido de Carlos con gran enojo de Enrique; los Flamencos con Egmont, Nassau y otros hombres principales acudieron en breve, y así se halló el emperador á la cabeza de un lucido ejército de cien mil infantes, diez mil caballos y ciento veinte cañones. Recios eran los ataques, pero tan obstinada como ellos era la resistencia; ni el incesante fuego, ni las brechas abiertas en el muro, ni las minas, ni los asaltos pudieron vencer la constancia de los defensores de Metz ni hacerles perder un palmo de terreno. Llegó en esto la estacion cruda; las lluvias y las nieves se sucedian sin interrupcion; los Italianos morian á centenares, víctimas del frio; los víveres escaseaban, y poco despues una enfermedad contagiosa aumentó mas aun los horrores del campamento. No eran estos compensados con los triunfos que alcanzaban por aquellas inmediaciones Alberto de Brandeburgo y los flamencos de Egmont, y conmovido el emperador por las exhortaciones de sus cabos y la infinita mortandad de los suyos, mandó levantar el sitio, quejándose de la fortuna que pródiga, dijo, de sus favores á la juventud, abandona á los hombres de cabellos blancos. Despues de cincuenta y seis dias de penalidades y de perder treinta mil hombres, el ejército imperial se puso en marcha (26 de diciembre). Desastrosa fué la retirada, como hecha con el mayor desórden; los campos quedaban cubiertos de enfermos, heridos y moribundos; numerosas partidas hostigaban á los fugitivos, y solo templó en parte el horror de estas escenas la generosidad del de Guisa con los infelices prisioneros.

El emperador marchó á rehacerse á los Paises Bajos, y en tanto caian sobre él nuevas complicaciones por la parte de Italia, donde el pontífice habia hecho ya la paz con los Franceses y recibido á Octavio en su gracia. Agitábase ahora el reino de Nápoles por las intrigas del príncipe de Salerno que, descontento del virey don Pedro de Toledo, se habia retirado á la corte de Francia y se empeñaba en levantar partido en favor de aquel monarca. A instancias suyas pensó Enrique en enviar á las aguas de Nápoles una poderosa armada, pero antes quiso que la precediera la de su aliado Soliman. Dragut presentóse, pues, en las costas de Calabria, incendió á Reggio y Policastro, entró á saco en muchas poblaciones y llegó á sembrar la consternacion hasta en la misma capital. Esta debió entonces su salvacion á un napolitano desterrado enviado por Enrique para que hiciese saber á Dragut la próxima llegada del de Salerno con las naves francesas; el mensagero, de acuerdo con el virey, expuso al almirante otomano todo lo contrario de lo que le encargara el rey de Francia, diciendo que por aquel año no se valdria de su auxilio y que podia desde luego volverse á Constantinopla. Dragut, que por otra parte deseaba retirarse, levantó anclas y voló con su presa á Oriente; de este modo, dice un historiador, se disipó la tempestad que amenazaba á Nápoles por la astucia ingeniosa de un hombre perdido que amaba á su patria (1).

---

(1) Miñana, *Cont. de la Hist. de Esp.*, l. IV, c. XIII.

La presencia de la armada otomana aceleró la sedicion que los moradores A. de J. C.
de Siena tenian proyectada, incitados del deseo de recobrar la libertad, que imprudentemente habian perdido pidiendo al emperador una guarnicion de Españoles para reprimir las turbulencias que causaban entre ellos los opuestos partidos. El gobernador don Diego de Mendoza, tirano, al parecer, que no protector de los Sieneses, los despojó de sus armas, y dió principio á levantar una ciudadela, cosas ambas que disgustaron mucho á los moradores. Los Franceses, que espiaban las ocasiones todas de molestar al emperador, aprovecharon aquel descontento, y entrando en gran número en la ciudad, alzaron á los moradores y atacaron á los Españoles que, harto escasos en número para resistirlos, acabaron por evacuar la ciudadela, aun no del todo terminada, y se retiraron á Orbitelo. Los Sieneses arrasaron inmediatamente la fortaleza é introdujeron en su ciudad una guarnicion francesa, lo cual, como dice Miñana, les vino á costar despues muy caro.

La Alemania en tanto se hallaba turbada por la inquieta ambicion de Alberto de Brandeburgo, que al frente de sus compañías burlaba los decretos de la cámara imperial y persistia en poner á contribucion los territorios de varios príncipes. La cámara expidió, por fin, un decreto requiriendo á Mauricio de Sajonia y á otros magnates que tomaran las armas para reducir al rebelde, y en efecto, así lo hicieron, sin que el emperador tomara parte alguna en aquellas civiles contiendas, suponiéndose, al contrario, por algunos que veia con gusto la division de sus antiguos enemigos. Las tropas confederadas y las compañías de Alberto se encontraron en los campos de Lieverhausen y empeñaron formal batalla (julio de 1553). Los soldados de Alberto, completamente derrotados, dejaron 1553
cuatro mil hombres en el campo con todos sus bagages y artillería, pero los confederados compraron muy cara la victoria, y Mauricio de Sajonia murió dos dias despues de un pistoletazo recibido en el vientre al cargar á la cabeza de su caballería. Alberto de Brandeburgo hizo inútiles tentativas para rehacer su ejército, y hubo de refugiarse en Francia, donde acabó sus dias.

Mientras esto acontecia en Alemania proseguia con ardor la guerra en los Paises Bajos. Los imperiales se apoderaron de la importante plaza de Teruanne, cuyas fortificaciones arrasaron (junio de 1553), y entraron tambien por fuerza de armas en Herdin, campaña en que empezó á revelarse el genio militar del príncipe Manuel Filiberto de Saboya, que habia de ser uno de los mas grandes generales de su siglo. La pérdida de estas dos ciudades y la de tantos ilustres guerreros como en ellas habian perecido causó á Enrique viva afliccion, mayormente por ver recobrar al emperador su superioridad antigua, cuando le creia para siempre abatido desde su retirada de Metz. Reunió, pues, con prontitud un numeroso ejército y marchó á los Paises Bajos, al tiempo que el emperador, aunque tan débil á causa de la gota que apenas podia tolerar el movimiento de la litera, salió tambien de Bruselas para incorporarse á sus soldados. Los Franceses, empero, llegada la estacion de las lluvias, hubieron de retirarse sin haber hecho cosa alguna que correspondiese á la grandeza de sus preparativos.

Guerreaban en Lombardía imperiales y franceses, acaudillados los primeros por Gonzaga y los segundos por Brissac, si bien las hostilidades se redujeron á tomarse recíprocamente algunos pueblos de poca importancia, pareciendo estar todos mas dispuestos á entretener la guerra que á concluirla. Tam-

bien habia el virey de Nápoles empezado las hostilidades contra el territorio de Siena, pero la llegada de naves otomanas á aquellas aguas, con mas terror que daño, le obligaron á abandonar prontamente la empresa para acudir á la defensa de las costas. De este modo pudieron los Franceses, no solo sostenerse en Toscana, sí que tambien conquistar con el auxilio de los Turcos buena parte de la isla de Córcega, ocupada entonces por los Genoveses.

En tanto el príncipe don Felipe, en quien contemplaban con satisfaccion los Españoles el tipo mas perfecto del carácter nacional, gobernaba estos reinos de España sin que en ellos hubiese ocurrido cosa que digna de contar sea, entregada la nacion á una prodigiosa actividad intelectual, y espirando en los Pirineos los rumores de los últimos reveses que experimentara el monarca. Ha de consignarse, empero, que en julio del año anterior habia presidido el príncipe las cortes generales de los tres reinos aragoneses en la villa de Monzon, con objeto de solicitar de ellas subsidios que ayudaran á su padre en las guerras que sostenia. Las cortes votaron un servicio de doscientas mil libras jaquesas y además un donativo de veinte y dos mil libras para el príncipe regente; establecieron cierta distincion honorífica para los abogados, promulgaron una ley suntuaria prohibiendo el uso de algunos vestidos, y dieron otras varias disposiciones en interés de la tierra. Un suceso inesperado por aquel tiempo ocurrido ejerció gran influencia en los destinos del príncipe, é hizo que variara para los reinos de España la persona que los regia en nombre de Carlos I.

Eduardo VI, rey de Inglaterra, habia muerto despues de un corto reinado (1), sucediéndole su hermana María, la sábia é infortunada princesa que entre los soberanos de la casa de Tudor es llamada con los nombres de *cruel é inhumana* por aquellos mismos escritores que apenas encuentran una palabra de reprobacion para las horrendas crueldades y numerosos suplicios ordenados por su padre Enrique VIII (2). Entonces el emperador, deseoso del engrandecimiento de su casa dando á su hijo la corona de Inglaterra, así como el hijo de su rival Enrique II habia ceñido la de Escocia, y de aterrar al propio tiempo al protestantismo, que durante el reinado de Eduardo se habia establecido en Inglaterra, concibió el proyecto de casar á su hijo con la reina María, que era católica, aun cuando la edad que esta contaba de treinta y ocho años, no la hiciera una esposa proporcionada á un jóven que, como el príncipe, no habia cumplido todavía

---

(1) El embajador veneciano Juan Micheli en su relacion al senado de la república, pinta en aquella época á la nacion inglesa, cuya capital contaba ya ciento ochenta mil habitantes, como un reino bastante poderoso para no temer invasiones extranjeras, con tal de permanecer unido. Su marina era muy poco importante pues apenas constaba de cuarenta buques de guerra; pero la mercante podia suministrar dos mil embarcaciones. El ejército estaba provisto de buena artillería, mas el arma preferida entonces por los Ingleses era el arco, en cuyo manejo se ejercitaban desde la infancia; su caballería era muy defectuosa. Lo que mas habia de envidiarse á la nacion inglesa era la escasez de tributos; el vino, la cerveza, la sal, los paños, ni artículo alguno de los que en otros paises formaban las rentas del monarca, pagaban derechos, y los gastos públicos no escedian de doscientas mil libras. El parlamento era convocado raras veces, á no ser para evitar conflictos al rey ó para servir sus intereses; nadie se atrevia á oponerse á la voluntad real, y si serviles eran los miembros del parlamento al llegar á él, serviles eran tambien cuando salian del mismo.

(2) El historiador Prescott, de religion protestante, se complace en reconocer que no puede compararse el reinado de María con otras épocas de persecucion, y que si durante él perecieron en los patíbulos trecientas personas por causa religiosa, el número de las víctimas de Enrique VIII por igual motivo, es de mucho superior.

veinte y siete. Así pues, apenas María se hubo sentado en el trono, Carlos, que A. de J. C.
siempre habia manifestado gran interés á su real pariente cuyo desposado habia sido (1), encargó á su embajador que la felicitara y le ofreciera la mano de su hijo, manifestándole con cierta galantería que á no ser su edad avanzada y sus achaques, no vacilaria en presentarse él mismo como pretendiente á su mano. María, aun quizás imponiendo silencio á los sentimientos de su corazon, comprendió en su prudencia los beneficios que en la posicion en que se hallaba habia de reportarle el matrimonio proyectado, y en 30 de octubre, arrodillada en su capilla delante de la hostia consagrada, prometió al embajador español no tener otro esposo que el príncipe don Felipe.

Carlos habia encargado al embajador gran secreto en sus negociaciones á fin de no romper hasta estar seguro del consentimiento de la reina, los tratos entablados para casar á su hijo con la infanta doña María de Portugal, hácia la que Felipe se inclinaba; pero no fué aquel tan bien guardado que el embajador francés no trasluciera sus intentos y no diera principio para conseguir que se frustraran á intrigas y maquinaciones. Valióse principalmente de la antipatía que á los ministros de la reina, al pueblo en general y en particular á los protestantes, inspiraba una alianza española á causa del gran poder del emperador y del sistema de gobierno que habia empleado en España y en Alemania, contribuyendo tambien á sus temores lo que se decia del carácter del príncipe don Felipe y lo que en otros paises se contaba del tribunal del Santo Oficio. Esta oposicion, empero, no hizo mas que afirmar á la reina en su propósito, y efecto de ello fué la solemne promesa hecha al embajador imperial.

En enero de 1554 llegó á Lóndres, procedente de Bruselas, una solemne 1554
embajada presidida por el conde de Egmont, con encargo de ofrecer formalmente á María la mano de Felipe, y pocos dias despues redactáronse con gran circunspeccion los capítulos matrimoniales, cuyas principales disposiciones eran: que Felipe, á quien su padre habia cedido con aquel motivo los títulos de rey de Nápoles y duque de Milan, respetaria las leyes inglesas y dejaria á cada uno en el pleno goce de sus derechos é inmunidades; que la reina exclusivamente conferiria los títulos, honores, beneficios y empleos de cualquier clase que fuesen; que no se daria empleo alguno á persona extranjera; que si era varon el fruto del matrimonio, heredaria el reino de Inglaterra y las posesiones españolas de Borgoña y de los Paises Bajos, pero en caso de muerte del príncipe don Carlos herederia además los reinos de España y todas sus dependencias; que la reina no hubiese de abandonar sus estados sino por su propia voluntad, y sus hijos no pudiesen ser apartados de los mismos sin el consentimiento de los nobles; que en caso de morir María quedase Felipe sin derecho alguno á la gobernacion del país, y finalmente, que Felipe, lejos de arrastrar á Inglaterra en sus guerras con Francia, habia de esforzarse en mantener á entrambos paises en las relaciones amistosas que entre ellos mediaban.

Publicados estos capítulos, en que se habia hecho todo lo que en un escrito es posible para dejar incólumes la independencia de la corona y las libertades

(1) María habia sido prometida á Carlos á la edad de seis años; la diferencia de edades hizo que de comun acuerdo se rompiese el proyectado enlace, y el emperador tomó por esposa á Isabel de Portugal.

del pueblo, no tardó en manifestarse el descontento, hasta entonces muy contenido; tres insurrecciones sucesivas estallaron en diferentes puntos del reino, fomentadas por los Franceses y los protestantes, y Wyatt, el jefe de la mas temible, adelantóse hácia Lóndres al frente de numerosas fuerzas. El valor que entonces manifestó la reina y las palabras que dirigió á su pueblo llevaron á sus banderas mas de veinte mil ciudadanos; Wyatt fué vencido y hecho prisionero, y en adelante ni el pueblo ni el parlamento hicieron mas oposicion al enlace estipulado.

Semejantes demostraciones no dejaron de inquietar al emperador, quien deseó tener garantías positivas de la seguridad de Felipe en medio de aquellos turbulentos isleños. No obstante, María y el embajador respondieron de todo, y el príncipe, celebrados los esponsales por poderes en marzo de 1554, preparóse á abandonar estos reinos con numerosa comitiva, á pesar de que el embajador español le habia encargado aparentar muy poco fausto á fin de desvanecer las prevenciones de los Ingleses.

La regencia de España fué confiada por el emperador á su hija doña Juana, que algunos meses antes habia partido para Portugal á fin de dar la mano de esposa al heredero de aquel reino. La prematura muerte del príncipe portugués, acaecida en 2 de enero de 1554, destruyó cuantas esperanzas se habian fundado en aquella union, y tres semanas despues la jóven viuda dió á luz un hijo, que fué el célebre cuanto infeliz don Sebastian. Juana, prudente y virtuosa como todas las mugeres de su familia, obedeció, no sin esfuerzo, á la voluntad paterna, y agobiada aun de dolor, consintió en volver á Castilla para tomar sobre sí el peso de la vida pública. El príncipe su hermano la recibió en la frontera y la acompañó á Valladolid, donde fué instalada en sus funciones de regente con las acostumbradas ceremonias. Para auxiliarla en el ejercicio del gobierno nombróse un consejo de estado, compuesto de eminentes personages y presidido por el arzobispo de Sevilla. Al partir dejó Felipe á su hermana detalladas instrucciones acerca de la política que habia de seguir, especialmente en materia de religion, que ya habian llegado hasta estos reinos algunas chispas del voraz incendio que tantos estragos habia causado en Alemania y empezaba á causar en ciertas provincias de Francia.

Terminados sus preparativos, Felipe visitó en Compostela el cuerpo de Santiago, firmó en aquella ciudad los capítulos matrimoniales que trajera de Inglaterra el conde de Bedford, y marchó luego á la Coruña, donde se hallaba anclada esperándole una armada de mas de cien velas que, mandada por el almirante de Castilla, llevaba á bordo, además de sus tripulaciones, cuatro mil hombres de tropas españolas. El dia 12 de julio embarcóse Felipe con los condes flamencos de Egmont y de Horn, con los duques de Alba y de Medinaceli, el príncipe de Eboli, y en una palabra, con la flor de la nobleza castellana. A todos acompañaban sus mugeres y sus vasallos, sus músicos y sus histriones, y esto que el embajador en Lóndres habia dicho no convenir en manera alguna que fuesen por entonces damas de España á Inglaterra hasta que se tomase determinacion en vista de como pasaban las cosas; sin embargo, el emperador lo habia determinado de otro modo, y todo se habia hecho segun sus instrucciones.

Siete dias despues las armadas española, inglesa y flamenca, pues estas ha-

bian salido al encuentro del príncipe, anclaron en el puerto de Southampton, donde recibieron á don Felipe varios nobles, encargados de presentarle las insignias de la órden de la Jarretiera, mientras que en Lóndres se celebraba con públicos regocijos y festejos la noticia de su llegada. Felipe permaneció algunos dias en Southampton, y aun cuando lo que se le habia dicho acerca de las disposiciones del espíritu público habia debido inspirarle temores muy naturales, salió y se mostró con frecuencia en público; con una conducta afable y llana quiso conciliarse la benevolencia del pueblo con cuya soberana iba á enlazarse, y parece haberlo conseguido hasta el punto que el favor que á los Ingleses dispensaba excitó la envidia de sus propios cortesanos. De aquella ciudad, en medio de un deshecho temporal de agua, salió á caballo para Winchester, seguido de los nobles de ambas naciones y de una compañía de arqueros ingleses, cuyas túnicas de paño amarillo rayadas de terciopelo carmesí ostentaban los colores de Aragon. Por la tarde llegó la comitiva á las puertas de Winchester, y aquella misma noche tuvo Felipe su primera entrevista con María, entrevista particular á la que fué acompañado por el obispo Gardiner. Al otro dia se verificó la conferencia pública, y al dia siguiente, fiesta de Santiago, la ceremonia del casamiento. Felipe cambió para ella su habitual trage negro por un vestido de raso blanco, sembrado de perlas y piedras preciosas; llevaba el collar del Toison de oro y la insignia de la Jarretiera, y á poco de hallarse en la catedral, á donde habia ido á pié, se reunió con él María, que en aquella ocasion habia recobrado en parte su antigua belleza, marchita ya por las dolencias y las inquietudes.

Figueroa, miembro del consejo imperial, fué el primero en romper el silencio para leer una declaracion del emperador, en la que manifestaba satisfacer aquel enlace sus mas ardientes deseos y ceder á su hijo para que lo contrajera de un modo conforme con la dignidad de la ilustre compañera que le estaba destinada, sus derechos y soberanía al reino de Nápoles y el ducado de Milan. Terminada la ceremonia y la misa, que dijo el obispo de Winchester, y dado entre los consortes el *beso de paz*, segun costumbre de la época, Felipe y María salieron de la iglesia seguidos de numeroso cortejo de prelados y caballeros y precedidos de los condes de Pembroke y de Derby, llevando desnuda y levantada la espada en señal de soberanía. A su salida del templo recibiólos el pueblo con aclamaciones, y un banquete y un baile, que duró hasta las nueve de la noche, pusieron fin á las fiestas de aquel dia. Algun tiempo despues los reales consortes con su corte pasaron á Windsor.

En 28 de agosto Felipe y María hicieron su solemne entrada en su capital de Lóndres; los ciudadanos se habian esmerado en sus preparativos para recibirlos dignamente, pero lo que entre tantos festejos alegró mas el corazon del pueblo fué la inmensa cantidad de barras de oro que Felipe hizo pasear por toda la ciudad hasta encerrarlas en la Torre. Los buenos vecinos, que consideraran la llegada de los Españoles como una invasion de famélicas langostas, quedaron sorprendidos y contentos al ver que el agotado tesoro de su país se llenaba con el oro de España.

Los reales consortes se retiraron poco despues á la umbrosa soledad de Hampton-Court, y Felipe, cansado de tantas ceremonias, prevaleciose de una indisposicion de la reina para entregarse al aislamiento y á la tranquilidad que

convenian mejor á sus aficiones, sin que por esto abandonara las maneras afables que desde su desembarque tanto habian desvanecido las prevenciones concebidas contra él. Daba audiencia particular á cualquiera que la pidiese, ocupábase asíduamente en el trabajo, pero prudente y cauto, evitaba tomar parte en los negocios públicos que abandonaba discretamente á la reina y á sus ministros. Huia sobre todo de inmiscuirse en la administracion de justicia á no ser para usar del derecho de gracia, y mas de un escritor contemporáneo exalta en todo la discrecion de Felipe y pondera el afecto que entre el pueblo supo conquistarse.

El espíritu religioso de Felipe, sincero y ardiente aun desde su juventud, no es puesto en duda por historiador ninguno, y otro de los móviles que le impulsaron á su casamiento fué, segun Prescott, el deseo de hacer volver al seno de la Iglesia á la cismática Inglaterra (1). Aplicóse, pues, á preparar á sus nuevos súbditos para recibir dignamente al legado pontificio el cardenal Polo, que tenia plenos poderes para recibir la sumision del país á la sede apostólica; las barras peruanas y las pensiones que señaló á algunos ministros de la reina, elevándose entre todas á la suma de cincuenta ó sesenta mil escudos, ayudaron á la influencia personal que egercia el príncipe en la alta nobleza, y cuando el cardenal llegó á Lóndres á principios de noviembre, el parlamento, señores y comunes, pidieron solemnemente ser reconciliados con la santa sede. El legado pronunció la absolucion, que la asamblea recibió de rodillas, y la Inglaterra, purificada del cisma y de la heregía, volvió á formar parte de la Iglesia verdadera.

Este gran acaecimiento fué celebrado en la cristiandad con fiestas y regocijos públicos, y el nombre de Felipe, á quien se atribuia el mérito principal de lo sucedido, fué aclamado con entusiasmo. Por desgracia la obra de la conversion fué seguida casi al momento de la de persecucion, que, como en otro lugar hemos dicho, no estaba la tolerancia en el espíritu del siglo XVI. Difícil es apreciar justamente hasta que punto han de atribuirse los suplicios á la influencia de Felipe ; pero es un hecho incontestable que inmediatamente despues de las primeras ejecuciones de Smithfield , un religioso español , fray Alfonso de Castro, confesor de don Felipe, habló contra semejantes actos con violencia y amargura, y denunciólos como opuestos al verdadero espíritu del Evangelio, todo caridad y misericordia, que prescribe á sus ministros, no vengarse del pecador, sino demostrarle sus errores para inspirarle arrepentimiento. Nadie dudó de que semejante lenguage era inspirado por el príncipe, y ya fuese política, ya humanidad, es lo cierto que durante algunas semanas su intercesion pareció haber puesto fin á las ejecuciones. Sin embargo, la exaltacion de los ánimos no permitió que esto durara mucho tiempo, y las hogueras de Smithfield volvieron á brillar con nuevos y sombríos fulgores.

Enrique de Francia habia visto con despecho frustradas cuantas tentativas hiciera para impedir el enlace de don Felipe y el engrandecimiento del emperador, y temeroso de las consecuencias de una alianza que indemnizaba á Carlos de cuantas pérdidas experimentara en Alemania, y deseoso tambien de alcanzar de su contrario equitativas condiciones de paz antes que cayesen sobre él las fuerzas reunidas del emperador y de María, apresuróse á hacerle la guerra enviando

---

(1) Prescott, Hist. del reinado de Felipe II, l. I, c. IV.

numerosas fuerzas á las fronteras de Flandes. Con escasa resistencia se apoderó de Marienburgo (26 de julio de 1554), de Bouvines y de Dinant, talando y devastando los paises inmediatos, hasta que salieron á su encuentro los imperiales, mandados por Manuel Filiberto de Saboya, que habia sucedido á su padre, y le obligaron á retroceder á Renti, plaza importante de que el Francés determinó apoderarse. El emperador, aunque aquejado gravemente de la gota, se puso al frente de sus soldados para salvar á la plaza y acampó á la vista del enemigo, decidido á empeñar en caso necesario una batalla decisiva. La ocupacion de un montecillo que se disputaban imperiales y franceses (13 de agosto) dió lugar á un encarnizado combate, en que, á lo que parece, se peleó mal por ambas partes; pero al fin los Franceses se retiraron por falta de provisiones, y no pararon hasta llegar á Compiegne. El emperador se volvió á Bruselas, y Manuel Filiberto de Saboya, siguiendo gran trecho á los enemigos por territorio de Picardía, recobró casi todas las poblaciones que aquellos tomaran antes, distinguiéndose unos y otros por los estragos que señalaban sus pasos.

Tambien en Italia empeoraban cada dia los asuntos de Enrique. Cosme de Médicis, que temia la vecindad de los Franceses cuyas miras sobre Toscana reveló bien el nombramiento del desterrado Pedro Strozzi como general de sus fuerzas, unió sus tropas á las del emperador para expulsarlos de Siena. Juan Jacobo Medicino, marqués de Marignan, enviado por Carlos, tomó el mando del ejército, derrotó al enemigo en Marciano y condujo á sus tropas al sitio de Siena, cuya guarnicion se preparó para obstinada resistencia. Por fin, despues de muchos combates y de diez meses de sitio, el hambre la obligó á capitular y los imperiales tomaron posesion de la ciudad (22 de abril de 1555). Cosme de Médicis destituyó á los magistrados y desarmó á los moradores, cuya mayor parte se refugiaron en Monte-Alcino y en otras pequeñas ciudades de la república, donde establecieron la antigua forma de gobierno. El emperador dió á su hijo don Felipe la investidura de Siena y de sus dependencias, y don Francisco de Toledo quedó de gobernador de la extinguida república. La necesidad de tropas que experimentaba en el Piamonte hizo que llamara allá á las de Toscana en medio de sus victorias, cuando se disponian á perseguir á los Sieneses hasta en los refugios que habian elegido.

Los sucesos del Piamonte no iban tan favorablemente para los imperiales. Gomez Suarez de Figuera habia sucedido á Gonzaga en el vireinato de Milan, y él y Alvaro de Sande se veian en continuo aprieto por las mayores fuerzas del general Brissac. Entonces determinó el emperador enviar allí un jefe experimentado con tropas y dinero (1), y el nombrado fué el duque de Alba, que llegó á Milan el dia 13 de junio. Brissac por su parte apresuróse á pedir refuerzos, que le fueron enviados del ejército de Picardía, pero todo el resultado de la campaña se limitó por una y otra parte á la toma de varios pueblos y fortalezas de escasa importancia, sin venir á batalla alguna decisiva. El duque de Alba hubo de retirarse á sus cuarteles de invierno por falta de recursos con que pagar á su gente, y frustró así las grandes esperanzas que en su nombramiento se habian cifrado.

(1) Aunque el príncipe don Felipe era ya duque de Milan y rey de Nápoles, el emperador continuaba egerciendo en aquellos territorios todos los derechos de la soberanía.

Por aquel entonces descubrióse la conspiracion formada por los franciscanos de Metz para devolver la ciudad á las armas imperiales. El guardian fray Leonardo habia de introducir en su convento á cierto número de soldados vestidos de fraile, y con su auxilio pegar fuego á la ciudad para ayudar con la confusion y con sus armas el asalto que de noche daria á los muros el gobernador imperial de Thionville. Descubierta la trama, las compañías imperiales que marchaban al ataque fueron sorprendidas y acuchilladas y los frailes ajusticiados.

Así continuaba la guerra debilitando á Carlos y á Enrique sin resultado ninguno decisivo y sin que uno ni otro manifestasen disposicion alguna á la paz. En vano el cardenal Polo habia empleado para reconciliarlos cuantos medios le sugirió el celo de la religion y de la humanidad, y en vano tambien ofrecióles su mediacion la reina María de Inglaterra. Por fin se logró de ellos que enviaran sus plenipotenciarios á un pueblo situado entre Gravelinas y Ardres, y allí acudió tambien el cardenal con el obispo Gardiner; pero fueron tan exageradas las pretensiones de ambos soberanos, que las conferencias se rompieron al cabo de pocos dias sin haber concluido cosa alguna.

Las guerras entre Carlos y Enrique habian diferido la celebracion de la dieta imperial, en que, segun el tratado de Passau, debian de ser resueltas las cuestiones religiosas que dividian á los Alemanes, hasta que se abrió por fin la asamblea este mismo año en Augsburgo (5 de febrero), presidiéndola el rey de Romanos á causa de las graves dolencias que el emperador experimentaba. Pocos príncipes concurrieron á ella continuando en su oposicion al césar, y los temores de los asistentes crecieron al observar que en su discurso de apertura ninguna mencion hizo don Fernando del tratado de Passau, y al ver llegar á Augsburgo un legado pontificio, el cardenal Moron, hijo del famoso canciller de Milan, de quien se decia que llevaba el encargo de reducir á los Alemanes á seguir el ejemplo de la nacion inglesa. Infundados por demás eran, sin embargo, los recelos de la dieta: la muerte de Julio III, acaecida por aquel entonces (23 de marzo), hizo que el legado marchara apresuradamente á Roma, y nada estaba tan lejos del ánimo de Fernando como disgustar á los príncipes protestantes, así para rechazar de Hungría á los Turcos, como para precaver los efectos del tratado secreto que con su hermano estipulara acerca de la sucesion al imperio. Por esto, y convencidos ambos partidos de que en el punto á que las cosas habian llegado, ni conferencias, ni concilios podrian apaciguar las disensiones religiosas, y de que era necesario restablecer el órden y la paz en el imperio dejando por entonces indecisa la contienda que lo dividia, redactóse por fin un decreto, que se aprobó y publicó con las formalidades de estilo, cuyos principales artículos, confirmando el estado de cosas creado en Passau, fueron: que los protestantes pudieran profesar y ejercer libremente la doctrina y el culto de la confesion de Augsburgo sin ser inquietados por nadie; que los católicos tampoco serian turbados en la profesion y el ejercicio de sus dogmas y ceremonias; que las disputas religiosas que en lo sucesivo pudieran ocurrir se habian de resolver por medio de conferencias; que el poder civil podria establecer en el estado la doctrina y el culto que estimase conveniente, no quedando á los vasallos que no quisieren conformarse otra facultad que la de retirarse con sus haberes donde mejor les pareciere; y finalmente, que los eclesiásticos que abandonasen la religion católica perdiesen su

beneficios, los cuales habian de considerarse vacantes y ser proveidos otra vez en católicos. Contra el último artículo levantóse una protesta por parte de algunos miembros de la dieta, y este fué el gérmen de las guerras de religion que sobrevinieron despues.

El cardenal Marcelo Cervino (Marcelo II) sucedió á Julio III en la silla pontificia. Bien se auguró de los puros y santos deseos del nuevo pontífice, pero murió á los veinte y dos dias de su elevacion, y el cónclave nombró en su lugar al cardenal Juan Pedro Caraffa, fundador de la órden teatina, quien tomó el nombre de Paulo IV (23 de mayo). Los cardenales del partido imperial se habian opuesto á esta eleccion, y con ello sirvieron bien los intereses del emperador, pues el nuevo papa manifestóse desde el principio inclinado en favor de Francia, deseoso de contrarestar el gran poder que ejercia Carlos en Italia. Sus sobrinos, que aspiraban á poseer alguno de los dominios del emperador, le excitaban mas y mas en este camino, que emprendió por fin con resolucion al saber lo decretado en la dieta de Augsburgo y las concesiones en ella otorgadas á la causa de la heregía. Empezó por perseguir á los Colonnas, amigos y deudos de los Españoles, y envió á Francia un embajador á fin de proponer á Enrique juntar sus fuerzas para atacar el ducado de Toscana y el reino de Nápoles, con objeto de devolver al primero su antigua forma de gobierno republicano y repartir el segundo entre sus dos sobrinos y un hijo del rey de Francia. El condestable de Montmorency opúsose á la propuesta alianza, fundándose en que era funesto á los Franceses el suelo de Italia y en la avanzada edad del pontífice, mas apoyóla el duque de Guisa, secundado por Diana de Poitiers, y el cardenal de Lorena fué enviado á Roma con plenos poderes para concluir el tratado y concertar las disposiciones para apresurar su ejecucion. El convenio se firmó, en efecto, pero se mantuvo secreto hasta que ambas partes estuviesen dispuestas para romper las hostilidades. La noticia de lo que se trataba llegó, sin embargo, á noticia del emperador, y apercibiendo á sus generales para lo que fuere menester, envió á Roma como embajador á Garcilaso de la Vega, para que procurara calmar al pontífice recordándole la apurada situacion en que Carlos se viera en Inspruck y las obligaciones que por fuerza habia debido contraer con los protestantes del imperio. Paulo IV no dió la menor importancia á estas razones, absolvió al emperador de lo tratado, le prohibió cumplirlo, y entre él y el enviado mediaron sobre esto durísimas contestaciones (octubre).

Durante este mismo año murió en Tordesillas la madre del emperador, doña Juana, reina titular de Aragon y Castilla, despues de una existencia de setenta y tres años, pasada la mayor parte en el dolor y en un estado que si no era de locura, no era tampoco de razon (11 de abril). Dícese que en los últimos momentos de su larga y penosa enfermedad se aclaró su mente, por tanto tiempo perturbada, y que espiró pronunciando estas palabras: «Jesucristo crucificado sea conmigo.» Esta reina tuvo seis hijos de su difunto esposo don Felipe I: Carlos, Fernando, Leonor, Isabel, María y Catalina. La muerte de la reina, que al parecer no habia de producir variacion alguna en la sucesion de los acaecimientos, fué, por el contrario, otra de las causas que, como veremos luego, determinaron un hecho ruidoso é importantísimo que asombró á la Europa y varió la faz de los negocios políticos.

La guerra entre los Turcos y la marina española continuaba en el Mediter-

ráneo, y los Africanos tampoco dejaban en reposo los presidios que en aquellas costas poseia España. En setiembre de este año el gobernador de Argel atacó por tierra y por mar la ciudad de Bugia con cuarenta mil hombres y veinte y dos bajeles. Peralta, que allí mandaba, rindió la plaza á los Moros con escaso ánimo, despues de pocos dias de combate, con condicion de que le dejaran libre á él y á los suyos ; pero solo en parte se cumplió esta condicion , pues casi todos los moradores fueron reducidos á cautiverio. El emperador, á quien causó indecible sentimiento la pérdida de aquella plaza conquistada en 1510 por el conde Pedro Navarro, mandó sujetar al gobernador á un tribunal y Peralta fué condenado á perder la cabeza. La sentencia se ejecutó en la plaza de Valladolid , despues que á voz de pregon y una á una hubieron quitado al reo todas las piezas de su armadura (octubre de 1555).

En tanto continuaba en Inglaterra el príncipe don Felipe muy complaciente con la reina, y la reina muy enamorada de él; observaba estrictamente lo estipulado en los capítulos matrimoniales, y las prevenciones que contra él se abrigaban se desvanecian poco á poco. A mediados de noviembre el parlamento recibió aviso de que la reina se hallaba en cinta, y poco despues la cámara de los comunes confirió á Felipe la facultad de ejercer la regencia y de cuidar de la educacion de su hijo durante su menor edad para el caso de sobrevenir á la reina incapacidad física. La regencia habia de ser limitada por los artículos del contrato matrimonial, pero aquel acto demuestra con evidencia la confianza que á sus nuevos súbditos habia logrado inspirar el príncipe. Los síntomas de la preñez de María continuaron mostrándose favorables, hasta que por último su enfermedad se halló ser una hidropesía. La reina, empero, alimentaba aun la esperanza de dar algun dia un heredero al trono, ilusion de que no participaba su esposo, quien, á medida que iba convenciéndose de la esterilidad de su consorte, se halló menos inclinado á vivir en un país que por muchas circunstancias habia de serle poco agradable. A pesar de las demostraciones de respeto de que se veia rodeado, su carácter altivo no podia avenirse al papel secundario que junto á la reina habia de desempeñar en público. El parlamento por su parte no habia accedido al deseo de aquella que queria coronar á Felipe como rey de Inglaterra, y por mucha que fuera su influencia en el gabinete, no habia podido someter la política inglesa á sus intereses, ó por mejor decir á los del emperador, mostrándose sordo el parlamento á cuantas insinuaciones se le dirigian para tomar parte en la contienda con Francia.

La violencia que Felipe se imponia constantemente para doblegarse á los usos y costumbres de los Ingleses habia por precision de hacérsele penosa, y si bien en este punto fuera mas afortunado de lo que podia esperarse, no era posible vencer del todo antiguas preocupaciones, ni disipar la profunda antipatía que á los Españoles profesaba la masa del pueblo, como lo demostraban los acerados dardos lanzados en folletos y en canciones contra los cortesanos del príncipe. Estos, en efecto, deseaban con ardor abandonar un país para ellos muy poco hospitalario: si un Español compraba un objeto cualquiera, seguro podia estar de pagar por él doble de su valor; en cuantas cuestiones se suscitaban entre ellos y los Ingleses eran siempre condenados como reos, y así fué que su alegría no reconoció límites al saber que el príncipe habia sido llamado por su padre á la ciu-

dad de Bruselas. La causa de este mensage era la próxima abdicacion de Carlos, y no pudiendo ser para Felipe objeto de dilacion ni de duda, despidióse de su consorte en Greenwich, atravesó el estrecho, desembarcó en Calais, continuó luego su camino acompañado de brillante comitiva de nobles españoles é ingleses, y llegó á fines de setiembre á la capital flamenca donde el emperador y su corte le esperaban con impaciencia.

Con pasmo de la Europa entera el emperador queria abandonar el teatro en que alcanzara un nombre imperecedero en la memoria de los siglos. Abatido su ánimo por los últimos reveses y mas aun por la enfermedad que le impedia dedicarse á los varoniles ejercicios de otro tiempo, habia comprendido no tener ya fuerzas para llevar el inmenso peso de la corona imperial. Apenas contaba treinta años cuando le atacó la gota, y habia acabado por ser dominado por ella hasta el punto de verse privado del uso de sus miembros ; el hombre que cubierto de hierro habia pasado dias y noches á caballo indiferente á los tiempos y á las estaciones, á duras penas podia ahora arrastrarse apoyado en un palo. La gota teníale clavado en su cama durante muchos dias y luego en su estancia durante muchas semanas, y así se abandonó á la melancolía que hasta cierto punto le era natural. Su mayor entretenimiento era escuchar lecturas, principalmente sobre asuntos religiosos; á nadie recibia, excepto á sus antiguos consejeros, y disgustado de los negocios públicos, se negaba por espacio de meses enteros, segun asegura su biógrafo Sepúlveda, que vivia entonces en la corte, á recibir comunicacion ninguna y á firmar cartas ni documentos, lo cual forzosamente habia de ser causa de gran perturbacion en los asuntos del país. Muerta su madre doña Juana, las sombrías alucinaciones que ofuscaron hasta la locura el ánimo de la reina, atormentaron con mas ahinco la imaginacion de Carlos, que creia oir á su madre que le llamaba á sí; descargándose de los cuidados terrenales, fijó todo su pensamiento en la salvacion de su alma y resolvió renunciar á la corona para prepararse á la muerte en un asilo religioso; proyecto era este que habia concebido hacia ya muchos años, aun en medio de su esplendor y ambiciosos triunfos ¡tan grandes eran los contrastes en el alma de aquel hombre extraordinario!

A pesar de haber elegido ya el lugar de su retiro, habia debido diferir la ejecucion de su designio por razon del estado miserable de su madre y de la tierna edad de su hijo. El primer obstáculo habia sido destruido por la muerte de doña Juana, y tampoco lo era ya la edad de don Felipe, su hijo y heredero. Llamado este de Inglaterra, despacháronse cartas convocatorias á todos los estados de los Paises Bajos, mandándoles enviar sus diputados á Bruselas debidamente autorizados para recibir la abdicacion de Carlos y prestar á su sucesor juramento de fidelidad, y como medida preparatoria el emperador transmitió á su hijo el maestrazgo de la órden borgoñona del Toison de oro, la mas ilustre y codiciada en aquella época entre todas las órdenes militares de caballería (22 de octubre.)

Inmediatamente despues dióse principio á los preparativos para proceder á la ceremonia de la abdicacion con toda la pompa que requeria tan solemne acto. El gran salon del palacio real de Bruselas fué cubierto de ricas tapicerías, y en uno de sus extremos levantóse un tablado al que se subia por seis ó siete gradas, en el cual se colocó un trono para el emperador y sillas para don Felipe, las reinas y los señores flamencos que habian de acompañar la persona de su

soberano; un magnífico dosel con las armas de Borgoña cobijaba el trono, delante del cual se habia reservado un gran espacio para los diputados de las provincias, que debian sentarse en bancos segun sus respectivos derechos de preeminencia.

El dia 25 de octubre era el fijado para la ceremonia; aquel mismo dia firmó Carlos la escritura de cesion á Felipe de su soberanía sobre los Paises Bajos, y hecho esto y oido misa, el emperador, acompañado de su hijo y de numeroso séquito, hizo su entrada en el salon donde estaban reunidos ya los diputados.

Carlos contaba en aquella época cincuenta y seis años. Segun la pintura que de él nos hace el embajador veneciano Federico Badoer, andaba ligeramente inclinado mas por los achaques que por los años; en sus facciones se leian las huellas de penosos pensamientos y de grandes inquietudes, pero toda su persona conservaba aun la expresion magestuosa con que nos la ha transmitido el pincel del Ticiano. Sus cabellos, en otro tiempo rubios, habíanse vuelto canosos lo mismo que su barba antes de haber cumplido cuarenta años; su frente era ancha y su nariz aguileña; sus ojos azules y sus formas bien proporcionadas revelaban su orígen teutónico, y sus miembros, aunque robustos todavía, ofrecian en sus extremos las pruebas de horribles sufrimientos. El emperador apoyábase en un baston con una mano y con la otra en el brazo de Guillermo de Orange que, jóven aun en aquella época, habia de ser despues el mas formidable enemigo de su casa. La actitud grave de Carlos hacíase mas solemne con su traje de luto enteramente negro, sobre el cual brillaba con caprichosos fulgores el magnífico collar del Toison de oro.

Felipe, vestido ricamente, seguia al emperador, y en pos de él venian sus tias las reinas de Hungría y de Francia. La nobleza de los Paises Bajos, todos, con su traje de ceremonia, cerraba la comitiva, y luego que el emperador se hubo sentado en el trono, teniendo á su derecha á Felipe y á su izquierda á la regente doña María, y que el resto del cortejo hubo ocupado los sitios que le estaban destinados, el príncipe Manuel Filiberto de Saboya, presidente del consejo de Flandes, dirigió en latin la palabra á los asistentes. Expúsoles brevemente el objeto de la reunion á que habian sido convocados, los motivos que impulsaban á su soberano á renunciar á la corona, y concluyó pidiéndoles en nombre de Carlos que guardasen en adelante la fidelidad debida á su hijo y legítimo heredero.

Despues de algunos momentos de silencio Carlos se levantó para dirigir á sus súbditos algunas palabras de despedida. Manteníase en pié con visible trabajo, y mientras continuaba apoyándose con la mano derecha en el hombro de Guillermo de Orange, tenia en la izquierda un papel con notas para su discurso, al que dirigia de cuando en cuando los ojos para auxiliar su memoria. El emperador habló en francés. Dijo que no queria abandonar á su pueblo sin dirigirle algunas palabras de sus propios labios, y en seguida pasó á hacer una breve historia de su vida y de los objetos que en ella se habia propuesto. Cuarenta años hacia que se le confiriera el cetro de los Paises Bajos, siendo poco despues llamado á gobernar mas vastos imperios en España y en Germania, con lo cual contrajo una responsabilidad muy grande por los pocos años que entonces contaba. Esto no obstante, habíase esforzado con ardor en cumplir sus obligaciones todas; nunca habia olvidado los intereses del amado país en que vió la luz primera,

pero siempre y ante todo habia tenido presentes los grandes intereses de la cristiandad. Su mas constante propósito habia sido defenderla contra los infieles, pero los celos de monarcas vecinos y las facciones de los príncipes hereges de Alemania habian contrariado muchas veces sus designios. En el cumplimiento de aquella grande obra jamás habia consultado su comodidad personal: sus expediciones en paz y en guerra á Francia, á Inglaterra, á Alemania, á España, á Italia y á Flandes se elevaban á cuarenta; tres veces habia surcado el Océano de España y ocho el Mediterráneo. Nunca habia retrocedido ante el trabajo mientras tuvo fuerzas para sobrellevarlo, pero una cruel enfermedad se las habia quitado; incapaz de cumplir los deberes de su posicion, la habria desde mucho tiempo abandonado, á no ser la situacion de su infeliz madre y la inexperiencia de su hijo, y como estos motivos no existian ya, no tendria escusa ni ante Dios, ni ante los hombres si conservara las riendas del gobierno que su mano, mas débil cada dia, no acertaba á sostener. Rogó en seguida á sus súbditos que creyeran que este motivo y no otro alguno le hacia dejar la corona que por tanto tiempo habia ceñido; no dudó que serian para su sucesor súbditos fieles y adictos como para él lo habian sido, y suplicóles sobre todo que mantuvieran la pureza de la fé, diciéndoles que si en aquellos tiempos de licencia habia alguno dejado penetrar vacilaciones en su corazon, convenia estirparlas de un golpe. «Bien sé, dijo al concluir, que durante mi prolongado gobierno he errado muchas veces y he incurrido en faltas, engañado con el verdor y brio de mi juventud y poca experiencia, ó por otro defecto de la flaqueza humana; pero os certifico que nunca hice cosa en que quisiese agraviar á alguno de mis vasallos queriéndolo ó entendiéndolo; créanlo así todos, y si hay aquí alguno á quien haya ofendido, esté seguro que se hizo sin saberlo yo, y le ruego que me lo perdone.» Durante el discurso del emperador nada turbó el profundo silencio que en la asamblea reinaba. Carlos habia sido siempre muy querido al pueblo de los Paises Bajos, su tierra natal; sus compatriotas veian con cierto sentimiento de orgullo sus grandes empresas y sentian que su gloria se reflejaba en ellos; por esto al contemplar por última vez aquellas facciones veneradas y al escuchar de aquellos labios el último adios, los diputados se manifestaban en extremo conmovidos, y no habia ojos que no estuviesen arrasados en lágrimas.

Despues de un corto silencio Carlos se volvió á Felipe, que esperaba sus órdenes en pié y en respetuosa actitud, y le dijo: «Si los vastos dominios que hoy entrais á gobernar os hubiesen tocado por herencia, sin duda que deberiais alimentar en vuestro pecho grande y justo agradecimiento; pues ¡cuánta mayor no ha de ser vuestra gratitud al veniros por libre don en vida de vuestro padre! Con todo, por grande que sea vuestra deuda, la consideraré pagada si cumplís con vuestro deber respecto de vuestros súbditos. Continuad como habeis empezado: tened inviolable respeto á la religion; mantened la fé católica en toda su pureza; sean sagradas para vos las leyes de vuestro país, y si algun dia, cargado de años y enfermedades, deseais como yo gozar del sosiego de una vida privada, ¡ojalá que Dios os recompense con un hijo que por sus virtudes merezca que le cedais el cetro con la satisfaccion con que yo os lo cedo agora!» Felipe, vivamente afectado, quiso arrojarse á los pies de su padre protestando de su deseo de hacer cuanto en él estuviese para corresponder á tanta bondad; pero Carlos se

A. de J. C. apresuró á levantarlo y le dió un tierno abrazo, regando en llanto sus cabellos. Todos los asistentes estaban conmovidos ante aquel espectáculo, «y no se oian en la sala, dice un testigo presencial, sino sollozos y gemidos á duras penas sofocados (1).» Carlos extenuado, con las facciones invadidas por mortal palidez, cayó en su trono, exclamando con voz débil y recorriendo con sus miradas la asamblea entera: «¡Hijos mios, quedaos á Dios!»

Calmada un tanto la agitacion, Felipe se levantó, y expresándose en francés, expuso con brevedad á los diputados su sentimiento por no poder dirigirse á ellos en su lengua para asegurarles del favor y de la alta consideracion en que en su pecho los tenia; el obispo de Arras estaba encargado de suplir su insuficiencia. El obispo Granvelle tomó luego la palabra en nombre de Felipe, y en lenguaje claro y límpido manifestó el respeto de su nuevo soberano por las leyes y las libertades nacionales, y exhortó á todos á auxiliarle con sus consejos y á mantener en sus dominios la autoridad de la ley. Despues de una oportuna respuesta de los diputados, en que expresaron el amor que á su antiguo soberano profesaban y protestaron de su lealtad hácia su sucesor, la regente doña María abdicó á su vez, y se disolvió la asamblea. De este modo terminó uno de los actos mas notables de la historia, así por la importancia de sus consecuencias, como por el carácter de las personas que en él fueron actores.

Algunas semanas despues, en presencia de cuantos nobles españoles se hallaban en la corte, firmó Carlos las escrituras por las cuales cedia á Felipe las coronas de Aragon y Castilla con todas sus dependencias, y escribió á los prelados, grandes, caballeros y ciudades de España dándoles conocimiento de su determinacion y pidiéndoles encarecidamente que la llevasen á bien y fuesen tan
1556 leales vasallos de su hijo como lo habian sido suyos (16 de enero de 1556) (2). De tan vastas posesiones no se reservó mas que una pension anual de cien mil escudos para los gastos de su casa.

Carlos estaba aun en guerra con Francia, y como la crudeza de la estacion y el rigor de sus padecimientos le obligaban á retardar su viage á España, á donde pensaba retirarse, aprovechó su estancia en Flandes para ajustar con Enrique II en las conferencias que se tuvieron en Vaucelles, cerca de Cambray, una tregua de cinco años (5 de febrero), que dejaba á las dos potencias en posesion de sus conquistas respectivas. En el estado en que estas se hallaban no era la tregua favorable á España, pero Carlos se habria resignado, en caso necesario, á concesiones aun mas considerables antes que legar una guerra á la inexperiencia relativa de su sucesor.

El último acto que faltaba á Carlos para convertirse del príncipe mas poderoso de Europa en un simple caballero, era la renuncia de la corona imperial de Alemania en favor de su hermano Fernando. A solicitud de este, que deseaba preparar los ánimos de los electores para tan inesperado cambio, y calmar al pontífice Paulo IV, que agriado por lo de la tregua y mas y mas enemigo del emperador, pretendia que la corona imperial no podia renunciarse sin expresa licencia del

(1) Sir John Masson, ministro de Inglaterra en la corte de Carlos.

(2) No están acordes los historiadores acerca del dia preciso en que tuvieron lugar estes importantes acaecimientos, pero la fecha mas probable es la que dejamos apuntada.

pontífice, consintió en diferir su realizacion; por fin, Guillermo de Orange fué encargado de llevar á Viena el acto de renuncia, y aun cuando por las razones dichas accedió Carlos á conservar el título de emperador, el poder real y la soberanía residian enteramente en don Fernando.

Nada le retenia ya en Flandes, y se dirigió al puerto donde habia de embarcarse para España, acompañado de numeroso séquito de nobles españoles y flamencos y de los embajadores extrangeros á quienes recomendó vivamente el cuidado de los intereses de su hijo. Una armada de cincuenta y seis naves guipúzcoanas, vizcainas, asturianas y flamencas le esperaba ya en Flessingue, y despues de elegir, entre las setecientas sesenta y dos personas que formaban su servidumbre, ciento cincuenta para su escolta, separóse afectuosamente de Felipe á quien los asuntos políticos retenian en Flandes, y con sus hermanas hízose á la vela el dia 13 de setiembre.

Treinta y nueve años antes, en 7 de setiembre de 1517, Carlos abandonaba aquellas mismas playas y se dirigia á España para recoger la magnífica herencia de sus abuelos Fernando é Isabel. Estaba entonces en la primavera de la vida; ante él se ofrecia la existencia con los mas bellos colores de que pueden revestirla los sueños de la juventud. ¡Qué diferencia ahora en que cargado de años y de sufrimientos habíase convencido de la vanidad del poder y de la gloria y se encaminaba otra vez á los reinos que le hicieron grande para reposar sus fatigados miembros y morir en paz!

La travesía fué penosa, y Carlos, atacado otra vez de su antiguo mal, desembarcó en Laredo el dia 28 en un estado de gran postracion. Al desembarcar quejóse, no sin motivo, de que nadie saliera á recibirle y de que no hubiese llegado aun la remesa de cuatro mil ducados que preventivamente habia solicitado de su hija la regente de España. Con el tiempo, sin embargo, se vió que en esta negligencia no habia premeditacion ninguna y que solo habia de atribuirse á las muchas dilaciones que habia sufrido la partida de Carlos de los Paises Bajos y á las varias veces que se habia anunciado falsamente su viage á España. El dia 13 de octubre llegó á Burgos, cuyos moradores le dispensaron entusiasta y afectuosa acogida; allí recibió la hospitalidad del condestable y los homenages de los nobles de la España septentrional, sin querer en manera alguna, resolucion que no mantuvo mucho tiempo, que le hablaran de negocios políticos. El 16 continuó su viage, y por Torquemada, donde entre los que acudieron á su presencia se hallaba el obispo Gasca, el excelente virey del Perú, llegó á pequeñas jornadas á Valladolid, corte de su hija la regente Juana.

Aunque se habian hecho preparativos para recibirle conforme á su antiguo rango, Carlos declinó aquellos honores en favor de sus dos hermanas las reinas viudas de Francia y de Hungría, quienes hicieron su solemne entrada en la capital el dia siguiente al que su hermano habia llegado á ella con toda la sencillez de un mero particular. Carlos tomó muy poca parte en las diversiones de la corte, pero, esto no obstante, dió audiencia á sus antiguos ministros y á los grandes de Castilla que acudian presurosos á ofrecerle sus respetos. Entonces vió á su nieto Carlos, el heredero de la monarquía, y dícese que su mirada perspicaz descubrió en el príncipe inclinaciones que le inspiraron los mas siniestros temores. Quince dias permaneció en Valladolid, cuyo clima seco y aire puro

hicieron gran bien á su salud; á su partida sus hermanas quisieron acompañarle y aun fijar su residencia futura en las inmediaciones de la suya, pero Carlos se negó á este deseo, y dando un tierno adios á todos los miembros de su familia como si no debiese volverlos á ver, continuó su viage.

El punto que habia escogido para su retiro era el monasterio de padres gerónimos de Yuste, en Extremadura, sito en un fresco y ameno despoblado regado de muchas aguas, á un cuarto de legua del lugar de Cuacos en la Vera de Plasencia. Años hacia que aquel convento llamara su atencion en una visita que hizo á la comarca, y era, en efecto, por sus jardines y por sus bosquecillos de mirtos y naranjos, un delicioso retiro, cuya calma y poesía disponian el ánimo á la tranquilidad y á la meditacion apartándole de las borrascas de este mundo. En él el poderoso monarca, despues de una existencia de ambicion sin reposo, proponíase pasar los pocos dias que le quedaban de vida.

Tres meses se detuvo Carlos en Jarandilla, en la casa del conde de Oropesa, así para dar tiempo á que terminaran las obras que mandara hacer en el monasterio, como tambien para esperar una crecida suma de dinero con que pagar y despedir á sus antiguos servidores. En aquel tiempo parece haber pasado Carlos grande escasez, hasta que por fin, llegada la suma que habia pedido á Sevilla, apresuró los preparativos para su entrada en Yuste.

Aun cuando, como despues veremos, no pudo el imperial recluso cerrar su corazon á todo afecto humano, ni dejar de tomar parte en las grandes cuestiones que agitaban el mundo, aquí termina para la historia el gran papel de Carlos V. Monarca cosmopolita, el juicio que sobre él forme el historiador no puede ser exclusivamente como rey de España, como soberano de los Paises Bajos ni como emperador de Alemania; Carlos ha de ser considerado en medio de sus hombres de estado, de sus generales de todos los paises; hemos de mirarle atravesando sin cesar la Europa para visitar las partes dispersas de su vasto imperio, hablando á cada pueblo en su lengua, peleando con Francisco I y los protestantes alemanes, con Soliman y los Berberiscos. Entonces le veremos bajo su verdadero aspecto, entonces diremos de él ser verdaderamente el sucesor de Carlomagno, el campeon del mundo cristiano. Y sin embargo, el estadista dominaba en Carlos al guerrero: el inmenso imperio que abrazaba los Paises Bajos, España, Germania y el Nuevo Mundo, daba lugar á dificultades que el mayor número de príncipes habrian considerado insuperables, ó al menos se habrian visto obligados á delegar en gran parte su autoridad y á dividir con otros los cuidados del gobierno; Carlos, empero, quiso hacerlo todo por sí mismo, trazar solo sus planes, y solo tambien ejecutarlos. El número de sus viages por tierra y por mar raya verdaderamente en prodigioso atendido el siglo en que vivia; todos ellos tuvieron un importante objeto, y conociendo donde su presencia era necesaria, exacto y pronto llegaba á tiempo á todas partes. La conciencia que de su fuerza tenia inflamó su ambicion, que hasta entonces habia ardido silenciosamente en su pecho, y la grandeza de sus planes dió orígen á la generalizada opinion de que aspiraba á la monarquía universal. Como su abuelo Fernando y como hizo despues su hijo Felipe, tuvo á la religion por móvil de todos sus proyectos y se erigió en campeon de la cruz. Y no mentia cuando en medio de sus guerras con Francia y con los protestantes alemanes, protestaba de sus deseos de paz; los embajadores

venecianos, que tan sutiles se mostraron durante aquel siglo en penetrar las intenciones de los príncipes, le atribuyen el mismo deseo para poder dirigir todas sus fuerzas contra los Turcos en África y en Oriente.

Tardo en tomar una resolucion definitiva, nadie era capaz de desviarle del propósito que una vez formara, y los embajadores extrangeros experimentaron mas de una vez su arrogante entereza, al propio tiempo que se admiraban al verle informado de lo que sucedia en la corte de su país y del objeto de su mision. Asíduo en el trabajo, su infatigable actividad de espíritu y de cuerpo contrastaba con la especie de adormecimiento que distinguió los primeros años de su vida, y no es extraño que Carlos, cuyas costumbres por otra parte eran poco conformes á las prescripciones de la higiene, envejeciera y se hallase postrado casi en el vigor de la edad. Por lo comun solo dormia cuatro horas, tiempo sobrado corto para reparar la fatiga ocasionada por un incesante trabajo, y además era dado á los excesos de la gula hasta el punto de perjudicar su salud.

Esto como emperador y rey, que si consideramos á Carlos I únicamente como soberano de España, la figura se empequeñece y pierde parte de su inmenso prestigio, como sucede á todo personage histórico á quien traslademos de su teatro propio á otro mas reducido donde hayamos de mirar sus acciones bajo determinado prisma. Aun así, empero, Carlos I merece tener un lugar entre los monarcas mas grandes de la Península. En el exterior vémosle añadir á las coronas de España los Paises Bajos, el ducado de Milan y los dilatados imperios del Nuevo Mundo; continuador, aunque en mayor escala, de la política de Fernando II de Aragon, en su tiempo las cuestiones de Navarra y Nápoles que aquel le legara, terminan de un modo favorable á España, si bien amenazan revivir de nuevo entre aquellas que él á su vez legaba á su heredero. Era la primera y mas candente quizás la de mantener á España como potencia preponderante contra los celos y el poder de Francia, entonces aun no contrastado como lo fué despues por sus disensiones intestinas; eran las otras combatir el terrible poder otomano que infestaba el Mediterráneo y amenazaba establecerse en África, y luchar con las disolventes heréticas doctrinas que el emperador no acertara á ahogar en Alemania, y que desde allí como gangrenosa úlcera iban extendiéndose por todas las naciones cristianas.

En el interior, los reinos de España, ausente casi siempre su monarca, hubieron de resentirse por fuerza, como varias veces llevamos consignado, del cúmulo de guerras y empresas en que aquel estaba envuelto; la policía interior, el perfeccionamiento de los grandes gérmenes de riqueza que tenia España en su seno y en las regiones de América, no fueron mirados con la preferente atencion que se debia para favorecer su desarrollo y crecimiento é impedir que cayesen en breve á la sima de su ruina.

En cambio, Carlos I traspasó á su hijo del todo resuelta la cuestion política que de tanto tiempo venia agitándose entre el trono y las demás fuerzas sociales. La crísis habia pasado ya: los Españoles, derramando su sangre y sus tesoros por Europa, Africa y América, ni siquiera tenian tiempo para cuidar de sus negocios, y á favor de estas circunstancias por que la nacion atravesaba, la obra á que tanto impulso dieran los Reyes Católicos , la obra que al propio tiempo y merced á otros y variados incidentes se iba realizando en todas las naciones

europeas, quedó terminada en nuestra patria en tiempo de Carlos I. Las instituciones antiguas, refugiadas en Aragon y Cataluña, nada podian contra el gigante que las enfrenaba desde el centro de un país ya del todo dominado, desde la capital de Castilla, y la accion niveladora del poder central, omnímoda en aquellos reinos, amenazaba extenderse al fin á estos, arrebatándoles toda su influencia para reducirlos á la mera categoría de provincias.

A ejemplo de Fernando el Católico, Carlos I se sirvió de la Inquisicion para consolidar en España la unidad religiosa. Como aquel la dirigió contra los judaizantes y moriscos, mas no parece que aquel tribunal fuese muy de su agrado en los primeros años de su gobierno; hasta que turbaron el mundo las predicaciones de Lutero, llegando hasta España las chispas del incendio, no le dió Carlos su favor, convencido entonces de la necesidad de rigurosas medidas para cortar los males que temia.

Durante este reinado empezóse á desenvolver uno de los gérmenes que con otros habia de ocasionar la precipitada ruina de España. Las emigraciones al Nuevo Mundo, manía casi irremediable de la época que no fué convenientemente dirigida, y las riquezas que allí amontonaban los aventureros, empezaron á preparar la despoblacion de España, el desapego al trabajo, el desamparo de la industria agrícola y fabril. Todavía, empero, no se experimentan estos desastrosos efectos en la época en que de nuestro relato estamos, pero la causa y los principios existen ya, y no hemos de tardar en verlos contribuir á derrumbar á esta nacion desde el apogeo de la gloria, del poder y de la civilizacion á un abismo de abatimiento y de miseria. ¡Singulares arcanos de la Providencia que permite para los pueblos lo mismo que para los individuos, que sean instrumentos de su perdicion aquellos mismos sucesos con ardor deseados y con entusiasmo saludados, como si así quisiera á cada paso darnos en rostro con lo débil de nuestra razon y lo vano de nuestros juicios!

El período de mayor engrandecimiento y gloria de un estado lo es tambien generalmente de gran prosperidad para su literatura y para las artes todas que se fundan en la representacion de la belleza: no desmintió este aserto España durante el reinado que acabamos de explicar, y casi no era posible que otra cosa sucediera atendido el estado de las letras al morir Fernando V, la incesante comunicacion con la culta Italia en que estos pueblos estuvieron, y las aficiones artísticas y literatas de su monarca, que se inclinaba para recoger el pincel caido al Ticiano con la misma diestra con que imponia su voluntad á Europa. Carlos, en efecto, amante de la música y de la pintura, era dado tambien á las letras, y de él se cuenta que escribió la historia de sus empresas (1) y que tradujo el *Chevalier deliberé*, poema francés entonces muy en boga. En su tiempo florecieron grandes escritores en todos los géneros de literatura lo mismo que grandes artistas, pero sus nombres, que sintetizan la vida intelectual de España durante este período,

(1) Carlos escribió sus memorias, no por envanecimiento, sino para desvanecer muchos errores acerca de él acreditados y presentar su conducta bajo su verdadero punto de vista. Así á lo menos lo dijo él en Yuste á Francisco de Borja, añadiendo estas palabras: «Si hallais que alguna vanidad secreta puede mover la pluma, que siempre es prodigiosa panegirista en causa propia, la arrojaré de la mano al punto para dar al viento lo que es del viento.» Ignórase la contestacion del Jesuita, pero el manuscrito del emperador no ha visto jamás la luz pública.

no pueden hallar aquí cabida; de esta materia hablaremos en su lugar correspondiente.

Este fué el reinado en España de Carlos I, estas las empresas en Europa del emperador Carlos V: otro monarca no menos grande, pero exclusivamente español, sube ahora las gradas del trono. Complazcámonos, aun entre los males que para la patria ve la historia allá en lejano horizonte, aun entre la ruina de las libertades antiguas y el fragor de las batallas; complazcámonos, repetimos, en estos reinados y en este gran siglo XVI cuantos amemos las glorias pátrias, cuantos sintamos en el corazon el amor á las letras y al cultivo de lo bello, que pronto, para confusion nuestra, se ha de trocar tanta grandeza y cultura en degradacion y abatimiento y luto.

CAPÍTULO VI.

Felipe II.—Sus vastos dominios.—El trono no reconoce ya rival en España.—Consideraciones sobre el sentimiento nacional en aquella época.—Los estados de Flandes prestan juramento á don Felipe.—Su proclamacion en Valladolid.—Paulo IV mueve guerra contra él.—El duque de Alba entra en los estados pontificios.—Sitio de Ostia.—Tregua.—Los Franceses en Italia como aliados del papa.—Toma de Campli.—Sitio de Civitella.—Retirada de los Franceses.—El duque de Alba intenta apoderarse de Roma.—Felipe II en Inglaterra.—Inglaterra declara la guerra á Francia.—Campaña en los Paises Bajos.—Sitio de San Quintin.—Memorable batalla.—Toma de la ciudad.—La Francia despues de estos sucesos.—Paz con el papa.—Don Felipe devuelve á Octavio Farnesio la ciudad de Plasencia y cede Siena á Cosme de Médicis.—Toma de Calais por los Franceses.—Victoria de Gravelinas.—Lastimoso estado de la hacienda española.—Carlos I en Yuste.—Su muerte.—Muerte de María Tudor.—Felipe ofrece su mano á Isabel de Inglaterra.—Tratado de Cateau-Cambresis.—Felipe II toma por esposa á Isabel de Valois.—Muerte de Enrique II.—Muerte de Paulo IV.—Margarita de Parma gobernadora de los Paises Bajos.—Estados generales de Gante.—Felipe II abandona los Paises Bajos.—Cortes de Valladolid.—Felipe II llega á España.—El protestantismo en estos reinos.—Auto de fé en Valladolid.—Isabel de Valois en Castilla.—El príncipe don Carlos es jurado en la cortes de Toledo.—La villa de Madrid es erigida en corte.—Sucesos de Africa.—Expedicion contra Trípoli.—Ocupacion de Gerbes por los Españoles.—Victoria de los Turcos.—Sitio de Oran y de Mazalquivir.—Conquista del Peñon de la Gomera.—Sitio de Malta.—Heróica defensa de los caballeros.—Los socorre la armada española.—Derrota de los Turcos.—Discordias religiosas en Francia.—Conjuracion de Amboise.—Horribles escenas.—Felipe II ayuda á los católicos.—Entrevista de las reinas de España y Francia en Bayona.—Nueva convocacion del concilio de Trento.—Papel que en él desempeñaron los prelados españoles.—Terminacion del concilio.—Cédula de Felipe II disponiendo la observancia de sus decretos.—Notable rasgo de los monarcas absolutos.—Translacion del cuerpo de San Eugenio.—Cortes de Madrid.—Cortes de Monzon.—Los Moriscos.—Descontento de los Paises Bajos.—Primeros síntomas de sedicion.—Granvelle se retira del gobierno.—Mision del conde de Egmont.—Sus resultados.—El príncipe de Orange.—Estalla la revolucion.—Tumultos, profanaciones.—Se restablece la tranquilidad.

Desde el año 1556 hasta el 1567.

La abdicacion de Carlos I elevó á su hijo don Felipe al trono mas poderoso del mundo: era rey de España, es decir de Castilla, Aragon y Navarra, rey de Nápoles y de Sicilia y duque de Milan, lo cual le daba poderosa influencia en el equilibrio de la política italiana; era soberano del Franco Condado y de los Paises Bajos, esto es de las provincias mas florecientes y populosas de la cristiandad; como rey titular de Inglaterra pudo asociar aquel reino á la política de España; en Africa, su autoridad era reconocida en las islas de Cabo Verde, en las Canarias, en Fernando Póo, en Annobon y en Santa Elena, lo mismo que en Tunez, Oran y otras ciudades importantes de la costa berberisca; en Asia, tenia parte de las Molucas y despues las islas Filipinas; en América dominaba en los imperios de Méjico y del Perú, en Nueva Granada, en Chile y en las vastas provincias fecundadas por el Paraguay y el Rio de la Plata, conquistadas en los últimos años del reinado de Carlos I, sin contar la isla de Cuba, la de Santo Domingo, la Mar-


MAPA de la situacion de las Canarias
MAPA de la situacion de las Filipinas
MAPA de la situacion de las Antillas Españolas
Islas Canarias
Madera
Funchal
Est. de Gibraltar
MARRUECOS
ESTADO DE SIDYESCH
AFRICA
MAR DE LA CHINA
BORNEO
GOLFO DE MEXICO
B. del Mississipi
MEXICO
Islas Lucayas
Banco de Bahama
la Habana
ANTILLAS
Longitud Occidental de Paris
Latitud Septentrional

tinica, Guadalupe y la Jamáica. Bien pudo decirse que nunca se ponia el sol en los dominios de España.

El ejército español contaba con la infantería mas formidable de Europa, infantería que formada á los ojos de Gonzalo de Córdoba, de Carlos I y de sus afamados generales, habia peleado en Pavía y en Muhlberg, habia conquistado á Méjico con Hernan Cortés y escalado los Andes con Pizarro y Almagro. La marina de España y de Flandes era superior á todas las demás por el número y la dimension de los buques que la componian, y navegaba como soberana sin rival por el Mediterráneo y el Océano. Para atender á los vastos y dispendiosos elementos de su poder, Felipe tenia á su disposicion los tesoros del Nuevo Mundo, y si las incesantes empresas de su padre habian agotado su hacienda, quedábale aun el torrente de plata de las inagotables minas de Zacatecas y del Potosí.

Antes de entrar en la explicacion de los sucesos que ocurrieron en este reinado, bueno será recordar para mejor comprenderlos y mirarlos bajo su verdadero aspecto, lo que hace poco hemos dicho, y tener presentes además algunas consideraciones acerca de los sentimientos que á la nacion animaban al ceñir Felipe la corona. La cuestion entre el trono y los antiguos poderes estaba ya decidida, repetimos; la crísis habia pasado, y Felipe II no hizo mas que colocarse en su lugar propio y dejar que las cosas siguieran su curso natural: esto nos explica su absolutismo y el poder inmenso que lo dirigia todo desde el palacio de Madrid. Y si en aquella época damos una mirada al sentimiento nacional de España, veremos tender y aspirar sin rebozo á la prepotencia europea y aun pensar algunos en la dominacion universal. El sueño de Campanella, fraile calabrés que, haciendo del rey católico el defensor del cristianismo, le incitaba á ceñir la corona imperial, á triunfar de los hereges en Alemania, en Francia y en Inglaterra, á asentar un príncipe austriaco en el trono de Polonia, á atacar luego á los Turcos con todas las fuerzas de la cristiandad aliado con los Persas y el rey cristiano de Etiopia, estableciendo así en toda la tierra el dominio de la religion divina segun la promesa de Jesucristo, contiene la expresion fiel del sentimiento de los Españoles en el siglo XVI. En aquella época, terminadas poco hacia en la Península las prolongadas guerras contra los Moros, que infestaban todavía sus costas, alimentándose la curiosidad pública con las guerras que se sostenian con los infieles del Nuevo Mundo, mas agitados los ánimos cada dia con las contiendas religiosas en otros paises encendidas, los Españoles habian llegado al apogeo de la exaltacion religiosa, hecho que igual ó análogo se producia en todas las naciones europeas. España aspiraba á ser en el mundo el campeon de la verdadera fé; en todos sus ángulos se observaba redoblado el fervor antiguo, y excepto los Moriscos, hallábase unida como un solo hombre en un exceso de horror contra los infieles y hereges. Por esto vemos que las damas, los nobles, los pecheros corrian á presenciar los autos de fé, considerándolos como un sacrificio agradable al cielo; por esto el presente reinado, á pesar de haber preparado la ruina de la nacion, fué el mas popular, el que mejor interpretó el sentimiento de España, y Felipe II, columna de la Iglesia católica en aquel siglo, uno de los soberanos mas queridos y venerados de sus súbditos (1). Bajo la im-

(1) M. Weis, *España desde el reinado de Felipe II hasta el advenimiento de los Borbones*, P. 1.ª, c. I.

presion de tales ideas tocóles á los Españoles ir formando su carácter nacional, y tan bien lo hicieron y tan propias eran aquellas para la comunidad de lazos, que aun cuando mediaban entre unos y otros reinos grandes diferencias en usos y costumbres, aun cuando unos y otros, como á su tiempo diremos, abrigaban recíprocamente recelos y antipatías, formóse bajo estas distinciones secundarias un espíritu de nacionalidad intenso, que envanecido con los triunfos, desconfiado por lo que oia referir de los demás paises, rechazaba cuanto no fuese español, cuanto no viniese de las naciones donde dominaban las armas españolas. En medio de este pueblo, en medio de estas influencias habia nacido y crecido Felipe II (1); acordémonos de ello, y al conocer mejor al hombre, comprenderemos tambien mejor la série de importantes acaecimientos que en su reinado ocurrieron.

Dos dias despues de haber recibido la abdicacion de Carlos, los estados de Flandes se reunieron de nuevo bajo la presidencia de Felipe, quien entró en la asamblea acompañado de los caballeros del Toison. Allí juró el nuevo rey guardar las leyes, privilegios y libertades de sus súbditos, y estos le juraron obediencia y fidelidad. En 28 de marzo del siguiente año, recibidas en estos reinos la renuncia y las cartas del emperador, se levantaron pendones en la plaza mayor de Valladolid por el rey don Felipe á presencia de la grandeza y del pueblo. El príncipe don Carlos era el que llevaba el pendon y el que gritó: «¡Castilla, Castilla por el rey don Felipe nuestro señor!» y se paseó el estandarte por las calles de la ciudad marchando delante los reyes de armas.

Por su política, por lo que era entonces en la cristiandad, Felipe II habia de ser el aliado natural del papa contra la reforma; pero ¡cosa singular, hija de la antigua política de los pontífices! su primera guerra despues de su elevacion al trono fué emprendida contra el mismo papa. Paulo recibió en medio de sus cortesanos la noticia de la tregua de Vaucelles, firmada entre Carlos y el versátil Enrique que trastornaba de un golpe todos sus proyectos, dirigidos como los de Julio II á expulsar á los *bárbaros* de Italia; y si en apariencia causóle el hecho poca sensacion expresando el deseo de que fuese favorable á todas las naciones cristianas, en realidad distaba mucho de la tranquilidad que fingia. Refrenó, sin embargo, su enojo, y sin desahogarlo en vanas amenazas, trató de que volvieran las cosas á su estado primitivo, esto es que el rey de Francia renovara el tratado, empezando ambos á la vez las hostilidades. Conocia el carácter ligero del monarca francés, y en su consecuencia envió á París al cardenal Caraffa con plenos poderes para la celebracion de un nuevo convenio y con promesas tan halagüeñas por parte de su santidad, que habian de reducir al rey y á sus ministros á lo que el papa deseaba.

El duque de Guisa y la duquesa de Valentinois, favorita del rey, secundaron en su obra al cardenal embajador; en vano el anciano Montmorency manifestó al rey el lastimoso estado de su hacienda que le llevara á adoptar el ruin medio de poner en venta los empleos públicos: absuelto Enrique de lo estipulado en Vaucelles y desvanecidas todas las dificultades, firmóse el tratado en julio de 1556. Ambas partes se obligaban á aprontar cada una doce mil infantes, quinientos

(1) Prescott, *Hist. del reinado de Felipe II*, l. I, c. II.

hombres de armas é igual número de caballos ligeros; Francia habia de contribuir á los gastos de la guerra con trecientos cincuenta mil ducados y el papa con ciento cincuenta mil; las tropas francesas habian de ser mantenidas por este con obligacion de reembolso, y era el pacto principal que se daria á un hijo de Enrique la corona de Nápoles, que una porcion de aquel reino por la parte del norte seria unida á los estados del papa, y que en los territorios conquistados se señalarian grandes posesiones á los sobrinos de su santidad.

Celebrado el convenio, Paulo IV arrojó por completo la máscara: prorumpió en amargas invectivas contra Felipe, hizo entablar contra él en pleno consistorio una acusacion jurídica para privarle del reino de Nápoles bajo el pretexto de que habia perdido los derechos que al mismo tenia por no haber pagado el tributo anual debido á la santa sede, persiguió á cuantos se manifestaban adictos á la causa de España, restauró las murallas de Roma y reforzó las guarniciones fronterizas. Garcilaso de la Vega, enviado de Carlos V, que participó estos sucesos al virey de Nápoles, fué reducido á prision, y el embajador imperial que, despues de protestar contra estos actos arbitrarios, se dirigió á ver al papa para solicitar de él los pasaportes, hubo de permanecer mas de una hora en la puerta del Vaticano antes que le permitieran la entrada.

Felipe, que tenia noticia de cuanto ocurria, habíase preparado para la tempestad que veia formarse mas allá de los Alpes. A fines del año anterior habia confiado el gobierno de Nápoles al hombre mas seguro en los momentos de crísis, al duque de Alba, gobernador entonces del Milanesado y generalísimo del ejército de Italia. Sin embargo, antes de abrir las hostilidades contra la Iglesia quiso tranquilizar su conciencia obteniendo de la Iglesia misma el permiso de combatir, y reuniendo una junta de teólogos y juristas de Salamanca, de Alcalá, de Valladolid y de otros puntos, sometióles diferentes cuestiones que fueron resueltas todas en el sentido deseado por Felipe. Armado este con tan respetable sancion, expidió á su virey las órdenes oportunas para poner á Nápoles en estado de defensa.

No las habia esperado el duque de Alba para allegar recursos y reunir tropas, y como las hostilidades eran inevitables, quiso ser él quien diera el primer golpe llevando la guerra al territorio del enemigo sin dar tiempo á este para pasar la frontera napolitana. Antes, empero, dirigió al papa y á los cardenales un largo manifiesto en que enumeraba en violentos términos las quejas de su soberano y conjuraba á su santidad á evitar á aquellos estados los horrores de la guerra. Pirro de Lofredo, noble napolitano, fué encargado de llevar la carta á Roma, pero la contestacion del pontífice se limitó á disponer la prision del mensagero.

El duque de Alba, que no confiaba mucho en el buen éxito de su escrito, habia reunido un ejército de doce mil hombres de infantería, entre ellos cuatro mil veteranos españoles, y de mil quinientos ginetes con doce piezas de artillería. En 5 de setiembre pasó la frontera á la cabeza de estas fuerzas y se encaminó á Ponte-Corvo, cuyos habitantes le abrieron las puertas sin oponer resistencia. Otras ciudades siguieron este ejemplo, y el duque se posesionó de ellas, si bien en un cartel fijado en la iglesia principal de cada una, anunciaba retenerlas á nombre del sacro colegio hasta la eleccion de otro pontífice. Anagni fué

tomada por fuerza de armas y entregada al saqueo; una ó dos ciudades que quisieron resistirse experimentaron igual suerte, y dejando el duque guarniciones en sus nuevas conquistas, lanzó sus victoriosos tercios contra Tívoli, que se rindió sin resistencia. Allí estableció el de Alba su cuartel general, mientras que sus soldados se derramaban por los pueblos y aldeas inmediatas, abundantes en forrage para los caballos.

Estos sucesos sembraron el terror entre los moradores de Roma, y solo Paulo, en medio de la consternacion general, parecia conservar su presencia de ánimo. Sin pérdida de momento puso la capital en estado de defensa, decretó tributos y concentró en Roma las guarniciones vecinas, formando así un ejército de seis mil infantes perfectamente equipados, entre los cuales habia algunos cuerpos de mercenarios luteranos que con gran escándalo de los habitantes hacian burla de las mas augustas ceremonias de la religion.

El duque de Alba se proponia apoderarse de Ostia á fin de impedir las comunicaciones de Roma con el mar, y presentándose delante de la ciudad á principios de noviembre, la rindió sin grandes esfuerzos; no sucedió así con la ciudadela, que despues de muchos dias de vivo cañoneo, rechazó un vigoroso asalto de los veteranos españoles; con todo, sin víveres y sin municiones comprendió la esforzada guarnicion que no podria resistir á un segundo asalto, y en 19 de noviembre se rindió con los honores de la guerra.

El éxito de la campaña parecia desde entonces decidido; la caballería española llegaba en sus excursiones hasta los mismos muros de Roma, y aquellos moradores se declaraban mas y mas cada dia contra la continuacion de la guerra. Paulo, confiado en la próxima llegada de los Franceses que atravesaban ya el Milanesado, se negaba obstinadamente á la paz, pero al propio tiempo se inclinaba á aceptar una tregua que diera á sus aliados el tiempo necesario para llegar á su socorro. El cardenal Caraffa salió á verse con el duque de Alba para tratar de una suspension de armas, y como el general español, que experimentara tambien muchas pérdidas, no quisiera exponerse á hacer frente con sus escasas tropas á los numerosos y descansados soldados que llegaban de Francia, estipulóse una tregua de cuarenta dias, quedando en poder del duque todas sus conquistas. Esto estipulado, los Españoles levantaron su campo y se volvieron á Nápoles, terminando así la primera campaña de Roma. La conducta del duque en esta circunstancia fué muy censurada en España, y se dice que el emperador Carlos durante su viage á Yuste manifestóse descontento porque no habia dado un golpe decisivo despues de la toma de Ostia en vez de permitir que los Franceses entraran en Italia y unieran sus fuerzas con las del pontífice.

Mientras estos sucesos acaecian en Italia, el ejército francés, compuesto de doce mil infantes suizos, franceses y gascones, de dos mil caballos con nueve cañones, y de brillante escuadron de nobles y caballeros, habia llegado á las fronteras del Piamonte á las órdenes del duque de Guisa, sin que ningun obstáculo se opusiera á su marcha, en cuanto Felipe habia mandado al gobierno de Milan reforzar las guarniciones de las plazas fuertes, pero no empeñar batalla con los Franceses á menos que tomaran estos la ofensiva. Así lo aconsejaban algunos al de Guisa y sobre todo su suegro el duque de Ferrara, que le habia llevado un refuerzo de seis mil hombres, instándole para que se apoderara del Milanesado

antes de pasar adelante á fin de no dejar á sus espaldas tan peligroso enemigo. A. de J. C.
Los Italianos además considerábanlo muy importante bajo el punto de vista de la confianza que habia de inspirar en Nápoles al partido angevino y tambien para atraer á la Francia los estados aliados de España.

En efecto, como antes hemos dicho, tenian los Franceses en aquella época muy escasa influencia en los consejos de los príncipes italianos. Génova era toda española, y lo mismo puede decirse de Cosme de Médicis, soberano de Toscana. El duque de Parma, amigo por algun tiempo de Enrique, habia abrazado la causa de Felipe desde que andaba en tratos con este para la devolucion de la ciudad de Plasencia; Venecia, atenta sobre todo á mantener el equilibrio establecido, temia la intervencion de una nueva potencia en la escena italiana, y por nada habria consentido en abandonar su neutralidad.

Impaciente el de Guisa por llegar cuanto antes á Nápoles é instado además por el pontífice, desoyó los consejos de su suegro, que descontento abandonó su campo con sus tropas, y continuó su marcha llegando por Ravena y Rímini á Gesi, desde donde se dirigió á Roma para concertar con Paulo el plan de la futura campaña (febrero de 1557). Recibido como en triunfo, á su vista se reanimó el ardor del an- 1557
ciano pontífice, que sin vacilar dió de nuevo principio á sus hostilidades contra España. Los destacamentos romanos diseminados en la Campania, atacaron las plazas ocupadas por débiles guarniciones españolas, y como algunas fueron ganadas, entre otras Tívoli y Ostia, el corazon del pontífice se hinchó de alegría previendo ya la próxima caida de la dominacion española en la península italiana.

Muchos dias pasó el de Guisa en el Vaticano, y volvió luego á Gesi para reunirse con su ejército. Las grandes promesas del papa, de las cuales se cumplieron muy pocas, le impulsaron á penetrar cuanto antes por la frontera napolitana y á empezar sus operaciones poniendo sitio á Campli, ciudad de importancia, situada en medio de fértil territorio. La defensa fué muy débil, pero esto no libró á los moradores de ser pasados á cuchillo y de ver saqueadas sus viviendas. En seguida llevó el Francés su ejército á Civitella del Tronto, ciudad poco distante y bien murada, cuya defensa habia encomendado el duque de Alba á mil doscientos Españoles mandados por el marqués de Santa Fiore. El general francés comprendió que la toma de aquella plaza inmediatamente despues del saco de Campli habia de alentar al partido de Anjou á declararse abiertamente en su favor; mas en vano fué que dirigiera contra la plaza su artillería primero y sus batallones despues: los habitantes, advertidos por lo sucedido en Campli de la suerte que les esperaba, secundaron admirablemente á la guarnicion y opusieron todos admirable resistencia, permitiendo al duque de Alba arbitrar fondos, reunir tropas y provisiones y dirigirse á su auxilio. Posesionado el ejército español de Giulia Nuova, los Franceses, cansados ya de las molestias del sitio y enemistados con las pocas tropas que de refuerzo les enviara el papa, comprendieron la necesidad de dar á sus operaciones contra Civitella un resultado decisivo. Ordenóse, pues, un asalto general, que fué rechazado como los demás, y el de Guisa, profundamente humillado por sus reveses sucesivos, determinó abandonar el cerco (1). Los esforzados defensores de la plaza le molestaron en su re-

(1) Deseoso el virey de recompensar la heróica conducta de los habitantes de Civitella, otor-

tirada, pero prudente el duque de Alba, que no peleaba jamás cuando veia alcanzado ya el fin que se proponia, vió impasible como el enemigo pasaba el Tronto y salia del reino de Nápoles, diciendo que no queria jugar este contra la casaca del duque de Guisa.

Recobradas las plazas perdidas al principio de la campaña, el duque pasó á su vez el Tronto y tomó posicion cerca de los Franceses, acampados en las inmediaciones de Ascoli. Una batalla parecia inminente, pero despues de algunas escaramuzas de escasa importancia, puso fin á aquel estado de cosas un mensage del pontífice invitando al general francés á acercarse mas á Roma á fin de proteger la capital, amenazada por los triunfos de Marco Antonio Colonna, que despues de derrotar á las milicias pontificias, habia puesto sitio y entrado á saco en la plaza de Segni. La noticia de este suceso causó entre los Romanos profunda consternacion, sin inmutar, empero, á Paulo IV, que incapaz de sentir miedo, dijo aguardar sereno la corona del martirio. En aquel duro trance rogáronle en vano que abrazara el partido de las concesiones; sin descender en nada de su antigua arrogancia, persistia en exigir como condicion precisa que el duque de Alba evacuase inmediatamente el territorio romano y restituyese todas sus conquistas, lo cual sabido por el duque arrancóle estas solas palabras: «Su Santidad se equivoca: cree que sus milicias están delante de Nápoles, siendo así que es el ejército español el que está á las puertas de Roma (1).»

Tomada Segni, el duque de Alba unió sus fuerzas con las tropas italianas de Colonna, y entonces fué cuando concibió un plan cuyo carácter arriesgado no es fácil conciliar con la habitual prudencia del general español. Consistia en asaltar de noche la ciudad de Roma, y ya sus soldados, armados á la ligera y con la camisa sobre la cota de malla á fin de reconocerse, habian llegado antes del rayar del alba al pié de los muros de la ciudad eterna, cuando las luces y la agitacion que observaron en los muros y algunos ginetes que de la ciudad salieron en direccion al campo francés establecido en Tívoli, hicieron pensar al duque que los Romanos habian sabido su designio; temeroso entonces de encontrarse entre dos enemigos, renunció á su plan, y por medio de una rápida contramarcha volvió á sus antiguas posiciones. Mal discurrió el duque en aquella circunstancia: las luces que se vieron brillar en la ciudad provenian de una ronda de Caraffa, y los ginetes que habian salido con direccion al campo francés estaban muy lejos de sospechar que pasaban entre batallones enemigos. Algunos historiadores pretenden que el objeto del general español no era otro que fingir un ataque á fin de que el pánico que fuese del mismo consecuencia diese al papa suficiente pretexto para celebrar la paz. Otros, por el contrario, y entre ellos el embajador veneciano Navagero, aseguran que el duque meditaba una sorpresa muy real, y que era su intento apoderarse de la persona de Paulo y poner así de un golpe término á la guerra.

Mientras presentaban tan mal aspecto los asuntos de los Franceses en Italia, no lo tenian mejor en los Paises Bajos, donde la contienda habia tomado proporcio-

---

góles perpétuamente grandes inmunidades, en las cuales iban comprendidas las mugeres, así como habian contribuido á la defensa de la plaza.

(1) Andrea, *Guerra de Roma*, p. 306.

nes mas considerables y hacia esperar mas importantes resultados. Rota por Enrique la tregua de Vaucelles con el envío de un ejército á Italia, Felipe II llamó á las tropas españolas de Alemania y Hungría, y al propio tiempo envió á España á su ministro privado Ruy Gomez de Silva para solicitar socorros de hombres y dinero é informar al emperador de su situacion. Su mayor anhelo era mezclar á Inglaterra en la lucha ya empezada, y así es que aun cuando durante su ausencia no habia dejado de tomar una parte muy activa en el gobierno de aquel reino, pensó que el asunto era bastante grave y dificultoso para exigir su presencia. En marzo de 1557 volvió, pues, á Inglaterra, y recibido por la reina con transportes de cariño, no le fué difícil hacerla partícipe de sus miras, ofendida como estaba con Francia por las frecuentes conspiraciones contra su trono que allí se tramaban. La tentativa de Stafford hizo entonces en favor de Felipe lo que no habrian hecho sus razones ni la autoridad de María, y el pueblo inglés y el parlamento, aunque no veian con gusto una guerra con Francia, consideraron como una afrenta hecha á Inglaterra aquellos redoblados conatos para sumir á la nacion en los horrores de la guerra civil. El dia 7 de junio un heraldo declaró la guerra al rey de Francia en medio de su corte, y Felipe, contento por el buen éxito de su viage, se embarcó para los Paises Bajos donde el estado de los negocios reclamaba imperiosamente su presencia.

De regreso á Bruselas dió calor á los preparativos de guerra, alistó mercenarios alemanes y borgoñones, envió á los puntos de reunion los tercios españoles que cada dia iban llegando, recibió un refuerzo de ocho mil Ingleses mandados por el conde de Pembroke, y cuando hubo juntado su ejército, que sin los Ingleses constaba de treinta y cinco mil infantes y doce mil caballos con un numeroso tren de artillería, confió su mando á Manuel Filiberto, duque de Saboya, que se habia distinguido por su valor é inteligencia en las últimas campañas del emperador su padre (1).

Segun el plan de campaña adoptado en el gabinete de Felipe, el duque habia de poner sitio á una de las importantes plazas situadas al norte de Picardía. Rocroy fué primeramente la elegida, pero como la guarnicion contestara con nutrido fuego á los primeros ataques de los Españoles, Manuel Filiberto, pensando que el sitio exigiria mas tiempo de lo que valia la plaza, resolvió dirigirse contra San Quintin, ciudad importante en tiempo de paz como depósito del comercio entre Francia y los Paises Bajos, y bien defendida por su posicion y sus fortificaciones, aunque estas se hallaban bastante descuidadas. Fingió el de Saboya marchar contra la ciudad de Guisa é hizo ademan de sitiarla á fin de burlar al enemigo que observaba sus movimientos todos, y de pronto, torciendo su camino, llegó delante de San Quintin á la que rodeó con todo su ejército (julio de 1557). Desapercibida como se hallaba la plaza y con escasa guarnicion, se hubiera tomado en pocos dias, si el almirante Gaspar de Coligni, gobernador de Picardía, no hubiera tomado la valerosa resolucion de lanzarse dentro de ella con algunos centena-

(1) Felipe habia querido casar á Manuel Filiberto con la princesa Isabel de Inglaterra, union que sin duda habria hecho perder á esta la corona de aquel reino. La conducta de María en aquella ocasion dice mucho en su favor, pues aun cuando no profesaba el menor cariño á su hermana, por las conspiraciones que tramara contra ella, se negó siempre, resistiendo á las instancias de Felipe, á violentar las inclinaciones de Isabel.

res de hombres, muchos de los cuales quedaron en el camino rendidos de fatiga. El almirante halló la plaza en peor estado del que podia imaginarse, mas resuelto á defenderla, tomó sin pérdida de momento aquellas medidas que alargando el sitio podian facilitar la llegada de socorro.

Esperábalo del condestable de Montmorency, que con un ejército de diez y ocho mil infantes y seis mil ginetes en el que militaba la flor de la nobleza francesa, ocupaba las inmediatas ciudades de La Fere y de Ham. Desgraciado en su primera tentativa para introducir dos mil hombres en la plaza al mando de Dandelot, hermano del almirante, decidió intentar un nuevo ataque en medio del dia, ataque que él habia de sostener con todo el grueso de sus fuerzas. En 9 de agosto de 1557 pusó en movimiento su ejército, y á la mañana siguiente, fiesta de san Lorenzo, tomó posesion en la márgen del Somme, delante de los enemigos, cuyo campamento se veia en la orilla opuesta desde cerca de la ciudad hasta donde alcanzaban los ojos; sobre él flotaban las banderas de España, de Flandes y de Inglaterra, indicando las diferentes naciones de que aquel ejército se componia. Oculta la marcha de los Franceses por una série de colinas, presentáronse en las márgenes del Somme sin que nadie los hubiese divisado; por esto sus primeros cañonazos sembraron gran alarma en las filas españolas, y el duque de Saboya hubo de abandonar sus posiciones bajando el rio unas tres millas hasta los cuarteles del conde de Egmont, general de la caballería. Envanecido Montmorency con este pequeño triunfo que consideró una gran victoria, dió principio entre muchas dificultades á embarcar las tropas que habian de socorrer á San Quintin; en tanto el duque de Saboya celebraba un consejo de guerra y decidia que habiendo el enemigo avanzado á tan corta distancia, no habia de permitirse que se volviera sin pelear, por lo cual el conde de Egmont, pasando un vado allí inmediato á la cabeza de sus caballos, entretendria al enemigo para dar tiempo á que llegase el grueso del ejército mandado por el duque.

Comunicáronse, pues, las órdenes oportunas y los caballos ligeros se lanzaron al agua seguidos por la caballería borgoñona, que á su vez iba apoyada por varios cuerpos de infantería, sin que el duque de Nevers, que quiso oponerse á su paso, pudiese hacer otra cosa que replegarse rápidamente hácia el grueso de las fuerzas francesas. Montmorency no ignoraba lo que ocurria, mas pensando que el vado solo permitia el paso á cuatro ó cinco hombres de frente, creyó tener bastante tiempo para dar fin al transporte de sus soldados y emprender luego la retirada á La Fere, siendo así que por desgracia suya era el vado tan ancho que por él pasaban quince ó veinte personas. Los Franceses, transportados á la márgen opuesta, fueron en gran número muertos ó dispersados por los arcabuceros españoles; otros se perdieron entre aquellos pantanos, y de dos mil que eran apenas cuatrocientos cincuenta, mojados, heridos y extenuados, pudieron llegar á San Quintin con Dandelot á su cabeza. En tanto el condestable al ver partir la última barca habia dado la órden de retirada; la artillería abrió la marcha, siguió luego la infantería, y la caballería, cuyo mando tomó Montmorency, formó la retaguardia. El condestable, deseoso de ganar el tiempo perdido, dió severas órdenes para acelerar el paso, que sin embargo retardaban los pesados cañones de la vanguardia.

El conde de Egmont tomó en pos de él el camino real de La Fere, impidién-

dole divisar al enemigo la cuesta que formaba el terreno. Así anduvo como media legua, y el dia estaba ya muy avanzado y temia que se le escapara su presa, cuando al llegar á lo alto del recuesto, vió á las columnas francesas que se retiraban. Su aparicion causó gran pánico entre los sirvientes y mochileros que cerraban la marcha en pos de la retaguardia, estando en poco que aquel se comunicara al resto del ejército, y Montmorency, que conoció no quedarle otro partido, se detuvo, cambió de frente y se preparó para el combate. Egmont hizo de sus fuerzas, consistentes casi todas en caballería, tres divisiones, y al dar la señal de carga, precipitáronse todas contra el enemigo, que recibió con firmeza el choque. Empeñóse entonces muy ruda pelea, hombre contra hombre, caballo contra caballo, cuando apareció en el camino la infantería española. La caballería francesa no pudo resistir por mas tiempo y empezó á perder terreno; rotas en breve sus filas, la retirada degeneró en derrota, y los *reiters* alemanes, aquellos ginetes «negros como demonios», completaron con sus pistolas la dispersion general. En aquel desórden los Gascones, que eran la flor de la infantería francesa, no desmintieron su fama; formados en cuadros oponian impenetrable muro á la caballería, cuando el duque de Saboya dirigió contra ellos el fuego de sus cañones. Rotas entonces sus apretadas filas, saltó entre ellas la caballería; las largas lanzas de los piqueros les fueron ya inútiles, y los ginetes, blandiendo sus espadas á derecha é izquierda, sembraron por todas partes la muerte. Desde aquel momento no hubo ya enemigo que pensara en pelear ni aun para defenderse; todos emprendieron la fuga arrojando sus armas; los caballos atropellaban á los infantes; los cañones, los bagages llenaban el camino estorbando el paso á los atribulados fugitivos; allí fué horrible la matanza, y la mejor sangre francesa, dice un escritor, corria como agua. Si los Españoles hubiesen continuado la persecucion, pocos Franceses habrian sobrevivido para contar su derrota; pero la batalla habia durado cuatro horas, la noche estaba ya próxima, y los vencedores, extenuados de cansancio y fatigados de matar, se contentaron con establecer su campo en el mismo lugar de la batalla.

El condestable de Montmorency, despues de pelear valerosamente, fué herido y hecho prisionero, é igual suerte experimentaron su hijo, los duques de Montpensier y de Longueville, el mariscal de Saint-André, el príncipe de Mantua, otros trecientos caballeros de distincion y hasta cinco mil soldados. El número de muertos se elevó á seis mil, y entre ellos seiscientos caballeros y un príncipe de la sangre, Juan de Borbon, conde de Enghien. La pérdida de los Españoles no pasó de mil hombres, y en su poder cayeron ochenta banderas, toda la artillería, las municiones y los bagages. La Francia no habia experimentado derrota semejante desde la batalla de Azincourt (1).

La noticia de este desastre sembró la consternacion en París, cuyos moradores creian ver ya las banderas españolas al pié de los muros de la capital. Felipe II no consideró del caso llevar tan adelante su victoria á pesar de los consejos del duque de Saboya y de las palabras que se atribuyen á su padre el emperador

---

(1) No están acordes los historiadores acerca del número de muertos por una ni otra parte, ni tampoco acerca del número de prisioneros; sin embargo, la generalidad de autores adoptan como mas probables los que llevamos apuntados.

Carlos, que calculando únicamente las probabilidades de triunfo así como Felipe calculaba las de una derrota, preguntó al recibir la noticia si su hijo estaba ya en París.

Felipe II no se halló en la batalla con gran sentimiento suyo; careciendo del espíritu guerrero y audaz de su padre, su talento se mostraba mas en la meditacion que en la accion, y su prevision tranquila y deliberada le hacia mas apto para el consejo que para la pelea. Al tratarse de levantar gente, de arbitrar recursos, de organizar el ejército mostrábase infatigable; en su presencia se discutian los planes de campaña y manifestaba gran sagacidad en la eleccion de sus agentes, pero dejaba á estos la direccion de la guerra, para la cual no sentia aficion ni quizás aptitud. Al contrario de su rival Enrique II, dice Prescott, no se creia un gran capitan por haber alcanzado el premio de un torneo. En Cambray se hallaba cuando recibió la noticia de la victoria, y al dia siguiente se presentó en el campamento armado de punta en blanco; el duque de Saboya depuso á sus piés las banderas y los trofeos de la victoria, y el rey le alzó del suelo para recibirle en sus brazos. Decidió luego de la suerte de los prisioneros, cuyo excesivo número embarazaba á los vencedores, y dando libertad á cuantos eran de oscuro rango, envió á distintas fortalezas á los caballeros y gente de distincion. Reunido el consejo de guerra para resolver sobre las operaciones ulteriores, Felipe resolvió atenerse á su primer plan de campaña continuando el sitio de San Quintin, y aun cuando el tiempo transcurrido prive á la historia de decidir sobre el acierto ó desacierto de semejante resolucion, los acaecimientos sucesivos han de inducirnos á considerarla acertada.

En su consecuencia hiciéronse á la vista del rey los preparativos necesarios para dar vigor á las operaciones del cerco; levantáronse contra la plaza numerosas baterías, y á pesar de la indomable entereza del almirante, de la habilidad de su ingeniero, y de los incesantes esfuerzos de la guarnicion, que sucumbia mas que á las balas al exceso del trabajo, halláronse abiertas once brechas el dia 27 de agosto. Aquel mismo dia asaltáronlas todos los sitiadores, y Españoles, Flamencos, Ingleses y Alemanes, excitados por la emulacion nacional y la presencia de Felipe, empeñaron en los muros obstinado combate, que terminó por fin con el vencimiento de la guarnicion y la toma de la ciudad. Los vencedores cometieron en ella toda clase de excesos, y dícese que el rey, que no habia visto aun asalto alguno, sintió conmovido su corazon ante aquel desgarrador espectáculo. Al dia siguiente hizo su entrada en la plaza, y ya que no pudo evitar el saqueo debido á las tropas, mandó cortar el incendio, y prohibió bajo pena de muerte causar daño alguno á los ancianos, á los enfermos, á las mugeres, á los niños y á los sacerdotes, lo mismo que profanar los edificios religiosos, y sobre todo las reliquias del bienaventurado san Quintin. Dadas las órdenes oportunas para la restauracion de las fortificaciones, Felipe dejó en la ciudad guarnicion española, y marchó contra Catelet, plaza fuerte de las inmediaciones, cuyos defensores, á diferencia de los de San Quintin, capitularon casi sin combatir, el dia 6 de setiembre; rindióse luego la plaza de Ham; Noyon y Chauny sufrieron igual suerte, y la Francia veia consternada caer en poder de Felipe todas las fortalezas de su frontera.

La composicion de su ejército, reunion de soldados en su mayor parte mer-

cenarios, procedentes de diferentes paises, impidió entonces á Felipe llevar mas adelante sus conquistas. En efecto, Ingleses, Alemanes y Españoles no tardaron en ser divididos por la natural rivalidad nacida del amor propio nacional; los Ingleses insistian en que se les permitiera regresar á su país, en lo cual Felipe tuvo al fin que consentir; los *reiters*, seducidos por las mejores proposiciones de Enrique, se pasaron en gran número á sus banderas, y esto, que dejaba á Felipe casi sin fuerzas suficientes para sostener la campaña y lo adelantado de la estacion, pues corrian ya los últimos dias de octubre, determinóle á llevar su campo á Bruselas, donde habia mandado juntar los estados de Flandes, y poco despues hizo tomar á sus soldados cuarteles de invierno. Así terminó la primera campaña de Felipe II, en la cual, además de importantes plazas en la frontera de Picardía, alcanzó una señalada victoria. Sin embargo, mas que por sus resultados militares fué memorable bajo el punto de vista moral, puesto que mostró á las naciones europeas que el cetro de España habia pasado á un príncipe tan atento como su predecesor á los intereses del estado, príncipe que si no tenia la activa ambicion de Carlos V, se habia de mostrar tan sensible como este á las injurias de sus vecinos.

Lo que por aquel entonces sucedia en Francia justificaba la prudencia manifestada por Felipe despues del triunfo de San Quintin. Enrique se hallaba en Compiegne prometiéndose maravillas del ejército del condestable cuando llegó la fatal noticia cuyo primer efecto fué aterrador. En aquellas circunstancias manifestóse el gran corazon de la reina Catalina de Médicis, y á ella debióse principalmente que la Francia, repuesta en breve de la sorpresa y del terror, se manifestase aun temible hallando tantos mas recursos cuanto mas la necesidad apremiaba. Los nobles todos respondieron á la voz angustiada del rey; las ciudades se sometieron á crecidos tributos, y con estos y otros medios Enrique pudo levantar un numeroso cuerpo de mercenarios suizos y alemanes. El mariscal de Termes volvió de Toscana con un pequeño ejército; Brissac fué llamado del Piamonte; excitóse á los Escoceses á invadir el territorio inglés, solicitóse el apoyo del Turco y se enviaron urgentísimas órdenes al duque de Guisa para que acudiese á la mayor brevedad con todo el ejército de Italia.

El duque, que no deseaba otra cosa que poner fin á una campaña, tan estéril para las armas de Francia, recibió esta órden con alegría y se dirigió al Vaticano para comunicarla al pontífice. La urgencia del caso convenció á Paulo de que no le era dable oponerse á la partida del duque, pero dominado por el enojo al considerar la triste posicion en que quedaba, prorumpió en estas expresivas palabras: «Id, pues, pero llevad con vos la conviccion de haber hecho muy poco por vuestro rey, menos todavía por la Iglesia, y nada por vuestro propio honor (1).» Abriéronse entonces negociaciones en Cavi para llegar á un acuerdo entre las partes beligerantes, representadas por el cardenal Caraffa y el duque de Alba, y por la mediacion de Venecia firmóse un tratado de paz en 14 de setiembre. En un artículo preliminar estableciase que el de Alba pediria públicamente perdon por la ofensa de haber invadido los dominios eclesiásticos, con cuyo acto seria reconocido Felipe como hijo de la Iglesia y participante de sus gracias lo mismo que

(1) Sismondi, *Hist. de los Franceses*, t. XVIII, p. 41.

los otros príncipes cristianos. En el tratado se convino en que las tropas españolas evacuarian inmediatamente los estados pontificios, en que se restituirian al papa todas las plazas ocupadas, y en que el ejército francés podria volver libremente á su país, pactándose en un artículo secreto que los derechos de los Colonnas serian ulteriormente determinados por el papa y el rey de España. Como observó el duque de Alba, estos pactos mas parecian dictados por el vencido que por el vencedor, pero ante las perentorias instrucciones de Felipe que le mandaban celebrar la paz con el papa á ser esto posible, no podia hacer intervenir su voluntad en este asunto, convencido como estaba el rey de que no habia honra ni provecho en una guerra contra la Iglesia, guerra que no solo era contraria á sus particulares sentimientos, sino que comprometia sus intereses políticos.

El duque de Alba hizo su entrada pública en Roma escoltado por la guardia pontificia y seguido de un pueblo alborozado que saludaba en él la deseada paz (27 de setiembre). Llegado al Vaticano se arrodilló delante del papa, impetró su perdon, que Paulo le concedió con otros muchos honores, y pasados algunos dias volvió á Nápoles, donde el remedio de los abusos introducidos durante la guerra reclamaba imperiosamente su presencia. De este tiempo data en aquel reino la crecida deuda que continuó pesando sobre las generaciones sucesivas, y este fué el último esfuerzo intentado por los pontífices y por la Francia para derribar en él la dominacion española.

Esta guerra tuvo consecuencias muy importantes en otras partes de Italia. Felipe, que deseaba atraer del todo á su partido al duque Octavio Farnesio, acabó por reponerle en posesion de Plasencia y su territorio, al propio tiempo que iguales consideraciones le hacian ceder la ciudad de Siena á Cosme de Médicis en pago de las crecidas sumas que al mismo debia, con promesa de defender los dominios del monarca español en Italia contra todo el que intentara atacarlos. Con estos tratados, reconciliado además Felipe con el duque de Ferrara, quedó establecido el equilibrio de poder entre los príncipes de Italia con mas solidez é igualdad del que tuviera desde la invasion de Carlos VIII, y la Península, para la cual se inauguró una época de paz, cesó de ser el gran teatro donde los soberanos de España, Alemania y Francia se disputaban á porfía la gloria y la preponderancia.

El duque de Guisa fué recibido en su país con entusiasmo; su última campaña en Nápoles se celebró como una série de victorias, y nombrado lugarteniente general del reino, podia decirse que los Franceses todos le consideraban como su futuro libertador. El duque, ávido de corresponder á las esperanzas que en él se cifraban, hizo marchar á Compiegne cuantas tropas pudo reunir, y aunque se hallaba muy adelantado el invierno, cuyo rigor era excesivo, púsose al frente de sus soldados y dió principio á la campaña amenazado diferentes veces las ciudades de las fronteras de Flandes. Sin embargo, otra era la empresa que el duque meditaba, y consistia en arrojar á los Ingleses de la plaza de Calais, levantando así el espíritu nacional y borrando la afrenta de la anterior campaña con librar á Francia de un enemigo que parecia para siempre establecido en su territorio. Expulsar á los Ingleses de Francia era el sueño dorado de todo Francés, pero ninguno lo creia posible; la confianza de los Ingleses era tan grande como este deseo; creian la plaza inexpugnable, y esta confianza acabó por per-

derlos. El duque de Guisa, que supo el mal estado de sus fortificaciones y la escasez de su guarnicion, entretúvose algun tiempo en Picardía hasta completar los informes que necesitaba, y torciendo luego repentinamente á la izquierda, presentóse con todas sus fuerzas bajo los muros de Calais. El fuerte que defendia la ciudad por la parte del mar, fué tomado por asalto el dia 2 de enero de 1558; el de la parte de tierra fué ganado el dia siguiente, y al abrigo entonces de todo ataque de los Españoles y de los Ingleses, el duque dirigió su artillería contra la ciudadela, en cuyos muros clavó su bandera dos dias despues. El conde de Wentworth, incapaz de defender por mas tiempo una plaza, cuyas líneas de defensa estaban en poder del enemigo, capituló el dia 8. Guines y Ham siguieron este ejemplo, y los Ingleses fueron arrojados del territorio que poseian en Francia desde el tiempo de Eduardo III.

A. de J. C. 1558

La toma de Calais causó en ambos lados del canal de la Mancha muy profunda sensacion; los Ingleses consternados acusaron de traicion al gobernador, siendo así que mas que todo habian de levantarse contra la suspicacia de los ministros de su reina. Felipe, que presentia los designios de los Franceses, habia manifestado sus recelos al gobierno inglés, ofreciéndole aumentar la guarnicion con un refuerzo de tropas españolas, pero sus recelosos aliados no quisieron aprovechar la oferta. Luego de tomada la ciudad, prestóse aun á enviar su ejército para recobrarla, con tal que los Ingleses le apoyasen con una armada considerable; el mismo sentimiento de desconfianza fué causa quizás de que estas proposiciones fuesen rechazadas, y la ocasion de recobrar á Calais quedó para siempre perdida (1): La Francia en cambio sintióse poseida de ilimitado alborozo, y el duque fué mas que nunca el ídolo del pueblo.

Sin embargo, no fueron sus armas tan afortunadas al abrir de nuevo la campaña en el Luxemburgo llegada que fué la primavera. Despues de veinte dias de sitio y de sangrientos combates rindió la plaza fuerte de Thionville, pero la insubordinacion de sus mercenarios alemanes obligóle á permanecer inactivo por espacio de tres semanas, y esta pérdida de tiempo tuvo para él las consecuencias mas funestas. Por su órden el gobernador de Calais, el mariscal de Termes, habia de penetrar en Flandes, donde reunido con el duque de Guisa, habrian ocupado así á los Españoles, impidiéndoles intentar una segunda invasion en Picardía: el mariscal ejecutó fielmente el plan en la parte que á él correspondia: cercó á Dunkerque con un ejército de quince mil hombres y tomó la plaza por asalto á los quince dias de sitio. De allí avanzó hasta Nieuport, pero la fatiga y los grandes calores le ocasionaron un ataque de gota que le postró en el lecho, mientras sus soldados se entregaban á horribles excesos. Los infelices habitantes elevaron sus voces de auxilio hasta su gobernador el conde de Egmont, y el duque de Saboya, que se hallaba entonces en Maubeuge, en la provincia de Namur, envió á este órden de reunir cuantas tropas pudiese en el país inmediato y cortar la retirada á los Franceses hasta que llegase él para sostenerle y castigar al enemigo. Egmont, á cuyas banderas acudieron numerosos voluntarios, hallóse en breve á la cabeza de diez ó doce mil infantes y de dos mil caballos, y con ellos pasó la frontera y ocupó el camino real que siguiera el mariscal de Termes. Este conoció

(1) Burnet, *History of the Reformation*, t. III, p. 646.

entonces la necesidad de retirarse no habiéndosele reunido las fuerzas del duque de Guisa, y por el camino de Gravelinas, inmediato á la costa, trató de volver á Calais, poniendo antes fuego á los edificios de Dunkerque.

Egmont, que supo estos movimientos, emprendió acelerada marcha, y dejando en pos de sí su artillería y sus bagages, pudo llegar á la costa á tiempo de cortar la retirada á los Franceses, á quienes no quedó mas recurso que aceptar el combate. Empezáronlo los Españoles con vigorosas cargas, que fueron todas rechazadas, y la pelea se hizo en breve general y encarnizada como entre dos enemigos casi iguales en fuerzas. Los Franceses habian perdido ya su artillería, que dirigida contra ellos hacia en sus filas considerables estragos, cuando doce naves inglesas ó españolas que corrian la costa por aquella parte, acudieron al estruendo de la batalla y abrieron el fuego contra el ala derecha de los Franceses; sus tiros produjeron muy poco daño, pero aterradas las tropas del mariscal por la aparicion de aquel nuevo enemigo, y cargadas vigorosamente por el mismo conde de Egmont al frente de la caballería, se desbandaron en espantosa confusion. La derrota se hizo entonces general, y la caballería victoriosa recorrió la llanura dando muerte á los fugitivos. Muchos perecieron en las aguas del Aa, y mil quinientos á lo menos fueron muertos por los aldeanos, deseosos de vengar en ellos la devastacion del país. Hiciéronse tres mil prisioneros, entre otros el mismo mariscal de Termes con muchos é ilustres capitanes, y las banderas, los bagages, las municiones, el rico botin cogido en Flandes fueron el premio de la victoria, que aun cuando menos importante por el número de las tropas que tomaron parte en la accion, fué tan completa como la de San Quintin (13 de julio).

Este desastre obligó al duque de Guisa á ponerse en marcha con todas sus fuerzas y á tomar en el Somme una sólida posicion para cubrir la Picardía. El duque de Saboya, uniendo sus fuerzas á las del conde de Egmont, establecióse en la línea del Anthies é hizo ademan de poner sitio á Doullens. Magnífico espectáculo presentaban los dos ejércitos á cuyo frente se pusieron ambos reyes; Felipe habia reunido á sus mas aguerridas tropas en número de cuarenta mil hombres y tenia á su lado á sus mejores capitanes, entre otros al duque de Alba; seguian á Enrique igual número de soldados, en su mayor parte mercenarios extrangeros, y parecia llegado el momento de decidirse la contienda en una batalla general.

Sin embargo, no era este el deseo de ambos monarcas; Felipe no queria arriesgar en un último combate las ventajas positivas que habia ya alcanzado, y Enrique se sentia ménos inclinado aun á jugar de una vez su capital y quizás su corona. Muchas razones militaban para que los dos reyes prefiriesen una solucion pacífica de sus diferencias y se apartasen de la guerra, y era la primera y principal el lastimoso estado de su hacienda. Cuando Ruy Gomez de Silva fué enviado á España por Felipe, llevaba el encargo de emplear cuantos medios le sugiriese su buen celo para procurarse dinero, y entre los arbitrios que discurrió y empleó el Consejo de hacienda se adoptaron los siguientes: la venta de mil hidalguías á personas de todas clases, ciento cincuenta de pronto á cinco mil ducados y las demás sucesivamente á un cuento cada una; la venta de jurisdicciones perpétuas y la de los terrenos baldíos de los pueblos, dejando á estos los puramente necesarios, y exigir lo que de la cuarta parte de las iglesias habia dejado de co-

brarse en los dos años pasados; además de todo esto empeñáronse las rentas públicas, tomáronse prestadas grandes sumas á crecidos intereses, é impusiéronse empréstitos forzosos especialmente á aquellos de quienes se sabia que habian recibido flotas del Nuevo Mundo (1); tomáronse trecientos mil ducados sobre la próxima feria de Villalon; la regente doña Juana vendió la pension anual que le estaba asignada sobre la alcabala, mediante una suma apenas suficiente para atender á las exigencias de su rango; empleóse el recurso, no solo de legitimar por dinero á los hijos de los clérigos, sino de darles cartas de hidalguía á un precio módico; pero todos estos medios no bastaban á Felipe, que habia heredado de su padre la política de expedientes precarios, para rehacer su exhausto tesoro. Además del dinero que obtuvo de España, los estados de Flandes le concedieron como don extraordinario un millon y medio de ducados, mas por considerables que fuesen estas sumas, fueron en breve absorvidas por los ejércitos de Francia é Italia, y la correspondencia de Felipe con sus ministros está llena de representaciones sobre los atrasos debidos á las tropas y la necesidad de inmediatos socorros. Otro motivo que hacia desear á ambos príncipes la conclusion de la guerra era el desórden que los reformistas introducian en sus reinos. La heregía protestante habia cundido hasta España; sus secuaces eran muchos en los Paises Bajos, y los hugonotes llamaban ya la atencion del gobierno francés. Paulo IV conjuraba á ambos soberanos á celebrar la paz para dirigir sus esfuerzos contra los hereges, y los confirmaban en estas disposiciones pacíficas los prisioneros franceses y sobre todo Montmorency, que veia con inquietud el ascendiente que su ausencia y la continuacion de la guerra daban á su rival el duque de Guisa en los consejos de su soberano. Obtenido de Felipe permiso para ir á Francia, entabló negociaciones con Enrique, secundado por la duquesa de Valentinois, hasta que creyendo el rey con razon que aquellas serian mejor conducidas por un congreso regular, nombráronse comisarios por una y otra parte, y lo fueron el cardenal Granvelle, el duque de Alba y Guillermo de Orange por la de España, y el cardenal de Lorena, hermano del de Guisa, Montmorency y su compañero de cautiverio el mariscal de Saint-André por la de Francia. Convínose además en una suspension de hostilidades; los dos ejércitos se apartaron á mayor distancia; Felipe y Enrique licenciaron parte de sus mercenarios extrangeros, y el congreso se reunió en la abadía de Cercamp, cerca de Cambray, el dia 15 de octubre.

Mientras estos preliminares preparaban el tratado que habia de restituir la tranquilidad á Europa, acabó su vida en este mundo el emperador Carlos V. El dia 3 de febrero del año anterior, terminadas las obras que mandara hacer en Yuste, salió de Jarandilla con gran disgusto de los servidores que habian de acompañarle, y tomó en litera el camino del monasterio, donde fué recibido por los religiosos que entonaban el *Te-Deum* mientras eran echadas á vuelo las campanas. Acompañado del conde de Oropesa y de Quijada, su fiel mayordomo, fué llevado en una silla hasta delante del altar; allí permaneció hasta que el órgano

(1) Las remesas del Nuevo Mundo, así las que se hacian al Estado como las dirigidas á particulares, habian de ir consignadas á la caja de la Casa de Contratacion de Sevilla. El gobierno al exigirlo sus necesidades se apropiaba el oro ó la plata y daba á los propietarios vales en garantía.

dejó oir sus últimos sonidos, y entonces recibió afablemente á los monges y pasó á visitar el monasterio y las habitaciones preparadas para él y su comitiva, manifestándose muy satisfecho de cuanto veia. El cuerpo de edificio que para Carlos V se habia unido al monasterio por la parte del mediodia constaba de dos pisos, con cuatro piezas en cada uno, que salian á un corredor y este á una azotea, por la cual por un camino suavemente inclinado se bajaba á un gran jardin, separado del de los monges por elevado muro. Carlos se estableció en el piso superior, y una ventana de su estancia permitíale ver el altar mayor de la iglesia y asistir desde su cama, en caso de enfermedad, á los divinos oficios. En el extremo opuesto del corredor hallábase situado el gabinete en que pasaba el dia tratando de negocios, en los cuales continuó ocupándose á pesar de lo que en contrario aseguran muchos escritores, y allí recibia tambien las visitas de cuantos iban á prestarle homenage en su retiro.

Los muebles y demás objetos que adornaban las habitaciones del monarca no estaban muy en armonía con la sencillez del edificio; magníficas colgaduras, tapices de Turquía y de Alcaraz, sillones de terciopelo, uno de ellos de forma particular en el que descansaba el augusto enfermo, varios cuadros, entre ellos algunos del Ticiano, pocos libros, cuatro grandes relojes de muy exquisito trabajo, y otros muebles lujosos constituian el ajuar del recluso emperador, que tan pobre nos han presentado hasta ahora autorizados autores. Carlos se servia de vajilla de plata, de igual metal eran los utensilios de su cocina, y no se mostraba en su trage menos ostentoso á juzgar por los diez y seis vestidos de seda y de terciopelo forrados de armiño que se hallaron en su armario. La servidumbre de Carlos se componia de cincuenta personas, entre las cuales habia un capellan, un mayordomo, un médico, un boticario, un secretario, cuatro gentiles hombres de cámara, chambelanes, relojeros, etc., y en ellos gastaba el emperador veinte mil ducados anuales.

Continuaba observándose en Yuste la etiqueta establecida en la corte imperial, hasta que aceptada su renuncia por la dieta reunida en Francfort (12 de marzo de 1558) y coronado su hermano don Fernando en Aquisgran, pues el pontífice, que habia llevado á mal la renuncia, no quiso darle la corona en Italia (1), hizo Carlos que en adelante se le tratara solamente como á particular, y mandó que se le enviaran nuevos sellos sin coronas, águila, ni otra insignia, bien que á pesar de su mandamiento, la princesa y cuantos por escrito se le dirigian continuaron dándole los títulos de *Sacra Césarea Católica Majestad*. Carlos vivia en Yuste del modo regular que se vive en un convento; levantábase temprano y despues de oir misa almorzaba; su médico asistia generalmente á sus comidas, y así podia ver como el emperador contrariaba á cada momento sus prescripciones. La conversacion del doctor, de su gentil hombre Van Male y de su confesor el padre Juan de Regla, ó sus paseos por el jardin, entreteníanle cuando no llegaban visitas ni habia de ocuparse en graves negocios hasta la hora de comer, en cuya operacion, en el convento lo mismo que en la corte, empleaba Carlos mucho tiempo. La lectura de un pasage de teología ó de historia, y luego un sermon

---

(1) Desde entonces los emperadores no se coronaron mas en Roma.

de alguno de los elocuentes padres que se hallaban en Yuste con este objeto, acababan de llenar el dia del imperial cenobita.

Carlos sentia gran aficion á las matemáticas y á la mecánica, y es cosa admitida, aunque Lafuente la niega, que con el mecánico Torriano, que formaba parte de su servidumbre, se entretenia en fabricar relojes, entonces de invencion reciente, figuritas y otros juguetes mecánicos.

Retirado del mundo, Carlos no cesó de tomar interés en cuanto se referia á la suerte de su país; durante las guerras con el papa y con Francia y en otras muchas ocasiones apresuróse á auxiliar la inexperiencia de su sucesor, enseñándole aquella ciencia práctica que le valiera á él la reputacion de ser el monarca mas hábil de la cristiandad. Felipe en todas cosas solicitaba su consejo, y en su elogio ha de decirse que se mostró con él tan deferente al verle encerrado en Yuste como en la época en que su voluntad era ley para todos sus súbditos. Desde el monasterio estaba en incesante correspondencia con el rey su hijo, con la regente de Castilla, y aun con su hermana la regente de Portugal para hacer que su nieto Carlos fuese reconocido como heredero de la corona de aquel país en caso de morir don Sebastian. Negoció con Antonio de Borbon, duque de Vendome, que habia casado con la heredera de la casa de Albret, hasta que el territorio de Navarra hubo sido puesto en estado de defensa; pero lo que con preferencia ocupaba la atencion del emperador, era la situacion rentística del reino y varias veces trata de ella y de las flotas de América en sus cartas á sus hijos (1).

Aunque enemigo de las visitas de curiosidad ó de mera ceremonia, Carlos consentia en recibir á los nobles de las cercanías y especialmente á cuantos llegaban del teatro de la guerra; entre todos, empero, veia con particular placer á Francisco de Borja, su antiguo amigo, con el cual hablaba frecuentemente de la órden en que aquel habia entrado, en la que no acertaba á descubrir el emperador los gérmenes de su futura grandeza. Tambien recibió la visita de sus dos hermanas de Francia y de Hungría á las que profesaba gran afecto, pero la persona que en aquel retiro contribuia mas que nadie á mantener vivos en el corazon de Carlos los cariñosos sentimientos, era un niño que le servia en calidad de page y que vivia bajo el cuidado de su mayordomo Quijada. Aquel niño, que se llamaba Juan, el futuro héroe de Lepanto, era hijo natural de Carlos, quien lo tuvo despues de algunos años de viudo con una doncella alemana de oscura condicion por nombre Bárbara Blomberg.

Puntual observador en el trono de las prácticas religiosas, la piedad de Carlos creció en los últimos años de su vida, y era en este punto modelo para los mismos monges de Yuste. Asistia á los divinos oficios y á las solemnidades reli-

(1) Cúentase que Carlos, como hombre que tan grandes cosas habia realizado, no era tampoco indiferente á lo que habia de decirse de él despues de muerto. Comprendia que el nombre mas ilustre no tarda en caer en olvido, á no ser, por decirlo así, embalsamado en el canto del poeta ó en el relato del historiador, y deseaba un escritor que hiciera para él con la pluma lo que el Ticiano habia hecho con el pincel. Disgustado de las obras de Sleydan y Jove, á quienes llamaba calumniador al uno y adulador al otro, escogió al erudito Sepúlveda para aquella delicada empresa; invitóle á solicitar de él todas las noticias relativas á su gobierno, y cuando el historiador quiso leerle lo que habia escrito, contestóle: «No quiero saber lo que habeis dicho de mí; háganlo otros cuando yo no exista.»

giosas, mezclaba su voz al canto de los monges, oia muchas misas, frecuetaba los sacramentos, asistia á las procesiones, oraba y meditaba, y con frecuencia maceraba su cuerpo con duras penitencias. Al saber que se habia infiltrado en España la heregía luterana, por lo cual habian sido presas varias personas de cuenta, el emperador, que se esforzara en ahogar al mónstruo en Alemania y que lo veia entonces renacer en Castilla, escribió al momento al rey, á la gobernadora y á los del consejo de la Inquisicion, excitándolos, arrepentido quizás de los miramientos que en Alemania tuviera, á aplicar el hacha á la raiz del mal antes que se propagara.

Los primeros meses y aun el primer año de su permanencia en Yuste mejoraron visiblemente su salud; el cambio de aires y aquella vida en comparacion tranquila ejercieron en Carlos feliz influencia, y una carta de su mayordomo, escrita en agosto de 1557, nos le presenta, excepto los dolores gotosos que le atormentaban en los dedos y en las espaldas, como el hombre mas feliz del mundo. No duró mucho este próspero estado; la gota, su antigua enemiga, le atacó con nuevo furor, y su estado empeoró al saber la muerte de su hermana Leonor, á quien habia profesado siempre especial cariño. Restablecióse en agosto, y entonces tuvo lugar, á lo que se dice, un acaecimiento que ha abierto vasto campo á las discusiones de los historiadores modernos. Segun los dos monges gerónimos que refieren el hecho, Carlos, que hacia decir misas á cada aniversario de la muerte de la emperatriz, manifestó á su confesor Juan de Regla el deseo de que se celebrara un oficio fúnebre en sufragio de sus padres y de su esposa Isabel. Así se hizo, y terminada la ceremonia, Carlos manifestó á Regla querer asistir á sus propios funerales, á fin de ver él mismo aquel tremendo espectáculo; en vano quiso el monge oponerse á tan singular designio; el emperador insistió, y por fin tuvo que accederse á su voluntad. La iglesia fué tendida de negro, los monges y los servidores del emperador, vestidos de luto, rodearon un gran catafalco que se alzaba en medio del templo, y dominados de asombro y tristeza entonaron las preces funerarias por el hombre que, envuelto en un manto de color oscuro y con un cirio encendido en la mano, estaba mezclado entre ellos y asistia al espectáculo de sus propias exequias (30 de agosto) (1).

La impresion que la ceremonia, en caso de verificarse, hubo de causar en él, ó un aire que le daria comiendo aquella misma tarde en una azotea del convento, hizo que el emperador se sintiese enfermo con calentura; á una noche de insomnio sucedió un dia de agudos sufrimientos, y el mal tomó en breve el aspecto de una fiebre maligna, contra la cual la ciencia se declaró impotente. Carlos recibió el fatal anuncio con serenidad y aun con alegria, confesó y comulgó con gran fervor, y el dia 9 de setiembre añadió un codicilo al testamento que otorgara algunos años antes. En ellos, despues de determinar la sucesion de sus reinos y señoríos, dejaba una manda de treinta mil ducados para redencion de cautivos, dotacion de huérfanas y socorro á pobres vergonzantes; disponia que se

(1) Así cuentan el suceso los historiadores antiguos y varios modernos de gran nota, y por esto hemos creido deberlo consignar en estas páginas aun cuando otros autores, y entre ellos Lafuente, lo califican de fabuloso, fundados en que ninguna mencion se hace de él en la prolija y diaria correspondencia del mayordomo Quijada, del secretario Gaztelu, del médico, del prior y de otros monges de Yuste.

dijeran treinta mil misas por su alma en España y en los Paises Bajos, concedia varias gratificaciones á cuantos estaban con él en Yuste, desde el médico hasta el último cocinero, y recomendaba por fin á su hijo que usara de todo rigor en el castigo de los hereges luteranos que habian sido presos y se prendieren en España. Nada decia en sus últimas disposiciones del hijo que estaba al cuidado de Quijada, pero es de creer que dió á este verbalmente sus instrucciones en la larga conferencia que tuvo con él á solas. Algunos dias despues se le administró la extremauncion, y en la madrugada del 21 de setiembre, conociendo el emperador que se acercaba su última hora, tomó en su mano derecha un cirio bendecido en Montserrat, y con la izquierda quiso llevar á sus labios un crucifijo de plata que besara la emperatriz en la hora de su muerte. El arzobispo de Toledo don Bartolomé de Carranza rezaba el *De profundis* , y el moribundo diciendo «¡Jesus!» con voz tan entera que se oyó desde el aposento inmediato , cayó exánime en el lecho y murió sin agonía entre el llanto y los sollozos de sus servidores.

Dejó Carlos al tiempo de morir tres hijos legítimos: el rey don Felipe, doña María, reina de Bohemia, y doña Juana, princesa de Portugal y gobernadora de España, y tres naturales: Margarita de Austria, esposa de Octavio Farnesio, Tadea, á quien tuvo de una señora llamada Ursulina de la Peña, y el despues célebre don Juan de Austria. Algunos autores le atribuyen además otros hijos, de quienes no se cuenta cosa alguna particular.

El cadáver del emperador fué enterrado en la iglesia de Yuste, y celebráronse en honor suyo magníficos funerales en Valladolid, en Toledo, en Tarragona, en Sevilla, en Roma, en Nápoles, en Lisboa, en Viena , y sobre todo fueron famosos por su aparato los celebrados en Bruselas, donde se hallaba su hijo don Felipe. La muerte de Carlos causó en toda la cristiandad una sensacion profunda, casi comparable á la que produjera su abdicacion. El emperador desde su retiro habia continuado ejerciendo una considerable influencia en la marcha de los asuntos políticos, y temíase para el porvenir no guiando sus consejos á su jóven é inexperto sucesor (1).

Continuaban las pláticas y negociaciones entre los comisarios de los reyes de España y de Francia reunidos en Cercomp, cuando otro acaecimiento las suspendió por algun tiempo y ejerció profunda influencia en los asuntos de Europa; tal fué la muerte de una de las partes empeñada en la lucha , de la reina María de Inglaterra (17 de noviembre). Su salud habia declinado rápidamente en los últimos tiempos por efecto de una enfermedad á la vez física y moral, y la pérdida de Calais agravó sus antiguos males, pues comprendia la mancha que en su reinado arrojaba y la impopularidad que habia de ser su consecuencia. «Cuando esté

---

1) Yuste conservó el cuerpo de Carlos V hasta el año 1574, en que, por disposicion de Felipe II, fué trasladado al panteon del Escorial. Esto no obstante, aquel sitio fué por mucho tiempo objeto de la especial solicitud de los reyes sus sucesores, deseosos de conservar aquel monumento, tan grato al historiador, al filósofo y al poeta. Poco á poco fué cayendo en olvido, pero ni este pudo protegerle en 1809 contra los Franceses de Soult que, como si viviese aun en sus pechos el odio contra el que los venciera en Pavía, convirtieron el monasterio en un monton de ruinas. En 1820 una irrupcion de los llamados patriotas de los lugares inmediatos completó la obra devastadora; los papeles que aun quedaban en el archivo fueron entregados á las llamas, robáronse cuantos objetos de valor se hallaron á mano, la iglesia fué convertida en establo, y las habitaciones donde vivió y murió el conquistador de Tunez sirvieron para depósito de trigo.

A. de J. C. muerta, decia con energía, hallarán á Calais escrito en mi corazon.» Isabel su hermana subió entonces sin oposicion al trono, y uno de sus primeros actos fué escribir á Felipe una carta en latin, notificándole su elevacion y espresando la esperanza de continuar con él en buenas relaciones. Estrechísimas fueron en un principio las que mediaron entre el rey de España y la nueva soberana de Inglaterra; un mes apenas habia transcurrido desde que los restos de María fueron depositados en la abadía de Westminster, cuando el real viudo solicitó directamente por medio de su embajador el conde de Feria la mano de Isabel, si bien bajo muy prudentes condiciones. Eran estas que Isabel seria católica romana, que solicitaria dispensa del pontífice para el matrimonio, que Felipe podria visitar á España siempre que lo juzgare conveniente, y que los hijos nacidos de aquel enlace no heredarian los Paises Bajos, segun así se estipulara en el contrato con María, sino que pasarian á don Carlos, príncipe de Asturias.

Isabel oyó muy favorablemente la proposicion de Felipe, y contestó al embajador que aun cuando habia de consultar el asunto con el parlamento, podia estar seguro el rey Católico de que en caso de casarse seria él preferido á todos. Esta afectuosa respuesta era efecto en gran parte del resentimiento que abrigaba Isabel contra el monarca francés, quien, á pesar de haberle ofrecido tambien su mano y su amistad, parecia dispuesto á sostener las pretensiones de María Stuart, esposa del delfin, á la corona de Inglaterra. Sin embargo, los acaecimientos sucedidos poco despues en aquel reino, al propio tiempo que justificaron las previsiones anteriores del conde de Feria acerca de la política de Isabel, frustraron las esperanzas de Felipe, demostrándole que el cetro de Inglaterra se habia escapado para siempre de sus manos: el parlamento adoptó medidas que dieron por efecto la destruccion de la Iglesia católica y el restablecimiento de la religion reformada, é Isabel declaró terminantemente su propósito de vivir y morir soltera. Felipe sufrió aquella decepcion con gran fuerza de alma, pero no obstante, es probable que quedara resentido y que á las razones políticas que produjeron despues tan larga guerra entre las dos naciones se mezclasen otras personales en el corazon de ambos monarcas.

Las conferencias para el tratado de paz fueron continuadas en febrero de 1559,
1559 trasladándose el lugar de reunion de Cercamp á Cateau-Cambresis; las negociaciones se llevaron con mas vigor que antes á causa de los apuros pecuniarios que experimentaban vivamente ambos soberanos, y todas las dificultades quedaron allanadas, excepto la engorrosa cuestion de Calais. Adoptóse por fin sobre este punto un expediente que, en apariencia á lo menos, podia satisfacer el orgullo nacional de los Ingleses, y se estipuló que la plaza seria devuelta transcurridos que fuesen ocho años, que si la Francia faltaba á esta obligacion habria de pagar quinientos mil coronas á Inglaterra, que por esto conservaria sus derechos á la ciudad, y que si por alguna de las partes era violada la paz durante aquella época, el agresor perderia todo derecho sobre el territorio disputado. Este convenio se firmó al dia 2 de abril, y al dia siguiente lo fué el tratado entre España y Francia. Segun los términos del mismo, los aliados de Felipe, Saboya, Mantua y Génova recobraban los territorios que perdieran en los primeros años de la guerra, reservándose únicamente el rey de Francia las ciudades de

Turin, Quiers, Pignerol, Chives y Villanova como garantía, hasta que se decidiera de sus pretensiones á la herencia de aquel reino: las conquistas hechas por Felipe en Picardía habian de ser devueltas en cambio de lo ocupado por los Franceses en Italia y en los Paises Bajos; España y Francia defenderian la santa Iglesia romana y la jurisdiccion del concilio general; Felipe habia de tomar por esposa á Isabel, hija de Enrique, cuya mano se habia tratado antes de dar al príncipe Carlos, ignorándose el resultado de las gestiones que se hacian en Lóndres, y el duque de Saboya habia de tomar por esposa á Margarita, hermana del rey de Francia.

El dia en que los plenipotenciarios de las tres potencias terminaron su obra dirigiéronse en solemne procesion á la iglesia para dar gracias á Dios por el buen fin de sus trabajos. Entonces se publicó el tratado, y á pesar de la gran humillacion que imponia á la Francia, la nacion, exceptuando algunos hombres ambiciosos, como el duque de Guisa, que pensaban medrar con la continuacion de la guerra, aplaudió unánime el restablecimiento de la paz. Este sentimiento fué el de todos los pueblos que habian tomado parte en la contienda; los mas apartados, como el de España, se regocijaron al ver terminar una lucha que agotaba su hacienda, y la Francia, convertida en teatro de la guerra, tenia mayor motivo que los demás paises para desear la paz.

La reputacion que sus campañas habian adquirido á Felipe, creció considerablemente á consecuencia de estas negociaciones, en las que los plenipotenciarios españoles dejaron muy atrás en talento y acierto á los de Francia é Inglaterra. Todos los tratos se siguieron á la vista de Felipe; nada se hizo sin su consejo, ó á lo ménos sin su sancion, y observóse entonces el visible contraste que ofrecia el rey de España con Enrique II, quien abandonó á su destino á los aliados de Francia, al paso que aquel sostuvo muy firmemente á los suyos. Las primeras campañas de Felipe II habian reparado las desgracias experimentadas durante las últimas de Carlos I; el convenio celebrado daba á España mas provincias que ciudades habia perdido, y fiel á sus aliados, temible á sus enemigos, nunca Felipe en otro momento alguno de su vida gozó de tanta consideracion á los ojos de Europa como al firmar el tratado de Cateau-Cambresis.

La reina Isabel de Inglaterra manifestóse ofendida al ver que Felipe se habia consolado tan pronto del poco éxito que tuvieran sus pretensiones á su mano, y así lo manifestó al embajador conde de Feria, cuando en junio de 1559, casado ya Manuel Filiberto de Saboya con Margarita de Francia, llegó á París el duque de Alba con lucido acompañamiento para reclamar á la real desposada y celebrar con ella su enlace á nombre de su soberano. El dia 24 de junio verificóse la ceremonia en la iglesia de Nuestra Señora, matrimonio muy desgraciado que por sus misteriosas consecuencias habia de inspirar mas páginas á la novela que á la historia. Grandes fiestas se dispusieron para solemnizarlo, y Enrique II, distrayéndose por un momento de las graves ocupaciones que le imponia su deseo de exterminar la heregía, tomó parte personalmente en el torneo que con aquel objeto se habia dispuesto. Dos lanzas habia ya roto con aplauso general cuando invitó para la tercera al conde de Montgommery. Este rehusó en un principio entrar en liza, pero instado vivamente por el rey, tomó campo y corrió contra su soberano con tan mala fortuna, que rota su lanza en

el morrion de Enrique, una de las astillas del asta hirió al rey mortalmente en un ojo. Dos dias pasó en dolorosa agonía, y murió el dia 9 de julio á los cuarenta y dos años de su edad. Su hijo Francisco II, jóven de diez y seis años, débil de cuerpo y de espíritu, le sucedió en el trono.

A poco tiempo de este suceso, en 18 de agosto, terminó su pontificado el papa Paulo IV, mientras se aplicaba, despues de reformar su propia familia y de desterrar á sus sobrinos, á las grandes reformas que habian motivado su eleccion.

Celebrada la paz, pudo Felipe II dedicarse á organizar el gobierno de los Paises Bajos y cumplir su ardiente deseo de volver á España. Antes, sin embargo, habia de elegir la persona á quien confiase la regencia, y muerta su tia doña María, en quien antes pensara, ausente el duque de Saboya, que habia vuelto á sus estados, el rey hallóse indeciso entre varios candidatos, de los cuales eran los mas poderosos y queridos del pueblo el conde de Egmont y el príncipe de Orange. Resolvió por último dispensar tan alta prueba de confianza á su hermana consanguínea Margarita, duquesa de Parma, que contaba entonces treinta y ocho años, y de quien por ser nacida en Flandes é hija de Carlos V, se prometia que habia de ser bien recibida. Margarita, aun consintiendo en enviar á España á su hijo Alejandro para que se educase en la corte y fuese en poder del rey prenda de seguridad, aceptó el cargo que se le conferia, y á primeros de julio llegó á los Paises Bajos é hizo su solemne entrada en Bruselas, donde la esperaba Felipe II rodeado de su corte. Impaciente el rey por abandonar aquella tierra y deseoso de presentar la duquesa á la nacion, convocó en Gante para el siguiente mes de agosto una reunion de los estados generales. Allí mismo celebró un capítulo del Toison de Oro, que fué el último, y acompañado de la regente, abrió los estados el dia 8 de agosto. La presencia de tres ó cuatro mil hombres de tropas españolas en las provincias occidentales, la del extrangero Granvelle en el consejo y los rumores propalados acerca de los planes de Felipe para ahogar en el país la heregía protestante, fueron objeto de quejas por parte de los diputados. A lo primero y á lo segundo contestó Felipe dilatoriamente, pero á lo último, sin establecer todavía las medidas que meditaba, limitóse á decir que preferia no reinar á reinar sobre un pueblo herege. Esto hizo que aun cuando el rey y los diputados se separaron en apariencia en buenas relaciones, se vieran ya en inmediato porvenir las contiendas y divisiones causa de los lastimosos sucesos que contaremos en breve. Treinta y seis mil ducados anuales fueron señalados á la regente; además de los consejos de estado, de hacienda y de justicia que habian de asistirle, instituyóse otro con el nombre de consulta, compuesto de tres personas y presidido por el obispo Granvelle para aconsejar á la gobernadora en puntos de religion y de órden público; y terminados todos los preparativos, nombrados los gobernadores de las diferentes provincias, el rey partió para Zelanda á mediados de agosto, se embarcó en Flessingue, y abandonó para siempre aquellas playas.

Trascendentales aunque no ruidosos sucesos habian acaecido en España durante este tiempo; antes, empero, que digamos sobre ellos algunas palabras conviene hacer mencion de las cortes de Castilla que en 1558 se reunieron en Valladolid, las primeras que se congregaron á nombre de Felipe II. Los procuradores

solicitaron del monarca, entre otras cosas, que viniera á residir á estos reinos; que á la mayor brevedad fuese jurado el príncipe don Carlos y se pensara en casarle; que su casa fuese puesta á la usanza de Castilla y no como la del rey á la manera borgoñona; que se revocaran las cédulas y provisiones reales para la venta de oficios, jurisdicciones, hidalguias, vasallos, cotos, dehesas, villas y lugares que como arbitrios extraordinarios habia propuesto el consejo de hacienda y mandado poner en ejecucion el rey; que se acabara la recopilacion de las leyes que se habia comenzado; que no se apoderara el rey del dinero que venia de Indias para particulares por la ruina que se seguia al comercio, y finalmente que se uniformaran en el reino los pesos y medidas y se tomasen otras disposiciones que se juzgaban en interés de la tierra.

El dia 8 de setiembre llegó don Felipe al puerto de Laredo, y sin dilacion tomó el camino de Valladolid, donde declinó los honores que los habitantes se preparaban á tributarle para festejar su regreso. Su hermana la regente Juana, cansada hacia ya mucho tiempo bajo el peso de la soberanía, resignó el cetro en sus manos, y desde aquel momento encargóse Felipe en estos reinos del poder supremo que á nadie mas habia de confiar en su dilatadísimo reinado. Abrazó con gran contento á su hijo Carlos, cuyo carácter díscolo é imperioso inspiraba cada dia mayores inquietudes para el porvenir del país, y á poco tiempo de haber llegado á Valladolid celebróse su presencia con un espectáculo que excitaba en aquel tiempo el entusiasmo popular, con un auto de fé, y no como antes de Judíos ó de Moros, sino de protestantes españoles. En efecto, la heregía habia penetrado en la Península en silencio y habia extendido á diversos puntos sus funestas doctrinas; su introduccion definitiva en España era inminente, inevitable sin el sistema que siguió el monarca, y aquí ha de buscarse la clave para explicar el rigor y la suspicacia que desplegó en aquellos tiempos la Inquisicion de España. Inútil por demás seria extendernos en decir cuanto son de lamentar este rigor y esta suspicacia y cuanta responsabilidad ha de pesar por ellos á los hombres que los provocaron; pero no se olvide que si en aquella época crítica y decisiva en Europa se hubiese introducido el protestantismo en España, si nuestra patria no se hubiese librado, al contrario de Alemania y Francia, de la guerra civil, de las matanzas horribles; si como la última hubiese visto en peligro hasta la existencia de la monarquía y de su nacionalidad, si sus enemigos y rivales hubiesen podido aprovechar el recurso de la heregía para dividirla y vencerla, sin duda que aquellos mismos que califican ahora de tirano á Felipe II, entonces le apellidarian imbécil (1). Eclesiásticos distinguidos, religiosos, monjas, seglares de categoría, en una palabra, individuos de las clases mas influyentes se hallaron contaminados de los nuevos errores, y el aviso que de ello habia tenido el rey fué una de las causas principales de su precipitada venida. Aunque duró muy poco esta tentativa de revolucion religiosa, es un acaecimiento de sobrada importancia para ser pasado en silencio por el historiador.

A pesar de su situacion apartada, España bajo el cetro imperial de Carlos

(1) Lafuente (P. 3.ª, l. III, IV), al propio tiempo que se muestra muy severo y hasta injusto, á nuestro modo de ver, con Felipe II, coloca entre los errores que cometieron Carlos I y la corte de Roma al combatir con los protestantes alemanes no haber tenido suficiente energía *para sofocar en su origen el primer grito de alarma é inutilizar al primer declamador.*

habia sido puesta en muy estrecho contacto con las demás naciones europeas para no experimentar los efectos de la herética reforma que conmovia y revolucionaba á otros estados. Los hombres doctos que seguian al emperador se familiarizaban con las doctrinas religiosas propaladas en Alemania y en Flandes ; los soldados las recogian de los labios de sus compañeros luteranos que servian con ellos bajo las mismas banderas, y todos llevaron á este país aquellas opiniones que ofuscaron á la mayor parte ; excitóse la curiosidad, favorecida por el estado de los ánimos en España, que deseaban con ardor la reforma, muchos con celo imprudente que rayaba en ardor destemplado, y formáronse sociedades secretas y se verificaron reuniones en que se explicaban y comentaban las obras de los hereges extrangeros. Estos fomentaban con todas sus fuerzas la obra de la propaganda, que á ello les inducia su interés religioso y político, y vemos que hasta se valian de la singular estratagema de encerrar sus libros en toneles de vino de Champagne y de Borgoña con tal arte, que los aduaneros no alcanzaban á descubrir el fraude, como escribia el embajador de España en París. Por bastante tiempo la propagacion de las doctrinas heréticas pudo evitar la vigilancia de los agentes del Santo Oficio, y es indudable que el primer aviso recibido por los inquisidores españoles procedió de sus cólegas del exterior. Los eclesiásticos de la corte de Felipe sospecharon haber incurrido en heregía varios de sus compatriotas de los Paises Bajos y los enviaron á España ; las investigaciones practicadas establecieron que mediaba seguida correspondencia entre aquellas personas y varios moradores de estos reinos que profesaban iguales opiniones, y así quedó descubierta la existencia del protestantismo en varios puntos de la Península.

Dada la voz de alarma, Paulo IV publicó en febrero de 1558 un breve dirigido al inquisidor general de España don Fernando Valdés, arzobispo de Sevilla, excitándole bajo su responsabilidad especial á no evitar esfuerzo ni diligencia alguna para descubrir y arrancar la naciente zizaña, y autorizándole para citar en justicia y castigar segun sus méritos á toda persona sospechosa de heregía, fuesen cuales fueren su rango y su profesion, obispo, arzobispo, noble, rey ó emperador. Felipe por su parte dirigió iguales excitaciones al consejo de la Suprema, y en 21 de mayo de 1559 verificóse en Valladolid un auto de fé en que fueron ahorcados y luego quemados el doctor Cazalla, canónigo de Salamanca, su hermano, su hermana y otras once personas eclesiásticas y seglares; el licenciado Antonio Herreruelo fué quemado vivo como impenitente, y la madre de los Cazallas fué arrojada en efigie á la hoguera. Otros varios reos sufrieron diferentes penas. A estas ejecuciones, verificadas con iguales ceremonias que en los tiempos anteriores, asistieron la princesa regente, el príncipe de Asturias, los consejos y tribunales, los grandes de España, muchas damas ilustres y gran muchedumbre de espectadores de todas las clases de la sociedad, pues en aquel siglo en que tan excitadas estaban las pasiones religiosas , en que por todos los reinos de Europa se apelaba al hierro y al fuego en las contiendas que de ellas dimanaban, en que Isabel, la hija de Enrique VIII, asustaba á los católicos con el horror de sus suplicios, aquellos espectáculos, repetimos, nada tenian de contrario á las ideas populares, sino que, por el contrario, las halagaban y estaban en el órden natural de los sucesos. Y si esto es indudable, ¿dónde habrán estudiado la historia, ó á que móviles obedecen, preguntaremos nosotros, aque-

llos autores que apuran sus dicterios contra Felipe II al verle asistir á un auto de fé, siendo así que igual cargo puede hacerse desde el primero al último de sus vasallos y á gran número de reyes pasados? A. de J. C.

El ejemplo de Valladolid fué imitado en breve en Granada, en Toledo, en Sevilla, en Barcelona y en todas las capitales donde se hallaban establecidos tribunales del Santo Oficio. Un segundo auto de fé que habia de verificarse en Valladolid fué aplazado para el dia 8 de octubre, á fin de que pudiese ser honrado con la presencia del soberano. Empezó la ceremonia con el *sermon de la fé* que predicó el obispo de Zamora, el inquisidor general tomó á Felipe el juramento de costumbre de que protegeria y defenderia el Santo Oficio contra cualquiera que directa ó indirectamente quisiere impedir ó contrariar sus decretos, leyóse en alta voz la sentencia, recibióse la abjuracion de los reconciliados que volvieron á la cárcel, y en seguida los infelices abandonados al brazo secular sufrieron doce el suplicio de garrote para ser luego su cuerpo arrojado á las llamas, y dos el de ser quemados vivos. En aquel acto y contestando al apóstrofe que le dirigió uno de los sentenciados, el caballero Carlos de Seso, muy favorito del emperador Carlos V, atribúyense al rey aquellas palabras que habia pronunciado antes que él el rey Francisco I de Francia: «Yo mismo traeria la leña para quemar á mi hijo si fuera tan malo como vos.» La ceremonia duró desde las seis de la mañana hasta las dos de la tarde.

Poco despues partió el rey para Madrid, Aranjuez y Toledo, y en la última ciudad expidió una pragmática que revela bien la época y el carácter nacional encarnado en Felipe II. Prohibió por ella á todos sus súbditos eclesiásticos y seglares ir á estudiar á las universidades, colegios ó escuelas de fuera del reino, porque «los dichos nuestros súbditos, decia, que salen fuera destos reinos á estudiar, allende del trabajo, costas y peligros, con la comunicacion de los extrangeros y de otras naciones se divierten y distraen y vienen en otros inconvenientes.» Esta disposicion, que tan funestas consecuencias habria podido traer para las letras, no las produjo sin embargo entonces, estando como estaba España á la cabeza del movimiento intelectual europeo.

A principios de enero de 1560 Isabel de Valois, llamada con el hermoso nombre de *Princesa de la Paz*, llegó acompañada del cardenal de Borbon y de muchos nobles franceses á las fronteras de Navarra, donde la recibieron el obispo de Burgos don Francisco de Mendoza y el duque del Infantado, acompañado este de ostentoso séquito. De Roncesvalles se adelantó la comitiva hasta Guadalajara en cuya ciudad se celebraron las bodas (2 de febrero), siendo padrinos el príncipe don Carlos y la princesa doña Juana de Portugal. Con aquel motivo hubo en la ciudad grandes fiestas que se repitieron en Toledo luego que se dirigieron allí los reales consortes. Isabel contaba entonces quince años; hermosa, esbelta, buena y dotada de talento y viveza, conquistó desde el primer momento el afecto del pueblo y de la corte, y toros, cañas, un auto de fé, danzas de doncellas de la Sagra, de espadas, de gitanas y de moriscas, combates en la vega entre cristianos y moros, mascaradas, músicas, comparsas de gremios, nada se omitió en aquellos dias para festejar á la princesa extrangera que venia á sentarse en el trono de las Españas. 1560

Reunidas pocos dias despues las cortes de Castilla en la misma ciudad de

Toledo (22 de febrero), el príncipe don Carlos fué reconocido y jurado como legítimo heredero y sucesor de su padre en aquellos estados, jurando él á su vez guardar sus fueros y leyes. Los procuradores, entre otras peticiones, dirigieron al rey las siguientes: que se suspendiera la venta de los lugares pertenecientes á la corona; que se terminara cuanto antes la recopilacion de las leyes; que se reformara el lujo en los trajes dando S. M. primeramente el ejemplo; que se moderaran los intereses de las deudas del rey; que no se permitiera sacar dinero del reino; que continuara el rey no tomando para sí el dinero que venia de Indias; que se suprimieran las aduanas entre Castilla y Portugal; que se prohibiera el uso del oro y de la plata para la vajilla y para la decoracion interior de las casas particulares; que los moriscos de Granada no pudieran poseer esclavos negros; que se fortificaran los lugares de la costa, etc.

Disuelta la asamblea en el mes de setiembre, la corte se trasladó á Valladolid y luego á la villa de Madrid, que Felipe, aficionado como su padre á su clima y á su posicion, resolvió convertir en residencia real permanente y en asiento fijo del gobierno supremo dándole los honores y la categoría de capital de España. Decidióle quizás á ello la circunstancia de su centralidad, que es sin duda la sola y aparente ventaja que reune aquella poblacion para el lugar á que la destinara el hijo de Carlos V.

El imperio otomano seguia en el apogeo de su grandeza, y Soliman, que permaneciera fiel á la alianza francesa, envió sus naves á las costas italianas y españolas mientras Felipe y Enrique combatian en el territorio de Picardía. Piali, que las mandaba, desembarcó tropas en Italia y en las islas de Prócida y Menorca, incendió las ciudades abiertas y llevó á Constantinopla millares de cautivos (1558). Tambien en Africa se hacia la guerra, y de Andalucía habian pasado á Oran algunas fuerzas para tomar venganza de los Moros que antes acometieron á aquella plaza. Su gobernador, el conde de Alcaudete, que tomó el mando de todas, salió á campaña contra Hassan de Argel, con ánimo de apoderarse de Telencen, pero fué roto y quedó sin vida en una sangrienta batalla. Restablecida la paz entre España y Francia, el sultan no cesó las hostilidades; sus corsarios continuaron infestando el Mediterráneo y los Africanos hostigando á los presidios españoles, llegando otra vez el mal á exigir eficaces y prontos remedios.

En la primavera de 1559 Felipe dió órden al duque de Medinaceli, virey de Sicilia, de organizar con los estados italianos una expedicion contra los piratas, dirigida á reconquistar la plaza de Trípoli, perdida en 1555, aprovechando la ocasion de hallarse Dragut en lo interior de Africa haciendo la guerra á uno de los reyes de Berbería. Toscana, Roma, Nápoles, Sicilia, Génova y Malta, unieron sus respectivos contingentes á la armada española y flamenca, y con unas cien naves que llevaban catorce mil soldados, el duque salió á la mar á últimos de octubre, tiempo ya muy adelantado para guerrear en las playas africanas. Los elementos y una epidemia que sobrevino entre los soldados le obligaron á refugiarse en Malta y á pasar otros dos meses, durante cuyo tiempo, sabedor Dragut del objeto de la expedicion, habia puesto á Trípoli en estado de defensa y pedido auxilio á Constantinopla. En febrero de 1560 llegó la armada delante de la isla de Gerbes, de tan felices y funestos recuerdos para los cristianos; echaron estos su gente á tierra, y despues de algunos combates lograron apoderarse del casti-

llo, prestando el jeque juramento de fidelidad al rey católico. Opinaban varios capitanes por destruir la fortaleza y marchar sin pérdida de momento al ataque de Trípoli, pero el virey, aconsejado por Alvaro de Sande, lo determinó de otro modo: quiso repararla y artillarla, en lo que pasaron cerca de dos meses, y al disponerse las tropas para reembarcarse, recibióse aviso de que se aproximaban numerosas naves otomanas. Quieren unos entonces salir á su encuentro y pelear; opinan otros, entre ellos el sobrino de Doria (1), por retirarse á Sicilia, y vacilante el duque entre aquellos encontrados pareceres, no tardaron los acaecimientos en decidir la cuestion. Piali con ochenta y seis galeras y cien genízaros en cada una corria á toda vela sobre los cristianos, sobrecogidos de terror. Sin encontrar apenas resistencia, los Turcos echaron á pique parte de los buques, apresaron otros, al tiempo que algunos buscaban vergonzosamente su salvacion en la fuga. Medinaceli y Doria pudieron llegar á Sicilia; perdiéronse diez y nueve galeras y catorce navíos; mas de mil hombres quedaron sin vida y cinco mil fueron llevados en cautiverio, entre ellos el obispo de Mallorca, que cuidaba del hospital, un hijo del duque Berenguer de Requesens y don Juan y don Fadrique Cardona. Jamás hubo victoria mas humillante para los vencidos, ni menos gloriosa para los vencedores (mayo de 1560).

Antes de embarcarse encomendó el duque á Sande la defensa de la plaza prometiéndole prontos socorros, y en efecto, aquel intrépido caudillo defendióse heróicamente contra los Turcos de Piali, á quienes rechazó en sangrientos asaltos. Reforzados los sitiadores por Dragut y sus corsarios, renovaron con mayor vigor su fuego y sus ataques, pero siempre sin fruto, hasta que reducidos los sitiados al último extremo por la falta de víveres y escasez de agua (2), resolvieron abrirse espada en mano un camino á través de los contrarios. Durante la noche del 29 de junio los Españoles con don Alvaro á la cabeza, salieron del fuerte en número de mas de mil, forzaron las trincheras, mataron muchedumbre de Turcos, pero al fin murieron casi todos agobiados bajo el número de sus enemigos. Sande fué hecho prisionero bajo el seguro de ser entregado al almirante turco, y aquel mismo dia los restos de la guarnicion, sin fuerzas para sostener un nuevo ataque, rindieron la fortaleza. Alcanzado el bjeto de su expedicion y restablecidas las autoridades moras, Piali se embarcó con todo su ejército y se dirigió á Constantinopla, estragando antes las costas de Sicilia y de la Calabria ulterior (setiembre).

Así acabó la desastrosa expedicion de Tripoli, y ensoberbecidos por ella los Moros, quiso el virey de Argel, Hassan, hijo de Barbaroja, enviar una flota á las costas de Valencia para levantar á los moriscos de aquel reino. Previsor Felipe II, acudió al peligro desarmándolos á todos (1562), y sabedor de que el mismo Hassan se disponia á atacar las plazas de Oran y de Mazalquivir, juntó en el puerto de Málaga una armada de veinte y cuatro galeras bajo el mando de don Juan de Mendoza para llevar auxilios á aquellas colonias. Durante la travesía asaltólas una violenta tempestad que las obligó á refugiarse en el puerto de la Herradura,

A. de J. C. 1562

(1) Aquel mismo año habia muerto el famoso príncipe Andrés Doria.

(2) En aquellas circunstancias un soldado mostró á don Alvaro que el agua salada se podia destilar por medio del alambique y hacerse potable, pero aunque salió buena y se bebia, dice Herrera, no se hacia tanta que bastase y se gastaba mucha leña de que tenian falta.

A. de J. C. pero ni aun allí se libraron de la fuerza del viento; la mayor parte se estrellaron en las rocas; solo dos ó tres pudieron salir á alta mar, y mas de cuatro mil hombres, incluso el general, perecieron en las aguas. Esta nueva calamidad, siguiendo de tan cerca al desastre de Gerbes, produjo profunda consternacion en las provincias meridionales de España.

Mas y mas alentados los Argelinos redoblaron sus excitaciones á los príncipes mahometanos para que los ayudaran en la empresa que meditaban contra
1563 Oran y Mazalquivir, y en marzo de 1563 se presentaron delante de la última plaza con treinta galeras y un ejército de cincuenta ó cien mil hombres. Don Alfonso de Córdoba, conde de Alcaudete, sucesor de su padre en el gobierno de aquellas tierras, habia fiado la defensa de Mazalquivir á su hermano don Martin de Córdoba; las fortificaciones se hallaban en buen estado y defendíanlas unas treinta piezas de artillería; la guarnicion, compuesta de quinientos hombres tenia víveres para dos meses, y todo anunciaba, visto el número de los enemigos y la resolucion que á los Españoles animaba, que el sitio habia de ser fecundo en porfiados y sangrientos combates. Millares de ginetes árabes llegaron al mismo tiempo hasta los muros de Oran, y ambos hermanos opusieron á todos sus ataques heróica resistencia. Once veces escaló Hassan los muros de Mazalquivir, y en mas de una ocasion llegó á plantar sus pendones en los derruidos baluartes; en vano el gobernador de Oran quiso socorrer á su hermano ó á lo menos verificar una diversion en favor suyo; el crecido número de los enemigos le cerró siempre el paso, y los defensores de Mazalquivir quedaron abandonados á sus solas fuerzas. Y como si no fuese aun bastante para agobiarlas el enemigo exterior, otro mas implacable aun, el hambre, empezaba entre ellos á sembrar el desaliento y la desesperacion. Con los ojos fijos en el Mediterráneo esperaban con ansiedad auxilios de España, y en efecto, Felipe no los olvidaba, pues además de la importancia de aquellas posesiones, comprendia estar empeñado su honor en socorrer á los valientes guerreros que combatian en las playas africanas por la causa no solo de España, sino de la cristiandad entera. Haciendo venir naves de Italia, reteniendo á las que debian escoltar los galeones de Indias, y llegadas las galeras de Malta, reunióse en menos de dos meses una armada de cuarenta y dos naves gruesas, en la que se embarcaron, poseidos de entusiasmo, todos los nobles de las provincias meridionales. El dia 6 de junio, bajo el mando de don Francisco de Mendoza, la escuadra se dió á la vela desde el puerto de Málaga é hizo rumbo directamente á la costa de Berbería.

A su vista los defensores de Mazalquivir se entregaron á la mas viva alegría. Las naves españolas ahuyentaron á las enemigas y echaron algunas á pique; Hassan levantó apresuradamente el cerco destruyendo antes las obras é inutilizando sus cañones, y condujo á Argel los restos de sus tropas, que no pudieron ser alcanzadas por los Españoles que salieron en su persecucion. La noticia de esta victoria causó en España extraordinario contento, y el rey se apresuró á recompensar magníficamente á los capitanes y soldados que con su valor habian conservado aquellas plazas á la corona de España.

Decidido Felipe á continuar las operaciones, trató de apoderarse del Peñon de Velez de la Gomera, nido de piratas desde 1522, en que habia caido otra vez en poder de los infieles. La primera expedicion dirigida contra él á las órdenes

de don Sancho Martinez de Leiva no produjo otro resultado que algunos encuentros de escasa importancia con los Moros de la sierra; pero en el siguiente año (1564) dispúsose mayor armada, en la que figuraban las naves de Portugal y de Malta á las órdenes todas de don García de Toledo, marqués de Villafranca y virey de Cataluña, que habia sucedido á Doria en el almirantazgo del Mediterráneo. La isla formada por una peña erizada de fortificaciones pertenecia á un feroz corsario cuyo nombre era el terror de aquellos mares; esto no obstante no hizo la guarnicion la resistencia que se esperaba, y despues de un sitio de ocho dias acabó por ceder á las superiores fuerzas de los Españoles (5 de setiembre). En premio de esta conquista don García de Toledo fué nombrado virey de Sicilia. A. de J. C. 1564

Don Alvaro de Bazan, primer marqués de Santa Cruz, salió luego al mar con objeto de bloquear la entrada de la ria de Tetuan, cuyas márgenes servian de asilo á numerosos piratas. Don Alvaro cumplió su mision delante de un enemigo reducido al último extremo, y despues de algunos sangrientos combates, logró echar á fondo en la entrada de la ria nueve bergantines cargados de piedra, obstruyendo completamente su navegacion.

Estas brillantes campañas fueron celebradas con regocijos públicos en España y en Italia; los Españoles recobraron su antigua confianza al ver á la victoria otra vez unida á sus banderas, y sus buques, que poco ha se deslizaban como espectros al abrigo de las costas, internáronse de nuevo en largas travesías. Por el contrario, los Africanos al ver su marina destruida y sus plazas fuertes perdidas una á una, sintiéronse privados de su antiguo brio y por mucho tiempo á lo menos dejaron de ocuparse en vigorosas empresas. Sin embargo, pronto se difundieron por la cristiandad siniestros rumores de guerra. En Constantinopla se hacian formidables preparativos; decíase que Soliman habia resuelto la conquista de Sicilia y de Malta, y en efecto, esta isla, baluarte entonces de la cristiandad, no tardó en sufrir los golpes del poder otomano. La heróica defensa que hicieron sus caballeros, libertados al fin por los Españoles, puede considerarse como un episodio de la historia de España en tiempo de Felipe II, y por esto hemos de consagrar á ella algunas líneas, aunque no tantas como requeriria la magnitud del asunto.

Soliman, que habia empezado su reinado expulsando de Rodas á los caballeros de San Juan, quiso terminarlo arrojándolos de Malta, excitado por las súplicas de los Berberiscos y el enojo de sus favoritas, que acababan de ver apresado por los caballeros *el galeon de las sultanas* con magnífico cargamento. Era entonces gran maestre de la órden el provenzal Juan Parisot de La Valette, que á una profunda experiencia y á un valor á toda prueba unia gran inflexibilidad de ánimo, fundada en un entusiasmo sin límites por la gran causa que defendia; luego que supo el verdadero destino del armamento hecho en Constantinopla, invocó el auxilio de los príncipes cristianos, principalmente del pontífice y del rey de España, llamó á la isla á los caballeros ausentes, formó cuerpos de milicias entre los habitantes, reparó las fortificaciones, hizo acopios de víveres, y dispuso en fin cuantos preparativos creyó necesarios para la lucha que se preparaba. En medio de estos trabajos recibió la visita del virey de Sicilia don García de Toledo, que bien comprendia Felipe II que aquella isla era tambien la salvaguardia de sus propios estados y que, perdida ella, quedarian en gran pe-

A de J. C. ligro sus dominios de Africa y de Italia. El virey concertó con el maestre las disposiciones necesarias, dejóle un cuerpo de Españoles, y le prometió volver en su auxilio con todas sus fuerzas luego que hubiese reunido las suficientes naves. Setecientos caballeros y ocho mil quinientos soldados eran las fuerzas con que contaba La Valette para el tremendo combate que iba á empeñarse entre la cruz y la media luna.

Todos los reyes de Africa habian respondido al llamamiento de Soliman; Hassan y Dragut acudieron luego al lugar del combate con sus terribles corsa-
1565 rios, y en 18 de mayo de 1565 la armada turca, compuesta de doscientas naves de guerra sin contar otras muchas de transporte, con sesenta y tres cañones de extraordinario calibre y treinta mil hombres de desembarco, entre ellos seis mil genízaros, todo á las órdenes de Piali y del veterano Mustafá, se presentó delante de Malta y echó el ancla en el puerto de Santo Tomás. Las tropas saltaron en tierra y por pequeños destacamentos se derramaron por el país, sembrando á su paso la desolacion, si bien algunos fueron acuchillados por el mariscal Coppier, que por algun tiempo se mantuvo fuera de los muros de la ciudad con reducido número de soldados.

Decidieron los Musulmanes dar principio á las operaciones por el sitio del fuerte de San Telmo, y dirigieron contra él sus terribles baterías. No es de este lugar exponer los terribles combates que allí se empeñaron, ni decir la fuerza de alma desplegada por el maestre para alentar á los defensores de aquel fuerte, que llegaron á ver arrasados sus muros hasta el nivel del suelo, sin que por esto llegaran á rendirse. Muchos miles de infieles perecieron en aquellos combates que ha eternizado la fama, y entre ellos el corsario Dragut, terror de los cristianos. De los defensores del fuerte solo tres se salvaron á nado ; los demás perecieron todos en el muro cuando en 23 de junio dieron los Turcos su postrer asalto. Al dia siguiente la armada musulmana entró con alegres músicas, con salvas y aclamaciones en el puerto de Musiette; aquel dia era la fiesta de san Juan Bautista, patron de la órden, la cual siempre la habia celebrado con extraordinaria fiesta. Aquel año, sin embargo, era para aquellos guerreros un dia de humillacion y de luto, y para colmo de dolor, veíanlo solemnizar con alborozo por los enemigos de la fé. Para aumentar aun su afliccion , Mustafá manchó su victoria con inhumanas crueldades, y La Valette al contemplar profanados los restos de sus queridos compañeros, mandó decapitar á los cautivos musulmanes y lanzar sus cabezas á las líneas de sus enemigos. Mil quinientos cristianos, entre ellos ciento veinte y tres caballeros, perecieron en el sitio de aquel fuerte, que no era ya mas que un humeante monton de ruinas ; los Turcos que habian lanzado á él sesenta mil balas de cañon, perdieron mas de ocho mil hombres.

El fuerte de San Telmo se habia perdido, pero los sitiadores habian perdido tambien un tiempo precioso. Además, aquella prolongada y heróica resistencia al aumentar el valor de los cristianos habia disminuido mucho la confianza de los musulmanes, y se cuenta que Mustafá, haciendo alusion al castillo de Santángel, exclamó : «¡ Cuánto nos ha de costar el padre, si el hijo, que es tan pequeño, nos ha costado tan caro !»

En aquel entonces, mientras los infieles se preparaban para dirigir sus ataques contra la ciudad, llegó de Sicilia un refuerzo de cuatro galeras al mando de

don Juan de Cardona, en las que iban cuarenta caballeros y setecientos soldados españoles. Esto aumentó las inquietudes de Mustafá, y deseoso de intentar la via de las negociaciones, envió al maestre un mensagero, intimándole la rendicion de la isla. La Valette, empero, insensible al miedo, rechazó sin vacilar la intimacion, y enseñando el foso al enviado, contestóle con estas palabras: «Este es el único espacio que podemos ceder á vuestro general, y bastante es para servirle de sepultura á él y á todo su ejército.»

En los primeros dias de julio empezaron por tierra y por mar los ataques de la artillería. Los castillos de Santángel y de San Miguel contestaron vigorosamente á su fuego, mas no pudieron impedir que se abriesen prolongadas brechas en sus muros, con lo cual se preparó Mustafá para dar inmediatamente el asalto. Antes, sin embargo, trasladó por tierra y atravesando montañas desde el puerto de Musiette hasta el puerto grande, ochenta embarcaciones que unieron su fuego al de las baterías de tierra, y terminada esta penosa operacion, dióse la señal del asalto al despuntar del alba del dia 15 de julio. Como siempre fueron los Turcos rechazados con gravísimas pérdidas, y los cristianos los acosaron denodadamente hasta fuera de la muralla. Tres ó cuatro mil Musulmanes perecieron en aquellos combates, y los sitiados perdieron doscientos hombres, entre ellos á don Fadrique de Toledo, hijo del virey de Sicilia. En los dias siguientes aumentaron los sitiadores sus baterías y redoblaron su fuego, pues, mas prudente Mustafá, no queria volver al asalto hasta ver igualados con el suelo los muros de los cristianos. El horrible estrépito de su incesante cañoneo se prolongaba mar adentro hasta la distancia de mas de cien millas y se oia en Siracusa y en Catania como los sordos rugidos de una tempestad lejana. La situacion de los sitiados, que veian sus obras de defensa caer en ruinas, hacíase cada dia mas crítica, y La Valette logró dar de ello aviso á don García de Toledo. No todos en Sicilia opinaban por socorrer á los esforzados caballeros, pero al fin prevaleció el dictámen mas generoso, que era tambien el mas político, y el virey participó al maestre que se sostuviera hasta fines del mes siguiente, é iria él mismo á su socorro.

Dos semanas despues de la pasada tentativa contra el fuerte de San Miguel, hallóse abierta una anchísima brecha, que parecia invitar al enemigo á intentar el asalto. El dia 2 de agosto fué elegido para un ataque general y simultáneo contra el fuerte de San Miguel y el baluarte de Castilla, que situado al este del Borgo, defendia por aquella parte las líneas de defensa de los cristianos. Mustafá habia de dirigir las operaciones contra el castillo y Piali asaltar el baluarte; pero uno y otro fueron rechazados y la victoria se declaró aun esta vez por los valerosos caballeros. En los siguientes dias volvieron los Turcos á la carga, aunque sin mejor éxito, pero aquellos repetidos triunfos, si introducian el desaliento en las filas musulmanas arrebataban tambien á la órden sus mas valientes defensores. Por fin llegó el anhelado auxilio, las inquietudes del gran maestre se calmaron y pudo ya columbrar la definitiva victoria.

El 25 de agosto salió de Siracusa don García de Toledo con veinte y ocho galeras y once mil hombres, en su mayor parte veteranos españoles, doscientos caballeros de la órden que, procedentes de diferentes paises, llegaban á tiempo para asistir al desenlace del glorioso drama, y muchos aventureros de España,

de Italia y de Francia, que habian acudido á la fama de la empresa. En 6 de setiembre la armada española entró á favor de la noche en el puerto de la Melacca, al oeste de la isla, y desembarcado el ejército con sus bagages y municiones don García se hizo otra vez á la vela para Sicilia á fin de tomar en Mesina á otro cuerpo de cuatro mil hombres. Desde aquel momento Mustafá, á quien se exageró considerablemente el número de los refuerzos, dió sus disposiciones para levantar el cerco, y al rayar el dia quedaban embarcadas casi todas sus fuerzas, mientras que los cristianos arrasaban sus trincheras y plantaban otra vez su bandera en las ruinas de San Telmo. No tardó, sin embargo, el caudillo musulman en conocer lo desacertado de su conducta, y otra vez echó á tierra sus tropas y marchó contra los Españoles, que mandados por Alvaro de Sande y por Ascanio de la Corna, le esperaban en bien escogida posicion. Empeñada la batalla no tardaron los Musulmanes en perder terreno, y los Españoles los persiguieron con horrible matanza hasta llegarles el agua á la cintura. El almirante turco procuró reunir entonces los restos de sus fuerzas, y desplegando sus velas, marchó contristado á Oriente. Las tropas libertadoras fueron recibidas en la ciudad con transportes de entusiasmo, y el virey Toledo á su llegada á la isla, no halló ya enemigos que combatir. Tales fueron los resultados de aquel sitio, uno de los mas memorables de la historia, en el cual si los sitiadores cometieron faltas de mucho bulto, procedentes sin duda en gran parte de la rivalidad que existia entre Piali y Mustafá, debióse principalmente el triunfo al heróico valor de los sitiados y á la entereza de su gran maestre. La conducta del virey de Sicilia durante este sitio es una circunstancia misteriosa que no ha sido todavía satisfactoriamente explicada: creen algunos autores que don García no hizo mas que obedecer las secretas instrucciones de su soberano, quien no queria arriesgarse á perder su armada interviniendo en favor de la órden hasta ser esta intervencion absolutamente necesaria; pero aun así es difícil excusar al virey, pues milagro fué que los defensores de la isla no fuesen exterminados antes que llegara él á su socorro. Es lo mas probable, dice Prescott, que don García, conociendo la gran fuerza del ejército otomano y agobiado por la responsabilidad que sentia pesar sobre él por su posicion oficial, vaciló ante el peligro á que Sicilia quedaria expuesta en caso de ser destruida su escuadra. De todos modos no es fácil conciliar su conducta con la promesa que hiciera al principio de la guerra, y es lo cierto que, privado poco despues del gobierno de Sicilia, murió en la oscuridad retirado en el reino de Nápoles.

La vergonzosa derrota de los Musulmanes, que habian dejado en Malta treinta mil cadáveres, causó en toda Europa profunda sensacion; en Roma, en toda la costa mediterránea fué celebrada con públicos regocijos, y el nombre del anciano La Valette era alabado como el de otro campeon de la cruz. Los príncipes colmaron al héroe de felicitaciones y de honores; Pio V le envió el capelo de cardenal que el maestre rehusó, y el rey de España le regaló una espada y una daga con puño de oro guarnecido de diamantes. Para hacer frente á un segundo ataque fueron enviados á la isla quince mil hombres de tropas españolas, y sin pérdida de momento, á expensas de Felipe y de otros príncipes, dióse principio á la reparacion de las fortificaciones y á la construccion de la nueva ciudad á que habia de ser trasladada la residencia de la órden. Por fortuna Soliman dirigió

sus armas contra un enemigo mas inmediato á él, y murió aquel mismo año en una expedicion á Hungría (1).

Por aquel tiempo ocurrian en Francia muy notables sucesos que fueron de gran importancia en la marcha política del gobierno de Felipe II; allí empezaba la heregía á dar sus acostumbrados frutos: valiéndose de la política y esta á su vez de aquella habian sumido al reino en un cúmulo de calamidades sin cuento y de contínuos horrores, que proporcionaron ocasion por algun tiempo á que quien reinase allí no fuese el soberano de Francia, sino el monarca de España. Semejante humillacion, tales discordias y excesos, que contrastaban con la profunda paz que florecia en España, son el mejor justificativo á los ojos de la posteridad de la política en esta materia adoptada por Felipe II.

Las contiendas religiosas principiaron en Francia el mismo año en que se firmó con España la paz de Cateau-Cambresis, y el suplicio de Ana du Bourg inauguró tristemente el reinado de Francisco II. El duque de Guisa y su hermano el cardenal de Lorena eran omnipotentes al ceñir la corona el nuevo soberano su sobrino, como tios de su esposa María Stuart; el duque continuaba siendo el ídolo del pueblo desde que tomara á Calais, pero justo es decir que habia hallado á la Francia, por las prodigalidades y guerras pasadas, á dos dedos de su ruina. Por esto habia debido suprimir el tributo de los *cincuenta mil hombres*, es decir desarmar al gobierno en el mismo momento en que la revolucion iba á estallar. Miles de acreedores asediaban á Fontainebleau, y el cardenal de Lorena, no sabiendo que contestarles, hizo publicar que ahorcaria á cuantos no hubiesen abandonado la ciudad dentro de veinte y cuatro horas. Los Borbones (Antonio, que se titulaba rey de Navarra, y Luis príncipe de Condé), que no veian con gusto la cosa pública en manos de los miembros de la casa de Lorena, se aprovecharon del descontento general, y empezaron á tratar con los calvinistas, con el almirante Coligny y su hermano Dandelot, sobrinos del anciano Montmorency y adictos á la reforma, y tambien con los Ingleses, celebrando con todos en San Dionisio nocturnas y misteriosas conferencias.

Entre ambos partidos aparecia la singular figura de Catalina de Médicis que, dominada sobre todo por la pasion del poder, trataba de acomodarse al tiempo y favorecia ya á unos, ya á otros, sin fiarse de ninguno. Catalina, segun la pintura que de ella nos han dejado los embajadores de Venecia, quiso siempre recurrir con igual medida á la firmeza y á la astucia, creyendo de este modo poder suavizar el rigor de los medios de la una por la blandura de los de la otra. Su conducta respecto de los partidos descansaba en estos dos móviles: castigar y en seguida negociar, disimular ó contemporizar. Nadie como ella llevaba tan lejos las cualidades diplomáticas, y esto no obstante, se engañó constantemente; instrumento del poder, habria sido sin segundo; soberana, vió casi siempre frustrados sus planes.

La conjuracion de Amboise fué el primer efecto de las tramas de los protestantes ó hugonotes con objeto de arrancar el poder á los Guisas apoderándose de la persona del rey; descubiertos y denunciados sus planes por el obispo Granvelle, los de Lorena tomaron sus precauciones, y cayendo de improviso so-

(1) El gran maestre La Valette murió en agosto de 1568.

bre los conjurados, que por pequeñas partidas se dirigian á Amboise, atajaron la conspiracion anegándola en sangre (1560). Muchos protestantes fueron llevados al patíbulo; el de Guisa se empeñaba en establecer la Inquisicion en Francia, y convocados los estados de Orleans, á pesar de la repugnancia del duque y del rey de España, el príncipe de Condé, presunto jefe de la trama, fué reducido á prision: por algunos momentos, desconcertado al parecer el partido calvinista, los Guisas y la reina, que hasta entonces los favoreciera, pudieron gozarse en los placeres del triunfo.

Sin embargo, grandes tempestades se divisaban en el horizonte, y en situacion semejante el rey Francisco II murió de enfermedad segun unos, y de veneno segun otros (5 de diciembre de 1560). Si Catalina de Médicis miró entonces friamente el estado moral y la situacion política de Francia, hubo de decirse á sí misma que á contar de mucho tiempo no se habia hallado el reino agitado de mas vivas y punzantes inquietudes. Desde el proceso de Ana du Bourg, en tiempo del rey su esposo, hasta la prision del príncipe de Condé, en tiempo del rey su hijo, la heregía habia hecho inmensos progresos y la magestad del rey de Francia, hasta entonces tan respetada, habia sufrido profundas humillaciones. El partido hugonote habia enarbolado su bandera cuando por medio de Coligny pidió en los estados de Orleans que se le concedieran dos iglesias á fin de que *los de la religion* pudiesen ejercer libremente su culto, y pronto hemos de ver á lo que, confiado en sus fuerzas, se atrevia.

Al ceñir la corona Carlos IX, niño de pocos años, tomaron las cosas diferente aspecto; Catalina arrancó el poder á los Guisas y reconcilióse con los Borbones dando libertad al príncipe de Condé, pero creyendo ser posible mantener al gobierno en equilibrio entre aquellos dos partidos que se odiaban, no hizo mas que dejarlo aislado entre las pasiones de ambos. El duque de Guisa recobró como jefe de partido la influencia que habia perdido, aprovechando el pretexto que le proporcionó la corte al suavizar los edictos contra los reformados y al admitir á sus doctores á una discusion solemne en la asamblea de Poissy; los hugonotes se sublevaron entonces en Nimes, y al propio tiempo al pasar el duque de Guisa por Vassi, en Champagne, sus servidores llegaron á las manos con los calvinistas, que celebraban su culto en una granja inmediata (1562). De una y otra parte resultaron muertos y heridos, y desde aquel momento empezó la guerra civil. Horribles escenas presenció la Francia en aquella época: católicos y hugonotes parecian haber olvidado las mismas leyes de la naturaleza, y entre los estragos del incendio, del saqueo y de la matanza no habia ciudad ni aldea en que no pelearan el hijo contra el padre, el hermano contra el hermano. Vanas eran en aquel estado de excitacion las intrigas, la astucia de la reina, que veia verificarse lo que mas temia, lo que siempre habia querido evitar, una guerra declarada (1). El parlamento de París, apelando á un rigor tardío, proscribia á todos los hugonotes en masa, y los calvinistas se vengaban asolando las provincias. En vísperas de encarnizada lucha ambos partidos no vacilaron en acudir á los extrangeros, y las antiguas barreras políticas cayeron ante el interés religioso. Los hugonotes solicitaron auxilios de los protestantes alemanes y entregaron el Havre á los In-

(1) Relaciones de los embajadores venecianos en el siglo XVI.

gleses, mientras que los Guisas y el clero imploraban la proteccion de Felipe II, quien, por su carácter de columna del catolicismo y por el peligro inminente que para sus estados veia, no podia mantenerse neutral en semejante asunto. Tambien Catalina por medio de su embajador en Madrid procuraba sincerar la vacilacion de su conducta con los miramientos que habian de guardarse á un partido audaz y numeroso; Felipe II por sentimiento y por política prometió su auxilio á los Guisas, y tomando en su respuesta á la reina el tono de un árbitro y casi el de un superior, censuró la conferencia de Poissy y el proyecto de un concilio nacional que se atribuia á Catalina. «El rey, dijo el duque de Alba al embajador, quiere que se castigue á los sectarios de Francia con el rigor desplegado por Enrique II, y si la reina llega á faltar á tan justo deber, S. M. Católica está resuelto á sacrificar todos sus bienes y hasta su vida para detener el contagio que tanto amenaza á Francia como á sus propios estados (1).»

En tanto reuníanse batallones con indecible entusiasmo, y aun cuando los de una y otra religion manifestábanse muy devotos en las ceremonias de su culto, aun cuando unos y otros marchaban á la pelea rezando y entonando cánticos, la crueldad, como sucede en las guerras civiles, se anidaba en los corazones de todos; Montluc, gobernador de Guiena, recorria su provincia ahorcando y degollando, y el protestante baron de Adrets en el Delfinado precipitaba á centenares de prisioneros desde lo alto de una torre sobre la punta de las picas. La guerra era ya formal: tres compañías de infantería española de mas de tres mil soldados habian entrado en Francia y libertado á París, cuyos arrabales habian caido en poder del príncipe de Condé; el de Guisa se apoderaba de Ruan; Antonio de Borbon que peleaba ahora en favor de los católicos, recibió en el sitio de la misma plaza una herida mortal, hasta que por fin Montmorency, Guisa y Saint-André halláronse con todas sus fuerzas con el príncipe de Condé, con Coligny y con Dandelot en las inmediaciones de Dreux. El triunfo quedó por los católicos, aunque el mariscal de Saint-André pereció en la accion; Condé fué hecho prisionero, y el de Guisa, que partió con él su lecho, durmió aquella noche en profundo sueño junto á su mortal enemigo. Sin dilacion pasó el duque á poner sitio á Orleans, y esta ciudad, que era la plaza mas importante de los hugonotes, solo debió su salvacion al asesinato del de Guisa, á quien un traidor disparó por la espalda un pistoletazo. El duque herido mortalmente espiró poco despues, dirigiendo á su asesino estas bellas palabras: « Ahora quiero mostraros cuanto mejor es mi religion que aquella que vos profesais: la vuestra os ha aconsejado darme muerte sin oirme, no habiendo recibido de mí ninguna ofensa; la mia me manda perdonaros, aun convencido como estoy de que habeis querido matarme sin justicia» (febrero de 1563).

Libre la reina madre del hombre que mas la dominaba, hizo otro esfuerzo para reconciliar á los dos partidos y publicó el edicto de Amboise, primer acto de tolerancia entre católicos y hugonotes, por el cual se permitia el culto reformado en las aldeas y en los castillos de los nobles. Este acto que, como sucede siempre en los de semejante clase cuando impera la voz de las pasiones, disgustó á uno y otro partido, fué seguido de la expulsion de los Ingleses de la plaza del

(1) De Thou, l. XXVIII, p. 78

Havre (1564) y del viage que hizo Catalina con su hijo por las provincias de su reino á fin de inquirir el verdadero estado de la opinion y fortificarse con el apoyo de los príncipes católicos confinantes contra los males que amenazaban. En verano de 1565 llegó á la ciudad de Bayona, é Isabel, esposa de Felipe II, marchó á avistarse con ella acompañada del duque de Alba y de otros varios magnates. En las conferencias allí celebradas tratóse de los graves asuntos que ocupaban entonces con preferencia la atencion de los gobiernos de España y de Francia, y Catalina, que en su viage se habia convencido de que era católica la inmensa mayoría del pueblo francés, prestó atento oido á la voz de su hija y del de Alba que, obedeciendo á las instrucciones que tenian del rey, la excitaban á tomar en beneficio de sus súbditos una actitud mas decidida á favor de la causa católica (1).

Pio IV habia sucedido á Paulo en la sede pontificia, y en 29 de noviembre de 1560, instado por Felipe II, publicó la bula convocatoria para la continuacion del interrumpido concilio de Trento, que muchos eran los males que afligian á la Iglesia para que no se apelara á todos los medios de sanarlos y de impedir otros mayores. En 18 de enero de 1562 abrióse de nuevo la asamblea con asistencia de ciento doce prelados y de los embajadores de muchos reinos, y acto contínuo emprendiéronse las discusiones preparatorias, concediendo ámplio é ilimitado salvoconducto á los teólogos y doctores protestantes, de cualquier nacion que fuesen, que quisieren asistir al concilio. Otros muchos prelados fueron acudiendo á él, y desde el dia de su apertura hasta el de su conclusion que fué en 4 de diciembre de 1563, celebráronse nueve sesiones solemnes desde la décimaséptima hasta la vigésimaquinta. En ellas se publicó un importante decreto sobre la comunion bajo las dos especies, se acordaron sublimes decisiones acerca del sacrificio de la misa, se decretó que el sacerdocio es de institucion divina en la Iglesia, se definió dogmáticamente la indisolubilidad del matrimonio y se determinaron los requisitos que habian de acompañarle para su validez; se prescribió la celebracion de sínodos diocesanos y provinciales; se dispuso que el papa hubiese de elegir en adelante los cardenales entre todas las naciones de la cristiandad, y se consignaron en decretos las doctrinas sobre el purgatorio, las indulgencias y el culto de los santos, imágenes y reliquias.

Así, entre las lágrimas de alegría que derramaban muchos padres al ver concluida aquella grande obra, y entre las sublimes palabras del cardenal de Lorena á las que contestaron unánimes todos los prelados manifestando de este modo la unidad de su fé, terminó el último concilio ecuménico celebrado por la Iglesia, que fué sin duda el mas gran suceso del siglo XVI. Inspiradas sus decisiones por el Espíritu Santo, ahora y siempre ensalzarán los sabios las luminosas é importantísimas declaraciones y decretos de la venerable asamblea. Y en medio de tanta gloria, con justicia se atribuye á España y á los dos primeros monarcas de la dinastía austriaca la honra de haber llegado el concilio á su con-

(1) Varios historiadores suponen que en esta entrevista Catalina de Médicis y el duque de Alba concertaron la horrible catástrofe acaecida en París años despues durante la noche de san Bartolomé; sin embargo, en ninguno de los documentos que sobre la conferencia hemos visto, á pesar de referirla muy prolijamente, se halla confirmada semejante opinion. El historiador Prescott, como nosotros, la considera infundada.

clusion entre tantos trabajos y dificultades; y si esto es universalmente reconocido, tambien lo es que entre todos los prelados de la cristiandad, los obispos, teólogos y jurisconsultos españoles en los tres períodos del concilio. Alfonso Salmeron, Bartolomé de Carranza, Pedro Guerrero, arzobispo de Granada, don Diego de Covarrubias, de Ciudad Rodrigo, fray Domingo y fray Pedro de Soto, don Antonio Agustin, de Lérida, fray Melchor Cano, don Martin Ayala, de Segovia, don Andrés Cuesta, de Leon, Benito Arias Montono y otros se distinguieron notablemente por sus virtudes, por su elocuencia y por la sabiduría con que lograron hermanar la teología especulativa con la historia eclesiástica (1). Manifestaron asimismo gran firmeza en expresar sus opiniones, y entre todos se hicieron notables por su celo reformador, lo cual confirma el sentimiento que en este punto hemos señalado antes de ahora á la nacion española. La suspicacia á veces exagerada de sus reyes los apoyaba en aquella senda peligrosa, pero de todos modos resplandecieron en la asamblea con indisputada gloria, y sus escritos, muy respetados entonces, merecerán siempre la veneracion de los hombres consagrados á los estudios eclesiásticos.

Pio IV celebró públicas rogativas en accion de gracias por la feliz terminacion del concilio, y confirmó solemnemente sus decretos (26 de enero de 1564). España, Venecia, Portugal, Polonia y el emperador los aceptaron y dispusieron su ejecucion, pero en Francia, las tendencias de sus monarcas ó de los poderes que allí se han sucedido nunca han llegado á consentir en que aquellos decretos tengan fuerza de ley, fundados en que se oponen muchos á las máximas del reino, á los derechos del soberano, á la autoridad de los magistrados y á las antiguas prácticas de la iglesia galicana.

El decreto de Felipe II mandando guardar, cumplir y ejecutar en todos sus reinos y señoríos de España, Flandes, Milan, Nápoles y Sicilia los decretos del concilio, llevaba la fecha de 12 de julio de 1564, y en él púsose tambien la consabida y recelosa cláusula de *salvos los derechos reales.* Porque preciso es advertir que Felipe II, fiel á las tradiciones de su padre y de Fernando é Isabel, al propio tiempo que arrumbaba las antiguas leyes en cuanto tenian de favorable á la libertad política, mostrábase muy adicto al principio de resistencia á la corte de Roma, por lo cual, como es de presumir, no le escasean sus alabanzas aquellos mismos escritores que poco antes ó poco despues le califican de poco menos que de verdugo de la humanidad. Celoso el monarca por que prevaleciera su jurisdiccion civil y temporal aun en los asuntos que tenian mas relacion con los negocios eclesiásticos, su consejo, como es natural, participaba del mismo espíritu y de iguales ideas. Las facultades que habian de concederse al nuncio, las cualidades de la persona que habia de ejercer este cargo, los derechos que podia llevar, los poderes que habia de tener, el exequatur real puesto á las bulas, el nombramiento para los beneficios, materias fueron que en este reinado continuaron siendo objeto de disputa entre el trono y la sede pontificia, manifestando Felipe en medio de justas pretensiones igual espíritu de resistencia y tirantez que sus predecesores, encariñados con lo que llamaban sus derechos reales. Cosa digna de llamar la atencion, como dice Balmes, es la uniformidad que en esta

(1) Alzog. Hist. univ. de la Iglesia, c. IV, CCCXLIII.

A. de J. C parte se nota en todos los poderes que tienden al despotismo, sea bajo la forma revolucionaria, sea bajo la monarquía. El profundo arraigo que en España habia alcanzado el catolicismo no permitia, es cierto, que las cosas se llevasen al extremo; pero no deja de ser verdad que el gérmen existia, que se andaba transmitiendo de generacion en generacion cual si esperase desenvolverse completamente en tiempos mas oportunos, y que los ensalzadores del poder real sin límites en épocas posteriores, buscaron en las que ahora narramos armas para la defensa de sus decantadas regalías.

Lo que acabamos de decir no obstaba á la decidida proteccion que dispensaba Felipe II, sinceramente religioso, á las cosas eclesiásticas ; el monarca bajo cuyo favor se elevaron en todos los puntos de España colegios, conventos y toda especie de institutos religiosos, fué tambien el que dió impulso al cumplimiento de los decretos tridentinos en lo tocante á la reunion de sínodos provinciales y diocesanos. Celebráronse estos en Toledo, en Salamanca, en Granada, en Zaragoza, en Valencia y en otros puntos, y mientras se hallaban reunidos los prelados en la primera de dichas ciudades verificóse en ella la solemne recepcion del cuerpo del glorioso mártir san Eugenio, que se guardaba hacia siglos en Francia en el panteon de la abadía de San Dionisio. El parentesco y la amistad que mediaban entonces entre los monarcas de ambas naciones, hicieron que pudiesen ser restituidos á España los restos del gran prelado toledano, y su entrada en la imperial ciudad fué una verdadera fiesta. El rey, los archiduques Rodolfo y Erpesto, hijos de Maximiliano, que se hallaban entonces en España, y otros grandes señores, llevaron en hombros la sagrada urna hasta depositarla en la catedral.

Tambien en la reforma de las comunidades religiosas de ambos sexos mani-
1566 festábase el celo de Felipe. En 1566 impetró un breve pontificio para reducirlas á la estrecha observancia de sus reglas, y propuso al papa las disposiciones convenientes para el remedio de los abusos y desórdenes que afeaban la vida del claustro. Pio V, que ocupaba entonces la sede pontificia, accedió á las miras del católico monarca, y las órdenes religiosas todas experimentaron una reforma que las puso en armonía con el ardiente fervor que animaba á la nacion entera.

En este tiempo habíanse reunido en Madrid las cortes de Castilla (1563), y como ya de antiguo venia sucediendo, dirigieron una peticion al rey para que pusiera coto á la gran riqueza que habian adquirido el clero y ciertas órdenes religiosas, á lo cual contestó el rey que por entonces no convenia hacer en la materia novedad ninguna. Tambien la pompa de la corte fué objeto de las quejas de los procuradores; los usos de Borgoña no lograban ser bien mirados por los Castellanos, y la asamblea rogó al monarca que, renunciando á ellos, adoptara otra vez las costumbres mas sencillas de sus antepasados; representóle la perniciosa influencia que este género de vida habia de ejercer en los magnates y en todos sus súbditos, dispuestos siempre á seguir el ejemplo del soberano, y aun cuando contestó Felipe que haria examinar la cuestion y tomaria las disposiciones mas convenientes, nada se reformó durante su reinado en el tren de la casa real, que costaba en 1562 ciento cincuenta y seis millones de maravedís anuales. Estas cortes insistieron tambien en reclamar contra el lujo en trages y en viviendas, y en esta parte andaron acordes el pueblo y el soberano. Los sastres, considerados como instrumentos de perdicion, fueron declarados por los procuradores entes

inútiles, ocupados como mugeres en trabajos de aguja en vez de labrar la tierra ó de pelear en servicio del rey. La asamblea quiso además reprimir los excesivos gastos de la mesa, y solicitó que se prohibiera servir en la misma comida mas de cuatro platos de carne y cuatro de fruta. Indignábase sobre todo por ver que se extendia el uso de las carrozas conocidas hacia poco en España, uso que á su ver habia de inspirar á los Castellanos hábitos muelles y afeminados y hacerles perder su antigua reputacion de excelentes ginetes. Felipe II, repetimos, secundó los deseos de los procuradores, y en 25 de octubre del mismo año publicó en Monzon un largo edicto sobre trages, en el que prolijamente se enumeraban los adornos permitidos y prohibidos en los vestidos de los hombres y de las mugeres.

Felipe II habia marchado á Monzon para celebrar cortes á Catalanes, Aragoneses y Valencianos; de ellas obtuvo un servicio de 254,000 libras jaquesas, y por una de sus peticiones en la que reclamaban contra los abusos de los inquisidores, se conocen las dificultades con que, especialmente en estos reinos, tropezaba el gran poder de que por efecto de las circunstancias habia sido investido aquel tribunal extraordinario.

Continuaban los monarcas y pueblos de España embarazados con la cuestion de los Moriscos, que iba poniéndose cada dia mas amenazadora y grave, así por la falta de sinceridad de los unos y por los peligros con que amagaban al reino, como tambien por el espíritu vejatorio que contra sus usos, su trage y su lengua animaba al pueblo y al gobierno. Creia este, quizás con muy fundado motivo, que solo asimilando completamente con sus demás súbditos á los descendientes de los Arabes, lograria hacer de ellos Españoles sumisos y leales, y á este efecto iban encaminadas todas sus disposiciones. A solicitud de las cortes habíase prohibido á los moriscos de Granada servirse de esclavos negros, y algun tiempo despues, aumentando el descontento que entre ellos habia producido semejante medida, don Iñigo Lopez de Mendoza, capitan general de aquella ciudad, renovó los antiguos edictos para que aquellos moradores no pudiesen usar armas sin su autorizacion y hubiesen de presentarlas bajo severos castigos. En 1564 dióse otra providencia que agravó aun mas el descontento: abolióse el derecho de asilo de que gozaban las tierras señoriales y restringióse á solos tres dias aquel de que disfrutaban las iglesias, disposiciones todas cuya causa, á mas de las expresadas, era la temible actitud tomada por los Turcos y los Moros de Berberia con quienes estaban en incesantes comunicaciones los moriscos de estos reinos. Las competencias de jurisdiccion que por aquel tiempo sobrevinieron entre las autoridades militares y civiles de Granada hicieron aun mas penosa la situacion de aquellos habitantes, y muchos de ellos se fueron á las montañas y se dieron á la vida de *monfis* ó salteadores. En vista de estos sucesos el concilio provincial trató de la manera de sosegar las alteraciones, y acabó por reclamar medidas vigorosas para atajar el mal; su informe fué remitido al consejo, y nombrada una junta para examinarlo, presidida por don Diego de Espinosa, obispo de Sigüenza y presidente del consejo de Castilla, acordó, despues de prolongadas deliberaciones, poner en planta los siguientes capítulos: prohibicion absoluta á los Moriscos de hablar y escribir la lengua arábiga ni en público ni en secreto; obligacion de hablar castellano dentro del término de tres años; entrega de todos sus libros arábigos al presidente de la chancillería; renuncia completa de los ri-

de J. C. tos, trages, nombres y costumbres moriscas; destruccion de sus baños medicinales y de aseo; mandamiento de tener abiertas sus casas y de andar las mugeres con los rostros descubiertos, todo bajo severísimas penas, y conforme á la pragmática dada en 1526 por Carlos I, si bien, como sabemos, no fué entonces puesta en ejecucion. No todos los miembros de la junta, entre otros el duque de Alba, aprobaron semejantes disposiciones, considerándolas como altamente impolíticas; pero Felipe II, accediendo á lo determinado por la mayoría del consejo, sancionó y firmó el decreto en 17 de noviembre de 1566.

Durisímas y desacertadas eran sin duda estas medidas, pero en el estado á que la cuestion habia llegado, con dos razas, no solo diferentes, sino esencialmente hostiles, no son necesarios grandes esfuerzos para comprender lo difícil que era imaginar un sistema de legislacion que hiciese obrar concertadamente á aquellos pueblos como miembros de un cuerpo político. No es estraño, pues, que los esfuerzos del gobierno español surtiesen escaso efecto, y esto aun cuando sus disposiciones hubiesen sido por lo general mas prudentes y meditadas. Reflexion es esta que conviene no echar en olvido para juzgar con imparcialidad y con conocimiento de causa de la conducta de Felipe II y de su sucesor en esta complicadísima materia.

Diego de Deza, auditor del Santo Oficio y presidente de la chancillería de Granada, recibió el encargo de dar cumplimiento al acuerdo del consejo, secundado por don Iñigo Lopez de Mendoza, marqués de Mondéjar. El dia 1.º de enero
1567 de 1567, víspera del aniversario de la caida de Granada, hízose el pregon con toda pompa á son de trompetas, timbales y dulzainas, y fácilmente se puede imaginar la vergüenza, el dolor y la indignacion que de hombres y mugeres se apoderaron á la lectura del edicto. Por fortuna algunos ancianos que se hallaban entre el pueblo lograron calmar su ira y evitar una lucha inmediata, recordando que el emperador Carlos habia consentido en suspender una ordenanza semejante y que siempre era preferible intentar ante todo la via de la persuasion y del razonamiento. Sin embargo, en vano fué que se apelara á ella y que los comisionados musulmanes interesaran en su favor al ilustre don Juan Enriquez de Baza, al duque de Alba, al mismo marqués de Mondéjar y á otros consejeros; Felipe limitóse á contestarles que habia consultado el negocio con hombres de ciencia y conciencia, quienes le decian que estaba obligado á hacer lo que hacia; las ofertas de cuantiosas sumas no pudieron moverle, y no quedó á los Moriscos otro partido sino la obediencia absoluta ó la rebelion abierta. Como veremos en el siguiente capítulo, esta fué la resolucion que abrazaron.

Tócanos explicar ahora el principio de grandes sucesos acaecidos en Flandes, sucesos que aun cuando por su importancia merecerian una historia particular, no pueden ser mas que un episodio en la de España durante el reinado de Felipe II que en estos capítulos explicamos. Revolucion sangrienta, Felipe fué en ella poco afortunado; originada por causas meramente políticas, la heregía, que se aliaba gustosa con todos los descontentos, halló en la misma ancho campo para combatir el poder de España que tanto aborrecia, y aquellos paises, auxiliados por los Ingleses, por los protestantes de Alemania y por los hugonotes de Francia, á quienes únicamente debieron su salvacion, acabaron tambien por hacer religiosa una contienda que, como hemos dicho, no reconocia otra base que intereses políticos.

A principios del reinado de Felipe II habian llegado los Paises Bajos al mas alto grado de riqueza y prosperidad; las provincias meridionales servian de depósito al comercio de Francia y de Alemania y las marítimas veian afluir á sus puertos los buques mercantes de Inglaterra, Escocia, Dinamarca, España y Portugal. Nunca, empero, las diez y siete provincias que los componian habian formado un estado homogéneo; reunidas poco á poco por los duques de Borgoña y transmitidas por ellos á la casa de Austria, habian conservado sus costumbres locales y sus antiguos privilegios; al pasar bajo el cetro de un solo soberano residió este fuera del país, cuyo gobierno confió á un virey, y es de advertir que desde su reunion á España habian sido constantemente administradas por mugeres que no habian tenido autoridad bastante para doblegar el carácter independiente de aquellos naturales. Carlos V, á pesar de su parcialidad en favor de sus compatriotas, toleraba difícilmente sus libres instituciones, mas si persiguió á los reformados de Amberes y Amsterdam, si publicó rigurosos edictos contra los partidarios de las nuevas doctrinas, no atentó gravemente á las libertades políticas de aquellas provincias ni contrarió en la esfera del gobierno los naturales instintos de sus moradores. Con su hijo Felipe II todo cambió; este rey, de corazon exclusivamente español, hizo en Flandes lo mismo que su padre hiciera en España, esto es, ajar el sentimiento nacional, y parecidas causas dieron parecidos resultados, si bien la insurreccion de Flandes tuvo para Felipe mas fatales consecuencias de las que habia tenido para Carlos el levantamiento de Castilla.

La primera falta capital cometida por el rey, fué confiar á un extranjero, al obispo Granvelle, uno de los puestos mas importantes del gobierno. Entre la nobleza del país habia magnates de elevada alcurnia, cuyos antepasados habian brillado con gran esplendor en la historia nacional, y por sus servicios á la patria se habian hecho gratos á sus conciudadanos. Felipe habia contraido con algunos de ellos grandes obligaciones por la cooperacion que le prestaran durante la última guerra, en San Quintin, en Gravelinas y en la negociacion del tratado que puso fin á las hostilidades con Francia, y no era de suponer que aquellos altivos señores, fuertes con la superioridad de sus derechos y acostumbrados á ser respetuosamente obedecidos, se sometiesen dócilmente á la autoridad de un extranjero descendiente de familia oscura y, como su padre, deudor de su elevacion á la benevolencia real. Esto y la precaria situacion en que despues de la paz habian quedado los caballeros que formaran las terribles *bandas de ordenanza* del emperador, en cuanto á la nobleza, que si descendemos á la masa general del pueblo, veremos que existian tambien graves motivos de descontento que hacian esperar con ansiedad un cambio en aquella situacion, agravada mas aun por las turbulencias que agitaban á los paises inmediatos entregados á acaloradas y religiosas contiendas. Era entre aquellos uno de los principales la permanencia en el país de tropas españolas, á las cuales profesaban los Flamencos decidida aversion; Felipe habia asegurado que aquellas compañías saldrian de Flandes dentro de cuatro meses, pero transcurrido este tiempo sin que la partida se verificase, entregadas las tropas á los excesos é indisciplina que son consecuencia del reposo, el país no tuvo mas que una voz para pedir su expulsion. Granvelle escribió á España el estado de los negocios instando la próxima partida de las tropas, pero como Felipe diese á ello una respuesta dilatoria, fundándose en la imposibili-

dad en que estaba de pagarles sus atrasos, la gobernadora, viendo llegadas las cosas al último extremo, dirigió las compañías á Zelanda y mandó que se embarcaran para Nápoles y Sicilia. Vientos contrarios las retuvieron en tierra por espacio de dos meses, en cuyo tiempo estallaron entre los soldados y los habitantes acaloradas reyertas, mas por fin en enero de 1561 viéronse libres los Paises Bajos de la presencia de los extranjeros.

Allanada esta dificultad, presentóse otra tan grave como ella. Felipe II habia impetrado del pontífice las bulas necesarias para la ereccion de trece nuevos obispados que habian de añadirse á los cuatro que ya existian, medida que buena en sí y reclamada por la gran extension del territorio, habia de encontrar oposicion, si no causar gran enojo, atendido el estado que en aquel tiempo tenian las cosas. Por este motivo habíase mantenido esta decision muy secreta, y hasta 1561 no descubrió don Felipe sus miras en una carta dirigida á los principales señores del consejo; sin embargo, mucho tiempo antes fué objeto el plan de los rumores populares, causando en el país sensacion general, como que el pueblo veia en él una tentativa para someterlo á la autoridad eclesiástica. Los obispos en virtud de sus funciones ejercian ciertos poderes inquisitoriales que los edictos del rey habian extendido considerablemente, y las modificaciones meditadas fueron miradas como una vasta combinacion para introducir en los Paises Bajos la Inquisicion de España, opinion que, aunque muy errónea, era seguramente sostenida por aquellos mismos que conocian su falsedad. La nobleza tenia aun otros motivos para oponerse á esta medida: los nuevos obispos habian de tener en la representacion nacional el lugar ocupado antes por los abades, quienes eran elegidos por sus propios monges, al paso que los prelados por el contrario eran nombrados por la corona, y esto hacia que los nobles se alarmasen y creyesen amenazada su independencia por el establecimiento de una clase de hombres que naturalmente habian de servir los intereses del monarca. Expulsar de los estados á los abades, tan duros respecto del rey como los diputados de las ciudades, y contrabalancear en ellos la autoridad de Guillermo de Orange y de los otros magnates, tales parecen haber sido los principales motivos políticos de la medida ideada por Felipe II.

En virtud de ella Granvelle era elevado á la categoría de primado de los Paises Bajos, y por lo mismo y por lo que era ya aborrecido, sobre él recayó toda la odiosidad del proyecto (1), segun el cual se destinaban las rentas de las antiguas abadías á la dotacion de los nuevos prelados. En febrero de 1561 Granvelle recibió de Pio IV el capelo de cardenal; Felipe le felicitó afectuosamente por ello, y desde aquel momento, revestido de la púrpura romana, primado de los Paises Bajos y primer ministro de estado, parecia poder humillar á los mas altivos señores del país; al frente de la administracion así civil como eclesiástica, toda la autoridad estaba concentrada en sus manos, y era tal la organizacion del consejo de estado y tal la inteligencia que reinaba entre el cardenal y la regente, que podia decirse que el ministro, no solo se hallaba á la cabeza del gobierno, sino que era el gobierno mismo.

---

(1) «Veo el odio de los estados cargar sobre mí, mas pluguiese á Dios que con sacrificarme fuese todo remediado..... pluguiera á Dios que jamás se hubiera pensado en esta ereccion destas iglesias, amen amen.»—*Archivos de la casa de Orange-Nassau*, t. I, p. 117.

Esto no obstante, hasta 1562 no empezó á revelarse la existencia de cierta antipatía entre Granvelle y los nobles descontentos, y esto en la época en que se habian desencadenado con todo su furor las discordias religiosas en Francia y en que las facciones enemigas se preparaban para llegar á batalla. Felipe II, el campeon del catolicismo no solo en sus estados sino en toda la cristiandad, observaba ansiosamente la lucha que iba á empeñarse en el reino vecino, cuyos sacudimientos habian de experimentarse con gran fuerza en las provincias de Flandes, y este fué otro de los motivos que le hicieron tomar la resuelta actitud que en otro lugar hemos explicado. Granvelle lo comprendió así mismo, y suplicó al rey que auxiliara á los Franceses á mantener la religion católica. « Bien claro muestran muchos, decia, que no les pesaria de que fuesen mal en aquel reino las cosas de los católicos... y ha sido nuestra dicha que ninguno de estos señores se haya declarado, que si lo hiciera alguno, otro que Dios no pudiera estorbar que lo de aquí no siguiera el camino de Francia (1).» En virtud de estos consejos tan conformes con sus intenciones, Felipe encargó á la regente que levantara dos mil soldados y los hiciera pasar la frontera en auxilio de los católicos franceses; pero esta medida encontró viva oposicion en el consejo de estado. Díjose que no convenia en la agitacion que se observaba sacar tropas del país; que si ellos auxiliaban á los católicos de Francia, podian verse atacados por los protestantes alemanes; que en tales circunstancias habia de apelarse á los estados generales, y la regente, colocada entre dos tendencias tan opuestas, no acertaba á decidirse por ningun partido. A propuesta de los caballeros del Toison resolvió enviar un mensage al rey con encargo de exponerle el estado del país, y poco despues recogió y envió á la reina de Francia cincuenta mil coronas, lo cual sabia que habia de agradarle tanto como los soldados.

Florencio de Montmorency, señor de Montigny, que no se distinguia por su afecto al cardenal, fué el elegido para marchar á Madrid, si bien la gobernadora, que no se fiaba enteramente en él, manifestó á su hermano en una carta particular la agitacion que entre la nobleza reinaba, de la cual hacia principalmente responsables al príncipe de Orange y al conde de Egmont. En la misma prodigaba grandes elogios á la fidelidad y al talento del ministro, y concluia rogándole que desengañara á Montigny acerca de la idea entre el vulgo propalada de que queria introducir en las provincias la Inquisicion de España y atentar á las instituciones nacionales. Tambien el cardenal, á quien los nobles habian ya abiertamente declarado la guerra, escribió por aquel tiempo á Felipe dándole cuenta de los obstáculos que se le suscitaban, y rogándole que fuera en breve á aquellas provincias con dinero y crédito para evitar una catástrofe.

Montigny llegó á España en junio de 1562, y afablemente recibido por el rey, volvió á Flandes con excelentes impresiones. En su relacion al consejo de estado extendióse en la solicitud manifestada por Felipe en favor de los intereses del país; dijo que nada estaba mas lejos de su pensamiento que introducir en las provincias la Inquisicion de España, que su deseo era únicamente extirpar en ellas la heregía creciente, y que si bien muy falto de dinero, prometia volver á Flandes luego de puestos en órden sus asuntos de España. Montigny llevó

(1) Correspondencia de Felipe II, t. I, p. 230.

igualmente despachos de Felipe para la duquesa de Parma, conteniendo instrucciones sobre la política que habia de seguir con los nobles descontentos, entre quienes habia de sembrar la division; decíale que no habia motivo ni razon para aborrecer á Granvelle; que no era cierto que él le hubiese aconsejado la ereccion de obispados, ni mucho menos el establecimiento de la Inquisicion, ni tampoco lo de cortar media docena de cabezas, aunque el rey añadia que *quizá no seria malo hacello.*

Así continuaron por algun tiempo las cosas sin que las diligencias de Margarita lograran dividir y apartar de su comun oposicion al conde de Egmont y al príncipe de Orange. Franco y ardiente el conde tanto como era el príncipe frio, disimulado y político, únicamente los unian sus ambiciosos pensamientos y el enojo que sentian contra las disposiciones del gobierno. No tardó, empero, en agravarse la situacion, y como se habia previsto, las turbulencias de Francia tuvieron en los Paises Bajos inmediato eco. Los protestantes de aquel tiempo formaban una especie de república federativa, ó por mejor decir una gran sociedad secreta que se extendia por toda Europa como una cadena de anillos tan perfectamente unidos entre sí, que vibraba por todas partes é instantáneamente al menor golpe descargado en ella. Los calvinistas de las provincias fronterizas de los Paises Bajos observaban, pues, con interesante atencion los movimientos de sus correligionarios de Francia; gran número de hugonotes se habian refugiado entre ellos, y otros recorrian la comarca propagando sus doctrinas; distribuíanse y leíanse con avidez tratados sobre los nuevos principios, hablábase de despojar de sus bienes á la Iglesia, librando así por muchos años al pueblo de pagar tributos; los predicadores recorrian sin temor villas y aldeas, y los labradores, reunidos en numerosos grupos, cantaban en los campos y en las poblaciones los salmos de David traducidos por Marot.

Tales escenas atrajeron la intervencion inmediata del gobierno; dos predicadores calvinistas fueron presos en Tournai, y despues de formacion de causa condenados y quemados. Otros dos fueron presos en Valenciennes, juzgados y condenados al mismo suplicio, pero como el marqués de Berghes, gobernador de la provincia, habia salido de la ciudad, aplazóse la ejecucion hasta su regreso. Siete meses pasaron así, pues el marqués, que favorecia la causa de los descontentos, no volvia á la ciudad, hasta que por último los magistrados municipales se encargaron de dirigir ellos mismos la ejecucion. Preparado ya todo para llevarla á cabo, y en camino los reos para el lugar del suplicio, amotinóse el pueblo, arrolló á las tropas, se apoderó de los condenados, y llevándolos en triunfo recorrió las calles de la ciudad, cantando los salmos y los himnos de los calvinistas. Semejante audacia excitó gran indignacion en la corte de la regente, y el mismo marqués de Berghes púsose al frente de tres mil hombres de tropas para castigar á los amotinados, muchos de los cuales acabaron su vida en los suplicios.

Estos sucesos y la animosidad creciente contra el ministro Granvelle hacian que á cada momento se presentase mas grave la situacion. Los nobles habian acabado por formar una liga contra el cardenal y por no asistir al consejo, con gran sentimiento de la gobernadora, y por fin resolvieron, antes de apelar á otros extremos, pedir al rey directamente la separacion del ministro, como lo hicieron

en una humilde carta el príncipe de Orange, los condes de Egmont y de Horn en nombre de sus compañeros, por ser ellos los tres señores que se sentaban en el consejo de estado (11 de marzo de 1563). Los confederados permanecieren cuatro meses sin recibir respuesta, y durante este tiempo conservó la situacion los mismos sombríos caracteres. Granvelle en tanto escribia á Felipe excitándole sobre todo á colocar á los Flamencos bajo el mismo pié que los Españoles y á conferirles empleos de importancia en España y en Italia, hasta que por fin en 6 de junio llegó la carta del rey, con tanta impaciencia esperada. En muy pocas líneas Felipe daba gracias á los nobles por el celo que en su servicio mostraban, pero decíales que despues de muy maduro exámen no habia hallado contra su ministro acusacion alguna bastante precisa para separarle del gobierno. Añadia que dentro de poco esperaba visitar en persona los Paises Bajos, y que entre tanto veria con gusto á alguno de los señores para oir de él todo el negocio, pues no era su costumbre condenar á sus ministros sin saber de que eran acusados.

Descontentos los nobles al recibir tan lacónica respuesta, obligaron á la gobernadora á reunir á los caballeros de la órden y á conferenciar con ellos y los demás magnates acerca de la conducta que convenia observar, decidiendo por último enviar á Felipe un segundo mensage en nombre de la corporacion entera. En él expresaban su sorpresa por no haber tomado el rey una definitiva resolucion, cuando únicamente prontas y decisivas medidas podian salvar al país de su ruina; decíanle que no se habian propuesto erigirse en acusadores del cardenal para detallar cargos que podrian probarse fácilmente; que habian esperado que su palabra en este asunto bastaria á S. M., pero que en todo caso el descontento y el desórden que en las provincias reinaban dejaban suficientemente acreditada la incapacidad de Granvelle; exponian haber informado á la regente de su resolucion de no asistir mas al consejo donde su presencia era ya inútil, esperando que S. M. la aprobaria; declaraban su propósito de renunciar á los empleos que les confiriera el gobierno, y terminaban excusándose por el estilo poco cortesano de su carta: «No somos oradores ni retóricos, decian, sino hombres mas acostumbrados á las obras que á las palabras, como sienta á personas de nuestra nobleza (1).» Esta carta fué acompañada de otra á Margarita de Parma, solicitando de ella la convocacion de los Estados generales.

Desde esta época los señores descontentos no volvieron al consejo y la gobernadora, abandonada por los nobles en quienes la nacion tenia gran confianza, quedó sola con el hombre que habia atraido sobre sí el aborrecimiento del país. En tan crítica situacion despachó al rey su secretario íntimo Tomás Armenteros para informarle exactamente del estado de las cosas (12 de agosto). Despues de hablarle del desórden del país, llegaba la duquesa á la contienda entre el cardenal y la nobleza; decia haber hecho todos los esfuerzos imaginables para alcanzar una reconciliacion imposible; reconocia sin rodeos el mérito de Granvelle, su alta capacidad, su experiencia en los negocios públicos, su celo por los intereses del trono y de la religion, pero añadia que conservarle en los Paises Bajos contra la voluntad de los nobles ofrecia gravísimos inconvenientes y exponia las provincias al peligro de una insurreccion. Esta nueva actitud de la regente no

(1) Correspondencia de Guillermo el Taciturno, t. II, p. 47.

tardó en ser conocida ó á lo menos sospechada, y el cardenal, abandonado de todos, excepto de un corto número de partidarios conocidos con el nombre de *cardenalistas*, perdiendo cada dia su influencia sobre la gobernadora, en guerra abierta con la nobleza y detestado por el pueblo, atacado sin cesar en sátiras, libelos y pasquines, hallóse en una de aquellas desesperadas posiciones en que jamás ministro alguno ha podido mantenerse mas de veinte y cuatro horas. Sin embargo, no se desalentó, y en las cartas que entonces escribió al secretario Perez manifiéstase inflexible y decidido á continuar la lucha con todos sus enemigos; cuanto mas arreciaba la tormenta, mas se aferraba á los restos de su fortuna.

La llegada de Armenteros con los partes y las noticias que traia, causó gran sensacion en la corte de Madrid. Perplejo el rey y aficionado á Granvelle, á quien no queria causar el agravio de separarle del gobierno, pidió consejo al hombre que gozaba de toda su confianza, al duque de Alba, lo que no fué sin duda resolucion muy acertada. «Siempre que veo cartas de esos señores de Flandes, dijo el duque, me ahoga la cólera en términos que si no me esforzara por reprimirla, creo que mi opinion pareceria á V. M. la de un hombre frenético.» Considerando que una rebelion contra el príncipe empieza siempre por ataques contra sus ministros, creia el de Alba que no habia de quitarse á Granvelle la administracion de los Paises Bajos; que lo mejor seria hacer de los rebeldes justicia sumaria, pero no siendo esto posible por el momento, pensaba ser lo mejor dividir á los nobles, ganar con favores al conde de Egmont y á sus parciales, mostrar enojo contra aquellos que no eran acreedores á una pena muy fuerte, y en cuanto á los que merecian que se les cortara la cabeza, disimular hasta que pudiera hacerse. El rey aceptó parte del consejo, pero cuanto mas reflexionaba sobre ello, mas conocia ser imposible mantener en su puesto al cardenal. Con todo, como si temiera anunciar esta resolucion, pasábanse los meses y Armenteros no salia de España; parecia que Felipe, como en otras ocasiones de menor importancia, deseaba que los acaecimientos siguieran su curso en vez de imprimirles él una direccion propia. Por fin, instado por su hermana Margarita, despidió á Armenteros en enero de 1564, y entre las instrucciones que le dió, era la mas importante una carta dirigida al cardenal, en que le espresaba que atendiendo á lo que él mismo escribia, opinaba ser del caso que abandonase los Paises Bajos por algunos dias y marchase á Borgoña á ver á su madre con consentimiento de la duquesa de Parma. «De este modo, concluia, mi autoridad y mi reputacion quedarán salvas (1).» Al propio tiempo contestó á los señores con el tono de la magestad ofendida; mandóles ocupar otra vez su asiento en el consejo, y en cuanto á la separacion del cardenal, como si el negocio estuviese aun en suspenso, les manifestaba que lo deliberaria maduramente antes de tomar una decision.

La noticia de la próxima partida del ministro se difundió por el país con la rapidez del rayo, despertando en todas partes universal alegría. En 13 de marzo Granvelle salió para siempre de Bruselas, y los tres magnates, miembros del consejo declararon á la regente su propósito de volver á la asamblea, al propio tiempo que escribian cada uno por su parte á don Felipe protestando de su fidelidad.

---

(1) Correspondencia de Felipe II, t. I, p. 283.

Desde entonces todo cambió: Margarita coloca la confianza que antes dispensaba á Granvelle en sus afortunados rivales, y difícil es reconocer á las mismas personas bajo los distintos colores con que son representadas en sus cartas al soberano. En ellas no cesa de ponderar los servicios prestados por el príncipe de Orange y sobre todo por el conde de Egmont, ruega á su hermano que les manifieste en términos benévolos su agradecimiento, desconfia aun de Granvelle, que por tanto tiempo se habia interpuesto entre el rey y el amor del pueblo, y de su influencia sobre el gabinete de Madrid, y dice que habiendo causado ya alarma el rumor de su próxima vuelta, convendria enviarlo á Roma.

Sin embargo de este perfecto acuerdo entre Margarita y los magnates, la marcha del gobierno no habia quedado del todo libre y desembarazada; la faccion de los cardenalistas, acaudillada en el consejo por el jurisconsulto Viglius y el conde Barleymont, hacia en él gran oposicion, y aun cuando sea muy difícil en el dia decidir con acierto entre los partidos enemigos, asignando á cada uno su parte de responsabilidad, es cierto sí que los empleos se daban al mejor postor, que la hacienda se hallaba en pésimo estado, que el déficit del tesoro ascendia anualmente á seiscientos mil florines, que la heregía se presentaba sin cesar mas invasora, que se producian conflictos entre los varios consejos, y que eran necesarias radicales reformas. A suceder esto en vida del emperador, es seguro que no habria tardado veinte y cuatro horas en montar á caballo y en ponerse en camino para los Paises Bajos; pero Felipe, de naturaleza mas indolente, si era incansable en su gabinete, aborrecia los viages, y así fué que se limitó á escribir á su hermana que procurase vencer la oposicion de los cardenalistas, y que él procuraria ir allá luego que se viese libre de la guerra con los Turcos.

La heregía, hemos dicho, se presentaba sin cesar mas invasora, y el pueblo, inficionado mas y mas de las nuevas doctrinas, entregábase á declarados actos de violencia contra los agentes inquisitoriales. En Brujas, en Bruselas el populacho invadió las cárceles y dió libertad á los presos; en Amberes dispersó á pedradas á la comitiva que acompañaba á un reo al suplicio, y estos hechos, sabidos en Madrid, fueron causa de que enviara Felipe mas severas instrucciones para el castigo de los culpables.

Agregóse á esto la promulgacion de los decretos del concilio de Trento como ley del estado, y otra vez reinó en aquellas provincias general descontento. El clero se quejó de que se atentaba á sus inmunidades; los Brabanzones invocaron sus derechos y privilegios, y el pueblo, que creia ver ciertas relaciones entre la Inquisicion española y los decretos conciliares, proferia denuestos é injurias contra Granvelle, á quien pretendia descubrir bajo aquella maquinacion. En semejante conflicto, el consejo de estado resolvió enviar un comisionado á Madrid para exponer al rey las quejas de la nacion y someterle las medidas que en su dictámen habian de remediar el mal, eligiéndose para este encargo al conde de Egmont, á quien recomendaba al rey su conocida adhesion á la fé católica, al propio tiempo que era, como siempre, muy querido por el pueblo y los magnates.

El conde fué muy bien recibido en Madrid (marzo de 1565); Felipe II manifestó por él una afabilidad que no le era habitual, y los cortesanos obsequiaron á porfía al vencedor de San Quintin y Gravelinas. Admitido varias veces en audiencia por el rey, expúsole las calamidades que afligian á los Paises Bajos

y las disposiciones que proponia el consejo para su remedio, que consistian en la reorganizacion del mismo y en mitigar los edictos contra los reformados, peticion esta que fué acordada á propuesta del príncipe de Orange. Felipe escuchó con agrado las palabras del noble flamenco, y aunque le aseguró de su firme propósito de mantener allí íntegra la fé de sus mayores, no desechó rotundamente sus consejos. Sin embargo, lo que sucedió poco despues puso de manifiesto que Felipe no pensaba retroceder ni un paso en la senda que habia emprendido. Luego de la llegada de Egmont convocó el rey en Madrid una reunion de eminentes teólogos y consultó su opinion sobre la pretension que abrigaban los Paises Bajos de gozar de libertad en materias religiosas. Los teólogos le contestaron que atendiendo á la crítica situacion de aquellas provincias y al peligro inminente de una rebelion contra la corona y de un abandono total de la Iglesia, podia el rey, sin ofensa de Dios, concederles la libertad de cultos. No vió Felipe tan desesperado el estado de las cosas, y sin atender al dictámen de los teólogos, se afirmó mas y mas en su resolucion.

Egmont, empero, ignorante de las verdaderas disposiciones del rey, acariciaba las mas lisonjeras esperanzas. Sus demandas particulares fueron todas satisfechas, y volvió á Flandes deshaciéndose en elogios de Felipe II. Llegado allí en abril de 1565 en compañía de Alejandro Farnesio que, casado ya con la princesa María de Portugal, hija de Eduardo y nieta del rey don Manuel, iba á abrazar á su madre, sus compatriotas, excepto Guillermo de Orange y algunos otros, participaron de buen grado de sus ilusiones y acariciaron la esperanza de que una nueva política prevaleceria en el gabinete de Madrid.

Poco despues del regreso del conde á Bruselas Margarita convocó el consejo de estado para abrir y leer las instrucciones que aquel trajera de Madrid. Despues de un lisonjero elogio del conde, cuya mision habia el rey aprobado, venia la declaracion siguiente categórica y enérgica: «Antes, á ser esto posible, perderia mil veces la vida, decia Felipe, que permitir el menor cambio en materia de religion.» Encargaba, sin embargo, el nombramiento de una comision, compuesta de tres obispos y jurisconsultos, para tratar con los miembros del consejo de estado de los mejores medios de instruir al pueblo en sus deberes espirituales, y además insinuaba que quizás seria bueno sustituir un modo secreto de ejecucion á los suplicios públicos que daban á los hereges motivo de pretender á la gloria del martirio. Nada mas se decia respecto á las reclamaciones de la nacion, pero en una carta particular dirigida á la duquesa, manifestaba el rey no haber tomado decision alguna respecto al consejo de estado, porque la reforma propuesta habia de traer sin duda muchos inconvenientes (1).

Tal fué el resultado de la mision del conde de Madrid, y alterado el pueblo luego que llegó todo á su noticia, clamó contra lo que llamaba perfidia del rey y acusó á Egmont de haber cuidado de sus intereses particulares mas que de los públicos. Como prueba de su buena fé, el conde manifestó su propósito de dimitir cuantos empleos le confiara el gobierno.

Los rigores, por un instante suspendidos, volvieron á empezar de nuevo, y con ellos la resistencia, las quejas y las cartas de la regente á su hermano, in-

(1) Correspondencia de Felipe II, t. I, p. 347.

formándole del descontento de Egmont y del país por las instrucciones llegadas de España, y rogándole, como siempre, que fuera á los Paises Bajos si deseaba conservar en ellos su autoridad. Felipe contestaba á estas cartas raras veces, y cuando lo hacia era en términos vagos y poco satisfactorios. Bien claramente habia mostrado en todas sus comunicaciones que jamás concederia á sus súbditos lo que llamamos ahora tolerancia religiosa, y si no lo declaró de un modo absoluto é inequívoco, fué quizás por temor de excitar las pasiones populares en momentos en que los ánimos estaban ya tan irritados. Pensaba sin duda cansar al pueblo con su actitud fria y reservada, pero es seguro que no conoció en esto el carácter de los Flamencos, tan obstinado y decidido como el suyo.

Aquel mismo año, cediendo por fin á las reiteradas instancias de la regente, mandóse á Granvelle que trasladara su residencia á Roma. Al propio tiempo la comision de reforma nombrada por Felipe, transmitió su dictámen á España; opinábase en él por no introducir cambio alguno en las leyes existentes, y que solo por excepcion podrian los jueces estar autorizados á tomar en consideracion la edad y el sexo del acusado y para conmutar en destierro la pena de muerte en caso de arrepentimiento del reo. Felipe aprobó este dictámen en todas sus partes, y por fin resolvió declarar su voluntad de un modo absoluto que desvaneciera toda duda. En 17 de octubre de 1565 dirigió á su hermana desde el bosque de Segovia la famosa carta que fijó, por decirlo así, el destino de los Paises Bajos. En ella mostraba Felipe su sorpresa porque sus instrucciones hubiesen parecido á Egmont contrarias al lenguage que usara con él en Madrid; su voluntad era no innovar cosa alguna, y queria que los inquisidores dirigiesen la Inquisicion como habian hecho hasta entonces y como les correspondia por derecho divino y humano. En cuanto á los edictos, no era aquella ocasion para introducir en ellos cambio alguno, y los de su padre y los suyos habian de ser fielmente ejecutados. Los anabaptistas sobre todo por sus horribles doctrinas debian de ser rigurosamente perseguidos, y el rey concluia conjurando á la gobernadora y á los señores del consejo que obedeciesen con fidelidad sus órdenes, con lo cual prestarian un gran servicio á la religion y al país.

La publicacion de estas instrucciones causó entre el pueblo indecible sensacion; los descontentos procuraron aprovecharla propalando voces falsas y absurdas sobre el establecimiento de la temida Inquisicion de España, y la imprenta, haciéndose eco de ellos en comedias, sátiras y libelos, transformóse en tremenda máquina de guerra.

En medio de la general fermentacion vióse aparecer en la escena una nueva clase de hombres, importantes por su número, aun cuando no hubiesen tomado parte todavía en los asuntos públicos; tal era la nobleza inferior del país, descendiente de ilustres abuelos y aliada en gran parte con la alta aristocracia; necesitados casi todos y sin otra cosa que la herencia de gloriosas tradiciones ó el recuerdo de mejores dias, atormentábalos un espíritu insaciable é impaciente que les hacia preferible todo cambio, fuese cual fuere, al órden de cosas existente. Dados á la profesion de las armas la paz los mantenia inactivos, y sin principios fijos ni causas de accion bien determinadas, parecian flotar en la superficie de los sucesos, prontos á arrojar á cada momento su peso en la balanza de la revolucion. Veinte de estos caballeros, jóvenes en su mayoría, halláronse durante el

mes de noviembre en Bruselas, en el palacio del conde de Culembourg, partidario de las doctrinas protestantes; su objeto aparente era oir la predicacion de un teólogo flamenco llamado Junius, educado en la escuela de Calvino ; pero el resultado de aquellas juntas fué la formacion de una liga, cuyos principales objetos se consignaron en un escrito conocido con el nombre de *Compromiso* (1). Díjose en este célebre documento que el rey, excitado por malos consejeros, habia introducido la Inquisicion en el país para reducir á este á la miseria y á sus moradores á la servidumbre, y que los confederados se obligaban con solemne juramento á oponerse al tribunal extraordinario bajo cualquier forma que fuese introducido y á protegerse mútuamente en su vida y en sus bienes, protestando no proponerse con ello sino el mejor servicio de Dios y del rey. Muchos nobles y caballeros fueron adhiriéndose al compromiso, entre otros Luis de Nassau, hermano del príncipe de Orange, y el arruinado Enrique de Brederode; varios ciudadanos y comerciantes siguieron el ejemplo, pero las firmas de los magnates fueron muy pocas ó ninguna, si bien es indudable que veian el suceso con cierta satisfaccion.

La duquesa en tanto habia enviado á los gobernadores de provincia las instrucciones de Segovia á fin de que las tomara por norma de su administracion; pero casi todos, y á su cabeza el príncipe de Orange, manifestaron su propósito de no ejecutarlas y de dimitir sus cargos, diciendo que hacer revivir de pronto y ejecutar con todo rigor los antiguos edictos, era exponer al rey á la pérdida de los Paises Bajos. Margarita, abandonada de los hombres en quienes mas confiaba, rogóles encarecidamente que no agravaran con sus dimisiones los peligros del estado, pues que, en efecto, la carestía de víveres, los falsos rumores de que Felipe reclutaba soldados en Alemania para dirigirlos contra Flandes y las conferencias de Bayona celebradas por aquel tiempo entre Isabel y Catalina de Médicis, todo tendia á sembrar en el país vivísima agitacion. De los puertos flamencos salian numerosos emigrados que, protegidos por Isabel de Inglaterra, iban á llevar á Lóndres y á otras ciudades de aquella isla su comercio y su industria, y negras nubes se amontonaban mas y mas sobre el trono de la regente.

En el momento en que la revolucion va á estallar, necesario es que digamos algunas palabras acerca del hombre que acabó por ponerse á su cabeza. El favorito del emperador Carlos, Guillermo, príncipe de Orange, contaba entonces treinta y dos años; una rama de su familia habia dado un emperador á Alemania, y el príncipe al lustre de su cuna añadia las grandes riquezas é inmensa importancia que le daban sus posesiones en Holanda y en el Brabante, á las que se añadian la magnífica herencia de Chalons y el principado de Orange. Sus padres eran luteranos, pero consintieron en que su hijo fuese educado junto á Carlos V en la religion católica, y de ahí habia resultado en él una especie de indiferencia, muy agena de la época, por las cuestiones que se discutian. A diez y ocho años casó Guillermo con Ana de Egmont, hija del conde de Buren, y en 1561, muerta su esposa, contrajo segundas nupcias sin atender á las represen-

(1) Dase á este el nombre de compromiso de Breda porque muchos historiadores, siguiendo á Estrada, dicen haberse reunido en aquella ciudad los nobles que lo firmaron; sin embargo, Prescott, fundándose en respetables autoridades, cuenta el hecho del modo que lo hacemos nosotros.

taciones de Felipe II con Ana de Sajonia, hija de Mauricio, el gran campeon del luteranismo y el traidor amigo del emperador Carlos. A pesar de su carácter franco y jovial y de sus modales afables, sus contemporáneos le llamaban Guillermo el Taciturno por la impenetrable reserva con que encerraba sus secretos en el fondo de su corazon. Nadie como él sabia ocultar sus sentimientos, aun á los que estaban de acuerdo con él, y nadie tenia mas sagacidad para penetrar los agenos. Tal era el hombre que arrancó las provincias de Flandes á la corona de España; en el tiempo en que estamos es casi seguro que no abrigaba todavía idea semejante, y que toda su conducta tenia por objeto, al propio tiempo que satisfacer sus ambiciosos afanes, corregir los abusos del gobierno. Sin embargo, cosa sabida es que los que imprimen el movimiento á las revoluciones no son siempre dueños de detenerlas, y que arrastrados por ellas llega un dia en que, envanecidos por el triunfo, aspiran á un objeto mas elevado que aquel que en un principio se propusieran. Esto sucedió seguramente á Guillermo de Orange.

El invierno pasó sin que la confederacion, cuya existencia ignoró ó fingió ignorar la regente hasta febrero de 1566, hubiese obtenido reforma alguna en la conducta del gobierno. En semejante estado decidieron sus miembros que fuese presentada una exposicion á Margarita en nombre de la nobleza entera por una numerosa diputacion de miembros de la liga, y en 3 de abril doscientos confederados, armados de espadas y pistolas, hicieron su entrada en Bruselas entre el alborozo popular, capitaneados por Brederode y Luis de Nassau, que se hospedaron en la casa del príncipe de Orange. Solicitado y obtenido de la regente el permiso para presentarle su memorial, los diputados fueron recibidos en palacio; Brederode llevó la palabra, y así en el discurso que dirigió á Margarita como en la exposicion que le entregó expresábase en humildes términos el deseo que á la confederacion animaba de aumentar la gloria del rey y el bienestar del país al propio tiempo que de ver convocados los estados generales para que pusieran remedio eficaz á los males de la nacion y de que se suspendieran los edictos en materias religiosas hasta que el rey hubiese manifestado su definitiva voluntad. Al dia siguiente los confederados acudieron de nuevo al palacio y Margarita les comunicó por escrito su respuesta; en ella prometia usar de toda su influencia con el rey su hermano para que accediera á sus peticiones; decia que con acuerdo de su consejo y de los caballeros del Toison habia formado ya un plan para suavizar los edictos, plan que someteria á la aprobacion de S. M.; añadia que aun cuando carecia de poderes para suspender la ejecucion de las leyes, daria á los inquisidores instrucciones para que se mostrasen muy moderados en el ejercicio de sus cargos, y concluia manifestando haber tomado aquellas resoluciones convencida de que los confederados no intentaban cambiar cosa alguna en la religion del país, sino por el contrario mantenerla en toda su integridad. Otros mensages mediaron entre Margarita y los confederados, y suspendidas las causas pendientes, aun no se habian perdido todas las esperanzas de un arreglo conciliatorio.

La semana que pasaron en Bruselas los miembros de la liga fué para toda la poblacion una prolongada fiesta. En un banquete que presidia Brederode explicó que Margarita, que en la primera audiencia pareció desconcertada al verlos en tan gran número, habíase repuesto cuando el conde de Berlaymont, que se

hallaba á su lado, le dijo: « Nada temais, señora, no son mas que un hato de mendigos *(gueux).*» Muchos de los presentes, para quienes, segun dice Prescott, era aquello mucha verdad, se enfurecieron por el ultrage, pero Brederode, tomándolo por la buena parte, gritó que él y sus amigos no se negaban á llevar aquel nombre, puesto que se hallaban dispuestos á empobrecerse en servicio del rey y de su patria. La sala resonó entonces con los gritos de *¡Vivent les Gueux!* El príncipe de Orange y los condes de Egmont y de Horn, que llegaron al fin del banquete, bebieron á la salud de sus amigos en medio de iguales aclamaciones, y aquel nombre quedó en adelante á cuantos hacian oposicion al gobierno y á la Iglesia católica, nombre que la moda procuró justificar imitando en el trage y en las prendas de los confederados el trage y las prendas de los mendigos.

Luego que partieron los confederados (10 de abril), la regente, segun lo habia ofrecido, envió á Madrid al marqués de Berghes y al baron de Montigny para informar al rey de lo sucedido y rogarle que consintiera en las reformas solicitadas por la liga. Felipe recibió afablemente á los mensageros, pero en cuantas audiencias alcanzaron nada pudieron obtener, á no ser la promesa poco satisfactoria de que sus comunicaciones serian objeto por parte de S. M. de la mas atenta consideracion. En tanto, alentados mas y mas los descontentos por las esperanzas que por todo esto habian concebido, cundieron rápidamente las nuevas doctrinas, los predicadores reformistas volvieron á presentarse en público, millares de libros circularon por las aldeas, pues aquellos campesinos sabian leer en su mayor parte, y en breve hasta en las ciudades de mas importancia oyóse la voz de la *religion nueva*, que se atrevió ya á reclamar lugares para la celebracion de su culto. En Amberes llegó á ser tal la audacia y el número de los reformados, que los ciudadanos pacíficos se alarmaron, el comercio y la industria cesaron por completo, y los magistrados, poseidos de terror, pidieron á la regente que trasladase allí su residencia á fin de contener la sedicion, ó enviase el príncipe de Orange que, por su calidad de burgomaestre de Amberes, gozaba entre el pueblo de gran influencia.

Así, pues, el espíritu de rebelion hacia incesantes y grandes progresos, y en vano fué que Margarita reforzara las guarniciones de las plazas, que recordara las terribles penas fulminadas contra los ministros hereges y sus secuaces, que dispusiera ayunos y rogativas para apartar del país la cólera del cielo, y que repitiera sus instancias á Madrid, diciendo á su hermano que vista la inutilidad de sus esfuerzos para impedir los sermones públicos, no le quedaba ya mas esperanza que en Dios y en el auxilio que recibiese de España. En todo este asunto Felipe parece haber tenido por política no comprometerse; sus contestaciones fueron siempre breves y vagas, expresando de un modo general la satisfaccion que le causaba la conducta de la regente, sobre la cual hacia caer en lo posible la responsabilidad de lo que sucedia. En 30 de julio de 1566 dió por fin su contestacion á la embajada de Montigny: dijo en ella que, á pesar de no haberse introducido cambio alguno en las leyes desde el tiempo de Carlos V, procuraria conformarse en lo posible á los deseos de sus súbditos; que sin disgusto veria desaparecer la Inquisicion de los Paises Bajos y ser reemplazada por los poderes inquisitoriales de los obispos; que la modificacion de los edictos, propuesta por Margarita, nada remediaria, en cuanto solo podria contentar al pue-

blo una tolerancia absoluta; que jamás consentiria en la reunion de los Estados generales; que concedia autorizacion para dar una amnistía general en favor de todos aquellos á quienes creyese Margarita dignos de semejante medida (1); que enviaria á la regente una suma suficiente para levantar un cuerpo de tropas alemanas, y por último, que no tardaria en llegar personalmente á Flandes para poner remedio á los males que se deploraban (2).

Estas concesiones del rey, tan limitadas y restringidas, no satisfacieron á los descontentos, quienes durante este tiempo, aun antes de saberlas, habíanse puesto de acuerdo con los hugonotes de Francia y con los luteranos de Alemania y preparado fuerzas para la resistencia. La tempestad de tanto tiempo preparada estalló por fin de un modo terrible á mediados de agosto: en Saint-Omer, en Amberes, en Gante, en Tournay y en otras muchas ciudades amotinóse el populacho; capitaneado por fanáticos sectarios, invadió las iglesias, las entregó al pillaje y al saqueo, y con impío furor destruyó imágenes, holló tabernáculos, destrozó cuadros, todo á los gritos de *¡Vivent les Gueux!* Propagado el movimiento á las provincias del norte, catedrales y capillas, monasterios y conventos, escuelas y hospitales, todo fué devastado por los feroces reformados; los libros y manuscritos fueron arrojados al fuego, las religiosas fueron violadas, y en medio de aquel vandalismo ni aun fué respetada la quietud de los muertos; los sepulcros de los condes de Flandes fueron abiertos á hachazos y sus cenizas arrojadas al viento. Solo en Flandes fueron saqueadas cuatrocientas iglesias, é iguales escenas de sacrílega devastacion se verificaron en Leyden, en Utrecht y en Amsterdam. La regente envió á algunas partes las escasas tropas que podia disponer; exasperados en otras los católicos levantáronse contra las feroces turbas, y se empeñaron entre unos y otros porfiadas y sangrientas luchas.

Los nobles no esperaban tan violenta explosion, pues al provocar el tumulto no habian tenido otra mira que la de asustar al monarca. Sin embargo, quisieron aprovecharse de él, y aunque poniéndose al lado de la regente para reprimirlo, hacerle comprar su cooperacion con duras concesiones. Margarita, que no se consideró segura en Bruselas, pensó refugiarse en la plaza de Mons que por su adhesion sin límites á la fé católica nada habia de temer por parte de los hereges; para ello habia hecho sus preparativos con el mayor secreto, pero el príncipe de Orange y el conde de Egmont la retuvieron como prisionera, y entonces,

(1) Poco despues (9 de agosto), en presencia del duque de Alba y de dos jurisconsultos, declaró el rey no haber dado aquella autorizacion libre ni espontaneamente, y que por lo mismo no se creia ligado por ella y se reservaba castigar á los culpables, particularmente á los autores y cómplices de los pasados desórdenes.—Al propio tiempo, por medio de su embajador en Roma don Luis de Requesens, explicaba su conducta á Pio V, que veia con gran inquietud aquellos sucesos; díjole que en lo de la Inquisicion nada importaba lo que habia ofrecido, porque siendo aquel tribunal puesto por su santidad, era necesario para que aquello se realizara, que lo suprimiera el papa. Prometíale que nunca daria su aprobacion á medida alguna que tendiera á favorecer á los culpables suavizando el castigo de sus delitos; que no perdonaria sino los agravios personales, y asegurábale por fin que antes que sufrir la menor quiebra en lo de la religion y del servicio de Dios, perderia todos sus estados y cien vidas que tuviese, porque ni pensaba ni queria ser señor de hereges. *(Correspondencia de Felipe II*, t. I, p. 446.)

(2) Este viage del rey á los Paises Bajos, tantas veces prometido, fué, al parecer, objeto de burlas y sátiras en España por parte de los cortesanos. El príncipe de Asturias, que tan irreverente se mostraba con su padre, escribió en uno de sus legajos como título: «Grandes y maravillosos viages del rey Felipe,» y en el interior como sumario: «De Madrid al Pardo, del Pardo al Escorial, del Escorial á Aranjuez,» etc. etc.

ya que otra cosa no le era posible, fingió renunciar de grado á su partida. Hizo mas aun: cediendo á la fuerza de las circunstancias, aunque protestando de que lo hacia forzada, expidió un edicto en 23 de agosto declarando que ninguno de los miembros de la liga seria inquietado por los sucesos pasados, y que los reformados podrian tener sus reuniones religiosas en los mismos lugares donde las habian tenido hasta que el rey y los Estados generales lo decidiesen de otro modo, con tal que asistiesen á ellas sin armas y que no molestasen al pueblo católico. Por su parte los señores confederados se obligaron en 25 del mismo mes á auxiliar con todas sus fuerzas á la gobernadora para reprimir los desórdenes y castigar á sus autores, y convinieron en que mientras la regente cumpliese fielmente lo que les habia prometido, tendrian la liga por no hecha y como de ningun valor.

Así estipulado, partieron los señores en distintas direcciones para restablecer el órden en sus gobiernos respectivos. El príncipe de Orange marchó á Amberes, y cediendo á los reformados seis iglesias para su culto, logró libertar á los ciudadanos de los horrores de la anarquía. Igual medida adoptó en las provincias de Utrecht y de Holanda, de que era gobernador, todo con gran pesar y repetidas protestas de Margarita, que conocia ser aquel un fatal precedente para el resto del país. En efecto, el conde de Horn y otros amigos de Guillermo hicieron en sus provincias iguales pactos con los sectarios, y solo el conde de Egmont, celoso católico, restableció por completo su autoridad, sin concesiones de ninguna especie, en sus provincias de Flandes y de Artois.

Merced á los esfuerzos de los nobles, secundados por los confederados, que parecen haber cumplido fielmente las condiciones de su tratado con la regente, el órden pareció restablecerse en él país, y reinó despues de la tempestad un momento de calma. Durante él verificóse un gran cambio en la actitud de los partidos lo mismo que en la política de la corte: los católicos que habian entrado en la liga proponiéndose únicamente la reforma de ciertos abusos, detuviéronse al mirar el término á que aquel camino los conducia. Casi todos abandonaron la confederacion, y esta, reducida á muy escaso número de miembros, sospechosa á los reformados por el tratado que con la regente celebrara, cesó desde entonces de ejercer influencia en los destinos del país. Por su parte Margarita de Parma si habia diferido casi siempre á la opinion de Guillermo de Orange y de sus amigos hasta el punto de seguir una política contraria á sus propias inclinaciones, nunca habia pensado en llegar con ello hasta la tolerancia religiosa; los últimos sucesos abrieron un abismo entre ella y los hombres que por tanto tiempo la habian dirigido, y con el corazon poseido de amargura llamó al presidente Viglius y se arrojó en brazos de los mismos hombres á quienes casi excluyera antes de sus consejos. Desde aquel momento las comunicaciones de Margarita á la corte de Madrid respiran todas violento encono contra Guillermo y sus parciales y hasta contra el conde de Egmont. El príncipe de Orange solicitó entonces permiso para abandonar sus empleos y volver á la vida privada; el conde de Horn hizo igual instancia, y el de Egmont, á quien sus simpatías por la causa de los descontentos hacian perder la confianza del gobierno y su fidelidad para con este excluia de los consejos de los confederados, se mantuvo en un estado de peligrosa vacilacion.

La noticia de lo acaecido en los Paises Bajos causó en Madrid tanta consternacion como en Bruselas. Felipe se hallaba entonces en Segovia enfermo de tercianas, y á pesar del mal y de recibir carta sobre carta con los detalles de lo ocurrido, conservó su calma acostumbrada; rechazando el reposo que su enfermedad demandaba, leyó todas las comunicaciones, tomó nota de su contenido, dió á su consejo las noticias que juzgó mas importantes, y despues de restablecido, asistió varias veces á las discusiones de aquella asamblea.

Dos partidos rivales dividian desde mucho tiempo el consejo y la corte disputándose el poder y la confianza del monarca; á su cabeza estaban el duque de Alba y Ruy Gomez de Silva, príncipe de Eboli, tan altanero y arrojado el uno como prudente y avisado el otro. En el consejo, donde ejercian su principal influencia, veian siempre las cosas bajo diverso aspecto, y Felipe II, aunque en el fondo preferia á Ruy Gomez, se complacia en su rivalidad, pues su carácter receloso veia en ella una prenda de confianza. Esta vez, empero, estuvo unánime el consejo para recomendar al monarca su marcha á los Paises Bajos, si bien creia el duque de Alba y los que seguian su voz que habia de hacerlo á la cabeza de imponentes fuerzas para ahogar la rebelion, y opinaba el príncipe de Eboli que en vez de ese aparato guerrero conveníale mas llegar á aquellas provincias seguido de pacífica comitiva. Como siempre mantuvo Felipe secreta su opinion, y escribió á su hermana para que continuara oponiéndose á la reunion de los Estados generales; anunciábale otra vez su próxima llegada, y añadia que para reprimir los desórdenes del país solo usaria de medios suaves revestidos con la sancion de los Estados, benévolas declaraciones que estaban en contradiccion con las comunicaciones de Montigny y otros flamencos que residian en España, quienes escribian á sus compatriotas que los magnates eran considerados como la causa de todo el mal, que los consejos violentos prevalecian y que la tormenta iba á estallar mas pronto de lo que se pensaba.

Estas noticias manifestaron al príncipe de Orange la necesidad de tomar un partido, y escribió al conde de Egmont invitándole á una conferencia que se verificó en Termonde (3 de octubre). A ella asistieron, además de ambos amigos y del conde de Horn, varios personages de importancia, y parece que el príncipe les manifestó, al hablarles de los preparativos militares de Felipe, que bajo el pretexto de la religion no se proponia el rey otra cosa que subyugar al país. En medio de las contradictorias relaciones que de esta conferencia se han hecho, no es fácil al historiador descubrir la verdad de lo sucedido, mas parece que la mayoría de los magnates, incluso el príncipe de Orange, juzgaron llegado el momento de adoptar enérgicas disposiciones para resistir con la fuerza á toda intervencion armada de Felipe en los asuntos nacionales. Egmont, empero, sea por lo que fuere, se negó á tomar parte en plan alguno de resistencia, y como su popularidad entre el ejército hacia su cooperacion de la mas alta importancia, la conferencia se disolvió sin haber adoptado resolucion ninguna. Sin embargo, algunos de sus miembros tomaron por sí vigorosas disposiciones: Luis de Nassau levantó gente en Alemania; tratóse de enviar treinta mil libros calvinistas á Sevilla á fin de sembrar la heregía entre los Españoles; los nobles y mercaderes de Holanda se obligaron á sostenerse mútuamente, y Guillermo de Orange se convirtió definitivamente al luteranismo para granjearse mas y mas el apoyo de

los protestantes alemanes, que miraban á los calvinistas casi con tanto horror como á los católicos.

Los excesos de la revolucion cayeron como acostumbra suceder sobre los mismos que los cometieron, y cada dia aumentaba mas la fuerza del gobierno; Margarita en tanto esforzábase en salir del humillante camino que habia debido emprender, y sin revocar las concesiones que le fueran arrancadas, rodeólas de restricciones que las hicieron casi ilusorias. Llamó á su lado á las tropas recientemente reclutadas en Alemania, añadió á ellas cierto número de regimientos walones cuyo mando dió á magnates de toda su confianza, excepto el príncipe de Orange á quien tambien empleó para no romper abiertamente con él, y aplicóse con infatigable ardor á los negocios, decidida á aprovechar el buen sesgo que para ella presentaban. Semejantes medidas sumieron á los descontentos en profunda consternacion; comprendieron que cambiados los tiempos habia llegado para ellos el momento de obrar si no querian exponerse á inminentes peligros, y levantaron el estandarte de la rebelion.

Las hostilidades se abrieron en Brabante donde el conde de Meghen vió frustrada su tentativa contra Bois-le-Duc, que se habia negado á recibir la guarnicion. Mas feliz en Utrecht, rindió aquella ciudad sin ninguna resistencia. Los insurrectos tampoco permanecian inactivos en otros puntos del país; quisieron apoderarse de la isla de Walcheren, donde se suponia que habia de desembarcar Felipe II, mas rechazados por la fidelidad de los moradores y atacados poco despues por las tropas reales, empeñóse sangriento combate casi bajo los muros de Amberes. Los rebeldes fueron casi todos acuchillados, y en tanto que esto sucedia, los calvinistas de la ciudad pedian con gritos de furor que se les abrieran las puertas para salir á su socorro, pudiendo al fin ser detenidos por el príncipe de Orange, que se habia puesto á la cabeza de los ciudadanos pacíficos, mediante la promesa de que la ciudad no recibiria guarnicion real (marzo de 1567).

En este tiempo Valenciennes, que tambien se habia negado á recibir guarnicion, era bloqueada por las tropas de la regente, pues Felipe, contra el parecer de su hermana, no habia querido que fuese bombardeada ni atacada á viva fuerza. Parte de aquellas tropas derrotaron cerca de Tournay á una division de tres mil confederados que iban al socorro de Valenciennes, rindieron á Tournay, y volvieron otra vez á sus reales, delante de la ciudad sitiada.

Todo anunciaba que el bloqueo seria largo y costoso, corriéndose además el peligro de verse atacado Noircarmes, el general de Margarita, por los hugonotes de la frontera ó por los *Gueux*, cuyas bandas infestaban el país, y estas consideraciones hicieron ceder á Felipe á las instancias de su hermana, que queria emplear contra la plaza los medios activos de que disponia, si bien recomendándole no recurrir á la violencia hasta haber agotado la persecucion y las amenazas, é impedir en caso de asalto que se causase daño alguno á cuantos no fuesen hallados con las armas en la mano. Para conformarse con las instrucciones del rey envió la regente á Valenciennes al conde de Egmont y al duque de Aerschot con encargo de reducir á los moradores á la rendicion de su ciudad, pero alentados aquellos por las promesas de sus jefes y confiados en sus propios recursos, desoyeron todas las intimaciones, y los sitiadores se prepararon para dar principio á sus ataques. Treinta y seis horas hacia que las baterías de Noircarmes habian

abierto el fuego y en tan corto tiempo habian sido arrojadas á la ciudad mas de tres mil bombas, hecho prodigioso en aquel tiempo. Los moradores comprendieron entonces lo vano de sus ilusiones, y abandonados por los predicadores reformistas que los excitaron á la resistencia, abrieron sus puertas sin condicion ninguna (2 de abril de 1567). Maestricht, Turnhout, Gante, Ipres, Audenarde y otras ciudades que se habian negado á recibir guarnicion en sus muros, siguieron sucesivamente el ejemplo de Valenciennes y se rindieron á Margarita con las condiciones que esta tuvo á bien imponerles. El conde de Meghen restableció asimismo la autoridad real en la provincia de Güeldres, y Aremberg, despues de mas prolongada resistencia, en las de Groninga y de Frisia. En pocas semanas, á excepcion de Amberes y de algunas ciudades de Holanda, las armas victoriosas de la regente ahogaron en todo el país el espíritu de rebelion : el movimiento habia sido prematuro.

Antes de esto Margarita, aconsejada por Viglius y deseosa de tener un pretexto para apartar de sus empleos á los enemigos del gobierno, exigió á los magnates, á los caballeros del Toison y á cuantos ocupaban una posicion oficial juramento de obediencia completa y sin reserva á las órdenes del soberano. Mansfeldt, Aerschot, Meghen y Berlaymont se manifestaron dispuestos á obedecer; lo mismo hizo el conde de Egmont con cierta repugnancia, pero Brederode y los condes de Horn y de Hoogstraeten se negaron á lo que de ellos se exigia, y demitiendo sus empleos se retiraron á sus posesiones. Guillermo de Orange rehusó tambien prestar el juramento alegando diferentes pretextos, y renunciando á sus cargos, partió con su familia para Alemania (30 de abril), que los rumores de la próxima llegada del duque de Alba con tropas españolas le habian infundido gran inquietud acerca de su destino. Egmont no quiso seguir este ejemplo á pesar de las instancias de Guillermo que preveia la deshecha tormenta que iba á desencadenarse contra los nobles flamencos, y cuéntase que antes de partir le dijo el príncipe estas fatídicas palabras: «La clemencia del rey, en que tanto fiais, será vuestra perdicion, y mucho me temo que los Españoles hagan de vuestro cuerpo un puente para entrar en los Paises Bajos.»

La marcha del príncipe causó en aquellas provincias general consternacion; muchos de los que se habian comprometido en los anteriores disturbios se prepararon á seguirle á su destierro, al paso que otros, entre ellos el conde de Horn, se sometieron por completo á la gobernadora. Egmont, como si quisiera hacer olvidar sus vacilaciones pasadas, mostraba extraordinario celo en favor de España y de la Iglesia católica, y llegó á gozar de todo el favor de Margarita. Amberes acabó tambien por someterse, y luego que hubo recibido una guarnicion de diez y seis compañías de infantería, la regente hizo en ella su solemne entrada seguida de los caballeros del Toison, de los magnates y de los magistrados de la provincia. La inconstante muchedumbre la saludó con aclamaciones, y los primeros cuidados de Margarita fueron restablecer el culto católico, reparar las iglesias destruidas, arrasar los templos protestantes, y dar órden en el gobierno político de la ciudad. En ella recibió la gobernadora enviados de los príncipes protestantes de Alemania, que intercedian en favor de los luteranos oprimidos, rogándole poner término á la persecucion que sufrian ; pero Margarita los despidió con muy dura respuesta, excitándolos á cuidar de sus propios asuntos sin mezclarse en los del rey de España.

Las ciudades de Holanda siguieron el ejemplo de Amberes, y todas recibieron guarniciones, algunas de las cuales parece que se entregaron á muy lamentables excesos. El populacho, aficionado siempre al partido que triunfa, unióse entonces á los católicos contra los reformados como antes se habia unido á estos contra aquellos, y reprodujo en muchos puntos las tristes escenas de que fueron los católicos en otro tiempo víctimas como lo eran ahora los hereges. Esto y el terror de que iba precedido el nombre del duque de Alba hicieron que la emigracion á Francia, á Alemania y sobre todo á Inglaterra tomase grandes proporciones, y llegase á despertar las inquietudes de la gobernadora.

Esta no miraba con gusto la llegada del de Alba, que se le habia anunciado algunos meses antes; consideraba que esto era privarla del fruto de sus fatigas, y así vemos que en una carta escrita en mayo de 1567 se queja al rey de la escasa confianza que en ella mostraba y le ruega que acepte su dimision, ya que el órden habia sido restablecido en los Paises Bajos y que la autoridad real estaba en ellos mas afianzada que en tiempo de Carlos V (1). Así era en apariencia; el sombrío genio de la revolucion parecia haberse alejado para siempre, mas para aquellos que conócian el carácter del príncipe de Orange, para cuantos habian estudiado la índole pertinaz de la heregía y el estado religioso y político de Inglaterra, Francia y Alemania, interesadas en promover conflictos á la corona de España, era casi seguro que aquel estado de calma era precursor de nuevas tempestades, que bajo aquel suelo en apariencia tranquilo ardia aun el fuego subterráneo que con repentina y terrible explosion habia de cubrir de ruinas el país entero.

---

(1) Correspondencia de Felipe II, t I, p. 532.

CAPÍTULO VII.

El príncipe don Carlos.—Sus relaciones con los Flamencos.—Proyecto de fuga.—Su arresto.—Su muerte.—Enfermedad y muerte de la reina Isabel.—El duque de Alba es enviado á los Paises Bajos.—Sus poderes.—Prision de los condes de Egmont y de Horn.—Enciéndese otra vez en Francia la guerra religiosa.—Paz de Longjumeau.—Margarita de Parma resigna el gobierno de los Paises Bajos.—Invádelos el príncipe de Orange.—Batalla de Heyliger-Lee—Suplicio de los condes de Egmont y de Horn.—Las Filipinas.—Levantamiento de los moriscos de Granada.—Aben Farax.—Tentativa nocturna contra la ciudad.—Matanza de cristianos.—Muhamad Aben Humeya.—Operaciones militares del marqués de Mondéjar.—Sus victorias.—Operaciones del marqués de los Velez.—Sangrientas escenas en Granada—Enciéndese de nuevo la insurreccion.—Don Juan de Austria.—Es nombrado capitan general de Granada.—Operaciones de la guerra.—Expulsion de los moriscos de aquella ciudad.—Asesinato de Aben Humeya.—Aben Aboo.—Combates en la Vega.—Expedicion de don Juan de Austria á las Alpujarras.—Sitio y toma de Galera.—Tratos para la paz.—Vencimientos y sumision de los moriscos.—Su destino.—Muerte de Aben Aboo.—Casa el rey don Felipe con Ana de Austria.—Liga contra el Turco.—Preparativos de guerra.—Batalla de Lepanto.—Muerte de Pio V.—Gregorio XIII.—Disolucion de la liga.—Guerra de los Paises Bajos.—El príncipe de Orange se retira á Alemania.—El duque de Alba en Bruselas.—Temores de rompimiento entre España é Inglaterra.—Proceso y ejecucion secreta del baron de Montigny.—Los *Gueux* de mar.—Sitio de Mons.—Sucesos de Francia.—Noche de San Bartolomé.—Toma de Malinas.—Toma de Harlem.—El duque de Alba resigna el mando y viene á España.—Sucédele don Luis de Requesens.—Conquista de Tunez.—Recóbranla los Turcos.—Don Juan de Austria en Génova.—Gobierno de Requesens en los Paises Bajos.—Continúa la guerra.—Sedicion de las tropas españolas.—Sitio de Leyden.—Conferencias de Breda.—Campaña de Zelanda.—Muerte de don Luis de Requesens.—Nuevo levantamiento de los Paies Bajos.—Don Juan de Austria gobernador de aquellas provincias.—Estalla otra vez la guerra.—Asesinato del secretario Escovedo.—Muerte de don Juan de Austria.—Le sucede Alejandro Farnesio.—Toma de Maestricht.—Tratado de Arras.—La union de Utrecht.—Sucesos de Francia.—La Liga.—El Escorial.—Cortes de Madrid.—Cortes de Córdoba.—Cortes de Madrid.—Estadística general de los pueblos de España.—Cortes de Madrid.—Cortes de Navarra.—Paz en la península española.—Los consejos reales.—Guardias de Castilla.—Vistas en Guadalupe entre don Felipe y don Sebastian de Portugal.—Expedicion del Portugués á Africa.—Su derrota y su muerte en los campos de Alcázar-Qhibir.—Sucédele su tio el cardenal don Enrique.—Tregua con el Turco.—Negociaciones de Felipe II con Suecia y Dinamarca.

Desde el año 1567 hasta el 1579.

Impórtanos ahora fijar otra vez los ojos en nuestra península de España, donde sucedian acaecimientos de la mas alta importancia para el porvenir de la monarquía. Mientras pasaban en los Paises Bajos los tristes incidentes descritos en el capítulo anterior, un drama no menos lamentable, si hemos de dar fé á los rumores populares, tenia por teatro el palacio mismo del monarca. Aludimos á la muerte de don Carlos, príncipe de Asturias, y á la de la bella cuanto interesante esposa de Felipe II, Isabel de Valois. El afecto que mediaba entre el príncipe y la reina, su fin prematuro y el misterio que lo envuelve, han conspirado con el carácter severo y taciturno del rey para acreditar las mas horribles sospechas acerca de la causa de su muerte, rodeada aun ahora de una oscuridad

que no han podido desvanecer del todo las investigaciones históricas. Por ello esta catástrofe ha sido para la imaginacion inagotable tema, y puede decirse que del dominio de la historia ha pasado á las regiones de la fantasía. Veamos, empero, pues importa mucho, como hemos dicho, á los destinos de la monarquía entonces mas poderosa de Europa, lo que sobre ello han indagado los mas recientes y famosos historiadores.

Mencionado hemos en varios pasages anteriores las malas inclinaciones, la índole aviesa, el carácter impetuoso y violento del hijo de Felipe II y de María de Portugal, malos gérmenes que crecieron con la edad, sin que fueran bastantes á sofocarlos las lecciones de los ayos y maestros que le rodearon. Su salud, por otra parte, nada buena, influia sin duda en su ánimo; bajo el efecto de una calentura intermitente, que le atacó á los trece ó catorce años para no abandonarle hasta su muerte, su inteligencia, que antes parecia clara y despejada, se oscureció en gran parte, su constitucion declinó visiblemente y sus fuerzas disminuyeron hasta el punto de temerse que no llegase nunca á la virilidad. A principios de 1560 se celebraron, como sabemos, las bodas de Felipe II con Isabel de Francia, y aun cuando el príncipe, que asistió á ellas, pudo quizás experimentar cierto despecho al ver esposa de su padre á la encantadora princesa destinada para él antes de la muerte de María Tudor y de la negativa de Isabel de aceptar la mano de Felipe, es del todo inverosímil que Isabel sintiera nacer por un niño de catorce años, enfermizo y débil, la pasion amorosa que ha servido de base á los poetas para cuantas invenciones han producido en este lamentable asunto. Reconocido Carlos aquel mismo año por las cortes de Castilla como heredero de la corona, pasó algun tiempo despues á Alcalá de Henares en compañía de don Juan de Austria, declarado ya hijo del emperador, y de su primo Alejandro Farnesio, los tres casi de igual edad, por ver si aquel cambio de aires mejoraba la salud del príncipe. Allí, en 1562, sucedió á este la desgracia de caer rodando una escalera recibiendo tan gran golpe en la cabeza que sus dias estuvieron en gravísimo peligro; curó por fin, segun unos, por habilidad de sus médicos, y segun otros, por el patrocinio del beato Diego de Alcalá, cuya canonizacion promovió el rey con eficacia desde este suceso; mas con todo, es casi seguro que el cerebro del príncipe quedó bastante lastimado, empeorando su carácter ya harto caprichoso, segun así puede colegirse de las absurdas excentricidades á que se abandonó desde la misma época.

En contraposicion á estas sombras, habia en Carlos varios puntos luminosos que le hacian amable á sus parientes y á sus servidores. Tiepolo, embajador de Venecia en la corte de Madrid en 1567, al propio tiempo que atribuye al príncipe un carácter arrogante y colérico, celebra su amor á la verdad y el fervor con que cumplia sus deberes religiosos. Era además muy caritativo, vivia con gran opulencia y recompensaba con generosidad extrema, no solo á sus propios servidores, sino tambien á los del rey, algunos de los cuales le eran muy adictos. Deseaba tomar parte en la direccion de los negocios, y mostrábase descontento cuando su padre le excluia del consejo, lo que muchas veces sucedia.

De lo dicho parece deducirse que habia en la naturaleza del príncipe gérmenes de generosas cualidades, pero que estos eran fatalmente sofocados por otros funestos morales y físicos. Es cierto sí que Felipe no pudo alcanzar sobre su hijo

el ascendiente que habria debido poseer y que las costumbres libres del príncipe y sus contínuas infracciones del buen parecer abrieron profunda valla entre el padre y el hijo, desconfiando aquel cada vez mas de la capacidad política de este, y tambien la nacion, que habia saludado su nacimiento con alegres aclamaciones, acabó, al saber la desarreglada existencia de don Carlos, por concebir muy legítimos temores acerca de su aptitud para gobernarla. Esto no obstante, por motivos de política ó de afecto muchos soberanos extrangeros ambicionaban una alianza con el heredero de la monarquía española. La reina Isabel, que le profesaba gran cariño, queria darle por esposa su hermana Margarita, de acuerdo en esto con Catalina de Médicis; pero Felipe, si bien procuraba dilatar todo compromiso sobre ello por la escasa confianza que tenia en su hijo, inclinábase mas á la union con Ana, hija de Maximiliano y de María. La princesa Ana, que por fin fué prometida á don Carlos, llegó despues á ser esposa de Felipe II, de manera que por una coincidencia singular casó el padre con las dos mugeres destinadas al hijo.

La revolucion de los Paises Bajos ocupaba entonces la atencion pública en España; dícese que don Carlos tomaba mucho interés por el pueblo de aquellas provincias, y si hemos de creer á Antonio Perez, los Flamencos que vivian en aquel entonces en Madrid le hicieron formales proposiciones para que se pusiera al frente de la rebelion. Berghes y Montigny fueron, segun un autor, los encargados de proponerlo al príncipe, pero esto no está bien acreditado. Consta sí que don Carlos creia que á él tocaba particularmente el gobierno de los Paises Bajos, y la prueba de ello está en su conducta para con el duque de Alba al ser este nombrado en 1567 para mandar el ejército que se dirigia á las provincias. Al presentársele el duque antes de partir, don Carlos se abandonó á la ira y exclamó: «No ireis vos á Flandes, sino yo.» El duque procuró tranquilizarle, y le dijo que aquel viage ofrecia harto peligro para el heredero del trono; que en cuanto á él llevaba por mision pacificar el país y prepararlo para recibir al rey, á quien el príncipe podria acompañar á no ser su presencia necesaria en España. El príncipe tiró entonces de la daga, y precipitándose hácia el duque, gritó: «No, no marchareis; antes os atravesaré el corazon.» Por fortuna era el de Alba mas fuerte que el príncipe, y abrazándose estrechamente con él, evitó el golpe hasta dar lugar á que al estrépito acudieran los gentiles hombres de cámara. Felipe fué informado del caso, y sintió crecer el enojo hácia su desatentado hijo.

Así estaban las cosas cuando el príncipe tomó la fatal resolucion de librarse por medio de la fuga de los males que tambien él experimentaba en aquella penosa situacion. No se sabe de un modo positivo qué país habia elegido para su refugio, y existen dudas entre los Paises Bajos y Alemania, aunque es mas probable esta última suposicion, pues en Viena habria visto á su prometida esposa y hallado á su tia la emperatriz María, que le profesaba particular afecto. Careciendo de dinero para emprender el viage, encargó á un agente confidencial, que formaba parte de su servidumbre, el cuidado de procurárselo mediante empréstitos hechos á diferentes ciudades, paso inconsiderado que manifestaba claramente su ligereza y su inexperiencia.

En medio de estas negociaciones produjose un incidente que arroja viva luz

A. de J. C. sobre las disposiciones interiores de Carlos, y casi es bastante para demostrarnos que estaba sujeto á raptos de locura. «Habia muchos dias, nos dice uno de sus gentiles hombres de cámara, que el príncipe mi señor andaba inquieto sin poder sosegar, y decia que habia de matar á un hombre con quien estaba mal; de esto dió parte al señor don Juan de Austria (este, al parecer, le inspiraba ilimitada confianza), pero sin declararle quien fuese.» Llegaron en esto las fiestas de Navidad de 1567, y era costumbre que los miembros de la familia real comulgasen todos públicamente el dia de Inocentes. El dia anterior por la noche el príncipe se confesó, y el monge con quien lo hizo, al saber su mortal designio, se negó á darle la absolucion. El príncipe se dirigió á otro sacerdote con igual resultado, y entonces convocó hasta catorce frailes de Nuestra Señora de Atocha con otros eclesiásticos, y todos le declararon que sin abandonar semejante proyecto no podia dársele la absolucion. A instancias de uno de los sacerdotes consintió el príncipe en revelar el nombre de su enemigo, y dijo que era el rey su padre con quien estaba mal y le habia de matar. Estas palabras causaron gran conmocion en la asamblea y expidióse á toda prisa un correo al Escorial para informar al monarca de cuanto habia sucedido (1). De cualquier manera que esta relacion se interprete revélanos el desarreglo en que tenia el príncipe sus facultades mentales.

1568 El agente de Carlos regresó de su viage á mediados de enero de 1568 llevando ciento cincuenta mil ducados recogidos en Andalucía. Terminados sus preparativos el príncipe comunicó su proyecto á su tio don Juan de Austria, esperando que le acompañaria en su fuga, pero este, despues de representar inútilmente á su sobrino lo peligroso de su empresa, marchó al Escorial, donde sin duda contó á su hermano lo que acababa de saber. En 17 de enero mandó Carlos al director general de postas que le tuviese preparados ocho caballos para la noche próxima, pero aquel, que concibió sospechas, dejó vacías las caballerizas y dió parte de todo á don Felipe. Sin pérdida de tiempo el rey, que habia ordenado rogativas en varios conventos para implorar la asistencia del cielo en un asunto de gran importancia, consultó con varios teólogos y juristas si podria en conciencia seguir disimulando y aparentando ignorancia con su hijo hasta que tuviera efecto el proyectado viage. El célebre jurisconsulto Azpilcueta, conocido con el nombre de doctor navarro, contestóle negativamente demostrando la inconveniencia y los peligros de tal conducta con sólidas razones y ejemplos históricos, y á esta opinion se adhirió la asamblea entera. El rey partió entonces para Madrid, y los que le vieron el 18 por la mañana en la sala de la audiencia no distinguieron en su rostro impasible señal ninguna de la próxima tormenta. Despues de misa don Juan de Austria visitó al príncipe, y enojado este por lo que supuso que su tio habia revelado á su padre, echaron ambos mano á la espada, debiéndose á los de la antecámara que acudieron al ruido, el que terminara sin sangre aquella lamentable escena.

Desde hacia algun tiempo no se creia seguro el príncipe en el palacio de su padre y tomaba para dormir grandes precauciones. Aquella misma noche, poco despues de las once, el rey acompañado del duque de Feria, capitan de guardias, y de otros cuatro ó cinco caballeros, entró en la cámara del príncipe, cuya puerta

(1) De la prision y muerte del príncipe don Carlos, MS.

habia prevenido al conde de Lerma y á don Rodrigo de Mendoza que tuviesen abierta, llevando además consigo algunos guardias con martillos y clavos. El duque de Feria se adelantó sin rumor hasta la cabecera de la cama y se apoderó de las armas que allí tenia el príncipe. Despierto este, vió á su padre y exclamó saltando del lecho: «¿Qué me quiere V. M.? ¿Qué hora es esta? ¿Quiéreme V. M. matar ó prender?—Ni lo uno ni lo otro, príncipe, contestó el rey, sino lo que ahora vereis.» Y al mismo tiempo los guardias empezaron á clavar las puertas y las ventanas y sacaron de la cámara aquellos muebles de que podia el preso hacer mal uso. El rey confió al duque de Feria y á otros dos gentiles hombres la custodia del príncipe, previniéndoles que no hicieran cosa alguna que aquel les mandara sin conocimiento suyo, so pena de ser tenidos por traidores. A todo esto don Carlos manifestaba gran irritacion y amenazó con quitarse la vida; pero el monarca, sin abandonar su impasibilidad, se apoderó de los papeles de su hijo y salió de la estancia asegurándole que todo aquello se hacia por su bien y remedio. Desde aquel dia, severo aunque respetuosamente custodiado, sin poder salir á sus ventanas cerradas y clavadas, sin comunicacion ninguna con el exterior, el príncipe don Carlos quedó muerto para el mundo.

A la mañana siguiente reunió Felipe los miembros de sus varios consejos y participóles el arresto de su hijo; el servicio de Dios y el bien de sus reinos habíanle inducido, dijo, á semejante acto, y al declararlo así, refiere un testigo presencial, tenia los ojos arrasados en lágrimas. En seguida nombró para juzgar al príncipe una comision especial, compuesta del cardenal Espinosa, del príncipe de Eboli y de un consejero real, el licenciado Bribiesca Muñatones, encargado de dirigir la sustanciacion, siendo el secretario Pedro del Hoyo; uno de los primeros cuidados del tribunal fué mandar á Barcelona por el proceso que en otro tiempo instruyera don Juan II de Aragon contra su hijo el príncipe de Viana.

El arresto de don Carlos causó en España profunda sensacion. Durante algunos dias, para ser el primero en comunicar la noticia á las cortes extrangeras, prohibió Felipe salir de Madrid carruage ninguno de posta, y en 24 de enero dirigió una circular á los miembros del alto clero, á los grandes del reino y á las municipalidades de las ciudades mas importantes, circular que, muy poco explícita, se limitaba á anunciar el suceso y á justificarlo por las consideraciones generales que el monarca habia manifestado á los consejos. Al propio tiempo envió cartas á las principales cortes europeas, cartas que, si bien escritas en estilo muy vago y oscuro, contenian mas insinuaciones que las primeras. La mas curiosa en su conjunto es la que dirigió á su tia la reina de Portugal; en ella le manifiesta que su amor de padre le habia impedido hasta el último extremo llegar á aquel punto, buscando y usando de todos los otros medios para poner remedio en la persona del príncipe; pero que tan adelante habian pasado sus cosas y venido á tal estado, que para cumplir sus deberes de príncipe cristiano para con Dios y para con sus reinos, habia debido recogerle y encerrarle con gran dolor de su alma, siendo tales, dice, las causas que le habian obligado á esta resolucion, que ni él las podria referir ni la princesa escuchar sin renovar el dolor y la lástima. «Solo me ha parescido agora, añade, advertir que el fundamento de esta mi determinacion no depende de culpa, ni inobediencia, ni desacato, ni es enderezada á castigo, que aunque para esto hay suficiente materia, pu-

diera tener su tiempo y su término; ni tampoco la he tomado por medio teniendo esperanza que por este camino se reformarán sus escesos y desórdenes. Tiene este negocio otro principio y raiz, cuyo remedio no consiste en tiempo ni en medios, y que es de mayor importancia y de consideracion para satisfacer yo á la dicha obligacion que tengo á Dios nuestro Señor y á los dichos mis reinos.» Con la misma oscuridad escribió á Zúñiga su embajador en Roma; decíale que aunque era verdad que el príncipe en el discurso de su vida y trato hubiese dado ocasion de alguna desobediencia ó desacato que pudieran justificar cualquiera demostracion, esto no le obligaria á llegar á tan estrecho punto. «La necesidad sola, añadia, muy urgente y precisa, ha producido las causas que me han movido á obrar así con mi hijo primogénito y solo.»

Este ambiguo lenguage, indicando que el arresto de Carlos no era debido á su mala conducta y por otra parte que los intereses de la religion y la seguridad del estado le condenaban á cautiverio perpétuo, puede hacernos creer que la prision del príncipe no reconocia mas fundamento que su locura. Así lo declaró abiertamente el príncipe de Eboli en una carta dirigida por órden de Felipe al embajador de Francia (1); pero si esto era así, ¿cómo disfrazaba el monarca la verdad con términos tan vagos y equívocos, añadiendo la declaracion tantas veces repetida en sus cartas de que tiempo habia de llegar en que explicaria mas claramente el asunto? De ahí tantas dudas y tan varios y diversos juicios como se han hecho acerca de las verdaderas causas de la prision y del proceso del príncipe don Carlos, y seguramente que solo dos documentos, si algun dia se publicasen, darian completa luz acerca de las mismas. Es el uno una carta en cifras dirigida por Felipe á Pio V cuando el embajador Zúñiga le informó de que el papa, poco satisfecho de la comunicacion recibida, esperaba del rey otras explicaciones mas completas, y el otro es el proceso cuyo paradero se ignora (2). Todo queda reducido, pues, á meras conjeturas, mas parece indudable que causas religiosas y políticas fueron las únicas que produjeron este triste acaecimiento. Téngase presente que poco antes de este suceso dispuso Felipe la prision del marqués de Berghes y del baron de Montigny, comisionados flamencos, que Margarita de Parma se habia quejado muchas veces al rey de que sus cartas confidenciales volvian de España á Flandes á manos de los mismos nobles contra quienes se habian escrito, y quizás, si no con todos, daremos con uno de los principales motivos de la desgracia de don Carlos.

Seguia este estrechamente recluido y vigilado y continuaban las actuaciones del proceso, sin que el monarca saliera de Madrid para sus ordinarias expediciones al Escorial ó á Aranjuez. La reina Isabel y su cuñada Juana solicitaron en vano el permiso de visitar al preso en su cárcel (3) lo mismo que la reina de Portugal; el emperador de Alemania escribió á Felipe manifestándole su espe-

---

(1) Carta de Fourquevaulx en Raumer, siglos XVI y XVII, t. I, p. 136.

(2) Dicen unos que el proceso se hallaba en Simancas cuidadosamente custodiado, y que de allí fué extraido por órden de Fernando VII, ignorándose desde entonces lo que ha sido de él. Otros, y entre ellos Lafuente, piensan que pudo estar entre los papeles que Felipe II mandó entregar á las llamas en los últimos dias de su vida.

(3) Esto es indicio y casi prueba de que nada existió de lo que se supone entre Carlos y la reina, pues seguramente que esta no se hubiera atrevido á interesarse ni querer visitar al preso á haberlo sido este por sospechas de mantener con ella ilícitas relaciones.

ranza de que el príncipe se corregiria con el castigo sufrido y de que en breve volveria á ser libre; pero el monarca puso fin á la correspondencia declarando que el matrimonio de su hijo con la princesa Ana no podria ya verificarse y que el príncipe no seria jamás devuelto á la libertad. Don Juan de Austria que se presentó en la corte con vestido de luto, fué reprendido por el rey, quien le mandó tomar de nuevo su ordinario trage. Los diputados de Cataluña, Aragon y Valencia que se dirigian á Madrid para saber la causa de la prision del heredero del trono y solicitar su próxima libertad, retrocedieron al saber el enojo con que serian recibidos, y no tardándose en comprender ser todo aquello un asunto de que no habia de hablarse, en breve quedó, al parecer, tan olvidado como un acaecimiento ordinario.

Carlos sufrió en un principio su desgracia con muy poca resignacion; frenético y fuera de sí intentó varias veces darse muerte, hasta que despues cayó en profundo abatimiento, sin que pudieran sacarle de su sombrío silencio y de su indiferencia las exhortaciones de su confesor. Su salud no tardó en alterarse mas y mas; la calentura inflamó su sangre, y entonces le vemos entregarse á desesperadas extravagancias y desórdenes, como si de nuevo quisiera acabar con su existencia. Dió en beber con exceso agua helada, paseábase descalzo por su estancia inundada de agua, ponia nieve en su lecho, absteníasede comer durante muchos dias, y luego, como para desquitarse de aquel largo ayuno, devoraba en una sola comida lo que hubiera bastado para muchas. Su constitucion no pudo resistir mucho tiempo á semejante régimen; declarósele una disentería, é impotentes los remedios para reanimar una naturaleza extenuada, conocióse en breve ser contados los dias de vida que quedaban al desgraciado príncipe. Sabida por Carlos la fatal sentencia de los médicos, pareció que gozoso olvidaba todos los cuidados terrenos para no pensar mas que en la vida futura. Recibió con gran fervor los sacramentos (21 de julio), perdonó á sus enemigos y manifestó el deseo de ver á su padre antes de morir. Su confesor, empero, disuadió al rey de visitar á su hijo para no turbar la tranquilidad que habia logrado introducir en su ánimo, y Felipe aprovechó un momento en que Carlos se hallaba dormido ó privado de conocimiento para entrar en su estancia; adelantóse poco á poco detrás del príncipe de Eboli y del gran prior Antonio de Toledo, extendió el brazo hácia el lecho y derramando lágrimas dió á su hijo su postrera bendicion. Carlos vivió hasta la madrugada del 24 de julio, en que espiró casi sin agonía, teniendo en sus labios el crucifijo que no apartara de sus manos durante su enfermedad. «Jamás católico alguno, escribió el nuncio del papa, ha muerto mas cristianamente.» Así acabó en la primavera de la vida, á la edad apenas de veinte y tres años, don Carlos, príncipe de Asturias, el heredero del mas grande imperio que habia entonces en la cristiandad.

Esto solo admiten sobre el trágico suceso los historiadores mas concienzudos, fundados en auténticos é indubitables documentos; pero no puede negarse, y así lo prueban las palabras de escritores contemporáneos, que la sospecha de un atentado contra la persona de Carlos se acreditó, no solo fuera del país, sino tambien entre el pueblo y las altas clases de la sociedad española. De ahí las insinuaciones de varios historiadores, que aun atribuyendo á los excesos del príncipe su fin prematuro, parecen aludir á haberse empleado otros medios para

producir aquel desenlace. Otros autores, por lo general extrangeros, pasando mas adelante, hacen morir al príncipe de veneno unos, otros dicen que se le abrieron las venas en un baño, y otros por fin aseguran que fué ahogado con un cordon de seda; pero todo ello, además de ser muy contradictorio, no descansa en fundamentos que deban de ser admitidos por la historia.

El cuerpo del príncipe, revestido con el hábito de San Francisco, fué sepultado con toda pompa en el convento de monjas de Santo Domingo el Real de Madrid, donde estuvo hasta que fué trasladado al panteon del Escorial.

Poco despues de la muerte de Carlos, Felipe se retiró á aquel monasterio, retrayéndose por algun tiempo de la vista de sus súbditos. « Siente su desgracia con el corazon de un padre, escribia el nuncio, pero la sobrelleva con la resignacion de un cristiano. »

Tres meses habian transcurrido apenas de estos desgarradores sucesos, cuando la esposa de Felipe II, Isabel de Valois, siguió al sepulcro al infortunado príncipe (3 de octubre). La coincidencia de estos tristes hechos ha dado ocasion á que se pensara y escribiera por unos que el dolor que experimentó por la muerte de Carlos habíala llevado á la tumba, y por otros que sucumbió víctima del enojo de su ofendido esposo. Nada, empero, en las relaciones de la época españolas ó extrangeras justifica semejantes asertos, y ni una sola mancha oscurece la pura reputacion de Isabel, que si por el carácter del rey y por el suyo propio, modesto y sin ambicion, no llegó á ejercer nunca gran influencia en Felipe, parece haber conquistado en cambio todo su cariño. Además de los autorizados testimonios que tenemos en las comunicaciones de los embajadores franceses acerca del amor, confianza y armonía que reinaba entre los reales consortes, consta que despues que en 1567 dió á luz Isabel á su segunda hija Catalina quedó tan débil que tardó mucho en convalecer, agravándose las incomodidades que experimentaba con un nuevo embarazo, que si causó á la nacion gran alborozo esperando el nacimiento de un príncipe heredero del trono, hizo concebir ya desde un principio las mas graves inquietudes por la salud de la reina. A consecuencia, segun parece, de un error de los médicos, á mediados de setiembre su estado empeoró visiblemente, y despues de recibir los sacramentos, de disponer algunas mandas en favor de sus damas y de tener con su esposo su última entrevista, en la que le recomendó sus hijas y sus servidores y le rogó que viviera en paz con su hermano el rey de Francia, espiró resignada, luego de haber dado á luz á una niña de cuatro meses y medio, que pudo recibir el bautismo para seguir al cielo á la reina que habia sido el ídolo de los Españoles. Ambos cadáveres fueron depositados en el convento de Santo Domingo hasta que fueron trasladados al monasterio del Escorial (1).

Felipe experimentó gran pesar por el fallecimiento de su esposa. Carlos IX de Francia envió al cardenal de Lorena para consolar á su cuñado por aquella pérdida, sin que en sus instrucciones se revelara sospecha alguna acerca de la muerte de su hermana; Catalina de Médicis, por el contrario, mas recelosa, mandó á Fourquevaulx, embajador de Francia, que investigara y le escribiera

(1) Miñana, Lafuente, Prescott y otros escritores de nota, así nacionales como extrangeros que tenemos á la vista, cuentan estos sucesos de la manera que lo hacemos nosotros.

cuanto se decia acerca del asunto. No parece, sin embargo, que el embajador recogiera noticia alguna importante, pues todo se limitaba á rumores populares, único fundamento de las dramáticas versiones que solo hemos insinuado para conocimiento de nuestros lectores. Hasta que otra cosa se descubra, la historia, que desconfia siempre de los dichos que no se apoyan en monumento alguno, ha de considerar la muerte de Carlos y de Isabel resultado natural de sus dolencias y mirarla como dos hechos sin ninguna relacion y del todo independientes entre sí (1).

En tanto habian acontecido graves sucesos en los Paises Bajos, y este sangriento episodio del reinado de Felipe II, que se extiende á todo el tiempo que ciñó la corona, ha de distraer otra vez nuestra atencion. El partido de la violencia habia prevalecido en el consejo del monarca, y al tiempo que Margarita de Parma lograba restablecer, momentáneamente á lo menos, la tranquilidad en el país, Felipe II, profundamente conmovido por los escándalos pasados, tomaba sus disposiciones para confiar á otras manos el gobierno, cuya política iba á ser profundamente variada. Sin interrumpir las declaraciones de su próxima partida, resolvió enviar á las provincias al duque de Alba con tropas nuevamente reclutadas; los veteranos españoles de Lombardía, Nápoles, Sicilia y Cerdeña habian de concentrarse en el Piamonte para esperar la llegada del duque; estableciéronse almacenes de provisiones á regulares distancias en el camino que el ejército habia de seguir, y á todo esto se anunciaba que aquellos preparativos eran precursores de la partida del rey. Todo el mundo en España estaba convencido de que esta se verificaria y hablábase ya de convocar las cortes para la instalacion de una regencia; Pio V fué el único que concibió sospechas acerca de la sinceridad del monarca, y descontento por la apatía que en este asunto manifestara Felipe, envióle un embajador para exponerle claramente sus quejas y lo que él creia sus deberes. Muchos cortesanos no tardaron igualmente en dudar de la marcha del rey, viendo que las semanas pasaban sin que se diera la menor disposicion para llevarla á cabo, y el nuncio del papa escribia en 1.º de setiembre de 1567 ser imposible averiguar la verdad acerca de las intenciones de Felipe en medio de las noticias contradictorias que por la corte circulaban. Si era fácil comprender la política general de Felipe II, no lo era adivinar los medios particulares que habian de servir para realizarla, y á pesar de la luz que arrojan los documentos de que se halla en posesion la historia, es difícil aun ahora saber si el rey fué jamás sincero al hablar de su viage; de todos modos, si lo fué en cierto momento, seguramente que no lo era ya luego de haber decidido la partida del de Alba á las provincias.

El duque fué recibido por el rey en audiencia de despedida el 15 de abril de 1567 en Aranjuez, y en seguida partió sin dilacion para Cartagena, donde se hallaba anclada una armada de treinta y seis naves al mando del genovés Doria. En aquella ciudad esperó durante algunos dias la llegada de sus tropas, y allí mismo recibió los despachos de la corte con su comision de teniente general é

(1) Escritas las anteriores líneas, hemos sabido que M. Gachard, conservador de los archivos del reino de Bélgica, á quien debe mucho la historia de nuestra monarquía en el siglo XVI, ha tenido comunicacion de la carta que hemos dicho haber escrito Felipe II á Pio V sobre la prision de su hijo. Contra lo que se esperaba, aquel documento no ha desvanecido el misterio que aun envuelve este triste asunto, pues no dice sobre él sino lo mismo que ya sabemos.

instrucciones particulares sobre la actitud que habia de tomar en los Paises Bajos, instrucciones tan precisas, á pesar de los extensos poderes que conferian al duque, que este escribió á Felipe quejándose de la escasa confianza que en él se mostraba, y declarando que nunca le habia sucedido, ni aun en tiempo del emperador, ser agobiado con encargos tan minuciosos. La armada se hizo á la vela el dia 27 de abril, pero á consecuencia de frecuentes arribos á varios puntos del litoral de Cataluña, no llegó hasta 17 de mayo al puerto de Savona, ciudad del estado de Génova. La gota que atacara al duque durante el viage se reprodujo en Asti, y el de Alba, que se veia rodeado de nobles genoveses y de enviados de todos los estados italianos, deseosos de prestar homenage al representante de España, hubo de guardar cama durante mas de una semana.

En esto se habian reunido las tropas en el lugar señalado, y restablecido el duque de su enfermedad, se reunió con ellas y las pasó revista. Formaban aquellos tercios un total de diez mil hombres, entre ellos mil doscientos ginetes, pero aunque reducida su fuerza numérica, era aquel ejército muy temible y seguramente, dice Prescott, que no habia en Europa otro que pudiese hacerle frente. La infantería sobre todo componíase de veteranos españoles, acostumbrados á vencer bajo las banderas de Carlos V, y segun dice un testigo presencial, los soldados podian ser capitanes, los capitanes maestres de campo y los maestres de campo generales. Además de los soldados de profesion veíanse en el ejército nobles y caballeros que cansados de tan largo reposo, habian querido recoger nuevos laureles bajo las órdenes del famoso general. Divididas las tropas en tres cuerpos con el duque á la vanguardia, tomaron el camino del Monte Cenis (1); pasaron á seis leguas de Ginebra, sin querer desviarse de su camino para reducir, como deseaba el pontífice, aquella fortaleza de los reformados, y despues de quince dias de grandes trabajos llegaron á las llanuras de aquella parte del antiguo ducado de Borgoña que reconocia aun la autoridad de Felipe, penetrando poco despues en Lorena y en los Paises Bajos (8 de agosto). Un cuerpo de seis mil Franceses siguió siempre á los Españoles en su marcha por aquellos territorios sin inquietarlos en lo mas mínimo, y en honor de nuestra nacion nos toca consignar que en aquel siglo en que soldado y merodeador eran sinónimos, el ejército hizo aquella prolongada marcha con tan admirable disciplina, que en todo el camino no se cometió mas exceso que el hurto de un carnero en Lorena, cuyo autor fué castigado con la muerte. Los escritores contemporáneos nacionales y extrangeros encarecen mucho semejante hecho, tanto mas extraño, dice uno de ellos, en cuanto iban en el ejército gran número de cortesanas, unas á pié y otras á caballo, teniendo una especie de organizacion militar.

En Thionville fué recibido el duque por los señores de Barleymont y de Noircarmes, llegados para saludarle en nombre de la regente y para pedirle de parte de la misma comunicacion de sus poderes. El duque repartió sus tropas en varias ciudades relevando á los walones, y con la brigada milanesa llegó á Bruselas el dia 22 de agosto. La ciudad le dispensó muy fria acogida lo mismo que

---

(1) El duque de Alba no llevó consigo artillería para conservar la libertad de sus movimientos en el paso de las montañas, pero hizo que cada compañía de infantería fuese flanqueada por un cuerpo de soldados, llevando pesados mosquetes con sus soportes, armas que por su peso solo se habian empleado hasta entonces en la defensa de las plazas.

Margarita: esta y el de Alba permanecieron en pié todo el tiempo que duró la plática, y en ella la cortesía y la deferencia del duque no bastaron á vencer la severidad de la regente.

A la siguiente mañana el duque remitió al consejo de Estado copia de los documentos que contenian sus poderes; el primero le conferia el título de capitan general y le daba en calidad de tal una autoridad suprema en todos los asuntos militares. Por el segundo, fechado dos meses despues, se declaraba el país en estado de rebelion y se mandaba al duque combatirla, investigar las causas de las últimas turbulencias y juzgar á sus autores, para lo cual tenia el derecho absoluto de castigar y de hacer gracia; finalmente, un tercer documento posterior de tres meses al segundo, llevando la fecha de 1.° de marzo de 1567, dábale la inspeccion superior sobre los asuntos civiles y militares, y todos, inclusa la regente, habian de acatar sus órdenes como las del mismo monarca. Desde aquel instante quedaba en manos del duque el gobierno del país; el tercer documento equivalia á la destitucion de Margarita.

Así lo comprendió esta, y descuidando enteramente los negocios y quejándose incesantemente del rey en sus cartas, solo pensó en volver á sus estados. El duque, que si curaba poco del odio que podian profesarle los señores flamencos, era muy sensible al de Margarita, quiso calmar la irritacion de la regente protestando que no era su intencion alterar en nada el órden del gobierno, sino ser por el contrario mero ejecutor de lo que ella le preceptuase; pero al propio tiempo que esto declaraba introducia tropas en Bruselas contra el parecer de la regente y daba principio á la construccion de fortalezas bajo la direccion de Paciotti, el mas hábil ingeniero de Europa. Por desgracia observóse en breve un cambio de mal agüero en las maneras de los soldados españoles; en vez de la perfecta disciplina que observaron en su camino, abandonáronse á la licencia mas desordenada; apoderóse el terror de los habitantes, y mientras se ennegrecia mas y mas el horizonte, la emigracion volvia á tomar proporciones considerables.

El conde de Egmont vivia aun en Bruselas al parecer en excelentes relaciones con el de Alba, que con su afabilidad, sus banquetes y sus promesas queria atraer á su lado á cuantos nobles se habian mezclado en los últimos movimientos revolucionarios. Engañado el conde de Horn por estas apariencias, volvió á la capital, y entonces resolvió el duque llevar á cabo lo que hacia tiempo meditaba. En 9 de setiembre convocó una reunion del consejo de Estado en el palacio de Culembourg, á la que asistieron los condes de Egmont y de Horn; tratóse en ella de la fortificacion de algunas ciudades flamencas, y en tanto ocupaban las calles fuertes destacamentos de tropas, la caballería entraba en Bruselas y procedíase al arresto de Backerzeele, secretario del conde de Egmont, y de Van-Straelen, burgomaestre de Amberes y amigo del príncipe de Orange, con quien mantenia seguida correspondencia. Luego que el de Alba recibió estas noticias, puso fin á la sesion del consejo, y en conversacion con Egmont atravesó las salas inmediatas, hasta que en una de ellas Sancho Dávila, capitan de guardias del duque, se acercó al conde á la cabeza de algunos soldados, y en nombre del rey le pidió su espada y le redujo á prision. Egmont, que se vió por todas partes rodeado, no intentó defenderse, y con digna actitud entregó su espada al

capitan, diciendo con amargura que varias veces habia defendido con ella la causa del rey. El de Horn fué preso tambien por el capitan Salinas mientras hablaba con don Fernando de Toledo, hijo del de Alba, y en seguida con numerosa escolta fueron llevados los presos al castillo de Gante, donde quedó una guarnicion española.

Estas prisiones llenaron de terror al pueblo y en pocas semanas salieron del país mas de veinte mil personas. Los caballeros del Toison de oro consideráronlas como una infraccion de los derechos de su órden, y Margarita, con quien nada se habia consultado, envió sin pérdida de momento su secretario á Madrid para repetir al rey sus instancias á fin de que le permitiera resignar la regencia, advirtiéndole que en caso de diferir su contestacion tomaria su silencio por asentimiento y abandonaria el país.

Continuando el de Alba en la política que aquellos sucesos hacian prever, organizó un tribunal de doce personas para entender y fallar en los delitos de rebelion, el cual fué denominado Consejo de los Tumultos (*Conseil des Troubles*) y mas comunmente *Tribunal de Sangre*. «Gracias á Dios, escribia el duque á Felipe II en 4 de octubre, todo está tranquilo en los Paises Bajos.» Tranquilidad ficticia, calma aparente, silencio aterrador que presagiaba grandes tempestades.

El tribunal, compuesto de consejeros de estado y de jurisconsultos de gran reputacion en el país, dió principio á su terrible mision instruyendo causa contra cuantos habian tomado parte en las últimas turbulencias, ya estuviesen ausentes, ya presentes, en cuyo caso eran reducidos á prision. Sus agentes en las provincias andaban á caza de las personas sospechosas, y en breve las cárceles no pudieron albergar mas presos. Los magistrados provinciales y locales se ocupaban con ardor en la instruccion de los procesos, que enviados luego á Bruselas eran revisados por el tribunal extraordinario y luego por el duque, quien sentenciaba en última instancia, sin dejarse guiar mucho por los fallos de los inferiores, en cuanto, como escribia á Felipe II, «los letrados no sentencian sino en casos probados, y como V. M. sabe, los negocios de estado son muy diferentes de las leyes que ellos tienen.» El tribunal, sobrecargado de asuntos, hubo de dividirse en secciones: dos jueces quedaron especialmente encargados de las causas del príncipe de Orange, de su hermano Luis y de los demás magnates que acompañaron á Guillermo á su destierro; la instruccion del proceso contra los condes de Egmont y de Horn se confió á Vargas y á del Rio, dos abogados españoles que por su infatigable aplicacion al trabajo, al propio tiempo que por su severidad y ciega sumision á la voluntad del duque, parecen haber hecho gran papel en el terrible tribunal; los dos consejeros Blasere y Hessels se ocuparon en examinar todas las causas de las provincias.

La confiscacion era una de las penas mas graves y con mas frecuencia aplicadas, pues el duque de Alba repugnaba solicitar auxilios á España y queria que los Paises Bajos se bastasen á sí mismos. No produjo, sin embargo, este medio todo lo que de él esperaba, y entonces propuso al consejo la imposicion de un derecho de uno por ciento sobre todos los bienes muebles é inmuebles; algunos le hicieron presente que sin duda seria este subsidio rechazado por los estados generales; pero el duque contestó que todo estaba en la manera de proponerlo y que él lo

haria de modo que ellos entendieran que aunque se les pedia. era en tal manera que no se habia de dejar de hacer (1).

El príncipe de Orange y los compañeros de su destierro no obedecieron la intimacion del tribunal que les mandaba presentarse en Bruselas, y entonces se apeló al bárbaro medio de prender y enviar á España al hijo del príncipe que muy jóven aun, estudiaba en la universidad de Lovaina, siendo inútiles cuantas protestas hicieron esta y el príncipe contra semejante violacion de sus privilegios y de los mas sagrados derechos. Todo esto hacia crecer cada dia la pequeña corte formada al rededor de Guillermo, que aun conociendo no ser llegada la hora de lanzarse á las batallas, esforzábase, lejos de permanecer inactivo, en interesar en su causa á los príncipes alemanes, en aumentar sus recursos y en prepararse en silencio para la gran lucha que estaba meditando.

Mientras sucedian en las provincias estos acaecimientos, la inmediata Francia veiase de nuevo desgarrada por las contiendas religiosas. París y las principales ciudades eran presa de agitacion perpétua, y cada noche turbaban el reposo de los pacíficos moradores los arcabuzazos que disparaban los hugonotes para dar la señal de sus conciliábulos. En aquel momento los hereges, lanzándose otra vez al campo, habian alcanzado un triunfo momentáneo, y sus fuerzas reunidas habian puesto sitio á la capital donde se hallaban encerrados el rey y Catalina de Médicis. En tan apurado trance pidió esta á Margarita de Parma que le enviara un cuerpo de tropas, y el de Alba, sin vacilar un momento como que sabia las intenciones de Felipe, hizo pasar la frontera á tres mil ginetes flamencos á las órdenes del conde de Aremberg, al propio tiempo que escribia á Catalina que no entrara en pacto alguno con los hugonotes, y que si queria descargar á estos el golpe decisivo, estaba pronto á acudir él mismo á su socorro á la cabeza de quince mil infantes y cinco mil caballos. Catalina, cuya política consistia, como sabemos, en oponer constantemente uno á otro los partidos rivales para dominarlos á todos, no aceptó semejante oferta, y antes que el conde de Aremberg hubiese llegado á París, habíase empeñado ya la batalla de San Dionisio. Montmorency murió en la accion, pero la victoria quedó por los católicos; y sin embargo, como si los hugonotes hubiesen sido vencedores, Catalina celebró con ellos el tratado de Longjumeau, que confirmaba el de Amboise (1568). Indignado por tal resultado el duque de Alba, llamó inmediatamente al conde, cuyos soldados eran por otra parte necesarios en un teatro de mas activas operaciones.

Margarita de Parma salió al fin de la humillante posicion en que la colocaba la autoridad absoluta del de Alba. Su secretario Macchiavelli trájole de Madrid el ansiado permiso para abandonar el gobierno, y como muestra del agradecimiento que conservaba el rey por sus servicios una carta de su hermano elevando la pension de que hasta entonces habia gozado de ocho mil á catorce mil florines. Margarita, á ejemplo de Carlos V, hubiera querido despedirse de su pueblo convocando los estados generales; pero como Felipe no lo consintió, hubo de limitarse á dirigir sus cartas de despido á las principales ciudades. Al propio tiempo escribió al rey inculcándole la necesidad de la clemencia, y terminados sus preparativos, salió de Bruselas y de los Paises Bajos con direccion á Italia en-

1 Documentos inéditos, t. IV, p. 492.

tre las repetidas pruebas de afecto de las ciudades flamencas, que, olvidando las faltas de su gobierno, experimentaron por su partida indecible sentimiento.

El mismo correo que llevó á Margarita el permiso para resignar el mando fué portador del despacho que investia al duque de Alba, con el título de regente y de gobernador general, de cuantos poderes habian pertenecido á la hermana de Felipe. Entonces, libre el duque de la presencia de la regente, llenas las cárceles, terminados los procesos, dióse principio á aquella série de ejecuciones que han dado al nombre del duque tan terrible fama; entonces se realizó lo que, segun el mismo escribia á Felipe, queria que sucediera en los Paises Bajos, esto es *cada uno pensó que á la noche ó á la mañana se le podia caer la casa encima* (1). Valenciennes, Amberes, Gante presenciaron suplicios, sin que por esto cesaran las prisiones. En una sola noche, la del miércoles de ceniza, se prendieron cerca de quinientas personas, que fueron todas ajusticiadas.

Difícil, por no decir imposible con los incompletos datos que poseemos, es calcular el número de los que murieron por la mano del verdugo durante aquella horrible persecucion. Su número, dice Prescott, fué indudablemente muy reducido comparado con el de la poblacion del país, y no igualó ni con mucho al de los soldados que, por decirlo así, vemos caer cada dia en los campos de batalla. Cuando son respetadas las formas legales del procedimiento, la accion de la justicia es relativamente lenta; solo en épocas como la de la revolucion francesa, en que una muchedumbre es tronchada á cañonazos, ó se sumergen en las olas buques llenos de infortunados, recorre la muerte el mundo á pasos de gigante como la peste y la guerra (2). Sin embargo, para comprender lo que padeció entonces el pueblo de los Paises Bajos no basta contar las víctimas que sufrieron el último suplicio: hemos de representarnos el terror de los que quedaban con vida, la confiscacion de bienes y el destierro perpétuo á que fueron condenados en masa cuantos habian abandonado su patria, la sucesiva desolacion del país, la miseria en que se hallaron sumidas aquellas provincias, poco antes tan florecientes, la despoblacion progresiva de sus ciudades y la decadencia de su comercio, mientras que partidas de bandoleros, que se daban el nombre de mendigos *(gueux)* de los bosques, aumentaban con sus excesos y rapiñas la consternacion general.

Como habia de suceder, semejante estado de cosas encendió en muchos pechos el deseo de venganza, y urdiéronse conspiraciones contra la vida del duque, que salieron todas frustradas. En vano el emperador Maximiliano, en nombre de los electores del imperio, intercedió en favor de los Flamencos; Felipe II, inflexible en la conducta que en este asunto se habia trazado, contestóle con las siguientes palabras: «Lo que he hecho era necesario para la tranquilidad de mis pueblos y la defensa de la fé católica; á respetar menos la justicia habríalo terminado todo en un solo dia, y nadie, sabiendo el verdadero estado de las cosas, podrá condenar mi severidad. Y aun cuando por esta causa se aventurasen los estados y me viniese á caer el mundo encima, no quisiera haber obrado de otro modo (3).»

Los Flamencos, descontentos y aterrorizados, tenian sus ojos fijos en el prín-

(1) Correspondencia de Felipe II, t. II, p. 4.
(2) Prescott., *Hist. del reinado de Felipe II*, l. III, c. III.
(3) Correspondencia de Felipe II, t. II, p. 27.

cipe de Orange, quien tampoco deseaba otra cosa que entrar en son de guerra por las fronteras de Alemania. Conocia sin embargo las dificultades que en este camino le esperaban, y procuraba disponerse para mejor vencerlas manteniendo estrecha correspondencia con los príncipes alemanes, con los jefes del partido hugonote en Francia y tambien con el gobierno inglés. El elector de Sajonia y el landgrave de Hesse le prometieron su auxilio; las principales ciudades de los Paises Bajos le enviaron sumas considerables, y con esto y con los recursos que él y sus compañeros pudieron reunir, allegaron á fines de abril un numeroso ejército, compuesto de los mas irregulares y heterogéneos elementos: mercenarios alemanes, hugonotes franceses y campesinos flamencos, ignorantes de la profesion de las armas é incapaces de hacer frente un solo instante á los veteranos españoles. Al propio tiempo que el príncipe levantaba estas tropas, publicó un manifiesto bajo el nombre de *Justificacion*, en el cual se defendia á sí y á su causa de las acusaciones del duque de Alba; atribuia á Granvelle la primera causa de las turbulencias, negaba haber formado ni protegido la confederacion de los nobles, y rechazaba con desprecio la imputacion de haber por motivos de ambicion criminal fomentado la rebelion en un país donde nadie quizás como él tenia tanto que perder. Recordaba sus servicios, los de sus antepasados y la ingratitud con que fueron recompensados por el soberano, y terminaba deseando que S. M. reconociera al fin la inocencia de sus súbditos perseguidos y que se probara que todos los males que estos sufrian eran debidos mas que á ella á malos consejeros.

Consistia el plan de campaña en invadir los Paises Bajos por tres puntos á la vez, por el Artois, por el Brabante y por las fronteras del norte. La primera division fué rechazada por un cuerpo de tropas francesas que Carlos IX enviara al duque de Alba; la segunda, mandada por el conde de Hoogstraeten, fué derrotada por Sancho Dávila con pérdidas considerables, pero la tercera, que estaba á las órdenes de Luis de Nassau, tuvo muy distintos resultados. Mandaba en la provincia de Groninga, que era la invadida, el conde de Aremberg, anciano y valiente oficial formado en el arte de la guerra en la escuela de Carlos V y uno de aquellos tipos caballerescos que sirven de modelo á las generaciones que les sobreviven. Con el tercio español de Cerdeña salió el conde á campaña y halló á los Orangistas, que le esperaban en muy buena posicion; esperando á la caballería del conde de Meghen, quiso diferir el ataque, pero obedeciendo despues á los clamores de sus soldados, los llevó al enemigo. Sus previsiones se realizaron: atacados á la vez por el frente y por el flanco y encerrados en muy estrecho espacio, los Españoles fueron derrotados con pérdida de mil seiscientos de los suyos, de su artillería y de gran parte de los bagajes, y entre los muertos hallóse desfigurado y cubierto de heridas al valeroso conde de Aremberg. Tambien los vencedores compraron caramente su triunfo, y Adolfo de Nassau, hermano de Guillermo, fué una de las primeras víctimas. La batalla de Heyliger-Lee, llamada así por el convento en que se apoyaba la retaguardia de los Flamencos, dióse el dia 23 de mayo de 1568. Al dia siguiente llegó con sus tropas el conde de Meghen harto tarde para vencer, pero no para arrebatar á los vencedores los frutos de su victoria; por medio de una rápida marcha ocupó á Groninga, impidiendo así al de Nassau apoderarse de aquella importante plaza.

La noticia de la batalla causó en el país gran sensacion, y al propio tiempo que reanimó las esperanzas de los descontentos, irritó al duque de Alba tanto mas, en cuanto era debida la derrota á la mala conducta de sus propios soldados. Crítico era el momento y reclamaba prontas y decisivas disposiciones, así es que el duque concentró sus fuerzas y se dispuso á marchar él mismo contra el enemigo. Antes, empero, quiso ver el fin de los procesos mas importantes que en el tribunal pendian, y aunque rodeado de dificultades, teniendo que luchar con la oposicion de todos, jueces, consejeros y comisarios (1), publicóse en 28 de mayo la sentencia contra el príncipe de Orange, su hermano Luis y los señores que con ellos estaban, que fueron condenados todos á destierro perpétuo y á la pérdida de sus bienes en beneficio de la corona. El palacio de Culembourg, donde tuvieran los *gueux* sus reuniones, fué arrasado, y en el lugar que ocupara levantóse una columna con un cartel infamatorio. En 1.° de junio fueron decapitados en la plaza de Bruselas diez y ocho nobles, y el dia siguiente sufrieron la misma pena otros tres, actos que no eran mas que el prólogo de la horrible tragedia que habia de verificarse en breve.

Nueve meses habian transcurrido desde que los condes de Egmont y de Horn fueron encerrados en la ciudadela de Gante, y durante este tiempo habian sido tratados con mayor rigor aun del que lo eran por lo regular los presos acusados de los mas graves delitos. No se les permitia salir de su estancia ni comunicar con su familia, y el secuestro en que fueran puestos sus bienes en la época de su prision, los habia reducido á tal estado de miseria, que sin el auxilio de sus amigos, habrian carecido de lo mas estrictamente necesario. Instruido sin pérdida de momento su proceso, la condesa de Egmont, hermana del elector de Baviera, y la condesa de Horn, señora alemana aliada igualmente con la mas alta nobleza, lograron interesar en su favor á los electores del imperio, á muchos príncipes alemanes y hasta al emperador, quienes escribieron todos á Felipe recordándole los grandes servicios del de Egmont y apoyando las pretensiones de los caballeros del Toison, que pretendian ser los únicos con facultad para juzgar á los presos, como sus pares que eran. El conde de Mansfeldt, el de Berlaymont y hasta el mismo Granvelle imploraron la clemencia de Felipe, pero inflexible este y deseoso de librarse de tantas solicitudes, ordenó al de Alba apresurar el curso del proceso, diciéndole al propio tiempo que la verdad habia de aparecer tan clara que el mundo, cuya atencion estaba fija en el asunto, reconociese la justicia con que ambos á dos obraban.

A fines de diciembre el procurador general Du Bois redactó el acta de acusacion, que contenia noventa cargos, algunos de ellos presentados con notable

(1) En una de sus cartas á don Felipe II, de fecha 13 de abril de 1568, revela el duque bien claro sus apuros con las siguientes palabras: «En los negocios de rebeldes y hereges tengo solo á Juan de Vargas, porque el tribunal todo que hice para estas cosas, no solamente no me ayuda, pero estórbame tanto que tengo mas que hacer con ellos que con los delincuentes; y los co misarios que he enviado á descubrir ningun otro efecto hacen que procurar encubrirlos de manera que no puedan venir á mi noticia. El robo que yo tengo por cierto que hay en las condenaciones, en las haciendas de los culpados, me le imagino tan grande, que temo no venga á ser mayor la espesa de los delitos que el útil que dello se sacará. V. M. entienda que han tomado por nacion el defender estas bellaquerías y encubrirlas, para que yo no las pueda saber, como si á cada uno particularmente les fuese la hacienda, vida, honra y alma...»

extension. El primero y el mas grave dirigido contra Egmont era haber conspirado con Guillermo y los señores desterrados para sacudir la autoridad de España y poner el gobierno en manos de la aristocracia; con este objeto habia declarado la guerra á Granvelle, habia intentado concentrar en un solo consejo los poderes que pertenecian á varios, se habia opuesto á la Inquisicion, habia reclamado la convocacion de los Estados generales, y habia contrariado, en una palabra, en cuanto habia podido la voluntad del rey de España. Acusábasele además de haber favorecido á los sectarios como auxiliares políticos, de haber favorecido la confederacion de los nobles, y sobre todo de haber formado el plan original de ella de acuerdo con el príncipe de Orange y sus amigos. La acusacion contra el conde de Horn constaba de treinta y siete capítulos, análogos á los de la anterior. Los dos condes empezaron por negar la competencia del tribunal insistiendo en que solo podian ser juzgados por los caballeros del Toison; mas al fin, haciendo las convenientes protestas, consintieron en presentar su defensa, en la cual fueron asistidos por un consejo de cinco jurisconsultos. Una decision de Felipe segun la cual la órden del Toison de oro no podia conocer de los crímenes de alta traicion, redujo al silencio á los amigos de los presos, que incesantemente, llevados de su celo y buena amistad, entorpecian el proceso con aquella pretension, pero no por esto dejó la esposa de Egmont de implorar la clemencia del rey y del duque en nombre de sus once hijos en sentidísimas cartas, que no pueden leerse aun ahora sin sentir desgarrado el corazon por aquella inmensa desventura.

Acaeció entonces la victoria de Luis de Nassau, y deseoso el de Alba de ver terminada aquella causa con la muerte de los condes antes de salir á campaña, temiendo que un levantamiento popular franquease á los presos las puertas de su cárcel, publicó un decreto en 1.° de junio diciendo que espirado el plazo concedido á la defensa, no se recibiria en adelante ningun testigo de descargo. El dia siguiente Vargas y del Rio declararon á los condes culpables del crímen de alta traicion y los condenaron á muerte, y el duque confirmó la sentencia. Al considerar las circunstancias particulares de este acaecimiento, parece supérfluo discutir la legalidad del tribunal que juzgó á los dos condes, ni la regularidad de las formas del procedimiento: la causa se siguió realmente en España, que no en Flandes, y es indudable que antes de salir el duque de Madrid habíase ya pronunciado la sentencia de aquellos infelices en el gabinete del monarca.

El dia 2 de junio llegó á Gante un cuerpo de tres mil Españoles con encargo de conducir los presos á Bruselas. Los Ganteses, aunque previeron la suerte que estaba reservada á su antiguo y amado gobernador, no hicieron oposicion ninguna á la salida de los presos, y estos, rodeados de su formidable escolta, emprendieron el camino de Bruselas á donde llegaron durante la tarde del dia 4. Aquella misma noche el obispo de Iprés fué encargado de comunicar al de Egmont la fatal sentencia; el conde, cansado del camino, dormia profundamente al entrar el obispo en su estancia, y al decirle aquel el objeto de su venida, cubrió su rostro horrible palidez y exclamó con profunda emocion: «¡Terrible fallo! No creia que mereciesen semejante castigo las faltas de que puedo ser culpable para con mi Dios y con mi rey. No temo la muerte, que es de todos nuestra suerte comun, pero me espanta la deshonra. Consuélame la esperanza de que mis sufrimientos serán expiacion bastante de mis faltas y de que mi pobre familia no

participará de mi desgracia con la confiscacion de mis bienes; mis pasados servicios me dan derecho para esperar este favor.» Despues de una breve pausa añadió: «Puesto que es la voluntad de Dios y de su majestad que yo muera, procuraré llevar mi suerte con paciencia.» Preguntó luego al obispo si quedaba alguna esperanza, y como este le contestase que ninguna, quiso prepararse inmediatamente para el supremo momento.

Levantóse y se vistió á toda prisa; confesóse con el obispo, recibió devotamente la comunion y manifestó vivo arrepentimiento de todos sus pecados. En seguida escribió á su esposa, á quien no habia visto desde el dia de su arresto, y á don Felipe II, protestando de su lealtad, solicitando su perdon é invocando su amparo en favor de su muger y de sus hijos (1), escritos ambos que entregó al obispo. A las diez de la mañana siguiente púsose en marcha para el lugar del suplicio, acompañado por el buen prelado y por varios capitanes españoles. Las tropas cubrian la carrera y rodeaban con bélico aparato el cadalso que se levantaba cubierto de negro, en medio de la plaza; y entre el fúnebre doblar de todas las campanas de la ciudad, que ofrecia el aspecto de la desolacion, por calles atestadas de aterrados espectadores, sin una casa ni una tienda abiertas, el fúnebre cortejo se adelantaba lentamente. El conde con trage de damasco carmesí, cubierto con una capa española con guarniciones de oro y un sombrero de seda con plumas blancas y negras marchaba con paso firme saludando con afecto y calma á los oficiales sus antiguos compañeros de armas, á quienes veia mandando las compañías españolas. Todos le contestaban con gran respeto y muchos no pudieron contener sus lágrimas. Llegado al cadalso, arrodillóse en los almohadones que estaban preparados, y siguiendo al obispo, rezó con tanto fervor y con voz tan alta, que se oia desde los ángulos mas apartados de la plaza. Cubrióse luego el rostro con un gorro de seda, y poco despues el verdugo separó del cuerpo su cabeza con un solo golpe. Un grito de horror salió de la muchedumbre, y muchos atropellando por entre las filas de los soldados, empaparon sus pañuelos en la sangre que manaba del cadalso. La cabeza fué clavada en una escarpia de hierro. Así murió el vencedor de San Quintin y Gravelinas, y el embajador francés, testigo de la ejecucion, escribió á su corte estas palabras: «He visto caer la cabeza del hombre que por dos veces ha hecho temblar á la Francia.»

A medio dia diéronse las órdenes convenientes para la ejecucion del otro preso. El conde de Horn, hermano del baron de Montigny, almirante de los Paises Bajos y gobernador de Güeldres y de Zutphen, que contaba cerca de cincuenta años, oyó con indignacion la lectura de la sentencia; calmóse al fin, y recibidos los sacramentos, marchó tranquilo al cadalso, vestido de negro, llevando

---

(1) Esta carta decia así: «Señor: esta mañana he entendido la sentencia que V. M. ha sido servido de hacer pronunciar contra mí, y aunque jamás mi intencion fué de tratar ni hacer cosa contra la persona ni el servicio de V. M., ni contra nuestra verdadera, antigua y católica religion, todavía yo tomo en paciencia la que place á mi buen Dios de enviarme; y si durante estas alteraciones he aconsejado ó permitido que se hiciese alguna cosa que parezca diferente, ha sido siempre con una verdadera y buena intencion al servicio de Dios y de V. M., y por la necesidad del tiempo, y así ruego á V. M. me lo perdone y quiera tener piedad de mi pobre muger, hijos y criados, acordándose de mis servicios pasados, y con esta confianza me voy á encomendar á la misericordia de Dios De Bruselas, muy cerca de la muerte, hoy 5 de junio de 1568.—De V. M. muy humilde y leal vasallo y servidor.—Lamoral d'Egmont.»

en la cabeza una capilla milanesa. Arrodillado y rezando el salmo *In manus tuas, Domine*, sometióse á su cruento destino; su cabeza ensangrentada fué puesta en un garfio al lado de la del otro conde, y allí permanecieron por espacio de algunas horas.

El duque de Alba dió parte á Felipe de la ejecucion de la sentencia, é injusticia seria dejar en silencio que varios pasages de la correspondencia del duque demuestran no ser su corazon insensible á la piedad cuando esta no se oponia al ciego cumplimiento de lo que consideraba su deber y no le apartaba del fin que con inquebrantable voluntad se proponia. En su carta de fecha de 9 de junio se lamenta por la muerte de aquellos pobres señores y de haber sido él el encargado de ejecutarla; extiéndese sobre todo en recomendar al rey la virtuosa condesa que con sus once hijos, todos ellos de muy pocos años, habia visitado aquellos dias á piés descalzos todas las iglesias de Bruselas para obtener la vida de su esposo y se hallaba entonces sola y abandonada en el mundo y en la mayor miseria. Felipe no se apresuró á satisfacer en esta parte los deseos de su general, y este pagó anualmente una módica pension á la condesa, que sobrevivió diez años á su marido (1). Con estos sucesos, aterrorizadas las provincias ya que no tranquilas, el duque de Alba se dispuso para salir á campaña contra Luis de Nassau; sin embargo, poco temeria los resultados de la misma ni los avisos que recibia de Alemania acerca del furor producido entre los nobles por el suplicio de los condes, cuando vemos que poco antes escribia á Felipe II estas palabras que revelan al propio tiempo el progresivo decaimiento de la prosperidad del país: «En ninguna manera se puede excusar ni diferir por mas tiempo lo del perdon... para que los súbditos vean que comienza á abrirse la puerta á la clemencia y vayan aquietando los ánimos que ahora tienen desasosegadísimos y tengan paciencia para esperar al general, porque están con tan gran miedo y hanles puesto tan gran terror las justicias que se han hecho, que piensan que ya perpétuamente no ha de ser otro gobierno que por sangre, y mientras tienen esta opinion no pueden en ninguna manera del mundo amar á V. M... Además el comercio de los naturales comienza á enflaquecerse un poco, porque los extrangeros no osan fiarles nada, pensando cada dia que les pueden tomar sus haciendas, y ellos tambien entre sí no osan fiarse el hermano del hermano, ni el padre del hijo...»

Durante el año en que estas cosas sucedieron aumentóse el imperio de Felipe en las regiones de Asia, dándose principio á la poblacion de las islas Filipinas. Don Luis de Velasco, virey de Méjico, dispuso que Miguel de Legaspi, natural de Vizcaya, con dos grandes navíos de carga y otros dos pequeños navegase por el mar del Sur hácia Poniente, siguiendo el mismo rumbo que en otro tiempo llevó Magallanes. El marino con próspera navegacion arribó á una de las islas llamadas de los Ladrones, reconoció otras muchas, siempre en buena armonía con los Indios, y pasando luego á la de Luzon, tomó por fuerza de armas á Manila y se apoderó de otros muchos lugares, sucediéndole todas las cosas á medida de su deseo. Por haberse poblado aquellas islas en el reinado de Felipe II se llaman ahora Filipinas.

---

(1) Muerta la condesa, su hijo primogénito, que tomara parte en la guerra contra los Españoles, fué perdonado por Felipe y repuesto en todos los honores y bienes de sus antepasados.

Un importante episodio de la prolongada lucha que venia sosteniendo hacia tantos siglos la monarquía española contra los Arabes y Moros ha de llamar ahora nuestra atencion. Para comprenderlo bien, repetimos, necesario es que lo miremos bajo el aspecto del sentimiento nacional de la época, y entonces, aun cuando la política del gobierno nos parezca defectuosa y errada, atinaremos sin dificultad en el móvil que la dirigia. Es indudable que nunca la prolongada posesion del territorio constituyó para el musulman á los ojos de los vencidos españoles un título de propiedad, y pasados nueve siglos, en la época en que ahora estamos, los Moriscos sus descendientes eran considerados tan intrusos como lo eran para los Godos las bandas de Tarik y Muza. Mirando desde este punto de vista las disposiciones tomadas últimamente contra ellos por el consejo de Felipe II, si nada pierden de su carácter impolítico, vese disminuir en gran parte su odiosidad.

El último dia de diciembre de 1567 terminaba el plazo señalado para que los musulmanes de Andalucía, conforme al edicto que en otro lugar hemos explicado, dejasen sus trages de seda (1), bajo pena de ser encarcelados. Así se anunció en todas las iglesias y parroquias, y al propio tiempo se dispuso por el presidente de la chancillería de Granada que se empadronaran todos los niños y niñas de los moriscos de tres á quince años para enviarlos á las escuelas, donde habian de aprender la doctrina cristiana y la lengua de Castilla, que cuantos moriscos procedentes de la sierra se habian avecindado en la ciudad salieran otra vez, bajo pena de la vida, para poblar sus antiguos lugares, y que se consideraria como crímen capital toda relacion con los Turcos ó Moros que visitasen la ciudad, aun cuando no fuesen corsarios sino meros mercaderes, disposicion que revela los temores de los Españoles y las sospechas que abrigaban de que los Moros de la Península mantenian peligrosas relaciones con los musulmanes extrangeros. La revolucion en que ardian los Paises Bajos alentó las esperanzas de los moriscos, que, como hemos dicho, adoptaron el partido de la insurreccion luego que vieron desvanecidas sus esperanzas de eludir la ley, y los jefes del Albaicin, de acuerdo con los de la Alpujarra, resolvieron dar el golpe decisivo apoderándose de la ciudad el dia del jueves santo (14 de abril de 1568), en que estarian ocupados los Españoles en sus ceremonias religiosas. Esta resolucion y las disposiciones para realizarla habian sido acordadas á principios del mes de enero, y es claro que un secreto sabido por tantas personas no podia ser fielmente guardado. Rumores de lo que se tramaba llegaron á oidos de las autoridades, y las prevenciones tomadas por estas advirtieron á los moriscos que su plan habia sido descubierto. Entonces aplazaron la ejecucion del mismo para el 1.° de enero de 1569 fiados en cierta prediccion que, á lo que se asegura, se hallaba en sus libros religiosos, y en el entre tanto los del Albaicin se esforzaron en adormecer las sospechas del gobierno, protestando repetidas veces de su cristianismo y fidelidad. Aun entonces el marqués de Mondéjar y otros ilustres personages intercedian por ellos cerca del gabinete de Madrid, pero como cayese en manos del marqués una carta de un Granadino solicitando el socorro de los musulmanes de Berbería, las autori-

(1) Los de algodon por ser los que usaban la clase pobre no habian de ser abandonados hasta trascurridos dos años.

dades dispusieron nuevas medidas, que produjeron nuevos agravios, y todo entre cristianos y moriscos anunciaba un próximo rompimiento. Y no terminó el año sin que se cometieran varios actos de violencia, precursores de la obra sangrienta que se preparaba. En diciembre de 1568 una cohorte de alguaciles españoles con otros ministriles de justicia habian sido muertos en las inmediaciones de Granada, é igual suerte habian experimentado cincuenta soldados que acompañaban á la ciudad varios carros cargados de mosquetes. Farax Aben Farax, que habia ejercido en Granada el oficio de tintorero, en cuyas venas corria sangre de los Abencerrages, y que de acuerdo con los del Albaicin reclutaba gente en la Alpujarra y habia de penetrar con ella en la ciudad sublevada al dia señalado, fué el autor de estos atropellos, y como tenia reunida parte de su gente, creyó peligroso para él diferir por mas tiempo el ataque que meditaba, vista la agitacion que aquellos hechos habian de haber producido en la ciudad. Sin esperar la reunion de fuerzas mas numerosas, púsose al frente de ciento ochenta hombres, y una semana antes del dia convenido, en la noche del 26 de diciembre, bajó á la vega de Granada. El tiempo era horrible y la tempestad se desencadenaba violenta; á favor de la misma logró Aben Farax abrirse paso sin llamar la atencion en los deteriorados muros de la ciudad, y con sus hombres vestidos á la turca para que pareciesen Turcos que venian de socorro, penetró en el Albaicin y trató de despertar á los habitantes. Solo algunos salieron á sus ventanas, pero al saber de lo que se trataba, se apresuraron á cerrarlas otra vez, diciendo á los amotinados: «Idos con Dios, hermanos, que sois pocos y venís sin tiempo.» En vano el exasperado caudillo les echó en rostro con mil imprecaciones su vileza y cobardía; en vano atravesó las calles desiertas destruyendo á su paso crucifijos y otros símbolos de la fé cristiana; en vano profirió el grito de guerra del infiel: «No hay mas que un Dios y Mahoma es su profeta;» los rugidos de la tempestad ahogaban los demás estruendos, y no se dió la voz de alarma hasta que cayó sobre una ronda de cinco ó seis soldados agrupados al rededor del fuego en una plaza. Aben Farax mató á uno de ellos, los demás huyeron, y las campanas de San Salvador echadas á vuelo llamaron á los habitantes á las armas. Acercábase el dia, su gente era poca, y el caudillo moro juzgó prudente emprender su retirada, que verificó á las primeras luces del alba por el mismo sitio que le facilitara la entrada.

Sobresaltados los ciudadanos acudieron para conocer la causa del tumulto, y no fué poco su espanto al saber que los enemigos, como hambrientos lobos, habian girado al rededor de sus casas mientras ellos estaban entregados al sueño. Sin embargo, todo se hallaba tranquilo en el Albaicin, y convencido de ello el capitan general salió con la caballería en seguimiento de los *monfis*. Aben Farax habia penetrado ya en los desfiladeros de Sierra Nevada, y despues de seguir sus huellas durante mucha parte del dia, el marqués abandonó al caer de la tarde aquella persecucion desesperada (1).

Aben Farax y sus compañeros habian llegado al vasto y populoso valle de Lecrin, y á su paso esparcian la noticia de que la insurreccion habia estallado,

---

(1) Marmol, *Rebelion de los Moriscos*, t. I, p. 238; Mendoza, *Guerra de Granada*, p. 45; Miñana, *Cont. de la Hist. de Esp.*, c. VIII.

que el Albaicin se hallaba en movimiento, y llamaban á todos los verdaderos creyentes á empuñar las armas en defensa de la fé. En tres dias apareció levantado todo el país, desde Almería y las fronteras del reino de Murcia al este hasta los alrededores de Velez Málaga al oeste. Viéronse entonces estallar las ardientes pasiones del Arabe y el inextinguible encono que setenta años de opresion habian amontonado en su pecho y que se exhalaba al fin en un grito universal de venganza. El sangriento drama se inauguró con la matanza de cuantos cristianos vivian en medio de la poblacion musulmana, horrible escena que ofreció el espectáculo de una crueldad atroz y refinada, como por fortuna ofrece la historia muy pocos ejemplos.

Las Alpujarras eran en aquella época la residencia de la masa de poblacion morisca, resíduo de la que ocupara gran parte de España durante los siglos medios; allí entre nevadas cumbres hallábanse frondosos valles, revelando el esmerado cultivo que en los dias florecientes del poderío árabe no reconocia rival en Europa. El trabajo paciente de aquellos agricultores habia cubierto las peñas de tierra, y las antes desnudas laderas de la montaña se veian entonces plantadas de vides; una red de canales y canalizos alimentados por los torrentes regaban la tierra, y en las diferentes latitudes que allí se presentaban por la sucesiva elevacion del terreno, la higuera, el granado y el naranjo crecian, por decirlo así, junto al cáñamo del norte y del trigo de los climas mas templados. La falda de las montañas ofrecia abundosos pastos á los rebaños de merinos, y cultivábase la morera para las fábricas de seda, que formaban en el reino de Granada un importante ramo del comercio de exportacion. En sus innumerables aldeas, divididas en doce *tahas* ó distritos, los habitantes de las Alpujarras mantenian una salvaje independencia semejante á la de los antiguos Godos abrigados en Asturias contra los invasores Sarracenos; allí entregados á lucrativo comercio con los Moros de las naciones mediterráneas, y particularmente con los de la costa berberisca, los moriscos españoles guardaban con amor las tradiciones de sus padres y las costumbres, las instituciones domésticas que recordaban los tiempos antiguos. El párroco que en cada aldea habitaba no podia apartarlos de sus amados ritos, y allí, aun mas que en Granada, podia conocerse cuanto tenia de aparente la conversion de aquellos hombres. Este será el teatro de los acaecimientos que nos toca referir ahora.

La revolucion habia dado principio con una tentativa frustrada; los insurrectos no habian logrado apoderarse de la capital, que les hubiera ofrecido excelente punto de apoyo para sus operaciones futuras. Sin embargo, á ser verdad lo que aseguran los cronistas contemporáneos, aquel mal resultado fué debido á no haber comprendido Aben Farax las intenciones de los moradores del Albaicin. Entre estos los habia en gran número dados á la vida regalada y lujosa, que tanto se armoniza con los gustos de su pueblo, y nunca habian pensado en exponer su fortuna á los azares de una lucha personal con un enemigo tan formidable como el rey de España; proponíanse únicamente excitar á los montañeses de las Alpujarras á tomar una actitud hostil para ver si con ella se asustaban los Españoles y retiraban la odiosa pragmática ó á lo menos suavizaban su rigor (1). Si

---

(1) Mármol, *Rebelion de los Moriscos*, t. I, p. 239.

fué así, semejante cálculo dióles por resultado muy profunda decepcion.

Habia entre los moriscos granadinos un jóven llamado Fernando de Córdoba y Valor, descendiente de los antiguos califas Beni-Omeyas, que habia sido caballero veinticuatro de la ciudad de Granada. De agradable fisonomía, de modales seductores y de sentimientos elevados, Fernando, de carácter ligero, habíase entregado á tan locas prodigalidades, que disipado todo su patrimonio, hallábase en vísperas de ser preso por deudas. Tiempo hacia que los moros del Albaicin tenian fijos sus ojos en él como en el hombre que habia de llevarlos al combate al llegar la hora de la insurreccion, y la víspera de Navidad, dos dias antes de la expedicion de Aben Farax, el príncipe logró escaparse de Granada y refugiarse en la Alpujarra cerca de sus parientes en la aldea de Beznar. Sublevado el país, sus compatriotas se agruparon al momento á su alrededor y le aclamaron rey, resultado que el jóven debió principalmente á los esfuerzos de su tio Aben Jahuar, llamado comunmente El Zeguir, que gozando de gran autoridad en su tribu, olvidó sus propios títulos á la corona para emplear toda su influencia en favor de su sobrino. Con el nombre de Muhamad Aben Humeya fué este aclamado por la multitud; el príncipe, revestido de una túnica de púrpura y llevando en las espaldas una banda ó cendal carmesí, se arrodilló sobre cuatro estandartes cuyas lanzas indicaban los cuatro puntos cardinales; con los ojos vueltos á la Meca hizo una corta oracion, y juró solemnemente vivir y morir en defensa de sus súbditos, de su corona y de su fé. Uno de los presentes prosternóse y besó las huellas del nuevo monarca en señal de la sumision prometida por el pueblo, mientras que Fernando era levantado en hombros de cuatro moros y le aclamaban todos soberano de Granada.

Aben Humeya empezó por distribuir los principales empleos militares: nombró á su tio El Zeguir general de su ejército; á Aben Farax, que habia aspirado al trono, hízole su alguacil mayor y le encargó qne fuese á recoger las sumas de dinero procedentes del saqueo de las iglesias cristianas; eligió oficiales para velar sobre las *tahas*, envió mensageros á Africa y á Constantinopla para anunciar la sublevacion y solicitar un pronto socorro, y trasladó luego su residencia al castillo de Laujar en el centro de la montaña, donde quiso que se renovara la ceremonia de su coronacion.

Aben Farax en tanto recorria la sierra en todas direcciones, haciendo que por todas partes se reprodujeran las crueldades pasadas. El fuego, el aceite hirviendo, todos los medios mas horribles de tortura fueron empleados con los cristianos sin distincion de edad ni de sexo; mas de tres mil perecieron de estas horribles maneras en el espacio de seis dias, hasta que por fin Aben Humeya, indignado por la crueldad de su teniente, le intimó que compareciera á su presencia para darle cuenta de los tesoros de que se apoderara. Descontento verdadera ó fingidamente de sus explicaciones, depúsole de su cargo; el feroz Aben Farax se sometió sin murmurar á su voluntad, y desde aquel momento desapareció de la escena para perderse entre la multitud.

La noticia de lo sucedido en las Alpujarras habia sumido al pueblo cristiano de Granada en el dolor y la consternacion. «Estaban las casas yermas, y las tiendas cerradas, nos dice don Diego Hurtado de Mendoza, suspenso el trato, mudadas las horas de oficios divinos y humanos; atentos los religiosos y ocupados en

A. de J. C. oraciones y plegarias, como se suele en tiempo y punto de grandes peligros (1).» Recordando la reciente irrupcion de Aben Farax, temíase con horror una nueva tentativa de los rebeldes; decíase que los montañeses se disponian á bajar á la ciudad y á inundar con sangre cristiana las calles de Granada, así es que mientras unos se refugiaban en la Alhambra y que otros huian al interior del país, no cesaban las rondas de dia ni de noche y dormian todos con las armas al alcance de su mano. No era menos vivo el terror que experimentaban los moros del Albaicin temerosos del encono de los cristianos; ni de dia se atrevian á abandonar sus casas, y sus comisionados se confundian en protestas al presidente Deza, asegurándole de su fidelidad y jurándole que no existia el menor acuerdo entre ellos y los alzados de las Alpujarras.

La llegada de quinientos hombres de tropas regulares y el decidido aspecto que ofrecia la poblacion tranquilizaron por fin á los habitantes y al marqués de Mondéjar, que deseoso de ahogar la insurreccion en su orígen y de libertar si era tiempo aun á los infelices cautivos, se dispuso para llevar la guerra á las mismas Alpujarras. Escribió, pues, á los magnates y á las ciudades de Andalucía para que le enviaran sin dilacion sus contingentes de guerra (2), y despues de avisar el presidente Deza al adelantado del reino de Murcia don Luis Fajardo, marqués de los Velez, para que le secundara en sus operaciones, pudo el de Mondejar salir á
1569 campaña el dia 3 de enero de 1569 á la cabeza de un pequeño ejército compuesto de dos mil infantes y de cuatrocientos ginetes, gente, excepto los caballeros y sus hombres de armas, aunque lucida y bien armada, nueva y poco hecha á la disciplina por razon de la prolongada paz de que habian disfrutado las ciudades andaluzas. Y bien necesaria era la salida del marqués: algunos destacamentos que enviara como vanguardia de su ejército habian sido arrollados en la entrada de las montañas, y la insurreccion tomaba cada dia mas amenazadoras proporciones. El general confió el gobierno general de Granada á su hijo el conde de Tendilla, pero como este no tenia el carácter prudente de su padre y la ciudad era sin cesar atravesada por destacamentos de soldados que marchaban al teatro de la guerra, los Moros del Albaicin se veian de contínuo expuestos á nuevas vejaciones, que no acertaban á conjurar con sus súplicas humildes y respetuosas.

El marqués de Mondéjar, cuyas fuerzas eran incesantemente reforzadas por las milicias de las ciudades, tomó el camino directo que conduce á Sierra Nevada, pasó por el lugar del Padul, y llegó á Durcal en el momento preciso de evitar á su vanguardia una nueva derrota, mas humillante aun que la primera. El enemigo, que le hostigaba por todas partes, era dueño de los principales pasos que á la poblacion conducian, pero ante el grueso del ejército español, se retiró para tomar posicion en la otra parte del puente de Tablate. Era aquel el único paso que unia á las Alpujarras con aquella parte del país, y aunque no habia sido destruido del todo por los Mahometanos, solo quedaban de él algunos maderos

(1) Guerra de Granada, p. 54.

(2) En aquella parte de la Península regia aun la ley feudal que obligaba á las ciudades á velar por la defensa de sus territorios, levantando cuando así se les mandaba cierto número de soldados, cuyo mantenimiento estaba á su cargo por espacio de tres meses. Los seis meses restantes que podia durar la campaña eran pagados la mitad por los pueblos y la otra mitad por el rey.

que hacian peligroso su acceso para un hombre solo cuanto mas para todo un ejército. Así, pues, hallábase este imposibilitado de pasar á la otra parte del profundísimo barranco que detenia sus pasos, y los Moros, formados en el opuesto lado en número de tres mil quinientos hombres, creian hallarse en toda seguridad. En esto un franciscano llamado Cristóbal de Molina, con un crucifijo en la mano y una espada en la otra, con los hábitos cogidos en la cinta y una rodela echada á las espaldas, se metió determinadamente por lo que antes era puente; sus maderos cimbreaban bajo su peso, y en tanto el nutrido fuego de los Españoles mantenia al enemigo á respetuosa distancia. Sin tropiezo llegó el fraile á la opuesta orilla, y entonces muchos soldados se ofrecieron á seguir su ejemplo; hízolo el segundo sano y salvo; el tercero fué á estrellarse en el fondo del precipicio, y uno en pos de otro, con menos pérdidas de las que eran de temer, intentaron todos la peligrosa empresa sin ser inquietados por el enemigo, intimidado quizás por aquella audacia inesperada. Luego que hubieron pasado el puente suficiente número de arcabuceros, Mondéjar puesto á su cabeza los llevó contra los Musulmanes; recibiéronlos estos con un vivo tiroteo, pero aterrados ú obedeciendo al plan de operaciones concebido por su jefe, abandonaron en breve su posicion y se retiraron hácia el interior de las montañas. El marqués pasó aquella noche reparando el puente por el cual pudieron pasar á la mañana siguiente su artillería y sus caballos, y emprendió luego la marcha á pesar de lo borrascoso del tiempo que habia puesto impracticables los caminos, y de las bajas que causaban en sus filas los Moriscos rezagados, que desde las alturas hacian llover sobre sus tropas pedazos de roca y toda clase de proyectiles.

El grueso del ejército morisco, confusa reunion de hombres mal disciplinados y peor armados, fué á acamparse á Lanjaron, á pocas leguas de los Españoles. A aquel punto llegó el marqués á la caida de la tarde, y por esto difirió el ataque para la mañana siguiente; sin embargo, los montañeses abandonaron tambien su posicion durante la noche para huir á las profundidades de la sierra, y entonces se dirigieron los Españoles á libertar el presidio de Orgiba, que se hallaba en el último apuro y extremo despues de sufrir en una torre todos los trabajos de un prolongado sitio. El marqués dejó en aquel punto una reducida guarnicion para proteger los convoyes de víveres que se le dirigian de Granada, y marchó sin pérdida de tiempo en persecucion del enemigo.

Aben Humeya se habia retirado al montañoso distrito de Porqueira, y su ejército, cuya fuerza se habia casi doblado, tenia puesto su campo en el extremo de un peligroso desfiladero llamado el paso de Alfajarali, protegido por el pueblo de Bubion, donde los ricos musulmanes habian llevado como lugar seguro sus mugeres y sus tesoros. Los Españoles, aunque transidos de frio y embarazados con sus cañones y bagajes, llegaron con perfecto órden á la vista del enemigo (13 de enero), y empeñado un furioso combate terminó transcurrida una hora con la total dispersion de los Moriscos; Bubion ofreció á los soldados muy rico botin, y Mondéjar rescató en el pueblo á ciento ochenta cautivas cristianas, destinadas á poblar los serrallos de los príncipes berberiscos. De allí movió el marqués á Pitres de Ferreira, poblacion de alguna importancia y de bastante riqueza, donde fueron libertadas tambien ciento cincuenta españolas; los soldados la entraron á saco, pero el marqués, generoso y humano, prohibió que fuesen mal-

tratadas las mugeres moras, deseando con esta conducta dejar abierto á los Moriscos el camino de la reconciliacion.

Aben Humeya, reuniendo los restos de su ejército, habia tomado el camino de Jubiles, poblacion situada en lo mas agreste del país y defendida por importantes fortalezas. El marqués, que recibió por aquel entonces la triste nueva de haber sido sorprendido y acuchillado el destacamento que dejara en el paso de Tablate, determinó seguir al alcance del rey mahometano. En su marcha á través de aquellas regiones desoladas que ofrecian el horrible aspecto de un invierno polar, sufrieron las tropas toda clase de fatigas y trabajos; muchos soldados murieron helados, algunos desaparecieron entre la nieve, y tambien los musulmanes, que habian trepado á las cumbres mas inaccesibles de la montaña, vieron morir á sus mugeres é hijos de frio y de miseria. Aben Humeya no se atrevió á esperar á los cristianos en Jubiles, sino que se dirigió á Paterna, su principal residencia, y el marqués á su llegada á la plaza encontró en ella mas de dos mil mugeres moras que acompañaran al ejército en su retirada, y á unos trecientos hombres que, extenuados por los años ó las enfermedades, habian debido de ser abandonados por sus compatriotas. Los Españoles hallaron además en Jubiles gran número de cautivas cristianas, quienes les hicieron un desgarrador relato de los horrores que presenciaran y de la matanza de sus padres, de sus esposos y hermanos. El marqués mandó ampararlas y proveer lo necesario á su miserable estado, al propio tiempo que tomaba disposiciones para proteger á los prisioneros moros contra el furor de sus soldados. Encerrados parte en la iglesia y custodiados los otros en la plaza, transcurrieron sin novedad las primeras horas de la noche, hasta que un soldado quiso llevarse consigo á una jóven. Su amante ó pariente, que se hallaba disfrazado junto á ella con vestidos femeniles, clavó su daga en el pecho del cristiano, cuyos gritos despertaron á sus compañeros. Entonces entre la oscuridad dió principio á una horrible escena de matanza, y solo pudieron librarse del furor de los soldados los moros que se hallaban en la iglesia. El marqués de Mondéjar no vió impasible tamaña crueldad, y mandó ahorcar á tres soldados que aparecieron ser los mas culpables.

Desde aquel mismo punto envió el general á Granada bajo respetable escolta á las cautivas cristianas que en número de ochocientas seguian el ejército. Aquellas mugeres, muchas de ellas acostumbradas al regalo, aquellos pobres niños demacrados fueron recibidos en la capital con llanto y toda clase de demostraciones de afecto. La marquesa de Mondéjar, el arzobispo y los habitantes todos, se apresuraron á proveerlos de lo necesario, y los moros del Albaicin sentian crecer sus temores á medida que se difundia por la ciudad el relato de sus sufrimientos.

Antes de salir de Jubiles presentáronse al marqués diez y siete moros que figuraban entre los principales de aquella parte del país, con objeto de implorar su amparo y de justificarse de toda participacion en la guerra empeñada. El marqués, fiel á sus principios, concedióles salvoconducto, encargándoles que dijeran á sus compatriotas la manera como habian sido recibidos y los excitaran á volver á la antigua obediencia. Semejante acto, tan opuesto al sentimiento de los Españoles, fué para los soldados nueva causa de descontento, y segun el historiador Mármol, era tan grande la tristeza en el campo como si se hubiera

perdido la jornada. Sin embargo, no tardaron en conocerse los felices efectos de esta política, pues apenas emprendida otra vez la marcha gran número de rebeldes y muchas poblaciones se apresuraron á someterse solicitando gracia por su pasada conducta.

En tanto Aben Humeya, retirado en Paterna en medio de sus mugeres y de sus guerreros, sentia vacilar su efímero trono de rey de las montañas. La division se habia introducido en los suyos, y mientras unos opinaban por someterse, querian otros, y entre estos algunos aventureros africanos que se habian distinguido por su crueldad contra los Españoles, pelear hasta el último trance. Aben Humeya parecia querer abrazar este último partido y mandó dar muerte á su vista al padre de una de sus mugeres, acusado de estar en tratos con los cristianos; mas desalentado al fin por las funestas noticias que sin cesar recibia, envió un mensage al marqués de Mondéjar diciendo estar pronto á someterse con tal que se le diera tiempo de reducir á los sublevados. El marqués, aunque no accedió á ello, detuvo el ardor de su marcha y entró en negociaciones con el rey de los Moriscos, negociaciones que al fin vinieron á quedar frustradas por haberse empeñado una imprevista lucha entre un destacamento español y algunas fuerzas enemigas. La batalla se hizo en breve general; Aben Humeya se internó en Sierra Nevada seguido de unos pocos, y los suyos quedaron completamente derrotados (27 de enero). Paterna fué saqueada, pero ni esto bastó á calmar el descontento de los soldados por haberles impedido el marqués perseguir á los fugitivos y maltratar á los cautivos, entre los cuales se hallaban la madre, dos hermanas y una de las mugeres del príncipe moro. Ya antes de esto, dudoso el marqués de lo que habia de hacer con los prisioneros, consultó el caso con el gabinete de Madrid; Felipe lo sometió al consejo de Estado y pidió parecer á la chancillería de Granada, y por último se decidió, fundándose en un cánon de los concilios toledanos relativo á los Judíos, que los Moriscos por su rebelion habian merecido ser reducidos á servidumbre. El rey eximió, sin embargo, de esta rigurosa disposicion á los varones menores de diez años y á las hembras que no llegasen á once, los cuales habian de ser criados en las doctrinas de la verdadera fé (1).

En un mes de trabajosas y difíciles operaciones el marqués habia pacificado casi toda la Alpujarra, y solo una plaza de cierta importancia resistia aun á sus armas victoriosas; la fortaleza llamada las Guájaras, situada en las llanuras de Salobreña, en el camino de Velez-Málaga, sobre una escarpada roca, estaba ocupada por cierto número de feroces montañeses, que eran el terror de los lugares circunvecinos. El marqués salió de Ugijar el dia 5 de febrero á la cabeza de todo su ejército considerablemente aumentado con la llegada de nuevas compañías, y á marchas forzadas se adelantó hácia Guájaras. Su primera tentativa para apoderarse de la plaza fué vigorosamente rechazada con pérdida de muchos y buenos capitanes, y no fué mas feliz en el ataque que intentó al siguiente dia. Sin em-

(1) Mientras se discutia esta cuestion, Jubiles cayó en poder de los Españoles, y el marqués, no atreviéndose á dar libertad á las prisioneras hechas en la poblacion en número de mas de mil, entrególas á tres moros principales de la tierra para que estos las diesen á sus padres, esposos y hermanos, á condicion de volverlas cuando les fuesen pedidas. En cumplimiento del edicto real fueron reclamadas despues por los Españoles, y todas fueron devueltas con admirable buena fé para ser vendidas en la plaza de Granada.

bargo, El Zamar, caudillo de la guarnicion, que carecia de municiones y de víveres, comprendió la imposibilidad de continuar la defensa, y á la caida de la noche bajó con los suyos por horribles despeñaderos y deslizóse sin ser apercibido hácia las Albuñuelas, dejando únicamente en el fuerte los ancianos y enfermos, incapaces de seguirle en su peligroso camino. Al dia siguiente los Españoles ocuparon la plaza sin encontrar resistencia, y Mondéjar, ya obedeciera á la voz de su furor al considerar las pérdidas experimentadas, ya á la de su debilidad, deseoso de acallar lo que de su trato humano y afable se decia en el ejército, en Granada y hasta en el consejo del monarca, mandó pasar á cuchillo á cuantos halló en el fuerte sin perdonar á ninguno, á pesar de los ruegos que le fueron dirigidos por muchos de sus caballeros (1).

Arrasados los muros de Guájaras, el marqués volvió á su cuartel general de Orgiba. Torres y poblaciones habian caido en su poder, sus armas habian alcanzado por todas partes la victoria, y solo le faltaba la captura de Aben Humeya, el reyezuelo de las Alpujarras, pues en tanto que este se hallase libre, la insurreccion, entonces reprimida, podia á cada instante encenderse de nuevo. Sabíase que el príncipe morisco, seguido de muy poca gente, vagaba por los desiertos de Sierra Nevada, y el marqués envió dos destacamentos para descubrir su retiro y apoderarse de su persona. Uno de ellos tuvo aviso de que se hospedaba en casa de su pariente Aben Aboo, uno de los moros que habia obtenido salvoconducto de Mondéjar despues de la jornada de Jubiles; los soldados rodearon la casa, y sin la detonacion de un arcabuz que se disparó casualmente, habríanse apoderado sin duda de la persona del fugitivo. El Zaguir se escapó saltando por una ventana; Aben Humeya escondióse detrás de la puerta que el mismo abrió y por la cual se precipitaron en tropel sus perseguidores, pudiendo en seguida evadirse á favor de la oscuridad. Aben Aboo fué aplicado al tormento para que declarara donde se escondia el rey, y los Españoles, sin haber podido averiguar cosa alguna, volvieron al campamento con varios prisioneros que el marqués hizo poner en libertad por ser de los que gozaban de seguro.

Mientras la victoria coronaba así las armas del marqués de Mondéjar, la guerra devastaba con mas furor aun la vertiente oriental de las Alpujarras, habitada por una belicosa raza de montañeses que amenazaban bajar á Almería y á las ciudades inmediatas, cuyos moradores vivian en incesantes alarmas. Para calmarlas el presidente Deza se dirigió, como sabemos, al marqués de los Velez, adelantado de Murcia, rogándole que secundara por aquella parte las operaciones de la guerra, y si bien Mondéjar y sus amigos llevaron muy á mal semejante paso, que consideraron un agravio hecho á la autoridad del capitan general de Granada, ha de reconocerse que la intervencion de Fajardo, aun cuando fué orígen de rivalidad entre los dos caudillos, produjo el bien de cortar á los rebeldes por una parte la comunicacion con el mar, imposibilitándolos de recibir refuerzos de los Africanos, y por otra con el país de Valencia para que no pudiesen sublevar á sus hermanos de aquel reino. Don Luis Fajardo, marqués de los

(1) Marcos el Zamar fué hecho prisionero mientras, llevando en brazos á su hija, divagaba por el monte, extenuado de hambre y de fatiga. Llevado á Granada, fué ajusticiado por órden del conde de Tendilla.

Velez, de ánimo duro, de carácter altivo y de inflexible voluntad, formado en el arte de la guerra en la escuela del emperador, no perdió tiempo al recibir la invitacion de Deza, y con sus parientes, amigos y vasallos y las milicias de los lugares de aquella tierra, valientes pero indisciplinadas, metióse por la sierra de Filabres resuelto á ofrecer inmediatamente el combate al enemigo (4 de enero).

Los límites de la presente historia no nos permiten enumerar los incidentes de una campaña que en general se asemeja á la que acabamos de referir. Baste saber que Felipe II envió sus despachos al de los Velez mandándole acudir á la parte de Almería y que la suerte de la campaña, en la que mostraron los Moriscos completa ignorancia del arte de la guerra, fué decidida por tres victorias en la vertiente oriental de las Alpujarras, en Huecija, en Filix y en Ohanez, en las que perecieron gran número de enemigos, entregándose las tropas, exasperadas y sedientas de botin, á muy horribles crueldades. Razon tenian los Moros en llamar al marqués de los Velez *Diablo cabeza de hierro.*

Así, pues, reducidos los principales lugares y sometidos los Moriscos todos excepto los pocos que seguian á su rey por lo mas fragoso de la sierra, podia decirse restablecida la tranquilidad, puesto que partidas de diez y doce soldados cruzaban en todos sentidos la Alpujarra sin hallar quien los enojase (1). Mondéjar escribió entonces al rey informándole del estado de las cosas, y dirigióse igualmente á Fajardo para que adoptase la política de la blandura que era á su ver la que mejor convenia á los intereses del Estado. El de los Velez, que no veia las cosas bajo el mismo aspecto, contestóle secamente que aun era necesaria mas de una batalla para reducir á los rebeldes, y que hiciese por su parte lo que pudiese porque lo mismo haria él de la suya. Tambien era esta la opinion del presidente Deza y de los miembros de la chancillería y del ayuntamiento de Granada, que disgustados con el general desde las pasadas competencias de jurisdiccion, llevaban á mal su sistema de contemporizar con los rebeldes y de dirigir la guerra sin comunicarles noticia alguna de su estado ni de las operaciones emprendidas. Sin los documentos necesarios para formar definitivo juicio sobre el fondo de la contienda, el corazon se inclina en favor del esforzado y noble guerrero que mientras sus censores vivian pacíficamente en la capital, combatía y acosaba al enemigo entre riscos cubiertos de nieve, sin tener casi otro apoyo que las milicias de las ciudades venidas ya á tal estado que, segun dice Mendoza, tenian el robo por sueldo y la codicia por superior. Agentes de las autoridades de Granada se hallaban en Madrid negociando contra el de Mondéjar, y los emisarios que este á su vez enviara, procuraban destruir sus maquinaciones. Perplejo Felipe II en vista de tan contradictorios informes, tardó algun tiempo en tomar un partido, hasta que por fin, desoyendo á los que le aconsejaban marchar al teatro de los acaecimientos, eligió para representarle en las Alpujarras á su hermano natural don Juan de Austria.

Sabidas en Granada estas intrigas de corte, dieron orígen á rumores que á su vez produjeron las mas fatales consecuencias. El ejército en particular al saber que el marqués de Mondéjar iba á ser privado de su mando, abandonóse á actos de violencia y de pillage contra los pueblos moriscos; los destacamentos que cru-

---

(1) Mármol, *Rebelion de Granada*, t. I, p. 498.

zaban la Alpujarra mataban, incendiaban y robaban so pretexto de encontrar moros armados y en actitud de guerra, y el marqués, indignado al ver destruido el edificio que con tanto trabajo levantara, deseaba con ardor la llegada de un jefe con autoridad bastante para imponer obediencia á la turbulenta soldadesca.

Este era el estado de las cosas cuando la ciudad de Granada fué teatro de una sangrienta catástrofe. Al principio de las turbulencias el presidente, como medida de precaucion, habia mandado encarcelar á ciento cincuenta moros que gozaban de alta consideracion entre sus compatriotas, y eran tenidos como en rehenes del sosiego de la poblacion del Albaicin. En los primeros dias de marzo difundióse la voz de que los montañeses, acaudillados por Aben Humeya, cuyo padre y hermano Antonio y Francisco Valor se hallaban entre los presos, se preparaban á bajar una noche á la ciudad para librar á sus coreligionarios con el auxilio de los Moros granadinos. Alarmados los habitantes, observáronse fogatas en las montañas vecinas que parecian corresponderse con las luces del barrio morisco, y el presidente comunicó entonces las oportunas órdenes al alcaide para la seguridad de los presos y puso en armas la guarnicion. El alcaide reunió á sus amigos, repartió armas á los cristianos presos, y como á altas horas de la noche (17 de marzo) el atalaya de la torre de la Vela diese la señal de alarma, penetró la turba en los calabozos y empezó á dar muerte á las indefensas víctimas señaladas á sus golpes. Algunos Moriscos intentaron defenderse con piedras ó con los hierros de sus rejas, pero todos perecieron bajo el número de sus contrarios. Dos horas duró la matanza, y de todos los presos solo quedaron con vida el padre y el hermano de Aben Humeya á quienes protegieron sus guardadores. Cinco Españoles muertos y diez y siete heridos atestiguan la desesperada defensa de los infelices Moriscos.

Tamaña crueldad abria insuperable abismo entre Españoles y Moros; un grito de venganza resonó en las Alpujarras y los montañeses se sublevaron por segunda vez. Acuchillaron á los destacamentos aislados y aclamaron de nuevo á Aben Humeya, quien plantando su bandera roja en el centro de las montañas, reunió en breve á su alrededor considerables fuerzas. Renovó sus mensages á Constantinopla y á los reinos berberiscos, trató de organizar su ejército á la manera española, y en una palabra, la rebelion se presentó mas formidable que nunca. Los cristianos de Granada y de toda Andalucía esperaban en tanto con viva ansiedad la llegada de un caudillo que restableciese la armonía entre las operaciones de los dos jefes rivales, redujese á la soldadesca y terminase rápidamente la guerra.

Este caudillo, como hemos dicho, habia de ser el pagecillo á quien hemos encontrado por primera vez en Yuste cerca del emperador bajo la tutela del mayordomo Luis Quijada. Este hijo natural del emperador llamado antes Gerónimo y despues Juan, nacido, segun todas las probabilidades en 1547, fué reconocido públicamente por Felipe II á su regreso á la Península en 1559. En el monasterio de la Espina, inmediato á Valladolid, fué presentado el niño al monarca, y este, ciñéndole por su mano la espada y poniendo en su cuello el Toison de Oro, díjole estas palabras: «Buen ánimo, niño mio, que sois hijo de un nobilísimo varon. El emperador Carlos V, que en el cielo vive, es mi padre y el vuestro.» Los nobles, el pueblo todo apresuróse á manifestar gran afecto y

entusiasmo por el hijo natural de Carlos, quien desde aquel momento, con el nombre de don Juan de Austria, como descendiente de la familia imperial de Haspsburgo, tuvo casa y estado como á su rango convenia, sin separarse por esto de su fiel Quijada, que continuó á su lado en calidad de ayo. El emperador y lo mismo Felipe quisieron educar á don Juan para la Iglesia, pero el príncipe, prototipo del caballero, preferia la armadura á los hábitos sacerdotales. y bien lo mostró en 1565 cuando saliendo secretamente de la corte, tomó el camino de Barcelona para ir en socorro de los bravos caballeros de Malta, haciéndole únicamente desistir del proyecto las terminantes órdenes de su hermano. Este, que quizás temió en un principio que el rápido cambio experimentado en la fortuna de don Juan corrompiese su corazon y le apartara de la via honrosa del deber, hubo de mirar con júbilo que aquel suceso no habia hecho mas que ensanchar el horizonte de su alma y llenar su pecho de elevadas aspiraciones. La cordura manifestada por don Juan en sus relaciones con el príncipe don Carlos, acabóle de granjear el afecto del rey, y Felipe, al sér relevado don García de Toledo del vireinato de Sicilia, confió á su hermano el mando de las galeras de España con el título de capitan general de la mar, dándole por lugarteniente á don Luis de Requesens, comendador mayor de Castilla (1568). En breve entró don Juan en el ejercicio de su cargo, y en 3 de junio del mismo año salió con su lugarteniente del puerto de Barcelona á la cabeza de muchas y bien equipadas naves con objeto de limpiar el Mediterráneo de corsarios berberiscos. La expedicion tuvo un éxito feliz, y don Juan á su regreso á España, despues de una ausencia de ocho meses, pudo envanecerse de haber castigado en mas de un combate á los piratas africanos, impidiéndoles por mucho tiempo sus correrías marítimas.

Este, como hemos dicho, fué el general enviado á Granada cuando otra vez habíanse puesto de mal aspecto los negocios de aquel reino. Sin embargo, prudente el monarca, no fiando aun del todo en la juventud de su hermano y consecuente con lo que siempre practicaba en iguales ocasiones, encerró su autoridad dentro de muy estrechos límites; para ello puso á su lado un consejo de guerra, cuya opinion habia de seguir en todas las cuestiones importantes, prévia consulta á Madrid, mecanismo que, como aparece á simple vista, no era el mas á propósito para dirigir las operaciones de la guerra y habia de producir y produjo muy graves inconvenientes. Componíase el consejo, en el cual residia de hecho el poder supremo, del marqués de Mondéjar, del duque de Sessa, nieto del Gran Capitan, del arzobispo de Granada, del presidente de la chancillería don Pedro de Deza, y del ayo de don Juan don Luis Quijada, presidente de Indias.

En 6 de abril de 1569 don Juan se despidió de su hermano en Aranjuez, y partió apresuradamente para el mediodia. Los moradores de Granada le esperaban, como sabemos, con impaciencia, y así es que al entrar en la ciudad, llevando á su lado á Deza y al arzobispo, fué recibido con alborozo y fiesta por la poblacion entera, entre la que llamaron su atencion las viudas y los huérfanos de los infortunados que habian muerto en la matanza de las Alpujarras. Aquel dia se pasó en ceremonias, en arengas y en festejos, mientras el príncipe y su consejo se disponian para dar principio á la árdua tarea que les estaba encomendada.

A la mañana siguiente recibió don Juan una diputacion que le enviaban los principales moriscos de la ciudad para reclamar su proteccion contra los insultos

á que estaban expuestos así que salian de sus casas. Contestóles el príncipe con severidad que le dieran sus memoriales en cuanto á los agravios alegados, debiendo tener entendido que su mision era restablecer el órden en Granada y proteger á los súbditos que se hubiesen mostrado fieles, al propio tiempo que castigar sin compasion á los que hubiesen sido rebeldes. La primera sesion del consejo reveló los defectos del sistema adoptado para la direccion de la guerra: Mondéjar y el presidente Deza vieron cada uno las cosas por su lado, y á su respectiva opinion se adhirieron los asistentes. Despues de prolongadas discusiones juzgóse necesario diferir la cuestion al rey, que por cierto no se distinguia por su prontitud en tomar una decision; todo ello exigió tiempo y en el intervalo no fué posible pensar en operaciones activas (1). Sin embargo, el príncipe no permaneció ocioso; inspeccionó las obras de defensa de la ciudad y de sus alrededores, procuró restablecer entre los soldados la disciplina antigua, y ordenó levas, no solo en Andalucía, sino en Castilla y en Extremadura, viéndose acudir á Granada numerosos batallones.

Las dilaciones causadas por el disentimiento producido entre los miembros del consejo tuvieron para los cristianos las mas funestas consecuencias, dando tiempo al enemigo para reparar los desastres de la última campaña. Los moros de paz, como eran llamados por los Españoles, acudian en tropel al campo de Aben Humeya jurando defenderle hasta el último extremo, al propio tiempo que de Africa llegaban numerosas compañías de Berberiscos, guerreros feroces é intrépidos mas acostumbrados á la táctica militar que los montañeses españoles, pues si los príncipes berberiscos, ocupados en sus intestinas contiendas, se negaron á abrazar abiertamente la causa de Aben Humeya, permitieron á sus súbditos que se alistaran bajo sus banderas. Los Moriscos mas audaces cada dia llevaban sus excursiones hasta la misma vega, y acuchillaron un cuerpo de cuatrocientos hombres, enviado por el de los Velez para ocupar el paso de Ravaha. Alentado por este triunfo, Aben Humeya intentó atacar al marqués en sus nuevos cuarteles de Verja, pero descubierto su plan por un prisionero, fué rechazado con gravísimas pérdidas. Esto no obstante, aquel ejemplo de fuerza y valor hizo levantar á muchas poblaciones, entre otras las de Rio de Almanzora, y el marqués juzgó prudente abandonar la posicion que ocupaba para establecerse en Adra, donde le era mas fácil recibir víveres y refuerzos.

El fuego de la insurreccion cundió rápidamente por todas las vertientes de las Alpujarras y llegó á la sierra de Bentomiz, cuyos moradores se habian mantenido tranquilos hasta entonces. Por fortuna en aquel crítico momento vieron los cristianos con alegría entrar en el puerto de Velez-Málaga al gran comendador Requesens, que llevaba de Italia una armada y varios batallones de veteranos españoles, llamados por el monarca para reforzar el ejército de las Alpujarras; autorizado competentemente por don Juan de Austria, el comendador, despues de desembarcar sus soldados, marchó contra los rebeldes de Bentomiz, que se habian fortificado en el terrible peñon de Frigiliana. Imposible nos es en una obra como la presente, entrar en detalles sobre esta expedicion; baste decir que fué una de

(1) Mármol, *Rebelion de Granada*, t, II, p. 28; Vanderhammen, *Don Juan de Austria*, p. 85; Cabrera, *Felipe II*, l. IX, c. I; Herrera, *Hist. gen.*, t. I; p. 744.

las mejor dirigidas que se vieron en aquella guerra; los montañeses se resistieron con valor desesperado, y si las compañías de Velez y de Málaga no hubiesen acudido en auxilio de Requesens, es probable que habria sido este rechazado. Perecieron dos mil rebeldes y tres mil quedaron prisioneros; los soldados recogieron gran cantidad de oro y de objetos preciosos, y la insurreccion quedó en aquella tierra completamente vencida.

Aben Humeya en tanto bloqueaba el castillo de Seron, fortaleza de gran importancia, por dominar los formidables desfiladeros del Rio de Almanzora. Reforzado su ejército con los dos mil montañeses que habian logrado librarse del desastre de Bentomiz, el príncipe morisco estrechó tanto á la guarnicion española, que esta hubo de rendirse mediante honrosas condiciones (11 de julio). Esto no obstante, los vencedores pasaron á cuchillo á todos los cristianos de mas de doce años, y redujeron á esclavitud las mugeres y los niños.

El alborozo que causó esta victoria entre los Musulmanes fué turbada por las calamidades que en aquel tiempo cayeron sobre sus coreligionarios de Granada. Felipe, despues de largas vacilaciones, acabó por aprobar la proposicion de Deza, que queria que los Moriscos fuesen expulsados de la ciudad y conducidos al interior del país. En 23 de junio, dia fijado para la ejecucion de esta medida, llamáronse secretamente á la ciudad numerosas tropas á fin de prestar auxilio á las autoridades, y publicóse un edicto mandando á todos los moradores del Albaicin y de la Alcazaba, de diez á sesenta años, acudir á sus parroquias para saber la suerte que les estaba destinada. Decíase que aquellos Moriscos comunicaban clandestinamente con sus compañeros de la Alpujarra, que proporcionaban á los montañeses armas y dinero, que los jóvenes abandonaban la ciudad para aumentar las filas de los rebeldes, acusaciones todas sobre cuya exactitud es imposible discutir en el dia.

No es para descrita la consternacion de los infelices Moriscos al publicarse aquel decreto. Acordándose de lo sucedido en la cárcel, temieron que se les llamaba para degollarlos á todos, y fué necesario que don Juan les diese palabra y seguro de que sus personas serian respetadas. Entonces acudieron á las iglesias, y al dia siguiente fueron todos conducidos al gran hospital que se levantaba en los arrabales, en el que habian de permanecer hasta que se determinara lo conveniente acerca de los lugares de su destino. Triste y solemne espectáculo era el que ofrecian tantos hombres de todas edades con las cabezas bajas y los rostros bañados de lágrimas, viendo que dejaban sus regaladas casas, sus familias, su patria, sus haciendas y tanto bien como tenian. Las mugeres pudieron permanecer algun tiempo mas en la ciudad para disponer de los objetos de valor que no podian ser transportados fácilmente. Una vez en el hospital, los empleados reales contaron á los desterrados, cuyo número se elevaba á tres mil quinientos, y dos dias despues, divididos en varias partidas, fueron conducidos entre arcabuceros y bajo partida de registro á los diferentes lugares de Andalucía y aun de Castilla, á donde iban destinados. No todos llegaron á ellos, y el cansancio, el hambre y las tropelías de la soldadesca dejaron á muchos por el camino. En vano declaró el gobierno exentos de la sentencia á los Moriscos que mas se distinguian como artesanos; su escaso número no impidió que el barrio morisco ofreciese en breve el aspecto de la ruina y de la desolacion.

Don Luis Fajardo hallábase en Adra en no muy buena posicion por la falta de víveres, cuando por órden del rey fueron sus tropas racionadas por el comendador Requesens, que continuaba en Velez-Málaga, y reforzadas con algunas compañías de los veteranos de Italia. El marqués á la cabeza de doce mil hombres emprendió la marcha (26 de julio), penetró en las Alpujarras despues de dispersar á un cuerpo de cinco ó seis mil hombres que quiso oponerse á su paso, y llegó rápidamente á las alturas de Ugijar, donde se halló en presencia del ejército musulman, mandado por el mismo Aben Humeya. Derrotado este con gran pérdida, dirigióse á Sierra Nevada, y al reunir otra vez su gente, reapareció en las vertientes orientales de la sierra corriendo á sangre y fuego hasta las fronteras del reino de Murcia.

En tanto el general español permanecia ocioso dentro los muros de Calahorra; desde allí habia escrito al consejo solicitando víveres, pero como estos tardasen en llegar, sus soldados se amotinaron y acabaron por desertar en numerosos grupos, de modo que el fuerte ejército con que entrara en las Alpujarras quedó en breve reducido á menos de tres mil hombres, entre los cuales se contaban los veteranos de Italia. El consejo se quejó al rey del marqués y este á su vez del consejo, y como todo ello provenia sin duda de la rivalidad que existia entre Mondéjar y Fajardo, Felipe, para ponerle término, llamó al primero á la corte con el honroso pretexto de conferenciar con él acerca de la situacion del país (setiembre). Desde aquel momento el nombre de Mondéjar no aparece ya mas en el teatro de aquella guerra; destinado primeramente por virey á Valencia, fué elevado despues al importante vireinato de Nápoles.

Por aquel entonces Felipe habia trasladado su corte á Córdoba para cuyo punto habia convocado cortes, con el fin de estar mas próximo á Granada, y desde allí expidió dos provisiones, mandando en la una que se acabaran de sacar los Moriscos que habian quedado en aquella ciudad, y ordenando en la otra que se publicase la guerra á sangre y fuego (19 de octubre). Antes de este tiempo habia acaecido en el campamento musulman un importante é inesperado suceso. Devastadas las fronteras del reino de Murcia, Aben Humeya volvió con su ejército á las Alpujarras y estableció su cuartel general en el castillo de Lanjaron, donde el forzado reposo del marqués de los Velez permitióle entregarse á los placeres sensuales que distraian los ocios de los príncipes de Oriente. Desde su elevacion al trono la popularidad de Aben Humeya habia declinado mucho; sus actos arbitrarios, sus recelos, su tiranía, las numerosas víctimas sacrificadas á su venganza, cuyo número se supone haberse elevado á trecientas cincuenta personas, acabaron por enagenarle las voluntades de todos. En este estado robó á una hermosa jóven que tenia por manceba uno de sus oficiales llamado Diego Alguacil, y este, secundado por la mora, solo pensó desde aquel momento en tomar del ultraje sangrienta venganza. Ambos fingieron una carta del rey dirigida á Aben Aboo, que mandaba á los mercenarios turcos, ordenándole deshacerse de ellos á toda costa, y luego que así hubieron sembrado el furor entre aquellos soldados, Hussein, su jefe inmediato, el mismo Aben Aboo, á quien los Turcos ofrecieron la corona, y Diego Alguacil, resolvieron asesinar al tirano. En la noche del 3 de octubre sorprendiéronle en su palacio de Lanjaron en los brazos de la pérfida mora, é inútil fué que negara la autenticidad de la carta y protestara de

su inocencia. Los conjurados le echaron un cordon al cuello y le ahogaron, sin que un solo brazo ni una sola voz se levantase en su defensa. Dícese que antes de morir declaró haber sido su intencion vivir siempre en la fé cristiana, y que solo por vengarse de los Españoles habia aceptado el mando de los rebeldes (1).

Aben Aboo habia aceptado la corona con la condicion expresa de que dentro de tres meses el virey de Argel, como representante del sultan, confirmase su eleccion; así mismo sucedió, y el sucesor de Aben Humeya tomó el nombre real de Muley Abdallah Muhamad y se hizo coronar rey de Granada con el ceremonial ordinario. Cansados los Moriscos del despotismo anterior, saludaron con entusiastas aclamaciones el advenimiento de su nuevo rey; varias poblaciones que hasta entonces no habian tomado parte alguna en la lucha enviaron su adhesion al príncipe, que en breve reinó sobre mas extenso territorio que su antecesor, y que sin abandonarse como este á una molicie afeminada, ocupóse en diferentes reformas de importancia, pudiendo en 26 de octubre, pocas semanas despues de la muerte de Aben Humeya, salir á campaña á la cabeza de un bien equipado ejército de mas de diez mil hombres, en parte mercenarios turcos y en parte moriscos españoles. Con él dió mucho que hacer al duque de Sessa y al marqués de los Velez, al uno por la Alpujarra y al otro por el rio Almanzora, cercando fortalezas y resistiendo ya en campal batalla á las compañías cristianas. Los ginetes moros se arriesgaban ya á merodear por la vega, y en ella, como en tiempo de los Reyes católicos, se renovaban los caballerescos combates entre cristianos y musulmanes. A veces los infieles penetraban audaces en los arrabales de la ciudad, y la campana de la Alhambra habia de llamar á las armas á los consternados moradores. La insurreccion amenazaba extenderse á los reinos de Murcia y de Valencia, y era evidente que habian de emplearse contra ella remedios mas poderosos.

Don Juan escribió al rey el deplorable estado de las cosas: los Españoles, le decia, perdian diariamente terreno y el ejército que mandaba Fajardo se enervaba en la molicie ó consumia sus fuerzas en empresas sin resultado; por ello suplicaba á su hermano que no le condenase á permanecer por mas tiempo encerrado dentro de los muros de Granada; deseaba tener una autoridad real y no como hasta entonces puramente de nombre, y solicitaba autorizacion para dirigir personalmente la guerra. A pesar de apoyar estas consideraciones el comendador Requesens, que se quejó tambien de la incapacidad del marqués, Felipe cedió con trabajo á las instancias de don Juan, ya desconfiase de tan jóven general, ya temiera por él los peligros de la guerra, segun así lo decia en sus cartas, pues todo, en efecto, revela en Felipe gran cariño y solicitud en favor del hijo natural de Carlos V. Accedió á ello, sin embargo, vista la inminencia del peligro, y mandó que don Juan reemplazase al marqués en el mando del ejército del este, que habia de recibir considerables refuerzos, mientras que el duque de Sessa, bajo las órdenes del príncipe, acampase en las Alpujarras con fuerza suficiente á fin de cubrir el territorio de Granada.

Gran entusiasmo causó en aquellos reinos la resolucion del monarca, y los

(1) Su cuerpo fué arrojado á un muladar, y allí permaneció hasta que don Juan de Austria, informado de que habia muerto cristianamente, hizo que se le diera en Guadix decorosa sepultura.

A. de J. C. nobles, los caballeros acudian en tropel con sus vasallos para servir á las órdenes del príncipe. Terminados al fin los preparativos, arrojados los Moros de la villa de Guéjar desde donde molestaban á los moradores de la capital, don Juan tomó el camino de Guadix y Baza (29 de diciembre), en cuyo punto su ejército de tres mil infantes y cuatrocientos caballos, fué reforzado por las tropas y artillería del comendador Requesens. Este y Quijada eran los consejeros á cuya opinion, segun las instrucciones de Felipe, habia de diferir el príncipe en todas ocasiones.

El marqués de los Velez vió con descontento que se le privaba del mando del ejército para conferirlo á tan jóven é inexperto general, y en su enojo, levantando el sitio que tenia puesto á Galera, se retiró á Huéscar, dejando así abandonado parte del país á las incursiones de los Moros. Llegado don Juan á aquella villa, el marqués salió á su encuentro, y sin apearse del caballo informóle brevemente del estado de la guerra, pidióle autorizacion para retirarse á su casa, y despidiéndose de todos, marchó con sus servidores á su villa de Velez Blanco.

Sin pérdida de tiempo don Juan se puso en marcha á la cabeza de un ejército que constaba entonces de doce mil infantes y ochocientos caballos, sin contar con los muchos caballeros que habian acudido bajo las banderas del príncipe. Este resolvió emprender de nuevo el sitio de Galera, y sin que valiera á los habitantes su valerosa resistencia ante el esfuerzo y la poderosa artillería de los
1570 Españoles, vieron la plaza tomada por asalto (10 de febrero de 1570). Mucha gente principal habia perecido en los fosos y en los muros, y esto atrajo sobre la ciudad rebelde esta terrible sentencia de don Juan, que fué cumplida en todas sus partes: «Yo hundiré á Galera, dijo, y la asolaré y sembraré toda de sal, y por el riguroso filo de la espada pasarán chicos y grandes, cuantos están dentro, en castigo de su pertinacia y en venganza de la sangre que han derramado (1).» Mil quinientas personas se libraron únicamente de la general matanza. Esta costosa victoria contra los musulmanes, tan aborrecidos entonces, causó en la cristiandad indecible alborozo; Roma saludó al hijo de Carlos V como al campeon de la fé, y la corte de Felipe II se abandonó á transportes de entusiasmo. Solo el rey, que recibió la noticia mientras oraba en Nuestra Señora de Guadalupe, permaneció tranquilo é impasible como lo estaba de ordinario al saber el triunfo ó la derrota de sus armas; prohibió toda clace de regocijos públicos, y solo manifestó su satisfaccion con acciones de gracias á Dios y á la Vírgen, porque, segun el cronista, deseaba el católico rey mas gloria de la concordia y paz que de la victoria sangrienta.

Despues de permanecer algunos dias en Galera á causa del temporal que habia puesto intransitables los caminos, don Juan emprendió la marcha hácia el sur con direccion á Baza. Desde este punto á la cabeza de algunos miles de infantes y de doscientos caballos, salió á reconocer la plaza fuerte de Seron, que se proponia atacar en breve. Todo se habia hecho felizmente, cuando puesto en armas el país, avisado de la llegada de los Españoles por las fogatas de la sierra, cayeron los Moros en gran número contra las divisiones cristianas y las obligaron á emprender la retirada. En un principio verificóse esta con el mayor órden, cuan-

(1) Mármol, *Rebelion de Granada*, t. II, p. 244.

do algunas milicias andaluzas que habian entrado á saquear la plaza abandonada, salieron dispersas acosadas por los Moriscos y comunicaron su terror á las tropas de Quijada. Desde aquel momento ni los esfuerzos de don Juan ni los de sus caballeros y capitanes lograron restablecer el órden en las filas. Quijada recibió un balazo en la espalda; muchos cabos y mas de seiscientos soldados quedaron en el campo, y otros muchos fueron cautivados por el enemigo (19 de febrero). Don Juan rodeó de todos los imaginables cuidados á su segundo padre, el anciano Quijada, mas no pudo impedir que muriese en sus brazos de su herida cinco dias despues. Tambien el rey se habia interesado mucho por la salud del presidente de Indias, y reconvino afectuosamente á su hermano por los peligros á que personalmente se habia expuesto. «En la guerra, le decia, cada uno ha de hacer su oficio, y no el general el de soldado ni el soldado el de general.» La tierna carta que con este triste motivo dirigió don Juan á la esposa de Quijada, doña Magdalena de Ulloa, á quien daba el nombre de madre, y la escrita por el rey á su hermano, revelan bien el afecto que ambos profesaban á su leal servidor y cuanto comprendian la importancia de su pérdida.

Rehecho don Juan dirigióse otra vez contra Seron, pero el enemigo, sin atreverse á esperarle, evacuó la plaza luego de haberla entregado á las llamas. En seguida marchó el príncipe á combatir á Tijola, que tambien fué abandonada (marzo); Purchena cayó luego en su poder, y sometida en poco tiempo toda la comarca de Almanzora, el victorioso caudillo fué á acampar el dia 2 de mayo á Padules, á dos leguas de Andarax.

Estos rápidos triunfos no eran debidos únicamente á la superioridad de las fuerzas ó de la ciencia militar de don Juan. Por aquel tiempo Felipe II habia acogido favorablemente la invitacion que el papa le dirigiera para entrar en la liga contra los Turcos, proponiéndole nombrar por generalísimo de ella á su hermano don Juan de Austria; antes, empero, de comprometerse en una nueva guerra deseaba terminar la que sostenia contra los Moriscos, y como se convenció de que su sumision á viva fuerza habia de costar mas tiempo del que queria él destinarle, recurrió á la política conciliadora que tanto se habia censurado en el marqués de Mondéjar. En este sentido envió instrucciones á don Juan, y este cansado de aquella guerra y deseoso de brillar en mas vasto teatro, secundó con ardor las miras del soberano. Sin pérdida de momento entabló negociaciones con Fernando el Habaqui, que mandaba á los Moros por aquella parte, y mediante condiciones muy favorables obligóse este á dejar sin apoyo las plazas de la comarca. El caudillo moro habia cumplido su promesa, y victorioso don Juan, publicó un bando concediendo amnistía completa á cuantos se sometiesen dentro del término de veinte dias. Permitíase á los rebeldes exponer las quejas que les habian puesto las armas en la mano prometiéndoles pronta justicia, y preveníase en el último artículo que cuantos no aprovecharan aquellas benéficas disposiciones, sufririan sin piedad ni misericordia el rigor de la muerte, excepto las mugeres y los niños menores de catorce años. Ignórase el efecto que produjo el bando, pero á poco vemos que don Juan, que habia recibido un refuerzo de dos mil hombres, continuó batiendo el país y tratando con gran rigor á los que le resistian en las plazas y á los que divagaban armados por las cumbres y cavernas.

Mientras esto sucedia, el duque de Sessa, al norte de las Alpujarras, habíase puesto en movimiento con diez mil infantes y dos mil caballos (21 de febrero). Hacíale frente Aben Aboo con tropas casi iguales en número, y ambos caudillos, evitando las batallas campales, apelaron á la táctica de escaramuzas y de cortarse recíprocamente los convoyes, lo que hizo que los Españoles, muy superiores á los Moriscos en organizacion militar, llegaran sin haber ganado una sola batalla, aunque muy maltratados por los rebeldes, á establecer su campo á orillas del Mediterráneo en los primeros dias de mayo. Las fuerzas del duque reuniéronse en Padules con las de don Juan de Austria.

No se habian abandonado las negociaciones con El Habaqui, quien sin que Aben Aboo ignorase este paso en caso de no haberlo sancionado abiertamente, habia acudido al Fondon de Andarax, á poca distancia del cuartel general del príncipe, acompañado de varios Moros que habian de tomar parte en una proyectada conferencia. En 13 de mayo llegaron los comisarios españoles, pero abierta la discusion, no tardó en conocerse ser inadmisibles las demandas de los Moriscos. Hízoseles comprender entonces que se trataba con ellos como vencidos, y que con poderes de Aben Aboo, habian de redactar un memorial pidiendo solamente lo que sabian que habia de serles otorgado. Aben Aboo por su valor é influencia era digno en verdad del lugar á que se le elevara ; pero al ver caer una en pos de otra las ciudades de su pequeño reino, al mirar su país convertido en desierto, y sobre todo al reconocer que su causa no habia despertado simpatía alguna entre los príncipes musulmanes con cuyo auxilio principalmente contaba, convencióse mas y mas de la imposibilidad de luchar contra España. Igual conviccion dominaba en su reducida corte, y así fué que El Habaqui y sus compañeros volvieron competentemente autorizados para celebrar un tratado con el caudillo de los Españoles. En 19 de mayo reuniéronse otra vez los enviados de ambas naciones en el Fondon de Andarax, y en breve hubieron celebrado un convenio, ó por mejor decir negociado la sumision de los rebeldes. Decidióse que El Habaqui en nombre de Aben Aboo y de los capitanes moriscos imploraria humildemente el perdon de don Juan de Austria; que se concederia á los Moriscos una amnistía general y que se les permitiria vivir con sus mugeres é hijos en el reino, excepto en la Alpujarra. El Habaqui, además, obtuvo cuanto solicitó en nombre propio, en el de Aben Aboo y en el de sus amigos, y aquella misma tarde se presentó á don Juan, que le esperaba en pié delante de su tienda rodeado de sus capitanes. Apeándose y prosternándose delante de él, exclamó el Moro: «Otórguenos V. A. á nombre de S. M. perdon de nuestras culpas, que conocemos haber sido graves;» en seguida desnudando su cimitarra ofrecióla á don Juan y dijo: «Estas armas y banderas rindo á S. M. en nombre de Aben Aboo y de todos los aliados cuyos poderes tengo.» Don Juan levantó con afabilidad al caudillo morisco y devolvióle su cimitarra invitándole á emplearla en adelante en servicio del soberano. Músicas y salvas terminaron la ceremonia, como si se hubiese alcanzado una importante victoria.

Aben Aboo fingió aprobar en un principio el convenio celebrado, y prometió hacer cuanto de él dependiese para asegurar su ejecucion ; sin embargo, pronto mudó de dictámen, y haciendo recaer en El Habaqui la responsabilidad de cuanto se habia tratado, declaró que aquel caudillo se habia excedido de sus poderes,

que le habia dirigido falsos relatos de las negociaciones y que habia sacrificado á su beneficio personal los intereses de la nacion. Las atenciones prodigadas al general por los Españoles, sus antiguas relaciones con ellos y las ventajas positivas que le aseguraba el tratado parecian justificar en cierto modo estas acusaciones: cuéntase además que por aquel tiempo recibió el rey de la Alpujarra un refuerzo de algunos centenares de hombres procedentes de la costa berberisca, y esto y la repugnancia que en él concebiremos fácilmente en renunciar al nombre y título de rey, explican de un modo suficiente la conducta del príncipe morisco.

Vivas inquietudes habia sembrado en el campo cristiano lo que se contaba de las intenciones de Aben Aboo, y El Habaqui, profundamente irritado, se ofreció, si se le daban algunas tropas, á hacer prisionero al rey de Granada en medio de su ejército. Don Juan prefirió darle dinero en vez de soldados y entrególe ochocientos ducados de oro para que pudiese reclutar hombres entre sus compatriotas. Salió El Habaqui hácia el cuartel general de Aben Aboo, pero este, que supo sus intentos, envió contra él á ciento cincuenta Turcos que le prendieron y le llevaron á la presencia del príncipe. La sentencia de muerte estaba ya pronunciada, y el infeliz negociador fué estrangulado transcurridos pocos instantes. Su cadáver fué arrojado á un muladar, y por mas de treinta dias fué un misterio la suerte de aquel infortunado.

Pasado este tiempo la ausencia del Moro comenzó á infundir sospechas, y á los que le escribieron en este sentido contestó el príncipe que el general habia sido preso por delito de traicion, pero que nada habia de temerse por su persona la cual no sufriria daño alguno, y terminaba insinuando que se le enviara un agente confidencial para ultimar las condiciones ya convenidas. El caballero Hernan Valle de Palacios fué elegido por don Juan para este encargo, pero su penoso viage no produjo mas efecto que oir el enviado de los labios de Aben Aboo las siguientes palabras: «Dios y el mundo saben que los Turcos y Moros me han elegido rey sin que yo lo pretendiese, y si no me opongo á que se sometan aquellos que así lo deseen, decid á don Juan de Austria que aun cuando quedase yo solo en la Alpujarra, nunca me daré á merced, y que estimo mas vivir y morir moro que cuantos favores me pueda dispensar el rey Felipe.» A esta enérgica declaracion añadió que en caso de verse reducido por la necesidad, se sepultaria en una cueva donde tenia provisiones para seis años, antes de cuyo tiempo no habia de faltarle una barca que le condujese á Berbería (30 de julio).

Así pues, la guerra que se creia ya concluida, encendióse otra vez furiosa y encarnizada, y la insurreccion estalló con gran fuerza en la serranía de Ronda, á cuyos montañeses acaudillaba un hermano del rey de los Andaluces. Los Españoles, completamente desengañados, desplegaron entonces un vigor no manifestado aun durante el curso de la guerra: don Juan recibió órden de ocupar á Guadix y de batir el país al norte de la ciudad. Otro ejército bajo el mando del comendador Requesens, habia de salir de Granada, atravesar los confines septentrionales de las Alpujarras, y tomando distinto camino del que siguiera el duque de Sessa en la campaña anterior, hacer en el corazon de las montañas una guerra de exterminio. Finalmente, el duque de Arcos, descendiente del ilustre marqués de Cadiz, fué encargado de las operaciones contra los montañeses de Ronda. Requesens entró á sangre y fuego en el territorio enemigo, y los Moros que quisieron hostigarle

A. de J. C. á su paso fueron arrollados y cazados como fieras. Numerosos y pequeños fuertes se construyeron á cortas distancias en aquel suelo devastado, y no hubo por aquella parte cumbre de la sierra en que no flotara la bandera de Felipe. En estas operaciones pasaron los meses de setiembre y octubre, y en tanto el duque de Arcos habia penetrado en Sierra Bermeja con cuatro mil soldados andaluces; pasó por el lugar de funesta memoria donde en tiempo de Fernando é Isabel murieran Alfonso de Aguilar y tantos buenos caballeros, distinguiéndose todavía las tristes señales de la matanza, y no tardó en ver delante de sí á tres mil Moros que le presentaban batalla. Dispersados despues de valerosa resistencia no volvieron jamás á reunirse, tan acertadas fueron las disposiciones del duque, y la insurreccion de Sierra Bermeja pudo decirse terminada. Lo mismo sucedia en toda la extension del reino granadino; los pocos Moros que se mantenian armados eran vivamente perseguidos, y acabando por comprender la inutilidad de su resistencia, algunos lograron pasar á la costa berberisca, y los otros, extenuados de hambre en un país convertido en desierto, acabaron por aceptar la amnistía con que se les brindaba.

Así las cosas, comunicóse á don Juan un edicto del rey disponiendo que todos los Moriscos del reino de Granada, sin excepcion, fuesen conducidos inmediatamente al interior de la Península. La direccion general de esta importante y difícil medida, cuyos detalles habian sido todos previstos con extremada prudencia, se confió á don Juan de Austria, al comendador Requesens y á los duques de Sessa y de Arcos. Segun el edicto, las tierras y casas de los desterrados eran confiscadas en beneficio de la corona, pero el gobierno, si ellos así lo deseaban, se encargaria por un precio determinado de sus granos y ganados. Prometíase velar por su seguridad y bienestar, y se prohibia separar á los padres de sus hijos y á los maridos de sus mugeres. El país se dividió en distritos, cuyos habitantes habian de ser conducidos al lugar de su destino, y se les asignó por residencia el territorio de la Mancha, las fronteras septentrionales de Andalucía, las dos Castillas, Extremadura y hasta la lejana provincia de Galicia, cuidándose de no permitirles que se establecieran en las inmediaciones de Valencia y Murcia, donde muchos Moros vivian con cierta tranquilidad en los estados de los magnates, que veian con recelo toda intervencion del monarca en sus relaciones con sus vasallos. Habíase fijado el 1.° de noviembre para la marcha de los Moriscos, y solo la resistencia opuesta en uno ó dos distritos, promovida por la brutalidad de la soldadesca, turbó el órden con que se llevó á cabo la vasta emigracion.

Hecho esto, nada parecia detener ya á don Juan en la ciudad de Granada, y en 30 de noviembre, tomadas las últimas disposiciones para la persecucion de Aben Aboo y licenciadas las milicias de las ciudades, emprendió el camino de Madrid, donde fué recibido con entusiasmo.

Aben Aboo habia burlado hasta entonces todas las pesquisas de los Españoles; con cuatrocientos hombres andaba por lo mas fragoso de la sierra ocultán-
1571 dose por las cuevas y barrancos, hasta que en marzo de 1571 fué descubierto por un prisionero el lugar en que se escondia. Entre las personas que gozaban de la confianza del príncipe contábase un famoso *monfi* llamado Gonzalo El Jeniz, y ganado este por un platero de Granada que estaba con él en relaciones,

prometió entregar al príncipe muerto ó vivo con tal de obtener su gracia. Algo traslució de esto Aben Aboo, y con algunos soldados se dirigió al encuentro de El Jeniz para echarle en cara su traicion. El culpable trató de justificar su conducta, y al volver la espalda el rey para dar sin duda la órden de prenderle, derribóle con un golpe de su arcabuz, y los suyos le remataron sin que pudiera impedirlo la escasa fuerza que al infeliz acompañaba. El cadáver, relleno de sal y colocado derecho y como á caballo sobre una acémila, fué llevado á Granada, donde se le recibió con cierto aparato. El Jeniz cabalgaba á su lado, y al llegar el cortejo entre salvas y gritos de júbilo á la plaza de Bivarambla, se apeó y entregó las armas del asesinado príncipe al presidente Deza y al duque de Arcos, quienes confirmaron las promesas que se le hicieran. El cuerpo de Aben Aboo fué luego decapitado, y despues de servir de ludibrio á la muchedumbre durante todo aquel dia, fué entregado á las llamas. La cabeza, metida en una jaula de hierro, se puso sobre la puerta que da salida á las Alpujarras.

La muerte de Aben Aboo rompió los últimos lazos que unian todavía á los restos de su nacion; en pocos años la espada, el hambre y la horca consumaron la despoblacion de las montañas, que poco á poco fueron pobladas por cristianos á quienes atraian los privilegios y franquicias concedidos por el monarca. En tanto los desterrados llevaron á diversas provincias su experiencia y su habilidad en la agricultura y en las artes, y no tardaron, al parecer, en sacudir la postracion en que habian debido sumirlos tan repetidos infortunios. Habituados á sus nuevas residencias entregáronse otra vez á sus antiguas y pacíficas ocupaciones, y se multiplicaron tan rápidamente, que algunos años despues las cortes de Castilla rogaron al rey que se opusiera á la formacion de un censo que podia descubrirles el peligroso secreto de su fuerza. Semejante peticion revela muy claramente los temores que aquella raza perseguida inspiraba aun á los Españoles, y manifiesta que tantas muertes y desgracias no habian bastado á llenar el abismo que separaba á los Españoles y á los Musulmanes, preparando el acto que en el siguiente reinado habia de poner fin, con daño y perjuicio de todos, á la porfiada y antigua enemistad.

La alegría que produjeron en España estos sucesos aumentóse con el nuevo enlace del rey don Felipe, deseoso de tener un hijo que le sucediera en el trono. La esposa fué esta vez su sobrina la princesa Ana, hija del emperador Maximiliano, destinada antes al desventurado Carlos, y arreglado todo lo conveniente y celebrado el matrimonio por poder en Spira (24 de enero de 1570), púsose la princesa en camino para España pasando por Flandes. La régia comitiva, en la que iban los archiduques Alberto y Venceslao, desembarcó en Santander (3 de octubre), y en 12 del mes siguiente se celebraron fastuosamente las bodas en la ciudad de Segovia. Ana de Austria, nacida en Cigales de Castilla, contaba entonces veinte y un años.

Mientras las armas de Felipe combatian á los alzados moriscos, hubo de fijar su atencion en otras regiones donde se formaban tempestades que amenazaban á España y á la cristiandad entera. Selim II, sucesor de Soliman el Magnífico, habia heredado de su padre el ardor de las conquistas, ya que no sus grandes cualidades, y la isla de Chipre, propiedad de la república de Venecia, habia atraido desde que subiera al trono sus codiciosas miradas. En vano algunos consejeros le instaban para que abandonando por entonces la empresa, en-

viara los recursos que pensaba destinar á ella al auxilio de los moriscos granadinos; el visir Mustafá incitábale á la deseada conquista, y abandonando á su suerte á sus coreligionarios de España, resolvió Selim apoderarse de Chipre, y no tardó en imaginar un prétexto para reclamar la isla á Venecia como formando parte del imperio turco. La república, si bien deseaba hacer todas las concesiones posibles antes que llegar á rompimiento con el gigantesco poder que de tan cerca la amenazaba, no se hallaba dispuesta á dejarse arrebatar sin resistencia el mas hermoso floron de su corona, y así fué que la Puerta le declaró la guerra y dió principio á los preparativos de una vasta expedicion. Por su parte Venecia se preparó con su actividad ordinaria para sostener la lucha, y en poco tiempo equipó una poderosa armada y puso en buen estado de defensa las fortificaciones de Chipre; sin embargo la república no poseia ya aquella marina que tiempo antes habia humillado el orgullo de Génova y dominado el Mediterráneo; las fortificaciones de sus colonias habian caido poco á poco en un estado de completo abandono, y en aquel trance extremo dirigióse el senado á las naciones cristianas de Europa para que hicieran causa comun con él contra el enemigo de la cristiandad.

Felizmente para la república, Pio V ocupaba la cátedra de Pedro, y del Vaticano salió la robusta voz del papa llamando á las armas á los príncipes cristianos. Mas ¡ay! el tiempo de las cruzadas habia pasado, y los poderes del continente estaban harto ocupados en sus proyectos egoistas para que los distrajera de ellos el temor del remoto peligro que allá en Oriente amenazaba. Solo un monarca, Felipe II, no permaneció insensible á los ruegos del pontífice y de la república, y como por disposicion providencial debió esta su salvacion á las dos potencias que menos habian de estarle agradecidas, á Roma y á España.

Durante la primavera de 1570, Luis Torres, clérigo de la cámara apostólica, fué enviado por Pio V á estos reinos para abogar por la causa de la república. Volvia el monarca de celebrar cortes en Córdoba y se dirigia á Sevilla, cuando halló en Écija al legado pontificio; con él siguió hasta Sevilla (30 de abril), cuyos moradores le recibieron con gran alborozo y fiesta, y durante su permanencia en aquella ciudad, sometió á su consejo la cuestion de la liga. Algunos, entre otros el presidente Espinosa, parecian considerar como impolítico un tratado entre España y Venecia, cuya buena fé inspiraba tan escasa confianza, pero si bien Felipe participaba de igual sentimiento, colocóse en un punto de vista mas elevado que sus consejeros. Además de su deseo de no desmentir su fama de campeon de la fé, comprendió el rey de España que le ofrecia aquella alianza excelente ocasion para humillar el poder marítimo de Turquía, asegurando así el sosiego de sus posesiones mediterráneas. Por todo ello, despues de prolongadas deliberaciones, despidió al legado con la promesa de que á pesar de sus atenciones en los Paises Bajos, en el reino de Granada y en la costa de Africa, donde el argelino Uluc Ali de órden del sultan Selim habia expulsado de Tunez al régulo Amida, aliado este del gobernador de la Goleta, acudiria en auxilio de Venecia y enviaria comisarios á Roma para celebrar con el pontífice y la república un tratado de alianza contra la Puerta otomana.

En el siguiente verano el almirante Juan Andrés Doria que estacionaba delante de Sicilia con numerosa armada, recibió órden de hacerse á la mar. Pocos

dias despues reforzáronle algunas galeras pontificias bajo el mando de Marco Antonio Colonna, y en 30 de agosto de 1570 unióse con las naves venecianas en Candía, pasando desde luego á tratar del plan de operaciones. En aquel entonces recibióse la triste noticia de que Nicosia, capital de la isla de Chipre, habia sido entrada á saco por los Turcos con todos los horrores y crueldades de la guerra (9 de setiembre). Era preciso, pues, modificar el plan convenido, y los comandantes no pudieron avenirse acerca del mejor partido que convenia adoptar: sin autoridad ninguno de ellos para hacer predominar su dictámen, la discusion degeneró en disputa, la expedicion fué abandonada, y los jefes volvieron con sus naves á sus respectivos puertos sin haber hecho cosa alguna por la causa que habian salido á defender. ¡Triste augurio era aquel para el resultado de la liga!

Esto no obstante, Pio V no se desalentó y esforzóse en comunicar su energía á sus aliados, aunque es seguro que Felipe no lo necesitaba, pues no era cosa fácil apartarle de sus resoluciones. No sucedia así con Venecia, que manifestando cuan acertado estuviera el rey católico en dudar de su buena fé, andaba en tratos con los Turcos, aterrada por la pérdida de Nicosia. Sin embargo, las elocuentes palabras de Colonna, las concesiones pontificias y sobre todo la recepcion glacial que halló su agente en Constantinopla, hicieron que desistiendo los Venecianos de sus negociaciones con los Turcos, se arrojaran en brazos de sus aliados. A fines de 1570 los comisarios de las tres potencias se reunieron en Roma para fijar las condiciones de la liga; España estaba representada por los cardenales Granvelle y Pacheco y por el embajador Juan de Zúñiga, y aun cuando pareciesen las partes hacer causa comun, tocóse desde el primer momento la dificultad de conciliar sus opuestas pretensiones. Los enviados venecianos, fieles al espíritu de la diplomacia ordinaria de su república, consideraban la liga como formada exclusivamente en su provecho, ó en otros términos, como destinada únicamente á proteger á Chipre contra los Otomanos, al paso que los comisarios españoles, adoptando una opinion mas vasta, miraban aquella guerra como de cristianos á infieles, turcos ó moros, de modo que el rey católico pudiese reclamar para sus colonias africanas igual proteccion que Venecia para la isla de Chipre. Era otra causa de disentimiento la eleccion de generalísimo que cada una de las partes queria nombrar entre los de su nacion, pero allanada por fin esta diferencia del modo que veremos, acabóse por dejar formada la Santa Liga ó confederacion bajo los pactos siguientes: El tratado habia de tener una duracion indeterminada y dirigirse contra los moros de Tunez, de Trípoli y de Argel, lo mismo que contra los Turcos; las fuerzas de los coaligados habian de constar de doscientas galeras y cien naves de transporte con cincuenta mil hombres de infantería y cuatro mil quinientos de caballería con la artillería y las municiones necesarias; estas fuerzas habian de estar dispuestas en abril del siguiente año á lo mas tarde, y de la misma manera en los años consecutivos, entendiéndose que si el rey católico fuese acometido de Turcos ó Moros en tiempo en que no estuviera reunido el ejército de la liga, el dux y la señoría de Venecia le auxiliarian con cincuenta galeras; las tres sextas partes de los gastos de la guerra habian de ser sobrellevados por España, dos sextas partes por Venecia y la otra por la Santa Sede; los Venecianos prestarian doce galeras al papa y este las armaria y equiparia á sus espensas; cada nacion nombraria un capitan general, y los tres

reunidos acordarian el plan de operaciones, cuya ejecucion se confiaria al generalísimo de la liga, elevado cargo que habia de desempeñar don Juan de Austria, y por fin ninguna de las partes podria celebrar paz ni treguas con el enemigo sin la participacion y el consentimiento de las otras. Difícil se hace creer que la república de Venecia y los hábiles estadistas que representaban á España creyesen ni un solo momento en la perpetuidad de un convenio que imponia á las partes tan pesadas cargas, y en efecto, la liga solo subsistió dos años; subsistió, sin embargo, lo bastante para producir muy grandes resultados y ocupar por este motivo un lugar importantísimo en la historia de la época.

Aunque celebrado el convenio á fines de 1570, no fué ratificado hasta el siguiente año. En 24 de mayo hizo el papa que fuese leido en alta voz en pleno consistorio, y con la mano en el pecho juró observarlo fielmente; los embajadores de España y de Venecia prestaron igual juramento en nombre de sus gobiernos con la mano sobre los Evangelios, y al dia siguiente anuncióse públicamente su celebracion en la iglesia de San Pedro.

La noticia de esta alianza causó gran sensacion en toda la cristiandad, pero sin asustar en lo mas mínimo al Sultan, excitóle á redoblar sus esfuerzos reuniendo todos los recursos de su vasto imperio. Alí Bajá, intrépido y generoso soldado, sucedió á Piali en el mando de la armada, y en los primeros dias de la primavera de 1571 hizo rumbo hácia Candía. Reuniéronsele allí las escuadras del virey de Alejandría, del renegado de Argel Uluc Alí, de Hassan, hijo de Barbaroja, y todas juntas se dirigieron al Adriático y devastaron el territorio de la república. Uluc llevó la consternacion hasta la misma capital, pero retrocediendo luego unióse con Alí en Corfú, donde esperaron todos noticias de la armada cristiana.

Antes de esto el infatigable pontífice habia enviado el cardenal Alessandrino á diferentes cortes de Europa para excitar á los príncipes cristianos á que entraran en la liga. A mediados de mayo llegó el legado á Madrid donde se le hizo muy solemne recibimiento, y despues que en la funcion con este motivo celebrada otorgó á los que tomaran parte en la guerra las indulgencias acostumbradas, concedió á Felipe el escusado y cruzada y la confirmacion del subsidio.

En tanto hacian los Venecianos sus preparativos de guerra, y en breve pudieron aprontar su contingente de naves, aun cuando, al decir de todos los autores, habian sido mal armadas y equipadas. Sebastian Veniero recibió el mando supremo, y mucho antes de terminar el verano se hizo á la vela para el puerto de Mesina, punto de reunion de las fuerzas coaligadas. Reuniósele en breve Colonna con las galeras pontificias, y ancladas las dos escuadras una junto á otra, esperaron la llegada de las galeras españolas y de don Juan de Austria.

Tambien en España se hacian con ardor los indispensables preparativos; todos los puertos de la Península, de las Baleares, de Nápoles y de Sicilia rebosaban de artesanos ocupados sin descanso en equipar y armar galeras, y justo es decir que en aquella ocasion no se escatimó el dinero ni el trabajo. En breve se hallaron prontas noventa galeras y mas de setenta naves de menor porte, y la perfeccion con que estaban construidas y armadas, al paso que justificaba las pretensiones de España á poseer la primera marina del mundo, contrastaba con el descuido é impericia manifestada por los Venecianos. Al propio tiempo se le-

vantaban tropas en todas las partes de la monarquía: reclutóse un cuerpo de tres mil mercenarios alemanes, llamóse á los veteranos de Lombardía y de Nápoles, y destináronse á la próxima campaña las fuerzas que habian combatido en las Alpujarras. Mas no podia decirse que se necesitasen esfuerzos extraordinarios para llenar las filas del ejército; muy popular aquella guerra entre los Españoles, alistábanse como si su monarca la hiciera por su propia cuenta y no como aliado. La infantería de los confederados ascendió en todo á veinte y nueve mil hombres, de los que diez y nueve mil eran aprontados por Felipe, tropas magníficamente equipadas, en las que iban muchos voluntarios pertenecientes en gran número á las mas nobles familias de la Península. El Español, dice Prescott, estaba animado del verdadero espíritu de las cruzadas: no le estimulaba la codicia y solo deseaba la gloria en este mundo y la eternidad en el otro.

El dia 6 de junio don Juan de Austria, recibidas de su hermano las últimas instrucciones, partió de Madrid, y por Zaragoza llegó á Barcelona entre agasajos y fiestas. Despues de una peregrinacion á Montserrat, embarcóse á bordo de una armada de mas de treinta galeras, fuerza suficiente para protegerle contra los corsarios musulmanes del Mediterráneo, y llegó á Génova el dia 25 de junio. Allí recibió embajadas y cartas de felicitacion de los príncipes italianos, y dió cuenta en particular al pontífice de todo lo que se habia hecho hasta entonces. Despidióse de sus sobrinos los príncipes Rodolfo y Ernesto, que se dirigian á Alemania, y con Alejandro Farnesio continuó su viage por mar, llegando á primeros de agosto al magnífico golfo de Nápoles. Esta ciudad le habia preparado muy pomposa recepcion, y en su puerto encontró á otra armada bajo el mando de don Alvaro de Bazan, marqués de Santa Cruz. Diez dias permaneció don Juan en Nápoles detenido por vientos contrarios, y á pesar de su impaciencia por llegar á Mesina, parecióles pasar alegremente entre fiestas y espectáculos, pues el príncipe por su juventud, por su belleza y por su gallardía era el ídolo de la poblacion. Granvelle, virey de Nápoles en reemplazo de don Perafan de Ribera, entrególe por comision del papa con toda solemnidad el estandarte de la liga (1); invocó la bendicion del cielo sobre el campeon de la Iglesia, á fin de que alcanzase la victoria contra los enemigos de la cruz, y don Juan y la muchedumbre que llenaba el templo donde tenia lugar la ceremonia, contestaron «Amen» con música y alegría á las palabras del obispo (2). Por fin, mas favorable el viento, don Juan se hizo á la vela para Mesina, donde llegó el 25 de agosto, y si en otras ciudades habia visto preparativos para la expedicion, pudo creerse en aquel puerto en el mismo teatro de la guerra. Entre las salvas, músicas y arcos de triunfo con que el príncipe fué recibido, nada ofrecia tan bello espectáculo como el puerto con sus innumerables bajeles, iluminado por el castillo de fuego que se disparó aquella noche en la ciudad. Cada dia nuevas escuadras, galeras aisladas ó bergantines llevando á algun aventurero, acudian á aumentar las fuerzas de la terrible armada; muchos de aquellos buques y especialmente las galeras ostentaban doradas y pintadas esculturas segun la usanza de la época, y entre todas

(1) Era el estandarte de damasco azul, y al pié de un crucifijo se veian las armas pontificias con las de España á la derecha y las de Venecia á la izquierda, unidas por una cadena á la que estaban suspendidas las armas de don Juan de Austria.

(2) Vanderhammen, *Don Juan de Austria*, p. 115.

sobresalia la *Real* ó la del generalísimo, construida en Barcelona, así por su solidez y ligereza como por su porte y el lujo y la profusion de sus adornos.

Entre grandes y pequeñas se contaban en la bahía mas de trecientas velas; Venecia habia aprontado ciento seis sin contar seis galeazas, gigantescas naves toscamente construidas, llevando cada una mas de cuarenta cañones. España habia enviado menos galeras que la república, pero mayor número de fragatas, de bergantines y de buques de menor porte, sin contar que la armada veneciana estaba tan defectuosamente equipada, que para aumentar su fuerza don Juan hizo pasar á ella varias compañías españolas. A ochenta mil llegaba el número de personas que la armada conducia entre gente de pelea y de servicio, y recibidos los refuerzos todos, comunicadas las gracias de cruzada á los guerreros, que devotamente confesaron y comulgaron antes de embarcarse, desplegáronse al viento las velas el dia 16 de setiembre, y una por una salieron las naves al mar entre las bendiciones del legado, las músicas y los gritos de la multitud.

Diez dias despues llegó la armada á Corfú, cuyas incendiadas aldeas y desoladas campiñas revelaban el paso del enemigo; allí supo don Juan que se habia visto á la escuadra otomana anclada en el golfo de Lepanto como esperando la llegada de los cristianos, y apresuróse á reunir el consejo para deliberar lo que habia de hacerse. Aunque divididas las opiniones, como es natural, los principales capitanes, Bazan, Requesens, Cardona, Barbarigo, Colonna y Alejandro Farnesio, que hacia entonces sus primeras armas, opinaron por ir á buscar al enemigo y combatirle, y esta fué tambien la opinion del arrebatado don Juan. En 13 de setiembre hizo este alarde de sus fuerzas en Comenizza, y habiendo esperado hasta el dia 3 de octubre las naves rezagadas, dióse de nuevo á la vela y atravesó el mar Jónico con direccion al golfo de Lepanto. En Cefalonia recibió la triste nueva de que Famagusta, la segunda ciudad de Chipre, habia caido en poder de los Turcos, quienes mostraron en aquel entonces una perfidia y una crueldad inauditas. Despues de obstinada defensa la guarnicion capituló con honrosas condiciones (2 de agosto), y el general musulman Mustafá, el mismo que dirigiera el sitio de Malta, quiso conocer personalmente á los valerosos capitanes que habian defendido la plaza. Cuatro fueron los que se le presentaron, y Mustafá los condenó á muerte; los tres fueron decapitados, y el cuarto, un noble veneciano llamado Bragadino que habia ejercido el mando superior, fué cruelmente torturado, y por último desollado vivo. La noticia de tan dolorosos sucesos encendió en el corazon de los Venecianos ardiente deseo de venganza, y ellos y sus aliados esperaban con impaciencia la hora que habia de poner al alcance de sus golpes á los enemigos de la fé.

El domingo 7 de octubre, fecha memorable en la historia, la armada levó anclas dos horas antes de amanecer, y al salir el sol hallábase á la altura de las Curzolares, montones de rocas que dominan por la parte del norte la entrada del golfo de Lepanto. Las naves aliadas adelantaban con trabajo contrariadas por el viento; todos los ojos estaban fijos en el horizonte para descubrir al enemigo, y por fin el vigia de la Real gritó «¡Una vela!» y anunció poco despues la presencia de toda la armada musulmana. Igual aviso transmitió Doria desde el ala derecha, y don Juan mandó izar el gran estandarte de la liga y disparar un cañonazo en señal de batalla.

Los principales capitanes se dirigieron entonces á bordo de la Real para recibir las últimas órdenes del generalísimo, y empezó á disponerse la armada segun sus anteriores instrucciones. Presentando un frente de tres millas, á lo lejos, á la derecha, sesenta y cuatro galeras estaban colocadas bajo las órdenes del almirante genovés Juan Andrés Doria, nombre temido de los Musulmanes. El centro ó la *batalla*, como entonces se decia, compuesto de sesenta y tres galeras, era mandado por el mismo don Juan, apoyado por una parte por Colonna, capitan general del papa y por Veniero, capitan general de Venecia, yendo á la popa con su galera el comendador Requesens su lugarteniente. El ala izquierda, que se extendia á lo largo de la Etolia, estaba confiada al noble veneciano Barbarigo, quien por no ser envuelto por el enemigo, se acercó á tierra tanto como se lo permitió su ignorancia de la costa. Finalmente la reserva, formada por treinta y cinco galeras, obedecia al marqués de Santa Cruz, quien habia de acudir al punto donde juzgase su presencia necesaria. Cada comandante debia de ocupar con su buque bastante espacio para tener libre sus movimientos sin abrir, empero, paso al enemigo para romper la línea; debia elegir inmediatamente un adversario, empeñar el combate y asaltarlo al abordage luego que le fuese posible. Conociendo que los espolones de las galeras ofrecian mas inconvenientes que ventajas, don Juan hizo cortar el de la Real, y este ejemplo fué seguido en breve por la armada toda.

Recibidas sus últimas instrucciones los capitanes volvieron á sus naves, y el príncipe, embarcado en una fragata ligera, pasó rápidamente por entre las galeras que formaban el ala derecha mientras Requesens revistaba la izquierda; don Juan dirigió ardientes palabras á los Españoles y Venecianos, y á pesar de la acalorada reyerta que poco antes tuviera con Veniero sobre asuntos de disciplina, saludóle afectuosamente como si nada hubiese mediado entre los dos. La armada otomana avanzaba en tanto con lentitud y dificultad, pues el viento hasta aquel momento contrario á los cristianos, soplaba entonces contra el enemigo molestado además por los rayos del sol. Vióse entonces que sus fuerzas eran mas numerosas de lo que se habia creido, pues sin contar muchos buques pequeños relegados á la retaguardia, constaban de doscientas cincuenta galeras reales, la mayor parte enormes, en las que iban ciento veinte mil hombres entre soldados y marineros. Como de ordinario estaban dispuestas en forma de media luna: en el centro hallábase Ali Bajá; el ala derecha era mandada por Mahomet Sirocco, virey de Egipto, y la izquierda por el argelino Uluc Ali. Como don Juan, Ali Bajá habia debido combatir el dictámen de varios oficiales que opinaban por evitar el combate; mas jóven y ambicioso como su rival y mal informado además acerca de las fuerzas cristianas, nadie pudo apartarle de su resolucion, y si es cierto que á la vista de la armada confederada se arrepintió de haber arrostrado la empresa, justo es decir que nada perdió de su valor. Solo los cañonazos que á manera de reto iban disparando alternativamente las dos capitanas, turbaban el aterrador silencio que se cernia sobre la inmensidad de los mares; interrumpiéronlo de pronto los feroces clamores que entre los Turcos se elevaron, mientras que don Juan y los capitanes y soldados todos, con las armas en las manos, recibian de hinojos en el puente de sus galeras la absolucion de los sacerdotes. ¡Grandioso y tierno espectáculo iluminado por un sol sin nubes en la mitad de su carrera!

Dada por las trompetas y tambores la señal de la pelea , oyóse casi instantáneamente una formidable descarga de artillería. Las galeazas habian sido colocadas á media milla de la armada para detener la marcha de los Turcos, y cuando estos estuvieron cerca, aquellos inmensos buques lanzaron sus andanadas á derecha é izquierda, produciendo sus gruesos cañones un efecto sorprendente. Ali dió á sus galeras la órden de romper su línea y de pasar sin atacarlos entre aquellos buques monstruosos que no conocia. Las galeazas, despues de causar á muchas galeras enemigas graves averías y de alterar su órden de combate, no parece que tomaran en él mas participacion.

Empeñóse la pelea en el ala izquierda de los aliados, que Mahomet Sirocco, conocedor de la costa, consiguió envolver en parte; Barbarigo fué herido de un flechazo en un ojo y hubo de abandonar el combate, que ardiente y furioso se sostenia ya de galera á galera y de hombre á hombre. En la parte opuesta Uluc Ali intentaba una maniobra semejante á la que acababa de ejecutar Sirocco; para impedírselo Doria prolongó tanto su línea, que don Juan hubo de observarle el peligro á que exponia el centro. El argelino aprovechó entonces los puntos vulnerables que presentaba, y cayendo sobre algunas galeras muy apartadas de las otras, echó las unas á pique y se retiró triunfante con la capitana de Malta, en la cual solo tres caballeros quedaron con vida.

Mientras así se empeñaba la batalla á derecha é izquierda, las dos capitanas habian chocado con horrible estruendo dando en seguida principio á la obra de destruccion. El bajá abrió contra el enemigo un fuego de artillería y mosquetería que secundaban cien excelentes arqueros que llevaba á bordo, y los cristianos le contestaron con igual ardor. La pelea llegó en breve á ser encendida y terrible; la intervencion de los dos jefes redoblaba el esfuerzo de los combatientes, y ambos, rodeados de sus capitanes, parecian buscarse como para decidir ellos solos la contienda.

Las nubes de vapores que lentamente se elevaban, ocultaban á la vista cuanto sucedia á cierta distancia; á veces la brisa disipaba por un momento el humo, ó los fogonazos de los cañones surcaban como el rayo las espesas tinieblas, y entonces se veian las galeras amarradas la una á la otra cubiertas de cadáveres cristianos y turcos en sangrienta confusion, las aguas del mar teñidas de sangre en grandes espacios, y muchas naves, tan hermosas poco antes, desmanteladas ó desapareciendo para siempre en el seno de las aguas.

Los Venecianos del ala izquierda, con la fuerza que da la desesperacion, habian logrado rechazar á sus enemigos; tomando á su vez la ofensiva, atacan las galeras enemigas, y un valeroso capuchino con un crucifijo atado en la punta de una alabarda, llévalos al asalto de la capitana de Egipto; los esclavos cristianos, rotas sus cadenas, los secundan con brio, la capitana zozobra, y Mahomet Sirocco cae á los golpes de Juan Contarini, al propio tiempo que espira Barbarigo al recibir con inefable alborozo la noticia del triunfo.

En el centro continuaba el combate; dos veces los Españoles habian intentado el abordage y dos veces habian sido rechazados; ambos jefes se exponian al peligro como meros soldados, y don Juan fué herido levemente en un pié. Por tercera vez dan las trompetas la señal de ataque, y los Españoles se lanzan intrépidos al puente de la galera turca; como antes les oponen los genízaros inex-

COMBATE NAVAL DE LEPANTO.

pugnable muro, pero en aquel momento Ali Bajá que los acaudilla, cae sin sentido herido de un balazo en la cabeza, y sus soldados, despues de una defensa digna de su antigua fama, son arrollados por todas partes. Ali Bajá es rematado, y al propio tiempo que su cabeza, á pesar de las órdenes de don Juan que mandó arrojarla al mar, era clavada en la punta de una pica, desaparecia de la galera capturada el estandarte de los califas para ser sustituido con la bandera de la cruz. A su vista lanzan los cristianos el grito de victoria; los musulmanes cejan, muchas de sus galeras son tomadas al abordage, otras son echadas á pique, y en menos de cuatro horas su centro y su ala izquierda quedan completamente destruidos.

Mas vivo se sostenia el combate entre Uluc Ali y Andrés Doria. En auxilio de este habia acudido el marqués de Santa Cruz despues de socorrer muy oportunamente al centro. Uluc, atacado por todas partes, hubo de abandonar las galeras capturadas y retirarse á toda prisa. Supo entonces la derrota de los suyos en el centro y la muerte de Ali Bajá, y comprendiendo que no le quedaba mas remedio que la fuga, dió á sus naves la señal de retirada. Eran estas las mejores de la armada turca y sus marinos los mas famosos del Mediterráneo, y aun cuando Doria, Bazan y despues el príncipe salieron en su persecucion, no tardó en ponerse fuera de su alcance llevado por las alas del viento. Algunas de sus galeras se estrellaron en el cabo inmediato, pero las mas, en número de unas cuarenta, lo doblaron sin tropiezo y perdiéronse poco á poco en el lejano horizonte. La armada cristiana, temerosa de la tempestad que amenazaba, se refugió en el inmediato puerto de Petala, despues de entregar á las llamas las naves que por su mal estado hubieron de ser abandonadas.

Tal fué el memorable combate naval de Lepanto, el mas sangriento de que hacen mencion los anales modernos. Segun los cálculos mas verosímiles los musulmanes tuvieron veinte y cinco mil hombres muertos y cinco mil prisioneros. Doce mil cautivos encadenados al remo recobraron la libertad. Las pérdidas de los aliados fueron comparativamente poco numerosas y no llegaron á ocho mil hombres, entre ellos dos mil Españoles, ochocientos Romanos y los demás Venecianos, lo cual se explica por su superioridad en las armas de fuego y por el exclusivo uso que de ellas hacian sin servirse de arcos ni de flechas. En cuanto á la armada mahometana podia considerársela como destruida: de doscientas cincuenta galeras que habian tomado parte en la accion, cuarenta á lo mas lograron escaparse; ciento treinta fueron apresadas y repartidas entre los vencedores, y las demás, echadas á pique ó quemadas, fueron presa de las olas. Los aliados, por el contrario, solo perdieron quince galeras, aunque sin duda fueron en mayor número las que sufrieron grandes averías. A bordo de las naves turcas hallóse inmenso botin de oro, joyas y brocado, y dícese que la galera capitana contenia la considerable suma de setenta mil zequines de oro (1).

Todos en la armada cristiana desde don Juan de Austria al último remero cumplieron valerosamente su deber, y aun cuando no permite la índole de esta obra

---

(1) Para los principales detalles de este memorable combate hemos seguido la memoria sobre él escrita por don Cayetano Rosell, memoria premiada por la Real Academia de la Historia en el certámen de 1853.

citar el largo catálogo de nombres de los que mas se distinguieron, fuerza nos es pronunciar uno solo, el de un jóven que oscuro é ignorado entonces habia un dia de ceñir laureles mas puros y envidiables que los que crecen en los campos de batalla. Aquel jóven que servia como mero soldado se hallaba en cama enfermo con calentura, cuando el cañonazo disparado por la capitana dió la señal de la batalla. Subió entonces al puente, y á pesar de las observaciones de su capitan, peleó en el puesto de mayor peligro como lo probaron dos heridas en el pecho y una en la mano izquierda de que quedó estropeado el resto de sus dias. Aquel soldado se llamaba Miguel de Cervantes Saavedra.

Don Juan aprovechó el tiempo que la tormenta tuvo sitiada á su armada en el puerto de Petala para prodigar á los heridos cuidados y consuelos y para aliviar con su humano trato la triste suerte de los prisioneros. Entre ellos se hallaban dos hijos del valeroso Ali, á quienes el caballeresco príncipe trató con régia munificencia. El uno murió en Nápoles de pesar y el otro fué enviado con sus servidores á Constantinopla sin rescate de ninguna especie; los regalos que su hermana Fátima enviara á don Juan, fueron rechazados por este «no por no apreciarlos como cosa venida de su mano, le escribió el príncipe, sino porque la grandeza de mis antecesores no acostumbra rescibir dones de los necesitados de favor, sino darlos y hacerles gracias.» En aquella hora de suprema alegría no cabian en el pecho de don Júan sino nobles y generosos sentimientos: al presentársele Veniero despues de la batalla, felicitóle por su valerosa conducta y le llamó con afecto *padre mio;* el iracundo anciano no pudo contener sus lágrimas, y el cronista que cuenta este suceso dice que lloraban cuantos presenciaron la interesante escena (1).

Reunido en Petala un consejo de guerra para tratar de las operaciones ulteriores, opinaban algunos por atacar á Constantinopla y otros por tomar cuarteles de invierno, aplazando la guerra para la próxima primavera. A instancia del príncipe decidióse por fin dirigirse á la isla de Leucade y poner sitio á la importante plaza de Santa Maura; pero como llegados delante de ella (12 de octubre) pareciese á los aliados que la empresa habia de ser mas árdua y difícil de lo que se habia creido, resolvióse, por lo adelantado de la estacion, que cada jefe se retirara á invernar con sus respectivas naves. Procedióse, pues, á la reparticion del botin, del cual tocó una mitad á España, y don Juan, pasando por Corfú, llegó á Mesina despues de vencer recios temporales (31 de octubre).

Fácilmente nos formaremos idea de los transportes de júbilo con que fué saludado en aquella plaza. La poblacion entera con sus magistrados á la cabeza esperaba al príncipe en la playa, y al entrar en el puerto la Real con su glorioso estandarte, al ver detrás de las galeras victoriosas las naves vencidas con sus banderas vergonzosamente abatidas hasta el agua, las aclamaciones, las músicas y las salvas ensordecieron el espacio. La ciudad decidió erigir al príncipe una estátua colosal de bronce y le hizo presente de treinta mil coronas. Don Juan las aceptó, pero como su parte de botin, fué aquella suma consagrada al alivio de los heridos y enfermos.

La noticia de la victoria de Lepanto causó profunda sensacion en toda la

(1) Torres y Aguilera, *Crónica*, f. 75; Vanderhammen, *Don Juan de Austria*, p. 123.

cristiandad, y las naciones aliadas en particular manifestaron su alborozo con extraordinarias manifestaciones. En Venecia se ordenó celebrar anualmente el dia 7 de octubre como fiesta nacional; en Nápoles recibieron triunfalmente al marqués de Santa Cruz, pero nada igualó al fausto desplegado en Roma para festejar á su caudillo. Al saber la noticia del triunfo, el anciano pontífice derramó un torrente de lágrimas y prorumpió en aquellas palabras del Evangelista: *Fuit homo missus á Deo, cui nomen erat Joannes.* Felipe II recibió el primer aviso de la victoria por medio de la embajada de Venecia; hallábase en el Escorial rezando las vísperas de Todos los Santos cuando se la comunicaron, y sin que se observara alteracion alguna en su fisonomía, continuó impasible el rezo. Terminado que fué, dió órden de cantar el *Te-Deum*, y los asistentes todos conmovidos unieron su voz á la de los monges. Aquella noche todo Madrid apareció iluminado, y extendiéndose luego el entusiasmo por la nacion entera, las artes y las letras se dedicaron á porfía á perpetuar el recuerdo del glorioso acaecimiento. Don Felipe escribió á su hermano, y en su carta íntima y dictada por los sentimientos del corazon, revélanse la gratitud y el afecto fraternal. *A. de J. C.*

Grave error es imaginar que la victoria de Lepanto fué estéril y de ningun provecho para los vencedores; es cierto que no quitó á los vencidos un palmo de terreno y que desde el siguiente año pudieron reparar las enormes pérdidas que experimentaran en hombres y en buques; pero en cambio habian perdido el prestigio, que forma la principal fuerza de los conquistadores. Los Turcos dejaron de ser reputados invencibles; por espacio de setenta años renunciaron á formales tentativas contra las costas venecianas, y cuantos han estudiado atentamente la historia del imperio otomano ponen en la batalla de Lepanto el principio de su decadencia. Que si de ella podian reportarse mayores ventajas, cuestion es esta muy controvertida, y para inclinarse á uno ú otro lado recuérdense la rivalidad que existia entre los confederados y especialmente entre Españoles y Venecianos y los inmensos recursos del imperio turco, que hacian decir al duque de Alba, juez muy competente en la materia, que cualquier tentativa contra Constantinopla ó contra otro punto de Turquía solo habia de producir un funesto desengaño á no estar apoyada por una coalicion general de los estados cristianos.

Los contingentes de los aliados habian de estar prontos á principios de la primavera del siguiente año (1572), pero no lo estuvieron hasta llegado el verano. La dificultad de decidir á que punto se dirigiria la guerra era otra de las causas de esta dilacion: deseaban los Venecianos continuar las hostilidades por la parte de levante, mientras que Felipe queria combatir los estados berberiscos del Mediterráneo. Pio V, en tanto que soñaba ya en la conquista de Constantinopla y de la Tierra Santa, esforzábase en comunicar su ardor á los demás príncipes cristianos, pero todos le contestaron con palabras evasivas. Los vastos planes de Pio fueron destruidos por su muerte, acaecida en 1.° de mayo de 1572, y con él puede decirse que se extinguió el espíritu que formara y mantenia la confederacion. *1572*

Felipe II hallóse entonces en situacion muy crítica: abrigaba vivos temores de ver elevado á la sede pontificia un prelado del partido francés, y tenia además graves motivos para desconfiar de la política de Francia respecto á los Paises Bajos. Antes de reunir la armada que debia aprontar quiso hallarse tranquilo

sobre estos dos puntos, y en vano fué que los aliados excitaran á don Juan á auxiliarles con su escuadra; el príncipe habia recibido órden de no salir de Mesina, y aunque él se indignaba al verse expuesto á ofensivas acusaciones y al mirar tan pronto cerrada la gloriosa senda que habia emprendido, hasta el 6 de julio no le permitió el rey enviar en auxilio de los confederados una escasa parte de su contingente, esto es, veinte y dos galeras y cinco mil hombres de tropas. Sospechan algunos historiadores que todo esto lo hizo Felipe para detener el vuelo de la juvenil ambicion de su hermano, que halagado por el pontífice y sus amigos, habia pensado en conquistar para sí un reino en las regiones de Oriente. Citan en apoyo de esta opinion la suspicacia de Felipe, que habia mandado á sus ministros en Italia que no trataran al príncipe de *Alteza* sino de *Excelencia;* mas todo ello, aunque cierto, no nos parece suficiente motivo para haber diferido las operaciones contra los Turcos; á nuestro modo de ver se ha de atribuir mas bien esta dilacion, como antes hemos indicado, á temores de nuevas complicaciones políticas.

Por fortuna Felipe quedó libre de los que abrigaba respecto de Roma con la eleccion del cardenal Buoncompagno (Gregorio XIII), quien personalmente conocido del rey por haber permanecido muchos años en la corte de España, era adicto á los intereses de esta nacion y habia heredado el celo de su predecesor por la cruzada contra los infieles. Al mismo tiempo supo Felipe con satisfaccion que los Guisas, decididos partidarios de España, habian tomado en Francia la direccion de los negocios públicos, cuando despues de haber huido Condé y Coligny á la Rochela, de la que hicieron los hugonotes su plaza de armas, de haberles concedido la corte la paz de Saint-Germain, en la que, á pesar de la muerte del príncipe de Condé y de las derrotas de Jarnac y de Montcontour, les permitió Carlos IX el libre ejercicio de su culto en dos ciudades por provincia (1570), acaecieron en el reino vecino los importantes sucesos que luego explicaremos. Libre entonces de sus temores el rey católico consintió en la marcha de su hermano con el resto de la armada, compuesta de cincuenta y cinco galeras y treinta naves mas pequeñas; sin embargo, cuando el príncipe llegó á Corfú á principios de agosto, los aliados bajo el mando de Colonna habian ya salido en busca del enemigo.

Fué tanta la actividad desplegada por la Puerta otomana, que en seis meses construyó y equipó ciento veinte galeras, las que unidas á las que ya poseia, constituian una armada formidable. Su mando fué confiado á Uluc Alí, el renegado argelino, quien salió al mar á mediados de julio. Ambas armadas se hallaron en presencia en las costas occidentales de la Morea, pero aunque el infiel era superior á los cristianos en el número y la fuerza de sus naves, rehusó el combate y maniobró con tanta habilidad para rehuir una batalla como en Lepanto para evitar una derrota. Los aliados volvieron á Corfú á mediados de agosto, y reforzados allí por el resto de la armada española, se hicieron otra vez á la vela con doscientos cuarenta buques. Don Juan llegó en breve delante de los puertos de Modon y Navarino, donde anclaban las dos divisiones de la armada turca, sin que todos los esfuerzos de los cristianos pudieran impedir que se reunieran las dos en el primero de dichos puertos. En 7 de octubre Uluc Alí se hizo á la vela dispuesto al parecer á presentar batalla, pero despues de algunas correrías sin

resultado volvió al puerto de donde habia salido. En vano fué que los aliados de J. C.
permanecieran por aquellas inmediaciones con la esperanza de obligar á los Turcos al combate; el verano transcurrió sin que nada alterara aquella situacion, y como don Juan vió rechazado su proyecto de forzar el puerto, como empezaban á faltar las provisiones y se acercaba el otoño, fecundo en borrascas, el príncipe, descontento de sus aliados, marchó con la armada española á Sicilia, mientras los demás tomaban tambien cuarteles de invierno (octubre).

Sin desalentarse por los escasos resultados de esta campaña, el pontífice y Felipe II estaban resueltos á dar otra vez principio á las operaciones con mayor número de naves y de gente al llegar la primavera, cuando una noticia inesperada destruyó de pronto todos sus proyectos: Venecia, faltando á sus solemnes compromisos y atendiendo únicamente á lo que creyó ser sus intereses, habia firmado por separado la paz en Constantinopla (7 de marzo de 1573). En el 1573
tratado, hecho por mediacion del embajador francés, se estipulaba, como si los turcos y no los cristianos hubiesen vencido en Lepanto, que la república pagaria al sultan por espacio de tres años una suma anual de cien mil ducados y le cederia además la isla de Chipre, primera causa de la guerra.

Felipe II recibió la noticia con su impasibilidad ordinaria, si bien manifestó su descontento al embajador veneciano. «Aunque me hayais abandonado, le dijo, no por esto cesaré de combatir á los infieles y de defender contra ellos á todos los pueblos cristianos.» El papa dió libre carrera á su indignacion en el consistorio de cardenales, y don Juan, enfurecido por tan innoble proceder, quitó de su galera el estandarte de la liga é izó en su lugar el estandarte de España. Así terminó la santa liga en la que fundara Pio V la esperanza de reconquistar á Constantinopla y libertar á la Palestina.

Digamos ahora lo que durante este tiempo habia sucedido en los Paises Bajos donde hemos dejado al duque de Alba preparándose para salir á campaña contra los Orangistas despues que con el rigor de sus suplicios aseguró la tranquilidad á sus espaldas.

Con diez mil infantes y tres mil caballos atacó el duque en las inmediaciones de Groninga al ejército de Luis de Nassau, y á pesar de la excelente posicion que este ocupaba, púsolo en completa derrota (julio de 1568). Otra vez le venció con gran mortandad en Geming, entre el rio Ems y la ensenada de Dullart, y desde entonces pudo darse por vencida en aquella campaña la causa de la insurreccion. A su regreso el ejército victorioso entregóse á horribles desmanes en el territorio que fuera testigo de la muerte de Aremberg, é indignado el de Alba, impuso á los culpables severo castigo. En seguida dió la vuelta á Bruselas, y allí encontró á su hijo mayor don Fadrique, que acababa de llegar de España con algun dinero y dos mil quinientos infantes.

A tiempo llegaba aquel refuerzo, pues el príncipe de Orange, sin desalentarse por las derrotas experimentadas por su hermano, habia levantado en Alemania un ejército de veinte y ocho mil soldados y con él se preparaba á invadir los Paises Bajos, secretamente secundado por los reyes de Dinamarca é Inglaterra y por los hugonotes de Francia. Asentó sus reales en la márgen del Mosa cerca de Maestricht, y el de Alba entonces, con banderas españolas, italianas, borgoñonas, flamencas y alemanas, en todo sobre diez y seis mil infantes y cinco

mil quinientos caballos, se dirigió á aquella plaza para observar desde ella los movimientos del enemigo (setiembre de 1568). Burlóle una noche el de Orange atravesando el rio sin ser apercibido, y deseoso de llegar á batalla llevó sus batallones delante de las fuerzas del duque. No abrigaba este iguales intenciones, fiado en la proximidad del invierno y en que la falta de pagas para tan numeroso ejército habia de experimentarse muy pronto produciendo su disolucion, y atento únicamente á que no se apoderara el enemigo de ninguna plaza donde pudiera fortificarse y proveerse, entreteníale con escaramuzas, sin que las provocaciones de los contrarios ni los murmullos de los suyos le obligaran á abandonar su aparente inaccion. El de Orange, que vió frustrados sus deseos y á quien, como previera el de Alba, habia puesto ya en grave aprieto una insurreccion de sus soldados, levantó su campo y se dirigió á Tirlemont para reunirse con tres mil infantes y quinientos caballos franceses que llevaba en su socorro el señor de Genlis, capitan del príncipe de Condé. Siguiéronle los Españoles en su marcha, y al pasar el rio Gette acuchillaron su retaguardia con espantosa mortandad. No habian correspondido las ciudades de Brabante á lo que de ellas esperara el príncipe, que siempre son pródigos de esperanzas los desterrados, que creen á los demás animados de sus propios sentimientos, y creciendo cada dia sus dificultades, hostigado sin cesar por los Españoles, que si no aceptaban batalla no le permitian tampoco entrar en plaza ninguna, resolvió abandonar por entonces la partida y marchar en auxilio de los hugonotes de Francia, que renovaban en aquel reino la tercera guerra civil. No pudo, empero, realizar su intento, por habérsele opuesto á su paso las tropas españolas y por la insubordinacion de sus propios soldados, y se retiró á Alemania á prepararse para otra campaña (diciembre de 1568), mientras el duque de Alba, cuyo talento militar quedó muy realzado por esta campaña en que habia vencido al enemigo á costa de muy poca gente, volvia como en triunfo á Bruselas y recibia del papa Pio V honrosas distinciones.

No fué la modestia la cualidad que dominó en aquella ocasion en el ánimo del duque: con los cañones cogidos á Luis de Nassau mandóse hacer una estátua para colocarla en la ciudadela de Amberes, estátua que hollaba varios emblemas representando á los iconoclastas, á los *Gueux* y al mónstruo de la heregía. El descontento que este rasgo de orgullo ó vanidad produjo entre los Flamencos, disgusto del cual participó tambien el mismo Felipe II, aumentóse mas aun por los tributos que el duque, sin dinero despues de la victoria, hubo de imponerles para pagar á sus tropas. La guerra pasada, los muchos fuertes construidos habian acarreado muy crecidos gastos, y el duque, que no sabia como proveer á la manutencion de sus soldados, estableció el derecho de la décima en la venta de los bienes muebles y de la vigésima en la de los inmuebles, muy pesada imposicion para aquel pueblo que en su mayor parte se sustentaba del comercio y del trato. No bastaban las razones alegadas por las ciudades para convencer al inflexible duque, cuyos apuros crecieron cuando la reina Isabel de Inglaterra, á pesar de no estar en abierta hostilidad con España, mandó confiscar la importante suma de dinero que conducian á Flandes algunas naves vizcainas, obligadas por el mal tiempo á recalar en Plymouth (1569), so pretexto de que pertenecian á asentistas genoveses. Las reclamaciones de Felipe II y del duque de Alba

no lograron alcanzar su devolucion, y entonces mandaron embargar en España y en Flandes los navíos y mercancías de los Ingleses y aun arrestar sus personas. La reina hizo otro tanto con los Españoles, mas al fin prometió devolver dentro de poco tiempo la suma usurpada, pagando en el ínterin los correspondientes intereses, y Felipe II, harto ocupado ya en la guerra de los Moriscos, en los asuntos de Flandes y en la política de Francia, donde sus tropas en número de cinco mil hombres al mando del conde de Manfeldt, habian tenido gran parte en el triunfo de Montcontour (3 de octubre de 1569), disimuló por entonces el agravio y se avino á lo propuesto por la reina. Todo indicaba, empero, agriadas mas y mas las relaciones entre ambos paises, que los dos adversarios, el campeon del catolicismo y la defensora y esperanza de la heregía, no tardarian en empeñar la lucha cuerpo á cuerpo, pues cada dia se mostraba Isabel mas agresiva contra los intereses de España.

Por aquel tiempo envió Felipe II á su virey de los Paises Bajos cuatro cédulas de perdon ó amnistía para que eligiera la que creyese mas conveniente; pero el duque opinó por suspender su publicacion hasta que se fallaran las causas instruidas contra el marqués de Berghes y el baron de Montigny, enviados en comision á España en 1566, aun cuando el primero hacia ya mas de dos años que falleciera en Madrid. Presos ambos personages á poco de su llegada á estos reinos por acusárseles de complicidad en los sucesos de los Paises Bajos y quizás por inteligencias con el príncipe don Carlos, el marqués, como hemos dicho, falleció en mayo de 1567, y Montigny, hermano del conde de Horn, fué encerrado en el alcázar de Segovia, mientras la causa de ambos se seguia en Bruselas por el tribunal extraordinario instituido por el duque de Alba. En 18 de marzo de 1570 pronuncióse la sentencia declarándoles reos de lesa magestad por cómplices en la liga y conjuracion del príncipe de Orange, y se les condenó á perder la vida y á la confiscacion de bienes. Felipe se hallaba en Andalucía al recibir esta comunicacion de su virey, y queriendo que la cosa permaneciera secreta, encargó á este que no publicara la sentencia, diciendo que él procuraria su ejecucion del modo mas conveniente. Su primer cuidado fué trasladar á Montigny de Segovia á la fortaleza de Simancas, y despues de tomar las necesarias precauciones para que se entendiese que el preso habia fallecido de muerte natural, procedióse á su suplicio, que se verificó en la propia fortaleza ante muy pocos testigos y por medio de garrote. Todo se llevó á cabo segun las minuciosas instrucciones del rey, y Montigny, que hasta el último momento habia conservado la esperanza de alcanzar su gracia por intercesion de Ana de Austria, la futura reina, murió protestando de su adhesion á la fé católica, despues de recibir con gran devocion los santos sacramentos (16 de octubre de 1570). Sus servidores y todo el mundo creyeron ó aparentaron creer que el baron habia fallecido de muerte natural.

El duque de Alba, que recibió en cifras comunicacion de todo lo sucedido, habia ya publicado el ansiado perdon general (julio), al propio tiempo que instaba al rey, fundado en sus años y en la tranquilidad de que gozaba el país, para que le diera un sucesor y le permitiera regresar á España. El duque de Medinaceli era destinado para sucederle, pero decia el rey al de Alba que, agotados sus recursos, no tenia un real para despachar al duque, y que por lo mismo continuara por algun tiempo al frente de aquel gobierno. Este se hacia cada dia mas difícil y tra-

bajoso; publicado por fin el oneroso edicto de la décima y de la vigésima (1571), despues de muchas demandas y contestaciones se cerraron en Bruselas las tiendas y los talleres, el mercado quedó desierto y la ciudad toda ofreció el aspecto de la consternacion. Irritado el de Alba por semejante resistencia y sin recurso para atender á sus necesidades, mandó prender á diez y siete mercaderes y los condenó á ser ahorcados en la puerta de sus casas. Todo se preparaba para la ejecucion cuando llegó la inesperada noticia de que el señor de Lumey, que se titulaba conde de la Marca, se habia apoderado de La Brielle en la isla de Voorne, al frente de quince naves, en las que iban embarcados muchos descontentos con el nombre de *Gueux* de mar (1.° de abril de 1572). La noticia de este suceso enciende otra vez el fuego de la rebelion, y el duque de Alba, herido de estupor al recibirla, revoca sus órdenes y suspende la recaudacion del tributo, mas ya era tarde. La afortunada tentativa de los proscritos formó la república de las Provincias Unidas, al propio tiempo que Felipe II se disponia á realizar su antigua idea de convertir en reino los Paises Bajos.

El conde Bossu, que acudió con varias compañías al lugar del peligro, tuvo que volverse sin haber adelantado cosa alguna; todas las ciudades de Zelanda, excepto Middelburgo, abrieron sus puertas á los insurrectos; Holanda siguió el mismo ejemplo, á excepcion de Amsterdam, y fueron tantos los socorros que esta vez acudieron á los rebeldes de Inglaterra y de Francia, que á los cuatro meses reunieron en Flessingue una armada de ciento cincuenta velas. En Güeldres, en Zutphen y en Frisia cundia rápidamente la insurreccion, y Luis de Nassau, ayudado de Franceses, logró apoderarse en la frontera de Francia de Mons y de Valenciennes (mayo). Esto hizo concebir al duque graves sospechas acerca de la sinceridad con que Carlos IX se decia aliado de Felipe II; mas no queriendo romper con él hasta que arrojara la máscara, se limitó á escribirle recordándole los auxilios y favores que siempre le habia prestado S. M. Católica.

La noticia de estos sucesos dió nueva fuerza en el gabinete de Madrid al partido de Ruy Gomez y á su dictámen favorable á la suavidad y moderacion, al paso que el de Alba habia visto declinar su crédito al estrellarse en la empresa que se le confiara. Apresuróse, pues, la marcha de Medinaceli á los Paises Bajos, mas díjole el duque á su llegada que su honor no le permitia hacer la entrega del mando y gobierno de las provincias mientras estuviesen alteradas, puesto que su retirada á España en los momentos en que ardia una guerra seria tenida por cobardía. Dispúsose, pues, á emprender las operaciones, y enviando delante á su hijo don Fadrique con buena parte del ejército, marchó él poco despues á poner su campo delante de Mons. Antes de su llegada habian don Fadrique y el maestre de campo Chiapin Vitelli derrotado y puesto en fuga á gran número de Franceses que, mandados por Genlis, trataban de dar favor á los cercados; mas de mil murieron en la pelea, hiciéronse seiscientos prisioneros, entre ellos el general y sesenta caballeros, y escarmentados los hugonotes de Francia, no volvieron á pasar armados las fronteras de su reino. Al partir el de Alba de Bruselas con direccion á Mons, el príncipe de Orange con once mil peones alemanes y seis mil caballos penetró en los Paises Bajos, dejando á Berghes en las fronteras de Alemania y á Lumey con su armada corriendo la costa. Asoladora fué la marcha del príncipe, y mas que el libertador de aquel pueblo, como él se

titulaba, hubiérase dicho su verdugo. En 9 de setiembre llegó á un cuarto de legua del campamento del duque delante de Mons, y en vano fué que intentara romper las fortificaciones de sus cuarteles y que provocara á los Españoles á campal batalla: el duque queria usar con él del mismo sistema que tan buen efecto produjera en la anterior campaña, y no salia de sus líneas sino para escaramuzas de ningun resultado.

Así se hallaban las cosas cuando aterrorizó á los reformados de los Paises Bajos y de la Europa toda la noticia de lo acaecido en París durante la noche del 24 de agosto. Aun cuando Catalina de Médicis no se habia consolado todavía de la pérdida de las plazas fuertes que habia debido ceder á los hugonotes, parecia inclinarse mas y mas á favor de este partido, impulsada por las circunstancias de la política exterior y por su malevolencia á España. El casamiento de su hija Margarita con Enrique de Borbon, hijo de Juana de Albret, que se titulaba rey de Navarra y era jefe de los hugonotes desde la muerte de Condé (1); sus negociaciones con Inglaterra para casar á su hijo Enrique con la reina Isabel, todo ello al propio tiempo que comunicaba grandes brios á los reformados, iba dirigido á vengarse de la política de España, que desde la muerte de Enrique II, bajo las apariencias de oficiosa proteccion, habíase creado con los Guisas un poderoso partido y no habia cesado de reconvenirla por las concesiones que á los protestantes hiciera. Así las cosas, el almirante Coligny y los hugonotes todos concibieron vastísimos proyectos; aprovechando el rencor que las pasadas derrotas mantenian en la nacion y el ardor que por las batallas y la guerra parecia haberse apoderado del rey, pensaron en renovar la lucha entre Francia y España con la esperanza de abatir al pueblo que era entonces la hidra del partido protestante. Con estos pensamientos Coligny y los principales hugonotes marcharon á París con pretexto de asistir á las bodas del príncipe bearnés con Margarita, pero en realidad para dominar el ánimo del rey y alcanzar la realizacion de sus proyectos. Carlos IX que, repetimos, deseaba la guerra y tomaba gran placer en hablar del ducado de Milan que sus cortesanos decian pertenecerle, no podia menos de dispensar buena acogida á Coligny que ponia á sus ojos ardientes y glorioso combates. La reina madre fingió en un principio aprobar aquellos proyectos, y segun afirma el embajador veneciano en París, Juan Michieli, ella y el rey indujeron al príncipe de Orange á invadir los Paises Bajos prometiéndole su auxilio. Todo ello llegó á noticia de Felipe II, y de ahí la órden comunicada á su armada de Italia para suspender su marcha á Oriente. Coligny no pudo contenerse por mas tiempo: aprovechando las sinceras disposiciones de Carlos IX y las aparentes de Catalina, hizo que empezara la guerra en Flandes y envió á los rebeldes un cuerpo de auxiliares. El mal éxito de aquella tentativa pareció enfriar el ardor de Carlos IX, pero otra vez volvió á irritarse al saber el proceder del de Alba contra Genlis y los prisioneros franceses á quienes arrancaba entre torturas la confesion de la complicidad de su rey en la bélica intentona. El almirante Coligny llegó á eclipsar la influencia de la reina madre; hablábase en París de la guerra de Milan como de un hecho inminente, inevitable, y entonces fué sin duda cuando Catalina

(1) Felipe II y el papa que se opusieron á este matrimonio, querian casar á Margarita con don Sebastian de Portugal.

de Médicis, por conservar el cetro que veia escapársele de sus manos, por evitar una guerra declarada tan contraria á su política, resolvió, de acuerdo con Enrique, su hijo predilecto, llevar á cabo lo que tantas veces habia imaginado, esto es, asesinar al almirante, su mortal enemigo (1). Volvió, pues, apresuradamente á París, de donde se habia ausentado hacia algun tiempo, y su presencia destruyó por completo la obra de Coligny. Carlos IX volvió á ser el hijo sumiso y obediente, y rechazó los bélicos proyectos que poco antes acariciaba. No se atrevió, empero, tanta habia sido la fascinacion, á declararlo así francamente al almirante, pero díjole que despues de tratar el asunto con su madre y su hermano, habia decidido someterlo á su consejo. Unánime rechazó este la guerra con España, y el almirante despechado salió de él amenazando con grandes calamidades al rey, á la reina y á la Francia. Pocos dias despues celebráronse las bodas de Enrique y Margarita, y en aquellos dias de bullicio y fiestas, cuando la exasperacion de los católicos habia llegado á su colmo al ver la corte llena de hugonotes y al saber lo que en su audacia habian proyectado contra Felipe II, un arcabuzazo, salido de una ventana del palacio de Guisa, hirió á Coligny en ambos brazos á su salida del Louvre. Todo el *partido de la religion* acudió alarmado á su residencia, diciendo bien alto que aquel brazo habia de costar mas de cuarenta mil brazos (2); aquella misma noche el rey, su madre y los príncipes visitaron al herido, y al cundir al dia siguiente la voz de que, no solo no era mortal la herida, sino que ni aun el brazo se perderia, la audacia de los hugonotes no conoció límites. Sin embargo, al propio tiempo que se mostraban arrogantes y hostiles por las calles de París, amenazando á los Guisas y á los católicos, el preboste de los mercaderes acudia al Louvre llamado por el rey, y este, su madre y su hermano le comunicaron misteriosas órdenes para los jefes de cuartel. Aquella misma noche, poco antes del alba (24 de agosto de 1572), la campana de Saint-Germain-l'Auxerrois dió la señal y empezó la matanza. Coligny fué la primera víctima; los hugonotes, sorprendidos en medio de su sueño, eran asesinados en las casas; los que huian experimentaban igual suerte en las calles, en las plazas y en el rio, y así perecieron sobre cuatro mil personas, entre ellas las mas ilustres del partido reformado. Fué miserable el espectáculo que en aquellos dias vimos en aquella ciudad, nos dice el P. Mariana, que en aquel tiempo se hallaba en París explicando teología; por todas partes herian y mataban y saqueaban, á veces á los inocentes, como suele acontecer cuando el pueblo está alborotado (3). De París se propagó el furor á las principales ciudades, y el suelo de Francia se inundó de sangre (4).

(1) Es indudable que Catalina de Médicis meditaba de mucho tiempo la muerte del almirante, pero no lo es si al resolver la realizacion de este proyecto, resolvió tambien la horrorosa matanza. Creen varios escritores que esta fué consecuencia de haberse frustrado el primer delito y que quizás á morir Coligny del arcabuzazo disparado contra él, no hubiera sucedido lo demás.

(2) Giovanni Michieli, *Relazione della Corte di Francia*, 1572.

(3) Mariana, *Sumario*, año 1572.

(4) No nos toca entrar en mas detalles acerca de esta horrible catástrofe que con tanta ignorancia de los hechos ó con tanta mala fé refieren varios historiadores. Las relaciones de los embajadores venecianos, que tantas veces hemos citado, al propio tiempo que atribuyen á Coligny el proyecto de dividir la Francia en iglesias ó repúblicas confederadas, dicen que por los documentos hallados al almirante quedó probado que con el príncipe de Orange tenia concertado hacer una matanza general de católicos llegado que fuese el mes de setiembre. A tal grado de excitacion habian llegado

Frustradas por este suceso las esperanzas del de Orange en el auxilio de los Franceses, levantó el campo dejando en Mons á su hermano abandonado á su suerte, mientras que él, perseguido por la caballería española, se retiraba á Delft, en Holanda. Luis de Nassau no tardó en rendir la ciudad, y el ejemplo de Mons fué seguido por Malinas, donde se entregaron los vencedores á grandes desmanes (2 de octubre), «lo cual he autorizado, decia el de Alba al rey, para que las demás villas que se han de cobrar no piensen que á cada una de ellas sea menester ir el ejército de V. M., lo que seria negocio infinito.»

Los Españoles llevaron simultáneamente la guerra á Zelanda, país cortado en todas direcciones por brazos de mar, rios y canales, á Güeldres y á otros diferentes puntos, reportando sus armas casi siempre la victoria. Don Fadrique de Toledo sujeta á Zulphen, reduce á escombros la villa de Naarden y pone sitio á Harlem, donde los rebeldes se defendieron heróicamente por espacio de ocho meses (diciembre de 1572). Nada puede igualar el furor con que por ambas partes se combatía: de la ciudad al campo y del campo á la ciudad arrojábanse las cabezas de los prisioneros, y los muros de la plaza estaban coronados de imágenes de santos que los hereges habian arrancado de las iglesias para exponerlas con desprecio á las balas de los sitiadores. Ya pensaba don Fadrique en levantar el cerco, desalentado al considerar la inutilidad de sus esfuerzos, pero su padre con severas palabras le mandó rendir la plaza á todo trance, y los combates continuaron por una y otra parte con desapiadada saña. Sin embargo, los de la ciudad empezaban á sentir el hambre; sus muros presentaban el mas lamentable aspecto, y para colmo de sus males el de Orange, que acudia en su auxilio, fué derrotado con grandes pérdidas por las banderas españolas. Entonces los moradores, vencidos por el llanto de sus mugeres é hijos, rindieron al fin la ciudad sin otra condicion que su esperanza en la clemencia del rey (12 de julio de 1573). Cuantos soldados franceses, ingleses y alemanes se hallaron entre los defensores de Harlem fueron pasados por las armas; algunos ciudadanos perecieron en la horca, y el ejército descansó allí de sus fatigas, que bien lo necesitaba despues de tan prolongado sitio y de haber visto perecer al pié de los muros mas de cuatro mil soldados y gran número de capitanes.

En aquel tiempo empezaron entre los tercios españoles aquellos movimientos sediciosos, aunque ordenados, que tan fatales consecuencias habian de traer. Sin pagas, sin poder muchas veces atender á sus necesidades, aquellos veteranos recurrieron á la insurreccion para alcanzar lo que se les debia, pero insurreccion ordenada, como antes hemos dicho. La caballería é infantería se juntaban en un solo cuerpo que se llamaba el escuadron de los *descontentos;* destituidos los oficiales, nombrábase á un jefe superior á quien llamaban *el elegido*, y otros infe-

las pasiones religiosas en el siglo XVI, y á nuestro modo de ver, repetimos, manifiesta ignorancia ó mala fé el historiador que trata de atribuir la responsabilidad de las sangrientas escenas que entonces presenciaba Europa á otros que á los hombres altamente culpables que las encendieron y desencadenaron.—Para mas detalles acerca de la noche de San Bartolomé, véanse las historias de Francia y sobre todo las citadas relaciones de los embajadores venecianos en el siglo XVI, *sección de Francia*, París, 1862.

La corte de Francia al dar parte del suceso, lo atribuyó á haberse descubierto á tiempo un horrible atentado de que habian de ser las primeras víctimas el rey y su familia, y en este sentido felicitaron á Carlos IX el pontífice, el rey de España y otros soberanos.

riores con el título de *consejeros;* todos estos grados se conferian por eleccion y las resoluciones se adoptaban á pluralidad de votos. Esta primera insurreccion, en la que corrió grave riesgo el maestre de campo Julian Romero, duró muchos dias y no terminó hasta que Felipe II envió en letras de cambio cuatrocientos mil escudos. El número de tropas que guerreaban entonces en los Paises Bajos, segun relacion del duque de Alba, era de cincuenta y cuatro mil quinientos infantes y cuatro mil setecientos ochenta caballos, entre ellos siete mil novecientos españoles y los demás alemanes y walones.

Continuó la campaña durante aquel año con resultado vario. El de Alba, conformándose á las órdenes del rey, esforzábase por terminar la guerra apresurando las operaciones, pero esto no obstante, hubo de levantar el sitio de Alkmaar al tiempo que los rebeldes dispersaban su escuadra y se apoderaban de Gertruydenberg. La guerra por tierra y por agua amenazaba quedar encendida aun por mucho tiempo, y como el partido del de Alba menguaba diariamente en la corte y al propio tiempo se considerase poco apto para aquel el mando al de Medinaceli, que en este intérvalo habia permanecido en los Paises Bajos como una especie de coadjutor ó coregente nominal, nombróse gobernador y capitan general de los Paises Bajos á don Luis de Requesens, comendador de Castilla y virey entonces de Milan, de cuyo espíritu suave y conciliador se esperaba que habia de poner remedio en lo que se creia haber dañado la severidad del de Alba. En noviembre de 1573 llegó el comendador á Flandes y el duque, despues de hacerle inmediata entrega del mando, se embarcó para España con su hijo y algunas compañías de caballos, dejando las provincias moral y materialmente en muy lamentable estado.

La disolucion de la liga contra el Turco dejaba á Felipe II en libertad de dirigir sus fuerzas donde mejor le pareciere, y resolvió enviar una expedicion á las costas de Berbería. Eligióse á Tunez, caida en poder de los piratas turcos, como el lugar de ataque, aprovechando la circunstancia de haber quedado dueños los Españoles de la fortaleza de la Goleta que la dominaba. En 1.º de octubre de 1573 partió de Sicilia don Juan de Austria con una armada de ciento cuatro galeras y un número casi igual de buques de menor porte, en los que iban embarcados veinte mil hombres de tropas. La campaña fué de muy corta duracion; la mayor parte de los Tunecinos huyeron de la ciudad, y los pocos que en ella quedaron no pensaron siquiera en ofrecer resistencia. El príncipe, sin disparar un tiro, entró á la cabeza de sus batallones en la plaza, cuyas puertas halló abiertas, y apoderóse en ella de cincuenta piezas de artillería, de gran cantidad de municiones, de trigo y de mercancías de inmenso valor. Prohibió á sus tropas maltratar los habitantes y hacerlos esclavos, é invitó á cuantos se hallaban ausentes á regresar á sus casas mediante que prestaran obediencia á Felipe II. Confió aquel vireinato á Muley Hassan, nieto del soberano á quien restituyera el emperador Carlos aquel reino, y el despojado Amida, que invocó la proteccion de los Españoles despues de la criminal conducta que con su padre observara, fué llevado á Italia para que no perturbara el estado. Felipe II, cansado de los gastos que anualmente exigia la conservacion del fuerte de la Goleta, habia recomendado, si no ordenado expresamente á su hermano desmantelarla y arrasarla lo mismo que las fortificaciones de Tunez; mas en vez de someterse á estas

instrucciones, el príncipe hizo restaurar con grandes expensas los muros de la Goleta y dispuso la construccion de otro fuerte en la ciudad, obra que encomendó á un ingeniero italiano llamado Cervelloni, con título de gobernador y capitan general, dejando á sus órdenes ocho mil soldados. Dícese que don Juan seguia en esto las inspiraciones de su secretario Juan de Soto, hombre entendido pero intrigante, que mantenia en el jóven príncipe las ambiciosas ideas que Pio V alhagara antes; Felipe, que habia sabido el absoluto ascendiente que Soto tomara sobre su hermano, envió á Juan de Escovedo para reemplazarle en sus funciones de secretario, pero no se tardó en conocer que, no correspondiendo este á la confianza en él depositada, habia adquirido sobre el príncipe un ascendiente mayor y mas funesto aun que el hombre que le precediera. Los incidentes á que dieron lugar estos sucesos están destinados á llenar todavía algunas páginas sombrías de la historia de esta época.

Puesta en seguridad su nueva conquista y recibida la sumision voluntaria de la inmediata plaza de Biserta, don Juan pasó á la Goleta, en cuyo fuerte dejó por gobernador á don Pedro Portocarrero, y con su armada tomó otra vez el rumbo de Sicilia (24 de octubre), desembarcando en Palermo entre las aclamaciones populares.

En medio de las brillantes fiestas con que obsequiaron al triunfador las ciudades italianas, el príncipe no olvidaba un momento el proyecto que entonces abrigaba de hacerse con un reino en el litoral africano. Su secretario Escovedo marchó á Roma para que el papa se interesara con Felipe en favor suyo, y Gregorio XIII, que amaba tanto á don Juan como su predecesor, accedió de buen grado á este ruego, encargando á su nuncio en la corte de España que procurara obtener el consentimiento del rey á lo que solicitaba el afortunado general. Felipe recibió agradablemente la comunicacion del pontífice y mostrósele agradecido por el interés que por su hermano se tomaba; sin embargo no era hora todavía de decidir sobre este punto: el rey habia sabido que el sultan hacia inmensos preparativos para reconquistar á Tunez, y antes de dar esta ciudad convenia estar seguro de su posesion.

Las noticias de Felipe eran exactas: al saber la suerte de Tunez, Selim no habia omitido esfuerzo alguno para arrancar á los Españoles su nueva conquista. Reunió una poderosa armada, cuyo mando confió á Uluc Alí, y en ella se embarcaron cuarenta mil soldados al mando de Sinan Bajá. Los Otomanos desembarcaron en la costa berberisca á principios de julio de 1574, y sin trabajo al- 1574
guno se apoderaron de la ciudad, cuyas puertas les franquearon sus moradores. No les sucedió lo mismo delante del fuerte, cuyos trabajos, dirigidos por el ingeniero Cervelloni, se hallaban ya muy adelantados, ni tampoco en la Goleta, sin embargo de no ser su gobernador persona apta para tan difícil cargo. La resistencia de los oficiales y soldados no pudo ser vencida sino despues de tres meses de asedio, en el que perdieron los Turcos mas de veinte mil hombres; por fin, casi exterminadas las guarniciones rindieron ambas ciudadelas, y el general turco se apresuró á realizar lo que Felipe II aconsejara en vano á don Juan de Austria, arrasando hasta el suelo las fortificaciones de la Goleta. Cuatro mil Turcos quedaron de guarnicion en Tunez, y Uluc Alí y Sinan marcharon á Constantinopla á últimos de setiembre, llevando cautivos á los principales jefes de las

fuerzas españolas. Desde aquel momento no volvió á emprender Felipe II operacion ninguna de importancia contra las armas turcas, y se limitó á estar á la defensiva.

Mientras esto sucedia don Juan no habia permanecido ocioso ni habia asistido con indiferencia á la caida de la ciudad que conquistara; al recibir la primera noticia de haber llegado la armada otomana delante de Tunez, hallábase de embajador en Génova, ó por mejor decir, en las inmediaciones de aquella ciudad. En aquel entonces alteraban la tranquilidad de la república dos contrarios bandos, cuyo recíproco encarnizamiento amenazaba producir terrible explosion, y era el mal mucho mas grave en cuanto Francia y Saboya se disponian á mezclarse en la contienda, esperando así tomar pié en aquel estado. El rey de España, que heredara de su padre el título de *Protector de Génova*, y cuya intervencion reclamaba el bando de los antiguos nobles, hubo al fin de entender en el asunto, y para ello envió allí á su hermano con órden de vigilar de cerca á las facciones rivales. Díjose entonces públicamente en Italia que don Juan iba á entrar armado en el estado de Génova, tratando de satisfacer su ambicion por aquella parte, y los embajadores venecianos enviaron sobre ello alarmantes comunicaciones á la Señoría. Sin embargo, nada de esto sucedió: segun dijo el mismo príncipe á dichos embajadores, su intencion, conforme á las instrucciones del rey, no eran otras que reconciliar á los partidos y librar así á Génova de los horrores de la guerra civil. Logrólo al fin despues de muchos meses de disensiones, y Felipe II continuó influyendo en los consejos de la república y teniendo en ella una fidelísima aliada.

Detenido por su mision en el norte de Italia, don Juan hizo cuanto pudo para salvar á Tunez, instando á los vireyes de Sicilia y de Nápoles para que enviaran inmediatos socorros á las guarniciones sitiadas; sin embargo, aquellos parecian interesarse mas en las turbulencias de Génova que en la suerte de la colonia africana, y los socorros que enviaron fueron del todo insuficientes para hacer frente á las necesidades del momento. Concluida su embajada, don Juan se embarcó para Nápoles y de allí para Sicilia, donde reunió una armada, cuyo mando tomó él en persona á pesar de las observaciones de sus amigos. La tempestad dispersó sus naves, y al tenerlas reunidas otra vez, vientos contrarios le obligaron á refugiarse en Trápani, donde recibió la noticia de la caida de Tunez. El brillante imperio que viera en sus sueños se habia desvanecido de un golpe como los aéreos palacios de los cuentos orientales, pero no por esto se abandonó á la desesperacion. Don Juan era un verdadero caballero errante, y como antes, continuó alimentando la esperanza de ganar un reino con la punta de su buena espada. Tiempo atrás, cuando en mayo de aquel mismo año habia fallecido el rey Carlos IX, pensó al parecer por un momento en sentarse en el trono de Francia, y despues en el de Polonia, cuando Enrique de Anjou lo dejó vacante para ceñir la corona en París. En aquella situacion don Juan conoció que lo primero que habia de hacer entonces era reconciliarse con su hermano, á quien disgustaban sus ideas aventureras, y partió para la corte de España como para la fuente de las distinciones y honores.

En los Países Bajos sucedian las cosas con varia fortuna. Don Luis de Requesens, de carácter templado, afable y benigno, sin desatender las cosas de la

guerra, tomó en las de gobierno una senda del todo opuesta á la que siguiera su antecesor. Al propio tiempo que procuró enfrenar la licencia de los soldados, dió varias disposiciones para sosegar y tranquilizar la tierra con gran contentamiento de aquellos naturales, y dos, entre todas, merecieron la aprobacion general, como fueron la amnistía dada en favor de los ausentes y la órden para que se quitara de la ciudadela de Amberes la estátua del duque de Alba, que se consideraba como un ultrage al país.

Middelburgo, capital de la Zelanda, era la única plaza que, como hemos dicho, se conservaba por los Españoles en aquella provincia, pero vivamente estrechada por los Orangistas, era seguro que pronto habria de perderse á no darle eficaz é inmediato auxilio. Aplicóse, pues, Requesens á proporcionárselo, y al mando de Sancho Dávila y de Julian Romero envió dos escuadras por los dos brazos del Escalda con muchos soldados y municiones. La última, empero, fué destruida por los enemigos despues de largos combates, y el coronel Mondragon, que mandaba en Middelburgo, fué facultado para rendir la plaza, lo que verificó con muy honrosas condiciones (18 de febrero de 1574). Compensóse en parte este desastre con la derrota de Luis de Nassau, que con seis mil infantes y tres mil caballos reclutados en Alemania se dirigia á pasar el Mosa para incorporarse con su hermano el príncipe luego de penetrar en Brabante y de apoderarse de Maestricht y de Amberes. El comendador envió contra él á Sancho Dávila y á otros capitanes con las tropas disponibles, y avistadas ambas huestes en Moock, aldea del país de Cléveris, diéronse sangrienta batalla, que terminó con la dispersion de los Orangistas y la muerte de su caudillo Luis de Nassau (14 de abril).

Esta victoria no produjo sin embargo todo el fruto que de ella habia de esperarse, á causa de haberse amotinado de nuevo los tercios veteranos españoles, reclamando los atrasos de sus pagas. A las exhortaciones de Sancho Dávila contestaron que no habia de ser lícito pedir cada dia la vida á los soldados, sin que estos una vez al mes pudiesen pedir el sustento para conservarla, y elegidos por ellos nuevos cabos para acaudillarlos, se dirigieron á Amberes en número de tres mil. En vano fué que Requesens se esforzara para reducirlos á la obediencia y que hiciera costosos sacrificios personales para reunir la suma que les era debida; dueños ellos de Amberes, no cejaron en su propósito durante mes y medio que tardaron en recibir el dinero, parte del real erario y parte de los moradores de la ciudad, que deseaban apartar de sí á tan peligrosos huéspedes.

Esta insurreccion, como hemos dicho, á mas de privar á los Españoles de los buenos resultados que habrian podido reportar de la victoria de Moock, fué causa de que se perdiera la escuadra que equipara el comendador en Amberes para operar contra Zelanda. Al acercarse los soldados insurrectos el gobernador la llevó á alguna distancia del puerto para evitar que cayera en su poder, y los de Orange, que tuvieron de ello noticia, la atacaron y apresaron todos sus buques. A estos habian de agregarse los que se armaban en España en el puerto de Santander, pero esta expedicion tampoco se llevó á efecto, y Requesens, sin naves en los Paises Bajos, hubo de suspender las operaciones contra la provincia de Zelanda, foco principal de la insurreccion.

En tanto los capitanes españoles y los flamencos fieles al rey hacian la

A. de J. C. guerra en Holanda é iban estrechando el cerco puesto á Leyden en tiempo del duque de Alba, procurando aislar y reducir á la ciudad por medio de numerosos fuertes que levantaban en las márgenes de los lagos, canales y rios. Memorable fué este sitio en los anales de aquella guerra, así por el esfuerzo y la ciencia mostrada por los sitiadores dirigidos por Francisco Valdés, como por el heróico valor que manifestaron los sitiados y el medio singular á que debieron su salvacion. El hambre causaba ya en la plaza innumerables víctimas; el campamento sitiador se habia reforzado con los tercios veteranos de España ya pagados y con otras fuerzas, cuando los Leydenses, de acuerdo con el príncipe de Orange con quien comunicaran por medio de palomas correos, resolvieron inundar todo el país y convertirlo en un mar, para lo cual abrieron las esclusas y rompieron los diques del Issel y del Mosa (agosto). Sorprendidos los Españoles por aquella repentina inundacion, procuraban contenerla al propio tiempo que iban retirándose á los lugares no invadidos todavía por las aguas. En esto aparecieron navegando sobre los que eran antes prados y cultivadas tierras las naves del príncipe de Orange, y su fuego, unido á la mayor crecida de las aguas, obligó á los Españoles á retirarse hácia Harlem y la Haya, perdiendo así en un dia el trabajo de muchos meses.

Este contratiempo fué causa de una nueva sublevacion de los soldados que esperaban desquitarse de la falta de pagas con los despojos de la ciudad. La rebelion habia llegado á mirarse como el camino mas corto para llegar al dinero, y si las compañías se mostraban pacientes por algun tiempo con la esperanza de saquear alguna ciudad, recurrian al momento á aquella al mirarla defraudada. Esta vez se dirigieron los amotinados á Utrecht, pero fueron repelidos por el valor de sus habitantes, ayudados del comandante de la fortaleza Juan Osorio de Ulloa, no sin estrago de una y otra parte. Finalmente, transcurrido un mes llegó el dinero para la paga, y volvieron á su deber.

El emperador Maximiliano II deseaba poner término á la porfiada contienda que sostenian los Españoles en los Paises Bajos, y á este efecto envió allí al conde de Schwazenberg para que procurase componer la paz con utilidad de ambas partes en cuanto posible fuese; nombráronse al efecto comisarios y juntáronse todos en Breda, plaza que ocupaban los Españoles, para tratar del concierto, pero fueron tantas las exigencias de los Orangistas que se disolvió la conferencia sin haber resuelto cosa alguna.

Desvanecida la esperanza de paz, volvióse otra vez á las armas, y los Es-
1575 pañoles abrieron en Holanda la campaña de 1575 apoderándose de Buren, plaza fuerte aunque no grande. Tomaron luego la isla de Finart con no poco trabajo y heroismo, arrasaron la villa de Oudewater, rindieron por capitulacion la de Schvonhouven en las márgenes del Rhin, y en seguida resolvió Requesens emprender la árdua y peligrosa empresa de conquistar algunas islas de Zelanda, exhortado á ello por el rey don Felipe á fin de proporcionar seguro asilo á los refuerzos y remesas que se le dirigian de España. Dispuso, pues, el comendador que se construyeran en Amberes galeras y pontones, y con tres mil soldados, doscientos gastadores y cuatro compañías de caballos, mandadas estas fuerzas por Sancho Dávila, Chiapin Vitelli, Mondragon y otros capitanes, partió de aquella plaza y llegó en 28 de setiembre al canal de Philipsland. Mil quinientos

hombres se arrojaron al agua para vadearlo, y á pesar del nutrido fuego que contra ellos dirigia el enemigo y de la marea que ya crecia, llegaron á la isla de Duiveland y se apoderaron uno tras otro de seis principales fuertes. Por igual camino y con iguales peligros llegaron los Españoles á la isla de Schouwen, y sus aterrados habitantes concentraron todas sus fuerzas en la ciudad de Zierickzée, cuya toma era el principal objeto de la expedicion. Todos los fuertes de los diques fueron cayendo sucesivamente en poder de Requesens, no sin pérdida de mucha gente, y por último puso sus reales delante de aquella ciudad, entre el lodo y el agua que inundaban sus contornos. Mientras se esperaba su rendicion Requesens volvió á Bruselas, y Dávila, Mondragon y Ulloa quedaron dirigiendo las operaciones. Muchas pérdidas experimentaron en ellos, y entre otras la del valeroso Chiapin Vitelli; pero rechazado el socorro que el de Orange dirigia á la ciudad, sus moradores consintieron en rendirse con honrosas condiciones y en pagar doscientos mil florines. En 2 de julio de 1576, evacuada la plaza por sus defensores, los Españoles entraron en ella despues de nueve meses de trabajoso sitio.

A. de J. C. 1576

Poco importantes habian sido en este tiempo las operaciones de la guerra en Holanda, reducidas á haberse apoderado los Orangistas de la fortaleza de Krimpen. Otra sublevacion de la caballería ligera española en reclamacion de sus pagas contrarió de nuevo los planes de Requesens; este apeló entonces al recurso de armar á los pueblos para que pudieran rechazar á los amotinados, hasta que por fin, agobiado de cuidados é inquietudes acabó su vida en 5 de marzo de aquel año, víctima de una agudísima calentura que le llevó al sepulcro en breve tiempo, sin que pudiera nombrar sucesor conforme á las instrucciones del monarca.

Su muerte acabó de perturbar el lamentable estado de los negocios; el consejo de Estado se encargó del gobierno, y Felipe II, que quiso ver como regian aquel país sus mismos naturales y si introducian algun alivio en el estado de la cosa pública, no se dió prisa en nombrar sucesor al difunto virey. Sin embargo, los consejeros no tardaron en dividirse en dos bandos de *Hispanienses* y *Patriotas*, y discordes en todas sus discusiones, manifestáronse mas afectos á sus particulares intereses que á la tranquilidad de la nacion. Deseosos de bienquistarse con las tropas alemanas, les satisfacieron sus pagas y les permitieron restituirse á su país, sin que destinaran suma ninguna á pagar á los Españoles, que tanto habian sufrido en la campaña de Zelanda y cuyos atrasos eran sin duda de mas consideracion. Subleváronse, pues, los tercios veteranos, y desamparando las nuevas conquistas, en número de mil seiscientos hombres marcharon á Brabante con la esperanza de sorprender á Bruselas ó á Malinas. Los habitantes, empero, estaban prevenidos, y los *descontentos*, al replegarse á Flandes, se apoderaron de Alost, ciudad situada en un fértil llano entre Gante, Amberes y Bruselas. Numerosas compañías se unieron á su bandera luego que se difundió esta noticia, y por su parte los consejeros enemigos de España, tomando pié de aquella licencia y del ejemplo dado por Requesens, armaron á las poblaciones, pareciendo que por momentos habia de estallar la guerra civil en las mismas provincias sometidas á España. Los caudillos españoles con escasas tropas, considerados como enemigos por gran parte de la poblacion, se ha-

llaron en Amberes en situacion muy crítica, y solo concibieron alguna esperanza al saber que don Felipe habia nombrado á su hermano don Juan gobernador de los Paises Bajos. No descansaba en tanto el príncipe de Orange; aprovechando la general agitacion, comunicó nuevos brios á sus partidarios, y estos, despues de prender en Bruselas á los consejeros hispanienses, reuniéronse en consejo, siendo sus primeras medidas nombrar por general de Brabante al duque de Arschot, convocar los Estados generales y denunciar á los Españoles como rebeldes á la saña de los pueblos. Las provincias todas, á excepcion del Luxemburgo, se adhirieron al levantamiento, y los Estados generales reunidos en Gante, á pesar de conservar los Españoles la ciudadela, decretaron un armamento general y pidieron socorros á Francia é Inglaterra.

En tanto continuaban en Alost las compañías amotinadas sin desistir de su intento, á pesar de que Sancho Dávila y Francisco Valdés desde Amberes les exhortaban á que acudiesen á su lado para hacer frente al comun peligro. Así lo verificaron otras compañías arrostrando el peligro de atravesar un país del todo sublevado; don Fernando de Toledo y don Martin de Ayala, que supieron al dirigirse á Amberes el peligro en que se hallaba en Maestricht el gobernador Francisco Montes de Oca, estrechado por las banderas de Alemanes que se habian declarado en favor de los Estados, volaron en su auxilio, y despues de recios combates lograron restablecer en la plaza la autoridad de España.

Así guerreaban aislada y heróicamente los capitanes españoles procurando contener el general levantamiento, cuando los Orangistas del consejo reuniendo numerosas tropas, pues muchos regimientos walones y alemanes se habian declarado por ellos, dirigiéronse contra la ciudad de Amberes, que era en aquellos momentos el centro de la dominacion española (octubre). El conde de Everstein y Felipe de Egmont acaudillaban á los rebeldes, y apoderados de la ciudad, atacaron á la ciudadela; los de Alost, que oyeron el estrépito de la artillería, sintiéronse avergonzados á la vista del peligro que corrian sus compañeros, y acudiendo á las armas, marcharon á su auxilio al mando de Juan Navarrete. Tambien llegaron Vargas, Toledo, Romero y otros capitanes, y entrando todos en la fortaleza por la parte del campo, cayeron sobre los de la ciudad con tal furia, que empeñado el combate en las calles y plazas, los Flamencos se dieron á huir desordenadamente. El conde de Everstein murió ahogado al retirarse de la pelea; el hijo del conde de Egmont fué hecho prisionero, y mas de seis mil rebeldes quedaron muertos en la accion. Pocas fueron las pérdidas de los Españoles, pero esto no obstante, necesitados y enfurecidos, entregaron la ciudad al saqueo por espacio de tres dias y tres noches. El palacio del ayuntamiento y otros edificios fueron incendiados; solo asesinato y pillaje se veia por do quiera, y faltando antes la materia que la voluntad de saquear, las tropas, cargadas de oro, plata, piedras preciosas y otras cosas de valor, se volvieron á sus cuarteles.

Este lamentable suceso decidió á los Estados á arrojar por completo la máscara echándose en brazos del príncipe de Orange, y resultado de ello fué el tratado de alianza que con el nombre de *Pacificacion de Gante* celebraron las provincias del norte y las del mediodia para socorrerse mútuamente y expulsar á los Españoles. Tal era la situacion de las provincias cuando llegó al Luxemburgo el nuevo gobernador don Juan de Austria.

Despues de la pérdida de Tunez don Juan vino á España, como ya sabemos, á fin de reconciliarse con su descontento hermano y de obtener de él nuevas mercedes (1575). Alcanzado aquello fácilmente, solicitó de Felipe que le concediese el tratamiento de infante de Castilla y que le nombrase su lugarteniente general en los dominios de Italia, y el rey, aunque no contestó á lo primero, accedió á lo segundo, y expidióle títulos y poderes semejantes á los que tuviera el duque de Alba en 1556. Don Juan se embarcó en Barcelona llegado el mes de mayo con direccion á Italia, y allí residió durante aquel año y parte del siguiente, atento á preservar las costas de las invasiones turcas, dirigiendo las cosas del gobierno con gran contento de los Italianos, y entregado mas que nunca á sus ambiciosos sueños de ceñir una corona. De acuerdo con el pontífice y con muchos católicos ingleses, irlandeses y escoceses, negociaba su enlace con la cautiva María Stuart y proyectaba una expedicion á Inglaterra para arrancar el cetro á Isabel, en todo lo cual le secundaba su secretario Escovedo, el mismo á quien Felipe II colocara al lado del príncipe con muy distintos proyectos. Muy mal recibió el monarca por parte del legado pontificio la súplica de que permitiera la expedicion contra Isabel, pero disimuló su sorpresa y su enojo, porque en aquel entonces, atendida la crítica situacion de los Paises Bajos, habia resuelto enviar allí á su hermano, confiando en que por su calidad de hijo de Carlos V, de quien tan gratos recuerdos conservaban aquellos naturales, por el brillo de sus victorias y por las demás circunstancias que en él concurrian, habia de poner remedio á tan prolongados males. Por esto, no queriendo malquistarse con él en aquellos momentos, no dió al legado rotunda negativa; al contrario, insinuó que permitiria á don Juan la empresa de Inglaterra con tropas españolas luego que hubiese dado cima al negocio de los Paises Bajos, con tal que los Estados generales de Flandes no se opusiesen á su embarque, al propio tiempo que para tener conocimiento de los designios del príncipe y vigilar á Escovedo autorizó á su secretario Antonio Perez, que poseia la confianza del uno y la amistad del otro, para que se cartease con ellos y fingiese apoyar sus proyectos en el gabinete del monarca.

Expedida á don Juan la órden de marchar á Flandes desde Italia, el príncipe quiso, sin embargo, venir á España, así para recibir verbales instrucciones de su hermano, como para atender á sus particulares intereses. Recibióle cariñosamente el rey en el Escorial (setiembre de 1576), y luego de hablarle del modo como habia de portarse en su nuevo gobierno, y de darle vagas esperanzas acerca de lo de Escocia, el príncipe acompañado de Octavio Gonzaga, hermano del príncipe de Melfi, tomó disfrazado el camino de Irun, atravesó la Francia y llegó al Luxemburgo, donde se descubrió al señor de Navés, que gobernaba la provincia por el conde de Mansfeldt, uno de los consejeros presos en Bruselas.

Animado don Juan de pacíficos intentos, segun las instrucciones del rey, empezó por mandar á las tropas españolas que no hicieran armas contra los Estados. Estos, empero, no quisieron reconocerle como gobernador hasta consultarlo con el príncipe de Orange, que era dueño absoluto de todo, y con su consejo acordaron no recibirle como á tal sin que antes confirmara con juramento el tratado de la Pacificacion de Gante, en uno de cuyos artículos se disponia que las tropas españolas hubiesen de abandonar el país (noviembre). Mucho resistió el príncipe á semejante pretension, pero oyendo al fin únicamente sus deseos de paz, deseos

A. de J. C. que animaban tambien á Felipe, consintió en firmar la ratificacion pedida, publicándose el tratado en Bruselas con el nombre de *Edicto perpétuo* (17 de febrero
1577 de 1577). Estipulábase en él que los Estados guardarian y ampararian la santa fé católica y obedecerian á S. M., que se daria perdon general y que dentro de veinte dias abandonarian el territorio las tropas españolas, alemanas, italianas y borgoñonas. A mucho se exponia España accediendo á semejante condicion, y por ello puede venirse en conocimiento de que Felipe, desesperando ya de la paz de aquella comarca, adoptaba para conseguirla cualquier medio, por arriesgado que fuese. En un principio pareció encaminarse todo á la pacificacion: las tropas extrangeras abandonaron, aunque con disgusto, aquel suelo regado con su sangre; el príncipe fué aclamado con entusiasmo en Malinas y en Lovaina, y recibido por los Estados con gran pompa en Bruselas el dia 1.° de mayo, fué saludado como gobernador de Flandes. Sin embargo, no fué aquella bonanza de larga duracion: el de Orange, que habia visto con enojo el restablecimiento de la concordia, se negó á comprender en el edicto perpétuo á las dos provincias marítimas de Holanda y Zelanda en las que dominaba, alegando que la religion protestante que habian abrazado no les permitia acomodarse al artículo del edicto relativo á la religion católica. Y no contento aun, sus agentes procuraban sembrar el odio contra el nuevo gobernador difundiendo entre el pueblo los mas absurdos rumores, y hasta llegaron á decir que aspiraba á la soberanía y señorío de los Paises Bajos, todo lo cual llevaba en paciencia el príncipe á fin de que no se quebrantase la paz ajustada y adquirir la fama de pacificador de Flandes. Poco á poco, empero, fué haciéndose mas estrecho y escabroso el camino que seguia; los consejeros y diputados de las provincias, aun aquellos que mas adhesion mostraran antes, volvíansele enemigos; tramáronse conspiraciones, y el príncipe creyóse obligado á salir de Bruselas y á guarecerse con algunos caballeros en el castillo de Namur (julio), desde donde envió á España á su secretario Escovedo participando al rey el estado de las cosas y solicitando de él dinero y órdenes positivas acerca de lo que tenia que hacer. Tambien escribió á los Estados flamencos enviándoles varios comprobantes de las maquinaciones que contra él habia descubierto, é intimándoles que no volveria á Bruselas mientras no rompiesen sus relaciones con el de Orange, que se negaba á aceptar el edicto y conspiraba contra la paz general. Nada proveyeron á esto los Estados seducidos por el rebelde príncipe, y por el contrario acreditaron la voz de que todo eran pretextos ideados por don Juan para romper de nuevo las hostilidades.

Así las cosas y haciéndose cada dia mas inevitable la guerra, don Felipe escribió á su hermano que, atendida la inutilidad de sus esfuerzos para conservar la paz, daba órden para que volviesen á Flandes los tercios veteranos españoles, para que se encaminaran al mismo punto con su sobrino Alejandro Farnesio fuerzas de Lombardía, Nápoles y Sicilia, al propio tiempo que enviaba embajadores á Inglaterra para que intimaran á Isabel que cesara de auxiliar á los rebeldes, pues su paciencia y sufrimiento habian por fin de agotarse. En tanto continuaban los mensages entre los Estados, y el príncipe don Juan, á cuyo lado habian acudido los hombres de guerra y de consejo conocidos por su afecto á la causa española, sin que aquellos produjeran otro resultado que agriar mas y

mas los ánimos aumentando la desconfianza, y dar tiempo al príncipe para prepararse con hombres y dinero. A. de J. C.

Tampoco el de Orange permanecia inactivo, y despues de fortificarse en sus provincias, hizo que se le nombrara Conservador del Brabante. Dirigióse entonces á Bruselas y con su acuerdo fueron creados nuevos magistrados, se depusieron muchos senadores, se eligieron otros y se trastornaron completamente todas las cosas públicas con no poca indignacion de muchos. Introducida desde aquel momento la discordia entre los mismos rebeldes, aclamaban unos por gobernador al de Orange, otros al duque de Alenzon, hermano del rey de Francia, y otros por fin al archiduque Matías, hermano del emperador Rodolfo y sobrino del rey de España. Estos últimos acabaron por prevalecer, y habiendo llamado de Viena al archiduque, que se evadió de su palacio sin conocimiento de su hermano, le proclamaron por gobernador en Bruselas dándole por vicario al príncipe de Orange, si bien procuraban aun disculparse con el rey atribuyendo todos los males al príncipe don Juan, y solicitaban por medio de cartas la aprobacion de cuanto habian obrado impulsados por la necesidad.

Don Juan salió de Namur llegado el mes de diciembre dejando la plaza bien guardada, y se dirigió al Luxemburgo para recibir á los tercios españoles que llegaban de Italia en número de seis mil hombres. A ellos siguieron nuevas tropas y caballeros flamencos, y elevado el ejército á diez y seis mil infantes y dos mil caballos, salió don Juan á campaña. Los rebeldes, que habian obtenido auxilios de Alemania, Francia é Inglaterra, presentáronle batalla con fuerzas mucho mas numerosas en Gembloux, á tres leguas de Namur (31 de enero de 1578), y 1578
el combate terminó con la victoria de los Españoles. La multitud enemiga, derrotada y fugitiva, se escapó cada uno por donde pudo y desapareció de la vista de los vencedores, en cuyo poder quedaron gran número de prisioneros, entre ellos el general de los rebeldes, treinta y cuatro banderas y casi todo el bagage. La noticia de este suceso causó en Bruselas indecible sensacion, y el archiduque, el de Orange, el consejo y los principales personages del partido rebelde se apresuraron á trasladarse á Amberes. En tanto los Españoles iban sujetando plazas y ciudades; Boubignes, Tillemont y Lovaina volvieron á la sumision antigua; Sichem fué tomada por Alejandro Farnesio, quien castigó con gran severidad á los rendidos de Gembloux á quienes halló en los muros haciendo otra vez armas contra el rey de España; Diest, Nivelles y Philippeville fueron tambien sometidas, y transcurridos pocos meses volvieron los Españoles á dominar sin contradiccion ninguna en las provincias del Haynault, Namur y Luxemburgo.

Retirado don Juan de Austria á Namur por causa de enfermedad, tomó el príncipe de Parma el mando del ejército, y en aquella campaña se apoderó de Limburgo y de Dalhem, cerrando así la entrada y el paso á los socorros que de Alemania podian llegar á los rebeldes. Cada dia se recibian en el campamento del de Parma nuevos refuerzos de España y de Italia; Felipe II se manifestaba muy resuelto á hacer la guerra, puesto que habian sido inútiles los medios conciliatorios, y junto con una crecida suma de dinero envió á su hermano un edicto por el cual ordenaba á todos que obedeciesen á don Juan de Austria como lugarteniente suyo, que los diputados cesasen en sus juntas y volviesen á sus provin-

cias hasta que fuesen legítimamente convocados, y que por nadie se acatase lo que por ellos habia sido decretado.

La revolucion en tanto se desencadenaba fiera y amenazadora. Cuantos se negaron á prestar juramento al nuevo órden de cosas inaugurado por el príncipe de Orange fueron cruelmente perseguidos; los hereges, poderosos con la proteccion del príncipe, acabaron por dominarlo todo, y no contentos con violar la Pacificacion de Gante estableciendo en Flandes la libertad de conciencia, persiguieron á los eclesiásticos, profanaron templos, destruyeron imágenes y amenazaron, en una palabra, reproducir las pasadas lamentables escenas. Todo ello habia necesariamente de producir gran indignacion entre los católicos; el Haynault y el Artois tomaron la determinación de defender con las armas la fé de sus antepasados, y de ahí vino á formarse un tercer partido lo cual fué causa sin duda de que no se perdiesen enteramente los Paises Bajos.

Continuaba don Juan entregado á sus ambiciosos devaneos, y dícese que pensó entonces en casar con Isabel de Inglaterra, proyecto que aprobaba el pontífice, esperando de su realizacion el restablecimiento del catolicismo en aquel reino. Sin embargo, abandonóse poco despues por parte de don Juan volviendo á su antigua idea de tomar por esposa á la infeliz María Stuart; el papa llegó á enviarle las bulas confiriéndole la investidura de aquel estado, y en este mismo sentido andaba en negociaciones con los Guisas de Francia, parientes de la reina María. Alimentado de tan magníficas ilusiones y acostumbrado hasta entonces á empresas de éxito inmediato y brillante, el príncipe, escaso casi siempre de dinero, rodeado de asechanzas por su hábil enemigo el de Orange, en lucha con la desconfianza que alimentaba hácia él gran parte del país, acabó por disgustarse de su penosa posicion. Varias veces escribió á Madrid exponiendo con vehementes palabras su deseo de que se le relevara; no lo habia conseguido, y para esforzar esta súplica, para dar cuenta al rey de las plazas que se habian ganado y trabajar para la realizacion de sus grandes proyectos, envió otra vez á España á su secretario Escovedo, quien habia antes de pasar á Roma para dar gracias á su santidad por la merced recibida.

Felipe II le acogió afectuosamente, aunque, como hemos dicho, se hallaba muy enojado con el secretario por suponer que él inspiraba á su hermano sus aventureros proyectos, y de este enojo, de sus cartas, de sus negociaciones con Roma y con Francia, sacó partido su oculto enemigo, el secretario favorito del rey Antonio Perez, deseoso de deshacerse de él en cuanto temia sus indiscreciones, enterado como estaba Escovedo de su amoroso trato con la princesa de Eboli, viuda entonces del príncipe Ruy Gomez de Silva, en agravio de Felipe que, á lo que parece, la tenia igualmente por dama. Abultándolo todo, mezclando con ello calumnias de que una vez dueño de Inglaterra, trataria su hermano de alzarse con España, logró despertar la recelosa susceptibilidad de Felipe, y mientras Escovedo se agitaba en la corte en favor de los intereses de don Juan, formósele secretamente una especie de proceso sobre aquellos cargos, y por último el rey decidió su muerte despues de oir el dictámen de Antonio Perez y del marqués de los Velez. La ejecucion de esta cruenta órden se confió al secretario Perez, que habia de llevarla á cabo con el mayor sigilo. Dos veces probó á envenenarle convidándole á su mesa, pero como no lo consiguiese, pagó asesi-

nos que le dieron muerte una noche en una calle de Madrid (31 de marzo).

Gran sentimiento causó en don Juan la muerte de su secretario y confidente, y las disposiciones malévolas que contra él se abrigaban en la corte del monarca; pero todo ello no le impidió salir á campaña llegado que fué el mes de agosto contra un ejército de doce mil Alemanes que al mando del duque Juan Casimiro y pagado con el oro de Inglaterra, habia pasado el Mosa y unídose con los Flamencos cerca de Malinas, al tiempo que el hermano del rey de Francia, antes duque de Alenzon y entonces duque de Anjou, marchaba con algunas compañías en auxilio de los rebeldes contra la ciudad de Mons, tolerándolo Enrique III, así por apartarle de Francia, donde su presencia aumentaba la perturbacion, como por contrariar la política del rey católico. Cerca de Malinas se avistaron las enemigas huestes, pero la rebelde no quiso salir á batalla á pesar de las provocaciones de los Españoles; diéronse sí muy recios combates entre varios destacamentos, distinguiéndose de un modo especial el príncipe de Parma, y por último se retiró don Juan á sus reales sin que causaran en él gran daño las descargas de artillería que desde sus trincheras le disparaba el enemigo.

La llegada del de Anjou, si bien proporcionó á los rebeldes algunos triunfos de poca importancia, aumentó el desconcierto y la discordia que reinaba en el campo de los Orangistas. Divididos los generales lo mismo que los príncipes, se negaban todos á reconocer superior, y todo ello se agravaba por la epidemia y por la insubordinacion de los Alemanes que reclamaban sus pagas. Tambien era apurada la situacion de don Juan, sin dinero para atender á sus tropas diezmadas por las enfermedades, y en este estado, frustradas por las exigencias de los rebeldes las negociaciones de paz que habia entablado por órden de Felipe, cansado ya de la guerra, adoleció de la que habia de ser su postrera enfermedad cuando acababa de librarse de un asesino que habia pagado contra él Isabel de Inglaterra. Consumido por la impaciencia y el pesar, el vencedor de Lepanto murió cristianamente en un fuerte que cerca de Namur empezaba á levantar el ingeniero Cervelloni, á la temprana edad de treinta y tres años (1.º de octubre de 1578). Su muerte fué muy llorada por todo el ejército, que le idolatraba por sus levantadas y caballerescas prendas, y su cadáver, con solemne y fúnebre aparato, fué sepultado en la iglesia mayor de Namur, de donde fué trasladado poco despues al panteon del Escorial. En aquel tiempo corrieron rumores de que la misma mano que matara á Escovedo habia dado un tósigo al príncipe, pero la historia, que no los ve descansar en fundamento alguno, no puede hacer mas que mencionarlos sin prestarles en lo mas mínimo la autoridad de su apoyo.

Felipe II manifestó gran pesar por la muerte de su hermano al que diera en vida tantas pruebas de afecto, y apresuróse á confirmar el nombramiento que aquel hiciera en sus últimos momentos del príncipe Alejandro Farnesio para general y gobernador de los Paises Bajos.

Crítica por demás era para los Españoles la situacion en que se encargó del mando el ilustre hijo de la princesa Margarita, pero no lo era menos para los rebeldes, divididos en walones católicos y flamencos protestantes, robados y saqueados por las mismas tropas que de Francia y de Alemania acudieran en su auxilio, tropas que cobraban las pagas que se les debian en los bienes de los habitantes pacíficos. Para aliviar esta situacion Juan Casimiro marchó á Inglaterra

A. de J. C. en busca de socorro, pero la reina Isabel solo le sirvió con esperanzas. Volvió, pues, á Flandes donde halló desmandadas sus tropas, y como lo mismo habia sucedido con las del duque de Alenzon, tomaron ambos el partido de retirarse el uno á Alemania y el otro á Francia para esperar mejores tiempos.

Alejandro Farnesio, que vió tan debilitadas las fuerzas de los Estados, salió
1579 á campaña á principios de marzo de 1579 y puso sus reales delante de Maestricht, decidido á apoderarse de aquella importante ciudad, reanimando así á los partidarios de España. Schwatzenburg y Tappin mandaban en la plaza, y á sus acertadas disposiciones y al valor de sus soldados ingleses, escoceses y franceses debióse que se prolongara el sitio con vivos y sangrientos combates hasta el 29 de junio. Rechazados siempre los socorros qúe intentaron introducir en la ciudad sitiada los hugonotes de Francia y el príncipe de Orange, fué por fin tomada aquella por asalto el dia antes indicado, experimentando sus defensores en aquel duro trance todos los horrores de la guerra.

Durante este sitio habíanse entablado y terminado tratos entre el príncipe de Parma y las provincias walonas, enemigas declaradas ya de las provincias del norte y del príncipe de Orange. El obispo de Arras y toda la nobleza del país favorecian las negociaciones para volver á la sumision pasada, y por fin, con autorizacion de Felipe II consintió Farnesio en las condiciones pedidas despues de infinitas conferencias (mayo). El convenio fué llamado de Arras por haberse ajustado cerca de aquella ciudad, y en los veinte artículos que contenia estipulábase sustancialmente la confirmacion de la paz de Gante y del edicto perpétuo, la salida de las tropas extrangeras en el término de seis semanas, la reunion de un ejército nacional, la conservacion del culto católico y el restablecimiento del gobierno en la forma que lo dejara Carlos V. De este modo volvieron á la obediencia de Felipe II las provincias de Artois, Haynault, Namur, parte de Flandes y del Brabante, el país de Lieja, el Limburgo y el Luxemburgo, con gran sentimiento del de Orange y daño para su causa.

Para neutralizar los efectos de este suceso el príncipe quiso estrechar los lazos que unian á las siete provincias de Holanda, Zelanda, Utrecht, Güeldres, Frisia, Brabante y Flandes, y ajustóse entre ellas la llamada *Union de Utrecht*, que fué como el fundamento y principio de la república de las Provincias Unidas. En virtud de ella aquellos estados habian de formar un cuerpo político sin separarse unos de otros, pero conservando cada uno sus leyes especiales; en Holanda y en Zelanda no podria profesarse otra religion que la protestante, pero en los demás se permitiria el ejercicio del culto católico; toda agresion extrangera habia de ser rechazada con la fuerza.

Las negociaciones para el tratado de Arras y las conferencias tenidas con escaso resultado en Colonia á instancia y por mediacion del emperador Rodolfo, deseoso de alcanzar la pacificacion general de Flandes, no habian suspendido las operaciones de la campaña. Malinas y Villebrock cayeron en poder del príncipe Alejandro; Bois-le-Duc y Valenciennes adhiriéronse á la causa walona, ejemplo que fué imitado despues por la provincia de Frisia, y por armas y por tratos á la vez mejoraba cada dia la causa de España.

Los horribles sucesos acaecidos en París en 1572 no mataron al partido hugonote, aun cuando de pronto lo debilitaron mucho. El año 1573 presenció una

nueva guerra civil que terminó con una cuarta paz, y muerto en 1574 el jóven Carlos IX, Enrique III, el hijo predilecto de Catalina ciñó la corona. Omnipotentes los Guisas en su corte, Felipe II puede decirse que reinaba en Francia, y cuando la vergonzosa paz de 1576 dió á los hugonotes la libertad de su culto en toda la Francia, y la conducta del monarca, que parecia favorecer al tercer partido aliado de los hugonotes, del cual era jefe el duque de Alenzon, hizo que los católicos buscaran un jefe fuera de la familia real y formaran la santa liga (1577), el rey de España se declaró su protector, comprometiéndose á pagarle un subsidio mensual de cincuenta mil escudos para hacer la guerra á los calvinistas. Sus partidarios llegaron á proponer que se le abrieran las puertas de varias ciudades para facilitarle la ocupacion de París, que en aquella época no era ya la capital de Francia, dice un escritor francés (1), pero sí únicamente una provincia del Escorial. Enrique III, ó por mejor decir Catalina de Médicis, eran impotentes para luchar con el Español, apoyado en los sentimientos de la masa general de la nacion francesa, y por mas que á su dignidad costara, habian de doblegarse á su influencia poderosa. En Francia, lo mismo que en el Occidente todo, era inminente la crísis cuyo desenlace hemos de ver en los capítulos siguientes, y España y los principios religiosos y sociales que la misma representaba y que estaban principalmente en juego, parecian llevar aun lo mejor de la partida.

Hora es ya, despues de haber examinado en casi toda Europa la vida de la nacion española durante algunos años, de que volvamos los ojos al interior de nuestra Península, y veamos lo que sucedia y el aspecto que presentaban estos reinos, cuyo nombre, con afecto ó con temor, era entonces invocado por las naciones todas. Lo primero que atrae nuestras miradas al fijarlas de nuevo en España, es el gigantesco monumento que, recientemente levantado en el centro de Castilla, bastaria él solo para revelar á la posteridad la grandeza de los planes y la extension de los recursos de Felipe II. El Escorial, á la vez palacio, monasterio y panteon, es elocuente síntesis de la gloria, de la religiosidad y del decaimiento de la dinastía austriaca. Desde que las armas de Felipe II alcanzaron en 10 de agosto de 1557, fiesta de San Lorenzo, el memorable triunfo de San Quintin contra los Franceses, el monarca se propuso erigir un monumento que perpetuara la memoria de aquella jornada, y poco tiempo despues de su regreso á España quiso poner su proyecto en ejecucion. Despues de muy atento exámen eligió como sitio del futuro monasterio un lugar en la falda de las montañas que nacen del Guadarrama, á ocho leguas de Madrid, cerca de la Alberquilla y del lugar del Escorial, sitio que á la abundancia de aguas y á tener muy cerca los materiales de construccion, unia un aspecto severo y sombrío en armonía con el carácter de Felipe. El arquitecto que formó los planos y recibió por el rey el encargo de su ejecucion llamábase Juan Bautista de Toledo, é inspirado en Italia en la escuela de los grandes maestros, poseia el gusto sencillo y grave que ha dejado impreso en la obra que, con mas ó menos exageracion, se llamó la octava maravilla del mundo.

Aun antes de sentar la primera piedra del edificio, quiso Felipe que se

(1) M. Armando Baschet, en su libro sobre *la Diplomacia veneciana*.—París, 1862.

nombraran las personas que habian de habitarlo. El monasterio habia de ser de padres gerónimos y estar dedicado al mártir español San Lorenzo, y en un capítulo general de aquella órden, celebrado en 1561, eligiéronse el prior y los monges que debian pasar á la nueva residencia. Sin pérdida de momento fueron todos trasladados á la aldea del Escorial, y allí residieron en muy humilde casa hasta que pudieron ocupar las nuevas habitaciones.

En 23 de abril de 1563 púsose la primera piedra del monasterio, y en 20 del siguiente agosto la de la iglesia con asistencia del rey y de la corte toda. Desde aquel momento la sierra, desierta hasta entonces, ofreció animadísimo aspecto, y el suelo se cubrió de tiendas y cabañas para abrigar al gran número de operarios. A medida que adelantaron los trabajos hiciéronse las visitas de Felipe mas prolongadas y frecuentes, y sentado en una roca de granito, que aun conserva el nombre de *silla de Felipe II*, dirigia á los trabajadores, comunicábales sus órdenes, y tambien despachaba allí á veces los árduos negocios de sus vastísimos dominios.

En 1577 las obras se hallaron bastante adelantadas para permitir que se preparasen habitaciones, no solo para Felipe y su séquito, sino tambien para el gran número de cortesanos que tomaron por costumbre pasar el verano en el pueblo cerca del monarca. El palacio del Escorial fué la residencia favorita de Felipe; en su celda solitaria pasó la mayor parte de su vida, y en ella fueron escritos los innumerables despachos y comunicaciones que han hecho proverbial la laboriosidad del hijo de Carlos I. Allí, entre las ideas religiosas que tanto cuadraban al gusto de Felipe, trabajaba mas en un dia que en Madrid en cuatro, á lo que nos dice el historiador de la órden de San Gerónimo, el padre Sigüenza, y ante el magnífico edificio que habia en cierto modo creado parecia perder su frialdad y reserva habituales y hacerse accesible á sentimientos mas generosos. No fué permitido á Toledo ver terminado el monumento que concibiera: muerto en 1575 reemplazóle su discípulo predilecto el asturiano Juan de Herrera, que aun pudo inmortalizar su nombre con lo que restaba de la obra. Seis millones de ducados habia costado esta cuando se dió por terminada en 1584. transcurridos veinte y un años desde que se colocara la primera piedra. En ella quiso el rey que solo figuraran en lo posible materiales y producciones de sus vastos estados: en la sierra de Bernardos sacaban pizarra; en el Burgo de Osma jaspes colorados, en la ribera del Jenil los verdes, en Filabres mármol blanco; Granada dió el terciopelo y el damasco, y los objetos de hierro, de bronce y de otros metales atestiguaron los progresos del arte en ciertas ciudades como Madrid, Toledo y Zaragoza. Milan y Flandes proporcionaron sus célebres obras de acero y sus ponderadas tapicerías, y solo en las pinturas al óleo y en los frescos que adornaban con profusion los techos y las paredes, se apartó el rey de su propósito de no emplear sino productos de su imperio para alentar la industria nacional. Varios pintores italianos trabajaron en union con otros españoles, y como su padre el emperador, daba el rey la preferencia á las obras del Ticiano.

El edificio, construido en forma de unas parrillas vueltas al revés, ha dado lugar á muchos y encontrados pareceres; pero es indudable que en él se revela claramente el carácter de su fundador y que es imposible contemplarlo sin sentir el ánimo poseido de intensa y solemne melancolía. Y es ciertamente de admi-

rar, segun dice Lafuente, que cuando la Europa ardia en guerras, cuando las naciones tenian casi incultos sus campos y exhaustos sus tesoros, cuando los brazos de los reformadores se ocupaban en otros reinos en desmoronar los templos católicos, hubiera un monarca que en un rincon de Castilla y al pié de una árida y desnuda roca estuviera levantando á la religion un monumento de tan colosales dimensiones, una vivienda silenciosa y pacífica para reyes y monges, como desafiando al mundo (1). No por haber terminado la obra del edificio y dotado ricamente al monasterio quedó concluida la tarea que se habia impuesto Felipe; hecha la caja, el monarca pasó el resto de su vida en llenarla de las mas raras y preciosas joyas. Jamás edificio alguno encerró tantos é inestimables tesoros como el Escorial, tantos cuadros y estátuas de grandes maestros, tantos objetos preciosos de esquisito trabajo, y en su biblioteca reunió el rey cuatro mil volúmenes en diferentes lenguas. Abandonado y casi desierto en nuestros tiempos, el Escorial solo puede ser visitado para llorar en él los destinos de nuestra gran monarquía (2).

Si fueron en escaso número las cortes convocadas por Felipe II en estos reinos de Aragon, no puede decirse lo mismo de las de Castilla, aunque muy desfiguradas en su esencia, como ya sabemos, y perdiendo cada dia de su influjo, así por los vicios y la corrupcion de los procuradores, como por la poca autoridad de sus deliberaciones, efecto del cúmulo de circunstancias de que varias veces hemos hecho mérito en el decurso de esta obra. Sin embargo, despojadas de los privilegios de que antes gozaran, las cortes no dejaron de ejercer una accion bienhechora; nadie como ellas podia conocer las necesidades y los deseos de la nacion, y Felipe II, en cuyo honor ha de decirse que jamás trató de restringir directamente la libertad de sus discusiones, aprovechaba sin duda los informes que le transmitian, pudiendo así tomar el partido que mejor se avenia con los intereses del pueblo, de los cuales era muy celoso cuando no contrariaban los planes políticos que se proponia.

Las primeras cortes que en el período que abraza este capítulo se reunieron en Castilla fueron las de Madrid de 1567, en las que se dirigieron al rey peticiones para que se reformaran ciertos abusos en las órdenes religiosas, para que se limitara á las manos muertas la facultad de adquirir bienes raices, puesto que ya tantos poseian, y para que se suprimieran las corridas de toros y se reemplazaran por otros ejercicios militares. A esta peticion, tan contraria á la que habian de hacer los procuradores algunos años despues, contestó el rey que, siendo aquella antigua y general costumbre en estos reinos, era menester para quitarla mirar mas en ello, siendo conveniente por entonces no hacer novedad ninguna. En 1570 celebráronse cortes en Córdoba, y uno de los derechos que en ellas reclamaron primeramente los representantes de las ciudades fué el de que no se impusieran ni cobraran tributos generales ni particulares sin ser otorgados por las cortes del reino. Felipe II lo habia hecho así varias veces en Castilla, y contestó que no podia excusarse de usar de aquellos medios que le eran

(1) Lafuente, *Hist. gen. de Esp.*, P. 3.ª, l. II, c. XXIV.

(2) En 1808 un cuerpo de dragones franceses cayeron sobre el Escorial cual legion de vándalos, y causaron grave estrago en el edificio y en las preciosidades que contenia. En 1837, expulsados los monges, fueron llevados á Madrid los mas bellos cuadros que adornaban sus paredes.

forzosos en vista de las necesidades y obligaciones cada dia mayores que sobre él pesaban. Otras peticiones se dirigieron al rey sobre administracion de justicia y arreglo de tribunales, sobre la prohibicion de la saca de dinero, pan y ganados del reino que querian los procuradores que se llevase á efecto con todo rigor, sobre los perjuicios que se irrogaban de la venta de hidalguías, sobre la carestía de los alquileres y el excesivo precio á que se ponian las casas y aposentos en los pueblos en que residia por algun tiempo la corte, sobre reformas en los conventos de monjas, sobre abusos de los agentes de justicia en las mancebías ó casas de prostitucion, sobre estudios médicos y quirúrgicos, probando el atraso en que se hallaban los conocimientos en estas facultades, y finalmente sobre el abuso de tomar el rey para sí el oro y la plata que venia de Indias para particulares, á lo cual contestó Felipe que no se tomarian en lo succesivo, y sobre otros puntos subalternos de gobierno y administracion. En las cortes reunidas en Madrid en 1573 vemos reproducidas por los procuradores las principales peticiones hechas en las anteriores, á las que no habia el rey contestado todavía. Entre las notables formuladas por los procuradores merece consignarse la que tenia por objeto declarar inhábiles para el cargo de diputados de las ciudades á los que tenian empleos del estado ó gozaban de sueldos ó mercedes de la casa real, á la que el rey, deseoso de no privarse de semejante recurso, contestó que no convenia hacer en ello novedad. El lujo, así en el ajuar de las casas como en los trages, fué tambien objeto de las peticiones de las cortes, las que contradiciendo lo que antes solicitaran, pidieron que se restablecieran las fiestas y los espectáculos de toros que hacia algunos años habian perdido su importancia; proponiéndose el establecimiento de nuevos circos en las principales ciudades y queriendo que los ayuntamientos tuviesen de proporcionar á sus expensas lanzas y música á los lidiadores. A esta peticion, hecha á lo que se decia, para que los nobles que iban dejando el uso de las armas y los ejercicios de la caballería no perdieran su vigor guerrero al propio tiempo que para fomentar la cria caballar, contestó el rey satisfactoriamente. La administracion de justicia, la instruccion pública, las señales que los pueblos habian de poner en los caminos para guia de los viageros fueron además objeto de las peticiones de aquellas cortes.

Por aquel tiempo, en 1575, dispuso Felipe II formar la estadística general de todos los pueblos de España conforme á bien meditadas instrucciones, obra que sin duda hubiera producido grandes bienes y suministrado gran copia de datos, á haberse llevado á conclusion. Tuvo sin embargo cumplimiento en muchas poblaciones y la coleccion de aquellos datos estadísticos forma algunos volúmenes que son inapreciable tesoro para adquirir conocimiento de los reinos de Castilla en aquella época. Al propio tiempo el maestro Pedro Esquivel levantaba el mapa ó la carta general de España por encargo del monarca, pero su muerte dejó tambien sin concluir tan interesante obra.

En 1576 reuniéronse cortes en Madrid, y en ellas formularon los procuradores setenta y tres peticiones para que no se cobraran tributos sin otorgamiento de las cortes, para que no se permitiera la enagenacion de las villas y lugares de la corona, para que se nombraran magistrados inspectores con cargo de residenciar á los tribunales, corregidores y otras autoridades; para que no se crearan mas regidores perpétuos, para que se prohibiera el uso de coches y carrozas,

para que conforme á lo dispuesto por el concilio Tridentino se establecieran seminarios para la educacion y enseñanza de los jóvenes que se dedicaban al sacerdocio, para que se aumentasen los honorarios á los consejeros y oidores de las audiencias y chancillerías, para que los regidores y jurados de las ciudades y villas de voto en cortes no se ejercitaran en oficios mecánicos, tratos y granjerías que desautorizaban sus personas, para que á las subvenciones de los procuradores á cortes contribuyeran no solo las ciudades que los nombraban, sino toda la provincia cuyos intereses representaban, etc.

Tambien en el reino de Navarra se habian reunido varias veces las cortes por disposicion del monarca, y entre todas son notables las de Pamplona de 1576 en las que el derecho romano fué declarado supletorio en aquel estado.

En este reinado, lo mismo que en el anterior, vemos agobiado al monarca por la escasez de sus recursos comparados con la inmensidad de sus obligaciones, que como varias veces hemos insinuado, nó ha de buscarse aun en aquel tiempo nada que se parezca á la perfecta máquina administrativa que han logrado montar despues los gobiernos europeos. Creciendo las atenciones y las necesidades por las guerras siempre abiertas y vivas para sostener el lugar á que España se habia elevado, y menguando al propio tiempo los ingresos y productos por el sucesivo empobrecimiento del país, el consejo y el rey apelaban á los impuestos extraordinarios, á la venta de vasallos, al repartimiento de los Indios, á los empréstitos á crecidos y ruinosos intereses, no alcanzando á cubrir las atenciones el oro de América, ni las rentas ordinarias de la alcabala, cruzada, escusado y subsidio eclesiástico. En los momentos de apuro, que eran muy frecuentes, Felipe recurria al clero, que se apresuraba casi siempre á acudir generosamente en su auxilio; en ninguna parte sobrellevaba aquella clase cargas tan onerosas como en España, y se ha calculado que abandonaba al rey á lo menos la tercera parte de sus rentas (1).

Fuera de esto, síntoma, junto con otros varios de presente malestar y de próximo decaimiento, España permanecia en sosiego y tranquila, sin que la agitacion, la efervescencia, las convulsiones y los sacudimientos que afligian entonces á casi todas las naciones europeas, alcanzasen ni aun á estremecerla. Espectáculo singular y glorioso, que demuestra claramente el alto grado de civilizacion en que nuestra patria se encontraba; pero como todo en el mundo es mezcla de bien y de mal, el sentimiento de la nacion y el rey que en él se apoyaba hubieron de comprar aquel magnífico resultado colocando á España en una posicion excepcional y manteniéndola como separada del movimiento intelectual de casi todo el resto de Europa. Esto diremos otra vez no hacia sentir sus lamentables efectos en la época en que ahora estamos, rica la nacion de tesoros de ciencia y de arte tanto como de metales preciosos, pero habia de tener gran importancia en sus destinos cuando el genio del saber y de la cultura, que se cernia entonces sobre ella, llevase á otros paises los primeros fulgores de su antorcha.

Amigo del órden y de la regularidad en todo, Felipe II distribuyó convenientemente por materias los negociados de los consejos y secretarías para que en su despacho no hubiera el embarazo y la confusion que se habian notado has-

(1) *Relazione di Contarini* MS; Ranke, *Ottoman, and Spanish Empires*, p. 61.

ta entonces. El consejo de Estado, al que llamaba Carlos I representantes de todos los dominios de su vasto imperio, fué transformado por su sucesor en un consejo puramente castellano, llamándose por esto *Consejo de Castilla*, y á él pertenecia la iniciativa en todas las grandes cuestiones que se rozaban con los intereses generales de la monarquía. Reorganizó además Felipe II los consejos de Aragon, de Italia y de los Paises Bajos lo mismo que el de Indias, y estos, aun cuando sus presidentes eran llamados algunas veces á tomar parte en las deliberaciones del Consejo de Castilla, se limitaban á la esfera de sus departamentos en correspondencia con los vireyes de Aragon, Cataluña, Valencia, Nápoles, Sicilia, Méjico y Perú y con los gobernadores del Milanesado, de los Paises Bajos y del Franco Condado. Habia además, fundados por su antecesor, consejos especiales de Justicia, de Hacienda, de Ordenes, de la Inquisicion, de Guerra, de Gracia y Justicia, y todos ellos tenian sus sesiones en Madrid en el mismo palacio del monarca, que si no asistia á sus deliberaciones, creyendo que así se manifestaria con mayor libertad la opinion de cada uno, hacia que todos los viernes le fuese presentada una *consulta* ó reseña de los trabajos de la semana, al paso que informes secretos le instruian de los menores detalles de la discusion. Cuando la necesidad lo reclamaba presidia el rey en persona los diversos consejos, y en las sesiones solemnes pronunciaba en última instancia y hacia expedir sus órdenes á los vireyes y gobernadores.

El impulso comunicado en todos los ramos del gobierno durante los reinados anteriores produjo sus resultados en el que estamos ahora examinando, que vió tambien establecido por primera vez en Castilla un verdadero ejército permanente. Cisneros habia establecido el *alistamiento de la gente de ordenanza*, pagada de los fondos públicos y mandada por oficiales reales; Carlos I habia conservado reunidas fuerzas numerosas, cuya gran parte era reclutada entre los Españoles; pero la primera no estaba siempre sobre las armas, y las segundas no residian en la Península y solo se empleaban en guerras extrangeras. Felipe II fué el primero en establecer un ejército para mantener el órden en el interior de Castilla. La sociedad iba tomando mas y mas su fisonomía moderna. Con aquel objeto organizó veinte compañías de hombres de armas, que con el complemento de cuatro ó cinco hombres por lanza, formaban un respetable cuerpo militar, y equipó cinco mil *ginetes* ó caballos ligeros, cuyas fuerzas fueron denominadas *Guardias de Castilla*. Los hombres de armas en particular eran objeto de gran solicitud, haciéndose notables por su ejemplar disciplina, y el rey, sin embargo de no ser aficionado á las cosas militares, tenia por costumbre revistarlos en persona. Habia además treinta mil hombres de ordenanza, prontos á entrar en campaña en caso necesario; mil seiscientos ginetes con lanzas y escudos vigilaban las costas de Andalucía para rechazar toda invasion de los musulmanes africanos, y finalmente, numerosas guarniciones ocupaban las plazas fuertes en las fronteras del norte y del mediodia.

En los últimos años que abraza este capítulo habian sucedido importantes acaecimientos en el reino de Portugal, preludio de otros mas importantes todavía para aquel reino y para España toda. Al morir don Juan III heredó aquella corona su nieto don Sebastian, entonces niño de tres años, hijo del difunto príncipe don Juan y de la princesa doña Juana, gobernadora que fué de Castilla. Su abuela doña Catalina, hermana de Carlos I, y su tio el cardenal don Enrique, rigieron el reino durante

la menor edad del tierno monarca, quien, luego de salir de tutela, comenzó á revelar los ardientes pensamientos que su imaginacion sustentaba. Indómito guerrero tanto como entusiasta cristiano, pensó en marchar á la India á descubrir nuevas regiones y á convertir infieles á la verdadera religion. De esta peligrosa idea lograron apartarle sus consejeros, pero entonces pensó en llevar sus armas contra los Moros de Africa, con quienes peleara ya con fortuna en las costas de Berbería, y las discordias civiles que por aquel tiempo desgarraron el reino de Fez y Marruecos vinieron á dar nuevo incentivo y propicia ocasion al anhelo del monarca. Muley Muhamad habia sido despojado de aquel reino por su tio Abdelmelek, y en su infortunio habia acudido en demanda de auxilio al rey católico primero y á don Sebastian despues, haciéndole magníficas promesas. El jóven portugués acogió su demanda con entusiasmo, y á pesar del dictámen de la reina doña Catalina, de su tio el cardenal don Enrique y de los mas ilustres señores portugueses, determinó dirigir una expedicion contra Marruecos y enseñorearse de los varios lugares que Muhamad le prometiera. Antes, empero, quiso contar con la ayuda de su tio el rey de España, y despachó un embajador á Madrid para que solicitase de Felipe II una entrevista en el lugar que mejor le pareciere. Señaló el Español el monasterio de Guadalupe en Extremadura, y en él se juntaron tio y sobrino con grandes muestras de afecto en diciembre de 1576. En vano intentó Felipe II disuadir á don Sebastian de su arriesgada empresa, hasta que, viéndole obstinado en su intento, le prometió cinco mil soldados y cincuenta galeras para el año siguiente, con tal que se limitara á tomar á Larache y siempre que no se presentase la armada turca en las costas italianas. Arregladas estas cosas por los dos reyes, se despidieron uno de otro, con promesa hecha por Felipe II á su sobrino de darle una de sus hijas en matrimonio cuando tuviera esta la edad conveniente.

Desde aquel momento consagróse sin descanso el fogoso monarca á los preparativos de su expedicion, y representaciones, consejos y embajadas nada bastó á disuadirle de ella. Felipe II la miraba cada dia con menos favor, pues tratando entonces de hacer tregua con el Turco y siendo Abdelmelek aliado de Amurat, sucesor de Selim, podia acarrearle en su plan gravísimos perjuicios. El mismo Abdelmelek se dirigió á don Sebastian haciéndole ventajosas propuestas, pero nada, repetimos, bastó á convencer al ardiente mancebo, que á las representaciones del monarca español contestó estar resuelto á pasar á Africa con su ayuda ó sin ella. Juntó, pues, don Sebastian un ejército de diez y siete mil hombres, entre ellos dos mil Españoles bajo el mando de don Alfonso de Aguilar, tres mil Alemanes, seiscientos Italianos que enviaba el pontífice en auxilio de los Irlandeses, tiranizados por la reina Isabel, y la flor de la nobleza portuguesa. En junio de 1578 hízose á la vela la armada desde el puerto de Lisboa, y atravesando el Estrecho, desembarcó el ejército en Arcila con intento de poner sitio á Larache. Al quinto dia de marcha y á los veinte de haber desembarcado acampó la hueste cristiana en los llanos de Alcazar-Qhibir, donde no tardó en salirle al encuentro el mismo Abdelmelek, á pesar de hallarse gravemente enfermo, con cuarenta mil caballos y treinta mil infantes, turcos y moros africanos (3 de agosto). Pensaba Muhamad que se pasarian á sus banderas muchos soldados de su tio, pero no sucedió así; y empeñada al dia siguiente la batalla contra el parecer del rey des-

tronado y de los principales capitanes, poco sirvieron á don Sebastian su brio y la fuerza de su brazo. Envueltas sus tropas por la morisma en desventajosa posicion, los nobles y los soldados de profesion murieron casi todos peleando, mientras que la gente allegadiza se dió á huir en todas direcciones. Abdelmelek habia fallecido en su litera ignorándolo aun sus propios soldados, y la pelea quedó por fin reducida á unos cuantos grupos de cristianos que aisladamente vendian caras sus vidas. En uno de ellos aparecia grande y heróico el jóven Sebastian, sembrando la muerte á su alrededor á pesar de la herida que recibiera en un brazo, y á los que le instaban para que se pusiera en salvo, contestaba: «¿Y mi honra? ¿háse de decir que huí?» Rodeado de los cadáveres de sus fieles servidores, cayó por último del caballo y perdió la vida alanceado por centenares de enemigos. Así murió el rey don Sebastian á la temprana edad de veinte y cinco años, y con él la mas esclarecida nobleza de su reino. Los obispos de Oporto y de Coimbra que habian tomado parte en la pelea, el maestre de campo don Alfonso de Aguilar y el capitan Francisco Aldana, Mos de Temberg, capitan de los Alemanes, y otros quedaron muertos en el campo con mas de once mil soldados de su ejército; Muhamad se ahogó al pasar el rio Macazin, y el gran número de cautivos que hubieron de seguir á los vencedores, entre ellos don Antonio, prior de Crato, lloraron sobre el desfigurado cuerpo de su infeliz monarca, que sepultado primeramente en Alcazar, fué entregado poco despues sin rescate al gobernador de Ceuta (1).

Anegado en llanto el reino portugués por la pérdida de su soberano y de tantos buenos caballeros, procedióse luego de haber hecho la funeral y pública ceremonia por el rey difunto, á la solemne proclamacion del cardenal don Enrique, quien, aunque anciano y achacoso, era el mas próximo heredero del reino (28 de agosto). Felipe II envióle embajadores para cumplimentarle, y ambos unieron sus esfuerzos para librar de su cautiverio á los principales prisioneros. Cargado de años, valetudinario, arzobispo y cardenal el nuevo soberano, era casi seguro que no habia de vivir mucho tiempo ni dar al trono sucesion directa, y así fué que desde el momento de su elevacion entraron en liza los aspirantes á la corona portuguesa, defendiendo cada uno sus derechos y pretensiones. De ellas y del resultado que tuvieron daremos cuenta en el capítulo siguiente.

Como anunciara Felipe II á su sobrino de Portugal, estaba negociando treguas con Turquía, deseoso de dar algun reposo á sus fatigadas posesiones de Italia y de Africa. Tambien Amurat la deseaba, pues acababa de declarar la guerra á los Persas, y en efecto, se estipuló entre ambas naciones una tregua de tres años en 1578, que aun cuando no hizo cesar del todo las piráticas correrías de los Turcos, fué prorogándose luego, sin que á pesar de los reiterados esfuerzos de Isabel de Inglaterra, amiga de suscitar enemigos á Felipe II, se empeñara en largo tiempo abierta lucha entre Turquía y España.

A todos los estados de Europa se extendian las miras políticas del monarca católico, y desde los primeros años de su reinado vémosle ocupado en establecer

(1) Estos desgraciados sucesos causaron tal pesadumbre al gran poeta portugués Luis Camoens, quien por aquel tiempo habia vuelto de la India donde habia sufrido muchos trabajos y peligros, que murió al cabo de pocos meses.

su influencia en los reinos escandinavos. Desde el rompimiento de la Union de Calmar, disputábanse Suecia y Dinamarca la preponderancia en el Norte, y Felipe II, aprovechando tal coyuntura, se declaró aliado de Erico XIV de Suecia contra Federico II y le envió refuerzos, proponiéndose sentar en el trono de Dinamarca al hijo de la duquesa de Lorena, su pariente, con lo cual favorecia á la vez la causa del catolicismo y la de España. La revolucion que por aquel tiempo dió á Juan III la corona de Suecia (1568), y el favor que este suceso proporcionó en aquel reino á la religion católica, parecieron á Felipe II ocasion favorable para realizar sus proyectos en el Báltico, consistentes en apoderarse del estrecho del Sund, haciéndose así dueño del todo el tráfico de la Polonia y de la Alemania septentrional, y en desmembrar la Dinamarca, auxiliado por los reyes de Suecia y de Polonia. El pontífice secundaba á Felipe en estas miras que hubieran descargado gran golpe al protestantismo en el Norte, pero frustróse este plan, que estaba ya muy adelantado, y Felipe II hubo de desistir de su idea de establecerse en el Báltico perdiendo las cuantiosas sumas que para realizarla habia empleado, cuando el nuevo cambio acaecido en Suecia, rompiendo las negociaciones entabladas con la corte de Roma y expulsando á los Jesuitas del reino, le obligó á renunciar á la alianza sueca y le dejó sin auxiliarles en aquellas regiones.

CAPÍTULO VIII.

Pretendientes á la corona portuguesa.—Negociaciones diplomáticas y preparativos de guerra por parte de Felipe II.—Cortes de Almeirim.—Muerte del rey don Enrique.—Don Antonio, prior de Crato, es proclamado rey de Portugal.—El duque de Alba invade aquel reino.—Don Antonio huye á Francia.—Muerte de la reina Ana.—Felipe II en Portugal.—Es jurado en las cortes de Tomar.—Posesiones portuguesas.—Felipe II entra en Lisboa.—Don Antonio, auxiliado por Francia é Inglaterra en la isla Tercera.—Es vencido.—Muerte del príncipe don Diego.—El príncipe don Felipe es jurado como sucesor de aquel reino.—Muerte del duque de Alba.—Felipe II regresa á Castilla.—Cortes de Madrid de 1579 y 1583.—Guerra de los Paises Bajos.—Felipe II divide aquel gobierno entre su hermana Margarita y su sobrino Alejandro.—Queda este por único gobernador.—El duque de Alenzon vuelve á Flandes.—Es proclamado soberano.—Victorias de Alejandro Farnesio.—Los Flamencos se levantan contra los Franceses.—El duque de Alenzon huye á Francia.—Su muerte.—Asesinato del príncipe de Orange.—Sucédele su hijo Mauricio de Nassau.—Famoso sitio de Amberes.—Rendicion de otras plazas.—Capitulacion de Amberes.—Los Estados ofrecen la soberanía á Isabel de Inglaterra.—El duque de Leicester en los Paises Bajos.—Su mal gobierno.—Marcha á Inglaterra y vuelve con nuevos refuerzos.—Abandona aquel gobierno.—Piraterías de los Ingleses.—Suplicio de María Stuart.—Felipe II se prepara para hacer la guerra á la reina Isabel.—Tratos para la paz en los Paises Bajos.—El corsario Drake en las costas de España.—La *Armada Invencible*.—Sus desgracias.—El prior de Crato, ayudado por los Ingleses, invade el reino de Portugal.—Alejandro Farnesio continúa la guerra en los Paises Bajos.—Sucesos de Francia.—Guerra.—Asesinato del duque de Guisa.—Enrique III muere asesinado.—Enrique IV.—Continúa la guerra entre católicos y calvinistas.—Batalla de Ivry.—Sitio de París.—Muerte del cardenal de Borbon.—Alejandro Farnesio socorre á la capital.—Vuelve á los Paises Bajos.—Cortes de Monzon.—Cortes de Madrid de 1586 y 1588.

Desde el año 1579 hasta el 1590.

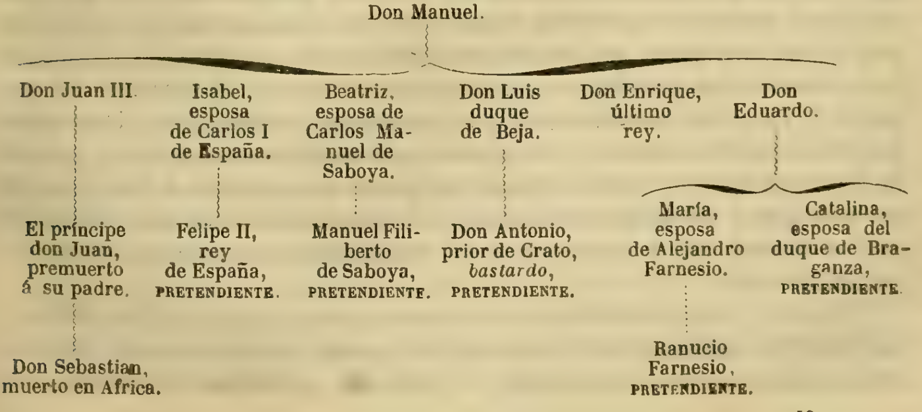
Desde el momento en que ciñó don Enrique la corona de Portugal pudo decirse abierta la sucesion de aquel reino; los pretendientes á ella empezaron desde entonces á agitarse y á procurar el triunfo de sus pretensiones, como sucedia en Barcelona durante los últimos años de nuestro rey don Martin. Felipe II, nieto del difunto don Manuel, si bien por línea femenina, no fué de los últimos en pensar en la sucesion, y el mismo embajador don Cristóbal de Mora, encargado de cumplimentar á don Enrique, habia de explorar los ánimos de los Portugueses acerca de sus pensamientos para lo futuro. Con temor se miraba por la nacion aquel estado de cosas; como medio de evitarlo se pensó en hacer contraer matrimonio al anciano y valetudinario don Enrique, si bien no pocos desconfiaban de su eficacia, y otros, adictos á alguno de los pretendientes, hacian todo lo posible para apartar de esta idea al decrépito soberano. Sin embargo, no lo consiguieron; don Enrique acogió con afan el pensamiento y solicitó dispensa del romano pontífice, mientras que Felipe II, noticioso de que los instigadores del matrimonio estaban dispuestos á usar de cualquier suplantacion ó fraude, gestionaba por medio de su embajador en Roma para contrariar las apremiantes

instancias del enviado portugués. Y no se limitaba á esto, sino que procurando captarse el afecto de la nobleza y del pueblo, invertia crecidas sumas en el rescate de los cautivos hechos en la infausta batalla de Alcazar-Qhibir, y al propio tiempo se apercibia para la guerra, sin interrumpir por esto las negociaciones diplomáticas.

Así las cosas, don Enrique, mal recobrado de un ataque que pusiera su vida en inminente peligro, conoció ser ocasion de decidirse mientras esperaba la anhelada dispensa, y en 11 de febrero de 1579 dió un edicto para que cuantos se creyeran con derecho á sucederle en el trono se lo expusieran por medio de procurador dentro del término de dos meses, ofreciendo determinar y fallar en justicia. Siete eran los aspirantes; Felipe II, hijo de Isabel; la duquesa de Braganza, Ranucio Farnesio, Manuel Filiberto de Saboya y el prior de Crato, el bastardo don Antonio, derivando todos su derecho del difunto don Manuel. Agregábase á estos el pontífice Gregorio XIII, alegando corresponderle el reino de Portugal como feudo de la santa sede, y la reina de Francia Catalina de Médicis, fundada en remotos derechos de su madre Juana de Boulogne. Conocíase, empero, que la cuestion habria de decidirse entre el monarca católico, quien tenia bajo su dependencia al de Parma y al de Saboya, el prior de Crato y la duquesa de Braganza, y entre los tres era indudable el mejor derecho de Felipe, aunque procedente de hembra, en cuanto era inpedimento esencial para el prior su circunstancia de ser bastardo, y la duquesa, aunque tomaba su derecho de varon, tenia contra sí la desventaja del sexo y la de no admitir en este caso la representacion las leyes portuguesas. Catalina de Médicis imaginó aquel medio únicamente como recurso para contrabalancear la influencia de Felipe en Francia, y luego que se convenció de que seria excluida de la sucesion, dióse con iguales miras á favorecer á don Antonio, que desde su regreso de Africa se afanaba en vano para probar su legitimidad (1).

Todos enviaron á Lisboa sus representantes, y la corte se convirtió en teatro de intrigas y maquinaciones. El anciano don Enrique se inclinaba á la duquesa de Braganza con quien habia pensado casarse; Felipe II, aunque mirado

(1) Como hemos hecho al quedar vacante el trono aragonés en 1410 por muerte de don Martin, ponemos ahora á continuacion el árbol genealógico de los pretendientes á la corona de Portugal.



A. de J. C. con desvío por cierta parte del pueblo, habia hecho suyos á los hidalgos y personages de mas valía, de modo que cuando el rey quiso robustecer el derecho de la de Braganza con el dictámen de los jurisconsultos portugueses, no halló uno que no hubiese sido consultado por el embajador don Cristóbal de Mora y dado su opinion favorable al monarca católico. Isabel de Inglaterra y los Flamencos intrigaban cuanto podian en favor de don Antonio contra el partido español, pero desde los primeros momentos pudo conocerse que todo acabaria por ceder al derecho y al gran poder de don Felipe. Este, mas fuerte cada dia por los personages que iban abrazando su causa, protestó por medio de Mora y del duque de Osuna no reconocer á don Enrique por juez competente en tan grave y delicado litigio, y lo mismo hizo cuando despues de muchos debates acordaron las cortes portuguesas que el rey nombrara cinco gobernadores entre quince caballeros que los tres brazos del reino le designaron, y que de entre veinte y cuatro jueces escogiera el rey once que fallaran *post mortem* la causa de sucesion si á su fallecimiento quedaba indecisa (octubre).

Tales actos junto con los preparativos de guerra intimidaron sin duda á don Enrique, que consentia ya en nombrar por sucesor á un hijo del rey de España y en privar de sus honores y prerogativas desterrándole del reino como enemigo de la tranquilidad pública al turbulento prior de Crato, que á pesar de su sumision ficticia á don Felipe, andaba con incesantes tratos con las reinas de Francia y de Inglaterra (noviembre); sin embargo, el rey de España, que no admitia mas nombramiento que el suyo propio, continuó sus bélicas disposiciones y sus negociaciones diplomáticas con los grandes y las ciudades, en las que desplegó rara habilidad su embajador don Cristóbal de Mora. Don Enrique, cercano ya al sepulcro, decidióse por fin á declarar el mejor derecho del monarca católico, y á este efecto convocó cortes en Almeirim á causa de la peste que asolaba á Lis-
1580 boa (enero de 1580). El obispo de Leira don Antonio Piñciro pronunció en ellas una plática sobre la justicia con que pretendia la corona Felipe II, y á ella se adhirieron el brazo eclesiástico y gran parte de la nobleza, al paso que el estamento popular continuó clamando por un soberano portugués, amante ante todo de su independencia.

Indecisa estaba aun la cuestion cuando falleció el rey en 31 de enero despues de un corto y agitado reinado de 17 meses, extinguiéndose en él la línea masculina de la dinastía portuguesa. De los cinco gobernadores que quedaron rigiendo el reino tres eran afectos á don Felipe, pero esto no obstante, temerosos de la agitacion popular, procuraron persuadirle de que suspendiera apelar á las armas hasta que se pronunciara y fallara sobre su derecho de sucesion. La respuesta de Felipe II, consistente en que, siendo su derecho claro y terminante, no necesitaba de declaracion, y exigiendo un inmediato reconocimiento, púsolos en gravísimo aprieto, en cuanto parte del pueblo, sin atender á las ofertas del rey de España, que prometia conservar los fueros, libertades y privilegios del país, se agitaba mas y mas en favor de don Antonio y la anarquía amenazaba devorar al reino.

En efecto, cada dia avanzaba este por el camino de los tumultos y del desconcierto; los gobernadores sin autoridad ni energía no se atrevian á proclamar á Felipe ni á resistirle abiertamente; el bullicioso partido de don Antonio, fo-

mentado por el clero inferior, parecia resuelto á vigorosa resistencia, siendo así que solo podia oponer á los Españoles desordenadas y mal armadas turbas; las ciudades ardian en conmociones y disturbios, los partidos se agitaban; Francia, Inglaterra y los rebeldes flamencos creian tener expedita ancha puerta para ofender á España: hablábase de implorar el socorro de Moros; el atrevido prior era proclamado rey en Santaren y en Lisboa (junio), hacíanse empréstitos considerables y forzosos á la gente rica, y entre tanta confusion los hombres pacíficos y principales cifraban sus esperanzas todas, aunque con cierto sentimiento, en las numerosas fuerzas que iba reuniendo en la frontera el rey Felipe II.

Con las tropas llegadas de Italia y las procedentes de Castilla reunióse en Badajoz un ejército de veinte y cinco mil infantes y mil seiscientos caballos con cincuenta y siete piezas de batir y cincuenta barcas en carros. Su mando fué confiado al anciano duque de Alba, á quien Felipe para este objeto levantó la especie de cárcel que sufria en su villa de Uceda, á causa de cierto desman amoroso cometido por su hijo, cuyo feo proceder habia protegido el duque. Sin permitirle pasar por Madrid á saludarle, mandóle el rey que se pusiera al frente de las tropas, tanta era la confianza que en su lealtad tenia, y poco despues, dejando el cargo de los negocios al cardenal Granvelle, marchó tambien el monarca á Badajoz con la reina, el príncipe don Diego, que por muerte del primogénito don Fernando acababa de ser jurado como sucesor, las infantas y el archiduque Alberto, nombrado cardenal de Jerusalen. Allí revistó el ejército, y dada por fin la órden de marcha, las plazas de Yelbes y Olivenza se entregaron sin ser combatidas á Pedro de Médicis, hermano del gran duque de Toscana que mandaba á los Italianos, y lo mismo hicieron otras poblaciones al norte del Tajo hasta Setubal. En aquella ciudad hallábanse los gobernadores expuestos á la furia popular; tres de ellos lograron evadirse arrojándose de noche por una ventana, y desde el Algarbe, donde buscaron un asilo, publicaron un manifiesto al reino exhortándole á reconocer por rey á Felipe II como quien tenia mas ligítimo derecho. Lo mismo reconoció por aquel entonces la duquesa de Braganza, y en tanto las compañías inglesas y francesas abandonaban á Setubal y el duque de Alba entraba en la plaza, oportunamente secundado por la parte del mar por la armada que habia sacado del puerto de Santa María el marqués de Santa Cruz (23 de junio).

Por Cascaes, que si era el camino mas corto era tambien el mas arriesgado, decidió el duque marchar á Lisboa. Vencido el ejército enemigo, que en aquel punto pretendió disputarle el paso y hecho prisionero su general don Diego de Meneses, á quien el de Alba mandó cortar la cabeza, avanzaron los Españoles hasta Belen y luego hasta Alcántara, en cuyo puente esperábalos la armada muchedumbre capitaneada por el prior de Crato, quién, despues de muchas vacilaciones, habia resuelto fiar el negocio á la decision de las armas. Empeñada la batalla en 25 de agosto, fué el combate de corta duracion, como era natural entre aquellos aguerridos batallones y la gente bisoña, allegadiza y mal armada que seguia las banderas de don Antonio. La turba se dió á huir á la desbandada á los primeros ataques, y mas de dos mil hombres fueron acuchillados sin oponer casi resistencia al tiempo que el marqués de Santa Cruz rendia la armada portuguesa. El prior huyó á Lisboa, y el duque de Alba tomó sus disposiciones para seguirle á la capital.

A. de J. C. No contaba esta con medio alguno de defensa, así es que sus magistrados se apresuraron á salir al encuentro de los vencedores y á ofrecerles la sumision de la ciudad con iguales condiciones que las demás sometidas. El duque de Alba los recibió con gran obsequio y tomó con las tropas el camino de Lisboa, sin que á pesar de sus severas órdenes se lograran evitar algunos desmanes por parte de la soldadesca. Don Antonio habia salido ya de la ciudad, y por Santaren y Coimbra se dirigió á Aveiro y á Oporto donde recogió y armó mucha gente popular. Sancho Dávila fué enviado con su tercio en persecucion suya, y despues de recibir la sumision de las principales ciudades, derrotó al prior en las inmediaciones de Oporto y entró triunfante en la plaza. El infortunado pretendiente, cuya cabeza se habia puesto á precio, anduvo errante algun tiempo por montes y por breñas, y por fin pudo embarcarse y dirigirse á Francia.

En tanto habíase celebrado en Lisboa por disposicion del duque de Alba la solemne ceremonia de reconocer á don Felipe como rey de Portugal (11 de setiembre), al tiempo que este hallábase enfermo en Badajoz de gravísima dolencia, de la cual curó al fin para ver enfermar y morir á su cuarta y última esposa la reina doña Ana (26 de octubre) (1). Tributados á su memoria los últimos deberes, Felipe marchó á su nuevo reino, en el que verificó su entrada, no como conquistador, sino como pacífico monarca (5 de diciembre). En Villaboin visitó á los duques de Braganza, sus antiguos competidores al trono, y estos renovaron entonces su desestimiento mediante una crecida suma y la promesa de quedar vinculada en su familia la dignidad de condestable. Habia convocado el rey las cortes portuguesas para la villa y monasterio de Tomar á causa de la epidemia que afli-
1581 gia á Lisboa, y reunidas en abril de 1581, con asistencia de los dichos duques, del consejo de Castilla y de muchos próceres de uno y otro reino, don Felipe fué jurado y reconocido solemnemente como rey de Portugal, y él á su vez, puesto de hinojos, juró guardar y conservar al reino sus fueros, costumbres y libertades. Al dia siguiente fué jurado como sucesor el príncipe don Diego, y como en los tiempos de la monarquía goda quedó sujeta á un solo cetro toda la península de España. Con aquel suceso se duplicaron los estados de Felipe, pues si la extension de Portugal era escasa como potencia continental, era por demás considerable por sus colonias y establecimientos marítimos. En América poseia el Brasil; en Africa los reinos de Guinea, Angola y Bengala, las provincias de Zanguebar, Quiloa y Mozambique y la isla de Socotora, y en Asia la isla de Ormuz, los reinos de Cambaya y de Diu, la costa del Malabar, la isla de Ceilan, las Molucas y Macao, por donde mantenia Europa las primeras relaciones mercantiles con el imperio de China.

En las mismas cortes publicó el rey una amnistía general de la cual exceptuó únicamente al prior don Antonio y á algunos pocos, otorgó muchas gracias, empleos y mercedes, confirmó sus privilegios á la universidad de Coimbra, á pesar de haber sido sus doctores los que mas habian hablado y escrito contra él, y aunque contestando vagamente á las peticiones de la asamblea para que se ca-

(1) Los historiadores nos han transmitido muy pocas noticias acerca de la vida y del carácter de esta reina; sábese únicamente que era muy piadosa y de condicion muy blanda y que raras veces se la veia ociosa.

sara con portuguesa, para que los estados de Portugal quedaran para siempre A. de J. C.
separados de Castilla y para que retirara las guarniciones castellanas, manifestó grandes deseos de bienquistarse con sus nuevos súbditos, si bien en lo de las mercedes eran tantas las exigencias y tanto lo que se distribuyó, que si descontentó á los Castellanos, no satisfizo del todo á los Portugueses. En seguida por Santaren y Almada se dirigió el rey á Lisboa, donde entró entre regocijos y fiestas el dia 27 de julio. El papa, aun cuando no viera con gusto los anteriores sucesos, le felicitó por su victoria, y nombró un comisario apostólico para entender en las causas formadas á los frailes y al bajo clero, partidarios de don Antonio, contra quienes, á pesar de la amnistía publicada, se mostró muy severo Felipe II.

Despedidas las tropas italianas, pues el rey estaba confiado en que podria mantener el reino con pocas fuerzas, súpose que el prior de Crato con el auxilio de Francia y de Inglaterra disponia una poderosa armada para desembarcar en las islas Terceras, que se mantenian favorables á su causa, excepto la de San Miguel, sometida á los Españoles. Dos veces habian rechazado aquellos isleños las expediciones enviadas por Felipe, y esto y la anterior noticia hicieron que el rey despachara á Cadiz al marqués de Santa Cruz para que, reuniendo allí cuantas naves pudiese y las que tenia en Vizcaya el almirante Recalde, se dirigiese á las islas á fin de hacer frente al peligro; pero anticipósele el prior, que con sesenta naves bien armadas y algunas compañías francesas habia salido del puerto de Nantes y puesto en gran apuro á los defensores de la isla de San Miguel. La armada española llegó á aquellas aguas en julio de 1582, y trabóse en ellas uno 1582
de los combates navales mas porfiados y sangrientos que cuentan las historias. El triunfo se declaró al fin por los Españoles á pesar de la superioridad de las fuerzas enemigas; Felipe Strozzi, almirante de don Antonio, espiró cuando acababa de ser hecho prisionero; el conde de Brissac pudo salvarse por la fuga, y perecieron entre todos sobre tres mil Franceses. Los prisioneros fueron tratados como piratas, pues para ello habia autorizado el rey de Francia, y don Antonio se refugió en la isla Tercera y en ella permaneció algun tiempo como rey, reuniendo dinero por buenas y malas artes y descontentando con sus liviandades y excesos á aquellos naturales que tan fieles se le habian mostrado. Temeroso por fin de los preparativos que hacia el rey don Felipe para expulsarle de su efímero reino, dió otra vez la vuelta á Francia saqueando á su paso las islas Canarias y la de Madera para pagar á sus soldados.

Por aquel tiempo recibió Felipe la infausta nueva de la muerte de su hijo el príncipe don Diego (21 de noviembre), y esto le obligó á convocar nuevamente las cortes portuguesas para que reconocieran y juraran á su hijo el infante don Felipe, lo cual se verificó en el palacio de la Ribera en enero de 1583. Otro mo- 1583
tivo de sentimiento tuvo el rey y el ejército todo con la muerte entonces acaecida de dos famosos capitanes: Sancho Dávila el uno, y el otro don Fernando Alvarez de Toledo, duque de Alba, que pasó de esta vida en Lisboa á los setenta y cuatro años de su edad. En su lugar fué nombrado Carlos de Borja, duque de Gandía, hombre de mas bondad, dice Miñana, pero muy inferior al de Alba en talento y en experiencia.

Deseaba el rey volver á Madrid para atender á los complicados asuntos de su imperio, y como nada le retenia ya en Portugal, donde iba calmándose cada

dia la agitacion pasada, partió de Lisboa el dia 11 de febrero, despues de conferir aquel gobierno á su sobrino el archiduque y cardenal Alberto de Austria, á quien hizo jurar que gobernaria en justicia y le restituiria el reino siempre que se lo pidiese. El arzobispo de Lisboa don Jorge de Almeida, Pedro de Alcazoba y Miguel de Moura fueron nombrados sus consejeros. Para contentar mas á los Portugueses ó quizás para desvanecer los rumores entre el pueblo propalados hizo Felipe, antes de salir del reino, traer de Ceuta el cuerpo de don Sebastian, que fué sepultado en Belen, panteon de los monarcas portugueses, y en 24 de marzo llegó el rey al monasterio del Escorial.

Poco tiempo despues convocó en Madrid las cortes de Castilla que el año anterior habian sido disueltas despues de haber estado congregadas desde 1579. Las primeras se quejaron de que fueran quedando tanto tiempo sin resolucion las peticiones hechas en otras anteriores, y de que se publicaran leyes sin la sancion de las mismas, en lo cual, dice Prescott, el monarca habria podido invocar para justificarse el ejemplo de sus predecesores, aun de aquellos que como Fernando é Isabel mayor afecto y veneracion merecian á los pueblos. Otras peticiones hicieron los procuradores para que se suprimieran las nuevas rentas, pechos y tributos, para que se quitaran las aduanas nuevamente establecidas, para que no hubiera regidores perpétuos, para que la casa del príncipe se pusiera á usanza de Castilla, para que se arrendaran las rentas reales, para que los inquisidores no conocieran sino de las causas tocantes á la fé, y para que se proveyera á otras materias, especialmente á la penuria del tesoro, con los remedios no siempre acertados que ellas proponian. En las de 1583 expusieron los procuradores ciertos abusos de los jueces eclesiásticos y solicitaron varias reformas en la administracion de justicia, dirigidas muchas de ellas á remediar la lentitud de los procedimientos judiciales. Propusieron que se establecieran pósitos en las villas cabezas de partido para socorrer á los labradores pobres, y ganados por la aficion general ó convencidos de la inutilidad de las anteriores disposiciones, pidieron que se permitiera mas ensanche en el uso de coches y carrozas. Solicitaron además estas cortes que se pusiera órden en las marchas de las capitanías á fin de impedir los excesos é insolencias que en los lugares pequeños cometian los soldados, que se remediaran las usurpaciones de los inquisidores, que se quitaran los nuevos tributos y no se vendieran villas, lugares ni jurisdicciones, y que se abreviara el tiempo que las cortes estaban congregadas, con objeto de evitar gastos á las ciudades y á los procuradores. De ochenta y una peticiones que en estas cortes se hicieron, solo doce fueron completamente otorgadas; á las demás se proveyó tenerlas presente para resolver lo que mas conviniere.

Hemos dejado en los Paises Bajos á Alejandro Farnesio reduciendo y desmembrando por armas y por tratos á las provincias rebeldes. La falta de dinero, pues todo en España se invertia en los preparativos de la guerra de Portugal, le detenia y causaba grandes apuros, mayormente entonces en que, segun lo pactado en el tratado de Arras, habia de sacar de aquel país á las tropas extrangeras, para lo cual habia de pagarles antes lo que se les debia. Pudo por fin atender á esta obligacion, y evacuados por segunda vez los Paises Bajos por los tercios españoles, italianos, borgoñones y alemanes, se preparó para continuar la guerra con

el escaso ejército que con gran trabajo pudo reunir en aquel flaco y extenuado territorio.

En este estado creyó Felipe II contentar á los pueblos nombrando por gobernadora en lo civil á su hermana Margarita de quien tan buenos recuerdos conservaban, dejando á su sobrino Alejandro la direccion y regimiento de la parte militar. Accedió la de Parma á complacer al monarca, y con aplauso y regocijo de los Flamencos volvió á los Paises Bajos (1580), pero esto ofendió vivamente á su hijo, quien sin pérdida de momento escribió á Granvelle, de quien se sabia que habia aconsejado la medida, que puesto que se habia debilitado su autoridad cuando era mas necesario concentrarla y robustecerla, rogaba al rey que le desembarazara del cuidado de lo de Flandes. Margarita, que conoció los peligros de la marcha de su hijo, escribió tambien á Felipe para que revocara lo decretado, y el rey entonces devolvió á Alejandro el cargo de gobernador junto con el de capitan general, enviándole nuevos despachos en los que le significaba lo satisfecho que sus servicios le tenian. Rogó al propio tiempo á Margarita que permaneciera en Flandes para que fuese como un tribunal de clemencia al que pudiesen acudir los arrepentidos, mas la duquesa no paró hasta alcanzar permiso de volver á Italia, que sin duda no habia de serle muy agradable la permanencia en Flandes en aquellas circunstancias. Y en efecto, trabajado el gobierno por los manejos tenebrosos del de Orange, era poco envidiable la posicion de los gobernadores, cuya vida se hallaba constantemente amenazada. La justicia, empero, nos obliga á decir que no era mucho mejor la posicion de Guillermo, y que varias veces se atentó tambien á su vida por medio de asesinos y de tósigos.

Así las cosas, deseoso el de Orange de comunicarles vigoroso impulso y convencido de que en revoluciones la dilacion es muerte, reunió en Amberes á los Estados rebeldes, y á pesar de la oposicion de los católicos logró que, proclamando su independencia de España y privando á Felipe II de la soberanía de Flandes, aclamasen á Francisco, duque de Alenzon, hermano del rey de Francia, confiando el de Orange por los tratos en que con él estaba quedar por lo menos señor de las provincias de Holanda y Zelanda y quizás con el tiempo de todos los Paises Bajos. El archiduque Matías, que tan desairado papel habia hecho en todo aquel asunto, quejóse en vano de la atrevida resolucion, y renunciando á su nominal gobierno, se retiró á Alemania al cabo de pocos meses. Felipe II por su parte, para contrarestar los manejos de su enemigo habia hecho publicar un edicto declarándole traidor y ofreciendo la suma de veinte y cinco mil escudos al que le presentara muerto ó vivo (1581).

El duque de Alenzon, que se titulaba ya *Libertador de Flandes*, aceptó la corona que le conferian los Estados, y con un ejército de doce mil infantes y cuatro mil caballos en el que iban como voluntarios muchos nobles franceses, marchó á socorrer á Cambray que el de Parma tenia sitiada. Retiróse este á presencia de las nuevas fuerzas, y el Francés se apoderó de Cateau-Cambresis, hecho lo cual regresó á Francia prometiendo volver en breve con mas numerosas tropas.

La conducta del de Alenzon, aunque reprobada en apariencia por su hermano el rey de Francia, era otra prueba de las malas disposiciones que abrigaba aquel gobierno contra Felipe II, quien, aun cuando conocia los artificios de Ca-

talina y de Enrique, aparentaba ignorarlos y dar crédito á sus protestas, deseoso de no llegar á rompimiento y satisfecho con el imperio que ejercia sobre los católicos de Francia. Además, como acreditó la experiencia, Alenzon era muy pobre adversario: ambicioso sin medida, habríalo todo sacrificado á la idea del triunfo, así como ante la derrota se volvia humilde y pequeño hasta la bajeza; hombre de facciones, agitábase contínuamente en busca de algo, que jamás fué apto para encontrar ni obtener. En los asuntos de su reino todo su papel consistió en ser un estorbo; pensando tener voluntad, carecia de fuerza para realizarla, y políticamente hablando, todas sus empresas se limitaron á otras tantas aventuras.

Cifraba Francisco sus esperanzas en el apoyo de Isabel de Inglaterra, cuyo tálamo pensaba dividir en calidad de esposo. Para activar ambas cosas pasó á aquella isla, y tan bien le recibió la reina, tanto le distinguió entre todos y tan adelantado estaba en apariencia lo del matrimonio, que aquellas palabras de nuestro embajador don Bernardino de Mendoza de que *la reina cada año era esposa, pero casada nunca*, parecian haber de ser próximamente desmentidas. En todo ello, empero, no llevaba Isabel mas objeto que intimidar á Felipe y procurar al propio tiempo que no se uniese lo de Flandes á la corona francesa; así es que, sin enemistarse con el príncipe, limitóse á facilitarle una armada sin concluir cosa alguna respecto del proyectado enlace. Con aquellas fuerzas el de Alenzon llegó á Flesingue (febrero de 1582), y de allí se dirigió á Amberes á tomar posesion de sus nuevos estados y á jurar sus privilegios.

En tanto continuaban las operaciones de la guerra; muchos y muy reñidos combates habíanse empeñado en la provincia de Frisia; Breda habia sido entregada al de Parma; Courtray y otras poblaciones habian caido en su poder, pero Malinas habia vuelto al de los enemigos, que ejercieron en sus moradores toda clase de violencias y atropellos. La proclamacion del Francés fué causa de que con consentimiento de los mismos walones volvieran á aquel territorio las milicias extrangeras, y así reforzado el de Parma, puso cerco á la fuerte plaza de Tournay, que defendió contra él con heroismo la esposa del príncipe de Espinoy, su gobernador, que se hallaba entonces ausente. Recios combates se dieron á los muros en los que perecieron muchos capitanes y soldados; en uno de ellos salió levemente herido el de Parma, mas por fin logró este entrar en la ciudad por capitulacion, restableciendo en ella el culto católico y la autoridad del soberano.

A poco de haber llegado á Amberes el duque de Alenzon, un jóven vizcaino llamado Juan de Jáuregui, trocó en desconsuelo y luto las fiestas á que la ciudad se entregaba; animado por patriótico y religioso fanatismo, disparó un pistoletazo contra el príncipe de Orange, difundiéndose en un principio la noticia de su muerte (18 de marzo). En los primeros momentos acusóse á los Franceses de aquel delito por dejar á su príncipe mas ámplia y libre autoridad, síntoma del escaso favor con que el duque y los suyos empezaban á ser mirados; amotinado el pueblo, prorumpió en gritos de indignacion contra los Franceses y no cesó el tumulto hasta que vuelto en sí el de Orange y conocida la patria y los sentimientos del reo, vínose en conocimiento de la inocencia del de Alenzon en el delito cometido. Guillermo curó de su peligrosa herida, y Juan de Jáuregui, que habia caido acribillado de heridas luego de cometer el criminal atentado, fué des-

cuartizado con dos verdaderos ó supuestos cómplices, poniéndose sus miembros en las torres y puertas de la ciudad.

Alejandro Farnesio recibia incesantes refuerzos de tropas que volvian al teatro de la guerra, y comunicando mayor brio á las operaciones tomó á Oudenarde, que expugnó y rindió con su acostumbrado arrojo, y batió á los rebeldes á la vista de los príncipes de Alenzon y de Orange, quienes hubieron de retirarse al abrigo de los muros de Gante. Continuando el de Parma en la carrera de sus triunfos, tomó, de grado ó por fuerza, varios pueblos fortificados y los aseguró con guarniciones: amenazó á Bruselas, y en tanto el capitan Francisco Verdugo proseguia en Frisia la série de sus victorias.

Alenzon, á quien acababan de llegar de Francia algunos refuerzos al mando del duque de Montpensier y del mariscal Byron (noviembre), disgustóse en breve de aquel precario mando cuya autoridad tenian realmente los Estados, mientras que estos por su parte murmuraban mas y mas de los Franceses que tantos auxilios les habian prometido y tan pocos les habian dado. Educado el príncipe en las ideas absolutas de la monarquía francesa, no podia comprender que los Flamencos le hubiesen llamado únicamente para defender su libertad, é imaginó recurrir á la fuerza para obtener un verdadero mando y apartar de sí lo que consideraba vergonzosa ignominia. Ordenó, pues, á los caudillos de sus tropas que todos en un dia determinado (17 de enero de 1583) se apoderaran de las plazas en que estaban alojados y expulsaran de ellas las guarniciones flamencas. Reuniendo él sus tropas en las inmediaciones de Amberes con pretexto de marchar contra las fuerzas del rey, pasa á degüello á los Flamencos de las puertas, é introduce á los suyos en la ciudad diciéndoles: «Vuestra es Amberes;» la soldadesca se entrega entonces á toda clase de excesos, pero enfurecidos los vecinos cierran contra ella al grito de *¡mueran los Franceses!* y en poco tiempo mas de dos mil cadáveres llenaron las calles, quedando el duque avergonzado y corrido de su loco intento. Con los restos de sus tropas divagaba de pueblo en pueblo sin víveres, pues su tentativa no habia tenido mejor éxito en Ostende, en Nieuport y en Brujas, y solo á la mediacion del de Orange, cuya autoridad habia crecido prodigiosamente con lo sucedido en Amberes, y que no queria romper abiertamente con el príncipe francés, debióse que no fuese este depuesto del gobierno. Francisco y los Estados celebraron, pues, un nuevo tratado (8 de marzo), renovando el primero el juramento que antes prestara y obligándose á retirarse á Dunkerque hasta que quedasen arreglados todos los demás puntos en litigio; en apariencia quedó restablecida la conciliacion, pero en el fondo los Flamencos rebeldes veian con tan malos ojos á los Franceses como á los Españoles.

El príncipe de Parma procuró aprovecharse de las discordias de los enemigos, y despues de intentar, aunque sin fruto, la via de las pláticas y de los ofrecimientos, salió otra vez á campaña. Recobró una tras otra multitud de plazas, y enviando á Mondragon y á Mota con parte de las tropas contra Francisco, marchó con el resto contra el mariscal Byron, á quien venció en sangrienta batalla persiguiéndole hasta los muros de Stenberg. Treinta banderas, gran parte de la artillería y del bagage fueron el premio de esta victoria, en la que dejaron los Franceses en el campo mas de tres mil soldados. El mariscal, que se hallaba

A. de J. C. herido, embarcó las reliquias de su ejército y se volvió á Francia donde le siguió el duque de Alenzon, sitiado en Dunkerque por Mondragon y Mota, embarcándose antes que fuese cercado por la parte del mar. La ciudad sitiada se sujetó al poder de los Españoles, que entraron igualmente en Nieuport, en Stenberg, en Alost, en Zutphen, en Iprés, en Brujas y en otras muchas plazas, pareciendo que la estrella
1584 de los rebeldes era llegada á su ocaso (1584).

Así las cosas, cuando se decia que el rey Enrique III de Francia consentia en declararse mas abiertamente en favor de las provincias, y se esforzaba el de Orange en reconciliar á Flamencos y á Franceses, murió Francisco de Alenzon en Chateau-Thierry (10 de junio). Su fallecimiento habia de ser fatal á los Flamencos y al príncipe de Orange: el borgoñon Baltasar Gerard, que estaba al servicio del duque, llevó la noticia al príncipe, mientras este se hallaba en Delft, y en seguida le disparó un pistoletazo que le atravesó el corazon y le dejó sin vida á los cincuenta y dos años de su edad (10 de julio). El asesino fué preso y puesto á cuestion de tormento, confesando en él abrigar aquel designio hacia mas de seis años y haberlo comunicado por escrito al príncipe de Parma. El entusiasmo religioso parece haber sido lo que principalmente armó su mano, entusiasmo que no decayó en medio del horrible suplicio en que le arrancaron la vida.

Tan grandes pérdidas no desalentaron á los Estados, y para manifestar su resolucion de continuar apartados de la obediencia de España y dar al propio tiempo una prueba de afecto al príncide por ellos tan querido que acababan de perder, acordaron dar á su segundo hijo Mauricio, que contaba diez y nueve años, pues el primogénito, el conde de Bureu, se hallaba todavía en España, las mismas dignidades que tuviera su padre, confiriéndole el título de gran almirante de la confederacion y el gobierno de Holanda, Zelanda y Utrecht. Sin jefe entonces que los dirigiera, ó por mejor decir sin nadie que directamente los protegiera, enviaron solemne embajada á Enrique III de Francia ofreciéndole la corona, pero aun cuando Catalina de Médicis y Enrique veian con gusto cuanto podia ser en ofensa de Felipe II, no se atrevieron á aceptarla, así por no romper con este abiertamente como por temor á los Guisas y al partido católico. Sin embargo de esto, recibieron á los embajadores con mucho agasajo y les dieron buenas respuestas para lo porvenir, y con ello lograron como siempre no contentar á católicos ni á calvinistas.

En tanto el de Parma, aprovechando aquellas felices circunstancias, habia dado gran impulso á las operaciones de la guerra, reforzado como habia sido por los tercios que hicieran la campaña de Portugal. Resuelto á descargar al enemigo un golpe inesperado y terrible, decidió poner sitio á la fuerte plaza de Amberes, centro de su poderío. Antes, empero, combatió y tomó á Termonde (agosto), tierra abundante en arbolado, á fin de proveerse de los materiales que necesitaba. Rindió luego á Gante con condiciones suaves y generosas, y dió principio en seguida á las famosas obras contra Amberes que han colocado el nombre de Alejandro Farnesio á la cabeza del de los grandes militares de su tiempo. Rompiendo el dique del Escalda, llevó á su campo desde Gante bajeles, máquinas y materiales para cerrar el puente de aquel rio, lo que quedó realizado en febrero
1585 de 1585, obra prodigiosa de que se habian reido los enemigos considerándola

imposible. Bruselas en tanto abria sus puertas á los Españoles, Nimega, capital de la provincia de Güeldres, hacia otro tanto, y los de Amberes iban quedando aislados sin tener mas esperanza, vencidos como habian sido los refuerzos que les llegaban por tierra, que en el auxilio que habia de darles por mar la armada de Zelanda. Apareció esta por fin al mando de Justino de Nassau, hijo natural del príncipe de Orange, y despues de apoderarse de algunos castillos (abril), dirigió contra el puente brulotes y máquinas infernales, uno de los cuales, lanzando al espacio con horrible estrépito pelotas de hierro, piedras, cadenas, bigas y tablones, destrozó en efecto parte del mismo y causó gran mortandad entre los sitiadores de ambas orillas. El mismo duque de Parma fué arrojado al suelo casi sin sentido y por un momento se difundió la noticia de su muerte, mas no tardó en volver en sí entre el júbilo de todo el ejército.

Reparado prontamente el daño causado, los de Amberes intentaron romper los diques del Escalda buscando la navegacion por los campos que inundara, ya que no podian surcar el rio; mas frustró su idea la prevision del de Parma, lo mismo que los nuevos ataques que dirigieron contra el puente con otras máquinas inventadas por el ingeniero Giambelli. Resuelven entonces hacer el último esfuerzo, y todas sus tropas, todas sus naves grandes y pequeñas, formando un total de ciento sesenta, son lanzadas al contradique de Couvestein que era el que les impedia la navegacion del Escalda; logran en un principio arrollar á los Españoles y apoderarse de algunos castillos, pero en breve acuden al sitio del peligro los principales caudillos con numerosos refuerzos; el de Parma toma parte en el combate á la cabeza de los soldados, y en medio de las olas, sobre una pared de tierra y piedra de diez y siete piés de ancho, empéñase porfiada pelea que termina al fin con la derrota de los Flamencos, que han de volver á la ciudad dejando en poder de los sitiadores muchas naves y gran número de gente.

Consecuencia de esta victoria fué la entrega de Malinas, y esto, al aumentar la consternacion de los de Amberes, entre los que hacia ya el hambre crueles extragos, hízolos prorumpir en tumultuosos gritos pidiendo capitulacion. En vano su esforzado gobernador Felipe de Marnix, señor de Santa Aldegundis, les promete prontos auxilios de Inglaterra; por fin hubo de ceder á la voluntad de los ciudadanos y entrar en tratos para la capitulacion. Insistia principalmente en que se concediera á la ciudad la libertad de conciencia, pero en ello se mantuvo inflexible el de Parma, obedeciendo así á las instrucciones de Felipe, que recientemente le habia escrito en estos términos: «.... Y desde luego aviso que los que hubieren de vivir en nuestras provincias de Flandes se persuadan que les será fuerza escoger uno de dos, ó no mudar cosa en la romana y antigua fé, ó buscar en otra parte asiento luego que se acabare el tiempo señalado.» En lo demás mostróse muy blando Farnesio; concedió un perdon general, restituyó á los moradores sus antiguos fueros, y firmada la capitulacion, entró en la ciudad (agosto) con extraordinaria pompa, acompañándole los principales capitanes del ejército y muchos miembros de la nobleza flamenca. Esta victoria causó gran alborozo en España y en todos los dominios del rey católico, quien premió á su entendido general con el collar del Toison de Oro.

Crítica por demás se iba haciendo la situacion de los Estados rebeldes, y era evidente que á no encontrar el decidido apoyo de una nacion extrangera,

A. de J. C. habrian de acabar por someterse á las fuerzas superiores de España. En aquel apurado trance apelaron ya antes de la caida de Amberes al auxilio de Isabel de Inglaterra, que esperanza en aquel tiempo de todos los hereges les habia socorrido tantas veces con hombres y dinero, y le ofrecieron la soberanía. Varias fueron las opiniones emitidas por los consejeros de la reina sobre aceptar ó no la peligrosa y tentadora propuesta, pero al fin venció el partido decididamente hostil á España, é Isabel, aunque no aceptó de un modo categórico la corona con que se le brindaba por no atreverse á tanto, resolvió dar á los rebeldes abierto y declarado auxilio y celebró con ellos un tratado en el que prometia enviarles un ejército de seis mil hombres con tal que se pusieran en su poder algunas plazas de Holanda y de Zelanda. Roberto Dudley, conde de Leicester, consejero predilecto y favorito de la reina, fué nombrado general en jefe del ejército de Flandes, y á la cabeza de cinco mil infantes y mil caballos con muchos
1586 nobles auxiliares, llegó á las provincias en 1586, siendo recibido con gran entusiasmo por las poblaciones rebeldes.

Sin intimidarse el de Parma por la llegada de aquel nuevo enemigo, encargó al conde de Mansfeldt que pusiera cerco á Grave, ciudad fuerte, situada en las márgenes del Mosa. Muchos combates se habian dado ya á la plaza y el cerco parecia haber de prolongarse por haber acudido los sitiados al ordinario recurso de romper los diques, cuando Leicester marchó en su auxilio y otro tanto hizo el de Parma en socorro de los suyos. La llegada de Alejandro sembró la consternacion en la plaza, y su gobernador se apresuró á rendirla (7 de junio), saliendo la guarnicion á la vista del mismo Leicester. Otras muchas plazas de una y otra márgen del Mosa cayeron despues en su poder, entre ellas Venloo, en la provincia de Güeldres, no obstante su fortaleza y su heróica resistencia, y en todas se portó el caudillo español con gran generosidad, impidiendo en cuanto estaba en su mano los atropellos de la soldadesca. En seguida, llevando sus tropas en auxilio de Ernesto, elector y arzobispo de Colonia, á quien los partidarios del anterior arzobispo Gebhardt de Truches, depuesto por causa de heregía, habian tomado algunas ciudades del Rhin, apoyados por los reformistas holandeses, puso sitio y tomó en pocas semanas la plaza de Nuis que sus soldados entregaron á las llamas (agosto). Combatió luego á Rhinberg, pero de esta empresa le distrajo el conde de Leicester que habia cercado á Zutphen, mientras Mauricio de Nassau se apoderaba de Axen. Alejandro envió primero al marqués del Vasto en auxilio de la plaza sitiada, y siguióle luego él en persona, logrando introducir en la ciudad muchos carros de vituallas y provisiones. No se movió el Inglés de sus reales á pesar de las provocaciones de Farnesio, y este, despues de hacer volver á su tierra á un cuerpo de Alemanes que iban en auxilio de los confederados y de dejar bien guarnecidas las plazas inmediatas, se dirigió á Bruselas sin temor de que el enemigo apretara mucho el cerco durante el invierno.

En el entusiasmo que por Leicester sintieron en los primeros momentos confiriéronle los Estados los cargos de gobernador supremo y capitan general, que él aceptó con aparente enojo de su soberana. No tardaron sin embargo en arrepentirse de su anterior confianza, al ver que el conde, tan mal general como pésimo gobernador, si no les daba victorias violaba sus leyes, hollaba sus de-

rechos y mostrábase orgulloso y despótico con la nobleza y el pueblo. Descontentos estaban de él en sumo grado cuando fué el conde llamado por Isabel á Inglaterra á causa de la junta convocada para tratar del proceso de María Stuart; reunidos en la Haya los Estados de Flandes, despidióse de ellos y prometióles volver en breve, accediendo á que en su ausencia gobernara el consejo de Estado, aunque reservándose él el gobierno supremo.

Alejandro Farnesio, duque ya propietario de Parma por muerte de su padre Octavio, recobró á poco las fortalezas que tenian gobernadores ingleses, comprando unas y entregándosele otras sin pacto ninguno. Esto acabó de irritar á los Flamencos confederados, quienes, aunque no soltando del todo el freno á su indignacion, nombraron por gobernador y capitan general á Mauricio de Nassau (febrero de 1587), mientras dirigian á Isabel grandes quejas contra su favorito. 1587
Llegada la primavera, el de Parma abrió de nuevo la campaña poniendo cerco á la importante plaza de la Esclusa, ciudad muy fuerte por la naturaleza y por el arte (mayo), y á este tiempo se dejó ver el conde de Leicester con una armada en que conducia nuevas tropas de Inglaterra. Desembarcólas con ánimo de marchar en auxilio de los sitiados, pero acudió luego el Parmesano con escogido escuadron, le detuvo el paso, y sin que el Inglés se atreviera á aventurar batalla, se retiró á sus navíos y desde allí á Ostende, lejos del peligro (julio). Tampoco hizo cosa alguna el príncipe Mauricio desde Flesingue con una nave incendiaria que envió contra las obras de los sitiadores, quienes por fin entraron en la ciudad bajo las condiciones acostumbradas.

Adquiria cada dia nuevo aumento la discordia entre Flamencos é Ingleses, y Leicester meditaba ya para reducir á aquellos pueblos á la obediencia un golpe semejante al que diera el duque de Alenzon; la ciudad de Leyden parecíale á propósito para dar principio á su empresa, mas como esto se descubriese fué tan grande el odio que se atrajo, que en poco estuvo para que los Flamencos acudiesen á las armas. Noticiosa Isabel de lo que pasaba llamó al conde, y este se volvió á Inglaterra aburrido y cansado (diciembre), resignando poco despues el gobierno de las provincias flamencas.

Llegada es la época en que los dos campeones del catolicismo y de la heregía en el siglo XVI, España é Inglaterra han de empeñar declarada y personal pelea, despues de haber combatido ocultamente por espacio de treinta años en Escocia, en Francia, en Portugal y sobre todo en los Paises Bajos. Si Felipe II concedia favor á los católicos irlandeses, si pensionaba á los principales emigrados, si alentaba y era la esperanza del partido católico inglés, no se quedaba corta en las represalias la reina Isabel: sus corsarios y especialmente el aventurero Drake recorrian incesantemente las costas septentrionales de España y sus posesiones en el Nuevo Mundo, y cometian en muchas ciudades excesos y crueldades que superan á toda comparacion; los consejos de la reina habian ayudado en Portugal á los enemigos de Felipe II; su oro y sus soldados nunca habian faltado á los hugonotes de Francia y á los rebeldes de los Paises Bajos, y para colmo de audacia y como un reto y una contestacion á los manejos de España y de los Guisas hizo decapitar en el castillo de Fotheringay á la infeliz y católica reina de Escocia María Stuart (1587). Véase, pues, si habian andado camino ambos adversarios, Isabel en especial, pues Felipe le ofrecia mas partes vulnera-

A. de J. C. bles por la gran extension de sus dominios, y si podian tardar mucho tiempo en encontrarse los dos aliados de Cateau-Cambresis, los dos cuñados que quisieron unirse con lazos mas tiernos aun, en el terreno ardiente de las batallas y de la lucha cuerpo á cuerpo.

Sin embargo, no se habian roto aun declaradamente las hostilidades, y Felipe II se habia limitado el año anterior, en vista de la actitud cada vez mas resuelta de la reina, á prohibir el comercio entre España é Inglaterra, que fué, dice Miñana, como preludio de la futura guerra. Preparábase sí para emprenderla con todos los recursos de su gran poderío, y entonces Isabel, deseando retardar el golpe, quiso desembarazarse de la guerra de los Paises Bajos, á cuyo fin, de acuerdo con el rey de Dinamarca Federico II, escribió á Alejandro Farnesio excitándole á abrir pláticas para la concordia. Condescendió en ello el Parmesano, aunque sin suspender las operaciones de la campaña, y á principios de
1588 1588 juntáronse entre Ostende y Nieuport los comisarios nombrados por una y otra parte. Las negociaciones siguieron con mucha lentitud, y desde un principio se conoció que habian de producir escaso ó ningun resultado. Los Ingleses insistian en exigir para los Paises Bajos la libertad de conciencia, ridiculez suma ó insigne mala fé, puesto que su soberana, lejos de consentirla en su reino, lo regaba con sangre católica. Y mas aun se acreditó la falsía con que se habian abierto aquellos tratos cuando el inglés Drake con veinte y cinco naves llegó desde Plymouth á las costas españolas, sorprendió é incendió en el puerto de Cadiz veinte y seis navíos que en él estaban anclados, estragó la costa de Portugal y se volvió á Inglaterra donde fué muy festejado, á pesar de que la reina pretendiera justificarse de tan vandálico suceso diciendo que Drake se habia excedido de sus instrucciones, limitadas á explorar los puertos españoles para enterarse de los preparativos que, segun voz pública, se hacian en ellos. Todo esto y los deseos de Felipe, á quien así convenia para terminar sus bélicas disposiciones, iban alargando las conferencias que, llegado el mes de mayo, se trasladaron al lugar de Bourbourg, cerca de Calais.

Por fin, repetimos, habia llegado el momento supremo de la lucha. Felipe II, cansado de tantos ultrajes, resolvió apelar á la fuerza y derrocar del trono á su implacable enemiga. La ocasion era favorable: su aliado el emperador podia oponerse á toda tentativa de los príncipes protestantes de Alemania para socorrer á Isabel; desgarrada la Francia por la guerra civil, era impotente para contrariar sus proyectos, y los católicos de Inglaterra, que formaban la mitad de la nacion, le esperaban como un libertador. Realizáronse, pues, en todos los dominios de España inmensos aprestos de guerra en silencio primero, públicamente despues; el conde de Miranda, virey de Nápoles, el de Alba, virey de Sicilia y el duque de Terranova, gobernador de Milan, recibieron órdenes de reunir víveres, armas, municiones, naves y soldados. En Portugal, en Castilla, en Vizcaya, en Cataluña se construian y aparejaban buques; los almacenes de Nieuport, Amberes, Gravelinas y Dunkerque estaban atestados de materiales y los innumerables canales de Flandes de barcos sin quilla á propósito para la expedicion proyectada. En las ciudades de España, de Italia y de los Paises Bajos solo se encontraban soldados que marchaban á los puntos de reunion convenidos, y por mas que Felipe II intentase encubrir el verdadero objeto de tan extraordinarios aprestos,

era imposible que Isabel dejara de sospechar sus intenciones y de prepararse á la defensa de su reino. Mandó fortificar los puertos, hizo alistamientos generales, dispuso su armada y confió su mando á lord Howard, á cuyas órdenes servian los célebres marinos Drake, Hawkins y Formisher; pidió auxilio á los Flamencos, á los Alemanes, al rey de Dinamarca y al Turco; atrajo á su causa á Jacobo de Escocia, á pesar de ser hijo de María Stuart, y presentóse á caballo ante las milicias reunidas en Teukesbury, prometiendo morir por su pueblo. Esto no obstante, la alarma y el terror eran muy grandes en Inglaterra: en las puertas de los templos mostrábanse singulares y extraños instrumentos á fin de entusiasmar á la plebe, como los de tortura que llevaban los inquisidores en las naves españolas; propalóse la voz de que se haria contra los católicos una nueva noche de San Bartolomé, y si esto no sucedió afortunadamente, recrudecióse sí la persecucion y mas de diez y siete mil fueron encarcelados y sujetos á malos tratamientos.

Veinte y seis mil hombres halláronse en los Paises Bajos dispuestos á embarcarse con el duque de Parma á su cabeza; veinte y un tercios, tres italianos, cuatro españoles, uno de ellos de catalanes, cinco alemanes, uno de borgoñones, otro de irlandeses y siete de walones, constituian las fuerzas que desde las costas flamencas habian de pasar á Inglaterra, reuniéndose con las otras tropas españolas, portuguesas é italianas, que en número de diez y nueve mil hombres se allegaban en los pueblos de la Península. Muchos nobles españoles, italianos y alemanes uniéronse voluntariamente á la expedicion; Juan de Médicis, hermano del gran duque de Toscana, Amadeo, hermano del duque de Saboya, Felipe de Lorena, Carlos, hijo de Fernando, archiduque de Austria, el marqués de Hinojosa, el duque de Pastrana y otros acudieron para medir sus armas con la gran enemiga del catolicismo. Ciento treinta naves entre galeazas, galeras, navíos, urcas, carabelas, pataches y pinazas se reunieron en las aguas de Lisboa, y su mando se confió al marqués de Santa Cruz. Bien queria este, y lo mismo opinanaba el de Parma, que antes de dirigir la armada á Inglaterra se tomase algun puerto en Holanda ó Zelanda para contar siempre con un refugio en caso de contratiempo. Todo parecia dilatorio al entonces impaciente Felipe II, y no veia el instante en que sus tropas desembarcaran en las playas inglesas. En vano, pues, intentaron algunos, entre otros su secretario Idiaquez, hacerle desistir de aquella idea representándole lo peligroso de la expedicion y cuanto mas le convenia emplear aquel armamento en poner fin á la guerra de Flandes; Felipe nada quiso oir en este sentido, sino que apresurando los preparativos, dió órden á las naves de hacerse á la vela. En los primeros dias de junio de 1588 salió de las aguas de Lisboa la poderosa armada á la que se habia dado el nombre de *Invencible;* mandábala don Alfonso Perez de Guzman, duque de Medinasidonia, hombre completamente extraño á la ciencia naval, pues para desgracia de España habia muerto pocos dias antes el marqués de Santa Cruz don Alvaro de Bazan; afortunadamente el experto Martin Recalde iba por teniente del ilustre y opulento duque.

Dispersadas las naves por un recio temporal antes de llegar á la Coruña, reuniéronse otra vez en aquel puerto y de nuevo se hicieron á la vela el dia 22 de julio, llegando ocho dias despues al canal de la Mancha á la altura de Post-

mouth (1). La junta de jefes y capitanes entonces reunida aconsejó unánimemente al general que atacase á la armada inglesa que acababa de dejar aquel puerto para internarse en alta mar, pero el duque mostró sus instrucciones, que le prohibian romper las hostilidades hasta que el ejército de Flandes hubiese desembarcado en Inglaterra. Preciso era obedecer, y la armada se adelantó lentamente en forma de media luna, cogiendo siete millas de extension. «Magnífico é imponente espectáculo, dice un autor inglés; la magnitud de los navíos, la extraordinaria construccion de las galeazas, sus proas y elevados castilletes y su tardío y magestuoso movimiento llenaban á nuestros marineros de asombro y de pavor.» Sin embargo, si los buques ingleses eran inferiores en porte y número á los españoles, les excedian en ligereza y en celeridad, y por lo mismo lord Howard, aconsejado por Drake y persuadido de la imposibilidad de batirse con semejante enemigo, determinó limitarse á seguir y á hostigar á los rezagados de la armada española, que se dirigió hácia levante. Sin grandes averías ancló en el puerto de Calais (7 de agosto), desde donde el duque de Medina envió mensageros á Farnesio instándole para que cuanto antes se embarcara. Sin embargo, por culpa de los ministros inferiores distaba mucho de hallarse concluido el armamento de las naves de Nieuport y de Dunkerque, y segun nos dice Coloma, cuando fué menester embarcar en ellas la infantería española, ni aun la capitana, que habia de recibir la persona del general, estaba para poder navegar (2). Determinó con todo el duque embarcarse con sus tropas pospuesta toda consideracion y todo peligro, y distribuidas las órdenes por los sargentos mayores de los tercios, ejecutáronse luego aunque con harta risa de los soldados, pues, segun nos dice el mismo autor, tocó á muchos entrar en navíos donde no habia puesto la mano el calafate. En Dunkerque se hallaba, pues, Alejandro Farnesio próximo á darse á la vela dejando por gobernador de Flandes al conde de Mansfeldt, y dispuesto á abrirse paso á través de los Holandeses que, dueños del mar, acechaban sus movimientos todos, cuando recibió aviso del gran desastre experimentado por la armada.

El duque de Medinasidonia esperaba en Calais la respuesta del de Parma, y aprovechando los Ingleses una noche muy oscura lanzaron ocho brulotes contra las naves españolas. Al verlos llenáronse de pavor los ánimos de muchos que habian presenciado en el sitio de Amberes los destructores efectos de aquellas máquinas, y el duque, azorado tambien, mandó levar anclas y salir á alta mar á fin de combatir libremente con el enemigo. Así se hizo, pero desencadenándose en aquel momento un furioso sudoeste acompañado de lluvia y relámpagos, las galeras y los navíos chocaban unos contra otros, se iban á pique tragados por las olas, se estrellaban en la costa ó caian en poder del enemigo. Al amanecer del siguiente dia atacaron los Ingleses á las naves dispersas á lo largo de la playa desde Ostende hasta Calais; cuarenta galeras que reunieron el duque de Medinasidonia, Recalde, Moncada, Pimentel y Toledo sostuvieron bien el combate delante de Gravelinas, hasta que recrudecida la tempestad, muerto don Hugo de Moncada y los caballeros catalanes y valencianos que montaban su galera, perdidas

(1) Al anuncio de haber llegado la armada al canal, dispersóse el congreso de Bourbourg, que celebraba aun conferencias.

(2) Don Carlos Coloma, *Las guerras de los Estados Bajos desde el año* 1588 *hasta el de* 1599, l. I, f. 8.

unas naves y fugitivas otras, todo fué ya, dice Lafuente, lástima y estrago, y el duque de Medina, cansado de luchar con la tormenta, á fin de no perder lo que quedaba de la armada, mandó volver proas, primera vez, dice un autor, que los Españoles huyeron delante del enemigo (1). Tomando por el mar del Norte por no exponerse otra vez á los peligros del canal, dieron la vuelta á Escocia é Irlanda, perseguidos siempre por las naves inglesas, y las tempestades de aquellos mares concluyeron la empezada derrota. Alfonso de Leiva pereció en las costas de Irlanda con diez navíos; otros capitanes fueron hechos prisioneros, y solo cincuenta y tres buques volvieron á los puertos de Vizcaya; ochenta y uno con catorce mil hombres habian perecido en las olas ó á manos del enemigo, y dos mil hombres habian quedado prisioneros en poder de los Ingleses. Los dos vice-almirantes Recalde y Oquendo murieron de trabajos y de pesadumbre apenas llegados á las aguas de España, y el duque de Medinasidonia arribó al puerto de Santander con los infelices restos del formidable armamento (setiembre). La noticia del desastre causó en España gran duelo, y solo el monarca la recibió impasible prorumpiendo en aquellas sabidas palabras: «Yo envié mis naves á pelear contra los Ingleses y no contra las tempestades y las iras del mar.» Sin pérdida de momento libró cincuenta mil ducados para socorrer á los enfermos y heridos, y dando gracias á Dios por haberle conservado parte de la armada, prohibió por un edicto el luto que se hacia en España por tan gran calamidad. Por el contrario, en Inglaterra celebrábase el suceso con públicos regocijos, y la reina era llevada en un carro triunfal á la iglesia de San Pablo para celebrar el infortunio de los Españoles. Infortunio fué sin duda, pero en él, segun lo demuestran varias circunstancias de nuestro relato, hubo tambien buena parte de precipitacion y de imprevisiones

Inmensa fué la pérdida material experimentada por España, pero mas importante que ella fué el decaimiento de la marina española que desde entonces comenzó á revelarse. Los Ingleses por el contrario tomaron gran vuelo en su poder marítimo y al año siguiente se atrevieron á dirigir una expedicion contra el reino de Portugal. Conquistada la isla Tercera por el marqués de Santa Cruz en 1584, á pesar de los Ingleses y Franceses que la defendian por el pretendiente don Antonio, el estado portugués, regido por el archiduque y cardenal Alberto en calidad de virey, no habia vuelto á oir el estrépito de las armas, y aunque no con gusto de todos, conservábase tranquilo bajo la obediencia de Felipe II. Dos impostores que fingieron ser el rey don Sebastian no acertaron á turbar sino por escasos momentos el sosiego de aquel reino, cuando en 1589 partió de Plymouth 1589
para invadirlo una armada de doscientas velas con veinte mil soldados y marineros, al mando de Norris y de Drake. Iba en ella el prior de Crato, don Antonio, que al lado siempre de los enemigos de Felipe, habíase apresurado luego del desastre de la Invencible á solicitar el auxilio de Isabel para sentarse en el trono, ofreciéndole en cambio considerables sumas, plazas fuertes y privilegios mercantiles en Portugal y en Indias, esperando que á su vista se levantarian en masa las poblaciones portuguesas. En 4 de mayo presentáronse los enemigos delante de la Coruña, y rechazados vigorosamente por la guarnicion y los habitantes ca-

(1) M. Weis, *España desde el reinado de Felipe II hasta el advenimiento de los Borbones*, P. 1.ª, V.

A. de J. C. pitaneados por el gobernador don Juan de Padilla marqués de Cerralbo, se limitaron á incendiar los arrabales y volvieron á sus navíos con alguna pérdida. Prosiguieron en seguida su derrotero á Portugal, y apoderados de Peniche, villa pequeña y poco guarnecida, se encaminaron á Lisboa, esperando á cada momento la sublevacion de los habitantes. Nadie, empero, se levantó, y en tanto el conde de Fuentes, general en jefe del ejército, los tenia encerrados por todas partes con su caballería, impidiéndoles correr el país. Ocho dias transcurrieron así con escaramuzas de escasa importancia, en una de las cuales fueron incendiados los arrabales de Lisboa, hasta que Norris, que vió frustradas sus esperanzas y que los ataques se hacian mas vivos cada dia, emprendió la retirada hácia Cascaes, de cuyo castillo se habia apoderado Drake por traicion de su gobernador. En vano esperaron tambien allí un movimiento en su favor, y al fin se reembarcaron perdida casi la mitad de su gente, despues de arrasar la fortaleza, sembrando la devastacion y el incendio por el país del cual se decian libertadores (junio).

Detúvose el duque de Parma algunos dias en Dunkerque, nos dice Coloma, por ver si podia socorrer en algo á la armada española; pero en sabiendo que tiraba la vuelta del Norte, haciendo juicio que por aquel año estaba ya perdida la ocasion, determinó no perder él la que le ofrecia aquel florido ejército con que se hallaba, ni tres meses de tiempo que le quedaban para poder campear antes de lo recio del invierno y recompensar con algun buen suceso parte de aquella pérdida, haciendo rostro á la fortuna (1). Continuando, pues, la guerra en aquel empobrecido y trabajado país, Farnesio hizo de su ejército tres divisiones; dió la una al conde de Mansfeldt para que sitiara á Warthtendonck en Güeldres, otra al elector de Colonia para que recobrara á Bona en el Rhin, y con la tercera, compuesta de cuatro tercios de infantería española y lo restante de las tropas, marchó á Amberes, desde donde envió al marqués de Renti á ocupar una isla para dar principio al sitio que pensaba poner á Bergh-op-Zoom, en lo último del Brabante. En esta empresa fueron víctimas varios capitanes de la traicion de un inglés que habia prometido entregar al duque el principal fuerte de la plaza, y perdida por estas dilaciones la esperanza de expugnarla á causa de la entrada del invierno, resolvió el de Parma levantar el cerco (noviembre). De este revés le consolaron la toma de Bona y la rendicion de Warthtendonck (2), y tambien el triunfo obtenido en Gertruydenberg, la primera plaza de Holanda que volvia al dominio de los Españoles despues de doce años que habian sido expulsados de aquella provincia.

Alejandro Farnesio marchó á Bruselas y de allí á Spá (mayo de 1589), por ver si aquellas aguas darian algun alivio á sus antiguas dolencias. En aquel entonces amotinóse el tercio viejo de España, el mas aguerrido y honrado entre todos, é inexorable el de Parma en el mantenimiento de la disciplina, mandó ahorcar á los mas culpables y disolver el cuerpo. La guerra habia continuado entre tanto dirigida por el conde de Mansfeldt, aunque sin suceso notable, hasta que á
1590 principios del siguiente año (1590), Mauricio de Nassau causó grave daño á la causa del rey apoderándose por sorpresa de Breda, una de las plazas mas fuertes

(1) Las guerras de los Estados Bajos desde el año de 1588 hasta el de 1599, f. 9.

(2) En el sitio de esta plaza se emplearon por primera vez los proyectiles conocidos despues con el nombre de *bombas*, que acababa de inventar un artífice de Venloo.

del Brabante, cuyos descuidados guardadores no tuvieron que alabar la blandura del de Parma.

Así se hallaban las cosas en los Paises Bajos en próspero estado para la causa de España, cuando importantes sucesos acaecidos en Francia, al hacer que distrajese el rey para acudir á este punto las fuerzas que allí tenia ocupadas, dieron nuevos brios á la rebelion. De ella hemos de apartar los ojos por algunos momentos á fin de considerar en otra parte la política de Felipe II y los trabajos de nuestros soldados.

La liga católica dominaba todavía en Francia y Felipe II dominaba en la liga: por esto, á pesar de las tentativas malévolas de Catalina de Médicis y de Enrique III en Portugal y en Flandes, y del ataque frustrado de los hugonotes contra Fuenterrabía (1580), el rey de España se fingia aun aliado de aquel monarca, contento con reinar absolutamente sobre los católicos franceses, ya que Enrique III no reinaba del todo sobre católicos ni calvinistas. La muerte del duque de Alenzon en 1584 hizo más sensible aun la accion de España: tocaba por derecho la corona á Enrique de Borbon, príncipe de Bearne, titulado rey de Navarra como hijo de Juana de Albret, pero rechazado á causa de su heregía por la gran parte católica de la nacion, los Guisas y Felipe II celebraron un tratado cuyas principales condiciones eran: que el cardenal de Borbon, tio del rey y su pariente católico mas próximo, sucederia en el trono á Enrique III en el caso de morir este sin hijos, con exclusion de todo príncipe herege; que se mantendria en el reino la religion católica con prohibicion absoluta del ejercicio de cualquiera otra, y que el cardenal devolveria á Felipe cuantas plazas le habian quitado los hereges y le ayudaria á someter á los rebeldes de los Paises Bajos. Enrique III en tanto hacíase cada dia mas odioso á los católicos; acusado por estos y vencido por los protestantes, los reveses de sus armas eran considerados como otras tantas traiciones. Aliado á Enrique de Guisa contra Enrique de Navarra, sus soldados son vencidos en Coutrás (1586), y la irritacion de los católicos llega entonces á su colmo. La ciudad de París arde en conmocion, y mientras tan graves cosas sucedian, el rey, absorto por los cuidados de una devocion monástica y los excesos de un libertinage escandaloso, ofrece á los ciudadanos el espectáculo de su prodigalidad y de sus aficiones pueriles. Aborrecíale el pueblo tanto como amaba al otro *rey de París*, al gran amigo de Felipe II, al brillante Enrique de Guisa, á quien desde que venciera á los Alemanes aliados del Navarro, solo llamaba *el nuevo Gedeon, el nuevo Macabeo.* Mas de treinta mil ciudadanos se armaron en París en favor suyo, y entonces el rey le prohibió entrar en la capital. Despreciando esta órden, el duque llega á París á la cabeza de cuatrocientos nobles entre el alborozo indescriptible de la poblacion que prorumpia en gritos de *Hosannah*, y desde aquel momento los de Lorena creen asegurado el triunfo. Hablábase ya de encerrar al rey en un convento, y la duquesa de Montpensier, hermana del de Guisa, mostraba las tijeras de oro con que habia de cortar el pelo al *Valois;* el pueblo levantó barricadas, desarmó á los Suizos llamados por el rey á París, y sin duda que los hubiera muerto á todos á no ser por la mediacion del duque, pero en aquel crítico instante un momento de vacilacion hizo perder á este todo el fruto de la jornada. Mientras proyecta atacar el Louvre, Catalina de Médicis le entretiene con proposiciones y el rey toma fugitivo el ca-

mino de Chartres. Libre Enrique III, pero abandonado por todo el mundo, aprobó cuanto habia sucedido; entregó al duque muchas ciudades, le nombró generalísimo de los ejércitos del reino y convocó los Estados generales en Blois. A ellos asistió el duque, que era mas rey que el mismo monarca, y este, harto de humillaciones, tomó entonces una atrevida resolucion, la primera que adoptaba sin conocimiento de la reina madre: decidió la muerte del duque, y cuando este, despreciando los avisos que recibiera, se dirigia al consejo y atravesaba el salon donde se hallaban ordinariamente los cuarenta y cinco gentileshombres, fué asesinado por la espalda (23 de noviembre de 1588). El cardenal, hermano del duque, experimentó igual suerte, y el de Borbon, el príncipe Joinville, hijo del de Guisa, y otros magnates fueron encarcelados. A semejante atentado siguió general trastorno y perturbacion; al tener noticia de él las ciudades católicas subleváronse contra la autoridad real, suprimieron el nombre de rey en los edictos y decretos y ultrajaron sus estátuas. Sixto V lanzó contra el desatentado monarca los anatemas de la Iglesia, y los ciudadanos de París, cubiertos de luto, celebraron en todos los templos fúnebres funciones y atravesaron con alfileres imágenes del rey hechas de cera. La indignacion y el entusiasmo no conocian límites; Carlos de Mayenne, hermano menor de los Guisas, fué aclamado jefe de la liga y lugarteniente general del reino; los Estados nombraron cuarenta personas, la mayor parte adictas á España, para ejercer el gobierno, y Enrique III, que acababa de perder en su madre el único apoyo que le quedaba (6 de enero de 1589), arrojóse en brazos del rey de Navarra. A la cabeza de cuarenta mil hombres ponen ambos sitio á París, donde mandaba como dueño el embajador español don Bernardino de Mendoza; acampan en Saint-Cloud, y en aquel estado un fraile de pocos años llamado Jacobo Clemente, asesinó á Enrique III de una puñalada (2 de agosto de 1589).

Resultado de esta muerte fué la dispersion del ejército que sitiaba á París; el de Navarra, á quien aclamaron ya algunos con el nombre de Enrique IV, vióse abandonado por la mayor parte de los católicos, y estrechado muy de cerca por el duque de Mayenne, se retiró á Normandía para estar mas cercano á Inglaterra. La liga juró como rey al cardenal de Borbon con el nombre de Carlos X, y Felipe II se dió prisa á reconocerlo, á proclamarse de nuevo protector de los católicos de Francia, y á ofrecerles sus ejércitos y sus tesoros. Su secretario Diego Maldonado partió para Bretaña, y llevó al duque de Mercœcour veinte mil ducados, doscientos quintales de pólvora y la promesa de inmediatos socorros de tropas para que contrarestara al príncipe de Dombes, que le hacia la guerra con fuerzas superiores. En pos de él fué el maestre de campo don Juan de Aguilar y se incorporó á Mercœcour con tres mil Españoles. El duque de Saboya, que invadiera el marquesado de Saluces amenazando desde allí la Provenza, recibió auxilios del duque de Terranova, gobernador de Milan, y se hizo dueño de Niza, de los pasos de los Alpes y de varias plazas provenzales, declarando que las conservaria hasta la eleccion de un rey católico. En tanto Enrique de Borbon, que con solos tres mil hombres habia quedado vencedor en Arques de las fuerzas del de Mayenne (setiembre de 1589), habíase adelantado otra vez hácia la capital, y en este estado recibió Alejandro Farnesio la órden de dirigir socorros al ejército del duque. Consistieron estos en mil ochocientos caballos muy bien equi-

pados á las órdenes del conde de Egmont, que no fueron bastantes, sin embargo, á impedir la derrota de Ivry, á pesar de haber puesto ellos en fuga la vanguardia de Enrique IV. El conde de Egmont y varios españoles quedaron muertos en el campo (marzo de 1590).

El vencedor de Ivry marchó sin pérdida de momento á sitiar la capital, reduciéndola á los últimos apuros del hambre, en términos que se hizo pan de huesos humanos y hubo madre que se comió á su hijo, muriendo en tres meses treinta mil personas. Felipe II no quiso dejar á los sitiados en tan apurado trance, y envió órden al príncipe de Parma para que marchase cuanto antes á Francia con numerosas fuerzas y socorriera á los Parisienses. Al propio tiempo remitió á Flandes cuantiosas sumas para pagar á los soldados, hizo alianza con los cantones suizos que se mantenian en la religion católica, apartándolos así del servicio de Enrique IV, y mientras se esperaba en París el anhelado auxilio, solo las promesas y los dones del embajador Mendoza sostenian el ánimo de aquellos moradores. Todos los dias repartia á los pobres ciento veinte escudos de pan, y llegó á vender hasta sus caballos y su vajilla de plata; en todas las calles estableció cocinas para el pueblo, llamadas las calderas de España, y así mantenia á mil doscientas personas, sin dejar por esto de pagar puntualmente las pensiones señaladas por Felipe II á la viuda del duque de Guisa, á las duquesas de Mayenne, de Montpensier y de Nemours, al duque de Mayenne y á otros nobles y eclesiásticos.

Mientras de este modo se sufrian en la capital de Francia todos los horrores del hambre sin que ni estos ni la muerte del anciano cardenal de Borbon lograran abatir el esfuerzo de los católicos Parisienses, Alejandro Farnesio con su ejército salia de Flandes y se dirigia en su auxilio. Y no lo habia hecho el Parmesano sin reiteradas representaciones al rey acerca del peligro que por su ausencia correria lo de Flandes, que en tan próspero estado se hallaba; Felipe II, mirando las cosas desde mas alto, creia que de Francia dependia todo, y que á triunfar en ella la heregía habia de ser inútil la victoria en los Paises Bajos; quiso, pues, aterrarla en aquel reino, y desoyendo las observaciones de Alejandro, mandóle pasar la frontera. Hízolo este dejando por gobernador de Flandes al conde de Mansfeldt con muy escasas fuerzas, mas para rechazar la guerra que para emprenderla, y al pisar el suelo francés juró solemnemente sobre un altar que el rey de España no llevaba en aquel auxilio otra intencion ni se proponia otra cosa que amparar á los católicos franceses y desterrar de aquel reino la heregía. Reunido en Condé con el duque de Mayenne, marchó Farnesio hácia la capital, y con la fama de su llegada levantó el enemigo inmediatamente el campo (30 de agosto de 1590) con gran dolor del de Bearne, que se veia forzado á abandonar la capital despues de haberla reducido á tal extremo de hambre que apenas habria podido sostenerse cuatro dias. Los principales capitanes del ejército de Enrique IV se proponian con aquella operacion ofrecer batalla al Parmesano y volver luego al sitio de la ciudad, pero su proyecto quedó frustrado por la habilidad de Farnesio, quien engañando al Bearnés por medio de hábiles maniobras, tomó á Ligny y á Corbeil á la vista del enemigo, y entró luego triunfante en París, entre los inexplicables transportes de entusiasmo á que se entregaban aquellos heróicos y extenuados habitantes.

Enrique IV no se retiró de la comarca sin hacer una nocturna tentativa contra los muros de París, que ningun efecto produjo por la vigilancia de los centinelas. El Parmesano, despues de reducir los pueblos circunvecinos á fin de que así por tierra como por el rio estuviese libre el comercio de la ciudad, descansó algunos dias en París y desde allí, volviendo á su campo de Corbeil, tomó otra vez el camino de los Paises Bajos y llegó á Bruselas victorioso, pero bastante enfermo (4 de diciembre). Antes, empero, habia dejado á Mayenne cuatro mil infantes y quinientos caballos españoles, italianos y walones, y parecidos auxilios pidieron y alcanzaron los demás jefes de la liga. A solicitud del duque de Joyeuse desembarcaron en Narbona y ocuparon á Montpeller y Tolosa cinco mil Alemanes, á los que se unieron despues seiscientos ginetes españoles. Juan de Aguilar, que guerreaba en Bretaña, vió aumentadas sus fuerzas hasta cinco mil hombres, y apoderóse de Blavet, hoy Puerto Luis, que era despues de Brest el mejor puerto de la provincia. Desde allí podia aquel caudillo mantener relaciones con España y amenazar á Inglaterra, así es que conociendo la importancia de la posesion, levantó un fuerte á la entrada de la ciudad y confió su custodia á mil Españoles mandados por Tomás de Práxedes. El duque de Saboya continuaba sus operaciones en Provenza, y en vano los reformados de Ginebra trataron de distraer su atencion atacando algunos pueblos de su ducado; el capitan Antonio de Olivera con tres mil quinientos Napolitanos y quinientos Españoles desbarató su allegadiza hueste y penetró luego en el Delfinado, donde se juntó con el duque de Nemours. De esta manera, dice Miñana, además de la heregía era combatida la Francia por diversas partes, y se hubiera despedazado entre muchos á no mirar Dios por ella.

Pocas fueron, como hemos dicho, las cortes celebradas durante este tiempo en los reinos aragoneses, que no podia ser simpático al gobierno de Felipe II ni á las miras de unidad que le animaban el régimen que aquí continuaba subsistiendo. Desde 1564 no se habian reunido nuevas cortes de aragoneses, catalanes y valencianos, cuando en 1584 convocó Felipe cortes generales de los tres reinos en Monzon para el siguiente año. Antes de marchar á Zaragoza quiso el rey que jurasen los Castellanos á su hijo don Felipe, y cumplido esto en la iglesia de San Gerónimo de Madrid en un domingo del mes de noviembre, púsose en camino á principios de 1585 acompañado de muchos ministros de los consejos, del cardenal Granvelle y de los contínuos de su corte. En aquel entonces se verificaron las bodas de la infanta doña Catalina con el duque de Saboya, Carlos Filiberto, hijo de Manuel, muerto pocos años antes. Felipe acompañó á los novios hasta Barcelona, y dícenos Miñana que hizo su entrada de noche en la capital de Cataluña á fin de que no pareciese que sujetaba su dignidad á las costumbres de una nacion, que de ellas es en extremo celosa (1). Desde Barcelona marchó el rey á las cortes de Monzon con su hija doña Isabel y el príncipe don Felipe, quien fué jurado en ellas como heredero de estas coronas. Los catalanes y valencianos fueron despedidos inmediatamente despues que se decidieron sus peticiones, pero hubo grandes contiendas con los Aragoneses que reclamaban la estricta observancia de sus fueros.

---

(1) Miñana, *Cont. de la Hist. de Esp.*, l. IX, c. II.

En el siguiente año (1586) reuniéronse de nuevo en Madrid las cortes de Castilla, y en ellas hiciéronse como siempre peticiones al rey para la rebaja de los tributos, para que no se impusieran otros nuevos sin ser votados por los procuradores, para que fuesen contestadas con mas premura las representaciones de los mismos, para que se prohibiera el uso de ciertas telas y de ciertos adornos en los trages de los hombres y de las mugeres, para que se coartara el uso de andar tapadas las mugeres, «de lo que habian resultado, dicen los procuradores, grandes ofensas de Dios y notable daño de la república, á causa de que en aquella forma no conoce el padre á la hija, ni el marido á la muger, ni el hermano á la hermana, dando ocasion á que los hombres se atrevan á la hija ó muger del mas principal como á la del mas vil y bajo.» El resto de las peticiones versó sobre abusos de los funcionarios públicos y modo de remediarlos.

Otra vez se reunieron las cortes castellanas en 1588; los procuradores, temerosos de que el afan y prurito del rey de ver por sí mismo todos los papeles y consultas perjudicara al breve y buen despacho de los negocios, pidieron á Felipe, al propio tiempo que alababan su celo, que se exonerase de algunos y los mandase remitir á los consejos y tribunales competentes, con lo cual quedaria mas libre para tratar de los altos negocios del estado. Felipe agradeció su buena voluntad, y contestó que mandaria mirar y proveer en ello lo que mas conviniera al buen servicio del reino. Pidieron además las cortes que se abreviara el tiempo en que se las mantenia reunidas, que se procurase el pronto despacho de los negocios como lo permitian los muchos consejos instituidos, que cesara de una vez el abuso de imponer pechos sin consentimiento de las cortes, que se desestancara la pólvora, atendida la ruin calidad de la que se expendia despues de su estancamiento; que el subsidio eclesiástico, que ascendia anualmente á cuatrocientos veinte mil ducados, se invirtiera en el pago y armamento de sesenta galeras á que estaba destinado, puesto que por haberse distraido á otras atenciones habíanse atrevido los enemigos durante los años pasados á acometer las costas españolas. Solicitaron por fin los procuradores, reproduciendo una peticion de las cortes de Valladolid de 1548, que se prohibiera la entrada en aquellos reinos de bujerías, vidrios, muñecas, cadenas, brincos, engarces, filigranas, piedras falsas y otras cosas inútiles que de Francia y otros puntos se traian, «como si fuésemos Indios, dicen los procuradores, sin que al cabo todo ello sea ni valga nada, sirviendo únicamente para sacar el oro y la plata que con tanto trabajo se adquiere y va á buscarse á las Indias y partes remotas del mundo.» A ello proveyó el rey como deseaban los diputados, y se prohibió la venta á los buhoneros franceses y de otras naciones que en tiendas ó por las calles expendian aquellas baratijas.

CAPÍTULO IX.

Proceso del secretario Antonio Perez.—Su fuga al reino de Aragon.—Los Zaragozanos se sublevan en defensa de sus fueros.—Muerte del marqués de Almenara.—Antonio Perez huye de Zaragoza.—Las tropas reales en las fronteras de Aragon.—Aprestos de guerra en aquel reino—Entra en Zaragoza el ejército castellano.—Prision y suplicio del Justicia mayor La Nuza.—Otras sentencias.—Antonio Perez es quemado en efigie—Cortes de Tarazona:—Son alterados los fueros de Aragon.—Sucesos de los Paises Bajos y de Francia.—Aspirantes á la corona de Francia.—Muerte de Sixto V.—Muerte de Alejandro Farnesio.—Los Estados generales se reunen en París.—Enrique de Bearne abraza la religion católica.—Cortes de Madrid.—El archiduque Ernesto gobernador de Flandes.—Enrique IV entra en París.—Salen de aquella ciudad las tropas españolas.—Guerra entre España y Francia.—Sucesos principales.—Negociaciones entre Francia é Inglaterra.—El archiduque Alberto gobernador de los Paises Bajos.—Guerra en las provincias y en Francia.—Toma de Calais y de otras plazas.—Los Ingleses sorprenden la plaza de Cadiz.—Los piratas ingleses en América.—Nueva y desgraciada expedicion contra Inglaterra.—Toma de Amiens.—Negociaciones para celebrar la paz con Francia.—Tratado de Vervins.—El Pastelero de Madrigal.—Muerte del prior de Crato.—Felipe II abdica la soberanía de los Paises Bajos en su hija Isabel Clara y en el archiduque Alberto.—Horrible enfermedad del rey.—Su admirable fortaleza de ánimo.—Su muerte.

Desde el año 1590 hasta el 1598.

Cuéntase que la reina Isabel de Castilla habia dicho en cierta ocasion: «Lo que yo quiero es que los Aragoneses se rebelen para tener motivos para destruir sus fueros,» y este deseo de la primera esposa del último rey de Aragon quedó en parte cumplido en tiempo de su biznieto el segundo rey de España. Para explicar estos sucesos, de los cuales fué la causa ocasional primera, ya que no única, el asesinato de Escovedo, secretario de don Juan de Austria, que antes hemos referido, importa que lo tomemos desde el principio del proceso que por este y otros misteriosos motivos se instruyó contra el secretario Antonio Perez, perteneciente, lo mismo que el difunto Escovedo, al partido del príncipe de Eboli, partido que dominó hasta 1579 en los consejos del rey de España, en los que no excluyó, pero anuló, sí, completamente á la fraccion contraria.

Antonio Perez, hijo natural de Gonzalo, que habia sido durante mucho tiempo secretario de estado de Carlos I y de Felipe II, fué legitimado por cédula del emperador en 1542 y llamado desde muy jóven á tomar parte en los negocios públicos. Las teorías de la política italiana, generalmente adoptadas en aquella época, le habian comunicado cierta perversidad de espíritu en armonía con sus naturales dotes de inmoralidad, ambicion y orgullo. Dotado de una inteligencia perspicaz y de un carácter insinuante, fecundo en expedientes ingeniosos, elegante y enérgico en sus escritos y expedito en el despacho de los negocios, habíase granjeado la estimacion de Felipe II, que poco á poco habia ido depositando

en él toda su confianza. Zayas era uno de los dos secretarios de estado y él el otro, y tenia principalmente á su cargo el *despacho universal*, es decir la refrendacion y expedicion de la correspondencia diplomática y de las órdenes del rey. Este le comunicaba sus mas particulares designios, le iniciaba en sus secretos pensamientos, y él era quien al descifrar los despachos separaba los que habian de ser comunicados á los consejos de los que reservaba el rey para sí solo. Tan alto favor le habia desvanecido; con los magnates todos, hasta con el mismo duque de Alba, manifestaba gran vanidad y arrogancia, y esto, junto á su excesivo lujo, á su desenfrenada pasion por los placeres y á sus desmedidos gastos que le precisaban á especular con todos, creóle no pocos enemigos que suspiraban por su ruina.

En cuanto hace á nuestro objeto y permite la índole de esta obra, hemos hablado en las páginas anteriores de los quiméricos sueños de don Juan de Austria y de la muerte dada en Madrid á su secretario Escovedo á instigacion y por odio de Antonio Perez. Causas políticas se alegaron para ello, pero la que hasta ahora se tiene por principal, segun antes hemos insinuado, es haber querido defender Escovedo el honor del príncipe Ruy Gomez, de quien habia sido criado, de lo que nació el temor de que llegaran hasta el rey, amante tambien de la princesa, las revelaciones de Escovedo. Decretada ó cuando menos consentida por Felipe la muerte del secretario de don Juan, Perez compró por dinero á unos sus paisanos de Aragon, y Escovedo fué asesinado, sin que se prendiera á ninguno de los delincuentes. Todos libraron bien y recibieron su remuneracion, y á tres de ellos les fueron dados despachos de alferez con los cuales se marcharon á servir el uno á Milan, el otro á Nápoles y el tercero á Sicilia.

La familia de Escovedo no se equivocó en sus sospechas acerca del verdadero culpable, y á pesar de las precauciones de que Perez se rodeara, la viuda é hijos del difunto le acusaron y pidieron justicia al rey. Felipe II concedió audiencia á Pedro Escovedo, escuchó con aparente interés sus quejas contra los asesinos de su padre, recibió de su mano los memoriales en que los denunciaba, y prometió entregarlos á los tribunales si habia lugar á ello. Temia Felipe el ruido y escándalo de un proceso en que podia figurar su nombre, aun cuando quizás no le disgustase que el nublado descargara por aquella parte, y es seguro que se encontró entonces en muy engorrosa posicion colocado entre las reclamaciones de Escovedo y el peligro de Perez, entre sus deberes como rey y sus intereses como cómplice, tanto mas cuanto que la familia de Escovedo halló protectores muy poderosos entre los personages de la corte, siendo el principal entre ellos Mateo Vazquez, otro de los secretarios de Felipe, oculto enemigo y émulo de Perez.

Desde aquel momento siguió el rey una marcha singular y asaz misteriosa. Escuchó con agrado á Vazquez y fingió ponerse de acuerdo con Perez; informó á este sin perder instante de la acusacion dirigida contra él y de los poderosos enemigos que conspiraban en su daño, y al propio tiempo nada hizo para sacarle del peligro. Perez, que conocia al monarca y era experimentado en los azares de la corte, insistia en retirarse de ella y del servicio del rey, pero este no lo consintió, y pasóse algun tiempo en diligencias para reconciliar con Vazquez al secretario y á la princesa de Eboli, mediando en los tratos el obispo de Córdoba y

presidente del consejo de Castilla don Antonio Pazos y el confesor del rey fray Diego de Chaves. No fué posible conseguirlo; al contrario, la enemistad de los dos secretarios crecia á cada momento, y averiguadas por el rey en este intérvalo, á lo que se supone, las relaciones que mediaban entre Perez y la de Eboli lo mismo que las verdaderas causas de la muerte de Escovedo, resolvió librarse de Perez y castigar en él á un rival dichoso y á un delincuente de estado.

Para reemplazarle llamó al anciano cardenal Granvelle, que residia en Roma, y el mismo dia de la llegada de este (28 de julio de 1579) procedióse á la prision de Perez y de la princesa, tomando por pretexto su obstinada negativa á toda reconciliacion. Felipe II asistió al arresto de la de Eboli, que se verificó á las once de la noche, desde el pórtico de la iglesia de Santa María, frente la casa en que vivia aquella. Retiróse despues á palacio y estuvo paseándose por su aposento hasta las cinco de la mañana con agitacion extremada. Con la caida de Antonio Perez concluyó la dominacion del partido político fundado por el príncipe de Eboli, partido que, despues de haber dirigido por espacio de mas de veinte años los asuntos de la monarquía española, habia perdido uno tras otro á Ruy Gomez, su entendido jefe, á don Juan de Austria, su jóven y glorioso capitan, y por último, al marqués de los Velez, que le habia conservado un resto de consistencia y autoridad. Al frente del nuevo gobierno fueron colocados el cardenal Granvelle, Juan Idiaquez y Cristóbal de Mora.

Cuatro meses permaneció Perez bajo la custodia del alcalde de corte Alvaro García de Toledo (1), hasta que alterada su salud se le permitió trasladarse á su propia casa. Mas aliviado con esto, consintió en prestar pleito homenage de amistad á Mateo Vazquez, pero ni aun así se levantó por completo el arresto, si bien salia á misa y á paseo, despachaba como antes los negocios públicos, estando en seguida correspondencia con el rey, quien se hallaba entonces en Portugal, y continuaba en su vida de ostentacion y lujo. De ahí tomaron pié sus enemigos para decidir á Felipe II á que ordenase una informacion judicial acerca de su integridad como ministro, y en mayo de 1582 comenzaron á oirse *con palabra de sigilo* las declaraciones, que duraron hasta mediados de agosto. El resultado fué muy desfavorable á Perez, y su corrupcion quedó patentizada por los dichos de varios personages de Italia y de la corte. Por aquel tiempo murieron, á lo que se cree, por diligencia del secretario, dos hombres en quienes este depositaba todos sus secretos, el uno el astrólogo Pedro de la Hera y el otro su escudero Rodrigo Morgado. Los asesinos de Escovedo iban tambien desapareciendo uno á uno, y temeroso otro de ellos, llamado Antonio Enriquez de experimentar igual suerte, escribió desde Lérida á Felipe II ofreciéndole probar ante la justicia que Antonio Perez habia ordenado el asesinato de Escovedo (agosto de 1584).

No permitió Felipe II que se formase causa todavía sobre la muerte de Escovedo, pero desplegando nuevo rigor contra su antiguo secretario, en vista de lo que arrojaban las averiguaciones por delito de corrupcion, hizo que fuese condenado por el visitador don Tomás Salazar á dos años de encierro en una fortaleza, á suspension de oficio por diez años, á destierro de la corte por igual tiem-

(1) Estos magistrados eran en número de cuatro y tenian jurisdiccion civil en cinco leguas á la redonda del palacio del rey y jurisdiccion criminal en toda Castilla.

po y á una multa de treinta mil ducados. Perez logró burlar á uno de los alcaldes encargados de su prision, y saltando por una ventana, se refugió en la iglesia de San Justo, de donde por fin fué extraido para ser llevado á cumplir su condena á la fortaleza de Turégano, dando esto lugar á que se promoviera una prolongada competencia entre las autoridades eclesiásticas y civiles, que terminó alzando mano de la causa las primeras y absolviendo de las censuras á los alcaldes reales.

Trató entonces el secretario Perez de fugarse á Aragon, para lo cual su paisano y pariente Gil de Mesa, complicado en el asesinato de Escovedo, llevó hasta Turégano dos yeguas herradas al revés. Descubierto, empero, su proyecto de evasion, fué en adelante mas estrechamente guardado, y procuróse arrancar de su esposa Juana Coello, presa tambien junto con sus hijos, las cartas y papeles del secretario que podian comprometer al rey. Perez, que creyó, accediendo á ello, desarmar á sus perseguidores, mandó á su esposa en un billete escrito con su sangre que entregara los papeles que le pedian, si bien conservó en su poder algunos muy importantes (1587). Desde aquel momento dulcificóse su cautiverio, y habiendo enfermado fué trasladado de nuevo á Madrid, donde otra vez gozó durante catorce meses de una semi-libertad en una de las mejores casas de la corte, recibiendo en ella las visitas de los personages mas distinguidos. Como dijo bien el mismo juez de la causa, nadie entendia ni alcanzaba los misterios de las prendas que debia de haber entre rey y vasallo.

Sin embargo, seguíase misteriosamente la causa sobre el asesinato de Escovedo. En 1585, cuando el rey fué á Aragon á presidir cortes, tomáronse muchas declaraciones, sin que, á lo que parece, lograra establecerse de un modo evidente la culpabilidad del secretario. Este en sus cartas al rey continuaba insistiendo en sus demandas de favor, pero lejos de producir efecto, eran aquellas unidas al proceso y se desplegaba mayor severidad en la custodia del preso. El confesor del rey intervino otra vez en el asunto por encargo de S. M., tratando de persuadir al procesado de que confesara los cargos que se le dirigian, seguro de que don Felipe habia de cortar luego el procedimiento y que él habia de quedarse sin culpa por no haber hecho mas que obedecer á su señor; pero este consejo, que sin duda se daba á Perez creyéndole privado de todos los medios de justificar la obediencia segun la cual habia obrado, no fué seguido por el secretario. Tomando este mejor camino, entró en negociaciones de reconciliacion con el hijo de Escovedo, y estas dieron por resultado en setiembre de 1589 el desistimiento de la parte actora en explícita y formal escritura, mediante una buena suma de dinero.

Parecia quedar así todo terminado, cuando el rey cedió ó fingió ceder á las instancias de Rodrigo Vazquez de Arce, presidente del consejo de Castilla, quien le dijo que figurando tantas veces su nombre en la causa y diciéndose de público que á él se debia la muerte de Escovedo, convenia al decoro de la corona obligar á Antonio Perez á que declarase y probase la justicia de las causas que habian motivado aquel sangriento suceso. Este nuevo giro dado á la causa sorprendió á todo el mundo, y con fundamento se creyó que impulsaban á Felipe en este negocio la ceguedad de la pasion y el deseo de venganza. Redobláronse entonces las precauciones al rededor del preso, y como este se atuviera estrictamente á lo antes declarado, fué sometido

á cuestion de tormento (febrero de 1590), en la que, despues de muchos dolores y de no poca resistencia, confesó por último ser autor de la muerte de Escovedo, alegando haberlo hecho en cumplimiento de las órdenes de su soberano. Bien conocia Perez y la corte toda que de nada habian de servirle sus excusas ante el odio de sus implacables enemigos, así es que mientras se sentia por el secretario universal compasion, concertaba él los medios de fugarse. A favor de la enfermedad que fingió tener ó realmente tuvo despues del tormento pudieron entrar á asistirle su esposa y algunos de sus criados, y entonces, aparentando mas que nunca hallarse postrado por el mal, salió de su cárcel durante la noche, llevando puesto el vestido y el manto de su muger (abril de 1590). En la parte de afuera le esperaba un amigo suyo, y mas lejos estaba con caballos el alferez Gil de Mesa; sin ser descubiertos pasaron por entre los guardas, y montando á caballo, seguidos de un genovés llamado Juan Francisco Mayorini, corrieron sin detenerse treinta leguas dirigiéndose al reino aragonés, de que Perez era oriundo, seguro de hallar amparo en la libre constitucion de aquel pueblo.

La fuga de Perez parece haber causado en la corte satisfaccion general, mas no logró esta desarmar la cólera del rey. Al dia siguiente dióse nueva órden de prision contra la esposa y los hijos del secretario, y se expidió órden para que, muerto ó vivo, fuese este cogido y llevado á Madrid. No le alcanzó, empero, á tiempo de ser cumplida, y cuando se presentó el delegado del rey en el convento de dominicos de Calatayud, donde habia tomado asilo el secretario, invocando desde allí el privilegio de la *Manifestacion* (1), don Juan de Luna, baron de Purroy, con cincuenta arcabuceros, impidióle llevar adelante su cometido. Perez y Mayorini fueron llevados á Zaragoza y puestos en la cárcel de los *manifestados*, y Felipe II, á quien no habia ablandado la humilde carta que desde Calatayud le escribiera su antiguo favorito, presentó contra él formal querella ante el tribunal del Justicia, acusándole 1.º de haber hecho matar á Escovedo sirviéndose falsamente de su nombre; 2.º de haber hecho traicion á su rey divulgando los secretos de estado y alterando los despachos, y 3.º de haberse evadido.

Juan de La Nuza ejercia entonces en Aragon la elevada magistratura á cuyo amparo se habia acogido Antonio Perez. El marqués de Almenara don Iñigo de Mendoza y la Cerda, que se encontraba entonces en Zaragoza con la mision de alcanzar que fuesen admitidos por los Aragoneses vireyes extranjeros (pues el rey, no contento con haber establecido en Madrid el consejo supremo de Aragon, abrigaba entonces el intento de dirigir aquel nuevo ataque á la constitucion del reino), recibió las deposiciones y documentos que acriminaban á Perez y con ellos la órden de perseguirle de concierto con el fiscal ante la justicia aragonesa, y en su consecuencia comenzó la causa. No habia dejado el fugitivo de invocar incesantemente la misericordia real, primero en términos muy blandos y luego dejando traslucir cierto tono de amenaza, anunciando conservar aun en su poder papeles bastantes á justificarse. Sin embargo, todas sus cartas quedaban sin respuesta, y en tanto el marqués de Almenara ponia en juego todos los recursos imaginables para que le fuese entregada la persona del preso á fin de volverle á Castilla. Todos sus esfuerzos no lograron vencer la lealtad aragonesa, y Perez,

(1) Véase la Parte 3.ª de la presente obra, c. LIX.

que deseaba mostrar á sus enemigos que se hallaba todavía en disposicion de ofenderlos, envió á la corte á un religioso á quien enseñó antes bajo sigilo las cartas de Felipe que guardaba, á fin de que dijera al rey lo que habia visto. Felipe II le concedió dos ó tres audiencias y se mostró con él muy complacido, mas por una contradiccion singular con lo que luego habia de suceder hizo publicar contra el secretario pocos dias despues sentencia de muerte en horca por el tribunal que entendia de la causa, sin otro fundamento que la cláusula general de la culpa que de toda ella resultaba contra el procesado.

La causa seguia tambien su curso en Zaragoza, y Antonio Perez dirigió por aquel entonces á sus jueces de Aragon su famoso *Memorial*, en el que refirió todo lo acontecido, apoyando su defensa en cartas originales del rey y del confesor. Alarmado Felipe II por el giro que tomaba el asunto, solicitó de micer Bautista de La Nuza, juez relator que era de la causa como uno de los lugartenientes del Justicia, un extracto del proceso y su parecer sobre el mismo. El relator se lo remitió y díjole que en su opinion seria Perez absuelto de cuantos cargos se le hacian. Esto dió por resultado el repentino desistimiento del rey de la acusacion entablada (18 de agosto), pues si bien, dice el monarca, «los delictos de Antonio Perez son tan graves quanto nunca vasallo los hizo contra su rey y señor, así en las circunstancias dellos como en la conjetura, tiempo y forma de cometellos,... se defiende de manera que para responderle seria necesario de tratar de negocios mas graves de lo que se sufre en procesos públicos, de secretos que no convienen que anden en ellos, y de personas cuya reparacion y decoro se debe estimar en mas que la condenacion de dicho Antonio Perez.»

Este desistimiento no libró al secretario de nuevas persecuciones. Cinco dias despues presentóse nueva acusacion contra él por delito de envenenamiento en las personas del astrólogo Pedro de la Hera y Rodrigo Morgado, y como no se lograse probar cumplidamente el delito, se recurrió al juicio que se llamaba en Aragon de *enquesta*, equivalente al de *visita* ó *residencia* en Castilla. Antonio Perez alegó que nunca habia sido oficial del rey en Aragon, pues su empleo era limitado á los negocios y al reino de Castilla, que por los hechos de que se le acusaba habia sido ya condenado en 1585, y que además tambien en las cartas originales del rey tenia medios para justificarse, de modo que la nueva acusacion parecia haber de frustrarse como las anteriores, pudiendo Antonio Perez creerse cercano al término de sus infortunios.

Perez, por naturaleza asaz indiscreto, habia soltado durante el curso de sus procesos en presencia de personas que creia amigas, palabras inconsideradas que probaban su desesperacion, si no su impiedad, y atribuíasele además el propósito de librarse de la persecucion obstinada que sufria por medio de una nueva fuga á Holanda ó al Bearne, paises donde dominaba la heregía. De todo ello sacó partido el marqués de Almenara para proponer á Felipe que entablara una nueva causa al secretario ante el tribunal del Santo Oficio, y aceptada por el rey la idea, cuyo primer efecto habia de ser sacar á Perez de la cárcel de los manifestados, empezaron á recibirse testigos y dióse principio al sumario. Terminado este fué remitido por el tribunal de Zaragoza al supremo de Madrid, quien á su vez lo pasó al confesor de Felipe II fray Diego de Chaves, para que diera su informe. Harto graves eran los dichos y propósitos atribuidos por los testigos á

A. de J. C. Perez y á Mayorini; con todo, el confesor, quizás mas condescendiente de lo que convenia con la voluntad del monarca, dió su dictámen calificando varias de las proposiciones que le fueran sometidas de escandalosas, blasfemas y sospechosas de heregía. Decidió, pues, el Consejo de la Suprema la formacion de causa contra Perez y Mayorini, y en virtud de esta disposicion los inquisidores de Zaragoza expidieron el correspondiente mandamiento á los lugartenientes de la corte del Justicia para que entregasen á sus alguaciles las personas de los procesados presos en la cárcel de los manifestados, revocando y anulando el privilegio de la Manifestacion en la parte que impedia el libre ejercicio de las atribuciones inquisitoriales.

Don Juan de La Nuza y sus cinco lugartenientes, que habian tenido el dia anterior prolongadas conferencias con el marqués de Almenara, consintieron en lo que de ellos se pedia, y enviaron sus escribanos y maceros á la cárcel de los manifestados para que sacasen de ella á Perez y á Mayorini y los entregasen al alguacil del Santo Oficio. Todo se ejecutó en un principio como se habia prevenido, y ambos reos fueron extraidos de la cárcel y trasladados en coche á la Aljafería, que era prision del Santo Oficio. Gran diligencia y misterio habia presidido á esta operacion, mas no fueron bastantes á impedir que la noticia de la extradicion, considerada contraria á los fueros del reino, se divulgara por la ciudad, conmoviendo á sus habitantes y dejándolos absortos y confusos. Los amigos y partidarios de Perez, á quienes este previniera ya de lo que se trataba, se lanzaron á la calle á los gritos de *¡Contrafuero! ¡Viva la libertad!* y á sus voces y al toque de rebato de la campana de la Seo, estalló en Zaragoza una vasta in-
1591 surreccion (24 de mayo de 1591). En pocos momentos reunióse gran multitud de gente armada, y como siempre acontecia en los levantamientos de estos reinos por motivos políticos, acaudillábanla personages de la primera nobleza. Parte de la muchedumbre se dirigió hácia el palacio de la Inquisicion, y la restante marchó á la morada del marqués de Almenara, á quien se atribuia la prision de Perez y que habia concitado contra sí el odio de todas las clases por su mision contraria á los fueros. El Justicia, acompañado de sus asesores y precedido por sus maceros, se trasladó apresuradamente á casa del marqués á través de las oleadas de los alzados que la sitiaban; su presencia no bastó á calmar el tumulto, é intimidado por el motin que á cada momento crecia, cedió á las exigencias del pueblo y propuso al marqués que se dejara conducir á la cárcel á fin de sofocar así el temible movimiento. En tanto el pueblo habia echado abajo las puertas y se precipitaba por las escaleras, pero el tumulto pareció calmarse cuando aparecieron el Justicia y su séquito rodeando al marqués, á quien llevaban preso. En un principio atravesaron tranquilamente la apiñada multitud, mas en breve empezáronse á oir voces de «traidor y de perturbador del reino.» Así llegaron hasta delante de la Seo, en que, perdiendo algunos todo respeto y comedimiento, se precipitaron contra el marqués, le derribaron y le dieron algunas cuchilladas, debiendo únicamente su salvacion al auxilio de varios caballeros. Lleváronle despues á la cárcel, y á los catorce dias murió de sus heridas ó del enojo que sintiera al verse de aquel modo maltratado.

Mientras esto sucedia otros sublevados se habian dirigido á la Aljafería y exigian de los inquisidores la entrega de los presos; ya llevaban cerca de la fortaleza muchas carretadas de leña para entregarla á las llamas, cuando el virey, el

arzobispo y muchos caballeros interpusieron su mediacion para que Perez y Mayorini fuesen devueltos, como pedia el pueblo, á la cárcel de los manifestados. Así se verificó aquella misma tarde, sin renunciar por esto los inquisidores á la formacion de la causa, y aquel dia empezado entre los gritos de guerra y de furor, terminó con las aclamaciones con que recibia el pueblo el coche en que iba Antonio Perez. «Señor, le gritaban, cuando estuvierais en la cárcel, tres veces al dia os poned en la ventana para que os veamos y sepamos que no se os hace agravio alguno ni se quiebran nuestras libertades.»

El levantamiento de Zaragoza, muy natural y de escasa trascendencia en los buenos tiempos del reino aragonés, teníale muy grande en los últimos años del siglo XVI y habia de causar profunda sensacion á un rey acostumbrado en Castilla al ciego cumplimiento de sus voluntades. Sin embargo, no entraban en los planes de Felipe, á no ser en el último extremo, las duras medidas de represion, así es que escribió á las ciudades de Aragon diciéndoles no haber sido nunca su ánimo violar sus fueros, sino entregar al tribunal correspondiente los procesados por delitos contra la fé, y manifestóse, en una palabra, dispuesto á la clemencia si los Aragoneses por su parte no querian tampoco llevar las cosas al último trance. Idéntico era tambien el sentimiento general de Aragon desconfiando el reino de su propia fuerza, acostumbrado como estaba hacia tantos años á gozar de sus derechos bajo una dinastía en cierto modo extrangera sin haber tenido que defenderlos; todo presagiaba que el conflicto terminaria sin nuevas violencias, y Felipe II lo deseaba tanto mas en cuanto á sus complicaciones en Francia y en Flandes temió que se agregaran las que podian promover sus enemigos y el mismo Antonio Perez valiéndose de los sucesos de Aragon. En efecto, de las declaraciones tomadas en Madrid á los huidos de Zaragoza desprendíase que el antiguo secretario meditaba grandes planes contra el rey y la tranquilidad de la monarquía de acuerdo con Enrique IV de Francia, y trataba de que Aragon se diese á aquel reino ó se erigiese en república como Venecia ó Génova. Todo ello probablemente no pasaban de ser sueños formados por la desgracia y el encono, pero es lo cierto que dieron bastante que pensar á la suspicacia de Felipe y que fueron otra de las causas que hicieron llevar las cosas al terreno de la conciliacion.

Iguales sentimientos, repetimos, animaban á muchos Aragoneses, y desechado el partido de acudir al papa para que defendiera sus fueros como de antiguo consagrados por el apoyo y la aprobacion de la santa sede, la diputacion permanente del reino convocó una junta de trece jurisconsultos para someter á su exámen la interpretacion de los fueros en el conflicto promovido. Adoptando un término medio, la junta declaró que el derecho de Manifestacion no podia anularse pero sí suspenderse, y que los inquisidores podian reclamar á Antonio Perez y llevarle á sus prisiones con tal de restituirle otra vez al Justicia á no ser que relajaran al preso. A esta interpretacion del fuero, que era sin duda un acto de debilidad, adhiriéronse la diputacion permanente, el Justicia, los condes de Aranda, de Morata y de Sástago, el duque de Villahermosa y la mayor parte de los barones; los magistrados de la ciudad de Zaragoza prometieron sostenerla con todo su poder y hacer que el pueblo la admitiese, y por último hasta los mismos amigos de Perez parecieron someterse y trataron de persuadir al preso

de que seria mas ventajoso renunciar al privilegio de la Manifestacion y trasladarse voluntariamente á las cárceles del Santo Oficio. Guardóse Perez de seguir este consejo, y por el contrario procuraba mantener el espíritu de los labradores y gente del pueblo con folletos ó pasquines, al propio tiempo que dirigia al tribunal del Justicia un memorial refutando la interpretacion que los jurisconsultos habian dado á los fueros y colocándose bajo su salvaguardia. Sus súplicas permanecieron sin respuesta, y como no ignoraba que su causa perdia terreno cada dia y que el Justicia, los diputados y los nobles se hallaban mas y mas dispuestos en favor del monarca, pensó en fugarse de Zaragoza como lo habia hecho de Madrid. Tenia ya casi limada del todo la reja de su ventana, cuando su plan fué descubierto y trasladado él á prision mas segura.

En 23 de setiembre, de acuerdo los inquisidores con el Justicia y sus lugartenientes, expidieron nuevo mandato para que les fuesen entregadas las personas de Perez y de Mayorini, y pronunciada al dia siguiente la sentencia de extradicion conforme á lo solicitado, el lugarteniente Claveria, precedido de los maceros, acompañado de varios diputados y seguido de considerable gentío, salió del palacio para ejecutarla. Desde las tres de la madrugada habia mandado el virey ocupar por sus tropas la plaza del Mercado y las principales calles, y entre este bélico aparato, aumentado por el que rodeaba á los condes de Aranda, de Sástago y de Morata, al duque de Villahermosa y á otros señores que habian acudido armados á la morada del virey y que se unieron á Claveria, llegó este á la cárcel de los manifestados para proceder á la extradicion de Perez y su compañero. Ambos parecian perdidos, pero en el mismo momento en que les ponian grillos en los piés para conducirlos al coche que habia de trasladarlos á la Aljafería, Martin de La Nuza, de antemano convenido con los mas resueltos amigos del secretario, salió á la calle á la cabeza de una banda armada que el pueblo engrosó considerablemente; haciendo fuego sobre los soldados que guardaban las esquinas de la calle Mayor entró con su gente en la plaza del Mercado, donde acababan de penetrar por otra parte Gil de Mesa y Francisco de Ayerbe, seguidos de amotinada muchedumbre á los gritos de *¡Vivan los fueros! ¡Viva la libertad!* Sorprendidas y atacadas las tropas por dos puntos á la vez, tomaron la fuga despues de muy escasa resistencia, y dejaron á los amotinados dueños de la plaza; el virey, los jueces y los señores que los acompañaban se encerraron precipitadamente en una casa, pero el pueblo la puso fuego y solo escaparon del peligro rompiendo las paredes por la parte posterior para trasladarse al palacio fortificado del duque de Villahermosa, mientras que el lugarteniente, el diputado y el alguacil que estaban en la cárcel corrian por tejados y azoteas con direccion á la casa del Justicia. Los alzados victoriosos entregaron á las llamas el coche preparado para conducir á los presos, derribaron las puertas de la cárcel, pusieron á Perez en libertad y le llevaron en triunfo á casa de don Diego de Heredia entre incesantes gritos de *¡Vivan los fueros!* Perez montó luego á caballo con Gil de Mesa, Francisco de Ayerbe y dos lacayos y salió de Zaragoza por la puerta de Santa Engracia, acompañándole gran multitud hasta medio cuarto de legua con gritos, bendiciones y ruegos al cielo por su buen viage y salvamento. Dirigióse el fugitivo hácia las montañas, y no paró hasta haber andado nueve leguas; separóse entonces de Francisco de Ayerbe y quedó solo con Mayorini y Gil de

Mesa, con quienes vivió allí oculto durante algunos dias, saliendo únicamente por la noche para buscar agua y manteniéndose con un poco de pan que habia llevado consigo. Esperaba ocasion favorable para atravesar los Pirineos por el puerto de Roncesvalles, pero sabiendo que el virey habia enviado en su busca numerosas partidas, volvió atrás por consejo de don Martin de La Nuza y entró de nuevo disfrazado en Zaragoza (2 de octubre), donde aquel le recibió y le ocultó en su casa.

La insurreccion del 24 de setiembre quedó apaciguada aquella misma tarde, y á excepcion de algunos grupos de hombres y muchachos que el dia siguiente recorrieron las calles á los gritos de *¡Viva la libertad!* todo volvió á su estado normal. Esto no obstante, quedaron con gran miedo las autoridades de Zaragoza, y el virey pidió al monarca que le permitiera trasladarse á otro punto con la audiencia por la poca seguridad en que allí se creia, fundado en que si bien restablecida la tranquilidad, las parroquias y oficios no dejaban de reclamar que se les repartieran armas y se despidiera á la tropa. Felipe II supo estas noticias con su imperturbabilidad ordinaria, y recibió sin aspereza ni desagrado á los diputados que se le enviaron para negociar con él el arreglo del conflicto. Abrigaba, sin embargo, la intencion decidida de castigar á los rebeldes y aprovecharse de la rebelion para aumentar y robustecer su autoridad en aquel reino, así es que su primer cuidado fué mandar que se custodiaran y pusieran á buen recaudo las armas que habia en Aragon, y disponer que se dirigiera á aquella frontera el ejército castellano que al mando de don Alfonso de Vargas se hallaba reunido con destino á la guerra de Francia. En vano escribió á los jurados de Zaragoza representándoles que solo habia tomado aquella medida para restaurar el respeto á la Inquisicion y asegurar el libre ejercicio de los fueros; la reunion de aquellas tropas consideradas como extrangeras y la noticia de su próxima entrada en el reino, causaron en este vivísima agitacion. El vecindario de la capital, el prior de la Seo y muchos caballeros acudieron á la diputacion permanente considerando como contrafuero la entrada de tropas extrangeras en territorio aragonés, para que proveyera á la defensa del reino y de sus venerandas libertades (27 de octubre), y tan temible pareció en un principio la actitud del país, que los diputados y aun el mismo virey suplicaron á Felipe que mandase diferir la marcha del ejército. Sin embargo, mientras se esperaba la respuesta del monarca, que fué al fin muy poco favorable, la diputacion habia reunido una junta de trece jurisconsultos, segun tenia por costumbre en los casos y momentos árduos, y de ellos doce opinaron por ser lícita y obligatoria la resistencia al ejército castellano. Con esto la corte del Justicia y la diputacion declararon ser contrafuero la entrada de Alfonso de Vargas y de sus soldados, prescribieron la formacion de un ejército, nombraron por su jefe al Justicia mayor, designando por su maestre de campo á don Luis de Bardají, hicieron llamamiento á la gente de la montaña, repartieron armas á los que carecian de ellas, apoderáronse de algunas piezas de artillería que existian en las casas del duque de Villahermosa, y reclamaron la ayuda del principado de Cataluña y del reino de Valencia conforme á los pactos estipulados entre los tres pueblos para casos tales. Por desgracia Cataluña y Valencia dejaron pasar aquella ocasion de manifestar los poderosos lazos que habian unido á la nacionalidad aragonesa, y hasta

las ciudades de Aragon, si se exceptuan Teruel, Albarracin y algunas otras, permanecieron sordas á los clamores de los Zaragozanos.

Antes de ponerse en movimiento el ejército de Felipe II, presentáronse á Vargas cuatro mensageros de la diputacion y del Justicia para notificarle la sentencia de muerte pronunciada contra él en caso de violar el territorio aragonés. El caudillo castellano les contestó que en Zaragoza alegaria de su justicia y de su derecho, y en seguida atravesó la frontera de Aragon á la cabeza de su ejército compuesto de diez mil infantes y mil quinientos caballos con mucha artillería, municiones y vituallas. Con esto creció la agitacion en Zaragoza, y el jóven don Juan de La Nuza, que habia sucedido á su padre de igual nombre muerto poco tiempo antes en la dignidad de Justicia, desplegó el estandarte de San Jorge y marchó al encuentro de Vargas con fuerzas que llegaban apenas á dos mil hombres. Acampó á tres leguas de las tropas castellanas en Utebo, pero la debilidad de su carácter y la conviccion de su impotencia, hicieron que, desamparando á los suyos, se retirase á su castillo de Epila; el diputado del reino don Juan de Luna y el jurado de Zaragoza que le acompañaban practicaron otro tanto, y los insurgentes, al verse sin jefes, retiráronse en tumulto á la ciudad de Zaragoza. Alfonso de Vargas los siguió con sus soldados sin encontrar resistencia, y en 12 de noviembre entró á su vez en la capital, de donde habia salido dos dias antes el secretario Perez para ganar los Pirineos y trasladarse á Bearne cerca de Catalina, hermana de Enrique IV. Vargas, á quien el rey habia mandado que se abstuviese de las armas todo cuanto le fuese posible, no usó al principio de rigor alguno y limitóse á ocupar con sus tropas y artillería las principales calles y plazas de Zaragoza. Felipe II aparentaba querer usar de magnanimidad con los Aragoneses vencidos, y don Francisco de Borja y Centellas, marqués de Lombay que, enviado por él, llegó á Zaragoza en 28 de noviembre, entró en conferencias con los diputados del país acerca de los últimos acaecimientos y de las medidas que habian de tomarse para conciliar la autoridad del rey con los fueros de la tierra. El Justicia seguia funcionando con su corte, y para mayor contento del pueblo fué elegido por virey, en lugar de don Miguel Jimeno que se habia retirado á su obispado de Teruel al empezar la guerra, un individuo de la alta nobleza aragonesa, el conde de Morata, quien aun cuando habia abrazado la causa del rey en los últimos sucesos, era bien visto como del país, pareciendo su nombramiento una prenda de reconciliacion que hizo volver á sus hogares á muchos de los que andaban huidos. Insistia el rey en que se desaforaran el reino y la ciudad por tiempo limitado y en que se declarara no ser contrafuero la entrada del ejército real, mas los diputados y sus asesores con notable entereza negábanse á tomar decision alguna mientras permaneciesen en el territorio las tropas castellanas. En esto se desencadenó contra Aragon el viento de los rigores: el rey determinó echar á un lado el anterior artificio, y órdenes secretas transmitidas á Vargas mandáronle reducir á prision al Justicia, al duque de Villahermosa y al conde de Aranda (19 de noviembre), siendo el primero conducido á la cárcel y los dos magnates á Castilla. Aquella misma noche se notificó al Justicia que se preparara á morir á la mañana siguiente, como que la órden del rey estaba concebida en estos precisos y lacónicos términos: «En recibiendo esta prendereis á don Juan de La Nuza y haréisle luego cortar la cabeza.» En vano

alegó el alto magistrado que solo el rey y el reino reunidos en cortes podian ser su juez; no se trataba de juzgarle, sino de cumplir la órden del rey, y al dia siguiente, llenas las calles de tropas, don Juan de La Nuza, vestido de negro y con grillos en los piés, fué decapitado en la plaza del Mercado á los veinte y siete años de su edad. Su cuerpo fué sepultado con gran pompa, pues dicen algunos autores que el rey, que daba muerte al rebelde, queria honrar al magistrado; sus bienes fueron confiscados y sus castillos y palacios derruidos hasta sus cimientos. Ciento cuarenta y dos años hacia que su ilustre familia venia ejerciendo el alto cargo de Justicia mayor del reino de Aragon, y el suplicio del último de sus miembros investido con esta dignidad, causó en todos sus ámbitos profundo terror y consternacion. Y no se declaró aun por satisfecho el rigor entonces mostrado por Felipe II: á esta ejecucion siguieron otras muchas; los barones de Bárboles y de Purroy, que pertenecian á las nobles casas de Heredia y de Luna, entregaron sus cabezas al verdugo en la plaza de Zaragoza; el duque de Villahermosa y el conde de Aranda murieron en sus prisiones antes de pronunciarse contra ellos sentencia; mas no fueron tan afortunados don Miguel de Gurrea, primo del duque de Villahermosa, don Martin de Bolea, baron de Siétano, don Antonio Feriz de Lizana, don Juan de Aragon, cuñado del conde de Sástago, y otros varios caballeros con muchos artesanos y labradores, que fueron ajusticiados en la capital, además de los que perecieron en Teruel y en otros puntos (1592). Muchos lograron refugiarse en Francia, evitando así las iras del monarca, quien dió por fin un decreto de amnistía en 24 de diciembre, pero con tantas limitaciones y excepciones, que, como se decia en Zaragoza, casi era mayor el número de los exceptuados que el de los delincuentes. La Inquisicion que, si no instrumento del rey como algunos han supuesto, no podia estar exenta de sentir mas ó menos su influencia, unió sus rigores á los del doctor Lanzi, senador de Milan, encargado por el rey de ejercer su justicia en Aragon. Reemplazados por otros nuevos los antiguos inquisidores prendieron á ciento veinte y tres personas, de las cuales setenta y nueve fueron condenadas á muerte y ejecutadas en el solemne auto de fé que tuvo lugar en Zaragoza el dia 20 de octubre. La efigie de Antonio Perez figuraba entre los condenados al fuego, por herege convencido, fugitivo y relapso.

A. de J. C.

1592

Universales eran en el reino el espanto y la sumision, y Felipe II se aprovechó de ello para consumar su obra. Restábale la parte mas interesante de la misma, esto es, descargar á las instituciones tan rudos golpes como á los hombres, y á este efecto convocó cortes en Tarazona (junio de 1592) para revisar y reformar la constitucion aragonesa. En vez de presidirlas en persona como exigia la ley, confió este encargo al arzobispo de Zaragoza don Andrés de Cabrera y Bobadilla, y muerto este poco despues, al regente Juan Campí, al doctor Juan Bautista de La Nuza, que hacia oficios de Justicia, y al abogado fiscal don Gerónimo Perez de Nueros, yendo por último el mismo rey á las cortes en compañía de sus hijos el príncipe don Felipe y la infanta doña Isabel. Otorgáronle aquellas cuanto les fué pedido, que así era natural despues de los infortunios pasados, y entre otras cosas un servicio de setecientas mil libras jaquesas, el mayor que jamás habian concedido los brazos del reino, el derecho de nombrar y remover á su voluntad al Justicia mayor y el de nombrar vireyes castellanos hasta las próximas cortes. Ampliáronse las facultades del rey y perdieron las cortes todo su influjo sobre los tribunales

con la nominacion de los diez y seis judicantes; la unanimidad de votos que antes se necesitaba para hacer leyes é imponer tributos quedó reducida como en Castilla á la mayoría de los sufragios, y además, Felipe II reunió á la corona algunos señoríos que habian conservado prerogativas feudales, obligó al conde de Ribagorza á cederle todas sus tierras, convirtió la Alfajería en ciudadela y dejó en ella algunas compañías castellanas. Así perecieron gran parte de las libertades de Aragon ejerciéndose en adelante el poder del rey con mas amplitud en un país abierto á sus hechuras y á sus soldados; sin embargo, no se aniquilaron del todo los fueros, y la monarquía absoluta, iniciadora en esto de la obra consumada por la libertad moderna, tuvo aun mucho que hacer despues de Felipe II para asimilar el estado de Aragon al de Castilla y convertir aquel de reino independiente en una mera provincia.

Alejandro Farnesio á su regreso á los Paises Bajos halló que habia sucedido lo mismo que él pronosticara. Mientras se hallaba él ocupado en socorrer á París, amotináronse en reclamacion de sus pagas parte de las escasas tropas que dejara al conde de Mansfeldt, y Mauricio de Nassau, auxiliado por la reina de Inglaterra, llevaba á todas partes impunemente el terror de sus armas. Zutphen y Deventer habian caido en poder de sus soldados; varias fortalezas del Brabante habian sido tomadas por los Ingleses, y el príncipe Mauricio tenia ya muy apurados á la guarnicion y á los moradores de Nimega. A su auxilio se dirigió el Parmesano, y ocupado estaba en aquellas operaciones cuando llegó de España Alfonso Idiaquez con cartas de don Felipe, en que le mandaba volver á Francia á proseguir la guerra, omitiendo enteramente la de Flandes á excepcion de lo que fuese necesario para rechazar la fuerza (julio de 1591).

En efecto, los sucesos de Francia eran los que habian de decidir la gran contienda en opinion de Felipe II y de todos los políticos de Europa; á ellos estaba visiblemente subordinada la causa que defendian los rebeldes en los Paises Bajos, y lo que habia sucedido en aquella nacion desde la partida del Parmesano era bastante para manifestar al rey católico la necesidad de emplear todas sus fuerzas contra el protestante Enrique IV. Dividido en dos bandos principales el partido de la liga, el de los Guisas y el de España, conociase su progresivo decaimiento; el Bearnés, aprovechando estas disensiones atraia diariamente á su causa nuevos partidarios seducidos por sus levantadas prendas, y auxiliado por los protestantes de Alemania y la reina de Inglaterra, habia vuelto á adquirir tal preponderancia que el ejército de Mayenne no osaba ya oponerse á sus progresos. Sus tropas tenian entonces sitiada á la ciudad de Ruan, cuya pérdida habria sido funesto golpe para la causa católica, y de ahí la órden á Farnesio para que otra vez le prestara el apoyo de su pericia y de sus aguerridos tercios.

El de Parma, despues de socorrer á los sitiados de Nimega, levantó su campo sin ser perseguido por el enemigo; detúvose algun tiempo en Bruselas á causa de los tratos de paz que por mediacion del emperador se entablaron, aunque sin resultado, entre España y las provincias flamencas y entró por segunda vez en Francia (diciembre de 1591). Reunido con el duque de Mayenne que, si bien desconfiaba ya de los Españoles y así se lo manifestó repetidas veces, conocia no poder prescindir de su auxilio, hallóse Alejandro á la cabeza de diez y ocho mil infantes y seis mil caballos, y con ellos marchó al auxilio de la ciudad de Ruan,

que defendia con gran brio y prudencia el marqués de Villars. El de Bearne salió á su encuentro con parte de sus tropas, pero derrotado y herido, hubo de volver á su campo que levantó al presentarse el Parmesano con las tropas españolas, llamado con grandes instancias por los Franceses que, aunque tarde, conocieron no ser bastantes á defenderse contra Enrique IV. El duque de Mayenne queria el oro español y rehusaba el hierro, dice un autor de aquel tiempo, así es que Farnesio, conformándose con las intenciones del rey, no se acercó á Ruan hasta que así se lo pidieron, y entonces, como hemos dicho, ahuyentó al Bearnés, verificando su entrada en la ciudad con sus principales capitanes entre los aplausos de los habitantes que le miraban como su libertador (abril de 1592). No extinguió esto la discordia entre Mayenne y Farnesio, mas por último convinieron en cercar á Caudebec, fortaleza situada en las márgenes del Sena que impedia á aquella comarca el comercio del mar. Allí fué herido el Parmesano de una bala en el brazo derecho mientras dictaba las disposiciones para el asalto; la plaza se rindió al dia siguiente, pero esto no obstante, hallóse en breve el ejército en situacion muy apurada por la inaccion á que le condenó por una parte la calentura sobrevenida á Alejandro á consecuencia de su herida, y por otra la falta de inteligencia que entre Españoles y Franceses se observaba. Enrique IV habia tomado todos los desfiladeros y sitiaba, por decirlo así, al ejército católico, que se hallaba ya muy escaso de víveres, cuando Farnesio, manifestando una vez mas la fecundidad de su genio militar, atravesó el Sena con toda su artillería y bagages á la vista del enemigo que no supo adivinar su movimiento, dejando con él absortos á amigos y enemigos (21 de mayo).

El partido español, si habia de luchar con obstáculos en el ejército, era en cambio el verdadero dueño de París, donde el embajador Mendoza y don Diego de Ibarra, apoyados por la guarnicion de dos mil Españoles y dos mil Napolitanos y por el pueblo, ejercian mayor autoridad que el lugarteniente general del reino. El consejo de los Diez y seis, que solo procedia por órden suya, acusaba ya de tibieza al duque de Mayenne, y confiado en la disposicion del pueblo, le instaba para que convocara los Estados generales. Repugnábalo el duque, y por aquel tiempo era teatro la capital de un alzamiento popular que terminó con la muerte del presidente Brisson y de dos consejeros que parecian sospechosos por sus opiniones moderadas. La autoridad del marqués de Belin, á quien Mayenne dejara como gobernador de París, fué desconocida, y el jefe de la guarnicion española envió á decirle que no contase con él para proceder contra los Diez y seis que tan sinceramente amaban la gloria de Dios. Los jefes del movimiento habian escrito á Felipe II anunciándole su victoria y ofreciéndole la corona á él ó á alguno de sus hijos, cuando acudiendo de pronto el de Mayenne reprimió la insurreccion. Sin embargo, no podia sostenerse contra Enrique IV sin el apoyo de aquellos mismos Españoles á cuyos agentes proscribia, y de nuevo, como hemos visto, hubo de echarse en brazos del príncipe de Parma, consintiendo en convocar los Estados.

Siete eran los aspirantes al trono de Francia despues de la muerte del llamado Carlos X: Enrique de Borbon, príncipe de Bearne; Carlos de Lorena para su hijo el marqués de Deux-Ponts, como hijo de Claudia, hermana del último rey; Carlos, duque de Mayenne, hermano del asesinado duque de Guisa; Carlos

de Guisa, hijo del mismo; Carlos de Borbon, cardenal de Vendome, sobrino del difunto Carlos X; Carlos Manuel, duque de Saboya, descendiente de los Valois por Margarita, hermana de Enrique III, y por fin Felipe II para su hija Isabel Clara, nacida de Isabel de Valois, hermana tambien de Enrique III. Conocíase, empero, que la cuestion habria de decidirse entre el primero y el último, entre aquel que en la línea de sucesion contaba con mejor derecho si bien era protestante, y el que aun cuando tuviese en contra suya la ley sálica, era el mas acepto á los católicos de la nacion y el mas temido por su poderío. Esto no obstante, Felipe no habia aducido aun públicamente las pretensiones que para su hija abrigaba á la corona de Francia; interesábale ante todo excluir del trono á todos los pretendientes protestantes, fautores ó sospechosos de heregía y principalmente al Bearnés, el mas poderoso y temible de todos; así lo reclamaba el interés del catolicismo, así lo exigia la tranquilidad de los estados de Felipe en España, en Italia y en los Paises Bajos. Conseguido esto, proponíase el rey católico sentar en el trono de Francia á su hija Isabel aboliendo la ley sálica; si esto no era posible, queria que se eligiera rey á su gusto y casar con él á su hija ó por lo menos imponer tales condiciones al que fuera nombrado que le cediera la Lorena ó la Borgoña, y en último extremo tener tan obligados á los católicos con sus socorros de hombres y dineros que cualquiera que fuese el soberano hubiese de estarle por precision sometido. La generalidad de autores enemigos de Felipe II al enumerar estos proyectos del rey católico no omiten decir que todos se frustraron despues de haber costado á España inmensos sacrificios. Razon tienen en parte, pero olvidan que para bien de la cristiandad y de la civilizacion, Enrique IV hubo de abjurar su heregía y convertirse al catolicismo antes de subir al trono, que esto fué debido á la conducta de Felipe II, y que si este vió desvanecidos los planes que concibiera como monarca español, alcanzó un gran triunfo como campeon de la fé.

Las ideas que se conocian en Felipe sobre la corona de Francia no habian merecido la aprobacion de Sixto V, temeroso del colosal poder á que se habria elevado la casa de Austria. Por esto el pontífice habia reprobado la Liga, y despues de excomulgar como herege al príncipe de Bearne, se mostraba inclinado á tratar con él y á reconocerle como soberano en caso de abjurar sus heréticos errores. Todo ello produjo entre el papa y los embajadores de Felipe, el duque de Sessa y el conde de Olivares, muy ásperas contestaciones que quizás habrian sido causa de un ruidoso rompimiento, cuando puso fin á la contienda la muerte de Sixto, acaecida en 27 de agosto de 1590. Urbano VIII, Gregorio XIV é Inocencio IX, mostráronse durante sus breves pontificados mas adictos á los intereses de España, y Clemente VIII, sucesor de Inocencio en enero de 1592, ayudó á Felipe hasta con las armas y envió sus soldados á combatir al lado de los Españoles.

Y no solo se peleaba en las márgenes del Sena, sino que en Provenza, en Guiena, en Bretaña peleaban con igual encarnizamiento católicos y calvinistas, auxiliados los primeros por España y Saboya y los segundos por Inglaterra y los príncipes protestantes de Alemania. Alejandro Farnesio, despues de su atrevida maniobra, púsose en camino hácia París; tomó y saqueó varios pueblos de los hugonotes, y cargado de despojos llegó á la capital entre el alborozo de sus mo-

radores. Dejó allí un refuerzo de mil quinientos Españoles, y despues de pagar A. de J. C.
á sus tropas y de concederles algunos dias de descanso en Chateau-Thierry, tomó la vuelta de los Paises Bajos, dejando sus instrucciones á los caudillos españoles é italianos que quedaban en Francia (julio de 1592).

Mauricio de Nassau habia aprovechado en Flandes la ausencia del Parmesano para salir á campaña con todas sus tropas. Despues de tomar á Nimega, atacó á Utrecht sin resultado, apoderóse de Steinvick y de Covort, y ni Verdugo ni Mondragon eran bastantes á detener su ímpetu. Las pocas tropas de que Mansfeldt podia disponer andaban descontentas por la falta de pagas, y todo ello agravó en extremo las dolencias de Farnesio que habia llegado de Francia con la salud muy quebrantada. Inútilmente escribió entonces á Felipe para que le permitiera retirarse del gobierno, pues los médicos le habian ordenado como indispensables las aguas de Spá; el rey accedió á que marchara á este punto, pero no á separarle del mando. Alejandro obedeció como siempre, y luego de atender al cuidado de su salud, se dirigió á Arras á fin de disponer los preparativos de la guerra para el siguiente año en Francia y en los Paises Bajos. Allí se encontraba cuando sintió que le faltaban repentinamente las fuerzas, y otorgado testamento y recibidos los sacramentos, espiró cristianamente á la edad de cuarenta y siete años abrazando y besando la imágen del Crucificado (2 de diciembre de 1592). Su cuerpo fué llevado á Bruselas, y despues de tributársele suntuosas exéquias, trasladado á Parma al sepulcro de sus mayores. Con el ilustre duque vemos desaparecer otra de las grandes figuras militares que mas enaltecieron al siglo XVI; temido de muchos, pero de ninguno odiado, con él perdia el trono de Felipe II y la gloria de España uno de sus mas firmes sostenes.

Abriéronse por fin en París los Estados generales con tanta impaciencia esperados por los partidarios de España (26 de enero de 1593), asistiendo á ellos los 1593
hábiles embajadores de Felipe, Mendoza, el duque de Feria, Juan Bautista Tassis y Diego de Ibarra. Ante una asamblea de tres representantes por cada uno de los Estados el duque de Feria reclamó la corona de Francia á falta de sucesor varon directo para la infanta Isabel Clara Eugenia, y enumeró en seguida los muchos beneficios que debian los católicos al rey su señor. Viva impresion produjeron sus palabras en los diputados; todos recordaban los notorios favores prestados por el rey de España; solo él habia librado á París del saqueo y de la heregía, solo él se presentaba bastante fuerte para vencer al Bearnés; mas el embajador de Felipe II cometió una falta capital anunciando en los Estados generales que el rey destinaba por esposo de su hija al archiduque Ernesto, hermano del emperador, lo cual destruia del todo las esperanzas del duque de Mayenne y demás príncipes de la casa de Lorena y lastimaba el sentimiento nacional de los Franceses. Murmullos de reprobacion se oyeron en todos los ángulos de la sala; hasta los embajadores se vieron cortados, y al fin tomaron la palabra para decir con cierto azoramiento que si no gustaba la Francia de dicho príncipe, Felipe estaba pronto á elegir otro francés, pero que se reservaba seis meses para deliberar sobre la eleccion. Algunos dias despues, conociendo la necesidad de recobrar á toda costa la popularidad perdida, declaráronse autorizados para ofrecer la mano de la infanta al duque de Guisa en recompensa de los méritos de su padre y abuelo. Esta declaracion tardía produjo en efecto una reaccion momentánea en

favor de España: el pueblo de París acogió con entusiasmo la noticia de la próxima elevacion del duque en quien idolatraba, y sin que alterara en nada esta disposicion de los ánimos el rumor de que Enrique de Borbon iba á convertirse á la fé católica, decíase públicamente que bien hacia el Bearnés en aspirar á la conquista del reino del cielo, porque pensar en el de Francia era locura (1).

Sin embargo, los Estados generales no participaban con tanta viveza de los sentimientos del pueblo. El obispo de Senlis declaró que la Francia no aboliria nunca la ley sálica ni se someteria á una muger ni á la dominacion extrangera, y los Estados, al consentir en la demanda del de Borbon para que se señalara un lugar seguro donde pudiesen tratár entre todos de volver el reposo al reino, facilitaron el camino á Enrique IV sin romper abiertamente con el pueblo, cuyas simpatías habian de tomarse en cuenta. Abriéronse, pues, las conferencias en Surena, y los agentes de Felipe II, conociendo la gravedad de su situacion, redoblaron su actividad para conjurar el peligro; aumentaron las pensiones que pagaban á varios personages; todos los *fanegueros* (2) adquirieron nuevas ventajas, y no se oian en París sino elogios del duque de Guisa á quien llamaban ya Magestad, mientras él por su parte escribia al rey católico dándole gracias y prometiéndole conformarse en todo á sus consejos y no reinar sino para servir sus intereses. No obstante, todo fué en vano; el partido de *los políticos*, es decir el partido templado que apetecia la paz y consideraba como el mejor medio de obtenerla la conversion y el reconocimiento de Enrique IV, ganaba terreno cada dia, y el duque de Mayenne, que miraba desvanecidas sus esperanzas de medro, fomentaba la enemiga contra España. A instigacion suya el parlamento de París dió un decreto declarando nulo cuanto se hiciera contra la ley sálica, y poco despues la pública conversion de Enrique IV dió el último golpe á los proyectos de España. La Liga, verdaderamente disuelta desde aquel momento, perdió su razon de ser, y varios de sus jefes mas influyentes sometiéronse al nuevo rey, que vió aumentar rápidamente el número de sus parciales.

Abandonando por un momento los asuntos exteriores, tócanos decir que en este año de 1593 reuniéronse en Madrid las últimas cortes castellanas que se celebraron en el reinado de Felipe II. Los procuradores de las ciudades hicieron en ella noventa y una peticiones, de las cuales solo fueron concedidas veinte y tres; entre otras cosas solicitaron que las leyes fueran estables y firmes sin que se diese el frecuente ejemplo de caer en desuso luego de publicadas; que las rentas de cruzada, subsidio y escusado se emplearan en las armadas y ejércitos destinados á la defensa del reino y de la fé; que se armaran navíos en corso para la guarda de las costas; que se pusiera remedio á la progresiva adquisicion de bienes raices por manos muertas; que se reformara el cuaderno de las alcabalas; que se montara otra vez la casa real al estilo de Castilla, y por fin, y esta peticion es notable, que al estar reunidas las cortes no se publicara ley ni pragmática sin que se las consultara, *quedando luego al Consejo la facultad de hacer lo que tuviere por mas conveniente.*

Habia sucedido al duque de Parma en el gobierno de las provincias fla-

(1) M. Lavitte, *De la democrácia de la Liga*, p. 150.
(2) Llamábanse así los que recibian de España media fanega de trigo todos los meses.

mencas el conde de Mansfeldt, á quien reemplazó en breve el archiduque Ernesto, hermano del emperador y sobrino de Felipe II, quien llegó á Bruselas por enero de 1594. Ya en tiempo de su antecesor habíanse amotinado varios tercios por falta de pagas renovando las escenas del tiempo de Requesens, y de nuevo principió la emigracion á las provincias del norte, que siguieron así enriqueciéndose con las desventuras de Bélgica. El archiduque logró que volvieran á sus banderas las tropas españolas y walonas, pero las italianas persistieron en su rebelion, y apoderadas de Sichem se diseminaron por todo el Brabante llevando sus correrías hasta las puertas de Bruselas. Atacadas por los soldados leales, refugiáronse en Breda y en Gertruydenberg, proveyéndoles los Holandeses de víveres con ánimo de prolongar una insurreccion tan útil á sus intereses; mas al fin volvieron á la obediencia del archiduque y se le presentaron en Tirlemont, donde estuvieron sin salir á campaña por todo aquel año por no poderles ser satisfechos los atrasos que se les debian. Ernesto, de carácter benigno y mas inclinado á la paz que á la guerra, quiso atraer á los confederados por medio de la persuasion, y convidó á los diputados de las provincias á una conferencia para tratar de la paz. Rechazáronlo los Estados, y mientras el gobernador quedaba casi sin tropas, pues el de Mansfeldt habia sido enviado á Francia con el grueso de los tercios, el príncipe Mauricio se apoderaba de la importante plaza de Groninga.

A. de J. C. 1594

El partido de España enflaquecia á cada momento en Francia. Mayenne, que conoció haber trabajado únicamente en favor del Bearnés, mostrábase aun vacilante entre los dos bandos, y en su ausencia el conde de Brissac, á pesar de la vigilancia del duque de Feria y de las tropas españolas, facilitó á Enrique IV la entrada en la capital durante la noche del 22 de marzo. Los soldados de Felipe II evacuáronla entonces con banderas desplegadas, á tambor batiente y formados en batalla como retirándose ante un enemigo superior en número; los oficiales saludaban al rey que los miraba pasar y les devolvia su saludo en la puerta de San Dionisio, pero dióse órden de no bajar ante él los estandartes.

Desde aquel momento aplicóse Enrique á reconquistar su reino plaza por plaza y magnate por magnate. El duque de Lorena, el de Guisa y otros muchos prestáronle obediencia; las principales ciudades le abrieron las puertas, y solo Mayenne continuó mas que nunca en su enemistad por haber prometido Felipe II á su hijo la mano de la infanta. Entonces pensó el nuevo rey en dirigir contra los Españoles el ardor militar que animaba á su pueblo acostumbrado á la lucha, y en convertir en guerra extrangera la guerra civil que desolaba á la Francia. Tambien Felipe deseaba la guerra, que no se avenia fácilmente á haber hecho en balde tantos sacrificios; sin embargo, desde aquel punto tomó la contienda otro giro. La cuestion religiosa y la vacancia del trono no fueron mas que un vago pretexto y como un recuerdo popular invocado por el rey católico para ocultar sus propósitos. A fuer de descendiente de Carlos el Temerario reivindicó la Borgoña, la Provenza como rey de Aragon en virtud del testamento de Juana II de Nápoles. y en nombre de su hija, por no estar sujetos á la ley sálica, reclamó los ducados de Bretaña y Normandía, los condados de Champagne y Tolosa, el Borbonés y la Auvernia. Por esto, pues, cuando Enrique IV declaró la guerra á España en enero de 1595, contestóle Felipe con otra declaracion análoga, y dió en seguida 1595

principio á las hostilidades. El duque de Feria, que no habia salido aun de Francia, entró en tratos con los gobernadores de La Fere y de Ham y ocupó ambas plazas; el conde de Carcés que estaba á la cabeza del partido español en Provenza, recibió socorro de hombres y dinero; diez y seis naves vizcainas llegaron hasta Burdeos despues de haber socorrido á la amenazada fortaleza de Blaye; Juan de Aguilar recibia refuerzos en Bretaña y ponia á Brest en estado de defensa, y al propio tiempo ajustóse un tratado de alianza con el duque de Epernon, cuya autoridad se extendia hasta Turena y el Delfinado, y que prometió entregar el puerto de Tolon. Velasco, gobernador del Milanesado, se incorporó en Borgoña con el duque de Mayenne, y el de Saboya apoyaba á los Españoles que entraban á la vez en el Franco Condado, en Borgoña, en Picardía y sobre todo en Provenza donde estaba en toda su fuerza el espíritu de la Liga.

El conde de Fuentes, dotado de grandes talentos militares, habia reemplazado en el gobierno de Flandes al archiduque Ernesto, muerto en febrero de 1595, y dejando encomendada á los veteranos Verdugo y Mondragon la guerra de los Paises Bajos, penetró á su vez en Francia con sus tropas entre las cuales habia restablecido del todo la antigua disciplina. Tomó á Catelet y á Doulens, esta última, despues de una sangrienta batalla en la que murió el duque de Villars, que peleaba entre los enemigos; se apoderó de Cambray (9 de octubre), y en tanto el condestable don Fernando de Velasco se habia dirigido al valle del Saona. Vencióle Enrique IV en la jornada de Fontaine-Française (5 de junio), pero esta victoria no impedia que presentara desde un principio muy mal aspecto para él la guerra contra España. En cambio la lucha civil parecia haber de tocar pronto á su término: absuelto por Clemente VIII de las censuras fulminadas contra él, las armas de Enrique habian recobrado las ciudades de Meaux, Orleans, Bourges, Lyon, Ruan, Amiens y otras; el duque de Mayenne se sometió á él en Borgoña y el de Joyeuse en Languedoc; al poco tiempo Marsella y toda la Provenza volvieron á la sumision antigua, y solo quedó con las armas en la mano del partido de la liga el duque de Mercœcour, que peleaba en Bretaña.

Bien nos manifiesta todo ello que el nuevo rey Enrique IV no permanecia inactivo; en efecto, además de estos buenos resultados negoció con los Holandeses, que, expulsados por Felipe II del puerto de Lisboa, habian ido á buscar á las Indias los artículos de Oriente, fundando allí un poderoso imperio sobre las ruinas del portugués, una alianza defensiva que le suministró tropas, naves y dinero; hizo treguas con el Saboyano, quien abandonó así la causa de su suegro, y solicitó vivamente el auxilio de la reina de Inglaterra, quien, descontenta de él por su conversion al catolicismo y tranquila por otra parte por sus victorias contra la liga, habíale retirado los socorros que antes le concediera y llamado á la isla las tropas que tenia en Bretaña á las órdenes de Norris. En estas negociaciones con la corte de Juno, como llamaba á Isabel la adulacion palaciega, hizo gran papel el famoso Antonio Perez, que por odio á Felipe II servia entonces con sus consejos y experiencia al monarca de Francia, y este por su parte le dispensaba todo su favor. Isabel felicitó á Enrique por haber tomado la ofensiva contra el rey católico, y díjole, excusándose de hacer lo que de ella solicitaba, que se veia precisada á defender su propio reino, amenazado siempre por el Español, que no cesaba de favorecer con armas, dinero y aun con hombres á los alzados de Irlanda. Esto

no obstante, la reina, ó por mejor decir su consejero Cecil, no habia visto con indiferencia las conquistas de los Españoles en Picardía, ni las amenazas de Enrique de transigir con su comun enemigo si no le ayudaba á continuar la guerra. Muchas embajadas y comunicaciones mediaron sobre este tema entre París y Lóndres, pues Isabel, prudente y económica, no era amiga de ir en pos de los peligros lejanos ni de hacer gastos inútiles, hasta que por fin sacáronle de su actitud expectante, haciendo prevalecer en su consejo las bélicas opiniones del conde de Essex, los nuevos é importantes triunfos alcanzados por los Españoles. A. de J. C.

El archiduque Alberto, virey de Portugal y arzobispo de Toledo, sucedió al conde de Fuentes, á quien se llamara á España, en el gobierno de los Paises Bajos y en el penoso encargo de hacer frente á la vez al príncipe Mauricio y al rey Enrique IV. Embarcándose en Barcelona en una muy lucida armada con tres mil hombres de buenas tropas, llegó á Bruselas en febrero de 1596, 1596
llevando consigo á Felipe, hijo mayor del príncipe de Orange, para restituirle á su patria y á sus dominios, con el fin de bienquistarse con los confederados. Pero ni esto bastó á reducirlos, dominados como estaban por los embajadores del Francés, y ninguna respuesta dieron á la excitacion de Alberto, que los convidó á una conferencia para tratar de la paz. La guerra en las provincias sosteníase en mejor estado del que podian hacer suponer las grandes obligaciones que pesaban sobre aquel ejército; Mauricio, que á instancia de Enrique IV, habia acometido las fronteras de Flandes para distraer las fuerzas del conde de Fuentes poniéndole en la necesidad de acudir al socorro, habia debido levantar el sitio de Groll y fué vencido en un sangriento reencuentro en las inmediaciones de Rhinberg. Don Alfonso de Luna, gobernador de Lira, habia rechazado con gran matanza de los enemigos una sorpresa intentada por los Holandeses, y todo esto hacia que el archiduque, reforzado por varios regimientos de tropas veteranas de España y de Italia y recibida una suma de un millon quinientos mil escudos, pudiera pensar en dirigir otra vez la guerra al territorio francés.

Enrique IV cercaba á La Fere desde fines del año anterior, cuando Alberto, á la cabeza de doce mil infantes y tres mil caballos, pasó las fronteras de Picardía aparentando marchar en socorro de los sitiados (abril de 1596). Otros, empero, eran sus designios; preséntase de repente delante de Calais, dirige contra la plaza su artillería, y sin que fueran bastantes á impedírselo los socorros de los Holandeses y del burlado monarca que se habia preparado en su campo de La Fere para una gran batalla, reduce la ciudad y las fortalezas. Ham, que habia vuelto al poder del enemigo, y la plaza de Guines se rinden á sus armas; Ardres abre sus puertas por capitulacion, y solo pudo consolarse Enrique de tantos desastres con la toma de La Fere, que se le rindió con honrosas condiciones despues de un cruelísimo sitio de siete meses.

Por aquel tiempo los cónsules de Marsella, que no habian reconocido de buen grado la autoridad de Enrique IV, prometieron á Felipe II entregarle la ciudad mediante un subsidio de ciento cincuenta mil escudos, una guarnicion española y el auxilio de doce galeras mandadas por el príncipe Doria. Al momento pasó este con sus naves á aquel puerto, y cuando habia desembarcado ya parte de sus tropas para auxiliar á los conjurados, acudió el duque de Guisa con algunas compañías de caballos. Los magistrados y los Españoles salieron á impedirle la

entrada, pero la traicion de cierto Pedro Libert hizo que se frustrara su intento, y Doria, que se vió con fuerzas inferiores, embarcó su gente y se retiró á Génova.

Estos sucesos y sobre todo la toma de Calais hicieron comprender por fin á Isabel de Inglaterra y á su consejo la necesidad de estrechar con el monarca francés los relajados vínculos de su alianza. El duque de Bouillon y Antonio Perez marcharon á Lóndres para negociar una alianza ofensiva y defensiva, y en 10 de mayo, la reina, que acababa de prestar veinte mil coronas á Enrique IV y que habia mandado fortificar todas las plazas de la costa de Inglaterra, confirmó los precedentes convenios hechos con el rey de Francia y celebró con él la deseada liga, en la cual pudieron tomar parte todas las potencias enemigas de España. Estipulóse en el tratado que cuatro mil Ingleses, número que por un artículo secreto fué reducido á dos mil, serian enviados á Normandía ó á Picardía, y que mas tarde, á expensas de ambas coronas, se levantaria un ejército para invadir los estados del rey católico.

El partido del conde de Essex habia prevalecido en los consejos britanos; no contentos los Ingleses de infestar con sus corsarios las aguas de Sicilia, de Nápoles, de Andalucía, de Portugal y de las Indias, acechando la ocasion de apresar algun buque mercante ó de saquear alguna ciudad mal defendida, resolvieron atacar al rey católico en el centro mismo de su poder por medio de otra expedicion á España, cuando ya Felipe, aprovechando la facilidad que le daba la posesion de Calais para hostilizar á Inglaterra, meditaba un desembarque en Irlanda. Muy útil habia de ser á Enrique IV semejante diversion; pero no obstante los ministros ingleses la ocultaron á sus embajadores por temor de que solicitara el envío á Francia de las fuerzas destinadas contra la Península, y en 1.° de junio salió del puerto de Plymouth una poderosa armada de ciento cincuenta naves con ocho mil soldados y siete mil marineros, aquellas al mando del almirante Howard y estos al del conde de Essex, á la que se unieron veinte y cuatro navíos holandeses con mucha gente de guerra al mando del vice-almirante Warmond y del conde Luis de Nassau. Hizo la armada rumbo á Cadiz donde se hacian preparativos para la expedicion á Irlanda, no ignorando, dice Miñana, que en aquellas costas todo estaba abandonado, pues confiados los Españoles en la serenidad de su actual fortuna, como que gozaban de paz en lo interior de sus reinos, y orgullosos con sus grandes hazañas, habian llegado al extremo de no temer cosa alguna, lo cual, añade el mismo autor, es casi siempre indicio de una próxima calamidad. Habia en Cadiz treinta bajeles de guerra y otros tantos de transporte y además treinta y seis naves con rico cargamento próximas á darse á la vela para las regiones de Occidente. Los Ingleses forzaron la entrada del puerto despues de un reñido y desigual combate (20 de junio); el almirante Diego de Sotomayor puso fuego á varias naves desesperando de la victoria, y entonces el conde de Essex desembarcó sus tropas, arrolló á la escasísima guarnicion y entregó la ciudad al saqueo, llevándose hasta las campanas de las iglesias y las rejas de las ventanas. Los conventos y otros edificios religiosos fueron entregados á las llamas, los habitantes hubieron de pagar una contribucion de ciento veinte mil ducados, y cumplido el objeto de su expedicion, los invasores volvieron á Inglaterra con el fruto de su botin, que se calcula haber ascendido á cerca de veinte millones de ducados. Al propio tiempo las costas de América ex-

perimentaban iguales estragos por parte de aquellos piratas, á quienes debe la humanidad el vergonzoso comercio de esclavos. Hawkins, Drake y otros no daban un momento de descanso á los presidios españoles, y á principios de este año sorprendieron con gran daño y matanza á Nombre de Dios y á Portobelo. A. de J. C.

La toma y el saqueo del primer puerto militar de España revelaron á Europa el decaimiento que empezaba á experimentar la colosal potencia que lo dominara todo durante el siglo que llegaba á su fin. Felipe II juró vengar el honor de la marina española, y con las sumas que le trajo la flota de Indias y las contribuciones voluntarias de sus súbditos aparejó ciento veinte y ocho bajeles de guerra y de transporte para llevar á cabo la proyectada expedicion en auxilio de los Irlandeses. La armada á las órdenes de don Martin de Padilla salió del puerto de Lisboa en estacion contraria, esto es á mediados de octubre, y dispersada por la tempestad luego que entró en alta mar, la mitad de los buques fueron arrojados á las costas de Galicia, otros muchos se hicieron pedazos y el resto arribó con mucha dificultad á los puertos inmediatos. Esta fué la última tentativa de Felipe II contra el poder creciente de Inglaterra.

El príncipe Mauricio, saliendo otra vez á campaña, obligó al archiduque Alberto á cesar en sus conquistas para volver á los Paises Bajos. Proponian al gobernador varios capitanes españoles comenzar la guerra por Ostende; otros no opinaban así por ser la empresa muy árdua, hasta que por último determinó Alberto marchar contra Hulst, ciudad situada entre lagunas, cerca de la desembocadura del Escalda. Rudo fué el sitio, muchos los combates, y cuando los Españoles estaban ya en el adarve, el gobernador, conde de Solm, rindió la plaza por capitulacion (agosto). El archiduque marchó á Amberes y de allí á Bruselas, donde fué recibido con fiestas y regocijos. No fué tan feliz la caballería que enviara á Artois á las órdenes del marqués de Barambon; atacada por los Franceses que talaban el país acaudillados por el mariscal Byron, fué deshecha y su jefe quedó prisionero. Durante el resto de aquel año continuó la guerra con vária fortuna, pero sin suceso alguno notable.

La siguiente campaña (1597) se inauguró apoderándose el príncipe Mauricio de la plaza de Turnhout y el coronel Hernan Perez Portocarrero, gobernador de Doulens, de la importante ciudad de Amiens (10 de marzo). Asustado Enrique IV al ver al enemigo tan cerca de París, marchó inmediatamente á poner sitio á la plaza y reclamó de la reina Isabel los dos mil hombres estipulados en el último convenio; sin embargo, á tenor de sus acostumbrados hábitos de lentitud y exigencia, Isabel solo consentia en enviárselos bajo condiciones que Enrique no podia aceptar, é irritado este entonces, notificóle que por medio del legado pontificio se le habian dirigido proposiciones de paz muy ventajosas si separaba su causa de la de Inglaterra y que acabaria por aceptarlas. Isabel dejóse llevar por la cólera al recibir esta noticia, pero no por esto envió los socorros, y Enrique hubo de combatir solo la ciudad de Amiens, que por fin reconquistó en setiembre de aquel año, á pesar de haber ido á socorrerla el archiduque. Mauricio aprovechó la ausencia de Alberto y se hizo dueño de Rhinberg, de Meurs, de Groll y de Brevort. 1597

Como manifestara Enrique IV, el pontífice habia interpuesto su mediacion para establecer paz entre Francia y España, y á las negociaciones ya entabladas

A. de J. C. debióse el escaso vigor demostrado por Alberto en el socorro de Amiens. Felipe II, anciano y enfermo, arruinado (1), veia acercarse su última hora y no queria dejar á su sucesor el peso de tan porfiada guerra. Enrique IV por su parte, mal secundado por Isabel de Inglaterra y exhausto de recursos, inclinábase tambien á la paz á pesar de las excitaciones de su consejero Antonio Perez, conociendo que le convenia para afianzarse en el trono y poner algun órden y concierto en un reino que llevaba tantos años de anarquía. Esto fué causa de que las proposiciones de Clemente hallaran buena acogida en ambos soberanos, quienes enviaron sus representantes á las conferencias que se abrieron en Vervins, sin
1598 cesar por esto las hostilidades (8 de febrero de 1598), siéndolo del monarca español Juan Richardot, Juan Bautista Tassis y Luis Verriere, y por el francés Bellièvre y Sillery. Cerca de dos meses duraron las negociaciones, y en 2 de mayo firmóse el tratado de paz entre España y Francia; las condiciones estaban contenidas en treinta y cinco capítulos, y eran las principales la ratificacion del tratado de Cateau-Cambresis de 1559 y la restitucion recíproca de plazas, en lo que salia visiblemente perjudicada España, pues en cambio del Charolais y de un risco fortificado en el Rosellon que Coloma llama Opol, habia de devolver Calais, Ardres, Doulens, Catelet, la Chapelle y Blavet; Cambray, como ciudad que era suya, no habia de salir de su poder. Estipulóse además la libertad de los prisioneros de guerra de ambas partes, difirióse al arbitramento del papa la reclamacion de Enrique contra el Saboyano relativa al marquesado de Saluzes, y reservóse don Felipe proseguir por via amigable y por tela de juicio los derechos que su hija la infanta doña Isabel pudiera tener á algunas provincias de Francia. Antonio Perez, á pesar de lo que le prometiera su favorecedor Enrique IV, no fué incluido en el tratado. Este fin tuvieron, entre el aplauso y la alegría de los cansados pueblos de ambas naciones, los levantados planes de Felipe II respecto de Francia, para cuya realizacion habia gastado, si hemos de creer á varios historiadores, la enorme suma de treinta millones de ducados.

Asombra en verdad al leer las crónicas é historias de aquel tiempo el cúmulo de atenciones que pesaban sobre la monarquía española, y teniendo en cuenta los errores de los hombres, no sorprende que viniera poco despues al suelo desplomada. Además de las graves cuestiones, de los muchos asuntos en que se hallaba envuelta y que hemos explicado, vémosle dirigir veinte y cuatro galeras contra los Turcos que, á pesar de la tregua, infestaban anualmente las costas de Italia. Don Pedro de Toledo, marqués de Villafranca, general de las galeras de Nápoles, arribó á las costas de Morea, y desembarcando su gente delante de Patras, la entró á saco con gran matanza de Turcos y Judíos (1595). La escuadra que don Alfonso de Bazan mandaba en las costas portuguesas para proteger los galeones de Indias, peleó varias veces con ventaja contra los corsarios ingleses. Carlos de Mansfeldt fué enviado á Hungría con algunas compañías de infantes y caballos en auxilio del emperador atacado por los Turcos. Una embajada fué dirigida á Segismundo de Polonia para que cerrara á los Ingleses el

(1) Por aquel tiempo se negaron á prestar á Felipe II los comerciantes genoveses á causa de su decreto anulando de un golpe todos los contratos pendientes con los prestamistas y consignándoles rentas y situaciones, que aunque eran sobre lo mas bien parado de la real hacienda en Italia y España, dice Coloma, no les venia tan á pelo como el ir recibiendo intereses de intereses.

puerto de Dantzick (1597), y tambien intervino el rey católico en la contienda suscitada entre el papa y el hijo natural de Alfonso II de Ferrara. Para refrenar á los piratas moros fué enviado á África don Francisco de Toledo con veinte y cinco galeras (1598), y despues de recorrer aquellas costas quemando pueblos y destruyendo naves, volvió felizmente á Gibraltar.

En Portugal, luego que el archiduque Alberto fué nombrado para la silla arzobispal de Toledo y el gobierno de Flandes (1595), establecióse un consejo de regencia compuesto de don Miguel de Castro, arzobispo de Lisboa, Juan de Silva, conde de Portalegre, Francisco Mascareñas de Santa Cruz y Eduardo Castelblanco de Soboga, y por secretario Miguel de Moura, ínterin el rey enviaba un príncipe de su familia para gobernar aquel reino. Hallábase este tranquilo, cuando agitóle por algun tiempo un hombre oscuro, cierto Gabriel Espinosa, pastelero de Madrigal, aprovechando la conseja popular de que el rey don Sebastian no habia muerto. Fray Miguel de los Santos, fogoso partidario del prior de Crato, le persuadió de que intentara la empresa al ver en el mozo cierta semejanza con el rey difunto, y la farsa llegó tan adelante, que sedujo á una hija natural de don Juan de Austria, llamada doña Ana, monja en el convento de Agustinas de Madrigal, á la que se destinaba por esposa del impostor, haciendo cada dia mas ruido en Portugal y en Castilla (1594). Preso por último Espinosa y otros muchos que seguian su voz, el pastelero fué ahorcado en la plaza de Madrigal (1595), fray Miguel de los Santos sufrió igual pena en Madrid, doña Ana fué condenada á reclusion por algun tiempo, y otros presos á destierro, á galeras ó á azotes.

En aquel mismo año (1595) don Antonio, prior de Crato, murió en Paris reducido á una extrema indigencia, y así se afianzó mas la quietud del estado de Portugal.

Habia resuelto el rey casar á su hijo don Felipe con la archiduquesa Margarita de Austria, hija del archiduque Carlos y de María, hermana del duque de Baviera, y á su hija Isabel Clara Eugenia, la interesante jóven asídua compañera del rey en su vida laboriosa y taciturna, *la luz de sus ojos*, como él la llamaba, con el archiduque y cardenal Alberto, una vez obtenida del pontífice la correspondiente dispensa. Siguiendo el consejo de don Cristóbal de Mora, habia decidido además dar en dote á su hija la soberanía de los Paises Bajos, de la Borgoña y del Charolais, que por fin reconoció la imposibilidad de subyugar á los Flamencos por la fuerza despues de treinta años de porfiada lucha, y no queria dejar á su sucesor, en quien no veia con espanto ninguna de las dotes de un gran monarca, aquella guerra interminable. Por todo ello, pues, en 6 de mayo de 1598, pocos dias despues de haber celebrado la paz con Francia, firmó el acta de abdicacion de dicha soberanía en favor de su hija Isabel Clara y de su futuro esposo el archiduque Alberto, bajo las condiciones siguientes: que si su hija llegase á morir sin sucesion volviese el principado de Flandes al dominio de España; que sus sucesores habian de profesar la religion católica sin permitir el ejercicio de otra alguna; que si la soberanía recaia en hembra, casaria esta con el rey de España ó su heredero; que los sucesores de la infanta no contraerian enlace sin consentimiento del monarca español; que los nuevos soberanos impedirian á sus súbditos el comercio de las Indias, y que de no cumplirse cualquiera

de estas condiciones, volveria la soberanía de Flandes á la corona de España. En esta donacion el rey no se reservó otra cosa que poner entre sus títulos el de duque de Borgoña y la absoluta potestad de poder él y sus descendientes disponer de la órden del Toison como cabeza de la misma.

Gran alegría causó en las provincias fieles esta decision del rey en la que veian una prenda de próxima paz y bienestar, puesto que el archiduque habíase granjeado por sus excelentes cualidades el afecto general; mas las Provincias Unidas, aunque abrumadas de tributos y de calamidades é inclinándose algunos á la paz, consideraron aquello como un ardid del monarca para atraerlas á la obediencia, y continuaron la guerra. Dejado por Alberto el capelo cardenalicio y el arzobispado de Toledo, que se dió á García de Loaysa, con dispensa de la santa sede, comenzó á tratar de su partida obedeciendo á los mandatos de don Felipe, luego que llegaron á Flandes cinco mil soldados de nueva recluta bajo el mando de Sancho de Leiva y quinientos mil ducados para la paga de las tropas, y que reunidos en Bruselas los Estados generales (10 de agosto) hubieron jurado á los nuevos soberanos, causando siempre mayor admiracion, dice Coloma, ver que se consolase el rey católico de desmembrar así de su corona una joya de tanto precio. El cardenal Andrés de Austria, obispo de Constanza, primo hermano de Alberto, habia de quedar gobernando los estados y al ejército don Juan de Mendoza, almirante de Aragon. El levantamiento de algunos tercios por escasez de pagas en Amberes y otros puntos, retardó la marcha del archiduque por algunos dias, hasta que por fin marchó á Alemania seguido de gran cortejo de nobles y caballeros, desde donde habia de conducir á España á la prometida esposa del príncipe don Felipe.

Bullian aun en la mente del gran monarca español vastos proyectos contra el Inglés y el Turco, y afirma el embajador veneciano Vendramin que Felipe II pensó en los últimos años de su vida en hacer olvidar la dispersion de la Invencible y en apoderarse de Grecia y de Morea. Sin embargo, habia sonado la hora en que el poderoso rey habia de dar cuenta á Dios de su agitada vida y de su largo reinado y llevarse con él al sepulcro la grandeza y el poderío de España. Mas de veinte años hacia que le mortificaba la gota, y en los dos que precedieron á su muerte se le complicó con una fiebre ética que iba agotando sus fuerzas sin permitirle casi andar. Un humor hidrópico que se le manifestó, hinchóle las piernas y el vientre, y se le formaron malignas y dolorosas úlceras en las manos y en los piés, atormentándole con agudísimos dolores. En este mísero estado se encontraba cuando á últimos de junio, conociendo que su fin no podia estar distante, exigió que le llevaran al Escorial, queriendo, dijo, llegar vivo al lugar de su sepulcro. Un tumor maligno que se le presentó en la rodilla hizo necesaria la operacion, que sufrió el monarca con gran fortaleza de espíritu. No abandonaba ya el lecho, las llagas crecian cada dia, su cuerpo arrojaba fétidos humores que llenaban de hediondos olores la habitacion; una úlcera gangrenosa se le extendió desde la cintura hasta el cuello; multitud de gusanos se engendraron en las llagas sin que fuese posible extinguirlos, y así, postrado boca arriba, sepultado sin movimiento en la inmunda cloaca de su lecho, hubiera ofrecido el poderoso rey de España el espectáculo mas desgarrador y miserable á no ser la invencible fuerza de su ánimo contra tantos padecimientos. Nunca fué mas grande Felipe II

que en los cincuenta y tres dias en que de aquel modo pesó sobre él la mano de la justicia divina. Aunque dictó todavía algunas disposiciones para el gobierno de sus estados, la vida futura de su alma era lo que con preferencia y casi exclusivamente le ocupaba; con gran conviccion religiosa, con inmenso arrepentimiento de sus pecados discurria sobre su muerte próxima y quiso disponer por sí mismo cuanto en aquel caso habia de hacerse y entrar en los detalles de su sepultura. Ordenó que colocaran el ataud al lado de su lecho, dispuso que dentro de aquel féretro se pusiera otra caja de plomo, mandó traer los vestidos que habian de cubrirle, y solo en aquellos fúnebres cuidados parecia olvidar sus sufrimientos. Queria que le leyeran continuamente algun capítulo de la Sagrada Escritura sobre el artículo de la muerte, hacia frecuentes preguntas sobre ciertos pasages, y con los ojos fijos en las reliquias, crucifijos é imágenes de santos que cubrian las paredes y colgaduras de su aposento, pedia algunas de tiempo en tiempo para aplicarlas á sus llagas ó á sus labios descarnados. A su ruego concediole el nuncio la bendicion pontificia, confesó y comulgó repetidas veces, y por fin en 1.° de setiembre solicitó la extrema-uncion. Administrósela el arzobispo de Toledo don García de Loaysa, y á aquel solemne acto quiso el rey que asistiera su hijo *á fin de que viera en que pára todo*. Desde aquel dia dejó Felipe de entender en los negocios temporales del reino; el dia 11 de setiembre, dos dias antes de morir, llamó al príncipe y á su querida hija Isabel, y dirigióles tiernas exhortaciones para el buen gobierno de sus súbditos, para la defensa de la religion y para que no se apartase de su mente la memoria de aquel instante, que tambien para ellos habia de llegar. Hizo que le leyeran luego la pasion de Jesucristo segun san Juan, oyó la recomendacion del alma que le leia el prior del monasterio, y teniendo junto á la cama un cirio de Montserrat y el crucifijo que llevara á sus labios el emperador Carlos en su hora postrera, espiró tranquilamente el domingo 13 de setiembre á los setenta y un años de su edad y á los cuarenta y dos de reinado.

Su cuerpo, sencillamente amortajado, fué depositado con gran ceremonia en la bóveda por él mismo elegida, é hiciéronsele magníficos funerales en el Escorial, en Madrid y en todas las ciudades de España, lo mismo que en las primeras capitales de Europa.

Dejó Felipe varias disposiciones testamentarias, pero la última fué otorgada en Madrid en 1594; en ella y en los codicilos que á la misma añadió durante su última enfermedad, nombró por heredero de sus estados al príncipe su hijo y en sustitucion del mismo ó á falta de sucesion á la infanta Isabel, á la infanta Catalina de Saboya, y en último lugar á su hermana la emperatriz María y á sus sucesores en el órden legítimo. Encargó que se llevara á cabo el matrimonio de Isabel Clara con el archiduque Alberto y recomendó al príncipe heredero la defensa de la religion católica y la proteccion de la santa sede; rogóle que cuidara de su palacio del Escorial; dispuso que se diera libertad á quinientos cautivos, que se dotara á quinientas doncellas y que se dijeran por su alma treinta mil misas; ordenó otras mandas piadosas para socorro de viudas y fundaciones de hospitales, disponiendo además devolver á algunos reos sus confiscadas haciendas, entre otros á la familia de Antonio Perez, y nombró como ejecutores testamentarios al príncipe, á la emperatriz, á la infanta, al archiduque Alberto, al

prior del Escorial, á los presidentes de los Consejos, al arzobispo de Toledo, á don Juan Idiaquez, comendador mayor de Leon, y á don Cristóbal de Mora, conde de Castel-Rodrigo.

Habia tenido Felipe II de doña María de Portugal al príncipe don Carlos, muerto en 1568; de Isabel de Valois á la infanta Isabel Clara Eugenia, nacida en 1566, y á la infanta Catalina, nacida en 1567, casada con el duque de Saboya; de su cuarta esposa doña Ana de Austria tuvo al príncipe don Fernando, nacido en 1571 y muerto en 1578, á los infantes don Carlos y don Diego, que murieron tambien niños, y á don Felipe, que le sucedió en el trono, nacido en 14 de abril de 1578.

Esta es, con la extension que permite la índole de nuestro trabajo, la historia de España durante el reinado de Felipe II, que como en tiempo de Carlos I puede decirse que es la de la Europa entera; esta es la historia de la monarquía que, formada del todo y robusta ya en Castilla, aunque no del todo planteada en los reinos de Aragon, extendió sus poderosos brazos á todas las regiones del mundo conocido. Por esto, por la misma magnitud de sus destinos, por la lucha trascendental que Europa presenció entonces, ha sido objeto el monarca que ocupaba el solio español de muy opuestos y apasionados pareceres, que aun ahora dividen á los historiadores sobre el terreno candente de las cuestiones religiosas, si bien conocidas hoy con otros nombres, manifestando así la engañosa ilusion de aquellos hombres que se lisonjean de haber muerto para siempre semejantes contiendas, como si el alma humana pudiera nunca vivir en el materialismo á que ellos la condenan. Felipe II es aun ahora objeto de tan ardientes juicios como en aquellos tiempos en que le llamaban los protestantes de Alemania *el demonio del mediodía;* evidente prueba de su real grandeza y de las vitales cuestiones en que se halló complicado. Lejos de nosotros la idea de justificar en todos sus actos la política muchas veces artera y doble del gran monarca español, resultado de las maquiavélicas doctrinas en su tiempo difundidas; pero líbrenos Dios tambien de imitar á aquellos autores que ven en cada uno de sus pensamientos un delito, un desacierto en cada uno de sus actos; nuestra conciencia no nos permite escribir así la historia.

Como hemos tenido ocasion de observar varias veces en el decurso de nuestro relato, Felipe II aborrecia y era ignorante de las cosas de la guerra tanto como su padre las amaba y entendia; si este abrazaba con ardor las grandes empresas, con el mismo las evitaba su hijo, y si aquel gustaba de inmensos proyectos para fundar la grandeza de su nombre y de sus pueblos, este, que subió ya al trono mas grande del mundo, dirigió todos sus conatos, no á aumentar su poderío, sino á impedir que otros lo eclipsaran. En el interior procuró Felipe crear intereses generales, destruir el espíritu de localidad, en una palabra, imprimir á su gobierno el mismo carácter que tenian el de Francia y el de Inglaterra en aquel siglo, deseoso de imperar como aquellos soberanos sobre una nacion unida y compacta. No emprendió nada, en verdad, contra las leyes de Cataluña y de las provincias Vascongadas, y aun en Aragon no consumó del todo la obra niveladora; mas preparó el camino á sus sucesores enlazando por medio de matrimonios las familias mas poderosas de Castilla, Aragon, Cataluña y Navarra. Empleó Portugueses en Castilla, Españoles en Portugal, Vizcainos y

Gallegos en Valencia, esforzándose así por disminuir las antipatías y rivalidades que dividian aun á los varios reinos de España, como mas tarde diremos, oponiéndose á sus proyectos de centralizacion en perjuicio de la autoridad real, que era la senda á que de mucho tiempo, como ya sabemos, venian los pueblos abocados, senda peligrosa, que al conducirnos á la centralizacion moderna puede precipitarnos en el caos. Paz, órden, autoridad en el interior de sus estados, prepotencia en el exterior, asegurado todo con el mantenimiento y exaltacion de la fé católica, así puede sintetizarse la política de Felipe II.

La sincera piedad del rey, los servicios que prestara á la causa católica habíanle granjeado el amor y la adhesion del clero de sus dominios, que, como hemos dicho, sirvióle durante su reinado con cuantiosos subsidios. Su influencia habia sido tambien omnipotente en la corte de Roma hasta la elevacion de Sixto V; entonces empezó á crecer en Roma la llamada *fazione francese*, y este fué uno de los sinsabores que mas acibararon los últimos años del monarca.

Felipe II, rey exclusivamente español, solo á Españoles confiaba por lo general los mas altos puestos de su imperio, y así fué como la nobleza volvió á acercarse á las gradas del trono. Los nobles mandaban los ejércitos en el exterior, eran enviados en calidad de vireyes á Nápoles, á Sicilia, á Milan y á las provincias del Nuevo Mundo, pero rara vez eran llamados á desempeñar funciones civiles ó militares en el interior del país. Sin poder político de ninguna especie, los magnates vivian en sus posesiones como meros caballeros; su fausto no inspiraba ningun recelo al rey, quien gustaba por el contrario de verles gastar sus rentas con una prodigalidad que fué para muchos el principio de su ruina. La nobleza de segundo órden los abandonó poco á poco y pasó el mar, se dedicó á la Iglesia ó se puso á sueldo del rey. El pueblo, ya lo hemos dicho, aunque se impacientaba á veces por los tributos que pagaba, sentia su amor patrio satisfecho al considerar el poderío de España, veia con entusiasmo las guerras que se emprendian en defensa de la fé católica, y amaba y respetaba hasta el fanatismo al taciturno Felipe II que era, repetimos, encarnacion viva de las aspiraciones nacionales.

El rey era limitado y parsimonioso en sus donaciones y recompensas, nos dice el embajador veneciano Nani, que le vió en sus últimos años; era tambien tardo y lento en resolver las cuestiones de importancia, y profesaba la máxima política de que el tiempo entra por mucho en los sucesos humanos... Decia que en la guerra no habia de arriesgarse el resultado de las empresas á los azares de las batallas decisivas, y esto á pesar de conocer por experiencia las enormes sumas que exigian las luchas prolongadas. Poco le importaba esto esperando siempre mayor beneficio fatigando al enemigo, y así hemos visto que nunca se resolvió á terminar por completo la guerra de Flandes aplicando á ella los esfuerzos de su poderío. Su política en Francia consistió en mantener las provincias desunidas, los ánimos en lucha, los príncipes en rebelion, los pueblos en alzamientos y aniquilar así las fuerzas de aquella corona. A intentar un gran esfuerzo, á invadir por varias partes aquel reino con sus numerosos soldados, las discordias de la nacion francesa habrian tenido quizás muy distinto resultado... En las grandes cosas, en las guerras, en sus magníficas construcciones, en los secretos agentes que mantenia en todas las cortes extrangeras no escaseó el oro, así es

que á su muerte dejó la corona cargada de deudas y de toda clase de compromisos, á pesar de sus inmensas riquezas (1)... Por carácter era cauto en sus palabras, lento y reflexivo en las resoluciones, paciente, flemático y melancólico; jamás se le vió encolerizado, y manifestóse en apariencia indiferente á la próspera y adversa fortuna (2). Extremadamente reservado en sus costumbres privadas y rígido observador de la etiqueta en palacio, gustaba de correr las calles de incógnito con unos pocos servidores y de meditar solo ó con algunos amigos de preferencia sin querer entonces oir hablar de negocios. El, que fué mas rey que ninguno de sus antecesores, sentia tambien la necesidad de deponer de vez en cuando el enorme peso con que la Providencia y su carácter le habian cargado, y de tomar aliento.

Felipe II usaba con gran prudencia del inmenso poder de que se hallaba investido; su sistema minucioso de gobierno tanto como su natural receloso le obligaban á servirse de hombres que diferian por sus miras y talento y á quienes dividia la ambicion; naturalmente severo y suspicaz, jamás concedia su confianza por completo y nadie advertia la pérdida de su favor hasta que recibia el golpe. A todos los funcionarios del estado habia extendido una admirable policía que le enteraba de sus menores faltas, y dotado de una memoria prodigiosa, tenia presentes aquellos informes para los ascensos, sorprendiendo no pocas veces á sus consejeros con la singularidad y exactitud de sus noticias. En los nombramientos viósele anteponer siempre la ciencia á la cuna, la virtud á la nobleza de sangre, y así se explica en parte el gran número de hombres eminentes que sobresalieron en todos los ramos. Infatigable en el trabajo de bufete, asíduamente ocupado en el despacho de los negocios, diligente, expedito y activo, llevando siempre en sus viages su cartera de papeles, atento á todo y dotado de una comprension maravillosa, en dos horas de despacho daba trabajo para mucho tiempo á todos sus secretarios. Desde la catástrofe de su primer hijo sobre todo entregóse al trabajo con un ardor inaudito; no ha habido rey que haya escrito tanto como Felipe II; todo lo veia, todo lo anotaba, todo lo corregia y adicionaba, y los archivos de Simancas, de los Paises Bajos y de cuantos paises estuvieron sometidos á su dominacion conservan todavía innumerables huellas de su índole laboriosa y paciente.

Esto no excluia en Felipe la aficion y el cultivo de las bellas artes; conocedor en pintura, gustaba sobre todo de la arquitectura, cuyos principios habia estudiado mucho. En esta parte ningun príncipe de su tiempo dió como él tantas pruebas de gusto y de magnificencia; la casa de la moneda en Segovia, el Pardo, Aranjuez, el alcázar de Madrid, la Armería Real y otros notables monumentos que adornaron su nueva corte fueron levantados ó considerablemente embellecidos por órden suya. La península española se cubrió de edificios públicos civiles, militares y religiosos, elevados bajo la proteccion del monarca, y no fué solamente España la que atrajo su atencion: á medida que sus ejércitos adelantaban por las regiones semi-civilizadas del Nuevo Mundo, templos y fortalezas levantábanse al paso de los conquistadores.

(1) La deuda de España que al advenimiento de Felipe II ascendia á treinta y cinco millones de ducados, importaba á su muerte cien millones.

(2) *Relaciones de los embajadores venecianos en el siglo* XVI, París, 1862.

Y no fué esto solo; en el reinado de aquel monarca á quien, segun Lafuente, «deleitaba el fulgor de las hogueras y que veia con gusto al Santo Oficio encadenar y comprimir el pensamiento, sujetar y avasallar las ideas, perseguir y humillar á los hombres mas eminentes en ciencias y en doctrina,» fundóse el archivo de Simancas, asegurando así á los futuros escritores el mejor medio de orientarse en los oscuros y tortuosos pasages de la historia de su reinado; dióse comision á Antonio de Gracian para comprar las obras del Tostado, á Arias Montano para la adquisicion de códices hebráicos en Roma, y á otros sabios varones para buscar en todos los reinos extrangeros los libros exquisitos, así impresos como de mano, para traerlos á las librerías españolas; hízose en Amberes bajo la direccion del mismo Arias, por encargo especial del rey, la famosa edicion de la *Biblia polyglota* por haberse agotado ya los ejemplares de la *Complutense;* la literatura llegó á su apogeo, y escribieron Cervantes, fray Luis de Leon, fray Luis de Granada, Herrera, Mendoza, Mariana, Lainez, Zurita, Lope de Vega, Ercilla y tantos otros cuyas obras son veneradas como modelos por cuantos cultivan las letras. En aquel reinado, que algunos nos pintan de brutal y feroz despotismo, se publicaban y difundian sin temor alguno obras en que se sostenian teorías políticas que hasta en el siglo actual se juzgarian en exceso atrevidas: nunca como entonces, restos de la libertad antigua, se habló á los reyes con mas libertad, nunca se condenó la tiranía con voz mas atronadora, nunca se proclamaron doctrinas mas populares.

Hase dicho por algunos que Felipe II fundó en España una nueva Inquisicion mas terrible que la del tiempo de los reyes católicos, y hasta llega á dispensarse á la de estos cierta indulgencia que no se ha concedido á la de aquel; error gravísimo en cuanto Felipe II encontró ya la Inquisicion establecida en Castilla como un tribunal que se apoyaba en las costumbres del país y en el afecto popular. Tan imposible hubiera sido reinar entonces sin él como á los actuales monarcas destruir alguna de las instituciones encarnadas en la vida de los pueblos. Felipe II no hizo mas que continuar la obra empezada por sus antecesores y dirigir contra los protestantes el mismo rigor que en los anteriores reinados se habia desplegado contra los judaizantes y moriscos. Al igual que al tratar de la Inquisicion en tiempo de los reyes católicos, deploramos aquí las cruentas disposiciones á que apeló el tribunal del Santo Oficio; pero historiadores y no abogados de ninguna causa ni interés particular, no podemos menos de recordar los benéficos resultados que para España produjo esta política, si se comparan con los que presenciaron las demás naciones europeas. La historia de las pasiones religiosas en el siglo XVI es menos horrible en España que en Francia, que en Inglaterra, que en ninguna de las naciones europeas; no hubo aquí incendios de pueblos, no hubo matanzas generales, no hubo guerras civiles, ni proscripciones y suplicios en masa, y bajo este punto de vista, repetimos, la historia no puede menos de complacerse, aun lamentando el precio á que se compraba, con el agradable contraste que con las demás ofrecia nuestra patria en el siglo XVI y en el reinado de Felipe II.

Toda revolucion, dice Balmes (1), ó destruye el poder atacado, ó le hace

(1) *El Protestantismo comparado con el Catolicismo en sus relaciones con la civilizacion europea*, c. XXXVII.

mas duro y severo. Lo que antes se hubiera juzgado indiferente, se considera como sospechoso, lo que en otras circunstancias solo se hubiera tenido por una falta, es mirado entonces como un crímen. A este principio y á los gravísimos síntomas que se observaban en España manifestando que el luteranismo estaba haciendo prosélitos, á los esfuerzos de los protestantes para introducir en ella sus libros y emisarios y á la experiencia de lo que estaba sucediendo en otros paises, agravado todo con la particular situacion política en que España, rodeada de enemigos, se encontraba, debe de recurrirse para comprender y apreciar bajo su verdadero punto de vista la suspicacia y severidad desplegadas por la Inquisicion y por el gobierno de Felipe II. Alarmados los ánimos, el menor indicio de error, sobre todo en personas constituidas en dignidad, causaba inquietud y sobresalto, y á esto se debió la famosa causa formada al arzobispo de Toledo fray Bartolomé de Carranza, las persecuciones de Arias Montano y de Melchor Cano, y los padecimientos del insigne fray Luis de Leon y de otros varones ilustres de aquellos tiempos.

Cuantas faltas pudo cometer en su reinado el hijo de Carlos V, espiólas sin duda cruelmente al observar en los últimos años de su vida la decadencia á que se encaminaba la gran monarquía que habia heredado. Su marina habia dejado de ser el terror de los mares, el oro del Nuevo Mundo cesó de enriquecerla, pues únicamente atravesaba la Península para ser llevado á otras naciones; la industria y la agricultura decaian, y la emigracion á América, de que hemos hablado en el reinado de Carlos I, no disminuyó, antes aumentó en el de Felipe II, que era mayor cuanto aquí escaseaban mas los medios de vivir con desahogo (1). Para colmo de desventura Felipe II veia pasar el cetro á manos sin vigor é inhábiles, y cuéntase que en los últimos dias de su vida exclamó varias veces con amargura: «Dios, que me ha hecho gracia de tantos estados, me niega un heredero capaz de gobernarlos.»

No nos hemos propuesto, muy lejos de ello, hacer la apología del rey á quien sus contemporáneos llamaron *el Prudente*, sino escribir su historia y emitir sobre él nuestro dictámen, en lo posible imparcial y desapasionado. Los errores en que incurrió, los defectos de su carácter, los vicios de su gobierno expuestos quedan para manifestar cuanto exageró en su tiempo la grandeza del rey la adulacion cortesana; sin embargo, patentes están tambien la importancia, las glorias de este reinado que colocan á Felipe II junto á su padre Carlos, aunque en lugar distinto, para compartir con él la admiracion de las generaciones futuras. Los protestantes, los racionalistas de todas las escuelas, extrangeros y españoles, estos arrojando al fango las mas grandes glorias de España como nacion, los anatematizan y lanzan sobre sus frentes, en vez de una aureola de luz, una mancha de ignominia, y esto que entre unos y otros, en cuanto á régimen político, en cuanto á tendencias de absolutismo, en cuanto á ideas niveladoras y de centralizacion, hay mas analogía de lo que parece. No pueden perdonarles haber sido invencible escollo, acérrimos enemigos de sus sistemas religiosos y sociales, haber sido, en una palabra, los instrumentos de que se sirvió la Providencia para

(1) Calcula un estadista que la colonizacion del Nuevo Mundo costó á España en menos de dos siglos cerca de treinta millones de habitantes.

salvar al catolicismo en Europa. Y aquel fué para nosotros, entre los mil que pudieron cometer en los complicados negocios en que intervinieron, el principal error de aquellos soberanos, error no imputable, en cuanto no alcanzaba la prevision humana á adivinar sus resultados y en cuanto lo recibieron por herencia de sus antecesores: no vieron que con preparar la destruccion de todas las fuerzas nacionales para concentrarlas en el trono, preparaban el camino á aquellos que habian de hacer servir sus mismas ideas políticas de absorcion y de absolutismo á la realizacion de planes del todo distintos de los suyos. No imitemos, empero, la conducta de esos hombres que así se muestran ingratos con aquellos que allanaron las vias de su triunfo y de nuestra derrota, y ya que desgraciadamente nada nos queda sino grandes recuerdos, no los condenemos al desprecio, diremos con Balmes, que estos recuerdos en una nacion son como en una familia caida los títulos de su antigua nobleza: elevan el espíritu, fortifican en la adversidad, y alimentando en el corazon la esperanza, sirven á preparar un nuevo porvenir.

CAPÍTULO X.

Felipe III.—Su proclamacion.—El marqués de Denia, despues duque de Lerma.—Cortes de Madrid.—Bodas del rey y de la infanta Isabel en Valencia.—Cortes de Barcelona.—Felipe III en Zaragoza.—Regresa á Madrid.—Alberto é Isabel marchan á los Paises Bajos.—Guerra en aquel reino.—Batalla de Nieuport.—Frustrada expedicion de los Españoles á Irlanda.—Expediciones contra los Berberiscos.—Embajada española á Persia.—Muerte de la reina Isabel.—Paz entre España é Inglaterra.—Sitio de Ostende.—El marqués de Espínola.—Capitulacion de la plaza.—Traslacion de la corte á Valladolid.—Apuros del erario.—Funestas disposiciones para remediarlos.—Exposicion de los diputados vizcainos en defensa de sus fueros.—Otro falso don Sebastian en Portugal.—Cortes de Valencia.—Operaciones del marqués de Espínola en los Paises Bajos.—Tratos de paz.—Conferencias de la Haya.—Se trasladan á Amberes.—Tregua de doce años.—Reconócese la independencia de las Provincias Unidas.—Nacimiento del príncipe don Felipe.—La corte vuelve á Madrid.—Indolencia de Felipe III.—La Consulta del rey.—Desórden en el gobierno.—Cortes de Madrid.—Es jurado en ellas el príncipe don Felipe.—Expediciones á Africa.—Definitiva expulsion de los Moriscos españoles.

Desde el año 1598 hasta el 1610.

Solo con la paz, solo dirigiendo á la vida interior todas las fuerzas de la nacion podia España salvarse; solo un monarca que así lo comprendiera y tuviese capacidad y entereza bastantes para ejecutarlo podia dirigir la nave del estado y conducirla al puerto en medio de la borrasca con que empezaba á verse combatida. Sin embargo, faltó sosiego, la nacion continuó gastando su vida por distantes territorios, el rey siguió igual senda que su antecesor, aunque desamparado de su genio y de su fortuna, y España se precipitó por la pendiente en que la retenia con trabajo la vigorosa diestra de Felipe II. Reconozcamos, empero, llevados por la justicia, la inmensa dificultad de que abdicara de pronto nuestra patria el importante papel que en Europa venia desempeñando, de que dejara de atender con sus brazos y con su oro á sus inmensas posesiones, así como tambien la imposibilidad de que se conservara por mucho tiempo en el prepotente lugar á que se habia elevado, entre el movimiento que al constituir poderosas naciones en Francia, en Inglaterra, en Alemania, tendia á establecer en Europa el equilibrio á que ha llegado en los últimos años de la época moderna. Ante el doloroso espectáculo que como Españoles vamos á presenciar, atribuyamos gran parte de responsabilidad y de culpa á la impericia de los gobernantes, que no supieron ó no pudieron superar las dificultades y los peligros de las circunstancias; mas no se la demos toda: parte de ella debe de atribuirse á la fuerza invencible de las cosas.

Espirado el luto de la corte y cumplidas las fúnebres ceremonias en obsequio del último rey, su hijo Felipe III, que contaba apenas veinte y un años, fué proclamado rey de las Españas, tremolándose los pendones segun la costumbre de la nacion. Virtuoso y pío desde sus juveniles años, afable, franco y apacible, el nuevo rey era sin embargo indolente, de carácter muy blando y no tenia ninguna de las vigorosas cualidades de entendimiento y de alma que necesitaba aquel que hubiese de colocar en sus sienes tan pesada corona. En vano habia querido su padre adiestrarle desde muy jóven en la gobernacion del Estado, haciéndole asistir á los consejos y mandando que de todo se le diera cuenta; *temo que le han de gobernar*, dijo aludiendo á su sucesor el anciano rey cuando se hallaba padeciendo su última enfermedad, y estas palabras de Felipe II son toda la historia de Felipe III. A. de J. C.

Don Francisco de Sandoval y Rojas, marqués de Denia y despues duque de Lerma, su primer escudero, fué el elegido por el rey para regir en su nombre los destinos de la vasta monarquía; bajo un aspecto apacible, ocultaba el favorito una ambicion insaciable, á la que distaba mucho de unir la inteligencia, la instruccion y la firmeza necesarias para el alto puesto que ocupaba. El nuevo ministro se apresuró á distribuir entre sus deudos y parciales los cargos y las dignidades mas importantes del reino, destituyendo á los que antes las tenian en contra de la voluntad expresada por el último monarca, y á crear nuevos oficios y plazas aumentando sueldos y pensiones á pesar de los apuros del erario. Dotando conventos, fundando hospitales y levantando iglesias y ermitas, el marqués logró conciliarse en los primeros momentos la estimacion del clero, pero la nacion, acostumbrada á la rigidez y laboriosidad de Felipe II, vió con disgusto que su hijo no era mas que el instrumento de la voluntad del valido. Don Cristóbal de Mora y don Juan Idiaquez, recomendados especialmente por Felipe II á su hijo, quedaron privados de toda intervencion en los asuntos del Estado, y el primero fué enviado á Portugal en calidad de virey á fin de alejarle de la corte.

En tanto el archiduque Alberto y la princesa Margarita, procedentes de Alemania, habian llegado á Italia, dirigiéndose á España donde habian de celebrarse sus bodas con la infanta Isabel Clara y con el rey don Felipe. En Ferrara verificáronse los desposorios por mano del pontífice con gran suntuosidad (13 de noviembre), y por Lombardía llegaron los príncipes á Génova y poco despues á Vinaroz en las costas españolas (28 de marzo de 1599). El rey habia permane- 1599
cido en Madrid hasta últimos de enero presidiendo las cortes de Castilla de las que obtuvo un servicio extraordinario de ciento cincuenta cuentos además del ordinario, con otros ciento cincuenta para chapines de la reina, y pasando por Denia llegó á Valencia en 19 de febrero con corte numerosa y lucida, sucediéndose sin interrupcion las fiestas, cacerías, mascaradas y saraos. El marqués de Denia fué encargado por el rey de ir á cumplimentar á Margarita á Vinaroz; en 18 de abril hizo la reina su entrada pública y solemne en Valencia, y aquel mismo dia se ratificaron los dos matrimonios, el del rey don Felipe con Margarita de Austria y el del archiduque con la infanta doña Isabel. El rey juró en la iglesia mayor los privilegios é inmunidades de la nacion, y por espacio de muchos dias la ciudad del Turia se entregó á contínuos regocijos. La jornada costó al rey novecientos cincuenta mil ducados, y el marqués de Denia gastó

mas de trecientos mil, sin contar las joyas que regaló á la comitiva de la reina y del archiduque. Este gran fausto en medio de los apuros que abrumaban al erario público, acabó de consumar la ruina de la nacion.

De Valencia marcharon los reyes á Tarragona y Barcelona, donde entraron con gran magnificencia despues de permanecer algunos dias en el monasterio de Montserrat (junio). En esta ciudad celebró Felipe cortes á los Catalanes, quienes despues de prestar al rey juramento de fidelidad y de recibir de él el de conservar las leyes é inmunidades del país, le sirvieron con un millon de ducados y con cien mil á la reina, regalando además diez mil al ministro y favorito (1). En Barcelona despidiéronse los reyes de los archiduques Alberto é Isabel, que debian embarcarse en este puerto para los Paises Bajos, y otra vez por Valencia y Denia marcharon á Zaragoza en cumplimiento de la promesa que hicieran á los Aragoneses. Tambien allí los recibieron con grande alegría (11 de setiembre), mayormente cuando hubo publicado el rey un perdon general por los sucesos pasados, del cual exceptuó solo á dos ó tres caballeros que á la sazon se hallaban prófugos en Francia; el difunto conde de Aranda fué declarado por fiel caballero y leal vasallo, devolviéronse á su hijo sus títulos y estados, quitáronse de las puertas de Zaragoza y del palacio de la diputacion las cabezas de los ajusticiados en 1591, y juró Felipe III mantener y guardar los fueros del reino segun habian sido modificados por las cortes de Tarazona. Con esto fué indecible el alborozo de los Aragoneses, y despues de pedir al rey, que tan propicio se les mostraba, la extincion del tribunal del Santo Oficio, considerado en estos reinos como una institucion extraña, sirviéronle con doscientos mil ducados, con diez mil á la reina, y con varias cantidades al marqués de Denia, á Pedro Franqueza y á otros secretarios. Y no eran estos solos los actos de clemencia que practicara el nuevo soberano: la viuda y los hijos de Antonio Perez habian sido puestos en libertad, y el antiguo secretario de Estado esperaba que, merced á tan benévolas disposiciones, se abririan para él muy pronto las puertas de la patria.

Volvieron los reyes á Madrid en diciembre de aquel mismo año, despues de haberse solazado algun tiempo por los sitios reales, y tambien la capital de la monarquía castellana excedióse á sí misma en las fiestas de su recibimiento. Crecia en tanto visiblemente el favor del ministro en quien acumulaba el rey dignidades, honores y riquezas; dióle entonces el título de duque de Lerma; sus enemigos ó émulos habian desaparecido todos de la escena política, entre otros el presidente Rodrigo Vazquez de Arce; su hijo y su nieto fueron hechos conde y marqués, y cada dia nuevas villas y lugares aumentaban la colosal fortuna del valido.

Los archiduques Alberto é Isabel habíanse embarcado en Barcelona (7 de junio) en las galeras de Doria, y por Génova, Milan, Saboya y Borgoña dirigídose á los Paises Bajos. Continuaban allí guerreando las tropas españolas al mando del almirante de Aragon, pues aun cuando aquellos estados hubiesen salido del dominio de España, era evidente que esta no podia abandonar á Alberto á sus propias fuerzas so pena de quedar tal vez ilusoria la donacion de Felipe II. Antes de partir habia dispuesto el archiduque que se ocuparan ambas orillas del

(1) En estas cortes se declaró como supletorio el derecho romano y canónico.

Rhin y que llegado el invierno se alojaran las tropas en país enemigo, ó cuando A de J. C.
menos en tierras neutrales, á fin de que no se mostrasen exigentes los soldados en la reclamacion de las pagas, y en cumplimiento de estas órdenes don Juan de Mendoza llevó su ejército, compuesto de diez y nueve mil infantes y dos mil quinientos caballos, todo gente veterana, á la comarca de Orsoy, en el Rhin, y puso sitio á la plaza de Rhinberg, que se rindió despues de un corto cerco, por haber volado un almacen de pólvora causando la muerte al gobernador y á toda su familia (14 de octubre de 1589). Las ciudades inmediatas siguieron igual ejemplo, y con esto halláronse dominando los Españoles en los paises neutrales de Cléveris y Westfalia, pertenecientes á Alemania, en los cuales se alojaron con el acostumbrado cortejo de excesos y atropellos que acompaña á los ejércitos. De ahí pasó el almirante en la próxima campaña (1599) contra la isla y la ciudad de Bommel, en cuya defensa acudió el príncipe Mauricio, si bien con escaso resultado. Tampoco lo consiguió muy grande don Juan, y la primavera y el estío de aquel año pasáronse en combates sin éxito decisivo, á pesar de haber recibido el príncipe numerosos refuerzos de los hugonotes de Francia. Por aquel entonces entraron en campaña con veinte y cinco mil hombres de tropas al mando del conde de Lippe los príncipes alemanes del círculo de Westfalia, deseosos de vengar la violacion de su territorio cometida por los soldados del almirante; pero la indisciplina, los desórdenes y la confusion disolvieron su ejército delante de Rhinberg sin haber hecho cosa de importancia en aquel tardío y mal combinado movimiento (noviembre).

En 3 de setiembre llegaron los archiduques Alberto é Isabel á Nuestra Señora de Hal, en las inmediaciones de Bruselas, y allí salió el cardenal Andrés á felicitarlos y á darles razon del estado en que se hallaban las cosas de aquel gobierno. Díjoles, con satisfaccion de Alberto, que se habian empezado negociaciones para conseguir la paz con Inglaterra, y en seguida despidióse de su primo para volver á su obispado de Constanza. Los archiduques hicieron su solemne entrada en Bruselas en medio de fiestas y regocijos, y Alberto comenzó á tomar las riendas del gobierno repartiendo algunos premios entre los mas calificados de sus vasallos. Las sediciones militares que estallaron entre las tropas que volvian de la campaña hicieron infausto el principio de su reinado, y el contento público disminuyó no poco al observarse que los príncipes, en contra de la usanza del país, adoptaban en su corte los trages y costumbres españolas. Allanadas las dificultades opuestas por algunas ciudades que solicitaban la salida de las tropas extrangeras, Alberto é Isabel fueron jurados con gran solemnidad en Bruselas el dia 30 de noviembre y despues en Malinas y en Amberes, pasando en seguida á las principales ciudades del condado de Flandes á fin de proceder á igual ceremonia.

El príncipe Mauricio, sin desalentarse por lo crudo del invierno, entró en
campaña á principios de enero del año 1600, y despues de tomar algunas plazas 1600
de la provincia de Güeldres, tuvo la fortuna de apoderarse, por traicion de sus guardadores alemanes y walones, de la importante fortaleza de San Andrés, levantada poco antes por el cardenal de Austria en la confluencia del Mosa y del Vaal. Los tratos de paz de antes entablados suspendieron por un momento las operaciones de guerra, mas las conferencias tenidas en Bergh-op-Zoom y en Boulogne para tratar de un acomodamiento ningun resultado produjeron así

porque los diputados de las Provincias Unidas se manifestaron resueltos á no ceder un punto de su independencia, como porque Isabel de Inglaterra estaba persuadida de cuanto convenia á sus intereses y propia tranquilidad el fomento de la guerra.

Frustradas, pues, las negociaciones, el príncipe Mauricio penetró en Flandes con quince mil infantes y dos mil quinientos caballos, apoderóse de algunos fuertes mal guardados y puso sitio por tierra y por mar á la plaza de Nieuport (junio). Gran trabajo costó á los archiduques reunir las fuerzas suficientes para acudir al peligro, pues las tropas andaban aun amotinadas por falta de pagas; mas por fin pudieron juntar doce mil infantes y mil doscientos caballos que dirigieron hácia la ciudad amenazada. Alberto é Isabel salieron de Gante al encuentro de aquel ejército, é Isabel, que se presentó á caballo delante de las filas, despertó en todos los pechos guerrero entusiasmo. Su esposo tomó el mando de la hueste, y ella volvió á Gante, poseida de confianza en el triunfo de los suyos.

Y en efecto, felices fueron en un principio las armas de los Españoles; su vanguardia recobró los puestos fortificados inmediatos á la plaza, con no poco estrago de los enemigos, y deshizo un cuerpo de dos mil infantes escoceses que ocupaban las lagunas á las órdenes de Ernesto de Nassau. En vista de estos buenos sucesos determinóse provocar al enemigo á una batalla decisiva, siguiendo en esto el archiduque el consejo de Claudio Barlota, hombre intrépido, pero de inconsiderada audacia, y desoyendo el dictámen del maestre de campo valenciano Gaspar Zapena, muy entendido y experimentado en las cosas de aquella guerra. Superior el enemigo por sus posiciones y por el número de sus tropas y artillería, la victoria se declaró por él luego de empeñado el combate; las arenas de las Dunas, el ardiente sol de julio y un viento impetuoso daban en rostro á los Españoles neutralizando los efectos de su valor y resolucion, y su derrota fué completa. Alberto, que volaba á todas partes con la cabeza descubierta para ser conocido por los suyos, fué herido y hubo de ser retirado del campo de batalla; el almirante de Aragon quedó prisionero, é igual suerte sufrieron otros ilustres capitanes. Muchos fueron los muertos de una y otra parte, y además los Españoles perdieron cien banderas con toda su artillería, bagages y municiones. Empeñóse este desgraciado combate cerca de Nieuport y es conocido con el nombre de batalla de las Dunas. Despues de la derrota Alberto marchó á Brujas donde se juntaban las reliquias del ejército y de allí á Bruselas, en tanto que don Luis de Velasco, general de la artillería española, que no habia entrado en la accion, se introducia en Nieuport con víveres y tropas, quitando así á Mauricio toda esperanza de apoderarse de la plaza. Escasos fueron los resultados que reportó el príncipe de la victoria alcanzada; de ella no sacó mas fruto que muchos prisioneros, y embarcando su ejército, se volvió á Holanda, despues de haber sido tambien rechazada su tentativa contra el fuerte de Santa Catalina en las inmediaciones de Ostende.

Otros encuentros por mar y tierra sucedieron por aquel tiempo entre Españoles y Holandeses, sin que por su escasa importancia hayan de referirse minuciosamente. Federico Espínola con cuatro galeras y los navíos corsarios de Dunkerque corria el Océano y causaba á los enemigos muy graves molestias, mientras que ellos á su vez, unidos con los Ingleses, se vengaban infestando las costas

todas de los dominios españoles ó asaltando á las flotas que llegaban de Indias. A. de J. C
Reponíase el archiduque del anterior descalabro y habia recibido con extremado gozo el refuerzo de los tercios de Italia, cuando Mauricio salió otra vez á campaña y puso cerco á Rhinberg, defendida por el capitan Luis Dávila con mil doscientos Españoles (1601). Tanto para distraer al enemigo, como por ser intento 1601
ya de antemano resuelto y de cuyo logro pendian grandes esperanzas, cavó Alberto contra la ciudad de Ostende, y dió principio á uno de los mas famosos cercos de que hacen mencion los anales modernos.

Las hostilidades de Ingleses y Holandeses tenian aterrorizadas nuestras ciudades del Océano, y mas aun las de nuestras islas y posesiones ultramarinas. Era, pues, urgente tomar una medida que rehabilitase el caido prestigio de España, y el duque de Lerma en 1601 equipó una armada de cincuenta naves que encomendó á don Martin de Padilla para que hostilizara las costas de Inglaterra y llevara socorros á los alzados de Irlanda. Tan desgraciada esta expedicion como las anteriores fué dispersada por una tormenta apenas hubo salido á alta mar, y perdidas muchas naves y gran número de gente, hubo de volver á los puertos de España sin haber visto al enemigo. En el siguiente año (1602) repi- 1602
tiéronse los preparativos, y armóse otra numerosa escuadra, la cual, á las órdenes de don Diego Brochero, hízose á la vela llegado que fué el mes de agosto. Iban en ella seis mil hombres de desembarco al mando de don Juan de Aguilar, y esta vez pudieron arribar á su destino, aunque el éxito definitivo habia de ser tan desgraciado como el de las expediciones anteriores. Desembarcadas aquellas fuerzas en Kinsale y en Baltimore, Aguilar publicó un manifiesto titulándose general de la guerra santa, y excitando á los católicos irlandeses á unirse á él para sacudir el yugo de una reina tantas veces excomulgada por la Iglesia. Sin embargo, los Irlandeses, á quienes acaudillaba el conde de Tyron, habian sido ya vencidos por el virey de Isabel, y el conde solo pudo ofrecer á los Españoles un refuerzo de cuatro mil soldados; juntas estas fuerzas, dióse una batalla campal cerca de Baltimore, en la que pelearon los Españoles con su valor acostumbrado, pero en posicion desventajosa y mal sostenidos por sus aliados, acabaron por sucumbir al número. El teniente Ocampo y muchos oficiales quedaron prisioneros y el resto de las tropas se retiraron á Baltimore y á Kinsale. Conoció entonces don Juan de Aguilar que sin el decidido apoyo de los naturales le era imposible sostener la campaña y aun defender por mucho tiempo aquellas plazas, así es que entró en negociaciones con el virey y ofreció entregárselas con tal que transportara á España sus tropas con su artillería, municiones y bagages (la escuadra española habia vuelto á Lisboa) y se obligase á no molestar en lo mas mínimo á los habitantes de ambas ciudades. Aceptó el virey estas condiciones y naves inglesas llevaron á España el ejército de Aguilar, cuya conducta aprobó por completo Felipe III.

Los piratas turcos y berberiscos hacian en las costas mediterráneas los mismos estragos que en las del Océano los Ingleses y Holandeses, aumentando los gastos y apuros del gobierno de Felipe. Los pueblos de Andalucía elevaban incesantemente sus clamores á la corte para que pusiera remedio á tanto daño, y en 1601, mientras se disponian mayores aprestos, don Martin de Padilla salió á la mar con siete galeras, dió caza á los piratas por las costas y golfos de Africa,

A. de J. C. apresó varias naves, y á la vuelta tuvo la buena suerte de avistar nueve navíos holandeses, de los cuales capturó cinco y echó á pique los demás. En el siguiente año salieron de los puertos de Sicilia al mando de Juan Andrés Doria setenta galeras con diez mil hombres de desembarco, españoles y genoveses. Iba dirigido aquel gran armamento contra la ciudad de Argel, nido de piratas, y despues de una navegacion corta y feliz, llegó la escuadra á vista de la plaza, que no se hallaba en estado de defensa; casi todos los corsarios habian huido al acercarse los Españoles, pero una tempestad levantada durante la noche estrelló varias naves en aquella peligrosa costa y las demás hubieron de retirarse á Mallorca y Barcelona, malográndose así aquella costosa expedicion.

Seguia Felipe III las tradiciones todas del gobierno de su padre, y pensó tambien en hacer guerra al Turco, que tanto favor daba á sus enemigos de Africa. Para verificarlo con mas ventaja envió una embajada al rey de Persia, compuesta de tres religiosos agustinos, para persuadirle que atacara al sultan, mientras los Españoles le hostilizarian en Africa y en Europa. Consintió el Persa en lo que se le pedia y envió embajadores á España para celebrar un tratado de alianza, pero aunque declaró él la guerra al sultan y se la hizo á sangre y fuego, todo quedó reducido por parte de España, cuyas fuerzas y recursos no correspondian ya á sus antiguos brios, á insignificantes expediciones contra las costas musulmanas.

1603 La muerte de Isabel de Inglaterra, acaecida en 24 de marzo de 1603 despues de un reinado de cerca de medio siglo fecundo para su patria en grandes y gloriosos acaecimientos, vino á dar por aquella parte un respiro al gobierno español que pudo esperar del nuevo soberano inglés, Jacobo I, hijo de María Stuart, si bien protestante como Isabel, menos animosidad y mayores deseos de concordia. Así lo manifestó el nuevo rey al conde de Villamediana don Juan de Tassis, que habia pasado á Inglaterra á felicitarle en nombre de Felipe (junio), y esto alentó al monarca á enviar á Lóndres, para tratar formalmente de la paz, una solemne embajada, compuesta del condestable de Castilla don Juan Fernandez de Velasco y de otros nobles, á la que se unieron en Bruselas embajadores de los archiduques con igual objeto. En agosto llegaron los emisarios de España á la capital de Inglaterra, y sin pérdida de momento se entablaron negociaciones, en las que quiso intervenir el desterrado Antonio Perez, llevado de su deseo de bienquistarse con Felipe y de volver á su patria, puesto que, inútil y sospechoso para Enrique IV desde la paz de Vervins, vivia en muy precaria posicion. Sin embargo, detestado por los Españoles á quienes deseaba servir y que le consideraban como rebelde, y sospechoso á los Ingleses que le creian llegado á su país enviado por Enrique con el fin de frustrar las negociaciones, Perez hubo de volver á Francia, sin haber tenido intervencion alguna en el tratado de paz, que se firmó
1604 por último en agosto de 1604 por el condestable de Castilla y el conde de Devonshire tras veinte y cinco años de incesante lucha. Las principales condiciones del mismo fueron: que Inglaterra no suministraria á los Holandeses ni á otros enemigos de España y de los archiduques socorros de ninguna especie directa ni indirectamente; que ninguna de las partes contratantes permitiria piraterías contra las demás y todas revocarian las cartas y comisiones dadas para ello; que Inglaterra conservaria las plazas que ocupaba en las islas de los rebeldes; que

entre los súbditos de unos y otros soberanos habria libre comercio, y sus buques podrian entrar y salir libremente de sus puertos; que los Ingleses no traerian á España mercancías de las Indias, y que las de Inglaterra podrian traerse á estos reinos sin pagar el treinta por ciento que estaba establecido; que no sacarian mercancías de España para llevar á las Indias; que los prisioneros de una y otra parte quedarian libres; que los archiduques procurarian celebrar la paz con Holanda viniendo en justas condiciones, y que los súbditos de Inglaterra no serian molestados en España por causa de conciencia y religion, á no ser en caso de escándalo.

Este tratado fué recibido con gran júbilo en España y en Inglaterra, pero causó profundo sentimiento al rey de Francia, encubierto enemigo de España, y sobre todo á los rebeldes de los Paises Bajos á quienes venia á faltar así su principal apoyo, si bien poco antes el rey Jacobo se habia obligado para con Enrique IV á seguir ambos protegiendo á los confederados flamencos. De todos modos, es positivo que alivió á España, que no hubo ya de hacer frente á la abierta hostilidad de Inglaterra, y que apresuró el desenlace del sangriento drama que se estaba representando delante de los muros de Ostende. Fuerte la plaza por el arte y la naturaleza, como situada á orillas del Océano, en un terreno pantanoso y ceñido por todas partes de canales, dos de ellos muy anchos que, partiendo del mar, abren camino en las mareas altas á naves de grandes dimensiones, considerábasela inexpugnable y todos los militares de Europa tenian puesta su atencion en el memorable sitio. Obstinado el archiduque, despreciaba cuantos obstáculos se oponian á su propósito, y habia formado el tenaz empeño de apoderarse de la plaza; su actividad y el valor de sus tropas intimidaron en un principio al gobernador inglés Francisco Vere, quien envió un parlamento á Alberto con ánimo de ganar tiempo, y su objeto quedó cumplido: mientras el archiduque suspendia las hostilidades y dictaba las condiciones, recibió aquel refuerzos de Zelanda, reparó las obras que lo necesitaban y retractóse de lo que antes ofreciera. Indignado Alberto por semejante deslealtad, mandó dar un asalto general (7 de enero de 1602); las tropas se adelantaron con resolucion hasta el borde de los fosos, pero entonces la metralla y las aguas de los canales desordenaron y diezmaron sus filas, causando la muerte de muchos capitanes y soldados. Retiráronse al fin en derrota, y dos dias despues, obedeciendo el archiduque mas que á la prudencia á la ira, quiso renovar la acometida; la tropa se negó indisciplinada á seguirle, y para restablecer la subordinacion hubo de fusilar á cuarenta y condenar á otros á galeras. Esto no obstante, el sitio se convirtió en bloqueo, y Mauricio, rendida ya Rhinberg, amenazó el Brabante para llamar á otro punto la atencion de los Españoles; salióle al encuentro Mendoza, mas no pudo impedir que con una repentina contramarcha se apoderase el enemigo de la plaza de Grave.

Guerreaban entonces por aquellos mares los dos hermanos genoveses Federico y Ambrosio Espínola, causando grave daño á los Holandeses, y comprendiendo que para adelantar el sitio de Ostende era necesario destruir las fuerzas navales de Holanda y Zelanda, Federico vino á España al objeto de proponer al rey y á su ministro un nuevo plan de campaña. Aunque muy apurado Felipe por la falta de recursos, facilitóle seis galeras y luego otras ocho, y con ellas los dos hermanos hicieron cruda guerra á los rebeldes, hasta que Federico perdió la vida

en el reñido combate que empeñara con una armada superior en fuerzas. Su hermano el marqués renunció entonces á prestar servicios por mar, y en 1603 se presentó al archiduque para militar en el ejército de tierra; contaba entonces treinta años, y en breve, sin haberse ejercitado en la milicia, habia de ser citado su nombre como el del mas ilustre capitan de su tiempo. De acuerdo con el conde de Fuentes, gobernador de Milan, levantó en Italia un cuerpo de ocho mil hombres, y con él se encaminó al campamento de Ostende, en ocasion en que los trabajos incesantes y los escasos resultados que se obtenian habian puesto en grave apuro al archiduque y á sus generales.

En situacion semejante, tuvo Alberto la feliz idea de encomendar la direccion de las operaciones al marqués recien llegado, que llevaba ya de Italia cierta fama, y este, despues de vacilar por algun tiempo y de consultarlo con los jefes mas ancianos y entendidos, se resolvió á aceptar el peligroso encargo (octubre de 1603). La sedicion de algunos cuerpos italianos que llevaron su deslealtad hasta el extremo de pasarse al de Nassau, causóle al principio muy grave disgusto, pero el marqués acudió prontamente al peligro y reclutó nuevas compañías en Italia y en Alemania, gastando en ello las rentas de su rico patrimonio. En breve se conoció en el campamento estar al frente de las operaciones un verdadero genio militar: los soldados cobraban cada dia mayor ánimo, poderosa emulacion se habia despertado entre Españoles, Italianos, Alemanes y Walones, y al poco tiempo consiguióse acercar las tropas á la plaza poniéndolas á cubierto de sus fuegos, cosa que en mas de dos años y á pesar de reiteradas tentativas no habia podido alcanzarse. Comprendió entonces Mauricio de Nassau ser su enemigo un hombre inteligente y resuelto, y procuró llamar su atencion poniendo sitio á la importante plaza de la Esclusa, en la que gobernaba Mateo Serrano, hombre de valor y pericia (abril de 1604). De diez y ocho mil hombres constaba el ejército del príncipe, y aunque Luis de Velasco y despues el mismo Espínola, solicitado por el archiduque, marcharon en auxilio de la plaza, nada bastó á impedir que sus valientes defensores, consumidos los víveres con que contaban, se rindiesen al enemigo bajo honrosas condiciones (agosto de 1604). Despechado el marqués, buscó un glorioso desquite dando nuevo vigor á las operaciones del prolongado sitio de Ostende: palmo á palmo fué reduciendo á los sitiados hasta dejarles casi sin terreno donde defenderse, y por fin los obligó á rendir la plaza, cuando aun contaban con cuatro mil soldados en estado de empuñar las armas. En 20 de setiembre se firmó la capitulacion, en la que se concedió á los vencidos honrosas condiciones cual convenia á hombres que tan bien habian combatido, y los archiduques á la cabeza del ejército español hicieron su entrada en la arruinada ciudad, despues de un sitio de tres años que habia consumido inmensos caudales y mas de cien mil combatientes de entrambas partes (1). Este triunfo dió nueva fama á las armas españolas y sobre todo al que allí las habia acaudillado el marqués de Espínola, pero justo es decir que les proporcionó escasos resultados positivos, pues concentradas todas en un punto durante tan largo espacio de tiempo, las Provincias Unidas pudieron aprovechar-

(1) Calcúlase que perecieron en los combates y de enfermedades cuarenta mil Españoles, entre ellos seis mil personas de cuenta, y de los enemigos mas de setenta mil.

lo para afianzarse mas y mas y ocupar otras plazas de gran importancia. La toma de Ostende puso fin por aquel año á la campaña, y Españoles y Holandeses se retiraron á sus respectivos cuarteles á descansar de sus trabajos.

Claro es, diremos otra vez, que no eran estas guerras y expediciones, que quizás hacia indispensables la necesidad, nada propias para que la trabajada España pudiera reponerse de sus prolongadas luchas y suspender por unos momentos la carrera de sus glorias para atender á su prosperidad y bienestar. Por esto vemos aumentar progresivamente los apuros del gobierno al paso que, como tambien hemos dicho, no disminuia en lo mas mínimo, antes por el contrario, aumentaba el fausto de la corte, el lujo de los magnates, los gastos de las clases todas. En marzo de 1600 las cortes de Castilla reunidas en Madrid, hostigadas por el rey para que socorrieran su necesidad, acordaron otorgarle un servicio de diez y ocho millones en seis años, reservando para despues adoptar los arbitrios que pudieran causar á los pueblos el menor vejámen posible, si bien es cierto que carecian los procuradores de autorizacion para otorgarlo, temiéndose por lo mismo que muchas ciudades habian de resistirse á la exaccion del nuevo tributo. Para allanar este inconveniente y darse á conocer á sus pueblos visitó el rey las ciudades de Segovia, Ávila, Salamanca y Valladolid, que sin contradiccion concedieron el servicio de millones, imitando su ejemplo las ciudades y villas de Andalucía y Castilla.

En aquel tiempo, á lo que nos dicen las cortes de Madrid, habian llegado á muy triste situacion las provincias de Castilla la Vieja; la miseria y la despoblacion ejercian en ellas cruelmente sus rigores, y los mantenimientos y los artículos todos mas necesarios para la vida habian llegado á un precio considerable. Para remediar en gran parte estos males susurrábase que Felipe pensaba trasladar la corte de Madrid á Valladolid; y en efecto, en enero de 1601 publicáronse las órdenes oportunas para la traslacion á aquella ciudad de la familia real y de los consejos de gobierno. Gran sensacion causó esta medida, sobre todo en la villa de Madrid, que veia inminente el peligro de su aniquilamiento, pues entonces, como ahora, solo le comunicaba vida la presencia de los reyes; pero esto no obstante, llevóse cumplidamente á efecto: las cortes fueron disueltas despues de presentar á S. M. sus capítulos de peticiones de las cuales es notable aquella en que se elevan contra la milicia que, para servir dentro del reino, mandara formar Felipe II en el último año de su reinado de todos los varones de diez y ocho á cuarenta y cuatro años, fundando los procuradores su oposicion en la inmoralidad y desapego al trabajo que de ello resultaba á la juventud (1); la chancillería fué trasladada á Medina del Campo, la Inquisicion y la universidad se mudaron tambien á otra parte, y mientras se habilitaban los edificios indispensables, la reina residia en Tordesillas y el rey andaba en partidas de caza por Alba de Tormes y las cercanías de Toro.

Poco ó nada alivió esta translacion los males que se deploraban, y el tesoro, que no acertaban á llenar los extenuados pueblos, continuaba exhausto como antes. Discutíase en el Consejo de Castilla qué remedio se pondria á tantos males,

(1) La institucion de esta milicia fué objeto de contínuas protestas por parte de los pueblos por su mucho coste y por los daños que á la juventud causaba y en pocas partes se llevó á efecto.

y creyendo que la causa de ellos estaba en la falta de numerario producida por la mucha plata que se gastaba en alhajas, tomóse la singular providencia de mandar inventariar dentro del término de diez dias toda la plata labrada que hubiese en las iglesias, en cualesquiera otros establecimientos y en poder de particulares, enviándose dichos inventarios al presidente del Consejo con prohibicion de comprar, vender y labrar mas plata, sino tenerla toda de manifiesto hasta nueva órden (abril de 1601). El clero, la nobleza, la industria y el comercio pusieron á una el grito en las nubes y el edicto caducó sin cumplimiento. Apelóse entonces á los donativos voluntarios, y el cardenal arzobispo de Sevilla fué el primero en dar el ejemplo sirviendo á S. M. con su plata y treinta mil ducados en dinero; otros muchos le imitaron, y llegóse al extremo de nombrar comisiones de consejeros y gentileshombres que, acompañados del párroco y de un religioso, iban por las casas para recibir lo que se les quisiera dar. La guerra de los Paises Bajos era otra de las causas principales de aquel empobrecimiento; España, que no veia todavía señales de sucesion en el matrimonio de Alberto é Isabel, no escaseaba los sacrificios para sostenerla con ventaja, y el duque de Lerma solia decir que sin aquel horrible gasto hubiera empedrado á Madrid de doblones.

Para colmo de desventura las flotas de Indias, que comunmente solian traer diez ó doce millones, eran con frecuencia apresadas por Ingleses ú Holandeses, y otro de los funestos arbitrios que se discurrieron para remediar la escasez de metálico fué doblar el precio de la moneda de vellon (1603), con lo cual, no solo dobló tambien el precio de todos los artículos y mercancías, sino que los extrangeros que hacian comercio con España introdujeron tanta moneda de cobre, que la plata desapareció rápidamente, y en Leon no habia quien pudiese tomar la bula por no tener dos reales en plata, que era la única moneda que en aquel pago se admitia. En esta apurada situacion los judíos conversos y cristianos nuevos de Portugal ofrecieron al monarca un millon y seiscientos mil ducados con tal que impetrara en su favor un breve pontificio absolviéndolos de sus pasados delitos contra la fé y habilitándolos para obtener oficios y cargos públicos lo mismo que los demás ciudadanos. Varios prelados y personages portugueses llegaron á Castilla para oponerse á esta demanda, pero el pontífice expidió el breve de absolucion, y mientras se deliberaba si habia de tener efecto, suspendíase en Portugal el rigor de la Inquisicion respecto á los judíos y cristianos nuevos. Tambien los moriscos de Valencia y de otras partes ofrecieron dinero por que se les absolviera y habilitara al modo de los judíos de Portugal, pero no se tomó con ellos decision alguna.

Los apuros del tesoro y los celos de la nacion castellana contra los reinos y territorios que por sus leyes y fueros gozaban de mejor gobierno y de mayor prosperidad, fueron causa de que Felipe III tratase de violar los antiguos privilegios de Vizcaya. En 1601 dió un decreto imponiendo á aquel señorío nuevas contribuciones; pero reunidos los diputados vizcainos bajo el árbol de Guernica, decidieron resistirse á la pretension real y dirigieron al monarca una exposicion respetuosa, pero enérgica, concebida en estos términos: «Habiendo sabido que en recompensa de los muchos y leales servicios prestados á la corona por este señorío quiere V. M. menoscabar nuestros derechos mandando que suframos ciertas gabelas á que están sujetos los Castellanos, hemos convocado asamblea general

en Guernica y resuelto, conforme á nuestros fueros concedidos por los reyes vuestros predecesores y que hoy se quieren poner en duda, dirigirnos humildemente á vos suplicándoos que anuleis el decreto que nos concierne. Lo que pedimos es justo, y si no se hace justicia á nuestra peticion, tomaremos las armas para defender nuestra querida patria, aunque hubiéramos de ver arder nuestras casas y nuestros campos, morir nuestras mugeres y nuestros hijos, y aunque tuviéramos que buscar en seguida otro señor para que nos proteja y nos defienda.» Doce dias despues de ser firmada esta exposicion, en 24 de mayo, Felipe escribió desde Valladolid á la diputacion de Vizcaya manifestándole que, consultado el archivo de Simancas y vistos los privilegios otorgados por los reyes predecesores suyos, retiraba su decreto y confirmaba á los Vizcainos en la posesion de sus libertades.

Continuaban las expediciones marítimas contra los Berberiscos y los Holandeses. En 1603 el prior de San Juan don Diego Brochero salió á la mar con algunas galeras para ahuyentar de las costas españolas á los piratas africanos, y habiendo luego marchado á convoyar los galeones que venian de Indias, sostuvo en el cabo de San Vicente un combate con la escuadra holandesa á la que apresó siete navíos. Mala suerte llevaban tambien los Holandeses en las Indias Orientales, donde destruyeron los Portugueses muchos de sus nacientes establecimientos. Aquel mismo año el marqués de Santa Cruz, general de las galeras de Nápoles, salió con su armada, apresó algunas embarcaciones de corsarios musulmanes, acometió á las islas de Zante, Pathmos y algunas otras, las saqueó, hizo lo mismo al regreso con Durazo, en la Albania, y volvió á Nápoles cargado de botin y con muchos prisioneros.

Por aquel tiempo sembró cierta agitacion en el reino de Portugal un calabrés llamado Marco Tulio Carzon, fingiendo ser el difunto rey don Sebastian. En Italia primero y luego en Portugal logró el fingido monarca comprometer en su favor á varias personas de cuenta, hasta que preso y llevado á Sanlúcar de Barrameda, se le sentenció á ser ahorcado y descuartizado con tres de sus cómplices (1603).

En el siguiente año, abandonando el rey sus habituales ejercicios de devociones, juegos, fiestas y cacerías, marchó á Valencia á celebrar cortes; estas, despues de recibir de él el juramento acostumbrado, le sirvieron con un donativo de cuatrocientos mil ducados pagaderos en diferentes plazos, de los que el rey, segun su costumbre, concedió considerables sumas á sus favoritos y especialmente al de Lerma.

Las hostilidades habian cesado momentáneamente en los Paises Bajos despues de la toma de Ostende, y el marqués de Espínola aprovechó aquel intervalo de tranquilidad para venir por primera vez á España con esperanza de alcanzar nuevos recursos para la continuacion de la guerra. Afectuosa acogida dispensaron el rey y la corte al ilustre caudillo; Felipe le concedió el Toison de Oro, le nombró general y gobernador de todas las armas en las provincias flamencas, confióle en las mismas la administracion de la hacienda, y despues de oir sus razones y propósitos, facilitóle una buena suma de dinero del que acababa de llegar de América, al propio tiempo que se dieron órdenes para reclutar gente en Alemania y dirigir á Flandes varios tercios italianos y españoles. Con

A. de J. C. estos recursos volvió el marqués á los Paises Bajos, y á su llegada á aquellas
1605. provincias (mayo de 1605) halló que Mauricio de Nassau habia salido ya á campaña con diez y ocho mil hombres y corria por las márgenes del Escalda con el designio de embestir á Amberes. Mientras espera el marqués los refuerzos que se hallaban ya en camino, burla con hábil estrategia los proyectos del príncipe, y recibidos parte de aquellos, pues los demás habian caido en poder del enemigo, atraviesa el Rhin, dirígese hácia la Frisia, se apodera de Ordezaal y de Lingen y amenaza la plaza de Maestritch. Envia un cuerpo de ejército para embestir la plaza de Wachtendorck, en Güeldres, y en vano acude á socorrerla Federico de Nassau y despues el mismo Mauricio con poderosas fuerzas; Espínola se adelanta al auxilio de su gente, que empezaba á cejar, con seiscientos caballos y la mayor parte de los tambores de su ejército en las grupas para dar á entender al enemigo que acudia al empeño con todas sus tropas, y Mauricio se retira sufriendo pérdidas considerables que le obligan á permanecer en la defensiva durante el resto de la campaña; Wachtendorck se rinde, y los Españoles hubieran extendido sus conquistas por toda la provincia á no interrumpir sus operaciones las lluvias de otoño, obligándolos á retirarse á sus cuarteles de invierno.

Coronado con sus recientes laureles, el marqués, de acuerdo con el archiduque, volvió á España en busca de nuevos socorros. Esta vez no fué tan afortunado como la anterior, pues además de que Felipe se hallaba como siempre en grandes apuros pecuniarios, la flota de Indias habia sufrido una gran borrasca y no se sabia de ella, y era imposible aprontar las sumas que exigia el general para la próxima campaña. Espínola parecia resuelto á abandonar el mando en caso de no obtenerlas, y en tal conflicto los ministros de Felipe III recurrieron á los comerciantes de Cadiz y de otras ciudades para que hicieran un anticipo obligando á su reembolso los caudales que vinieran de América; sin embargo, solo cuando Espínola hipotecó sus bienes de Italia consintieron aquellos en prestar los fondos pedidos, y el marqués pudo así salir de España y dirigirse á Italia con letras de cambio bastantes para pagar los atrasos de las tropas y continuar la guerra.

Tambien los Holandeses, enriquecidos por sus expediciones á las colonias españolas y portuguesas de las Indias Orientales y Occidentales, hacian grandes preparativos para la próxima campaña, alegres además con la noticia propalada de la muerte del marqués, que habia debido detenerse en Italia por enfermedad.
1606. Cogiólos, pues, de sorpresa la nueva de la llegada de Espínola á Bruselas (1606), y Mauricio, á pesar de sus aprestos, limitóse á guardar la defensiva como hiciera á fines de la campaña anterior. Espínola abrió la campaña pasando el Rhin y entrando en la provincia de Over-Issel; dirigióse luego hácia Zutphen, rindió á Locken y á Groll y puso sitio á Rhinberg, en cuya plaza entró tambien, aunque no sin grandes pérdidas y derramamiento de sangre. Mauricio intentó recobrar á Groll, pero Espínola acudió al peligro y ahuyentó al enemigo, quedando por él los honores todos de la campaña.

Sin embargo, el marqués de Espínola hallábase persuadido de la necesidad de terminar la porfiada lucha que habia empobrecido á las provincias fieles y á la misma España. Alberto participaba de igual convencimiento al ver que despues de tantos años de combates la pujanza de los insurrectos habia crecido en

vez de disminuir, y que los motines de sus propias tropas, la indispensable necesidad que tenia de los auxilios de España, hacian casi nominal su soberanía. A. de J. C.
Sentíanse en España todas estas razones y á mas el peligro que habia para las flotas de Indias desde que habia cobrado tanto brío el poder marítimo de Holanda, sin contar que igualmente inspiraban recelos la encubierta enemistad que en la cuestion mostraban Francia é Inglaterra, á pesar de la paz con ellas celebrada. Enrique IV habia autorizado á los nobles calvinistas para que se alistaran al servicio de los rebeldes, y si Jacobo I, resistiendo á los deseos de la nacion, no les prestaba ya auxilio, hubo de consentir en que se dedujera de la deuda que Enrique IV habia contraido con la corona de Inglaterra la mitad de los subsidios que daba aquel rey todos los años á los alzados de Holanda. Tambien estos en su mayoría deseaban el reposo despues de cuarenta años de enfurecida y encarnizada guerra, así es que por ambas partes se hallaba bien dispuesto el terreno para la paz, ó cuando menos para una suspension de hostilidades. Conocíase, empero, que para alcanzarlo habíanse de superar grandes dificultades, nacidas del legítimo amor propio de los unos y de la obstinacion de los otros, que tantas veces habian rechazado las pláticas pacíficas, cuando el archiduque y el marqués tuvieron la buena idea de elegir por intermediario á fray Juan Ney, comisario general de la órden de San Francisco, residente en Bruselas, que habia permanecido algunos años en España y contaba con muchos amigos entre los Holandeses. Exigieron estos por primera condicion de los tratos el reconocimiento de su independencia, pero Ney propuso que se pasase por encima de la cuestion diciendo en las negociaciones que se trataria con los Estados generales de Holanda como con un pueblo libre. Así se convino, y el archiduque, autorizado por España, envió entonces el mismo comisario general á la Haya á hacer la formal propuesta al consejo de los Estados generales (1607). Resultado de esta mision fué 1607
un armisticio de ocho meses á comenzar desde mayo próximo, armisticio que violaron los Holandeses atacando con considerables fuerzas en las aguas de Gibraltar á una armada española de mas de veinte naves. Ambos almirantes, el holandés Heemskirk y el español Juan Alvarez Dávila perecieron en la sangrienta refriega, y la escuadra española quedó del todo destruida con pérdida de mas de dos mil hombres, mientras que la holandesa pasó á las Azores á esperar, como de costumbre, los galeones de Indias.

Este suceso y ciertas cláusulas, reservas y condiciones que puso Felipe al ratificar el armisticio, hicieron que los tratos se difiriesen y agriasen algun tanto, á pesar del júbilo con que habian sido recibidos en los Paises Bajos, así por las ciudades fieles, como por las Provincias Unidas. De ello procuró sacar partido el príncipe Mauricio, ardiente partidario de la guerra, para hacer imposible un acomodamiento; mas el abogado general de la provincia de Holanda Juan Barnevelt, hombre eminente en letras y en elocuencia, acabó por hacer prevalecer en el consejo su pacífico dictámen, determinando los Estados generales aceptar la ratificacion, prorogar el plazo del armisticio, que habia ya espirado, hasta la conclusion del tratado, y nombrar plenipotenciarios para la celebracion del mismo.

Habíase hecho esta cuestion verdaderamente europea, y Jacobo I, Enrique IV, el rey de Dinamarca y muchos príncipes alemanes enviaron sus emba-

A de J. C. jadores á Holanda para influir en su desenlace. Los enemigos todos de España, los reformados de todas las sectas se agitaban para obrar en su daño y todos sus esfuerzos se dirigian á impedir la reconciliacion. La ciudad de la Haya habíase señalado como lugar de las conferencias, con gran sentimiento de los amigos de España, que si bien deseaban la paz habrian querido ver mas entereza en las
1608 cortes de Madrid y de Bruselas, y en ella se reunieron en febrero de 1608 los diputados de ambas partes, que eran por el archiduque el marqués de Espínola, el presidente Richardot, el padre Ney y los secretarios Verreiken y Mazididor; los de las provincias eran siete, uno por cada una de aquellas, entre ellos Guillermo de Nassau, Barnevelt y el conde de Brederode.

De nuevo y ante todo exigieron los embajadores de las provincias el reconocimiento de su absoluta independencia renunciando el rey y el archiduque á pretender nunca ningun derecho sobre ellas, y esta condicion, por dura que fuese, fué aceptada al fin por los plenipotenciarios de España, que á su vez impusieron la de que se abstuvieran las provincias de todo comercio y navegacion en las Indias. Esto y la pretension de los Españoles de que pudiese ejercerse libremente en aquellos paises la antigua religion católica, fueron los principales puntos de contienda que hicieron necesarias varias consultas á España y que amenazaron disolver las conferencias sin haberse tomado acuerdo alguno. Enrique IV y Jacobo I aprovecharon estas disidencias para ajustar nuevos tratados con las Provincias Unidas y arrogarse un derecho de mediacion que los hiciese partícipes en los tratos y sujetase España á su influjo; á ellos se debió la proposicion de una tregua, ya que no era posible, dijeron, avenirse sobre un tratado definitivo de paz, fundada en el reconocimiento de la independencia de las provincias y en la libre navegacion de las Indias. Accedió á ello el consejo de los Estados, si bien hubo de vencerse la oposicion de Zelanda y de la ciudad de Amsterdam, que seguian en un todo la voz del príncipe Mauricio, y lo mismo hizo por fin Felipe III, aunque con repugnancia, instado por el archiduque y por los embajadores de Inglaterra y Francia.

Las conferencias trasladáronse á Amberes con gran satisfaccion de los ar-
1609 chiduques á principios de febrero de 1609, como acto de deferencia á España, y poco á poco fué viniéndose á concierto sobre los mas de los artículos, firmándose en 9 de abril un tratado entre España, Flandes y Holanda con garantía de Francia é Inglaterra. Estipulábase en él una tregua de doce años, cesando en este tiempo todo acto de hostilidad por mar y por tierra en todas las respectivas posesiones y señoríos de las partes contratantes sin excepcion; los archiduques en su nombre y en el del rey de España pactaban con los Estados generales de las Provincias Unidas como con provincias y estados libres, sobre los cuales nada tenian que pretender; el artículo referente al comercio de Indias se redactó en términos muy ambiguos, y lo mismo sucedió con el referente á la religion católica, pudiendo así los Holandeses continuar gozando de la libre navegacion y prohibir el ejercicio del culto católico en aquellas de sus provincias donde se hallaba proscrito; cada cual retendria las provincias, ciudades y plazas de que estaba en posesion entonces. Este fué el tratado que puso momentáneo término á la prolongada lucha que en las provincias habia sostenido España á costa de torrentes de sangre y de raudales de oro. Sus enemigos la aprovecharon para debilitarla,

y el desenlace que ella tuvo manifestó bien á las claras que lo habian conseguido. La tregua, como dice Lafuente, era una necesidad y una conveniencia, y el acomodamiento fué útil porque detuvo el torrente de la sangre, dió un respiro á España y aplazó su ruina por algunos años, aunque evidenció á los ojos de Europa la flaqueza á que habia venido la señora de dos mundos (1). La nacion que no habia podido sujetar á unos pocos súbditos rebeldes, que habia pactado con ellos como de potencia á potencia, que habia recibido de los mismos humillantes condiciones dando por perdidos los sacrificios de hombres y tesoros de mas de cuarenta años, mal podia aspirar á conservar su prepotencia entre los pueblos de Europa, mayormente entonces en que todos crecian, en que, con la riqueza mas abundante, con la creacion de un poder central fuerte y respetado, tendian todos á imponer la ley á los demás, ó á lo menos á no conocer superior.

Continuaba en Valladolid la corte de España, y allí, en 8 de abril de 1605 habia nacido un infante que despues reinó con el nombre de Felipe IV. En este tiempo los regidores de Madrid no habian cesado en sus gestiones para que se restituyera á aquella villa la capitalidad, alegando los inmensos perjuicios que se habian irrogado y se irrogaban, no solo á la poblacion y á sus moradores, sino á todas las comarcas y paises contiguos, como si igual ó mejor derecho no hubiesen podido alegar las principales ciudades de la Península. Su afan por conseguir lo que deseaban llegó á tanto que á principios de 1606, hallándose los reyes de recreo en Ampudia, villa del duque de Lerma, presentáronseles el corregidor y cuatro regidores de Madrid á suplicar á S. M. que tuviera á bien volver la corte á aquella villa ofreciendo servirle con doscientos cincuenta mil ducados pagaderos en diez años y con la sexta parte de los alquileres de las casas por el mismo tiempo, brindando además con otros favores al de Lerma y á sus hijos los marqueses de Cea. Estos clamores produjeron al fin su efecto, y desoyendo los que elevaba Valladolid, los reyes trasladáronse de nuevo á su alcázar de Madrid (febrero de 1606), comunicando las órdenes oportunas para que volviesen allí todos los consejos y dependencias inmediatamente despues de Pascua. Los Madrileños celebraron con grandes fiestas la vuelta del monarca y de la corte, pero la reinstalacion no pudo ser tan rápida como se deseaba por la demora que ocasionó la falta absoluta de dinero, en cuanto habian sufrido avería las galeras de Indias y este era el principal y casi el solo recurso con que contaba el gobierno.

Notable contraste ofrecia este con el que le precediera. El rey, cada dia mas apartado de los negocios, entregábase sin rebozo á su natural indolencia, confiando en el de Lerma, que á su vez lo dejaba descansar en otros, el cuidado de la cosa pública. La *Consulta* del rey, consejo secreto compuesto del confesor, del de Lerma y de otros favoritos, fué creada en este reinado para ser arbitrio y regulador de todo, mientras S. M. entretenia el tiempo viajando de pueblo en pueblo y de sitio en sitio con el solo objeto de distraerse, cazando, jugando á la pelota ó á los naipes, asistiendo á saraos, comedias, toros, máscaras y torneos ó empleando todo su tiempo en piadosos y devotos ejercicios. Y á tanto llegaba su indolencia y su afan por el solaz y el recreo, que en sus frecuentes excursiones á

(1) Lafuente, *Hist. gen. de Esp.*, P. 3.ª, l. V, c. XV.

la Ventosilla, á Lerma, al Escorial no se permitia á nadie acercarse al real sitio bajo rigurosas penas, pues S.S. M.M., se decia, eran idos allí para holgarse, no para tratar de negocios. No era este solo el elemento de desgobierno que ofrecia entonces la corte de España: en medio de la miseria del tesoro (1) continuaba la profusion de pensiones y mercedes á los grandes, que abandonando todos los lugares de sus señoríos habian vuelto á la corte, en especial á los deudos y amigos del primer ministro, por lo que no es maravilla que el de Lerma, el de Cea, el de Lemos y otros varios allegados compraran cada dia casas y haciendas, villas y comarcas enteras de muchos lugares. En ellos se acumulaba cuanto habia de mas lucrativo; y por si esto aun no bastase, vendíanse sin rubor los oficios y cargos públicos, distinguiéndose en este vergonzoso tráfico el secretario Pedro Franqueza y Rodrigo Calderon, hechuras del de Lerma, sin que fueran suficientes á cortar el mal los escritos que en varios géneros circulaban y eran leidos con avidez contra la corrupcion del gobierno y de la corte. Y esta corrupcion habíase extendido ya á los meros hidalgos y hasta á los pecheros; todos se empeñaban y arruinaban por ostentar un fausto superior á su clase, y, segun nos dice Navarrete, «no se veia carpintero ni artesano que no vistiese de terciopelo ó raso como los nobles y que no tuviera su espada, su puñal y su guitarra colgada en las paredes de su tienda.» Senda es esta por que pasan todos los pueblos que degeneran.

En 1607 reuniéronse en Madrid las cortes castellanas, y dóciles como siempre á la voluntad del monarca, mayormente entonces en que era procurador por Madrid el duque de Lerma, por Valladolid Rodrigo Calderon y por otros puntos otros varios cortesanos, votaron con escasa oposicion de los de Burgos un servicio de diez y siete millones y medio por siete años, si bien amonestaron aun á Felipe para que moderara los gastos de su casa, que importando cuatrocientos mil ducados en tiempo de su padre, ascendian ya entonces á un millon trecientos mil anuales. Para obtener la aprobacion de la mitad mas una de las diez y ocho ciudades de voto en cortes, cuyo número constituia votacion, á lo obrado por los procuradores, el duque de Lerma andó de ciudad en ciudad, y por fin con promesas y prestándose á duras condiciones, pudo reunir los votos necesarios para autorizar la concesion del servicio.

En estas mismas cortes fué jurado solemnemente el príncipe don Felipe como heredero del trono (15 de enero de 1608) con asistencia de los grandes, títulos, caballeros y altos empleados de la real casa, siendo celebrado este suceso con suntuosas y prolongadas fiestas. Los procuradores, además de la peticion antes expresada, suplicaron al rey que las leyes y pragmáticas no se hicieran ni publicaran sin conocimiento de las ciudades de voto en cortes; que se hicieran varias reformas que expresaron en la administracion de justicia; que pusiera remedio á la excesiva multiplicacion de conventos, especialmente de órdenes mendicantes; que no se diesen á extrangeros pensiones, rentas y dignidades ecle-

(1) De un estado que publica Lafuente, tomándolo de otro historiador contemporáneo, resulta que siendo la suma total de las rentas de la monarquía 15.648,000 ducados, en 1610 habia empeñados 8.308,000 con lo que, y con las cantidades que se debian á los Genoveses, quedaban reducidas las rentas de la corona á 3.330,000 ducados para el mantenimiento de los ejércitos de mar y tierra, gasto ordinario de la casa real y pago de las deudas que dejaron Carlos I y Felipe II.

siásticas; que los Inquisidores se limitaran á obrar en cosas y delitos tocantes á la fé, etc., á cuyas peticiones y á casi todas las demás, referentes á abusos administrativos, contestó el rey con la vaga fórmula de que se proveeria lo conveniente. A. de J. C.

No habian cesado las hostilidades entre Españoles y Musulmanes en las costas africanas, y en 1605 don Pedro de Toledo, marqués de Villafranca, apresó en las aguas de Gibraltar once corsarios turcos despues de muy reñido combate. Los moros hostigaban con incesantes acometidas nuestros presidios y aliados de Africa, y esto hizo que para reponer algun tanto nuestras armas y proteger la navegacion de nuestra marina mercante, saliera á la mar don Luis Fajardo con doce navíos en 1609. Delante de la Goleta trabó batalla con la armada turca anclada en aquel puerto, la destrozó y dió la vuelta á Cerdeña cargado de riquezas. Por este tiempo fué destronado Muley Xeque, rey de Fez y de Marruecos, quien acudió á España implorando auxilios, que le fueron otorgados con condicion de entregar la plaza de Larache; desembarcado en Africa con fuerzas españolas, capitaneadas por el marqués de San German don Juan de Mendoza, apoderáronse estas de aquella fortaleza, pero el rey moro no pudo conseguir su intento, pues fué asesinado poco despues por uno de los suyos (noviembre de 1610.) 1610

Tócanos explicar ahora el hecho que en todo el reinado de Felipe III tuvo sin duda mas trascendentales consecuencias para nuestra patria, el definitivo desenlace de la contienda empeñada hacia nueve siglos en las márgenes del Guadalete. Para apreciarlo históricamente, es decir, bajo el verdadero punto de vista con que entonces fué considerado, tráigase á la memoria todo cuanto llevamos dicho en las páginas anteriores acerca de la posicion respectiva de cristianos y moriscos españoles, de vencedores y vencidos; recuérdese una vez mas que ambos pueblos no habian logrado llegar á fundirse en uno, lejos de esto, y que tan divididos se hallaban, tan profunda valla los separaba despues de cesada la lucha como en los tiempos en que combatian en Alarcos y en las Navas; no se olvide que nunca la prolongada posesion del territorio fué á los ojos de los cristianos españoles un título en favor de los descendientes de los invasores, y que si los gobiernos que se habian sucedido poco ó nada hicieron para contrarestar este sentimiento nacional, aquellos por su parte habíanse hecho aborrecibles por su constancia en su religion y en sus costumbres y sobre todo por sus incesantes tramas y maquinaciones con Turcos, con Franceses y con todos los enemigos de España. Sabemos ya los lastimosos sucesos á que dió lugar esta enemistad en el reinado de Felipe II; veamos ahora los que motivó ocupando el solio su hijo y sucesor.

Como siempre, acusábase á los moriscos y sobre todo á los del reino de Valencia, á cuyas costas se arrimaban con mucha frecuencia los corsarios africanos, de excitar á Berberiscos y Turcos á invadir la España prometiéndoles juntarse con ellos y asistirlos con numerosas fuerzas; decíase además que tramaban ciertos planes con los franceses del Bearne y con los emisarios de Enrique en el Rosellon; sabíanse las negociaciones en que habian estado con Isabel de Inglaterra, y descubierta una conjuracion en Sevilla con ramificaciones en toda España, hallándose en aquella ciudad mas de doscientos barriles de pólvora y muchas armas escondidas, los Españoles se convencieron mas y mas de que abrigaban en

su patria á una poblacion dispuesta siempre á hacer causa comun con sus enemigos. El arzobispo de Valencia y patriarca de Antioquía, don Juan de Ribera, fué el primero que solicitó la expulsion de los moriscos, á quienes, segun él, habia de darse mejor el nombre de moros. Era el arzobispo uno de los prelados españoles que con mayor celo y mas fervoroso ahinco habia trabajado para la conversion de los castellanos nuevos, é infatigable catequista no perdonaba medio alguno para atraerlos á la verdadera fé. Sus esfuerzos se estrellaban, empero, en la obstinacion musulmana, y convencido al fin de la inutilidad de sus predicaciones y diligencias, dirigió en 1602 un largo memorial al monarca demostrándole la necesidad de expulsar de España á la gente morisca. Perplejo el rey ó por mejor decir su ministro, no tomó por de pronto resolucion alguna, que no pecaba de avisado el gobierno de Felipe III, ni era tampoco el expediente de ejecucion fácil y ante él habia retrocedido el mismo Felipe II. Sus riquezas, su avaricia hacian temer, á lo que nos dice Cervantes (1), que amontonaran los moriscos todo el dinero de España, y esto junto con su número siempre creciente, pues ni los consumia la guerra ni consagraban su virginidad á Dios, al paso que la poblacion cristiana de España menguaba visiblemente, eran otras causas que los hacian odiosos y temibles á los Españoles, que no les perdonaban los caudales que recogian á pesar de ser ellos casi los únicos que en los reinos de Castilla y de Valencia se dedicaban á la agricultura, al comercio y á las artes útiles. Decíase que dentro de poco habian de exceder los moros á los cristianos en número (2) y en riqueza, quedando expuesta España á gravísimos peligros, y todas estas voces, una nueva representacion de Ribera, á cuyo dictámen se adhirió el arzobispo de Toledo con tal que la expulsion se extendiese á los moriscos de Aragon y Valencia, que aquel exceptuaba por no perjudicar demasiado las artes y la agricultura, y las súplicas de altos personages pusieron al monarca en el caso de ocuparse formalmente en la espinosa cuestion.

Los barones de Valencia, cuyas tierras eran principalmente cultivadas por moriscos, no vieron impasibles la tempestad que se formaba contra su fortuna y la prosperidad de la tierra, y acudieron tambien con una memoria al gobierno del rey negando las supuestas conjuraciones y achacando el poco fruto que se reportaba de las predicaciones á la mala instruccion que les daban los sacerdotes. Las cortes de 1604 se ocuparon tambien en el asunto y varios prelados, entre ellos el de Segorbe, que salieron en defensa de los moriscos, solicitaron del papa que dispusiera la reunion de los obispos del reino para tratar de tan grave asunto. Así lo hizo Paulo V en 1606 por breve dirigido al arzobispo de Valencia, y escribió además á Felipe y á los demás obispos dirigiéndoles sábias exhortaciones á fin de que emplearan los medios mas suaves y convenientes para catequizar y convertir á los cristianos nuevos. Largos debates se empeñaron en la junta de prelados y de altos personages congregada en Valencia, y las sesiones se pro-

(1) *Coloquio de los Perros.*

(2) La poblacion morisca se multiplicaba en efecto prodigiosamente. Insignificante como era en el reino de Valencia en el primer tercio del siglo XVI ascendia en 1573 á diez y nueve mil ochocientas familias; en 1599 se contaban ya veinte y ocho mil, y á principios del siglo XVII se habia aumentado en otras dos mil familias, teniéndose por conveniente suspender el censo para no dar á los moriscos idea de su fuerza.

longaron hasta 1609; en esta fecha fueron enviadas á Madrid las decisiones que se habian tomado sobre los puntos sometidos á discusion, pero ya entonces el monarca, aconsejado por su favorito, á quien alarmaban mas y mas las incesantes denuncias de tramas, conjuras y mensages á Constantinopla y Marruecos de parte de los moriscos, habia ya resuelto su total expulsion del reino.

Celebróse por aquel entonces la tregua con los Paises Bajos, y este suceso puso á disposicion de Felipe numerosas fuerzas que resolvió emplear en la realizacion de lo que meditaba. Dictáronse disposiciones reservadas, aprestáronse las galeras de Italia, reuniéronse tropas, inspeccionáronse las plazas de la costa y proveyéronse de vituallas, y todo, en fin, revelaba la inminencia de un gran golpe. Los magnates de Valencia comprendieron el objeto de aquellos preparativos y de nuevo representaron al soberano los inconvenientes que el reino padeceria con la expulsion de los moriscos; pero aun se hallaban en la corte sus embajadores, cuando muchas naves se presentaron en las aguas de Valencia y se apoderaron de todos los puertos desde Vinaroz hasta Alicante; compañías de tropas ocuparon los lugares y pasos convenidos, y el virey marqués de Caracena, publicó el bando real que tenia en su poder (22 de setiembre de 1609). Mandábase en él que los moriscos hombres y mugeres, bajo pena de muerte, hubiesen de embarcarse dentro de tercero dia para los puertos berberiscos en los lugares que les fuesen señalados; prohibíaseles bajo igual pena abandonar los puntos en que se encontrasen en el momento de la publicacion del edicto hasta la llegada de los comisarios encargados de dirigirlos á los puertos de mar; no se les permitia sacar de sus casas mas que los bienes muebles que pudiesen llevar consigo, perteneciendo los demás á sus antiguos señores; autorizábase á los barones del reino para elegir seis familias por cada ciento que quedarian en España con objeto de enseñar á los naturales la refinacion de los azúcares, el cultivo del arroz y la conservacion de los canales y acueductos; prohibíase maltratar de palabra ni de obra á los moriscos, á quienes habia de darse el necesario sustento durante la travesía; los niños que no pasasen de cuatro años podian quedarse en España con el consentimiento de sus padres ó tutores; igual permiso se concedia á los de seis años, hijos de cristiana vieja, y generalmente á cuantos moros presentasen certificados de sus párrocos atestiguando haber sido bautizados y haber renegado de los errores de Mahoma; cualquiera que encontrare á un morisco desmandado fuera de su lugar pasados los tres dias del edicto, podia prenderle y hasta matarle si se resistia; los que quisieran ir á otros reinos podrian verificarlo pero sin cruzar por territorio español.

Tales eran las principales disposiciones del edicto de Felipe III. Los jefes de los consternados moriscos se reunieron precipitadamente en Valencia, é hicieron magníficas ofertas al virey en caso de consentir el monarca en revocar sus disposiciones; el marqués de Caracena respondió no poder admitir súplicas de ninguna clase, y entonces se pensó por algunos en apelar á las armas y en recurrir al rey de Francia, cuyos preparativos contra España sabian. Llegado el dia fatal y tomadas exquisitas precauciones, dióse principio al embarque; millares de familias acudieron al Grao, á Denia, á Alicante y á Vinaroz, desde donde eran transportadas á Argel á Tunez, á Oran y á otras ciudades de Africa; muchos señores acompañaron con escolta á sus vasallos á fin de librarlos de todo insulto, y se

cuenta del duque de Maqueda que no los abandonó hasta dejarlos en Oran. Algunos moriscos ricos prefirieron hacer la travesía en buques fletados á sus costas, pero los crueles excesos á que algunos patrones se entregaron, codiciosos del oro de sus pasageros, hicieron que se les prohibiese recurrir á semejante medio y se les obligase á hacer el viage en naves del estado.

No faltaron al realizarse esta medida crímenes y atropellos por parte de la muchedumbre; los infelices moriscos, que se dirigian á los puertos de embarque al son de instrumentos, vestidos con sus trages de fiesta y cantando los himnos religiosos que por tradicion conservaran, fueron en varios puntos asaltados, robados y asesinados por cuadrillas de salteadores, y esto, las nuevas de la mala acogida que hallaran los primeramente embarcados entre los berberiscos africanos y las ideas de resistencia que en muchos fermentaban, acabaron por producir levantamientos en el Val de Ayora, en la baronía de Cortés y en otros puntos. Los moriscos se atrincheraron en la sierra, se entregaron á horribles represalias contra los cristianos viejos, y eligieron por su rey ó caudillo á un moro del lugar de Catadan, llamado Furiji. El conde de Castellá y otros nobles valencianos, ayudados de los tercios de Nápoles y Lombardía y de la milicia del reino, marcharon al momento contra ellos, y dieron principio á una lucha de algunos meses entre breñas y precipicios, en la que se mostró por ambas partes un furor desatentado. Ultimamente, desalojados los Moriscos de todas sus posiciones, se rindieron, y el reyezuelo Furiji vendido por uno de los suyos, fué llevado á Valencia y allí ahorcado y descuartizado, protestando antes de que era cristiano (16 de diciembre de 1609). Sofocada así la insurreccion, continuó el embarque de los rendidos y rezagados, y calcúlase que desde setiembre de 1609 hasta marzo de 1610, en que quedó aquel terminado, perdió el reino de Valencia ciento cuarenta mil habitantes, quedando enteramente desiertos cuatrocientos cincuenta pueblos con unas veinte y ocho mil casas.

A la expulsion de los moriscos valencianos siguió la de aquellos que habitaban en Andalucía y Murcia, publicándose el edicto real á mediados de enero de 1610. A estos se les prohibió llevar consigo oro, plata, moneda acuñada de ninguna especie, joyas y letras de cambio, sino que cuanto sacaran de la venta de sus bienes muebles, únicos de que podian disponer, habia de ser empleado en frutos y mercancías no prohibidos, pagando los correspondientes derechos. Favorecidos por el embajador de Francia en Madrid, lograron sin embargo extraer del reino sumas considerables, y entonces modificó el rey su anterior disposicion permitiéndoles llevarse su dinero y sus alhajas con la condicion de entregar la mitad á los comisarios reales. Esto no obstante, la mayor parte de este caudal no ingresó en las arcas del tesoro, sino que enriqueció al duque de Lerma y á sus hijos. De Andalucía salieron ochenta mil moriscos y de Murcia mas de quince mil.

En 19 de mayo de 1610 fué publicado el edicto de expulsion de los moriscos aragoneses por el marqués de Aytona, encargado de su ejecucion. Los diputados del reino enviaron á la corte al conde de Luna y al doctor Carrillo, canónigo de la Seo de Zaragoza, para representar contra la medida, que sin embargo se llevó á cumplido efecto dentro de tercero dia sin intentarse la menor resistencia. Trece mil ochocientas noventa y tres familias ó sean sesenta y cuatro mil personas salieron del territorio aragonés; los mas se embarcaron en los Alfaques



ESPULSION DE LOS MORISCOS EN ESPAÑA.

y otros marcharon á Francia por Navarra y Canfranc, pero despues de haber tenido que pagar en la frontera de Francia diez escudos por cabeza, no fueron acogidos en aquel reino mejor de lo que lo eran sus compañeros en Africa.

El duque de Monteleon, virey de Cataluña, ejecutó tambien el edicto de expulsion en el territorio de su mando, del cual salieron unas cincuenta mil personas. En las dos Castillas, en la Mancha y en Extremadura aplicóse igualmente la rigurosa disposicion, y mas de cien mil moriscos hubieron de abandonar su tierra. Con esto quedó cumplida la expulsion general si exceptuamos á algunos que quedaron ocultos por las montañas, á los del Val de Ricote, en el reino de Murcia, á quienes se permitió continuar residiendo en España, y á los del Campo de Calatrava, que gozaban privilegio de cristianos viejos desde Isabel la Católica. Sin embargo, algun tiempo despues fueron todos expulsados.

Varian los autores en la apreciacion del número de personas que en virtud de estos edictos salieron de España; limítanlo unos á trecientos mil; auméntanlo otros mas ó menos, y algunos por fin lo hacen subir á un millon, lo que no es de extrañar atendida la confusion que necesariamente habia de reinar en el acto del embarque y los escasos datos estadísticos que en aquel tiempo existian. Sin embargo, todos convienen en los graves perjuicios que ocasionaron á la prosperidad material de España los edictos de Felipe III: además de la inmensa cantidad de numerario que los moriscos extrajeron de España y de la mucha plata falsa que pusieron en circulacion cambiándola por oro, experimentó la nacion la falta de los brazos mas laboriosos, de aquellos que, especialmente en las provincias del reino de Castilla, ejercian casi con exclusion de otros las artes necesarias á la vida, puesto que los Castellanos, dominados por antigua preocupacion contra el ejercicio de las artes y oficios mecánicos, las desdeñaban y miraban como ocupacion deshonrosa (1). La agricultura entre todas fué la que mas perjuicios experimentó, revelándolo así desde el primer momento con su inmediata decadencia. Las fértiles campiñas de Valencia y de Granada quedaron por algun tiempo yermas, sin que los nuevos pobladores á ellas enviados de otros lugares de España, de Italia y del Languedoc para que aprendieran el cultivo al lado de los pocos moriscos que habian quedado, lograran sustituir en mucho tiempo á la poblacion antigua. Los terrenos ingratos y montuosos en Castilla y en Aragon se quedaron por cultivar, el hambre no tardó en diezmar á la poblacion cristiana, y la mas cruel miseria ejerció por muchos años sus rigores en aquellas comarcas. Si algunos señores territoriales ganaron con la herencia de los moriscos, en cambio fueron muchos los que perdieron y hasta hubo de señalarse á algunos pensiones alimenticias. El comercio y la industria, repetimos, experimentaron tambien profunda herida. Los paños de Murcia, las sedas de Almería y Granada, los curtidos de Córdoba eran buscados por todas las partes del mundo, y obra eran de los moriscos. Despues de su expulsion se perdieron sus tradiciones, faltaron brazos á las fábricas, que fueron decayendo poco á poco (2), y declinó el comercio con la industria que lo habia sostenido.

---

(1) Lafuente, *Hist. gen. de Esp.*, P. 3.ª l. II, XIV. Campmany, *Mem. de Barcelona*, t. I, p. 40.
(2) Los mil seiscientos telares que en Sevilla trabajaban la lana y la seda en 1536 quedaron reducidos á menos de cuatrocientos.

CAPÍTULO XI.

Prepotencia que conserva aun España en los paises extrangeros.—Proyectos de Enrique IV de Francia contra la casa de Austria.—Asesínale Ravaillac.—Domina en Francia la influencia española.—Cortes de Madrid.—Disgusto del pueblo contra el de Lerma y sus favoritos.—Ruidosos procesos.—Obras útiles.—Leyes suntuarias.—Muerte de la reina.—Guerra con Saboya.—Paz de Asti.—Enlaces de príncipes españoles y franceses.—Continúa la guerra en Saboya.—Tratado de Pavía.—Célebre conjuracion en Venecia.—Expediciones contra los piratas turcos y africanos. —Librería del rey de Marruecos.—Empresas en America y en Asia.—Intrigas palaciegas.—El duque de Lerma pierde el favor real.—Privanza del duque de Uceda.—Proceso de don Rodrigo Calderon, marqués de Siete Iglesias.—Ocupacion de la Valtelina.—Principio de la Guerra de Treinta años.—Batalla de Praga.—Ambiciosos proyectos atribuidos al duque de Osuna.—Cortes de Madrid.—Consultas del consejo de Castilla acerca de los males del reino.—Felipe III en Portugal. —Jura y reconocimiento del príncipe don Felipe.—Regresa el rey á Castilla.—Su muerte.

Desde el año 1610 hasta el 1621.

Decaia España del alto lugar á que la elevaran su civilizacion, la fuerza de sus armas, la extension de sus dominios y la inmensidad de sus riquezas; sin embargo, no podia ser este decaimiento, aunque rápido, observado y conocido desde los primeros momentos por las naciones extrangeras. Así vemos que en la época á que de nuestro relato hemos llegado, todavía el nombre de España es invocado con temor ó respeto en todos los pueblos, aun es ella el gran enemigo de la heregía y del poder que en sus grandes miras pensaba Enrique IV levantar en Francia. Esto, empero, como en los tiempos pasados no se compraba sino con grandes sacrificios de dinero siempre y de hombres algunas veces, que al propio tiempo que contribuian á mantener el esplendor de nuestra monarquía, precipitábanla mas por la senda de su ruina.

En Italia sobre todo era aun omnipotente la accion de España, á pesar de las maquinaciones del Francés que tendian á formar contra ella una liga entre los príncipes de aquel país; pero sabíalo el conde de Fuentes, gobernador de Milan, y preparábase para todos los acaecimientos levantando tropas y erigiendo fortalezas. En la contienda suscitada entre el papa y la república de Venecia por haber dictado esta varias disposiciones opresoras contra los eclesiásticos, amenazando llegar las cosas á la fuerza de las armas, España se puso de parte del pontífice y ofreció defenderle con todo su poder, y aunque la cuestion no pasó adelante, siempre la república, aliada de Francia, conspiró despues contra nuestra influencia. Esta, repetimos, era aun poderosa, y no habia una sola ciudad de Italia en que España no mantuviese numerosos partidarios; solo en los Estados

de la Iglesia pagaba Felipe crecidas pensiones al duque de Urbino, á los Vusini, á los Cesarini, á los Gaetani y á otros muchos cardenales, y no eran estas las mas ligeras cargas del apurado erario del sucesor de Felipe II.

Tambien en Alemania contaba el rey católico con muchos partidarios; en Baviera, en las provincias del Rhin ejercia poderoso influjo, y esforzábase sobre todo por crear un partido español en Austria, tanto por estrechar sus lazos con el emperador, como por favorecer los planes que se le atribuian respecto de Hungría y de Bohemia. Su embajador en Viena don Baltasar de Zúñiga pagaba pensiones á varios personages por valor de setenta y siete mil escudos anuales, y el archiduque Fernando, que despues llegó á ser emperador, recibió tambien crecidas sumas y algunas compañías de tropas con las cuales tomó á los Turcos la fortaleza de Kaniza, obligándose á ceder con el tiempo á España una provincia de Austria.

Y hasta en Francia, á pesar de la derrota que experimentara con el tratado de Vervins, conservaba España todo su poder para con los católicos de aquel reino y tenia en grave cuidado á Enrique IV, que á su vez, como hemos visto, se vengaba de estos manejos urdiendo tramas y maquinaciones con los enemigos de Felipe. A instigacion de este, Carlos Manuel de Saboya alióse con el duque de Byron, gobernador de Borgoña, que de mucho tiempo meditaba una rebelion. La conjura, en la que tomaron parte muchos descontentos de todos los partidos, proponíase volver la monarquía al estado que tuvo en tiempo de Carlos VI y reconocer el señorío de España, mas por medio de un rápido é imprevisto ataque Enrique frustró los proyectos de sus enemigos: el Saboyano fué rechazado mas allá de los Alpes; Byron fué decapitado, y otros muchos padecieron diferentes suplicios (1602). En su oculta lucha con España Enrique y su ministro Sully habian de llevar por fuerza lo peor, sabiéndose como se sabian en la corte de Madrid sus tramas y proyectos mas secretos; hasta su cifra reservada habia sido vendida á Felipe III por el primer oficial de uno de los ministerios; la reina María de Médicis y sus confidentes italianos manifestaban sentimientos enteramente españoles, y tambien la favorita del rey, la marquesa de Verneuil, hallábase en correspondencia con los ministros de Felipe. En 1605 descubrióse una conspiracion en Marsella para entregar la ciudad á los Españoles, y todo ello, al preocupar vivamente á Enrique IV, hacia que no hubiese puesto todavía en ejecucion los grandes proyectos que la historia le atribuye.

Consistian estos en contrapesar el poder de España oponiéndole una confederacion en Europa que levantase en su lugar el de Francia ó estableciese á lo menos un equilibrio del cual, si hemos de creer á su ministro, habia de resultar una perpétua paz entre los miembros de la familia europea. Para ello, obedeciendo á su pasado, resolvió ponerse á la cabeza del partido protestante en Europa; alióse, con promesa de darle la Lombardía, con el duque de Saboya, cuyos soberanos desde aquel tiempo dieron principio á su política de vacilacion entre España y Francia, la cual habia de producir su engrandecimiento, y preparólo todo para declarar la guerra al rey católico y al emperador, prometiéndose grandes auxilios en Italia de los príncipes del país. El Franco Condado habia de ser reunido á la Francia; á las Provincias Unidas habian de agregarse los estados católicos de los Países Bajos, y los territorios de Cléveris y de Julliers, cuya posesion

A. de J. C. se disputaban príncipes católicos y protestantes ser atribuidos á los últimos. Todo estaba pronto; habíase reunido un numeroso ejército con provisiones de toda especie y una formidable artillería; cuarenta y dos millones se hallaban guardados en los subterráneos de la Bastilla, cuando en 14 de mayo de 1610 Enrique IV fué asesinado de dos puñaladas por Francisco Ravaillac. Los protestantes acusaron del asesinato al emperador, al rey de España, á María de Médicis, al duque de Epernon y á los Jesuitas, pero aparte de lo descabellado de muchos de estos cargos, es bastante á explicar el delito el odio con que durante todo su reinado persiguió gran parte del pueblo á un príncipe á quien se acusaba de conservarse protestante en el fondo de su alma y de conspirar por el triunfo de su religion en Europa.

Desde aquel momento prevaleció por completo en Francia la política española; Sully hubo de retirarse de la corte, de la cual volvió á ser el único árbitro el embajador de España, que lo era entonces don Iñigo de Cárdenas, y sin pérdida de momento ajustáronse los enlaces de antes ya tratados, pero á los cuales se resistia Enrique IV, del príncipe heredero de España con Isabel de Borbon, hija primogénita de Enrique y de María, y de la infanta doña Ana con el nuevo rey Luis XIII. Los protestantes franceses comprendieron que su imperio habia concluido.

1611 Las cortes de Castilla reuniéronse en Madrid en 1611, pues el rey deseaba obtener de ellas el servicio ordinario y extraordinario para los tres años venideros, importante cuatrocientos cincuenta millones de maravedis. Los procuradores accedieron á la peticion del rey, y reprodujeron la mayor parte de los capítulos aducidos en las anteriores cortes, puesto que no habian sido aun publicados, pero unos y otros tardaron todavía algunos años en ser contestados. Por aquel tiempo fueron á Madrid diputados aragoneses para rogar al monarca que con arreglo á las antiguas leyes y fueros del reino pasara á presidir cortes, pero á pesar de los festejos de que fueron objeto no pudieron conseguirlo, y Aragon, durante este reinado no vió reunida nunca la asamblea de sus estamentos. Tampoco en Cataluña y Valencia fueron otra vez convocados desde la época que llevamos expresada.

Continuaba el duque de Lerma en la omnímoda privanza del indolente y bondadoso Felipe III, que habia dado á la firma del valido la misma autoridad que á la suya propia, ordenando á todos sus consejos y tribunales que dieran á los despachos firmados por el duque igual cumplimiento y obediencia que si estuvieran firmados por él. No era inclinado á la perversidad el duque de Lerma, aun cuando tampoco estaba dotado de las relevantes cualidades que eran indispensables en aquel tiempo al piloto de la nave española, pero codicioso hasta lo sumo, amante de honores, mercedes y riquezas sin tasa para sí y para los suyos, elevó su fortuna particular y la de sus deudos y amigos hasta rayar en escándalo, haciendo él ó sus agentes vil comercio de los títulos y empleos. Natural era, pues, que ante tan repugnante espectáculo se deshiciera el pueblo en invectivas y denuestos contra la opulencia y el poder del hombre á quien poco á poco llegó á considerar como el autor de todas las calamidades públicas; pasquines y violentas sátiras aparecian cada dia contra el poderoso ministro, y esto y la emulacion de otros magnates empezaban á poner al privado en zozobra y desaso-

siego. Para acallar la pública murmuracion y contener á sus enemigos imaginó entonces el de Lerma, á pesar de ser él sin duda el principal culpable, desplegar gran rigor contra aquellos funcionarios que se habian enriquecido de repente y por malos medios. Alfonso Ramirez de Prado, del consejo real y del de hacienda, don Pedro Franqueza, conde de Villalonga y de Villafranqueza, tambien consejero de hacienda, Pedro Alvarez Pereira, del consejo de Portugal, y otros asentistas y empleados que habian tomado por mina explotable el púbico erario, fueron las víctimas elegidas; halláronseles grandes riquezas, y todos, excepto Alvarez Pereira que salió con honra del proceso, fueron condenados á serveras penas con gran aplauso de los pueblos. A. de J. C

Y no eran bastantes á conjurar la enemistad que sentian estos hácia el faustoso ministro algunas obras y medidas de pública utilidad que á su gobierno se debieron: alineó la plaza Mayor de Madrid; otorgó concesion á la tierra de Valladolid para hacer navegables el Duero y el Pisuerga hasta Zamora; reparó el puerto y fortificó los muros de Cadiz, destruidos por los Ingleses en 1596; dió principio al muelle y puerto de Gibraltar, dejando gastadas en la obra considerables sumas; aumentó las torres que servian para atalaya y defensa de las costas; dispuso la creacion de una casa-galera para que fuesen recluidas en ella las mugeres de vida escandalosa, y al propio tiempo, siguiendo la corriente popular, dictó disposiciones para refrenar el lujo y poner coto á la relajacion de costumbres. Entre otras cosas mandó que no pudiesen andar en coche sino señoras, y estas descubiertas, sin que pudieran acompañarlas otros hombres que sus padres, hijos ó maridos; que no se hiciera ningun coche sin licencia del presidente de Castilla; que no los usaran los hombres porque así se afeminaban, si bien se dió licencia para ello á los consejeros y secretarios del rey y á otros personages; prohibióse dorar y platear braseros, bufetes y vajillas, bordar colgaduras, camas, doseles y otros aderezos domésticos, y dióse la famosa pragmática de las lechuguillas (cuellos) de los hombres, prescribiéndose la calidad de la tela, la medida y el tamaño que habian de tener.

Por aquel tiempo suspendió momentáneamente las incesantes diversiones de la corte la muerte de la reina doña Margarita de Austria, que falleció en el Escorial pocos dias despues de haber dado á luz el infante don Alfonso, á quien por tan triste motivo se llamó Alfonso Caro (3 de octubre de 1611). Piadosa y dotada de muchas virtudes, el fallecimiento de la reina Margarita fué llorado por la corte entera (1).

En 20 de agosto del siguiente año (1612) firmóse solemnemente con asis- 1612
tencia de los soberanos, de los embajadores y grandes de ambos reinos el tratado del doble matrimonio concertado entre Felipe é Isabel y entre Luis y Ana. S. M. Católica daba en dote á la infanta su hija quinientos mil escudos de oro (de valor de diez y seis reales), que habian de entregarse en Paris un dia antes

(1) En este año de 1611 murió en París sin haber podido alcanzar su perdon y en situacion muy miserable el desterrado Antonio Perez, declarando antes á varios de sus amigos, entre otros á Gil de Mesa, haber vivido siempre y morir como fiel y católico cristiano, é implorando la clemencia del rey en beneficio de su muger y de sus hijos. Estos pudieron acudir algunos años despues al Consejo de la suprema en defensa de la honra de su esposo y padre, y en 1615 se pronunció sentencia absolutoria reabilitando la buena fama y memoria de Antonio Perez.

A. de J. C. de la celebracion del matrimonio, y este habia de verificarse luego que doña Ana cumpliera los doce años, conduciéndola el rey su padre á su costa hasta la frontera de Francia. Expresóse que estos enlaces se hacian con el fin de asegurar la paz pública de la cristiandad y la amistad perpétua entre ambos reinos, pero la condicion mas importante del tratado fué la renuncia que Ana é Isabel hicieron solemnemente á la corona de España y Francia para sí y sus descendientes, á fin de evitar la reunion de las dos coronas en una sola frente.

La muerte de Enrique IV y el cambio experimentando en la política francesa habian dejado en muy comprometida situacion al atrevido duque de Saboya, que al fin vióse reducido á pedir perdon á Felipe III, y á enviar á España su hijo Filiberto en rehenes de su fidelidad. Llevado, empero, por sus ambiciosos designios, auxiliado por Venecia y por los descontentos franceses, y de acuerdo con Mauricio de Nassau púsose de nuevo en hostilidad con España, pretendiendo heredar el Monferrato como sucesor de su cuñado el duque Francisco de Mantua
1613 (1613). Cayendo de improviso á mano armada sobre aquel estado, apoderóse de casi todas sus plazas, y á las reclamaciones de España, protectora de Fernando de Gonzaga, hermano del difunto Francisco, para que las evacuara, contestó con artificios é intrigas diplomáticas en Milan, en Francia y en Venecia. Cansado por último el gabinete de Madrid de sus pacíficos é inútiles esfuerzos, intimó al duque de Saboya que licenciára sus tropas, que se comprometiera por escrito á no inquietar mas al duque de Mantua y que se sometiera á las condiciones que le
1614 dictase la moderacion de S. M. Católica (1614). Duro era el mensage y dura fué tambien la contestacion del duque: arrancando de su cuello el Toison, expulsó al embajador de sus estados y entró á sangre y fuego en territorio del Milanesado. Felipe III publicó entonces un manifiesto adjudicando á España el ducado de Saboya como feudo del estado de Milan, y el embajador imperial amenazó á Carlos Manuel con desterrarle del Imperio si al punto no licenciaba su ejército. En tanto el marqués de Hinojosa, gobernador de Milan, habia salido á campaña con treinta mil hombres; encuentra al Saboyano en Asti y le vence, pero al propio tiempo, sin saber aprovecharse de su triunfo, accede á una paz deshonrosa que
1615 conservaba al de Saboya todas sus ventajas (1615).

Por aquel entonces (octubre) hallábase entregada la corte de España á extraordinarias fiestas y regocijos á causa de la celebracion de los matrimonios del príncipe y de la infanta, que hasta entonces se habian diferido á causa de ser muy delicada la salud de doña Ana. En 9 de noviembre verificóse el cange de ambas princesas en las aguas de Bidasoa en barcas construidas al efecto, y los cronistas de la época se extienden con complacencia en referir minuciosamente la pompa y el fausto desplegados por Españoles y Franceses. Esto no obstante, recibióse en Madrid con indignacion la noticia de la paz de Asti, y Felipe III se apresuró á desaprobarla y á destituir á Hinojosa, en cuyo reemplazo nombró á don Pedro de Toledo, marqués de Villafranca. Confiado el de Saboya en los auxilios de Venecia, en la secreta proteccion de Francia y en la que abiertamente le dispensaba el protestante mariscal Lesdiguières, gobernador del Delfinado, negóse del todo á venir á razones, y de nuevo fué preciso acudir á las armas. Entonces el de Villafranca atrajo á su partido al duque de Nemours á quien Felipe III ofreció en premio de sus servicios la investidura de Saboya; con seis mil

hombres acudió el duque al llamamiento y penetró en territorio saboyano, mas A. de J. C.
luego que sus tropas hubieron satisfecho su codicioso afan de botin, le abandonaron, y tuvo que volver á Francia y concertarse con Carlos Manuel. Movióse por su parte el marqués de Villafranca con treinta mil soldados con ánimo de embestir la plaza de Vercelli, pero cerradas las avenidas de la misma por el duque de Saboya, contentóse aquel con estragar el Piamonte mientras el duque hacia lo mismo en Monferrato. Llegada la primavera (1616), el Español embistió la 1616
plaza de San Germano, la ganó, y echándose luego por medio de hábil maniobra sobre la retaguardia del Saboyano, tomóle armas y bagages y le hizo perder mucha gente entre muertos y prisioneros. Carlos Manuel, con quien se habia juntado su hijo Victor Amadeo, se apodera de Crevalcor destruyendo un cuerpo de Españoles que iban en auxilio de la plaza, y en tanto el marqués de Villafranca entraba por fuerza de armas en Vercelli, en Solerio, en Felizzano y en Anona, y reducia al último extremo á Carlos Manuel que, enfermo y devorado de tristeza, estaba á punto de sucumbir. En este trance el mariscal Lesdiguières, obrando contra las órdenes del débil gobierno de Luis XIII, ó lo que es mas probable, secundando las secretas instrucciones de este, pasa los Alpes á la cabeza de ocho mil soldados y reune sus fuerzas con las de Victor Amadeo. Atacados de improviso los Españoles en sus acantonamientos de Felizzano, son rechazados con pérdida al Milanesado, y entonces, por mediacion de la Francia que se mostró en este acto muy favorable al Saboyano, firmóse en Pavía un tratado de paz, segun el cual restituyóse el Monferrato al duque de Mantua, y don Pedro de Toledo y Carlos Manuel habian de licenciar sus soldados, restituirse recíprocamente las plazas conquistadas y dar libertad á los prisioneros (1617). 1617

Tambien en los Paises Bajos se habia turbado la paz, debiendo salir otra vez á campaña las armas españolas; el marqués de Brandeburgo y el conde Palatino andaben en encendida discordia sobre la posesion de aquel marquesado, y al paso que Mauricio de Nassau tomó el partido del marqués, ya porque era protestante, ya porque deseaba agregar sus estados á Holanda, España auxilió al conde, que era católico y favorable á sus intereses en Alemania. Las márgenes del Rhin fueron teatro de las operaciones militares; Espínola y Mauricio, cada uno al frente de numeroso ejército, huian de hostilizarse mútuamente para no faltar á la tregua, y al propio tiempo se echaban cada uno contra distintas plazas apoderándose de ellas casi sin resistencia. Así se repartieron el país, y Orsoy, Wesel y otras ciudades quedaron en poder de las tropas españolas.

Remiso anduvo el gobernador de Milan en licenciar su ejército, y esto provenia de que, puesto de acuerdo con el marqués de Bezmar, embajador español en Venecia, y con el duque de Osuna, virey de Nápoles, abrigaba ciertos planes para castigar al estado veneciano del socorro prestado al de Saboya. Aquellos tres personages, colocados en los tres puestos mas importantes de Italia, veian con gran disgusto lo que ellos llamaban las necedades del duque de Lerma, y ardian en deseos de humillar á la república de San Márcos, la decidida enemiga de España, y causa, segun ellos, de cuantos trabajos y guerras se le suscitaban en aquellas partes. Don Pedro Tellez Giron, duque de Osuna, de gran capacidad, de elevados sentimientos y de decidido amor patrio, aunque poco amigo de la subordinacion, iracundo y amante de hacer su voluntad, causó gran daño á los

A. de J. C. Venecianos arrollando su armada en Gravosa, con lo que restableció en aquellas playas el prestigio de la marina española, y dando favor á los Uscoques, piratas de raza esclavona en la Croacia y la Iliria, grandes enemigos del comercio veneciano. Sus tercios habíanse unido con los del marqués de Villafranca para marchar contra la república; el pabellon de San Márcos era abatido en todas partes, y desenlace de todo ello habia de ser la ocupacion de la misma ciudad de las lagunas, efecto de la célebre conjura que unos admiten y otros niegan, suceso envuelto en tinieblas que la historia no ha podido aun desvanecer del todo. Dicen los que niegan la existencia de la conjuracion que la inventó el senado de Venecia para evitar la desercion inminente de sus tropas asalariadas, hacer odioso el nombre español y cohonestar los horribles castigos con que quiso aterrorizar á los débiles, alegando en apoyo de ello que ni el senado se atrevió á acusar al rey de España ni á denunciar á Europa el delito de los Españoles. Sin embargo, poco satisfactorias estas explicaciones no destruyen la evidencia de que algo muy grave se intentaba contra Venecia por los magnates nombrados, en vista de los espantosos suplicios que en la misma se ejecutaron, de haber separado el gobierno de España al marqués de Bezmar de su puesto oficial como desagravio á la república, y de lo mismo que reconocen los autores que califican de fábula los detalles de la conjura.

Aquellos que admiten su existencia refiérenla del modo siguiente en sus principales disposiciones: mil quinientos veteranos de la guarnicion de Milan habian de ser introducidos en Venecia secretamente y sin armas, las cuales habian de serles facilitadas por el marqués de Bezmar. Este habia ganado á los oficiales de los regimientos de Liewestein y de Nassau, que estaban al servicio de la república, y solo se esperaba para dar el golpe la llegada de los bergantines que armaba en Nápoles el duque de Osuna. El arsenal habia de ser entregado á las llamas, y en medio de la confusion que de ello resultaria habíase de asesinar á los senadores y proclamar al rey de España. Los instrumentos de este plan, añaden los mismos autores, eran casi todos aventureros franceses emigrados de su país, muchos de los cuales, y entre ellos el famoso corsario normando Jacques Pierres, habian alcanzado del gobierno veneciano mandos importantes en la marina. La conspiracion, dicen, habia de estallar en mayo de 1618, y ya la armada española bogaba hácia el Adriático cuando fué descubierta aquella por uno de los conjurados (1). Sean estos detalles mas ó menos exajerados, mas ó menos
1618 ciertos, es positivo que en 14 de mayo aparecieron ahorcados de órden del Consejo de los Diez muchos extrangeros y hasta quinientos mas fueron ahogados en los canales y lagunas. Jacques Pierres fué arrojado al mar en un saco; don Francisco de Quevedo y Villegas, íntimo amigo y confidente del de Osuna, que se hallaba en la ciudad para secundar los planes tramados, hubo de escaparse disfrazado de mendigo con gran riesgo de su vida, y el marqués de Bezmar salió de Venecia entre los insultos del pueblo. La república, repetimos, guardó un silencio oficial sobre todos estos sucesos, despues de los cuales y de la separacion

---

(1) Ranke, *Conjuracion de Venecia;* Sismondi, *Historia de los Franceses*, l. XXII, p. 422; Watson, *Historia de Felipe III*, t. II, p. 258; Weis, *España desde el reinado de Felipe II hasta el advenimiento de los Borbones*, c II.

del embajador de España cesaron de hostilizarla abiertamente el virey de Nápoles y el gobernador de Milan.

Los piratas africanos continuaban infestando los mares y paralizando el comercio, merced á la proteccion decidida que hallaban, no solo en el gobierno turco, sino en algunos príncipes cristianos. La marina española, aunque sin un plan general, habia alcanzado contra ellos repetidas victorias, de manera que no solo en Italia habia restablecido en parte su pasada gloria, sino que tambien en las costas meridionales del Mediterráneo y hasta en Asia y en América se hacian temer todavía las naves de Felipe III. En 1611 don Juan Fajardo apresó varios corsarios de Turquía y de la Rochela, plaza donde se habian guarecido los calvinistas franceses, y en el mismo año el comendador de Martos don Rodrigo de Silva y el gobernador Pedro de Lara rindieron á varios navíos de Marruecos en las que entre otros objetos preciosos hallaron tres mil volúmenes árabes de poesía, medicina, política, religion y filosofía. El soberano marroquí ofreció por su rescate setenta mil ducados, mas como no quiso consentir en la condicion que para devolvérselos le exigia don Felipe, esto es que pusiera en libertad á los cautivos cristianos de su reino, fueron llevados al Escorial. En el siguiente año el marqués de Santa Cruz, general de las galeras de Nápoles, quemó delante de la Goleta una escuadra de once velas berberiscas, y penetrando luego en la isla de Querquens, llevólo todo á sangre y fuego. En 1613 el duque de Osuna con las naves de Sicilia verificó una feliz expedicion á la costa de Berbería, y poco tiempo despues, continuando la próspera fortuna, Octavio de Aragon derrotó á los Turcos que habian logrado desembarcar en Malta y obligólos á volver á sus buques con gran pérdida. Don Luis Fajardo con noventa bajeles y seis mil quinientos soldados se dirigió á la costa occidental de Africa, venció á los sarracenos á cinco leguas de Tánger, y plantó su bandera en el puerto y fortaleza de la Mámora (1614). Francisco de Ribera salió de Nápoles en junio de 1616 con cinco galeones y un patache en que iban mil soldados y seiscientos marineros; con estas escasas fuerzas dió caza á las que disponian los Turcos contra la isla de Sicilia y sostuvo contra ellos numerosos combates, en los cuales les mató mas de tres mil hombres y les destrozó cincuenta galeras. Don Manuel de Meneses combatió al mismo tiempo con ventaja contra cuatro piratas ingleses, mas á pesar de estos brillantes hechos, el espectáculo que ofrecian nuestros mares al principio del año en que ahora estamos era el mismo que en los años anteriores, y las naves mercantes se veian expuestas á gravísimos peligros. El capitan Simon Costa, saliendo de Reggio á los mares de Levante, penetró en los Dardanelos y apresó muchas galeras del sultan á la vista misma de Constantinopla con gran consternacion de sus habitantes, y por fin el almirante vizcaino Miguel de Vidazabal ganaba al mismo tiempo en el Océano inmarcesibles laureles, limpiando de corsarios aquellos lugares y apresando veinte navíos turcos que volvian de saquear las Canarias (1618).

Tambien en América y en Asia estaban ocupadas las armas españolas ya en ensanchar sus dominios en aquellas vastas regiones, ya en contener la rebelion de las sometidas, ya en defender sus riquezas contra piratas ingleses y holandeses. En la América septentrional habia sido conquistado el Nuevo Méjico y en la meridional fueron subyugados los Araucanos, gente brava y fiera del reino de

Chile, por el capitan español Francisco de Navarrete (1608). El capitan Alfonso de Ercilla peleó en la sangrienta guerra que sostuvieron con aquellos indios los soldados de España, y nos ha dejado escritos en vigorosos versos las grandes acciones y memorables hazañas que por ambas partes se presenciaron. Salvador Rivero de Sousa y Felipe Brito de Ricote ponian bajo la obediencia del rey católico el reino del Pegú en la India oriental (1605). Don Pedro Acuña, gobernador de Filipinas, expulsó de Ternate á los Holandeses, volvió las Molucas al dominio de España y sometió á Ceilan (1606). Don Juan de Silva venció en las costas de China á una numerosa escuadra holandesa (1610); otro tanto hizo don Juan Ronquillo, general de la armada de Filipinas, en 1616, y algunos años despues descubrióse el estrecho de San Vicente por los dos hermanos gallegos García de Nadal y el cosmógrafo Diego Ramirez.

Otro género de luchas, otras pasiones hervian y se agitaban en el interior del palacio del monarca, como sucede siempre que se abre la puerta á validos y á privados. El de Lerma veia hacia algun tiempo declinar su estrella desde que introdujera en los consejos del rey á su propio hijo el duque de Uceda, antes marqués de Cea, y mas fuerte en este la ambicion del poder que el afecto de hijo, no vaciló en ser instrumento de la desgracia de su mismo padre. De lejos venian trabajando los enemigos del de Lerma, algunos por sincero afecto al rey y al estado, por envidia muchos; mas al principio se limitaron á dirigir sus tiros contra su principal hechura, un hidalgo castellano llamado Rodrigo Calderon, hombre activo é inteligente, aunque violento y orgulloso, á quien el duque, despues de hacer secretario de la cámara del rey, habia creado conde de la Oliva, marqués de Siete Iglesias, caballero de Santiago, capitan de la guardia alemana y honrado y enriquecido con muchas rentas y preeminencias. Don Rodrigo Calderon era para el de Lerma lo que el de Lerma para el rey, de modo que puede decirse que él era el verdadero ministro; su prosperidad le deslumbró, y su vanidad insolente, su orgullo superior al del mismo duque hacíanle odioso á la corte y al pueblo y allanaban el camino á los enemigos del principal favorito.

La reina, un fraile franciscano llamado fray Juan de Santa María y la priora del convento de la Encarnacion, la madre Mariana de San José, eran los que con mas ardor combatian el favor de don Rodrigo, hasta que por último lograron que se le relevara del oficio de secretario de cámara. Poco despues murió la reina y se difundieron absurdos rumores acerca de la culpabilidad de Calderon en aquel suceso; pero nada bastaba á hacerle perder la gracia del de Lerma, que le confió por aquel tiempo importantes misiones en Francia y en los Paises Bajos. Era entonces confesor del rey por recomendacion del ministro el dominico fray Luis de Aliaga, y este, olvidando quizás por razones mas poderosas la gratitud que debia al duque, declaróse el mas acérrimo enemigo del marqués de Siete Iglesias, y empezó á socavar además la misma privanza del de Lerma para levantar al duque de Uceda, don Cristóbal de Sandoval y Rojas, á quien su padre, repetimos, habia introducido en la cámara del rey con el propósito de asegurar mas su autoridad. Miserable fué el espectáculo que entonces ofrecieron los salones de palacio: la turba de cortesanos dividida entre el padre y el hijo, procurando uno á otro derribarse cual si fuesen mortales enemigos, y un rey débil asistiendo á la batalla cuyos despojos, triunfasen unos ú otros, de él y del erario habian de salir.

Esta lucha tuvo sus vicisitudes: el de Lerma creyó deshacer la conjuracion contra él formada oponiendo á la alianza enemiga é introduciendo en la familiaridad del rey á su yerno y sobrino el conde de Lemos, que acababa de llegar de Nápoles, en cuyo vireinato le habia reemplazado el duque de Osuna. Hombre ilustrado, aunque altivo, el conde logró en un principio captarse el afecto del monarca, pero no tanto que alcanzara á eclipsar la naciente estrella del de Uceda, ni el predominio que don Gaspar de Guzmaz, conde de Olivares, arrimado al partido contrario, ejercia en el ánimo del príncipe. El conde de Lemos por fin pidió licencia al rey para retirarse á su casa; Felipe III se la concedió en palabras breves y nada cariñosas, y desde aquel momento desencadenáronse contra el de Lerma todos los furores de sus enemigos. Acusábasele de haber desbarrado en cuantos negocios se le confiaran: la tregua con Holanda habia sido torpemente otorgada, la guerra contra el duque de Saboya impolíticamente promovida, las rentas públicas se habian empeñado, el erario estaba exhausto, y la miseria y el descontento público habian llegado á su apogeo.

A. de J. C.

Así atacado el duque de Lerma, que varias veces habia pensado en abrazar el estado religioso, creyó guarecerse de la caida que veia inevitable, apelando al singular recurso de solicitar de Paulo V el capelo de cardenal á favor del que esperaba conservar en la corte el respeto y la autoridad que iba perdiendo. Sin embargo, esto mismo precipitó su ruina; el rey vió en ello pretexto para no tratarle con la familiaridad acostumbrada, y en breve pasó de la etiqueta á la frialdad y al desapego. Finalmente, por medio del prior del Escorial envióle á decir que, en atencion á lo mucho que le estimaba, consentia para su quietud y descanso en lo que tantas veces le habia pedido, y que por lo mismo cuando quisiere podria retirarse á Lerma ó á Valladolid. En breve tiempo hizo el duque sus preparativos, y al despedirse del rey, díjole, entre otras cosas, estas palabras: «De trece años, señor, entré en este palacio y hoy se cumplen cincuenta y tres empleados en servicio de V. M., pocos para mi deseo, muchos para lo que permite el desengaño á que debemos ofrecer, ya que no toda, siquiera alguna parte de la vida.» Felipe III le abrazó con cierta ternura, y el caido ministro tomó el camino de su casa de Lerma (4 de octubre de 1618).

Su hijo, el duque de Uceda, le sustituyó en todos sus empleos y en la privanza del rey, si bien hubo de compartir en cierto modo su autoridad con el favorito del príncipe el conde de Olivares. Ambos procuraron desde el primer momento apartar de palacio cuantos no se mostraran afectos á su elevacion, y don Baltasar de Zúñiga, tio del conde, fué nombrado para el importante empleo de ayo del príncipe de Asturias. Sin embargo, quien mas experimentó las iras del nuevo poder fué don Rodrigo Calderon, víctima escogida por los enemigos del de Lerma para herirle en lo mas vivo del corazon. Acusáronle de herege, de haber usado de hechizos, de envenenador de la reina, de asesino de un hombre plebeyo llamado Francisco Xuara, y levantando contra él un gran proceso, le sepultaron en un calabozo de la fortaleza de Medina del Campo, mientras en Madrid se confiscaba su casa, sin dejar á la marquesa y á sus hijos techo en que cobijarse (1619). Don Rodrigo, que habia sufrido su infortunio con admirable 1619
serenidad, fué trasladado de Medina del Campo á la fortaleza de Montanchez en Extremadura, despues á la de Santorcáz y luego á su misma casa de Madrid.

A. de J. C. convertida en sombría prision. Solo de la muerte de Xuara resultaba culpable el marqués, delito confesado por él mismo, si bien lo disculpaba por las insolencias que decia haber usado aquel hombre con él; á pesar de esto los jueces propusieron al rey y este accedió á que se le diera tormento; así se hizo, pero ni las angustias ni los padecimientos lograron arrancar al procesado otra palabra mas de lo que llevaba declarado. La causa contra él siguió despues sus trámites regulares, y es probable que habria tenido para don Rodrigo un resultado satisfactorio, puesto que los jueces opinaban por que fuese perdonado y repuesto en su reputacion y honra, cuando la muerte de Felipe III, dejando expuesto á Calderon á las iras de sus enemigos, vino á dar á todo aquello un trágico desenlace.

Apenas restablecida la paz en Italia por el tratado de Pavía, las tropas españolas que guarnecian el estado de Milan fueron dirigidas á una nueva empresa, á ocupar la Valtelina, país confinante con los Alpes y Venecia que en otro tiempo formara parte del Milanesado. Mandaban en él, con gran exasperacion de los habitantes que eran católicos, los Grisones, que profesaban la secta de Calvino, y protegidos aquellos por el duque de Feria, sucesor del marqués de Villafranca en el gobierno de Milan, tomaron las armas y expulsaron á sus opresores. Desde aquel momento dominaron en el valle las armas españolas; levantáronse numerosas fortalezas para el alojamiento de las tropas, y esto fué orígen de nuevas
1620 complicaciones (1620).

Por aquel tiempo vuelve Alemania á ser el centro de la política europea; la lucha de la reforma contra la casa de Austria se renueva despues de sesenta años de interrupcion, y todas las potencias toman parte en ella. Ya fuese por temor de los Turcos, ya por debilidad personal de los príncipes, la rama alemana de la casa de Austria en la segunda mitad del siglo XVI, siguió una política del todo opuesta á la de Felipe II. La reserva eclesiástica establecida en la paz de Augsburgo era constantemente violada, y poco á poco, sobre todo en el norte de Alemania, fuéronse apoderando los protestantes de los bienes de los obispados católicos, sin que estos, excepto en muy pocos puntos como sucedió en Colonia, les opusieran ninguna resistencia. Durante los reinados de Fernando I y de Maximiliano II extendióse el protestantismo á Austria, á Bohemia y á Hungría, y al suceder á aquellos príncipes el débil Rodolfo II (1576), llegó el mal á su apogeo. Mientras el emperador se entrega al estudio de la astrología y la alquimia, los protestantes de Hungría, de Bohemia y de Austria, favorecidos por la Francia, establecen la union de Ahausen y eligen por jefe al elector palatino Federico (1608); los príncipes católicos forman en cambio la liga de Wurtzburgo (1609), cuyo jefe fué Maximiliano, duque de Baviera, y así las cosas era inminente la guerra y solo faltaba un motivo plausible para declararla. El imperio no estaba menos agitado que los estados hereditarios de la casa de Austria: Aquisgran y Donawerth fueron dominados por los protestantes; Gebhardt de Colonia quiso secularizar sus estados, y la abertura de la sucesion de Cléveris y Julliers complicó mas aun la situacion de Alemania. El imperio se dividió en dos bandos, y Enrique IV, valedor de los protestantes, se disponia á entrar en Alemania y á aprovechar de aquel estado de los ánimos para humillar á la casa de Austria, cuando fué asesinado por el puñal de Ravaillac. Por haberse así diferido la lucha, que es

conocida en la historia con el nombre de *guerra de treinta años*, nada habia de perder de sus furores ni de su gran trascendencia.

Matías, despues de obligar á Rodolfo á cederle la Bohemia, sucedióle en el imperio y en todos los peligros de su posicion (1612). Los Españoles y los Holandeses invaden los ducados de Cléveris y de Julliers, y los Bohemios, acaudillados por el conde de Turn, se levantan para defender las concesiones que en favor de la heregía habian arrancado á los anteriores soberanos (1618). Así estaban las cosas al morir Matías y al sucederle Fernando II, gran enemigo de los protestantes, y los Bohemios le niegan la obediencia y eligen emperador á Federico V, elector palatino, yerno del rey de Inglatera y sobrino del stathouder de Holanda. Al mismo tiempo los Húngaros nombraron waywode de Transilvania á Bethleen Gabor con el favor del Turco, y juntas sus fuerzas con las que seguian á los condes de Turn y de Mansfeldt, hijo natural este del conde flamenco de igual nombre, pasaron el Danubio y se encaminaron directamente al corazon de Austria. En tan apurado trance, Fernando, aunque sostenido por el duque de Baviera y por la liga católica de Alemania, solicitó el auxilio de Felipe III de España invocando los lazos de la religion, de la sangre y de la política, y tambien, segun algunos, el tratado secreto que se supone haber existido entre ambos, de que antes hemos hecho mérito.

Ocho mil hombres salieron de los Paises Bajos para ayudar á las tropas imperiales en Bohemia, mientras que el marqués de Espínola á la cabeza de treinta mil pasaba el Rhin para invadir el Palatinado. El papa dió á Fernando socorros pecuniarios, la católica Polonia envió en su auxilio un cuerpo de diez mil soldados, y mientras los duques de Baviera y de Sajonia volvian á la obediencia antigua la Lusacia, la Silesia y el Austria alta y baja, Espínola, á quien habia opuesto Federico un ejército de veinte y ocho mil hombres al mando del marqués de Auspach, al cual se habian unido el príncipe flamenco Enrique de Nassau y el caballero inglés Horacio Vere con dos mil cuatrocientos soldados, logró burlar los planes y la vigilancia del enemigo, y se apoderó de Oppenheim fingiendo amenazar á Francfort. En esto, Federico, que era calvinista, es abandonado por la union luterana; los auxilios que le prometieran Inglaterra y Francia no llegaban, y atacado por Fernando en la misma capital de sus estados, perdió la batalla de Praga por su negligencia é impericia (noviembre de 1620). Esta célebre victoria, en que tuvieron mucha parte las tropas del rey católico acaudilladas por Guillermo Verdugo, restituyó á Fernando el reino de Bohemia, donde estableció un imperio absoluto aboliendo los fueros y privilegios de que hasta entonces habia gozado. Los protestantes hubieron de devolver cuantos bienes confiscaron ó secularizaron desde la paz de Augsburgo, mas no por esto terminó la guerra: varios parciales sostuvieron en Alemania la causa de Federico; otros príncipes se mezclaron en ella y otros intereses la tomaron por pretexto, segun todo lo hemos de ver en los capítulos siguientes.

La conquista de la Valtelina, país que facilitaba las comunicaciones entre el Austria y el Milanesado, habia causado profunda sensacion en Italia, cuando la agitaron aun mas los ambiciosos proyectos que se atribuian al duque de Osuna, virey de Nápoles. Ya fuesen verdaderos, ya invencion de la artificiosa república de Venecia que quisiese apartar de sí tan peligroso vecino, díjose que

el duque, que contaba con gran favor entre el pueblo y el ejército por su carácter impetuoso y franco, aspiraba á levantarse independiente con el reino de las Dos Sicilias, para lo cual se habia puesto de acuerdo con Venecia, Saboya y Francia. Supónese que Luis XIII denunció el proyecto á la corte de Madrid, y esta, que recelaba ya del duque, que se habia hecho sospechoso por la originalidad de su carácter y la causticidad de su lenguage, como que llamaba en tono de burla á Felipe III el tambor mayor de la monarquía, se apresuró á enviar á Nápoles al cardenal Gaspar de Borja en calidad de virey con secretas instrucciones. El primer acto del nuevo gobernador fué apoderarse del fuerte de Castel Nuovo; la nobleza y el clero, descontentos del de Osuna, se declararon al momento por él, y aunque el pueblo y el ejército continuaron mostrándose apasionados al duque, este resignó el mando y vino á España, donde el rey le recibió con frialdad y aun con muestras de disgusto (1620).

La caida del de Lerma y su reemplazo por el de Uceda no mejoraron en lo mas mínimo la administracion del reino, no remediaron los males que padecia, ni aliviaron los grandes tributos que pagaba. Por esto luego de reunidas en 1618 en Madrid las cortes castellanas, las que votaron al rey otro servicio de diez y ocho millones, en el cual fué comprendido el clero en virtud de breves pontificios, Felipe, en vista de la lastimosa pintura que le hicieron del malestar de sus súbditos, ordenó al Consejo de Castilla que le expusiera con lealtad las causas que á su parecer lo engendraban y los medios mas eficaces para corregirlas. El consejo evacuó el informe en el siguiente año (1619), y en su consulta, que comprendia siete capítulos, señalábanse por causas de la miseria pública la gran carga de tributos que oprimia á los pueblos; la prodigalidad con que se habian hecho donaciones y mercedes cuya revocacion pedian; el prurito de los grandes de querer vivir en la corte con gran magnificencia, cuando con el oro que en ella derramaban podian dar animacion en sus pueblos á las artes y á la agricultura, solicitando del rey que los obligara á ir á vivir á sus respectivos estados, y el lujo extraordinario de la casa real y de las clases todas y consiguiente corrupcion y afeminacion de costumbres. Añadia el Consejo que debia alentarse la agricultura quitando todas las trabas á los labradores y concediéndoles nuevos privilegios: que no habian de fundarse nuevas religiones y monasterios, pues eran ya muchos los existentes, y que convenia suprimir los cien receptores creados en 1613 por los perjuicios que causaban al reino.

Ningun efecto produjeron por de pronto estas excitaciones y consejos; el rey, que en medio de su ociosidad é indolencia, habia querido varias veces visitar su reino de Portugal, determinóse á emprender la jornada en abril de aquel mismo año, yendo acompañado del príncipe, de las infantas y de numerosa corte. Las ciudades del tránsito le obsequiaron con espléndidos festejos, y sobre todo excedieron á toda ponderacion los que dispusieron á su entrada las ciudades de Almada, Belen y Lisboa. Convocadas en la última las cortes portuguesas fué jurado solemnemente el príncipe don Felipe como heredero y sucesor del reino (julio de 1619), y mientras los tres brazos trataban de los negocios que habrian de someterse á la soberana resolucion, el monarca visitaba algunas plazas, fortalezas y conventos. Los asuntos de Alemania que por aquel tiempo se complicaron del modo que hemos dicho, reclamaron de nuevo su presencia en Castilla, y sin

responder á los capítulos que las cortes le habian de presentar, Felipe dió la vuelta á Lisboa y marchó de allí para Madrid dejando disgustados á los Portugueses, así por su precipitada partida, como por no haber recibido de él las grandes mercedes que esperaban. A. de J. C.

A su regreso, al llegar á Casarrubios del Monte, á una jornada de Madrid, sintióse el rey gravemente indispuesto; mejoró sin embargo pasados algunos dias, y en 4 de diciembre verificó su entrada en la corte. Su salud, empero, no acababa de reponerse de la pasada dolencia, y á últimos de febrero de 1621 atacóle una fiebre ardiente, que continuándole con pocas interrupciones durante el mes de marzo, prodújole pústulas en todo su cuerpo, agudos sufrimientos y profunda melancolía. Convencido de que se hallaba próxima su última hora, recibió con gran devocion los sacramentos de la Iglesia, dió la bendicion á sus hijos junto con buenos consejos, y despues de manifestar gran arrepentimiento por sus descuidos y errores en el gobierno del estado prometiendo á Dios que otra fuera su conducta á prolongarse por mas tiempo su vida, el piadoso monarca espiró en 31 de marzo, teniendo en las manos el mismo crucifijo que tuvieron en aquel supremo instante su padre y su abuelo, á los cuarenta y tres años de su edad y á los veinte y tres de reinado. Las ansias de la agonía libraron al indolente Felipe de presenciar las intrigas que urdian junto á su lecho las pasiones cortesanas, codiciosas de la futura privanza. Olivares, Uceda y Aliaga procuraban el uno labrar su engrandecimiento y los otros asirse al resto del favor que conservaban con el monarca moribundo. ¡Triste espectáculo y triste herencia que legaba Felipe III á la trabajada España! 1621

Durante su última enfermedad Felipe añadió un codicilo al testamento que antes hiciera en Casarrubios. Dejaba por heredero de sus estados á su hijo primogénito á quien sustituia sus hermanos y hermanas, disponia varios legados piadosos, y dejaba por testamentarios al duque de Lerma, á quien nunca acabó de perder su antigua aficion como que declaró antes de morir que le habia servido bien y lealmente, al de Uceda y á otros varios. Tuvo este monarca de su esposa Margarita de Austria cuatro hijos y tres hijas, de los cuales le sobrevivieron cinco: Felipe, nacido en 1605, que le sucedió en el trono, el infante don Carlos, nacido en 1606, y don Fernando, nacido en 1609 y creado cardenal y arzobispo de Toledo en 1619; doña Ana, nacida en 1601, esposa de Luis XIII de Francia, y doña María, que lo fué de Bohemia y de Hungría, nacida en 1606.

Afable con todos, tierno y piadoso, tanto que solia decir no comprender como podia acostarse tranquilo el que hubiera cometido un pecado mortal; pródigo de mercedes, Felipe III tuvo las virtudes de un hombre honrado, pero no las altas cualidades y el talento de un rey. Indolente y dominado de validos, aunque se sostuvo todavía en su reinado el buen nombre y el prestigio del poder de España, dejó que esta fuera decayendo cada dia, sin que se le debiera esfuerzo alguno para contenerla en la fatal pendiente. Las letras fueron aun asíduamente cultivadas; la influencia de nuestras armas y de nuestra política era todavía decisiva en el mundo, pero decaidas la agricultura, el comercio y la industria, despoblado el reino, en su tiempo se hizo visible, ya que no date del mismo, la decadencia de España.

CAPÍTULO XII.

Felipe IV.—Privanza del conde de Olivares.—Rigurosas disposiciones de este contra los poderosos en el anterior reinado.—Suplicio del marqués de Siete Iglesias.—Cortes de Madrid.—Utiles medidas.—Cortes de Madrid.—Tratados de la Valtelina.—Liga contra España.—Prepárase esta para la guerra.—Rómpense las hostilidades en el Monferrato.—Los Saboyanos y Franceses son expulsados del estado de Génova.—Tratado de Monzon.—Cortes de Barbastro, de Monzon y de Barcelona.—Excesos de algunas compañías castellanas en Aragon.—Guerra en Alemania.—Triunfos de los Españoles.—Renuévase la guerra en los Paises Bajos.—Muerte de Mauricio de Nassau.—Toma de Breda.—Lucha marítima contra Berberiscos y Holandeses.—Tratos para el matrimonio de la infanta doña María con el príncipe de Gales.—Carlos I de Inglaterra ciñe la corona.—Los Ingleses en Cádiz.—Alianza de Francia y España contra Inglaterra.—Cuestion del ducado de Mántua.—Alianza de España y Saboya.—Nueva guerra con Francia.—El marqués de Espínola en Italia.—Su muerte.—Tratado de Casal.—Dinamarca, Suecia y Francia toman parte sucesivamente en la guerra de Alemania.—Batallas de Leipsick y de Lutzen.—Muerte del archiduque Alberto.—Isabel Clara cede á España los Paises Bajos.—Guerra en aquellas provincias.—Muerte de la archiduquesa Isabel Clara.—El marqués de Aytona, gobernador de los Paises Bajos.—Actos de hostilidad entre Francia y España.—Continúa la guerra en Alemania.—El infante don Fernando sucede al marqués de Aytona en el gobierno de los Paises Bajos.—Batalla de Nordlhingen.—Liga entre Francia y Holanda.—Guerra general.—Españoles é Imperiales amenazan á París.—Conferencias de Colonia.—Situacion anterior de España.—Prohíbese el comercio con todos los pueblos enemigos.—Cortes de Madrid.—Jura y reconocimiento del príncipe Baltasar Carlos.—Medidas económicas.—Papel sellado.—Transformacion que experimentan los Consejos.—Costumbres del rey y de la corte.

Desde el año 1621 hasta el 1636.

Diez y seis años contaba Felipe IV cuando sucedió á su padre en el trono de España. En vano habia querido aquel inspirarle la cualidad que él mismo no tenia, esto es, la aplicacion á los negocios públicos, haciéndole asistir á las sesiones de los consejos: la escasa edad del nuevo rey, el gusto que ya manifestaba por las letras, por los galanteos y otras ocupaciones frívolas, hacian prever que á ejemplo del anterior seria este reinado, no el de Felipe IV, sino el de aquel ó de aquellos que lograran conquistar el favor del monarca. Y en efecto fué así: el nuevo rey, que tenia ya favorito siendo príncipe, conservóse en igual vasallage al subir las gradas del trono.

Los que gozaran de valimiento en el anterior reinado no participaron del gozo con que asistió el pueblo á las fiestas de la coronacion del soberano; temian que no habian de ser tan afortunados con el hijo como lo fueran con el padre, y así mismo sucedió: el conde de Olivares, enseñoreado del ánimo de Felipe IV, habia de eclipsarlos y causar la desgracia de todos.

Gaspar de Guzman, hijo segundo de don Enrique, segundo conde de Oli-

vares, contador mayor de Castilla, alcaide de los alcázares de Sevilla, virey de Sicilia y embajador en Roma, nació en 1587. Estudió en Salamanca, en cuya universidad fué lector, y vistió despues el hábito militar de Calatrava. La muerte de su hermano primogénito hízole dejar las letras para dedicarse del todo á las armas, y cuando por fallecimiento de su padre heredó los bienes y títulos de su familia, casó con su prima doña Inés de Zúñiga. A los veinte y cuatro años solicitó la embajada de Roma, mas deseoso de no salir de España pidió licencia para retirarse á cuidar de sus haciendas en Sevilla, donde hizo de su casa el centro de reunion de los literatos de la ciudad. En 1615 entró de gentilhombre de cámara del príncipe de Asturias, y tanto supo ganarse su favor y merecer su confianza, que el jóven Felipe en los últimos dias de la enfermedad del rey le dijo estas palabras: «El mal de mi padre se ha apretado: parece que no tiene ya duda su tránsito y nuestra desdicha; si Dios le lleva, conde, solo de vos he de fiar.» Promesa á que no se mostró infiel el que la hiciera y que fué para la nacion orígen de muchas desventuras.

El primer pensamiento del valido fué acabar con cuantos habian gozado de favor durante el último reinado y perseguir á los personages adictos al de Uceda. El duque de Osuna, ex-virey de Nápoles, fué el primero en experimentar sus iras; preso y encausado por los delitos de que públicamente se le acusaba y de que antes hemos hecho mérito, don Pedro Tellez Giron acabó sus dias tres años despues en la cárcel de Madrid sin haber sido oido en defensa, víctima de hidropesía y del enojo que en él despertara la conducta de sus enemigos. Cuéntase que cuando don Rodrigo Calderon oyó doblar las campanas por don Felipe III, exclamó: «El rey es muerto, yo soy muerto tambien,» y en efecto, en 21 de octubre de 1621 atravesaba las calles de Madrid fúnebre cortejo en medio de gran concurso de pueblo que queria ver marchar al suplicio al famoso conde y marqués tan poderoso y arrogante un tiempo. Don Rodrigo sufrió su infortunio con gran entereza y fuerza de alma; subió al patíbulo con brio y con gala, dice un testigo ocular, y cumplidos todos sus deberes religiosos, entregó su cabeza á la cuchilla del verdugo.

No se exceptuaron de la general proscripcion fray Luis de Aliaga y el mismo duque de Uceda; ambos recibieron órden de abandonar la corte, y al segundo encerráronle poco despues en el castillo de Torrejon de Velasco bajo el peso de gravísimos cargos (agosto de 1621). De allí salió condenado á ocho años de destierro de la corte y á pagar veinte mil ducados, y aunque despues le indultó el rey, murió entre cadenas en Alcalá de Henares pasados muy pocos años. Hasta al duque de Lerma llegaron las rigurosas disposiciones del nuevo gobierno; desterrado á Tordesillas, procedióse á informacion para recuperar las sumas que á pretexto de mercedes ó remuneraciones de servicios se habian defraudado al patrimonio, y fué condenado á pagar al fisco setenta y dos mil ducados anuales con mas el atraso de veinte años por las rentas y caudales adquiridos en su ministerio. El anciano cardenal no pudo resistir este golpe, y la pesadumbre le llevó al sepulcro.

Aunque mezclado con la natural compasion que inspiran siempre los caidos, veia el pueblo con gusto esta conducta del nuevo rey para con los poderosos á quienes atribuia en gran parte las desgracias de la nacion. Concebíanse halagüe-

A. de J. C. ñas esperanzas para el porvenir, y Olivares apareció en un principio como un gran ministro y un gobernador inteligente. En aquel mismo año, á consejo de don Baltasar de Zúñiga, el hombre de mas valía indudablemente de cuantos habia elevado el favorito en sustitucion de los antiguos, reuniéronse las cortes de Madrid á fin de remediar en lo posible el lastimoso estado de la hacienda exhausta y empeñada con las anteriores prodigalidades. Acordóse en ellas, despues de mucha deliberacion, restituir á la corona las enagenaciones hechas por el duque de Lerma, y los procuradores, penetrados de la desgraciada situacion del reino, hicieron muy triste pintura de la despoblacion á que habia venido y de los males que padecia.

La realizacion de la medida acordada en cortes y otras disposiciones que por entonces se tomaron, acabaron de hacer popular y bienquisto el gobierno de Olivares. A él se debió el establecimiento de una junta llamada de *Reformacion de costumbres*, y la órden de que se examinara la hacienda de cuantos habian sido ministros desde 1592 con informacion de lo que poseian en la época de su nombramiento y de lo que tenian ó habian enagenado despues, para que se conociera lo que habian aumentado por medios ilícitos, todo bajo gravísimas penas
1622 (enero de 1622). Mandóse además que se hiciera formal y escrupuloso inventario de cuanto poseian los que eran nombrados vireyes, gobernadores, consejeros, ó subian á otros elevados cargos, habiendo de practicarse lo mismo luego que cesaban en ellos. Y no fueron estas solas las medidas de pública utilidad que por aquel tiempo se tomaron: creáronse montes de piedad para socorro de los pobres; dispúsose que los grandes y caballeros fuesen á residir á sus estados; extinguiéronse las casas públicas ó de mancebía; púsose tasa al número de mayordomos, caballerizos, pages y lacayos que los grandes llevaban siempre consigo, robando brazos á la agricultura; fomentáronse los matrimonios dando privilegios á los que se casaran; prohibióse la salida de gente del reino sin licencia real; limitáronse los estudios de latinidad á las solas ciudades y villas donde hubiese corregidor ó alcalde mayor para evitar el excesivo número de estudiantes; reprodujéronse las antiguas leyes suntuarias contra el desmedido lujo; redújose la casa real al pié en que estaba en tiempo de Felipe II; prohibióse la aglomeracion de pretendientes en la corte, y finalmente, por disposiciones mas ó menos acertadas, procuróse la reformacion del decaido gobierno del estado. Activo é incansable el ministro, deshacíase el pueblo en alabanzas de su sabiduría; mas en breve, al ver que las reales cédulas quedaban escritas, pero que no se cumplian; que ningun alivio experimentaba en los tributos que sobre él pesaban, empezóse á sospechar de las buenas intenciones de Olivares. Además, desvanecido este con su inmenso favor, pensaba mas en su propia elevacion y en afirmar su privanza que en la prosperidad del rey y del estado; orgulloso y altivo por demás, queria alucinar al jóven soberano con magníficos proyectos para labrar su propia fortuna y la de sus deudos y amigos; con adulacion rastrera apellidó *Grande* á un rey que apenas habia empuñado el cetro, y él se estableció en el palacio mismo de los reyes ocupando las habitaciones de los príncipes de Asturias, alejó del lado del monarca á los infantes sus hermanos, á quienes miraba como estorbos para sus fines, y mas que el de Lerma, mas que ningun otro favorito, hacia alarde el conde de su poder omnipotente.

La muerte de su tio don Baltasar de Zúñiga dejóle enteramente expedito A. de J. C.
el gobierno del reino, que desde entonces ejerció sin rival y sin contradiccion de ninguna especie, como que habia tenido especial cuidado de proveer todos los cargos de dentro y fuera de palacio en sus parientes y parciales. En 1623 reuniéronse en Madrid las cortes de Castilla que sirvieron al rey con doce millones de ducados pagaderos en seis años; los procuradores felicitaron á Felipe por los buenos efectos que empezaban á producir sus disposiciones, pero esto era mas bien hijo de su buen deseo ó quizás de afan de adular al favorito que de la realidad de las cosas. Así por desgracia nos lo manifiesta la experiencia de los años sucesivos. 1623

En el exterior la política del conde de Olivares, siguiendo en esto el general torrente que tan bien se avenia con sus particulares planes, consistió en devolver á España el lugar que poco antes tuviera en el mundo, y en hacer de Felipe IV el monarca mas poderoso de Europa. Ocultando bajo magníficas exterioridades las úlceras interiores que la devoraban, España, hemos dicho, conservaba aun en parte la alta opinion que de su pujanza se tenia, que no habia de descender en una hora del elevadísimo puesto que ocupara; en Inglaterra, en Francia y en Alemania seguian los católicos creyendo firmemente en la fuerza protectora del gabinete de Madrid, y la misma nacion española se hacia ilusiones acerca de su verdadero poder. Suspirando por la gloria, que era su pasion dominante, zaherian los Españoles la dudosa política de Felipe III que habia dado á la nacion algunos años de jadeante reposo; olvidándose de que antes la aplaudieran, condenaban la tregua de Holanda, veian con disgusto la agresiva política de Francia, y decian que el antiguo gobierno habia dilapidado la hacienda, establecido nuevas contribuciones, aumentado las antiguas y enagenado las rentas públicas, no para asegurar la preponderancia de España, sino para mantenerla en un estado de humillacion vergonzosa mas perjudicial al país que la guerra mas funesta. El conde de Olivares resolvió, pues, lanzarse á la lucha con todas las fuerzas del reino, y los prodigiosos esfuerzos que habremos de presenciar durante este reinado, los reveses, las calamidades que cayeron sobre la atribulada España acabaron de debilitarla preparando su total ruina.

No veia Francia con indiferencia que se hallara en poder del rey católico el territorio de la Valtelina, quedando así enlazados los estados de ambas ramas de la casa de Austria, y ya en los últimos años de Felipe III habia entablado enérgicas reclamaciones para su devolucion á los Grisones. Gregorio XV, sucesor de Paulo V, habia mediado en el asunto, y en abril de 1621 asentóse en Madrid un tratado entre los negociadores españoles y franceses, segun el cual el rey de España habia de sacar sus tropas de la Valtelina y lo mismo por su parte habian de practicar los Grisones de los lugares que ocupaban; ningun impedimento debia oponerse al ejercicio del culto católico y los fuertes allí levantados habian de demolerse. Los católicos del valle se apresuraron á representar contra unos pactos que los ponian á merced de sus antiguos enemigos, y por esto y por convenir á los intereses de su política, el de Olivares fué dilatando la ejecucion del convenio á pesar de las apremiantes instancias del embajador francés. En Aranjuez modificóse en 1622 el anterior tratado, pactándose que los fuertes de los Españoles en la Valtelina se pondrian en poder de un príncipe católico, pero como

A. de J. C. ni esto se cumpliese, España y Francia acudieron á la mediacion del sumo pontífice y ajustaron nuevo asiento en Roma, estipulando que las fortalezas se pusieran en manos del papa hasta el arreglo definitivo de todas las cuestiones (febrero de 1623).

Sin embargo, cuando esto pactaba la Francia habia formado ya el firme propósito de violarlo. Regia entonces los destinos de aquel reino, mas que Luis XIII, Armando Juan Du Plessis, cardenal duque de Richelieu, que parecia haber heredado todo el odio de Francisco I contra la casa de España; ante su energía, la influencia española, que habia dominado en los consejos del rey, quedó anonadada, y mientras se disponia á descargar el golpe decisivo contra los protestantes de su reino y á lanzarse con ardor á la guerra extrangera para abrir á la Francia el camino que habia de conducirla al brillante reinado de Luis XIV, dirigia todos sus esfuerzos á crear obstáculos á la casa de Austria y á la dominacion española, único rival que le impedia llegar al término que se habia propuesto. Por esto le vemos intervenir con tanto ardor en favor de los Grisones, y por esto tomando pié del incumplimiento de los tratados de Madrid y de Aranjuez formar en Aviñon una liga contra España entre Francia, Venecia y Saboya. No contento todavía, renovó la antigua alianza con las Provincias Unidas de Holanda, reclutó soldados en los cantones suizos, y envió á sus generales á apoderarse de algunos
1624 fuertes de la Valtelina expulsando de ellos á las tropas pontificias (1624).

Graves quejas y reclamaciones produjo esta insigne violacion de lo pactado, mas Urbano VIII, sucesor de Gregorio, solo pudo alcanzar de la corte de París una suspension de armas por espacio de dos meses, que no produjo efecto alguno, pues ni siquiera fué comunicada al general francés. España por su parte preparábase para corresponder vigorosamente á la agresiva actitud de Richelieu. Confederóse con los príncipes de Toscana, Parma y Módena y con las repúblicas de Génova y Luca, que se obligaron á levantar un ejército de veinte y cuatro mil infantes y seis mil caballos y á aprontar una armada de cuarenta velas, mandados los primeros por el duque de Feria, gobernador de Milan, y las segundas por el marqués de Santa Cruz. Hízose al propio tiempo un llamamiento al patriotismo de los reinos y provincias de España, que ofrecieron todos con bélico entusiasmo hombres, naves y dinero; la grandeza del reino prometió contribuir con novecientos mil ducados, el clero se obligó á sostener veinte mil hombres en campaña, la reina y las infantas dieron sus joyas mas preciosas, y así pudo reunirse un numeroso ejército de ciento cuatro mil infantes y catorce mil seiscientos ginetes con una armada de setenta y dos navíos y diez galeras. Además, prevaleciendo en aquella ocasion en los consejos del rey de España los intereses políticos, enviáronse auxilios de armas y dinero á los hugonotes de la Rochela, y á las intrigas del cardenal francés con el duque de Saboya para conquistar la Lombardía y el estado de Génova, contestábase con otras intrigas y maquinaciones para crearle obstáculos en el interior de su reino.

No bastaron estos preparativos á intimidar á Richelieu, quien, seguro de ser auxiliado por mar por las galeras holandesas, aun cuando no pudo comprometer en su resuelta política á Jacobo de Inglaterra, envió doce mil hombres al Saboyano y excitóle á romper las hostilidades. Verificólo así el duque, y con veinte y cuatro mil infantes, tres mil caballos y treinta y seis cañones invadió el Monfer-
1625 rato y se apoderó de las principales plazas (1625).

A esta agresion de la corte de Francia contestó Felipe IV secuestrando los bienes de todos los Franceses que residian en España (abril), y al mes siguiente Luis XIII tomó una resolucion análoga con cuantos Españoles y Genoveses moraban en Francia. Inútiles fueron las tentativas del pontífice para restablecer la paz entre dos adversarios que deseaban la guerra; el duque de Saboya y el condestable de Francia continuaron avanzando por el estado de Génova, y en breve redujeron á los Genoveses á la posesion de la capital y de la plaza de Savona. En tan apurada coyuntura los comerciantes genoveses avecindados en todos los estados de Europa enviaron á su patria crecidas cantidades de dinero, pero esto no hubiera bastado á salvarla á no ser los socorros de España. El marqués de Santa Cruz ahuyenta con su escuadra las naves francesas; el duque de Feria á la cabeza de veinte y cinco mil hombres reconquista la plaza de Aqui, y esto fué la señal de un levantamiento del país en masa contra Piamonteses y Franceses; acosados y vencidos estos por las tropas españolas, son asesinados por los naturales y no tienen mas recurso que abandonar los que sobreviven el territorio invadido. La liga hispano-itálica quedó con todos los honores de la campaña.

A. de J. C.

No quiso el Francés emprender por entonces otra nueva, y ya deseara emplear todas sus fuerzas contra los protestantes de su reino, ya hicieran mella en él las representaciones del papa y los clamores de sus súbditos católicos reconviniéndole por la proteccion decidida que otorgaba á los Grisones calvinistas, empezó á mover tratos de paz por medio de su embajador en Madrid sin conocimiento de sus aliados de Saboya y Venecia. Las negociaciones produjeron al fin un tratado por el cual se reconocia la libertad de la Valtelina, si bien quedaban obligados aquellos naturales á satisfacer un tributo á los Grisones; los católicos no habian de experimentar obstáculo alguno en el ejercicio de su culto, sometiéndose al juicio y fallo de la santa sede y del colegio de cardenales cuantas dificultades se suscitasen sobre ello, y las fortalezas habian de ser demolidas (enero de 1626). Felipe IV firmó este tratado en Monzon á donde habia ido para celebrar 1626
cortes á los Valencianos.

A solicitud de los Aragoneses, que deseaban ver al rey presidir la reunion de sus estamentos, así para la reforma de algunas leyes como para que prestara el juramento acostumbrado de guardar los fueros del país , Felipe habia convocado cortes generales de los tres reinos señalando para las de Cataluña la ciudad de Lérida, para las de Aragon Barbastro y para las de Valencia Monzon, esta última con gran disgusto de los Valencianos, que habian de enviar sus diputados fuera de su reino, siendo así que Catalanes y Aragoneses se reunian en el suyo respectivo. En 13 de enero de 1626 verificó el rey su solemne entrada en Zaragoza; en la iglesia metropolitana prestó de rodillas y en manos del Justicia el acostumbrado juramento de guardar las leyes y fueros del reino, y pasados pocos dias partió para Barbastro, lugar de las cortes. Hizo allí la proposicion recapitulando los sucesos mas notables de dentro y fuera del reino desde que ciñera la corona y las atenciones y apuros en que le tenian las guerras empeñadas, y pidió para atenderlas un servicio de tres mil trecientos treinta y tres hombres útiles para la guerra y el alistamiento de otros diez mil para que se fueran ejercitando en las armas y pudiesen ser empleados segun la necesidad lo exigiese. En seguida, dejando á la asamblea ocupada en sus deliberaciones, partió para

Monzon á tener cortes á los Valencianos, cortes famosas por mas de un concepto que, si bien acabaron por ceder á la voluntad del monarca, manifestaron que solo en estos reinos existia, si no ya la libertad pasada, á lo menos el valor para luchar, apoyados sus naturales en los antiguos usos, con la poderosa voluntad del rey. Pedia este dos mil hombres pagados por el reino para llevarlos á donde fuese menester, y las cortes, especialmente el estamento militar ó de nobles, lo resistieron abiertamente diciendo que esto era introducir las quintas como en Castilla, lo cual era contrario á sus fueros, y que harto exhausto habia quedado el reino con la expulsion de los Moriscos. Necesitábase la unanimidad de votos para otorgar el servicio, pero ni halagos ni amenazas del de Olivares pudieron hacer mas que reunir una tercera parte. Los brazos eclesiástico y popular fueron los primeros en ceder y acabaron por otorgar lo pedido, pero ni este ejemplo pudo reducir al brazo militar, que tampoco se doblegó cuando el mismo rey le reconvino duramente por su tardanza y le amenazó con hacerle sentir toda la autoridad del soberano. Muchas y acaloradas deliberaciones tuvieron lugar, y por fin, por no llegar á abierta desobediencia y rebelion, lo cual dijeron los nobles no haber sido nunca su propósito, votaron, á excepcion de uno, el servicio, no el solicitado por el rey, sino el de un millon setecientas ochenta y dos mil libras, siempre que la cobranza de dicha suma no fuese contraria á los fueros y costumbres del reino. El único noble que votara negativamente fué reducido al fin por sus compañeros, y el servicio quedó acordado por unanimidad; sin embargo, ni aun así se allanaron del todo las dificultades, distintas como eran las cláusulas de este servicio con las del otorgado por los otros dos brazos, y protestando como protestaba el rey de que «no habia dejado su casa, la reina y su hija con la descomodidad que el mundo habia visto para negociar donativos que se consumieran en el aire.» Ultimamente, reunidos los comisarios y tratadores, acordaron los tres brazos, y así lo propusieron al rey, que el servicio quedase reducido á un millon ochenta mil libras ó á la mitad del que pagase el reino de Aragon si fuese menos, haciéndose la paga en pólvora, cuerdas, bastimentos y municiones y no en dinero ni en hombres por no permitirlo el abatimiento del reino. Pareció en un principio conformarse el rey con este acuerdo, mas poseido de enojo, envió á las cortes aquella misma noche un mensagero anunciándoles su próxima partida y despojándolas del privilegio del *nemine discrepante* de que hasta entonces habian gozado, debiéndose en adelante tomar las resoluciones por mayoría de votos. No contento aun, dirigióles, mientras los estamentos deliberaban lo que habia de hacerse, un papel con estas solas palabras: «S. M. manda que quiteis de la concesion del servicio todas las condiciones, so pena de traidores.» Absorta quedó la asamblea con este mensage, hasta que prevaleciendo en sus ánimos el temor ó los sentimientos de lealtad que entonces predominaban, reuniéronse al dia siguiente en solio, y en él los tres brazos del reino ofrecieron á Felipe un millon ochenta mil libras en quince años, setenta y dos mil en cada uno, para sostener mil hombres por igual tiempo. Con esto dióse el rey por satisfecho atendida la penuria del país; despidióse de los tres brazos, y dejándoles que continuaran deliberando sobre los negocios públicos, marchó á Barcelona para donde habian sido prorogadas las cortes que se convocaran en Lérida (marzo de 1626).

Tambien las cortes de Barbastro (1) representaron al monarca la imposibilidad en que estaban de hacer el gran esfuerzo que de ellas solicitaba, y ofreciéronle en cambio un millon pagadero en diez años. No satisfizo á Felipe el ofrecimiento, y mostrando á los brazos de Aragon su enojo, como lo habia mostrado á los de Valencia, por su dilacion en servirle como queria, intimóles por cartas y embajadores su propósito de partir para Barcelona. Graves discusiones se suscitaron entonces en las cortes con motivo de la eleccion de presidente; mas fué elegido por fin para este cargo el conde de Monterrey, cuñado del de Olivares, y el Justicia, por disposicion del rey, prorogó las cortes para Calatayud (marzo).

Con magníficas fiestas fué recibido Felipe IV en la capital del Principado y con las ceremonias acostumbradas prestó juramento de guardar las constituciones y los fueros de Cataluña. En esta ciudad de Barcelona ratificó el tratado de Monzon, y él, ó por mejor decir su ministro, poseido de enojo por lo que le sucediera en Aragon y en Valencia, exigió imperiosamente de las cortes que se sirviera al rey con gente de guerra. Cabalmente se hallaba muy descontenta y agobiada Cataluña por la peste que por aquel tiempo la habia diezmado varias veces y por los escasos beneficios que reportaba del gobierno de Madrid, que dejaba expuesto su comercio á los ataques de los Berberiscos. Por esto, pues, solo se avinieron los tres brazos, y esto con extremada repugnancia, á conceder gente para una campaña, y en vano fué, una vez contraido el empeño é interesado en la cuestion el amor propio, que dejara el rey su tono iracundo, que llamase repetidas veces *hijos* á los Catalanes y que les explicase su situacion comprometida haciéndoles ver que si no le socorrian y ayudaban con lo pedido, se veria en la necesidad de volver desairado y sin prestigio á Castilla. Las cortes no desistieron de su propósito, é indignado el de Olivares y sospechando mal de las juntas que en la ciudad se celebraban, hizo que el rey la abandonara prontamente enderezando su viage á Zaragoza. Ni súplicas ni protestas pudieron detenerle, y este fué el principio de un desacuerdo fatal entre el monarca y sus súbditos de Cataluña, desacuerdo que ocasionó mas adelante calamidades sin cuento á la nacion entera (abril).

Desde Cariñena escribió el rey á los cuatro brazos de Aragon manifestándoles su disgusto por no haber votado todavía el servicio solicitado; retardáronlo aun por algun tiempo los excesos y atropellos que por entonces cometieron en el reino aragonés algunas compañías de Castilla que iban de tránsito para embarcarse y que se habian detenido y alojado esperando las galeras. El escándalo llegó á tanto, aumentado por las sospechas que se tenian de que el rey habia mandado la entrada de aquella gente para influir en las decisiones de las cortes, que estas nombraron una embajada para presentarse al monarca y solicitar de él el inmediato alejamiento de las indisciplinadas compañías. Obtuviéronlo no sin dificultad, y unas fueron dirigidas á la frontera de Francia y otras regresaron á Castilla. Por fin, despues de muchas sesiones las cortes de Aragon, excepto el brazo de las universidades, votaron el servicio pedido, que el rey redujo á dos

(1) En estas cortes los Aragoneses obtuvieron del rey el libre comercio del puerto de Pasages en Guipúzcoa, que antiguamente habia sido puerto franco para Aragon y Navarra hasta que Enrique II de Castilla le quitó este privilegio para poblar y engrandecer á San Sebastian.

mil trecientos hombres, y que fué despues reducido á dos mil por quince años, no habiendo de exceder su paga de ciento cuarenta y cuatro mil escudos anuales. El brazo de las universidades se adhirió por último á los demás, y á fines de julio celebróse el solio en la iglesia del Santo Sepulcro de Calatayud por el presidente conde de Monterrey. Felipe habia regresado ya á Madrid, y en su viage habia podido convencerse de lo que es todavía una verdad ahora, por mas que muchos la desconozcan, esto es que los reinos de España se componian de elementos muy distintos; que la completa unidad, sueño halagador de los poderes absolutos, se hallaba aun muy distante, y que su sistema de gobierno en Castilla era difícil que se aviniera con la índole de sus demás súbditos (1).

Felipe IV habíase mostrado fiel al empeño contraido por su padre con el emperador Fernando II, y sus tropas continuaban guerreando en Alemania contra los protestantes acaudillados por el elector palatino. Gonzalo Fernandez de Córdoba, hijo del duque de Sessa, ya solo, ya unido con Tilly, general de la liga católica, venció varias veces á los partidarios de Federico el margrave de Baden-Durlach, el conde de Mansfeldt y Cristian de Brunswich, y alcanzó la famosa victoria de Fleurus (agosto de 1622). Federico perdió sus estados hereditarios del Palatinado, y él y sus generales hubieron de refugiarse en Holanda; la union protestante quedó disuelta, y la dignidad electoral fué transferida á Maximiliano, duque de Baviera.

Por un momento gozó el imperio de paz, pero no así España, que era casi imposible para ella atendida la multiplicidad de sus intereses y el punto de vista bajo que eran apreciados por el gobierno y la nacion misma. Así al espirar en el primer año del reinado de Felipe IV la tregua de doce años celebrada con las Provincias Unidas de Holanda, el consejo de Indias y el de Portugal se apresuraron á hacer presente al monarca que á consecuencia de ella habia sufrido el reino mas pérdidas que en cuarenta y cinco años de guerra; y en efecto, excluidos los Holandeses del comercio de Portugal, los viages de Cornelio Hootman y de Van-Heek, la conquista de una parte de las Molucas y el establecimiento de la compañía de las Indias habian privado á su vez á los comerciantes de Sevilla y Lisboa del monopolio de los artículos coloniales en Europa. Además, la clausura del Escalda, arruinando el comercio de Amberes, habia empobrecido á Flandes y enriquecido á Holanda, y los Paises Bajos españoles se despoblaban de año en año. Esto explica el dictámen emitido por los consejos de Portugal é Indias, y segun sus cálculos, la guerra solo habia de aumentar los gravámenes que por todo ello sufrian con cincuenta y siete mil escudos mensuales. La guerra era tambien, como sabemos, la política del de Olivares, política desastrosa indudablemente, aunque justificada en parte por las tradiciones de lo pasado, por el sentimiento nacional y por reales ó aparentes necesidades. Por esto resolvió emprenderla de nuevo en los Paises Bajos, y el archiduque Alberto dirigió una in-

---

(1) Entre las leyes que se hicieron en las cortes de Calatayud son notables, como dice Lafuente, la que mandó, en beneficio de la agricultura, que en los meses de julio, agosto y setiembre no se pudiera prender por deudas á los labradores ni embargarles los instrumentos y aperos de labor, y la que dispuso suspender por primera vez, en vista de los apuros del reino, la subvencion que las cortes aragonesas daban á los autores de obras de historia y de jurisprudencia de mérito especial.

vitacion á las siete provincias unidas para que, juntándose á las otras diez, no formasen con ellas mas que un solo cuerpo bajo un solo soberano. Esto equivalia á proponerles que renunciaran á su independencia y era tanto como declararles la guerra, de modo que ambas partes se prepararon para emprenderla. Los Holandeses se confederaron con el rey de Dinamarca y alcanzaron abundantes socorros pecuniarios de Francia y de Inglaterra, mientras que Espínola dejaba la Alemania y abria la campaña (1622), apoderándose de la importante plaza de Julliers y poniendo sitio á Bergh-op-Zoom, si bien le obligó á levantarlo el príncipe Mauricio. Las operaciones emprendidas en Alemania hacian que por ambas partes se siguiese con escaso brio la campaña, y cuando en 1625 murió el príncipe Mauricio de Nassau sucediéndole su hermano Federico Enrique, la lucha fué, no ya una guerra civil, sino una guerra regular y de profunda táctica, una escuela para todos los militares de Europa. En el año á que de nuestro relato estamos (1626) el marqués de Espínola recibió de Felipe IV aquel célebre mensage: «Marqués, tomad á Breda,» y sin vacilar emprendió el general el sitio de aquella importante plaza fuerte, y entró en ella despues de diez meses de combates que hicieron aquel cerco poco menos famoso que el de Ostende.

No permanecia ociosa la marina española, y Berberiscos y Holandeses ponian su valor á prueba y la obligaban á contínuas correrías y combates en que sostuvo el honor de su bandera. Especialmente en la guerra contra Holanda diéronse en la mar muy rudos golpes, pues la compañía de las Indias disponia de una escuadra de ochocientos buques que enviaba en corso y no volvian á los puertos holandeses sino cargados de ricos despojos (1). Las galeras españolas sin embargo fueron las primeras que al espirar la tregua dieron la señal de rompimiento: don Fadrique de Toledo, general de la armada del Océano, atacó y destrozó en las aguas de Gibraltar una escuadra de treinta buques mercantes holandeses, y en el siguiente año Contreras hizo levantar el sitio de la Mámora á Moros y Holandeses coligados. En 1623 las galeras de España derrotaron á una escuadra argelina que intentaba hacer un desembarco en nuestras costas, y dejaron en mal estado cerca del fuerte de la Goleta á otra armada turca. En 1624 se acercaron los Moros con seis gruesas naves de guerra á las costas de Sicilia, y el conde de Benavente salió á escarmentarlos con los buques de aquel reino; muerto el conde al principio de la accion que con ellos empeñó, Francisco Manrique, uno de sus tenientes, sostuvo el honor del pabellon haciendo volar la capitana berberisca y apresando las restantes naves. Don García de Toledo rindió cerca de Arcilla cuatro bajeles africanos, pero no fuimos tan afortunados en América donde una flota holandesa se apoderó de San Salvador y la entregó al saqueo y otra se echó sobre Lima y la dejó asolada. Estos reveses fueron compensados en 1626 con los triunfos de don Fadrique de Toledo, quien arrojó á los enemigos de Guayaquil, de Puerto Rico y de algunos otros puntos de los muchos que habian caido en su poder en el litoral de la América del Sur.

Jacobo I de Inglaterra, aunque obligado á ciertos actos hostiles por los hombres de su gobierno, no era decidido enemigo de España; al contrario, desea-

(1) Dícese que en treee años apresaron estos corsarios quinientos cuarenta y cinco buques, cuya venta produjo la enorme suma de 180.000,000 de libras.

ba estrechar con ella los lazos de la amistad y alianza por medio del matrimonio de su hijo primogénito Carlos con la infanta doña María, y á este fin habia hecho ya algunas proposiciones en tiempo de Felipe III. Nada se habia determinado sobre ellas por la diferente religion que profesaban el príncipe y la infanta, pero muerto aquel piadoso rey, pensó el Inglés que habria de ser mas afortunado con su sucesor y renovó las pláticas por medio de su embajador en Madrid, sin que todo ello le hiciera desistir de mediar en favor del elector palatino , ni dar á los católicos la libertad de su culto que le exigia el papa como condicion de la dispensa. Esto no obstante, animado de lisonjeras esperanzas, resolvió enviar su propio hijo á España acompañado del que era entonces conde de Buckingham, y en efecto, el príncipe llegó de incógnito á Madrid donde nadie le esperaba (marzo de 1623). Dado á conocer, dispensósele magnífico recibimiento, y la corte y el pueblo se esmeraron en agasajarle con variados y brillantes festejos, á cuyo efecto se suspendió la pragmática sobre el lujo de los trages. Siete meses permaneció el príncipe en la corte de España entre fiestas y regocijos sin poder recabar del rey y de Olivares respecto del matrimonio otra cosa que promesas vagas, á pesar de haber dado dictámen favorable al mismo los teólogos, canonistas, jurisconsultos y magnates que habian sido consultados. Por fin llegaron á firmarse los tratados, pero no por esto adelantó lo del enlace, que se diferia siempre con excusas y dilaciones, hasta que cansados el príncipe y Buckingham y enojado el monarca inglés, volvieron aquellos á su reino cargados de presentes, dejando un embajador en Madrid para que siguiera arreglando el escabroso asunto de los desposorios (setiembre). Allanadas parecian todas las dificultades ; habíase fijado la boda para el 9 de diciembre y disponíanse ya las fiestas, cuando Jacobo, deseoso de vengarse de las pasadas dilaciones, envió un correo á Madrid diciendo que no consentiria en llevar á cabo el matrimonio á no comprometerse Felipe á defender el Palatinado. No podia avenirse el gabinete de Madrid á acto tan contrario á su política, así es que dejando la infanta el título de princesa de Inglaterra que ya llevaba, quedaron del todo rotas las negociaciones. Desde aquel momento Inglaterra mostróse mas decidida en su enemistad á España : los Holandeses recibieron de ella auxilios de dinero , hombres y bajeles , y sus piratas se unieron á ellos para infestar nuestros mares. Y no se limitaron á esto las agresiones de la Gran Bretaña , como se llamaba ya aquel pueblo , sino que una vez rey Carlos I por fallecimiento de su padre (1625), envió contra Cádiz una armada de ochenta velas con diez mil hombres de desembarco, que se apoderaron de la Torre del Puntal. Don Fernando Giron y despues el duque de Medina-Sidonia, gobernador de Andalucía, acudieron á rechazarlos con tropas y milicias y los obligaron á reembarcarse precipitadamente con pérdida de mil hombres y treinta naves (diciembre).

El cardenal Richelieu se hallaba entonces enteramente absorto en el sitio de La Rochela, á cuyos defensores protegia el soberano inglés. Político y hábil el Francés, aprovechó los deseos que tenia España de tomar venganza del que la insultara en Cádiz, y negoció con el de Olivares un tratado de alianza que al propio tiempo que dañaba á Inglaterra ocupaba á las fuerzas españolas y hacíale á él ganar tiempo para preparar lo que meditaba contra la casa de Austria. Estipulóse, pues, que una armada española de cincuenta velas fuese á atacar las

costas de Inglaterra y de Irlanda, y España cumplió fielmente el compromiso. Su expedicion, empero, no produjo resultado alguno; salida de nuestros puertos cuando la estacion se hallaba ya muy avanzada, dispersáronla las tormentas y hubo de regresar á estas aguas. En tanto, mientras así quedaba sin guarda el Océano, los Holandeses apresaron cerca de las islas Terceras la flota que venia de América con cuantiosos caudales (1627). A. de J. C. 1627

El ambicioso duque de Saboya habia procurado aliarse con España al verse tan inesperadamente abandonado por el cardenal de Francia. La sucesion del ducado de Mántua, abierta por aquel entonces, protegiendo Felipe IV al duque de Guastalla, y Luis XIII, que á toda costa queria intervenir en los asuntos de Italia, al de Nevers, sobrino del difunto duque, favoreció sus planes y entró en las miras de España para la codiciada particion del Monferrato. Rápido en la ejecucion de sus designios, se apoderó de Alba, de Moncalbo y de Pontestura (1628), 1628
en tanto que los Españoles acaudillados por Gonzalo de Córdoba, gobernador de Milan, se adelantaban para poner sitio á Casal y que el gabinete de Madrid, para impedir á Richelieu tomar decidida parte en la contienda, enviaba nuevos auxilios de dinero y hasta de hombres y de naves á los calvinistas de La Rochela.

La campaña de 1628 terminó toda en beneficio de Españoles y Saboyanos; algunos miles de hombres allegadizos que el duque de Nevers habia reclutado en Francia, se dispersaron al pasar los Alpes sin atreverse su jefe á poner el pié en el suelo italiano; mas reducida La Rochela y libre Richelieu de enemigos interiores, pudo dirigir todas sus fuerzas á Italia y restablecer la igualdad de la lucha. El mismo Luis XIII quiso ponerse á su cabeza, y el de Olivares, sabedor de estas novedades, dispuso que Espínola fuese á tomar el mando del ejército de Italia. Obedeció el general pasando antes á Madrid para concertar el plan de campaña, y aunque muy lánguida la guerra en los Paises Bajos, su ausencia permitió á los Holandeses apoderarse de Bois-le-Duc y de Wesel. Abrieron los Franceses la campaña en número de veinte y seis mil quinientos hombres (marzo de 1629) forzando los desfiladeros de Suza, que habia querido defender el de 1629
Saboya con dos mil setecientos soldados; Gonzalo de Córdoba levantó entonces el sitio de Casal; Carlos Manuel, que creyó estar próximo á variarse el viento de la fortuna, firmó la paz con Francia y se declaró por entonces neutral, y en Suza hizo liga el monarca francés con Venecia y el duque de Mántua para defender contra los Españoles el ducado de aquel nombre con un ejército de cuarenta mil hombres.

En esto el marqués de Espínola sale de Milan é invade el Monferrato se apodera de las principales plazas, y al mismo tiempo dos ejércitos alemanes enviados por el emperador en auxilio de España entraban el uno en el ducado de Mántua y el otro en la Valtelina. Indeciso el Saboyano no sabia á que partido inclinarse, pareciéndole muy igual entre ellos la balanza de la guerra, mas al fin se arrimó de nuevo á España á quien consideró con mayores probabilidades de triunfo. La peste, que ya en la campaña anterior habia hecho grandes estragos en los ejércitos, dejóse tambien sentir cruelmente en 1630; esto no obstante, el 1630
monarca francés y el cardenal ministro se apoderaron de Pignerol, de Chamberí y de otras plazas, y derrotaron completamente en las inmediaciones de Javennes á diez y ocho mil Piamonteses acaudillados por el hijo de su soberano, golpe que

A. de J. C. causó la muerte á Carlos Manuel, á los sesenta y nueve años de su edad (26 de julio), sucediéndole su primogénito Victor Amadeo. Para vengar este el anterior desastre arremetió contra la plaza de Villadeati y pasó á cuchillo á la guarnicion francesa ayudado de los imperiales, quienes despues se hicieron dueños de la importante plaza de Mántua. Espínola en tanto habíase presentado á la vista de Casal con veinte y cuatro mil hombres (mayo), y sin arredrarle la peste que diezmaba sus tropas, dió principio á las operaciones del cerco. Fueron estas largas y costosas, que la plaza tenia reputacion de ser la mas fuerte de Europa y la defendia con brio y habilidad el general francés Toiras, y por lo mismo no faltaron vicisitudes y combates, hasta que por fin á principios de setiembre, por mediacion del cardenal Mazarini, enviado del papa, ajustóse una suspension de armas en virtud de la cual el Francés habia de entregar á Espínola la plaza y la ciudadela á no recibir socorros en todo el tiempo que mediaba hasta fines de octubre. Poco despues experimentó España inmensa pérdida: el marqués de Espínola, el caudillo que sostuviera hasta entonces la antigua fama de sus armas, descendió al sepulcro víctima de la peste segun unos, y segun otros del sentimiento que en él causó la conducta de su hijo Felipe, que no supo defender un puente contra los Franceses (25 de setiembre). El marqués de Santa Cruz, afamado marino, le sucedió en el mando de las tropas, si bien no tuvo ocasion de llevarlas al combate. Mazarini logró concertar entre Españoles y Franceses una tregua (octubre) que se convirtió al fin en tratado de paz, en virtud del cual habia de darse al duque de Nevers el ducado de Mántua, Pignerol quedaria en poder de Francia y Victor Amadeo seria indemnizado de la pérdida de esta plaza con algunas ciudades del Monferrato. Este convenio, tan perjudicial á España, resultado mas que de las operaciones de la campaña, favorables hasta entonces á las armas españolas, de los manejos diplomáticos de Richelieu y Mazarini con los cuales no podia luchar el de Olivares en semejante terreno, causó en el ejército profundo disgusto; pero esto no impidió que fuese ratificado en el congreso reunido en Querasco al que asistieron plenipotenciarios de España, del Imperio,
1631 de la Santa Sede, de Francia y de Saboya (marzo de 1631). Desde aquel momento empezó España á perder su preponderancia en Italia.

De poca duracion habia sido para la Alemania la paz de que gozara despues del vencimiento del elector palatino. Los estados de la Baja Sajonia, amenazados de una próxima restitucion de los bienes eclesiásticos, llamaron en su auxilio á los príncipes del Norte que les estaban unidos por los intereses de religion. El jóven rey de Suecia Gustavo Adolfo guerreaba entonces contra la Polonia, aliada del imperio, y el rey de Dinamarca Cristian IV tomó la defensa de los protestantes. Mansfeldt, Brunsvick y otros parciales de Federico salen otra vez á campaña, y los Españoles de Flandes y de Italia marchan de nuevo en auxilio del emperador y de la liga católica. Desde un principio mostróse favorable la suerte de las armas á Tilly y á Waldstein, general este de Fernando; Mansfeldt y Brunsvick fueron derrotados con gran pérdida; el príncipe de Transilvania firmó un tratado cediendo al imperio la corona de Hungría; Cristian fué vencido en Lutter; Waldstein sometió la Pomerania, y la paz de Lubeck (1629) apartó á Dinamarca de los asuntos alemanes. Estas victorias permitieron á Fernando II manifestar su resolucion de no tolerar en sus estados otra religion que la católica y po-

ner fin á las dificultades relativas á los bienes eclesiásticos publicando el *Edicto de* A. de J. C.
restitucion que restablecia el *statu quo* de la paz religiosa de Passau. No habia este de ponerse en ejecucion hasta 1631, y Richelieu, á quien todos los medios eran buenos para humillar á la casa de Austria y fundar el engrandecimiento de su nacion, resolvió aprovechar aquel intervalo para reanimar la causa del protestantismo. Sirvióle entonces de instrumento el esforzado Gustavo Adolfo de Suecia, que alimentaba el elevado pensamiento de ceñir la corona imperial haciendo así protestante el imperio; por mediacion del cardenal francés negocióse una tregua entre Polonia y Suecia, y Gustavo Adolfo invadió los estados imperiales, despues de firmar con Francia un tratado por cinco años, en que se obligaba el Sueco á sostener en Alemania un ejército de treinta y seis mil hombres, recibiendo en cambio de Richelieu seiscientas diez y seis mil libras tornesas anuales, con condicion de que no fuesen molestados los católicos de los paises que ocupase, lo cual se puso como satisfaccion al papa y al sentimiento general de la nacion francesa. El genio del conquistador, su táctica impetuosa que lo sacrificaba todo á la rapidez de los movimientos, que prodigaba los hombres para abreviar la guerra, desconcertó á los Alemanes, y los tercios españoles enviados de Flandes y de Italia no bastaron en un principio á restablecer el prestigio de las armas católicas. Gustavo Adolfo, auxiliado por los príncipes protestantes alemanes confederados de nuevo en Leipsick, entre ellos el duque de Sajonia, abrió la campaña apoderándose de Jena; su plan consistia en hacerse dueño de las plazas fuertes siguiendo el curso de los rios, en asegurar la Suecia cerrando el Báltico á los Imperiales y en dejar sola al Austria antes de dar el último golpe. Tilly, que salió á su encuentro, es vencido en la sangrienta batalla de Leipsick (1631); la Baviera es invadida, nueve escuadrones españoles son pasados á cuchillo al dirigirse á Franckenthal; Maguncia es tomada á pesar de la vigorosa resistencia que opusieron los Españoles que la guarnecian al mando de don Felipe de Silva; Tréveris y todas las plazas del Rhin sufren igual suerte; Tilly muere defendiendo el Lech, y el Austria queda por todas partes descubierta. Dióse entonces la célebre batalla de
Lutzen (1632), en la que murió el héroe de Suecia, si bien la victoria se de- 1632
claró por los suyos, y la guerra, continuada por los príncipes protestantes y los gobernadores del reino de Suecia ayudados por el oro de Francia y seis mil Ingleses al mando del duque de Hamilton por una parte, y por otra por Waldstein, que habia vuelto á la gracia de Fernando y apoderádose de Praga, con todos los recursos del imperio y los refuerzos de España, hízose mas encendida que nunca.

Hacíase por el contrario flojamente en los Paises Bajos, si bien agitaban el país profundos motivos de desasosiego. El archiduque Alberto habia muerto sin dejar sucesion (1621); el conde de Bergh, que habia quedado con el mando del ejército, dejóse arrebatar algunas plazas de importancia; la infanta Isabel Clara, al verse viuda en medio de tantos azares y deseosa de vivir en paz, hizo cesion de sus estados á España á quien era seguro que á su muerte habian de volver (1632), y esto despertó el encono del país formándose en todas partes tramas y conjuras contra la dominacion española, en una de las cuales se hallaba comprometido el mismo conde de Bergh. Por fortuna se descubrió todo á tiempo; el marqués de Santa Cruz fué desde Italia á encargarse del mando de las provincias, y de Alemania acudió en auxilio de España el conde de Oppenheim con un ejército de

A. de J. C. veinte mil hombres. Aprovechó el príncipe de Orange aquellas críticas circunstancias para salir á campaña; delante de Maestricht venció á Oppenheim, se apoderó de aquella plaza y luego de Limburgo, Vere y Orsoy, y fué preciso relevar á Santa Cruz que habia permanecido en extraña inaccion durante estos tristes sucesos. Encomendóse entonces la direccion de la guerra á cuatro generales que alternaban en el mando de las fuerzas semanalmente, y con facilidad se comprende que este sistema no habia de adelantar mucho las operaciones de la campaña; el príncipe de Orange obtenia sin cesar nuevas ventajas: una escuadra de noventa velas enviada contra Holanda y Zelanda fué destrozada por el enemigo; Rhinberg se rindió al stathouder, y para colmo de males murió á poco de esto la prudente y virtuosa gobernadora de los Paises Bajos, la archiduquesa Isabel Cla-
1633 ra (1633), quedando provisionalmente el gobierno del país y el mando de las tropas en el marqués de Aytona. Este, comunicando nuevo brio á las operaciones de la campaña, puso sitio á Maestricht é hizo levantar el que el de Orange tenia puesto á Breda, al tiempo que, devolviendo á Richelieu las maquinaciones que urdia contra España, acogia en el territorio de su gobierno á María de Médicis y á su hijo el veleidoso Gaston de Orleans, expulsados de Francia por el cardenal ministro, y firmaba con ellos un tratado en el que Gaston se obligaba á pelear por la causa de Felipe IV en caso de estallar la guerra. Activo se manifestaba el marqués en suscitar enemigos á Francia como esta en suscitarlos á España; pero fuerza es convenir en que la fortuna mostrábase siempre favorable al ministro de Luis XIII: Montmorency, partidario de Gaston de Orleans, al que Aytona proporcionara una suma de cincuenta mil escudos de oro, murió en el patíbulo; las pláticas entabladas por España con los Holandeses para establecer la paz fueron frustradas por los agentes de Francia; el baron de Charnacé, embajador de esta nacion en Holanda fué autorizado para mandar un regimiento y combatir en servicio de las Provincias Unidas sin abandonar su carácter oficial; los socorros pecuniarios de armas y municiones que de Francia iban á Holanda aumentaban diariamente, y podíase prever en vista de la enemiga de ambos pueblos y de sus repetidos actos de hostilidad que no tardaria entre ellos en estallar la guerra furiosa y terrible. Y así fué en efecto: España y el imperio acababan de triunfar de sus enemigos, cuando Francia, que conoció haber llegado el supremo instante de descender á la liza, se lanzó á la lucha y otra vez anegó en sangre casi todas las comarcas de Europa.

Las hostilidades entre Suecos é Imperiales habian continuado en Alemania con varia fortuna. Como consecuencia de la batalla de Lutzen habian ganado los primeros Leipsick y Weimar, casi toda la Silesia, Ingolstadt, Colmar y toda la Suavia; los Españoles rindieron al elector palatino la plaza de Franckenthat, pero Waldstein, activo é infatigable, compensó estos reveses con la victoria de Steinou, despues de la cual recobró á paso de carga la Silesia, Olaw, Francfort del Oder y todo el Brandeburgo. Esto no obstante acusóse á este general, quizás con fundamento, de entenderse con los Franceses, de aspirar al imperio ó cuan-
1634 do menos á ceñir la corona de Bohemia, y Fernando II decretó su muerte (1634). El rey de Hungría, que le sucedió en el mando de las tropas, tomó por asalto á Ratisbona (julio), y se dispuso á continuar la lucha con igual brio que su antecesor.

No habia escaseado Felipe IV los auxilios de hombres y dinero á Fernando II como no los escaseaba Luis XIII á los Suecos. En 1633 el cardenal infante don Fernando, gobernador de Milan, cediendo á las súplicas del emperador, formó un ejército de catorce mil hombres para defender la Alsacia contra los Suecos; mandadas por el duque de Feria atravesaron las tropas por Baviera y Suavia y penetraron en Alsacia por Brisgon. En un principio obtuvieron los Españoles buenos resultados: el rhingrave Othon Luis hubo de levantar el sitio de Brissac, mas habiendo llegado numerosos refuerzos acaudillados por los generales suecos Horn y Birkehfel, recobró cuanto antes perdiera, y los soldados del de Feria hubieron de emprender su retirada á través de los Alpes sufriendo inmensas penalidades. En estas críticas circunstancias conoció el conde-duque (así se llamaba al de Olivares desde que fuera creado grande de España y duque de Sanlúcar) cuan necesario era enviar á los Paises Bajos un hombre de calidad, de representacion y de prestigio que enderezara las cosas de la guerra y del gobierno, y el elegido fué el cardenal infante don Fernando, virey que habia sido de Cataluña y gobernador de Milan, el único hermano que quedaba á Felipe, pues Carlos habia muerto de muy pocos años (1634). En Italia juntó el infante un ejército de diez y ocho mil hombres españoles é italianos, y ávido de gloria tomó el camino de Flandes. Al atravesar la Alemania juntó sus fuerzas con las del rey de Hungría, y pasando el Danubio llegó delante de Nordlhingen, á la que tenia puesto cerco una division de Imperiales. Con la llegada del nuevo ejército la toma de la plaza era segura, cuando acudieron en su auxilio numerosas tropas de Suecia á las órdenes del duque de Weimar y del mariscal de Horn haciéndose inevitable una batalla. Dióse esta con gran encarnizamiento en los dias 5 y 6 de setiembre, y Españoles é Imperiales alcanzaron una completa victoria. Trecientos estandartes, ochenta cañones, cuatro mil prisioneros, ocho mil Suecos muertos en el campo, la rendicion de Nordlhingen, la completa ocupacion de la Baviera y del ducado de Wurtenberg, y la sumision del elector de Sajonia y de casi todos los príncipes hereges fueron resultado de aquel memorable triunfo que llenó de consternacion al partido protestante. Los Suecos no eran ya bastantes para sostener la campaña, y este fué, repetimos, el momento elegido por la Francia para lanzarse á la lucha.

A. de J. C.

El infante don Fernando marchó luego á Bruselas, donde fué aclamado como el libertador de Alemania, y allí recibió de Luis XIII formal declaracion de guerra (1635). En efecto, no se descuidó Richelieu luego que supo la derrota que sus intereses habian experimentado en Nordlhingen: envió al marqués de Feuquières á Worms cerca de los cuatro círculos de la Alemania superior para levantar su ánimo abatido; renovó la tregua entre Suecia y Polonia; hizo suyo á Bernardo de Weimar, el mejor discípulo de Gustavo Adolfo; renovó su alianza con Holanda para expulsar á los Españoles de los Paises Bajos, obligándose á poner á disposicion de las Provincias Unidas un cuerpo de ejército y á pagarles un subsidio anual de trecientas mil libras tornesas; un cuerpo de veinte mil Franceses pasó el Rhin al mando de los mariscales La Force y De Brezé para socorrer á los Suecos sitiados por los Imperiales en el castillo de Heidelberg; envió sus agentes á Italia para formar entre aquellos príncipes una liga contra la casa de Austria; procuró, aunque en vano, atraer á su causa á Inglaterra, agitada por intestinas contiendas; reunió por todas partes tropas y materiales, y tomando por pre-

1635

texto la sorpresa de Tréveris hecha por los Españoles, á cuyo elector aliado de Francia llevaron preso á la ciudadela de Amberes, declaró formalmente la guerra á España y al Imperio. Luis XIII publicó en seguida un manifiesto declarando los motivos que le asistian para tomar las armas, señalando entre ellos la invasion de la Valtelina, el incumplimiento del tratado de Monzon, las empresas contra el duque de Saboya, la opresion del de Mántua, las intrigas de los embajadores de España para dividir la familia real francesa, el ultraje inferido al elector de Tréveris y otros varios, á cuya exposicion contestó la corte de Madrid con otra llena tambien de quejas y recriminaciones, atribuyendo á la ambicion de Richelieu las desgracias todas de Europa.

Felipe IV, ó por mejor decir su ministro no habia permanecido inactivo ante los inmensos preparativos de Richelieu. En todas las cortes negociaba para apartarlas de la confederacion de Francia; hizo grandes esfuerzos para mantener su influencia en Italia, cuyos príncipes en efecto se le mantuvieron fieles excepto el de Saboya y el de Parma, aquel por labrar su fortuna, este por enemistad personal al duque de Feria, gobernador de Milan; reunió subsidios, soldados, naves y vituallas, y en una palabra, dispúsose con cuantos elementos contaba para la lucha que habia de decidir de la fortuna de España.

Era el plan de Richelieu penetrar en Flandes con un ejército de treinta mil hombres, en el Palatinado con otro de veinte y cuatro mil, dirigir doce mil hombres al centro de Alemania, ocupar con catorce mil la Valtelina y con doce mil amenazar el Milanesado, y la guerra comenzó á la vez en todas las fronteras. Chatillon y De Brezé mandaban la hueste que habia de operar en el País Bajo en union con los Holandeses, é inútil fué que el infante don Fernando tratara de oponerles el príncipe Tomás de Saboya. Trece mil hombres mandaba este, fuerza muy inferior á la de los Franceses, y dada batalla en Avenne, quedó derrotado con gran pérdida (mayo de 1635), pudiendo luego los dos mariscales enemigos reunirse en Maestricht con el príncipe de Orange. Juntos embistieron la plaza de Tirlemont que entraron á saco y á degüello, y marcharon en seguida á poner sitio á Lovayna. Con gran prudencia y tino se portó el cardenal infante en tan espinosas circunstancias; reuniendo los restos de sus tropas y haciendo nuevas levas, logró apoderarse del fuerte de Skeink, al propio tiempo que interceptando convoyes y hostigando incesantemente al enemigo, le obligó á levantar el sitio de Lovayna y á volverse á Francia, teniendo así feliz remate la campaña que con tan malos auspicios habia comenzado. No fueron mas felices en Alemania las armas francesas: la falta de víveres las obligó á repasar el Rhin perseguidas por los Imperiales. En Italia, los Franceses, auxiliados por los duques de Saboya y Parma, apoderáronse de Villata y Candía y pusieron sitio á Valencia del Po, si bien al fin hubieron de levantarlo, pues defendió bien la plaza el marqués de la Celada y la socorrió oportunamente don Carlos de Coloma. Mas afortunados en la Valtelina ocupáronla derrotando tres veces á los Españoles, y por último alcanzando en Morbegno sangrienta victoria de los refuerzos que allí habian acudido á las órdenes del conde de Cervellon (9 de noviembre). En cambio la armada española, al mando del duque de Fernandina y del marqués de Santa Cruz, se apoderó de las islas de Santa Margarita y de San Honorato, llamadas de Lerins, en la costa de Provenza.

El marqués de Leganés, sucesor del duque de Feria en el gobierno de Milan, dió principio á la campaña de 1636 venciendo á los Franceses en Vespola. Rehechos mas adelante con los auxilios de Saboya y Parma, tentaron de nuevo la suerte de las armas, y dióse junto al Tessino una reñidísima batalla en que los Españoles, mandados por don Martin de Aragon, se retiraron del campo despues de causar gran mortandad al enemigo, muy superior en fuerzas, sin perder cañones ni bagages (junio). El duque de Saboya que, siguiendo su ambígua política ayudaba muy débilmente á los Franceses, ganó la batalla de Tornavento, y en tanto veinte mil hombres á las órdenes del príncipe de Condé marcharon contra el Franco Condado, pues Richelieu, despues de ocupar la Alsacia y el condado de Montbeliard, habia formado el proyecto de extender hasta el Jura las fronteras de Francia. Los Franceses pusieron sitio á Dole y llevaron sus trincheras hasta el pié de los muros, pero el heroismo de los habitantes, mandados por un arzobispo anciano y por algunos oficiales españoles, frustró todos sus esfuerzos y los obligó al fin á emprender la retirada. Tomando á su vez la ofensiva Españoles é Imperiales invaden la Picardía, hácense dueños de la Chapelle, Roye, Catelet, Landrecy y Corbie, y siembran la consternacion en la misma capital de Francia. En tan eminente riesgo Richelieu reunió un ejército de cincuenta mil hombres, gente allegadiza en su mayor parte, llamó al príncipe de Condé y á sus tropas, dictó enérgicas y excepcionales disposiciones para salvar á París é impedir que Españoles é Imperiales pasaran el Oise, de lo que dependia quizás la suerte de la Francia. Por fortuna para ella los caudillos de España y del Imperio no consideraron prudente pasar á la márgen opuesta de aquel rio para embestir la populosa ciudad cuyas fuerzas ignoraban, y despues de tomar algunos fuertes y de correr el país en todas direcciones, retrocedieron hácia Flandes, á donde los llamaba don Fernando para oponerlos al de Orange, que habia salido á campaña con un ejército de veinte mil hombres.

A. de J. C. 1636

Retirados Imperiales y Españoles del Oise y del Somme, Luis XIII, acompañado de su ministro y del duque de Orleans, se puso al frente de sus tropas, con las cuales recobró las plazas de Roye y de Corbie, esta última despues de tener bloqueados por espacio de tres meses á los Españoles que la defendian en número de tres mil hombres, quienes, si bien reducidos al último extremo, pudieron salir de la fortaleza con todos los honores militares (noviembre). En Borgoña hizo el conde de Galas con un ejército de treinta mil combatientes otra diversion contra Francia y se apoderó de Mirebeau, mas le fué forzoso retirarse de San Juan de Laune, vigorosamente defendida. Otras invasiones durante la misma campaña hicieron los Españoles en territorio francés: don Francisco de Andia é Irazabal, marqués de Valparaiso, virey de Navarra, y el almirante de Castilla penetraron en Francia por las fronteras de aquel reino y de Guipúzcoa, ocuparon varios lugares de Gascuña causando gran daño al país, amenazaron á Bayona, y solo retrocedieron cuando fueron dirigidas contra ellos tropas muy superiores en número á las pocas que los seguian. Y para que la campaña concluyese enteramente de un modo lastimoso para los Franceses, los estados de Holanda los miraban ya con desapego y secundaban muy débilmente las operaciones de la guerra, y los Grisones, sus antiguos amigos, se alzaron ahora contra ellos, cansados de su tiranía, y los expulsaron de la Valtelina.

En Alemania, Imperiales y Españoles sostenian tambien el honor de sus armas contra Suecos, Franceses y protestantes, y el emperador en la dieta de Ratisbona (2 de diciembre) pudo investir á su hijo primogénito Fernando Ernesto, rey de Hungría, de la dignidad de rey de Romanos, quedando de esta suerte asegurada en la casa de Austria la sucesion al imperio.

La marina española no habia estado inactiva durante este tiempo, que los Holandeses, como varias veces hemos dicho, disponian de excesivas fuerzas y eran sus brios muchos para tenerla ociosa. Las posesiones portuguesas de las Indias Occidentales y las españolas de Africa y América eran incesantemente atacadas, y la llegada de nuestros galeones salvos y sin tropiezo se celebraba en la corte como un acaecimiento de gran prosperidad. Aquellos guerreros mercaderes conspiraban además contra la dominacion española con los soberanos de Asia, y así fué como se alzaron contra los Portugueses los naturales de Ceilan, teniéndolos apretados en durísimo cerco y reducidos á los mas crueles apuros del hambre hasta que el capitan Jorge de Almeida, enviado por el virey de Goa, acudió en su auxilio, venció á los sublevados, arrojó á los Holandeses del territorio que ocupaban y restableció en la isla el poderío de España (1636).

Tales contratiempos parecieron calmar los brios de Richelieu, y ya fuese sinceramente, ya solo por deseos de ganar tiempo, mostróse dispuesto á negociar la paz y á aceptar la mediacion de Urbano VIII, que habia amonestado varias veces á Francia para que dejara de ser en Europa el adalid de la heregía. Despues de varias negociaciones convínose en celebrar las conferencias en la ciudad de Colonia, y á ella acudieron plenipotenciarios del pontífice, de España, del Imperio, del gobernador de Flandes y de Luis XIII. Desgraciadamente nada pudo acordarse entre ellos por haberse negado los embajadores de Felipe IV y de Fernando II á admitir como tales á los enviados de Holanda y de los príncipes protestantes del Imperio, y todos se dispusieron nuevamente para continuar la guerra en la próxima campaña.

El estado interior de España en este tiempo no correspondia por cierto á los grandes triunfos que reportaban sus armas, fulgores de una luz que iba apagándose. «Muchos lugares despoblados, templos caidos, casas hundidas, heredades perdidas, tierras sin cultivar, habitantes mudándose de unos lugares á otros con sus mugeres é hijos buscando el remedio, comiendo yerbas y raices del campo para sustentarse, otros emigrando á diferentes reinos y provincias donde no se pagan los derechos de millones,» tal es el cuadro mas ó menos exagerado de la situacion del reino que un procurador de Andalucía habia presentado al rey Felipe IV. La expulsion de los Moriscos, la excesiva emigracion á América y el cúmulo de guerras sostenidas por España, empezaban á poner á la vista de todos sus lastimosos efectos.

La fatal situacion en que habian quedado el comercio y la industria en los reinos de Castilla, agravóse mas aun cuando, segun las ideas en aquel tiempo en boga y segun practicara Luis XIII respecto de España, el conde-duque hizo expedir una pragmática prohibiendo absolutamente todo comercio con los paises enemigos y rebeldes y mandando confiscar los frutos, mercancías y artefactos que de ellos viniesen, inclusas las embarcaciones (1630). En guerra España con casi todas las naciones de Europa, y esto por muchos años, semejante disposicion

la aisló mercantilmente del movimiento europeo y dió origen á un contrabando en gran escala que, contribuyendo á dar muerte á la industria nacional, privaba al gobierno de cuantiosas rentas.

De regreso el rey del viage que emprendió á Cataluña para terminar las cortes aquí empezadas algunos años antes, convocó en Madrid las de Castilla (1632) con el principal objeto de alcanzar de ellas los subsidios necesarios á sus atenciones. En esta asamblea fué solemnemente reconocido y jurado como heredero del trono el príncipe Baltasar Carlos, nacido en octubre de 1629, y en seguida, aunque procediendo reacios á causa de la miseria del país, los procuradores otorgaron un servicio de seiscientos mil ducados anuales que habian de salir principalmente del derecho de sisa que se impuso á varios artículos de consumo. Los apuros del erario eran tales que otra vez hubo de recurrirse á los donativos particulares á los cuales contribuyó como siempre el clero con gran desprendimiento, y hubo de permitirse que los grandes levantaran y mantuvieran á sus expensas regimientos. Tambien el pontífice Urbano VIII acudió al remedio concediendo al rey en 1633 seiscientos mil ducados anuales sobre las rentas eclesiásticas de España y la cruzada para el reino de Nápoles, que importaba cuatrocientos mil. El conde-duque no se descuidaba en idear nuevos arbitrios, y si á él se debió la saludable medida de haber reducido á su valor primero la moneda de vellon (1627), y la de la tasa ó precio fijo á que habian de venderse el trigo y otros cereales, esto en perjuicio de la ya abatida agricultura, introdujo en 1636 la renta del papel sellado, disponiendo que todos los títulos y despachos reales, escrituras públicas, contratos entre partes, actuaciones judiciales, instancias y solicitudes al rey y á las autoridades y otros documentos hubiesen de escribirse necesariamente en papel del sello del cual se hicieron cuatro clases. Absoluto el conde-duque en el favor del monarca, quiso serlo tambien del todo en el gobierno, y á este fin discurrió debilitar la autoridad de los consejos, que muchas veces se oponian á sus proposiciones, creando juntas extraordinarias y especiales formadas de personas de su confianza, no permanentes, sino transitorias y reuniéndose cuando á juicio del ministro era necesario. Habia la de Ejecucion, en la que se trataban y concluian todas las materias del Estado, la de Armadas, la de Millones, la de Minas, la del Papel sellado, la de Presidios, la de Obras y Bosques, etc., y hasta las de Vestir, de Limpieza y de Aposento. Con semejante sistema, al decir de todos los autores, sustituyó el conde-duque la multiplicidad, el desórden y la confusion al órden, á la unidad y al arreglo.

Varias calamidades afligieron á España en aquel tiempo. Las lluvias y nieves fueron tan abundantes en 1626, que produjeron desastrosas inundaciones: el Tormes y el Guadalquivir arruinaron en Salamanca y en Sevilla millares de casas y arrastraron consigo personas y ganados, y luego despues el hambre y la peste se cebaron en los infelices pueblos. Un terremoto devoró en Granada hombres y edificios (1629); en el siguiente año consumieron las llamas mas de ciento veinte casas de San Sebastian, y en julio de 1631 ocurrió el famoso incendio de la plaza Mayor de Madrid, que duró mas de tres dias.

Y sin embargo, en medio de estos lastimosos sucesos, entre tan porfiados y entendidos enemigos, entre tantas guerras y dispendios, el rey y su corte, ofreciendo con ello singular contraste, entregábanse al solaz, á las suntuosas fiestas y

á los devaneos, que todo esto entraba por mucho en la política del conde-duque. Era este la persona culminante en palacio; la dureza con que se vengaba y hacia sentir su enojo á los grandes que resistian su voluntad llegó á inspirarles sumision y miedo, y de tal modo tenia don Gaspar de Guzman cautivado el corazon de Felipe, que entre el vulgo llegó á cundir la voz de que le daba hechizos, hechizos que consistian en la habilidad que poseia para lisonjear sus pasiones. Hacíale intolerable el cuidado de los negocios públicos pintándoselo desabrido por demás y enojoso; exageraba contínuamente el cúmulo de asuntos que le traian ocupado, y al propio tiempo proporcionaba al rey incesantes diversiones con bailes, cañas, comedias, toros, mascaradas, ejercicios de caza y amoríos. Los nacimientos de los príncipes y de las infantas, los recibimientos de los embajadores, los enlaces de los miembros de la familia real, y hasta los sucesos mas leves é insignificantes se celebraban con fiestas que duraban dias y dias y en que se gastaban millones. Las bodas de la infanta doña María con el rey de Hungría (1629) convirtieron á Madrid en otra India, dice un escritor contemporáneo, tal era el lujo de los trages, tal la gallardía de los trenes, tal en fin el inmenso boato que ostentó la grandeza y la corte de España.

No habian de faltar á este cuadro la licencia y desenvoltura de costumbres, siendo el rey jóven y de exaltados pensamientos y no cuidando poco ni mucho de la gobernacion del estado. El Buen Retiro, en cuyo hermoseo habia gastado el de Olivares grandes sumas, y otros lugares menos profanos eran teatro de las aventuras amorosas de Felipe y de sus cortesanos; la reina y sus damas no manifestaban mas recato en sus galanteos, al decir de los escritores contemporáneos, y los nombres de Felipe IV y de la cómica María Calderon, de Isabel de Borbon y del conde de Villamediana se mezclaban en todas las conversaciones con mengua del soberano y de la corte en que tales cosas sucedian. Pendencias y estocadas, duelos y asesinatos en calles y en portales acompañaban aquella degeneracion de costumbres, sin que bastara á disimularla la aficion literaria que se observaba en el rey, en los magnates y en el pueblo todo. Las comedias, casi proscritas en los anteriores reinados, eran en este la diversion favorita, y en los corrales, en los palacios de los grandes, en las plazas públicas y hasta en los conventos se representaban las obras de Calderon y de los grandes poetas de aquellos siglos.

CAPÍTULO XIII.

Continúa la guerra con Francia.—Recobran los Franceses las islas de Lerins.—Campaña en Picardía, en el Franco-Condado y en la Alsacia.—Los Españoles en el Languedoc —Sitio de Fuenterrabía.—Derrota de los Franceses.—Campaña en Flandes.- Campaña en Italia.—Toma de Turin.—Los Franceses toman á Salces.—Recóbranla los Españoles.—Combates marítimos.—Operaciones en Italia.—Pérdida de Arras.—Los diferentes reinos de España.—Disgusto de los Catalanes.—Vejaciones que sufrian —Excesos de los soldados.—Sangrientas escenas en Barcelona —Muerte del virey, conde de Santa Coloma.—Levantamiento de Cataluña.—El virey duque de Cardona.—Bombardeo de Perpiñan —*Proclamacion católica* —El obispo de Barcelona virey de Cataluña.—La corte de Madrid resuelve hacer la guerra á Cataluña.—Cortes de Barcelona.—Tratado entre Cataluña y Francia.—Las tropas reales entran en Tortosa.—Guerra en el Rosellon.—El ejército real pasa el Ebro —El marqués de los Velez jura en Tortosa los fueros de Cataluña.—Derrota de los Catalanes en el Coll de Balaguer.—Toma de Cambrils.—Rigor de los jefes reales.—Los Franceses en Tarragona —Rendicion de esta ciudad.—Levantamiento de Portugal — El duque de Braganza es proclamado rey con el nombre de Juan IV. - Las tropas reales toman á Martorell —Luis XIII es proclamado conde de Barcelona.—Ataque de esta ciudad.—Batalla de Monjuich.—Retirada del ejército real á Tarragona.—Los Franceses entran en el Rosellon.—Sitio de Tarragona.—Luis XIII jura las constituciones del Principado.—El mariscal de Brezé virey de Cataluña.—Completa derrota de don Pedro de Aragon, marqués de Pobar.—Los Franceses se apoderan de Perpiñan y de todo el Rosellon.—Felipe IV y su ministro en Zaragoza.—Batalla de Lérida.—Muerte del cardenal Richelieu.—Pierde España las colonias portuguesas —Guerra con Portugal.—Conspiracion en Lisboa contra don Juan IV.—Es descubierta.—Conjuracion del duque de Medina-sidonia en Andalucía.-- Descontento en la corte.—Caida del conde-duque de Olivares.—Su muerte.—Nuevo aspecto de la corte despues de la caida del conde-duque.—Muerte de Luis XIII.—Don Francisco Melo sucede al infante don Fernando en el gobierno de los Paises Bajos. - Guerra en aquel estado.- Guerra en Italia.—Batalla de Rocroy.—Batalla de Tuttlhingen.—Guerra en Cataluña.—Felipe IV en Aragon.—Rendicion de Lérida.—Sitio de Tarragona.—Muerte de Isabel de Borbon.—El conde de Harcourt virey de Cataluña.—Toma de Rosas.- Cortes de Aragon y de Castilla.—Sitio de Lérida.—Muerte del príncipe Baltasar Carlos.—Privanza de don Luis de Haro.—Guerra de Portugal.—Sucesos de Italia.—Revolucion de Sicilia. - Revolucion de Nápoles.—Masaniello. - Su muerte.—Don Juan de Austria delante de Nápoles.—Proclaman los Napolitanos al duque de Guisa.—La escuadra francesa en el puerto de Nápoles.—Descontento del pueblo.—El conde de Oñate virey de Nápoles.—Entra en la ciudad.—Sumision de los alzados.—Guerra de los Paises Bajos.—El archiduque Leopoldo virey de aquellas provincias —Reveses.—Paz de Westfalia.

Desde el año 1636 hasta el 1648.

Mal se avenia el cuadro que acabamos de bosquejar con el que nos toca poner ahora á la vista de nuestros lectores. Corrupcion y pobreza dentro, sangrientas guerras fuera, no es milagro que en pocos años fuese completa la ruina de España.

Disueltas sin resultado alguno las conferencias de Colonia, preparáronse todos, hemos dicho, para la próxima campaña, si bien Richelieu, renunciando por el momento á su universal plan de ataque, concentró todos sus esfuerzos á recobrar las islas de Lerins, á acometer los Paises Bajos por Picardía y Champagne,

A. de J. C. 1637 y á redondear la Francia por la parte de Alsacia y del Franco-Condado (1637). Al conde de Harcourt se confió la reconquista de las islas y con cuarenta bajeles y veinte galeras se dirigió á ellas; á su paso hizo un desembarco en Cerdeña donde entregó á las llamas la ciudad de Oristano, y acometiendo luego la isla de Santa Margarita, la rindió despues de reñida lucha (mayo), sucediendo lo mismo con la de San Honorato, mal defendida por su gobernador don Juan Tamayo.

Alentado por este feliz principio Richelieu expidió órden al cardenal La Valette para que activara en Picardía las operaciones de la campaña, y el caudillo francés, de acuerdo con el príncipe de Orange que se disponia á sitiar á Breda, púsose con diez y ocho mil hombres sobre la plaza de Landrecy, la rindió (julio), é hizo lo mismo con Maubeuge, La Chapelle (setiembre) y otras plazas, sin que el infante don Fernando pudiera marchar á su socorro á causa de las escasas fuerzas con que á la sazon contaba. Esto no obstante, se apoderó de Ruremonde y de Venloo y atacó, aunque sin fruto, la plaza de Maubeuge que defendia Turena. Otro ejército francés mandado por Chatillon invadió al propio tiempo el Luxemburgo apoderándose de varias plazas, y el duque de Longueville, penetrando hasta el corazon del Franco-Condado, venció en Rotalier á las tropas españolas y provinciales, mandadas por Gomez y el baron de Walteville, entró en el castillo de Saint-Amour, donde dejó guarnicion francesa, y entregó á las llamas las plazas de Aubepin, Cheurraux, Moirans y otras. Weimar en la Alsacia saqueaba la tierra llana, derrotaba á Carlos de Lorena y tomaba cuarteles de invierno al otro lado del Rhin. La miseria, el hambre y la mortandad habian llegado á su colmo en aquellas desgraciadas provincias.

Los Españoles tomaron á su vez la ofensiva, y con trece mil hombres al mando del duque de Cardona y del conde de Cervellon penetraron en Languedoc y pusieron sitio á Leucata. Estrechada la plaza muy de cerca, se creia ya inevitable su rendicion, cuando acudiendo en su auxilio el duque de Halluin, empeñó con los sitiadores un sangriento combate y los obligó á retirarse con pérdida. Solo en Italia habia alcanzado algunas ventajas el marqués de Leganés apoderándose de Niza de la Palla y sosteniendo varios combates con Victor Amadeo de Saboya, quien murió aquel mismo año (octubre). Así terminó la campaña de 1637.

1638 Al principiar el año siguiente el ejército francés del Luxemburgo puso sitio á Saint-Omer, pero acudiendo los Españoles, al mando del príncipe Tomás de Saboya y del conde de Piccolomini, introdujeron socorros en la plaza, batieron al enemigo en varios encuentros y le obligaron á levantar el cerco (mayo). El mismo Luis XIII, acompañado de Richelieu, marchó á la frontera de Picardía para reparar la desgracia experimentada por sus armas, pero al saber que el príncipe de Orange habia sido completamente derrotado por el infante cardenal, se limitó á embestir á Catelet cuya guarnicion española fué pasada á cuchillo (setiembre). En el Franco-Condado seguia el de Longueville tomando plazas y devastando el territorio, á pesar de haber sido vencido por el duque de Lorena en las inmediaciones de Poligny, y al propio tiempo Bernardo de Weimar, que continuaba estragando la Alsacia, apoderóse de Brisach, sin que los Españoles pudieran salir de los muros de Besanzon. En Italia el marqués de Leganés se apoderó de Brema en cuyo sitio murió el general francés Crequi, y rindió á

Vercelli, llave entonces del camino de Saboya al Milanesado, sin que pudiera impedirlo el cardenal La Valette, que habia acudido á Italia con numerosas fuerzas. A. de J. C.

Hasta entonces no habia sido atacado el territorio español, mas Richelieu, animado por lo bien que se le presentaba la campaña, dirigió tres cuerpos de ejército al mando del príncipe de Condé contra las fronteras de Navarra. Situóse el uno en Bayona, y juntos los otros dos en San Juan de Pié de Puerto, pasaron el Bidasoa, se apoderaron de Irun, dispersaron á dos mil Españoles, entraron en Pasages y pusieron sitio á Fuenterrabía. Una escuadra española de catorce galeones y cuatro bajeles mayores intentó socorrer á la plaza, pero Sourdis, arzobispo de Burdeos, que mandaba las naves francesas, la acometió y dispersó con extraordinario estrago (agosto). Entonces dió Condé varias embestidas á la plaza que fueron bizarramente rechazadas, y todo lo tenia ya dispuesto para el asalto general, cuando el marqués de Mortara con seis mil Españoles le acometió en sus reales, penetró en sus líneas y ahuyentó sus tropas tomándoles artillería y bagages (7 de setiembre).

En el siguiente año (1639), Richelieu reunió tres ejércitos contra Flandes, 1639 reforzó el de Weimar contra Alemania y el Franco-Condado, aumentó el de Italia, destinó otro contra el Rosellon al mando de Condé, deseoso de vengar la derrota de Fuenterrabía, y equipó dos escuadras, destinada una al Océano y otra al Mediterráneo. Feuquières, que mandaba en el Luxemburgo, abrió la campaña poniendo sitio á Thionville, mas Piccolomini acudió con buen golpe de gente y le venció en sangrienta batalla tomándole su artillería (mayo). Confuso Luis XIII con esta primera derrota de sus armas, quiso tomar de ella desquite y púsose al frente de sus tropas para cercar á Hesdin, plaza importante y bien fortificada; en vano el cardenal infante y Piccolomini trataron de socorrerla: el gobernador, conde de Hanapes, la rindió con honrosas condiciones (junio), lo cual valióle ser sometido por el infante don Fernando á un consejo de guerra. El príncipe de Orange, aunque secundando débilmente las operaciones de la guerra, obligó al cardenal infante á dividir sus fuerzas, y esta coyuntura fué aprovechada por los Franceses que se apoderaron de algunas plazas en el Artois y vencieron al conde de Fuentes, que mandaba allí las tropas españolas. Chatillon se apoderó nuevamente de Iboir (agosto), y Weimar continuaba sus conquistas en el Franco-Condado, en donde introducia la Reforma, cuando le sorprendió la muerte en medio de sus triunfos y de sus sueños para restablecer el antiguo reino de Borgoña, olvidando que la Francia le habia comprado de antemano sus victorias.

En Italia habíase unido el príncipe Tomás de Saboya con el marqués de Leganés, gobernardor de Milan, y juntos se apoderaron de gran número de plazas. Las ciudades de Asti, Saluzes, Coni y otras los aclamaron sus libertadores, y casi toda la Saboya levantóse por ellos abandonando á la duquesa viuda Cristina, hermana y aliada del Francés. Niza, auxiliada por las fuerzas marítimas de España, expulsó de su recinto á los Franceses; en poder de los Españoles cayeron el puerto y la ciudadela de Villafranca, y el cardenal La Valette no acertaba á restablecer en parte alguna el prestigio de sus armas. Para colmo de su desventura los Españoles penetran una noche en Turin por sorpresa y connivencia, se apoderan de la ciudad y obligan á la regente á refugiarse en la ciudadela

(julio), á donde acudió á toda prisa el cardenal La Valette. Por mediacion del nuncio del papa convínose entonces en una tregua de algunos dias, y espirada esta y muerto el cardenal, el conde de Harcourt, su sucesor, renovó con ardor la guerra, aunque sin alcanzar grandes ventajas.

En tanto el príncipe de Condé habia entrado en el Rosellon, cuyas plazas se hallaban muy abandonadas y débilmente defendidas por gente escasa y bisoña. Don Dalmacio de Queralt, conde de Santa Coloma, era virey de Cataluña, é inútilmente representó al de Olivares la inminencia del peligro para que acudiese á prevenirlo. Condé pudo por lo mismo devastar impunemente el país (mayo); el duque de Halluin apoderóse del inexpugnable castillo de Opol, cuyo gobernador, que era flamenco, pagó despues en Perpiñan su traicion ó su cobardía en un cadalso, y con toda su gente pasó luego el enemigo á poner sitio á la importante plaza de Salces. De algun tiempo antes, fundados los Catalanes en su práctica y valor, habian solicitado que se les fiase la defensa de sus plazas ofreciendo no perdonar gastos ni contribuciones en beneficio de la república y asegurando al rey de cualquiera invasion por aquella parte; bien quizás hubiera hecho Felipe en admitir la propuesta, pero su ministro tenia harta ojeriza á estos naturales y los recelos de Castilla para con territorios que malamente consideraba como conquistados eran muchos, para que no fuese juzgada sospechosa la instancia de los Catalanes y por lo mismo rechazada. Así se hallaban las cosas cuando se supo en el Principado el sitio puesto al castillo de Salces, y al momento, echando al olvido los rencores pasados, Cataluña puso en pié un ejército de diez mil soldados que fueron dirigidos á Perpiñan á las órdenes del conde de Santa Coloma. Sin embargo, bisoña en su mayor parte aquella gente y retenido además el conde por las instrucciones de Madrid, que le prescribian esperar al ejército de Cantabria, mandado por don Felipe Espínola, marqués de los Balbases, nada hizo para socorrer á la plaza. Tampoco la defendieron bien su gobernador y su guarnicion, y los Franceses pudieron penetrar en ella despues de algunos dias de sitio.

En 1.° de setiembre llegó al fin el marqués de los Balbases y el ejército español, compuesto de veinte mil infantes, diez mil de ellos catalanes, á las órdenes de Santa Coloma, y de tres mil caballos, salió á campaña á pesar de ser ya los últimos meses del año, no acomodándose á sufrir hasta la primavera próxima que permaneciera el enemigo dentro de sus fronteras. Mandaba en la plaza de Salces el francés M. de Espenan, oficial distinguido, quien se preparó á defenderla con todos los recursos del genio y del valor. Sentaron los Españoles sus reales delante de la plaza, y el enemigo, rechazado en diferentes salidas, hubo de encerrarse en sus fortificaciones. Espínola, obligado por la mala estacion ú otras causas, quiso convertir el sitio en bloqueo, y esto fué causa de murmuraciones y quejas entre los soldados, especialmente entre los Catalanes, que veian incesantemente diezmado su campo por terribles enfermedades. Por fortuna contínuos refuerzos de nobles y soldados llegábanles de Cataluña, estimándose en treinta mil plazas las que pagó y mantuvo el Principado en los siete meses que duró el sitio, y así pudo este mantenerse y llevarse á buen fin, cuando algunos opinaban ya por levantarlo. Dos mil veteranos y trecientos mosqueteros de las galeras que envió de Rosas el duque de Maqueda, general de la armada, fueron tambien de gran utilidad, puesto que ya el enemigo con numerosas fuerzas acudia en auxilio de los si-



Navío del tiempo de Felipe IV.

tiados. En 1.° de noviembre el príncipe de Condé con veinte mil infantes y cuatro A. de J. C.
mil caballos se presentó delante de las líneas españolas determinado á forzarlas, pero fué rechazado con gran pérdida despues de vivísimo combate. A pesar de esta derrota que no le dejaba en mucho tiempo esperanzas de socorro, el gobernador Espenan persistió en no rendir la plaza aunque se le ofrecian honrosas condiciones: continuó, pues, el sitio, ó por mejor decir el bloqueo, sin que por una ni otra parte, con profundo disgusto de los soldados, se hiciese demostracion ninguna para llegar á las manos, hasta que en 23 de diciembre el Francés, que veia agotados todos sus recursos, ofreció rendir la plaza si en 6 del próximo enero no hubiese recibido socorro. Convínose así, y no llegando este el dia convenido, entraron parte de nuestros soldados en la plaza, tomando el resto sus cuarteles de invierno en el Rosellon y Cataluña (6 de enero de 1640). 1640

Tristes fueron para España los acaecimientos marítimos de esta campaña. La escuadra francesa del Océano, mandada por el arzobispo de Burdeos, amenazó la Coruña, asombró toda la costa de Vizcaya, y desembarcando alguna gente en las Cuatro Villas, arruinó á Laredo (14 de agosto de 1639), lo intentó en Santander, abrasó sus astilleros y amenazada del tiempo y de la armada española que á las órdenes de don Antonio de Oquendo salia á buscarla, se retiró á Francia con muchos despojos, pero con escasos triunfos. Constaba nuestra flota de setenta velas con diez mil hombres de desembarco, y en el canal de la Mancha halló á la holandesa que iba mandada por el almirante Tromp. Empeñado el combate, ambas escuadras quedaron maltratadas y los Holandeses fueron á rehacerse á Calais, de donde salieron al cabo de pocos dias, resueltos á sostener otra vez la lucha. Trabóse esta frente las costas de la Gran Bretaña á presencia de la escuadra inglesa, que tambien, á lo que se dice, hacia fuego contra los Españoles, y nuestra armada fué completamente destrozada, perdiendo casi todos sus buques y mas de ocho mil soldados (21 de octubre). Oquendo se refugió en Dunkerque con solas siete naves, las únicas que se salvaron de aquel desgraciado combate, conocido con el nombre de batalla de las Dunas. En Asia, Holanda habia echado en la isla de Java los cimientos de su imperio de Batavia, sosteniendo rudos combates con nuestros marinos, y en América dominaba en muchas provincias del Brasil, que conquistara el conde Mauricio de Nassau, deudo del príncipe de Orange. En 1639 envió Felipe contra él una escuadra de cuarenta y seis bajeles con cinco mil hombres de desembarco, pero tuvo la desgracia de que llegara á San Salvador diezmada por un contagio que la arrebató en poco tiempo tres mil hombres. No decayó por esto el ánimo del capitan que la mandaba, don Fernando Mascareñas, conde de la Torre, y buscando al enemigo, á quien la compañía de Indias habia reforzado con una flota de cuarenta y un buques mandada por Guillermo Looff, empeñó con él varios combates que terminaron con uno decisivo en el cual fué nuestra armada enteramente destruida. Tan desgraciados sucesos aseguraron la superioridad marítima de Holanda.

Harcourt abrió en Italia la campaña de 1640 apoderándose de algunas plazas de escasa importancia y Leganés poniendo cerco á la ciudad de Casal. Los Franceses acudieron á socorrerla y despues de sangrienta batalla rompieron las líneas españolas y obligaron á las tropas del marqués á levantar el cerco con pérdida de seis mil hombres y de su artillería y bagages (abril). Cobrando nuevo

brio con este feliz suceso, los vencedores fueron á poner sitio á Turin donde se encontraba el príncipe Tomás de Saboya; Leganés tomó tambien igual camino, y de sitiador pasó Harcourt á ser sitiado, viéndose reducido á grandes apuros entre los ataques de la ciudad y los del ejército del campo. En sus reales experimentábase ya gran escasez de víveres, pero como esta era mucho mayor en Turin, el príncipe Tomás acabó por rendir la plaza con honrosas condiciones (setiembre).

Peleábase tambien en los Paises Bajos con escasa fortuna para España. El mariscal francés de la Meylleraie acometió sin fruto á Charlemont y á Marienburgo, pero como el príncipe de Orange no hiciese cosa de provecho y el cardenal infante, activo é inteligente, acudiese á los sitios de mayor peligro, dispuso Luis XIII que aquellas tropas se unieran con las de los mariscales Chatillon y Charme y emprendieran juntas el sitio de Arras, ciudad de gran importancia y muy fuerte, aunque no preparada para sostener un sitio, puesto que su guarnicion se hallaba reducida á mil novecientos hombres. Cercáronla los Franceses con veinte y tres mil infantes y nueve mil caballos (junio), y desde los primeros dias empezaron los combates por una y otra parte. El infante don Fernando acudió con todas sus fuerzas en auxilio de los sitiados (agosto), pero siéndole imposible forzar las líneas de los sitiadores, hubieron aquellos de rendirse pasados pocos dias estipulando para la guarnicion honrosas condiciones y para los habitantes que no se les pondria impedimento alguno en el ejercicio de la religion católica ni se les nombraria gobernador que no la profesase.

Así continuaba la guerra sin poderse prever a un su definitivo desenlace, cuando desgraciados sucesos acaecidos en el interior de la Península, en Cataluña y en Portugal, vinieron á comunicar grandes brios y no escaso provecho á los enemigos de España y á sumir á esta en un cúmulo sin cuento de calamidades. Como hemos insinuado varias veces, la unidad que para España habian deseado los reyes católicos, Carlos I y Felipe II, distaba mucho todavía de su realizacion; los diversos reinos que constituian la monarquía recordaban aun su independencia pasada; Barcelona, Burgos, Toledo, Granada y otras ciudades negaban á Madrid el título de capital, y especialmente Navarra y las Provincias Vascongadas, Aragon, Cataluña y Valencia no se consideraban unidas con otro lazo á los demás reinos de España que por la comunidad de soberano. Castilla, por su parte, orgullosa por ocupar el primer puesto en la monarquía, afectaba tratar á Portugueses y á Andaluces, á Catalanes, á Aragoneses y á Navarros como pueblos conquistados, y de ahí el aislamiento y cierta aversion entre ellos, de ahí que dejando á aquel reino su pretendida prepotencia y la exclusiva que tenia del comercio de América, se aferraran mas y mas Vascos y Navarros, Catalanes, Aragoneses y Valencianos á sus leyes y usos especiales, mayormente cuando veian la miseria que asolaba á Castilla y la prosperidad que mas ó menos se conservaba en sus territorios. Este estado general de los varios reinos de España habíase agravado en Cataluña en el reinado que ahora estamos explicando por los disgustos y las quejas que entre los Catalanes y Felipe IV, ó por mejor decir su ministro, habian mediado. Sabemos lo sucedido en 1626 en Barcelona entre el rey y las cortes, y en 1632 la segunda visita de Felipe IV á Cataluña, lejos de haber producido una reconciliacion, agrió mas aun el mútuo encono á causa de

los escasos donativos de las cortes y de la desavenencia suscitada entre el conde-duque y don Juan Alfonso Enriquez de Cabrera, almirante de Castilla, acerca del modo como habian de ser tratados los Catalanes, contienda en que nobleza y pueblo se pusieron, como era natural, en contra del favorito. Además de esto, hacia ya muchos años que por causa de la guerra que amenazaba las fronteras, los ejércitos del rey habian de revolverse de unas provincias á otras segun el enemigo mostraba querer acometerlas, y á su tránsito y pasage acompañaban los robos, escándalos é insultos que traen consigo la multitud y libertad de las tropas. Cataluña, como la mas ocasionada, era entre todas las provincias la mas afligida, y seguramente que no era esto conducente para reconciliarla con el gobierno del rey.

Sin embargo, al invadir los Franceses el territorio del Rosellon manifestaron bien los Catalanes que los agravios sufridos no habian extinguido en sus pechos la llama del patriotismo; Barcelona y á su ejemplo las ciudades y corporaciones todas dieron voluntarios y dinero, y terminada la lucha el gran número de huérfanos y viudas que se veian en todas las comarcas catalanas eran triste y elocuente pregon de cuantos hijos habian sucumbido en defensa de la madre patria. Y esto no obstante, el conde-duque de Olivares, desconocedor como otros tantos de la índole de estos naturales y no sabiendo que no necesita aquí de espuela el patriotismo y mucho menos de desmandado rigor, escribia el virey don Dalmacio de Queralt estas duras palabras en aquellos momentos en que por nadie se escaseaban sacrificios: «Si se puede salir bien de la empresa sin violar los privilegios de la tierra, deben respetarse; pero si de observarlos se ha de retardar una hora sola el servicio del rey, el que se empeña en sostenerlos se declara enemigo de Dios, de su rey, de su sangre y de su patria. No sufra V. E. que haya un solo hombre en la provincia capaz de trabajar que no vaya al campo, ni ninguna muger que no sirva para llevar sobre sus hombros paja, heno y todo lo necesario para la caballería y el ejército. No es tiempo de rogar, sino de mandar y hacerse obedecer. Los Catalanes son naturalmente ligeros; unas veces quieren y otras no quieren. Hágales entender V. E. que la salud del pueblo y del ejército debe preferirse á todas las leyes y privilegios... Que la tropa tenga buenas camas, añadia, y si no las hay no debe repararse en tomarlas de la gente principal, porque vale mas que ellos duerman en el suelo que no que los soldados padezcan. Si faltan gastadores para los trabajos del sitio y los paisanos no quieren ir á trabajar, oblíguelos V. E. por la fuerza llevándolos atados, siendo necesario. No se debe disimular la menor falta, por mas que griten contra V. E., aunque quieran apedrearle. Consiento en que se me impute á mí todo lo que se haga en esto, con tal que nuestras armas queden con honor y no seamos despreciados de los Franceses.» Patrióticos conceptos, pero expresados con forma tan ruda y tiránica, que por fuerza, al ser conocidas, habian de causar asombro é ira á los altivos Catalanes, lo mismo que la comunicacion de Felipe al virey ordenándole proceder en caso necesario á severos castigos contra los magistrados (1).

Poco ó ningun agradecimiento se mostró por los servicios que prestara Cataluña en la pasada guerra; todo el mérito de la victoria se atribuyó al ejército

(1) Le Vassor, *Hist. de Felipe IV*, t. V, p. 270.

real sin mencionarse siquiera la parte que hubieron en él los tercios del Principado, y esto aumentó el desapego, que en breve se convirtió en enojo al saber lo dispuesto por Espínola y el conde de Santa Coloma. No se juzgaban todavía por acabadas las cosas de Francia con el recobro de Salces, y el invierno riguroso, la gente fatigada y enferma del trabajo de la campaña, vivamente pedian descanso, no permitiendo las conveniencias, dice el historiador de estos sucesos don Francisco Manuel de Melo, que las tropas fuesen reducidas á Castilla, ni su gran desmayo daba tiempo para que se pudiese pensar en el modo de acomodarlas. Repartióse pues el ejército por el país en varios cuarteles segun la capacidad de los pueblos, y desde aquel momento empezaron entre la tropa y los estenuados paisanos aquella serie de contiendas y lastimosas escenas que habian de producir tan sangriento desenlace. Quejábanse unos de la insolencia militar, alegaban otros la dureza de sus patrones, y el de Santa Coloma, combatido á un mismo tiempo de celo del servicio de su rey y de compasion de sus naturales, inclinaba diferentemente el ánimo segun lo llevaba la fuerza de la razon: algunas veces reprendia los excesos y la libertad de la soldadesca, y otras se convertia contra los mismos moradores. Y pasó adelante el daño, porque faltando las acostumbradas pagas, los soldados, ya sin freno, no hallando otro medio con que mantenerse, dieron á correr libremente por los campos como en país enemigo, desperdiciando los frutos, robando los ganados, oprimiendo los lugares; otros dentro de su propio hospedage, violentando las leyes del agasajo, osaban desmentir la misma cortesía de la naturaleza. Unos se atrevian á la hacienda, disipándola; otros á la vida, haciendo contra ella, y muchos fulminaban atrozmente contra la honra del que los sustentaba y servia. Toda la fatigada Cataluña representaba un lamentable teatro de miserias y escándalos, tan execrables á la consideracion de los cristianos como á la de los políticos (1).

Don Felipe de Espínola, únicamente atento como general á la conservacion de su ejército, ideó y puso en planta, autorizado por Felipe IV, el sistema de que cada pueblo sirviese á las tropas de su alojamiento con los víveres y el forrage necesario, segun se practicaba en los riquísimos pueblos de Lombardía, y esto hizo llegar á su colmo la indignacion de los Catalanes, sin que bastaran á templarla las razones del de Espínola á la Diputacion y á las universidades, manifestándoles la estrechez del tesoro, y diciéndoles que no habia pensado hacer otra cosa que poner de aquel modo tasa á la codicia de los soldados y mudar únicamente el nombre á lo que antes pudo llamarse cortesía y en adelante debia decirse contribucion. Imponderable descontento cundió por el país, que de aquel modo veia holladas sus antiguas leyes, y en este estado marchó para Madrid el marqués de los Balbases, quedando por única autoridad el conde de Santa Coloma. Crítica por demás era la situacion en que este se encontraba colocado entre el afecto de sus compatriotas y su deseo de no disgustar al rey ni al ejército, y como este acabó por prevalecer en su conducta, los Catalanes iban mudando en aborrecimiento la primera aficion que le tuvieron. Creyendo remediar parte del mal que crecia con la publicidad aumentando la conmocion popular, pensó el virey ser buen medio disponer que las causas ordinarias de paisanos contra

(1) Melo, *Hist. de los movimientos, separacion y guerra de Cataluña en tiempo de Felipe IV*, l. I.

soldados no se siguiesen por los acostumbrados trámites ni asistiese á ellas abogado alguno, y esto al quitar á los oprimidos la voz para pedir remedio, fué como el dique que iba deteniendo las aguas que en impetuoso torrente habian luego de devastarlo todo. Porque, en efecto, no cesaban, muy lejos de esto, los excesos de los soldados, que ya sus cabos ni los enmendaban, contaminados de la licencia y del encono general, ni querian dar satisfaccion á los paisanos. Don Antonio Fluviá fué abrasado en su propio castillo por algunas tropas de caballería napolitanas; el pueblo de Riu de Arenas fué entregado á las llamas, no perdonando la turba armada la iglesia ni las alhajas consagradas á Dios, y por su parte los paisanos, usando de horribles represalias, tendian asechanzas á la vida de los soldados luego que se separaban de sus compañeros, ó corrian á los boscajes y espesuras á engrosar las cuadrillas de bandidos que era costumbre formar en Cataluña para vengar agravios del gobierno ó de los bandos opuestos. Además, como contenia el ejército real algunos regimientos de naciones extrangeras venidos de Nápoles, Módena é Irlanda, entre los cuales se introducian siempre muchos de provincias y religiones diversas, llegó á extenderse entre el vulgo la opinion de que todos eran hereges y contrarios de la Iglesia, en lo cual se afirmaban al ver sus demasías contra los templos, imputándoseles como delitos muchas ligerezas y apariencias dignas de desprecio, en que, dice Melo con militar desenfado, no hubieron reparado los ojos acostumbrados á mirar la desenvoltura de la tropa.

Amenazaban las cosas llegar á mal fin: en Santa Coloma de Farnés habian empeñado lucha abierta paisanos y soldados, y un alguacil real llamado Monredon, que habia entrado en el pueblo publicando amenazas contra sus moradores, fué quemado en una casa sin concederle ni el partido de la confesion. En vano el conde de Santa Coloma daba cuenta al soberano de la turbacion del Principado y le decia ser necesario un pronto remedio; el gabinete de Madrid limitábase á encargarle el severo castigo de los culpados sin excepcion de dignidad ó fuero, y no se manifestaba dispuesto en manera alguna á aliviar las cargas de los Catalanes alejando á los soldados. En este estado la Diputacion pensó haber de mediar en el conflicto, y por medio de don Francisco de Tamarit, perteneciente al brazo noble, expuso al virey las ofensas y opresiones recibidas y solicitó justicia. Recibióle el conde con severidad, y cuando de nuevo se le presentó el diputado junto con el canónigo don Pablo Claris, del brazo eclesiástico, y por la ciudad de Barcelona, Juan de Vergós y Leonardo Serra, miembros del Consejo de Ciento, mandó prenderlos á todos, creyendo así aterrorizar al pueblo y sofocar los primeros síntomas de sedicion. Santa Coloma dió parte á Madrid de lo sucedido, diciendo ser los presos hombres amantísimos de los fueros, tanto que á los dos últimos se debia la proposicion de suspender aquel año en Barcelona las diversiones públicas del carnaval y de vestir de luto el Consejo para demostrar la afliccion del país, y Felipe IV aprobó su conducta y le recomendó gran aspereza en el castigo de los delincuentes. Sin embargo, la prision de los enviados no hizo mas que recrudecer el odio entre paisanos y soldados, y como estos empezaban á revolver en sus cuarteles para marchar donde les era señalado, cometian en los lugares del tránsito nuevos atropellos, que eran inmediatamente seguidos de nuevas y espantosas represalias.

Así las cosas y creciendo cada dia la furia del pueblo, especialmente en

Barcelona donde andaba muy viva la plática de las cosas públicas, rompió en tumulto y motin sacando á los diputados y consejeros de la cárcel pública y cercando con desaforados gritos las casas del conde de Santa Coloma y del marqués de Villafranca (12 de mayo). Ambos magnates se habian retirado á la atarazana, donde acudieron en su auxilio los concelleres y muchos caballeros; por su mediacion se restableció el órden, pero no fué bastante este aviso para que se tomaran las disposiciones que habrian debido evitar los mayores males que se preparaban. Habia entrado el mes de junio en el cual, por uso antiguo de la tierra, acostumbraban á bajar de toda la montaña hácia Barcelona muchos segadores; entraban comunmente en vísperas del Corpus, mas el haberse aquel año anticipado y el ser su número superior á los pasados, cosas eran que daban mucho que pensar é inspiraban grandes cuidados á la gente timorata y pacífica. Santa Coloma procuró estorbar el daño que ya preveia, é hizo presente á la ciudad que no convenia la aglomeracion de aquellos hombres en circunstancias semejantes; pero los concelleres le contestaron que cerrar las puertas á aquella gente llana y necesaria habia de causar mayor turbacion y tristeza, que no era justo mostrar á sus naturales tal desconfianza, y que de todos modos mandaban armar algunas compañías de la ciudad para tenerla sosegada. Amaneció el dia 7 de junio, festividad del Corpus, y durante toda la mañana continuó la temida entrada de los segadores, cuyo número llegó, á lo que parece, á dos mil quinientos hombres, muchos de los cuales habian añadido otras armas á las suyas ordinarias, así á lo menos se decia, como si advertidamente fuesen venidos para realizar algun hecho grande. En todas las calles y plazas andaban en corrillos segadores y vecinos discurriendo sobre los negocios entre el rey y el Principado y sobre la prision de los enviados, que otra vez habian sido reducidos á ella, y la mofa y descortesía que hacian de los Castellanos que pasaban y los propósitos belicosos de casi todos, demostraciones eran que prometian un miserable suceso. Mas de un patron, al mirar desde su puerta ó su ventana la agitada multitud que divagaba por las calles, aconsejó á sus huéspedes que se volvieran á Castilla, y los hubo tambien que, enfurecidos, los amenazaron con el anhelado dia del desagravio público (1).

Distinguíase entre los mas sediciosos y entre los que fomentaban los primeros alborotos contra los Castellanos un segador, al decir de Melo, hombre facineroso y terrible, á quien quiso prender un oficial de la justicia que ya le conocia. De ahí resultó entre los dos animada contienda y luego sangrienta refriega, y esta fué la señal del general tumulto. A algunos tiros disparados por la milicia que guardaba el palacio del virey contestaron redoblados gritos de *¡Visca la santa fé católica! ¡Visca lo rey! ¡Muyra lo mal gobern!* y la muchedumbre se precipitó á furiosa horribles excesos, hiriendo y matando á cuantos Castellanos encontraba, sin que la milicia ciudadana hiciera cosa alguna para atajar el desórden. Los Castellanos, los adictos al gobierno eran asesinados en las calles, en sus casas, en el sagrado de los templos, en los lugares mas secretos é inmundos, y en tanto numerosas bandas de segadores y vecinos cercaban el palacio de Santa Coloma á donde habian acudido los diputados y los concelleres. Aconseja-

(1) Melo, *Hist. de la guerra de Cataluña en tiempo de Felipe IV*, l. I.

ban los mas al virey que saliese de Barcelona con toda brevedad, embarcándose en las galeras genovesas que habia en el muelle, pero el conde, turbado en un principio, recobró por algunos momentos su entereza, y despidiendo de su presencia á cuantos le acompañaban, afirmóse en el mando, dispuesto á aguardar todos los trances de su fortuna. Recogido á su aposento, escribia y ordenaba, pero ni sus papeles ni sus voces hallaban reconocimiento ú obediencia: los ministros reales, dice Melo, deseaban que su nombre fuese olvidado de todos; no podian servir en nada: los provinciales ni querian mandar, menos obedecer. Convencido por fin de cuan poco podia servir á la ciudad su asistencia y de que eran inútiles sus esfuerzos para aquietar á los amotinados, dejóse vencer de la consideracion de salvar su vida, y saliendo de su casa, se dirigió con su hijo á la orilla del mar para embarcarse. No pudo, empero, conseguirlo porque los de la atarazana habian alejado á cañonazos á la galera genovesa, y otra vez volvió á su palacio, al tiempo que corrian ya en su busca frenéticas turbas, que las puertas caian derribadas, y que resonaban en patios y escaleras las voces y las armas de los furiosos. De nuevo salió á la calle el infeliz virey; dirigióse á la playa, y mientras su hijo pudo llegar al esquife de la galera, que se alejó al momento perseguido por contínuas rociadas de mosquetería, quedó él solo y desamparado á un tiempo del hijo y de las esperanzas. Dirigió entonces sus vacilantes pasos hácia las peñas de San Beltran sin perderle de vista los de la atarazana, y el gran calor del dia, la fuerza de la congoja, la inminencia del peligro, la idea de su afrenta le derribaron al suelo presa de mortal desmayo. Allí le hallaron los que furiosamente le buscaban y fué rematado de cinco heridas en el pecho. No paró aquí la revolucion, porque como no tenia fin determinado, no sabian hasta donde era menester que llegase la fiereza. Las casas de los ministros y jueces reales fueron dadas á saco, y la ira popular se ensañó especialmente en la de don García de Toledo, marqués de Villafranca, general de las galeras de España, que algunos dias antes habia dejado este puerto. El convento de San Francisco, donde se habian refugiado muchos, fué entrado á pesar de la resistencia armada de los frailes; todo aquel dia presenció estas tristísimas sangrientas escenas, que solo suspendia de vez en cuando el paso de otras alborozadas turbas que paseaban en triunfo á los diputados Tamarit y Claris y á los concelleres libertados de su prision.

Al otro dia, atemorizada la ciudad del rumor pasado y manchada de sangre de tantos inocentes, amaneció como turbada é interiormente llena de pesar y espanto. La Diputacion hizo celebrar funerales por don Dalmacio de Queralt; en pregones y edictos ofreció premios considerables al que descubriese el homicida, y en sentidos términos dió cuenta al rey de lo sucedido procurando excusar á la ciudad y representando como natural la muerte de Santa Coloma.

Sabidos por el Principado los acaecimientos de Barcelona, imitáronlos los pueblos principales como Lérida, Balaguer, Gerona y otros; por todas partes eran los Castellanos destrozados ú obligados á huir, y en Tortosa fueron rendidos y luego puestos en libertad tres mil soldados bisoños y desarmados que ocupaban el castillo al mando de don Luis de Monsuar, con promesa de que no harian armas contra los Catalanes: su jefe solo pudo librarse de la furia popular cobijado por la vestidura del sacerdote que llevaba el Santísimo Sacramento que sacaron

en procesion las parroquias para templar el motin. No se oia en Cataluña mas grito que el de *¡Via fora!* y á esta voz eran embestidos los mas afamados tercios por numerosas cuadrillas de paisanos. El de don Juan de Arce, muy odiado por los excesos que cometiera, sufrió grandes descalabros en el Ampurdan por donde marchaba á sangre y fuego. La caballería de don Fernando Cheriños de la Cueva, que pasaba de Blanes á Barcelona, fué completamente destrozada por el paisanage, y para evitar igual suerte huyó de noche á Aragon el numeroso cuerpo de caballos que mandaba el napolitano Filangieri.

La nueva de lo acontecido llegó á la córte el dia 12 de junio, y considerando unos la guerra dentro de España como el mas siniestro accidente de la monarquía al que no podia compararse ninguno de los males pasados, opinaban por usar de indulgencia con los Catalanes á fin de no precipitarlos á mayores desesperaciones, al paso que otros, alegando la magestad ofendida, solicitaban un ejemplar castigo. Tambien los ministros reales vacilaban entre ambos partidos, y desestimando la embajada que enviaran los Catalanes á la corte por medio de fray Bernardino de Manlleu, religioso descalzo, que proponia los medios de avenencia, consistentes en que se aliviase al Principado del peso de los alojamientos y en que se quitasen de él algunas personas de oficio militar de quienes decia haber recibido malas obras, limitáronse por de pronto á nombrar por virey de Cataluña á don Enrique de Aragon, duque de Cardona, eleccion acertadísima en cuanto era el duque muy estimado por sus compatriotas, tanto por pertenecer á la casa de mas grandeza del país, como por las virtudes que mostrara cuando otra vez ejerciera el mando. Aceptó el duque el peligroso encargo, y animado del ardiente deseo de devolver la tranquilidad al país, puso mano sin pérdida de momento á las desordenadas cosas públicas. Y no se hallaban estas al parecer en camino de un próximo arreglo; los alborotos, aunque habian cesado en Barcelona, no menguaban en el resto del Principado, y el clero, que en todas ocasiones se habia manifestado en este país muy amante de los antiguos fueros y libertades, contribuia con sus sermones á mantener encendido el amor de la patria. La sentencia de excomunion que el obispo de Gerona pronunció contra los tercios de Arce y Móles por los sacrilegios que cometieran acabó de exaltar los ánimos, y la causa popular se convirtió desde aquel momento en guerra religiosa, no vacilando en tomar parte en ella aquellas personas á quienes contuviera hasta entonces el temor de la magestad.

Continuaba Arce su marcha al Rosellon entre grandes calamidades y trabajos, y llegado á Perpiñan, donde esperaba encontrar amparo y reposo, los magistrados de la ciudad se excusaron de recibir tanta gente hambrienta y escandalizada, apoyados en sus fueros y en órden particular del conde de Santa Coloma. Mandaba en Perpiñan el florentino Xeli de la Reina, general de artillería, y sin querer admitir escusa alguna insistia en que se alojaran las tropas. Obstinábanse á su vez los Perpiñaneses en no admitirlas en sus muros, y en la puerta del Campo rechazaron á mano armada un asalto de los enfurecidos soldados. Entonces dispuso Xeli disparar contra la ciudad la artillería del castillo; muchas casas se arruinaron ó fueron presa de las llamas, y entre la confusion penetraron los soldados en la plaza y la entregaron al saqueo. Los moradores, poseidos de espanto, dejaron la patria y con mugeres é hijos huyeron á los montes, llegando á faltar

en Perpiñan lo mas necesario á la vida; las tropas salieron entonces á merodear por el campo y toda la comarca ofreció en breve el espectáculo de la desolacion.

La noticia de estos sucesos llegó al de Cardona en medio de sus fatigas para restablecer el sosiego en la capital, y sin dilacion partió para Perpiñan en compañía de un diputado y de un conceller de Barcelona. Por órden suya fueron llevados á la cárcel de los malhechores los coroneles Arce y Móles y otros oficiales y soldados, pero luego que fueron sabidos estos actos en la corte del rey católico, muy mal informada acerca de los movimientos de Cataluña, recibió el virey un despacho mandándole no proceder contra los presos y no dar en lo sucesivo paso alguno de importancia sin consultarlo antes con la junta que se iba á erigir en Aragon para entender en aquellos negocios. Esta explícita desaprobacion de su conducta hirió vivamente al de Cardona, y una calentura le llevó en pocos dias al sepulcro, que gozaba ya de poca salud y era su edad muy avanzada. Su muerte, al romper el freno que á unos y otros contenia, hizo que se reprodujeran con nuevo brio los disturbios y las inquietudes.

Habia el Principado algunos dias antes expedido sus embajadores á Felipe en representacion de sus tres estamentos y por ellos tres personas de cada uno y una en nombre de Barcelona; pero el conde-duque, mas y mas inclinado al partido del rigor, dispuso que los enviados se detuviesen en Alcalá de Henares, deseoso de saber antes su ánimo y de apartar de la noticia del rey toda justificacion de los Catalanes. Estos escribieron á los demás ministros, á la reina, al príncipe, á cuantos podian hacer llegar sus clamores al monarca, y publicaron el famoso escrito titulado *Proclamacion católica á la magestad piadosa de Felipe el Grande, rey de las Españas y emperador de las Indias, por los concelleres y Consejo de Ciento de la ciudad de Barcelona*, interesante documento por mas de un concepto. Los Catalanes, despues de manifestar la razon y justicia que les asistia, llamando por cómplices en la desgracia al conde-duque de Olivares y al protonotario de Aragon don Gerónimo de Villanueva, enemigos ambos del Principado, y de alegar entre otros altos timbres de gloria el culto de la fé católica que con tanto ardor profesaban, la devocion catalana á la Vírgen nuestra Señora y al Santísimo Sacramento, y haber sido su patria cuna de la poesía, decian al rey hablando de los usages y constituciones de Cataluña: «Además de la obligacion civil obligan en conciencia, y su rompimiento seria pecado mortal: porque no le es lícito al príncipe contravenir al contrato, que si libremente se hace, ilícitamente se revoca: aunque nunca estuviese sujeto á las leyes civiles, lo está á la razon, y aunque señor de leyes, no lo es de contratos que hace con sus vasallos, pues en este acto es particular persona y el vasallo adquiere igual derecho, porque el pacto ha de ser entre iguales. Y así como el vasallo no puede lícitamente faltar á la fidelidad de su señor, ni este tampoco á lo que le prometió con pacto solemne, antes menos se ha de presumir el rompimiento de parte del príncipe. Si la palabra real ha de tener fuerza de ley, mas firmeza pide la que se da en contrato solemne (1).» Enumeraban en seguida los remedios que exigian los daños del Principado, consistentes los principales en volver á sus quicios y á su curso ordinario los consejos supremos desterrando las juntas particulares; en que

(1) Proclamacion católica, § 27.

fuesen castigados los cabos y soldados culpables de incendios, sacrilegios y ótros excesos; en que la guarnicion de los presidios se dispusiera en conformidad á las constituciones, saliendo de Cataluña las tropas sobrantes, que solo se ocupaban en insolencias y enormidades «siendo mejor tratados, decian, los Catalanes de Opol y Taltaull por los soldados franceses que los de Perpiñan y Rosellon por los de V. M.;» en que se retirasen las tropas que se reunian en Aragon y en Valencia, y finalmente en que se proveyeran las plazas de ministros vacantes y los de aquellos que se habian atraido el aborrecimiento de los pueblos, y concluian diciendo: «Ultimamente, pueden tanto las persuasiones contínuas de los que aborrecen con ódio interminable á los Catalanes, que no solo han procurado desviar de la rectitud y equidad de V. M. los medios propuestos de la paz y sosiego, que debian ser admitidos siquiera para experimentarlos; pero para llegar al cabo de la malicia, proponen á V. M. como obligacion forzosa, que se prosiga en la opresion del Principado, acudiendo á él con ejército, para entregarle libremente al antojo de soldados y al saco y pillage universal, exponiéndole á que pueda decir (si no tuviera atendencia al amor y fidelidad que á V. M. ha tenido, tiene y tendrá siempre) que en virtud de tanto rompimiento de contrato le dan por libre, cosa que ni la provincia lo imagina, antes ruega á Dios no la permita. Y como el Principado sabe por experiencia que estos soldados no tienen respeto ni piedad á casadas, vírgenes inocentes, templos, ni al mismo Dios, ni á las imágenes de los santos, ni á lo sagrado de los vasos de las iglesias, ni al Santísimo Sacramento del altar, que se ha visto este año dos veces entre las llamas, aplicadas por estos soldados, está puesto universalmente en armas para defender (en caso tan apretado, urgente y sin esperanza de remedio) la hacienda, la vida, la honra, la libertad, la patria, las leyes, y sobre todo los templos santos, las imágenes sagradas, y el Santísimo Sacramento del altar, sea por siempre alabado, que en semejantes casos los sagrados teólogos sienten, no solo ser lícita la defensa, pero tambien la defensa para prevenir el daño, siendo lícito el ejercicio de las armas desde el seglar al religioso, pudiendo y aun debiendo contribuir con bienes seglares y eclesiásticos, y por ser esta causa universal pueden unirse y confederarse los invadidos y hacer juntas para ocurrir con prudencia á tales daños (1).»

Por aquel tiempo fué nombrado por virey de Cataluña el obispo de Barcelona don García Gil Manrique, varon docto y templado, cuya persona no sirvió al remedio por todos deseado. Los ministros reales, dice Melo, ya mas temerosos de lo que al principio, no se fiaban de la obediencia de los Catalanes y no se atrevian á aventurar á su furia un tal sugeto cual deseaban para su enmienda. El obispo juró en Barcelona con las acostumbradas ceremonias, pero ya se le alcanzase la cortedad de su poder, ya le recordasen los súbditos los fines de sus antecesores, don García se redujo á su primer oficio de pastor y las cosas del Principado continuaron tanto ó mas perdidas que antes.

Recibida por fin en la corte la embajada catalana, abriéronse vivas negociaciones; pretendia el conde-duque que Cataluña con grandes muestras de humildad y reverencia suplicase el perdon públicamente, que se valiese de la interce-

(1) Proclamacion católica, § 36.

sion del pontífice y de los príncipes amigos, y con esto y con algun servicio particular en materia de intereses mostrábase el de Olivares dispuesto á un acomodamiento, si bien nada prometia respecto de futuros castigos. Los diputados rechazaban tales propuestas, diciendo que el error de algunos no habia de servir de mancha á la fidelidad de todos, y vióse claro que todo aquello no habia de producir la reconciliacion, prevaleciendo como prevalecia en la corte el extremoso partido de la violencia. El conde-duque, que era sin duda el que con mas ardor lo profesaba, quiso sin embargo justificarse en cierto modo con su rey y con España en negocio tan grave, y convocó en su aposento una gran junta de ministros, consejeros y magistrados. El protonotario empezó por leer un documento que tenia por título *Justificacion real y descargo de la conciencia del rey*, en el que se recopilaban cuantas ofensas habia recibido de Cataluña el rey Felipe IV al propio tiempo que se excusaban lo de los alojamientos y los excesos de los soldados. Don Iñigo Velez de Guevara, conde de Oñate, presidente del tribunal de órdenes, hombre de gran autoridad y larguísima experiencia, fué el único que abogó por la paz con razones de gran peso, opinando porque el rey fuera á Cataluña sin ejército ni armas para mirar, satisfacer y consolar á sus afligidos vasallos; pero no fué de este dictámen el cardenal don Gaspar de Borja y Velasco, presidente de Aragon, quien excitó al rey á empuñar la espada ó por él su ejército, opinion que apoyada por el conde-duque, fué adoptada por la mayoría de los presentes. Resolvióse, pues, que el rey saliese de Madrid con pretexto de hacer cortes á la corona aragonesa y que llevase por delante numerosa hueste, y en su consecuencia el conde-duque mandó desguarnecer las plazas de Portugal, de Galicia, de Aragon y de las Provincias Vascongadas; hizo juntar las dos quintas partes de las milicias de Murcia, Andalucía, Extremadura, Leon y Castilla; aumentó el ejército del Rosellon con tercios del de Italia; dispuso que las guardias viejas de Castilla y el capitan de los Contínuos se aprestasen para guerrear lo mismo que la caballería de las órdenes militares, y que las galeras de España acudiesen á Vinaroz para dar auxilio al ejército; congregó todas las provincias de la Península con llamamiento de guerra, y nombró por general en jefe y virey de Aragon á un hombre de mejor deseo y de mas confianza que de aptitud y experiencia, á don Pedro Fajardo, marqués de los Velez, que poseia en Cataluña el estado de Martorell y tenia amistad y alianza con muchas casas ilustres del Principado, como descendiente y heredero del comendador mayor don Luis de Requesens.

Mientras así se procedia en Castilla no descansaban los Catalanes en disponer lo necesario para la guerra que los amenazaba, y la Diputacion se apresuró á convocar cortes á las que llamó á cuantos señores castellanos y extrangeros tenian en el Principado estados ó baronías. Muchos acudieron, y congregados en asamblea, toda ella, desoyendo los consejos de sumision y acatamiento que salieron de los labios del obispo de Urgel y de otros asistentes, siguió el fogoso dictámen del canónigo de Urgel don Pablo Claris, diputado eclesiástico, hombre de gran autoridad entre sus compañeros y en toda Cataluña. Su discurso, que respira profundo encono contra la dominacion de Castilla, envidiosa de la libertad de que gozaban otras provincias, tendia nada menos que á destruir la obra de los siglos que habia hecho de España una sola nacion. «Decidme, exclamó, si es verdad

que en toda España son comunes las fatigas de este imperio, ¿cómo dudaremos de que tambien sea comun el desplacer de todas sus provincias? Una debe ser la primera que se queje y una la primitiva que rompa los lazos de la esclavitud. A estas seguirán las mas..... Vizcaya y Portugal ya nos han hecho señales; Aragon, Valencia y Navarra, bien es verdad que disimulan las voces, pero no los suspiros; lloran tácitamente su ruina, y ¿quién duda que cuando parece que están mas humildes están mas cerca de la desesperacion (1)?» Con el ejemplo de los cantones de Esguízaros, con el de los Batavos ó Provincias Unidas, con lo acaecido en esta ciudad en tiempo de don Juan II de Aragon destruyó las vacilaciones de muchos, y aunque no todos llevaban sus ideas tan adelante y continuando fieles al rey Felipe IV solo pretendian mostrarse enemigos de sus ministros y de la humillacion del Principado, resolvieron oponer la guerra á la guerra y resistir con las armas al ejército de Castilla. En virtud de ello diéronse las oportunas órdenes para la defensa: fortificaron la plaza de Barcelona; sacaron de la atarazana los grandes depósitos de armas y municiones; señalaron las plazas de armas, que fueron Cambrils, Bellpuig, Granollers y Figueras; levantaron compañías de infantes y caballos, y buscaron con desvelo y premio los hombres prácticos en la guerra que tenian entre sí y los que se hallaban en otras provincias.

Inútil es decir si Richelieu habia visto con placer las alteraciones de Cataluña que le dejaban libre el camino para sus ambiciosos proyectos y de las que se prometia que habian de ofrecerle en la misma España campos de batalla para combatir á la potencia rival de Francia. Por esto cuando Francisco Vilaplana, caballero perpiñanés, se presentó á Luis XIII en nombre del Principado reclamando amparo y defensa contra el poder de Felipe, recibiósele con mucho agasajo y despues de algunas negociaciones seguidas en Barcelona, ajustóse un tratado entre Cataluña y Francia, estipulándose en él que el Principado haria el mayor esfuerzo posible por resistir á las armas de Felipe; que Luis XIII le socorreria por espacio de dos meses con dos mil caballos y seis mil infantes pagados por la Diputacion; que mientras durase la resistencia de Cataluña el rey cristianísimo no invadiria lugar ninguno de los Catalanes, salvo aquellos en que hubiese presidio y armas españolas; que el Principado entregaria nueve rehenes, tres de cada brazo, y que no haria paces con su rey sin intervencion de Francia.

Por este tiempo habia llegado á Zaragoza el marqués de los Velez, y desde allí entabló negociaciones con Cataluña, poniendo en juego para reducirla cuantos medios le sujerian su habilidad y celo por la causa del monarca. La Diputacion habia contestado á sus repetidas cartas diciéndole que ni con ejército ni sin él estaba dispuesta á recibirle, y así las cosas, por diligencia del baile don Luis de Monsuar entraron las tropas reales en Tortosa, favorecidas por unos pocos habitantes. Los principales sediciosos en número de cinco ó seis fueron condenados á muerte y ajusticiados con lástima de la poblacion entera.

Mientras así tomaban mejor semblante las cosas del rey, no solo por la importancia de Tortosa, que facilitaba á sus soldados el paso del Ebro, sí que tambien por la duda y el temor que aquel mal suceso al principio de la lucha habia de

(1) Melo, *Hist. de la guerra de Cataluña en tiempo de Felipe IV*, l. III.

difundir entre los Catalanes, guerreábase ya en el Rosellon, donde mandaba á los reales don Juan de Garay, capitan activo y hábil en el arte de las armas. A últimos de setiembre salió Garay de Perpiñan acompañado de los obispos de Urgel y de Elna y de bastantes fuerzas para reducir á los moradores de Illa, que andaban en tratos para entregar su poblacion á los Franceses, y tan bien se defendieron los paisanos detrás de sus tapias, que Garay hubo de retirarse para volver en breve con seis mil infantes, seiscientos caballos y algunas piezas de artillería. Sin embargo, tambien por esta vez vió frustrado su intento, que los de dentro no cejaban y acercábase un cuerpo de Franceses mandado por el mariscal Schomberg y por M. d'Espenan.

Estas noticias, las que le suministraba Fajardo acerca de la disposicion de la tierra y cierta agitacion que empezaba á observarse en el reino de Portugal, todo contribuyó á que el conde-duque, abandonando ó difiriendo para despues sus rigurosos proyectos, tratase de venir á concierto con los alzados Catalanes. Escribíale el marqués de los Velez ser lo mas interesante apartar al clero de la causa del Principado, y así fué que el ministro rogó al nuncio que pasando á Cataluña viese de sosegar los ánimos. Con repugnancia se prestó á ello el nuncio cardenal, pero su mediacion no produjo resultado alguno por haberle prohibido los Catalanes pasar de la ciudad de Lérida. Sin desalentarse el de Olivares por este contratiempo, escribió á la Diputacion que el rey consentiria en apartar sus armas del Principado si la ciudad de Barcelona se acomodase á dejarle levantar dos fortalezas, una en Monjuich y otra en la casa de la Inquisicion; pero esta propuesta, lo mismo que la mediacion del reino aragonés que á instancias del monarca envió un comisionado á Cataluña, y que la llegada á Barcelona de don Pedro de Aragon, marqués de Pobar, hijo segundo del de Cardona, con pretexto de asistir á las cortes, pero en realidad para influir en los ánimos en favor de Felipe, de nada sirvieron, y por unos y otros mostróse la resolucion de apelar á la fuerza.

Aplicábase sobre todo el de los Velez á apartar á los Aragoneses del sentimiento de los Catalanes, sus vecinos y deudos, y por esto se discurrió lo de la embajada de Zaragoza, esperando que si era rechazada ó no producia resultado, se apartaria mas Aragon de Cataluña, y tambien, con el fin de entretener á Aragoneses y Valencianos, la convocacion de cortes aunque no tenia el rey intento alguno de acudir tan pronto á celebrarlas. Seguro, pues, por esta parte y recibidas instrucciones de la corte, dividió el marqués su ejército en tres cuerpos: el uno, penetrando por el llano de Urgel, habia de bajar por Montserrat y caer sobre Barcelona; el otro, por Tortosa y el Coll de Balaguer allanar todos los lugares del campo de Tarragona sin abandonar la costa y por Garraf bajar á la capital: el último, finalmente, al que habia de mandar el rey en persona, habia de quedar en la frontera aragonesa para acudir ó entrar segun el caso lo exigiese. De la misma suerte se ordenó á don Juan de Garay que con las tropas del Rosellon se moviese contra Barcelona para atacar la capital en combinacion con las demás fuerzas; y aunque Garay no aprobó este plan de campaña y dijo haber de ser el objeto preferente impedir los auxilios de Francia, su voz no fué oida, y luego que hubieron llegado al campo del marqués los capitanes que se esperaban, entre otros el napolitano Carlos Caracciolo, marqués de Torrecusa, su hijo el duque de

San Jorge, el marqués Xeli de la Reina, don Alvaro de Quiñones y otros castellanos, irlandeses y walones, y se hubo puesto arreglo en la desercion de los soldados, el de los Velez puso en movimiento su ejército (octubre). Investido con el nombramiento de virey y capitan general de Cataluña, habiéndole sucedido el duque de Nochera en el mando de Aragon, pasó el Ebro dispersando con algunas rociadas de mosquetería al paisanage armado que ocupaba la orilla opuesta, y entró con gran pompa en Tortosa acompañado del baile general, del obispo de Urgel y de muchos caballeros.

Para resistir á tantas fuerzas no contaba la Diputacion sino con el popular entusiasmo; esperaba de un momento á otro algunos regimientos franceses y cifraba sus principales esperanzas en el somaten general; es decir en la resistencia del paisanage sin armas en su mayor parte y sin la menor disciplina. Sin embargo, cada dia iban reparándose estos inconvenientes por la actividad de los directores del movimiento, y el conceller *en cap* de Barcelona pudo salir á ocupar con compañías armadas los principales puntos del Principado y principalmente el paso del Portús y el Coll de Balaguer con objeto de impedir por una parte la union de las tropas del Rosellon con las de Castilla y de interceptar por otra la marcha de los Castellanos. Al propio tiempo, deseosa de ganar tiempo la Diputacion, contestó al de los Velez, quien le notificara su nombramiento de virey del Principado, que el monarca les habia dado por su virey al obispo, que ellos no habian pedido otro ni se excusaban de obedecer á aquel; que era mucho de temer en tiempos de inquietud mudar tantas veces de autoridades, y que suplicaban á S. M. lo quisiese mirar y detener algo mas porque entre tanto tomarian las cosas mejor camino.

Habia el de los Velez de prestar juramento á los fueros y leyes del país, sin cuyo requisito no podia ejercer su autoridad, y á este efecto expidió edictos convocando en Tortosa á los síndicos y procuradores de Cataluña. Solo aquellos cuyos lugares estaban mas expuestos al castigo de la desobediencia acudieron al llamamiento, y ante estos, algunos jueces naturales que desde la corte venian al efecto, el obispo de Urgel, el baile general y el magistrado de Tortosa, juró el marqués con las ceremonias acostumbradas, como en tiempo de paz lo hacian sus antecesores, si bien añadiendo la cláusula, para tranquilidad de su conciencia, de que solo le obligaria la promesa mientras se mantuviese Cataluña en la obediencia de su rey. Al saber este acto la Diputacion, los concelleres de Barcelona y el Consejo de Ciento juntáronse en consistorio, y declarándolo nulo y de ningun valor como fruto de la violencia, resolvieron que la ciudad de Tortosa y todos los pueblos que siguiesen su voz fuesen solemnemente segregados del Principado y reputados como extraños y enemigos.

Y no olvidaban los Catalanes por estas diligencias políticas otras que mas prácticamente miraban á la defensa, antes por atajar los progresos de los invasores ordenaron que el maestre de campo don Ramon de Guimerá con el tercio de Montblanch que gobernaba, fortificase la villa de Cherta y los pasos de Aldover, junto al Ebro; que don José de Viure y Margarit con el tercio de Villafranca guardase el paso de Tivisa, despues del Coll de Balaguer, y que don Juan Copons, caballero de San Juan, con el regimiento de la veguería de Tortosa, guarneciese á Tivenys, lugar casi enfrente de Cherta, seguidos y ayudados todos por algunas

compañías de *miquelets* (1), sucesores de los antiguos almogavares, á cargo de los capitanes Cabanyes y Casellas. Al propio tiempo se hacian rogativas públicas y procesiones solemnes en todo el Principado en desagravio de las ofensas hechas al Santísimo Sacramento, y como por aquel entonces llegase el 30 de noviembre, dia en que la ciudad de Barcelona mudaba y elegia sus concelleres, procedióse al nuevo nombramiento y despachóse un correo á Madrid como en los tiempos de quietud para impetrar la aprobacion del rey. Daban á entender así, dice Melo, que solo se desviaban de la voluntad de su soberano en aquella parte tocante á la defensa natural que hace lícito al esclavo detener el cuchillo con que el señor pretende herirle, pero que en lo demás el rey católico era su príncipe y ellos sus vasallos. Felipe IV aprobó los nombramientos, y el correo volvió en pocos dias á Barcelona respondido.

Los cabos catalanes en los lugares inmediatos á Tortosa no cesaban en sus correrías y asaltos, causando grave molestia á los de la ciudad, y don Fernando de Tejada con mil quinientos infantes escogidos de su tercio y muchos voluntarios salió al campo para desalojarlos de sus posiciones. Bisoños aun los soldados catalanes, fueron expulsados de Cherta, aunque no sin vigorosa defensa; la villa fué entregada á las llamas, y en su comarca diéronse encarnizados combates en que murieron muchos por una y otra parte. Tivenys fué ocupada sin resistencia, pues los Catalanes la habian abandonado para retirarse á Tivisa, y con esto y con los esfuerzos que hizo Fajardo para introducir en los pueblos un edicto de Felipe IV perdonando los movimientos pasados, prometiendo satisfacer las quejas de cualquiera persona y declarando por traidores y rebeldes á los que no se sometiesen, redújose á la obediencia gran parte de la comarca.

A primeros de diciembre hizo el marqués alarde general de sus fuerzas al que concurrieron veinte y tres mil infantes, tres mil y cien caballos y veinte y cuatro piezas de artillería, y enviados delante gastadores para reparar los caminos y allanar las cortaduras que en ellos se hubiesen hecho, salió el ejército á campaña con direccion al Coll de Balaguer. Perelló, lugar pequeño, pero fuerte, situado en la mitad del camino, se rindió con escasa resistencia, pues solo lo defendia alguna gente colecticia de los lugares comarcanos, y la hueste continuó su marcha. Llegada al difícil paso del Coll donde los Catalanes tenian dos mil hombres defendidos por toscas fortificaciones, tomáronse las disposiciones para el asalto; por una y otra parte jugaron la artillería y las mangas de mosqueteros, y despues de media hora de combate los Catalanes, sin poder resistir á la denodada actitud de las tropas reales, abandonaron la posicion dejando todos las armas y muchos la vida. En su fuga hallaron al conde de Zavallá que con alguna infantería y una compañía de caballos iba desde Cambrils en su auxilio; el conde mandó que su caballería se adelantase hasta reconocer al enemigo y luego siguió á los fugitivos. Las tropas reales manifestaron gran saña despues del combate, y los prisioneros fueron casi todos pasados á cuchillo.

A la toma de Coll de Balaguer sucedió la de una casa fuerte llamada Hos-

(1) Segun Melo, tomaron los almogavares el nombre de *miquelets* en memoria de su antiguo jefe Miquelot de Prats, compañero del duque de Valentinois y hombre notable en los tiempos de don Fernando el Católico en la guerra de Nápoles.

pitalet, que habia servido de alojamiento al conde de Zavallá, cuyos papeles se ocuparon, y luego la de Cambrils, sin embargo de haberla defendido sus moradores con heroismo detrás de sus viejas y derruidas murallas, acaudillados por don Antonio Armengol, baron de Rocafort. Rindiéronse al fin con honrosas condiciones que no cuidaron de reducir á escritura, como gente inexperta en aquel manejo, y al evacuar la plaza una reyerta acaecida entre un catalan y un castellano que queria robarle su capa gascona, fué causa de una horrible tragedia en que perecieron en encarnizada lucha la mayor parte de los esforzados defensores de la villa. Esparcióse por el campo la voz de traicion, dice Melo, y todos mataban, todos se perseguian y nadie atinaba en el medio de salvarse, hasta que la tardía llegada de los cabos puso fin al sangriento tumulto. No cumplió el de los Velez las condiciones estipuladas, y dejando á los jueces que le acompañaban que hiciesen su oficio, Rocafort y sus capitanes Jacinto Vilosa y Carlos Metrola, los jurados y el baile de la villa fueron ahorcados en las almenas con todas sus insignias militares y civiles; para colmo de desgracia la villa fué entregada al saqueo y sus murallas fueron derruidas. Mal auguraban de la lucha en vista de estos crueles actos aquellos que en el ejército del rey conocian la índole de los naturales de esta tierra.

Con gran sentimiento é indignacion se habian sabido en Barcelona las nuevas de lo acontecido, y temiendo por la importante ciudad de Tarragona despacháronse repetidos correos á Francia excitando al general Espenan á que no difiriese un momento su llegada. No se descuidó el Francés, y tomando la posta y dando órden á tres regimientos y á mil caballos de que le siguiesen, entró en Barcelona con gran alborozo y fiesta. A los pocos dias, reunido con sus tropas, tomó el camino de Tarragona á donde se encaminaba ya el ejército del rey, y en tanto los Barceloneses hacian nuevas levas entre la gente de los gremios cuyo mando se confió al conceller Pedro Juan Rosell.

Salou y Villaseca, puntos ambos fortificados por los Catalanes y defendidos por naturales y Franceses, cayeron sucesivamente en poder de Torrecusa y Xeli haciendo prisioneras á las guarniciones, y mientras el de los Velez vacilaba en atacar á Tarragona por falta de la artillería gruesa y por no haber llegado las galeras ni las tropas de Garay, don Juan Copons procuraba distraer su atencion por la parte de Tortosa apoderándose de Orta y de otras villas y lo mismo hizo San Pol con muchos nobles y caballeros por las fronteras de Aragon.

En tratos M. d'Espenan con el duque de San Jorge, hombre aficionado á la nacion y lengua francesa, el marqués de los Velez, con esperanza de reducirle á concierto, dió órden de avanzar hácia Tarragona. Hallábase en ella muy afligido el caudillo francés, porque además de ver muy poderoso al enemigo, no reconocia verdadero ánimo de resistirle en los moradores partidarios del rey unos y de la república otros, ni tampoco medios para la resistencia. De los socorros prometidos por la Diputacion solo habia llegado el tercio de Santa Eulalia de ochocientos infantes bisoños, y no tenia noticia de los regimientos que esperaba de Francia. Envió, pues, un mensage á Barcelona en demanda de auxilio, y como la contestacion tardara, dió nueva fuerza á las pláticas ya entabladas y convino por fin en la siguiente capitulacion: Espenan habia de salir de la ciu-

dad con las tropas del rey de Francia retirándose con ellas á su país y tambien con las que se hallaban entre Tarragona y Barcelona, sin entrar en ningun lugar fuerte del Principado ni defender ninguna plaza que le encomendase la Diputacion; obligábase además á hacer todo lo posible á fin de que el conceller de Barcelona, que mandaba el tercio de Santa Eulalia, se uniera al ejército real con su venerado estandarte, y á aconsejar á la ciudad que implorara la gracia del rey y pidiera perdon de sus yerros. Firmadas estas condiciones, á las que se avino el consejo y el cabildo de la ciudad, pero no el coronel del tercio de Santa Eulalia, que con su bandera y su tropa salió secretamente de la plaza, esta fué ocupada por el ejército real (24 de diciembre), al propio tiempo que llegaban á su puerto los bergantines de Mallorca y las galeras de España y Génova en número de diez y siete, mandadas por don García de Toledo, marqués de Villafranca y Juan Doria; en ellas venia don Juan de Garay conforme á las órdenes que se le enviaran de la corte, pero no le acompañaban sus tropas, que eran muy necesarias en el Rosellon.

La caida de Tarragona produjo entre los Barceloneses demostraciones de pesar y de desesperacion. El pueblo amotinado vengóse en algunos infelices castellanos de la desgracia de sus armas, y por un momento estuvieron tan caidos los ánimos de muchos, que aun cuando no cesaban los preparativos de resistencia, parecia muy próximo el fin de la guerra. Así las cosas, recibió el de los Velez pliegos de Madrid con gravísimas noticias: el reino de Portugal se habia alzado contra el gobierno de España, y al propio tiempo que se le ordenaban muchas cosas sobre este caso, encargábasele detener la nueva todo lo posible por no dar con ella aliento á los Catalanes y evitar la desercion de los Portugueses, que militaban en gran número en sus banderas. Sin embargo, prontamente se difundió el suceso, y su misma gravedad, como siempre sucede, despertó en el ejército y en el Principado pareceres muy encontrados acerca de la influencia que habia de tener en la guerra sostenida en Cataluña.

Los Portugueses, segun antes hemos dicho, no vivian contentos bajo la dominacion de Castilla, y las tendencias de unidad que esta abrigaba habíanlos hallado siempre reacios y decididos á defender los antiguos fueros de su patria. Pretendia Olivares que las cortes portuguesas fuesen unas con las de Castilla convocando á estas cierto número de diputados portugueses de los tres brazos, para lo que llamó á Madrid á fin de tratar de este asunto á varios nobles, prelados y caballeros portugueses, y tales tendencias de absorcion, que se revelaban en todos los actos del gobierno, tenian á aquel país en contínua agitacion y en incesante vela por sus amenazadas leyes. Añádanse á esto las causas materiales de descontento, que eran muchas: la carga enorme de los tributos; la humillante situacion de la nobleza; la destruccion casi completa de la marina mercante, tan floreciente en otro tiempo; los males que á las posesiones de Asia habian causado Ingleses, Holandeses y Franceses; la arbitrariedad de muchas exacciones; la venta y corrupcion de los empleos públicos; el despótico gobierno de don Miguel de Vasconcellos, quien junto con el otro secretario de estado de Portugal, Diego Suarez, que residia en Madrid, eran los verdaderos vireyes mas que la princesa Margarita de Saboya, viuda del duque de Mántua Vicente de Gonzaga, nombrada para aquel cargo en 1633; el alzamiento de Cataluña, y sobre todo las conspi-

raciones de Francia (1), y se tendrán los principales móviles de la insurreccion que quebrantó de nuevo la unidad de la Península y la sumió por algun tiempo en nuevas luchas y trabajos, mientras sus enemigos iban ocupando el lugar de que ella descendia. Ya en 1637, con motivo de una nueva derrama, alborotáronse muchos lugares de los Algarbes y hubo grandes desórdenes en Evora y otras ciudades; pero la corte de Madrid, que habia escrito al pontífice pidiéndole que pusiera á ello remedio con breves y censuras, de lo cual se excusó prudentemente Urbano VIII, logró triunfar de la rebelion, y el conde-duque y sus agentes Suarez y Vasconcellos se manifestaron aun mas ceñudos y exigentes para con el reino portugués, recibiendo por ello el primero plácemes y mercedes de las cortes de Castilla congregadas en 1638. Los movimientos de Cataluña fueron nuevo incentivo á las pasiones patrióticas, y el peligro no pasó desconocido para Vasconcellos, quien se apresuró á escribir al de Olivares para que llamara á Madrid al duque de Braganza, en quien los descontentos tenian fija la vista, y mandara marchar á las fronteras catalanas á las tropas y nobles portugueses á fin de quitar combustibles al fuego. Hízolo asimismo el de Olivares; los soldados portugueses marcharon á combatir á los Catalanes, y el duque de Braganza recibió órden de ir á la corte para incorporarse á la expedicion que iba á dirigir el rey en persona. Eludióla sin embargo con dilaciones y pretextos, y en tanto se tramaba en Lisboa con el mayor sigilo la conspiracion que habia de sentarle en el trono de sus antepasados.

Era el duque don Juan de Braganza hijo de Teodosio y nieto de Catalina, la competidora de Felipe II; su carácter pacífico, templado é indolente, mas dado á los placeres y diversiones que á los negocios graves, hacíale poco apto para jefe de una revolucion, pero su esposa doña Luisa de Guzman, hermana del duque de Medinasidonia, dotada de la ambicion, audacia y actividad de que él carecia, encendió en su pecho el deseo de recobrar la antigua grandeza de su casa. Varias veces habia procurado el de Olivares sacarle de Portugal brindándole con honoríficos cargos, pero siempre se habia excusado el de Braganza, aconsejado por su esposa y Pinto Riveyro, su secretario y confidente, cuya mente soñaba ya los grandes sucesos que despues acaecieron.

Así se hallaban las cosas en la época en que de nuestro relato estamos, cuando, segun expresion de Melo, la queja comun despertó las memorias pasadas que ya parece dormian pesadamente en el sueño de sesenta años. En 12 de octubre de 1640 juntáronse en el jardin de don Antonio de Almada muchos nobles portugueses, entre ellos el arzobispo de Lisboa, don Rodrigo de Acuña, resentido de la vireina porque habia preferido á otro para la sede primada de Braga, y despues de ponderar cada uno los males que al reino afligian, decidióse recurrir á las armas para sacudir el yugo castellano. Querian unos erigirse en

(1) En agosto de 1638 el cardenal Richelieu envió á Portugal un agente secreto y en sus instrucciones (art. 3.º) le encargaba investigar si estaban los Portugueses dispuestos á levantarse dado que fueran los Franceses con una armada á apoderarse de los fuertes situados entre la desembocadura del Tajo y la torre de Belen. Decia el artículo 4.º que si el canciller y las otras personas á quienes habia de hacerse esta proposicion solicitasen mas auxilios, se les prometiesen cincuenta naves y un ejército de doce mil infantes y mil caballos, pues Francia, decíase en la instruccion, solo aspira á la gloria de socorrer desinteresadamente á los oprimidos Portugueses.—Flassan, *Hist. de la diplomat.* t. III, p. 62.

república á la manera de Holanda; los que preferian la monarquía no estaban acordes en la persona que habia de empuñar el cetro, mas por fin se adhirieron todos á la proposicion del arzobispo para dar la corona de Portugal al duque de Braganza, á quien pertenecia por derecho dinástico. Vencidos los últimos escrúpulos del duque y dispuesto ya todo para dar el golpe, apresurólo una órden apremiante de Felipe, que barruntando lo que se tramaba, mandaba al duque que sin pérdida de momento se presentara en Madrid.

El dia 1.° de diciembre á las ocho de la mañana un pistoletazo disparado por Pinto Riveyro dió la señal de la insurreccion. A los gritos de *¡Libertad! ¡viva don Juan IV, rey de Portugal!* los conjurados, entre los cuales se veian varios sacerdotes, acometieron la guardia española de palacio, que fué arrollada despues de alguna resistencia; los Alemanes no opusieron ninguna por haber sido sorprendidos, y penetrando en el alcázar la armada muchedumbre, mató al teniente corregidor de Lisboa, hirió ó ahuyentó á otros empleados, dió de puñaladas á Vasconcellos cuyo cadáver arrojó por la ventana, y redujo á prision á la vireina doña Margarita, que dió pruebas en aquel trance de gran entereza, al arzobispo de Braga y á cuantos habian permanecido á su lado. En tanto el pueblo amotinado corria las calles arrastrando con befa y escarnio el cuerpo del odiado ministro; eran puestos en libertad los reos de estado, los principales españoles residentes en Lisboa eran llevados á la cárcel, y consejos y tribunales proclamaban rey de Portugal al duque de Braganza. Con amenaza de dar muerte á los Españoles presos arrancóse á doña Margarita la órden de rendir la ciudadela, órden que su tímido gobernador don Luis del Campo obedeció al momento. Los demás fuertes abrieron tambien sus puertas á los conjurados, unos por engaño, otros por cobardía y otros por cohecho, y en menos de tres horas quedó la revolucion consumada en la capital. Las provincias imitaron su ejemplo, y en todas partes fué proclamado el duque de Braganza con el nombre de Juan IV. Este abandonó al momento su retiro de Villaviciosa, y desocupado el palacio por la vireina y las personas que seguian su mala fortuna, llegó de incógnito á Lisboa, cuyo pueblo le aclamó con inexplicable entusiasmo. El nuevo rey, con mas acierto y prudencia de lo que podia esperarse de su carácter, dedicóse por completo á la organizacion del gobierno, y tambien á prepararse para defender su corona. En 15 de diciembre verificó su entrada pública en la capital y fué coronado con la solemnidad acostumbrada, jurando conservar los privilegios y fueros del reino. El clero, la nobleza y el pueblo le juraron á su vez obediencia, y el estado de Portugal, aunque con la vacilacion consiguiente al sacudimiento que habia experimentado, volvió á su antigua independencia, que conserva todavía.

Gran sensacion causaron estas nuevas en la corte de Madrid; nadie se atrevia á comunicarlas á Felipe, tan graves parecian, y cuéntase que hallándose un dia entretenido el rey en el juego, acercóse á él el de Olivares fingiendo alegre semblante y le dijo: «Señor, traigo una buena noticia que dar á V. M. En un momento ha ganado V. M. un ducado con muchas y muy buenas tierras.—¿Pues cómo? preguntó el monarca.—El duque de Braganza ha perdido el juicio; acaba de hacerse proclamar rey de Portugal, y con ello de dar á V. M. doce millones. —Pues es menester poner remedio,» contestó Felipe, á quien algo se alcanzaba

A. de J. C. de la gravedad del caso; pero esto no obstante, continuó abandonando á su ministro el cuidado de escogerlo y aplicarlo.

Repetidas cartas escribia el conde-duque al marqués de los Velez para que activase su marcha de Tarragona á Barcelona y pusiera de un golpe término á la guerra, y en efecto, todo parecia presagiar y favorecer un próximo desenlace. El francés Espenan, en cumplimiento de lo que pactara en Tarragona, se encaminó con sus tropas á Francia y vanas fueron para detenerle las instancias de la
1641 Diputacion y de los pueblos (enero de 1641). No por esto cayeron de ánimo los varones que dirigian el patrio movimiento, y consolándose de quedar solos con la idea de que así no habrian de compartir con extraños la gloria que alcanzasen, decretaron nuevas levas, enviaron hácia Martorell la gente de Vich, Manresa, Ripoll, Granollers, Mataró, Arenys y otros pueblos, y fortificaron con gran presteza aquel punto por donde habia de pasar el Llobregat el ejército del rey. En tanto el de los Velez habia salido de Tarragona dejando en ella por gobernador á don Fernando de Tejada, y dirigió la caballería al mando del duque de San Jorge contra Villafranca del Panadés, que Vilaplana evacuó sin resistencia por la desproporcion de fuerzas. San Sadurní cayó tambien en su poder y sus defensores se retiraron á las fortificaciones de Martorell, y mientras el ejército avanzaba hácia ellas resuelto á asaltarlas, don José de Viure Margarit, bajando de las sierras de Montserrat al campo de Tarragona, guerreaba á sus espaldas, se apoderaba del castillo de Constantí á cuya guarnicion pasó á cuchillo sin perdonar á enfermos ni á heridos, y de nuevo volvió á levantar los ánimos de los campesinos en aquella comarca. El ejército castellano, que desde Aragon habia de bajar por Lérida al campo de Barcelona y que tanto hubiera servido al de los Velez, no llegó siquiera á ponerse en movimiento, pues todo en él era desconcierto á causa de los celos y discordias promovidas entre el de Nochera que lo mandaba y su maestre de campo general el prior de Navarra.

Mandaba en Martorell el diputado militar don Francisco Tamarit, á quien la Diputacion habia llamado para tan importante empresa del Ampurdan donde hasta entonces guerreara, y fiado en la fortaleza del paso, en el entusiasmo de su gente y en el auxilio de un regimiento de infantería francesa no comprendido en la capitulacion de Tarragona que le habian traido M. de Plessis y M. de Serignan, habia tomado sus disposiciones para oponer obstinada defensa. No lo ignoraba el marqués, y llamando á consejo á sus capitanes, decidióse en él que los Catalanes fuesen embestidos en sus fortificaciones, mas con intencion de medir sus fuerzas que de ganárselas, y que entre tanto una division fuerte y bien mandada subiese por la montaña de la izquierda, bajase por el coll de Portell y tomase al enemigo por la espalda. Así pues, mientras el de los Velez atacaba las trincheras y reductos en las que encontró vigorosa resistencia, Torrecusa con seis mil infantes y quinientos caballos tomó por las asperezas de aquellas serranías, y cayó al dia siguiente contra los Catalanes, que se creian seguros por aquella parte. Al avistar las nuevas fuerzas consideráronse perdidos, y su jefe dió la órden de retirada; las tropas del rey procuraban cercarlos para poner fin á la guerra en aquella batalla, pero Tamarit lo dispuso todo con tanta pericia y los suyos se mostraron tan denodados, que la infantería real hubo de detenerse ante las mortíferas descargas de la artillería catalana y la retirada se verificó con órden y con pér-

dida de poca gente. Entonces fué entrado el lugar de Martorell por las espaldas, y sin que le valiera tener por señor al marqués de los Velez, hubo de sufrir gran estrago. Sus moradores fueron pasados á cuchillo y muchas casas entregadas á las llamas. Perdieron los Catalanes en esta batalla unos dos mil hombres entre infantes y caballos ligeros, y aunque fué menor la pérdida de las tropas reales, murieron en aquellos combates varios oficiales de cuenta.

Detúvose el marqués un dia en Martorell, mientras su caballería divagaba por los pueblos comarcanos, y despues de asegurar el Congost para el paso de los víveres que habia de recibir de San Sadurní, salió á la mañana siguiente haciéndose dueño sin oposicion de los lugares que encontraba á su tránsito y acuartelando las tropas en los pueblos inmediatos á Barcelona. No se ocultaba al general cuan difícil y arriesgada era la empresa que intentaba, y así es que reuniendo sus capitanes á consejo, expúsoles las repetidas órdenes del conde-duque para que se apoderara de la capital, díjoles las dificultades que veia en atacar á una ciudad tan populosa y fuerte con un ejército falto de víveres y menguado por los combates que sostuviera y las guarniciones que dejara; no les disimuló las ventajas que resultarian del buen éxito de la empresa, y acabó pidiendo á todos su parecer en aquellas trascendentales circunstancias. Diversos fueron los dictámenes, y por fin acatando los mandamientos del rey, resolvióse que el ejército se adelantase hasta Sans, lugar distante media legua de Barcelona, que se hiciese una tentativa contra la ciudad, que fuese reconocido Monjuich como lugar principal de la expugnacion, y que por última vez se convidase á los Catalanes con el perdon del soberano. Hízose así, y mientras el de Torrecusa con otros oficiales practicaban las diligencias militares acordadas, el de los Velez dirigia una carta á la ciudad ofreciéndole en nombre del rey perdon y sosiego, pidiéndole que le recibiese como ministro de justicia y no como caudillo, con lo cual evitaria la saña del ejército, difícil de contener en los combates y asaltos, y conjurándola como cristiano, como amigo y como natural é hijo de Cataluña, que oyese su voz y se sometiese á la clemencia del monarca. El pliego del marqués, recibido en Barcelona cuando sus moradores eran presa de la agitacion natural á la vista del enemigo, aumentó la confusion y la desconfianza. Reunidos la Diputacion, los concelleres y el Consejo de Ciento, dióse lectura de su contenido, y unánimemente se decidió contestar al marqués que sus obras anteriores daban la medida del cumplimiento de sus promesas y que solo retiradas las tropas entrarian en amistosos tratos.

Las disposiciones hostiles que vieron tomar al ejército real luego de llegada al campo su animosa respuesta, les convencieron de que no habian de esperar merced y de que las armas eran para ellos el único partido de salvacion. En tan apurado trance, reunidos los diputados de los tres brazos en número de doscientos, declararon hallarse en el caso extremo de serles lícito apartarse de la obediencia del señor natural y encomendar á otro la defensa del Principado, y á una voz proclamaron á Luis XIII de Francia conde de Barcelona, que á esto habian precedido algunas pláticas de Plessis y Serignan en beneficio de su nacion. Diputados, concelleres y oidores levantaron acta de esta proclamacion (23 de enero), comunicáronla al nuevo conde, notificáronla al pueblo, que la recibió con aplauso por odio al gobierno de Madrid, y dieron parte en las direcciones y acuerdos pú-

blicos á los cabos franceses como en posesion del territorio. En seguida dispúsose todo para la resistencia: el diputado Tamarit, el conceller *en cap* de Barcelona y Plessis recibieron el gobierno universal de las armas; formóse un consejo de guerra compuesto de religiosos, nobles y ciudadanos; pusiéronse cabos catalanes y franceses, todos hombres de confianza, en los baluartes y fortificaciones, y confióse á Aubigny la defensa del castillo de Monjuich, que entonces solo tenia unos débiles parapetos, con nueve compañías de gente miliciana, de mercaderes, zapateros, sastres, pasamaneros, taberneros y otros oficios, á las que se juntaron algunas de buena infantería del tercio de Santa Eulalia, doscientos *miquelets* del capitan Cabanyes y trecientos veteranos franceses. Dispúsose además que el conceller tercero, que se hallaba en Tarrasa, recogiese la infantería que se habia retirado á aquella comarca despues de la jornada de Martorell, y que con ella, convoyando nueva gente, bajase hácia Barcelona, y ordenóse de la misma suerte á Margarit que ocupase los pasos de Montserrat para estorbar los socorros del ejército real y aun su misma retirada en caso de victoria.

Tambien el marqués habia dictado sus disposiciones para la embestida; don Fernando de Ribera y el conde de Tyron, maestre de campo de los Irlandeses, con dos divisiones de gente escogida habian de subir por ambos costados la montaña de Monjuich, importante punto que aseguraba la rendicion de la ciudad; Garay habia de acometer la plaza por la parte de San Antonio apoyado por el duque de San Jorge con la caballería; Torrecusa habia de acudir con sus tercios á donde la necesidad lo exigiese, y el general con su estado mayor habia de quedar en la retaguardia para dictar órdenes y dirigir los movimientos. Al rayar del alba del sábado 26 de enero movióse el ejército real en el órden dispuesto por sus cabos, y al bello espectáculo del despertar de la naturaleza añadióse el no menos vistoso que presentaban tantos plumages y tafetanes de mil colores, tantas armas y caballos, tantas músicas y militar estruendo. Arrojando al aire los sombreros despidióse la vanguardia de su general, y en poco tiempo asomaron los batidores á la vista de Barcelona por el camino de la Cruz Cubierta. Al divisarlos desde la ciudad todo fueron en ella voces y confusos preparativos, que las disposiciones de los jefes ordenaron poco á poco: los muros se coronaron de defensores; la caballería catalana y francesa, en número de quinientos ginetes, formó en el llano junto al camino de Valldoncella; el regimiento de Serignan ocupó la media luna de la puerta de San Antonio; previniéronse las baterías en todo el círculo de la muralla; facilitóse el modo de municionar la gente; abriéronse las iglesias y los hospitales, y por algunos momentos reinó el solemne silencio que precede á los grandes combates.

Despues de mejorarse algun tanto al pié del monte la vanguardia empezó la subida, y serian las nueve del dia cuando los soldados del conde de Tyron, que avanzaban por la parte que mira á Castelldefels, empeñaron los primeros combates con los Catalanes que los recibian con redobladas descargas de mosquetería. Una de ellas quitó la vida al conde con gran sentimiento de los suyos y sucedióle en el mando don Simon de Mascareñas, comandante de los Portugueses. El escuadron de Ribera, marchando por el fondo de un ribazo, pudo llegar cubierto hasta caer sobre los que defendian lo alto de la colina, y entonces ayudando á Mascareñas fueron ocupados los primeros puestos, obligando á los Ca-

talanes á retirarse al abrigo del fuerte. Numerosas pérdidas habia experimentado el ejército real: Mascareñas hubo de ser retirado con un balazo en la cabeza; el sargento mayor don Diego de Cárdenas quedó tendido en el campo; otros capitanes y soldados dejaron allí la vida, mayormente cuando rehechos los Catalanes, los lanzaron con mortífero fuego de las trincheras ocupadas. Mejor éxito alcanzaron los reales en la puerta de Santa Madrona donde hubieran arrollado del todo á los Catalanes sin el oportuno auxilio de un cuerpo de Franceses, pero en aquel mismo punto sufrieron luego un revés de gran importancia. Estacionaba allí la caballería del duque de San Jorge para embarazar todo socorro y retirada de la gente de Monjuich, y para inquietarla y moverla salieron contra ella algunos caballos catalanes y franceses al abrigo de una manga de mosqueteros. Adelantábanse los ginetes y con acierto se retiraban ante el ímpetu de sus contrarios dejándolos expuestos á los tiros de los infantes, hasta que, cansado el de San Jorge de semejante maniobra, arremetió furioso con su caballería y un cuerpo de peones obligando á los enemigos á replegarse á la muralla y media luna de San Antonio. Para que otra vez no lo ocupasen formó sus fuerzas en el sitio que los Catalanes habian perdido y hallóse expuesto á los fuegos de la artillería de la plaza que hizo en sus filas considerables bajas. Salió en esto al abrigo de la batería un cuerpo de caballos, y el de San Jorge, mozo ardiente y deseoso de fama, arremetió contra él con un escuadron de corazas al que mandaba Filangieri. Encendióse bravamente la escaramuza, y pretendia el duque entrar con el enemigo por la puerta de la ciudad esperando á cada momento los auxilios que habia pedido, pero en aquellos momentos, continuando mas vivo que nunca el fuego de los muros, cayó mortalmente herido atravesado de cinco balazos. Los suyos cargaron en su socorro; Filangieri recibió tambien un golpe mortal, otros capitanes salieron heridos, mas al fin pudieron retirar á sus jefes medio desangrados, como que murieron aquella misma noche.

En Monjuich los tercios reales ocupaban y ceñian ya casi toda la eminencia, sin que cesaran ni un momento las descargas de los Catalanes con gran daño de los enemigos. Conocieron, sin embargo, los defensores del flaco castillo no poder defenderse mucho tiempo contra fuerzas tan superiores é hicieron seña á la ciudad en demanda de socorro. Dada en Barcelona la órden de subir al castillo, todos se atropellaban en la puerta para ser los primeros en correr al peligro, pero Tamarit separó de entre todos á dos mil mosqueteros, la gente mas ágil, y los despachó á Monjuich por el camino cubierto, al propio tiempo que los marinos de la ribera desembarcaban al pié de la montaña y empezaban á subir por ella. Tambien Torrecusa llevó su reserva á reforzar á los del monte, y mientras enviaba repetidos avisos á Xeli, general de la artillería, para que le enviase escalas en número bastante, continuaban el fuego y las cargas de una y otra parte, aunque con pérdida muy desigual, reparados como estaban los Catalanes por el fuerte y las trincheras. En esto divisaron los del castillo á la gente que iba en su auxilio, y alentados, comenzaron á dar á los reales pesadas é incesantes cargas; entonces perdieron la vida los mejores y mas atrevidos capitanes, entre ellos los dos Fajardos, sobrinos del de los Velez, y otras personas de cuenta, y la derrota fué completa cuando adelantada ya la tarde, descolgáronse por el muro algunos hombres á las animosas voces de un ayudante catalan y dieron sobre los

reales con tal furia, que estos, creyendo que sobre ellos bajaba todo el poder contrario, empezaron á revolverse y á precipitarse monte abajo con espantosos alaridos. Los jefes, impotentes para detener á la asustada muchedumbre, fueron arrollados por ella, y las banderas de Castilla, poco antes desplegadas al viento en señal de victoria, andaban caidas y holladas de los piés de sus enemigos. Duró la mortandad tanto como el alcance, y el monte quedó sembrado de mas de dos mil cadáveres. El de Torrecusa recibió en esto la noticia de la muerte de su hijo, y entregándose á la desesperacion, arrojó la insignia militar y Garay recibió la direccion de todo.

Las tropas que estaban delante de Barcelona veian con asombro y espanto la suerte de sus compañeros de la montaña, y en los muros, entre el incesante fuego, resonaban alegres aclamaciones. Dada en todas partes la órden de retirada, pues otra cosa no era ya posible, Garay, con tanto acierto como energía y entereza, procuró reorganizar el destrozado ejército para impedir su total ruina en caso de que los vencedores salieran al alcance, y reunidos los cabos en consejo resolvieron por unanimidad volver á Tarragona con la mayor rapidez antes que se levantase la tierra, desde cuya plaza darian aviso al rey y esperarian sus órdenes. Enterraron, pues, los capitanes muertos que habian podido apartar del campo de batalla, y aquella misma noche emprendieron la retirada mústios y temerosos; dos dias despues llegaron á Tarragona sin haber por fortuna encontrado enemigos, y desde allí el marqués de los Velez escribió al rey lo sucedido, y pidió por merced que se le relevara del mando (1).

Mientras esto sucedia, todo era en la ciudad fiesta y regocijo por verse libre de tan inminente riesgo: once banderas españolas colgadas á la vista del pueblo en la casa de la Diputacion aumentaban la alegría universal, lo mismo que los carros de armas y los bagajes que atravesaban la ciudad recogidos del campo enemigo. Diputados, concelleres, los vecinos sin excepcion, eclesiásticos y seglares, hombres y mugeres, todos se habian portado con gran arrojo y diligencia en el pasado trance, así es que cada uno se atribuia parte de la victoria y era el júbilo igualmente sentido por todos. Aquella misma noche recibieron los Barceloneses con aclamaciones de victoria al conceller tercero, que llegaba de Tarrasa con mas de tres mil hombres, y tambien á los refuerzos que les iban llegando de todo el Principado, y al amanecer del dia siguiente salió á la montaña de Monjuich innumerable gentío que asombrado y alegre notaba el estrago de los reales de que todavía se hallaban recientes señales en la sangre y en los cadáveres de sus enemigos.

En lo mas encarnizado del combate habia llegado á Barcelona de paso para Roma don Ignacio Mascareñas, embajador del nuevo rey de Portugal, y en nombre de este ofreció al Principado la amistad y ayuda de aquel reino. En efecto, los Portugueses que servian en el ejército real fueron llamados á su patria, y el embajador que poco despues envió allí Cataluña, por nombre Jacinto Sala, fué hospedado en el mismo palacio del monarca y recibió toda clase de distinciones.

---

(1) Aquí termina el Portugués don Francisco Manuel de Melo, testigo ocular de gran parte de los sucesos que refiere por haber tomado parte como maestre de campo en la lucha con el Principado, la historia que de ella escribió por encargo especial de Felipe IV.

Despacháronse inmediatamente cartas al rey de Francia participándole el triunfo alcanzado y quejándose de la conducta de M. d'Espenan en la capitulacion de Tarragona, y á ellas contestó Luis XIII felicitando á los Catalanes y manifestando que aceptaba con agrado y como gran merced el título que le habian conferido, y que para arreglar los pactos y condiciones entre ambos pueblos daba ámplios poderes como su representante á M. d'Argençon, que se ponia al momento en marcha para Barcelona. Uno de los hombres que mas habian contribuido á que el Principado se apartase de la dominacion de Castilla no pudo ver su obra consumada: el ardiente patricio, el canónigo Claris habia muerto á principios de febrero, pocos dias antes de la llegada de Argençon, que fué recibido en Barcelona con grandes agasajos, al propio tiempo que la Diputacion y los concelleres eran avisados por Felipe IV de que don Federico Colonna, condestable de Nápoles y príncipe de Butera, habia sucedido al marqués de los Velez en el cargo de virey y lugarteniente, con encargo de que le obedeciesen como á su propia persona. Al punto á que las cosas habian llegado no se dió á las cartas del rey católico contestacion ninguna.

El ejército real retirado á Tarragona quiso en vano someter á los pueblos de aquel campo que otra vez andaban levantados, y su posicion se hizo todavía mas crítica cuando á mediados de febrero comenzaron á entrar en el Principado considerables fuerzas de tropas francesas mandadas por el conde de La Motte y llegaron á las costas de Cataluña las naves del arzobispo de Burdeos. Unas y otras fueron dirigidas á la comarca de Tarragona, y en breve el ejército real hallóse limitado á la sola posesion de la ciudad. Once mil infantes y dos mil quinientos caballos catalanes y franceses seguian las banderas de La Motte; este, que carecia de artillería y no contaba con fuerzas suficientes para reducir á una ciudad de tal importancia por fuerza de armas, propúsose rendirla por hambre, y mientras las naves cerraban el puerto, acuartelaba sus tropas en los lugares del contorno. En igual situacion se hallaban las tropas del rey católico en el territorio del Rosellon; encerradas en Perpiñan, Elna, Colibre, Salces y algunos otros pueblos, no tardaron en verse despojar de la plaza de Elna por el príncipe de Condé á la cabeza de un ejército de ocho mil infantes y mil caballos; las comunicaciones entre Perpiñan y Colibre fueron interrumpidas y quedó expedito á los Franceses el camino de Cataluña. Varios combates habian empeñado en las inmediaciones de Tarragona sitiadores y sitiados, que aun disponian estos de un ejército de catorce mil hombres, cuando reunida una poderosa armada con las galeras de Dunkerque, de Nápoles, de Génova, de Toscana y de Mallorca al mando de los duques de Fernandina y Maqueda y del marqués de Villafranca, el prelado de Burdeos hubo de huir á toda vela y el ejército de tierra levantar el cerco derramándose por los pueblos comarcanos (agosto).

Instaban incesantemente los cabos á la Diputacion para que les mandara refuerzos, y la última á su vez á Luis XIII para que enviase tropas de mar y tierra y visitase el Principado para jurar sus leyes y fueros. Don José de Viure y Margarit fué encargado de una de estas embajadas á París, y negoció con el cardenal ministro los pactos y condiciones bajo los cuales reconocia Cataluña la soberanía del rey. En setiembre firmó este el acta prometiendo su observancia y juró respetar los privilegios de sus nuevos vasallos, abandonar á las cortes el

A. de J. C. derecho de fijar las contribuciones, no conceder sino á Catalanes los beneficios eclesiásticos y empleos civiles del Principado, dar á los diputados que le enviasen la categoría de embajadores y permitirles que se cubrieran en su presencia, y otros artículos que se expresan en el documento original (1). La guerra que sostenia en los Paises Bajos dijo no permitirle ir á Barcelona para prestar en persona el acostumbrado juramento, pero dió sus poderes especiales para ello al marqués de Brezé, mariscal de Francia, nombrado recientemente virey de Cataluña. Tampoco este prestó él mismo el juramento; detenido en el Rosellon por las operaciones de la guerra, comisionó para ello á Diego Bisbe Vidal, y la ceremonia se verificó en la Junquera ante los diputados de la Generalidad (diciembre).

Mandaba en el Rosellon el marqués de Mortara y en su auxilio fué enviado el de Torrecusa con algunos tercios sacados de Tarragona. Desembarcado en Rosas, ahuyentó á los Catalanes y Franceses que trataban de impedirle el paso y se reunió con el marqués que al efecto habia salido de Perpiñan. Brezé marchó á su encuentro sin pérdida de momento, y empeñada la batalla, hubo de retirarse con gran pérdida, dejando que el ejército del rey católico municionara á Perpiñan y se apoderara de Argelés y de Santa María del Mar. Torrecusa se situó en Colibre para tener fáciles comunicaciones con la escuadra española, y Brezé, recibidos refuerzos con los cuales reconquistó á Santa María, se dirigió á Barcelona
1642 donde ratificó el juramento que prestara antes como virey (febrero de 1642).

El ejército real de Tarragona no permanecia tampoco inactivo; muerto el príncipe de Butera sucedióle el marqués de la Hinojosa, conde de Aguilar, quien, reforzado oportunamente, salió á campaña á principios de este año, y despues de destrozar dos compañías enemigas en el Plá, de sorprender la villa de Alcover y de resistir en Villalonga á los Franceses con fuerzas inferiores, tomó á viva fuerza el pueblo de Constantí y luego los de Altafulla, Torre den Barra, Vendrell y Tamarit, esforzándose en hacer olvidar con actos de clemencia los anteriores excesos. Estos acaecimientos fueron compensados con la dispersion de la armada genovesa en la costa de Blanes á consecuencia de una tempestad y la prision del almirante Doria.

El cardenal Richelieu tenia fijos sus ojos en el Rosellon de que habia resuelto apoderarse, fuese cual fuere el término de la lucha, y así es que contra aquel territorio dirigia sus principales esfuerzos con disgusto de la Diputacion que habria querido que se diera mas brio á la guerra por la parte de Tarragona. Los mariscales Schomberg y La Meylleraie habian sido enviados hácia el Languedoc con numerosos regimientos de caballería é infantería del interior de Francia, y estas disposiciones, no ignoradas por la corte de Madrid, la determinaron á aumentar sus fuerzas en el Rosellon para luchar con ventaja con los ejércitos franceses. Don Pedro de Aragon, marqués de Pobar, hijo del duque de Cardona, habia llegado al campo del de Hinojosa con el ejército de Aragon, compuesto de seis mil infantes y dos mil cuatrocientos caballos, y Olivares le mandó partir á marchas forzadas y sin detenerse en tomar plaza ninguna hácia la otra parte de los Pirineos. Inútilmente representó el marqués los peligros de tan larga expedicion por tierra enemiga y quebrada, sin víveres ni medios de transportarlos, y

(1) Véase el apéndice.

propuso hacer el viage por mar; el de Olivares cerró los oidos á todas las observaciones y le mandó ponerse en marcha, que ya Meylleraie habia atacado al de Mortara poniéndole en gravísimo aprieto, y todo dependia de la prontitud de los socorros. Púsose, pues, en marcha el de Pobar por un país exhausto y desierto, y en tanto La Motte, que se hallaba en Montblanch, recibia refuerzos de infantes y caballos procedentes del Rosellon y se disponia á salir contra las tropas del marqués. Habia este convenido con el de Hinojosa en que favoreceria su marcha llamando la atencion del enemigo con un ataque al coll de Cabra; sin embargo, el caudillo de las tropas de Tarragona no lo cumplió ó su movimiento no produjo el resultado apetecido, y Pobar, luego de llegado á Villafranca del Panadés y Esparraguera, halló cerrados todos los pasos por los somatenes, mientras que los *miquelets* hostigaban sin descanso á sus tropas y que La Motte le alcanzaba y picaba su retaguardia. En tan crítica situacion determinó el marqués retroceder antes que el hambre diezmase sus soldados, y hostilizado siempre, llegó á seis leguas de Tarragona. Entrada la noche quiso tomar el coll de Santa Cristina para evitar el encuentro del enemigo, pero extraviado por sus guias, hallóse al amanecer rodeado de Catalanes y Franceses. Inútil fué que apelara á la suerte de las armas; despues de un corto combate las tropas reales envueltas y arrolladas envainaron las espadas, y á los gritos de *¡Viva Francia!* rindieron todas las armas (28 de marzo). Cinco generales, dos maestres de campo y otros muchos oficiales de cuenta fueron hechos prisioneros y conducidos á Barcelona, cuyos moradores celebraban con fiestas públicas la importante victoria que valió á La Motte el baston de mariscal de Francia; agasajados espléndidamente por el virey, los prisioneros fueron casi todos dirigidos á Francia.

Este suceso hizo que tomara aun peor aspecto que antes la guerra del Rosellon donde tenian los Franceses un ejército de veinte y seis mil hombres. Colibre hubo de rendirse despues de honrosa y obstinada resistencia (abril); Argelés experimentó igual suerte, y Perpiñan vióse cercada y combatida sin esperanzas de recibir socorro. Para dar vigor á las operaciones y tomar posesion efectiva del territorio que codiciaba, Richelieu hizo que Luis XIII marchase al Rosellon, y en efecto, estando allí el monarca la guarnicion de Perpiñan, reducida por el hambre de tres mil á quinientos hombres, mandados por el marqués Flores de Avila, Arce y otros cabos, rindió la ciudad con honrosas condiciones (20 de agosto), perdiendo así España el mas rico de sus arsenales, pues no habia podido llegar á su auxilio la armada de Dunkerque, mandada por el almirante Feijóo, por haberle salido al encuentro la francesa en las aguas de Sitjes (junio); Salces y otras plazas siguieron el mismo ejemplo, y los Franceses quedaron dueños de aquella provincia de la monarquía.

El de Hinojosa, despues de descubrir y frustrar una conspiracion de los frailes carmelitas para entregar la ciudad, habíase limitado á hacer excursiones por el campo, felices unas y desgraciadas otras, y La Motte con ocho mil hombres se encaminó á Tortosa (mayo). Defendióse bien la guarnicion, y no pudiendo vencer su resistencia Catalanes y Franceses entraron por tierras de Aragon y llevaron sus excursiones hasta Tamarite y Monzon cuyo castillo rindieron. Viendo, empero, que los pueblos no se levantaban á su paso, la hueste retrocedió á Lérida.

No habia bastado á conjurar estos malos sucesos ni á dar á la guerra un sesgo mas favorable á sus armas el viage que hizo Felipe IV á Aragon obedeciendo por fin á los universales clamores de que fuese á animar con su presencia á los que combatian por su causa. Contra el dictámen de Olivares se decidió la jornada con gran aparato y muchos preparativos bélicos: llamóse á todos los grandes, nobles y caballeros, se recogieron armas, se hicieron levas y requisas de hombres y caballos, apelóse al patriotismo de la nacion para que cada uno concurriera á los gastos con un donativo proporcionado á su fortuna, la reina se desprendió de sus propias alhajas y á últimos de abril Felipe IV salió de Madrid. Sin embargo, no se hubiera dicho que marchaba á una expedicion guerrera al ver que se detenia en todos los lugares del tránsito en fiestas y regocijos empleando cerca de tres meses para llegar á Zaragoza (julio). Allí se reunió un nuevo ejército de diez y ocho mil infantes y seis mil caballos, mientras en Cádiz se equipaba una poderosa armada al mando del duque de Ciudad-Real, y decidióse dividir aquel en dos cuerpos, destinado el primero al interior de Cataluña y á las fronteras del Rosellon el segundo, á las órdenes de Leganés y de Torrecusa. Las fatales nuevas que por aquel tiempo se recibieron del Rosellon hicieron que se abandonara este proyecto y que se destinaran íntegras todas las fuerzas á guerrear en Cataluña, y saliendo el de Leganés á campaña á últimos de setiembre, pasó el Segre por Aytona y sentó su campo delante de Lérida. No habia estado ocioso en este tiempo el mariscal La Motte, y por medio de exploradores y de hábiles reconocimientos habia ido siguiendo los pasos todos del ejército del rey; al saberle en las inmediaciones de Lérida, salió de Balaguer con doce mil infantes y poco mas de dos mil caballos y avistó al enemigo en un llano llamado de las Horcas á media legua de la ciudad en cuya defensa habia salido. Empeñada allí mismo la batalla, estuvo por largo tiempo indecisa la victoria, pues todos combatieron valerosamente aun cuando los reales lo hicieron con gran confusion, y llegada la noche hubieron estos de abandonar el campo y retirarse á Torres de Segre y de allí á Fraga por el puente que de antemano se habia construido. Este triste principio hizo caer en desgracia al marqués de Leganés, que fué confinado á Ocaña; el rey, confuso y despechado, se volvió á Madrid, y menguado su ejército por la disciplina y las deserciones, cesaron por algun tiempo contra Cataluña las grandes operaciones.

El mariscal de Brezé, llamado por el rey ó con objeto de restablecer su salud quebrantada, habia marchado á Francia, y La Motte, que le sucedió en el cargo de virey de Cataluña, á quien vemos designado en algunos escritos de aquella época con el título de duque de Cardona, se dirigió á la capital del Principado para jurar las leyes del país. El mismo dia de su entrada en Barcelona (4 de diciembre) murió el encarnizado enemigo de la casa de Austria, el hombre que consumó en el gobierno de Francia la obra de Francisco I preparando así el absoluto y glorioso reinado de Luis XIV, el cardenal Richelieu (1).

(1) Al ocurrir este fallecimiento Luis XIII y el sucesor del difunto, el cardenal Mazarini, escribieron á la Diputacion de Cataluña las siguientes cartas: «Queridos y muy amados: nadie ignora los grandes y señalados servicios que nuestro muy querido y amado primo el cardenal de Richelieu nos prestó, y con cuan buenos resultados prosperó el cielo los consejos que él nos dió; y nadie puede dudar de que sentiremos como es debido la pérdida de tan fiel y buen ministro: por tanto,

Afirmábase en tanto Juan IV en el trono de Portugal, puesto que la guerra extrangera y la de Cataluña absorvian todas las fuerzas de Felipe IV. Los estados enemigos de la casa de Austria, Francia, Inglaterra, Suecia y Dinamarca se apresuraron á reconocer al nuevo rey y á celebrar con él tratados de alianza, y solo Holanda, por no restituir las posesiones portuguesas de América é Indias de que se habia apoderado, limitóse á ajustar con Portugal una tregua de diez años difiriendo hasta la reunion de los Estados generales la decision sobre aquellas reclamaciones cuya justicia, empero, no desconocia. En Roma, los embajadores del rey católico, el marqués de los Velez y don Juan Chumacero lograron contrarestar todos los manejos de los enviados portugueses que contaban con el decidido apoyo de Francia, y despues de un año de inútiles reclamaciones hubieron de abandonar la corte pontificia sin ser reconocidos. El infeliz príncipe Eduardo, que peleaba en Alemania bajo las banderas de España, pagó por aquel entonces la culpa de su hermano el de Braganza, y preso, á pesar de repugnarlo el emperador, el archiduque Leopoldo y otros personages de la corte imperial, fué conducido á la ciudadela de Milan donde acabó su vida. Activo don Juan IV ó sus ministros en los negocios exteriores, no lo era menos en los del interior de su reino: juntó cortes en las que obtuvo el reconocimiento de su hijo Teodosio por sucesor á la corona, dió órdenes para el pronto equipo de una armada, hizo fortificar la ciudad de Lisboa y reparar las obras de otras plazas, pues el entusiasmo público le facilitaba de sobras hombres y dinero, y cada dia se recibian avisos

queremos que sepa todo el mundo cual es nuestra pena y cuan cara nos es su memoria por los testimonios que de ello daremos siempre. Pero como los cuidados que debemos tener para el gobierno de nuestro estado y demás negocios deben ser preferidos á cualquier otro, nos vemos obligados á tener mas atencion que nunca, y á aplicarnos de tal modo que podamos marcar los progresos que ahora habemos, hasta que quiera Dios darnos la paz, que ha sido siempre el objeto principal de nuestras empresas, y para cuyo logro perderemos si es menester la vida. Con este fin hemos determinado conservar en nuestro consejo las mismas personas que nos han servido durante la administracion de nuestro primo el cardenal de Richelieu, y que le sustituya nuestro muy caro y amado primo el cardenal Mazarini, que tantas pruebas nos tiene dadas de su afecto y fidelidad é inteligencia cada y cuando lo hemos empleado, sirviéndonos muy bien y como si hubiese nacido vasallo nuestro. Pensamos sobre todo seguir en buena concordia y union con nuestros aliados, usar del mismo vigor y con igual firmeza en nuestros negocios como hasta ahora, en cuanto permitan la razon y la justicia, y continuar la guerra con la misma asiduidad y con tantos esfuerzos como desde que á ella nos obligaron nuestros enemigos, y hasta que tocándoles Dios el corazon, podamos contribuir con todos nuestros aliados al restablecimiento de la paz en la cristiandad, de tal manera que en lo futuro nada ya la turbe. Hemos creido oportuno comunicaros esto para que sepais que los negocios de esta corona irán siempre como hasta ahora, á mas de que miramos siempre con particular cuidado cuanto conviene á vuestro principado de Cataluña para guardarlo de todos los esfuerzos del enemigo. Queridos y muy amados nuestros, Dios os tenga en su santa guarda. San German de La Haya á los 12 de diciembre 1642.»—«Señores: como la pérdida que ha sufrido la Francia por la muerte del Sr. cardenal duque no podia ser mayor, tampoco puede ser mas justo el dolor que sentís por ella vosotros en particular. Nadie mejor que yo sabe el grande afecto (*passion*) que tuvo siempre por mantener vuestro bien, y yo soy testigo del gran cuidado que tenia de procuraros todos los medios necesarios para manteneros en la dulzura del dominio que vosotros mismos os buscasteis. Por esto solo, cuando no fuese por la inclinacion que tengo á la prosperidad de los negocios del rey de los que forman parte los vuestros. y cuando no me moviese la generosa resolucion por la cual os disteis á S. M., seria indigno del ruego que el gran cardenal hizo al rey al morir de que me diere parte en la conducta de su estado y faltaria á sus grandes máximas de gobierno que tan francamente me comunicó, si no estuviese firmemente resuelto á contribuir en cuanto de mí dependa á vuestro establecimiento total, probándoos por la continuacion de mis servicios cerca de S. M., que nadie será con mas verdad que yo vuestro afectísimo servidor.—*El cardenal Mazarini.*—San German de La Haya 22 de enero de 1643.»

de haberse alzado contra España á ejemplo de la metrópoli las antiguas posesiones portuguesas en Asia, Africa y América, segun iban teniendo noticia de lo sucedido en la Península. Las Azores, la isla de Madera, las islas de Cabo Verde, y Mozambique, Sofal, Zanguebar y Mombaza mas allá del cabo de Buena Esperanza volvieron á la dominacion portuguesa, y lo mismo sucedió en Asia con las ciudades de Mascate y de Goa, con las fortalezas de Diu, de Cananor, de Cranganor y de Cochim, con la isla de Ceilan, con las Maldivas y con la ciudad de Macao, cuya pérdida aniquiló el rico comercio que hacian los Españoles de Filipinas con la China y el Japon. Solo Ceuta se conservó en poder de Felipe por la lealtad de su gobernador.

Ya hemos dicho que el rey católico no pudo dirigir contra Portugal un grave esfuerzo por recobrar la soberanía perdida, pero esto no obstante, llamando á la corte á todos los caballeros hijosdalgos con invitacion de acudir á la guerra con armas y caballos, y con las compañías levantadas por los grandes á su costa formóse un pequeño ejército cuyo mando se confió al conde de Monterrey, cuñado del ministro, al que se dió por maestre de campo el entendido don Juan de Garay, que acababa de distinguirse en el Rosellon y en Cataluña. Estas fuerzas se limitaron en un principio á incursiones fronterizas en las que se armaban unos á otros emboscadas, talaban los campos y saqueaban los pueblos. Adelantáronse luego los Españoles hasta poner sitio á Olivenza, pero despues de tres asaltos hubieron de retirarse con pérdida. Esto fué causa de que se destituyera á Monterrey, reemplazándole el marqués de Ribas, pero por la escasez de tropas ó por su mala direccion, nada importante se alcanzó y ni siquiera pudo impedirse que el general de los Portugueses, don Martin Alfonso de Melo, se apoderase, venciendo la resistencia de la guarnicion, de la villa de Valverde. Esta guerra de correrías haciase con mayor furor aun por las fronteras de Galicia, donde mandaba á los Españoles el marqués de Tarrasa. Algunos pueblos de Portugal fueron entregados á las llamas, pero mas de cincuenta lugares de Galicia experimentaron igual suerte padeciendo aquellos infelices habitantes todas las calamidades de la guerra (1641).

El nuevo órden de cosas establecido en Lisboa no satisfacia á todos, y aunque pocos, habia descontentos que suspiraban por el restablecimiento de la dominacion de España. Esta, como era natural, fomentaba tales sentimientos, y con el arzobispo de Braga, el marqués de Villareal, su hijo el duque de Caminha, el inquisidor general, el conde de Val de Reys, don Rodrigo de Meneses y otros nobles é individuos del alto clero tramóse una conjuracion cuyo plan era incendiar el palacio, dar muerte al nuevo rey, proclamar á la vireina Margarita, que continuaba presa, y restablecer el gobierno de España. El dia 5 de agosto de 1641 era el señalado para dar el golpe, y así lo avisaron al conde-duque, pero quiso la mala suerte de los conjurados que cayera el pliego en manos del marqués de Ayamonte, gobernador de una de las plazas fronterizas y pariente de la reina de Portugal, quien entrando en sospechas, lo abrió y lo remitió á Juan IV. El marqués de Villareal, el duque de Caminha, otros cuatro nobles y algunos judíos comprometidos en la conspiracion padecieron el último suplicio; los obispos fueron reducidos á prision, y en ella murió poco despues el arzobispo de Braga de enfermedad ó de veneno.

Lo que sucedia en Cataluña y Portugal halló imitadores en Andalucía, A. de J. C.
donde tampoco se miraba con favor por muchos la dominacion de Castilla. Gobernaba aquellas comarcas el duque de Medinasidonia don Gaspar Alfonso Perez de Guzman, hermano de la nueva reina de Portugal y pariente del conde-duque de Olivares, magnate que poseia inmensos dominios en el mismo territorio de su gobierno. Seducido por el marqués de Ayamonte, que exaltó su ambicion, aspiró á proclamarse rey de Andalucía, y ya se dirigian á aquellas costas buques de Francia, Portugal y Holanda y estaban prontos á tomar las armas algunos habitantes, cuando descubierta la conspiracion por un antiguo criado del duque, fué denunciada al rey y al de Olivares. Sin pérdida de momento expidiéronse órdenes para que el de Medinasidonia se presentara en la corte y el de Ayamonte fuese reducido á prision: el primero, por su parentesco con el ministro, se salvó arrojándose á los piés de Felipe y pidiéndole perdon, si bien perdió parte de su patrimonio, hubo de vivir en la corte y se le obligó á dirigir un cartel de desafío á su cuñado don Juan de Braganza por traidor y desleal, cartel que, como era de presumir, no produjo resultado alguno. El de Ayamonte pagó por los dos: llevado preso á Madrid fué juzgado y condenado á muerte, que sufrió con admirable entereza. En tanto, lo mismo que en el siguiente año continuaban por Extremadura y por Galicia las mútuas invasiones de Españoles y Portugueses y los combates parciales mas ó menos reñidos, pero sin tomar la lucha considerables proporciones.

Tantos desastres, tantas derrotas, tantas pérdidas, tan ruinosos dispendios y el mísero estado á que habia venido la monarquía acabaron por sublevar la opinion contra el ministro á quien se acusaba, y en gran parte con razon, de haber llevado el reino á su ruina. Profundo disgusto dominaba en todos los corazones, y la corte, sin que bastaran á aturdirla los incesantes juegos y festejos dispuestos por el ministro, empezaba á participar del general descontento, que aprovechaban hábilmente los émulos que habia debido crearse el conde-duque. Pueblo y magnates, todos ansiaban la caida del ministro, y poco á poco se formó contra él una tempestad terrible. A la cabeza de los enemigos del privado estaba la misma reina Isabel, muy ofendida del conde-duque por el absoluto predominio que en su esposo tenia y por el riguroso espionage que pretendia ejercer en las intimidades de su vida conyugal por medio de su esposa la duquesa que le habia dado por dama. Cierto dia púsose llorosa delante de Felipe, y presentándole el príncipe Baltasar le dijo: «¿Sabeis el patrimonio que para este vuestro hijo prepara Olivares? la ruina de la monarquía y la miseria.» La duquesa viuda de Mantua, vireina de Portugal, que acababa de ser puesta en libertad y de llegar de aquel reino, fué un gran auxiliar de Isabel informando al rey del fatal desgobierno que abrió la senda al alzamiento; hasta la ama del rey doña Ana de Guevara, á quien el rey estimaba mucho, habióle tambien con entereza contra la administracion del favorito, y secundaban estos esfuerzos el embajador del imperio y varios prelados y magnates. Felipe, casi convencido ya de lo mismo que se le representaba, acabó por ceder á tantos ruegos, y en 17 de enero de
1643 escribió á Olivares diciéndole que, segun varias veces se lo habia solicita- 1643
do, dábale licencia para que se retirara á donde le pareciere para mirar por su salud y sosiego. El conde-duque recibió el golpe con mas entereza de lo que se

esperaba, y despues de presentarse humildemente al rey pretendiendo justificarse de los cargos que se le hacian, sin que Felipe le contestara cosa alguna, retiróse al lugar de Loeches y luego á Toro, donde ejerció el modesto cargo de regidor. Desde allí procuró refutar los cargos que le hacian sus enemigos, y publicóse por encargo suyo una larga defensa de su administracion, negando especialmente lo que de sus grandes riquezas se decia, y dos años despues murió cristianamente, víctima, segun algunos, de la impresion que le causara una carta del soberano, en que le amenazaba con entregar su cabeza al verdugo para satisfacer á sus enconados adversarios.

Felipe IV participó á los consejos el retiro del ministro de quien decia quedar satisfecho por el celo é interés con que le habia servido, y les previno que en adelante tomaria sobre sí mismo el peso del gobierno y que por lo tanto le llevasen á él derechamente los papeles que antes despachaba el de Olivares. Nobleza y pueblo recibieron con gran júbilo la noticia del suceso; en las puertas de palacio fijáronse pasquines diciendo: *Olivares te hacia pequeño, hoy comienzas á ser grande;* y en todas partes, en los salones régios, en las casas y en las calles se veia alegría y animacion. Y en efecto, otro aspecto presentó la corte luego de la caida de Olivares: el rey, apartado de su vida disipada, dedicábase al estudio y al despacho de los negocios; los consejos recobraban su antigua forma; la reina Isabel gozaba de la debida influencia que los escritores de aquel tiempo nos pintan como muy saludable; algunos ilustres personages, postergados por el gobierno anterior, eran otra vez investidos de elevados cargos, entre ellos el marqués de Villafranca, duque de Fernandina, que volvió al generalato de mar, y el almirante de Castilla Enriquez de Cabrera, que fué nombrado para el vireinato de Nápoles, y finalmente muchos nobles pudieron volver á la corte, entre otros don Francisco de Quevedo Villegas, el severo censor del gobierno del conde-duque, que quedó libre entonces del cautiverio que sufriera por mas de tres años en San Marcos de Leon.

La muerte de Luis XIII de Francia acaecida poco despues de la de su gran ministro (14 de mayo), pareció tambien síntoma propicio para la tranquilidad de España, mayormente rigiendo una reina española, doña Ana de Austria, los destinos de aquel reino. Sin embargo, aun cuando por todas las naciones envueltas en la guerra se pensaba en la paz, puesto que las negociaciones para conseguirla se seguian con mas ó menos ardor desde 1636, y aun se trató en la época presente del enlace de la infanta María Teresa con el tierno rey de Francia, ello es que ni esta nacion, cuyo gobierno estaba confiado al sagaz y astuto Mazarini, renunció á la política invasora de la época pasada, ni el rey de España ni el emperador se mostraban ahora muy inclinados á dejar las armas, en cuanto la muerte de Richelieu y de Luis habian levantado mucho sus esperanzas de mejorar su fortuna.

La guerra en Alemania habia decaido de su primitivo ardor, pues ocupada enteramente la Francia en cubrir sus conquistas de Lorena y Alsacia y en hostilizar á España en el Rosellon y en Cataluña, negábase á unirse á los Suecos para combatir al imperio, pero en cambio habíase encendido con nuevo furor en los Paises Bajos y en Italia. En el primer punto habian puesto sitio los Franceses á la plaza de Ayre, y despues de prodigios de valor de una y otra parte la

rindieron. El cardenal infante don Fernando acudió á reconquistarla y la sitió obstinadamente sin que pudiese distraerle el enemigo acometiendo otras plazas, y ocupado se hallaba en esta empresa cuando una aguda enfermedad le obligó á retirarse á Bruselas, donde espiró poco despues, muy llorado del ejército y del pueblo, que con gran acierto habia gobernado (9 de noviembre de 1641). Sucedióle en su elevado cargo una junta compuesta de personages eclesiásticos, civiles y militares, presidida por el noble portugués don Francisco de Melo, conde de Azumar, ex-virey de Sicilia y embajador en Alemania, uno de los pocos Portugueses que quedaron al servicio de España despues del alzamiento de su país, y este fué nombrado en breve por la corte de España único gobernador. Continuando Melo la empresa de su antecesor, recobró la plaza de Ayre, tomó á Lens y á Basee, y en Honnecourt derrotó completamente en sangrienta batalla á los mariscales franceses Harcourt y Grammont, gran victoria que al proporcionar á Melo el título de marqués de Torrelaguna y la grandeza de España, no produjo los lisonjeros resultados que de ella podian esperarse por las funestas rivalidades que sobrevinieron entre los generales (1642).

En Italia Moncalvo cayó en poder de los Franceses, quienes, puestos en seguida sobre Ivrea, hubieron de levantar el cerco atacados por el príncipe Tomás de Saboya, que habia recobrado ya la primera de dichas plazas (1641). En 1642 sufrió grave pérdida la causa española con la defeccion de los príncipes Tomás y Mauricio de Saboya, que por influencia de Richelieu se reconciliaron con la duquesa su cuñada y volvieron sus armas contra sus antiguos aliados, apoderándose de Crescentino, de Niza de la Palla y de Tortona, de esta con mucho derramamiento de sangre por la intrepidez de sus defensores, acaudillados por el conde de Siruela, que habia reemplazado al marqués de Leganés en el gobierno de Milan. Hasta el príncipe de Monaco Honorato Grimaldi, en cuya capital habia desde el tiempo del emperador Carlos guarnicion de Españoles, se declaró en favor de los Franceses y les abrió las puertas de la ciudad al ver el decaimiento á que habian venido nuestras armas. En la siguiente campaña (1643) los Españoles recobraron la plaza de Tortona despues de cuatro meses de sitio, pero en cambio el príncipe de Saboya entró en Asti, Pontestura y otras ciudades, aun cuando le secundaron muy débilmente los Franceses, desasosegados por la enfermedad de su rey.

Alcanzada la victoria de Honnecourt, Melo, con un ejército de diez y ocho mil infantes y dos mil caballos, llevando por generales al duque de Alburquerque y al conde de Fuentes, púsose en movimiento desde Flandes para amenazar la Champagne y acometer la plaza de Rocroy, y contra él envió la regencia de Francia un ejército igualmente numeroso al mando de un jóven de veinte y dos años, del duque de Enghien, despues príncipe de Condé. Avistó este á los Españoles, situados en una eminencia que formaba suave declive hácia la llanura, y contra el dictámen de sus generales Hopital y Espenan resolvió presentar inmediatamente la batalla. Ambas huestes pasaron sobre las armas la noche del 18 de mayo de 1643, y al amanecer del dia siguiente empeñóse porfiadamente el combate en toda la línea. Varias veces pareció que la victoria habia de declararse por los Españoles, mas derrotadas ambas alas y muerto el conde de Fuentes, que mandaba el centro compuesto de la famosa infantería que desde tanto tiempo era el

A. de J. C. terror de los campos de batalla, y roto aquel muro viviente despues de tres porfiadísimos asaltos, el triunfo quedó por los Franceses, perdiendo España sesenta estandartes, doscientas banderas, veinte y cuatro cañones, ocho mil muertos, seis mil prisioneros y la fama que de invencibles tenian sus tercios. Esta fué la famosa batalla de Rocroy, dada cinco dias despues de la elevacion de Luis XIV, presagiando así las glorias de aquel reinado, que tan fatal habia de ser para nuestra monarquía.

En tanto que Melo lograba salvar los restos del ejército, los Franceses victoriosos tomaban las plazas de Emery, Barlemont, Maubeuge y Binch, y en 18 de junio pusieron sitio á Thionville, ciudad importante en las márgenes del Mosa que defendia á Metz y abria el camino para el ducado de Tréveris. Mil doscientos Españoles formaban su guarnicion, y cuando capitularon despues de un mes de trinchera abierta, de quedar reducidos á una tercera parte y de haber privado al de Enghien de gran número de sus capitanes y soldados, alcanzaron todos los honores de la guerra (22 de agosto). El victorioso caudillo, ocupados algunos pequeños fuertes y rendida la ciudad de Creq, encaminóse á París, donde fué recibido casi en triunfo.

Tales sucesos hicieron que la corte de España reemplazara á don Francisco de Melo con el conde Piccolomini, pero este no se habia encargado aun del mando cuando Españoles é Imperiales vengaron cumplidamente en las llanuras de Tuttlinghen, en la Alsacia, el desastre de Rocroy. El francés Rantzau, que habia invadido aquel territorio con diez y ocho mil hombres, quedó prisionero con todos sus generales y oficiales y perdió cuarenta y siete banderas, veinte y seis estandartes, gran número de muertos y prisioneros y toda su artillería y bagages Esta victoria, que se debió principalmente á la caballería española, mandada por el comisario Juan de Vivero, dió gran superioridad á esta arma sobre la infantería, contra lo que hasta entónces habia sucedido.

Mal paradas habian quedado para Felipe IV las cosas de Cataluña desde la desgraciada batalla de las Horcas; sus tropas soportaban ya apenas la vista del enemigo, y cuando quisieron apoderarse de la villa de Flix, La Motte atacó su campo y púsolas en fuga con pérdida de setecientos hombres, de las banderas y de todo el material de guerra. Decaida la moral de la tropa por falta de buenos jefes, los soldados desertaban por compañías, y todo ello exigia eficacísimo remedio. Para aplicarlo resolvió Felipe marchar á Aragon, y alcanzado de las cortes de Castilla un servicio de veinte y cuatro millones, pagaderos en seis años, llegados los galeones de Méjico y obtenidos soldados de Nápoles, Cerdeña y Andalucía, pudo reforzarse considerablemente el ejército de la frontera catalana, para cuyo mando fué nombrado don Felipe de Silva. La reina quedó encargada del gobierno y Felipe IV se dirigió á Aragon, alojándose en la villa de Fraga, inmediata al teatro de los acaecimientos.

1644 Abrió el de Silva la campaña de 1644 recobrando la plaza de Monzon y poniendo sitio á la de Lérida con un ejército de quince mil hombres (marzo). Acudió al socorro el mariscal La Motte , y empeñado reñidísimo combate , quedó el triunfo por las tropas reales, que ocasionaron á Catalanes y Franceses una pérdida de dos mil muertos y mil quinientos prisioneros y les tomaron artillería y bagages (15 de marzo). Alentados los reales con esta victoria, cercaron riguro-

samente á Lérida, que al fin debió capitular á primeros de agosto, despues de haber esperado en vano el prometido socorro de La Motte, que se habia reforzado en Cervera. Dos dias despues de su rendicion entró en Lérida Felipe IV, quien mostró á sus habitantes grande afecto, y para conciliarse el amor de los Catalanes, juró de nuevo respetar los fueros del Principado. Agramunt, Ager y otras importantes poblaciones de la comarca volvieron á la obediencia del rey. A. de J. C.

Encaminóse La Motte á Tarragona para ponerla sitio y cubrir el desdoro de la reciente derrota con aquella interesante conquista. De Brezé dirigióse al mismo punto con la escuadra despues de haber vencido con gran pérdida á las naves del rey en las aguas de Cartagena, y la plaza se vió embestida por mar y por tierra (agosto). Mandaba en ella el marqués de Toralto, y secundado su ánimo por el de sus soldados y por la buena voluntad de los moradores, que habian tenido noticia de los excesos cometidos por los Franceses en los pueblos del Principado, pudo rechazar los redoblados asaltos de La Motte causándole prodigioso estrago. Don Andrea Cantelmo, que habia sucedido en el mando del ejército á don Felipe de Silva á causa de ciertas intrigas de corte, marchó en auxilio de la plaza sitiada, y al saberlo el mariscal, levantó el sitio (octubre) con gran descontento de la Diputacion, que dirigió contra él severas representaciones á la corte, y logró que esta le llamase para dar cuenta del estado de Cataluña.

La muerte de la reina doña Isabel de Borbon, acaecida en 6 de octubre, con gran llanto y sentimiento de cuantos conocian las buenas prendas que la adornaban, obligó al rey á volver á Madrid, encargando antes de todas veras á sus capitanes que guardasen todo género de atenciones á los habitantes de Cataluña: tal dulzura habia mostrado á los de Lérida, que sin duda le valió mas su viage que la mayor victoria. Poco duró su ausencia; tributados á la memoria de su difunta esposa los últimos deberes, salió otra vez para Aragon y Valencia (marzo de 1645), en cuyos reinos juntó cortes para pedirles auxilios. Ofreciéronle 1645
las de Valencia dos mil hombres pagados y equipados, pero mientras en ambas provincias hacíanse preparativos para la campaña el general Plessis-Praslin se apoderó de Rosas (22 de abril), cuyo gobernador Diego Caballero fué conducido preso á Madrid por sospechas de traicion, y el conde de Harcourt, nombrado virey de Cataluña y recien llegado de Francia con mas de doce mil hombres y un gran tren de artillería, se hizo dueño de Balaguer, destrozando antes una division española á la que hizo perder dos mil hombres. No obstante esta ventaja, Harcourt tuvo que retroceder á Barcelona para castigar con el último suplicio á los autores de una conjuracion encaminada á entregar la ciudad á Felipe IV. Las tropelías de los soldados y cabos franceses, de las cuales se habia quejado repetidas veces la Diputacion á la regente de Francia y la benévola conducta últimamente observada por el rey católico, unido todo con el reciente fallecimiento del odiado conde-duque, empezaban á producir en el país sus naturales efectos. Felipe IV permaneció en Zaragoza hasta los primeros dias de noviembre, en que se disolvieron las cortes aragonesas allí congregadas: en ellas fué reconocido y jurado como sucesor á la corona el príncipe don Baltasar, jurando este á su vez la observancia de las leyes y fueros, y el rey marchó á Madrid para donde habia convocado las cortes de Castilla. Reuniéronse estas en febrero de 1646, y á pe- 1646

A. de J. C sar de la penuria general votaron al rey algunos subsidios, convencidas de los apuros del Estado.

Muertos los dos últimos generales Silva y Cantelmo, el marqués de Leganés fué de nuevo nombrado virey y capitan general de Cataluña, y mientras se preparaba para la campaña el rey salió de Madrid y se encaminó á Pamplona con objeto de que las cortes de Navarra prestaran á su hijo el acostumbrado juramento (mayo), bajando en seguida á Aragon y á Cataluña, donde habian empezado ya las operaciones. Tenia el conde de Harcourt estrechamente cercada á la ciudad de Lérida, que agotadas sus provisiones por seis meses de sitio estaba próxima á venir á capitulacion. En este aprieto el de Leganés recobró gran parte de sus perdidos laureles, pues cayendo de improviso sobre el atrincherado campamento de los Franceses, los dispersó y puso en vergonzosa fuga.

Despues de esta victoria regresó el rey á Zaragoza y allí tuvo el dolor de perder á su hijo único, el príncipe don Baltasar (9 de octubre). Felipe marchó á la corte afligido con este suceso, pero entregándose muy pronto á su antigua vida de placeres y holganza, volvió tambien á descuidar los negocios públicos, á fiarlos del todo á sus ministros y á caer de nuevo bajo el yugo de un valido, que lo fué entonces don Luis de Haro, hijo del marqués del Carpio y sobrino del difunto conde-duque. El recogimiento que manifestara la corte desde la muerte de Isabel de Borbon hizo lugar á las pasadas fiestas y devaneos, y Felipe mostróse muy poco inclinado á hacer la campaña de 1647 como habia hecho las anteriores.

Don Luis de Haro, hombre de condicion apacible, pero de cortos alcances por los que las circunstancias requerian, aplicóse con ardor á buscar recursos para socorrer á los ejércitos españoles que en tantas regiones combatian para sostener el vacilante honor de sus banderas. Francia por su parte tampoco se descuidaba, y el príncipe de Condé, su mejor general, fué enviado á Cataluña para lavar la afrenta de Harcourt delante de Lérida. Condé emprendió nueva-
1647 mente el sitio de esta plaza (mayo de 1647), pero tan bien la defendió su gobernador el portugués Antonio Brito que los Franceses, diezmados por las enfermedades y por las arrojadas salidas de los sitiados, levantaron el cerco y repasaron el Segre (junio), quedando diseminadas las tropas por los lugares inmediatos. El jóven marqués de Aytona, sucesor del de Leganés en el mando de las tropas, avanzó por la comarca de Lérida con mas de quince mil hombres, deseoso de presentar batalla al enemigo en las Borjas, donde tenia su cuartel general; pero un movimiento de Condé sobre Bellpuig le obligó á retroceder y á repasar el Segre perseguido por los Franceses, aunque sin haber medido con ellos sus armas. Pocos eran los progresos de los ejércitos del rey católico en el Principado, y á no ser el cambio que en la opinion y en el espíritu de algunos Catalanes se observaba contra los Franceses, que empezaban á mostrarse tan tiránicos y crueles como antes los Castellanos, nada habria hecho prever el próximo restablecimiento de la autoridad del rey de España.

Habia continuado en las fronteras de Portugal la guerra de recíprocas incursiones, y hasta el año de 1644 no puede decirse que hubiera verdadera campaña por aquella parte. Las fuerzas portuguesas, contando los auxiliares franceses y holandeses, ascendian á doce mil hombres, con los cuales su general Matías

de Alburquerque tomó las villas de Montijo y Membrillo, amenazó á Badajoz, taló campiñas y se dirigió al encuentro del marqués de Torrecusa, que con siete mil hombres hacia lo mismo en territorio de Portugal. Ambos ejércitos vinieron á las manos en las cercanías de Montijo (junio de 1644), y si bien los Españoles se apoderaron de la artillería y de los bagages del enemigo, quedaron tan destrozados como este, por lo cual ambas partes se atribuyeron las victoria. El marqués de Leganés, sucesor de Torrecusa en el mando por haber pasado este al gobierno de Milan, taló con quince mil hombres las cercanías de Olivenza y de Villaviciosa (octubre), y se apoderó de la plaza de Telena, pero tuvo que retroceder á Badajoz, cuya comarca devastaba el enemigo á las órdenes de Castel-Melhor. El baron de Molinghen, de nacion flamenco, sucedió á Leganés trasladado al vireinato de Cataluña, y en las campañas de 1646 y 1647 se limitó á detener las excursiones de los Portugueses contra Badajoz y á causar daños á los pueblos fronterizos.

Habia seguido débilmente la guerra en Italia en 1644, pero en el siguiente año se encendió de nuevo y las armas españolas parecieron despedir un destello de su antigua gloria. Con una armada al mando de Brezé y con un ejército acaudillado por el príncipe Tomás, los Franceses habian caido sobre Toscana y puesto sitio á Orvitello, pero la escuadra española destrozó á la francesa con muerte de su almirante, y una salida que de aquella plaza hizo el valeroso Carlos de la Gatta mientras acudian á su socorro las tropas del virey de Nápoles, desconcertó enteramente á los sitiadores y los obligó á levantar el sitio perdida la mitad de la gente. Otra expedicion intentaron los Franceses contra la isla de Elba, se apoderaron despues de Piombino y de Portolongone, y luego desembarcaron cinco mil hombres en las tierras del duque de Módena Francisco I que acababa de abandonar á España para celebrar con ellos alianza. Acometiéronlos los Españoles al mando del condestable de Castilla y del marqués de Serra cerca de Bozolo, y en una encarnizada batalla los derrotaron completamente (1646).

La obra de los reyes católicos, de Carlos I y de Felipe II parecia estar en vísperas de su destruccion, y aquellas diversas partes con tanto tiempo y afanes agregadas para formar el gran imperio de España próximas á separarse para vivir otra vez independientes entre sí. A los alzamientos de los Paises Bajos, de Portugal, de Cataluña, hemos de añadir ahora otras dos sublevaciones en la península de Italia, en Sicilia y en Nápoles, por las causas y con el resultado que vamos á explicar.

Por aquel tiempo contaba la isla de Sicilia un millon de habitantes mas dados á la agricultura que al comercio; las leyes y fueros de que gozaban, concedidos y confirmados por los antiguos reyes de Aragon y respetados por los primeros soberanos de la causa austriaca, fueron violados por el gobierno de Felipe IV, que no sabia á donde acudir para atender á sus urgencias, y desconocidos tributos y derramas habian sembrado el descontento entre los moradores. La extraordinaria sequía que afligió á la isla junto con las levas forzosas que se hicieron cuando las últimas expediciones de los Franceses acabaron de consternarla, y el marqués de los Velez que la gobernaba creyó evitar el mal y satisfacer los clamores de tantos infelices acosados del hambre, prohibiendo á los panaderos subir el precio del pan bajo pena de muerte. En breve hubo de ser derogado este de-

creto, que solo sirvió para aumentar la miseria, y creciendo la escasez de dia en dia y no permaneciendo inactivos los agentes de Francia, sublevóse el pueblo de Palermo á la voz de cierto calderero llamado José Alesio, y pegó fuego á las casas habitadas por los agentes del virey (1647). Puestos en libertad los presos, que eran mas de ochocientos, se agregaron á la muchedumbre amotinada y la capital de Sicilia hubo de sufrir por espacio de tres dias todos los horrores de la anarquía. El de los Velez, refugiado en las galeras, ni siquiera intentaba remediar el desórden, mas por fin abolió las nuevas gabelas, devolvió al pueblo el derecho de elegir sus magistrados y dió una amnistía general á cuantos habian tomado parte en el levantamiento. Los alzados no se satisfacieron con estas condiciones, y Alesio, alentado por la proximidad de una escuadra francesa, pidió la abolicion de todos los tributos establecidos desde la muerte de Carlos I, la exclusion de los Españoles de los empleos públicos y el restablecimiento de los Sicilianos en sus antiguos privilegios. La insurreccion cundió rápidamente por las principales ciudades de la isla, y solo Mesina, por la rivalidad que entre ella y Palermo existia, se mantuvo fiel á la dominacion antigua. Esto no obstante, privado el movimiento de la cooperacion de la clase noble, cuyas familias, oriundas en gran parte de Cataluña, se conservaron leales, no tardó en ir perdiendo su importancia; las promesas del virey adormecieron poco á poco el resentimiento público, y la isla quedó de nuevo sometida.

Tambien era muy vivo el descontento en el reino de Nápoles, cuyos últimos vireyes, si exceptuamos al almirante de Castilla, participando de la corrupcion de la corte, no habian tratado á aquel pueblo como merecian sus redoblados é importantes servicios. Los empleos públicos se vendian casi públicamente, la corrupcion se extendia á todos los ramos administrativos, y la miseria y la opresion se habian hecho generales. No faltaron aquí tampoco las excitaciones de Francia, y un nuevo tributo impuesto sobre el consumo de la fruta por el virey duque de Arcos, hombre probo, pero duro y tenaz, acabó de llevar á su colmo la exasperacion que se tradúcia ya en quejas, pasquines y alborotos. En 7 de julio de 1647 una reyerta empeñada en la plaza del mercado entre los vendedores y los arrendadores de la gabela fué la chispa que produjo el incendio. Un pescador de Amalfi, llamado Tomás Aniello y por el pueblo Masaniello, jóven de veinte y siete años, fogoso y audaz, irritado por haber tenido que vender su pobre haber para librar de la cárcel á su esposa, que quiso introducir fraudulentamente un poco de harina, púsose á la cabeza del pueblo, cargó contra los soldados, y á los gritos de *¡Viva Dios! ¡Viva la Virgen del Cármen! ¡Viva el rey! ¡Muera el mal gobierno!* pegó fuego á las barracas de los recaudadores, desarmó á los guardias, destrozó á los Españoles que habia en la plaza é invadió el palacio del virey. Turbado y confuso este prometió cuanto se quiso, y mientras se refugiaba en el Castillo Nuevo, las turbas paseaban triunfalmente á Masaniello por las calles de la ciudad, abrian las cárceles, despojaban las armerías, batíanse en algunos puntos con las guardias españolas y alemanas y quedaban dueños de la capital, siempre á los gritos de *¡Viva el rey!* sin que en la anarquía que de ello resultó en los primeros momentos se cometiese desman alguno contra los bienes particulares, pues se prohibió el robo bajo pena de muerte.

El doctor Julio Genovino, anciano ardiente y hábil, que se distinguia por

sus opiniones avanzadas y al cual profesaba el pueblo gran respeto, empezó á dar mas direccion al movimiento, y entabladas negociaciones con el virey por mediacion del arzobispo Filomarino, al cabo de cinco dias de contínuas alarmas y de incesantes alborotos en la ciudad, donde habia mas de cien mil hombres armados, el duque de Arcos consintió en todas las peticiones. Fueron estas la confirmacion de los privilegios que concediera á los Napolitanos el emperador Carlos V, la abolicion de todas las gabelas establecidas desde el tiempo del rey don Fadrique y una amnistía general para cuantos habian tomado parte en el alzamiento. El virey y Masaniello salieron al balcon de palacio, y se abrazaron con muestras de gran afecto; la vireina acogió tambien con mucha distincion á la muger del pescador. mas no por esto se restableció el órden ni la tranquilidad. El pueblo permaneció armado: Masaniello sentó su cuartel general y su tribunal de justicia en el mercado, y las turbas, como no lo hicieran en los dias pasados. se saciaron de sangre y de incendio entregándose con frenética furia á todo género de excesos. El sábado 13 hízose solemnemente la jura de los nuevos privilegios y concesiones, asistiendo con gran pompa á la ceremonia Masaniello y el Electo del pueblo, Genovino; pero aquel lujo, aquel poder, aquellos honores desvanecieron al infeliz pescador, y desde aquel dia empezó á mostrarse tirano desatentado y sediento de oro. Presa de sombríos pensamientos, expedia las órdenes mas extrañas y crueles, y el pueblo trocó en aborrecimiento el amor que antes le profesara. Complacíase el duque de Arcos al ver la progresiva demencia del jefe popular y el aislamiento en que le dejaban sus antiguos amigos, y en 16 de julio fué aquel sorprendido y muerto en un convento por una cuadrilla de asesinos que algunos suponen pagados por el virey. El populacho arrastró su cadáver por las calles con gritos de alborozo, y el duque que creyó terminada la insurreccion, despachó correos á Madrid, á Roma, á Milan y á Palermo para que llevaran la feliz noticia. Sin embargo, inconstante y versátil aquel pueblo entre todos, al dia siguiente comenzó á lastimarse de la muerte del pescador como de una gran calamidad; tributó á su cadáver toda clase de honores y hasta llegó á propalar voces de su resurreccion adorándole como santo.

El duque de Arcos no supo ó no pudo aprovechar aquellas circunstancias para restablecer de un modo firme su autoridad, y los desórdenes fueron tomando mayor gravedad. Las turbas se arrojaron un dia sobre varios puestos militares, atacaron el palacio, hicieron horrible matanza de Españoles, Alemanes y nobles napolitanos, y otra vez hubo el virey de refugiarse en el Castillo Nuevo, contra el cual se dirigieron baterías. Otras ciudades del reino imitaron el ejemplo de la capital, y el marqués de Toralto, príncipe de Massa, fué aclamado jefe del movimiento, puesto que aceptó no de buen grado, ya por librar á su esposa, que se hallaba en poder de los sublevados, ya para cortar mejor la sublevacion poniéndose á su cabeza, ya por otras causas que se ignoran. Habíase roto el fuego entre la ciudad y los castillos cuando en 1.° de octubre fondeó en el puerto la armada española á las órdenes del hijo natural de Felipe IV, don Juan de Austria, nombrado aquel mismo año generalísimo de las fuerzas navales. Inútiles fueron los esfuerzos del príncipe de Massa para reducir á los sublevados á la sumision, y en 5 de octubre la artillería de los fuertes y de los buques empezó de nuevo á disparar contra la ciudad mientras desembarcaban los cuatro mil hom-

A. de J. C bres que iban en las galeras procedentes del ejército de Cataluña. Los Napolitanos, excitados por agentes franceses y reforzados por las compañías de los pueblos comarcanos, opusieron en las casas y en las calles obstinada resistencia, y el combate encarnizado y mortal continuó por espacio de muchos dias. Mas de doce mil hombres del pueblo habian perecido; dos mil casas habian sido derribadas por el incesante cañoneo de los fuertes, y el marqués de Toralto acabó por ser sacrificado á la ira popular, acusado de hacer traicion á su causa. Genaro Annese, maestro arcabucero, fué elevado al mando supremo (22 de octubre), y como la lucha terminó con ventaja de los sublevados, teniendo los Españoles que retirarse á los castillos, los Napolitanos se declararon independientes del gobierno de Felipe, proclamaron la república, borraron las armas de España de todos los edificios públicos, y en las monedas acuñadas con la plata de las iglesias grabaron en el anverso la imágen de Nuestra Señora del Cármen y en el reverso un caballo sin freno como símbolo de libertad. Invitaron á las provincias á imitar á la capital, á nombrar diputados y á enviarlos á Nápoles, mas al tiempo que esto sucedia los nobles habian ya formado en la campiña una corta pero decidida hueste al mando del general Tuttavilla, que derrotando á las partidas sublevadas, fué estrechando á los de la ciudad hasta reducirlos á graves aprietos.

Los que en ella mantenian viva la insurreccion conocieron la necesidad de un jefe que juntase al valor y á los conocimientos militares el esplendor de un nombre ilustre, y fijaron sus miradas en Enrique de Lorena, duque de Guisa, que, como descendiente de Renato de Anjou, podia alegar pretensiones á la corona de Nápoles. El duque se hallaba en Roma, y recibido que hubo á los enviados de Nápoles, embarcóse autorizado por el embajador de Francia, y llegó á la alzada ciudad á través de mil peligros. Recibióle el pueblo con transportes de entusiasmo, y además de los títulos de defensor de la libertad y de generalísimo de los ejércitos de mar y tierra bajo la proteccion del rey de Francia, invistióle de las prerogativas de que gozaba en Holanda el príncipe de Orange, pues los Napolitanos se habian propuesto las Provincias Unidas como modelo de su gobierno (noviembre). El duque procuró organizar la insurreccion: publicó una amnistía general para los nobles que se adhirieran á la causa del pueblo; prometió dos ducados de recompensa á cuantos soldados italianos abandonasen las banderas españolas, y saliendo luego á campaña para que no decayese el ánimo de los suyos, arrojó á los Españoles de un arrabal que ocupaban, se apoderó de
1648 Aversa (5 de enero de 1648), de Nola y de Avellino, y extendió la insurreccion á las provincias de Salerno y la Basilicata. A ayudar eficazmente el gobierno de Francia al nuevo soberano de Nápoles es seguro que habria puesto en grave apuro á Felipe IV que quizás hubiera visto desprenderse tambien aquel floron de su corona, pero el nombre de Guisa inspiraba mucha desconfianza á los ministros de Luis XIV, y cuando el duque de Richelieu se presentó en la bahía de Nápoles con treinta y nueve navíos, once brulotes y veinte galeras, rehusó el combate que le ofrecieron los Españoles, no llevó á Enrique municiones ni víveres, segun sus instrucciones solo negoció con Genaro Annese, debilitando así el prestigio del gobierno del duque, y se volvió á las costas de Francia sin haber realizado cosa de provecho. Gran consternacion causó este suceso entre el pueblo, que cifraba todas sus esperanzas en el auxilio de Francia por la que habia sido empujado al levan-

tamiento, y desde entonces empezó á mirar con desvío al de Guisa, cuyas licenciosas costumbres y presuntuosa arrogancia no eran á propósito para granjearle el afecto popular.

Fomentaba el duque de Arcos el descontento, presagio de una saludable reaccion, pero como tambien habia disidencias y disgustos entre los nobles que seguian su voz, don Juan de Austria, usando de los poderes que el rey le confiara, tomó sobre sí el vireinato despues de oir en consejo á los principales capitanes. El gabinete de Madrid, sin reprender á don Juan por lo que hiciera, nombró virey al conde de Oñate, embajador entonces en Roma, hombre de largos y acreditados servicios, quien se apresuró á dirigirse al lugar de su gobierno. Varias veces habian llegado á combate Españoles y Napolitanos, casi siempre con buena fortuna de don Juan de Austria, y unas galeras españolas apoderáronse por aquel tiempo de la isla de Nísida, situada á poca distancia del promontorio de Posilippo. Imprevisor el de Guisa se embarcó con cinco mil hombres de sus mejores tropas para reconquistarla, y el de Oñate, aprovechando su ausencia, dispuso un ataque general y simultáneo contra la ciudad, abandonada á sus propias fuerzas. Las disciplinadas tropas acaudilladas por el marqués de Torrecusa, Carlos de la Gatta, el marqués de Peñalba y otros buenos capitanes solo hallaron por enemigos á las armadas turbas, de quienes se apoderó fácilmente la confusion y el terror; la generalidad del vecindario, cansado de luchas y violencias, se les mostró propicio y las recibió con los gritos de ¡*viva España*! así es que en vano se resistieron en algunos puntos aislados los caudillos populares, y principalmente Genaro Annese en el torreon del Cármen. La ciudad quedó sometida al de Oñate (marzo), y siguiendo las provincias el ejemplo restablecióse en todo el reino la dominacion antigua. Severo el virey ejecutó numerosos suplicios entre los que fueron cogidos con las armas en la mano, y como á ellos siguieron nuevas conjuras para asesinarle y ofrecer la corona de aquel reino á don Juan de Austria, sucediéronse otras ejecuciones que por mucho tiempo llenaron de luto la hermosa ciudad de Nápoles (1).

Enrique de Guisa, cuyas tropas se dispersaron al saber lo acaecido en la capital, fué alcanzado y preso cerca de Capua (6 de abril); por mediacion de don Juan de Austria se libró de la pena de muerte que queria imponerle el conde de Oñate, y fué enviado á España y encerrado en el alcázar de Segovia. La armada francesa intentó hacer un tardío esfuerzo por la causa del duque, pero fué ahuyentada por la española con pérdida de seis gruesas naves; y recobradas por don Juan de Austria las plazas de Piombino y Portolongone, el reino de Nápoles se libró de la peligrosa vecindad de los Franceses, y en todo él volvió á reinar la quietud pasada.

No andaban tan bien para España las cosas de los Paises Bajos; al contrario, allí experimentó los mayores desastres, y aquellas apartadas provincias, campo de batalla elegido con preferencia por la Francia, continuaron devorando los regimientos y el oro de la Península. Despues de la derrota de Tuttlinghen

(1) Para la explicacion de estos sucesos hemos tenido principalmente á la vista la obra que, fundado en muchas y excelentes autoridades, ha escrito don Angel Saavedra, duque de Ribas, con el título de *Masaniello ó la sublevacion de Nápoles*, Madrid, 1848.

Mazarini se habia apresurado á estrechar su alianza y á unir sus fuerzas con los Holandeses celebrando con ellos á nombre de Luis XIV un nuevo pacto de union (1644); al propio tiempo confió el mando del ejército al duque de Orleans en reemplazo del príncipe de Condé, y saliendo á campaña el nuevo caudillo con los mariscales La Meylleraie, Gassion y Rantzau, puso sitio á la plaza de Gravelinas, que su gobernador Fernando de Solís hubo de rendir despues de dos meses de cerco, sin que pudieran auxiliarle Melo ni Piccolomini, que por aquel tiempo llegó á Flandes. Philipsburgo y Maguncia, Rebus y Hennuyen cayeron tambien en poder de los Franceses, y en tanto el príncipe de Orange se apoderaba del importante aunque pequeño punto de Saxo de Gante, que abria la puerta á todo el territorio del Brabante. En 1645 entró el duque de Orleans en la Flandes marítima y tomó á los Españoles las ciudades de Mardyck, de Linck, de Bourbourg, de Cassel y de Bethune, mientras que Turena y Condé ganaban en Alemania la batalla campal de Nordlinghen. Las plazas de Waudreval y de Armentières y otras varias pasaron al poder del enemigo, y el duque de Lorena, auxiliar de los Españoles, si bien derrotó á los Holandeses que acudian en apoyo del ejército francés, perdió la plaza de La Motte. Los Españoles tomaron la de Montcassell y reconquistaron la de Mardyck y algunos pequeños fuertes, con lo que se hubiera equilibrado la campaña si en Rouest y Alsing no hubiese sido sorprendida una division española, mandada por el duque de Lorena y el conde de Fuensaldaña, con pérdida de ocho estandartes, diez y nueve banderas, mil doscientos caballos y seiscientos prisioneros. El duque de Orleans, que contaba con treinta mil hombres para luchar con los veinte y cinco mil que tenian en Flandes Españoles é Imperiales, abrió la campaña de 1646 cayendo sobre la plaza de Courtray, que hubo de abrir sus puertas despues de una gloriosa defensa. Invadiendo de nuevo la Flandes marítima, ocupó á Bergues-Saint-Winox y reconquistó á Mardyck, hecho lo cual volvió á París y dejó el mando al príncipe de Condé. Inactivos en tanto los Españoles dejaron que el nuevo caudillo se apoderara de Furnes y pusiera sitio á la importante plaza de Dunkerque, la llave de Flandes; inútiles fueron entonces los esfuerzos de Piccolomini para socorrer á los sitiados; el mariscal Gassion le obligó á retroceder, y la guarnicion tuvo que rendirse (7 de octubre). El de Lorena perdió la plaza de Logwi, la única que de sus estados le quedaba.

No estrechaba tanto la guerra al emperador Fernando III, así es que se avino á celebrar con España un nuevo pacto de alianza por el cual habia de enviar á los Paises Bajos numerosas tropas auxiliares, exigiendo como condicion precisa, la que fué admitida por los ministros españoles, que se confiara aquel gobierno al archiduque Leopoldo con las mismas facultades que habian tenido el archiduque Alberto y el infante don Fernando. Intimas siempre las relaciones entre ambas ramas de la casa de Austria, eran entonces muy cordiales, así por pelear ambas por una misma causa, como porque Felipe IV, instado por las cortes de Castilla para que contrajera nuevo enlace, habia elegido por esposa á la archiduquesa Mariana, hija del emperador, con el cual quedaron acordadas las capitulaciones en abril de 1647. Para hacer frente á la nueva alianza, Mazarini celebró otro tratado de confederacion con la reina de Suecia, el elector de Colonia, el príncipe Maximiliano Enrique y otros príncipes.

El archiduque Leopoldo dió comienzo á sus operaciones con la reconquista de Armentières (mayo de 1647) y la ocupacion de Landrecy, de Comines y de otras fortalezas, mientras que los Franceses se apoderaban de Basee, de Kenoque, de la Esclusa y de Lens (julio y agosto), frustraban la tentativa que el archiduque hizo sobre Courtray y entraban en Dixmuda, plaza que recobró despues el archiduque. Este era el modo de guerrear de aquel tiempo en que, sin resultado decisivo, una misma plaza era con frecuencia ganada, perdida y recobrada durante una misma campaña. La de 1648 tampoco fué ventajosa para los Españoles: el príncipe de Condé hízose dueño de Iprés (mayo), y en las alturas de Lens dió una batalla al archiduque; este se creia ya victorioso, pues llevaba arrollado á gran parte del ejército francés, cuando el príncipe con hábil maniobra volvió sobre el ala izquierda, que marchaba en desórden, y convirtió en triunfo el pasado vencimiento. El general Beck fué herido de muerte; el príncipe de Ligne, que mandaba la caballería española, fué hecho prisionero con muchos maestres de campo y mas de cinco mil soldados; tres mil muertos quedaron en el campo, y la artillería y los bagajes pasaron á poder de los vencedores. El desastre fué completo. Al tiempo que esto sucedia, Turena, unido á los Suecos, vencia á los Imperiales en Sommershausen, abriendo así toda la Baviera á los estragos de sus tropas, y no se necesitó mas para que Fernando y Felipe se convencieran de la necesidad de terminar la guerra.

Tiempo hacia, hemos dicho antes, que de la paz se trataba en los gabinetes de Europa, y aunque rechazada la mediacion del papa, de Venecia y de los soberanos de Dinamarca, de Polonia y de Inglaterra, habíanse abierto conferencias desde 1644 en Osnabruck y en Munster, concurriendo al primero de dichos puntos los enviados del emperador, los de los príncipes alemanes y los de Suecia, y al segundo los embajadores de Fernando, los de España, los de Francia y de otras potencias, todo para evitar cuestiones de preeminencia entre Suecia y Francia. Don Diego de Saavedra Fajardo fué hasta 1646 el plenipotenciario de España, sucediéndole en aquella fecha el conde de Peñaranda don Gaspar de Bracamonte, fray José de Bergaño, arzobispo cameracense, y Antonio Brun, del consejo de Flandes. El regente de la audiencia de Barcelona Francisco Fontanella asistia entre los enviados franceses en representacion de Cataluña, que andaba alarmada por aquellas negociaciones, temerosa de verse abandonada sin amparo á merced de Felipe, y mas que todo de que se apartaran del territorio del Principado el condado de Rosellon, segun así se temia de las intenciones de Francia y de la aquiescencia que á esto se suponia por parte del rey católico. En efecto, proponia este que la Francia retuviese los condados de Artois y del Rosellon con tal que devolviera á España todas sus conquistas y entre ellas Cataluña, pero no se avenia á esto Mazarini, que exigia la cesion completa de los Paises Bajos, del Franco-Condado y del Rosellon. Evidente era que no habian de llegar á un acuerdo persistiendo en tan diferentes pretensiones, y además los ministros españoles, que veian cargarse poco á poco el horizonte político de Francia y presagiaban en aquel reino próximos disturbios, tampoco se manifestaban muy solícitos para orillar la cuestion, esperando poder tomar venganza de los auxilios que prestara Luis XIV á Holandeses, Portugueses, Catalanes, Venecianos y Napolitanos. No sucedia lo mismo á los plenipotenciarios del emperador al tratar de las cau-

sas que habian motivado aquella guerra, ni tampoco á Españoles y Holandeses en el arreglo de las contiendas que los dividian. Infinitas fueron las dificultades y complicaciones que entorpecieron y alargaron las conferencias, y ellas solas merecerian ser tratadas en una obra especial si se quisiera desmenuzar y explicar en todas sus faces el espíritu que animaba á los varios gabinetes que intervenian en las mismas. No puede ser este, sin embargo, el objeto de nuestra obra, así es que hemos de limitarnos á decir el resultado que tuvieron. Sin saberlo Mazarini, que concibió por ello violento enojo, Holanda hizo paz con España, la que consintió en reconocerla como estado libre é independiente, dejando además á sus antiguos súbditos el norte de Brabante, Flandes y Limburgo con las plazas fuertes de Maestricht, Bois-le-Duc, Berg-op-Zoom y Breda; consintió tambien en que se cerrara el Escalda, es decir en la ruina del comercio de Amberes, y declaróse libre para entrambas naciones el comercio de las Indias Orientales y Occidentales. Así terminó la encarnizada contienda inaugurada en tiempo de Felipe II, despues de ochenta años de combates (1).

Las negociaciones generales seguian su curso, y precipitadas por los últimos sucesos de la guerra, dieron por resultado en 24 de octubre de 1648 el famoso tratado de Munster ó de Westfalia, que puso fin á la guerra de *Treinta años* entre el imperio y las naciones que contra él habian guerreado. Sus principales disposiciones fueron: 1.° la paz de Passau y la de Augsburgo quedan confirmadas y extendidas á los calvinistas; 2.° la soberanía de los varios estados alemanes en la extension de su territorio es sancionada, lo mismo que sus derechos en las dietas generales del imperio, derechos garantidos en el interior por la composicion de la Cámara imperial y del Consejo áulico, en que católicos y protestantes entrarian en número igual, y en el exterior por la mediacion de Francia y Suecia; 3.° se conceden indemnizaciones á varios estados, y para formarlas se secularizan muchos bienes eclesiásticos; Francia obtiene la Alsacia, los Tres Obispados, Philipsburgo y Pignerol, llaves de Alemania y del Piamonte; Suecia, parte de la Pomerania, Brema, Werden, Wismar, etc., tres votos en las dietas del imperio y cinco millones de escudos; 4.° el hijo de Federico V recobra el bajo Palatinado del Rhin, y se crea en su favor una octava dignidad electoral: el alto Palatinado queda á la Baviera; 5.° las Provincias Unidas son reconocidas independientes de España, y las mismas y los cantones suizos lo son del imperio germánico.

Este fué el tratado que la necesidad impuso al imperio y á la monarquía de España; por él logróse uno de los principales objetos de la política francesa, esto es separar los intereses de las dos ramas de la casa austriaca, y así perdió España gran parte de su influjo en los negocios de Alemania, abriéndose la puerta al de otras naciones extrangeras. Él borró hasta la última huella del poder imperial, dió á Alemania su organizacion moderna, y fué además síntoma visible

---

(1) Durante algun tiempo España conservó sobre Holanda la superioridad de pabellon; en los encuentros por mar los buques españoles contestaban con igual número de cañonazos, pero los Holandeses arriaban bandera y los Españoles no tocaban á la suya. Sin embargo, en 1665, pocos dias antes de morir Felipe IV, se estipuló por ambos gobiernos que en los encuentros marítimos Españoles y Holandeses arriarian bandera á un tiempo y que en adelante todo seria igual entre ambas naciones.

de haber perdido la santa sede mucho de su ascendiente moral en los asuntos europeos. Desde entonces quiso excluirse de los negocios del estado y del movimiento político toda tendencia, toda direccion eclesiástica, y por esto. por la secularizacion de obispados y abadías sin consentimiento del pontífice y por todas las estipulaciones perjudiciales á la Iglesia Inocencio X negóse á reconocer varios artículos del tratado y protestó solemnemente contra ellos. La paz de Westfalia fué el principio de un nuevo giro dado á los asuntos de Europa, pero España, que no pudo ni quiso consentir en las humillantes condiciones exigidas por el gobierno de Francia, no disfrutó siquiera de la ventaja material que el convenio le habria reportado, esto es el ahorro de sangre y de dinero para atender á sus negocios interiores. por desgracia tan complicados, y ella y Francia continuaron encontrándose como enemigas en los campos de batalla.

CAPÍTULO XIV.

Toman los Franceses á Tortosa.—Amortíguase la guerra en Cataluña.—Sucesos de Francia.—*La Fronde*.—Conquistas de los Españoles en Flandes —Tumultos en París.—Condé pasa al servicio de España.—Don Juan de Austria gobernador de los Paises Bajos.—Su campaña.—Guerra en Italia.—Guerra en Cataluña.—Aumenta en el Principado el partido español.—El duque de Vendome virey de Cataluña.—Las tropas reales recobran á Tortosa.—Sitio de Barcelona.—Su capitulacion.—Confirma el rey las leyes y fueros del Principado.—Sumision de Cataluña.—Los Franceses y algunos Catalanes continuan la guerra.—Sitio de Gerona.—Toma de Puigcerdá.—Conspiracion contra la vida de Felipe IV para reunir las coronas de España y Portugal.—Guerra en las fronteras de este reino.—Muerte de don Juan IV.—Toma de Olivenza.—Sitio de Badajoz.—Sitio de Elvas.—Derrotà de los Españoles.—Revolucion de Inglaterra.—Suplicio de Carlos I.—El Protector Cromwell se declara enemigo de España.—Los Ingleses invaden la Jamaica.—Guerra de Flandes.—Reveses.—Sitio de Dunkerque.—Derrota de las Dunas —El archiduque Segismundo gobernador de Flandes.—Operaciones en Italia.—El marqués de Mortara virey de Cataluña.—Batalla del Ter.—Negociaciones para la paz.—Nacimiento del príncipe Felipe Próspero.—Conferencias en la isla de los Faisanes.—Paz de los Pirineos.

Desde el año 1648 hasta el 1659.

La campaña de 1648 en Lombardía y en Cataluña tampoco habia sido ventajosa á España. En las márgenes del Po nuestras tropas habian sufrido una derrota en que perdieron dos mil hombres, y Cremona estuvo á punto de caer en manos de los Franceses victoriosos. En el Principado, el cardenal de Santa Cecilia, arzobispo de Aix, habia sucedido en el vireinato al príncipe de Condé, y en junio fué reemplazado por el mariscal Schomberg, duque de Halluin, quien desde su llegada quiso comunicar nuevo brio á las amortiguadas operaciones de la guerra. Marchó, pues, con numerosas tropas contra la ciudad de Tortosa, á la que sitiaba ya débilmente M. de Marsin, y á pesar de la tenaz resistencia de la guarnicion, secundada por los moradores que sabian las tropelías de los Franceses, la entró por asalto y la entregó al saqueo, sin que don Francisco Melo, que guerreaba entonces en aquella frontera, llegase oportunamente á socorrerla (junio). Pocos meses despues el mariscal Schomberg salió para Francia, y mientras se esperaba al nuevo virey y capitan general el duque de Mercour y de Vendome, hizo sus veces el gobernador del Principado don José de Viure y Margarit, sin que en todo aquel año hubiese encuentros de importancia entre las tropas de una y otra parte, aun cuando las reales entraron en Montblanch, Constantí, Salou y otros puntos. Los disturbios que, segun se previera, dividian ya á la corte y á la nacion francesa, no dejaban á Mazarini fuerza suficiente para continuar la guerra con España y proteger á Cataluña.

La obra de Richelieu parecia haber de ser destruida por la minoridad de Luis XIV, y desde que Francia no sintió pesar sobre ella la poderosa y despótica mano del gran cardenal, los elementos todos de agitacion que él contuviera empezaron de nuevo á manifestarse. Ni el parlamento, ni los nobles, ni el gran Condé, ni el hermano de Luis XIII estaban dispuestos á obedecer á una reina española y á un ministro italiano; el pueblo, agobiado de tributos, ayudaba al descontento de muchos, y entonces empezó en París una segunda parte de la Liga, pero como todas las segundas partes, inferior y parodia de la primera. Llamósela *la Fronde* (1); y como aquella, tuvo sus barricadas, su duque de Guisa en el coadjutor, despues cardenal de Retz, y llegó en mas de una ocasion á poner á la reina y al ministro al borde de su ruina. Desde las primeras asonadas prometió Felipe IV socorros á los descontentos, y la princesa de Condé, los duques de Bouillon, la Force, Saint-Simon y la Rochefoucault fundaban toda su esperanza en los tesoros del Perú, que creian inagotables. Sin embargo, no entraba en la política de don Luis de Haro dar á los *Frondeurs* tales auxilios que les asegurase un inmediato triunfo; su objeto era únicamente fomentar las disensiones, y prevalido de ellas tomar de nuevo la ofensiva, no para aventurar sus tropas en el interior de Francia, temeroso de reunir todos los partidos contra el enemigo comun, sino para recobrar las plazas conquistadas por los Franceses en los Paises Bajos, en Cataluña y en Italia durante el ministerio de Richelieu y los primeros años de la regencia de Ana de Austria. Buenos efectos produjo en un principio esta política, y mientras el parlamento expulsaba de París á la corte y al ministro, el archiduque Leopoldo, aliado con los descontentos, recobraba en Flandes las plazas de Saint-Venant, Ipres y La Motteaux-Bois (1649). 1649
El conde de Harcourt hubo de levantar el cerco de Cambray, y aun cuando conquistó algunas fortalezas, podia decirse que las armas españolas volvian á señorear en el país, manifestándose otra vez temibles como en las campañas pasadas.

Estos sucesos producen una momentánea reconciliacion entre los descontentos y la corte de Francia, pero la prision del príncipe de Condé excita una sublevacion general: el cardenal de Retz queda dueño de París, el vizconde de Turena se une á los Españoles, y Mazarini se ve obligado á abandonar el reino (1650). 1650
Las tropas del rey combaten con las de los príncipes en las inmediaciones de Burdeos, y en tanto el archiduque Leopoldo, Carlos de Lorena y el mariscal Turena se adelantan, amenazan á París y empeñan cerca de Rethel una batalla con el mariscal Plessis, en la que ambas partes se atribuyen la victoria.

Sin embargo, en aquella lucha de ambiciones é intereses, los héroes y los políticos, Condé y el cardenal de Retz fueron vencidos y la victoria quedó por el cardenal Mazarini, pues nada bastaba ya á contrastar el poderoso nombre del monarca. Turena, arrepentido de su anterior conducta, sometióse á Luis XIV, que por aquel tiempo habia sido declarado de mayor edad; Mazarini volvió á la corte

---

(1) Diósele este nombre por haber comparado cierto dia el consejero Bachaumont la conducta de los descontentos á las peleas que sostenian con honda los muchachos de París. La expresion fué acogida con entusiasmo, y desde entonces no se llamó á los enemigos de Mazarini sino con el nombre de *frondeurs*, honderos.

A de J. C 1651 y al gobierno apoyado en el favor de la reina Ana (1651), y en el arrabal de San Antonio dióse sangrienta batalla en que el triunfo quedó por los descontentos. El duque de Orleans es nombrado lugarteniente general del reino y el príncipe de Condé generalísimo de los ejércitos; sin embargo, una inmediata reaccion siguió á estos sucesos: los Parisienses, fatigados de guerras, solicitaron la vuelta del rey; Luis XIV concedió una amnistía general, y al mismo tiempo que hacia su solemne entrada en la capital, el de Condé echóse en brazos de los Españoles y emigró á Flandes arrastrando en su defeccion á los regimientos levantados en su nombre, en el de su hermano y en el de su hijo, á los de Mlle. de Montpensier y á una parte de los del duque de Orleans, y siguiéndole á su des-
1652 tierro para secundar sus proyectos gran parte de la nobleza (1652). El rey católico aprovechó con ansia la excelente ocasion que se le ofrecia para vengar sus agravios, y al propio tiempo que el archiduque Leopoldo reconquistaba las importantes ciudades de Gravelinas, Mardyck y Dunkerque, partió de San Sebastian una escuadra de diez y siete naves y desembarcó gente de armas en Burdeos, á la que tenian sitiada las tropas de Luis XIV. Muchos meses duró el cerco, mas al fin llegó el hambre á tanto que Españoles y *Frondeurs* hubieron de rendir la ciudad al duque de Vendome, que habia alejado ya de aquellas aguas á los navios españoles. El archiduque, unido con Condé nombrado por Felipe IV generalísimo de los ejércitos con muchos honores y preeminencias, se apoderó
1653 de Rethel, de Mouzou, de Rocroy, de Bar-le-Duc y de otras plazas (1653).

No reinaba gran armonía entre los generales de Felipe, y sospechábase que el veleidoso Carlos de Lorena andaba en tratos con el enemigo; por esto en fe-
1654 brero de 1654 prendióle el archiduque en el palacio de Bruselas y de allí fué traido al alcázar de Toledo, donde permaneció hasta la celebracion de la paz. A la misma causa y á la presencia de Luis XIV entre sus tropas debióse sin duda el mal éxito de las operaciones de aquel año, á que el archiduque, Condé y Fuensaldaña dieron principio poniendo cerco á la plaza de Arras con doce mil infantes y diez mil caballos (julio). Turena y La Ferté acudieron al socorro con diez y ocho mil hombres, y forzadas las líneas españolas el archiduque hubo de retirarse con algunas tropas á Douay, Fuensaldaña á Valenciennes despues de perder artillería y bagages, y Condé á Cambray con la mayor parte del ejército. La plaza de Quesnoy fué el fruto que de su victoria alcanzó el enemigo. La siguien-
1655 te campaña (1655) se inauguró con la inútil tentativa hecha por el príncipe de Condé para recobrar aquella plaza (mayo) y con los victoriosos ataques de Turena contra Catelet y Landrecy (julio); las plazas de Condé y de Saint-Guillain experimentaron igual suerte (setiembre), y de nuevo parecia haberse declarado la fortuna contra las armas del rey católico.

Estos malos sucesos, junto con la discordia que, segun hemos dicho, reinaba entre los caudillos, disgustaron al archiduque Leopoldo, quien envió á Madrid su renuncia nombrando el gobierno español para sucederle á don Juan de Austria,
1656 virey de Cataluña. En 1656 emprendió este el viage por Italia con cuatro galeras, de las cuales tres cayeron en poder de un corsario, pudiendo salvarse la suya á fuerza de velo y remo, y pasando por Milan encaminóse á Bruselas, donde fué muy bien recibido. No desmintieron sus primeras operaciones la fama que le precedia: con el príncipe de Condé y el marqués de Caracena salió á campaña

contra los mariscales Turena y La Ferté, que sitiaban la plaza de Valenciennes. Bien concertado el plan de acometida, los sitiados abrieron las esclusas é inundaron el campo de los sitiadores, mientras que las trincheras enemigas eran asaltadas por la vanguardia que mandaba el marqués de Caracena. Arrollados por todas partes los Franceses, La Ferté fué hecho prisionero con mas de cuatro mil hombres, y Turena hubo de hacer uso de toda su pericia y de todos los recursos de su genio para salvar los restos del ejército (julio). Despues de esta accion memorable recobraron los Españoles la plaza de Condé, y Luis XIV envió un embajador á Madrid con preposiciones de paz, que no fueron aceptadas.

Afortunadas, aunque no decisivas, habian sido por este tiempo las operaciones de la guerra en Italia. En 1652 el marqués de Caracena, gobernador de Milan, quitó á los Franceses la plaza de Casal y confió su custodia al duque de Mantua. En setiembre del siguiente año perdieron Franceses y Piamonteses la batalla de la Roqueta, y en 1654, deseosos de probar otra vez fortuna en el reino de Nápoles, equiparon una armada al mando del duque de Guisa, á quien imprudentemente acababa de dejar en libertad la corte de Madrid. Apoderados de Castellamare, acudió allí con todas sus fuerzas el virey español, y con tal brio atacó á la plaza que apenas dejó tiempo á los invasores para volver á sus naves. Reggio y Correggio cayeron en 1655 en poder de las armas españolas, y en 1656 derrotaron estas al duque de Módena, que otra vez se habia declarado en favor de Francia. El ejército francés, que acudió luego en auxilio del duque, apoderóse de Valencia del Po.

En Cataluña era donde mas propicia se mostraba la suerte á los planes de Felipe, no tanto protegiendo sus armas como devolviéndole poco á poco el amor de sus antiguos vasallos. En efecto, no menguaba, antes al contrario crecia en el Principado el partido español, á proporcion que aumentaban los desafueros de los Franceses. Tales serian los cometidos por el gobernador de Castell de Asens que, probados los cargos y convicto de sus delitos, fué ajusticiado en Barcelona en noviembre de 1648. Sin embargo, ni las tropelías cesaban, pues los Franceses consideraban este país como tierra conquistada, ni tampoco suspendia la Diputacion sus representaciones. En mas de un punto volvieron los Catalanes sus armas contra los Franceses, y el gobernador don José de Viure y Margarit vióse en la precision de arrestar al general francés Marsin, al intendente y á otros oficiales, acusados de excesos muy graves, y de conducirlos á Perpiñan á merced del soberano (diciembre de 1649). Los Franceses entonces, agriados á su vez, so pretexto de sedicion y con achaque de rebeldía, empezaron á formar causas, á proferir sentencias y á ejecutarlas en tanto número y con tal injusticia en vidas y haciendas, que apurada la paciencia y agotado el sufrimiento de los naturales, acabóse todo afecto de amistad y benevolencia para con los Franceses en la mayor parte de los pueblos catalanes. Esto engrosaba cada dia las filas del partido que suspiraba por el restablecimiento del gobierno español, y se dejaba sentir tambien en las operaciones de la guerra, que no se hacia ya por los naturales con el ardor de los primeros tiempos.

El gabinete de Madrid, por el contrario, aprovechando las turbulencias de Francia, quiso comunicarle gran impulso, y en reemplazo del marqués de Aytona nombró para el mando del ejército á don Juan de Garay, quien al frente de unos

diez mil hombres empezó por hacer una atrevida excursion por el campo de Tarragona hasta Villafranca del Panadés (1649), mas con objeto de hacer alarde de sus fuerzas que de intentar empresa alguna de importancia. El hambre, hija de la guerra y del descuido de la agricultura, y la peste que habia traido de las tierras de Valencia á donde habia entrado escaramuzando la caballería catalana de don José Dardena, agravaron la triste situacion del Principado, que ofrecia muy lamentable aspecto á la llegada del nuevo virey duque de Vendome á Barcelona, en cuya catedral hizo el juramento de costumbre (febrero de 1650). La cuestion de los alojamientos, en la que el duque quiso mostrarse inflexible, acabó de exasperar los ánimos, y no contentos algunos pueblos de recibir á los Franceses á los gritos de ¡viva España! entablaron secretos tratos con el gobernador de Lérida don Baltasar de Pantoja, sucesor del portugués Brito.

Iba escaso de fuerzas el duque de Vendome, pues Francia no las enviaba, pero con algunas levas hechas por la Diputacion para completar sus desmembrados batallones, pudo salir á campaña contra Garay y apoderarse de Falcet á pesar de haber sufrido un ligero descalabro. En 1650 sucedió á Garay el marqués de Mortara, y con un ejército de doce mil hombres, puesto que don Luis de Haro habia resuelto hacer un esfuerzo mas para secundar las buenas disposiciones de los naturales, abrió la campaña apoderándose de Flix y de Miravet y poniendo sitio á Tortosa. Ayudábale por mar el duque de Alburquerque con una pequeña escuadra, y en 3 de diciembre rindió la plaza sin encontrar gran resistencia. El duque de Vendome habia marchado á su auxilio, pero recibida noticia de la capitulacion volvió á Barcelona, que le recibió descontenta, y de allí marchó á Francia augurando mal del resultado de la guerra.

En 1651, aumentado el ejército del marqués de Mortara hasta el número de once mil hombres, se puso sobre Barcelona mientras por mar la bloqueaba estrechamente una poderosa armada. Mandaba en la plaza el gobernador general de Cataluña don José de Viure y Margarit, y enemigo irreconciliable de Castilla, habíalo dispuesto todo para una vigorosa resistencia, sin desalentarse por el escaso número de tropas catalanas y francesas con que contaba, confiado en su pericia y en el valor de los habitantes. El de Mortara alargó sus líneas hasta el mar por una parte para estar en comunicacion con la escuadra, y en la otra apostó su caballería á fin de interceptar los víveres y socorros que podian dirigirse á la ciudad, cuya situacion hízose aun mas apurada cuando á instancias del príncipe de Condé salió de ella con muchos de sus soldados el general francés, dejándola abandonada á sus propias fuerzas. A mediados de setiembre empezaron los combates de importancia entre sitiados y sitiadores, que ya estos estrechaban sus líneas y empezaban á construir fuertes y baterías que los Catalanes embestian y tomaban muchas veces en sangrientas acometidas, cuando en 19 de octubre don Juan de Austria, nombrado generalísimo del ejército sitiador, llegó con nueve galeras, que añadidas á las que bloqueaban ya la ciudad, tuvo lo suficiente para que esta no fuese socorrida por mar. Los sitiados, temerosos de que se les cortara la comunicacion con Monjuich, levantaron un fuerte en la montaña, y no pasaba dia sin empeñarse escaramuzas, sin hacer salidas los unos y amagar asaltos los otros con pérdidas de una y otra parte. Trecientos caballos al mando de don José Dardena y mil Franceses, casi todos los que habia en Catalu-

ña, al mando de Cresson, lograron penetrar de noche en la ciudad infundiendo nuevo aliento á los Barceloneses, y al comenzar el año 1652 el mariscal La Motte, nombrado virey en sustitucion del duque de Vendome, llegó del Rosellon con cuatro mil infantes y dos mil quinientos caballos y ocupó la cordillera de San Gerónimo y de San Pedro Mártir, desde donde procuraba en vano desalojar de Sarriá y otros puntos al ejército real. No lo alcanzó sin embargo por la defensa que este opuso, y no pudiendo resistir á la crudeza del tiempo, pasó á San Baudilio y al Hospitalet para interceptar los víveres dirigidos al campamento real y para procurarlos á los sitiados, que andaban de ellos muy escasos. Dos meses permaneció el mariscal por aquellos pueblos sin cesar los combates entre Catalanes, Franceses y Castellanos, hasta que en abril consiguió romper las líneas enemigas y con tres regimientos y algunos escuadrones entrar en Barcelona, jurando su cargo el dia siguiente entre el entusiasmo público. Creció con ello el ardor de los sitiados aunque tambien sus apuros por la mayor abundancia de defensores, y esto hizo mas recias las escaramuzas hácia mediados de junio, en que se empeñaron en segar sus campos y recoger el trigo, como lo consiguieron á despecho del ejército.

No alivió esto por mucho tiempo la escasez general: las bandas armadas de labradores reforzadas por los *miquelets* intentaron en vano hacer pasar por tierra un convoy de víveres, empeñando porfiados combates que hicieron necesaria la presencia de casi todo el ejército real, y no fueron mas afortunados por mar algunos buques franceses que al mando de M. de la Ferrière hubieron de volverse á Francia rechazados por las galeras españolas. La cuartera de trigo llegó á venderse en Barcelona á cuatrocientas libras, la carga del vino comun á seiscientas y comíase la carga de animales inmundos, á lo que se añadia la escasez de moneda, que procuró remediarse entregando su plata los particulares y hasta las iglesias, despues de una junta de veinte y dos teólogos. En la moneda que entonces se acuñó púsose esta leyenda: *Barcino civitas obsessa.*

La presencia del experimentado mariscal y de las nuevas fuerzas se reveló bien pronto en el mayor ardor de las operaciones; de una y otra parte dábanse recios ataques á los fuertes de Monjuich, San Ferriol, Santa Madrona, San Juan de los Reyes, San Bernardo, Santa Isabel y otros, y á pesar de haberse sometido á Felipe muchos pueblos del llano de Vich y la ciudad de Manresa (setiembre), residencia entonces de la Diputacion, Barcelona continuó su defensa y rechazó el ataque dado simultáneamente por la puerta Nueva, por la del Angel, por el lado de los Tallers y el de la montaña de Monjuich. El resultado fué apoderarse el ejército real del monasterio de Valldoncella, y esta ventaja, la suma miseria que en la ciudad se padecia y el haberse sometido á España los pueblos de la marina, únicos de donde podia esperarse algun mantenimiento, determinaron á la ciudad, venciendo la resistencia de Margarit y de La Motte, á entablar negociaciones. El primero huyó clandestinamente no esperando clemencia del rey; el dia 3 de octubre envióse un trompeta al campamento de don Juan de Austria, y recibidos recíprocos rehenes, empezó á tratarse de la capitulacion. Las instrucciones de Felipe IV á su hijo facultábanle para consentir en muy generosas condiciones para la ciudad y el Principado, así es que fácilmente se arregló el convenio con Catalanes y Franceses, y mediante honrosas condiciones para la guarni-

cion, una amnistía general de la que únicamente se exceptuó á don José de Viure y Margarit, «que como principal causa de los daños que se han padecido y por la obstinacion con que persevera en sus errores, no es digno de gozar de este beneficio,» y la promesa de conservar á Cataluña sus constituciones y fueros, el conceller *en cap* y el diputado eclesiástico á nombre de la Diputacion prestaron obediencia á Felipe IV en la persona de su hijo, quien, evacuada la ciudad por los Franceses, entró en ella el dia 13 de octubre (1).

La rendicion de Barcelona acarreó la de las demás plazas de la provincia, y aunque alguna se mostró todavía reacia y hubo de ser tomada por la fuerza, pudo decirse que todo el Principado, excepto Rosas, habia vuelto á la obediencia antigua. Así terminó despues de trece años el alzamiento de Cataluña, que tuvo ocupadas las principales fuerzas de España y fué otra de las causas de los grandes desastres de la monarquía. Su desenlace, precipitado por la conducta de los auxiliares de Francia, recrudeció el antiguo encono de esta tierra contra los Franceses, al propio tiempo que la magnanimidad de Felipe, trocando en afecto el desapego que sintieran estos naturales por los reyes de la casa austriaca, contribuyó, transcurrido apenas medio siglo, á que los Catalanes se arrojaran con denuedo á la lucha para sostener los derechos de su familia.

El Rosellon quedaba aun en poder de Francia con gran sentimiento de los Catalanes, quienes expusieron al rey que con tal que les diese tropas de caballería ellos solos lo recobrarian secundados por los moradores del condado, que deseaban tambien librarse de la dominacion francesa. Sin embargo, Felipe, que habia nombrado virey del Principado á su hijo don Juan, desoyó la proposicion y destinó por el contrario á Portugal á muchas de las tropas que tenia en Cataluña. La guerra, empero, no habia concluido, que como siempre sucede en los levantamientos populares y mas en esta tierra, no faltaban caracteres harto enteros y obstinados para seguir la general mudanza por justificada que ella fuese, y á los Franceses les convenia tener entretenidas en Cataluña las fuerzas españolas para asegurar lo del Rosellon. En julio del siguiente año (1653) el mariscal francés Hocquincourt, en union con don José de Viure y Margarit, Dardena, Segarra y otros jefes catalanes entraron por el Portús con catorce mil infantes y cuatro mil caballos, procurando despertar de nuevo las pasiones del Principado contra el gobierno de Felipe. Abastecieron la plaza de Rosas, ocuparon á San Felío de Guixols, Castellon de Ampurias y el valle de Aran y pusieron sitio á Gerona, pero como se juntó á sus banderas muy escasa gente y los Gerundenses se defendieron con gran heroismo por mas de setenta dias, hubieron de levantar el cerco con pérdida, acosados por don Juan de Austria, que acudió en auxilio de la plaza con muchos tercios de Catalanes de los que hicieron la anterior campaña. Otra vez quisieron los Franceses, mandados por el príncipe de Conti, probar fortuna, llegada la siguiente primavera (1654), y se pusieron sobre Puigcerdá. Don Juan de Austria por el mismo tiempo marchó á sitiar á Rosas, pero hubo de levantar el cerco ante las superiores fuerzas que dirigió contra él el príncipe en persona, y Puigcerdá capituló despues de obstinada defensa, imitando este ejemplo la Seo y otras plazas. En 1655 don Juan

(1) Tió, *Cont. de la guerra de Cataluña.*

entró en Berga, en Camprodon y en Solsona: el conde de Merinville, sucesor del príncipe de Conti, ocupó tambien por su parte algunos lugares, y la guerra, que ni España ni Francia podian hacer con gran teson por tener distraidas sus fuerzas en otras empresas, limitóse al sitio y á la toma de plazas de escasa importancia que sucesivamente se perdian y recobraban.

Algun tiempo antes de celebrar Felipe IV sus bodas con la archiduquesa de Austria (7 de octubre de 1649), descubrióse en la corte de Castilla una conspiracion encaminada á quitar la vida al rey á fin de que no pudiese realizar su matrimonio, obstáculo á muy grandes proyectos. Consistian estos en reunir de nuevo las coronas de España y Portugal por medio del casamiento de la infanta doña María Teresa, única hija que habia quedado al rey de su esposa Isabel de Borbon, con el príncipe don Teodosio de Portugal, y en su realizacion estaban comprometidos el duque de Hijar don Rodrigo de Silva, el marqués de la Vega de la Sagra, el maestre de campo don Carlos Padilla y otras personas de cuenta. Descubierto el plan por una carta del último á su hermano, sus principales autores don Carlos Padilla y el marqués de la Vega fueron ajusticiados en la plaza de Madrid (1648); el duque de Hijar fué condenado á prision perpétua, otros varios á diferentes suplicios, y segun se desprende de los escritos contemporáneos, el horrible proyecto de regicidio, tan nuevo en la corte de España, causó en ella dolorosa y prolongada sensacion. Felipe IV, para demostrar públicamente que desechaba toda idea de transaccion con los Portugueses, envió contra ellos nuevas fuerzas acaudilladas por el marqués de Leganés, pero este, sin mas que una tentativa frustrada contra la plaza de Olivenza, volvió á Badajoz á tomar cuarteles de invierno.

Tampoco manifestaban gran ardor en las operaciones los generales portugueses, así por disidencias que se suscitaron entre ellos, como porque aquel reino empleaba sus principales esfuerzos en la guerra marítima que sostenia con Holanda para recobrar sus posesiones de América é Indias. Por esto, cuando en 1649 el duque de San German don Francisco de Tuttavilla, general de la provincia de Extremadura, entró en Portugal á demoler los fuertes levantados en las inmediaciones de Olivenza, halló apenas enemigos que combatir. Aquella y las siguientes campañas limitáronse á entradas y devastaciones recíprocas, en una de las cuales, sin licencia de su padre, quiso tomar parte el príncipe don Teodosio (1651). Juan IV que estaba resentido de su hijo y le miraba con recelo desde la conspiracion descubierta en Madrid, se apresuró á llamarle á su lado, y fuese el desabrimiento con que le recibió ú otra causa, el príncipe enfermó de grave dolencia y murió á poco tiempo, muy llorado de los Portugueses.

Otra tentativa se hizo en 1653 para restablecer en Portugal la dominacion de España: tramóse una conjuracion cuyo principal autor fué el obispo de Coimbra, consejero del rey, pero descubierta como las otras, los principales conjurados pagaron con la vida, excepto el obispo que, en atencion á su dignidad, fué condenado á cárcel perpétua. Dos años despues sentáronse los preliminares de paz con las Provincias Unidas, que se habian apoderado de casi toda la isla de Ceilan, y en noviembre de 1656, despues de diez y seis años de reinado y á los cincuenta y tres de su edad, murió don Juan IV, dejando el trono á su hijo Alfonso VI, que apenas contaba trece años, y la regencia á su esposa doña Luisa de Guz-

A. de J. C. man. Entonces puede decirse que empezó á hacerse con algun calor la guerra de Portugal, efecto de las arrogantes provocaciones de la regente y del deseo de Felipe IV de aprovechar la que creyó favorable coyuntura: el duque de San Ger-
1657 man con catorce mil hombres púsose sobre la plaza de Olivenza (abril de 1657), y el portugués conde de San Lorenzo salió de Elvas con un ejército casi igual en número en auxilio de la plaza. Algunos dias permanecieron unos en frente de otros Españoles y Portugueses, hasta que, conociendo estos la dificultad de atacar nuestras líneas, levantaron sigilosamente el campo (mayo) y se encaminaron á embestir á Badajoz á fin de distraer al enemigo. Rechazados con pérdida en el ataque que con tanto denuedo como impremeditacion dieron á los muros, repasaron el Guadiana y marcharon contra Valencia de Alcántara, de donde fueron rechazados como de Badajoz. Olivenza se hallaba en tanto en los mayores apuros, y por fin abrió sus puertas con honrosas condiciones, emigrando casi todos sus habitantes por no vivir sujetos al gobierno de España 30 de mayo.

San German combatió y tomó luego el castillo de Mourao (junio), y tales pérdidas, muy sentidas de la regente, obligaron á esta á privar del mando al conde de San Lorenzo para confiarlo á don Juan Mendez de Vasconcellos, entendido y valeroso capitan. El nuevo general dió principio á sus operaciones recuperando la
1658 fortaleza de Mourao (octubre), y en la siguiente campaña (1658) marchó á poner sitio á Badajoz con diez y siete mil hombres, veinte cañones y dos morteros. Juzgaban muchos temeraria y desatentada la empresa, pero la regente, que habia firmado un tratado con Inglaterra y estaba en camino de firmar otro con Holanda, era amante de las resoluciones atrevidas y habia aprobado la idea de su general. Defendian á Badajoz cuatro mil infantes y mil caballos á las órdenes del marqués de Lanzarote don Diego Paniagua y Zúñiga, y además del duque de San German hallábanse en la plaza muchos y reputados capitanes que esperaban en ella la ocasion de salir á campaña; esto no obstante, padecia la ciudad gravísimo aprieto y los Portugueses eran ya dueños del fuerte de San Miguel (julio), sin que bastaran á hacerles levantar el campo las denodadas salidas de los sitiados. Gran sensacion causó en Madrid la noticia de lo acontecido en la frontera de Portugal, y á una clamaron los nobles para que el rey se pusiera al frente del ejército y fuera á libertar á Badajoz. Repugnábalo don Luis de Haro, temeroso de dejar á la reina en el gobierno, y tampoco se avenia con gusto á marchar el á la guerra como algunos lo pedian, así por no entender en materias militares como por temor de que se le suplantara en la privanza del rey: hubo sin embargo de escoger entre ambos partidos, y adoptando el segundo, juntó apresuradamente hasta ocho mil hombres de infantería y cuatro mil caballos con los cuales se encaminó á Mérida, á donde el duque de San German habia de acudir con la caballería. No fueron necesarias estas tropas para salvar á Badajoz: escarmentados los sitiadores en dos sangrientos asaltos, diezmados por las enfermedades, descontentos los oficiales y discordes los caudillos, Vasconcellos levantó el cerco con extremada repugnancia y se retiró á Elvas sin ser inquietado.

Don Luis de Haro entró entonces en Badajoz, donde algunos aduladores le aclamaron como libertador de la ciudad y restaurador de la monarquía española, y en seguida, contra el dictámen del duque de San German, pasó la frontera y se puso sobre la plaza de Elvas determinado á tomarla. Preso Vasconcellos por

órden de la regente, sucedióle Andrés de Alburquerque y luego el conde de Castañeda en el mando del ejército, que con gran trabajo iba reuniéndose en Estremoz para marchar al socorro de Elvas, que en tanto se defendia denodadamente. Púsose al fin en marcha en número de diez mil quinientos hombres contra los Españoles que no le esperaban, y en 14 de enero de 1659 se presentó ante las líneas enemigas. Los regimientos sitiadores se armaron no sin cierta confusion, pero mal dispuestos, vióse desde el principio que, á pesar de su valerosa resistencia, declarábase el triunfo por los Portugueses. El duque de San German fué herido de un mosquetazo, don Pedro Tellez Giron duque de Osuna, el maestre de campo Moxica y otros cabos cumplieron bien con su deber y sostuvieron por mas de siete horas la pelea. mas al fin triunfó el enemigo en todos los puntos, aunque con considerables pérdidas, entre ellas la de don Andrés de Alburquerque. Don Luis de Haro, que habia mirado el combate desde un fuerte inmediato, huyó á Badajoz abandonando hasta los papeles del ministerio, é igual camino tomaron los restos del ejército, disminuido en mas de cuatro mil hombres, sin artillería, tiendas, ni bagages. Esta desgracia no fué bastante á arrebatar al de Haro el favor de que gozaba, y restituido á la corte continuó dominando como antes en los consejos y en el ánimo de Felipe IV.

A. de J. C. 1660

Tambien se habia hecho la guerra por la parte de Galicia, donde acaudillaba el marqués de Viana un reducido ejército de cinco mil hombres con el que hacia frente á las tropas del conde de Castel-Melhor. El fuerte de Lampella cayó en su poder despues de una afortunada refriega con el conde y de repetidos asaltos; entró en Mourao, Salvatierra y Portella, y por toda la provincia de Entre-Duero y Miño esparció el terror de las armas españolas. Desde la batalla de Elvas habia recrudecido el furor de ambos pueblos, y las correrías, las invasiones, las talas y los saqueos se hacian por uno y otro con desatentado frenesí.

Grandes acaecimientos habian sucedido en Inglaterra, que al ocupar las fuerzas todas de aquella nacion la habian impedido mezclarse como antes en el movimiento europeo y apartado de nuestro relato desde que en 1625 vímosla dirigir sus naves al ataque del puerto de Cadiz. Su intervencion en la guerra de los treinta años limitóse á enviar en auxilio de Gustavo Adolfo un cuerpo auxiliar de seis mil hombres al mando del duque de Hamilton, y estos fueron los únicos soldados britanos que por espacio de mas de veinte y cinco años encontraron los Españoles en los campos de batalla. En la época en que Jacobo I sucedió á Isabel, el largo reinado de esta soberana habia cansado el entusiasmo y la obediencia de la nacion, y el carácter del nuevo príncipe no era propio para atenuar disposicion semejante. Inglaterra vió con desagrado á un rey escocés, perteneciente por su madre á la familia de Guisa, y todo en él le disgustaba: sus esfuerzos en favor de la autoridad absoluta de los reyes, su proyecto de unir Inglaterra y Escocia, su tolerancia para con los católicos y sus tentativas para someterla al culto anglicano. Jacobo, entregado á favoritos, púsose por su prodigalidad bajo la dependencia del parlamento á quien irritaba por el contraste que ofrecian sus pretensiones con su debilidad; abandonó el papel de adversario de España y de jefe de los protestantes en Europa, cosa que halagaba tanto á los Ingleses, y dió por esposa á su sucesor una princesa católica. Los reveses de su hijo Carlos I en la guerra con Francia para socorrer á la Rochela despojaron al go-

bierno de toda popularidad, y empezada en 1642 la guerra civil entre el rey y el parlamento, sabido es su fatal desenlace: el triste Carlos, vencido en varias batallas, fué al fin vendido por los Escoceses y llevado á Lóndres. Sometido á una parodia de juicio, contra el cual protestaron en nombre del pueblo inglés algunas voces generosas, el nieto de María Stuart fué condenado á sufrir igual suerte que la infeliz reina á quien ha llamado un escritor el último tipo de la Edad Media, y en 1649 fué decapitado con espanto de la Europa entera. Dos dias despues quedó abolida la cámara de los lores, la Inglaterra se constituyó en república, y el yugo de hierro del protector Oliverio Cromwell, ardiente jefe del partido de los Independientes, pesó sobre ella. Desde aquel momento dióse nuevo giro á la política inglesa, y la Gran Bretaña, empujada por vigorosa mano, lanzóse abiertamente por el camino de la pujanza mercantil y marítima. Reconocida su nueva forma de gobierno por todas las naciones de Europa, España y Francia, empeñadas en obstinada lucha, se disputaron con ardor el apoyo del nuevo poder que se elevaba. Don Alfonso de Cárdenas y el marqués de Leyden, embajadores de Felipe en Lóndres, no omitian esfuerzo ni diligencia para que aceptara Cromwell un proyecto de tratado, pero no eran estos los planes del Protector de la república. Además su representante en Madrid Ascham, uno de sus mas decididos parciales y amigos, fué asesinado á los dos dias de su llegada por unos emigrados ingleses, partidarios de la dinastía caida, y aunque uno de los asesinos fué preso y pagó con la vida su delito, Cromwell no se satisfizo por la conducta observada en este asunto por la corte de España, empezando desde entonces á manifestar claramente que mas que su aliado deseaba ser su enemigo. En una disputa de preeminencia entre los embajadores españoles y franceses en que estos quisieron privar á aquellos del primer lugar que siempre habian ocupado, los soldados de Cromwell apoyaron á los Franceses, y esto, de lo cual no se obtuvo la reparacion debida, fué causa de que salieran de Lóndres nuestros embajadores. Mazarini triunfaba, é Inglaterra iba á ponerse decididamente al lado de la Francia.

Y en efecto, nada poseia esta nacion capaz de tentar al ambicioso Cromwell, que soñaba grandes empresas para su patria, al paso que España con sus vastas posesiones de América é Indias, con su marina abatida y menguada ofrecia rica presa á las armadas britanas; así es que en marzo de 1657 ajustóse un tratado entre Inglaterra y Francia, por el cual ambas naciones convenian en juntar sus fuerzas para arrebatar á los Españoles las ciudades de Gravelinas, Mardyck y Dunkerque con la condicion de quedarse Luis XIV con la primera, entregando las dos últimas á los Ingleses. Noticioso de este tratado, que equivalia á una declaracion de guerra, el gobierno de Madrid mandó confiscar cuantos buques y mercancías inglesas se hallaban en España, prohibió todo comercio con aquella nacion, y se preparó para resistir al nuevo enemigo que se le presentaba. Este entró al momento en campaña: una escuadra mandada por Blake penetró en el Mediterráneo dando caza á nuestros buques mercantes y amenazando las costas españolas de Italia, mientras otra mandada por Pen hizo rumbo á las Antillas con propósito de atacar á Méjico. Frustróse este proyecto por haber acudido España oportunamente á la defensa, y entonces los Ingleses emplearon sus fuerzas contra la Jamaica, logrando apoderarse de la isla por medio de un repen-

tino ataque. En vano trataron los Españoles de recobrarla: las tropas que con este objeto desembarcaron en 1658 fueron batidas y obligadas á volver á sus buques, y la Jamaica, convertida en poco tiempo en una de las mas florecientes posesiones inglesas por la multitud de colonos que á ella emigraban, sirvió de depósito para el comercio de contrabando que organizaron los comerciantes de la Gran Bretaña con Méjico y el Perú. Cuba y Tierra Firme fueron tambien amenazadas, aunque sin fruto, é infestados aquellos mares de enemigos, nuestros galeones habian de vencer inmensas dificultades para llegar á los puertos de la Península.

Don Juan de Austria y el príncipe de Condé habian continuado en los Paises Bajos la guerra contra Francia. En 1657 recobraron la plaza de Saint-Guillain é hicieron levantar á Turena el sitio de Cambray, mas no pudieron apoderarse de Calais ni de Ardres, ni impedir que se uniesen al enemigo los seis mil ingleses veteranos que al mando de Reynolds enviaba Cromwell en virtud de lo convenido. Con este refuerzo, animados por la presencia de su rey, los Franceses emprendieron vigorosamente la campaña: La Ferté tomó á Montmedy (6 de agosto de 1657); Turena entró en Bourbourg y Saint-Venant, hizo levantar á los Españoles el sitio de Ardres, y se apoderó sin gran resistencia de la plaza de Mardyck, que en virtud de lo convenido puso en poder de los Ingleses. En la siguiente campaña (1658) acometió á Dunkerque por tierra mientras veinte navíos ingleses la bloqueaban por mar, é inútilmente para socorrerla reunieron sus fuerzas don Juan de Austria y el príncipe de Condé, acompañados del marqués de Caracena, del mariscal de Hocquincourt, que habia pasado al partido de los príncipes, y del duque de York, hijo del difunto Carlos I de Inglaterra. De quince mil hombres constaba el ejército español que llevaron estos jefes hasta tres cuartos de legua del campamento sitiador, pero aun no habian llegado la artillería ni toda la infantería, cuando Turena presentó la batalla que los Españoles hubieron de aceptar. Funesto para ellos fué su desenlace: cogidos entre los batallones enemigos y un cuerpo de caballería francesa que á favor de la marea baja logró pasar por entre las Dunas y el mar, quedaron completamente derrotados con pérdida de tres mil muertos y gran número de prisioneros (14 de junio). Dunkerque abrió sus puertas á los vencedores nueve dias despues, siendo entregada á los Ingleses segun lo pactado, y lo mismo hicieron Furnes, Dixmuda, Bergues, Gravelinas, Oudenarde é Iprés. Así terminó la campaña de 1658. Para la siguiente hiciéronse por una y otra parte considerables preparativos, que bien lo necesitaba España si habia de restablecer el prestigio de sus armas. A don Juan de Austria, destinado á la guerra de Portugal, sucedió el archiduque Segismundo, hermano del emperador Leopoldo, sucesor de Fernando III (abril de 1658), el mismo que fuera antes virey de los Paises Bajos; doce mil Alemanes de refuerzo habia llevado el archiduque; el marqués de Caracena fué reforzado tambien con algunos tercios de Italia, y el príncipe de Condé municionaba plazas y reunia gente.

Tampoco habian sido felices en Italia las operaciones de las armas españolas, pues los soldados llegaron á carecer de todo y muchos desertaban para no perecer de hambre y de miseria. Emprendido en 1657 el sitio de Valencia del Po, hubo de ser levantado por la escasez que en el campamento reinaba, y no

pudo impedirse que cayesen en poder del enemigo los fuertes de Varas y de Novi (1657). En 1658 el duque de Módena, ayudado de los Franceses, pasó el Adda, y atravesadas treinta leguas de país enemigo, cayó sobre la plaza de Mortara, la rindió, salvó la plaza de Valencia del Po, que nuevamente estaba sitiada, y se hizo dueño de la Lomelina, territorio fértil del Milanesado. Poco despues, muerto el duque en Santia, los Franceses mandados por Navailles impidieron al ejército español la conquista de Vercelli.

Seguia muy floja la guerra de Cataluña por las grandes atenciones que en otras partes pesaban sobre los gobiernos de España y Francia. El maqués de Mortara habia sucedido en 1656 á don Juan de Austria en el cargo de virey, y con algunas expediciones felices ahuyentó del Ampurdan á los Franceses y dominó en todo aquel país á excepcion de Rosas. En cambio el duque de Candale y don José de Viure y Margarit entraron en Blanes y en otros lugares de la costa corriéndose hasta el llano de Barcelona (1657), pero recobrada aquella villa y el fuerte de Castellfollit, el de Candale experimentó gran descalabro en el paso del Fluviá. En la siguiente campaña (1658) el general español don Próspero de Tuttavilla se apoderó de Camprodon, que otra vez habia caido en poder de los Franceses; sitiáronla estos de nuevo, y habiendo marchado á socorrerla el marqués de Mortara, empeñóse en las márgenes del Ter reñidísima batalla, la última de alguna importancia que se contó en esta guerra; la victoria quedó por los Españoles, y los Franceses, perseguidos y acuchillados, hubieron de refugiarse al Rosellon.

Tiempo hacia que entre España y Francia, fatigadas ambas de la guerra, se hablaba y se trataba de paz. Condiciones inaceptables exigidas por Mazarini la habian hecho imposible hasta entonces, siendo una de ellas la de casar á la infanta doña María Teresa, heredera de la corona de España, con el jóven rey Luis XIV: no podia avenirse Felipe á sentar así en su trono luego despues de su muerte á un monarca de Francia, y además se sospechaba que tenia el proyecto de casar á su hija con el archiduque y despues emperador Leopoldo para reconstituir así la gran monarquía de Carlos V. Destruido este proyecto y desvanecidos los temores de que pudieran reunirse las coronas de España y de Francia en una sola frente por el nacimiento del príncipe Felipe Próspero (28 de noviembre de 1657), dióse mas calor á las negociaciones, que fueron precipitadas por los reveses de la última campaña en los Paises Bajos y por la muerte del protector Cromwell (3 de setiembre de 1658), que dejaba aislada á Francia entre los celos que comenzaba á inspirar su progresivo engrandecimiento y variaba por completo su posicion respecto de la Gran Bretaña. Estas consideraciones y el fingido propósito de Luis XIV de tomar por esposa á la princesa Margarita de Saboya acabaron por decidir á los gabinetes de España y Francia, y despachado á París el marqués de Pimentel con encargo de consentir en la boda de la infanta doña María Teresa, acordóse por ambas partes una suspension de hostilidades hasta que los ministros de las dos cortes redactaran y ultimaran el tratado definitivo (mayo de 1659). Don Luis de Haro fué el plenipotenciario de España y el cardenal Mazarini el de Francia, y esto solo nos revela que la ventaja habia de quedar por esta, siendo tan desiguales las dotes que para el caso reunian los dos ministros. Habíase señalado para celebrar las pláticas la isla de los Faisanes en el

Bidasoa, sobre la cual aducian derechos las dos coronas, y construida en ella una tienda de modo que la mitad correspondiese á España y la otra mitad á Francia, acudieron allí los plenipotenciarios con lucido y numeroso séquito, observándose en el ceremonial, contra lo que antes se practicaba, la mas completa igualdad entre los representantes de España y de Francia (1). Las conferencias se prolongaron desde 23 de agosto á 17 de noviembre de 1659, y por último, pedida solemnemente á don Felipe la mano de su hija para el monarca francés, convínose en un tratado comprensivo de ciento veinte y cuatro artículos y conocido en la historia con el nombre de paz de los Pirineos. Las principales estipulaciones fueron: el rey Luis XIV casaria con la infanta doña María Teresa, renunciando esta á todo derecho á la corona de España mediante la promesa de dote de quinientos mil escudos; España á excepcion de Saint-Omer y Ayre, cedia todo el Artois y además las ciudades de Gravelinas, de Bourbourg y de Saint-Venant en Flandes; las de Landrecy y Quesnoy en el condado de Hainaut; las de Thionville, Montmedy, Damvillers é Ivoy en el ducado de Luxemburgo, y las de Marienburgo, Philippeville y Avesnes, situadas entre el Mosa y el Sambre; Rocroy, Chatelet y Limchamp quedaban por la Francia y Dunkerque por la Gran Bretaña; los condados de Rosellon y Conflent eran cedidos en propiedad á Francia, señalándose los Pirineos como frontera divisoria entre ambas naciones. En cambio España conservaba á Cataluña, que habia de continuar en el goce de sus fueros y privilegios, recobraba el Charolais, las plazas de Borgoña, las de Flandes no comprendidas en la cesion y en Italia Mortara y Valencia del Pó. El duque de Saboya recobraba Vercelli y el de Neubourg, Julliers; el príncipe de Monaco volvia en la posesion de sus bienes confiscados y su estado quedaba libre de la guarnicion española, lo mismo que el del duque de Módena. El príncipe de Condé habia de ser reintegrado en sus bienes y derechos, y restituyóse la libertad al duque de Lorena con obligacion de demoler sus fortalezas y de ceder parte de sus estados á Francia. Por condicion precisa exigida por España, Portugal no fué comprendido en el tratado, y Francia se obligó á no prestarle auxilios de ninguna clase, alcanzando únicamente que se diera una amnistía á los que hubiesen tomado parte en el alzamiento y volviesen á la obediencia de Felipe. Nada se estipuló respecto de Inglaterra á pesar de encontrarse allí el hijo del destronado Carlos, creyendo que habian de ser los asuntos de su patria objeto de algunas conferencias; acogido por el de Haro con gran consideracion y respeto como si ciñese todavía la corona, Mazarini se negó á verle bajo diferentes pretextos.

Este fué el famoso tratado que dió á España momentáneo reposo, mezclado con gran humillacion y afrenta; desde aquel momento quedó patente la debilidad

(1) Luis XIV llevó mas adelante sus pretensiones; no satisfecho con la igualdad, quiso en breve ser superior, y dió órden á sus embajadores de que fuesen delante de los del rey de España en todas las ceremonias públicas. La cuestion de preeminencia suscitada en Lóndres durante el protectorado de Cromwell, reprodújose despues de la restauracion de los Stuarts entre los embajadores el baron de Watteville y el conde de Estrades, y fué tomada por Luis XIV tan á pechos y tan resuelto se mostró á vengar por las armas la injuria que de España suponia haber recibido su enviado, que Felipe IV, por evitar las calamidades de una nueva guerra, retiró de Lóndres al baron de Watteville y dió órden á sus embajadores de que no disputaran á los de Francia el lugar de preferencia en las ceremonias.

de nuestra monarquía y tambien en cierto modo la ineptitud de nuestra diplomacia (1). Él, en cambio de algunas ciudades que valian poco, nos arrebató nuestras mejores plazas y nuestros mejores puertos; él, con el matrimonio de Luis y de María Teresa y la cláusula añadida á la renuncia, nos preparó la discordia y la guerra civil, y él, en fin, cediendo el Rosellon á Francia y separándolo de Cataluña, dividió á dos pueblos hermanos, unidos por la comunidad de intereses, de historia y de lenguage. La monarquía española cumplia así la ley impuesta por la Providencia á todo lo que existe: despues de ascender y de llegar á su apogeo, el astro de su gloria corria á su ocaso. Aun la veremos descender mas bajo. En estas alternativas de abatimiento y fuerza vacilarán las naciones hasta que llegue el dia en que encuentren el asiento y equilibrio que Dios quizás tiene dispuesto para estas grandes familias de la humanidad.

(1) El plenipotenciario de España don Luis de Haro, á quien se dió en premio el título del príncipe de la Paz, portóse en toda la negociacion con la sinceridad é ingenuidad del caballero, y por esto ha merecido grandes elogios por parte de los escritores franceses; sin embargo, motivos hay para creer que estas cualidades le perjudicaron tratando con el astuto y doble Mazarini, y que con otro negociador que hubiese podido luchar con este en semejante terreno, nuestra patria hubiera alcanzado mejores condiciones.

CAPÍTULO XV.

Matrimonio de la infanta doña María Teresa con el rey Luis XIV.—Carlos II rey de la Gran Bretaña.—Tratado entre España é Inglaterra.—Muerte de Mazarini y de don Luis de Haro.—Muerte del príncipe Felipe Próspero y nacimiento del príncipe Carlos.—Temores en Portugal.—Proposiciones de la regente.—Auxilios que le prestan Francia é Inglaterra.—Guerra contra Portugal.—Conquistas de los Españoles.—Conspiracion contra la vida de Felipe IV.—Alfonso VI rey de Portugal.—Batalla de Amejial.—Don Juan de Austria deja el mando de las tropas.—Felipe IV socorre al emperador contra los Turcos.—El marqués de Caracena á la cabeza del ejército.—Batalla de Villaviciosa.—Dolor del rey é indignacion en la corte.—Muerte de Felipe IV.

Desde el año 1659 hasta el 1665.

La boda cuya negociacion habia puesto fin á la lucha europea, celebróse en San Sebastian (mayo de 1660) asistiendo á ella Felipe IV y la corte toda y representando el marqués del Carpio don Luis de Haro la persona de Luis XIV. Partieron en seguida el rey y su hija para la frontera donde habia de hacerse la entrega de la princesa, y allí encontraron á Luis, á su madre Ana, al cardenal Mazarini y á muchos nobles franceses. Ambas cortes se agasajaron con gran magnificencia y se separaron en el Bidasoa pasados algunos dias (7 de junio).

El año de 1660 fué memorable además por el restablecimiento de la mo- 1660
narquía en Inglaterra. A Cromwel habia sucedido su hijo, quien, débil para el peso que su padre le habia legado, renunció á él dejando á la nacion en el mayor desconcierto; disgustados y divididos los republicanos y aclamado el general escocés Jorge Monk, conoció este no haber en aquellas circunstancias salvacion para su patria sino en el llamamiento de su rey legítimo, y sin sangre, sin el ordinario estrépito que acompaña á estas revoluciones, el hijo del infeliz Carlos I, llegado secretamente á Inglaterra desde Bruselas, ocupó el trono de sus mayores con el nombre de Carlos II. Felipe IV se apresuró á enviarle embajadores encargados de felicitarle, y á restituirle los bajeles ingleses apresados en los mares de Indias. Ambos monarcas celebraron un tratado de paz y alianza, por el cual cedia España á Inglaterra la plaza de Dunkerque y la isla de Jamaica. Otro tratado especial se firmó con el duque de Módena, y el gabinete de Madrid pudo pensar en dirigir todas sus fuerzas contra el único enemigo que en Europa le quedaba, el alzado reino de Portugal. Pasóse sin embargo aquel año en preparativos de guerra y en limpiar los mares de los piratas que con el nombre de Filibusteros ó Hermanos de la costa los infestaban á favor de la lucha que habia ensangrentado la Europa.

Escaso tiempo gozaron de vida despues de la paz de los Pirineos los dos

A. de J. C. ministros que la habian firmado. El cardenal Mazarini, el artificioso, disimulado y tenaz continuador de la política de Richelieu, el codicioso privado que dejó á
1661 su muerte tan grandes riquezas, murió en 9 de marzo de 1661 despues de dar los últimos golpes á la preponderancia española, y pasados algunos meses, en 17 de noviembre, siguióle al sepulcro don Luis de Haro con gran sentimiento del rey que le conservó su favor hasta el postrer dia de su vida. Don Luis no fué guerreador, no fué cruel, no fué vengativo ni opresor de los débiles, así es que el pueblo no le aborrecia; sin embargo, tampoco le amaba porque no veia en él ninguna de las grandes cualidades que hacen perdonar la absoluta privanza, debiendo decirse que, sin carecer de cierto talento, el gobierno y la guerra fueron en sus manos una doble calamidad, mayormente habiendo debido luchar con el ministro cardenal de Francia. Los cargos que tenia el de Haro se distribuyeron entre el cardenal de Sandoval, el duque de Medina de las Torres y el conde de Castrillo.

Pocos dias antes de la muerte del favorito habia experimentado el rey la amargura de perder á su único hijo varon, el príncipe Felipe Próspero (6 de noviembre), pero á los cinco dias dióle la reina nueva sucesion varonil con el nacimiento del príncipe Carlos, que habia de heredar la corona de estos reinos.

Celebrada la paz, preparóse España, hemos dicho, para dirigir todas sus fuerzas contra el reino de Portugal, pero era ya tarde; la monarquía portuguesa, reconocida y apoyada por muchas potencias de Europa, habia adquirido grandes condiciones de duracion, y la guerra de escaramuzas hecha en las fronteras, al propio tiempo que habia profundizado mas la valla que dividia á dos pueblos enemigos, habia aguerrido á los Portugueses comunicándoles hábitos de lucha. Y esto no obstante, la consternacion se apoderó de la regente y de la corte de Lisboa al saber las cláusulas del tratado de los Pirineos; á pesar de su levantado ánimo, doña Luisa de Guzman se consideró perdida teniendo que luchar sola con las fuerzas de Felipe IV, y desfallecido su espíritu, ofreció pagar á España un millon en feudo anual, y por último manifestó contentarse con la soberanía de los Algarbes y de las colonias del Brasil. El gabinete de Madrid, empero, que participaba de la engañosa ilusion que á todos sonreia, negóse á toda transaccion, seguro de conquistar á poca costa el reino. Y quizás lo habria conseguido de un modo mas ó menos estable, si Francia é Inglaterra se hubiesen mostrado leales á las promesas en los convenios consignadas, pero no fué así. La regente doña Luisa, recobrada su antigua firmeza y puestos en armas sus vasallos, dirigió á ambos gobiernos su voz en demanda de auxilio, y Luis XIV, en cuyas miras no entraba la reincorporacion de Portugal á España, no vaciló en faltar á lo prometido, y envió á Lisboa al mariscal Schomberg con cien oficiales franceses, cien sargentos de artillería y cuatrocientos ginetes veteranos, muy útil socorro para el mal organizado ejército portugués, al que añadió luego la suma de seiscientas mil libras (1), todo á pesar de las enérgicas reclamaciones del embajador español. Hizo mas aun: sugirió á la corte de Lisboa un proyecto de matrimonio entre la infanta doña Catalina, hermana de Alfonso VI, y el rey de Inglaterra Carlos II, y acogida con gusto la idea, el embajador portugués en Lóndres ofreció al rey

(1) Mignet, *Negociaciones relativas á la sucesion de España*, t. I, pág. 87.

con la mano de la princesa una dote de quinientas mil libras esterlinas, la cesion A. de J. C.
de Tánger en la costa de Africa y la de Bombay en las Indias y el libre comercio de Inglaterra con Portugal y sus colonias. Grandes esfuerzos hizo España para impedir este enlace, mas al fin se efectuó (mayo de 1661) y puso el sello á la independencia portuguesa colocándola bajo la proteccion de Inglaterra. Consecuencia del mismo fué la facultad concedida al embajador portugués para reclutar en las islas británicas diez mil peones y dos mil quinientos caballos y fletar una armada, con la condicion de no poder emplear nunca hombres ni naves contra la Gran Bretaña.

Escasa España de soldados, de dinero y especialmente de buques, hasta el verano de 1661 no pudo dar principio á la campaña. Habíase llamado de Flandes á don Juan de Austria, y con trabajo pudo reunir este un ejército de nueve mil infantes y cinco mil caballos, Españoles, Italianos, Flamencos y Alemanes, cuyas compañías iban en su mayor parte mandadas por los espadachines y matones que tanto abundaban entonces en la corte. Con él habia de penetrar en Portugal por la frontera de Extremadura, mientras que el marqués de Viana y el duque de Osuna con cinco mil hombres cada uno distraerian las fuerzas enemigas por Galicia y por Castilla, y que el duque de Veraguas amenazaria las costas con algunas naves. En 13 de junio se puso don Juan en movimiento desde Badajoz, y entrando por tierras portuguesas apoderóse de la plaza de Arronches que tenia el enemigo descuidada. Volvió en seguida á Extremadura para quitar á los Portugueses la fortaleza de Alconchel que allí poseian, y conseguido esto (diciembre), hizo tomar á sus tropas cuarteles de invierno, participando á la corte que con tan escasa gente era imposible emprender conquista alguna de importancia. Por la parte de Galicia tuvo poca fortuna el marqués de Viana: puesto sobre Valenza del Miño, no ocupó por un fatal descuido una importante eminencia que se hallaba entre la plaza y su campo, y fortificados en ella los Portugueses á las órdenes del conde de Prado, le obligaron á levantar sigilosamente el cerco (19 de agosto), y alcanzando á sus tropas las pusieron en vergonzosa fuga. Por la parte de la provincia de Beyra el duque de Osuna se apoderó de Valdemula y del castillo de Albergoria, y con el saqueo que dió á varios pueblos atrajo en su retirada igual suerte sobre otros
muchos de España. En el siguiente año (1662), don Juan de Austria, recibidos 1662
algunos refuerzos, pasó el Caya y llegó hasta Villabuin á cuya plaza rindió, acompañando su marcha deplorables devastaciones. Los Portugueses, al mando del conde de Marialva y del mariscal Schomberg, reunieron sus fuerzas delante de Extremoz, y contra ellos se dirigió el caudillo español, resuelto á presentarles batalla. No lo hizo, empero, aconsejado por su maestre de campo general el entendido Luis Poderico que vió las excelentes posiciones del enemigo, y torciendo su marcha, rindió el castillo de Borba, donde mandó ahorcar á su gobernador con otros dos capitanes y el juez letrado, taló y devastó campiñas y puso cerco á Jurumeña (mayo), de la que se apoderó por capitulacion á pesar de haber intentado forzar sus líneas las tropas de Marialva y Schomberg (junio). Veiros, Montforte, Alte de Chao, Crato y otros pueblos, cayeron luego en poder de don Juan, quien, ufano con estos triunfos, se retiró á Badajoz. En tanto el duque de Osuna, á la cabeza de su division, habíase apoderado de Escalona, y el arzobispo de Santiago don Pedro de Acuña, sucesor del marqués de Viana en

A. de J. C. el mando del ejército, habíase hecho dueño de Portella y de Castel-Lindoso.

Entre estos motivos de tristeza y de alegría conmovió á la corte de Madrid la noticia de una nueva tentativa de regicidio por fortuna descubierta á tiempo. Resentido el marqués de Liche, hijo primogénito del difunto don Luis de Haro, de que el rey no le hubiese nombrado para ninguno de los cargos que su padre ejerciera, formó el proyecto de dar muerte á Felipe, y para ello abrió una mina debajo del teatro del Buen Retiro y la cargó con algunos barriles de pólvora. Los cómplices de tan atroz proyecto espiaron su delito en el patíbulo, pero magnánimo el rey con el autor principal, le perdonó en atencion á los servicios de su padre. Arrepentido, tanto como agradecido el de Liche, marchó á la campaña de Portugal, donde se portó y murió como un valiente.

Mal porvenir auguraban á Portugal los escandalosos excesos de su jóven rey Alfonso VI. Dado á los placeres mas vergonzosos y á los mas singulares y tiránicos entretenimientos, rodeado de favoritos que servian y halagaban sus violentas y caprichosas pasiones, su madre doña Luisa de Guzman era impotente para volverle al recto sendero, así es que por último, agobiada de sinsabores, se retiró á un convento, y dejó á su hijo las riendas del estado, bien que no abandonando enteramente los negocios por temor de dejarlos comprometidos en las imprudentes manos de Alfonso (1).

1663 En mayo de 1663 don Juan de Austria salió de Badajoz y entró de nuevo en campaña con doce mil infantes, seis mil quinientos caballos, diez y ocho cañones, tres morteros y tres mil carros de municiones y bagages. Encaminóse hácia la importante ciudad de Evora, y favorecido por la discordia que dividia á los caudillos portugueses, se apoderó de ella, tratando á sus vecinos con gran suavidad y dulzura. Un destacamento de su ejército entró luego en Alcázar-do-Sal, villa cercana á Setubal, y con este triunfo quedó abierto á los Españoles el camino de Lisboa. Gran consternacion reinaba en la capital; ya veian algunos perdido todo el reino, y como acostumbra á suceder, abandonóse el pueblo á sangrientos furores, sin que se aplacara el tumulto hasta que fué publicada la órden dirigida á los generales portugueses para atacar á los invasores. Alfonso VI habia nombrado general de su ejército en el Alentejo á don Sancho Manuel, conde de Peñaflor, asistido por el mariscal Schomberg, quien, recibida la órden de combatir, levantó el campo que tenia establecido en Estremoz, y con un número de tropas casi igual al de don Juan de Austria presentóse delante de Evora para llegar á las manos. No era esta la intencion de don Juan, mayormente al considerar las hábiles disposiciones de Schomberg, y dejando bien guarnecida la ciudad trató de retirarse á Badajoz esquivando la batalla, pero seguido por el enemigo, ganoso de combatir, halló cerrado del todo el paso al llegar á las alturas de Amejial. La batalla se hizo inevitable; una hora antes de ponerse el sol cayeron los Portugueses sobre nuestras líneas y la accion se hizo general (8 de junio). Por una y otra parte se peleó con encarnizamiento y se experimentaron muy grandes pérdidas; don Juan de Austria expuso varias veces su persona, pero sin que nada pudiera triunfar del valor desesperado de los Portugueses y de la disciplina de la infantería britana, el triunfo acabó por coronar sus banderas. Dos mil carros.

(1) Faria y Sousa, *Epitome de historias portuguesas*, P. 4.ª, c. V.

ocho cañones, muchos estandartes y banderas, mil cuatrocientos caballos, gran número de prisioneros y no menor de muertos, entre ellos varios generales, coroneles y personas de cuenta, en todo ocho mil hombres, perdió España en la sangrienta jornada; los Portugueses, que tuvieron mas de cinco mil hombres fuera de combate, recobraron á Evora y tomaron á Villaflor. La plaza de Arronches, de la que Schomberg no pudo apoderarse, quedó desmantelada por haberse incendiado el almacen de pólvora con gran mortandad de la guarnicion que se vió obligada á evacuarla. Como débil compensacion de esta derrota el duque de Osuna por la parte de Beyra rechazó con seis mil hombres la acometida de doble número de enemigos (diciembre); pero Castel-Lindoso en la provincia de Entre-Duero y Miño volvió al poder de los Portugueses. A. de J. C.

Cobrados nuevos brios, abrieron estos la campaña de 1664 con la expugnacion de Valencia de Alcántara, que defendió con gran esfuerzo su gobernador don Juan de Ayala Mejia, hasta que apurados todos los medios de resistencia y no recibiendo socorro, hubo de rendirla por capitulacion (junio). Guarnecida la plaza, el conde de Marialva, que habia sucedido al de Peñaflor en el mando del ejército, volvióse á Portugal, y sin que don Juan de Austria pensara en tomar desquite de la derrota pasada y de la pérdida reciente, los Españoles evacuaron la fortaleza de Codiceyra y la guerra se redujo por aquella parte á las ordinarias correrías. En tanto el duque de Osuna, despues de vencer á los Portugueses, mandados por Hurtado de Mendoza, puso sitio á la plaza de Castel-Rodrigo. Su gente allegadiza portóse en el asalto con gran cobardía, y atacada luego por Jacobo Magalhaes que desde Almeyda habia acudido en auxilio de la ciudad, entregóse á vergonzosa fuga sin que pudieran detenerla las voces y amenazas de sus jefes. El teniente general de caballería don Antonio de Isassi, don Juan Giron, hijo del de Osuna, y otros capitanes murieron peleando, y mientras el duque llevaba á Ciudad-Rodrigo los restos de su gente, el vencedor Magalhaes pasó la frontera y entregó á las llamas y al saqueo algunos pueblos españoles. 1664

Estas derrotas, la pérdida consiguiente de algunos fuertes y el abatimiento del soldado traian muy desazonada á la corte, que echó de todo la culpa al de Austria y al de Osuna. Quejábanse ambos de que no se les mandaran municiones, dinero, víveres ni recurso alguno para hacer la guerra, y de sus porfiadas demandas, atribuidas á impericia, y de sus reveses sacaron partido sus enemigos para perderles en el favor del monarca. El de Osuna fué reducido á prision y condenado á cien mil ducados de multa como en castigo de los tributos que imponia á los pueblos para mantener su ejército, aunque mas tarde fué absuelto, y á don Juan de Austria, de quien eran declarados enemigos la reina Mariana y su confesor el padre Nithardt, se la admitió la renuncia que hizo del mando y se le permitió retirarse á Consuegra.

Por aquel tiempo, como si estuviera aun España en su pasado poderío, el emperador pidióle auxilios para rechazar á los Turcos que le amenazaban por la parte de Hungría, y Felipe IV, á instigacion de su esposa y del nombrado confesor, adictos á los intereses del Imperio, se comprometió á mantener doce mil infantes y seis mil caballos, ya lo hiciese con decidida intencion de cumplirlo, ya quisiese con ello obligar á Luis XIV á socorrer á su pariente, en cuanto el monarca francés, deseoso de quitar fuerzas á España, habia puesto á su socorro aquella condicion.

A. de J. C. Los reveses experimentados impulsaron á Felipe IV á hacer un último y vigoroso esfuerzo para recobrar la superioridad perdida en el reino portugués. Llamado de Flandes el marqués de Caracena, hiciéronse venir de Italia, Flandes y Alemania todas las tropas de que permitian disponer los escasos recursos de la monarquía, y formóse así un ejército de quince mil infantes y mas de seis mil caballos á las órdenes del marqués, á quien seguian como capitanes Diego Correa, Alejandro Farnesio, hermano del duque de Parma, Diego Caballero de Illescias, Luis Ferrer y otros. Al propio tiempo equipábase en Cádiz una escuadra á las órdenes del portugués duque de Aveiro, pues Caracena pensaba marchar derechamente al ataque de Lisbóa; pero como llegado á Badajoz no estuviese dispuesta aun la armada y viese que el estado de las cosas no era tan favorable como habia imaginado, varió de plan y se dirigió contra Villaviciosa (mayo
1665 de 1665). Marialva y Schomberg marcharon contra él y se situaron en Montesclaros, á donde desoyendo el parecer de sus generales que opinaban por esperar al enemigo en sus posiciones, les salió al encuentro el de Caracena y les presentó batalla. Ocho horas duró con incidentes varios la sangrienta pelea, hasta que el general español dió la órden de retirada, dejando en el campo mas de cuatro mil hombres entre muertos, heridos y prisioneros, toda su artillería y muchas banderas y estandartes. Los Portugueses por quienes quedó el palenque y la victoria experimentaron en hombres casi igual pérdida (17 de junio). Esta derrota consumó la ruina militar de España.

Profunda indignacion causó en la corte la noticia de lo acaecido y todos se deshacian en injurias contra el marqués de Caracena, que tantas esperanzas habia infundido y tan pocas habia realizado. El rey, agobiado de dolor, cayó al suelo sin sentido, y al recobrarlo se limitó á exclamar: «Hágase la voluntad de Dios.» Herido en el corazon, desde aquel momento se entregó á negra melancolía considerando los errores de su vida pasada, los desastres del reino y los mayores que sin duda le esperaban por los pocos años de su hijo débil y enfermizo y las facciones que á la corte dividian. Su salud, hacia dos años quebrantada, decayó visiblemente, hasta el punto de no poder dar audiencia en pié á los embajadores, y en agosto el arzobispo de Embrun, embajador de Francia, escribia estas palabras á su soberano: «A no verlo no es imaginable la debilidad á que ha llegado su magestad católica. Está muy encorvado y anda tambaleándose, siendo así que antes andaba con paso muy firme y arrogante; tiene los ojos medio cerrados y apenas puede articular palabra alguna.» En 12 de setiembre aquejóle una disentería que arrebató en pocos dias la esperanza de salvarle, y despues de recibir con gran devocion los sacramentos, de despedirse de la reina y de bendecir á sus hijos, espiró en 17 de setiembre á los sesenta años de su edad y á los cuarenta y cuatro de reinado.

En su testamento, otorgado durante su última enfermedad, nombró por su sucesor al trono á su único hijo varon el príncipe Carlos y sustituyóle la infanta doña Margarita y sus descendientes y sus tias la emperatriz doña María y doña Catalina, duquesa de Saboya. A su hija María Teresa, reina de Francia, excluyóla terminantemente de la sucesion lo mismo que á todos sus hijos y descendientes varones y hembras, por mas que pudiera pretenderse que en su persona no concurrian las razones de la causa pública ú otras en que la exclusion se funda-

ba, exclusion que únicamente habia de cesar á favor de la infanta en caso de quedar viuda sin hijos de su matrimonio. La reina doña Mariana era nombrada tutora de su hijo y regente del reino hasta que llegara Carlos á los catorce años, y en el gobierno habia de asistirle un consejo consultivo compuesto del conde de Castrillo, presidente del de Castilla, de don Cristóbal Crespy, vice-canciller de Aragon, del arzobispo de Toledo, del inquisidor general el cardenal don Pascual de Aragon, del marqués de Aytona como representante de la grandeza, y del conde de Peñaranda como miembro del consejo de estado.

Felipe IV tuvo de su primera esposa doña Isabel de Borbon muchos hijos, de los cuales solo le sobrevivió la infanta doña María Teresa, casada con Luis XIV; de doña Mariana de Austria tuvo tres hijos y una hija, pero solo le sobrevivieron el tierno Carlos y la infanta Margarita, que fué despues reina de Hungría. Dejó además siete hijos naturales, de los cuales solo fué reconocido don Juan de Austria, nacido de María Calderon, de quien antes hemos hablado y nos toca hablar mucho todavía en el siguiente reinado.

Felipe IV dejaba á España en plena decadencia: los reales erarios, sobre consumidos, empeñados, como que los intereses de la deuda absorvian la tercera parte de las rentas; la real hacienda vendida; las remesas de Indias ó no llegaban ó llegaban mas tarde y con mas dificultad y pocas veces sin contratiempo, porque cuanta mayor era nuestra debilidad, mas activamente perseguian los enemigos nuestras naves y galeones; la marina española no existia ya, y para mantener nuestras comunicaciones con las colonias era preciso contratar bajeles á Génova y á Inglaterra; el comercio arruinado como la marina, la industria como el comercio, los campos sin labradores, la labor pública olvidada, los mantenimientos á subido precio, caida la antigua reputacion de la infantería española, y reducido el ejército que defendia la Península en aquellos peligrosos tiempos á escasos veinte mil hombres sin instruccion ni disciplina, como reclutados muchos de ellos entre la gente foragida, holgazana y mendiga que llenaba la corte, sin que bastara apenas á guarnecer los castillos fronterizos, á esto habia venido el colosal poder de la monarquía de Carlos I y de Felipe II. Y para que nada faltara á la fealdad del cuadro, la corrupcion se agregaba á la miseria, y los puestos se compraban, las dignidades y los honores se vendian en pública almoneda, el contrabando se hacia en gran escala, y todos pensaban en enriquecerse á costa de los pueblos y del apurado tesoro. Los regimientos solo aparecian completos al ser revistados por el rey, en cuyo caso se llenaban momentáneamente sus bajas con muchachos y gente baldía, y los coroneles cobraban íntegras las pagas como si tuvieran el número completo de soldados; lo mismo sucedia en la marina, lo mismo en todos los ramos de la administracion pública en los reinos de Castilla, y si ante tan aflictivo espectáculo han de dirigirse graves cargos al gobierno que estas cosas no veia ó que viéndolas las toleraba, no es menor el disgusto que ha de inspirarnos la abyeccion del pueblo donde acaecen semejantes escándalos.

Para aliviar la lastimosa situacion de la hacienda y subvenir á las necesarias atenciones, los ministros de Felipe IV no apelaron á otros recursos que á los insignificantes que proporcionaban los servicios ordinarios y extraordinarios impuestos á poblaciones miserables, que á alteraciones en el valor de la moneda, á tomar, como en tiempos pasados, parte de las remesas de Indias aun de las des-

tinadas á particulares, á empréstitos á los grandes y prelados y á la venta de ejecutorias de hidalguía, de hábitos de las órdenes militares y hasta de títulos de grandeza, desnaturalizando así y preparando el próximo descrédito de la nobleza española y de las distinciones antes honoríficas.

Y esto no obstante, aquel rey liviano que cuidó tan poco de la administracion del estado, que tan mal librada dejó su divisa *todos contra nos y nos contra todos*, durante cuya vida ocurrieron tan grandes catástrofes, no fué aborrecido por sus contemporáneos que le llamaron Grande y hasta la historia se muestra con él indulgente, sin pretender borrar la especie de lustre que rodea su nombre. Ha de atribuirse esto, no solo á las buenas cualidades del corazon de Felipe, magnánimo y clemente, sino tambien á los brillantes destellos que despidió en aquel tiempo el ingenio español, bajo la proteccion del monarca, que asoció así su nombre á la imperecedera fama de los literatos y artistas que frecuentaron su corte. Cultiváronse con afan las buenas letras y en especial la literatura dramática, que llegó á servir de escuela y de modelo á la de todas las naciones, y las artes liberales, y entre todas la pintura, embellecieron igualmente la época desastrosa que venimos explicando. Al tiempo en que hasta el rey escribia comedias (1), aplaudíanse los conceptos del fecundo Lope, brotaban autores como Calderon, Tirso de Molina, Moreto, Rojas, Alarcon, Mira de Mescua, Solis, Quevedo, Melo, Moncada, Juan de Jáuregui, Rioja, y entre todos el profundo pensador don Diego de Saavedra Fajardo, y aparecian los encantadores lienzos de Zurbaran, de Velazquez, del Españoleto, de Cano y de Murillo. Sin embargo, las artes, como la literatura, no habian de mantenerse tan altas por mucho tiempo cuando tan de caida iban las glorias de la patria, y en los últimos años de Felipe IV se anunció ya la corrupcion y decadencia; el culteranismo, la escuela inventada por Góngora fué invadiéndolo todo, literatura é historia, y no fueron en breve mas que un confuso fárrago de delirios y sutilezas, ataviado de piedras falsas, de colores postizos y de oropel grosero.

Durante este reinado vemos á la Inquisicion aflojar mucho de su rigor antiguo; los autos de fé son menos frecuentes, y libre el reino de hereges, de moriscos y judíos, conócese que el Santo Oficio va siendo un tribunal sin objeto, destinado sin duda á desaparecer ó á desfigurarse en breve por cumplimiento del fin que motivara su creacion, á no sobrevenir nuevos acaecimientos que, dando á los ánimos otra disposicion, despertaran otra vez el recelo y la severidad. Y pruébalo ver que en este tiempo, no solo se ocupa en delitos de poligamia, blasfemia, hechicería, mágia y otros semejantes, distintos de los de herética pravedad, sino que se amplia su jurisdiccion á las causas de contrabando, como para dar ocupacion y destino á aquella rueda de la máquina del gobierno que iba haciéndose inútil.

Felipe IV intentó, como sus predecesores, si bien con menos decision que ellos por los mayores apuros que agobiaban á su gobierno, crear intereses comunes á los diversos paises de que se hallaba compuesta la monarquía española.

(1) Créese fundadamente que Felipe IV fué autor de varias producciones dramáticas bajo el incógnito entonces muy usado de *un ingenio de esta corte;* atribúyensele *El conde de Essex*, *Dar la vida por su dama*, y otras dos ó tres en que tomó parte. Créese además que tradujo las *Guerras de Italia* de Francisco Guicciardini y la *Descripcion de los Paises Bajos* de Luis Guicciardini.

Compañías de comercio establecidas en Lisboa y Sevilla debian enlazar á España con sus posesiones de América é Indias; Barcelona debia monopolizar el comercio de Levante y una factoría abierta en Flandes transportar los artículos coloniales y los productos fabriles de España á todos los mercados de Europa. Este proyecto, concebido por el conde-duque de Olivares, obtuvo la aprobacion de muchos y entendidos personages, afligidos por los progresos de Holanda, pero con él sucedió lo que con otros tantos: ni siquiera llegó á plantearse y quedó olvidado entre las complicaciones de la guerra. Tambien procuró Felipe robustecer su autoridad en los paises donde era mas débil; sabemos ya las tendencias que á la unidad mostrara en Portugal, y si no destruyó el gobierno y las leyes particulares del sometido Principado, débese atribuir á las circunstancias especiales que en el alzamiento de Cataluña concurrieron. Despues de la sumision de los Catalanes quitó á los Navarros algunos privilegios y libertades, y pensó hacer lo mismo en Vizcaya; pero aquellos naturales protestaron con tal energía, que la corte de Madrid, como ya antes habia sucedido, hubo de renunciar por aquella vez á sus tendencias de centralizarlo y unificarlo todo.

«¡Quiera Dios, hijo mio, que seas mas venturoso que yo!» habia exclamado Felipe IV antes de morir, dirigiéndose á su tierno y enfermizo hijo; veamos si cumplió Dios este deseo del moribundo padre.

CAPÍTULO XVI.

Carlos II.—Su minoridad.—La reina doña Mariana.—El padre Nithardt.—Don Juan de Austria se retira de la corte.—Situacion de Portugal.—Alfonso VI es destronado y le sucede su hermano don Pedro.—Paz con Portugal.—Defensa de Larache.—Luis XIV invade las posesiones españolas de Flandes.—Sus conquistas.—Apuros del gobierno español.—Inglaterra, Holanda y Suecia se ligan contra Francia.—Conquista del Franco-Condado.—Tratado de Aquisgran.—Don Juan de Austria se declara contra la regente.—El padre Nithardt sale de la corte.—Don Juan de Austria virey de Aragon.—Enfermedad del rey.—Luis XIV invade á Holanda.—Socorros que envia España á los Holandeses.—Tratado de alianza entre España, el Imperio y Holanda.—Los Franceses invaden el Franco-Condado.—Heróica muerte de los defensores de Besanzon.—Batalla de Seneff.—Guerra en el Rosellon.—Batalla de Maurellas.—Alzamiento de Mesina.—Proclama á Luis XIV.—Derrota de los Suecos.—Operaciones de la guerra en Flandes, en Alemania, en Cataluña y en Sicilia.—Privanza de don Fernando de Valenzuela.—Carlos II llega á la mayor edad.—Llama á la corte á don Juan de Austria.—Prision y destierro de Valenzuela.—Gobierno de don Juan de Austria.—Cortes de Aragon.—Operaciones de la guerra.—Los Moros atacan á Oran.—Los Franceses se apoderan de Puigcerdá.—Inglaterra se adhiere á la liga contra Francia.—Pérdida de Gante é Iprés.—Los Franceses abandonan á Mesina.—Rigor del virey español.—Batalla de Mons.—Conferencias y negociaciones.—Paz de Nimega.

Desde el año 1665 hasta el 1678

Niño de cuatro años Carlos II al ceñir la corona por muerte de Felipe IV, unia á su corta edad una constitucion física endeble, miserable y pobre, tanto que á los cinco años apenas tenia fuerzas para andar. Ni la triste circunstancia de un rey niño y enfermo habia de faltar al abatimiento de España. Su madre Mariana de Austria habia quedado encargada del gobierno por disposicion de Felipe, y su poder no excitó en un principio descontento ni contiendas; la viuda de Felipe IV fué por todos acatada, pero no duró mucho este feliz sosiego, que hartos elementos habia de discordia para que no estallaran con la propicia ocasion de una regencia.

Era doña Mariana, dice Mignet, princesa poco hábil, pero de resolucion, y tenia menos talento, pero mucho mas carácter que su esposo. Nacida en Alemania y perteneciente á la casa de Austria, amaba ciegamente á su país y á su familia tanto como aborrecia á Francia, y por esto uno de sus primeros pensamientos fué realizar el matrimonio proyectado entre la infanta Margarita y el rey de Hungría, aplazado indefinidamente por la temerosa prevision de Felipe (1). Su primer anhelo fué dar entrada en el consejo de regencia á su confesor y consultor de confianza el padre Juan Everardo Nithardt, jesuita aleman que la habia acompa-

(1) Mignet, *Negociaciones relativas á la sucesion de España*, t. I, pág. 382.

ñado desde su matrimonio y venida á España y mantenia seguida correspondencia con la corte de Viena. Su talento era dudoso, dice Mignet, su carácter tímido, su golpe de vista vago, su orgullo excesivo; sucesor de un rey débil, ministro de una muger ciegamente confiada y terca, reunia todo lo necesario para ayudar á la ruina de la monarquía española (1). La muerte del cardenal Sandoval, arzobispo de Toledo, acaecida poco despues de la de Felipe IV, favoreció las miras de la regente; llevado á aquella sede don Pascual de Aragon, logró de él que renunciara al cargo de inquisidor general y confirióle inmediamente á su confesor dándole así entrada en el consejo. Desde entonces el padre Nithardt fué en realidad el primer ministro y su poder pudo compararse al que tuvieron los duques de Lerma y de Olivares (1666). A. de J. C. 1666

No amaba el pueblo al confesor así por su calidad de extrangero como porque se decia de él haber sido antes luterano, y su nombramiento para los elevados cargos de inquisidor y consejero fué recibido con notable disgusto, á pesar de haber solicitado y obtenido el jesuita carta de naturalizacion en estos reinos. Pero quien entre todos mostraba mayor enojo y se entregaba á mas punzantes murmuraciones, era don Juan de Austria, de antiguo enemistado con la segunda esposa de su padre y con el confesor, y resentido de que no se le hubiese llamado al consejo como pretendia. Pensábase ya en desterrarle de la corte, pero anticipándose él al mandamiento, retiróse indignado á Consuegra, residencia habitual de los grandes priores de Castilla cuya dignidad poseia, y desde aquel momento hallóse dividida España en dos partidos, austriacos y nithardistas, que agravaron mas y mas los males de la monarquía.

Otro de los funestos legados de Felipe IV á su hijo era la guerra de Portugal, cuando no solo no se hallaba España en estado de tomar la ofensiva, sino que ni siquiera disponia de suficientes fuerzas para defender su propio territorio. En noviembre de 1665 llegaron los Portugueses hasta las cercanías de Alcántara quemando y saqueando pueblos, sin perdonar siquiera las tierras del duque de Medinasidonia, hermano de la reina viuda, y sin duda habrian llevado sus estragos hasta las puertas de Sevilla á no ser llamados á su reino por las intestinas discordias que tambien lo dividian. En 1666 continuaron Españoles y Portugueses las acostumbradas correrías, pero mas desguarnecidas que nunca las fronteras españolas á consecuencia de haberse enviado tropas á Cataluña y á Flandes por los temores que inspiraba Francia, los pueblos de Extremadura, Galicia y Castilla hubieron de sufrir incalculable daño, no sin que algunas veces quedaran escarmentados los invasores por las tropas de Alejandro Farnesio y del condestable de Castilla.

Favorables por demás para emprender otra vez la reconquista de Portugal eran las circunstancias á ser otro el estado de la monarquía española. Muerta la reina viuda doña Luisa, entregado mas y mas el rey Alfonso á su vida licenciosa, habíase formado entre los Portugueses un gran partido en favor del infante don Pedro, presunto heredero de la corona, en cuanto se creia incapaz á Alfonso de tener sucesion. La nueva esposa del rey María Isabel Francisca de Saboya, hija del duque de Nemours, púsose de parte de su cuñado; Castel-Melhor, favo-

(1) Mignet, *Negociaciones relativas á la sucesion de España*, t. I, pág. 409.

A. de J. C. rito del monarca, hubo de fugarse de Lisboa, y abandonado por la reina el palacio, amotinado el pueblo, las cortes hicieron firmar á Alfonso su propia abdicacion, enviáronle á las islas Terceras, y cetro y esposa pasaron á poder de don Pedro con el título de regente, declarada la impotencia de Alfonso y la nulidad
1667 del matrimonio (1) (1667).

Las alarmantes noticias que de Francia se recibian y las instancias del emperador inspiraron á la regente de España el deseo de hacer paces con el reino portugués; pero vista la oposicion del consejo de Castilla, consultó el negocio con los principales cuerpos del Estado. Los consejos de Castilla, Aragon, Flandes, Portugal y el de las órdenes militares votaron por la continuacion de la guerra, y solo los de Italia é Indias opinaron por la paz, juzgándola necesaria á la monarquía. Continuó, pues, la guerra de emboscadas y correrías, pero no se abandonaron del todo las negociaciones en que era mediador Carlos II de Inglaterra, y tambien Luis XIV, deseoso este de prolongarlas y de imposibilitar la paz. Para ello propuso secretamente á la corte de Lisboa una alianza contra España, y en 31 de marzo de 1667 firmaron Portugal y Francia una liga ofensiva y defensiva por la cual se obligó Luis XIV á dar á los Portugueses auxilios de hombres y dinero, y Alfonso de Portugal á atacar á España con un ejército de diez y siete mil hombres. En esto la entrada de los Franceses en Flandes hizo variar del todo las disposiciones de la corte española, y lo mismo sucedió en la de Portugal al ser destronado Alfonso VI; Carlos II de Inglaterra pudo ejercer activamente su me-
1668 diacion, y en 13 de febrero de 1668, á los veinte y ocho años de la revolucion de Portugal, celebróse con este reino un tratado de paz por el cual España reconocia su independencia; ambas naciones restituyéronse recíprocamente las plazas conquistadas, excepto la de Ceuta, que quedó en poder de España; estipularon el mútuo rescate de los prisioneros y restablecieron entre ellas el comercio, facultando á Inglaterra para entrar en cuantas alianzas defensivas y ofensivas hiciesen las dos entre sí.

Los moros de Africa habian querido aprovechar tambien el decaido estado de la monarquía, y con cuatro mil hombres atacaron la plaza de Larache; su guarnicion, empero, compuesta de ciento cincuenta Españoles, los rechazó y los obligó á retirarse con gran pérdida.

Al empuñar por sí mismo Luis XIV las riendas del estado, el cansancio y el abatimiento de los demás pueblos favorecian la ambicion de Francia: España ocupaba sus escasas fuerzas en la guerra de Portugal y el Imperio en la de los Turcos; Holanda sin stathouder consagraba toda su atencion á sus intereses marítimos, y el rey de Inglaterra, impopular y dispuesto á vender su alianza, no podia ser grave obstáculo á las empresas de los demás; Francia, por el contrario, se enriquecia por el rápido vuelo de su comercio y de su industria; Colbert regia la hacienda y desde 1666 Louvois preparaba las victorias de Turena y de Condé. Dunkerque y Mardyck habian sido compradas á Inglaterra, y la creciente preponderancia de Luis XIV era un hecho patente á las naciones de Europa. España habia menguado, y Francia, al crecer con todo lo que ella perdiera, era natural que pensara en empujarla por la pendiente de su ruina, y que el deplorable

(1) Faria y Sousa, *Epitome de historias portuguesas*, P. 4.ª, c. V.

estado de la monarquía de Carlos II excitara mas y mas la ambicion del ardiente Luis XIV. No habian de faltarle pretextos para volver á emprender la guerra, y aunque los alegados no dejaron en muy buen lugar su buena fé, permitiéronle fundarse cuando menos en una apariencia de derecho á los ojos de las demás naciones. Impugnó la validez del documento en que su esposa María Teresa habia renunciado á sus derechos eventuales á la corona de España diciendo no haber satisfecho la corte de Madrid la dote estipulada en el tratado, pero además de estos derechos, que no podian ser invocados sino al ocurrir la muerte de Carlos, pretendia que su consorte le habia aportado otros que hacia efectivos el fallecimiento de Felipe IV. Cierto secretario de Turena llamado Duhan descubrió existir en Brabante una costumbre conocida con el nombre de *derecho de devolucion* con arreglo á la cual los bienes patrimoniales pertenecian á los hijos del primer matrimonio con preferencia á los que nacieren del segundo, fuesen varones ó hembras, y aplicando al órden político esta dudosa ley de los asuntos civiles, sostuvo Luis que María Teresa, hija del primer matrimonio de Felipe IV, excluia á su hermano Carlos, nacido del segundo, de la herencia de las provincias de Flandes que se suponian reconocer el derecho de devolucion. En vano fué que los jurisconsultos españoles refutaran victoriosamente tan singular teoría; el Francés, apoyado en la decision de algunos juristas de su país, publicó un manifiesto en defensa de sus pretensiones, y á la cabeza de treinta y cinco mil hombres se puso en la frontera de Flandes dando órden de que le siguieran otras divisiones al mando de Aumont y de Crequi (mayo de 1667). El marqués de Castel-Rodrigo que gobernaba aquellas provincias, no se hallaba en estado de hacer frente á la invasion contando, como contaba, con muy pocos recursos de hombres y dinero, por mas que hubiese enviado repetidos avisos á Madrid del inminente peligro que le amenazaba; por mucha que fuese su diligencia en reclutar tropas, organizarlas y proveerlas, por mas que dispuso grandes obras de defensa en algunas plazas y pidió al emperador un auxilio de seis mil hombres, ni de Madrid le enviaron sino insuficientes cantidades, ni los socorros del emperador llegaron, pues Luis XIV se habia granjeado el apoyo de algunos miembros del cuerpo germánico cuyos territorios habian de atravesar los soldados imperiales, ni pudo hacer otra cosa que volar por sí mismo las fortificaciones de algunos pueblos por falta de defensores. Por esto, pues, cuando Luis, al frente de cincuenta mil hombres, pasó las fronteras flamencas apenas encontró resistencia, y se apoderó con mas ó menos facilidad de Charleroy, Bergues, Furnes, Ath, Armentières, Tournay, Duay, Oudenarde, Courtray, Alost, Lille y otras ciudades (julio y agosto). El monarca francés no quiso llevar adelante sus conquistas por no alarmar á las naciones que ya le dirigian el cargo que por tanto tiempo hiciera Francia á la casa de Austria de aspirar á la monarquía universal, y dió órden á su ejército de tomar cuarteles de invierno; el mariscal de Aumont marchó á la Flandes marítima; el marqués de Crequi se situó en las orillas del Mosa y el mariscal Turena en la márgen derecha del Deuder mientras llegaba la primavera para renovar las hostilidades.

No era posible que la monarquía española cubriera los gastos del año próximo. La paz ajustada con Portugal no habia mejorado su situacion económica, y el Consejo, despues de deliberar largamente sobre las circunstancias del país,

propuso á la reina invitar á mil personas de todas clases, eclesiásticas y seglares, para que cada una le prestase mil ducados, habiendo estas de designar á su vez otras mil personas capaces de adelantar quinientos ducados, y le rogó que aplicase un remedio proporcionado á la magnitud del mal y convocara las cortes para que le ayudasen en aquel apuro. Sin embargo, mas fácil era proponer que ejecutar, y el conde de Castrillo, á quien no se ocultaban las grandes dificultades de la situacion, tomó motivo de su avanzada edad y del desarreglo en que veia al gobierno para hacer dimision de la presidencia del consejo de Castilla. Con gran asombro se supieron á un tiempo las hostilidades y las victorias de Luis XIV, y sin pérdida de momento hiciéronse levas de tropas en Galicia, Asturias y Castilla, reuniéndose cerca de nueve mil soldados, enviáronse órdenes á Cadiz para que se armaran nueve bajeles en que trasportarlas á Flandes y se arbitraron algunos recursos. La grandeza acudió con sus donativos, impúsose un tributo sobre los carruages y mulas, se rebajó un quince por ciento mas á la deuda de juros reales, y diéronse en fin otras disposiciones para hacer frente al peligro con hombres y dinero. Don Juan de Austria fué nombrado general de las fuerzas destinadas á Flandes, pero como el hijo de Felipe IV conociera la intencion de alejarle aun mas de la corte y por otra parte pudiese mas en su pecho la ambicion del gobierno que el deseo de guerrear con los enemigos extrangeros, dimitió el cargo fundado en motivos de salud, y en su lugar fué nombrado el condestable de Castilla.

No habia visto Europa sin inquietud el rápido engrandecimiento de Luis XIV, ni habia permanecido sorda á las representaciones de España. Inglaterra y Holanda conocieron ser las mas interesadas en atajar aquellas conquistas que tan de cerca las amenazaban, y unidas luego con Suecia, formaron alianza para hacerse mediadoras entre Francia y España y obligar á la primera á que cesara en sus hostilidades que podian comprometer de nuevo la tranquilidad de Europa. El papel de las potencias europeas habia cambiado: los grandes intereses de las naciones dejaron de considerarse bajo el aspecto religioso, y la política ocupó el lugar que aquellas llenaron hasta entonces en las relaciones de los pueblos. Tres naciones protestantes se unen para defender la integridad de la monarquía católica por excelencia, y con extrañeza se ve á los Holandeses preferir la vecindad de los Españoles, sus antiguos enemigos, á la de los Franceses, sus constantes aliados. Hechos son estos muy dignos de llamar la atencion en cuanto revelan un cambio trascendental en las ideas y en la posicion de las naciones. Inaceptables eran las exigencias de Francia para la celebracion de la paz, así es que mientras las tres aliadas seguian sus negociaciones, Españoles y Franceses continuaron la guerra.

Dispuesto todo con gran sigilo por parte de Luis XIV, partió de San German (febrero de 1668) y se encaminó al Franco-Condado, á donde habia dirigido un ejército de diez y ocho mil hombres. Sus plazas fuertes, desguarnecidas de defensores, puesto que no se creia en un ataque por aquel lado, se rindieron casi sin resistencia: Besanzon abrió sus puertas al duque de Luxemburgo en 7 de febrero; Salins y sus dos fuertes se entregaron al mismo dia al príncipe de Condé; Dole capituló cuatro dias despues, é imitando este ejemplo las demás ciudades y plazas, en menos de un mes quedó perdido el Franco-Condado.

Tan rápida conquista hizo que las potencias de la triple alianza renovaran sus ofertas de mediacion é hicieran armamentos para imponer la paz al que la habia turbado; y este, que no se hallaba dispuesto aun para luchar con toda Europa y sentia cierto respeto por el gran nombre de España, consintió en tomar parte en las conferencias que se abrieron en Aquisgran para tratar de la pacificacion, resultando de ellas el tratado de 2 de mayo de 1668. Por él restituyó el rey de Francia el Franco-Condado, seguro de conquistarlo otra vez sin dificultad luego que se presentase ocasion propicia, y conservó todas sus conquistas en Flandes, puntos avanzados que le facilitaron en lo sucesivo la total conquista de los Paises Bajos. Gran sacrificio fué este para España, pero imposibilitada casi de hacer la guerra, habíase dado órden al marqués de Castel-Rodrigo de no poner gran reparo en ningun género de condiciones.

No se habia desvanecido, sino que por el contrario crecia la enemiga entre don Juan de Austria y el confesor y ministro de la reina Mariana. Sin cesar hablábase en la corte de conjuras urdidas por el hijo natural de Felipe IV, y ya fuese esto realidad ó invencion, procedíase severamente contra los hombres conocidos como partidarios del austriaco. El duque de Pastrana fué condenado á pagar una crecida multa y á salir desterrado de la corte, pero entre todos aquellos rigores causó gran sensacion el suplicio de garrote á que fué condenado por órden de la reina un hidalgo aragonés llamado José de Malladas, muy amigo de don Juan, dos horas despues de haber sido preso sin que se pusiera en claro el delito que habia cometido. Este suceso inspiró á don Juan la resolucion de no marchar á Flandes, y como no satisfacieran á la corte los motivos alegados por no haberlo verificado cuando se pensaba que se habria hecho ya á la vela, tomólo la reina por desobediencia y le mandó pasar á Consuegra y esperar allí órden suya. Ignórase lo que sabria despues de los planes de don Juan, pero es lo cierto que dispuso su prision; mas cuando el capitan de guardas marqués de Salinas llegó á aquella villa, don Juan se habia ya fugado (octubre de 1668), dejando escrita una carta para la regente en que le decia haberle obligado á poner en seguridad su persona la tiranía del padre Everardo contra sus amigos y parciales y las maldades que contra él habia forjado; declaraba que el único motivo que tuvo para no pasar á Flandes fué apartar del lado de S. M. *aquella fiera tan indigna de lugar tan sagrado*, y con protestas de su fidelidad al rey, terminaba suplicando de rodillas á la reina *que no se dejara llevar de los perversos consejos de aquel emponzoñado basilisco* y manifestando al mundo entero que en caso de sufrir daño las personas de sus amigos, no habian de correr de su cuenta los males que podrian resultar á la quietud pública de la satisfaccion que habria de tomarse.

Gran sensacion causó en la corte este suceso; la respuesta dada por el consejo de Castilla á la consulta de la reina calificando de reprensible la conducta de don Juan, pero disculpándole en lo de pedir la separacion del confesor; el manifiesto de este sincerando su conducta en el suplicio de Malladas y en la prision del hermano del secretario Patiño por conjuras contra su persona, y finalmente la contestacion que á él dieron los parciales de don Juan mantenian viva la curiosidad y agitacion de Madrid, dividido como nunca en nithardistas y austriacos, que se combatian con aceradas sátiras y monstruosas calumnias. En tanto

A. de J. C. don Juan se habia dirigido á Aragon y luego á Cataluña cuyos naturales le recibieron con afecto por el buen recuerdo que de él conservaban, sin que el duque de Osuna, virey del Principado, se atreviese por lo mismo á cosa alguna contra él. Desde Barcelona entabló negociaciones con la regente, pidiéndole ya sin rebozo la salida de España del padre Everardo, y doña Mariana, que vió apoyado este deseo de don Juan por las ciudades de Cataluña, Aragon y Valencia, consintió en deponer su natural altivez y en escribir á don Juan que se acercase á la corte para ajustar un tratado de amistad y reconciliacion. Larga correspondencia medió sobre este asunto, hasta que por fin salió don Juan de Barcelona con tres compañías de caballos que le dió el duque de Osuna, so pretexto de corresponder así al decoro de un príncipe. Aclamábanle los pueblos á su tránsito y muchos se armaban para seguirle, de modo que al llegar á Torrejon de Ardoz (24
1669 de febrero de 1669) pudo hacer alarde de trecientos infantes, doscientos caballos y de mucha gente suya familiar armada.

Estas noticias y los síntomas de sedicion que se observaban entre el pueblo sumieron en gran consternacion á doña Mariana y á su confesor, que no tenian tropas que oponer á su enemigo; por esto, despues de intentar alejarle enviándole como embajadores el ayuntamiento, el presidente del consejo de Castilla, el nuncio del papa y otros personages, determinó la reina escribirle atenta y cortesmente para que dejara las armas. A todos contestó don Juan que el padre Nithardt habia de salir de la corte en el término de dos dias, y apoyada esta demanda por el Consejo Real y el de gobierno por convenir así al bien y á la tranquilidad pública, la reina firmó con lágrimas el decreto que la separaba de su confesor, á quien, accediendo á sus repetidas instancias, decia dar licencia para retirarse de estos reinos con retencion de todos sus empleos y con título de embajador extraordinario en Alemania ó Roma. Aquel mismo dia (25 de febrero) salió de Madrid el jesuita aleman entre los gritos é insultos del populacho, y se encaminó á visitar el convento de San Ignacio de Loyola y de allí á Roma.

Humillada la reina aumentó el odio que profesaba al de Austria, y vencedor don Juan creció la ambicion que abrigaba en su pecho, así es que mientras la una le mandaba despedir la escolta que le acompañaba y retirarse á Guadalajara sin acceder á que se presentara en la corte, exigia el otro la destitucion del presidente del consejo de Castilla y del marqués de Aytona y además profundas reformas en el órden político. Otra vez hubo de acceder la reina á muchas de sus pretensiones, y por medio del nuncio que pasó á Guadalajara convino con el príncipe en un tratado en el que se estipulaba, bajo la garantía del papa, la creacion de una junta con el nombre de *Junta de Alivios* con el fin de introducir economías en la hacienda, de rebajar los tributos y de hacer reformas en el ejército y en la administracion, de cuya junta seria él presidente; su restablecimiento en el gobierno de los Paises Bajos; la libertad del hermano de su secretario Patiño; el pago y el licenciamiento de la tropa y la promesa de que el padre Everardo no volveria á España y de que el presidente de Castilla y el marqués de Aytona no asistirian al consejo al tratarse de sus negocios. Así parecia terminado el conflicto, cuando doña Mariana, cuyo partido habia aumentado considerablemente por las exigencias del príncipe, resolvió afirmarse mas aun contra sus ulteriores pretensiones creando con el nombre de *Guardia de la Reina* una

coronelía para la defensa de su persona, confiando su mando al marqués de Aytona (1). El consejo de Gobierno y el de Guerra aprobaron la medida, pero no el de Castilla ni la mayoría del vecindario de Madrid, de modo que de ella pudo tomar pié don Juan para aducir nuevas quejas y reclamaciones. La reina, que se consideraba ya mas fuerte, limitóse á contestarle que no se entrometiera tanto en los asuntos del estado, y así se hallaban las cosas de amenazadoras cuando de pronto cesó la consiguiente agitacion y alarma con el nombramiento de don Juan para virey de Aragon, Cataluña y Valencia, puesto que él aceptó gustoso creyendo que habia de robustecer su partido y servirle para la realizacion de sus ulteriores fines. Sus parciales, empero, le dirigieron graves acusaciones al ver que de aquel modo los abandonaba, y tambien los que seguian la voz de doña Mariana calificaron de imprudencia un acto que ponia á disposicion del hijo natural del difunto monarca los territorios mas florecientes de la península española. Don Juan marchó á establecerse á Zaragoza, donde fué recibido y se trató como soberano, y desde allí, no extinguido, aunque mas oculto, el encono que mediaba entre él y la regente, procuró extender su influencia y neutralizar las gestiones que practicaba en Roma la reina á fin de alcanzar el capelo para su antiguo confesor. A. de J. C.

La sublevacion del paisanage de Valencia, que fué sujetado por la fuerza, el alzamiento de la isla de Cerdeña, que sofocó con gran rigor el duque de San German, los estragos que hacian los piratas en nuestras Antillas y sobre todo el horrible saqueo de Portobello pusieron fin al menguado año de 1669.

Enfermo casi siempre el rey, unas veces con violentas erupciones, otras con tales ataques de calentura que los médicos desesperaban de su vida, creyóse llegado este duro trance en los primeros meses de 1670 al verle aquejado de gra- 1670
vísima dolencia. Los soberanos todos de Europa se prepararon para este gran acaecimiento, y España tembló al considerar los males que le amenazaban. Afortunadamente Carlos se restableció poco á poco y la solucion del gran problema de la suerte de la monarquía española quedó aplazada por algunos años.

Luis XIV esperaba con anhelo ocasion de tomar venganza de Holanda que le habia detenido en el curso de sus victorias, y dirigió todos sus esfuerzos á disolver la triple alianza de aquella república con Inglaterra y Suecia, á fin de que quedara sola expuesta á los golpes de su resentimiento. Los halagos y el oro alcanzaron lo que se proponia, y temerosos entonces los Holandeses de la tempestad que contra ellos se formaba, solicitaron el auxilio del Imperio y de España, sus eternos enemigos. No fué difícil, siendo unos los intereses, venir á concierto, y en vano fué que procurara Luis XIV disolver esta confederacion como habia hecho con la primera; inútilmente sus diplomáticos intrigaron y prometieron en Madrid y pretendieron que renovara España la guerra de Portugal sentando en el trono al desterrado Alfonso VI; la reina, arrastrada por el emperador y por el convencimiento de que, subyugada Holanda, acabaria de perderse la dominacion española en los Paises Bajos, mostrábase empeñada, á pesar de la triste situacion de la monarquía, en pagar á los Holandeses la deuda que con ellos tenia contraida. To-

(1) Las tropas de este regimiento habian de vestir á la francesa como los soldados de Schomberg, y de ahí que se por corrupcion les diera el nombre de *guardia chamberga*.

A. de J. C. 1671 do el año de 1671 pasóse, pues, en preparativos de guerra enviando tropas y dinero á Flandes, y entre los temores que embargaban á todos en vísperas de aquella nueva lucha, consternaron á la nacion la pérdida de sesenta naves sumergidas por la tempestad en la bahía de Cadiz, el horroroso incendio del Escorial, que duró quince dias y consumió preciosísimos monumentos griegos y arábigos (junio), y las nuevas recibidas de las Antillas donde el filibustero Morgan á la cabeza de una horda de piratas renovó los saqueos de Portobello y Panamá y se apoderó de la isla de Santa Catalina.

No estaba aun enteramente anudada la alianza entre España, el Imperio y Holanda, cuando Luis XIV resolvió realizar sus belicosos proyectos. Un rayo que hubiese estallado en un cielo sin nubes no habria causado mas espanto, segun expresion del caballero Temple, que la irrupcion de los Franceses en las Pro-
1672 vincias Unidas, cuatro años despues del tratado de Aquisgran (1672). A la cabeza de un ejército de ochenta mil hombres tomaron en un mes mas de cuarenta plazas fuertes, invadieron las provincias de Güeldres, Utrecht y Over-Issel y avanzaron hasta las cercanías de Amsterdam. Al manifiesto publicado por Luis XIV, quejándose vagamente de agravios é injurias que decia haber recibido de los Holandeses, unió otro el monarca inglés que, deseoso de justificar á los ojos de sus súbditos sus relaciones con el de Francia, anunció el proyecto de librar á los Ingleses de la competencia comercial de Holanda. Sus bajeles marcharon en auxilio de las tropas de Luis, y las Provincias Unidas parecieron próximas á ser destruidas por los mismos á quienes debian su independencia.

Los magistrados de Holanda no sabian que partido adoptar; los pueblos se quejaban amargamente; el ejército pedia á grandes gritos un general capaz de guiarle á los combates, y adquiriendo nuevas fuerzas el partido de Orange, restableció á Guillermo III en el stathouderato é hizo este cargo hereditario para sus descendientes varones. Guillermo logró reanimar el ánimo y la actividad de sus compatriotas, y mientras el almirante Ruiter sostenia con gloria en los mares el honor de la república, consiguió detener los progresos del enemigo rompiendo los diques é inundando el país, que era siempre el gran recurso que empleaban aquellos pueblos para su defensa.

El arzobispo de Colonia y el obispo de Munster habian abrazado la causa de Francia contra la república y lo mismo habia hecho el duque de Saboya, quien, para entretener á las tropas españolas que marchaban á Flandes, declaró guerra á la república de Génova, que estaba bajo la proteccion de España. Continuaban entre esta, el Imperio y Holanda las negociaciones para la liga, y en tanto que terminaban y que el emperador Leopoldo procuraba hacer entrar en ella á los príncipes alemanes, el conde de Monterrey, gobernador español de los Paises Bajos, envió al de Orange seis mil hombres para poner sitio á Charleroy, llave de cuantas conquistas hiciera Luis XIV. Acudió este con el grueso de sus tropas y Guillermo tuvo que levantar el sitio, pero Holanda estaba ya salvada. Quejóse altamente el monarca francés á la corte de Madrid de los auxilios prestados á sus enemigos como de una infraccion del tratado de Aquisgran, pero fuéle contestado que ningun artículo del mismo impedia á la nacion española socorrer á sus aliados. Análoga contestacion dió Leopoldo, á quien se quejaron los embajadores de Luis XIV por sus preparativos de guerra, y era evidente que la confederacion

avanzaba y que no tardaria en declararse públicamente. Por esto Luis aumentó su ejército con nuevas levas hechas en su reino, tomó á sueldo mayor número de Suizos, obtuvo de Carlos II de Inglaterra un refuerzo de ocho mil hombres, y dividiendo sus fuerzas en tres grandes ejércitos acaudillados por él, Turena y Condé, preparóse á emprender con nuevo brio las hostilidades.

La campaña de 1673 se abrió con el sitio de Maestricht, plaza de gran importancia en el Brabante holandés: expugnábala el célebre ingeniero Vauban, el primero que empleó en los sitios las paralelas y las plazas de armas, y á pesar de la denodada resistencia de la guarnicion hubo de rendirse despues de trece dias de trinchera abierta (20 de junio), sin que el príncipe de Orange pudiera romper las líneas francesas ni llegaran á tiempo los cinco mil Españoles que habia enviado el conde de Monterrey. La toma de esta plaza decidió á las potencias que querian conservar el equilibrio europeo, amenazado por la Francia, y en 30 de agosto firmóse en la Haya un tratado de alianza y amistad entre España, el Imperio, los Estados Germánicos y la Holanda, en el que se obligó el emperador á enviar al Rhin un ejército de treinta mil hombres, España á hacer la guerra á Francia con todas sus fuerzas y aun á declararla al rey de la Gran Bretaña si por su parte se oponia á admitir las condiciones de una paz razonable y justa, y Holanda, finalmente, á restituir á nuestra monarquía la plaza de Maestricht luego que la reconquistara y además cuanto habia perdido España desde la paz de los Pirineos. Al propio tiempo Guillermo de Orange hizo comprender á los Ingleses ser contrario á su interés hacer la guerra á un pueblo protestante en favor del rey de Francia, y el parlamento obligó á Carlos II á celebrar separadamente la paz con Holanda y á ofrecerle su mediacion. El elector de Colonia y el obispo de Munster abandonaron tambien la causa de Francia, y mientras ambas ramas de la casa de Austria tomaban las armas para defender la independencia holandesa, Dinamarca entró tambien en la confederacion y Federico Guillermo el Grande, elector de Brandeburgo, púsose en marcha en auxilio del jóven stathouder. Casi toda Europa habíase coligado contra la potencia rival de nuestra monarquía, y publicada la guerra (setiembre), parecia llegado para ella el momento de vengar sus pasadas derrotas y recobrar lo que habia perdido.

Con la misma rapidez con que hiciera Francia sus conquistas en Holanda, las perdió luego que los aliados entraron en campaña, y Luis XIV, ya se intimidara ante tantos enemigos concitados contra él, ya abrigase deseos de ganar tiempo ó de acallar el clamor de los pueblos enemigos de la guerra, aparentó estar dispuesto á admitir la mediacion que ofrecieron los soberanos de Inglaterra y de Suecia, y hasta envió embajadores á la ciudad de Colonia, señalada para la celebracion de las conferencias. Disolviéronse estas sin producir resultado en los primeros meses de 1674, y resuelto Luis á combatir contra todas las naciones coligadas, dirigió sus principales fuerzas contra España y los príncipes germánicos. Envió tropas al Rosellon para impedir que los Españoles pasasen los Pirineos, pues habíanse empeñado ya escaramuzas entre las tropas de Cataluña y las del general Bret; fortificó las provincias marítimas de Normandía y Bretaña, intrigó en Lisboa para reponer en el trono á don Alfonso, y dejando á Turena y á Condé para hacer frente á los Imperiales y al príncipe de Orange, marchó él á la conquista del Franco-Condado.

Hallábase esta provincia mas provista de tropas y municiones que en 1668, y el nuevo gobernador don Antonio Alveyda habia hecho reparar las fortificaciones de Besanzon, de Dole y de Gray y pedido socorros á los Suizos y al emperador; pero diseminadas las tropas por las plazas de importancia, apenas pudo reunir tres mil quinientos infantes y novecientos caballos, de modo que se halló imposibilitado de sostener la campaña. Principió las hostilidades el duque de Navailles haciéndose dueño de Gray y de Vesoul, no obstante el denuedo de las guarniciones españolas, harto reducidas para oponer muy larga resistencia, y puso sitio á Besanzon (25 de abril). Luis XIV fué en persona á animar el valor de sus soldados, á quienes daban rudos combates los tres mil Españoles que defendian la plaza, hasta que, estrechados por Vauban, tuvo el gobernador que capitular quedando aquellos prisioneros de guerra (15 de mayo). Indignóse la tropa al saber esta condicion, y saliendo de los muros se arrojó contra los Franceses, no para vencerlos, sino para morir; no dieron los Españoles cuartel ni lo pidieron, y todos quedaron muertos en el campo entre muchos cadáveres de sus enemigos. Las tropas de la ciudadela se defendieron hasta el 22 del mismo mes, y alcanzaron en la capitulacion todos los honores de la guerra. Rendida Besanzon, pasaron Luis XIV y el duque de Enghien á combatir la plaza de Dole, que dominaba toda la provincia, y en vano el duque de Lorena trató de salvarla haciendo una diversion con sus tropas, cuya marcha detuvo Turena; la ciudad hubo de rendirse (1.° de junio) y este ejemplo imitaron Salins, Faucognèe y otros fuertes de mas ó menos importancia, de modo que en seis semanas quedó perdida para España toda la provincia del Franco-Condado.

En tanto el príncipe de Condé, general de los Franceses en Flandes, habia aprovechado la vacilacion de los aliados para apoderarse de los castillos que impedian abastecer la plaza de Maestricht; seguíanle cuarenta mil hombres de aguerridas tropas, y el príncipe de Orange á la cabeza de sesenta mil Españoles, Imperiales y Holandeses, en su mayor parte gente bisoña y allegadiza, le salió al encuentro, confiado en la superioridad numérica de sus fuerzas, proponiéndose luego de vencerle invadir el reino de Francia. Avistáronse ambos ejércitos junto al pueblo de Seneff, y empeñado el combate por la mañana, siguió á la luz de la luna y terminó á las once de la noche en el pueblo de Say (11 de agosto). Fué aquella una de las mas sangrientas batallas de la época, y en el espacio de una legua quedaron muertos veinte y cinco mil hombres; de una y otra parte hubo además muchos heridos y buen número de prisioneros, y ambas tomaron por suya la victoria y se retiraron para rehacerse. El de Orange fué el primero que salió en busca de su enemigo, pero Condé rehusó el combate y dejóle amenazar la plaza de Oudenarde (setiembre) y apretar el sitio de Grave, que desde fines de julio tenia puesto el general Ravenhaut. Defendia la plaza el marqués de Chamilly, y despues de heróica resistencia, que costó á los sitiadores seis mil hombres, hubo de rendirla por capitulacion (octubre).

Igualmente animada fué la lucha en las márgenes del Rhin donde Turena con veinte mil hombres rechazó á los Imperiales de la Alsacia, á pesar de la superioridad de sus fuerzas, sirviendo así de escudo á los Franceses del Franco-Condado. Los estragos y horrores que cometió en el Palatinado mancharon, sin embargo, buena parte de sus laureles.

Guerreábase tambien en los Pirineos catalanes, y frustrada la conjura tramada en el Rosellon para volver el condado á la obediencia de España, el duque de San German abrió la campaña contra Schomberg, que mandaba á los Franceses, y se apoderó de Bellegarde. Fingiendo luego una retirada, atrajo al general Bret á unos desfiladeros, y empeñada sangrienta refriega en Maurellas, en las márgenes del Tech, los Franceses perdieron tres mil hombres y los acuchillados restos de sus divisiones huyeron despavoridos. San German no pudo aprovechar la victoria y aun le fué forzoso mantenerse á la defensiva todo el resto de la campaña en cuanto el gobierno le privó de casi todas sus tropas para enviarlas á Sicilia, donde habian sucedido graves acaecimientos. A. de J. C.

En efecto, cuando tantas atenciones pesaban sobre la agobiada España hubo de distraer á otra parte sus fuerzas, tan necesarias en Cataluña y en los Paises Bajos. El oro de Francia y algunos excesos del gobernador don Diego de Soria, marqués de Crispano, hicieron que la ciudad de Mesina se alzara en rebelion y que á los gritos de *¡Muera España!* aclamase al rey Luis XIV (agosto). Al momento acudieron á su puerto muchas fragatas francesas al mando de Valbelle, llevando á los sublevados tropas y municiones de boca y guerra, y con este auxilio pudieron arrojar á los Españoles de los fuertes que dominaban la ciudad. Con las tropas llegadas de Cataluña y de Milan, el nuevo virey, marqués de Villafranca, nombrado en reemplazo del de Bayona, puso cerco á la ciudad y trató de rendirla por hambre á fin de evitarle los horrores de un asalto, y estrechados se hallaban ya los de dentro, cuando llegó Duquesne y luego el duque de Vivonne con una armada de veinte y ocho naves que al fin lograron forzar la entrada del puerto despues de sostener vigoroso combate con los bajeles españoles que mandaba don Melchor de la Cueva (febrero de 1675). Con esto la 1675
armada española hubo de retirarse á Nápoles, y Mesina tuvo expeditas sus comunicaciones por mar, aunque no por tierra, pues las demás ciudades de la isla, lejos de seguir el movimiento, declaráronse abiertamente contra los Franceses y prestaron todas decidido apoyo al marqués de Villafranca. Esto condenó al duque de Vivonne, que habia sido reconocido y jurado como virey (abril), á algunos meses de inaccion, y solo cuando hubo recibido refuerzos de hombres y naves acometió algunas ciudades, apoderándose de Agosta y de Lentini (agosto).

En conformidad á los artículos secretos de su alianza con Luis XIV los Suecos entraron en el electorado de Brandeburgo para llamar á su país al elector Federico Guillermo, que mandaba en el Rhin las tropas imperiales. El imperio declaró entonces la guerra á Suecia mientras el elector derrotaba á su ejército en Fehrbellin, y este desastre de los aliados de Francia, quienes acabaron por ser despojados de casi todas sus posesiones en Alemania, ejerció gran influencia en la suerte de la campaña, sin que lo neutralizaran del todo las victorias obtenidas en otros puntos por las tropas de Luis XIV. Condé, burlando en los Paises Bajos las operaciones del príncipe de Orange y del duque de Villahermosa, sucesor del conde de Monterrey, apoderóse de Dinant, de Huis, de Limburgo y de Tillemont, evitando siempre la batalla con que le brindaban Españoles y Holandeses, quienes se limitaron á tomar la plaza de Binch observando siempre al enemigo é impidiéndole que hiciese mayores daños. Condé impidióles el paso del Mosa que habian intentado, y así mandando este general como su sucesor el duque de

A. de J. C. Luxemburgo, fueron de escasa importancia los resultados obtenidos por una y otra parte.

Mas famosa fué la campaña de Alemania donde guerreaban dos caudillos igualmente entendidos y á la par ilustres, Montecuculli y Turena. Guerra la que se hicieron ambos de profunda táctica, de sábias marchas y contramarchas, la habilidad de los dos generales mantuvo la lucha sin decidida ventaja por ninguno de los dos, y solo cuando en 29 de julio una bala de cañon dejó á los Franceses sin general en las cercanías de Achenheim, obtuvieron los Imperiales alguna superioridad. Condé, que le sucedió, no pudo restablecer la igualdad de la lucha y vióse obligado á emprender la retirada, en la que fué seguido por los Imperiales que pasaron el Rhin y entraron en Alsacia.

En las fronteras del Rosellon habíanse limitado las operaciones de la guerra á combates de escasa importancia, aunque gloriosos y sangrientos, en los que manifestaron otra vez su arrojo los *miquelets* del país, mandados por cierto Trincheria y Lamberto Manera, baile de Massagoda (1). Enviadas á Sicilia las tropas españolas, Schomberg penetró en el Ampurdan por el Coll de Bañols, entró en Figueras y atacó á Gerona donde se habia encerrado con algunas fuerzas el duque de Medinasidonia. Heróicos hechos se vieron en la defensa de la plaza, y por último, cansado el Francés de una resistencia que no esperaba, alzó el cerco y se retiró con trabajo y pérdida, incesantemente acosado por los almogavares de Trincheria y por los somatenes, que no le daban un momento de reposo ni dejában convoy seguro. Púsose en seguida el mariscal sobre el castillo de Bellegarde, y aunque los *miquelets* rompieron sus líneas, los capitanes y soldados enviados por el de San German en auxilio del castillo, se negaron á encerrarse en sus muros, y la guarnicion, compuesta de mil hombres, hubo de rendirlo por capitulacion (20 de julio). Los Franceses amenazaron luego á Puigcerdá, pero hallando la plaza bien fortificada, se retiraron á cuarteles de invierno. Los escritores contemporáneos observan con complacencia que Schomberg, contentándose con las contribuciones que exigia á los pueblos que ocupaba, no taló los campos ni estragó la tierra.

Continuaban los Franceses ocupando á Mesina, é imposibilitada España de enviar refuerzos á Sicilia por falta de naves, habia pedido auxilios á su aliada la república de Holanda, la que envió al Mediterráneo veinte y cuatro navíos de guerra al mando del almirante Ruyter. Habia este de embarcar en Barcelona á don Juan de Austria, recientemente nombrado virey y general de todos los dominios españoles en Italia, y á las tropas reclutadas para dar impulso á la guerra, pero el príncipe, que veia muy próximo el dia en que habia de sustituir su gobierno al de la reina madre, no vaciló en comprometer el éxito de la expedicion como hiciera antes con la de Flandes, y se negó á marchar. Ruyter partió,
1676 pues, de Barcelona sin llevarse al caudillo ni á las tropas, y en enero de 1676 se incorporó con la escuadra española en las aguas de Sicilia. Luis XIV mandó á Duquesne salir al encuentro del almirante holandés, que pasaba por el marino

(1) En uno de estos encuentros pereció el general de caballería Juan Dardena, que tanto se habia distinguido en el levantamiento de Cataluña contra Castilla, y que constante en la causa que una vez abrazara, defendia aun las banderas de Francia.

mas hábil de su siglo, y ambas armadas se avistaron y empeñaron batalla á la altura de las islas de Lipari. Componíase la francesa de veinte navíos y seis brulotes, y casi iguales las fuerzas de ambos enemigos, pues las galeras españolas combatidas por la tempestad, no pudieron tomar parte en la lucha, quedó indeciso el resultado de la misma. Las dos escuadras se apresuraron á reparar sus pérdidas, y los Holandeses enviaron refuerzos á Ruyter, que sitiaba ya por mar la plaza de Mesina secundando al ejército de tierra; mas luego en una segunda batalla naval, empeñada cerca de Agosta, Españoles y Holandeses quedaron muy maltratados y perdieron al almirante Ruyter que, rotas entrambas piernas y herido en la cabeza, daba aun disposiciones para la continuacion del combate (21 de abril). Rehaciéndose estaban los aliados en el puerto de Palermo, cuando Vivonne y Duquesne que habian hecho lo mismo en Mesina y recibido además refuerzos de Marsella y de Tolon, lanzaron sobre ellos sus brulotes ayudados de un viento impetuoso; siete navíos de guerra, seis galeras y otros buques menores ardieron en pocos instantes; setecientas piezas de artillería fueron presa de las olas y perdieron la vida más de cinco mil hombres, oficiales, soldados y marineros (2 de junio). Dueños quedaron entonces los Franceses de los mares de Sicilia, y alentados los de Mesina, no solo se apoderaron de las fortalezas inmediatas á la ciudad, sino que llevaron sus excursiones á la otra parte del estrecho.

No habia cesado el rey de Inglaterra en sus proposiciones de mediacion, logrando por último en diciembre del año anterior que las naciones empeñadas en la lucha enviaran sus plenipotenciarios á Nimega, ciudad señalada para las conferencias, sin que por esto, como hemos visto, se suspendieran las hostilidades. Al contrario, Luis XIV reforzó sus regimientos, y en 1676 puso cuatro ejércitos en campaña: uno en el Rhin al mando del duque de Luxemburgo, otro en el Sambre y Mosa á las órdenes del mariscal de Rochefort, otro en Rosellon y Cataluña acaudillado por el duque de Noailles, y finalmente otro de cincuenta mil hombres en Flandes, cuyo mando se reservó él en persona, secundado por el duque de Orleans, los mariscales Crequi, Schomberg, La Feuillade y otros expertos capitanes. Con él acometió y tomó las plazas de Condé (abril) y Bouchain (mayo), sin que pudiesen socorrerlas aportunamente Orange y Villahermosa, y despues de enviar refuerzos á Alsacia y á Lorena y de talar el país inmediato á Mons, regresó á Francia, dejando á Schomberg el mando del ejército (julio). El mariscal Humières rindió la plaza de Ayre sin que llegara á tiempo de impedirlo el duque de Villahermosa, y en tanto el príncipe de Orange cayó sobre la plaza de Maestricht á la que daban guarnicion cuatro mil Franceses al mando del general Calvo. Impetuosas fueron las embestidas y desesperada la resistencia, pero habiendo acudido Schomberg en auxilio de la plaza, Españoles, Imperiales y Holandeses levantaron el cerco (agosto), y por medio de hábiles operaciones lograron retirarse, no solo burlando al enemigo, sino colocándole en situacion muy crítica. Otros pequeños fuertes, entre ellos los de Bouillon y Livieck, cayeron en poder de los Franceses.

En las fronteras de Alsacia el duque de Lorena, sucesor de Montecuculli, y el mariscal de Luxemburgo, que lo era del príncipe de Condé, tuvieron un encuentro reñido é indeciso, y el Francés tomó la plaza de Philipsburgo. El de Lorena se retiró con escasa gloria á cuarteles de invierno (octubre), y el mariscal quedó ocupando la Lorena y la Alsacia.

El marqués de Cerralbo habia sustituido en el mando de las tropas de Cataluña al duque de San German, como el mariscal de Noailles habia reemplazado á Schomberg en el mando de las enemigas. El último, con quince mil hombres, invadió el Ampurdan por el Pertús (abril), entró en Figueras haciendo prisionero á un tercio catalan, mas no se atrevió á embestir á las pocas tropas españolas que en Gerona se encontraban. A imitacion de los Catalanes formó unas compañías de miqueletes franceses, pero aquellos, que tenian de su parte el país, llevaban siempre la ventaja, y en vano fué que para exterminarlos y librarse de tan molesto enemigo destacara al mariscal Cabaux con todos los dragones y bastante infantería: los almogavares hostigaban incesantemente su vanguardia y sus espaldas, hasta que, muy disminuido su ejército y sin haber realizado cosa de importancia, retiróse al Rosellon (julio), desde donde continuó sus excursiones con mas daño de los pueblos que beneficio para su causa.

Mientras así iba extenuándose la monarquía en insuficientes é inútiles esfuerzos para conservar dominios y provincias que se le escapaban de las manos y cuya defensa empezaba á mirarse como ruinosa y perjudicial (1), la corte de Madrid, ocupada únicamente en miserables intrigas y en rivalidades de mando, ofrecia el triste espectáculo que mas convenia á aquel pueblo y á aquellos hombres degenerados. Al padre Everardo Nithardt habia sucedido en la confianza y en el favor de la reina don Fernando de Valenzuela, jóven de agraciada figura, dotado de un carácter mañero y de modales seductores, aficionado á las letras y poeta. Natural de Ronda é hijo de padres hidalgos, aunque pobres, el jóven don Fernando habia entrado al servicio del duque del Infantado, y muerto este al del padre Everardo, quien poco á poco, experimentando que era hombre de valor, de reserva y de cierta capacidad, le dispensó su confianza y le introdujo en palacio para que le enterara de lo que allí pasaba. Casó entonces con la camarista mas favorecida de la reina María Eugenia de Uceda, y al ser desterrado el confesor quedó él de confidente de doña Mariana, siendo el conducto por que se comunicaba en secreto con el vencido jesuita. Valenzuela siguió informando á la reina de cuanto sucedia en la corte como hiciera antes con el ministro, y el *Duende de Palacio*, como en un principio se le llamó, tenia cada noche largas conferencias con S. M., á las cuales dió la maledicencia un carácter y una significacion que no está probado que tuviesen. Los clamores de los consejos, el desabrimiento de los ministros no bastaron á contener la elevacion progresiva del nuevo privado, que subiendo en poco tiempo todos los escalones del favor, fué gran escudero, marqués de San Bartolomé de Pinares, caballerizo mayor, marqués de Villa-

(1) Con motivo del llamamiento hecho por doña Mariana al patriotismo de la nacion en 1667 al invadir los Franceses los Paises Bajos, el embajador francés arzobispo de Embrun escribia á Luis IV: «Las sumas recogidas no llegan con mucho á los tres millones de oro que se mandaban en otro tiempo á Flandes para sostener la guerra, y es cierto que aquellos paises no pueden defenderse con los socorros de España. Si en adelante siguen bajo su obediencia será por cariño de los pueblos ó por interés de los príncipes vecinos. Además, comiénzase á decir que los Paises Bajos han causado la ruina de España, cuyos hombres y dinero han consumido, lo que es verdad, y como el pueblo ve que la tempestad está muy lejana de su cabeza, le importa poco esa guerra. Solo el consejo de estado reconoce el interés de la defensa de los Paises Bajos porque conservan la reputacion de la monarquía respecto de Inglaterra y de Alemania, y además le sirven de baluarte contra la Francia distrayendo sus fuerzas hácia aquel antiguo teatro de la guerra.» Docum. pub. por M. Mignet, t. II, p. 127.

sierra, grande de España, y finalmente primer ministro, con escándalo de la gente sensata al ver las imprudencias mas jactanciosas que verdaderas del favorito que ponian en muy mal lugar á la reina doña Mariana. Sin embargo, á Valenzuela, en su afan de entretener al pueblo y de dar ocupacion á los indigentes, se debieron algunas obras de ornato y de utilidad, entre las cuales se cuentan la reedificacion de la plaza Mayor de Madrid en la parte destruida por el último incendio, el puente de Toledo en el Manzanares, el frontispicio de la plazuela de palacio y otras. Cuéntase además que Madrid era bajo su mando una contínua fiesta; las corridas de toros, las comedias y otros espectáculos se sucedian sin interrupcion, y el pueblo entraba gratuitamente en los corrales siempre que se representaban las composiciones dramáticas del favorito. A. de J. C.

Los partidarios de don Juan de Austria eran los que mas escandalizados se mostraban por el favor de Valenzuela, y no omitian esfuerzo para desacreditarle cerca del monarca, que próximo como se hallaba á entrar en la mayor edad, habia de empuñar por sus manos las riendas del gobierno. En el estado de ardientes intrigas en que este suceso ponia á la corte, la reina y Valenzuela pensaron en alejar á don Juan enviándole á Sicilia, pero frustróseles este plan, pues sus enemigos habian alcanzado antes de Carlos una carta mandando al príncipe marchar á la corte. El dia 6 de noviembre de 1675 era el señalado para la declaracion de la mayor edad del rey, y don Juan, que se hallaba ya en palacio, teníalo todo dispuesto para que el primer decreto que firmase fuese el de nombrarle á él primer ministro. Sin embargo, toda aquella trama se deshizo ante el ascendiente que tenia en su hijo doña Mariana: don Juan recibió órden de volver á Aragon, como lo hizo á la mañana siguiente triste y abochornado; sus principales partidarios fueron desterrados de la corte, y Valenzuela, afirmándose mas y mas en el poder, recibió nuevos títulos y nuevos empleos.

No cesaron por esto las conjuras contra la reina y el privado; al contrario, muchos grandes, irritados por la portentosa elevacion del hidalgo andaluz, firmaron un compromiso obligándose á trabajar todos juntos y cada uno por sí en apartar para siempre del lado de S. M. á la reina madre y á Valenzuela y á hacer á don Juan de Austria primer ministro y consejero del rey (diciembre de 1676) y el plan tuvo esta vez un éxito completo. Apoderados del ánimo del rey, los autores de la trama hicieron que Carlos, acompañado de un solo gentilhombre, saliera una noche de palacio y se trasladara al Buen Retiro (14 de enero de 1677), y desde allí le hicieron escribir á su madre prohibiéndole salir de pa- 1677
lacio. En esto don Juan de Austria, prevenido de todo, habia partido de Zaragoza con régio acompañamiento, y llegado á Hita, vió salir á su encuentro el cardenal de Toledo y otros señores á decirle de parte del rey que despidiera la gente armada que traia y prosiguiera su viage á Madrid, donde le esperaba para encomendarle la direccion de los negocios del Estado. Doña Mariana, que no habia podido recobrar en su hijo el antiguo predominio y que conoció haber sido vencida por sus enemigos, unió sus instancias á las del jóven Carlos, mas don Juan, sin darse aun por satisfecho, exigió para seguir adelante el destierro de la reina madre, el alejamiento de la guardia chamberga y la prision de Valenzuela. Todo se hizo segun su voluntad: doña Mariana salió para Toledo, el batallon chambergo fué destinado á Mesina, y Valenzuela, que se hallaba en el sitio de San Lo-

renzo bajo seguro real, fué preso, despues de muchas negociaciones con los monges y de cuatro dias de incesantes pesquisas por todos los ángulos del grandioso edificio. Trasladado á la fortaleza de Consuegra, fué luego desterrado á Filipinas (1).

Cumplidas así sus voluntades, libre de sus principales enemigos, don Juan llegó al Buen Retiro en 23 de enero, siendo recibido con benevolencia por Carlos y con gran entusiasmo por el pueblo, que esperaba de él el remedio de todos sus males. Sus primeras disposiciones fueron desterrar á los principales del partido contrario, al duque de Osuna, al almirante de Castilla, al príncipe de Stigliano, á los marqueses de Mondéjar y de Mancera, á los condes de Humanes y de Aguilar y á otras personas de cuenta y declarar nulas cuantas mercedes, títulos y despachos habia obtenido Valenzuela, mandando que se recogieran. Doña María de Uceda, esposa del caido favorito, en cuya casa no se halló nada que justificara los dichos del vulgo acerca de los tesoros por él acumulados, fué desterráda á Toledo y despues á Talavera, donde al fin murió demente, reducida á la mayor miseria.

El hijo natural de Felipe IV no correspondió, muy lejos de esto, á las esperanzas que en él se cifraban, que estas, como siempre en tales casos sucede, pasaban de lo justo, y además no era hombre don Juan para regir la monarquía en las espinosas circunstancias que la venian afligiendo. Altivo y soberbio, mas que á los intereses del Estado, aplicóse á satisfacer un mezquino espíritu de venganza contra cuantos se habian opuesto á su elevacion; fijos constantemente sus ojos en el alcázar de Toledo, residencia de la reina madre, atormentábanle frívolos temores, y rodeado de espías, dando excesiva importancia á lo que contra él se decia ó tramaba, ocupado en chismes de corte, atento á cosas de pura etiqueta ó de pura vanidad, mas cuidadoso de entretener al rey con pasatiempos que de guiarle en el arte de gobernar, seguian las cosas el mismo rumbo que antes, y el desgobierno dentro y los desastres fuera continuaban causando la desesperacion de los pueblos. Leyes suntuarias haciendo variaciones en los trages de la corte (2), la supresion del consejo de Indias, que absorvia inmensas sumas, algunas modificaciones en el de Hacienda disminuyendo el número de sus empleados, y otras reformas incompletas que no bastaron á realzar el crédito ni á disminuir las cargas públicas, fué lo único que se debió al gobierno de don Juan, y como se mostrase al propio tiempo muy escaso en otorgar recompensas, no se necesitó mas para que, trocándose en desafecto el amor que le profesaran pueblo y magnates, se echasen á menos los anteriores ministros y se escribiesen cartas á la reina madre solicitando su regreso.

Tiempo hacia que los Aragoneses instaban á Carlos para que fuera á jurar los fueros y libertades del reino, y así para complacerles, segun antes les prometiera, como para distraer al rey de la jornada de primavera que proyectaba á

(1) Tratado allí en un principio con gran severidad y luego con mayor blandura, obtuvo en 1689 licencia para trasladarse á Méjico, en cuyas cercanías murió de una coz que recibió de un potro que estaba domando.

(2) Entonces fueron abolidas las antiguas golillas y sustituyéronlas las corbatas, las chambergas, los calzones anchos y los bridecúes.

Aranjuez, sitio muy cercano á Toledo para que no le inspirara inquietudes, hizo don Juan que convocara en Calatayud cortes de Aragoneses, y que á últimos de abril abandonara sin aparato su palacio para tomar el camino de Aragon. A principios de mayo llegó el rey á Zaragoza, donde fué recibido con gran fiesta y alborozo, y trasladadas las cortes á aquella ciudad á instancias de sus magistrados, juró el monarca los fueros y las libertades del reino. En seguida determinó volverse á Castilla, y sin que le hicieran variar de intento los embajadores de Cataluña rogándole que, como les era debido, fuese á Barcelona á prestar el ordinario juramento, tomó otra vez el camino de Madrid, dejando por presidente de las cortes á don Pedro de Aragon, de la casa de Cardona.

La guerra era en tanto mas encendida que nunca. Por el mes de febrero (1677) habíase puesto Luis XIV sobre la plaza de Valenciennes; contaba en ella con muchos confidentes y partidarios, quienes, dejando un postigo abierto al abandonar en tropel una media luna acometida por el enemigo, dieron á este entrada en la plaza (17 de marzo). Tres mil setecientos hombres quedaron prisioneros de guerra. Conseguida esta ventaja, el monarca francés asedió á Cambray y envió á su hermano el duque de Orleans contra la plaza de Saint-Omer. Los defensores de Cambray por no acarrear la ruina de la ciudad la rindieron á los pocos dias y se retiraron á la ciudadela (6 de abril), mientras que el príncipe de Orange, acudiendo en auxilio de Saint-Omer, provocó á los Franceses á batalla en los campos de Cassel. La victoria se declaró por el enemigo despues de porfiado combate, y los aliados hubieron de ceder el campo con pérdida de tres mil muertos, dos mil quinientos prisioneros, muchas banderas, la artillería y los bagages. Saint-Omer no tardó en capitular (22 de abril), y lo mismo hizo don Pedro Zabala, gobernador de Cambray, despues de heróica resistencia que le valió grandes elogios por parte de Luis XIV. Rehecho el de Orange y juntado un ejército de cincuenta mil hombres, fingió marchar contra Maestricht y cayó sobre Charleroy, pero acudiendo al auxilio el mariscal de Luxemburgo con fuerzas superiores, retiróse sin aceptar la batalla contra el dictámen del duque de Villahermosa (agosto). Tomó por fin la plaza de Binch y los Franceses la de Saint-Guillain, y así terminó aquella campaña por una y otra parte.

El marqués de Cerralbo habia sido sustituido en el vireinato de Cataluña por el príncipe de Parma, y este poco tiempo despues por el conde de Monterrey, gobernador que habia sido de Flandes, á quien don Juan de Austria quiso alejar de la corte, recelando que su familiaridad con Carlos pudiese convertirse en privanza. El mejor aspecto que presentaban las cosas de Sicilia permitió dirigir á Cataluña las tropas destinadas á aquella isla en número de once mil quinientos hombres, con lo cual y con el donativo que hizo el Principado, pudo el conde salir á campaña á fines de junio con un ejército superior en número al del enemigo. Ocupaba este con ocho mil hombres mandados por el mariscal de Noailles una posicion excelente en Coll de Bañols, y despues de algunos dias de mútua observacion, tomó el Francés el partido de replegarse silenciosamente (4 de julio). Siguiéronle los Españoles, aunque con mas desórden del que fuera menester, hasta que el de Noailles volvió frente y se empeñó una brava pelea que duró cinco ó seis horas haciendo en nuestra vanguardia considerable estrago. El maestre de campo general don José Galcerán de Pinós procuró introducir el concierto

A. de J. C. entre la desordenada gente, y el combate se hizo general con grandes pérdidas de una y otra parte. Los Franceses con una baja de mil quinientos hombres entre muertos y heridos se retiraron al Rosellon, y los Españoles con pérdida casi igual retiráronse tambien á las plazas fuertes, sin que unos ni otros volviesen á salir á campaña durante el resto de aquel año.

Durante el mismo, creyendo los Moros que, ocupada España en sangrientas guerras y en familiares y desastrosas rencillas, era favorable coyuntura para apoderarse de Oran, la embistieron reciamente; pero defendióla su gobernador con tanta bizarría que escarmentados se retiraron con pérdidas considerables.

1678 Llegado el mes de abril del siguiente año (1678), Noailles salió á campaña y fingiendo amenazar la plaza de Gerona, cayó sobre Puigcerdá. Defendia la plaza su gobernador Sancho Miranda con dos mil hombres de tropa y setecientos paisanos armados, y por espacio de un mes entero burló los esfuerzos de los sitiadores y de su poderosa artillería. El conde de Monterrey acudió con trece mil hombres hasta legua y media del campo enemigo, pero despues de algunos dias de observacion retiróse sin haber intentado atacarlo, y el valeroso gobernador de Puigcerdá abrió sus puertas á los Franceses con honrosas condiciones (28 de mayo). Atribuyen algunos la retirada de Monterrey á la noticia de haber aparecido una escuadra francesa en las aguas de Barcelona, y en efecto, Duquesne con algunas naves acercóse al puerto de esta ciudad, y á pesar del fuego de los fuertes, incendió un navío de línea y algunos otros buques. Conquistada y guarnecida Puigcerdá, Noailles volvió al Rosellon, pero en setiembre penetró de nuevo en Cataluña, y sin acometer empresa considerable mantuvo sus tropas en el Ampurdan y en la Cerdaña, hasta que tomó cuarteles de invierno en la otra parte de los Pirineos despues de haber destruido las fortificaciones de Puigcerdá y otros castillos, sabiendo que estaba á punto de concluirse un tratado de paz general.

En efecto, dada en matrimonio al príncipe de Orange la sobrina del rey de la Gran Bretaña, habia cambiado el aspecto de la guerra: Carlos II, cediendo á las instancias de su nuevo pariente y al voto del parlamento, formó liga con España el Imperio y Holanda contra Francia, retiró las tropas inglesas que servian en el ejército de esta nacion é hizo equipar ochenta naves con treinta mil hombres de desembarco (enero de 1678), aunque, ó ganado por Luis XIV, ó hallándose bien con su vida regalada, difirió cuanto pudo declararle solemnemente la guerra. El Francés aprovechó aquella dilacion, y á fin de alcanzar mejores condiciones en la paz, que veia ya inevitable, movió todos sus ejércitos á un tiempo, y amenazó las plazas de Namur, Mons, Iprés, Gante y Luxemburgo (marzo). Mandaba en Gante don Francisco Pardo, y con escasas tropas y recursos para muy larga defensa fué en vano que abriera las esclusas, que levantara milicias y que mantuviera en constante alarma á los sitiadores: al cabo de ocho dias tuvo que rendirse (9 de marzo), é igual ejemplo hubo de imitar el gobernador de Iprés (25 de marzo), cuyas plazas pagaron enormes contribuciones y recibieron guarnicion francesa.

En cambio, la de Mesina volvió por aquel tiempo á la obediencia de España. A pesar de sus triunfos de 1676, los Franceses no habian podido extender sus conquistas por la isla de Sicilia ni por el reino de Nápoles; el marqués de los Velez y Portocarrero, vireyes de aquellos territorios, habíanse mostrado activos y

entendidos en reunir recursos para hacer frente al enemigo, y los naturales que aborrecian á los Franceses por sus excesos y violencias, tanto que en la misma ciudad de Mesina se conspiraba contra ellos, secundaban con ahinco las disposiciones de las autoridades españolas. Por esto en 1678 encontramos á las tropas de Luis XIV reducidas á la sola posesion de la plaza sublevada y de Agosta, hasta que unida Inglaterra á la causa de España y de Holanda, conocieron que les seria imposible conservarlas ante las fuerzas de las tres naciones. Reemplazado el duque de Vivonne por el mariscal de La Feuillade, preparó este sus tropas y bajeles bajo pretexto de una expedicion contra Siracusa y Catania, y al tenerlo todo preparado reunió á los senadores de Mesina y les comunicó su resolucion de abandonar la isla. Asombrados y llenos de pavor al considerar el castigo que les esperaba, en vano intentaron los magistrados detener al mariscal con súplicas y razones; el Francés hubo de obedecer las órdenes recibidas, y su escuadra con todas las tropas y unas quinientas familias de la ciudad, que habian logrado ser admitidas en ella, hízose á la vela en 16 de marzo. Siete mil habitantes huyeron de Mesina, temerosos de los Españoles, y en efecto, no usaron estos de moderacion para con la ciudad que de aquel modo habia sido abandonada por sus aliados sin garantías de ninguna especie. El conde de Santo-Stefano, virey de Cerdeña, que reemplazó á Vicente de Gonzaga en el gobierno de la isla, empezó por secuestrar los bienes de los emigrados y por expulsar del país á cuantos habian obtenido empleos durante la dominacion francesa. En seguida mandó formar causa y castigar con el último suplicio á algunos de los mas comprometidos, y al propio tiempo disolvió el senado, abolió los privilegios y fueros de la ciudad, que fueron quemados por mano del verdugo, privó á los habitantes del uso de armas, mandó fundir la campana del ayuntamiento que llamaba á los habitantes al consejo y al combate, y obligólos á levantar ellos mismos la ciudadela que habia de vigilarlos y contenerlos.

Gran sorpresa causaron á Luis XIV el enlace de María de Inglaterra con Guillermo de Orange y la nueva actitud del rey Carlos II, y ningun medio omitió de los que tan eficaces eran en la corte de la Gran Bretaña, esto es promesas de aumentar los subsidios y las pensiones, para apartar al rey de sus recientes aliados. Carlos, empero, que veia vacilante su trono á continuar en la senda antes emprendida, negóse á seguir favoreciendo los intereses de Luis XIV, y por el contrario, alarmado al tener noticia de las últimas é importantes conquistas realizadas por los Franceses en los Paises Bajos, accedió á lo que con instancia solicitaba el parlamento, y al mismo tiempo que declaró la guerra á Francia (9 de mayo), embarcó para Ostende algunos miles de infantes.

La guerra tocaba á su fin, y los últimos sucesos de la misma fueron la sorpresa de Leaw, que no pudo evitar el príncipe de Orange, y el ataque que este y el duque de Villahermosa con tropas españolas, inglesas y holandesas dieron á las líneas del mariscal de Luxemburgo, que sitiaba con buen número de gente la plaza de Mons (agosto). Encarnizada y cruel fué la batalla, y siete mil hombres se hallaban tendidos en el campo cuando la noche dividió á los combatientes, sin que aliados ni Franceses hubiesen alcanzado la victoria. Creíase que se renovaria la lucha al dia siguiente, pero aquella noche recibióse en ambos campos la noticia oficial de haberse firmado la paz, y á la mañana siguiente, despues

de enterrar los muertos y recoger los heridos, los dos ejércitos se replegaron á sus posiciones.

Como hemos dicho, desde fines de 1675 hallábanse reunidos en Nimega los plenipotenciarios de las potencias beligerantes, pero se adelantaba muy poco en las conferencias tenidas entre ellos, porque diariamente cada enviado recibia instrucciones nuevas, segun eran ó no favorables á quien las daba los sucesos de la guerra. España, el Imperio y Holanda, convencidos de que Inglaterra no habia de consentir en que pasaran los Paises Bajos al dominio de Francia, ponian todos sus conatos, mas que en adelantar las negociaciones de paz, en arrancar á aquella potencia del partido de Luis XIV, pero Carlos II, segun hemos dicho, prefirió por mucho tiempo las pensiones del gran rey á la alianza de aquellos á quienes veia llevar lo peor de la contienda. Por su parte Luis proponíase mas que todo adelantar sus conquistas, y entre tanto procuraba deshacer la confederacion y mas que á tratar con todos aspiraba á negociar separadamente con cada uno de los confederados. Véase, pues, cuantos obstáculos é intereses encontrados, además de las ordinarias cuestiones de presidencia y ceremonial, habian de alargar las conferencias, cuantas proposiciones y ofertas, cuantas negativas y modificaciones, cuantas cartas y notas habian de mediar entre los plenipotenciarios. No nos es posible por la índole de esta obra hacer de las mismas detenida historia, y solo diremos que la resuelta actitud últimamente tomada por Carlos de Inglaterra, los triunfos de las armas francesas y la entrada de don Juan de Austria en la direccion de los negocios de España, parecieron haberlas de dar un pronto y definitivo desenlace. Dirigíanse los principales esfuerzos de Luis XIV, hemos dicho, á tratar particularmente con cada uno de los confederados con la esperanza de alcanzar así mejores condiciones; aprovechó, pues, las buenas disposiciones que en favor de la paz abrigaban los Estados Generales de Holanda, recelosos del stathouder, y sus embajadores, obrando en conformidad á su sagaz política, lograron celebrar con ellos dos tratados especiales, uno de paz y otro de comercio (10 de agosto de 1678), sin conocimiento de don Pedro Ronquillo y del marqués de los Balbases, ni de otro alguno de los embajadores. Los de España, los del Imperio, los de Inglaterra, los de Dinamarca, los del elector de Brandeburgo y los del obispo de Munster, todos prorumpieron en quejas y reclamaciones al saber tal deslealtad; hasta el mismo príncipe de Orange procuró que no fuesen los tratos ratificados por los Estados Generales, y algo influyó en estos semejante actitud en cuanto, constituyéndose en mediadores entre España y Francia, difirieron la ratificacion de aquellos hasta que los suscribiera España. El desacuerdo que entonces reinaba entre nuestra corte y el Imperio á consecuencia del destierro de la reina madre, agravó mas aun la deplorable situacion de España en las conferencias, y abatida, participando de los sentimientos manifestados por su plenipotenciario Ronquillo en estas palabras: «¡Qué le hemos de hacer! ¡Mas vale arrojarse por la ventana que de lo alto del tejado!» siguió por algunas semanas las negociaciones y acabó por consentir en todo lo que Inglaterra y los Estados Generales de Holanda recabaron en favor suyo del exigente Luis, que ante la resuelta demanda de aquellas potencias hubo de modificar algo sus condiciones.

Firmóse por último el tratado entre España y Francia en 17 de setiem-

bre de 1678, y en los treinta y dos artículos que lo componian estipulóse que Luis XIV habia de restituir al rey católico las ciudades de Charleroy, Ath, Binch, Oudenarde y Courtray, cedidas por el tratado de Aquisgran, y además la ciudad y el ducado de Limburgo, Rodenhuys, Gante, el país de Weres, Saint-Guislain y Puigcerdá, y que Francia recibiria en cambio, reconociéndose en adelante como parte de sus dominios, el Franco-Condado, y las ciudades flamencas de Valenciennes, Condé, Saint-Omer, Cambray, Iprés, Bouchain, Ayre, Maubeuge, Werwick, Popesingue, Warneton, Cassel y Bailleul. Este tratado, otro paso mas en la desmembracion de la monarquía, fué ratificado por Luis XIV en 3 de octubre y por Carlos II de España en 14 de noviembre, luego que se hubo firmado la paz entre Francia y el Imperio. Los príncipes y las potencias de segundo órden que habian tomado parte en la guerra, imitaron á Holanda, á España y al emperador y trataron sucesivamente, haciendo mayores ó menores sacrificios, con el victorioso y hábil Luis XIV. La preponderancia de la monarquía francesa era ya un hecho; el rey de Francia era el árbitro de Europa.

CAPÍTULO XVII.

Trátanse las bodas de Carlos II con la princesa María Luisa de Borbon.—Decae la privanza de don Juan de Austria.—Su muerte.—La reina madre vuelve á Madrid.—Bodas del rey.—Ministerio del duque de Medinaceli.—La Junta Magna.—Calamidades en los dominios españoles.—Injustas pretensiones de Luis XIV.—*Las Cámaras de reunion.*—Nueva guerra.—Pérdida de Luxemburgo.—Sitio de Gerona.—Bombardeo de Génova.—Tregua.—Malestar del reino é intrigas en la corte.—Génova abandona el protectorado español.—Ministerio del conde de Oropesa.—Útiles reformas.—Liga de Augsburgo contra Luis XIV.—La escuadra francesa delante de Cádiz.—Cortes de Zaragoza.—Desgracias de la monarquía y debilidad del rey.—Revolucion de Inglaterra.—Estalla la guerra.—Descontento de Cataluña.—Muerte de la reina María Luisa y segundas nupcias de Carlos.—Campaña de Flandes.—Se pierde y recobra Camprodon.—Hostilidades contra los presidios españoles de Africa.—Grandes preparativos de Francia.—Batalla de Fleurus.—Batalla de Staffarda.—Pérdida de San Juan de las Abadesas, Ripoll y otras plazas.—Sitio de Mons.—Operaciones en Saboya.—Los Franceses toman á Urgel.—Caida del conde de Oropesa.—Sitio de Namur.—Operaciones de la guerra.—Bombardeo de Barcelona y de Alicante.—Batalla naval de la Hogue.—Batalla de Nerwinden.—Batalla de Marsaille.—Los Franceses toman á Rosas.—Disposiciones de la corte de Madrid para continuar la guerra.—Batalla del Ter.—Pérdida de Gerona y otras plazas.—El duque de Saboya se aparta de la confederacion.—Batalla de Tordera.—Sitio de Barcelona.—Saqueo de Cartagena.—Escándalos en la corte.—Privanza del duque de Montalto.—Division de la monarquía.—Desgobierno.—Negociaciones para la paz.—Tratado de Ryswick.

Desde el año 1678 hasta el 1697.

Seguia dirigiendo el gobierno don Juan de Austria entre el descontento y las acusaciones públicas, que se revelaban en punzantes sátiras y multiplicados pasquines. La paz de Nimega, que á pesar de los sacrificios que á la nacion imponia, habia sido bien recibida por el pueblo, creyendo que así habian de aliviarse sus cargas, afirmóle algun tanto en el poder é inspiróle la idea de dar esposa al monarca, segun todos lo deseaban, para asegurar la sucesion al trono. Doña Mariana queria casar á Carlos con la hija del emperador y se hallaban ya convenidos y firmados los artículos del contrato, pero como no podia convenir al ministro robustecer de este modo el partido de la reina madre, pensó primeramente en la princesa heredera de Portugal y luego en la hija primogénita del duque de Orleans, único hermano de Luis XIV, de la que Carlos, que vió su retrato, quedó perdidamente enamorado. Enviáronse, pues, comisionados á la corte de Francia para solicitar la mano de la princesa, y acogida con gusto la proposicion por el rey Luis y su hermano, empezáronse á proveer en Madrid los oficios y empleos del cuarto de la futura reina y á agitarse el numeroso partido de doña Mariana para aprovechar aquel suceso en beneficio de sus intereses. El mismo Carlos, alentado por su amorosa pasion y por las excitaciones de muchos de los

recientemente llamados á palacio por el príncipe, parecia deseoso de sacudir el yugo en que le tenia el ministro; diciendo *lo quiero yo y basta*, levantó el destierro al príncipe de Stigliano y á los demás enemigos de don Juan, y todo parecia anunciar que el matrimonio en que fundara aquel grandes esperanzas de afirmar su poderío, habia de ser el que le descargara el golpe de gracia. A. de J. C.

En agosto de 1679 celebráronse por poderes las bodas de Carlos II con la 1679
princesa María Luisa de Orleans, y mientras se festejaba el hecho en Madrid con luminarias, mascaradas y espectáculos, don Juan de Austria enfermó gravemente á consecuencia de la melancolía que le dominaba desde que veia próxima á su ocaso la estrella de su favor y el universal abandono que poco á poco iba experimentando. El rey le hizo varias visitas durante su enfermedad manifestando gran interés por su salud, pero sin que esto bastara á devolvérsela, murió el príncipe cristianamente en 17 de setiembre, á los cincuenta años de su edad, habiendo nombrado á Carlos por heredero de sus bienes y legando á las dos reinas sus piedras preciosas. Ambicioso vulgar, aunque dotado de algunas prendas del guerrero, el hijo bastardo de Felipe IV ha dejado en la historia un nombre poco ilustre, y los elogios que algunos le tributan no pueden destruir el juicio que precisamente ha de formarse en vista de su conducta.

Apenas fallecido don Juan, Carlos fué á Toledo y se arrojó en brazos de doña Mariana, quien un mes despues se hallaba ya instalada en el palacio del Buen Retiro, entre la alegría y el entusiasmo del veleidoso pueblo y de los inconstantes cortesanos. Hacíanse grandes preparativos para el recibimiento de la nueva reina, los que pudieron llevarse á cabo con la suntuosidad antigua, merced á la llegada de la flota de América con mas de treinta millones, y recibido aviso del marqués de los Balbases, embajador en París, de que la princesa habia salido de aquella capital, marcharon á recibirla á la frontera el marqués de Astorga, el duque de Osuna, la duquesa de Terranova y toda la servidumbre. En la isla de los Faisanes verificóse la solemne entrega de la esposa (3 de noviembre), á quien acompañaban el duque de Harcourt, como embajador extraordinario, su aya la mariscala de Clerambaut, como camarera mayor, y muchas damas de la nobleza de Francia. En la iglesia de Irun cantóse el Te-Deum en accion de gracias por el feliz arribo, y en seguida se puso en marcha la lucida comitiva con direccion á Burgos á través de alborozadas poblaciones. Hácia igual punto se habia encaminado Carlos desde Madrid, y como por el mal estado de los caminos no llegase la princesa el dia convenido, el impaciente monarca salió á su encuentro hasta la aldea de Quintanapalla, distante nueve leguas de Burgos, donde por primera vez se vieron y saludaron los augustos novios y se ratificaron las bodas ante el patriarca de las Indias (19 de noviembre). Marcharon luego á Burgos, donde se detuvieron algunos dias, lo mismo que en el palacio del Buen Retiro, y en 23 de
enero de 1680 hicieron su entrada en Madrid entre vítores y aclamaciones. 1680

En medio de las fiestas y regocijos con que se celebraba este acaecimiento, bullian las intrigas y maquinaciones palaciegas, que todos procuraban arrimarse al nuevo poder y aprovechar el ascendiente que ejercia María Luisa en el ánimo de su enamorado esposo. El duque de Medinaceli, muy amado del rey, dotado de gran penetracion y luces naturales, suave de condicion, pero hasta lo sumo indolente, y el condestable de Castilla, favorecido por la reina madre, hombre

de vastos conocimientos, pero de trato imperioso y duro, eran los dos principales aspirantes al puesto que dejara vacante la muerte de don Juan de Austria y que ocupaba interinamente el secretari don Gerónimo de Eguía, quien, astuto y flexible, y apoyado por el confesor del rey y la camarera duquesa de Terranova, ansiosos de conservar sus destinos, procuraba convertir su interinidad en posesion permanente. Solícito andaba entre los tres el enjambre cortesano, y perplejo el rey entre las muchas influencias que se pusieron en juego, no sabia por quien decidirse, hasta que por fin, considerando los grandes perjuicios que padecian los negocios del estado y los intereses particulares por aquella irresolucion, dió un decreto nombrando primer ministro al duque de Medinaceli (22 de febrero) (1).

Indolente hasta lo sumo, como antes hemos dicho, el nuevo ministro abandonó al Consejo la autoridad de resolver los negocios sin determinar por sí cosa alguna; su primer cuidado, despues de decretar el destierro del presidente de Castilla, cediendo así á las exigencias del nuncio de su santidad á fin de contentar á la corte pontificia en vista de la actitud hostil de Luis XIV, fué crear varias juntas particulares, entre ellas una de hacienda, que se llamó *Magna*, compuesta de los presidentes de Castilla y Hacienda, del almirante, del condestable, del marqués de Aytona y de tres teólogos, uno de ellos el confesor del rey fray Francisco Reluz. Era en efecto la situacion del erario y la miseria pública lo que mas apurado traia al gobierno, y las alteraciones en el valor de la moneda hechas por el secretario Eguía y la tasa puesta á los precios de los artefactos por el nuevo ministro, nada habian remediado, por el contrario habian aumentado la agitacion y el descontento. En semejante coyuntura presentóse al de Medinaceli cierto comerciante llamado Marcos Diaz, proponiéndole algunos remedios que le parecian oportunos y ofreciendo probar graves abusos en el manejo de los caudales públicos, pero marchando un dia de Alcalá á Madrid le acometieron unos enmascarados y le dieron tales golpes que á los pocos dias murió. Esto fué causa de que el pueblo madrileño se amotinara á los gritos de «¡Viva el rey! ¡muera el mal gobierno!» y de que ocurriesen en la corte tristes y graves alborotos. Calmáronse al fin poco á poco, lo mismo que los promovidos por los artesanos y vendedores á consecuencia de la tasa, pero esto no obstante crecian cada dia los males que agobiaban al pueblo, y el desórden, la anarquía y otras calamidades parecian conjuradas para la ruina de España. En tanto que el rey y los ministros parecian exclusivamente ocupados en cacerías y comedias y en implorar en fiestas religiosas la proteccion del cielo sobre la trabajada monarquía, que bien la habia menester, y que tenia lugar un solemne auto de fé en la plaza Mayor de Madrid (30 de junio), cebábase la peste y luego el hambre en Málaga y en varias ciudades de Andalucía, y sintiéronse en muchos puntos espantosos terremotos. Los estados de Italia y especialmente el reino de Nápoles se hallaban infestados de bandidos que no dejaban seguridad en pueblos ni en caminos; los piratas continuaban siendo el azote del comercio en los mares de nuestras Antillas, y el ambicioso Luis XIV, aprovechando la debilidad de la monarquía, tratábala con una arrogancia sin mesura como queriendo vengar así las humillaciones que an-

(1) Gaceta ordinaria de Madrid de 27 de febrero de 1680.

tes experimentara la Francia por parte de nuestros reyes, y disponíase á renovar A. de J. C.
la guerra bajo fútiles pretextos.

En efecto, ya el año anterior habia hecho entrar siete mil caballos en tierra de Flandes reclamando la entrega del obispado de Lieja, prometido por la paz de Nimega, y desde entonces dió principio á una série de conquistas tanto mas odiosas en cuanto queria justificarlas con aparente legalidad. Establecidas en Metz y en Brisac las llamadas *Cámaras de reunion* para interpretar los tratados de Westfalia, de Aquisgran y de Nimega é incorporar á Francia las dependencias de las plazas y provincias que por ellos le habian sido cedidas, apoderóse Luis por sorpresa de Strasburgo, hizo suya Casal, capital del Monferrato, amenazando así el Milanesado, exigió y obtuvo de España la cesion del condado de Ciney
(1681) y por miserables riñas entre los ribereños del Bidasoa demandó repara- 1681
ciones solemnes. Bien se veia á lo que todo aquello iba encaminado, y el Imperio, Suecia y Holanda, interesados en atajar las conquistas de Francia por la parte de los Paises Bajos, celebraron un tratado de alianza y confederacion con
España (1682), para la cual fué este año tan desastroso como el anterior. Una 1682
tempestad sumergió en el Océano cinco bajeles de América con veinte millones y mas de mil cuatrocientas personas; Flandes padeció grandes inundaciones, rotos los diques que allí contienen incesantemente la fuerza de las aguas; la ciudad de Tortorici en Sicilia fué destruida por un torrente impetuoso, y los piratas africanos causaron gran daño al comercio del Mediterráneo, por mas que recientemente los hubiese escarmentado el almirante francés Duquesne bombardeando la ciudad de Argel.

Luis XIV, firme en su propósito de hacer conquistas en plena paz y en la singular pretension de que reconocieran las potencias extrangeras las decisiones de sus parlamentos, intimó á España que le abandonase el condado de Alost, el antiguo pueblo de Gante y varias ciudades de Flandes á que decia no haber re-
nunciado por él último convenio (1683). El gabinete de Madrid, empero, cono- 1683
ció no poder acceder sin degradarse á semejantes exigencias y contestóle que no reconocia en él título alguno á la posesion de los puntos reclamados, en cuanto ni siquiera los ocupaba al firmarse la paz de Nimega. Al punto mandó el Francés invadir el condado de Alost, y despues que el mariscal Humières se hubo apoderado de Courtray venciendo la heróica resistencia de la guarnicion española (noviembre) y de Dixmuda á la primera intimacion, ofreció Luis XIV en un manifiesto á las potencias de Europa reanudar sus buenas relaciones con España, ó devolverle sus últimas conquistas con tal que esta nacion, que habia rechazado el propuesto arbitramiento del rey de Inglaterra, le cediese Luxemburgo ó un equivalente en Cataluña ó Navarra. A ello contestó Carlos II declarándole la guerra á pesar de su impotencia, y mandando secuestrar los bienes de cuantos Franceses se hallaban en España (26 de octubre), que otra cosa no le era posible ante las injustas agresiones de su enemigo á no conculcar enteramente la honra nacional. Contaba España al dar semejante paso con diez y seis mil hombres que le habia prometido Holanda y con catorce mil de Suecia, pero ninguna de las dos naciones dió cumplimiento á lo ofrecido, seducidas por la diplomacia francesa, y de otra parte el Imperio, en guerra incesante con los Turcos, que llevaban sus excursiones hasta las puertas de Viena, llamados por los Húngaros á quienes Francia protegia, no

A. de J. C. podia auxiliarla como en otras circunstancias hiciera. Luis XIV, por el contrario, prevenido como se hallaba para la guerra, emprendióla con gran vigor en los Paises Bajos, y mientras esperaba la estacion oportuna para dar principio á las operaciones de importancia, entregó al saqueo las poblaciones abiertas, taló los campos y llevó el estrago hasta el territorio de Brabante.

1684 En marzo de 1684 acometió Humières á Oudenarde arrojándole tantas bombas y balas que quedó casi del todo destruida; la fuerte plaza de Luxemburgo, defendida por el príncipe de Chimay con una corta guarnicion de Españoles y Walones, hubo de rendirse al genio superior de Vauban despues de heróica resistencia, alcanzando en la capitulacion todos los honores de la guerra (junio), y el rey Luis, que se hallaba en Valenciennes al recibir la noticia de la rendicion, dió por cumplidos sus ambiciosos deseos y gozoso se volvió á Versalles. En las fronteras de la Península, el mariscal de Bellefont, despues de amagar á Navarra por San Juan de-Pié-de-Puerto y Roncesvalles, penetró en Cataluña por la Junquera á la cabeza de un ejército bien provisto de artillería y de municiones. En vano junto al Báscara intentaron detenerle las pocas fuerzas españolas que habia en el Principado, y sin otra dificultad llegó el enemigo delante de Gerona (mayo), ciudad famosa que habia sufrido mas de veinte sitios, todos ellos memorables con inmarcesible gloria de sus hijos. Embestida la plaza con intrepidez y resolucion, los Franceses, luego de abiertas dos prolongadas brechas y de apoderarse de algunas obras exteriores, se lanzaron al asalto y llegaron hasta el centro de la ciudad sufriendo pérdidas considerables; pero entonces cayó sobre ellos el paisanage armado con tal ímpetu y decision, que, arrollados en todas partes, fueron lanzados de los muros y obligados á levantar el cerco. Como dice un escritor, los Gerundenses salvaron á Cataluña. Bellefont se retiró con gran órden, y en las márgenes del Ter derrotó á las tropas españolas que le seguian al alcance.

Génova, la constante aliada de España, experimentó tambien el encono del monarca francés, quien bajo pretexto de agravios que decia haber recibido, mandó á Duquesne que con numerosa armada pasase á bombardear aquella ciudad y la obligase á abandonar el protectorado español. Mas de doce mil bombas fueron arrojadas sobre la hermosa ciudad, y en breve quedaron reducidos á pavesa los principales edificios y muchas casas particulares. Los Genoveses, empero, firmes en su alianza é indignados por el proceder de Luis, no quisieron acceder á ninguna de sus pretensiones, y la escuadra, consumada aquella obra de destruccion estéril, regresó á los puertos de Provenza (mayo).

La conquista de la plaza de Luxemburgo, que abria á los Franceses el camino de los Paises Bajos, hizo que el Imperio y Holanda, que no se hallaban en disposicion de emprender la lucha, se presentasen como mediadores é hiciesen grandes esfuerzos para terminarla. Consentia Luis XIV en suspender las hostilidades y en restituir las plazas de Dixmuda y Courtray, cuyas fortificaciones habian sido arrasadas, y cuanto conquistara desde el año anterior, excepto Strasburgo y algunas otras ciudades, con tal que España le cediera la plaza de Luxemburgo, y así el Imperio como Holanda instaron á la corte de Madrid para que accediera á esta proposicion atendidas las desventajas con que entonces habria debido continuar la lucha. Conociólo asimismo Carlos II ó su ministro, y en 29 de julio firmóse en Ratisbona un tratado con Francia, en el que se estipulaban



VISTA DE LA CIUDAD DE

una tregua de veinte años y las demás condiciones exigidas por Luis XIV. Las A. de J. C.
fronteras francesas se extendieron entonces desde el Sambre hasta el Mosela.

Mientras así experimentaba España esta humillacion nueva, la corte de Madrid continuaba siendo ardiente foco de intrigas, tramas y mezquinas conjuras, y crecia el desgobierno, el malestar y la miseria de la monarquía. La reina María Luisa, la camarera duquesa de Terranova, el confesor del monarca, la reina madre, Medinaceli, Eguía y todos cuantos gozaban de valimiento en palacio maquinaban incesantemente unos contra otros, y ya fuese arma de partido, ya cristiano y patriótico celo, justificado por la situacion del reino, el P. Reluz llegó á negar la absolucion á su real penitente hasta que satisfaciera los públicos clamores poniendo pronto remedio á los daños que en el gobierno causaba la desidia del de Medinaceli. Con vigoroso lenguaje representó el confesor el mísero estado de las tropas de Flandes, la peste que asolaba á las provincias andaluzas y que se extendia á otras comarcas, los apuros del tesoro, la despoblacion del reino, la miseria que empezaba á hacerse sentir hasta en las clases elevadas, la necesidad de retener á los empleados por fuerza, pues los mas abandonaban sus empleos por falta de retribucion, y finalmente, tanto dijo al rey y tan negro le presentó el porvenir amenazándole con la ira de los pueblos vejados y oprimidos, que sumió á Carlos II en grave meditacion y pena. Sin embargo, no pudo esto vencer en él el afecto que al de Medinaceli profesaba, y presa de angustiosa zozobra, contó el caso al mismo ministro acusado. Con facilidad pudo convencerle el duque de que el confesor, aunque hombre de buena intencion, se mezclaba en lo que no entendia confundiéndolo lastimosamente todo, é igual contestacion recibió luego el rey al consultarlo con el secretario Eguía, quien á pesar de su aparente intimidad con el P. Reluz y la camarera, pensó tenerle mas cuenta ponerse entonces al lado de Medinaceli. Este quedó triunfante; el confesor fué separado y nombrado para el consejo de la Suprema, sustituyéndole el padre Bayona, dominico y catedrático de Alcalá, y á su caida siguió inmediatamente la de su aliada la duquesa de Terranova, reemplazada por la de Alburquerque, adicta á la reina madre, cosa entonces desusada, puesto que las camareras solian serlo de por vida (julio).

No duró mucho tiempo el triunfo de Medinaceli, y la escasez del tesoro, que no le permitia satisfacer ni las urgencias de la córte, fué la principal causa de su ruina. Las aduanas no rendian, los tributos ni aun á medias se cobraban; los acreedores holandeses que á este tiempo se presentaron reclamando el pago de los anticipos que para la guerra habia hecho aquella república desde 1675, acabaron de poner en descrédito la administracion del duque, y la misma reina madre, que habia recobrado en su hijo su antiguo ascendiente, tanto que por ella se daban los empleos sin consulta del Consejo, le abandonó por fin á su suerte y dejó de protegerle, visto que ni aun á ella le pagaba sus asignaciones. A esto se agregaron las malas noticias recibidas de Génova, cuya república, si habia resistido tenazmente á las armas de Francia, no habia hecho lo mismo con su diplomacia; por mediacion del pontífice Inocencio XI reconcilióse con Luis XIV, y humillándose ante el poderoso monarca, prometiéronle aquellos fieros patricios arrojar ellos mismos de su ciudad y fortalezas á las tropas españolas y desarmar
sus galeras (1685), lo que fué suceso en gran manera sentido en España. Tantas 1685

quejas y desgracias abrieron por fin los ojos á Carlos y á la reina María Luisa, animada al parecer de buenos deseos y de mas resolucion que su marido, aunque como él de complexion débil y enfermiza, y el de Medinaceli, que vió la tempestad que contra él se formaba, conjuróla haciendo dimision de su destino. Admitiósela el rey facultándole para retirarse á su villa de Cogolludo (junio), y el conde de Oropesa, uno de los que mas habian influido en su caida, reemplazóle en el cargo de primer ministro.

Bajo buenos auspicios comenzó el nuevo ministerio; economías en los gastos y alivio en los tributos se experimentaron muy luego con clamores de unos pocos, pero con satisfaccion general. Secundado por su primo el marqués de los Velez, superintendente de hacienda, abolió Oropesa por inútiles muchos empleos militares, dejó sin proveer por innecesarias muchas plazas en los tribunales y en las secretarías, rebajó el sueldo á los empleados, pero aseguróles su puntual cobro, y quiso, esto último sin resultado por el disgusto que sus insinuaciones produjeron en palacio, reducir los gastos de la Casa Real (1). Suprimió cuantas

---

(1) De una relacion dada por órden de S. M. en 1674, que tomándola de un MS. de la Real Academia de la Historia publica Lafuente (P. 3.ª, l. V, c. IX), aparece que los gastos de la real casa y las rentas públicas de dentro y fuera del reino eran los siguientes:

Gasto ordinario.

	DUCADOS.
La capilla	38,000
Ornamentos de la capilla	2,000
Gages de mayordomos, gentiles, hombres de cámara de la casa y boca	50,000
Criados domésticos de casa y boca y demás de la casa	36,000
Gasto de despensa	200,000
Plato de S. M.	14 000
Cera de la capilla	7,000
Limosnas de cera	10,000
Otras limosnas	8,000
Acemilería	10,000
Mercader	150,000
Botica	7,000
Gasto de las tres guardias	50,000
Gages de criados de caballeriza	12,000
Casa de pages y caballeriza	50,000
Gasto de cámara y guardaropa	24,000
Gasto ordinario al año	668,000

Jornadas ordinarias.

La del Pardo	150,000
La de Aranjuez	150,000
La del Retiro	80,000
La de San Lorenzo	120,000
	500,000

Casa de la reina.

	qs. de mrs.
La despensa	112,000
Gastos de criados	13,000
Bolsillo y cámara	60,000
Caballeriza	30,000
	215,000
Importan en ducados los gastos ordinarios de ambas casas	1.769,866

pensiones se habian dado sin justa causa, prohibió el uso de géneros y artículos extrangeros con objeto de favorecer la industria y poner coto al excesivo lujo, mandando quemar públicamente y á voz de pregon cuantos de aquellos objetos existian en las tiendas de Madrid, y dictó finalmente otros varios reglamentos económicos, acertados unos, desacertados otros, pero probando todos su buen deseo y la actividad que reinaba en la administracion. Hasta el mismo Carlos, dedicándose menos á las diversiones y á los ejercicios de devocion y mas á los asuntos públicos, parecia haber salido de su natural apatía y debilidad de espíritu y de cuerpo, y los consejos y las juntas, repuestos en la importancia antigua, pues era sistema del de Oropesa compartir el gobierno con otros para no llevar

---

Gastos extraordinarios.

Obras de palacio y sus jardines.	269,640
Gastos de montería.	211,600
Buen Retiro y sus ministros.	80,000
Real bolsillo.	750 000
Consignaciones.	2.080,000
Nómina de los consejos.	5.900 000
Gastos de la casa del tesoro, correos, ejércitos y ayudas de costa.	5.000.000
Apresto de armada, flotas y galeones.	431,000
Con que suman en ducados todas las partidas de gastos de cada año.	16.492,356

Rentas de S. M. dentro y fuera de España.

El servicio de los veinte y cuatro millones.	2.500,000
El de quiebras.	1.300,000
Servicio ordinario y extraordinario.	400,000
Papel sellado.	250,000
Almojarifazgo, sesmos, lanas, yerbas, puertos secos y montazgo, y naipes.	600,000
Papel blanco, azúcares, chocolate, conservas y pescados.	400.000
Los dos servicios de crecimientos de carne y vino.	1.600.000
Medias anatas de mercedes.	200.000
Los ocho mil soldados.	200.000
La cruzada, subsidio y escusado.	1.600,000
Alcabalas, sin las enajenadas.	2.500,000
El tributo de la sal.	700,000
El 3.º 1 por 100.	600,000
El 4.º 1 por 100.	600,000
El tabaco.	681,618
La martiniega.	185,615
La renta de sosa y barrilla.	80,000
La renta de los diezmos de la mar.	127,615
La de maestrazgos.	427.650
La de lanzas.	127,450
La de galeras cargada á los canónigos profesos.	457,450
La de lanzas cargada sobre encomiendas.	128,654
La del maderuelo del reino.	25,513
La prestamera de Vizcaya.	760,543
La de confirmaciones de privilegios.	86,000
La de soliman y azogues, nieve y tabletas, barquillos.	143,643
Casas de aposento.	150.000
Penas de cámara, de consejos y chancillerías.	350,000
De flotas y galeones un año con otro.	3.500 000
Las rentas de los demás reinos.	9.000,000
Las milicias.	300,000
Importan en ducados estas partidas que tiene S. M. en este año de 1674.	36.746,431

A. de J. C. solo las culpas en lo que desacertase, habian recobrado en los negocios la parte que les correspondia.

Tambien en el exterior sintiéronse los buenos efectos de la mejor direccion impresa al gobierno del reino, y se enviaron instrucciones á los diplomáticos españoles cerca de las cortes extrangeras para que hiciesen entender cuanto convenia la formacion de una liga que pusiera freno á la invasora dominacion de Francia. De ello estaban convencidas las potencias todas del continente: Inocencio XI, en ardientes cuestiones con Luis XIV acerca de las pretendidas libertades galicanas, se hallaba muy dispuesto á secundar las miras de España; Holanda abrigaba contra Francia grave descontento por las trabas que habia puesto á su comercio, y conocíase que en el momento de la lucha habian de abandonar al Francés todos sus antiguos aliados. Solo Inglaterra continuaba unida á él á pesar de los esfuerzos del embajador español don Pedro Ronquillo cerca de Jacobo II, hermano y sucesor de Carlos, y de la voluntad del parlamento, así es que no fué difícil la formacion de la liga, secreta en un principio, contra Luis XIV, encaminada á hacerle respetar los tratados de Westfalia y Nimega, y en 29 de junio de
1686 1686 la firmaron en Augsburgo el rey de España, el emperador, las Provincias Unidas de Holanda, el rey de Suecia y algunos príncipes alemanes, entre los que figuraba tambien Carlos II por el círculo de Borgoña. No sabia Luis XIV la existencia del tratado, y sañudo y arrogante siempre con España, tomó pretexto de haber sido castigados dentro de nuestras fronteras algunos contrabandistas franceses, para reclamar con altivez y amenazas su libertad y la devolucion de lo que les habia sido confiscado. Negóse el gabinete de Madrid á esta pretension, fundado en los reglamentos últimamente publicados, y Luis envió una armada delante de Cádiz al mando del mariscal d'Estrèes, la cual, despues de apresar dos galeones, exigió de la descuidada ciudad medio millon de escudos, que hubieron de serle satisfechos para evitar el bombardeo.

Tambien causaron gran enojo al monarca francés las providencias que las cortes reunidas este año en Zaragoza tomaron contra los mercaderes franceses, encaminadas á arruinar el comercio del Languedoc y de otras provincias francesas. Dispusieron entre otras cosas que ningun Francés, bajo pena de confiscacion de bienes y de multas considerables, pudiera establecerse en Aragon á no haberse casado allí, y lastimadas en sus intereses las provincias de Francia, pidieron á Luis XIV que usara de represalias. En igual sentido escribió al monarca francés el conde de Rebenac, embajador de Francia en España, quien concluia con estas palabras: «Esto parará, ó en que el rey de España se encargue de remediar por sí mismo las vejaciones que vuestros súbditos están sufriendo en Aragon, ó en que declare, como ya lo ha hecho, que las franquicias de aquel país le inhiben del conocimiento minucioso de su gobierno interior, y en este caso es asunto que V. M. tendrá que ventilar con Aragon (1).»

La obstinada guerra que le hacian los Turcos no permitia al emperador volver sus fuerzas contra Francia, así es que no habia pasado adelante lo estipulado en la liga de Augsburgo. En vano Juan Sobieski habia vencido á los infieles delante de Viena en sangrienta batalla (1683); favorecidos por los Húngaros y

(1) Comunicacion del conde de Rebenac de 2 de diciembre de 1688.

por los Franceses, volvian incesantemente á la carga, y el rey de España, afecto A. de J. C.
á la casa imperial y esperando recibir de ella mas adelante eficaces auxilios, envió al emperador socorros de hombres y dinero. Esta lucha, que despertó en España y en la cristiandad entera el mas vivo interés, dió un gran paso con la reconquista de la plaza de Buda por los imperiales mandados por el duque de Lorena (diciembre), suceso que fué celebrado en la Península con luminarias, espectáculos y otras fiestas.

Y en este alarde de fuerza hecho por la decaida monarquía española ha de verse otro de los buenos efectos del gobierno de Oropesa que permitió llevarlo á cabo, y no obstante de que la debilidad del rey no le permitia hacer sobre los negocios ninguna observacion profunda y de que su voluntad carecia de la fortaleza necesaria para llevar adelante la extirpacion de males tan antiguos, animados él y su gobierno de buenos deseos, parecian resueltos á perseverar en el buen sendero sin desalentarse por las desgracias que afligian á la monarquía, que eran muchas. En 1687 perecieron en Nápoles mas de treinta mil personas, víctimas de 1687
horribles terremotos; Lima y otras poblaciones de la América meridional fueron destruidas por la misma causa, y los Moros dieron recias acometidas á nuestros presidios de Africa. El gobernador de Oran don Diego de Bracamonte, llevado por su arrojo, cayó en una emboscada enemiga, quedando muertos en el campo él y setecientos cincuenta de los suyos, y se hubiera perdido aquella plaza á no haberla socorrido oportunamente el duque de Veraguas. Melilla hubo de sufrir tambien un sitio de cuarenta dias, y su gobernador fué muerto de un tiro de mosquete.

Estas calamidades fueron en parte reparadas con la adhesion á la liga de Augsburgo del elector de Baviera y del duque de Saboya á instigacion del pontífice Inocencio, y con las victorias de Imperiales y Venecianos contra los Turcos en Morea y en Hungría, que permitieron al emperador hacer preparativos en el Rhin para la lucha contra Francia (1). Deseábala ardientemente el príncipe de Orange para que, ocupado en ella Luis XIV, no pudiese oponerse á los atrevidos designios que meditaba. Tiempo hacia que verificaba en sus estados considerables armamentos, cuyo verdadero objeto se ignoraba, pero que quedó ahora del todo descubierto. Reinaba en Inglaterra su suegro Jacobo II, y su firme voluntad de permanecer aliado de Luis XIV y de favorecer á los católicos del reino, cuya religion él profesaba, habia creado contra él gran descontento, que Guillermo de Orange y su esposa habian esplotado en beneficio propio. En relaciones con gran número de Ingleses empezaron á maquinar la ruina de su padre y suegro, y armada una fuerte escuadra con catorce mil hombres de tropas, Guillermo se dirigió á Inglaterra y desembarcó sin obstáculo en Torbay, donde se le unieron gran número de descontentos (1688). Inútil habia sido el aviso que die- 1688
ra á Jacobo su aliado Luis XIV, advertido de los planes del príncipe; el rey de Inglaterra no los creyó posibles, y abandonado por todos, perdió la corona y hubo de embarcarse y dirigirse á Francia. Con gran fingimiento habia escrito Guillermo al emperador poco antes de hacerse á la vela que no era su intencion

(1) En aquel entonces fué coronado rey de Hungría el archiduque José y se declaró aquella corona hereditaria en la casa y familia imperial de Austria, llamándose á ella á la rama de España en caso de que se estinguiera la del emperador.

A. de J. C causar agravio á la magestad británica ni aun menos apropiarse su corona, ni tampoco molestar en lo mas mínimo á los católicos romanos, diciéndole proponerse solamente, á ruego de muchos, emplear sus cuidados en componer los desórdenes é irregularidades hechas contra las leyes de aquellos reinos por los perniciosos consejos de los mal intencionados (1); luego de la expulsion de Jacobo convocó el de Orange un parlamento, y este, despues de declarar vacante el trono y roto el pacto entre el monarca y sus súbditos, confirió la corona á Guillermo y á María su esposa.

En esto habíanse roto ya las hostilidades en las márgenes del Rhin. Luis XIV, que habia descubierto la existencia de la liga de Augsburgo y vió frustradas sus tentativas para romperla y para convertir en paz definitiva la tregua de veinte años, dispúsose á sostener aquella lucha colosal, y antes que los confederados hubiesen terminado sus preparativos tomó pretexto de la sucesion al arzobispado de Colonia y de favorecer al cardenal de Furstemberg contra el príncipe José de Baviera, protegido por el emperador y el rey de España, para penetrar con sus tropas en los dominios alemanes. La revolucion de la Gran Bretaña cuya nacion fué desde aquel momento el alma de la liga, no bastó á intimidarle, y declarando á un tiempo la guerra al Imperio, á España, á Holanda, á Inglaterra y al papa, puso un desierto entre él y sus enemigos por medio de una nueva devastacion del Palatinado que hizo á Europa estremecerse horrorizada. Las ciudades imperiales de Spira y de Worms, las capitales del Palatinado y de los margraviatos de Baden, mas de cuarenta ciudades y crecido número de aldeas fueron entregadas á las llamas; los Franceses no respetaron los sepulcros de los electores palatinos en Heideldeberg ni los restos de los emperadores sepultados en Spira (diciembre).

No se descuidó España en los preparativos que hacia necesarios la temible lucha que iba á empeñarse, y al tiempo que armó su escuadra y dió instrucciones al marqués de Gastañaga que mandaba en los Paises Bajos, recibió de Italia cuantiosos donativos y dirigió tropas á Cataluña como la comarca mas amenazada, lo cual produjo en este país por las tropelías de los soldados nuevo descontento y agitacion. «El rey de España no conserva su autoridad en Cataluña sino porque no la deja traslucir en ninguna cosa,» escribia por aquel tiempo el conde de Rebenac á Luis XIV, y para aquietar el disgusto del independiente Principado, Carlos nombró virey al conde de Melgar, hombre conciliador y prudente, con cuyas acertadas disposiciones se calmó poco á poco el enojo de estos naturales.

Por aquel entonces murió sin sucesion la reina María Luisa (12 de febrero
1689 de 1689), llevada al sepulcro en pocos dias por una aguda enfermedad, y segun algunos escritores por un veneno, si bien no presentan documentos ni datos que autoricen á tener por cierto semejante delito. La muerte de la reina, aun cuando era esta señora muy adicta á los intereses de Luis XIV, como que en sus papeles reservados se halló uno escrito en francés, al parecer del rey su tió exhortándole, puesto que la Providencia le habia negado hijos, á sembrar y cultivar las venta-

(1) Esta carta, de fecha 26 de octubre de 1688, que cita Lafuente, lo mismo que la respuesta del emperador aplaudiendo el buen propósito del stathouder de no intentar cosa alguna contra el rey de la Gran Bretaña y excitándole á mostrarse protector de los católicos, se encuentran entre los Papeles de Jesuitas, que se conservan hoy en la Real Academia de la Historia.

jas de la Francia, fué muy sentida por los Españoles por la misma causa de no dejar sucesion, y por no ignorarse ya entre el pueblo las pretensiones del Francés á la corona de España. Esto mismo movió á Carlos á pensar sin pérdida de momento en la eleccion de nueva esposa, que lo fué por consejo de la emperatriz su hermana María Ana de Newburg, hija del elector Palatino, y en 15 de junio se realizó el matrimonio por poderes.

En marzo de este año llegó la declaracion oficial de guerra que nos hacia Luis XIV, y poco antes la dieta de Ratisbona habia declarado al Francés enemigo del Imperio por la infraccion de los tratados de Westfalia y Nimega, y enemigo tambien de la cristiandad por los auxilios que daba á los Turcos. Los adversarios se lanzaban resueltamente al palenque é iba á combatirse en todas las fronteras.

En aquella época la mayor parte de los generales y estadistas que habian levantado tan alto el reinado de Luis XIV no existian ya; el rey se dejaba gobernar por la marquesa de Maintenon, con quien habia casado secretamente, y el erario se hallaba agobiado de deudas. Entre todos los aliados de Francia solo los Turcos podian mediar en su favor: los Suizos no le querian bien, y el rey de Suecia, como miembro del cuerpo germánico, se habia convertido en su enemigo; pero esto no obstante, Luis sostuvo con honra la campaña y causó gran daño á los aliados, y en especial á los Españoles. Una armada francesa peleó ventajosamente con algunas naves inglesas, hizo en Irlanda un desembarco de tropas para armar á los partidarios de Jacobo, y á la vuelta junto á Ouessant apresó diez bajeles de Holanda. En tanto el mariscal Humières guerreaba en Flandes contra Españoles y Holandeses (mayo), mandados estos por el príncipe de Waldeck y aquellos por el de Vaudemont y el marqués de Gastañaga; á pesar de la superioridad de sus fuerzas fué poco afortunado en sus operaciones, y en los encuentros que en Bossu y en Gerpines tuvo con los aliados hubo de retirarse con gran pérdida. En Cataluña redújose toda la campaña á la toma y reconquista de una plaza. El duque de Noailles pasó los Pirineos anunciando en sus proclamas que no venia á hacer la guerra á los Catalanes, sino á sus opresores, tratando así de sacar partido del estado inquieto de los ánimos, y se dirigió hácia Camprodon que tomó á los pocos dias (23 de mayo) y cuyo gobernador Diego Rodado sufrió muerte en la plaza de Barcelona por sospechas de traicion. Al llegar el mes de junio el virey duque de Villahermosa y el marqués de Conflans á la cabeza de diez y seis mil infantes y cinco mil caballos, gente en gran parte levantada por la Diputacion y procedente la otra de Castilla, marcharon á recobrar la plaza y la pusieron cerco. Noailles acudió á su auxilio, pero rechazado con pérdida, retiróse hácia el Rosellon, seguido por el gobernador y la guarnicion de la villa que hicieron volar antes las fortificaciones (25 de agosto). En este sitio perdieron los Franceses mas de dos mil hombres.

Hasta á Africa llegaban las maquinaciones de Luis XIV para suscitarnos enemigos. El rey de Fez, á instigacion suya, acometió con gran muchedumbre los presidios de Melilla y Larache, pero de ambas acometidas salieron los Moros escarmentados sin haber alcanzado otra cosa que dar gloria á aquellas reducidas guarniciones. Sin embargo, á tan poco habia venido la monarquía que aquellos ataques, los insultos que de vez en cuando padecian las costas andaluzas por par-

A. de J. C. te de los Africanos y la carencia de noticias de Oran, llegaron á inspirar vivos temores de que se reprodujera la catástrofe del Guadalete (1).

Grandes preparativos hacia Luis XIV para la siguiente campaña, y al principio de ella halláronse organizados cinco grandes ejércitos, uno destinado al Rhin, otro á Flandes mandado por el mariscal de Luxemburgo, el tercero al Rosellon reforzando al de Noailles, el cuarto al mando de Catinat contra el duque de Saboya, y el quinto, por fin, acaudillado por Boufflers á las márgenes del Mosela para hacer frente al elector de Brandeburgo. El mariscal de Luxemburgo pasó el Sambre, y en Fleurus avistó á los aliados que se dirigian contra él, ca-
1690 pitaneados por el príncipe de Waldeck (1.° de julio de 1690). Excelente era la posicion que este ocupaba; su ala derecha no podia ser atacada sin exponerse el enemigo á quedar cortado de los suyos, pero esto que podia salvarle fué la principal causa de su pérdida. Fijando toda su atencion en el centro y en la izquierda, abandonó la derecha, que fué precisamente la atacada y con facilidad rota y dispersada. En la otra estuvo por algun tiempo indecisa la victoria por las vigorosas cargas de la caballería española, que hizo prisionera á toda una division, mas al fin tuvo que retirarse ante las superiores fuerzas del enemigo. El centro, formado por la infantería, se defendió con una obstinacion vista pocas veces, y allí fué donde se experimentaron por una y otra parte las mayores pérdidas de la jornada. Los aliados tuvieron seis mil muertos, siete mil prisioneros y gran número de heridos y dejaron en poder del enemigo toda la artillería y un material considerable. Los Franceses, por quienes quedó el campo, perdieron catorce mil hombres entre muertos y heridos y tuvieron cuatro mil prisioneros. Holandeses y Españoles se rehicieron á una legua de Bruselas, y reforzados con las tropas del elector de Brandeburgo, que tomó el mando de todas como generalísimo, se pusieron de nuevo en campaña; tambien el Francés hubo de recibir refuerzos de los ejércitos de Humières y Boufflers, pero aun así se negó á empeñar nueva batalla limitándose á talar los campos, á romper las esclusas y á estragar la tierra. En el Mosela y en el Rhin pelearon los Franceses sin resultados notables, pero con el mismo bárbaro furor que en las campañas pasadas.

Seguro se consideraba en sus estados el duque de Saboya, pensando que Luis XIV ignoraba aun su adhesion á la liga de Augsburgo, cuando Catinat cayó sobre el Piamonte á la cabeza de doce mil hombres, y se apoderó de Rumilly, de Chambery, de Annecy y de otras plazas, marchando luego á poner cerco á Saluzes. Acudió el Saboyano con los refuerzos que le enviara de Milan el gobernador conde de Fuensalida, y con cuatro mil Alemanes, al mando del príncipe Eugenio, pero Catinat le derrotó en las lagunas de Staffarda haciéndole perder cuatro mil hombres y la artillería (julio). Saluzes, Villafranca y otras ciudades abrieron sus puertas á los vencedores, y aunque de Milan recibió el duque nuevo refuerzo de cuatro mil hombres y siete mil de Alemania, con los cuales salió nuevamente á campaña, no pudo impedir que el mariscal francés entregase mu-

(1) «Nada se sabe de Oran, y es grande la ansiedad pública, pues si perdieran los Españoles esa plaza y algunas otras menos importantes que tienen en el estrecho, podrian volver los Moros con mas facilidad que antes. Está el país tan despoblado por aquella parte, hay tan poco órden y disposicion para resistir, que abrigan recelos hasta las personas mas entendidas.» *Carta del conde de Rebenac á Luis XIV de 7 de octubre de 1688.*

chos pueblos al saqueo y á las llamas, se apoderase de Susa y ocupase toda la Saboya menos la ciudad de Montmelliant (noviembre y diciembre). Los generales enemigos, obedeciendo las instrucciones de Louvois, hacian en todas partes una guerra de exterminio. A. de J. C.

Las operaciones limitáronse en Cataluña á apoderarse los Franceses de San Juan de las Abadesas, de Ripoll y de otros puntos fortificados. Corriéronse luego hácia el llano de Vich donde exigieron crecidas contribuciones, mas luego que acudió contra ellos el duque de Villahermosa con doce mil hombres huyeron de empeñar una accion general y se retiraron al Rosellon dejando algunas tropas en Prades y Puigcerdá, que al principio de la campaña habia abierto sus puertas á las tropas de Luis XIV por el descontento de sus moradores contra los soldados de Castilla. En tanto que así se peleaba en varios puntos de la monarquía la nueva reina habia llegado al Ferrol, y ratificada la boda que se celebrara por poderes el año anterior, hizo su solemne entrada en Madrid (22 de mayo).

El príncipe de Orange, ya rey de Inglaterra, hallábase en la Haya en los primeros meses de 1691 para concertar con los confederados el plan de operaciones, cuando de improviso cayeron cien mil Franceses mandados por el mismo rey sobre la plaza de Mons, que defendia el príncipe de Berghes con seis mil soldados, la mayor parte españoles. Tiempo hacia que Guillermo temia por aquella plaza, pero el marqués de Gastañaga, hombre de mas vanidad que talento, habíale asegurado siempre con imprudente ligereza que ningun peligro la amenazaba, al propio tiempo que habia descuidado bastante los medios de resistencia. Heróicamente se defendió la guarnicion y rechazó varias embestidas, pero tanto apretó el cerco el enemigo y tantas bombas y balas rojas cayeron en la plaza, que al fin, sin que el de Orange llegase á tiempo á su socorro, hubo de rendirse con todos los honores de la guerra (8 de abril). El mariscal de Luxemburgo se apoderó de Hall (junio), y en tanto Guillermo en contínuos viages de Flandes á Inglaterra y de Inglaterra á Flandes para animar las operaciones de la campaña, juntó un ejército de cincuenta y seis mil hombres cuyo mando confió al príncipe de Waldeck. Este no hizo durante aquel año cosa de importancia, y únicamente su retaguardia empeñó una sangrienta escaramuza con las tropas de Luxemburgo, y las obligó á retirarse con pérdida (setiembre). En las márgenes del Rhin el delfin de Francia defendíase contra tres ejércitos imperiales, pero ocupados estos nuevamente en la guerra con los Turcos á quienes vencieron en la batalla de Baden, no pudieron llevar la guerra con gran brio ni tampoco impedir á los Franceses que devastasen y viviesen á costa del país. 1691

Los mariscales Catinat y Fouquières continuaban sus conquistas en los Estados sardos y llegaron á amenazar á Turin, pero el príncipe Eugenio hízoles levantar vergonzosamente el sitio que tenian puesto á la plaza de Coni. Llegado el duque de Baviera con un refuerzo de trece mil Alemanes y recibidos otros socorros del Milanesado, el Saboyano pudo salir á campaña con cuarenta y cinco mil hombres, con los que recobró la plaza de Carmagnola y obligó al enemigo á abandonar las de Sossano, Savigliana y Saluzes (setiembre). En cambio se apoderó Catinat de la ciudad y del castillo de Montmelliant y esta conquista puso fin á la campaña. Ya entonces entre el duque y Luis XIV mediaban tratos de paz, mas no produjeron por de pronto resultado alguno.

El nuevo virey de Cataluña duque de Medinasidonia, sucesor del de Villahermosa á quien acusaran los naturales de flojedad en las operaciones de la guerra, pedia incesantemente tropas y auxilios para oponerse al de Noailles, que situado en Mont-Lluis, habia enviado una division á poner sitio á la plaza de Urgel y amenazaba al reino de Aragon por la alta Cataluña. Recibidos refuerzos, el duque se encaminó á socorrer la ciudad sitiada, pero intimidado por las fuerzas enemigas, retrocedió á Vich, y José Agulló, gobernador de Urgel, que habia defendido la ciudad con gran resolucion y bravura, tuvo que rendirla quedando prisioneros de guerra la guarnicion, compuesta de novecientos soldados y mil doscientos paisanos (12 de junio). Con este triunfo, un cuerpo de tropas francesas se atrevió á penetrar hasta las cercanías de Barcelona, mientras que muchas partidas enemigas se derramaban por Aragon estragando los pueblos, y que el de Noailles se situaba en Bellver. Un amago que el virey hizo contra el Rosellon obligóle á revolver sobre sí juntando sus destacamentos y á dar por terminada la campaña de aquel año.

Reinaba en tanto la corrupcion en la corte de España, mal ya inveterado en ella, y excepto al conde de Oropesa y al marqués de los Velez, acusábase de hacer ganancias con el escandaloso tráfico de los empleos y con otros innobles comercios á los mas altos funcionarios y aun á la misma esposa del ministro. Era el principal en esta grangería cierto criado ó dependiente del marqués de los Velez, por nombre Manuel García de Bustamante, á quien aquel fiara todos los negocios de su cargo, llegando despues á obtener plaza en el consejo de Hacienda y luego en el de Indias. Estos escándalos, de que aprovechaban los émulos y envidiosos, despertaron en breve murmuraciones contra Oropesa, y este procuró acallarlas desprendiéndose de la presidencia del consejo de Castilla que hasta entonces habia conservado, dando así razon á los que le acusaban de que por sus muchos empleos no podia atender bien á ninguno. Fué nombrado para el cargo vacante el arzobispo de Zaragoza don Antonio Ibañez, y esto suscitó al ministro un nuevo enemigo, que fué el confesor del rey fray Pedro Matilla, que codiciaba aquel puesto, y que unido en su despecho con el duque de Arcos, con el secretario del despacho universal Manuel de Lira, con el arzobispo de Toledo, con el de Zaragoza á quien habia logrado indisponer con el conde, y con otros magnates y palaciegos conspiraron todos para derribar al ministro. Estas mezquinas intrigas, que traian revuelto el palacio, fomentáronse y recibieron gran impulso con la llegada de la nueva reina, que dominante, antojadiza y aquejada de graves accidentes que en ocasiones la ponian á morir obligando á todos á no contradecirla en cosa alguna, hízose el jefe del partido contrario á Oropesa, que contaba tambien con el apoyo de la reina madre. Inútil es decir el aspecto que ofrecia la corte, convertida en hervidero de cuentos y maquinaciones; los apuros del erario, que no acertaban á remediarse, el creciente malestar del reino y los desastres de la guerra se explotaban con encarnizamiento por los enemigos del ministro. Sin embargo, las cartas de Guillermo de Orange contra el marqués de Gastañaga á quien, segun él, se debia la pérdida de Mons, alcanzaron la separacion del secretario Lira, gran defensor del marqués antes de ver derribado á su rival, y este pudo por algun tiempo permanecer mas tranquilo en el puesto que tantos codiciaban. Sus enemigos, empero, volvieron pronto á la carga: la reina, irritada

por la destitucion de Lira, que era su instrumento y confidente y á quien destinaba para ministro, redobló sus esfuerzos contra Oropesa, ayudada ahora por el embajador de Alemania y aun por el mismo emperador, y además por el P. Matilla, el presidente de Castilla y por los otros personages enemigos del conde. El débil Carlos II queria bien al de Oropesa, como los queria á todos; colocado entre tan poderosas influencias, no sabia por quien decidirse, hasta que el partido de las reinas acabó por vencer en su ánimo, y escribió al de Oropesa una carta afectuosa excitándole á abandonar el gobierno (24 de junio de 1691). Hízolo así el conde pidiendo permiso al rey para retirarse á Puebla de Montalvan, y Carlos se lo concedió diciéndole al despedirse: «Eso quieren y es preciso que yo me conforme.» El pueblo, amigo de novedades, se alegró de la caida del ministro, y cuatro dias despues nombró el rey consejeros de estado á los duques del Infantado y de Montalto, á los marqueses de Villafranca y de Burgomaine, á los condes de Melgar y de Frigiliana y á don Pedro Ronquillo, embajador de Inglaterra. Por unos dias burló Carlos los ambiciosos cálculos de todos abandonando las fiestas y devociones para consagrarse con ardor á los negocios como ya otra vez habia sucedido, mas en breve le dominó de nuevo su apatía, y la corte, cuyo aspecto no era nada halagüeño antes de la caida de Oropesa, ofreciólo entonces lastimoso y el desórden llegó á su colmo.

Los sucesos marítimos de este año anduvieron mezclados de alegría y tristeza: la guarnicion de Ceuta apresó en pocos dias á los Franceses tres fragatas con seiscientos cuarenta mil reales y otros socorros destinados á los Moros; las naves de San Sebastian y las de Nápoles hicieron otras presas de importancia, y las tropas de la Española, no solo rechazaron las acometidas de los Franceses establecidos desde hacia algun tiempo en parte de la isla, sino que les causaron una completa derrota; en cambio perdióse la mitad de la flota de Indias con ocho millones con que se contaba para la próxima campaña.

Luis XIV, mas tranquilo por el lado de Saboya y de Alemania, abrióla con grandes fuerzas contra Flandes y Cataluña. A la cabeza de poderoso ejército púsose en persona sobre la plaza de Namur (mayo de 1692), que defendia el 1692
príncipe de Barbanzon con mil doscientos soldados españoles, alemanes, holandeses é ingleses. Vigorosa fué su resistencia, mas al fin hubo de capitular por falta de socorros (junio), y la ciudad y su castillo fueron ocupados por los enemigos. Obtenido este triunfo, el mariscal de Luxemburgo se puso en movimiento en busca de Guillermo de Orange, que nuevamente acaudillaba á las tropas aliadas; avistóle entre Steinkerque y la calzada que conduce á Warette y empeñóse allí sangrienta batalla, en la que ambas partes se atribuyeron la victoria. Mucho sufrieron una y otra; los aliados tuvieron seis mil muertos y heridos, pero fueron mayores las pérdidas de los Franceses, expuestos desde el principio de la accion á un vivísimo fuego de metralla sin poder hacer jugar su artillería hasta el fin de la jornada. Guillermo y Luxemburgo se retiraron á sus respectivos campos despues de siete horas de pelea, y excepto la toma de Furnes y de Dixmuda, de cuyas plazas se apoderó el primero, limitóse el resto de la campaña á reencuentros parciales con resultado vario. Contraria suerte tuvo el ejército imperial en las márgenes del Rhin: derrotado en Spireback no pudo impedir que el enemigo se apoderase de Forshein, hiciese levantar el sitio que

A. de J. C. las tropas de Hesse tenian puesto á Hobernbourg y devastase el Palatinado. En cambio prosperaron en Italia las armas de los aliados: el duque de Saboya destinó diez y seis mil hombres para observar y contener á Catinat, y formando dos cuerpos de sus restantes tropas, cayó con ellos sobre el Delfinado, apoderóse de varias plazas é hizo sentir á los pueblos crueles represalias por el trato que daban los Franceses á los infelices moradores del Palatinado.

En Cataluña, al tiempo que los duques de Medinasidonia y de Noailles abrian las hostilidades en las fronteras del Rosellon, si bien el Español no queria aventurar el único ejército que cubria la Península y tampoco el Francés se mostraba muy resuelto por haber sido dirigidas al Delfinado parte de sus tropas, una escuadra francesa de cuarenta velas, mandada por el conde d'Estrèes, se presentó en el puerto de Barcelona, y en el espacio de dos dias arrojó sobre la ciudad mas de ochocientas bombas que arruinaron algunos edificios. El almirante hizo llevar á tierra gran número de proclamas exhortando á los naturales á declararse contra el rey de España y diciendo que cesaba el fuego por consideracion á los Barceloneses, pero sus suaves palabras, en contradiccion con sus obras y con la vandálica conducta que en todas partes observaban los generales franceses, ningun efecto produjeron en el Principado, unánime ya en rechazar á los invasores. La escuadra francesa hízose luego á la vela y ancló en el puerto de Alicante (12 de julio), donde reproduciendo las escenas de Barcelona, lanzó mas de dos mil bombas contra la ciudad con grave daño de las casas y de los moradores. La llegada de las naves españolas al mando del conde de Aguilar impidióle seguir adelante en su obra destructora, y al divisarlas huyó mar adentro, recibiendo en su fuga algunos cañonazos.

Crecidos gastos habia hecho este año el rey de Francia para equipar una armada destinada á amenazar las costas de Inglaterra y á desembarcar en ellas un ejército acaudillado por el rey Jacobo. La escuadra, compuesta de cincuenta navíos, habíase dado á la vela, cuando en la Hogue le salieron al encuentro Ingleses y Holandeses con fuerzas superiores, y allí mismo se empeñó uno de los combates mas terribles que en los últimos siglos se habian dado en los mares (29 de mayo). Despues de tres dias de incesante pelea, los Franceses hubieron de retirarse con pérdida de catorce navíos, y en las costas de Bretaña y Normandía, donde fueron arrojados por los vientos, perdieron además otros trece, incendiados por el almirante inglés. Desde aquel desastre empezó el decaimiento del poder marítimo de Francia y la preponderancia de la marina inglesa.

1693 La siguiente campaña (1693) fué abierta en los Paises Bajos por el mariscal de Luxemburgo rindiendo la plaza de Huis y la de Picard, mientras que Guillermo de Orange ponia á contribucion muchos pueblos del Artois. Para atraerle á un encuentro amenazó el mariscal la ciudad de Lieja á la cabeza de ochenta mil hombres, y en efecto ambas huestes se avistaron en los campos de Nerwinden y empeñaron la famosa batalla de este nombre. Allí ganó el mariscal de Luxemburgo una de sus mas señaladas victorias á pesar del desesperado valor con que combatieron Españoles, Italianos, Holandeses, Alemanes é Ingleses, quienes, vencidos al fin por el número superior de sus enemigos, abandonaron el campo, perdiendo casi toda la artillería y un material considerable. Guillermo acreditóse tambien de experto general, no solo por sus disposiciones durante el

combate, sino tambien por la habilidad con que ejecutó la retirada (29 de julio). Al poco tiempo consiguieron los Franceses como fruto de la victoria apoderarse de Charleroy cuando los cuatro mil hombres que guarnecian la plaza habian quedado reducidos á mil doscientos (10 de noviembre). El ejército francés de las márgenes del Rhin no hizo mas que apoderarse de la plaza de Heidelberg y luego devastar el país como tenia de costumbre. En el Piamonte, el duque de Saboya, auxiliado por los incesantes refuerzos que le enviaba el gobernador de Milan, tanto que llegó á tener en su ejército diez y seis mil Españoles, no emprendió operacion alguna importante á pesar de las poderosas fuerzas con que contaba. Limitóse á expugnar algunos fuertes, entre ellos los de San Jorge, Mirandola y Turine, y no pudo recobrar la plaza de Pignerol á la que atacó con poderosa artillería. Catinat acudió en auxilio de los sitiados, y empeñada batalla entre Marsaille y Chisona, quedó el triunfo por los Franceses, perdiendo los aliados seis mil hombres, veinte y cuatro cañones y mas de cien estandartes y banderas. Los vencedores, aunque conservaron la plaza de Pignerol, hubieron de retirarse á Brianzon, hostigados por los naturales, que los perseguian con encarnizamiento.

El mariscal de Noailles acometió en Cataluña la plaza de Rosas al tiempo que el conde d'Estrèes, que salió al efecto de Tolon, la asediaba por mar. Privada de todo auxilio aquella importante plaza no tardó en rendirse (junio), y el duque de Medinasidonia, sin intentar cosa alguna contra el enemigo, como que no veia otro remedio al mal sino hacer las paces con Francia, permitióle, á pesar de la superioridad de sus fuerzas, que se volviera tranquilo y victorioso al Rosellon.

Ardia Luis XIV en deseos de vengar el desastre de la Hogue, y una escuadra formidable, al mando del almirante Tourville, salió de los puertos de Francia á cruzar el Mediterráneo; despues de detenerse en Rosas hizo rumbo hácia el cabo de San Vicente, y en las aguas de Lisboa avistó á la flota inglesa y holandesa, que convoyaba muchos buques mercantes. Veinte y siete naves cayeron en poder de los Franceses, cuarenta y cinco fueron presa de las llamas y muchas se estrellaron en la costa, calculándose en treinta y seis millones de libras esterlinas la pérdida que experimentaron Inglaterra y Holanda (junio). Los aliados bombardearon el puerto de Saint-Maló, y los Holandeses destruyeron en Pondichery las factorías francesas. En Africa, recibidos por los Moros nuevos auxilios de Francia, atacaron con gran brio la plaza de Oran, pero esta vez como otras, huyeron desbandados dejando los fosos llenos de cadáveres.

A fines de este año hizo Luis XIV proposiciones de paz, previendo ya las próximas complicaciones de la sucesion de España, mas no fueron admitidas por ninguna de las potencias, deseosas de recobrar lo que habian perdido; por el contrario todas se dispusieron con nuevo ardor á la guerra, y la corte de Madrid, queriendo enviar refuerzos al ejército de Cataluña, determinó que en todas las ciudades, villas y lugares del reino se pidiera y sacara un soldado por cada diez vecinos, medida que, recibida con universal clamoreo, no produjo los resultados que se esperaban. «Aquí, escribia el embajador de Inglaterra, no han podido juntarse mil hombres, porque desertan cada dia tantos veteranos como reclutas traen, y al salir de la villa esta nueva leva desaparecerá mas de la mitad antes de entrar

Año J. C. en Cataluña, pues los mismos oficiales, que solo desean marchar de Madrid con lucimiento, han prometido á los soldados no poner estorbo á su fuga (1).» Acordóse igualmente, á fin de arbitrar los recursos necesarios, que no se pagase merced alguna en todo el año 1694, que por el mismo año, no obstante haberse sacado en el anterior un cuantioso donativo á todos los consejos, grandes y títulos, cediesen todos los empleados del estado, inclusos los ministros, la tercera parte de sus sueldos, y que se pidiese un donativo general en todo el reino sin exencion de personas, siendo de trecientos ducados el de cada título, de doscientos el de cada caballero de las órdenes y contribuyendo los demás en proporcion á su fortuna. Los productos que con ello se reunieron se emplearon casi todos en la leva antes explicada, y Cataluña quedó tan desatendida como antes y el erario en iguales apuros. Por esto, transcurrido poco tiempo, se decidió emplear de nuevo el arbitrio del donativo, pero como se viese el escaso resultado que producia, se expidieron órdenes para que no se pagaran libranzas, juros ni rentas de ninguna especie, vendiéronse los empleos de virey de Méjico y de virey del Perú en cinco millones de reales cada uno, exigióse de los grandes que mantuviesen en campaña determinado número de hombres y pidiéronse socorros á Alemania y á Holanda.

1694 La campaña de 1694 en los Paises Bajos se redujo á hábiles marchas y contramarchas con que Guillermo de Orange y el mariscal de Luxemburgo se acreditaron una vez mas de tácticos consumados; los pocos hechos de armas que se verificaron fueron aislados y de poca consideracion. En el Rhin no hubo mas que un encuentro favorable á los Franceses, y en el Piamonte, el duque de Saboya, á pesar de que mandaba cuarenta y cinco mil hombres, no hizo cosa de provecho, ya meditase en sus adentros las condiciones de una nueva alianza con Francia, ya neutralizase sus esfuerzos la discordia que dividia á sus generales.

El duque de Escalona, marqués de Villena, habia sucedido al de Medinasidonia en el vireinato de Cataluña, y con diez y nueve mil hombres, entre ellos cuatro mil de caballería, gente bisoña y de poco valer en su mayor parte, quiso impedir el paso del Ter al duque de Noailles, que con treinta mil hombres habia penetrado en el Ampurdan por la Junquera (mayo). Empeñada la batalla, nuestras tropas fueron en breve arrolladas, y con pérdida de tres mil hombres, de la artillería y del bagage, se abandonaron á precipitada fuga. Solo el tercio de la Diputacion, mandado por José Boneu, sostuvo la gloria de la jornada y facilitó con su bizarra resistencia la retirada del ejército. Alentado con este triunfo Noailles se puso sobre Palamós que bloqueaban ya las naves de Tourville; la poblacion fué tomada por asalto y pasada á cuchillo, y la guarnicion, refugiada en la fortaleza, quedó prisionera de guerra. Embistieron luego los Franceses la invicta plaza de Gerona que el de Villena habia dejado descuidada temiendo un ataque contra la capital, y así fué que su gobernador Carlos Sucre, al ver abierta gran brecha en las murallas, se avino á capitular á pesar de repugnarlo la poblacion. El enemigo hízose dueño de la ciudad nunca conquistada, y la guarnicion y cuatro mil paisanos armados la abandonaron con armas y bagages (29 de junio). Al momento envió Luis XIV á su general el título de virey de Cataluña, y leidos los despachos

(1) Spain under Charles II, p. 41.

en la catedral de Gerona, juró Noailles respetar las leyes y costumbres del Principado. A. de J. C. En seguida marchó contra Hostalrich que rindieron sus amedrentados defensores, é igual ejemplo siguieron los de Corbera y Castellfollit, como si la pérdida de Gerona hubiese llenado á todos de pánico terror. El de Villena con algunas tropas, las compañías de almogavares y gran número de paisanos armados, intentó la reconquista de Hostalrich, pero luego que se aproximó Noailles abandonó vergonzosamente el cerco. Por fortuna la escuadra aliada pudo impedir que la francesa bloquease á Barcelona.

Los moros de Africa volvieron este año á poner sitio á las plazas de Ceuta y de Melilla, pero fueron, como siempre, rechazados.

Gran pérdida experimentó por aquel entonces el ejército y la monarquía de Luis XIV con la muerte del mariscal de Luxemburgo (4 de enero de 1695). Vi- 1695
lleroy, que le sucedió en el mando de las tropas de los Paises Bajos, abrió la campaña poniendo sitio á Bruselas, contra cuya ciudad lanzó tres mil bombas y mil doscientas balas rojas sin mas resultado que el incendio de muchos edificios. Conociendo la inutilidad de su tentativa, levantó por último el cerco, y en tanto Namur y su castillo caian en poder de Guillermo, despues de vigorosa resistencia (setiembre). Los ejércitos del Rhin solo empeñaron aquel año algunas insignificantes escaramuzas, y en el Piamonte el duque de Saboya con seis mil Españoles y otros tantos Alemanes rindió la plaza de Casal, que fué restituida al duque de Mántua. En Cataluña, el marqués de Gastañaga, sucesor del de Villena, encerróse con sus tropas en las plazas fuertes y abandonó la campaña á los almogavares y paisanos, que con sus atrevidas excursiones, con su guerra de sorpresas y emboscadas, llegaron á ser el terror de los Franceses. Creciendo sus brios, pusieron cerco formal á Hostalrich y á Castellfollit, pero hubieron de levantarlo despues de reñido combate al ser socorridas estas plazas por el duque de Vendome, sucesor del de Noailles, quien se habia retirado á Francia aquejado de graves dolencias. Temeroso el nuevo general de que cayeran aquellos puntos en poder del enemigo, mandó arrasar sus fortificaciones, y lo mismo hizo con las de Palamós á cuya villa habia puesto sitio el marqués de Gastañaga, secundado por la escuadra aliada que costeaba á la sazon el litoral de Cataluña.

Habia resuelto Luis XIV emplear los principales esfuerzos de su poderío en restablecer en el trono de Inglaterra á su aliado Jacobo, y dió órden á sus generales de Flandes y del Rhin de permanecer á la defensiva; el de Orange no encontró medio de acometerlos con ventaja, y así es que pasaron el año de 1696 1696
observándose mútuamente sin llegar nunca á combate, viviendo todos á expensas de aquel país extenuado. Entonces el duque de Saboya manifestó claramente sus intentos: en 30 de mayo celebró un tratado particular con Luis XIV por el cual se separó de la confederacion, recobró todos sus estados, casó á su hija con el duque de Borgoña y salió garante de la neutralidad de Italia. España y el Imperio acabaron por convenir en esto último y las tropas españolas, alemanas y francesas evacuaron el Piamonte.

Este suceso y el deseo de sacar mejores condiciones de España al celebrarse la paz general que ya se negociaba, hicieron que Luis XIV dirigiera numerosas tropas á reforzar al duque de Vendome, que guerreaba en Cataluña, aun cuando su erario se hallase como el nuestro en pésimo estado, y le fuese tambien suma-

A. de J. C. mente difícil el reclutamiento de gente. Asimismo el marqués de Gastañaga habia recibido algunos reclutas de Castilla y Navarra y numerosos refuerzos de Alemanes, Irlandeses y Walones, enviados por el emperador al mando del príncipe Jorge de Hesse-Darmstadt, y reuniendo de este modo un ejército de cerca de treinta mil hombres sin contar los almogavares y somatenes que le seguian, pudo de nuevo salir á campaña. No le fué favorable el primer encuentro que tuvo con el enemigo: á orillas del Tordera fué el ejército español desordenado y puesto en fuga; casi toda la caballería walona quedó en el campo con el comisario general conde de Tilli, y hubiera sido muy grande el estrago á no ser la disciplina de los Alemanes y el sereno valor del príncipe que los acaudillaba. Los Franceses llevaron sus avanzadas hasta Calella, pero faltos de víveres, retrocedieron á Gerona y despues al pié de los Pirineos. Esperaba Vendome los auxilios que habia de traerle la escuadra para intentar un movimiento contra Barcelona, pero como aquella habia sido ahuyentada por la de los aliados, hubo de desistir de su proyecto como sucediera dos años antes.

Debilitadas con tan prolongada guerra cuantas potencias tomaban parte en ella, suspiraban todas por la paz; el duque de Saboya habia dado el ejemplo, Inglaterra y Holanda esperaban salir con ella aventajadas, para España era una necesidad, y el mismo Luis XIV la deseaba por sus ulteriores designios sobre la monarquía española. Suecia habia ofrecido su mediacion, y aceptada por las partes beligerantes, enviaron todas sus plenipotenciarios á Ryswick, pueblo inmediato á la Haya (mayo de 1697). No por esto cesaron las hostilidades: los ciento
1697 veinte mil hombres que tenia el Francés en Flandes al mando de Villeroy, Catinat y Boufflers, tomaron la plaza de Ath á pesar de haber acudido á su auxilio Guillermo de Orange y el elector de Baviera. En el Rhin perdieron los Imperiales la plaza de Hobernbourg, y en Cataluña, reforzado Vendome con nuevos batallones, púsose en marcha, atravesó sin grandes obstáculos todo el Principado y llegó delante de Barcelona á la cabeza de veinte y cuatro mil hombres provistos de poderosa artillería, al tiempo que la escuadra francesa, compuesta de ciento cincuenta velas, al mando del conde d' Estrèes, cerraba la boca del puerto (junio). El virey don Francisco de Velasco, que habia sucedido á Gastañaga por repetidas quejas de los Catalanes, se situó en las inmediaciones de la capital con parte de su ejército, y el príncipe de Darmstadt y el maestre de campo general conde de Corzana quedaron encargados de defender la ciudad con doce mil hombres y además cuatro mil ciudadanos armados de la milicia de los gremios y muchos nobles del país que habian acudido con su gente. Ocupó el enemigo los pueblos de San Martin y de Sarriá y luego el puesto de Capuchinos, poco distante de Barcelona; abrió trinchera frente al baluarte de San Pedro, y colocadas las baterías á pesar de las vigorosas salidas de los sitiados, principió el fuego contra la plaza por tierra y por mar con gran estrago de los edificios. Velasco con doce mil hombres, la mitad somatenes y almogavares, acometió el cuartel general francés establecido en Sarriá, pero fué rechazado con pérdida, y pocos dias despues Vendome sorprendióle en Molins de Rey y puso á sus descuidadas tropas en completa dispersion (14 de julio). Los Franceses habian llegado al foso de la plaza sitiada despues de largos y sangrientos combates; todos en Barcelona, clérigos, magistrados, nobles, mercaderes, artesanos y mugeres peleaban y traba-

jaban á porfía, y en 22 de julio, cuando hacia treinta dias que estaba abierta la trinchera, llevaba perdidos el enemigo mas de diez mil hombres. Siete obstinados combates costó la posesion de los baluartes de San Pedro y de la Puerta Nueva, siendo perdidos, recobrados y vueltos á perder en medio de espantosa carnicería. Sin embargo, empezaba entre la gente ciudadana á cundir gran disgusto contra el maestre general Corzana á quien se suponia flojo en sus deberes militares é inclinado á capitulacion, y la ciudad, poseida de entusiasmo, ofreció defenderse sola con tal que saliera el maestre de campo con todas sus tropas y quedasen únicamente los Alemanes del príncipe de Darmstadt. No fué admitida su generosa proposicion; al contrario, Corzana fué nombrado virey y general en jefe en reemplazo de Velasco, y al poco tiempo de haber Carlos II mandado embargar toda la plata depositada en las iglesias para atender á las tropas que habian de marchar al socorro de los Barceloneses, el nuevo virey firmó la capitulacion de la ciudad (10 de agosto) con gran enojo de todo el pueblo y del conceller en cap, que murió de pesadumbre. Los Franceses se obligaron á no cometer insulto alguno contra los habitantes y á conservarles todos sus privilegios, y la guarnicion salió por la brecha con banderas desplegadas, con treinta cañones y seis morteros, y fué á juntarse con las tropas del virey á la otra parte del Llobregat.

La noticia de estos sucesos llegó á Madrid casi al mismo tiempo que la del saqueo de la riquísima ciudad de Cartagena de Indias, verificado por el almirante francés Pointis en union con los filibusteros ó hermanos de la costa (mayo). La guarnicion de la plaza, compuesta de setecientos setenta hombres, capituló despues de algunos combates, y los Franceses, no contentos con exigir á los moradores mas de treinta millones de libras, entregaron la ciudad á un horrible saqueo, cuyos detalles llenaron de indignacion á Europa.

Lastimoso aspecto hemos dicho ofreció la corte de España despues de la caida de Oropesa; la reina María Ana quedó dominando absolutamente en el ánimo del rey su esposo, y con ella las bastardas influencias que la rodeaban y aconsejaban, la baronesa de Berlips, llamada por apodo *la Perdiz*, de nacion alemana, y cierto Enrique Jovier y Wiser, aleman tambien, apellidado *el Cojo*, porque en efecto lo era. Estos dos personages, de vulgar estirpe, odiados y escarnecidos por el pueblo, privaban casi exclusivamente con la reina, y á ellos, segun los escritores contemporáneos, se debieron principalmente las dilapidaciones, los escándalos que presenció por aquel tiempo el palacio de los reyes de España. Ellos solos proveian los cargos, dignidades y empleos civiles y eclesiásticos, haciendo de los mismos vil tráfico, y los grandes, no solo lo toleraban, sino que se aprovechaban de él y no vacilaban en comprar la benevolencia de los indignos favoritos. El débil Carlos, colocado en medio de tanta confusion, solo á intervalos, en sus pasageros momentos de energía, mostraba con algun nombramiento, con alguna disposicion conocer los males de la monarquía y ser su ánimo remediarlos, pero pronto volvian á aquejarle sus enfermedades, y la medida quedaba sin cumplimiento y él se abandonaba otra vez á merced de sus inexpertos ó interesados consejeros. A tanto llegó el desconcierto en palacio, que el condestable de Castilla hubo de adelantar veinte mil escudos para la mesa de Carlos porque los mercaderes no habian querido dar al fiado las provisiones de la cocina real, y mas de sesenta palafreneros abandonaron las caballerizas porque se les debia

cerca de tres años de sueldo, debiendo el caballerizo mayor don Pedro de Leiva valerse de mozos de esquina para limpiar los caballos del rey. A cada vacante de importancia empeñábase porfiada lucha entre las diversas influencias, y la reina, sus amigos, la de Berlips y Wiser, el confesor, el duque de Montalto, el de Monterrey, el de Benavente y otros asediaban al rey disputándose el nombramiento: en la degenerada corte de España se hacia de todo grangería, y al vergonzoso yugo de un valido habia sustituido el mas vergonzoso aun de cien ambiciosos.

El duque de Montalto, que habia reemplazado en la presidencia del consejo de Indias al marqués de los Velez, muerto de pesadumbres en 1693, era entre todos el que con preferencia gozaba de la gracia del rey, si bien temia cargar él solo con todo el peso del gobierno en el infeliz estado en que la monarquía se encontraba. En semejante disposicion, deseoso de contentar á sus principales émulos, propuso al rey que para compartir los trabajos del gobierno, á que le era imposible acudir él solo, dividiese sus dominios en la Península en cuatro grandes porciones ó distritos, confiando el mando de los mismos á él, al condestable, al almirante y al conde de Monterrey. Accedió á ello el monarca, pero como el de Monterrey no pudiese aceptar el cargo por motivos de salud, hízose la division en tres partes, señalando al almirante las Andalucías y Canarias, al condestable Galicia, Asturias y las dos Castillas, y á Montalto Aragon, Cataluña, Navarra y Valencia. La autoridad de estos cargos habia de ser superior á la de todos los tribunales y consejos, á la de los vireyes y gobernadores, y los Tenientes, como se llamaban los que los obtenian, entraron en el ejercicio de sus funciones celebrando dos reuniones por semana. Al momento pudo conocerse lo desacertado de la medida; muchos consejos y tribunales protestaron, algunos generales y vireyes hicieron dimision de sus empleos, y aumentaron el descontento y la irritacion general junto con el desgobierno, en cuanto no tardó en introducirse la discordia entre los mismos Tenientes. en particular entre el almirante y el de Montalto, protegido aquel por la reina y el confesor y apoyado este en el afecto del rey. En vano la reina madre, hasta su muerte, acaecida en 1696, y el arzobispo cardenal Portocarrero, dolidos de aquella lastimosa situacion, dirigian al rey saludables consejos; en vano le decia el último en una extensa y enérgica representacion que estos reinos estaban destruidos y arruinados, no por el servicio del soberano, sino por superfluidades y disipaciones indignas, al paso que se habian suprimido las mercedes á viudas y huérfanos otorgadas por servicios hechos á S. M., negado el pago de las libranzas mas legítimas y cometido otras tiranías que arrancaban á todos el corazon; añadia que en el reino no faltaban riquezas, caudales y tesoros, pero que el miedo lo tenia todo escondido; que siendo las mismas las rentas reales, pues no se habia suprimido ningun tributo, antes al contrario, por lo menos habia en otro tiempo una armada permanente y se mantenian ejércitos en Flandes, Milan, Cataluña, Castilla y Galicia, y ahora todo habia desaparecido, perdiéndose, no solo los erarios reales, sino otro principal erario de los reyes, que es el amor de sus vasallos (1). Carlos II, sin fuerzas ni decision

(1) Papeles de Jesuitas poseidos por la Real Academia de la Historia, MS. núm. 25.

para atajar el daño, habia de ver á la monarquía rodar al abismo sin que probase á detenerla en su caida (1).

A la rendicion de Barcelona habia seguido una suspension de armas entre ambos ejércitos divididos por el Llobregat, y espirada que fué, Vendome sorprendió el campo de Corzana obligándole á retirarse precipitadamente. En seguida pasó el enemigo á la comarca de Vich, cuya ciudad rindió, y este fué el último triunfo y tambien la última operacion del Francés en esta guerra. Las conferencias de Ryswick seguian su curso, y por mediacion de los enviados de Carlos XII de Suecia presentaron los de Francia los artículos sobre los cuales su soberano estaba dispuesto á celebrar la paz. Luis XIV, debilitado y deseoso sobre todo de bienquistarse con Carlos y la nacion española por sus ulteriores designios sobre la sucesion de estos reinos, mostróse generoso en las condiciones, y los embajadores de España don Francisco Bernardo de Quirós y el conde de Tirlemont, los de Inglaterra y los de Holanda las aceptaron, firmándose el tratado en 20 de setiembre de 1697. El emperador Leopoldo se negó en un principio á hacer otro tanto, pero poco despues (30 de octubre) dió órden á sus embajadores para que se adhirieran á lo hecho por sus aliados.

El tratado que puso fin á aquella general y prolongada lucha constaba de treinta y cinco artículos; por él reconoció Luis XIV á Guillermo de Orange como rey de Inglaterra y restableció en sus estados al duque de Lorena; señalóse el Rhin por límite á los dominios de Alemania y Francia, y esta devolvió á España, al Imperio, á Holanda y á Inglaterra cuantas conquistas hiciera desde la paz de Nimega, exceptuando espresamente el Rosellon, el Artois, el Franco-Condado, Strasburgo y unas ochenta aldeas que en los Paises Bajos españoles quedaban agregadas á los territorios franceses de Charlemont y Maubeuge. La restitucion hecha á España comprendia las importantes plazas de Barcelona, Gerona y Rosas en Cataluña, y en Flandes las de Mons, Charleroy, Ath y Courtray.

---

(1) «Examinando de cerca el gobierno de esta monarquía, se ve que su desórden es excesivo, pero en el actual estado de cosas casi no puede introducirse cambio alguno sin exponerse á inconvenientes mas temibles que el propio mal; seria precisa una revolucion radical antes de establecer un órden perfecto en el estado... No faltan á España elementos de fuerza, pero, esparcidos como en el caos, no se halla talento capaz de deslindarlos y reunirlos.» *Memoria del embajador francés, conde de Rebenac* (mayo de 1689).

CAPÍTULO XVIII.

Postracion de España.—Cuestion de sucesion.—Pretendientes á la corona.—Partidos en la corte.—El cardenal Portocarrero abraza la causa de Francia.—Fray Froilan Diaz confesor del rey.—El conde de Oropesa vuelve á la corte.—Tratado de reparticion de España entre las potencias marítimas.—Carlos II nombra sucesor al príncipe de Baviera.—Muerte de este príncipe.—Motin en Madrid.—Destierro del conde de Oropesa.—Los hechizos del rey.—Portocarrero y el partido francés dominan en la corte.—Segundo tratado de reparticion.—Vacilacion del rey.—Su última enfermedad.—Otorga testamento.—Muerte de Carlos II.—Extincion de la dinastía austriaca.

Desde el año 1697 hasta el 1700.

Con gran alegría fué recibida en España la noticia del tratado celebrado en Ryswick en el que tan buenas condiciones se habian alcanzado, y la nacion, libre de guerras, consagróse enteramente á la cuestion que desde algun tiempo llevaba preocupados á los Españoles lo mismo que á las cortes extrangeras, esto es, la de saber quien habia de ceñir la corona de estos reinos á la muerte de Carlos que, débil y enfermo, no habia tenido sucesion de ninguna de sus esposas y parecia cercano al sepulcro.

Antes, empero, de tratar de este asunto y de su desenlace, importa que digamos algo acerca del estado de postracion á que habia llegado la monarquía que se disputaban los partidos, conviene insistir y explicar lo que palpablemente nos han manifestado los acaecimientos. El pueblo que habia dominado en Europa por la superioridad de las armas, de la riqueza y de la ciencia, no tenia ya fuerzas militares capaces de hacerse respetar: sus tropas de tierra se hallaban en el estado mas deplorable, y el reino que en tiempo de Felipe II mantenia formidables ejércitos en todas las partes del mundo conocido, contaba apenas algunos miles de soldados. Gourville, que habia residido en España viéndolo todo con el talento de observacion que le caracterizaba, se envanece de haber sido el primero que descubrió á los ministros de Luis XIV la postracion interior de aquella monarquía que tanto miedo habia inspirado á las demás, y por su testimonio y por el de otros hombres competentes consta que en este tiempo apenas tenia España quince ó veinte mil hombres sobre las armas, la mitad de los cuales eran niños y la otra mitad viejos, diseminados en Cataluña y Navarra, las dos provincias mas expuestas durante la guerra que acababa de terminar; el resto del ejército no existia sino alistado (1). No estaban mejor defendidas las

(1) Campomanes, *Apéndice á la educacion popular*, t. I, pág. 296; *Memorias de Gourville*, segunda série.

provincias apartadas de la Península: en el reino de Nápoles no habia cabales mas que seis compañías, quinientos hombres en Sicilia, y unos trecientos escasos dispersos por las plazas de Cerdeña y las islas Baleares; en los Paises Bajos apenas quedaban diez mil soldados y otros tantos en el Milanesado. La marina estaba casi aniquilada, los almacenes vacíos, los arsenales agotados, y faltaba material de construccion y de equipo. El conde de Rebenac no contó en los puertos de España mas que veinte y seis navíos de guerra servibles que ni siquiera podian armarse á un tiempo, y los demás estaban inutilizados por viejos. Así se explica que, como hemos dicho, hubiese de acudir España á Ingleses y Genoveses para el servicio del Nuevo Mundo; así fueron tantas las devastaciones cometidas en nuestras Antillas y tantos los ataques de las flotas por los filibusteros y Argelinos; así, en fin, se comprende como el conde de Castrillo pudo decir en el consejo que habia de renunciarse á sostener armada (1), y que luego de la paz de Ryswick se apelará á los navíos de Luis XIV para proteger los galeones de Indias (2).

La agricultura, la industria y el comercio estaban arruinados; las pocas fábricas que habian quedado decaian; la poblacion de la Península apenas llegaba á seis millones de almas, y con esto la deuda pública ascendia á mil doscientos sesenta millones de reales. « La impotencia universal de la monarquía en todas sus partes y miembros, decia al soberano uno de sus consejeros, se viene á los ojos, por falta de cabos, por defecto de habitadores, por inopia de caudal régio y privado, por entera privacion de armas, municiones, pertrechos, fortificaciones, artillería, bajeles, y lo que es mas de disciplina militar, naval y terrestre; por el universal desmayo, desidia y vergonzoso miedo á que por nuestros pecados se ve reducida la nacion, olvidada de su nativo valor y generosidad antigua. Aunque demos el caso de poder valernos de las naciones extrangeras conduciendo á España Alemanes, Irlandeses é Italianos, con los gastos crecidos que esto pide, y se hallasen medios para formar con ellos ejército, quedamos expuestos á no conservarlos, y al peligro de que si fuesen pocos los forasteros conducidos, servirian de poco, y si muchos, estará en su arbitrio hacer lo que quisieren y por ventura pasarse al enemigo á la primer retardacion de paga (3). » Este era el agonizante imperio que iba á quedar sin soberano al morir Carlos II, último descendiente directo de la rama primogénita de la casa austriaca; esta la presa que despues de su muerte y aun durante su vida habian de disputarse con gran encarnizamiento los partidos civiles y las naciones extrangeras.

Algunos años hacia que esta espinosa cuestion se habia planteado en España y en los gabinetes de Europa á causa de la complexion débil del rey y de sus incesantes enfermedades, que le tenian casi siempre próximo á la muerte: los embajadores de Austria y de Francia hicieron á la corte de Madrid teatro de sus manejos é intrigas, y aquella se dividió ya desde un principio en partidos, que favorecian con su influencia cerca de Carlos á alguno de los pretendientes. Eran estos en número de seis: el archiduque Carlos de Austria, en quien su padre el

---

(1) Mignet, *Negociaciones relativas á la sucesion de España*, t. I, p. 315.

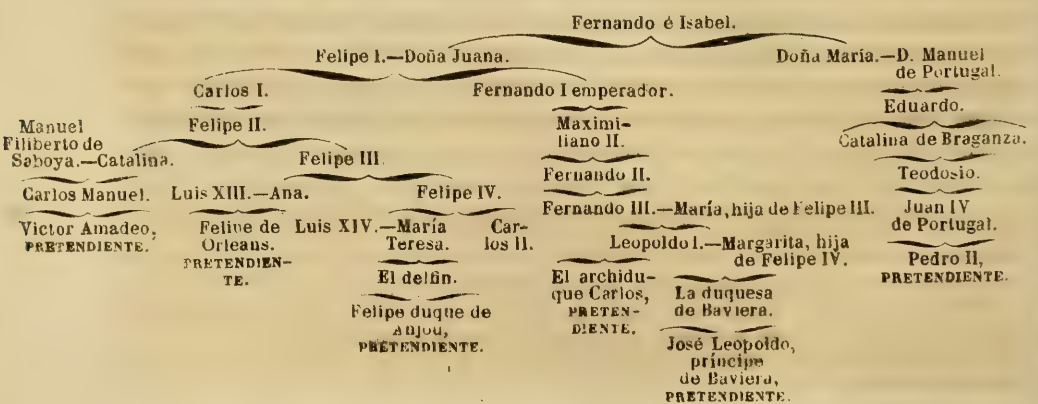
(2) El rey de Francia consintió por mucho tiempo en ello á causa del interés que tenian sus súbditos en aquel comercio por el organizado contrabando que en el mismo hacian.

(3) *Voto particular del marqués de Mancera á la consulta del rey sobre el asunto de la sucesion*, 6 de agosto de 1694.

emperador Leopoldo y su hermano primogénito José habian renunciado sus derechos para evitar la reunion de las coronas de Austria y España en una misma persona; fundaba su derecho en que, extinguida la primera línea varonil de la dinastía austriaco-española, habia de acudirse á la línea segundo génita de que él descendia, y además en los derechos de su abuela María, hija de Felipe III: el príncipe José Leopoldo de Baviera, nieto de Margarita, hija de Felipe IV, primera esposa del emperador Leopoldo, puesto que aun cuando la madre del príncipe al casar con el elector de Baviera renunció á sus derechos á la corona de España, esta renuncia no habia sido confirmada por Carlos II ni por las cortes de Castilla: Felipe, duque de Anjou, hijo segundo del delfin de Francia, en quien este habia renunciado su derecho para evitar la reunion de ambas coronas; fundábase el que alegaba en ser su padre hijo de la infanta María Teresa de España, primogénita de Felipe IV, y en las leyes de Castilla que llamaban al trono á las hembras, aunque no sucedia lo mismo en los reinos aragoneses, pues si bien mediaba la renuncia solemne de María Teresa hecha en el tratado de los Pirineos y confirmada por las cortes y el testamento de su padre, decíase que únicamente la habian motivado los temores de las potencias de que se reunieran en una misma persona las coronas de España y de Francia, lo que entonces no sucedia, y además que aquella cesion no habia podido hacerse legalmente, porque á nadie por su sola voluntad le es lícito alterar las leyes de sucesion de un reino en perjuicio de sus descendientes. Pretendian además la corona el duque Victor Amadeo de Saboya, como descendiente de Catalina, hija de Felipe II; el duque Felipe de Orleans, como hijo de Ana de Austria, hija de Felipe III, y el rey de Portugal don Pedro II, como descendiente de doña María, hija de los Reyes Católicos. Sin embargo, en breve se conoció que la cuestion habia de estar principalmente entre los tres primeros, no tanto por su mejor derecho, como por los grandes intereses que representaban y el partido que lograron crearse en la corte y en el pueblo (1).

El palacio de Carlos II era el campo donde se daban batalla estos partidos y estos intereses, y el infeliz monarca, condenado á la triste necesidad de oir las incesantes contiendas sobre los que tenian mejor derecho á sucederle y aun á to-

(1) Arbol genealógico de los pretendientes á la corona de España.



mar parte principal en ellas, como aquel cuya decision habia de influir tanto en la resolucion del negocio, consultaba á sus consejos y tratábalo en juntas especiales que formaba para saber el dictámen de todos. El partido de Francia comenzó por intrigas secretas, como que era en un principio muy insignificante á pesar de contarse en él al conde de Monterrey y al jurisconsulto y consejero de Castilla don José Perez de Soto, y mas lo fué todavía al estallar la nueva guerra con Luis XIV y al morir la primera esposa de Carlos, María Luisa de Orleans. No sucedia así con los de Austria y Baviera, que campeaban desembozadamente en la corte, dirigido y compuesto el primero por el embajador imperial conde de Harrach, la reina María Ana de Newburg, los cardenales Portocarrero y Córdoba, el confesor P. Matilla, el marqués de Mancera (1), el almirante conde de Melgar, el marqués de Villafranca y otros magnates, y el segundo por la reina madre y Oropesa, á quien se consultaba todavía á pesar de su separacion de los negocios. A este último parecia inclinarse el rey, pero esto no obstante, el del archiduque parecia llevar lo mejor de la contienda: los apuros de la monarquía, los socorros que esperaba Carlos del emperador y que de él recibió con las tropas del príncipe de Hesse-Darmstadt arrancáronle la promesa de que nombraria sucesor al archiduque, y mas aun pareció dominar este partido cuando por influencia de la reina se dió á Darmstadt el vireinato de Cataluña, al duque de Popoli el de Nápoles y al príncipe de Vaudemont el gobierno de Milan, con lo que se aseguró de los gobiernos principales de la monarquía, aunque descontentó á muchos. En cambio el elector de Baviera fué investido del gobierno de Flandes.

Ajustada la paz de Ryswick, varió el aspecto de las cosas. Al tiempo que el partido austriaco empezaba á perder terreno en la corte por el carácter altanero de la reina y del embajador, Luis XIV resolvia trabajar ya mas abiertamente y con ahinco en favor de los derechos de su nieto, y para ello envió de embajador á Madrid al conde de Harcourt, hombre de gran penetracion, afable, cortés y espléndido. Entonces recrudecióse la lucha, y no tardó en conocerse que llevaba el Francés la ventaja: el oro que prodigaba conquistó á la de Berlips y á Wiser, personages importantes por la influencia que en la reina ejercian, y hasta la misma doña María Ana llegó á estar vacilante y próxima á abandonar el partido de sus parientes ante los halagos y las magníficas promesas del embajador de Luis, que le brindó con la mano del delfin luego que quedara viuda, con la devolucion del Rosellon y con eficaces auxilios para reconquistar á Portugal. Con estos peligros el embajador Harrach y los partidarios de Austria redoblaron sus gestiones cerca del rey, mas con esto solo consiguieron ofender y lastimar á Carlos, quien esquivó sus visitas tanto como le fué posible. Su causa tomaba, pues, peor sesgo cada dia: el conde de Harrach, poco sufrido, salió de la corte disgustado,

(1) «El único medio, decia este, que desde la atalaya del corto discurso del que vota se descubre para tomar puerto en tan procelosa borrasca, despues de la misericordia divina, á quien se debe recurrir con afectuosas y humildes súplicas, es el de condescender V. M. á las insinuaciones del rey de Francia, de que renunciando V. M. y el señor emperador en favor del príncipe electoral de Baviera el País Bajo, en caso de no tener V. M. sucesion, renunciasen el Cristianismo y el Delfin el derecho pretenso á esta monarquía á favor del señor emperador y señores archiduques de Austria, sobre el mismo presupuesto de negarnos el Cielo el beneficio, que espero siempre de su misericordia, de la real sucesion de V. M.....» *Voto antes citado de 6 de agosto de 1694.*

A. de J. C. y una importante conquista que por aquel tiempo hizo la política del embajador francés, acabó de poner de mal aspecto la causa de sus adversarios. El cardenal Portocarrero abandonó su antigua bandera para asociarse á la de Francia, y muy acreditado por su piedad y virtud, ya que no por su ciencia, siguieron su ejemplo el inquisidor general Rocaberti y otros señores de cuenta. Como primer fruto de esta victoria logró el partido francés que el rey apartara del confesionario al P. Matilla y le reemplazara con fray Froilan Diaz, catedrático de Alcalá y hombre de mas virtud que talento, pero adicto á los intereses de Portocarrero.

1698 La vuelta á la corte del conde de Oropesa (1698) dió nuevo aspecto á la cuestion é hizo otra vez dudosa la victoria. Nombrado presidente de Castilla por influjo de la reina, adhirióse y dió algun calor á la debilitada causa austriaca, mas luego, enemistado con el almirante, volvió á su antiguo partido del príncipe de Baviera, que si bien apoyado por los jurisconsultos y entre todos el mas agradable al rey, andaba muy de caida desde la muerte de la reina madre. Luis XIV no consideraba seguro su triunfo, así es que tanto para amedrentar á los Españoles como para prepararse para lo porvenir, negoció con Guillermo III de Inglaterra y los Estados generales de Holanda un tratado de repartimiento de la monarquía española, fundado en la necesidad de mantener el equilibrio europeo. Estipulóse en él aplicar al príncipe de Baviera la península de España, los Paises Bajos y las Indias; al delfin de Francia los estados de Nápoles y Sicilia, el marquesado de Final y la provincia de Guipúzcoa, y el Milanesado al archiduque Carlos, obligándose los aliados, en caso de que las familias de Austria y Baviera negaran su adhesion á este pacto, á reunir sus fuerzas para hacerles la guerra. Gran enojo causó este suceso en el emperador, en el monarca y en el pueblo español; por medio de su embajador el marqués de Canales protestó Carlos II cerca de Guillermo III contra la desmembracion pactada, mas al propio tiempo Oropesa, aprovechando las disposiciones que revelaba el tratado de repartimiento y el antiguo afecto del rey, logró que este se decidiese por el príncipe de Baviera. Secundó sus esfuerzos una junta de teólogos y juristas al efecto convocada, y el príncipe José Leopoldo fué declarado sucesor y heredero de todos los dominios españoles á la muerte de Carlos II.

Resuelta parecia la cuestion; Luis XIV, satisfecho con las ventajas que le aseguraba el tratado de repartimiento, fingió cuando menos haber abandonado sus anteriores proyectos; solo el emperador prorumpió en fuertes quejas y altivas protestas que acabaron de enagenarle del todo el afecto de Carlos, cuando la muerte del príncipe José Leopoldo, acaecida á la edad de seis años, en 8 de fe-
1699 brero de 1699 (1), hizo renacer todas las pasadas dudas y vacilaciones. Oropesa dió entonces al partido austriaco la autoridad de su apoyo, pero en cambio el partido francés aumentó sus filas con algunos hombres de importancia, y de nuevo se empeñó la lucha. En situacion semejante un suceso, consecuencia del malestar del reino, del que aprovecharon sagazmente los del partido de Francia, vino á darles considerable ventaja. Las malas cosechas de los últimos años habian pro-

(1) Tan encendidas se hallaban las pasiones que se acusaba á todos los partidos contrarios de haber dado veneno al tierno príncipe. Nada, empero, hay en la historia que justifique la existencia de semejante delito.

ducido en Madrid gran escasez y carestía de mantenimientos, y el pueblo, que murmuraba del presidente de Castilla, suponiendo que él y su esposa especulaban en ciertos artículos de primera necesidad, amotinóse cierto dia contra el corregidor (abril), y llegó hasta la plaza de palacio con furiosos gritos de: «¡Pan, pan! ¡Viva el rey! ¡Mueran los que le engañan! ¡Muera Oropesa!» Presentóse el rey al balcon, y por medio del conde de Benavente, que sin duda estaba de acuerdo con los alborotadores de abajo, concedióles su peticion de que fuese nombrado corregidor de Madrid don Pedro Ronquillo, adicto á Portocarrero, y el conde añadió en seguida: «El rey os perdona, pero en cuanto á la carestía del pan no puede él remediarla, y sobre esto será bien que os dirijais al conde de Oropesa, que tiene los abastos.» No fué menester mas para que la muchedumbre acaudillada por algunos hombres enterados del fin oculto del movimiento, corriera en tropel á la casa de Oropesa, quien la habia ya abandonado, y la saquearan y revolvieran sin dejar en ella mueble entero. Otro tanto hicieron con la del almirante, y solo se dispersaron los grupos al presentarse entre ellos el corregidor Ronquillo, considerando sin duda que se habia hecho lo bastante, y al tenerse noticia de que habia llegado el príncipe de Darmstadt con doscientos caballos de Cataluña. No permanecieron inactivos despues del suceso el cardenal Portocarrero, el jurisconsulto Soto y los demás parciales del de Borbon; empleando todo su influjo en el ánimo del rey y manifestándole no tener otro medio de evitar mayores excesos, alcanzaron del débil Carlos que volviera á desterrar á Oropesa á la Puebla de Montalvan, que mandara al almirante retirarse á treinta leguas de Madrid y que despidiera de la corte á cuantos eran conocidos por su afecto al partido imperial.

Estas intrigas ocupaban exclusivamente á los consejos y á los demás miembros del gobierno; solo en ellas se pensaba, y todo marchaba á la ventura. La administracion del estado se hallaba completamente abandonada, y ni aun la junta de los Tenientes daba señales de vida, caida en la inaccion y casi en el olvido desde la conclusion de la guerra. Graves temores y profundo dolor experimentaban los hombres que en la corte y en las provincias permanecian agenos al ardor de las maquinaciones, al considerar el desmembramiento que á la monarquía amenazaba y la guerra civil que era inminente, porque bien se preveia que cuanto se resolviera en Castilla habia de ser rechazado por Catalanes, Aragoneses y Valencianos. Y á todo esto se agregaban el desfallecimiento del rey que, poseido de profunda melancolía, no se ocupaba en nada y solo pensaba en la muerte, y sus contínuas enfermedades, agravadas entonces con los padecimientos que sufria su alma y su cuerpo por los conjuros con que procuraban arrojar de él los demonios de que le suponian poseido, con buena fé algunos y con mala muchos, atentos únicamente á alcanzar sus particulares fines.

Las crónicas dolencias que padecia Carlos desde su mas temprana edad hicieron cundir entre el vulgo, por andar en aquel siglo muy válidas las especies de hechizos y encantamientos, la voz de que los malos espíritus estaban apoderados de la persona del rey: punto era este de que se habia ya tratado en el Consejo de Inquisicion, si bien se sobreseyó en él por falta de pruebas, cuando el débil soberano, que llegó á saberlo, consultó en secreto con el inquisidor general Rocaberti encomendándole averiguar lo que hubiese de cierto en el caso que tan apu-

rado le traia (enero de 1698). El Santo Oficio negóse otra vez á conocer del asunto á pesar de proponérselo su superior, pero este, ya participase de las ideas vulgares, ya quisiese usar de aquello como de una arma de partido, es lo cierto que se puso de acuerdo con el confesor fray Froilan Diaz para que le ayudara en sus investigaciones sobre los hechizos del monarca. En la villa de Cangas de Tineo, en Asturias, hallábase de confesor y vicario de un convento de dominicas un religioso amigo de ambos, llamado fray Antonio Alvarez de Argüelles, famoso para exorcizar endemoniados, y con él entablaron directa correspondencia Rocaberti y Diaz (junio), despues que el obispo de Oviedo don Tomás Reluz se hubo negado, lo mismo que el tribunal del Santo Oficio, á intervenir en aquel asunto, diciendo que lo que el rey necesitaba no eran exorcismos, sino medicinas y buenos consejos.

Sabemos ya á que bando pertenecian en la cuestion de sucesion el inquisidor y el confesor, así es que no es milagro que las energúmenas á quienes habia conjurado fray Antonio, acusaran de los hechizos de Carlos II, primeramente á la difunta reina doña Mariana de Austria y luego á la esposa del monarca, al almirante y á otros personages notables del partido austriaco, añadiendo que el filtro habia sido dado al rey en un pocillo de chocolate. Desde aquel momento fué sujetado el enfermizo Carlos á los remedios que prevenia el vicario de Asturias; llevósele á Toledo, hiciéronse con él cosas de que nadie acertaba á darse cuenta, y el pobre monarca, agobiado de aprension y de temores, hubo de sufrir inexplicables tormentos. Mucho tardó la reina en saber estas tramas de sus enemigos, y cuando llegaron á su noticia, su enojo y su indignacion, ya que no pudieron descargar sobre el inquisidor Rocaberti por haber fallecido este en junio de 1699, meditaron la pérdida del confesor. En tanto Leopoldo, que quiso tambien sostener la lucha en aquel terreno, envió de Alemania al capuchino fray Mauro Teuda, que tenia gran fama en lo de conjurar y lanzar demonios, y desde aquel momento á las acusaciones contra el partido austriaco contestaron otros cargos contra el partido francés, y diéronse nuevos escándalos á la corte, que tantos habia ya presenciado. Por fin la reina delató á la Inquisicion al P. Froilan Diaz pidiendo que se le declarara por reo de fé, y nombrado inquisidor general don Baltasar de Mendoza, obispo de Segovia, que era de sus partidarios, el P. Froilan, sin que le valiera declarar haber obedecido en todo al difunto Rocaberti, fué separado del confesionario en el que le sucedió fray Nicolás de Torres-Padmota, privado de la plaza que tenia en el Consejo y encerrado poco despues en las cárceles del Santo Oficio (1).

El partido francés hacíase mas y mas poderoso desde el destierro del almirante y de Oropesa; Portocarrero y los suyos lo dominaban todo, y el bando austriaco habia quedado reducido á la reina, al conde de Frigiliana, al inquisidor general, á don Mariano de Ubilla, secretario del despacho universal, y á algunos otros personages de menos importancia. Sin embargo, constante Luis XIV en su propósito de asegurar en todo caso á su corona grandes ventajas territoriales,

(1) La causa del P. Froilan Diaz se siguió con variados incidentes que le dieron grandes proporciones, tanto que intervino en ella el nuncio de su santidad, siendo por fin fallada en 17 de noviembre de 1704 por sentencia absolutoria.



Lechar ☐ — Vazquez Impᵉ

EXORCISMO DE CARLOS II.

celebró con Inglaterra y Holanda un segundo tratado de reparticion de la monarquía española, puesto que habia inhabilitado el primero la muerte del príncipe bávaro. Por el nuevo convenio aplicábanse al archiduque Carlos de Austria las provincias de España, excepto Galicia y Extremadura, que se daban á Portugal, y además los Paises Bajos, la Cerdeña y las posesiones de América, excepto algunas que se daban á Inglaterra y Holanda; la Lorena se agregaba á los estados que habia de recibir el delfin de Francia, y el duque recibia en recompensa el Milanesado; en caso de no avenirse á ello, Milan se daria al elector de Baviera ó al duque de Saboya, recibiendo la Francia en el primer caso el Luxemburgo y en el segundo el ducado de Saboya, Niza y Barceloneta. Además de estos beneficios adquiria Francia la alta Navarra y parte de Cataluña (marzo de 1700). 1700

Semejante tratado fué acogido con ardorosas protestas por el emperador como quien pensaba tener derecho á la herencia de España sin desmembracion ninguna, y con gran irritacion por parte de Carlos, que suspendió toda relacion diplomática con las potencias marítimas. De ello aprovechó el partido austriaco redoblando sus obsequios é instancias cerca del monarca, al tiempo que Luis XIV reunia tropas en todas las fronteras, aprestaba en sus puertos numerosas naves y negociaba en todas las cortes para tenerlas á su lado en caso de que hubiese de llegar con la casa de Austria á último y sangriento combate. Todo ello pareció dar en la corte de Madrid nuevos brios al partido aleman, y el conde de Harcourt hubo de abandonarla, ya fuese para ponerse al frente del ejército francés de la frontera, ya haya de atribuirse su retirada á las quejas que por su conducta dió en París el embajador de España marqués de Castelldosrius. Sin embargo, quedaba al lado de Carlos el cardenal Portocarrero, que por su elevado ministerio ejercia gran ascendiente en su ánimo, y como caso de conciencia le representó haber de consultar otra vez á los mas acreditados teólogos y jurisconsultos del reino y á los consejos de Estado y de Castilla para resolver con acierto el delicado punto de la sucesion. Hízolo así el rey, y la mayoría de las juntas y de los consejos, como ya lo sabia el cardenal, fueron favorables al nieto de Luis XIV con tal que se evitara la reunion de ambas coronas en una misma frente. Individuos hubo que opinaron por la convocacion de cortes, pero esta proposicion fué desestimada, y en vano el conde de Frigiliana prorumpió en aquellas palabras: «¡Hoy destruisteis la monarquía!» el partido francés, un momento abatido, volvió á recobrar su ascendiente, tanto era el influjo que ejercia el poder de Francia y el vigor de su dinastía, y aun se robusteció mas cuando consultado Inocencio XII, enemistado con la casa de Austria, contestó que los hijos del delfin eran los legítimos herederos de la corona de España.

Y sin embargo, aun vacilaba el ánimo del triste Carlos, aficionado á su familia austriaca. Momentos hubo en que preguntó ansioso por el archiduque y manifestó deseos de tenerlo á su lado, cuando una memoria amenazadora publicada en aquel tiempo por la corte de Francia, manifestando su propósito de realizar el tratado de reparticion y de no permitir que tropas imperiales entraran en los dominios españoles, fué para él nuevo motivo de amargura y de decidirse casi en favor del Francés, temeroso ante todo del desmembramiento de la monarquía. Así siguieron las cosas sin que cesaran de combatir al irresoluto soberano la reina, Portocarrero, embajadores, ministros y magnates, hasta que, desfallecido

mas y mas el rey y agravada su enfermedad, hubo de guardar cama el dia 21 de setiembre. Siete dias despues recibió con gran devocion por mano del patriarca de las Indias los sacramentos de la Iglesia, pidiendo perdon á todos de sus culpas, y al dia siguiente pareció tan de peligro que fueron llevadas á la cámara real las imágenes mas veneradas de los templos de Madrid. En ella se instaló tambien el cardenal Portocarrero con dos religiosos de su confianza, y luego que logró ahuyentar de allí á la reina, al inquisidor general, al confesor Torres y á cuantos pertenecian al partido contrario, comenzó á exponer al rey la necesidad de otorgar testamento y nombrar heredero, no obedeciendo la voz de sus afecciones personales, sino atendiendo únicamente á la conveniencia del reino expresada por el dictámen de los consejos, que habia sido robustecido por la aprobacion del padre comun de los fieles. Vencido Carlos dió órden á Ubilla para que extendiera su última voluntad como notario mayor de los reinos; en 3 de octubre le fué presentada para que pusiera en ella su firma, y el atribulado monarca la firmó prorumpiendo en estas melancólicas palabras: «¡Ya no soy nada! Dios solo es el que da los reinos porque á él solo pertenecen.» La mejoría que se observó en su estado hizo concebir lisongeras esperanzas del restablecimiento de su salud, pero en breve volvió á agravarse con síntomas alarmantes; en 29 de octubre expidió su último decreto nombrando para el gobierno del reino hasta la llegada del sucesor á la reina, al cardenal Portocarrero (este como lugarteniente y gobernador absoluto durante la vida de S. M. mientras no pudiese despachar por sí), á don Manuel Arias como presidente del consejo de Castilla, al duque de Montalto como presidente del de Aragon, á don Baltasar de Mendoza como inquisidor general, al conde de Frigiliana como consejero de Estado, y al de Benavente como grande de España; reiteró los sacramentos de la penitencia y comunion, y en 1.° de noviembre; entre dos y tres de la tarde, entregó su alma al Señor á los treinta y nueve años de edad y á los treinta y cinco de reinado (1).

Procedióse luego á la apertura del testamento, y las salas de palacio se llenaron de magnates y ministros extrangeros, que ignoraban ó afectaban ignorar el contenido del mismo. En él se designaba por sucesor en todos los dominios de España á Felipe, duque de Anjou, reconociendo que habia cesado el motivo fundamental de la renuncia hecha por la infanta doña María Teresa; en su defecto, por heredar Felipe la corona de Francia ó morir sin hijos, era llamado su hermano menor el duque de Berry, á falta de este el archiduque Carlos, y en último lugar el duque de Saboya y sus descendientes. El duque de Abrantes anunció estas disposiciones á los magnates reunidos, y cuéntase que despues de muchas cortesías lo hizo con estas palabras dirigidas al embajador austriaco: «Tengo el placer, mi buen amigo, y la satisfaccion mas verdadera en despedirme para siempre de la ilustre casa de Austria.» Además del testamento habia otorgado Carlos un codicilo en 21 de octubre disponiendo que si la reina su esposa quisiere despues de su fallecimiento retirarse de la corte y vivir en una ciudad de España ó en los estados de Italia ó de Flandes, se le diera el gobierno de aquella ciudad ó de aquellos estados con sus correspondientes ministros. Inmediatamente se despacharon correos á París con copia del testamento y cartas de la junta

(1) Gaceta de Madrid del 2 de noviembre del año 1700.

para Luis XIV, previniéndose á los enviados que en caso de que aquel rey no aceptase la herencia, continuasen hasta Viena y la ofreciesen al archiduque Carlos.

Este fué el reinado de Carlos II, el último descendiente de aquella dinastía de cinco reyes que desde Felipe II habia degenerado constantemente de padres á hijos. Hombre de bien, dice un escritor, desgraciado desde la infancia, la corona fué para él un martirio; de entendimiento claro, de conciencia recta, de piedad acendrada, su debilidad, su irresolucion, su apatía hicieron inútiles estas buenas cualidades, y le condenaron á presenciar impotente la extincion de su dinastía y la agonía de su imperio. Período de tristeza y de miseria es en efecto su reinado en la historia de la monarquía que, fantasma de nacion, llegó á una debilidad comparable á la que experimenta en nuestros dias el imperio otomano. Sin fuerza en el exterior, segun acabamos de presenciar, las provincias de Castilla, centro y núcleo de la monarquía, alcanzaron durante la vida de Carlos II á la suma del desgobierno, de la miseria y de la confusion, efecto del sistema centralizador que en ellas de tiempo antiguo venia planteándose y que se halló sin apoyo al sonar la hora de las desgracias del trono. No habia allí institucion ninguna que pudiese suplir la ineficacia é impericia del gobierno central, y esto al propio tiempo que nos explica la abyeccion en que cayeron en este lastimoso reinado las provincias castellanas, nos da la clave para comprender como Cataluña, Aragon, Navarra, Valencia y los otros territorios donde con mas ó menos fuerza se habian conservado las instituciones antiguas, pudieron gozar de una prosperidad relativa: sus fueros, sus leyes, sus gobiernos particulares, sirviéronles de escudo y salvaguardia cuando las desgracias exteriores y los desaciertos iban dejando sin fuerzas al soberano de Castilla. Ni un ejército, ni una armada, ni un general, ni un estadista pudo oponer España á la enemistad de Francia en la triste época que acabamos de poner á la vista de nuestros lectores, y la monarquía parecia amenazada de una disolucion general. Sin hacienda, sin agricultura, sin marina, casi sin comercio ni industria, que habia abandonado á manos extrangeras, la época de este reinado, una de las de mayor nulidad política de nuestra patria, fuélo tambien de abatimiento artístico y literario; el génio de España parecia apagado, y solo Antonio de Solis y Claudio Coello eran como un glorioso recuerdo de los tiempos pasados.

Las cortes de Castilla dejaron de reunirse durante este reinado sin que por nadie se reclamase contra su suspension. La reina madre doña Mariana dispuso que no tuvieran efecto las que convocara el rey don Felipe IV poco antes de morir para que juraran al príncipe Carlos, fundándose en que habia cesado la causa de su convocacion, puesto que ya Carlos se sentaba en el trono, y desde entonces acabó por completo la vida lánguida que venian arrastrando (1). Tampoco se reunieron en este tiempo las de Cataluña y Valencia; las de Aragon fueron convocadas dos veces, y cuatro las de Navarra en Estella y en Pamplona.

En este reinado continuó la Inquisicion aflojando de sus rigores, y en el mismo aparecieron nuevos síntomas de que el antiguo y severo tribunal empezaba, por falta de objeto y por la variacion de los tiempos, á perder la considera-

(1) La prorogacion del servicio de millones practicábase por medio de una diputacion permanente, compuesta de tres procuradores de las ciudades de voto en cortes á quienes tocaba por turno.

cion á que antes se habia elevado. Carlos II formó una junta especial para que examinara las facultades y privilegios del Santo Oficio y diera su dictámen acerca de las competencias que se suscitaban entre él y los consejos reales, y la memoria que fué dirigida luego al rey es patente prueba de lo que llevamos sentado.

Con la muerte de Carlos II y la extincion de la casa de Austria quedó abandonada en el exterior lo que podemos llamar política aragonesa, por ser continuacion de la que habian venido observando los monarcas de esta tierra, enemigos siempre de la casa de Francia por sus opuestos intereses, y se inauguró otra, basada generalmente en la alianza con aquel reino. La primera, que tanto se robusteció al ceñir Carlos I la corona imperial y al contar sus sucesores al imperio por deudo y estrecho aliado, disputaba á los monarcas franceses la preponderancia de Europa; la segunda se la abandonó sin disputa, y desde entonces la vienen aquellos ejerciendo. Y bajo este concepto la agregacion de los reinos aragoneses á Castilla fué de importancia mas trascendental que la que se desprende de la generalidad de las historias, dadas á mirar la de España bajo el exclusivo punto de vista de Castilla, cuando ni aun quizás en nuestros dias en que la unidad ha adelantado tanto camino, es permitido considerar así la variedad de existencia de las diversas naciones que constituyeron á España. Castilla fué sin duda en este tiempo la nacion preponderante en el interior; en ella se creó y robusteció el poder central que habia de dominarlo todo; á ella se debió principalmente el establecimiento de la robusta monarquía de Carlos I y Felipe II, cuyo poderío ha ido extendiéndose á Cataluña, á Aragon, á Navarra y hasta á las Provincias Vascongadas; ella por su carencia de vigorosas instituciones y por otras causas que varias veces hemos insinuado en el decurso de esta obra, favoreció el planteamiento de lo que exigian las nuevas necesidades de los tiempos y el impulso general de Europa, pero nada mas. En el exterior, en su política de conquistas y de preponderancia España fué toda aragonesa desde el enlace de Fernando é Isabel, y en este sentido dijo bien un profundo pensador al asegurar que la dinastía de Austria es un paréntesis en la historia de España (1), con cuyo nombre quiso seguramente significar Castilla; jamás esta hubiera emprendido aquella senda por la que tanto habian andado los reinos de Aragon á no suceder aquel acaecimiento: así lo atestigua toda su historia anterior, y así ha de reconocerlo hoy la crítica histórica, libre de las ideas mezquinas y erróneas que solo ven á Castilla en las empresas españolas. La mision social, las doctrinas que envolvia la preponderancia de España hubieron sin duda de quedar cumplidas al disponer la Providencia que descendiera nuestra patria de su elevado puesto; España, la Europa entera recibieron entonces en sus ideas y en su modo de existir influencias diversas que han concluido por llevarla á otro camino, y ocasion es, al apartarnos definitivamente de tanta grandeza, de repetir lo que de ella dijimos al ser inaugurada por don Pedro III con sus victorias contra Felipe el Atrevido: «Grandeza es esta que casi siempre compran los pueblos á costa de su paz y dicha y que si permite y favorece las espansiones del genio, las grandes acciones así en monarcas como en pueblos, demuestra tambien una vez mas que,

(1) Discurso pronunciado por don Juan Donoso Cortés en el congreso de diputados durante la legislatura de 1845

no el predominio, no la fuerza superior, no la elevacion desmesurada constituyen el bien, la felicidad para las naciones, como no lo constituyen tampoco para los individuos.» Los últimos reinados de la casa austriaca justifican lastimosamente las anteriores palabras.

Tócanos ahora observar mas de cerca la existencia interior de España durante el período que constituye la Parte cuarta de la presente historia, y este será el objeto de los capítulos siguientes.

CAPÍTULO XIX.

La monarquía española.—Gobierno de los varios dominios españoles: Castilla, Cataluña, Aragon, Valencia, Navarra, Provincias Vascongadas, Sicilia, Nápoles, el Milanesado, los Paises Bajos, el Franco-Condado, Méjico, el Perú.—Legislacion.—Notables disposiciones civiles.—La Nueva Recopilacion.—Disposiciones penales.—Leyes aragonesas.—Nueva recopilacion de las leyes de Cataluña.—Leyes de las Provincias Vascongadas.—Administracion de justicia.—Leyes mercantiles.

Hermoso espectáculo ofrecia España y Europa al comienzo del siglo XVI: como dejamos consignado en las líneas que ponen fin á la Parte tercera de esta obra, avanzaban rápidamente hácia la perfeccion el individuo y la sociedad: notábase cierta inquietud, cierta ansiedad, cierta fermentacion, que al paso que indicaban la existencia de grandes necesidades no satisfechas todavía, mostraban que se tenia de ellas conocimiento claro; el espíritu del hombre no descubria olvido de sus intereses ni ignorancia de sus derechos y de su dignidad, al contrario, abundaba de prevision y cautela y abrigaba elevados y grandiosos pensamientos (1). Los grandes medios de accion, descubiertos todos, se desenvolvian rápidamente: las naciones se iban formando y agregaban á ellas nuevas provincias; la comunicacion de los pueblos, el renacimiento de las letras y de las artes, el cultivo de las ciencias, el espíritu aventurero y de comercio, el descubrimiento de un nuevo mundo y el de otro camino para las Indias Orientales, la aficion á las negociaciones políticas para arreglar las relaciones internacionales, todo se combinaba para comunicar á los ánimos aquel fuerte impulso que despierta las facultades todas del hombre y lleva á los pueblos á nueva existencia. Entre todas, tres circunstancias hacian considerable el movimiento de la sociedad europea: la reciente entrada de la masa total de los hombres en el órden civil, resultado de la completa abolicion de la servidumbre; el carácter mismo de la civilizacion en que todo marchaba junto y de frente, y por fin la existencia de la imprenta que hacia llegar á la circunferencia el calor y la fermentacion del centro. Ante esta transformacion, ante esta mejora, era evidente que habian de transformarse, que habian de mejorarse las formas políticas encargadas de conservarlas y perfeccionarlas y hé aquí el problema que hemos visto planteado en la tercera parte de nuestra historia para verlo resuelto en la presente.

España, como todas las naciones europeas, que por tantos siglos habia estado bajo la suave influencia cristiana, llevaba al problema muchos datos de

(1) Balmes, *El Protestantismo comparado con el Catolicismo*, c. LVII.

libertad, mas ó menos positivos en sus diferentes reinos. La monarquía, expresando el mando supremo de la sociedad puesto en manos de un solo hombre, obligado á ejercerlo conforme á razon y justicia, descollaba entre todos los elementos, unas veces inferior en la práctica á la idea que le sirviera de tipo, otras aspirando á vencerlo y á dominarlo todo; junto á ella, ya lo hemos visto, se elevaban otras grandes poderosas fuerzas: la aristocracia eclesiástica y seglar, las municipalidades; pero no era ya el problema á principios del siglo XVI si el trono habia de existir ó no, ni tampoco si habia de preponderar sobre los demás poderes; la existencia y la preponderancia eran dos cuestiones ya resueltas, dos hechos necesarios: la duda estaba en si habia de prevalecer la monarquía sin anonadar en el órden político los dos elementos aristocrático y democrático, ó si ella habia de dominar sola, y este problema, del todo resuelto en Francia y en otras naciones durante la época que este período abraza, no lo fué por completo en España, aun cuando se viese muy próxima su total resolucion.

En favor de la monarquía sola ó absoluta vinieron á militar muchas y poderosas razones. La multitud, la diversidad, la oposicion de los elementos morales que entraban entonces en juego, pedian un poder central fuerte y robusto que previniera los choques, templara el excesivo ardor y moderara la viveza del movimiento; la agregacion de distintos reinos, independientes antes, exigia lo mismo, probando una vez mas que los grandes estados no son por su misma índole el mejor albergue de la libertad, y por fin, á estas causas, ya muy poderosas á los ojos de quien haya estudiado algo la marcha y los instintos de los pueblos, agregóse otra mas general, mas uniforme aun en sus efectos. Apareció el Protestantismo, y este al paso que acogió bajo su ferviente patronato muchas de las funestas doctrinas que perturbaran á Europa en los pasados siglos, que esparció los gérmenes de la anarquía haciendo mas sensible, imperiosa y urgente la necesidad de centralizar el mando, de fortificar la autoridad, quebrantó en todas partes el poder del clero, que era dejar al pueblo sin apoyo, al monarca sin freno y á la aristocracia sin trabazon, sin principio de vida, imposibilitando así el gobierno templado á que parecian dirigirse las naciones; preparó la abolicion de la influencia política del papa, exageró el poder de los reyes hasta en materias espirituales, aduló á los poderosos, trató de aniquilar y aniquiló en muchas partes la gran obra realizada en política por el cristianismo y quiso confundir otra vez en una las dos potestades, el alma y el cuerpo; destruyó muchos elementos de bien y cambió radicalmente las condiciones del problema político, adulterando la civilizacion y torciendo el curso de las sociedades europeas. Así pues, entre tanta perturbacion, entre tantos peligros, la antigua libertad, desfigurada ya, no pudo ser bastante escudo; los pueblos necesitaban un centro robusto y fijo; la monarquía satisfacia cumplidamente esta necesidad imperiosa, y ellos, que así lo comprendieron, se abalanzaron presurosos hácia el principio salvador, y se colocaron bajo la salvaguardia del trono.

Estas fueron las causas generales, además de otras particulares y locales, que realizaron en las instituciones políticas de Europa el trascendental cambio que venimos observando, cambio que dejó al poder real sin ningun freno, á no ser aquel que de suyo le imponia el estado de las ideas y de las costumbres, que habia de ser y fué muy poderoso. Porque conviene advertir que la monarquía

absoluta, además de los motivos de suavidad que tenia en su seguridad, en su robustez misma, en la elevacion y legitimidad de sus títulos, fundóse y apoyóse en los mismos altos supremos principios en que habia descansado el órden social antiguo; ella reconoció las leyes, las reglas que habian dirigido á los hombres en la pasada edad, ella respetó casi siempre los diques morales de que se hallaba rodeado el poder en las libres y cristianas sociedades de los siglos medios; ella, si mató á la Edad Media, lejos de rechazar y pisotear los despojos de su víctima, segun brillante expresion de M. de Montalembert, se adornó con ellos y con ellos estaba aun revestida cuando á su vez sonó la hora de su vencimiento.

En España, ya lo hemos visto: comenzóse la obra en tiempo de los Reyes Católicos y quedó casi del todo consumada al ceñir la corona Felipe II. Otras causas particulares además de las generales ya indicadas, pueden señalarse en nuestra patria á este resultado, que privó á los pueblos de gran parte de su pasada representancion política, segun hemos insinuado al poner fin al reinado del último rey de Aragon, de Fernando V de Castilla. La reunion de las coronas aragonesa y castellana ha de considesarse en primer lugar; desde aquel momento, dijimos entonces, quedó el trono en posicion demasiado elevada para que pudieran ser barreras bastantes á contenerle los fueros de los reinos que se habian unido; las antiguas naciones iban haciéndose muy pequeñas ante la altura y el esplendor del sólio, y desde entonces empiezan á tomar el puesto que luego habia de caberles, el de provincias. El monarca, no ya rey de Aragon ni de Castilla, sino de España, no puede estar en contínuo contacto con los súbditos de sus diferentes estados; la celebracion de cortes dejará de ser regular por no poder acudir el soberano á cada uno de los reinos que componen la monarquía; con las fuerzas de un estado podrá humillar y sujetar á otro, y si á esto se une su gran poder y su inmenso prestigio, si miramos las armas españolas vencedoras en Granada, en Italia, en Africa, en Francia y en Alemania, si consideramos á las flotas de Fernando y de Carlos I conduciendo á Colon, á Cortés y á Pizarro conquistadores de un nuevo mundo, ante el deslumbrante espectáculo desaparecen cortes y municipalidades para quedar solos la magestad y el poderío del trono. Agréguese á esto que, participando la nacion de semejante embriagador sentimiento, solo piensa en sus victorias, solo sueña combates, conquistas y riquezas; soldado el español apenas acierta á ser ciudadano, y nunca las armas han sido buenas compañeras de las instituciones libres. Además, la diversidad de los pueblos que constituian la monarquía, tan diferentes en sus costumbres y en su organizacion municipal y política, y sino enemigos animados recíprocamente de rencores y rivalidades, favorecia la accion dominadora del trono, que podia combatir las instituciones de una provincia sin que las demás se considerasen ofendidas; y por fin, influyó no poco en el resultado que venimos señalando el establecimiento del gobierno central en aquellos reinos donde eran menos ámplias y mas vagas las instituciones y mas dominante el poder de los reyes. Téngase en cuenta ahora que estas causas llegaron á su mayor auge y esplendor y por consiguiente que obraron con toda su eficacia en los tiempos críticos en que se dejaban sentir con toda su fuerza las causas generales antes insinuadas y en que por todas partes se decidia la contienda, y se comprenderá con toda la distincion y clari-

dad de que son susceptibles semejantes fenómenos sociales y políticos, la transformacion obrada en la existencia de España.

Y sin embargo, esta transformacion, á pesar de haber ceñido la corona monarcas como Fernando V, Carlos I y Felipe II, no fué en nuestra patria tan completa ni tan rápida como en otras naciones, efecto de que habia España andado mucho en la senda de la libertad y de que por suerte pudo preservarse en gran parte de las funestas ideas propaladas por el Protestantismo. La monarquía es en Castilla robusta, omnipotente, pero aun allí continuan reuniéndose las cortes, si bien en breve son desfiguradas dejando de asistir á ellas el clero y la nobleza; *no conviene que se haga novedad, se hará lo que convenga,* eran las respuestas que daban comunmente los monarcas á sus peticiones; su existencia es lánguida y precaria, pero viven; grandes y respetables consejos rodean el trono entendiendo en todos los asuntos del Estado, y en los confines de la Península, en los reinos de Aragon, en Navarra, en las Provincias Vascongadas, en Portugal durante la época de nuestra dominacion, y en los territorios españoles de otras regiones, consérvase mas ó menos alterado el régimen antiguo; sus moradores gozan de sus franquicias, fueros y privilegios; la accion real es en algunos de aquellos reinos difícil y lenta; en los antiguos gobiernos reside todavía el ejercicio de la autoridad, y bajo este concepto, la dinastía austriaca, que si algunas veces intentó arrumbar las últimas libertades, jamás descargó contra ellas todo el peso de su poder, ha de merecer los elogios de aquellos que, si bien conozcan el desgobierno de los últimos reyes, no crean, como la escuela francesa, que la centralizacion absoluta, que la concentracion en uno solo de la vida de todos, que las palabras *el Estado soy yo* en la interpretacion que generalmente se las da, son el ideal del buen gobierno y del bienestar de los pueblos. Al primer rey de la dinastía borbónica, al nieto de Luis XIV estaba reservado hacer dar á la obra un paso inmenso hácia su realizacion, poniendo así mas expedito el camino para los modernos centralizadores.

Tratemos, pues, separadamente de los dominios españoles y dirijamos á cada uno una mirada que nos entere de su forma especial de gobierno, empezando por los que constituian el centro y nucleo de la monarquía, por el reino de Castilla.

Comprendia este Castilla la Vieja, Castilla la Nueva ó reino de Toledo, el de Leon, el de Galicia, el de Asturias y los reinos de Córdoba, Granada y Murcia. En él tenia su asiento el gobierno central, especialmente desde que Felipe II convirtió en corte permanente la villa de Madrid, y en él tambien, como hemos dicho, era el poder real muy fuerte y respetado. Sin embargo no se crea que hubiese desaparecido todo vestigio de la libertad antigua; por el contrario, se conservaban varios mas ó menos desnaturalizados, mas ó menos decaidos, y además de las cortes que se reunieron con mucha frecuencia, excepto en el reinado del último monarca, existian aun las municipalidades con sus franquicias é independencia. En la eleccion de los miembros que componian los *capítulos* ó *cabildos* no podia el rey intervenir en lo mas mínimo, y los elegidos debian únicamente su autoridad al voto de sus conciudadanos. Los de Sevilla, Granada y Córdoba se componian cada uno de veinte y cuatro hidalgos y en ellos y en un *alguacil mayor* que los asistia, cuyas funciones eran hereditarias, descansaba todo el peso del gobierno y de la administracion local. Quedaban además las órdenes militares, que,

si bien reconocian por gran maestre al soberano, no dejaban de embarazar la accion del poder real en sus dilatadas posesiones con sus leyes y fueros especiales, y existia, aun por fin, la aristocracia eclesiástica y seglar con sus cuantiosas rentas, con sus vastos dominios y con el prestigio que daba á sus miembros su antiguo nombre, su ministerio y el gran número de hidalgos pobres que mantenian en sus casas.

En Madrid residian el gobierno y los grandes consejos auxiliares de la corona para cada uno de los reinos ó territorios agregados á ella, á los que, como sabemos, dió Felipe II su organizacion definitiva. El de Castilla, sucesor del de Estado, tomaba la iniciativa en todas las grandes disposiciones que se rozaban con los intereses generales de la monarquía. El número de plazas del Consejo Real fué fijado en diez y seis por aquel mismo monarca, quien dispuso que fuesen letrados todos sus miembros; Carlos II añadió cuatro plazas mas, y ya antes Felipe IV habia aumentado su poder autorizándole, no solo para representar, sino para replicar á sus resoluciones. El progresivo decaimiento á que venian las cortes fué causa de que ejerciese con frecuencia funciones legislativas, administrativas y judiciales, hasta el punto de expedir de órden del rey y á veces sin ella pragmáticas, cédulas y decretos, reglamentos y circulares.

Sobre Castilla pesaban principalmente las cargas de la monarquía, que tan onerosas se hicieron desde el reinado de Felipe II; los reinos aragoneses, Navarra y las Provincias Vascongadas hallaban en sus franquicias medio de eludir casi siempre las exigencias del rey, y esto al propio tiempo que contribuia á que estos pueblos se aferraran mas á sus leyes particulares, aumentaba el encono con que eran mirados por los Castellanos, envanecidos por ocupar el primer puesto en la monarquía y por el monopolio del tráfico de Indias que exclusivamente se habian reservado. Y no solo á aquellos reinos afectaban tratar como pueblos conquistados, sino tambien á los Andaluces, que formaban parte de la corona de Castilla. Basta leer en el final de los Anales de Gerónimo Zurita la relacion que hizo al consejo del rey Alfonso de Santa Cruz, encargado por el mismo de dar su dictámen acerca de la obra antes de su impresion, para conocer los celos y las rivalidades que abrigaban Castellanos y Aragoneses y cual era el afan de los primeros por disminuir y empañar las glorias mas legítimas de la historia de estos reinos (1). España, país del heroismo y del valor, como dice M. Weis (2), no podia avenirse con la homogeneidad, pues siempre ha de ser base de aquel un individualismo fuerte y poderoso.

Cataluña, Aragon y Valencia continuaron en este período rigiéndose por las instituciones y la forma de gobierno explicados en otra parte de la presente obra (3). La persona del soberano era representada por vireyes que residian en Barcelona, Zaragoza y Valencia.

Navarra siguió en posesion de sus antiguas leyes y en ella misma estaba toda la administracion del reino. Su consejo real, residente en Pamplona, no de-

---

(1) Al dictámen de Alfonso de Santa Cruz contestó con una apología de la obra el cronista de Felipe II Ambrosio de Morales, y aquella se imprimió en 1610.

(2) España desde el reinado de Felipe II hasta el advenimiento de los Borbones, c. I.

(3) Vease la Parte 3.ª, cap. LIX.

pendia del consejo de Justicia como las audiencias de Castilla, y sus resoluciones eran soberanas. El monarca, que nombraba un virey para representarle, no tenia otros derechos que los de acuñar moneda, percibir las contribuciones y ejercer junto con las cortes el poder legislativo. En tiempo de guerra estaban obligados los nobles á tomar las armas y á servir tres dias á su costa, pasado cuyo término podian volverse á sus castillos á menos que el rey los tomase á sueldo, que era el único medio de detenerlos bajo sus banderas.

Las Provincias Vascongadas, Vizcaya, Alava y Guipúzcoa, cuyas libres instituciones son las únicas que quedan aun flotando en el universal naufragio, tenian cada una un código particular, una asamblea para formar las leyes y velar por la observancia de la constitucion, y fueros especiales que determinaban la forma de su gobierno. El de Vizcaya estaba organizado del modo siguiente: el corregidor, nombrado por el rey, presidia la Diputacion y votaba con ella; habia de ser letrado y vizcaino de nacimiento, y tenia á sus órdenes tres tenientes, uno de los cuales residia en Guernica con el título de *teniente general;* uno y otros juzgaban todas las causas civiles y criminales. La Diputacion, compuesta del corregidor y de dos miembros elegidos por la Junta general, estaba encargada de la administracion del señorío, repartia los tributos, dirigia la defensa pública en caso de guerra, y en circunstancias graves se constituia en alto tribunal de justicia. El Regimiento constaba de la Diputacion y de seis regidores creados por cédula del año 1500. Se reunia una vez al año ó mas si la Diputacion lo juzgaba necesario, y sus funciones eran puramente administrativas. La Junta general se componia de diputados de todos los pueblos de Vizcaya; cada uno elegia los suyos, que acostumbraban á ser sus fieles ó sus alcaldes, en una asamblea pública á que asistian todos los habitantes con tal que fuesen vizcainos de raza pura, mayores de edad y con casa abierta. Los diputados acudian el dia señalado bajo el árbol de Guernica, y despues de examinados sus poderes por la Diputacion, iban á una ermita inmediata al árbol para prestar juramento y quedaba constituida la Junta. Sus atribuciones eran fijar los gastos públicos, votar los tributos y proveer los empleos vacantes. Dábase cuenta de los asuntos en idioma castellano y se discutian en vascuence. Los privilegios mas importantes del señorío eran los siguientes: todo Vizcaino era noble y gozaba de los derechos anexos á este título, aun cuando dejase su país para establecerse en otro de España. Los Vizcainos no podian ser juzgados fuera de su provincia, ni pagaban mas tributos que los consentidos por la junta á título de donativo gratuito. Gozaban de absoluta libertad de comercio y el rey no podia establecer estancos en el señorío. Cada pueblo tenia sus propios y arbitrios particulares de los cuales disponia con independencia del cuerpo principal, rindiendo sus cuentas al corregidor ó á su teniente. No podian darse empleos públicos sino á vizcainos de nacimiento; el rey no podia enviar tropas á Vizcaya, y los naturales, que no habian de servir fuera de su territorio á no ser que se prestasen á ello voluntariamente, estaban obligados á defender su señorío en caso de guerra con Francia. No podia el rey construir plazas fuertes en Vizcaya sin el consentimiento de los habitantes; estos tenian el privilegio de acatar sin cumplir las órdenes del soberano contrarias á sus fueros, y los reales decretos no eran admitidos hasta que se presentaban por el corregidor al pase de la Diputacion.

Alava, cuyos fueros á imitacion de los de Vizcaya fueron confirmados por Carlos I en las cortes de Valladolid, se dividia en cincuenta y tres hermandades. las que en 1.° de enero de cada año nombraban los alcaldes, cuya jurisdiccion se extendia á los delitos de incendio, asesinato ó atentado, contra la propiedad. La Junta general, que se reunia dos veces al año, era formada por los alcaldes y procuradores de las hermandades, por el tesorero de la provincia y por dos escribanos; en ella se nombraba el diputado general ó maestre de campo, y este jefe superior de la provincia reunia el poder civil y militar y fallaba en última instancia. Dos secretarios y un suplente nombrados por la Junta le ayudaban en sus funciones y seis miembros de aquella asamblea le servian de Consejo. El diputado general era reelegido cada tres años y no daba cuenta de su conducta sino á la asamblea de que era mandatario. Los Alaveses, como los Vizcainos, comerciaban libremente con las provincias limítrofes de Francia y de España. Tenian el privilegio de no servir fuera de su país, y en caso de guerra con Francia ellos mismos defendian á Fuenterrabía, llave de la provincia, y la frontera de los Pirineos. Lo mismo que los Vizcainos acataban, pero no cumplian las órdenes del rey contrarias á sus fueros. En la provincia no habia agente alguno de la autoridad real, puesto que la Junta proveia todos los empleos públicos, y por medio de una compañía de treinta caballos ó celadores, ayudados del buen espíritu de los naturales, conservaba en todas partes el órden y la tranquilidad.

Guipúzcoa, lo mismo que Alava y Vizcaya, se regia por leyes locales, cuyo orígen ascendia á los primeros siglos de la edad media. La Junta general, compuesta de cincuenta y siete miembros elegidos por las cincuenta y siete alcaldías, se reunia todos los años en julio para redactar las nuevas leyes que reclamase el interés público. Antes de disolverse delegaba sus poderes en cuatro diputados generales, que debian tomarse de las ciudades de San Sebastian, Tolosa, Azpeitia y Azcoitia. El diputado general de la poblacion en que residia aquel año el corregidor, en union con su adjunto y los dos primeros capitulares de la misma, formaban la Diputacion ordinaria que entendia en todos los negocios de la provincia que no fuesen de gran entidad; para estos habia de convocarse la Diputacion extraordinaria, compuesta de los cuatro diputados generales, la cual habia de reunirse además dos veces cada año. El corregidor ó juez supremo, presidente de la Diputacion y de la Junta, aunque sin voto, era elegido por los mismos naturales, y habia de residir tres años en cada uno de los pueblos antes mencionados. Los Guipuzcoanos eran nobles y como tales no prestaban servicios sino á título voluntario; comerciaban libremente con Francia, Inglaterra y los demás reinos de España, y este tráfico, junto con la industria, era su único recurso por lo reducido y estéril del territorio; tenian el privilegio de no servir fuera de su tierra, á la que defendian por sí mismos en caso de guerra con Francia ó la Gran Bretaña; solo Irun y San Sebastian podian recibir guarniciones reales, y finalmente estaban autorizados los Guipuzcoanos para no cumplir las órdenes del rey contrarias á sus leyes particulares (1).

Los dominios de la monarquía española situados fuera de la Península eran

(1) Llorente, *Provincias Vascongadas*, t. II.

regidos á nombre del rey por vireyes ó gobernadores, cuyo gobierno en general humano, afable y entendido permitió conservar por mucho tiempo unidas á la corona tan diferentes y remotas provincias. Parece, dice M. Weis, que por un favor especial fué deparado á los Españoles del siglo XVI el don de conservar su autoridad sobre los pueblos conquistados de otro modo que con el terror de sus armas. Los vireyes de Nápoles, Sicilia y Cerdeña, los gobernadores del Milanesado, del Franco-Condado y de los Paises Bajos y los vireyes de Méjico y del Perú usaban para con sus inferiores de la noble familiaridad que no excluye la obediencia ni el respeto, cualidad estimable que nunca han conocido los Ingleses ni los Franceses (1). La isla de Sicilia era gobernada por un virey que residia en Palermo con autoridad limitada, y las ciudades gozaban todavía de los antiguos privilegios que les fueran confirmados por los reyes de Aragon. Mesina, que hacia remontar los suyos hasta la conquista de los Normandos, era regida por un senado compuesto de seis miembros, elegidos parte por el pueblo y parte por la nobleza, asesorándose con los consejos de los veinte oficios de que se componia el estado llano. El primer magistrado de la ciudad era el *stratico*, á quien nombraba el rey sin que pudiera luego destituirle. Mesina se fijaba á sí misma los tributos, y sus tribunales ejercian una jurisdiccion inapelable en todo el territorio comarcano. Los privilegios de Palermo no eran menos considerables, y el virey no podia establecer contribucion alguna sin el asentimiento de los procuradores del estado llano y del *prestador* que presidia á esta asamblea. Los barones, entre los que se contaban mas de setenta familias catalanas, no pagaban tributos, y solo estaban obligados al servicio militar. El clero gozaba tambien de muchas inmunidades garantidas por la santa sede que tenia sobre la isla derecho de señorío, y todos, pueblo, clero y nobleza, eran amantísimos de las leyes que regian la tierra y cada clase en particular. Esto hacia que en ninguna parte fuese mas difícil y precaria la posicion de los vireyes, quienes para conservarse algunos años en su empleo aprovechaban por lo regular la rivalidad que existia entre Palermo y Mesina, apoyándose alternativamente en una de ambas capitales. El establecimiento del tribunal del Santo Oficio, la transmision á los *doctores* de las jurisdicciones locales que ejercian los magnates, la sustitucion en los tribunales de los *luogotenentes* por presidentes nombrados por el rey, reformas todas llevadas á cabo por Felipe II, robustecieron algo mas el poder real y le permitieron hacer sentir mas su autoridad á las clases todas en los varios ramos de la administracion.

Los Napolitanos participaban mas que sus vecinos en las cargas de la monarquía. Los vireyes habian aprovechado las disensiones que dividian á la nobleza y á la clase media para tener á ambas bajo su dependencia, lisonjeando á una y otra alternativamente. Además, habian en gran parte sustraido al clero de la proteccion de la santa sede prohibiendo bajo graves penas la introduccion de todo breve á que no precediese el *exequatur*, y aunque habian sido infructuosos los esfuerzos de Carlos I y de Felipe II para introducir en aquel reino el tribunal de la Inquisicion, podia decirse que en ninguno de los dominios españoles excepto Castilla, era como en él la autoridad de los monarcas mas libre-

(1) España desde el reinado de Felipe II hasta el advenimiento de los Borbones, Introd.

mente ejercida y mas generalmente acatada, sirviendo sus naturales en todas ocasiones con cuantiosos donativos de hombres y dinero. Subsistian aun las antiguas dignidades de *gran juez*, *gran proto-notario y gran canciller*, pero eran puramente honoríficas. Los *seggi*, que se juntaban en Nápoles y se componian de diputados de la nobleza, los *eletti*, elegidos por las ciudades para velar por el mantenimiento de las franquicias municipales, habian perdido todo su influjo desde que los vireyes se arrogaron el derecho de anular cuantos nombramientos no eran favorables á los designios que abrigaban. El poder residia en el *Consiglio di Santa Chiara*, que estaba al frente del departamento de justicia y se componia de cinco consejeros españoles y diez napolitanos nombrados por el virey; en el *Consiglio di la Sommaria della Camera* al que correspondian los asuntos concernientes al patrimonio del monarca, y en el *Consiglio collaterale*, compuesto de dos Españoles y un Napolitano que se juntaban todos los dias en el palacio del virey, formando su consejo privado. Este último consejo presentaba listas de candidatos para todos los empleos vacantes, y el virey elegia entre ellos, sin que la corte de Madrid, que dejaba á su representante en libertad ilimitada, se opusiera nunca á estos nombramientos. La mayor parte de empleos se daban á Españoles ó á Napolitanos oriundos de familia española.

El Milanesado estaba regido por gobernadores con la doble autoridad civil y militar, auxiliados por una *consulta* ó consejo privado, compuesto de los presidentes de los tribunales y de los oficiales superiores del tercio de Lombardía, y templaban su poder los derechos del arzobispo, los del senado y las municipalidades. Para disminuir los del primero intentó Felipe II en 1563 establecer en Milan el tribunal del Santo Oficio, fundado en la necesidad de mantener la pureza de la fé comprometida por el contínuo tránsito de tropas luteranas y calvinistas; mas no pudo lograr su propósito á causa de haberse amotinado la ciudad, y si bien lo abandonó, vengóse del senado, que apoyara la oposicion del clero y del pueblo, restringiendo sus derechos, y del pueblo interviniendo en la renovacion de los consejos generales. Antes de que esto sucediera el senado, cuyos miembros inamovibles nombraba el rey y tres de los cuales eran españoles, tenia derecho de confirmar ó desechar los reales decretos segun eran conformes ó contrarios á las leyes. El gobernador proveia todos los cargos públicos, pero sus nombramientos no eran definitivos hasta ser sancionados por el senado; los empleos se daban por dos años, y espirado el término, podia aquel decretar una pesquisa sobre la conducta de los empleados á quienes la opinion pública acusase de haber prevaricado. Finalmente, el gobernador tenia el derecho de indulto y no podia ejercerle sin el asentimiento del senado, pero este derecho fué otro de los que perdió la asamblea milanesa en tiempo de Felipe II. Las franquicias municipales oponian antes de este monarca y aun despues poderosa valla al planteamiento del poder absoluto. Los magistrados de las ciudades repartian la contribucion mensual, y siempre que el gobernador pretendia cobrar nuevos tributos ó percibir un donativo voluntario, habia de convocar los consejos generales de Cremona, Milan, Como y otras ciudades. Estas asambleas, cuyos miembros llevaban el nombre de *decuriones*, eran presididas como en la edad media por un *podesta*, nombrado por el gobernador; discutian las peticiones que se les presentaban, decidian á pluralidad de votos y con frecuencia desechaban los pe-

didos de dinero que les parecian en exceso onerosos. Cada municipalidad tenia en Milan un *orador* que defendia sus intereses cerca del gobernador español.

En las diez y siete provincias que constituian los Paises Bajos antes del levantamiento y en las diez que despues de él quedaron sujetas á la dominacion de España, nombraba el virey ó gobernador general todas las autoridades superiores; en sus manos y en las de sus representantes estaba la administracion de justicia; nombraba á los *regidores*, que desempeñaban las funciones de jueces, escepto en Valenciennes, que los nombraba por sí misma, y á los *bailes* que tenian el cargo de fiscales. Los tribunales de Flandes, la cancillería de Brabante y el alto tribunal de Malinas recibian de él sus asesores y su sueldo. Antes de entrar en el ejercicio de sus funciones el virey juraba la observancia de los estatutos, privilegios, cartas de franquicia, exenciones, immunidades, derechos señoriales y en una palabra todas las leyes de las diferentes provincias. En el desempeño de su cargo ayudábanle, como sabemos, un consejo de estado y otros especiales para la administracion de justicia y el manejo de los caudales públicos. Cada provincia tenia sus leyes particulares y su institucion distinta; un privilegio de los Brabantinos los absolvia del juramento de fidelidad en caso de violar el príncipe las leyes del país; Malinas estaba exenta de todo tributo sobre los bienes raices de su clase media, y en ninguna provincia podia imponerse contribucion ó pecho alguno sin la anuencia de los estados, que se componian de los representantes del clero, de la nobleza y de las municipalidades; su organizacion, el número de diputados, su influencia y la extension de su poder variaban en las diferentes provincias. El virey podia convocar los diputados de todas á asamblea general, pero como era necesaria la unanimidad de votos para hacer obligatorias las decisiones de los estados generales, raras veces los convocaba y preferia tratar sucesivamente con los estados de cada provincia.

El Franco-Condado, parte del círculo de Borgoña que estaba bajo la proteccion de los emperadores de Alemania, conservó reinando la casa de España sus antiguos privilegios. El mismo fijaba el importe de sus tributos que no aumentaban el tesoro del monarca, puesto que lo recaudado quedaba en la provincia empleándose en fortificar ciudades, abrir caminos y mantener una buena policía. La autoridad del gobernador estaba templada por la del parlamento que residia en Dole y que luego se trasladó á Besanzon; de una y otra se podia apelar para ante el gobernador de los Paises Bajos, y en última instancia se recurria al consejo de aquel estado residente en Madrid.

Las dilatadas posesiones de España en América estaban sujetas á dos vireyes encargados á la vez del gobierno civil y militar de Méjico y del Perú. Investidos además con el derecho de administrar justicia, presidian las audiencias, las cuales, establecidas en Méjico y Lima, juzgaban todas las causas civiles y criminales. De sus sentencias podia apelarse al consejo de Indias, pero la gran distancia se oponia á toda intervencion regular de este tribunal supremo y hacia casi absoluta la autoridad de los vireyes. Las órdenes mas terminantes de Madrid quedaban á veces sin ejecucion, y en este caso, leida solemnemente la real cédula en audiencia plena, el virey pronunciaba estas palabras consagradas por el uso: «La obedezco, pero no la cumplo, porque tengo que representar sobre ella.» Los vireyes de Méjico y del Perú no podian permanecer en sus puestos mas de

siete años, pero enviando presentes á los ministros del rey y á los consejeros de Indias influyentes, conseguian quedarse en ellos por otros muchos mas.

La legislacion de cada uno de los varios estados que constituian la monarquía siguió independiente y distinta, aumentándose con las nuevas leyes que se promulgaban por el monarca ó por las cortes. En Castilla el período en que nos estamos ocupando nos presenta únicamente leyes aisladas, sin ningun plan general que tendiese á desterrar la confusion de la jurisprudencia, pues si bien se llegó á publicar un código general, fué una mera recopilacion de antiguas disposiciones.

Escasas son las leyes notables de derecho civil privado dadas en este tiempo; entre ellas son dignas de mencion la ley de Felipe II en las cortes de Madrid de 1563, imponiendo penas contra los matrimonios clandestinos y declarándolos suficiente causa de desheredacion; los privilegios concedidos por Felipe IV en 1623 á los que casaran antes de los diez y ocho años, facultándolos para administrar su hacienda y la de su esposa al llegar á dicha edad; las leyes que sobre la tasa de dotes y arras establecieron y renovaron Carlos I, Felipe II y Felipe IV; las pragmáticas de Felipe II, Felipe III y Felipe IV sobre las obligaciones de los labradores, declarando ineficaces las sumisiones de fuero, las fianzas otorgadas por otros y los contratos usurarios con que se los gravaba; las que sobre la prescripcion trienal de los créditos de abogados, procuradores, salarios de sirvientes, deudas de medicinas, comestibles y trabajos de artesanos establecieron Carlos I y Felipe II; el importante establecimiento de los registros de hipotecas verificado por los mismos soberanos, y finalmente las leyes que sobre mayorazgos promulgaron Carlos I y Felipe III, prohibiendo que se reunieran en una sola persona dos mayorazgos de mas de dos millares y declarando la preferencia de la sucesion de las hembras y el derecho de representacion de los descendientes del sucesor premuerto.

Las nuevas leyes publicadas y la imperfeccion de las Ordenanzas de Montalvo hicieron experimentar en breve la necesidad de un nuevo código que recopilara las unas y corrigiera las otras, y de ella se hicieron intérpretes las cortes de Valladolid reunidas en 1523, reiterando las súplicas para que fuese atendidas las cortes de Madrid de 1534 y las de Valladolid de 1548. Pensóse, pues, en hacer una nueva recopilacion de las leyes castellanas, y confiado sucesivamente este trabajo á los doctores Lopez de Alcocer, Guevara y Escudero y á los licenciados Arrieta y Atienza, fué por fin publicado en 1567. La pragmática de Felipe II que va á su frente manifiesta los motivos de su publicacion: la multitud y diversidad de leyes, pragmáticas y ordenamientos, la variacion que en ellas habia habido, lo mal sacadas que muchas estaban de sus originales, las dudas y dificultades que suscitaba su diferente inteligencia, la inoportunidad para aquella época por mas que fuesen oportunas al tiempo de ser promulgadas, el no estar algunas impresas ni incorporadas en otras leyes faltándoles el órden y la autoridad que habrian necesitado, y finalmente las instancias y súplicas de los procuradores, tales son las causas que enumera la pragmática citada.

Dividióse este código en nueve libros subdivididos en títulos y en leyes. En el primero se trata de las materias eclesiásticas; en el segundo de las leyes, del rey, de su consejo y de los tribunales superiores; el tercero continua ocupándose

en dichos tribunales y en otros del reino y concluye hablando de los proto-médicos y su jurisdiccion, de los boticarios, barberos, albéitares y herradores; el cuarto dispone el órden ó procedimiento judicial; el quinto trata del matrimonio, de los testamentos, de los mayorazgos y de las herencias, de los bienes gananciales, compras y ventas, retractos, censos, prendas, fianzas y obligaciones, cambios, mercaderes, corredores, pesos y medidas, monedas, plateros, doradores y por último de la tasa del pan. El libro sexto habla de los hidalgos, del servicio militar, de las cortes y de los procuradores del reino, de los embajadores, del correo-mayor, de los pechos y tributos, de las minas, de los monteros, gallineros y cazadores del rey, de la cria caballar, de las cosas cuya exportacion del reino estaba prohibida, de los carreteros y de los lacayos; el séptimo empieza por los ayuntamientos y el gobierno municipal, sigue con los navíos, jornaleros y menestrales y concluye tratando de los trages, de las fábricas de paños, de los cereros, pellejeros, caldereros y buhoneros. El libro octavo abraza la legislacion penal, y se incluyen en el nono las ordenanzas sobre el consejo de hacienda y la contaduría mayor y otras materias de rentas.

Dedúcese de esta reseña el poco método que se observó en esta compilacion, pero no es este su único defecto. Lo que necesitaba Castilla y lo que habian solicitado los procuradores era un ordenamiento en que se refundiesen todas las leyes que debian guardarse anulando las demás; pero los comisionados limitaron su tarea á la de meros recopiladores de parte de las leyes del reino dejando vigentes los códigos anteriores, y aun en este trabajo no supieron enmendar los defectos del Ordenamiento de Montalvo, pues si mutiladas y truncadas aparecen en él las leyes , mucho mas lo fueron en la Nueva Recopilacion , en la cual se continuaron además muchas disposiciones supérfluas y contradictorias que acabaron de hacer confusa la jurisprudencia castellana.

En la parte criminal son notables algunas disposiciones dadas por los soberanos de la casa de Austria; entre ellas la conmutacion de las penas de arrancar los dientes á los testigos falsos y de marcar la frente de los bígamos con un hierro candente en la de vergüenza y galeras, ordenada por Felipe II; la modificacion de la pena contra los ladrones y su agravacion en el caso de delinquir en la corte que contienen las pragmáticas del mismo soberano de 1552 y 1566; la prohibicion de máscaras y disfraces bajo pena de azotes, ordenada por Carlos I; las leyes de Felipe II y de sus sucesores contra el uso de armas prohibidas y los juegos de dados y naipes; la prohibicion de las suertes y rifas, hecha por aquel mismo soberano; las pragmáticas de Felipe IV imponiendo pena de muerte á los monederos falsos y declarando incapaces á sus hijos hasta la segunda generacion de todo oficio honorífico, y por último, las disposiciones del mismo soberano y de Carlos II, confirmativas de otras antiguas, aboliendo la denominacion de gitanos, que se califica de injuria grave , prohibiendo á aquellos á quienes antes se daba el uso de su trage, mandándoles apartarse de su vida, costumbres y oficios habituales para mezclarse con los demás vecinos, y prohibiendo hasta la representacion de aquellos tipos en las comedias y piezas dramáticas.

Las leyes y fueros de Aragon, aumentados sucesivamente hasta formar doce libros, y la coleccion de la *Observancia*, leyes que tenian fuerza por uso y costumbre inmemorial, se hallaban dispuestos con escaso método, así es que las cortes

de Monzon de 1537 solicitaron con instancia su reforma; esta se verificó en 1547, resultando de ella la compilacion que rigió á los Aragoneses hasta la pérdida definitiva de sus libertades. Consta de nueve libros, y cada uno de estos, de varios títulos sin numeracion. El libro primero empieza por las materias eclesiásticas, trata luego de la celebracion de cortes y de otros asuntos políticos, y concluye hablando de los oficios y empleos del reino gubernativos, administrativos y judiciales. Los libros segundo y tercero disponen acerca de los juicios y de otras materias de administracion de justicia; el cuarto es referente á los contratos; el quinto trata del matrimonio y de los derechos de los esposos, de los hijos ilegítimos y de la tutela; el sexto, despues de hablar del delito de hurto, se ocupa en las sucesiones; el séptimo trata de los militares ó caballeros, de los infanzones y de sus privilegios, de la posesion y prescripcion, de las sentencias, de la cosa juzgada y de otras materias judiciales; el octavo de los atentados contra la posesion, de la conservacion y reparacion de muros y fortalezas, de las prendas, de los corredores ó subastadores, de los pagos, de la adopcion y de las donaciones; el libro nono, en fin, trata de los apellidos, de la manifestacion de las personas, del procedimiento criminal y de los delitos y sus penas.

La promulgacion de nuevas leyes y la derogacion de otras por el desuso habian hecho necesaria en Cataluña la formacion de un nuevo código que supliera los vacíos que ya se observaban en la recopilacion últimamente verificada en tiempo de Fernando II. Así lo conocieron las cortes de Barcelona de 1553, y mandada formar la nueva recopilacion se publicó é imprimió en tres volúmenes en 1588. Contiene el primero los usages y leyes vigentes generales á Cataluña, el segundo varios privilegios locales, y el tercero las leyes que habian quedado supérfluas y derogadas. Divídese la recopilacion en diez libros: el primero, despues de tratar de la santa fé católica y de otras materias eclesiásticas, habla del príncipe, de las cortes y de las leyes, de su interpretacion y observancia y de otras materias análogas, concluyendo con varias disposiciones relativas á los empleados judiciales, administrativos y demás del Principado. El libro segundo trata de la manifestacion de escrituras, de los pactos y transacciones, de las treguas convencionales, de los abogados y procuradores y exámen de estos, del reconocimiento de medicamentos, de los estudios generales, de la cesion de acciones á personas poderosas, del dolo y engaño, de los menores de veinte y cinco años é hijos de familia, de la restitucion por entero y de los árbitros. El libro tercero trata de los juicios, y el cuarto de los juramentos, de los secuestros y embargos, de los baldíos, puentes y aguas, de la caza y pesca, de las acciones y obligaciones, del comercio y de la seguridad de los caminos, de los pesos y medidas, de los tributos y derechos reales, del puerto franco, de las naves, de los feudos y derechos enfitéuticos, de los diezmos, de la tabla numularia ó banco de Barcelona, y de los depósitos y cambiadores. El libro quinto habla de los esponsales y del matrimonio, de las dotes y de la donacion propter-nuptias ó *escreix*, del derecho de las viudas, de los tutores y de su administracion. El sexto se ocupa en sucesiones y testamentos; el séptimo trata de la adquisicion de dominio, de la prescripcion, de las sentencias, de los recursos que contra ellas se conceden, y de la cesion de bienes; el octavo de los despojos y de su restitucion, de la guerra y de los duelos, de las obras públicas y de los castillos, de las prendas judi-

ciales, de las cosas litigiosas, de las fianzas, de las emancipaciones, de las donaciones y de la union del reino de Mallorca y de la ciudad de Tortosa á la corona; el nono contiene las disposiciones penales y el procedimiento criminal, y finalmente el décimo enumera las regalías del príncipe.

Una notable revolucion se habia obrado en la jurisprudencia catalana desde la publicacion de los Usages; la legislacion goda, que no habia sido derogada por este código sino en lo que le era contraria, fué decayendo poco á poco y acabó por ceder del todo el campo á la jurisprudencia romana y canónica, extendida y generalizada por Europa desde principios del siglo XIII. Lo que era ya un hecho tan generalmente admitido no pudo menos de ser sancionado por disposicion expresa del legislador, y por ley de Felipe III, promulgada en las cortes de Barcelona de 1599, se declaró que en falta de disposicion de los Usages y de las leyes del Principado, muy parcas en disposiciones sobre derecho civil, habia de estarse á las del derecho canónico y en su defecto á las del civil ó romano y doctrinas de los doctores.

Navarra continuó rigiéndose por su Fuero general, obra del siglo XIII, y lo mismo ha de decirse del reino de Valencia, cuyas leyes especiales fueron compiladas en tiempo de Carlos I, y de Mallorca, aun cuando los fueros y franquicias de aquella isla no llegaban á formar un cuerpo de derecho, teniendo como supletoria la legislacion romana. Las Provincias Vascongadas regíanse: Alava por el cuaderno de las Ordenanzas de Rivabellosa, que modificaba y ordenaba las antiguas leyes, y fué confirmado por Carlos I en 1537; Guipúzcoa por la recopilacion formada en Tolosa en 1583, la cual fué aumentada y corregida en 1692 por encargo de la provincia, imprimiéndose en 1696 con el título de *Nueva recopilacion de los fueros, privilegios, buenos usos y costumbres, leyes y ordenanzas de la muy noble y muy leal provincia de Guipúzcoa;* Vizcaya tenia su libro de fueros, franquicias, libertades, buenos usos y costumbres, confirmado por Carlos I en 1527 y por algunos de sus sucesores. Escasos estos códigos de disposiciones relativas al derecho civil privado, son notables por la severidad que muestran en la parte penal en castigar los delitos contra la propiedad y contra las buenas costumbres.

Pocas modificaciones se hicieron en este tiempo en la administracion de justicia, continuando vigentes las reformas en esta parte introducidas en Castilla durante el reinado de los Reyes Católicos. En 1543 dió Carlos I una nueva instruccion para los alcaldes mayores de los adelantamientos; sus sucesores, así en lo civil como en lo criminal, dictaron algunas, aunque pocas, disposiciones, pero los juicios se encaminaron poco á poco y se despojaron mas cada dia de los numerosos y extensos alegatos y de las prolijas diligencias que habian ido introduciéndose. Las pruebas admitidas pertenecian todas á la clase de las racionales, excepto la del tormento, que continuaba usándose en casi todos los reinos de España y de Europa.

Respecto á legislacion mercantil solo podemos señalar en este período las ordenanzas sobre seguros marítimos hechas por la ciudad de Burgos en 1537 y las relativas á la navegacion á las Indias Occidentales formadas en 1555 por los comerciantes de Sevilla, á quienes Carlos I concedió el privilegio de la jurisdiccion consular en 1539. La ciudad de Bilbao, en fin, que gozaba de igual privilegio desde algunos años antes, formó las ordenanzas de corredores, que fueron aprobadas en 1560.

CAPÍTULO XX.

La Iglesia durante este período histórico.—Disciplina de la Iglesia española.—Patriarcado de las Indias.—Jurisdiccion castrense.—Concilios.—Heregías: el Protestantismo; los Iluminados; el Quietismo.—Ordenes religiosas.—Su reforma.—Santa Teresa de Jesus.—Congregaciones regulares.—Los Jesuitas.—San Ignacio de Loyola.—Trabajos de los Jesuitas.

Otros los tiempos, otras las ideas. El pontificado no podia perecer; los encarnizados combates de sus enemigos habian de estrellarse ante las divinas promesas; Jesucristo no podia faltar á su Iglesia, pero permitió que los acaecimientos produjeran sus naturales frutos y que las ideas protestantes ejercieran en las relaciones sociales respecto del papa y del clero, respecto de la Iglesia en general los efectos que sin gran esfuerzo alcanza la prevision humana. Constituida la sociedad europea bajo el amparo, bajo el manto de la esposa de Jesucristo, en posesion por la misma de todas las importantes verdades sociales, habia llegado para ella la época de su emancipacion, y sin renegar de ninguno de los principios que de su maestra habia recibido, sin volverse en ingrata discípula y en desnaturalizada hija, parecia ser la hora de que aplicara por sí misma las lecciones recibidas, de que supiera perfeccionar las instituciones antiguas con la prolongada enseñanza de la Iglesia, de que esta, en fin, sin abandonar ninguna de sus elevadas santas prerogativas, conservando su libertad, que es la primera condicion de su existencia, merced á la cual tantos prodigios habia realizado en los siglos medios, dejara á las sociedades lanzarse confiadas á sus nuevos destinos. Esta era la marcha natural de las cosas, y así hubo de verificarse; pero el movimiento se torció desde un principio: las ideas de que antes hemos hablado dominaron en muchas naciones y en todas ejercieron mas ó menos influjo, y echados al olvido sus grandes, inmensos beneficios, mirada, cuando no con encono, con recelo y desconfianza, empezaron para la Iglesia de Jesucristo, para la creadora y maestra de la sociedad europea, su decaimiento, su expulsion de los consejos de Europa, para venir á parar á los angustiosos tiempos de enemistad declarada y de persecucion ciega.

Esta fué, durante el período histórico que acabamos de recorrer, la existencia de la institucion divina, que tan libre, tan robusta, tan lozana hemos visto en Europa en la época anterior (1). Los pontífices, aquellos que, segun expresion de Voltaire, habian contenido á los soberanos, protegido á los pueblos, terminado

(1) Véase el cap. LXI de la Parte 3.ª

contiendas temporales con su acertada intervencion, enseñado sus deberes á reyes y á pueblos y anatematizado los grandes atentados que no pudieron prevenir (1), vieron mas y mas enflaquecido su poder, y poco á poco, ya para no prestar armas á la mala fé de sus enemigos, ya perseguidos por la creciente suspicacia de los mismos que permanecieron fieles, intervinieron menos en las cuestiones europeas y acabaron por quedar en ellas sin influencia ninguna. Lo mismo sucedió con el influjo del clero, en todas partes quebrantado, y las monarquías, aunque lentamente, dieron comienzo á la obra de la secularizacion universal.

Esto, que es la historia de la Iglesia en Europa durante el período que examinamos, experimentóse tambien en España con las modificaciones indispensables en vista de la actitud tomada en la cuestion europea por los primeros monarcas de la casa de Austria. Sin embargo, esto mismo alentaba á Carlos I y á Felipe II, siguiendo las huellas de los Reyes Católicos, á mostrarse exigentes para con los pontífices, y movia á estos á usar con ellos de condescendencia, al tiempo que el clero español, si bien casi sin influencia en lo político, la tenia religiosamente muy grande á causa de la política adoptada por aquellos soberanos. Así se explica que al propio tiempo que los reyes de España eran los salvadores de Europa combatiendo al Protestantismo, procuraran, movidos por las tendencias generales al poder absoluto, avasallar á los papas, despojar á la Iglesia de sus derechos, aun cuando en sus reinados apareciese el clero poderoso todavía y respetado, que aun entonces no se habian trastornado las ideas dando á entender que la religion era amante y auxiliar de la opresion de los pueblos.

La disciplina de la Iglesia española durante este período habia de resentirse de los caracteres generales que al mismo hemos atribuido; pero, época de lucha, casi nada positivo se consignó aun en ella espresando las tendencias del poder temporal: al período siguiente, á aquel en que fueron llevados á su apogeo el celo monárquico y la manía de las regalías, estaba destinado sacar partido de todo lo obrado anteriormente y descargar los mas vigorosos golpes contra el poder espiritual. En el que ahora nos ocupa siguieron, sin fijarse definitivamente el derecho ni sentarse una regla invariable, las opuestas pretensiones y la controversia entre las cortes de Roma y de Madrid acerca de la eleccion episcopal, de las apelaciones, de las fuerzas, de la jurisdiccion del nuncio, del pase régio, de la provision de beneficios, etc., que no pudo cortar el concilio tridentino con sus disposiciones generales que tanto bien hicieron á la Iglesia destruyendo inveterados abusos, renovando la antigua disciplina segun lo exigia la variacion de los tiempos, fijando los derechos y las obligaciones de los metropolitanos y de los obispos, y estableciendo, en fin, cuanto venian reclamando hacia tiempo imperiosas necesidades.

Las disposiciones del último concilio general de la Iglesia, recibidas como ley del reino por pragmática de Felipe II, ejercieron gran influencia en la disciplina española, y él con los concordatos modificativos ó explicativos del mismo, celebrados en la época siguiente, constituyeron todo el régimen de la Iglesia de España. Entre las importantes reformas introducidas por el concilio en el derecho eclesiástico, hemos de mencionar las establecidas con respecto al sacramento

(1) Citado por De Maistre, *Del Papa*, l. II, c. III.

del matrimonio en los cánones y decretos de la sesion XXIV, que son la regla vigente aun en cuanto á esta materia se refiere.

A la presente época pertenece la institucion del patriarcado universal de Indias hecha por Clemente VII, accediendo á las repetidas instancias que dirigieran á la santa sede los reyes anteriores y últimamente el emperador Carlos V. Aquel título honorífico se unió en tiempo de Felipe II con el de capellan mayor de la real capilla, que ya de antes venia gozando de grandes exenciones y privilegios. En 1664 fué creada la jurisdiccion castrense á la que fueron sujetos todos los individuos del fuero de guerra, y se confió al mencionado patriarca, quien la ejerce por sí y por medio de sus delegados.

El clero español, con su religiosidad, su abnegacion, sus arregladas costumbres, presenta en esta época hermoso contraste con los vicios y escándalos que en otros tiempos hemos señalado. En ella florecieron grandes santos, esclarecidos prelados, monges insignes, y al tratar de las ciencias y de la literatura veremos cuantos y cuantos varones dió el clero á la falange ilustre que elevó las letras á una altura hasta entonces desconocida.

En cumplimiento de las disposiciones del concilio de Trento renació en España la decaida práctica de los sínodos provinciales y episcopales, y Felipe II en real cédula de 1553 dispuso que se reunieran dichas asambleas segun las reglas canónicas. El concilio estableció que se reunieran las mismas cada tres años, y esta es la disciplina vigente; pero pasado algun tiempo cayó otra vez en desuso por la creciente suspicacia del poder temporal y por las circunstancias especiales de los pueblos (1).

Varias heregías afligieron á la Iglesia durante este período, y entre ellas fué la principal por sus desastrosos efectos la que predicó Lutero en Alemania, que tanto influyó en el destino de las naciones. Sobre ella conviene hacer algunas reflexiones, pues, aunque no nacida en España ni aclimatada por fortuna en nuestro suelo, es un fenómeno histórico universal y es imposible sin dar con ella estudiar la existencia de nacion alguna de Europa en aquellos siglos y aun en los presentes.

«Existe en medio de las naciones civilizadas un hecho muy grave por la naturaleza de las materias sobre que versa; muy trascendental por la muchedumbre, variedad é importancia de las relaciones que abarca; interesante en extremo por estar enlazado con los principales acontecimientos de la historia moderna: este hecho es el Protestantismo.» Con estas palabras comienza Balmes la obra á la que ha de recurrirse si quiere llegarse á cabal conocimiento de lo que debe el mundo á las dos religiones que puso frente á frente el orgullo del apóstata agustino, y verdaderas como son, ellas demuestran no ser de modo alguno impertinente que tratemos de conocer el espíritu de la llamada Reforma, las causas que la produjeron, sus principales efectos en el mundo.

Desde luego, al dar una mirada al Protestantismo, obsérvase la gran dificultad de encontrar en él nada constante, nada que pueda señalarse como su principio constitutivo; incierto en sus creencias, las modifica de contínuo; vago en sus miras, fluctuante en sus deseos, ensaya todas las formas, tantea todos los

(1) Véase el apéndice.

caminos, y sin alcanzar jamás una existencia bien determinada, sigue sin cesar rumbos nuevos con paso mal seguro, sin presentar nunca un cuerpo compacto y uniforme. El libre exámen, la independencia absoluta del pensamiento, aunque de muy funestas consecuencias, podia ser un sistema; pero ni este adoptaron los corifeos de la Reforma. aunque con singular hipocresía lo proclamaron para levantar á las masas y excitar los generosos instintos de los incautos. Nadie mas intolerante que Lutero y sus secuaces; en sus discípulos ni en los demás podian sufrir la menor contradiccion sin prorumpir en un torrente de injurias y palabras groseras; solo para escudarse contra la legítima autoridad lanzaron al viento el principio del libre exámen; en seguida trataron de imponer á los demás el yugo de las doctrinas que ellos se habian forjado, y quedaron reducidos á la condicion de los revolucionarios de todas clases, tiempos y paises: quisieron derribar al poder existente para ponerse ellos en su lugar, sin llevar consigo nada que sustituyera á las instituciones que arrojaban al suelo.

Pero ¿cuáles fueron las causas de que apareciese en Europa el Protestantismo y de que tomase tanta extension é incremento? Muchos autores, fijándose en la superficie de las cosas sin descender al fondo de las mismas, tratan de explicar el hecho con la cuestion de las indulgencias, con los abusos de los eclesiásticos, con la necesidad de una reforma, con el talento de los innovadores, con el espíritu de libertad. Lo de las indulgencias pudo ser un pretexto, una ocasion, pero siempre tendremos que es muy poca cosa para poner al mundo en combustion. Los abusos existian, la reforma era necesaria, pero ni á unos ni á otra pueden calificarse sino de pretextos como el anterior, pues de lo contrario habríamos de decir que ya en los primeros tiempos de la pureza proverbial de la Iglesia eran muchos los abusos porque tambien entonces pululaban sectas que protestaban contra sus dogmas. Y además, adviértase que á principios del siglo XVI los abusos habian perdido en la Iglesia mucha de su intensidad, que la disciplina se vigorizaba, que aquellos tiempos no eran los llorados por san Pedro Damian y san Bernardo, y finalmente, que no es posible atribuir á los primeros innovadores el espíritu de una verdadera reforma cuando casi todos cuidaron de desmentirlo con su vergonzosa conducta. Tampoco es explicacion satisfactoria la que apela al talento y al carácter de los reformadores; sin disputar á Lutero, á Calvino ni á ninguno de los principales fundadores del Protestantismo la fogosidad, la sofística astucia, la expresion elegante de algunos, ha de decirse que atribuir á estas cualidades personales la principal influencia en el desarrollo del mal, es no conocerlo en toda su extension, es no considerarlo en toda su gravedad, mayormente cuando, si miramos con imparcialidad á aquellos hombres, nada encontraremos en ellos de tan singular que no se halle con igualdad ó con exceso en casi todos los jefes de secta. Su talento, su erudicion, todo ha pasado por el crisol de la crítica, y ni entre los católicos ni entre los protestantes se encuentra ya hombre instruido é imparcial que no tenga por exageraciones de partido las desmedidas alabanzas que se les han tributado. La actividad que desplegaba el espíritu humano, el deseo de libertad tampoco entró para nada en el acaecimiento que estamos estudiando: la corte de Roma en el siglo XVI, segun confesion de M. Guizot, se mostraba condescendiente y tolerante como nunca; lejos de ser el Protestantismo un esfuerzo extraordinario del espíritu humano, fué una mera re-

peticion de lo acaecido en cada siglo, un fenómeno comun, y basta observar el estado de Europa antes de su aparicion, y el nuevo que tuvo despues, para conocer hasta la evidencia y convencerse sin sombra de duda de que la libertad de los pueblos no fué el móvil ni el objeto del movimiento. Mas lógico, mas sólido que todo ello, es decir que si en cada siglo se habia visto nacer alguna secta que se oponia á la autoridad de la Iglesia y erigia en dogmas las opiniones de sus fundadores, no era regular que dejase de acontecer lo mismo en el siglo XVI, y que si en vez de Lutero, Zuinglio y Calvino hubieran nacido Arrio, Nestorio ó Pelagio, si en lugar de los errores de aquellos se hubieran enseñado los de estos, todo habria tenido un mismo resultado y habria acaecido el mismo hecho con toda su extension é importancia. Y esto provenia del estado particular de Europa á principios de aquel siglo: las naciones, entre quienes se habian entablado vivas comunicaciones, estaban experimentando importante transformacion en sus formas políticas; la generalidad de la lengua latina facilitaba la circulacion de toda clase de conocimientos, y la imprenta, sobre todo, como rápido vehículo, los difundia de una parte á otra.

Así pues, el Protestantismo no es mas que un hecho comun en la historia de la Iglesia, pero agrandado y extendido á causa de las circunstancias particulares de la sociedad en que nació. Considerado de este modo, vese cada cosa en su lugar, descúbrense sus relaciones, estímase su influencia y explícanse sus anomalías. Entonces, comparados los hombres con el vasto conjunto de los hechos, aparecen en el cuadro como figuras muy pequeñas; los abusos se ofrecen como son, ocasiones y pretextos; los esfuerzos de libertad é independencia se reducen á suposiciones arbitrarias; la ambicion, las rivalidades de los soberanos aparecen como causa mas ó menos influyente, pero siempre en un órden secundario; y descubriéndose como causa principal de los progresos del Protestantismo el estado de la sociedad europea y el carácter de generalidad que en la civilizacion se observaba, ha de decirse que Lutero y sus secuaces limitáronse á encontrar un monton de combustible y á pegarle fuego. Y en tanto es así, en tanto no supieron los mismos iniciadores de la Reforma el objeto determinado que se proponian, ni obraron con plan, prevision ni sistema, como que Lutero, el mismo hombre que se llamaba *notharius Dei*, el que se suponia enseñado por el diablo, decia no saber muchas veces donde estaba ni si predicaba la verdad ó no (1), y él y sus primeros secuaces, al considerar el caos que con sus doctrinas habian producido, pensaron mas de una vez en recibir los decretos de los concilios y en refugiarse á ellos para conservar la uniformidad de la doctrina. Como dice Mad. Staël, no entendian los primeros reformadores que el derecho de examinar lo que debe creerse fuese el principio fundamental del Protestantismo; al propio tiempo que negaban la autoridad de la religion católica creian poder fijar las columnas del espíritu humano (2). ¡Insensatos! en el dia, su obra disfigurada apenas conserva vestigio de lo que ellos quisieron hacerla, y solo subsiste aun por el nombre y por los rastros que de cristiana conserva.

El fanatismo y la indiferencia, hé aquí los dos extremos á que ha condu-

---

(1) Luther; *Colloquio. Isleb. de Christo.*
(2) De l'Allemagne, 4e partie, chap. II.

cido al alma la funesta predicacion inaugurada en Alemania á principios del período histórico que ahora examinamos. Existen todavía los monumentos de sangre levantados por las sectas protestantes, y como consecuencia de ellos, por el escándalo de tantas y tan extravagantes doctrinas apellidadas cristianas, la incredulidad y la indiferencia religiosa empezaron á manifestarse en el mismo siglo XVI y principalmente en el último tercio del XVII y son todavía el cáncer de las sociedades actuales. En cuanto á efectos sociales revelados desde el primer momento, el Protestantismo arrancó su santidad al matrimonio; atacó, con el furor que ha distinguido siempre á las sectas anti-católicas, las órdenes religiosas; contribuyó á que se resolviera en un sentido contrario á la libertad la cuestion política que halló entablada á su aparicion en Europa; interrumpió el grandioso espectáculo de la unidad de la civilizacion europea introduciendo en su seno la discordia y debilitando su accion física y moral sobre el resto del mundo; restableció el tiránico y pagano principio de la union de ambas protestades dando á los reyes imperio sobre las almas y los cuerpos; creó necesidades que no existian; formó vacíos que no pudo llenar, y destruyó por fin muchos y beneficiosos elementos (1). Tal es la série de cargos que la historia de todas las naciones europeas ha de dirigir á la funesta obra del siglo XVI; muchos son los hombres que ya los reconocen; las preocupaciones del siglo XVIII van desvaneciéndose, aunque poco á poco, y andando el tiempo, creciendo los desengaños y aumentando el infortunio, seguramente que estas, para nosotros, verdades históricas llegarán á dominar en la conciencia pública, á no estar llamada Europa á ofrecer insigne ejemplo á los pueblos futuros de lo que son las naciones que, renegando del espíritu de Dios, se dejan arrastrar por el viento de su locura.

Consecuencia de la perturbacion que el Protestantismo habia introducido en los entendimientos fué la secta de los Iluminados que en tiempo de Felipe II apareció en Lanera, pueblo de Extremadura, de la órden de Santiago. Los autores de ella fueron ocho sacerdotes, quienes se jactaban de ser iluminados por la eterna luz y se fingian santos con ayunos, disciplinas y asperezas al propio tiempo que se entregaban á la mas torpe lascivia. El engaño iba echando raices entre el vulgo ignorante, cuando los principales heresiarcas Alvarez y Chamizo fueron presos y condenados por el Santo Oficio.

Nuevos extravíos presenció el siglo siguiente. Miguel Molinos, nacido en las cercanías de Zaragoza, hombre de profundos estudios y gran autoridad, sostuvo que para llegar el hombre á la perfeccion es menester que su alma descanse y permanezca sin movimiento, sin sensacion ni actividad, siendo el estado mas elevado de la vida espiritual aquel en que el hombre se entrega á Dios sin conocimiento reflexivo de sí mismo. Semejante sistema, tan opuesto á los dogmas cristianos, y otros errores panteísticos atrajeron sobre su autor y sus secuaces, que llegaron á ser muchos conociéndose con el nombre de *quietistas*, la condenacion de Inocencio XI, y la secta fué extinguiéndose paulatinamente.

Algunas reformas se habian hecho en las órdenes religiosas á fines del pe-

---

(1) Hemos tomado muchas de las anteriores reflexiones de la obra de Balmes tantas veces citada por nosotros *El Protestantismo comparado con el Catolicismo en sus relaciones con la Civilizacion europea.*

ríodo anterior, y así para extirpar los abusos que en ellas habian introducido la flaqueza humana, las numerosas exenciones condenadas por el concilio de Trento y las usurpaciones del poder temporal, vicios que habian alcanzado primero á las órdenes monásticas y atacado despues á las mendicantes, como para ponerlas en estado de luchar con los nuevos peligros que al cristianismo amenazaban, vémoslas experimentar en el presente otras transformaciones, atento siempre el espíritu de la Iglesia á levantarlas á su primitiva pureza. Al mismo tiempo nacen nuevos institutos, y entre el gran escándalo del cisma rejuvenecen la sangre cristiana. En 1525 Mateo Bassi en el convento de Montefalconi de Menores observantes, llevó á cabo la reforma de su órden, y los capuchinos, llamados así por la capilla puntiaguda con que se cubren la cabeza, desembarcaron en Barcelona en 1578, levantando en esta ciudad su primer convento los religiosos Arcangel de Alarcon y Mateo de Guadix. A mediados del mismo siglo efectuóse la reforma de los Alcantarinos, tomando el nombre del español San Pedro de Alcántara, y en 1562, autorizada por Pio IV, santa Teresa de Jesus reformó, venciendo numerosos obstáculos, los conventos de monjas de la órden carmelitana. Teresa, ornamento de la nacion española, honra y gloria de las esposas de Cristo y dechado rarísimo de las mas heróicas virtudes, nació en el año 1515 en Avila, siendo sus padres Antonio Sanchez de Cepeda y doña Beatriz de Ahumada, ambos de conocido linaje. Famoso es en el mundo el nombre de la vírgen española; la Iglesia llama celestial á la doctrina contenida en sus escritos, y si en este concepto y como ilustre reformadora es una gloria de España, no lo es menos bajo el aspecto literario, como en otro capítulo habremos de observar. Su reforma alcanzó tambien á los conventos de hombres, merced al heróico concurso de san Juan de la Cruz (1568), y los Carmelitas descalzos, así se llamaron los reformados, hombres y mugeres, se propagaron en poco tiempo por casi todos los paises catolicos. En 1574 el padre Tomás de Jesus echó en Portugal los primeros cimientos de la reforma de Agustinos descalzos, que trajo á España fray Luis de Leon; en 1599 Miguel de los Santos fundó los Trinitarios descalzos, y algunos años despues, los Mercenarios, reunidos en Madrid, de acuerdo con el general de la órden P. Alfonso de Monroy efectuaron en sus constituciones la variacion y reforma que iban experimentando todas las órdenes regulares. Otras nuevas se crearon: el portugués Juan de Dios, consagrado todo entero á la asistencia de los enfermos, fundó en Granada por los años de 1545 la órden de los Hermanos de la Caridad, obligados especialmente á socorrer á los hereges en sus enfermedades, y en el siglo XVII, los esplendores de la ciencia católica en Francia fueron contemporáneos de las grandes reformas de San Mauro y de la Trapa, de las fundaciones de san Francisco de Sales y de san Vicente de Paul y de la maravillosa expansion de la caridad cristiana en muchas congregaciones de mugeres, cuya mayor parte se introdujeron tambien en España.

Sin embargo, conocíase que la tendencia de las órdenes religiosas, así como modificaron en los siglos XIII y XIV la antigua institucion monástica, era en aquel tiempo adoptar la forma de congregaciones regulares, que se mezclaran aun mas activamente en los negocios del mundo, como que este pasaba por decisiva y peligrosa crísis. Los Teatinos, fundados en Italia por Juan Carafa y san Cayetano de Thiena en 1524, los Somascos, los Barnabitas, los Padres del Oratorio de san

Felipe Neri, los Escolapios, fundados en Roma por el aragonés José de Calasanz (1600), los Agonizantes ó auxiliadores de los moribundos dedicáronse con ahinco á la predicacion, á la enseñanza, al cuidado de los enfermos y peregrinos, á las misiones, y en breve estos institutos, nacidos en Italia, contaron con muchas casas en todos los dominios españoles.

Entre las órdenes religiosas que produjo la fecundidad de la Iglesia durante los siglos que estamos examinando, fué célebre una que á los pocos años de su existencia habia tomado ya tanto incremento que se presentaba con las formas de un coloso y desplegaba las fuerzas de un gigante, tanto que se ha dicho de ella que no tuvo infancia ni vejez. El Protestantismo combatia los dogmas católicos con lujoso aparato de erudicion y de saber; el brillo de las letras humanas, el conocimiento de las lenguas, el gusto por los modelos de la antigüedad, todo se empleaba contra la religion con ardor y constancia dignos de mejor causa. Hacianse increibles esfuerzos para destruir la autoridad pontificia ó desacreditarla y enflaquecerla; el mal cundia con velocidad terrible, y sus funestos gérmenes, atravesando los mares, iban á corromper la fé pura de los sencillos neófitos en las regiones del Nuevo Mundo. En semejante peligro, Dios suscitó un escudo á su Iglesia con la aparicion de los Jesuitas; por inspiracion divina san Ignacio resolvió el problema, y á los diques, que parecian insuficientes para contener al desbordado rio, unió el muro de la nueva y poderosa compañía.

Hijo de una familia de Guipúzcoa, nació Ignacio en su casa paterna de Loyola en 1491, y dedicado desde la infancia como sus siete hermanos al ejercicio de las armas, distinguióse al servicio de Fernando el Católico de quien habia sido page. En 1521 fué herido, como sabemos, defendiendo á Pamplona contra los Franceses, y conducido á su casa de Loyola, pasó su larga convalecencia leyendo, por falta de libros de caballería, que habia pedido, la Sagrada Escritura y las vidas de los santos. Esta lectura hirió vivamente su imaginacion, y resuelto á hacerse caballero de Jesus y de María, veló toda una noche sus armas ante el altar de Nuestra Señora, colgólas luego en la capilla, escribió á una dama castellana con quien tenia amores, regaló á los pobres sus vestidos, y cubierto con humilde y tosco saco se dirigió á la ciudad de Manresa, en Cataluña, en cuyo hospital buscó un asilo (1522). Retiróse despues á una cueva inmediata á la ciudad para redoblar sus austeridades y privaciones, y allí fué donde mas y mas poseido del espíritu divino, escribió su libro de los *Ejercicios espirituales*, y donde, segun sus ideas militares, concibió el pensamiento de formar una milicia para la gloria de Dios y salud de las almas, una especie de ejército que tuviese por jefe á Cristo, una compañía de Jesus. En 1523 emprendió solo, sin recursos ni provisiones, la peregrinacion á Jerusalen, y de allí volvió al año siguiente mas firme que nunca en su idea. Para realizarla estudió gramática latina en Barcelona; en seguida pasó á las universidades de Alcalá y Salamanca y últimamente á la de París, en la que recibió el grado de doctor. Relacionado en aquella capital con Francisco Javier, caballero navarro, profesor de filosofía en el colegio de Beauvais, con otros tres españoles Diego Lainez, Alfonso Salmeron y Nicolás de Bobadilla, con el portugués Simon Rodriguez de Acebedo y el clérigo saboyano Pedro Lefevre, comunicóles su proyecto, y en 15 de agosto de 1534, reunidos los siete en la capilla subterránea de la iglesia de Montmartre, hicieron voto de vivir en pobreza y castidad, de ir á la

tierra santa á convertir infieles, y en caso de que esto no les fuese posible, marchar á Roma y consagrar sus personas al servicio del sumo pontífice. Los asociados, cuyo número se habia aumentado con otros tres, se reunieron otra vez en Venecia en 1537, pero como no pudieron embarcarse á causa de la liga formada entonces contra el Turco cuyos buques infestaban los mares, disemináronse por aquellas universidades predicando y enseñando, é Ignacio, Lefevre y Lainez tomaron el camino de Roma. Paulo III, que entonces ceñia la tiara, comprendió los inmensos beneficios que en aquellas circunstancias podia reportar la Iglesia del socorro que le llegaba, y en setiembre de 1540 expidió una bula aprobando la nueva sociedad con el nombre de Compañía de Jesus.

Ignacio fué nombrado general de la nueva órden, y él mismo, secundado por Lainez, hombre de fria y penetrante razon y de talento positivo y organizador, redactó y escribió en lengua castellana las constituciones que habian de regirla, obra notable de organizacion social, merced á la que se elevó la institucion al puesto que ha ocupado y ocupa todavía. El fin principal de la órden, sometida por un voto especial á la obediencia del papa, es la mayor gloria de Dios, y sus miembros deben procurar la salvacion del prójimo lo mismo que la suya propia. En la primera trabajan por medio de la predicacion, de las misiones, de los catecismos, de la controversia contra los hereges, de la confesion, y especialmente de la enseñanza é instruccion de la juventud; y en la segunda, por medio de la oracion mental, del exámen de conciencia, de la lectura de libros ascéticos y de la frecuente comunion. Para entrar en la órden es necesario tener buena salud y acreditar algun talento, y basada en la obediencia, en la abnegacion absoluta, así como el Protestantismo se funda en la licencia y en la desorganizacion, todo novicio en el acto de su ingreso renuncia á su propia voluntad, á su propia familia, á cuanto hay de mas caro en la tierra.

El espíritu de los siglos que iba á comenzar era esencialmente de adelanto científico y literario, y el instituto de los Jesuitas, dice Balmes, no desconoce esta verdad, la comprende perfectamente. Era necesario marchar con rapidez, no quedarse rezagado en ningun ramo de conocimientos, y así lo ejecutaron los discípulos de Ignacio sin permitir que nadie los aventajara. Marchando compactos, ordenados como la masa de un grande ejército entre la disolucion general, los Jesuitas atacan de frente al Protestantismo: Baviera y la Alemania toda oyen sus predicaciones, y mientras unos combaten sin cesar en Italia, en España, en Portugal, en Francia, en todos los paises de Europa, lánzanse otros á peligrosos viages, y llevan á las últimas regiones de Asia y de América la cruz y la civilizacion. San Francisco Javier alcanza cerca de China la corona del martirio (diciembre de 1552); sus sucesores penetran hasta Pekin (1600), y en América, continuando los trabajos de los Dominicos y de los Franciscanos, convierten á los fieros moradores del Brasil (1549), y con autorizacion de Felipe III forman el estado independiente del Paraguay, cuya admirable organizacion solo puede compararse al bienestar y á la felicidad proverbiales de que en él gozaban los Indios, antes tan infelices. En sus lejanas expediciones no olvidaban el estudio de cuanto podia interesar á la culta Europa, y al regresar de sus viages enriquecian con preciosos tesoros el caudal de la ciencia moderna.

Este fué el nacimiento y estos los primeros pasos de la órden ilustre contra

la cual se desencadenaron desde un principio todos los furores protestantes, y cuya existencia ha sido un continuado combate. Sus miembros, porta-estandartes de la Iglesia en las batallas contra la Reforma, favorables á la libertad de los pueblos sin ser enemigos de los reyes, como lo acreditan sus obras de derecho público, llenaban las universidades, las academias, los colegios, los puntos todos donde se enseñaba ó se aprendia, y como veremos luego, contribuyeron de un modo brillante al movimiento intelectual de España durante los siglos de que ahora tratamos.

CAPÍTULO XXI.

Las letras españolas durante este período.—Cervantes de Salazar.—Fray Antonio de Guevara.—El bachiller Pedro de Rua.—Otros prosistas.—Historiadores: Florian de Ocampo, Ambrosio de Morales, Esteban de Garibay, otros autores.—El P. Mariana.—Diego Hurtado de Mendoza.—Moncada, Coloma, Zurita, Pujades. etc.—Fray José de Sigüenza.—Fray Diego de Yepes.—El P. Martin de Roa.—Luis Vives.—Diego Lainez.—Teólogos, jurisconsultos, estadistas.—Don Diego de Saavedra Fajardo.—Escritores místicos: el V. Maestro Juan de Avila, fray Luis de Granada, fray Luis de Leon, santa Teresa de Jesus, san Juan de la Cruz, etc.—Oratoria sagrada.—Novelas pastoriles.—Novelas picarescas —Miguel de Cervantes Saavedra.—*El Quijote*.—Poesía lírica.—Boscan.—Garcilaso de la Vega.—Otros poetas.—Francisco de la Torre.—El divino Herrera.—Los hermanos Argensola.—Balbuena, Villegas, Rioja, Jáuregui, etc.—Mira de Amescua, el príncipe de Esquilache.—Fray Lope Felix de Vega Carpio.—Poesía sagrada.—Poesía épica: la *Araucana*, el *Bernardo*, la *Jerusalen conquistada*, la *Cristiada*, el *Monserrate*, etc. La *Gatomaquia*, la *Mosquea*.—Poesía didáctica.—Elementos que campeaban en la poesía castellana.—El *culteranismo*.—Góngora.—Gracian.—Don Francisco de Quevedo y Villegas.—Francisco Manuel de Melo.—Corrupcion general.—Extiéndese esta á la prosa.—Antonio de Solis.—El teatro.—Su postracion.—Lope de Rueda.—Otros autores dramáticos.—Juan de la Cueva.—Cristóbal de Virués.—Cervantes y Lope de Vega como autores dramáticos.—El doctor Ramon, el canónigo Tárrega, Gaspar de Aguilar. etc.—Castro, Velez de Guevara, Montalvan, etc.—Tirso de Molina, Moreto, Alarcon, Rojas.—Calderon de la Barca.—Otros poetas.—Actores célebres.—Influencia de nuestra literatura en Europa.—Caracteres de la erudicion en el presente período.

Grandes tiempos esperaban á las letras españolas á juzgar por lo que de su historia llevamos consignado hasta principios del siglo XVI; y en efecto, el período que nos toca examinar ahora fué la edad justamente renombrada de oro de nuestra literatura. ¡Ay! que en breve, como sucedió con nuestras glorias políticas y militares, habia aquella de experimentar fatal caida, y al esplendor pasado, al prodigioso movimiento intelectual que la animaba habia de suceder el mal gusto, la corrupcion y luego el silencio, aletargados, por no decir muertos, el ingenio, la elocuencia, el estilo y la lengua.

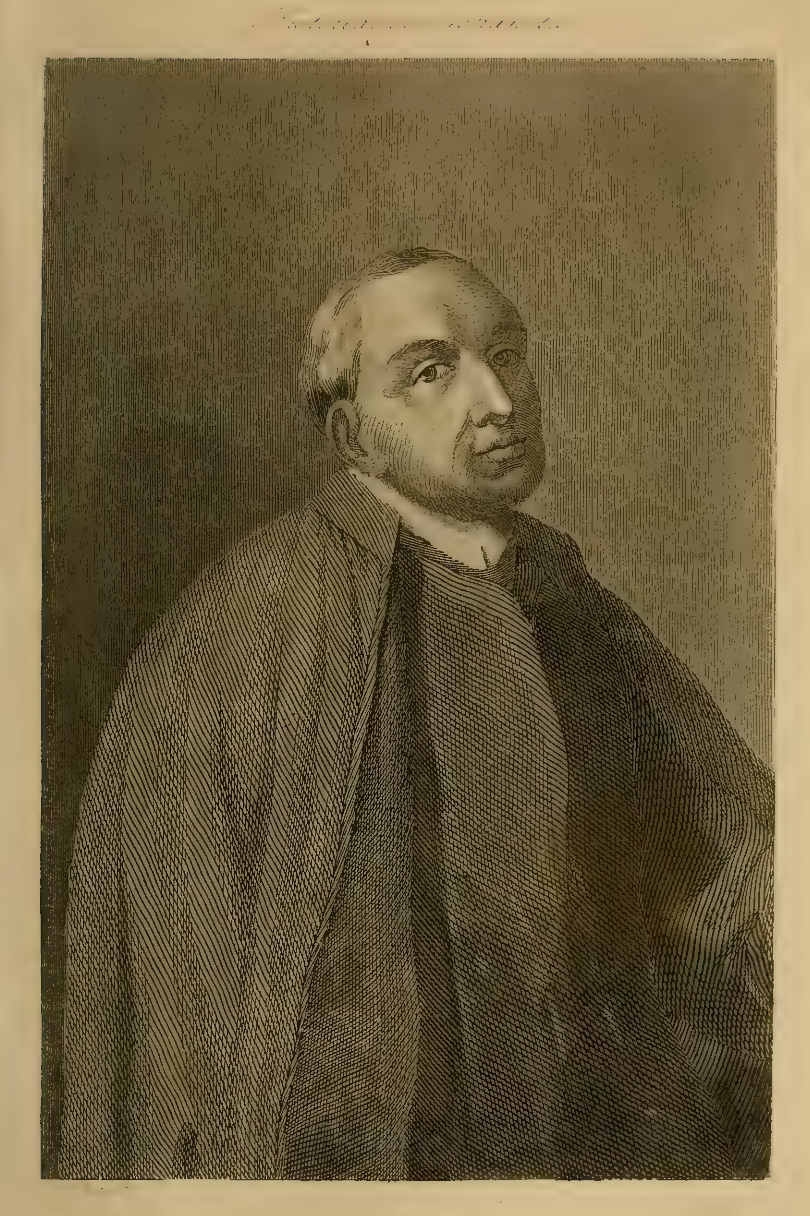
Ocupado el trono de España por la dinastía de Austria, los elementos de prosperidad que para las letras hemos señalado á la conclusion del anterior período se hicieron mas y mas vivos: continuó el trato y asídua comunicacion con los cultos estados de Italia; la imprenta se generalizó mas y mas; las producciones de los pasados ingenios españoles enseñaban y producian otros; la victoria acompañaba en ambos mundos nuestras banderas, y nuestra literatura al compás de tantos triunfos fué extendiéndose por casi todas las regiones de Europa. En tiempo de Felipe II puede decirse que se recogieron los frutos sazonados de todo género de doctrina y sabiduría, y España en política, en armas y en letras fué entonces la primera nacion del mundo.

La lengua castellana adquirió un carácter mas noble y preciso y sobre todo gran riqueza y variedad, como se manifiesta en el manejo de las plumas de Granada, de Mendoza y de Leon: el sucesivo estudio y lectura de los mas célebres autores de la antigüedad y las varias traducciones que de los mismos se habian hecho, aunque la mayor parte inelegantes y débiles, fueron quitando á la lengua y al estilo sus anteriores defectos, y aun mas pronto se hubiera alcanzado este feliz resultado, si los sábios de aquel tiempo no se hubiesen como desdeñado de escribir en su lengua patria como de ello se quejan amargamente Oliva, Morales y fray Luis de Leon. Bien podemos decir que la mayor parte de los autores eran como extrangeros á su siglo, pues parece que vivian, sentian y respiraban á mil y quinientos años de distancia, y que en el Lacio y la Grecia tenian su patria: efecto natural, aunque deplorable, del renacimiento de los estudios clásicos; todos querian ser elocuentes, pero en una lengua muerta olvidando la suya. Sin embargo, no se interrumpió, que esto era casi imposible, la série de los prosistas y poetas españoles, y á Fernan Perez de Oliva y á Juan Lopez de Palacios Rubios, escritores de la época anterior y de la presente, siguió el erudito Francisco Cervantes de Salazar, continuador del *Diálogo de la dignidad del hombre*, del maestro Oliva, bajo la misma forma y plan de su primer autor. Fray Antonio de Guevara fué otro de los mas célebres escritores de la época de Carlos I; despues de haber seguido la corte de los Reyes Católicos, abrazó la vida religiosa en la órden de frailes menores, donde obtuvo varios grados y oficios con general aceptacion. Fué muy versado en la teología dogmática, sagrada erudicion é historia profana, y en todas estas ciencias manifestó su ingenio, su valentía y su cultura. Predicador y cronista de Carlos, promovióle este á la silla episcopal de Guadix y despues á la de Mondoñedo, y llegó á ser tal su fama que todos los grandes personages solicitaban su correspondencia epistolar, como lo testifican sus cartas agudas, sentenciosas y festivas que se tradujeron á casi todas las lenguas de Europa. Sus libros mas notables y de mayor fruto entre los muchos que compuso son el *Menosprecio de la corte* y *el Reloj de príncipes ó Vida de Marco Aurelio* que compuso para el emperador; en ellos resplandece una vasta erudicion y profundos conocimientos políticos y filosóficos, como asimismo cierta experiencia del mundo y de las cortes adquirida al lado de Carlos en sus dilatados viages por Europa. Su estilo es á veces elevado, grande y enérgico; pero en cambio de estas buenas cualidades es difuso por demás, se repite hasta el hastío y ahoga sus mas bellos pensamientos con el peso y follage de palabras supérfluas y amplificaciones inútiles.

No permite la índole de nuestro trabajo, reducido á indicaciones generales, una enumeracion completa de cuantos cultivaron el campo de las letras en este período de abundante cosecha, ni tampoco un detenido juicio crítico de las obras que publicaron; así es que, como en la época anterior, nos limitaremos á nombrar los mas notables y á decir someramente la índole de sus trabajos. Entre ellos ha de mencionarse al bachiller Pedro de Rua, émulo y crítico del obispo Guevara, á pesar de su gran fama. Las cartas que le escribió reprendiéndole sus yerros históricos revelan en su autor el profesor docto y entendido, y son tan elegantes y correctas, tan ajustadas á las reglas del arte del bien decir, que no vacila Campmany en calificarlas de la composicion mas verdaderamente retórica que nos ha quedado de aquel tiempo.

Tres escritores de nota se pueden citar todavía en el reinado de Carlos I: el protonotario Mejía, Francisco de Villalobos y Alejo Venegas. El primero, de cuya vida se ignoran todas las circunstancias, dejó un libro titulado *Apólogo de la ociosidad y el trabajo*, el cual fué publicado por Cervantes de Salazar en 1546, sin duda despues de la muerte de su autor. En esta obra manifestó Mejía su mucha doctrina, aunque imita y copia frecuentemente la *Vision deleitable* del bachiller de la Torre, y su objeto es pintar los males que resultan de la ociosidad y los bienes que produce el trabajo. Su estilo es puro, claro, natural, noble y bastante correcto, y aunque en el diálogo se siente alguna frialdad y monotonía, brillan en él de cuando en cuando rasgos enérgicos y hermosos, sin que en lo general se eche de menos aquella precision y gravedad de lenguage propias de la moral filosófica. Escritor político y físico Francisco de Villalobos, sus obras en la parte científica no ofrecen ahora interés alguno; las únicas que pueden leerse con agrado y utilidad son los *Problemas* que tratan de varias cuestiones sobre ambas filosofías natural y moral; el *Tratado de las tres grandes*, es á saber la gran parlería, la gran porfía y la gran risa, y la *Glosa de la cancion sobre la muerte*. Tiene tambien unos diálogos familiares sobre medicina y una traduccion de la comedia de *Anfitrion* de Plauto, composiciones todas por lo general mas ingeniosas que brillantes, mas juiciosas que nobles y mas agradables por la novedad de las expresiones que por la de los pensamientos. El maestro Alejo Venegas fué autor de gran nombradía en su tiempo; todos los escritores contemporáneos convienen en que su erudicion sagrada y profana era profunda, y en que era hombre de inmensa y maravillosa lectura en todo género de facultades sin excluir las letras humanas que entonces se enseñaban en España en las fuentes griegas y latinas. Sus obras son: *La agonía de la muerte*, en la que da consejos para prepararse el católico al último trance; un tratado sobre la *Diferencia de libros que hay en el universo, originales, naturales, racionales y revelados*, es á saber la ciencia de Dios, de la naturaleza, de las costumbres y del culto religioso, y una *Plática de la ciudad de Toledo á sus vecinos afligidos*. Su diccion es clara, pura, sencilla y natural cual convenia á su objeto, mas pocas veces se encuentra en sus obras la cultura, abundancia y magestad que ya entonces ostentaba la lengua castellana. Esto no obstante, Venegas ha de ser colocado entre los buenos escritores prosáicos castellanos, aun cuando no sea mas que por el mérito raro entonces de haber preferido la lengua vulgar para hacer familiares las doctrinas de la filosofía.

La ciencia histórica durante este mismo siglo XVI siguió el mismo impulso general que parecia guiar á todos los sucesos y conocimientos humanos: abandonando el estilo de crónica, el espíritu exclusivo de localidad, tiende á generalizar, asoma en ella el espíritu de crítica, y revela su aficion á descubrir los sucesos generales mas bien que los particulares. Ya en tiempo de Carlos I, echándose de ver la falta de una historia general que diese á conocer al mundo, reunidos, los hechos de una nacion que entonces dominaba á Europa, emprendió este grande é ímprobo trabajo el canónigo Florian de Ocampo, nombrado cronista por el emperador en reemplazo de Guevara. Tan útil y necesaria pareció su obra á los ojos de todos, que las cortes de Castilla pidieron al soberano en 1555 que se asignase á Ocampo dotacion fija para que con mas desahogo pudiese dar



Ambrosio de Morales.

DE ES

omo u

pios de
ivame
esus
a que

cabo á la historia; pero eran ta[illegible] investigaciones que en aquel tiempo habian de hacerse y tan vasto el p[illegible]e el canónigo se habia propuesto, que la muerte no le permitió publicar [illegible]ue cinco libros de su *Crónica general de España*, correspondientes á los tie[illegible]mas antiguos, los cuales fueron luego continuados por Ambrosio de Moral[illegible]cesor de Ocampo en el empleo de cronista, varon célebre tanto por su vi[illegible]omo por su sabiduría, y eclesiástico como la mayor parte de los que en su [illegible] se dedicaban á las letras.

No habia que pedir gran crítica ni filoso[illegible], dice Gil de Zárate, á los historiadores de aquel tiempo: harto hacian con recoger datos esparcidos en monumentos y cronicones poco conocidos y ordenarlos del mejor modo posible. En cuanto á la forma no se arredraban ante el inconveniente de dar á sus obras una extension desmedida, antes bien parece como que este era un mérito que buscaban y se apreciaba en ellos; pertenecientes á una época de erudicion y de estudios concienzudos, se complacian en los mismos pormenores, en la misma pesadez que ahora nos cansa y abruma, y tomando por modelo á los autores de la antigüedad, gustaban, á imitacion suya, de las largas descripciones de sitios y batallas y de las pomposas arengas. En cuanto al estilo procuraban que fuese lo mas armonioso y elegante posible, recargándolo á veces de sobrados adornos; pero aun la belleza de este estilo no se conocia sino en ciertos y determinados pasages en que se esmeraban para pintar un carácter, hacer una descripcion ó reproducir un discurso. Otro escritor que intentó igualmente por el mismo tiempo la publicacion de una historia general de España fué el vizcaino Estéban de Garibay, autor del *Compendio historial de las crónicas y universal historia de todos los reinos de España*, al cual añadió algunos años despues las *Ilustraciones genealógicas de los católicos reyes de las Españas*, mereciendo por su trabajo ser generosamente premiado por Felipe II. Su obra, que comprende desde los tiempos mas remotos hasta la conquista de Granada, es excelente para la consulta; pero su estilo es poco agradable, aunque sencillo y natural, y se acerca mucho al de las antiguas crónicas.

Sepúlveda, Sandoval y Pedro Mejía escribieron tambien historia, pero sus obras no pasan de meras crónicas; las mas notables del último, tituladas *Historia de los Césares*, que contiene un resúmen de los emperadores romanos desde Julio César hasta Maximiliano I de Austria, é *Historia del emperador Carlos V*, esta sin concluir, no abundan en elegancia, viveza, igualdad ni correccion de estilo, y la gran lectura y laboriosidad del cronista se revelan en los vocábulos latinizados y en ciertas locuciones anticuadas.

Muchas fueron las historias particulares por aquel entonces publicadas; Luis de Avila y Zúñiga, caballero extremeño, comendador mayor de la órden de Alcántara y embajador de Carlos V cerca de los papas Paulo IV y Pio IV para tratar é instar la prosecucion del concilio tridentino, escribió el *Comentario de la guerra de Alemaña hecha de Carlos V, Máximo Emperador Romano, rey de España*, obra notable por la grave concision y la sencilla nobleza que caracterizan su decir. Francisco Lopez de Gomara, Bernal Diaz del Castillo, fray Bartolomé de las Casas transmitieron á la posteridad los descubrimientos, las conquistas y hazañas de los Españoles en el Nuevo Mundo, y sobre todos merece especial mencion el erudito Gonzalo de Oviedo, cuya *Natural y general historia de*

las Indias ha sido siempre considerada como uno de nuestros mas apreciables monumentos históricos.

A últimos de aquel siglo y á principios del siguiente dió esta ciencia un gran paso, y puede decirse que entró definitivamente en la senda moderna. El padre Juan de Mariana, de la Compañía de Jesus, fué el primero que logró escribir de España una historia general completa que á la buena coordinacion de los hechos reuniese la hermosura del lenguage y que por su mérito particular se grangease general aprecio, llegando á ser popular dentro del reino y fuera de él muy celebrada. Nació Juan de Mariana en Talavera en 1536, y concluidos sus estudios de artes y teología en Alcalá, entró, como otros muchos jóvenes entusiasmados por la nueva idea, en la Compañía de Jesus cuando apenas habia cumplido diez y siete años. Enviado otra vez por sus superiores á la misma universidad para que completase su educacion con toda clase de conocimientos sagrados y profanos, fué tanto lo que allí se aprovechó, que el general de la compañía le eligió por uno de los maestros del gran colegio que iba á establecer en Roma. A los veinte y cuatro años de edad comenzó á leer teología en aquella capital contando entre sus discípulos al cardenal Belarmino; de allí se le envió á lo mismo á Sicilia, y pasando por último á París con igual encargo, fué admitido por aquella universidad en su gremio, agraciado con el doctorado en teología, y contado en el número de los profesores, empleo que ejercitó por mas de cinco años explicando á Santo Tomás. El clima de la corte de Francia y su aplicacion quebrantaron su salud, obligándole á retirarse á España, á la casa profesa de Toledo, y en su retiro, entre los altos encargos que recibió del arzobispo y del Santo Oficio, dedicóse á la predicacion y á nuevos estudios en todos los ramos del saber humano. Era tal la fama de su ciencia y virtud, que de todas partes le consultaban, y se le eligió para dar su dictámen en la ruidosa causa de Arias Montano, á quien se acusaba de haber falseado el texto hebreo de la Biblia poliglota. Dos años tardó en revisar aquel colosal monumento y en dar el dictámen que decidió la cuestion favorablemente al acusado. Murió por último el sábio jesuita á los ochenta y siete años de su edad, en 1623, dejando muchas obras, impresas unas é inéditas otras, algunas de las cuales le acarrearon procesos y sinsabores.

Entre todas, la que ha hecho célebre su nombre es su *Historia general de España*, que escribió en latin, llevado de la aficion general de los sábios escritores de aquel tiempo, é imprimió por primera vez en Toledo en 1592. La celebridad que su obra obtuvo obligóle á completarla y á verterla en castellano, en cuyo idioma salió á luz en 1601, aumentado hasta treinta el número de sus libros, que antes no pasaban de veinte. El objeto de Mariana limitóse á reducir á forma histórica los infinitos materiales que andaban dispersos en los cronistas é historiadores que le precedieran: su intento, segun él mismo nos dice, no fué escribir historia, sino poner en órden y estilo lo que otros habian recogido, como materiales de la fábrica que pensaba levantar, sin obligarse á averiguar todos los particulares, sin que así pudiera nadie obligarle á mas de lo que él quiso obligarse de su voluntad (1). Así mirada la obra, son disculpables muchos de los defectos que actualmente se le atribuyen, no debiendo tampoco echarse en olvido

(1) Refutacion de la censura del Mantuano.

que en su tiempo la ciencia de la historia distaba mucho de ser considerada como en la época presente. El deseo de imitar á Tácito, la severidad de sus costumbres y la entereza de su carácter hicieron que el Jesuita, que por nada se desviaba de lo que entendia ser justo y honesto, sazonara su historia con duras reflexiones, que por algunos han sido atribuidas á deseo de lastimar el crédito de la nacion y el honor de sus reyes; pero mucho mas fundado que este es el cargo de haber hecho traicion á la verdad por no haber sabido distinguirla entre los errores de los monumentos, y haber admitido fábulas y consejos que arrancaron á él mismo aquellas palabras: *plura transcribo quam credo*. Estos defectos, empero, lo mismo que los vacíos que en su obra se observan, sobre todo respecto de la dominacion árabe, se comprenden en su época y pueden ser mas ó menos disculpados por la falta de buenos guias, no habiendo impedido que la *Historia general*, escrita con estilo grave, terso y grandioso, sin los lunares de la afectacion ni de los vanos adornos, mereciese la preferencia entre todas las que hasta su tiempo vieron la luz pública y que se diese á su autor el título de príncipe de los historiadores de España, á ninguno comparable y superior á todos. La obra de Mariana, dice Piferrer, no será nunca citada como filosófica, antes bien en esto y en la comprobacion concienzuda de los hechos tendrá siempre que ceder la palma, no solo á la historia particular de Mendoza, sino á la general de Aragon de Gerónimo Zurita, por mas que los preciosísimos anales de este varon insigne no puedan ni remotamente ser mentados en materia de diccion y de estilo. Pero sí será tenida como una obra clásica de estilo, y en ella se buscará un dechado del grave, noble y sostenido que conviene á la narracion y muy á menudo del verdadero histórico (1).

Las demás obras que escribió Mariana fueron los *Siete tratados*, coleccion impresa en Colonia en 1609, comprendiendo los siguientes: 1.° *de la Venida de Santiago á España;* 2.° *de la Edicion de la Vulgata de los libros sagrados;* 3.° *de los espectáculos;* 4.° *de los años de los árabes cotejados con los nuestros;* 5.° *del dia y año de la muerte de Cristo;* 6.° *de la muerte y de la inmortalidad;* 7.° *de la alteracion de la moneda*, algunos de los cuales fueron traducidos al castellano, y el último, por las delicadas materias de que trataba, valió á su autor un año de reclusion en San Francisco de Madrid. Publicó además Mariana un libro sobre las *Enfermedades de la Compañía y sus remedios*, y otros muchos de ciencias sagradas y políticas, siendo célebre entre todos el que tiene por nombre *De Rege et Regis institutione*, publicada en 1599, sin que la autoridad eclesiástica ni la civil le pusieran impedimento ni obstáculo de ninguna clase. Emprendió Mariana su tarea á instancia y ruego de don García de Loaisa, preceptor de Felipe III y despues arzobispo de Toledo, y la obra estaba destinada á servir para educacion é instruccion del heredero de la corona, siendo dedicada al mismo rey Felipe III, que habia sucedido ya á su padre en la época de su publicacion. Ninguna alarma produjeron en nuestros reyes absolutos las libres máximas políticas que en el libro se sentaban á semejanza de las consignadas en casi todas las obras teológicas de la época; pero no sucedió así en Francia: la doctrina sobre el tiranicidio, sostenida por Mariana en la época en que Enrique III y Enrique IV

(1) Piferrer, *Clásicos españoles*, p. 87.

habian sucumbido bajo un puñal asesino, y las diversas ideas que allí se profesaban respecto del poder atrajeron sobre la obra del jesuita español la condenacion del parlamento de París, y fué quemada por mano del verdugo (1).

Don Diego Hurtado de Mendoza ocupa el primer lugar entre los historiadores particulares y ha merecido ser comparado á Salustio por su robusta concision, por lo enérgico, preciso y sentencioso. Nació don Diego en Granada por los años de 1503, y luego de haber aprendido en aquella ciudad la gramática y algunas nociones de la lengua arábiga, pasó á Salamanca á estudiar las lenguas latina y griega, la filosofía y ambos derechos. Deseoso de adquirir nombre entre los guerreros de su tiempo, voló á Italia, donde militó muchos años bajo los ejércitos del emperador Carlos; pero era tanta la aficion que conservaba á las letras entre el estruendo y la inquietud de las armas, que aquel ocio que le permitian las temporadas de sus cuarteles de invierno lo empleaba en visitar las mas célebres universidades de aquel ilustrado país, oyendo y consultando los mayores sábios, que eran entonces su ornamento. Prendado Carlos I de su vasta erudicion, le empleó en árduos negocios de estado en Venecia y en Roma. Asistió al concilio de Trento, y despues de una ausencia de treinta años, muerto el emperador, volvió á España fijándose en Madrid con plaza en el consejo de Estado; pero incurrió pronto en la desgracia de Felipe II, y retirado á Granada volvió á darse entero á sus estudios, enriqueciendo á España con los centenares de códices arábigos que fué reuniendo. Vuelto á la corte y á la gracia del rey, murió poco despues en 1576. Varias fueron las obras de este esclarecido escritor, pero entre todas, la que le ha granjeado mas celebridad y opinion en la república literaria es su *Historia de la guerra contra los Moriscos de Granada.* Es Mendoza, dice Campmany, el primer historiador español que supo hermanar la elocuencia con la política, es decir que supo juntar en una misma obra el arte de escribir bien con el de pensar. Su expresion, que és nerviosa y concisa, forma un estilo grave tan lleno de cosas cómo de palabras, al cual da gran realce el uso oportuno de profundas sentencias y reflexiones. El corte de la frase es constantemente latino, unido no obstante á la grandiosidad castellana, pero si su elocucion es noble, enérgica y grave, ha de confesarse que no es siempre fácil y natural en aquellos rasgos en que manifiesta su esmero en imitar la brevedad y rapidez de Salustio

(1) «El rey, dice en ella Mariana, ejerce con mucha moderacion la potestad que recibió del pueblo..... así no domina á sus súbditos como esclavos á la manera de los tiranos, sino que los gobierna como á hombres libres, y habiendo recibido del pueblo la potestad, cuida muy particularmente de que durante toda su vida se le conserve sumiso de buena voluntad.» Acerca de esta libertad con que se trataba en España de los puntos mas importantes de derecho público, es notable la siguiente anécdota que retrata bien las ideas y costumbres de aquellos tiempos tan desconocidos y desfigurados por los nuestros. Reinando Felipe II, cierto orador afirmó en un sermon en presencia del monarca que los reyes tenian poder absoluto sobre las personas de sus vasallos y sobre sus bienes. Hombres gravísimos en dignidad, en letras, en limpieza de pecho cristiano y entre ellos persona que en España tenia lugar supremo en lo espiritual y que habia tenido antes oficio en el juicio supremo de la Inquisicion (el nuncio de su santidad) calificaron por muy escandalosas semejantes palabras, á lo que nos dice el secretario Antonio Perez. Delatado el predicador al Santo Oficio, instruyóse expediente, y aquel, á mas de varias penitencias que se le impusieron, fué condenado á retractarse públicamente de su dicho como de proposicion errónea, leyendo en un papel que le fué entregado estas notabilísimas palabras: «Porque, señores, los reyes no tienen mas poder sobre sus vasallos del que les permite el derecho divino y humano, y no por su libre y absoluta voluntad.» Antonio Perez, *Relaciones*, p. 47.

ó de Tácito, si ya no era este rigor de laconismo hijo de la severidad de su condicion.

Otro guerrero ilustre que unió el ejercicio de las armas al manejo de la pluma y se hizo célebre por ambos conceptos fué don Francisco de Moncada, conde de Osona, marqués de Aytona, quien en 1623 publicó en Barcelona la *Expedicion de Catalanes y Aragoneses contra Turcos y Griegos*, y á imitacion suya don Carlos Coloma, marqués de Espinar, en 1625 las *Guerras de los Estados Bajos desde el año de* 1588 *hasta el de* 1599, obra que por su método, lenguage y propiedad, desnuda de afectacion y de afeites, es muy digna de ser leida por los que profesan la carrera de las armas. Este escritor hizo además una muy apreciada version al castellano de los anales de Tácito.

Muchas fueron además de estas las obras históricas publicadas en este período, que, si no tan notables como las citadas por sus dotes literarias, merecen sin embargo especial mencion. Ocupan entre ellos el primer lugar los *Anales de Aragon* hasta la muerte de Fernando el Católico de Gerónimo Zurita, publicadas en 1610; y siguen luego la crónica universal del principado de Cataluña, escrita en lengua catalana por el doctor Gerónimo Pujades ; la *Historia de la Rebelion y castigo de los Moriscos* por Luis del Mármol, los *Comentarios de las guerras de Flandes* por Bernardino de Mendoza , la *Historia de las guerras civiles de Granada* por Diego Perez de Hita , la *Historia general del mundo* por Antonio Herrera', la *Primera parte de la historia de Felipe II* por Cabrera, los *Anales históricos de los reyes de Aragon* por el padre Abarca , la *Historia de Felipe III* por Gil Gonzalez Dávila y otros varios.

Si en historias profanas es grande el caudal de la literatura española, no es menor el que puede presentar de historiadores sagrados, y las repúblicas de Santo Domingo, San Benito y San Gerónimo tuvieron tambien, segun Campmany, sus Livios, Tácitos y Plutarcos. El suelo de España producia entonces en todas partes hombres grandes, pues en todas aparecian grandes ingenios; en todos los puestos brillaron raros talentos, que parece los habia la fortuna destinado para la universal admiracion. El P. José de Sigüenza, erudito y elegante autor que, despues de haber seguido la carrera de las armas, tomó el hábito de la órden de San Gerónimo en 1565, ayudó á Felipe II y á Arias Montano en la disposicion de las pinturas y adornos del Escorial y escribió, entre otras varias obras, la *Vida de San Gerónimo doctor máximo de la Iglesia* y la historia de la misma órden, publicadas en Madrid en 1594. En ellas brilla, no solo su saber en la antigua disciplina eclesiástica y en las sagradas letras, sino su pericia en el hebreo y otras lenguas orientales; la introduccion de la primera es una pieza de grandilocuencia castellana, y bien puede afirmarse sin nota de exageracion que entre algunos defectos, imita Sigüenza perfectamente á Tácito en las introducciones de sus libros ó centurias, á Tito Livio en las relaciones, á Plinio en las descripciones, y á Salustio en sus pinturas y retratos. Y si así como consagró su pluma á referir fundaciones de conventos, vidas de varones retirados de los ojos del mundo y hazañas espirituales del claustro, dice Campmany, la hubiese dedicado á pintar exaltaciones y caidas de imperios, proezas ó crueldades de conquistadores, marañas de las cortes y palacios, conjuraciones de malcontentos, trazas inícuas de los tiranos y usurpadores, y todo lo que es estruendo y sangre en los caminos

de la ambicion humana, entonces se hubiera visto hasta que punto rayaba la alteza y energía de su animada elocuencia y cuan atrás hubiera dejado en la claridad, elegancia y concierto de su lenguage á nuestros historiadores políticos (1). Fray Diego de Yepes, nacido en 1529, prior del monasterio del Escorial, confesor de Felipe II y despues obispo de Tarazona, escribió la *Vida de la santa madre Teresa de Jesus* y una *Historia particular de la persecucion de Inglaterra desde el* 1570, obras impresas ambas en 1599. La primera especialmente, aunque no tan perfecta en su estilo ni tan elevada en los pensamientos como las del padre Sigüenza, manifiéstase llena de uncion y dulzura, y si bien afeada por la gran verbosidad, muestra una locucion hermosa, noble y aseada. El padre Martin de Roa, natural de Córdoba y miembro de la Compañía de Jesus de la que fué procurador general de su misma provincia en Roma, adquirió gran renombre por su vasta erudicion, variedad de estudios y aventajada elocuencia. Como escritor ascético tiene este autor el libro de *El estado de los bieneventurados en el cielo, de los niños en el limbo*, etc., impreso en Sevilla en 1624; como historiador sagrado publicó *Ecija y sus santos, Vida y maravillosas virtudes de doña Sancha Carrillo* y *Vida y hechos de doña Ana Ponce de Leon, duquesa de Feria*, obras estas que le han valido principalmente su celebridad por el estilo grande y magestuoso que en ellas emplea.

Las humanidades, las mas altas cuestiones de política y filosofía tratábanse tambien en España con gran copia de doctrina y de erudicion, y error es que desmienten los hechos lo de la compresion del pensamiento por el rigor inquisitorial y por el despotismo de los reyes de la casa de Austria, lo mismo que suponer debido el vuelo de nuestra poesía á la imposibilidad de tratar asuntos mas graves y elevados. En el breve período de nuestras glorias y de nuestra cultura todas las ciencias y conocimientos entonces cultivados marcharon de frente, y si la suspicacia y los recelos del Santo Oficio en los peligrosos tiempos de la lucha con el Protestantismo pudieron influir en el movimiento intelectual de la nacion, este suceso no se reveló entonces en manera alguna y los ingenios continuaron disertando en sus obras sobre religion y filosofía. Guevara, Mariana y otros autores de los ya nombrados, llevaron muy lejos el espíritu de exámen y de crítica, pero entre todos el sábio que dió mas lustre á España en el siglo XVI como humanista y filósofo fué el valenciano Luis Vives, cuyo nombre adquirió en Europa universal celebridad. Profesor acreditado en Lovaina, en Brujas y en París, respetado por sus escritos sobre la enseñanza y sobre el arte de formar escuelas, admirado como comentador del libro *De civitate Dei* de san Agustin, y apreciado por otras obras literarias, fué preceptor de la docta María de Inglaterra, y con Erasmo de Rotterdam dividia la admiracion de cuantos hombres se consagraban por aquel tiempo á las letras.

La ciencia teológica, que era entonces la de la filosofía, la ciencia del derecho y los estudios políticos contaron además con ilustres sostenedores. Célebres son los nombres de los teólogos y jurisconsultos españoles que asistieron al concilio de Trento, y no sin razon se envanecen los dominicos de las obras de Mel-

(1) Campmany, *Teatro histórico-crítico de la elocuencia española*, t. IV, p. 15.

chor Cano (1). Diego Lainez, compañero de Ignacio de Loyola en el apostolado y su primer sucesor en el cargo de general de la Compañía, se hizo notable por sus discursos en el célebre coloquio de Poissy, y alcanzó aun mas celebridad en la tercera reunion del concilio de Trento defendiendo la necesidad que tenia la Iglesia de una sola cabeza. Alfonso de Salmeron escribió doctos comentarios á las epístolas de san Pablo y á otros libros de la Escritura; los PP. Tomás Sanchez y Luis de Molina, pertenecientes igualmente á la Compañía de Jesus, fueron autores el primero de los célebres tratados de *Matrimonio* y de una recopilacion de jurisprudencia y el segundo del no menos célebre libro de *Concordia gratiæ et liberi arbitrii*, que dió motivo á las cuestiones sobre la gracia y la predestinacion entre los jesuitas y los dominicos. Florecieron tambien fray Bartolomé de Carranza, arzobispo de Toledo, notable tanto por su ciencia como por sus infortunios, y el padre Maldonado, jesuita extremeño, profesor de teología y filosofía en París, á cuyas lecciones, como en otro tiempo á las de Abelardo, acudia tan gran concurso de gente, que hubo de enseñar al aire libre. Arias Montano dividió con estos la admiracion de sus contemporáneos, así por sus *Antigüedades judáicas*, su *Salterio* en versos latinos, sus *Monumentos de la salud humana*, su *Historia de la naturaleza* y su *Retórica*, como por la famosa edicion de la *Biblia polyglota* que bajo su direccion se hizo en Amberes por encargo de Felipe II. Azpilcueta, Diego y Antonio Covarrubias, Antonio Agustin, arzobipo de Tarragona, honraron las escuelas de Bolonia y de París, brillaron en las asambleas de Trento y de Roma, en las cortes de Inglaterra, de Francia y de Alemania, y enaltecieron la jurisprudencia civil y canónica. Vivieron igualmente en el siglo XVI el docto orientalista y sobresaliente latino Luis de la Cadena, el célebre humanista Francisco Sanchez *el Brocense*, Martin Martinez de Cantalapiedra, autor del *Hippotiposeon*, y el padre Ripalda. Fray Gerónimo Roman escribió las *Repúblicas del mundo;* fray Juan Marquez, de la órden de San Agustin, rio y rayo de elocuencia (*eloquentiæ flumen et fulmen*), segun expresiones de su epitafio, que floreció bajo Felipe III, además de eclipsar la gloria de los oradores mas eminentes de su tiempo, fué autor de *La espiritual Jerusalen* y del *Gobernador cristiano*, *deducido de las vidas de Moisés y Josué, príncipes del pueblo de Dios.* En esta obra, de la que se hicieron numerosas ediciones, imprimiéndose la primera en Salamanca en 1612, se rechazaban con una política evangélica y católica las erróneas y degradantes ideas de Machiavelo y de Bodino que cundian aun con valimiento entre los estadistas. Antonio Perez, el famoso secretario de Felipe II, que se cuenta en el número de nuestros buenos prosistas, ha de considerarse tambien entre los escritores políticos, y las *Relaciones de su vida*, en que habla de sus favores, de su caida, de sus prisiones y persecuciones hasta su salida de España, publicadas á un tiempo en París, Ginebra y Lóndres, los *Comentarios* sobre este mismo escrito, y sus cartas á vários personages, están llenos de atrevimiento, de erudicion y donosura en medio de la hiel que respiran, y contribuyeron á hacer popular en Europa el estilo y el genio de nuestra literatura. Fray Juan de Santa María, religioso descalzo de la órden de San Francisco, publicó en 1615 y dedicó á S. M.

(1) Una de ellas, la que tiene por título *De Locis Theologicis*, sirve aun de texto en las aulas de nuestras universidades.

la obra titulada: *Tratado de república y policía cristiana para reyes y príncipes y para los que en el gobierno tienen sus veces;* pero entre todos estos escritores descuella, á pesar de haber escrito en la época de la decadencia de la ilustracion española, don Diego de Saavedra Fajardo, nacido en 1584. Cuarenta años vivió fuera de su patria ocupado siempre en asuntos diplomáticos, así en Italia como en Suecia y Alemania, siendo ministro de España en varias cortes y plenipotenciario en el congreso de Munster y Osnabruck en Westfalia. Aunque obtuvo una canongía en la iglesia de Santiago, se mantuvo en la simple tonsura de clericato sin recibir órdenes sagradas ; fué consejero de Indias y despues camarista del mismo consejo é introductor de embajadores, y murió en 1648 en su retiro del convento de PP. Recoletos agustinos de Madrid donde fué enterrado (1). El primer parto que salió á luz de su ingenio é instruccion fueron las *Empresas políticas ó idea de un príncipe católico cristiano*, impresa por primera vez en Munster en 1640 y traducida desde luego al latin y al italiano. «Del centro de la justicia, decíase en ella, se sacó la circunferencia de la corona; no fuera necesaria esta si se pudiese vivir sin aquella.» Escrita toda la obra segun las ideas independientes, justas y libres que hacen presumir las anteriores palabras y que mas ó menos dominaban todavía en la conciencia general, deja muy atrás á cuantas la precedieron en su género, abunda en máximas y consejos de una sana y cristiana política (2), y encierra por lo general un estilo noble, grandioso y agraciado á un tiempo. Otras obras de Saavedra fueron la *República literaria*, en la que bajo la alegoría de un sueño hace juicio y crítica de varios escritos y sus autores, y la *Corona gótica, castellana y austriaca*, en la que, para captarse la amistad de Suecia en el congreso de Munster y apartar á aquella nacion de los intereses de Francia, se propuso sentar la opinion de que los monarcas españoles y los suecos tenian un comun orígen. La *Corona gótica*, que debió ser la obra mas grande de su autor, es la que de menos crédito goza, porque, escrita con precipitacion, no pudo ser meditada cual convenia ni llevada á cabo.

Los acendrados sentimientos religiosos que profesaba entonces la nacion española no podian menos de producir entre tantos humanistas, escritores de asuntos sagrados, religiosos y místicos, y estos fueron, retratando bien el genio de la nacion, los que acaso aventajaron á todos en facundia y elocuencia. Ya á fines del reinado de Carlos I apareció un santo y piadoso predicador que llenó toda España con la fama de su saber y que por la parte del reino en que mas comunmente ejerció su sagrado ministerio fué llamado el *Apóstol de Andalucía*. Fué este el venerable maestro Juan de Avila que, nacido en Almodovar del Cam-

---

(1) Profanadas las sepulturas del convento en la época de la Revolucion, la calavera del ilustre estadista sirvió por mucho tiempo, sin saberse de quien era, para coronar los túmulos de los entierros.

(2) Al discurrir sobre la formacion de la sociedad y el establecimiento del poder hace Saavedra las siguientes reflexiones: «Formada, pues, esta compañía, nació del comun consentimiento en tal modo de comunidad una potestad en toda ella ilustrada de la ley de naturaleza, para conservacion de sus partes, que las mantuviese en justicia y paz, castigando los vicios y premiando las virtudes: y porque esta potestad no pudo estar difusa en todo el cuerpo del pueblo por la confusion en resolver y ejecutar, y porque era forzoso que hubiese quien mandase y quien obedeciese, se despojaron de ella y la pusieron en uno, ó en pocos, ó en muchos, que son las tres formas de república, monarquía, aristocracia y democracia.» *Empresa XXII.*

po en los primeros años del siglo XVI de una familia honrada y opulenta, se ordenó de sacerdote llevado por irresistible vocacion despues de estudiar jurisprudencia en Salamanca y teología en Alcalá. Desde aquel momento, sin querer admitir los beneficios eclesiásticos que le ofrecian, ni presentarse en la corte á pesar de los deseos é instancias de los poderosos, movidos por la fama de su talento y virtud, dió comienzo á la predicacion luego que hubo repartido entre los pobres la hacienda que heredó de sus padres. Al hablar del maestro Juan de Avila, dice Piferrer, hay que detenerse en aquella piedad tan acendrada, en aquel celo de Dios tan fervoroso y constante, y en aquella caridad suya siempre tan aparejada y solícita, porque estos preciosísimos dones no solo vinieron á formar parte de su talento, sino que sin duda fueron las centellas que lo encendieron y alimentaron. A los treinta años principió en Sevilla aquella predicacion de la palabra divina que no descontinuó mientras le bastaron las fuerzas, y cuando á los cincuenta le asaltaron las dolencias que de su trabajosa vida habia recogido, todavía le encontraron recorriendo las comarcas andaluzas, trayendo á todas partes el arrepentimiento, la confortacion y la esperanza. En los comienzos de su mision fué delatado al tribunal del Santo Oficio, pero de esta y de las demás pruebas á que le pusieron la malignidad y la envidia, salió sereno y fervoroso como antes, mas venerado y obedecido de las gentes. Forzado por sus enfermedades á pasar los postreros diez y siete años de su vida en la villa de Priego y lo mas del tiempo en cama, encomendó á la pluma lo que no podia ir á exhortar con su palabra, y el que hubiera necesitado de alivio para sus crueles dolores, lo enviaba con sus cartas á donde quiera que se lo demandaban. Allí falleció en 1569. A pesar de lo mucho que predicó, sus sermones han quedado perdidos para nosotros, pues ninguno dejó escrito; todos fueron improvisados, siendo asombrosa su facilidad, hija mas que del arte de una vivísima imaginacion y de su santo entusiasmo. Sin embargo, respetables testimonios nos confirman su elocuencia, y el P. fray Luis de Granada asegura que cuando el maestro Avila reprendia los vicios, muchas veces le pareció que las paredes del templo retemblaban á las enérgicas voces que fulminaba contra la corrupcion humana. Así, pues, solo conocemos al venerable maestro por las obras que dejó escritas, todas de doctrina moral y espiritual, consistentes en el tratado *Audi filia et vide* etc. en las *Cartas espirituales*, en veinte y siete tratados del Santísimo Sacramento, en dos pláticas dirigidas á los sacerdotes, en unas *Anotaciones del concilio de Trento* y en la *Reformacion del estado eclesiástico*. Este autor, á pesar de sus defectos, pues peca con frecuencia de desaliñado y de familiar en exceso, fué el creador de la verdadera prosa mística, deslindándola de la prosa general por medio de giros mas suaves y mas valientes, de voces y frases numerosas, nuevas y enérgicas, y de un estilo mas robusto y levantado.

Amigo y discípulo de Juan de Avila fué fray Luis de Granada, con cuyo nombre quiso apellidarse para siempre cuando profesó en la vida religiosa dejando el de Sárria, lugar del reino de Galicia, de donde habia ido su padre á avecindarse á aquella capital despues de la conquista. Este príncipe de la elocuencia sagrada española nació en 1504, y desamparado á los cinco años de su edad por muerte de su padre, fué protegido por el conde de Tendilla, quien cuidó de sus primeros estudios. A los diez y nueve años entró en la órden de frailes pre-

dicadores y fué á completar sus estudios á Valladolid, donde se hizo notable por su virtud y saber. Elegido por el general de su órden para restaurar un convento inmediato á Córdoba, proporcionóle esto ocasion de conocer y tratar al maestro Avila, de quien recibió provechosas lecciones y consejos para corregir y moderar la lozanía de su juvenil oratoria. Llamado por el infante de Portugal el cardenal don Enrique, se fijó en Evora y luego en Lisboa, y aunque por dos veces quisieron elevarle á aquella silla episcopal, él se negó á aceptar la honra y carga de tal dignidad, retirándose por último al convento de Santo Domingo de la capital, donde admirado y respetado, acabó su vida en 1588. Nada podemos decir tampoco de los sermones de fray Luis de Granada, aunque sabemos que como los del maestro Avila arrebataron los espíritus con el fervor de la caridad que al predicador animaba; pero sea de ello lo que fuere, la principal gloria del venerable Granada se cifra en ser el primero que desplegó toda la abundancia, energía y magestad de que era capaz la lengua castellana, el primero que supo elevarla á expresar los mas altos objetos que caben en la inteligencia humana. Ninguno le aventaja en la pureza, sino que parece que él remató la obra de acrisolar todas las voces y locuciones en la cual otros escritores habian entendido; y en la propiedad no tuvo modelo. Con sus escritos comenzó España á leer repartido el pensamiento en aquella série de cláusulas llenas, sonoras y rotundas, y ciertamente de entonces ha de datar la elegancia del arte de escribir. Sostiénelas una armonía ya dulcísima, ya numerosa y valiente, y si el oido se va tras esa nueva música de la frase, la fantasía se ceba con placer en las variadas, magníficas imágenes, en los giros nuevos y osados y en los adornos con que las enriquece. Sus principales obras, entre las muchas castellanas y latinas que dejó escritas, son la celebrada *Guia de pecadores*, las *Meditaciones* para los siete dias y siete noches de la semana, la *Introduccion al símbolo de la fé*, catorce sermones sobre las principales festividades del año, el *Memorial de la vida cristiana*, una *Retórica eclesiástica*, una version castellana del libro de Tomás de Kempis, y varios diálogos y vidas, entre ellas la de su maestro el venerable Avila.

Al hablar de Granada el nombre del maestro fray Luis de Leon se viene á la boca por sí mismo, que, como dice Piferrer, tan natural ha hecho la fama que estos dos nombres se lean juntos en las puertas de la edad de oro de nuestra prosa. Luis de Leon, que fué al mismo tiempo sublime poeta, nació en Granada en 1527, y tomó el hábito de San Agustin en 1544. Aventajado en el estudio de las letras humanas, enriquecido con un conocimiento profundo de los modelos de la antigüedad á favor de la familiaridad que adquirió en las lenguas latina, griega y hebrea, entró en la ciencia teológica con gran ansia de verdad y con igual elevacion de espíritu. Su solo mérito y saber le consiguieron en la universidad de Salamanca la cátedra de Santo Tomás en 1561 en un tiempo en que los mismos estudiantes conservaban el privilegio de votar estos cargos para su comun provecho, y así aquella universidad como su religion le distinguieron y condecoraron con varios empleos y honores. Era entonces la época en que mayor suspicacia manifestaba la Inquisicion española contra los gérmenes que el Protestantismo, enemigo de Felipe II, se esforzaba por introducir en España, y Salamanca, centro del movimiento intelectual, á donde habian llegado emisarios luteranos, era cuidadosamente vigilada. Accidentes que ningun valor tuvieran en

cualquier otra coyuntura, dieron cuerpo á las sospechas: al maestro Gaspar Grajol le remitian libros desde Flandes, y fray Luis de Leon defendia la utilidad de las interpretaciones rabínicas para el sentido literal de la Escritura y ponia en lengua española el Cantar de los Cantares; la mala fé de otros maestros torció la realidad de los hechos, y Leon, uno de los delatados, fué preso por el Santo Oficio en 1572. Por espacio de cinco años permaneció en la cárcel sin que se alterara su paz y serenidad, y transcurrido aquel tiempo fué restablecido en su cátedra y honores mas apreciado que nunca. Entonces fué cuando, haciendo desaparecer de su vida aquellos tristes cinco años, acallando sus quejas y las de sus discípulos, empezó su primera leccion con estas palabras: «Decíamos ayer.....» dicho sencillo y generoso, propio de su alma bondadosa y cristiana. En 1591 fué electo provincial de su órden, pero la muerte no le permitió ejercer su nuevo cargo y le arrebató nueve dias despues de su eleccion á los sesenta y cuatro años de su edad. Las obras principales en prosa de este autor, entre las muchas que escribió en latin y en castellano, son los *Nombres de Cristo*, la *Explicacion de varios libros de la Biblia*, la *Perfecta casada*, un *Comentario sobre el Apocalipsis*, el *Perfecto predicador*, hoy perdida, y una profundísima *Exposicion del libro de Job*. Fray Luis de Leon se lleva á par con Granada la palma de la elocuencia sagrada, de quien, segun acertada reflexion de Piferrer, se diferencia por usar un tono menos declamatorio, por ser menos orador, por aparecer mas verdadero prosista, esto es mas regular, mas castigado, mas sosegado, y por decirlo en una palabra, mas escritor (1). Leon, llevado por su alma poética, aparta los ojos de las miserias humanas para clavarlos en la verdad purísima, en la beatitud que mas allá descubre; ciérnese en elevadas regiones, y de ahí lo ideal, lo abstracto y lo sostenido de su prosa y la abundancia de imágenes vivas y siempre bellas que aparecen en la misma. El lenguage de fray Luis, dice Campmany, es grave y subido, con un sabor de antigüedad lleno de magestad y grandeza, y la diccion es pura y propia..... Parece que solo él poseyó el secreto de la lengua castellana, que manejada por su pluma descubre cierta serenidad anciana y altiva, cierta índole dura, pero valiente.... Sus pensamientos son tan profundos y la expresion tan nueva, ó con mas propiedad, tan suya, que su mismo estilo ha venido á ser su retrato y su divisa, que lo distingue, lo caracteriza y lo ha hecho hasta ahora inimitable (2). En medio de la desigualdad y cierto desórden del estilo se le caen de la pluma pensamientos sublimes que así sueltos y separados reciben mas brillo y realce, y saliendo á fuera la abundancia de su corazon como si acariciara y rodeara amorosamente el concepto con la afluencia de palabras (3), rellena sus períodos de oraciones incidentales, de miembros accesorios y lleva á tal punto su aficion al ligamiento de la frase, parte tan principal y distintiva de la elocucion española, que en ciertos casos se echa menos alguna mayor soltura y llega á cansar el oido, el aliento y la memoria. Príncipe de nuestros prosistas fray Luis de Leon, en sus escritos relampaguean rasgos de la mas sublime y animada elocuencia que hasta hoy pueden presentarse en ninguna lengua vulgar.

(1) Piferrer, *Clásicos españoles*, p. 69.
(2) Campmay, *Teatro histórico-crítico de la elocuencia española*, t. III, p. 267.
(3) Milá, *Biografía y juicio crítico del maestro Leon*, inserta en la revista periódica *la Civilizacion*.

Gran influencia hubieron de ejercer en las obras místicas de los ingenios españoles y en la prosa en general los dos ilustres varones que acabamos de mencionar; pero al llegar á Santa Teresa de Jesus ha de dudarse si se formó mas con los ejemplos de los escritores contemporáneos que por la intensidad de su amor divino: y á la verdad, si se tiene en cuenta cuán sin letras llegó á una edad bastante madura, gobernando tantas casas religiosas, entendiendo solícita en la fundacion, en la reforma y en el sostenimiento de tantos conventos, sufriendo enfermedades contínuas y practicando rigurosas penitencias, ha de reconocerse que nada ó muy poco debió al arte y si todo ó lo mas á la ardentísima llama que movia su pluma. Hasta su muerte, acaecida en 1582, compuso las siguientes obras: *El Discurso ó relacion de su vida; el Camino de la perfeccion; el Libro de las fundaciones*, esto es, de las que á ella se debieron; *el Castillo interior ó las Moradas*; *Avisos para sus monjas; Exclamaciones ó meditaciones del alma á su Dios; Conceptos del amor divino sobre algunas palabras de los Cantares de Salomon*, de cuya obra no queda sino una parte por habérsela mandado quemar su confesor en un exceso de zelo, y finalmente algunas meditaciones, cartas y relaciones. En estas obras, publicadas todas por obediencia á sus superiores, campea un estilo castizo, propio y sencillo, si bien á veces asciende á la sublimidad mas elevada, cuando arrobándose en éxtasis celestiales, se olvida del mundo, y sirviéndose de un lenguage místico y angelical, prorumpe en palabras de fuego. No es posible encontrar, dice Gil de Zárate, una alma mas ardiente, un corazon mas apasionado; pinta con tan suaves palabras, con tan bellos colores el deleite que produce el amor divino, que su estilo adquiere una dulzura encantadora, y se ve que, arrebatado su espíritu por visiones celestes, se transporta en idea á la mansion de la gloria (1). «Seguidla, seguidla, exclamaba fray Luis de Leon; el Espíritu Santo habla por su boca.» Y en efecto, como antes hemos dicho, en esta santa se ve poco de lo que da el trabajo y mucho de cuanto á la inspiracion le es permitido revelar. Con ella es fácil el camino de la perfeccion, porque para Santa Teresa la virtud es el amor: apoyada en la fé y en la esperanza, abre con dulce sonrisa la region celeste, refiere sus puros goces, esparce la serenidad en torno suyo, y si llega á pensar en los rigores, en la justicia divina, la caridad se apodera á tal punto de su alma, que se compadece de los réprobos y hasta del demonio, cuyos tormentos son á sus ojos mayores que los que hace sufrir á sus víctimas, *porque el desgraciado*, exclama, *es incapaz de amar*. De lo mismo antes sentado dimanan en la prosa de santa Teresa incorrecciones, repeticiones frecuentes, algun desórden y el romper de repente el hilo de la oracion, como tambien alguna llaneza demasiada, por lo cual no puede ser propuesta como un modelo de estilo; pero á no ser que hayamos de borrar de nuestra historia literaria la página de la elocuencia mística, santa Teresa debe ser mencionada como una de las que mas la fijaron y la embellecieron con dotes característicos.

Émulo de santa Teresa en todo fué san Juan de la Cruz. Nacido en Hontiveros en 1542, empezó desde su mas tierna juventud á ejercitarse en el hospital de Medina del Campo en aquella vida toda de caridad y pobreza en que despues res-

(1) *Manual de literatura*, 2.ª parte, sec. 3.ª c. IV.

plandeció, y como al propio tiempo se aprovechase en gramática, retórica y filosofía, tomó el hábito de Nuestra Señora del Cármen en 1563. Con santa Teresa trabajó en la restauracion de la primitiva regla carmelitana, y en 1591 acabó en Ubeda, despues de larga y penosa enfermedad, con un fin tan manso y envidiable como de pocos se lee. Con razon se llamó á este escritor *doctor estático*, porque al leer sus obras se le ve en un contínuo éxtasis y arrobamiento, embargados sus sentidos con la contemplacion de Dios y enaltecida su alma con el amor divino. Los títulos mismos de sus obras en prosa manifiestan la tendencia general de sus pensamientos y deseos á vestir sus ideas místicas con el lenguage de la pasion mas ardiente. *La subida al Monte Carmelo, la noche oscura del alma, las declaraciones de su cántico espiritual entre el alma y Cristo su esposo* son otros tantos raptos de una alma devota y de un corazon arrebatado por la contemplacion de Dios y de la celeste morada, enseñando á cada paso la purificacion de las potencias sensitivas é intelectuales y los medios que ha de poner el alma para llegar al alto estado de union sobrenatural y amorosa con Dios. Por esto no es extraño que se aparte este autor de cuando en cuando de las reglas comunes del estilo, que caiga en redundancias, que peque de difuso, que parezca velado de cierta oscuridad, que apostrofe muy uniformemente, que no sea proporcionado en todas sus cláusulas, que cometa repeticiones muy frecuentes, que á veces se aparte de la correccion gramatical, y que no siempre cumpla con las leyes del número oratorio. En cambio es no pocas veces vehemente y sublime, y abunda en bellezas originales, ya por lo suave de la diccion, ya por lo elevado de las ideas.

Fray Diego de Estella, nacido en Navarra en 1524, predicador de Felipe II; fray Fernando de Zárate, natural de Madrid; el padre Pedro Malon de Chaide, que vivió por los años de 1540, y el jesuita Juan Eusebio Nieremberg, nacido en Madrid á últimos del siglo XVI, completan, aunque con menos explendor y algunos con los vicios de estilo generales al adelantado tiempo en que vivieron, el número de escritores que elevaron nuestra prosa mística y ascética á un grado desconocido entonces en todas las literaturas.

Y sin embargo, entre tanta perfeccion en los escritos, la oratoria sagrada, si bien libre de los lunares que la habian afeado en el siglo anterior convirtiéndola en un fárrago pesado de textos y sutilezas escolásticas, y que la mantenian muerta en Italia, en Francia y en las demás naciones de Europa, no llegó en España á la altura que podia esperarse. Ha de confesarse sí que en todo el tiempo que corrió desde el venerable Juan de Ávila, precursor y maestro de Granada, hasta fines del reinado de Felipe III, ningun país de Europa produjo ministros de la palabra de Dios, ni mas elocuentes ni mas virtuosos: á lo menos la fuerza del raciocinio y la copia de la doctrina eran sacados de la Escritura y de los Santos Padres; pero al propio tiempo notábase en ellos cierta desigualdad y desaliño, que bien fuese estudio ó descuido, jamás los dejará por perfectos modelos de la elegancia y nobleza oratoria. Algunos críticos, entre ellos Campmany, atribuyen los escasos progresos que hizo entre nosotros la oratoria sagrada á que aquellos oradores cristianos, tal vez persuadidos de que en manos del Altísimo todos los instrumentos son iguales; de que la sola idea de Dios, cuyos ministros eran, debia producir mayor impresion que los vanos socorros del hombre, y de

que en el menosprecio de una gloria mundana entraba el menosprecio del arte oratorio, descuidaron los adornos esenciales de la elocuencia, temiendo injuriar la verdad y humildad religiosa y debilitar la causa del cielo defendiéndola con las armas de la tierra. Del conjunto de estos principios naceria aquella mezcla de perfecciones y de defectos, de desaliño en el estilo y de grandeza en los pensamientos, toda la valentía y elevacion del celo religioso en unas partes, y toda la languidez de una moral fria y uniforme en otras, queriendo herir de este modo á la imaginacion al paso que se ofendia al gusto (1). Mas ¿cómo conciliaremos el juicio que acaba de leerse de nuestros antiguos predicadores con la fama que de algunos de ellos se ha perpetuado hasta hoy de *divinos oradores,* que arrastraban inmenso gentío con la fuerza de su palabra, que hacian derretir en lágrimas el auditorio y convertian pueblos enteros? ¿Cómo conciliaremos los elogios que de algunos de aquellos oradores han hecho, no solo escritores vulgares, sino tambien los mas cultos, con el testimonio auténtico de sus mismos sermones impresos, donde no vemos casi ni sombra de aquella elocuencia por que fueron tan celebrados? Preciso es creer que la fuerza de la oratoria se reduciria toda á vehementes exclamaciones, á que añadian alguna vez las descripciones de los vicios que á la sazon reinaban en el pueblo donde ejercian su mision apostólica, que pareciéndonos hoy frias, pesadas y vulgares, entonces rompian en llanto y compuncion los corazones de los oyentes. Este fruto, pues, debíase mas á la veneracion que se granjeaban del pueblo aquellos predicadores por la santidad de sus virtudes, fervor de sus oraciones y austeridad de costumbres, que no al arte de su oratoria. Y aun podia atribuirse principalísima y mas generalmente á su elocuencia exterior, esto es á la suavidad y entonacion de la voz, á su vehemencia declamatoria, á la energía de la gesticulacion y viveza de su accion: calidades oratorias que tienen mucho poder en la muchedumbre y no pueden conservarse en los escritos (2). En nuestros oradores sagrados hay, pues, que buscar trozos bellísimos y de la mas alta elocuencia; pero las obras en su totalidad, como poco ó nada trabajadas, no embelesan, no cautivan, no sorprenden, no dan la idea de un discurso completo en todas sus partes.

Con los libros de caballería la fantasía española habia dado con un dilatado campo en que esparciarse: ninguna gala de diccion ni juego de ingenio se consideró como fuera de propósito puesto en boca de unos héroes tenidos por portentos de discrecion y agudeza. Feliciano de Silva fué uno de los últimos y mas desatinados narradores de sus hazañas, y el lenguage de este autor, particular objeto de la crítica de Cervantes, habia sido ya antes caracterizado por Hurtado de Mendoza con el apodo de estilo de alforjas. A últimos del siglo XVI empezó á decaer la aficion á aquellos libros, y siguiendo en esta parte la prosa el sendero emprendido por la poesía, los reemplazaron las novelas pastoriles que por algun tiempo estuvieron en mucha boga. Aquellos libros, dice Gil de Zárate, al menos sostenian el espíritu guerrero y pundonoroso de sus lectores; pero las novelas pastoriles, no mas regulares en su forma, ni menos inverosímiles, no eran propias para despertar ningun género de sentimiento grande y elevado, y añádase á esto

---

(1) Campmany, *Teatro histórico-crítico de la elocuencia española,* Disc. prelim

(2) Id., l. c.

que ni pintaban las costumbres de su siglo ni eran el reflejo de una civilizacion particular como los libros de caballería, limitándose á amoríos cansados y empalagosos (1). En breve se vieron el gavan con caperuza y el sombrero de paja de nuestros campesinos unidos á las pieles de oso que cubrian á Acis; al resplandor de los fuegos de san Juan se vió al dios ceguezuelo con venda y arpones. Transformados los autores en pastores, sabian á duras penas en tan violenta situacion que juicios, que afectos fingir; y así es que no tardaron, despues de acudir á farsas mitológicas, en valerse de discusiones metafísicas sobre sus imaginados amores. Y esa galantería misteriosa y afectada que nació en las cátedras de amor de la Edad Media, que seduce al italiano en los poemas del Tasso y es encantadora á veces y á veces insípida para el español en los guerreros del emperador Carlos ó en los cortesanos de los Felipes, esta galantería, puesta en boca de unos seres procedentes de la Arcadia y del Olimpo, vino á ser la jerga mas ridícula y dislocada (2). Algunas de estas novelas no eran mas que un cuadro dispuesto por el autor con el solo objeto de acomodar poesías hechas de antemano, de suerte que la prosa ó novela no se puede considerar sino como la parte accesoria.

La aficion á las novelas pastoriles vino de Italia, donde Jacobo Sannazaro, poeta napolitano, publicó su *Arcadia* en prosa y verso. Traducida esta obra al castellano por Diego de Ayala en 1547, inspiró sin duda á Jorge de Montemayor, poeta portugués, músico y soldado, el deseo de imitarla. Su novela tiene por título *Diana*, y adquirió tal fama que engendró á su vez multitud de imitadores, siendo los principales Alfonso Perez y Gil Polo en su continuacion de aquella, Cervantes en su *Galatea*, Lope de Vega en su *Arcadia*, Bernardo de Balbuena en el *Siglo de Oro*, Bernardo Gonzalez de Bobadilla en las *Ninfas del Henares*, Bartolomé Lopez de Enciso en el *Desengaño de celos*, y otros autores todavía de menos nota que estos últimos en nuestra literatura.

La novela pastoril no podia ser fecunda ni su boga pasar de una pasion efímera: no representando nada, fundada en costumbres que no existian, limitada en sus recursos y monótona por esencia, debió muy pronto empalagar y hasta las mas famosas quedaron sin lectores. Los cuentos cómicos ó bufones, género que se puede derivar de los latinos ó de los árabes, estaban en todo su apogeo en los pueblos mercantiles que abusaban ya de los frutos de la riqueza y de la holganza, en especial en las obras del ingenioso é ingénuo Bocaccio, y ellos fueron los que sustituyeron en España á las novelas pastoriles. Los poetas que en Italia precedieron á Ariosto y Ariosto mismo, aun cuando se valieron de las tradiciones caballerescas y del elemento poético de las aventuras, estuvieron mas animados de genio cómico y satírico que del sentimental y verdaderamente épico, y este movimiento, llegando á nuestra patria, produjo la novela cómica con el título de picaresca, cuyo orígen puede buscarse en la tragicomedia de *Calixto y Melibea*. Don Diego Hurtado de Mendoza, que arrastrando las bayetas de estudiante no seria el hombre severo que luego se vió en el teatro del mundo, dió su verdadera forma á esta clase de producciones con el *Lazarillo del Tormes*, obrita cuya fama cundió en breve por toda España traspasando

(1) Gil de Zárate, *Manual de literatura*, 2.ª parte, sec. 3.ª, c. XII.
(2) Milá, *Compendio del arte poética*, p. 76.

los montes y los mares, á tal punto que no tardó en traducirse á las principales lenguas de Europa. Reina en toda ella mucha naturalidad y verdad de estilo, y todo el lenguage respira sal y una ironía fina y donosa. Las pinturas del ciego astuto y sagaz, del clerizonte miserable y del hidalgo pobre y vanidoso, son perfectas y copiadas del natural, pues en aquel tiempo existian muchos originales de aquellos tipos singulares, particularmente del hidalgo, que saliendo de su pueblo por no saludar á una persona, va á pasear por la corte su holgazanería, prefiriendo morirse de hambre á trabajar, y dejando que le mantenga su criado con las limosnas que recoge. El retrato transparente que en el Lazarillo se hacia de algunas personas notables fué causa de que la Inquisicion lo prohibiese; pero pasado algun tiempo permitióse otra vez su impresion corregida y enmendada.

La fortuna de esta obra produjo, como era de esperar, gran número de imitaciones. Imposible nos ha de ser mencionarlas todas, pues no han tenido tanta vida que sin una exquisita y especial erudicion en esta parte sea dable su conocimiento. Fueron las principales *El pícaro Guzman de Alfarache*, de Mateo Aleman, publicada en 1599; *Estebanillo Gonzalez*, anónima; *el Caballero del Puntal; el bachiller Trapaza* y la *Garduña de Sevilla*, de Gerónimo de Salas Barbadillo; la *Vida y Aventuras del escudero Marcos de Obregon*, de Vicente Espinel, original del famoso Gil Blas, y las que salieron mas adelante *El Diablo cojuelo*, de Luis Velez de Guevara, muerto en 1644, y la *Vida del Gran Tacaño*, de Francisco de Quevedo Villegas. El interés en estas obras es siempre escaso, como que no hay en ellas una accion seguida, sino que se reducen á una série de sucesos sin conexion alguna entre sí, ofreciendo variedad de cuadros diferentes y agradando á veces por la fiel pintura de las costumbres y lo chistoso del estilo, pero repugnando tambien no pocas por descender á objetos, clases y personas que no debieran ocupar la pluma del mas miserable ingenio. Asombra, dice Gil de Zárate, el gran salto dado desde las novelas caballerescas á las del género picaresco; pues si aquellas son la exageracion de los mas nobles sentimientos, estas presentan la de los vicios mas reprensibles. Si se hubiere de juzgar solo por estas muestras, añade el mismo autor, se diria que la sociedad habia padecido una total y lastimosa transformacion; pero aunque las novelas del género picaresco reproducen muchos rasgos sacados de la realidad, aunque pintan costumbres ciertas de clases determinadas, atribuimos la repeticion y frecuencia de cuadros tan repugnantes, mas bien que á la inmoralidad de la época, á la depravacion del gusto y al carácter particular de los autores cuyo ingenio los inclinaba á semejantes escritos. La comedia que por entonces florecia y presentaba en la escena costumbres y sentimientos tan distintos, desmentiria tan triste idea si posible fuera el abrigarla. En todos tiempos hay seres degradados que el escritor debe dejar en la oscuridad que los cubre, sin mojar su pluma en el lodazal donde se hallan sumidas (1).

Lope de Vega, Montalvan, Tirso de Molina y otros autores trataron de dar nueva forma á esta novela, mas la empresa estaba destinada para el genio insigne cuyo nombre pronunciará siempre con respeto la literatura española, para Miguel de Cervantes Saavedra.

---

(1) Gil de Zárate, *Manual de literatura*, 2.ª parte, sec. 3.ª, c. XIII.

La vida de este gran escritor es tan rica de aventuras, que parece no podia caberla mas adecuada á quien con tanta habilidad supo inventarlas y urdirlas: hasta tal punto ofrece en su mayor parte un tejido novelesco de acaecimientos interesantes. Nació en Alcalá de Henares á 9 de octubre de 1547, de Rodrigo de Cervantes y de doña Leonor de Cortinas, familias en quienes los bienes de fortuna no corrian parejas con la hidalguía de la sangre. Cursó en Madrid las humanidades con el presbítero don Juan Lopez de Hoyos, que le llamaba su caro discípulo por sus grandes progresos y su temprana aficion á la poesía, en la cual, á pesar de su ingenio, constantes esfuerzos y extremada aficion, jamás pudo elevarse á la altura de los célebres poetas que entonces florecian en España. Estos son los únicos estudios que á Miguel de Cervantes se conocen, y en 1570 hallámosle en Roma con el destino de camarero del cardenal Aquaviva, cuyo servicio es presumible que hubiese abrazado con la ocasion de haber estado antes aquel príncipe de la Iglesia en la corte de Madrid con una importante comision de la santa sede. Poco despues, su genio, no menos inclinado á las armas que á las letras, le impulsó á alistarse como soldado en las banderas del general pontificio Marco Antonio Colonna, y tuvo la honra de hallarse sirviendo en la famosa batalla de Lepanto, en cuya sangrienta accion le hemos visto perder la mano izquierda de un arcabuzazo; por esta herida que le dejó manco y por otras dos que recibió en el pecho, don Juan de Austria aumentó tres escudos mas á su paga ordinaria. Por algun tiempo siguió las vencedoras banderas de Colonna, que así las nombra en la dedicatoria de la Galatea, y luego continuó la carrera de la milicia agregado á las tropas españolas de la guarnicion de Nápoles. Residió en aquella capital hasta el año 1575, en que viniendo á España embarcado en la galera *Sol*, cayó en poder de moros que le llevaron cautivo á Argel, en donde pasó su triste y trabajosa esclavitud, viendo frustradas todas sus tentativas para evadirse, hasta el 19 de setiembre de 1580 en que fué rescatado por los PP. de la Redencion que dieron por él quinientos escudos. Restituido á España, continuó por de pronto en el servicio militar, pero en 1583 resolvió arrimar la espada para siempre, y siguiendo su nativa inclinacion á las letras, entregarse de nuevo al estudio y al trabajo. El primer fruto de su ingenio fué la *Galatea*, novela pastoril publicada en 1584, acomodada al gusto de aquel tiempo. Aquel mismo año casó con doña Catalina de Salazar y Palacios, y aumentadas sus necesidades, estrechado por mayor miseria, acogióse al teatro, pues la Galatea, á pesar de su indisputable mérito, no habia correspondido por su éxito á las esperanzas del autor. En tres ó cuatro años compuso treinta comedias y multitud de entremeses, pero solo los *Tratos de Argel*, la *Destruccion de Numancia* y la *Batalla naval* merecieron representarse con aplauso en los teatros de Madrid. No debió de bastar su producto á sus necesidades si ya no le desalentó la aparicion de Lope de Vega, que arrastró tras sí al público á un nuevo género, pero ello es que hubo de obtener dos mezquinos empleos, que desde 1588 hasta 1605 le valieron mas humillaciones y pesares que provecho; en aquella tarea recorrió toda Andalucía, la Mancha y otros muchos puntos del reino, habiendo solicitado en vano ser colocado en América. Por un ligero alcance de dos mil y pico de reales que resultó contra él en unas cuentas, formósele causa y estuvo preso en Sevilla, rigor muy comun entonces hasta con los mas altos y distinguidos empleados, y

en esta prision parece lo mas probable que empezase su grande obra, y no en Argamasilla, donde generalmente se le atribuye, pues no hay datos què prueben este último encarcelamiento, aunque en este pueblo y otros de la Mancha hubo de sufrir grandes disgustos por parte de los habitantes como ejecutor que era de contribuciones. En 1605 publicóse la primera parte de la *Historia de don Quijote*, en ella insinua su autor, no solo su dilatada ausencia de Madrid, sino tambien que aquella era la primera obra que escribia despues que dejó la pluma y las composiciones dramáticas. Poco tiempo se necesitó para que llegase á ser inmensa la boga del nuevo libro, del cual se hicieron numerosas ediciones y fué traducido en muchos paises extrangeros.

Y sin embargo, cuenta la fama que el vulgo recibió al principio con prevencion, tal vez con odio el libro que heria de muerte su lectura favorita. Lo que no admite duda es que gran parte de los literatos se armaron contra el innovador y no consintieron sino tarde en su gloria, cosas entrambas nada extrañas. Ni faltó quien con infame osadía publicase una segunda parte del *Don Quijote*, prodigando al autor aquellos insultos de que la condicion generosísima de Cervantes se vindicó con tanta templanza. Esta oposicion literaria, ya que no pudo torcer el juicio del pueblo, cada dia mas favorable al *Quijote*, sin duda fué parte para que su autor encontrase cerradas todas las puertas de la proteccion, y mientras el editor se iba enriqueciendo, crecia la pobreza de aquel ingenio, que al lado del opulento Lope de Vega y de los demás escritores de aquella edad, todos muy favorecidos del rey y de los poderosos, habia de vivir con estrechez de las mercedes que no en abundancia le hacia el conde de Lemos don Pedro Fernandez de Castro.

En 1615 dió á luz Cervantes la segunda parte del Ingenioso hidalgo, y ya antes habia publicado su *Viage al Parnaso* y sus *Novelas ejemplares*, todas ellas de gran valor por la concepcion y la forma general y recibidas con sumo aplauso. En seguida, llevado por su actividad siempre creciente, dedicóse á dar el último retoque á los *Trabajos de Pérsiles y Segismunda*, libro de caballerías de nuevo género, y á concluir la segunda parte de la *Galatea*, las *Semanas del jardin* y el *Famoso Bernardo*, como si quisiese enmendarse con esta infatigable aplicacion de los muchos años que tuvo ociosa la pluma. En esto contrajo una hidropesía incurable que le avisaba de la cercanía de la muerte, la cual vió venir con cristiana constancia y aun con semblante alegre. Como su enfermedad fué prolija, pudo ser historiador de ella y aun de las postrimerías de su vida, segun lo refiere en el prólogo de Pérsiles y Segismunda, cuya historia dedicó al conde de Lemos el dia siguiente de haber recibido la extremauncion. Finalmente Miguel de Cervantes Saavedra murió en Madrid á 23 de abril de 1616 á los sesenta y ocho años de su edad.

Entre todas las obras del gran ingenio español ocupa el Quijote el primer lugar. ¿Qué podríamos decir de este libro que ha inmortalizado el nombre de Cervantes, que no fuese descolorido y pálido? El mérito, las tendencias del Quijote, tipo que hacia derramar lágrimas á lord Byron, no son para apreciadas en este corto resúmen; así que, sin descender al fondo de las cuestiones que entrañan, diremos que su estilo, lo mismo que el de las demás óbras de este autor, es superior á todo encarecimiento, y que el Quijote, pintura de una sociedad ya

muerta con sus defectos y sus heroicidades, convirtió á la novela, no solo de España, sino de la Europa entera en fiel intérprete de la naturaleza. en brillante cuadro de cuantas costumbres y caracteres ofrece la humanidad y en rico depósito de las ideas del observador y del filósofo.

Con Cervantes y con otros de los ingenios citados, la lengua castellana. vencedora al fin del espíritu escolástico, recibió su perfeccionamiento. Hemos visto con que carácter severo se anunciaron nuestros prosistas del siglo xv y de principios del siguiente, tan agenos de vano ornato que mas bien se advierte en ellos cierta dureza en la frase y alguna aspereza en la diccion: sus períodos son poco redondos; la expresion carece de fluidez; aun no se ha creado la armonía oratoria; pero tienen sus escritos magestad, energía, brio, sencillez y precision en la frase. A estas cualidades unió la lengua castellana á mediados del mismo siglo la riqueza y el pulimiento; las voces y las frases acabaron de depurarse en el crisol del exámen; de cada dia fueron desapareciendo los latinismos y se inventaron gran número de locuciones y vocablos castizos, que nacieron de la misma índole del país y por la observacion de ella se rigieron. Entonces, como acabamos de ver, grandes escritores parecieron corresponder á la grandeza de los hechos á que otros Españoles daban cima; obras acabadas vinieron á acrecentar la importancia del habla de los Alfonsos, hasta que el prodigioso desarrollo del género dramático, poniéndole en contacto mas inmediato con el público, acabó de consolidar su predominio. Las leyes de la armonía prosáica que hasta entonces solamente se habian adivinado. fueron puestas en práctica con tanto acierto, que bien pudiera decirse que se establecieron del todo. Entonces apareció realmente el período español rotundo y numeroso, redondeándose con magestad dentro de las grandiosas proporciones en que, como en una rozagante vestimenta, se envolvia. El verdadero arte de clausular, genial á la sonora lengua castellana, como dice Piferrer, por mas que en lo contrario se insista, nació durante esta época, y deslindándose tambien los varios géneros de escritos. adquirió la lengua carácter distinto para cada uno.

Este próspero estado duró únicamente lo que duraron los reinados de Felipe II y Felipe III. En los últimos dias de este monarca, cuando ya se preparaba la lastimosa ruina de la elocuencia. empezóse á estudiar el lenguage que á tan alto elevaron los autores antiguos, y varones eminentes procuraron reducir á reglas los ópimos frutos de la inspiracion y del saber. Bernardo de Alderete y Sebastian de Covarrubias escudriñaron los orígenes del idioma y dieron á conocer sus tesoros; Ambrosio de Salazar, Alfonso Cano y Urreta compusieron espejos y exámenes de su índole y fijaron su sintáxis; Jimenez Paton y Baltasar de Céspedes trataron como humanistas del retórico estilo, y por último fray Alfonso Ramon, fray Cristóbal Marquez, fray Francisco Aguilar Terrones y otros publicaron artes y métodos varios de perfeccionarse en la oratoria sagrada. Pero ni la lengua ni la elocuencia cogieron fruto alguno de semejantes desvelos, porque la enfermedad, aunque oculta, era ya incurable. Tan cierto es, como dice Campmany, que nunca se publican mas obras morales sino cuando han desaparecido las buenas costumbres; nunca salen mas libros de reglas políticas y máximas de gobierno en un estado. sino cuando se ha perdido el camino y guia para regirlo.

En poesía, la escuela clásico-italiana dominó casi por completo en España,

entrado el siglo XVI, no solo en el fondo de los asuntos, sino tambien en las formas. Juan Boscan, natural de Barcelona, y por lo tanto mas familiarizado con la poesía occitánica y la italiana que con la castellana, no podia tener á esta el apego necesario para empeñarse en conservar sus formas, y á él se debe la introduccion en Castilla del soneto y del verso endecasílabo, que conocido, como sabemos, desde el tiempo de don Juan Manuel, solo habia sido objeto de pocos y como fortuitos ensayos. La gloria de Boscan, empero, se reduce casi á ser el autor de esta revolucion que cambió la faz de la poesía española, pues, segun dice Gil de Zárate, el metro que se usa tiene mas influencia de lo que generalmente se cree hasta en los pensamientos, en la elevacion, ternura, naturalidad ó amaneramiento de las composiciones; las del poeta barcelonés yacen ahora casi en completo olvido, y aunque dotados de bastante ingenio y dulzura, sus versos, en los que imitó al Petrarca y á los poetas provenzales y catalanes en la sutileza metafísica con que se trataba del amor en las cortes occitánicas, no pasan por lo general de la medianía. Sirva de ejemplo el siguiente soneto.

Aun bien no fui salido de la cuna,
Ni del ama la leche hube dejado,
Cuando el amor me tuvo condenado
A ser de los que siguen su fortuna:
Dióme luego miserias de una en una,
Por hacerme costumbre en su cuidado,
Despues en mí de un golpe ha descargado
Cuanto mal hay debajo de la luna.
En dolor fuí criado y fuí nacido,
Dando de un triste paso en otro amargo,
Tanto que si hay mas paso es de la muerte.
Ó corazon que siempre has padecido,
Dime: tan fuerte mal ¿cómo es tan largo?
Y mal tan largo, dí, ¿cómo es tan fuerte?

La novedad introducida por Boscan en la versificacion castellana no dejó de encontrar opositores entre los partidarios del antiguo sistema. Cristóbal del Castillejo, secretario del emperador Fernando, hermano de Carlos I, Villegas y otros combatieron la innovacion y satirizaron á sus autores, á quienes llamaban *petrarquistas*; pero sus esfuerzos quedaron inútiles: la nueva versificacion se acreditó con el ejemplo de infinitos poetas de primer órden, y en especial de Garcilaso de la Vega, uno de aquellos genios privilegiados que nacen para mudar la faz de la ciencia ó de las letras fijando irrevocablemente su camino. En él se rompe casi el nudo de la antigua y moderna poesía castellana, y la nueva escuela imitada de los antiguos, particularmente de Horacio, se introduce por completo en España.

Nació Garcilaso en Toledo en 1503, y desde sus primeros años se dedicó á la carrera de las armas siguiendo al emperador Carlos en sus principales campañas. La muerte que cortó su carrera á la temprana edad de treinta y tres años, al regresar de una de las expediciones contra Francia, hizo que fueran pocas las composiciones que pudo dar á luz entre el estruendo de la guerra, pero en ellas hizo suspirar á la musa castellana acentos tan dulces como la lira de Virgilio. La poesía pastoril llamó principalmente su aficion aunque criado entre el fragor de

las batallas, y él y cuantos poetas le imitaron solo aspiraban á pintar en armoniosos versos los sentimientos mas íntimos y delicados del alma. ¡Cosa singular! en la poesía de aquel tiempo apenas se trasluce el estruendo de las armas, y en vez de cantos de guerra, respirando la embriaguez de los combates, óyense casi siempre dulces cavilaciones pastoriles y los melodiosos acentos de un amor tierno y rendido. Las poesías españolas del siglo XVI, dice M. Weis, respiran la embriaguez de la vida y del amor que se halla en los poetas griegos y latinos que sobrevivieron á la libertad de su patria: Theocrito y Callimaco, Ovidio y Propercio son lánguidos y tiernos como Garcilaso y el divino Herrera. Quizás la gloria de las armas, privada por la disciplina de gran parte del prestigio antiguo, no hablaba ya tanto al alma y á la imaginacion de los poetas. Además, las guerras de Carlos I y Felipe II contra Franceses, Alemanes, Ingleses y Holandeses, no podian exaltar el sentimiento poético tanto como aquellas luchas contra los Arabes que dieron orígen á tantos himnos guerreros y á tantos romances populares. En la Edad Media se odiaba al enemigo y se sabia cual era el premio de la victoria, al paso que en el siglo XVI apenas conocian los Españoles á los pueblos que encontraban en los campos de batalla.

Los poetas que crearon y siguieron el nuevo género, parecidos casi todos por la índole de su talento, acabaron de uniformarse mas y mas una vez adoptado el gusto de la poesía pastoril; de ahí la singular monotonía de los poetas de aquel tiempo entre grandes cualidades de versificacion y de concepto, llegando la mayor parte de ellos á confundirse en la memoria. «Dejan, dice Sismondi, el rastro de una meditacion armoniosa, de una gran delicadeza de sentimientos, de una molicie lánguida que embriaga; pero las ideas de que están nutridos se borran al instante de la mente; es una música dulce que hechiza y encanta sin que el tema deje huellas en nuestra memoria. Tan luego como cesan los sonidos se hacen vanos esfuerzos para recordarlos y todo el encanto se destruye (1).» Sin embargo, si esto es así, nada mas suave que la música que murmuraba Garcilaso; nada mas sencillo, mas natural, mas lisonjero al oido que las siguientes estrofas de una de sus églogas:

Corrientes aguas, puras, cristalinas,
Arboles que os estais mirando en ellas,
Verde prado de fresca sombra lleno,
Aves que aquí sembrais vuestras querellas,
Yedra que por los árboles caminas
Torciendo el paso por su verde seno,
Yo me ví tan ageno
Del grave mal que siento,
Que de puro contento
Con vuestra soledad me recreaba,
O con el pensamiento discurria
Por donde no hallaba
Sino memorias llenas de alegría.

. . . .

Por tí el silencio de la selva umbrosa,
Por tí la esquividad y apartamiento
Del solitario monte me agradaba;

(1) Sismondi, *Literatura del mediodia de Europa*, t. III, p. 325.

Por tí la verde yerba, el fresco viento,
El blanco lirio y colorada rosa
Y dulce primavera deseaba:
¡Ay cuánto me engañaba!
¡Ay cuán diferente era,
Y cuán de otra manera
Lo que en tu falso pecho se escondia!
Bien claro con su voz me lo decia
La siniestra corneja, repitiendo
La desventura mia:
Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.
¡Cuántas veces durmiendo en la floresta,
Reputándolo yo por desvarío,
Ví mi mal entre sueños, desdichado!
Soñaba que en el tiempo del estío
Llevaba por pasar allí la siesta
A beber en el Tajo mi ganado:
Y despues de llegado,
Sin saber de cual arte,
Por desusada parte,
Y por nuevo camino el agua se iba:
Ardiendo yo con la calor estiva
El curso enagenado iba siguiendo
Del agua fugitiva:
Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.

Esta fluidez, estas imágenes tan propias, esta expresion tan verdadera, esta sencillez y naturalidad, todo era entonces nuevo, todo distinto de lo que usaban los poetas de la época anterior. En la oda á la *Flor de Gnido*, una de las mejores composiciones que existen en la poesía castellana, elevóse el estro poético de Garcilaso á la mas perfecta imitacion de la antigüedad; pero en otras poesías suyas, especialmente en sus canciones, campean todavía los conceptos ingeniosos y la sutil metafísica de los poetas del siglo XV.

Fernando de Acuña, traductor de Ovidio, Gutierre de Cetina, imitador de Anacreonte, Pedro Padilla, Francisco de Figueroa, el primero que dió en castellano el ejemplo de escribir una composicion toda en verso libre; Jorge de Montemayor, Gaspar Gil Polo, Pedro de Espinosa, Francisco Saa de Miranda y otros poetas, soldados la mayor parte como Garcilaso, siguieron las huellas del maestro con mas ó menos aplauso, y cultivaron la poesía lírica elevándola, dadas sus circunstancias especiales, al mayor grado de esplendor posible.

Entre tantas inteligencias fecundas descuella la grata y venerable figura de fray Luis de Leon, que alimentando en su seno desde sus mas tiernos años purísimos sentimientos religiosos, llevaba con ellos el gérmen de la mas alta y acendrada poesía, de aquella que, segun él dice, «es una comunicacion del aliento celestial y divino que fué inspirada por Dios en los ánimos de los hombres para con el movimiento y espíritu della levantarlos al cielo,» y á la cual «se aplicó mas por inclinacion de su estrella que por juicio y voluntad.» Formó su gusto con la lectura de Horacio, pero apacentó su espíritu con la de los libros sagrados; como Garcilaso se complace en pintar las escenas de la naturaleza, mas no busca en esos cuadros ni el efecto pintoresco, ni la sensualidad del género erótico. Mas espiritual, mas poeta que cuantos cultivaban la poesía lírica, un profundo sen-

timiento mueve su pluma: disgustado del peligroso laberinto del mundo, busca un asilo en el desierto de la soledad, y al desviarse de las sendas holladas por los hombres, no lo hace con el incierto paso del ambicioso mal satisfecho, sino con el seguro de quien conoce la vanidad y el ruido de aquellas y espera hallar dentro del apartamiento bienes mayores y mas ciertos. Esta confianza está expresada en varias de sus odas con energía y entereza estóica, pero la sequedad de la virtud filosófica desaparece acá y allá y abre paso á las dulces esperanzas cristianas. Sus defectos nacen de sus mismas bellezas: cuando le falta la inspiracion decae lastimosamente, es prosáico y sin color ninguno, pero siempre hay en su lenguage una suavidad, una uncion que atraen y embelesan. Apartándose de las largas estancias, adoptó generalmente la estrofa de cinco versos, llamada *Lira*, de cuya clase de composicion habia dejado Garcilaso tan brillante muestra en la *Flor de Gnido*. ¿Quién en España no conoce estas hermosas estrofas de su oda á la *Vida del campo?*

Que descansada vida
La del que huye el mundanal ruido,
Y sigue la escondida
Senda por donde han ido
Los pocos sábios que en el mundo han sido.
Que no le enturbia el pecho
De los soberbios grandes el estado,
Ni del dorado techo
Se admira, fabricado
Del sábio moro, en jaspe sustentado.
No cura si la fama
Canta con voz su nombre pregonera;
No cura si encarama
La lengua lisonjera
Lo que condena la verdad sincera.
¿Qué presta á mi contento
Si soy del vano dedo señalado,
Si en busca de este viento
Ando desalentado
Con ansias vivas, con mortal cuidado?
¡O monte! ¡O fuente! ¡O rio!
¡O secreto seguro deleitoso!
Roto casi el navío,
A vuestro almo reposo
Huyo de aqueste mar tempestuoso (1).

Aunque las cualidades que mas distinguen á este poeta son la suavidad y la templanza, podia no obstante elevar el vuelo á mayor altura, como se ve en su *Profecía del Tajo*, tan sabida y admirada, y en estas estancias de otra de sus odas.

. . . .
¿No ves cuando acontece
Turbarse el aire todo en el verano?
El dia se ennegrece,

(1) En esta oda es donde fray Luis de Leon cometió la singular licencia de decir:
Y mientras miserable-
Mente se están los otros abrasando.

Sopla el gállego insano,
Y sube hasta el cielo el polvo vano.
Y entre las nubes mueve
Su carro, Dios, ligero y reluciente:
Horrible son conmueve,
Relumbra fuego ardiente,
Treme la tierra, humíllase la gente.
La lluvia baña el techo,
Envian largos rios los collados,
Su trabajo desecho,
Los campos anegados,
Miran los labradores espantados.

Sencillo y tierno como fray Luis de Leon fué el bachiller Francisco de la Torre, cuyas canciones y endechas á objetos campestres son fáciles, fluidas y melancólicas como los arrullos de la tórtola en su nido solitario. Otro de los poetas de aquel tiempo, digno de ser citado, es don Diego Hurtado de Mendoza, el historiador guerrero y diplomático. Aunque sus versos suelen adolecer de alguna dureza, tiene epístolas llenas de filosofía, en las que descubre un profundo conocimiento de los hombres, y tambien á veces manifiesta una dulzura y sensibilidad que contrastan con lo que se sabe de su carácter severo é inflexible.

Hasta aquí los poetas de la nueva escuela introducida por Boscan y Garcilaso, entregándose á toda la efusion de los sentimientos íntimos del alma, se habian parado poco en el adorno poético, y no cuidaron de dar á la versificacion todo el artificio de que es susceptible. Una amable sencillez, la elegante claridad de la expresion y la dulzura de un lenguage terso y fluido, fueron las prendas sobresalientes de su poesía, prendas de gran valer y quizás de mayor aprecio que otras mas brillantes, mas deslumbradoras, que afectadas, revelando el estudio y el aliño, halagan mas la fantasía, pero no tanto el corazon. En este estado la necesidad de tratar asuntos de diferente naturaleza y el deseo de sobresalir por nuevos caminos, engendraron una escuela que, apartándose de la sencillez pasada, buscó la pompa, la armonía y la magnificencia. Fernando de Herrera, llamado el Divino por sus contemporáneos, de quien únicamente se sabe haber nacido en Sevilla á mediados del siglo XVI, fué el autor de esta revolucion en la poesía española. Dotado de vigoroso talento, se sintió como aprisionado en las formas aceptadas por sus predecesores, y considerándolas prosáicas y muy distantes de la perfeccion ideal á que aspiraba, trató de crear un nuevo lenguage. A este fin distinguió las palabras nobles de las vulgares, cambió su significacion en los versos, inventó giros nuevos, expresiones atrevidas, locuciones llenas de pompa y armonía y recurrió á transposiciones mas conformes al genio de la lengua latina que al de la castellana. Herrera fué el primero que, llevando la versificacion á su entonacion mas elevada, enseñó á sacar del verso endecasílabo todo el partido de que es susceptible; vivo, arrebatado y audaz; sensible, melodioso y tierno, por nadie ha sido aventajado en lo que se llama armonía imitativa. Sus poesías respiran todas alta dignidad, noble delicadeza y una especie de perfume platónico comun á nuestros mejores poetas del siglo de oro. Los grandes sucesos, especialmente los que influian en la suerte de su patria, inflamaban la imaginacion de Herrera, y la movian á expresarse en cantos dignos de los mejores tiem-

pos de la poesía lírica. Sus principales obras fueron la *Oda á don Juan de Austria*, el himno á la *Batalla de Lepanto* y su elegía á la *Muerte del rey don Sebastian*, composiciones que no parecen de la misma mano, hasta tal punto sabia Herrera dar á todos los géneros de poesía que manejó el tono verdadero que á cada cual correspondia. Algunas estancias de su elegía á la muerte de don Sebastian nos harán ver el camino andado desde fray Luis de Leon hasta Herrera el Divino.

. . . .

¿Son estos por ventura los famosos,
Los fuertes, los belígeros varones
Que conturbaron con furor la tierra,
Que sacudieron reinos poderosos,
Que domaron las hórridas naciones,
Que pusieron desierto en cruda guerra
Cuanto el mar Indo encierra,
Y soberbias ciudades destruyeron?
¿Dó el corazon seguro y la osadía?
¿Cómo así se acabaron y perdieron
Tanto heróico valor en solo un dia;
Y lejos de su patria derribados
No fueron juntamente sepultados?
Tales ya fueron estos, cual hermoso
Cedro del alto Líbano, vestido
De ramas, hojas, con escelsa alteza;
Las aguas lo criaron poderoso,
Sobre empinados árboles crecido
Y se multiplicaron con grandeza
Sus ramos con belleza;
Y estendiendo sus hojas, se anidaron
Las aves que sustenta el grande cielo,
Y en su tronco las fieras engendraron,
Y hizo á mucha gente umbroso velo:
No igualó en celsitud y hermosura
Jamás árbol alguno su figura.

. . . .

Tú, infanda Libia, en cuya seca arena
Murió el vencido reino lusitano,
Y se acabó su generosa gloria;
No estés alegre y de ufanía llena,
Porque tu temerosa y flaca mano
Hubo sin esperanza tal victoria,
Indina de memoria:
Que si el justo dolor mueve á venganza
Alguna vez el español corage,
Despedazada, con aguda lanza
Compensarás muriendo el hecho ultraje;
Y Luco amedrantado al mar inmenso
Pagará de africana sangre el censo.

Así se inauguró la nueva escuela brillante y deslumbradora, pero ocasionada por lo mismo á los abusos de exornacion y al sacrificio de la idea en aras de la forma, cuando no á la extravagancia y al ridículo culteranismo. Y bien se manifestó así aun en algunas composiciones del mismo Herrera de asuntos menos

elevados que los dichos, en los cuales bien se veia que, no el corazon, sino el ingenio hablaba. Sin embargo, dado el impulso y llevada á su mas alta perfeccion la versificacion castellana, los escritores de aquel tiempo siguieron las huellas del maestro y adquirieron en nuestro parnaso un nombre mas ó menos célebre. No es posible hablar de todos, así es que nos limitaremos á mencionar los mas notables.

Al frente de ellos han de colocarse los dos hermanos Lupercio y Bartolomé Argensola, nacidos en Barbastro en 1563 el primero y en 1564 el segundo. Lupercio fué secretario del duque de Villahermosa y posteriormente de la emperatriz viuda doña María de Austria; vivia despues retirado en Zaragoza entregado á sus tareas literarias, cuando el conde de Lemos le sacó de su retiro para llevarle de secretario á su vireinato de Nápoles, y allí murió á la edad de cincuenta años. Su hermano Bartolomé fué rector de Villahermosa y capellan de la emperatriz; acompañó á su hermano á Nápoles, y muerto este, volvió á Zaragoza, donde falleció en 1633. Lupercio compuso en su juventud tres tragedias, *Filis, Isa-Abela* y *lejandra*, que fueron muy aplaudidas; aunque escribió muchos versos los quemó casi todos, salvándose solo los que estaban en poder de sus amigos. Fué cronista de Aragon, pero sus trabajos históricos se han perdido; no así los de su hermano, que tambien obtuvo el mismo cargo de cronista, y publicó los *Anales de Aragon*, teniéndose además de él una *Historia de las Molucas*, que escribió por encargo del conde de Lemos, y sus *Rimas*. Puros, elegantes, buenos versificadores, los hermanos Argensola carecen no obstante de calor, de movimiento y de vida; su excesiva facilidad les hace encadenar tercetos tras tercetos, sin elegirlos con oportunidad, llegando á cansar por su excesiva abundancia. Hay en ellos mas juicio y entendimiento que poesía, mas discrecion que amenidad. Los asuntos en que mas sobresalieron fueron los morales y satíricos, en los que vertieron mucha propiedad y donaire, mereciendo por lo mismo de sus contemporáneos el nombre de *Horacios españoles*. Y con justicia se les dió esta calificacion, si no porque igualasen al poeta latino, por el gusto que acompañó á todas sus obras, por su recta razon y buen juicio y por la influencia moral que ejercieron sobre muchos ingenios de su época. El mal gusto empezaba á cundir entre nuestros poetas, y los Argensola, si no bastaron á contener el desbordamiento del mal, si no señalan el mas alto punto á que llegó entre nosotros la poesía clásica, indican á lo menos, por haberse mantenido puros y correctos, el último término de aquella. Véase sino este soneto de Lupercio:

Yo os quiero confesar, don Juan, primero,
Que aquel blanco y carmin de doña Elvira
No tiene de ella mas, si bien se mira,
Que el haberle costado su dinero.
Pero tambien que confeseis vos quiero,
Que es tanta la beldad de su mentira,
Que en vano á competir con ella aspira
Belleza igual de rostro verdadero.
Mas ¿qué mucho que yo perdido ande
Por un engaño tal, pues no sabemos
Que nos engaña así naturaleza?
Porque ese cielo azul que todos vemos,

Ni es cielo, ni es azul. ¡Lástima grande
Que no sea verdad tanta belleza!

Don Bernardo de Balbuena, obispo de Puerto-Rico, autor del *Siglo de Oro*, fué otro de los poetas que florecieron á últimos del siglo XVI y principios del siguiente. Pocos hombres, dice Gil de Zárate, han nacido con mas aventajadas dotes poéticas y pocos han abusado tanto de ellas; su poema *Bernardo* lo mismo que sus demás obras, son un conjunto estraño de bellezas y monstruosidades, que si aquellas sorprenden, estas desagradan lastimosamente. En las églogas se acerca á Garcilaso, pero no le iguala con mucho en elegancia y en delicadeza de sentimientos. Esteban de Villegas, discípulo de Bartolomé de Argensola, nacido en Nájera en 1595, propúsose rivalizar con Teócrito y Anacreonte, y hay en efecto en sus cantinelas gracia, ligereza y travesura. En su corta vida poética compuso sus *Eróticas*, que son su mejor título de gloria, y varias anacreónticas, género de composicion que Melendez perfeccionó despues. Poco contento con los recursos métricos que poseia la versificacion castellana, quiso introducir en nuestra lengua los exámetros y otras clases de versos usados por los antiguos, debiéndose á él el verso sáfico que en suma no es mas que una variedad del endecasílabo. De él es ejemplo su oda *al Céfiro*, que empieza así:

Dulce vecino de la verde selva,
Huésped eterno del abril florido,
Vital aliento de la madre Venus,
Céfiro blando;
Si de mis ansias el amor supiste,
Tú que las quejas de mi voz llevaste,
Oye, no temas, y á mi ninfa dile,
Dile que muero.

De la misma escuela que Herrera es el sevillano Francisco de Rioja, nacido en 1600, racionero de la catedral de su ciudad nativa é inquisidor de la Suprema. Retirado últimamente á Sevilla, vivió entregado al cultivo de las letras; compuso varias obras, en prosa la mayor parte, sobre asuntos místicos; pero las que mas fama le han dado han sido sus poesías, que deben colocarse entre las joyas mas preciosas de nuestro parnaso. Escribiendo en una época en que el gusto andaba ya muy mal parado, supo no obstante libertarse del contagio y conservar las bellezas de su modelo, excediéndole quizás en perfeccion y dulzura. Pocas poesías suyas han llegado hasta nosotros por la incuria de sus contemporáneos, y entre ellas es la mas célebre su cancion á las *Ruinas de Itálica*, que si bien no del todo original suya (1), fué añadida y mejorada hasta el punto de ser una de las obras mas bellas que puede presentar nuestra poesía. Esta es su primera estancia:

Estos, Fabio, ¡ay dolor! que ves ahora
Campos de soledad, mústio collado,
Fueron un tiempo Itálica famosa:
Aquí de Cipion la vencedora
Colonia fué: por tierra derribado

(1) El original descubierto en la catedral de Sevilla, fué escrito muchos antes por cierto Rodrigo Caro.

Yace el temido honor de la espantosa
Muralla, y lastimosa
Reliquia es solamente
De su invencible gente
Solo quedan memorias funerales
Donde erraron ya sombras de alto ejemplo;
Este llano fué plaza, allí fué templo;
De todo apenas quedan las señales:
Del gimnasio y las termas regaladas
Leves vuelan cenizas desdichadas;
Las torres que desprecio al aire fueron
A su gran pesadumbre se rindieron.

Juan de Jáuregui, pintor distinguido, muerto de edad muy avanzada en 1641 y autor de una elegante traduccion de la *Aminta* del Tasso, que, igualando al original, se cuenta entre las obras clásicas; Luis Barahona de Soto, autor del poema de *las Lágrimas de Angélica;* Vicente Espinel, inventor de la décima, que de él tomó tambien el nombre de *Espinela;* el sevillano Juan de Arguijo, poeta valiente, profundo y armonioso; Baltasar del Alcázar, marino, músico y poeta; Pedro de Quirós, de la congregacion de clérigos, fueron otros de los escritores en verso que encadenaron el siglo XVI con el XVII, la edad de oro de nuestra poesía con el decaimiento y la corrupcion. Lo mismo ha de decirse de Antonio Mira de Amescua, célebre por sus canciones, especialmente por aquella que empieza:

Ufano, alegre, altivo, enamorado,
Rompiendo el aire el pardo gilguerillo,
Se sentó en los pimpollos de una haya,
Y con su pico de marfil nevado,
De su pechuelo blanco y amarillo
La pluma concertó pajiza y baya:
Y celoso se ensaya
A discantar en alto contrapunto
Sus celos y amor junto,
Y al ramillo y al prado y á las flores,
Libre y ufano canta sus amores.

Y tambien del príncipe de Esquilache, virey del Perú, fallecido en Madrid en 1658, dotado de singular gracia y facilidad en los romances y letrillas, por ejemplo:

Niñas de mi aldea,
Que vais á la fuente
Por agua las menos,
Las mas porque quieren;
Si el amor os lleva
Y el pesar os vuelve,
El verdad os dice
Y el amor os miente.
. . . .

Sin embargo, entre todos ellos ha de nombrarse á frey Lope Felix de Vega Carpio, el escritor que gozó de mas fama en su tiempo, á quien hallamos en todos los géneros, desde la composicion mas sencilla y breve hasta la complicada y difícil epopeya, y que aun en prosa dejó rastros de su profundo ingenio con un

regular volúmen de novelas. El *Monstruo de naturaleza*, segun le calificó Cervantes, el *Fénix de los ingenios*, como le apellidaron sus contemporáneos, nació en Madrid en 25 de noviembre de 1562. Sus padres, aunque nada ricos, cuidaron de educarle con esmero, y á los doce años poseia ya las bellas letras y las artes liberales que parece las completan. Quedó huérfano, y al afecto del inquisidor general don Gerónimo Manrique debió continuar sus estudios en la universidad de Alcalá. Su imaginacion ardiente hacíale desear la carrera y las aventuras de las armas, así es que, dejando los estudios, marchó á Italia y alistóse en los tercios españoles, pasando así su azarosa juventud entre peligros, viages y trabajos, bastante olvidado de las musas que tanto debian favorecerle, y entregado á toda la disipacion de la vida militar. Fué luego secretario del severo duque de Alba, y rayando ya en los treinta años, venció el númen de la poesía, soltó la vena á su asombrosa fecundidad, y desde entonces hasta su muerte no dejó pasar dia sin que una nueva produccion saliese de su fantasía inagotable. Abandonada por Lope la compañía del duque para contraer matrimonio, vivió por algun tiempo tranquilo hasta que un desafío en que dió muerte á su adversario, le obligó á ausentarse de Madrid y á refugiarse en Valencia. Compuestas las cosas y viudo, regresó á su patria y alistóse en la gran armada que Felipe II envió contra Inglaterra. Contrajo segundas nupcias, y como tambien enviudase, consagróse al sacerdocio, que le proporcionó mas sosiego y aseguró su subsistencia, á la cual hasta entonces habia tenido que proveer con sus producciones, particularmente con sus comedias. Aquí empezó la época de gloria y de riqueza de la vida de Lope. Comparados con él, todos los escritores de su tiempo quedaron pequeños y oscurecidos: sus obras se granjeaban la aprobacion y el aplauso general, y avasalló de tal modo el teatro, que durante muchos años no se vió en los carteles mas nombre que el suyo. El pueblo le rodeaba y seguia por las calles; llamábale el feliz, el glorioso Lope de Vega; los forasteros acudian á Madrid solo por verle; el grave Felipe II salia al balcon de su palacio para señalarlo á los extrangeros que estaban en su corte, y él y sus descendientes se vanagloriaban de contar entre sus súbditos á un escritor que era el ornamento de su patria. Hasta los pontífices quisieron premiar tan gran ingenio, y Urbano VIII le condecoró con el hábito de San Juan y le confirió el grado de doctor en teología enviándole el título con una carta muy lisonjera, escrita de su propio puño. Desempeñó varios destinos propios de su estado eclesiástico, y su riqueza, que llegó á no ser inferior á su fama, permitíale vivir con opulencia en la misma calle donde moraba Cervantes agobiado de privaciones. Así colmado de triunfos y honores, bajó al sepulcro á los setenta y tres años, en el de 1635; y como si su fallecimiento fuese una pública calamidad, asistió á su entierro casi todo el pueblo, la capilla real tocó y cantó en sus funerales, obispos celebraron de pontifical las misas que en tres dias consecutivos se ofrecieron para su eterno descanso, y para que nada faltase á esa pompa régia, dos volúmenes se compusieron de las poesías españolas é italianas dedicadas á su muerte.

Lope de Vega, con fecundidad prodigiosa, recorrió todos los géneros de literatura, no siempre con acierto, es verdad, pero asombrando en todos. No obstante, el que mas ocupó su pluma, el que le hizo ser el ídolo de su siglo, el que le ha granjeado eterna fama aun entre las naciones extrangeras, fué el género

dramático, del que en realidad, como dice Gil de Zárate, debe considerársele como creador y padre, así en España como en toda Europa. Con sus comedias creó en nuestra patria una poesía popular, y apartándose de la servil imitacion de los antiguos, adivinó el drama de la edad moderna. Hizo mas; introdujo en la poesía popular el lenguage poético que le faltaba, y con este servicio la sacó del estado de abatimiento en que yacia, la hizo gustar hasta de los eruditos, y fué ocasion de que los buenos ingenios se dedicasen tambien á ella en lo sucesivo y produjesen obras agradables á un tiempo al vulgo y á la gente docta. Este feliz maridage que hizo Lope de la poesía popular con la erudita, ennobleciendo á aquella, vulgarizando á esta, es quizás el mayor servicio que le debe nuestra literatura.

Tan fecundo Lope en la poesía lírica como en el teatro, produjo inmensa cantidad de composiciones sueltas, muchas de ellas de precio muy subido; con todo, pocas son las que no adolecen del defecto á que daba lugar su excesiva facilidad para hacer versos y la precipitacion con que escribia. Es con frecuencia desaliñado, flojo, incorrecto y prosáico; y en general se aviene mejor con los pensamientos tiernos y suaves que con los sublimes y vehementes á que pocas veces se eleva. Su cancion á la vida del campo es una de las mejores; dice así:

¡O libertad preciosa,
No comparada al oro,
Ni al bien mayor de la espaciosa tierra:
Mas rica y mas gozosa
Que el precioso tesoro,
Que el mar del sud entre su nácar cierra,
Con armas, sangre y guerra,
Con las vidas y famas
Conquistado en el mundo;
Paz dulce, amor profundo,
Que el mal apartas y á tu bien nos llamas!
En tí solo se anida
Oro, tesoro, paz, bien, gloria y vida.
. . . .
Cuando la aurora baña
Con helado rocío
De aljófar celestial el monte y prado,
Salgo de mi cabaña,
Riberas deste rio,
A dar el nuevo pasto á mi ganado:
Y cuando el sol dorado
Muestra sus fuerzas graves,
Al sueño el pecho inclino
Debajo un sauce ó pino,
Oyendo el son de las parleras aves,
O ya gozando el aura
Donde el perdido aliento se restaura.
. . . .

La poesía sagrada fué tambien cultivada durante este período, aunque, ya sea por el carácter humilde y la excesiva modestia de sus autores, ya por la incuria de los que las publicaban sin reunirlas en colecciones, ya por el espíritu poco religioso que dominó generalmente en la literatura del último siglo, son

harto escasas las riquezas poéticas que de este género nos quedan, y pocos los poetas religiosos que se han salvado del olvido. Entre ellos brilla en primera línea fray Luis de Leon, quien, por lo que de él antes hemos dicho, conócese haber nacido para esta clase de composiciones. Siempre que pulsa la lira para objetos sagrados, dice Gil de Zárate, un dulce éxtasis le eleva á los campos de la contemplacion y prorumpe en exclamaciones que salen del fondo de su alma, ó bien pinta la mansion celeste describiéndola con expresiones místicas que, unidas á la suavidad de la versificacion, producen un encanto inexplicable, no pareciendo sino que se escucha la dulce armonía de los ángeles (1). San Juan de la Cruz, fray Pedro Malon de Chaide, el P. José de Sigüenza y otros autores profanos como Lope de Vega, Calderon, Jáuregui, Montalvan, Velez de Guevara, Rojas, Francisco Ballester, etc., dedicáronse con mas ó menos ahinco á esta poesía, y á fines del siglo XVI publicóse ya una coleccion de romances místicos con el título de *Avisos para la muerte*, compuestos á competencia por varios ingenios de aquel tiempo y aumentada despues por otros del siguiente. En muchas de sus composiciones se advierten ya resabios del mal gusto que por entonces cundia, y la sutileza mas que la verdadera efusion que ellas respiran, está ya muy distante de las sublimes inspiraciones de Leon y de san Juan de la Cruz.

En este género no podia menos de encontrar ancho campo el alma ardiente y apasionada de santa Teresa; bajo su pluma la poesía religiosa toma los acentos de fogoso arrebato, de encendido amor, de florida armonía que la distinguen en los paises meridionales; y menos sujeta Teresa que otros autores á la imitacion de los libros sagrados, muéstrase mas original, mas tierna, mas risueña. Sus mejores poesías son los versos *al amor de Dios*, y un soneto á *Cristo crucificado*, que dice así:

No me mueve, mi Dios, para quererte
El cielo que me tienes prometido,
Ni me mueve el infierno tan temido
Para dejar por eso de ofenderte.
Tú me mueves, mi Dios; muéveme el verte
Clavado en esa cruz y escarnecido;
Muéveme el ver tu cuerpo tan herido;
Muévenme las angustias de tu muerte.
Mueveme, en fin, tu amor de tal manera,
Que aunque no hubiera cielo, yo te amara,
Y aunque no hubiera infierno, te temiera.
No me tienes que dar porque te quiera:
Porque si cuanto espero no esperara,
Lo mismo que te quiero te quisiera.

El ejemplo de los antiguos y el de los italianos, que á tal punto habian sobresalido en la poesía épica, fué imitado por nuestros ingenios, tan afanados en seguir sus huellas, á cuyo estímulo habia de añadirse la natural propension de los pueblos á dejar consignadas sus hazañas en los grandes poemas que forman siempre el mas bello floron de su literatura. En los siglos que ahora examina-

(1) Gil de Zárate. *Manual de literatura*, 2.ª parte, sec. I, c. XII.

mos nuestros poetas intentaron varias veces la creacion de una epopeya española, pero es fuerza confesar que sus esfuerzos en esta parte no fueron felices. Desde el antiguo Lucano, español tambien, la manía de poetizar la realidad histórica é inmediata no ha abandonado á nuestros épicos, y aun cuando en ello se manifestaron fecundos como en todo, sus obras se hallan muy lejos de la bondad y mérito que distingue á las de otras naciones. Esto no obstante, algunas de ellas contienen muchos elementos poéticos, y ocupa entre todas el primer lugar la *Araucana*, obra de don Alfonso de Ercilla y Zúñiga. Nacido este en Madrid en 1533, crióse en palacio sirviendo de page á Carlos I con quien recorrió los principales paises de Europa. Hallábase en Lóndres cuando se tuvo noticia del alzamiento del valle de Arauco, en Chile, y ansioso de gloria, corrió á tomar parte en la penosa lucha que se emprendió para sujetarlo. Distinguióse en ella, y no contento con el laurel de guerrero, quiso añadir el de poeta siendo el cantor de las hazañas que veia ejecutar, y escribiendo por la noche en cortezas de árbol lo que durante el dia pasaba. Vuelto á España publicó la primera parte de su poema en 1569; la segunda nueve años despues y la tercera en 1589. Ercilla desempeñó varias importantes comisiones por encargo de Felipe II, y murió en los últimos años de aquel siglo estando en la servidumbre del emperador Rodolfo II.

No fué intencion de Ercilla escribir un poema á la manera de Homero y Virgilio, sino una historia de los hechos que presenciaba, amenizada con las galas de la poesía. Por esto mas que poema es su obra una especie de crónica en octavas, á la que no hay que pedir el plan ni las condiciones de la epopeya; pero aun así, describió el autor con tal fuego las batallas, puso tan elocuentes y vigorosos discursos en boca de los personages, y tiene tantas bellezas en medio de los defectos de versificacion, que la *Araucana* si no puede ser leida por muchos con interés y gusto en su totalidad, presenta en casi todas sus páginas largos trozos que entretienen y embelesan. Véanse sino las siguientes octavas entresacadas de la descripcion de un combate:

Los caballos en esto apercibiendo,
Firmes y recogidos en las sillas,
Sueltan las riendas, y los piés batiendo
Parten contra las bárbaras cuadrillas:
Las poderosas lanzas requiriendo,
Afiladas en sangre las cuchillas,
Llamando en alta voz al Dios del cielo
Hacen gemir y retemblar el suelo.

Como si fueran á morir desnudos,
Las rabiosas espadas así cortan;
Con tanta fuerza bajan golpes crudos
Que poco fuertes armas les importan:
Lo que sufrir no pueden los escudos
Los insensibles cuerpos lo comportan,
En furor encendidos de tal suerte
Que no sienten los golpes ni aun la muerte.

Antes de rabia y cólera abrasados,
Con poderosos golpes los martillan,
Y de muchos con fuerza redoblados
Los cargados caballos arrodillan:
Abollan los arneses relevados,

Abren, desclavan, rompen, deshebillan,
Ruedan las rotas piezas y celadas
Y el aire atruena al son de las espadas.
Cual el celoso jabalí herido,
Al cenagoso estrecho retirado,
De animosos sabuesos perseguido
Y de diestros monteros rodeado,
Ronca, bufa y rebufa embravecido,
Vuelve y revuelve de uno y otro lado,
Rompe, encuentra, atropella, y hiere y mata
Y los espesos tiros desbarata;
Así etc.

Bernardo de Balbuena, con muchas mas dotes poéticas que Ercilla, dió á luz *El Bernardo*, obra de su primera juventud, en la que canta la rota de Roncesvalles. Este poema, desigual, incorrecto y desarreglado, está plagado de monstruosos defectos mezclados con incomparables bellezas, segun en otra parte hemos insinuado, y con Quintana ha de decirse que si Balbuena es seguramente el poeta castellano que da mas pié para la reprobacion, ninguno tampoco ofrece quizás tantas ocasiones de alabar y de admirar. Lope de Vega escribió tambien en el género épico, y en él como en todo, asombra su fecundidad, pero ha de deplorarse el abuso que de ella hacia y la precipitacion de trabajo que le impidió siempre producir una obra perfecta. Y esto no solamente en la *Circe*, la *Andrómeda* y la *Filomena*, asuntos tomados de la fábula, en el *Isidro* ó vida del santo de este nombre, en la *Dragontea*, dirigida á pintar las crueldades del inglés Drake en América, en la *Corona trágica*, en que describe el fin sangriento de María Stuart, y en *La hermosura de Angélica;* sino tambien en la *Jerusalen conquistada*, que es el poema épico en que puso Lope mayor esmero y en que pensaba dejar el mas bello floron de su corona poética, lo cual quizás probaria que aquel gran talento no se hallaba dotado de verdadero genio épico.

Mejor juicio ha de formarse de la *Cristiada* del padre Diego de Ojeda á juzgar por los fragmentos que de ella conocemos y que hacen á su autor precursor digno de Klopstok. Otros muchos poemas existen en la literatura de los siglos XVI y XVII, pero seria largo y molesto enumerarlos todos. Los mas notables, además de los dichos, son el *Monserrate* del capitan Cristóbal de Virués; la *Bética conquistada* de Juan de la Cueva; la *Invencion de la Cruz* de Francisco Lopez de Zárate; las *Lágrimas de Angélica* de Luis de Barahona de Soto; la *Austriada* de Juan Rufo; *Nápoles recuperada* del príncipe de Esquilache; las *Navas de Tolosa* de Cristóbal de Mesa; *Raquel* de don Luis Ulloa y Pereira, etc. Mas felices los autores españoles en los poemas ligeros y festivos, Lope de Vega ó el bachiller Tomé de Burguillos (pues cuestion es esta no resuelta todavía) nos dió la *Gatomaquia*, una de las joyas de nuestra literatura que, aúnque reducida á los amores, celos y guerras de dos gatos, admira por lo ingenioso de la invencion, por lo bien concertado del plan, por la originalidad del desempeño y por las bellezas de versificacion y estilo. La *Mosquea* de don José de Villavicencio, inquisidor apostólico, publicada á mediados del siglo XVI, canta la guerra entre las moscas y las hormigas, y da muestra de las grandes facultades poéticas con que la naturaleza habia dotado á su autor, quien al parecer la compuso en sus juveniles años con

otras poesías amorosas. Este poema es quizás de todos los nuestros el que ofrece un plan mas arreglado y tal, que con cortas variaciones pudiera servir para una obra séria. En la pintura de caracteres hay ingenio, variedad y acierto; las descripciones son bellas, las batallas tienen calor y movimiento; el estilo es generalmente puro y correcto y la versificacion valiente, sonora y rotunda.

El primer poema didáctico que encontramos ya á fines del siglo XVI es el *Ejemplar poético* de Juan de la Cueva, obra que no carece de mérito, sobre todo por el tiempo en que fué escrita, pues no habia en Europa obra original semejante (1). Sus defectos principales son la falta de método, lo incompleto de la obra y la poca exactitud de las reglas; pero aunque esto la haga inútil para el cumplimiento de su objeto, no deja de ofrecer algunos buenos pasages notables por el fondo y el estilo. Del mismo autor poseemos otro poema acerca *De los inventores de las cosas*, tambien didáctico, pero apenas merece citarse por lo desconcertado del plan y la flojedad del estilo. El *Arte nuevo de hacer comedias* de Lope de Vega, mas bien que poética se puede llamar apología del sistema dramático que introdujo ó acreditó con sus numerosas producciones, si bien no deja de contener buenos consejos, entre otras cosas, sobre la unidad de accion, sobre la pintura de los caractéres y la propiedad de los trages. El único que habria podido llamarse verdadero poema didáctico á haberse concluido ó si tuviéramos de él mas que preciosos fragmentos, es el *Poema de la pintura* del cordobés Pablo de Céspedes, nacido en 1536. A su gran reputacion como pintor, escultor y anticuario, unió la de poeta insigne, y mayor fuera esta todavía á haber terminado y limado la obra antes mencionada, pues los pasages que de ella conocemos son notabilísimos, así por los conceptos como por el colorido y la armonía.

Dos elementos distintos campeaban en la poesía castellana: el clásico-italiano y el de los antiguos trovadores considerado como nacional; y antes de hablar del movimiento que aquella experimentó importa conocerlos y saber su respectiva influencia. Las siguientes reflexiones del crítico Milá ponen muy en claro aquella situacion. «Cuando entrado el siglo XVI, dice, se introdujo un nuevo gusto, la escuela de los trovadores, que habia ido perdiendo de vista los modelos extrangeros, conservó algunos secuaces que la consideraban, no sin motivo, como nacional, al paso que sus géneros mas vivaces fueron cultivados y perfeccionados por poetas de la nueva escuela y, por decirlo así, al abrigo de la poesía advenediza. Esta nueva escuela, la clásico-italiana, que al parecer debió dar el golpe de gracia á todo resabio poético de la Edad Media, conservaba prácticas trovadorescas, especialmente en la forma y marcha de la cancion. Hasta el mismo endecasílabo (casualmente introducido por un poeta barcelonés), aunque modificado, era trovadoresco en su orígen. Y por otra parte, si algunos pocos dejaron la senda trillada, si un Herrera manejó el cinor de los Hebreos, si un Luis de Leon se remontó á las mas altas esferas de la poesía contemplativa, la mayor parte de los poetas, aunque engalanados con algunos recamos clásicos, siguieron formando el antiguo coro de poesía cortesana. A últimos del siglo XVII nuestros ingenios,

---

(1) Otras artes poéticas, pero en prosa, se habian publicado antes en España por don Enrique de Aragon, Santillana, Juan de la Encina, Torres Naharro, Fernan Perez de Oliva y otros.

sin desechar los primores de la escuela italiana, sacudieron el yugo de la imitacion para hacerse nacionales y culteranos: tendencias bien distintas, pero que en aquella época no dejaban de tener puntos de contacto. Renació entonces la antigua galantería caballeresca limitada y depurada, y la sutileza trovadoresca fué convertida en discrecion amena é ingeniosa, no sin puntas de metafísica. Los problemas eróticos eran objeto de discusion dialéctica en el diálogo dramático y aun á veces constituian el título y la tésis del drama. Uno, y no en verdad el menos bello ni característico (*El desden con el desden*), en el lugar de accion, en los personages y en el colorido general, es un vivísimo aunque alterado reflejo de las antiguas cortes occitánicas (1).»

La revolucion obrada en nuestra poesía en el siglo XVII de que se habla en las anteriores líneas, fué preparada sin duda por el carácter nuevo que á la poesía y al lenguage en general se habia dado desde las innovaciones de Herrera. No entraremos aquí en la disputa de quienes fuesen los primeros corruptores del estilo poético castellano; tiempo hacia que empezara á pervertirse la natural y grave expresion, que se jugaba con los vocablos, que se buscaban con esmero las contraposiciones, que se preferian los pensamientos delgados, para que el lector entendiese lo que el autor no le decia. A no haber estado de antemano preparados y mal acostumbrados los entendimientos, ¿cómo podia un particular autor trastornar de repente el gusto y la opinion general? Pareciendo ya frio y rastrero el lenguage poético de Herrera, quísose alambicar mas el pensamiento, dar tormento á la frase para que adquiriese giros violentos, usar de imágenes mas atrevidas, de metáforas extrañas, brillar, en fin, por lo maravilloso y sorprendente, llegando una composicion poética á ser una especie de enigma que no adivinaba el mas sutil ingenio. *Culteranismo* se llamó al sistema de la nueva secta, cuando don Luis de Góngora y Argote, dotado por la naturaleza con las cualidades poéticas mas relevantes, erigióse en jefe de la moderna escuela, y *Gongorismo* se llama todavía entre nosotros al estilo conceptuoso, altisonante y embrollado. Con un deseo ardiente de innovar, Góngora no conoció que lo que convenia era aplicar los bellos instrumentos que le ofrecian el lenguage ya formado y la versificacion llegada á su mayor altura, á asuntos nuevos, capaces de escitar las simpatías de la nacion y el entusiasmo que ya estaban produciendo las composiciones teatrales y los romances populares; lejos de esto, fuera de algunos romances y letrillas, siguió el camino de sus antecesores cantando el campo, la naturaleza y sus estaciones, y pretendió cambiar, no la esencia, sino la forma de la poesía. Aprovechando las tendencias que ya en el estilo se revelaban, formó con difícil estudio un lenguage oscuro ridículamente desfigurado y extraño de todo punto á la manera habitual de hablar y de escribir; se esforzó en introducir las transposiciones mas atrevidas del griego y del latin al español en que nunca se habian permitido; inventó una puntuacion suya para ayudar á entender el sentido de sus versos; buscó las palabras menos usadas y alteró el sentido de las mas conocidas para dar á su estilo nueva dignidad, al propio tiempo que se afanó por adquirir conocimientos mitológicos á fin de adornar su singular lenguage. Su originalidad tuvo desde un principio muchísimos secuaces, y el culteranis-

(1) Milá, *De los Trovadores en España*, p. 524.

nismo, el gongorismo comenzó á dominar en nuestros escritos poéticos.

Góngora, que á haber venido al mundo algunos años antes fuera quizás el primero de nuestros poetas, nació en Córdoba en 1561 de una familia distinguida; el apellido de su padre era Argote, pero él antepuso el de su madre, acaso por mas sonoro, siguiendo una costumbre bastante comun en aquellos tiempos. Su aficion á la poesía distrájole de sus estudios, que hacia en la universidad de Salamanca, y le impidió tal vez colocarse luego con ventaja. Fué poco afortunado y vivió pobre, lo cual contribuyó sin duda á comunicar á su ingenio cierta causticidad. La fama que adquirió le sirvió poco para mejorar su suerte, hasta que habiendo abrazado el estado eclesiástico á la edad de cuarenta y cinco años, obtuvo una racion en la catedral de Córdoba, y por fin el duque de Lerma le hizo nombrar capellan de honor; mas duróle poco este empleo, pues su edad y sus achaques le condujeron al sepulcro en 1627.

Este poeta, que llevó la hinchazon y extravagancia hasta el delirio, tiene sin embargo composiciones de una sencillez que embelesa, sobre todo en romances y letrillas. Las *Soledades* y *Polifemo* son las obras en que hizo mas alarde del nuevo estilo culterano, que descansaba sobre el triple abuso del neologismo, de las inversiones y de las metáforas. Las *Soledades* empiezan con los siguientes versos:

Era del año la estacion florida
En que el mentido robador de Europa,
(Media luna las armas de su frente,
Y el sol todos los rayos de su pelo)
Luciente honor del cielo,
En campos de zafiro pace estrellas;
Cuando el que ministrar podia la copa
A Júpiter, mejor que el garzon de Ida,
Naufragó, y desdeñado sobre ausente,
Lagrimosas de amor dulces querellas
Da al mar, que condolido,
Fué á las ondas, que al viento
El mísero gemido
Segundo de Arion, dulce instrumento.

En todo este pasage no hay mas que el primer verso que se entienda y él era bastante para decir que se estaba en la primavera.

Baltasar Gracian, de la Compañía de Jesus, nacido en Calatayud en los últimos años del siglo XVI y fallecido en 1658, fué el autor que llevó mas adelante el delirio de la imitacion de Góngora y que trató de reducir á reglas el mal gusto. Este fué el objeto de la *Agudeza y arte de ingenio*, obra en prosa en que clasificó en géneros, especies y diferencias el estilo recientemente acreditado. «Hase de procurar, dice, que las proposiciones hermoseen el estilo, los reparos lo aviven, los misterios le hagan preñado, las ponderaciones profundo, los encarecimientos salido, las alusiones disimulado, los empeños picante, las transmutaciones sutil, las ironías le den sal, las crísis hiel, las paranomasias donaire, las sentencias gravedad, las semejanzas lo fecunden y las paridades lo realcen.» En vista de esta doctrina puede colegirse lo que serian los escritos del maestro que tales preceptos daba; y en efecto, imposible es llevar el delirio mas allá de lo que le sucede á Gracian, entre algunas bellezas notables, en el *Héroe*, en el *Oráculo*, en

el *Manual y arte de prudencia*, en el *Criticon*, en *El Político don Fernando*, obras escritas en prosa, y en todas sus poesías, donde cada frase es un enigma que hace sudar al lector. La introduccion de su poema las *Selvas del año* da cabal idea de la ridícula extravagancia á que llegó el mal gusto; dícese en ella hablando del estío:

Despues que en el celeste anfiteatro
El ginete del dia
Sobre Flegonte toreó valiente
Al luminoso toro,
Vibrando por rejones rayos de oro;
Aplaudiendo sus suertes
El hermoso espectáculo de estrellas,
Turba de damas bellas,
Que á gozar de su talle alegre mora
Encima los balcones de la aurora:
Despues que en singular metamórfosi
Con talones de pluma,
Y con cresta de fuego,
A la gran multitud de astros lucientes,
Gallinas de los campos celestiales,
Presidió gallo el boquirubio Febo,
Entre los pollos del tindario huevo, etc.

El brillante conde de Villamediana interesó á la corte en el triunfo del gongorismo, y en vano intentaron atajar sus progresos ingenios como Lope, Rioja y Jáuregui, descargando algunos sobre él los terribles golpes de la crítica y las saetas de la sátira. Lope, enemigo declarado en un principio de lo que él llamaba la *gerga cultidiablesca*, escribió contra ella aquel famoso soneto que concluye:

¿Entiendes, Fabio, lo que voy diciendo?
—¡Y cómo si lo entiendo!—Mientes, Fabio,
Que soy yo quien lo digo y no lo entiendo.

Jáuregui publicó con el mismo objeto su *Discurso poético contra el hablar culto y oscuro;* pero al fin dejáronse ellos mismos llevar de la corriente, y cayeron las últimas barreras que habian contenido la corrupcion general.

Quevedo y Melo fueron otros de los poetas que á ella intentaron oponerse. Conocido generalmente el primero mas bien por sus obras festivas que por las sérias, se suele tener de él una idea muy equivocada. Creen algunos que fué solo un bufon, sin mas trato que el de truhanes y gente de mala vida; pero en realidad ha de considerársele como uno de los caballeros mas cumplidos de su época, de noble sangre, de prendas muy apreciables, estimado de sus contemporáneos, en relacion con los mas ilustres personages, empleado en negocios políticos de alta importancia, y á pesar de todo, infatigable en el estudio. De él dice Gil de Zárate: «Ningun autor como Quevedo ha reunido en tan alto grado la capacidad, el talento, la erudicion y la fuerza de carácter; ninguno merece ser tan estudiado, y ninguno, sin embargo, conviene menos poner en manos de la juventud. Si se atiende á la variedad de conocimientos, á la profundidad de ideas, á la gracia en el decir y al diestro uso de la lengua, se le debe colocar en primera línea; pero si se tiene en cuenta el buen gusto, la fluidez de lenguage, la armonía de la versificacion, la buena trabazon del discurso, la moralidad y la decen-

cia, habrá que posponerle á todos los escritores hasta aquí citados y aun á otros muchos que no lo han sido todavía. Mirado bajo el primer aspecto sacarán provecho de sus obras cuantos las lean, teniendo el juicio y el buen gusto ya formados para saber distinguir y entresacar el oro que encierran: considerado bajo el segundo, será siempre un modelo peligroso para los principiantes, dispuestos á contagiarse con los resabios de mal gusto y las agudezas extravagantes, aunque ingeniosas, que á cada paso deslucen sus escritos (1).»

Don Francisco de Quevedo y Villegas nació en Madrid en 1580, y se educó al lado de sus padres, empleados como secretario y camarista de la reina Ana de Austria. Versado en las lenguas latina y griega, humanista consumado, á los quince años se graduó en teología en la universidad de Alcalá y á los veinte y tres, diestro en el manejo del hebreo y del italiano, iniciado en el árabe, llamaba la atencion de los literatos mas eminentes. Además del ejercicio de las lenguas sabias, del cultivo ameno de la poesía para la que tenia nativa vena, y de la alta ciencia teológica, abrazó su insaciable ansia de saber otras varias facultades, como la jurisprudencia civil y canónica, las matemáticas, la astronomía, la medicina, la filosofía natural y con especial aprovechamiento la moral, que es, segun Campmany, la verdadera ciencia del hombre. Sobresalió tambien en los ejercicios del cuerpo y particularmente en el manejo de las armas, á pesar de la deformidad de sus piés, pero su destreza fué ocasion de su primera desgracia. Por defender á una dama tuvo un lance en el que dejó mal herido á su adversario, y entonces se fugó á Sicilia, donde el virey, duque de Osuna, le tomó por secretario, llevándole luego á Nápoles y empleándole en árduas comisiones en todos los estados de Italia. Su saber y talento, su rigidez, su integridad acarreáronle muchos enemigos, que le envolvieron en la desgracia de su protector el duque de Osuna. Tres años estuvo preso en la Torre de Juan Abad, y obtenida su libertad y alzado el destierro que despues se le impuso, volvió á la corte, donde vivió con harta escasez por haberse deteriorado gran parte de su hacienda en aquellos contratiempos y perdida la pension de que gozaba.

En esta tranquila situacion continuó sus ocios literarios dando al público varios escritos con general aplauso de los cortesanos. En vano se quiso arrancarle otra vez de su medianía con la oferta de honoríficos empleos; desengañado él de la inquietud palaciega, retiróse á la Torre de Juan Abad, de la que era señor, y allí continuó su sencilla vida entre la lectura de los libros y la contemplacion de la naturaleza. En 1641 su desgracia ó la malicia de sus émulos le suscitó nueva persecucion por habérsele atribuido una sangrienta sátira contra el conde-duque de Olivares; preso en el convento real de San Marcos de Leon con embargo de sus libros, papeles y hacienda, hubo de sufrir grandes padecimientos y miseria hasta la caida del ministro. Volviósele entonces á la libertad, y despues de pasar el resto de su vida pobre y achacoso, falleció en Villanueva de los Infantes en 1645.

Las principales obras en prosa de Quevedo son: ascéticas, la *Vida de San Pablo*, la *Política de Dios y gobierno de Cristo*, los *Tratados de la providencia de Dios;* morales y políticas, la *Virtud militante*, la *Fortuna con seso*, el *Epicteto*

(1) Gil de Zárate, *Manual de literatura*, 2.ª parte, secc. I, c. X.

español, el *Fosílides*, la *Vida de Marco Bruto;* alegóricas, el *Sueño de las calaveras*, las *Zahurdas de Pluton;* festivas y satíricas, *El Alguacil alguacilado*, *El Entremetido y la dueña*, la *Visita de los Chistes*, las *Cartas del caballero de la Tenaza*, el *Libro de todas las cosas y otras muchas mas*, la *Culta latini-parla;* novelas: la *Vida del gran Tacaño*, etc. Las poesías no forman sino una parte pequeña de las obras que salieron de su fecunda pluma y no debieron ser sino juegos y desahogos de otras ocupaciones mas graves é importantes. De la lectura de todas se desprende que la profundidad de su juicio, su conocimiento del corazon humano, su espíritu de observacion no pudieron hacerle superior á su época, y aunque en ellas , entre profundísimos pensamientos , se ven gracias de estilo y donaires de lenguage que todavía encantan, aunque al principio combatió contra las sectas que estragaban el gusto, despues tomó un colorido de cada una de ellas y contribuyó á propagarlas cuanto mayor era el mérito de sus obras. Nadie ha dado mas tormento que Quevedo á las palabras para aplicarlas á equívocos y retruécanos con frecuencia graciosos, pero prodigados con demasiada profusion; nadie ha buscado analogías mas remotas entre los objetos para presentar comparaciones extrañas; nadie ha alambicado tanto el pensamiento hasta el extremo de hacerse de todo punto ininteligible. En sus obras sérias camina el lector por un empedrado de textos de erudicion sacro-profana, de argumentaciones escolásticas y reflexiones juiciosas y verdaderas, pero triviales. En los asuntos burlescos, en las sátiras morales bajo del velo de sueños y fábulas, es donde se hallan las agudezas, las alusiones festivas, las metáforas mas felices, las imágenes mas vivas que han quedado como proverbios y dechado de la frase familiar é idiotismos naturales de nuestra lengua. Quevedo fué un genio, diremos con Gil de Zárate, pero un genio pervertido por el mal gusto.

Otro escritor intentó oponerse á la invasion que este realizaba, y fué don Francisco Manuel de Melo, nacido en Lisboa en 1611. Autor, por encargo de Felipe IV, de la historia del alzamiento de Cataluña en 1640 y de otras muchas obras sobre todos asuntos y en diversas lenguas, versificó fácil y corrientemente en castellano, y sus versos son casi los últimos que pueden leerse.

En los postreros años del siglo XVII, rota enteramente la valla, los poetas, y cuenta que reinaba general comezon de metrificar en todos los géneros, se abandonaron á todos los extravíos de una imaginacion delirante; los *cultos* comentaban á Góngora como en Italia se comentaba al Dante; los *conceptistas* alambicaban las formas de la elegancia y las flores del buen decir, y los *sentenciosos*, yendo á caza de pensamientos sorprendentes, peregrinos y recónditos, afectaban un tono sostenido y magistral de máximas filosóficas. Una poesía tan contraria al buen sentido, tan antipática al genio de España, grave y sesudo, no podia tener largo porvenir y pereció en efecto abrumada bajo el peso de sus falsas riquezas: la musa castellana, tan noble y arrogante en el siglo XVI, tan parlera y disparatada á últimos del XVII, quedó casi sin voz á la caida de la dinastía austriaca para que nada quedase en pié de la gran monarquía de Carlos I.

El culteranismo de la poesía invadió por fin la prosa: al estilo hiperbólico siguió tambien en ella el de los énfasis y de los conceptos; y este fué un contagio tan universal en aquel tiempo, que despues que los escritores habian corrompido el gusto del público, la indulgencia, ó por mejor decir los aplausos de este pú-

blico corrompian á los mismos escritores. Contínuas comparaciones sacadas del oriente y del ocaso, de los astros, de los arroyos, de las tempestades, de las bestias feroces; infinitos símiles y alusiones falsamente aplicadas por ser hijas de errores sobre la física y otras ciencias naturales, y por fin, enojosas amplificaciones y estudiadas antítesis llegaron á constituir toda la elocuencia española. Y lo mas extraño es que esta se pervirtió mas pronto en donde ménos debiera esperarse, esto es en el púlpito: los predicadores empezaron por dar el ejemplo de las mas ridículas extravagancias, dejaron la sustancial ponderacion del sagrado texto, y dieron en alegorías frias, metáforas cansadas, haciendo soles y águilas los santos, mares las virtudes y teniendo toda una hora ocupado al auditorio pensando en una ave ó en una flor. Como si no hubiera san Pablo se citaba á Séneca, y la vanidad de lucir en unos, la de sobrepujarse en otros, habia enardecido la imaginacion, y por un efecto necesario remontóse fuera de los términos del discurso natural y ordinario. «El escolasticismo, dice Campmany, descendió del púlpito á todos los demás asuntos, ya políticos, ya morales, ya historiales, en fin, á toda la literatura, haciéndose, del modo que en el poético, una general revolucion en el estilo prosáico. La afectada concision por imitar á Séneca y á Tácito, autores favoritos de aquella época, robó la fluidez y redondez de la antigua frase castellana. Por ostentarse sentenciosos como aquellos dos ingenios romanos, vinieron unos en pos de otros á perderse en un laberinto de conceptos clausulados, de suerte que la aridez del período y la sutileza del pensamiento hacian el oficio de la solidez, gravedad y hermosura del discurso. Conocieron la ceguedad y monotonía de este estilo truncado: quisieron adornarle con misteriosos símbolos y metáforas poéticas, y le empeoraron. Para este nuevo lujo apuraron cuanto encierra en sí la naturaleza bruta y la animada, sacando, como de fecundísimo mineral, seres y fenómenos para símiles, emblemas y comparaciones. Desde entonces esmaltáronse los pensamientos con cuanto el sol dora y el mar baña; plantas, luceros, iris, astros, rayos, nortes, horizontes, auroras, auras, céfiros, cisnes, perlas, fénices, laureles, florestas, vergeles, piélagos, maravillas, mongibelos, etc.: todo en atropellada obediencia venia á ponerse bajo la pluma de los autores. No se nombraban penas sin *golfo*, trabajos sin *mar*, zelos ó amor sin *etna*, doctrinas sin *antorcha*, caridad sin *pelícano*, constancia sin *diamante*, amistad sin *crisol*, fama sin *clarin*, esperanza sin *norte*, voluntad sin *iman*, fortuna sin *zenit*, prosperidad sin *ocaso*, etc. Cargándose de flores, resplandores y matices, se hicieron poetas todos los escritores sin sentirlo, quiero decir, tomaron el fantástico lenguage de los versificadores de aquella edad por pauta del estilo noble y elevado. Todos pintaban, pocos meditaban, y la facundia se confundió con la verbosidad, la elegancia con la cadencia, la armonía con el estrépito, las sentencias con los enigmas, el ingenio con la sutileza, la gracia con el equivoquillo, y en fin, las cosas con las palabras (1).»

Dechados de este estilo fueron los PP. Hortensio Palavicino, Avellaneda, Antonio Vieyra y Francisco Javier de Fresneda, y el desórden, así en prosa como en verso, habia llegado al mas alto punto en el reinado de Carlos II, durante el cual, entre tanto como se escribia, apenas se encuentra un autor digno de ser lei-

---

(1) Campmany, *Teatro histórico crítico de la elocuencia española*, t. V, p. 5.

do, á no ser Zabaleta en sus cuadros de costumbres, y sobre todo Antonio de Solis, que á pesar del mal ejemplo de sus contemporáneos y de los resabios que con él contrajo, honró con su elegante pluma los postreros años del siglo XVII. Nació Solis en Alcalá de Henares en 1610; desde jóven dió muestras de su sobresaliente ingenio, y á la edad de diez y siete años habia compuesto una comedia titulada *Amor y obligacion.* Sus padres le enviaron á Salamanca á estudiar teología en cuya carrera no hizo grandes progresos, absorto su ánimo en el cultivo de la poesía. No obstante, concluyó felizmente sus estudios, y á ellos añadió el de ambos derechos y el de otras ciencias, procurando sobre todo en el trato del mundo adquirir aquel caudal de conocimientos prácticos que tanto sirven al historiador y al estadista. Acogido bajo la proteccion del conde de Oropesa, acompañó á este magnate en calidad de secretario á los vireinatos de Navarra y de Valencia, y de tal suerte se hubo de portar en el desempeño de este destino, que Felipe IV le llamó á ocupar una de las primeras plazas en la secretaria de Estado y le honró con el título de su secretario. Muerto este monarca, la reina doña Mariana le confirmó este título y le confirió el empleo de cronista mayor de Indias, feliz nombramiento que sin duda fué la ocasion de que Solis pensase en escribir su *Historia de la conquista de Méjico.* Contento con las mercedes que habia recibido de la corte, vivió sosegado y tranquilo, sin mas inquietud que la que le causaban los deseos de cumplir las obligaciones de su nuevo oficio. Para satisfacer esta deuda y vivir en paz consigo y con el mundo, abrazó la vida eclesiástica á los cincuenta y siete años de su edad, y desde aquel punto renunció al dulce encanto de la poesía como un sacrificio á Dios. En aquel retiro y pacífico estado acabó la carrera de su vida en Madrid en 1686. Las obras poéticas de Solis son una coleccion de comedias y otra de poesías varias, sagradas y profanas, en las que lucha la elegancia con la afectacion, y la discrecion con las agudezas y juegos de vocablos al uso y gusto de su tiempo. Entre sus obras prosáicas ocupa el primer lugar la *Historia de la conquista, poblacion y progresos de la América septentrional, conocida por el nombre de Nueva España,* publicada por primera vez en Madrid en 1685 y traducida luego al francés, al inglés y al italiano. El libro de Solis, si en todos tiempos hubiera labrado la reputacion de su autor por las brillantes prendas que en él sobresalen, es un prodigio considerado como producto del reinado de Carlos II. Hay ciertamente resabios de mal gusto en la obra que examinamos; no era posible que su autor dejase de incurrir en aquellos delirios tan preconizados entonces; el oropel se mezcla muy á menudo al oro puro de esta historia; pero nadie que no sea sordo á los halagos de la lengua castellana dejará de apreciar entre cierta afectacion aquella narracion tan animada, aquellos cuadros tan vivos, aquellas bellas arengas, aquel lenguage culto, esmerado y sonoro. En Solis podemos decir que espiró la pureza del estilo y propiedad de la diccion castellana; con él se cierra la série de nuestros escritores en aquellos dos siglos tan gloriosos para la literatura española.

Las comedias de Torres Naharro presentaban ya al teatro español desde su primer paso á una altura tal, que de seguir del mismo modo hubiera llegado en breve á su mayor perfeccion; pero lejos de progresar, mas de treinta años despues de la publicacion de aquellas comedias encontramos todavía nuestra escena en el estado de la infancia, muy atrás de lo que la dejó aquel insigne escritor. Y no es

extraño si se atiende á que sus comedias fueron representadas y dadas á luz en Italia, y á que si bien introducidas en España, el imperfecto estado del arte cómico, la falta total de trages y decoraciones, y sobre todo los recelos con que fueron miradas por la Inquisicion todo fué causa de que no llegasen á representarse y de que por último fueran prohibidas en 1545. Habia coincidido su aparicion con los principios del gran reinado de Carlos I, y aunque entonces empezó la lengua española á adquirir la perfeccion que hemos visto y se verificó en la poesía la revolucion explicada, esta literatura, puramente erudita, ninguna relacion tenia con el teatro en el que nadie pensaba, pues como antes eran las justas, toros, cañas y torneos las diversiones favoritas de la época. Los literatos se dedicaban á estudiar los modelos italianos y latinos, pero no abrigaban siquiera idea de un teatro nacional, dejando esta clase de diversion al pueblo bajo, que la disfrutaba en las calles ó en humildes corrales. En 1548 pidieron las cortes al emperador que prohibiera la representacion ó impresion de todas las farsas obscenas é indecentes; pero á pesar del poco cariño que así el clero como la gente ilustrada tenia á las representaciones por los desmanes que en ellas se cometian, no parece que se prohibieran del todo los espectáculos escénicos, á no ser por motivo de algun duelo ó cuando sucedian grandes calamidades.

La falta de una corte fija hacia que esta no pudiese influir en la mejora de la escena ni en los progresos de la literatura dramática; y solo en el reinado de Felipe II, en que la corte quedó de asiento en Madrid, tuvo esta villa teatros, construyéndose los de la Cruz y del Príncipe por los años de 1580, cuando ya existian los de Barcelona, Valencia y Sevilla. Las compañías cómicas eran todas ambulantes, y cuando llegaban á un pueblo se establecian donde y como podian, siendo los espectadores poco escrupulosos en esto con tal que les procurasen un rato de solaz.

Despreciada la escena española por los buenos ingenios que entonces florecian, abandonada de las clases altas, únicas que pudieran darle elevacion y decoro, mirada con recelo por el clero y el gobierno, no es de extrañar que anduviese tan decaida y adquiriese los vicios de la plebe á que estaba exclusivamente entregada. El vulgo, que no podia apreciar las bellezas puramente literarias, buscaba un solaz acomodado á sus ideas y á su gusto. y por lo tanto solo le agradaban tres cosas: acciones novelescas en que se reprodujesen las aventuras é ideas de los libros de caballería; fábulas ingeniosas que le entretuviesen con enredos y lances imprevistos, ó farsas que excitasen su risa con bufonadas groseras y hasta con acciones y dichos indecentes.

De aquella época existen varias comedias, autos y farsas de escritores conocidos ó anónimos, y entre los primeros, de Cristóbal de Castillejo, el enemigo de la innovacion de Boscan, de Pedro de Altamira, de Esteban Martinez, de Jaime de Huete, de Feliciano de Silva, de Gil Vicente, célebre representante y poeta portugués, y de otros, precursores todos de aquel á quien debe apellidarse el verdadero padre del teatro español, del sevillano Lope de Rueda. Nació este á principios del siglo XVI y ejerció primero el oficio de batidor de oro, pero llevado de su aficion á representar, abandonó aquel modo de vivir y se hizo cómico y autor de comedias: formó una compañía, de la cual era el alma, y con ella recorrió las principales poblaciones de España, recogiendo en todas numerosos aplausos.

Cervantes y Antonio Perez, que le vieron representar, hacen de él grandes elogios. Floreció desde el año 1544, en que se dió á conocer, hasta el de 1567, en que probablemente falleceria. Su muerte ocurrió en Córdoba, y una prueba del aprecio en que se le tuvo aun por las clases menos afectas á su profesion, es que el cabildo de aquella catedral mandó sepultarle entre los dos coros. Lope de Rueda, que trasladó á la escena la prosa familiar que estudiara en la Celestina, compuso farsas ó entremeses muy animados y chistosos y algunas piezas de mas extension, pero únicamente se conservan de él cuatro comedias, siete pasos, todo en prosa, dos coloquios tambien en prosa y otro en verso, merced á Juan Timoneda, muy su amigo, que las recogió é imprimió en Valencia en 1567.

Las obras de Lope de Rueda son de tres clases: coloquios entre pastores á manera de las églogas de Juan de la Encina; escenas cortas que él llamaba *pasos*, entre pages, rufianes y matones, que Lope representaba con suma perfeccion, y verdaderas comedias, en que con mas ó menos acierto se desenvolvia un argumento á veces complicado. Imitador en ellas de Torres Naharro, muéstrase mas casto y urbano que este, aunque no siempre es tan limpio como la moral y el decoro exigen. Tal vez es obsceno y grosero, dice don Alberto de Lista, no solo en las expresiones, sino tambien en el pensamiento, defectos de que poco á poco se fué purgando nuestro teatro, aunque nunca llegó á estarlo completamente hasta el último tercio del siglo XVIII. Excelente poeta y escritor en prosa, manifestóse muy hábil en la pintura de caracteres, y fué un padre de la lengua por la pureza y correccion sostenida de su frase.

Lope habia debido mejorar la parte material del teatro, puesto que una de sus producciones es comedia de mágia, y aun mas se adelantó en esta parte despues de acaecida su muerte. La prohibicion del concilio de Trento del regocijo de los Inocentes, previniendo que no se interrumpiesen los oficios sagrados con ningun género de diversion, dió nuevo impulso á los teatros públicos. Un cómico llamado Navarro, natural de Toledo, sucedió á Lope de Rueda, y segun nos dice Cervantes, levantó algun tanto mas el adorno de las comedias y mudó el costal de vestidos en cofres y baules. Sacó la música, que antes cantaba detrás de la manta, al teatro público; quitó las barbas de los farsantes, que hasta entonces ninguno representaba sin barba postiza, é inventó tramoyas, nubes, truenos, relámpagos, desafíos y batallas.

Con esto iba creciendo la aficion del pueblo á los espectáculos escénicos; multiplicábanse las compañías de cómicos, y aunque el teatro progresó tambien algo en la parte literaria, ni este progreso habia sido mucho, ni la licencia de los cómicos se habia refrenado. Por esto Felipe II consultó en 1587 á una junta de teólogos sobre la súplica que se le habia dirigido de mandar cerrar los corrales, pero al fin resolvió tolerar esta diversion sujetando las obras á escrupulosa censura. En 1597 dispuso que cesaran las funciones con ocasion de la muerte de la duquesa de Saboya, y poco antes de morir, como se reprodujeran las súplicas y quejas, proscribió del todo las representaciones dramáticas. Sin embargo, poco duró semejante estado: en 1601 Felipe III, oida otra junta de clérigos y seglares, permitió que volvieran á abrirse los teatros, aunque limitando las funciones á algunos dias de la semana y á los dias festivos y prohibiendo lo que parecia en las comedias inmoral ó licencioso.

Grande fué el número de los que á últimos del siglo XVI se dedicaron á escribir comedias, entre los cuales se encuentran ya grandes poetas é ingenios de primer órden. Los que principalmente se pueden citar son Luis de Miranda, autor de la *Comedia pródiga*, que Moratin conceptua una de las mejores de nuestro antiguo teatro, Juan Timoneda, Luis de Avendaño, Pedro Suarez de Robles, Alfonso de la Vega, etc. Las composiciones dramáticas tendian ya al género histórico y romancesco, y Juan de la Cueva, que fué, por decirlo así, el precursor de Lope de Vega, compuso comedias divididas en cuatro actos ó jornadas en variedad de metros, algunas sobre asuntos históricos de España como *Los Siete infantes de Lara*, *Bernardo del Carpio* y *El Cerco de Zamora*, y otras fundadas en la historia antigua como *Ayax*, *Virginia* y *Mucio Scévola*. Al mismo tiempo que Juan de la Cueva brillaba en el teatro de Sevilla, Cristóbal de Virués daba sus tragedias en el de Valencia, ya fértil en autores dramáticos; titulábanse *La Gran Semíramis*, *La Cruel Casandra*, *Atila furioso*, *La Infeliz Marcela* y *Elisa Dido*. En las primeras procuró, como él mismo dice, unir

La mayor fineza
Del arte antiguo y del moderno uso;

en la última aspiró á escribir una obra con entera sujecion á las reglas antiguas.

Tiempo hacia que, siguiendo el camino iniciado por Fernan Perez de Oliva, habian querido muchos ingenios aclimatar en nuestro suelo la tragedia clásica, y entre ellos han de colocarse á Vasco Diaz, á Juan de Malara, á Juan Boscan y al P. Gerónimo Bermúdez de la órden de Santo Domingo, quien publicó dos tragedias tituladas *Nise lastimosa* y *Nise laureada*, sobre la infortunada suerte de doña Inés de Castro. Lupercio Leonardo de Argensola escribió tambien tres tragedias en las que, si bien imitadas del antiguo, se observa ya una gran desviacion de sus modelos. Virués, á imitacion de Cueva, pretendió ahora modificar el uso antiguo con el nuevo, y puso fin á la existencia en España del sistema clásico, cuya vida, de muy corta duracion, fué siempre raquítica y endeble.

Así como Cueva se alabó de haber reducido las comedias á cuatro jornadas, Virués presentaba como un mérito la innovacion de los tres actos ó partes, con la circunstancia de que las consideraba como independientes una de otra, formando tres acciones distintas. Grande es el desarreglo que reina en las composiciones de este autor, así es que, aun concediéndole cierto mérito como dramático y poeta, han de dirigírsele con el señor Martinez de la Rosa graves cargos por haber contribuido á aumentar el desórden que se iba introduciendo en el teatro. Júzguese de lo que serian sus dramas cuando en el *Atila* mueren nada menos que cincuenta y seis personas y toda la tripulacion de una galera que se abrasa. El aragonés micer Andrés Rey de Artieda, valeroso soldado y antes maestro de astronomía en Barcelona, compuso *Los Amantes de Teruel*, *Los Encantos de Merlin*, *El Príncipe vicioso* y *Amadis de Gaula;* Joaquin Romero de Cepeda dió á luz la comedia *Selvage*, imitacion de la *Celestina*, y Miguel de Cervantes, que se dedicó por entonces al teatro, hizo representar treinta ó cuarenta comedias escritas por el mismo sistema de Juan de la Cueva, con escasa accion, pero recargadas de incidentes y episodios. Pocas se han conservado de estas

producciones, y si en ellas no correspondió su autor como poeta dramático á lo que podia esperarse de su gran talento, hizo provechosos esfuerzos por levantar y mejorar el teatro. Son las mas apreciables entre todas *Los tratos de Argel*, en que se propuso pintar la triste condicion de los cautivos cristianos, representándose á sí propio en el esclavo Saavedra; la *Numancia*, donde hay cuadros bellísimos, escenas interesantes, rasgos admirables y trozos notables de versificacion en medio de muchos defectos, y finalmente la *Confusa*, comedia de capa y espada, que si bien se ha perdido, sabemos que estuvo en mucha boga. Pero donde se encuentra á Cervantes en todo su talento, donde se ve su prosa fácil, su ameno estilo y se descubren las dotes cómicas de que estaba adornado, es en sus entremeses, superiores en todo á sus comedias. No es posible hallar un diálogo mas animado y dramático.

Entró luego aquel á quien llamó Cervantes *Mónstruo de la naturaleza*, el gran Lope de Vega, y alzóse con la monarquía cómica: avasalló y puso debajo de su jurisdiccion á todos los farsantes y llenó el mundo de comedias propias, felices y bien razonadas. Lope selló, por decirlo así, y dió autoridad á los caracteres que al teatro habian dado sus predecesores; formalizó la intriga que antes de él se suplia generalmente por un cúmulo de acontecimientos sin enlace ni hilacion; inventó ó perfeccionó al menos un lenguage cortesano, agudo é ingenioso al mismo tiempo que limpio y abundante; realizó el feliz maridage de la poesía popular con la erudita; sacó á plaza caracteres bien trazados de todos estados y condiciones, y segun su propia asercion introdujo la grotesca figura del gracioso. Su fecundidad en este género fué tanta ó mayor que en todo: á mil ochocientas asciende el número de sus comedias y á cuatrocientos el de sus autos sacramentales. De estas producciones las hubo que solo le costaron un dia de trabajo, como el mismo lo asegura al decir:

Y mas de ciento en horas veinte y cuatro
Pasaron de las musas al teatro.

Facilidad increible, mas asombrosa que envidiable, si se reflexiona en los peligros á que arrastra y de que no se vió libre el mismo Lope.

«El teatro de Lope de Vega, dice el erudito don Agustin Duran, es una prueba del mas extenso y sólido saber. La teología, la jurisprudencia, la filosofía, las bellas artes y hasta las mas mecánicas, todo lo abraza en él, nada le era extraño ni peregrino. Allí está consignada toda la ciencia de su siglo y de su nacion; allí sus usos y costumbres; allí su fé y creencias religiosas; allí sus principios morales y políticos; allí sus necesidades, gustos y placeres..... El caos que desembrolló Lope de Vega para fundar el sistema dramático hasta ahora mas bien sentido que definido, añade el mismo autor, fué inmenso. Las sencillas églogas de Juan de la Encina; las comedias ya mas cultas é ingeniosas de Torres Naharro; las farsas de Lope de Rueda, Timoneda y otros, incrustadas de cuentos novelescos; los dramas informes, hinchadamente épicos y gigantescos de Cueva, Argensola y Virués, que olian todavía á la erudicion del mal gusto; el amor humano asimilado al místico y metafísico; la gala, la riqueza y la tendencia melancólica de la poesía árabe, provenzal é italiana; las hermosísimas y variadas combinaciones métricas de los petrarquistas; la gracia sencilla y tierna que caracte-

rizaba nuestras canciones populares; el tono épico, grave y solemne con que en nuestros romances heróicos ó de historia se cantaron las glorias, los desastres y la constancia nacional; la gala y el brillo descriptivo de los romances moriscos y caballerescos; todo, todo existia ya, todo era popular en la civilizacion castellana á principios del siglo XVII. Solo faltaba una inteligencia superior que abarcando con una mirada sola este caos de elementos diseminados y despojándolos de sus formas divergentes, supiese ponerlos en armonía para crear un todo conveniente, cuya belleza simpatizase con las masas populares á quienes debia servir de instruccion, de moralidad, de placer y de recreo, y á quienes, en fin, como en un espejo, se debia retratar para sí propias y para la posteridad.»

Lope de Vega consumó la grande obra explicada en las anteriores palabras del autor citado, y para hacérsela posible parece que el cielo reunió en él el genio de muchos poetas juntos, prodigándole los tesoros de la imaginacion y de la mas rica fantasía, el don de inventar y de trazar cuadros infinitamente variados; facilidad, soltura, elegancia, claridad, armonía, todo en él se reune. Su poesía es por lo general dulce y fluida; su expresion deja pocas veces de ser clara, inteligible para todos y exenta de los defectos de culteranismo y mal gusto que afearon á muchos escritores de su época y de la siguiente; los argumentos de sus dramas son variados y siempre felices, á pesar de ser tantos y tan prontamente concebidos; los caracteres de sus personages, si no perfectos siempre en la ejecucion, bellos en la invencion y con rasgos admirables que arrebatan. El diálogo es fácil y animado; una galantería fina y culta sobresale en él, no ofendiendo nunca el decoro, y por lo general descubre una sensibilidad viva y delicada que mueve é interesa, sin que le falte á veces fuerza y sublimidad, bien que estas últimas cualidades son en él las que menos sobresalen. Lope desterró la costumbre poco ingeniosa de las loas ó prólogos haciendo en accion la exposicion misma. Nadie con mas verdad que él, con mas ingenio, con mas efusion del alma ha descrito la ternura y constancia del corazon mugeril, el valor del bello sexo en las situaciones espinosas de la vida, y su disposicion á los mayores sacrificios por el objeto amado.

Y sin embargo, Lope no elevó el teatro á la perfeccion que hubiera debido y podido: entregándose sin freno á su lastimosa facilidad, casi siempre se ponia á trabajar sin plan sobre un pensamiento que le inspiraba su profundísima imaginacion, y sobre él iba añadiendo escenas á escenas, segun en el momento le ocurrian. Nótase entonces, como no podia menos de suceder, que corre sin saberse á donde marcha, y que una série de escenas admirables y sublimes forman muchas comedias malas. Así para apreciar á Lope en lo que vale, dice Gil de Zárate, ha de vérsele cargado con el inmenso caudal de sus obras; vistas juntas asombran y dejan anonadado al que las contempla; desmenuzadas, pierden el prestigio y no pocas veces causan extraño desagrado. Y no fué esto todo: aquel hombre extraordinario compuso, no para el arte, sino para el pueblo únicamente y segun su capricho. En vez de procurar conducir al público al terreno artístico, solo pensó en agradarle sin consideracion á reglas ni á preceptos, y él fué quien, sincerándose del fundado cargo que por esto podia dirigírsele, hizo aquellos versos en su *arte nuevo*, pretexto y pantalla de la literatura industrial de todos los tiempos:

Y cuando he de escribir una comedia
Encierro los preceptos con seis llaves;
Saco á Terencio y Plauto de mi estudio
Para que no me den voces, que suele
Dar gritos la verdad en libros mudos,
Y escribo por el arte que inventaron
Los que el vulgar aprecio merecieron:
Porque como las paga el vulgo, es justo
Hablarle en necio para darle gusto.

Las comedias de Lope pueden dividirse en varias clases: 1.ª las de costumbres, en que mas se acercó á Terencio y á Plauto, é imitó acaso sobradamente la licencia de los cómicos antiguos; 2.ª comedias de intriga y amor, llamadas generalmente de capa y espada, en cuyo género fué original y mejor que en ningun otro; 3.ª comedias pastoriles, en las que imitó la *Aminta* del Tasso y el *Pastor Fido* de Guarini; 4.ª la comedia heróica ó de sucesos verdaderos ó creidos tales como la historia de Bernardo del Carpio; 5.ª la tragedia, llamada así porque el desenlace era lastimoso, aunque la forma fuese la misma que en los demás dramas; 6.ª las comedias mitológicas; 7.ª las de santos, y 8.ª la filosófica ó ideal, proponiéndose desenvolver alguna máxima de moral universal.

Mucho habria que citar de Lope, pero es difícil elegir entre tal cúmulo de obras; sus comedias mas nombradas ó por lo menos las que mas se han conservado en el teatro son: *El anzuelo de Fenisa; Obras son amores y no buenas razones; ¡Si no vieran las mugeres!; Las flores de don Juan; La moza de cántaro; Querer su propia desdicha; La esclava de su galan; Los milagros del desprecio; El castigo sin venganza; La estrella de Sevilla; El mejor alcalde el rey; Por la puente, Juana; Lo cierto por lo dudoso; El premio del bien hablar; El perro del hortelano; La dama melindrosa; La bella mal maridada; El acero de Madrid; La ilustre fregona; Amar sin saber á quien; La boba para los otros y discreta para sí*, etc.

El impulso dado por Lope al teatro debia por necesidad producir gran número de imitadores, y es increible el de las piezas dramáticas que se escribieron por esclarecidos ingenios, que á porfía cultivaban un género tan popular y que mas que otro alguno procuraba aplausos y provecho. Y obsérvese que se imitaba al gran maestro, no solo en lo bueno, sino hasta en sus defectos, y como una de las cualidades que en él mas sorprendieron fué su inmensa fecundidad, todos sus imitadores creyeron que no eran poetas dramáticos si no eran tambien fecundos, y diéronse todos á escribir comedias, produciéndolas á centenares. Sin embargo, ninguno de ellos, á pesar de no carecer muchos de ingenio sobresaliente, llegó á eclipsar el modelo; al lado del Sol de la escena, dice Milá, no pudieron brillar con su propio explendor y hubieron de limitarse á reflejar el ageno.

Contemporáneos de Lope fueron el doctor Ramon, muy alabado por Cervantes; el canónigo Tárrega, valenciano, que gozó tambien de gran fama; Gaspar de Aguilar, valenciano igualmente, que compuso hasta doce comedias, entre ellas el *Mercader amante*, y Mira de Amescua, de quien se conservan sobre cincuenta comedias, entre las cuales se pueden citar: *Amor, ingenio y muger; El arpa de David; El conde de Alarcos; El esclavo del demonio; La rueda de la fortuna; Galan valiente y discreto; No hay burlas con las mugeres; El palacio confuso*, de

donde sacó Corneille Don Sancho de Aragon; *El rico avariento*, etc. Escribieron al propio tiempo que estos los valencianos Marco Antonio Orti, Vicente Esquerdo y Jacinto Alfonso Maluenda; el catalan don Antonio Folch de Cardona; Miguel Sanchez, á quien sus contemporáneos llamaron el Divino y del cual no se conocen mas comedias que una titulada la *Guarda cuidadosa*, y el célebre entre todos Guillen de Castro, de quien imitó y copió Corneille las *Mocedades del Cid* para producir el famoso drama de que se envanece con justicia la literatura de nuestros vecinos. Otro de los contemporáneos de Lope fué Luis Velez de Guevara, fecundo escritor, que dió á luz mas de cuatrocientas comedias, casi todas pertenecientes á hechos ó personages históricos, y que en medio de su desarreglo tiene rasgos muy felices: sus caballeros son siempre nobles, valientes y generosos, y las damas brillan por su honestidad y recato, siendo su versificacion por lo general fluida y sonora, aunque á veces con resabios de mal gusto. El doctor don Juan Perez de Montalvan, admirador, imitador y amigo íntimo de Lope, escribió treinta y seis comedias y doce autos sacramentales á pesar de haberse vuelto loco á la edad de treinta y cinco años, á causa de su ardor por el estudio y de su afanoso trabajo. En el estado eclesiástico que abrazó á los veinte y tres años dedicóse á escribir comedias con decidido entusiasmo, y mostróse á menudo gran poeta, con mucha facilidad y soltura en el manejo del diálogo. Su muerte causó general sentimiento á todos los ingenios de España, que le lloraron y celebraron su memoria en numerosas composiciones poéticas, si bien antes la crítica se habia ensañado cruelmente en sus escritos. Sus mejores comedias son *La mas constante muger; Los amantes de Teruel; Cumplir con su obligacion; La toquera vizcaina; No hay vida como la honra*, y *De un castigo dos venganzas*. Alvaro Cubillo de Aragon, autor de *El amor como ha de ser*, de *La perfecta casada*, de *Las muñecas de Marcela* y de algunos autos sacramentales; Luis de Belmonte, de quien se conocen unas veinte y cuatro comedias, entre ellas el *Diablo predicador;* don Rodrigo de Herrera y Ribera, muy alabado por Lope y Montalvan, de quien se conservan *Del Cielo viene el buen rey*, *Duelo de honor y amistad* y *La fé no ha menester armas;* Salas Barbadillo; Antonio Hurtado de Mendoza; Gerónimo de Villaizan, el poeta favorito de Felipe IV; Alfonso de Vatres, Matías de los Reyes, Francisco Lopez de Zárate y otros menos conocidos completan la pléyade de autores dramáticos que siguieron inmediatamente las huellas del gran Lope.

Estos ingenios y otros que le sucedieron, de los cuales hablaremos en seguida, dieron al teatro tal riqueza y variedad como en ninguna época se habia conocido. Esto y la aficion del rey, de la corte y del pueblo todo á las comedias, hicieron que estas y el arte alcanzaran el apogeo de su explendor en el reinado de Felipe IV. Hubo no obstante un período, aquel en que el monarca se entregó al recogimiento y se aplicó al cuidado y despacho de los negocios, en el cual llegaron á prohibirse las representaciones escénicas como lo habian estado en los últimos tiempos de Felipe II; pero la aficion y el gusto por estos espectáculos habian echado tan hondas raices en el pueblo, que á pesar de la prohibicion seguian representándose comedias, no solo en los reinos de Aragon, donde aquella no alcanzaba, sino tambien en muchas ciudades de Andalucía y Castilla, casi á presencia del rey. Publicábanse escritos dirigidos á este, demostrando la utilidad de aquel recreo y la conveniencia de que volviera á permitirse, citando los ejemplos de

Francia, de Lombardía y de Nápoles y aun de la misma Roma, y la villa de Madrid, lo mismo que otras poblaciones, solicitaba tambien la reapertura de los corrales por los perjuicios que se venian ocasionando á los hospitales y otros establecimientos de beneficencia sostenidos por sus productos. El monarca consultó entonces al consejo Real para que le informara acerca de aquellos memoriales, y en 1648, aun cuando el consejo en su mayoría opinó por no otorgar el permiso, restableciéronse, conforme al deseo de la minoría, las representaciones escénicas, que durante aquel reinado y el que vino despues, suspendidas solamente durante cortos intervalos, continuaron siendo el recreo y la aficion predilecta del rey, de la corte y del pueblo en general.

Hasta ahora los autores que hemos citado se apartaban muy poco de Lope así en la disposicion de sus fábulas como en el lenguage é intencion dramática. Alguna diferencia en la versificacion propia del carácter poético de cada escritor, era lo único que podia distinguirlos; á tal punto habia aquel genio extraordinario avasallado el teatro, que á los demás solo les fué dable seguir la senda que les habia trazado. Sancionada por Lope, dice Gil de Zárate, la constitucion de nuestro teatro, preciso fué á todos sujetarse á ella, y olvidadas de todo punto las formas antiguas, prevaleció el drama novelesco como el que mas se adoptaba al gusto de los españoles (1). Sin embargo, aun sujetándose al mismo tipo, añade dicho autor, podian los sucesores de Lope ostentar cualidades que ya los diferenciasen lo bastante de él y de sus meros imitadores para dar á sus composiciones un carácter particular que las hiciese reconocer entre todas. Podíase, sin destruir las formas de la comedia de enredo, combinar la fábula con mas arte y enlazar mejor sus varios incidentes; era posible tener mas intencion dramática, un estilo mas castigado; cabia mayor profundidad y filosofía, mas fuerza en la pintura de los caracteres, mas calor en la expresion de las pasiones; habia, en fin, dotes dramáticas que, no alcanzadas por Lope, dejaban á sus sucesores la gloria de perfeccionar la obra de que aquel echara los cimientos. Esto hicieron Tirso de Molina, Moreto, Alarcon, Rojas, y últimamente el grande, el brillante Calderon.

Tirso de Molina, cuyo nombre verdadero fué Gabriel Tellez, de quien se ignoran casi todas las particularidades de su vida, nació en Madrid por los años de 1585; estudió en Alcalá, donde adquirió gran suma de conocimientos, y adelantado ya en años, se retiró al claustro tomando el hábito de Nuestra Señora de la Merced calzada. En esta órden ejerció distinguidos empleos, y se cree que murió en 1648. Tirso escribió por confesion propia trecientas comedias en catorce años; esto no obstante, su imaginacion no es fecunda y en todas ellas se advierte mucha monotonía. Superior á Lope en fuerza cómica, en la elocucion dramática y hasta en flexibilidad para acomodarse á toda clase de situaciones, no le adelantó en nada en la disposicion de la fábula, y casi todas las suyas adolecen de sumo desarreglo, que en muchas llega hasta la extravagancia. A la pobreza de recursos, á los extraños medios que emplea, añade este autor cierta licencia y falta de decoro respecto de las damas, carácter que muy contrario al espíritu caballeresco y galante de sus contemporáneos, fué causa de que se le pro-

(1) Gil de Zárate, *Manual de literatura*, 2.ª parte, sec. II, c X.

hibiesen muchas comedias. Muéstrase, sí, rápido y animado en el diálogo (1); maneja el idioma con singular maestría; su versificacion es fácil, robusta y armoniosa, aunque á veces afectada y gongorina; sus personages usan siempre el lenguage propio, y por fin, en los detalles es tan perfecto, que sus comedias, á pesar de los grandes vicios que las deslucen, serán siempre leidas con gusto. Las que gozan de mas celebridad son: *El vergonzoso en palacio; Como han de ser los amigos; Palabras y plumas; La villana de Ballecas; El castigo del pensé qué; Amar por razon de estado; Por el sótano y el torno; No hay peor sordo que el que no quiere oir; La prudencia en la muger; Don Gil de las calzas verdes; Pruebas de amor y amistad; Marta la piadosa; La villana de la Sagra; Privar contra su gusto; Mari-Hernandez la gallega; Amar por arte mayor; El burlador de Sevilla*, en cuya obra creó el tipo de don Juan Tenorio, tan reproducido despues.

Ignórase la patria de Agustin Moreto y Cabaña, lo mismo que el año de su nacimiento, y únicamente puede deducirse por conjeturas que debió de nacer por los primeros años del siglo XVII. Hubo de principiar muy jóven á escribir comedias, y siguió en esta ocupacion durante unos veinte años, hasta que habiendo

(1) Véase sino la escena entre doña Violante y don Juan en la *Villana de Ballecas*, de la cual tomamos estos versos:

Don Juan. Amor firme siempre dura.
Violante. Lo dulce luego empalaga,
Y como el amor es fruta,
Suele comerse al principio,
Y enfadar despues, madura.
Don Juan. No hayas miedo de eso.
Violante. ¿A fé?
Don Juan. Por tu vida
Violante. ¿Y por la suya?
Don Juan. Toda es una.
Violante. En fin, ¿le agrado?
Don Juan. Infinito.
Violante. ¿Iré segura?
Don Juan. Noble soy.
Violante. ¿Querráme mucho?
Don Juan. Adoraréte.
Violante. ¿De burlas?
Don Juan. De veras
Violante. ¿Regalaráme?
Don Juan. Como á reina.
Violante. ¿Hará locuras?
Don Juan. En quererte.
Violante. ¿Es amorado?
Don Juan. Mas que un portugués.
Violante. ¿Arrulla?
Don Juan. Como palomo.
Violante. ¿Rezonga?
Don Juan. De ningun modo.
Violante. ¿Murmura?
Don Juan. Pocas veces.
Violante. ¿Es tahur?
Don Juan. Solo en amarte.
Violante. ¿Madruga?
Don Juan. Poco.
Violante. ¿Viene tarde á casa?
Don Juan. Vendré con el sol.
Violante. ¡Cordura!
¿Qué me llamará?
Don Juan. Mi cielo.
Violante. ¿Y qué mas?
Don Juan. Mi sol.
Violante. Con uñas.
Don Juan. Mi reina.
Violante. ¿Engalanaráme?
Don Juan. Como abril
Violante. ¿Diráme injurias?
Don Juan. En mi vida.
Violante. ¿Andaré en coche?
Don Juan. Y en carroza.
Violante. ¿Traeré puntas?
Don Juan. De Flandes.
Violante. ¿Y azul?
Don Juan. Tambien.
Violante. ¿Saldré algunas veces?
Don Juan. Muchas.
Violante. ¿A visitas?
Don Juan. Sí.
Violante. ¿Y á toros?
Don Juan. Con balcon.
Violante. ¿Y confitura?
Don Juan. Cuanta quieras.
Violante. Si hay comedias...
Don Juan. No las perderás.
Violante. ¿Ninguna?
Don Juan. Ninguna, pues.
Violante. ¿Iré al Prado?
Don Juan. Irás al sol.
Violante. ¿Y á la luna?
Don Juan. El verano.
Violante. ¿Y qué ha de darme?
Don Juan. El alma.
Violante. Arre, que echa pullas.

abrazado el estado eclesiástico, la abandonó del todo, no imitando en esto á Lope de Vega ni á otros muchos á quienes semejante estado no fué estorbo para seguir enriqueciendo el teatro. Sábese que Moreto fué nombrado rector del colegio del Refugio de Toledo en 1657, que mereció gran proteccion del cardenal Moscosa, arzobispo de aquella ciudad, que era amigo de Lope, de Tirso y de otros célebres escritores, y que murió en 1669. Las obras del puro y delicadísimo Moreto serán siempre las mas ricas joyas de nuestra corona dramática: sus planes son de los mas regulares de nuestro teatro antiguo, aunque no deja en algunos de pagar tributo al desórden dramático que en su tiempo reinaba; su estilo es fácil, corriente y natural, incurriendo pocas veces en la extravagancia del culteranismo. No alcanzó el artificio ingenioso de Calderon, pero se conoce que trabajó siempre sus dramas, al menos los mas principales, con minucioso cuidado. Sus contemporáneos le acusaron de poca originalidad por haber tomado los argumentos de sus mejores comedias de otras mas antiguas, pero aunque esto es verdad, el genio de Moreto, que se acomodaba maravillosamente á todos los géneros y á todas las situaciones, sabia apropiárselos y hacerlos originales con las nuevas galas de que los vestia. Sus principales producciones fueron *El rico hombre de Alcalá; El desden con el desden; El parecido; De fuera vendrá quien de casa nos echará; Trampa adelante; El lindo don Diego.*

Juan Ruiz de Alarcon fué insigne ejemplo de que no es bastante un mérito superior para alcanzar en vida la reputacion que aquel merece. Escarneciéronle ingenios que, como Lope de Vega, no tenian el defecto de la envidia y solian prodigar elogios excesivos á los mas medianos poetas; sus mejores obras se las atribuyeron á otros, y ni aun despues de muerto se le ha apreciado como era debido hasta llegados los últimos años. Sábese de él que nació en Tasco, reino de Nueva España, siendo oriundo de Alarcon, pueblo de la provincia de Cuenca; ignórase el año de su nacimiento, pero en 1622 le encontramos ya en Europa y en 1628 era relator del consejo de Indias, verificándose su muerte en 1639. Si bien Alarcon debió á la naturaleza un ingenio claro y profundo, no habia de estarle agradecido en cuanto á dotes corporales: su cuerpo desfigurado prestaba al ridículo y contribuyó sin duda al poco aprecio en que se le tuvo. En efecto, favorecido en una ocasion por el conde-duque de Olivares, todos los ingenios de la corte se desencadenaron contra él, y existe una coleccion de décimas, compuestas por los primeros literatos de la época, en que se le satiriza cruelmente. Y sin embargo, si las obras de un autor pueden presentarse como retrato de su alma, sin duda que la de Alarcon debió de ser muy bella. Sus comedias se dirigen todas á reprender los vicios y á ensalzar las virtudes: ya se muestra el campeon de la verdad, manifestando que quien falta á ella la llega á hacer sospechosa en sus labios; ya confunde al maldiciente y le impone el castigo de su lengua viperina; ya ensalza la fidelidad en cumplir su palabra; ya en la *Prueba de las promesas* demuestra lo que estas tienen de sagrado: en todas ostenta siempre sentimientos de pundonor, generosidad y delicadeza. No es tan abundante como Lope ni tan poeta como Calderon; pero tiene mas profundidad, mas gusto, mas correccion, mas filosofía. El corto número de sus obras tiene tal sello de originalidad y vigor, que es imposible no distinguirlas de las demás. Sus planes son bien pensados, aunque tal vez se desearia en ellos mas regularidad, mas idealidad, y su versifica-

cion llena, fácil, sonora, exenta de afectacion y de culteranismo, resplandece por la pureza, sencillez y naturalidad, mereciendo su autor servir de modelo en el modo de manejar el habla castellana. Sin embargo, en una comedia que pasa por original suyo, *el Tejedor de Segovia* , vese que dejándose arrastrar Alarcon por el general torrente , apeló tambien , para alcanzar los aplausos del público , á la pompa de las palabras, á la vana sonoridad de los versos y á lo extraño é ingenioso de ciertas metáforas exageradas y ridículas. Las principales obras de este autor fueron *La verdad sospechosa, Las paredes oyen*, *Ganar amigos*, *Exámen de maridos* y *La prueba de las promesas.*

Acreditado hasta tal punto el gongorismo en nuestra poesía lírica, no podia menos de inficionar el teatro, y ya en la época que recorremos solian resentirse del contagio hasta nuestros mejores ingenios como acabamos de ver con Alarcon, el menos á propósito para dejarse llevar por esta clase de manía, á ser original suya la comedia antes citada. ¿Qué les sucederia, pues, á hombres de imaginacion mas arrebatada, mas rica y poética? El peligro era grande y nuestra escena se hallaba á punto de ser enteramente avasallada por el culteranismo; mas si rindió parias al mal gusto, las eminentes dotes de algunos grandes poetas fueron mas poderosas, y solo permitieron manchar con algunos defectos obras por otro lado inmortales. El culteranismo, dice Gil de Zárate, deslució nuestro teatro, pero no pudo aniquilarlo; tal era la robustez que habia adquirido desde el impulso de Lope de Vega.

El primer poeta dramático que empezó á apartarse por sistema de la sencillez y naturalidad de los anteriores creando una nueva escuela que luego perfeccionó Calderon, fué Francisco de Rojas Zorrilla. Esta escuela se distinguió por el brillante colorido, por el follage, la palabrería y un culteranismo particular que no era precisamente el introducido por Góngora en la poesía lírica: mas claro, mas inteligible que este, se le asemejaba en la falsedad de los conceptos y lo exagerado de las imágenes y figuras.

Esto no obstante, Rojas ocupará siempre un lugar distinguido entre nuestros poetas dramáticos. Aunque hinchado y falto de naturalidad, su estilo es culto y fluido, su versificacion dulce, fácil y sonora, sus pensamientos robustos y elevados abundan en rasgos sublimes; sus cuadros están bien acabados, ofreciendo escenas de gran interés dramático, y sobresaliente en la parte séria, no es menos feliz este autor en la jocosa , sin mostrarse inferior á ninguno de sus contemporáneos en sales cómicas y picarescas. Rojas fué natural de Toledo, y dedicóse al foro, en el que adquirió sin duda bastante fortuna, puesto que pudo costear las pruebas para vestir el hábito de Santiago con que le agració Felipe IV en 1641. Ignórase el año de su muerte. Sus comedias llegan á veinte y cuatro y son las mas notables *García del Castañar*, *El mas impropio verdugo*, *No hay amigo para amigo*, *Lo que son mugeres*, *Entre bobos anda el juego*, *Los áspides de Cleopatra*, *Donde hay agravios no hay celos*, *Abre el ojo*, y *Casarse por vengarse.*

En esto, cual consecuencia precisa del gran movimiento dramático que se habia desarrollado en España; despues de tantos escritores con tan varias cualidades, pero siguiendo todos un mismo sistema; al cabo de tan inmenso caudal de comedias sobre cuantos asuntos pueden imaginarse, habia de aparecer como remate y corona de aquella época floreciente para el teatro español un in-

genio feliz que reuniese en sí las cualidades sobresalientes de este teatro, que lo elevase á su mayor altura y fuese, por decirlo así, la última expresion de aquella escuela dramática nueva, original y tan diferente de la antigua. Tal fué don Pedro Calderon de la Barca, príncipe de los poetas dramáticos españoles, bajo cuyo imperio llegó nuestra escena á su mayor explendor, sin que despues le fuese dable otra cosa que descender, cayendo en la postracion, que siempre sigue á los grandes esfuerzos.

Calderon, conocido ya antes de espirar Lope de Vega, es uno de los pocos escritores que merecen el título de poetas, si por este nombre se entiende, como entenderse debe, un hombre dotado de imaginacion viva y creadora, de encumbrados pensamientos y de una alma ardiente y agitada por generosos afectos. De los personages de sus comedias como del autor mismo, dice Milá, parece que solo respiraban para el amor, el honor y la devocion; que desconociendo los intereses triviales y las penosas necesidades de la vida, solo hacian uso de las palabras para expresar altos conceptos ó afectos de ternura é hidalguía. Sus dramas históricos presentan sublimes cuadros fantásticos, sus comedias de capa y espada reunen á la naturalidad cómica la elevacion histórica, y en sus autos vese la metafísica teológica revestida de los brillantes colores de la imaginacion. El lenguage culterano que muy excesivamente adopta Calderon, aparece en él á veces como una ostentacion de todas las riquezas de la locucion y del ingenio que acompaña dignamente á la embriaguez del entusiasmo (1).

Nació Calderon en Madrid en el año de 1600 y fueron sus padres de ilustre prosapia. Despues de estudiar en el colegio de PP. Jesuitas de la corte pasó á Salamanca, donde en cinco años se hizo dueño de cuanto allí se enseñaba. Ya por entonces empezó á brillar con sus escritos, y teniendo solo trece años compuso su primera comedia titulada *El carro del cielo*, que fué muy aplaudida. Abrazó luego la carrera militar, y estuvo diez años en Italia y en Flandes sin olvidarse por esto de las musas; antes bien creció su fama á tal altura que Felipe IV le llamó á su corte para que le sirviera en las fiestas reales, y en 1636 le agració con el hábito de Santiago. Sirvió en la guerra de Cataluña, y vuelto á Madrid recibió del rey nuevas mercedes. Desde entonces las letras le ocuparon exclusivamente, y calmados con los años sus ímpetus juveniles y su ardor guerrero, entró en el sacerdocio en 1651, imitando á Lope de Vega y á otros muchos ingenios. En este estado vivió largos años admirado de sus compatriotas, agasajado por los reyes y colmado de riquezas de las que usaba con gran modestia y en beneficio de los pobres, y acaeció su muerte en 1681. Ciento nueve son las comedias que contiene la coleccion impresa de Calderon, pero escribió algunas mas que no se encuentran en ella. Sus autos sacramentales son en número de setenta y dos, pues la villa de Madrid y otros muchos pueblos de España le habian elegido para escribir aquellas escenas que se representaban en las funciones del Corpus (2).

---

(1) Milá, *Compendio del arte poética*, p. 132.

(2) Los autos sacramentales estaban particularmente destinados á celebrar esta fiesta y era funcion que costeaban los ayuntamientos, siendo tan obligada como la procesion. A los representados en Madrid asistia el rey debajo de dosel y rodeado de su corte, siendo así que no solia concurrir públicamente á los corrales de la villa. Los medios de ejecucion eran harto mezquinos, reduciéndose á cuatro máquinas rodantes llamadas *carros*, que se arrastraban por las calles, y que

Calderon se complacia hasta tal punto en este género de composiciones, que eran á sus ojos obras de virtud y meritorias mas bien que literarias.

Sus comedias mas celebradas son la *Vida es sueño*, *Casa con dos puertas mala es de guardar*, *Con quien vengo, vengo; Certámen de amor y celos*, *El príncipe Constantino*, *El médico de su honra*, *Los dos amantes del cielo*, *El Acalde de Zalamea*, *Amar despues de la muerte*, *El purgatorio de san Patricio*, *Luis Perez el gallego*, *El gran príncipe de Fez*, *La devocion de la Cruz* y *Hado y Divisa* que compuso poco tiempo antes de su fallecimiento. Atribúyensele además doscientas loas divinas y humanas, muchas de las cuales son sin duda las que están al frente de sus autos y de algunas de sus comedias; cien sainetes que no han visto la luz pública; un libro de la entrada de la reina madre en Madrid; un tratado defendiendo la nobleza de la pintura; otro en defensa de la comedia; canciones, sonetos, romances y otras poesías líricas, que sin duda serian numerosísimas, pero que no se han impreso.

Calderon reunia todas las excelencias del sistema dramático acepto á los ojos de la nacion española, excelencias que hasta entonces se habian presentado diseminadas entre variedad de ingenios. Como á todos los grandes escritores nacionales, para juzgarle es necesario considerar la época en que escribió, así en la parte política como en la moral, religiosa y literaria, y entonces no podrá menos de convenirse en que, no tan solo retrató perfectamente las costumbres de su época, sino que reprodujo en sus obras el espíritu, los afectos, las creencias, el lenguage de su siglo con exactitud admirable. Los que en él nos parecen ahora defectos no lo eran entonces, y de no tenerlos careceria de aquel sello de verdad que el poeta dramático debe imprimir á todas sus composiciones. Tan profundamente estaba en Calderon este carácter esencialmente nacional, observa Gil de Zárate, que en cada escena, en cada frase, en cada palabra se revela, imposibilitándole de pintar nada que no sea español. Vanamente recorre en sus numerosos dramas todas las naciones, todas las épocas de la historia, todas las creencias; vanamente deja el mundo real y se interna en la fábula ó en la region de las alegorías: siempre es el mismo; con él ningun hecho, ningun héroe toma el colorido local; con él jamás se oye el lenguage que corresponde á sus personages: así como tenia que prestarles á todos el habla castellana, castellanos los hacia en sus acciones, en sus ideas, en sus afectos (1).

A encontradas opiniones ha dado lugar este insigne poeta entre los extrangeros: los Alemanes con sus entusiasmados elogios no han contribuido poco á la fama de que hoy goza, al paso que otros críticos franceses convierten en defectos todas sus bellezas. Schlegel, desde las alturas de la mas elevada poesía, es de los que mas apasionados se muestran por el gran poeta del reinado de Felipe IV, al paso que Sismondi, mirándolo á la prosáica manera de los dramáticos franceses, es el que mas enemigo se le muestra. Bajo ambos aspectos el elogio y la

---

reunidas en los pasages destinados, formaban un teatro improvisado. Los autos eran obras esencialmente alegóricas, y el sentimiento religioso, los misterios que se representaban, la mezcla de música, declamacion y baile, la presencia del rey y de la corte y el concurso del inmenso pueblo, debió dar á estas representaciones una grandeza y un interés que no tenian las comedias profanas ejecutadas en pobres y desprovistos corrales.

(1) Gil de Zárate, *Manual de literatura*, 2.ª parte, sec. 2.ª, c. XI.

crítica son ciertos; pero, como antes hemos dicho, para juzgar á Calderon exige la justicia lo mismo que la verdad literaria, que nos remontemos á su época. Nuestros dramáticos antiguos, sea defecto, sea belleza, procuraron siempre dar mas á la fantasía que á la razon y al juicio, alucinar primero que convencer; prefirieron cuadros brillantes y sorprendentes á las pinturas exactas de la naturaleza, y en vez de conmover los corazones y de hacer derramar lágrimas, tuvieron por objeto recrear imaginaciones vivas y ardientes. Esto, si defecto es, lo era de todo nuestro teatro, y por consiguiente lo es tambien de Calderon. Aquella exuberancia de poesía, aquella profusion de imágenes é hipérboles traida por el mal gusto, aquel lenguage florido y musical, aquellos caracteres ideales, aquella exageracion de los sentimientos nobles y pundonorosos, aquella religiosidad sin duda supersticiosa, todo ello entusiasmaba á los espectadores de las comedias de Calderon, así como ahora las hace casi incomprensibles para la generalidad del público. Arrogantes, pendencieros, vengativos los Españoles del siglo XVII, iguales cualidades brillan en los héroes del poeta, junto con el honor mas depurado, con la lealtad mas acendrada, con los sentimientos mas caballerosos, cualidades que con la altivez conservaban los Españoles de su grandeza pasada. Este sentimiento del honor que Calderon representa con la delicada tradicion fabulosa del armiño, que prefiere la muerte antes que manchar su blanca piel, inspira al Alcalde de Zalamea estas elevadas palabras:

Al rey la hacienda y la vida
Se ha de dar; pero el honor
Es patrimonio del alma,
Y el alma solo es de Dios.

Don Pedro en *el Médico de su honra* dice:

El honor es reservado
Lugar donde el alma asiste;
Yo no soy rey de las almas,
Harto en esto solo os dije.

Además, entre supersticiones dignas de reprobacion percíbese el espíritu verdaderamente religioso que anima al poeta, su ardiente fé, sus firmes creencias y aquel estudio profundo de los misterios cristianos que desenvuelve con tanta filosofía en medio de torrentes de poesía encantadora, sabiendo sacar efectos teatrales de lo mas abstracto que la religion conoce.

En la parte artística ha de alabarse á Calderon por el ingenioso artificio de sus dramas, por sus bien meditadas combinaciones, por la perfeccion de sus planes, atendiendo siempre al género que seguia. Las situaciones se enlazan bien entre sí y se deducen con naturalidad unas de otras, el movimiento de la accion nunca para, el interés crece á cada instante, y la accion se desenlaza de un modo sorprendente, pero sin inverosimilitud ni esfuerzo. Sobresalen en Calderon las ideas sublimes, las imágenes atrevidas y brilla con frecuencia por la vivacidad del sentimiento y la verdad de la pasion; natural en él el don de la armonía, su versificacion es una música continuada que encanta y enagena. Sin embargo, desaliñado á veces y culterano con exceso, ha de decirse tambien de él que en varios puntos raya su grandeza en exageracion, su elocuencia en énfasis, su fuerza

de raciocinio en prosáica dialéctica, al propio tiempo que degenera en sutil y conceptuoso abandonándose á declamaciones sin interés ni verdad.

Calderon es el último gran poeta dramático que ha producido España, y acaecida su muerte fué amortiguándose el impulso que animara á los Españoles en los anteriores reinados. Y cuenta que durante el de Felipe IV y aun en el de su hijo Carlos II es indecible el furor por hacer comedias que se apoderó de todos nuestros escritores seglares y eclesiásticos. En la imposibilidad de nombrarlos á todos, añadiremos los siguientes á los autores ya citados: Antonio Coello, nacido en Madrid en los primeros años del siglo XVII, capitan y caballero de Santiago, escribió un auto titulado *La cárcel del mundo* y la comedia *El pastor Fido* en compañía de Calderon y Solis; Juan Velez de Guevara, hijo de Luis, heredó de su padre el talento para la poesía, y escribió muchas comedias, entre ellas *Reinar despues de morir* sobre el argumento de doña Inés de Castro; Juan de Zabaleta fué autor de algunas comedias, que son hoy muy raras, y Matías de los Reyes imitó el *Anfitrion* de Plauto en *El agravio agradecido*. Don Antonio de Solis, el famoso autor de la conquista de Méjico, fué tambien poeta dramático, aunque como tal está lejos de tener el mérito que como historiador; debémosle *Triunfos de amor y fortuna*, *El alcázar del secreto*, *Un bobo hace ciento*, *El amor al uso*, *La Gitanilla de Madrid*, *Amparar al enemigo* y otras comedias, que si bien poco originales, manifiestan correccion, naturalidad y sencillez, tanto á lo menos como podia esperarse en aquella lastimosa época. El portugués Juan de Matos Fragoso fué uno de los poetas mas fecundos y aplaudidos de su tiempo, al paso que pocos se contagiaron tanto como él con el culteranismo corriente; sus mejores comedias son *El sábio en su retiro y villano en su rincon*, *Juan labrador*, *El yerro del entendido*, *El galan de su muger*, *Lorenzo me llamo*, *Poco aprovechan avisos*, *La venganza en el despacho*, *Con amor no hay amistad*. Juan de la Hoz Mota, célebre autor del *Castigo de la miseria*, Francisco de Leiva, Diego y José de Figueroa, Fernando de Zárate, Felipe IV, Agustin de Salazar y Torres, el asturiano Francisco Bances Candamo alargan la lista de autores dramáticos de segundo órden en el siglo XVII, y la cierra el caballero de San Juan y Comendador de Moron don Juan Bautista Diamante, autor bastante fecundo, que logró mucha aceptacion á pesar de la debilidad de sus dramas y de imitar y aun copiar con frecuencia al pié de la letra á los autores que le precedieron. Con el título de *El honrador de su padre* reprodujo las *Mocedades del Cid* de Guillen de Castro, añadiéndole algunos pensamientos de la nueva tragedia de Corneille.

Concluiremos esta materia con las siguientes líneas que tomamos del Arte poética de Milá: «Innumerables son las acusaciones que en todos tiempos se han dirigido contra el teatro español; pero aunque algunas sean fundadas, aunque el culteranismo afee y oscurezca su lenguage, aunque la verdad histórica se resienta de frecuentes anacronismos, aunque la religion pueda ofenderse ya de los falsos aspectos bajo que algunas veces se la presenta, ya de la excesiva familiaridad con que se la trata, aunque fuesen verdaderos defectos la falta de las unidades y la llamada confusion de los géneros cómico y trágico, ¿dejarian por esto de tener valor sus delicados pensamientos, sus cuadros de costumbres, sus caracteres, la inmensa variedad de situaciones y otras mil bellezas que lo inmor-

talizan? No por cierto; antes bien es comparable á una dama perfecta en muchos extremos: sus rivales ó envidiosas pueden señalarla defectos, evitar algunas debilidades á que ella esté sujeta; pueden adornarse con sus galas y aun empeñarse en remedarla; pero siempre quedarán sin su natural agrado, sin su gracia, discrecion y gallardía.»

Con tantos autores y tantas obras, con la aficion y el favor que el arte obtenia del monarca, de la corte y del público, no podian menos de abundar en el siglo XVII los buenos actores, dignos intérpretes de tales bellezas. Sobresalieron en este género María Calderon, famosa por sus amores con Felipe IV; la Baltasara, que acabó llorando en el retiro los devaneos de su anterior vida de cómica; María Riquelme, que se distinguió por su recato y sus virtudes; Francisca Beson, cuya fama creció en los teatros de Francia; María de Córdoba, conocida por el sobrenombre de Amarilis; Bárbara Coronel; Josefa Vaca, esposa del príncipe de los representantes Alfonso Morales; Roque de Figueroa, los dos Olmedos, Sebastian de Castro, que acompañó á París á la infanta doña María Teresa para representar comedias españolas en la capital de Francia; el gracioso Juan Rana, y otros muchos que fuera largo enumerar.

En los límites que permite la índole de este trabajo hemos citado aquellos que mas se distinguieron en España en el cultivo de las ciencias y de la literatura durante el presente glorioso período. Muchos autores menos famosos hemos debido omitir, y otros tantos nos habrán pasado desapercibidos, pues gran número de obras, así en prosa como en verso permanecen inéditas todavía ó yacen en el polvo de los archivos y bibliotecas por nadie ó por muy pocos conocidas. La historia general, que ha de alimentarse de las historias particulares, no podrá ser completa en esta parte hasta que poseamos una relacion completa de toda nuestra riqueza científica y literaria. En aquellos siglos eran muchos los que se dedicaban al cultivo de las letras, pero hacíanlo por pasatiempo y como para descanso de mas graves ocupaciones: solo sus amigos y allegados participaban á veces de estos frutos de tan felices ingenios; pero sin duda que apreciándolos en poco, nada ansiosos de fama, no cuidaban de publicar sus composiciones, á tal punto que aun las de los príncipes de nuestro parnaso no lo han sido sino mucho despues de su muerte. Sin embargo, conforme van los curiosos registrando, encuéntranse algunas de esas obras olvidadas ó perdidas y se restituyen á su merecida fama nombres que jamás habíamos oido. Uno de estos es el de la madre Juana Inés de la Cruz, nacida en Nueva España en 1651 y religiosa profesa en el convento de San Gerónimo de la ciudad de Méjico, la cual, á lo que vemos en una antigua y olvidada edicion de sus obras que no creemos que se haya reproducido hasta ahora, merece ser colocada al par de nuestros buenos poetas.

Famosa era en Europa la cultura de España lo mismo que sus armas victoriosas, y á ello contribuian, con otras causas de mayor importancia, las obras literarias de un pueblo que, expulsado de nuestra patria, mantenia viva su memoria. Los Judíos avecindados en los pueblos del Norte, en Italia, en Francia, en Alemania, siguieron cultivando la literatura española, admitiendo y empleando las variaciones que en la misma se introducian, aunque conservando frases y palabras propias de la época de la expulsion y desterradas del lenguage en el siguiente siglo. Varios nombres ilustres podrian citarse entre aquellos autores, pro-

sistas y versificadores, pero considerando esto ageno á nuestro propósito, nos limitamos á consignar el hecho para conocimiento de nuestros lectores (1).

Los pueblos todos de Europa conocian las endechas de Garcilaso á quien llamaban el Petrarca español, de Herrera el Divino y de fray Luis de Leon; poco á poco fué la literatura española sirviendo de tipo á las demás naciones, y Lope de Vega inundó de comedias las ciudades de Nápoles, Milan, Bruselas, Viena y Munich. Su teatro y el de Calderon invadieron luego la vecina escena de Portugal; Lisboa se limitó exclusivamente al repertorio de Madrid, y las comedias se representaban en el idioma original mientras duró la reunion de ambos reinos y aun algun tiempo despues de la revolucion que puso en el trono á la casa de Braganza. La influencia española penetró hasta Inglaterra, y es imposible desconocerla en Shakespeare y en sus primeros sucesores. En el reinado de Carlos II se tradujeron al inglés muchas comedias de Calderon que se daban aun en Lóndres en tiempo de Dryden, y los mismos Italianos imitaron ó tradujeron muchas piezas españolas desde fines del siglo XVI hasta la época de Metastasio y Goldoni.

Francia fué entre todas las naciones la que sufrió mas principalmente el influjo de la literatura española, y como dice M. Weis, si en el siglo XIX los escritores franceses fijan su vista en Alemania, si en el XVIII estudiaban con preferencia la literatura inglesa, en el XVII fué España la que ejerció sobre ellos esta poderosa atraccion del genio. Hasta Montaigne no encontramos la menor señal de la savia española, la que parece haberse introducido en la nacion vecina en los últimos años de Enrique IV. Las memorias que publicó Antonio Perez en París, Lóndres y Ginebra conmovieron profundamente los ánimos y fueron causa inmediata del cambio que iba á verificarse. El laconismo pomposo, la sentenciosa gravedad, la energía refrenada que se revelaban por primera vez en el libro del ilustre proscrito, sorprendieron y embelesaron á la nacion francesa, que hizo de él numerosas traducciones. Aquella fué la primera obra traducida del español que se hizo popular en Francia, y desde aquel momento comenzó España á modificar y á regir el gusto de los Franceses. Durante los treinta primeros años del siglo XVII, los escritores entre aquellos mas en boga, imitaron ó tradujeron obras españolas: véanse sino las cartas de Balzac y Voiture en las que tanto se descubre la huella del género castellano; la *Astrea* de Urfé, cuyos caracteres y costumbres son enteramente españolas; el énfasis de Soudery, su lenguage sutil, su estilo ampuloso, que tanto denotan los progresos de aquella influencia. En tiempo de Ana de Austria, el cardenal de Richelieu, la de Motteville, Cirano y Boisrobert escriben en español, aunque con palabras francesas, y algunos años adelante publica Lesage sus *Aventuras de Gil Blas*, tomadas é imitadas de obras españolas. El teatro experimenta tambien igual suerte. En 1636 Corneille escribió el *Cid*, y esta obra maestra imitada de Guillen de Castro, abrió una nueva era para la escena francesa. Otros muchos dramas de Corneille están tomados de España, y en todos se encuentra aquella mezcla de conceptos arrogantes, de sentencias exageradas, de adornos hinchados junto con sentimientos nobles y elevados, con

(1) Los que deseen mas noticias acerca de la literatura rabínico-española en los siglos XVI y XVII pueden ver los *Estudios históricos, políticos y literarios sobre los Judíos de España*, por don José Amador de los Rios, Ensayo III.

pensamientos enérgicos, con singulares invenciones que constituye las bellezas y los defectos de Lope y Calderon. Despues del matrimonio de María Teresa establecióse en París una compañía española que dió sus representaciones en el teatro de los cómicos del rey. La reina asistia á la funciones, y la obra que allí gustaba era al momento traducida y representada en el palacio de Borgoña y en el teatro del Marais, llegando á hacerse en un año tres traducciones de la misma comedia (1). Quinault, Montfleury, Dancourt tomaron casi todos los argumentos de sus obras del repertorio de Madrid; Scarron no hizo mas que imitar á Rojas, su modelo favorito, y Alarcon enseñó á Molière á componer verdaderas comedias morales, enseñándole el sendero que mejor convenia á su genio dramático. El *Embustero* de Corneille, imitacion y en gran parte traduccion del poeta español, inspiró al príncipe de los autores cómicos franceses la idea de escribir el *Misántropo* (2), y además el *Convidado de piedra*, *La escue a de los maridos*, *Las mugeres eruditas* y *El médico á palos* son obras sacadas todas mas ó menos de nuestro teatro.

Las ciencias naturales y exactas, las matemáticas, la física, la medicina no hicieron en este período progresos comparables con la filosofía y la literatura. Además de que en la época de nuestra mayor ilustracion se cultivaban muy poco en las otras naciones de Europa, en España, donde algunos se dedicaron á ellas, se recordaba todavía como muy reciente el tiempo en que fueron ejercidas casi exclusivamente por Moros y Judíos.

La aparicion del Protestantismo, así como una epidemia promueve el adelanto de la medicina, contribuyó á fomentar en la erudicion del período que ahora examinamos el espíritu de crítica y de controversia que forma el distintivo del siglo XVI y de parte del XVII. A medida que se desenterraban monumentos, que se difundia el conocimiento de las lenguas, que se poseian noticias mas claras y exactas sobre la historia, natural era que se tratase de discernir lo apócrifo de lo auténtico. Los monumentos estaban á la vista, y eran estudiados de contínuo por ser este el gusto de la época, y de ahí el primer carácter que á la ciencia de estos siglos hemos señalado. Lo propio puede decirse de la controversia: la polémica fué la manía de aquellos tiempos de ilustracion y lucha, y católicos y protestantes, divididos los primeros en escuelas y los segundos en sectas teniendo unos y otros, por decirlo así, á la vista el enemigo comun, se entregaban á toda clase de disertaciones, en la mayor parte de las cuales figuraron con honor los autores españoles. El espíritu filosófico comenzó á dominar, en España menos que en otra parte alguna, á mediados del siglo XVII y continua dominando aun en nuestros tiempos.

(1) Puibusque, *Hist comparada de la literatura española y francesa*, t II, p. 221.

(2) En una carta dirigida por Molière á Boileau, publicada por Martinez de la Rosa, dice: «Mucho debo al *Embustero*, pues cuando lo representaron abrigaba ya deseos de escribir, pero dudaba sobre qué. Habia entonces confusion en mis ideas y aquella obra las fijó .. En una palabra, sin el *Embustero* habria compuesto comedias de enredo, el *Atolondrado*, el *Despecho amoroso*, pero quizás no habria escrito el *Misántropo*.»

CAPÍTULO XXII.

Arquitectura.—Escultura.—Pintura.—Música.—Agricultura.—Industria.—Comercio y marina.—Arte militar.—Costumbres.—Conclusion de este período histórico.

Al asomar los primeros años del siglo XVI, hemos dicho al tratar de la arquitectura en la Parte anterior, generalizábase con rapidez el gusto romano que desde Italia se extendia á todas las naciones cristianas dadas entonces al estudio de la antigüedad y de la literatura clásica. Una revolucion en las ideas, en el estado social, en la política de los gobiernos consumaba otra igualmente extraordinaria en las artes de imitacion; y entre nosotros, las inexactas imitaciones de la arquitectura pagana, en extremo licenciosas, cundian ya como los débiles y trabajosos ensayos de la reforma que se iniciaba. Florecian por aquel tiempo entre otros eminentes maestros Auton y Enrique de Egas, Francisco de Colonia, Pedro Compte, Macias Carpintero, Pedro Gumiel, Juan de Badajoz, Juan de Alava, Ximon, Diego de Riaño, Alfonso Rodriguez y otros, formados todos en la escuela gótica, pero de los cuales acomodados muchos al espíritu de su siglo sin olvidar las máximas de aquella, siguieron tambien las del Renacimiento.

Este eclecticismo del arte, dice Caveda, era ciertamente bien conforme á la admirable transicion de la sociedad gótica á la sociedad moderna, de las tendencias germánicas á las romanas, de las tradiciones de la edad media á las de los césares. En tan repentino cambio, añade dicho autor, arrebatado el arte al sacerdocio, al hacerse profano y al adoptar las formas del paganismo, por espacio de muchos siglos olvidadas, renacieron con ellas algunas de las circunstancias que las dieron orígen en el imperio romano. Buscóse en las artes el efecto que habian causado en la antigüedad, y se las consideró únicamente como un medio de recrear los sentidos, cuando en la edad media tuvieron solo por objeto moralizar al hombre, elevar su espíritu, purificar sus instintos, prepararle á una vida futura..... La gracia y la elegancia, el atractivo de los placeres físicos, el halago de las pasiones fueron preferidos á la severidad y sencillez del sentimiento religioso: se antepuso la belleza material al espiritualismo y la forma al pensamiento, y de nuevo sometido el arte á la imitacion, olvidó que al hacerse cristiano debia su existencia á la inspiracion religiosa. Así fué como consultó al deleite mas bien que á la enseñanza, adoptando la hermosura, no como un medio, sino como el fin á que aspiraba. Por eso, hastiado ya de la primitiva sim-

plicidad que el cristianismo le prestara, la sacrificó de buen grado á la pompa de una deslumbradora ornamentacion, á los arreos minuciosos y peregrinos, que, si manifestaban sutileza é ingenio, harto descubrian tambien la falta de un objeto moral y el sacrificio de las creencias y de las tradiciones del culto de la belleza como término de la invencion artística (1).

Esta fué la revolucion producida en Italia, y los Españoles que mantenian con aquellos estados tan frecuentes é íntimas relaciones, entre quienes habian adquirido un carácter nacional los engalanados monumentos arábigos, revestidos de infinitas labores, semejantes por su índole oriental á las que de tanto favor gozaban entre los Italianos ¿cómo no habian de adoptarla? Adoptáronla sí, pero al recibir la nueva arquitectura no la emplearon de la misma manera que en Italia, ni era dable tampoco que sin ensayos y resistencias despojasen absolutamente á la gótica de la posesion en que se hallaba y de las simpatías que habia excitado en el espacio de tres siglos. Los edificios romano-bizantinos, casi los únicos que existian en Italia, prestábanse fácilmente á las formas greco-romanas, y sin grandes esfuerzos y alteraciones admitian su ornamentacion. Al contrario, el estilo ojival, exclusivo entonces en España y diametralmente opuesto al de los Romanos, habia de variar para ello el mecanismo entero de su estructura, y para hacer este cambio menos violento y peregrino el arte transigió con los hábitos conciliando el aliciente de la novedad con el respeto á las antiguas formas. Los primeros ensayos de esta transaccion no produjeron inmediatamente los edificios de los césares, por largos años olvidados: restauraron solo sus principales rasgos con una conocida alteracion en el conjunto; y el gusto arábigo, sus ornatos, y aun la delgadez de las columnas góticas y muchos de sus detalles vinieron á mezclarse con las formas romanas para su atavío y gentileza, resultando de esta singular y extraña combinacion el estilo llamado *plateresco* (2).

Hemos dicho que al penetrar en la Península el Renacimiento tenia ya el arabismo carta de nacionalidad, y perdido de vista su orígen, se hallaba, por decirlo así, españolizado en muchas de nuestras construcciones, sucediendo que cuando para ellas se adoptó un nuevo tipo, las convenciones admitidas vinieron á robustecerle con aplicaciones que parecian naturales y espontáneas. Este arabismo, dijimos en nuestra parte tercera, se echaba de ver mas particularmente en el reino de Aragon, donde quizás lo introdujeran los barones que asistieron á la toma de Granada, y adquiriendo despues una fisonomía mas pronunciadamente romana, vino á uniformarse con el que Brunelleschi y sus prosélitos generalizaron en Europa, segun se advierte desde los tiempos de Badajoz, Covarrubias, Valdelvira y otros célebres arquitectos españoles del siglo XVI.

Los primeros destellos de esta escuela y la mezcla singular de los diversos estilos que concurrieron á crearla se advierten ya en las fachadas que sustituyeron por entonces á las góticas, y cuya composicion, á pesar de su extremada licencia, es

(1) Caveda, *Ens. hist. sobre los diversos géneros de arquitectura empleados en España desde la dominacion romana hasta nuestros dias*, c. XXVI.

(2) Llámase así en España tal vez porque los célebres plateros que entonces florecian lo emplearon con brillante éxito en sus delicadísimas obras, de prolijo y menudo trabajo y rico y detenido cincelado.

casi siempre ingeniosa y bella. Tal es, por ejemplo, la célebre portada del hospital de los niños expósitos de Toledo, fundacion del cardenal de España don Pedro Gonzalez de Mendoza, diseñada y dirigida por Enrique de Egas, que la dió principio en 1504. Uno de los primeros monumentos del Renacimiento, erigidos en nuestro suelo, ofrece ya un sistema de construccion enteramente distinto del gótico, y bien diferente tambien por la ornamentacion y arreglo de sus partes componentes del que cundia al mismo tiempo por todos los estados de Italia.

Extendíase por insignes profesores la moda de la arquitectura plateresca; aumentábase la pompa y el atavío de sus fábricas al paso que alterados los miembros de los órdenes greco-romanos, desfiguradas sus columnas y molduras, desconocidas sus verdaderas relaciones con la construccion y perdidas de vista su sencillez y magestad, se pretendia que esas irregularidades desapareciesen bajo el rico aparato de los relieves y de los entallos. Del admirable efecto producido por el conjunto de estas cualidades puede España ofrecer al exámen del artista magníficos ejemplos. Son entre ellos los mas notables la casa de ayuntamiento en Sevilla, la sacristía mayor de la catedral de la misma ciudad, la portada de la colegiata de Calatayud, una puerta de la catedral de Granada, el claustro de San Zoil de Carrion, la colegiata de Osuna, el colegio de San Nicolás de Burgos, la universidad de Alcalá de Henares, la casa de los Grallas en Barcelona, que ya no existe, el trascoro de la catedral de Zaragoza, el crucero y otros trozos de la de Burgos, de un sobresaliente mérito y obra maestra de nuestros mejores escultores; las obras de Alfonso de Covarrubias en el alcázar de Toledo, la iglesia y claustro del convento de San Esteban de Salamanca, la portada de la parroquial de Santa María de Andújar, y el magnífico convento de San Marcos de Leon de la órden militar de Santiago, cuya ostentosa fachada trazó y dirigió al principio Juan de Badajoz.

En general, aun prescindiendo del precio de la exornacion, las construcciones españolas del estilo plateresco se distinguen por la esbelteza y la gracia, por cierto aire risueño y por la soltura y gallardía de sus miembros. Hay en ellas sobre todo animacion y franqueza, y mejor avenidas con la pompa que con la magestad, aman la coquetería del ornato, y antes se acomodan á la variedad peregrina de los atavíos y costosos arreos, que á la uniformidad calculada y monótona de las formas. Sus analogías con la sociedad española de la misma época se revelan al menos observador: en su gala y gentileza descúbrense las inspiraciones del poeta de aquellos tiempos, la espléndida magnificencia del reinado de Carlos I, en que las artes, prestándose al refinamiento de una cultura antes desconocida, se mostraban juguetonas y risueñas en sus inspiraciones y minuciosas y detenidas en la manera de expresarlas. El que olvide las formas por el valor de los arreos, dice Caveda, gran precio tiene que concederle; porque no es posible llevar mas adelante el lujo y la ostentacion, la variedad y ligereza de los adornos, la inteligencia en repartirlos y la destreza en ejecutarlos. En la ornamentacion, añade el mismo autor, es un brillante juguete; en el arte de construir, un conjunto fantástico de diversas escuelas. El ingenio la aplaudirá probablemente mas que la razon; y antes obra del capricho que inspiracion del sentimiento, sino nos da la verdadera medida del sublime en las artes de imitacion, nos ofrece, sin

embargo, notables rasgos de una belleza, cuya novedad sobre todo muy notablemente la distingue (1).

Así, pues, impropiamente se ha llamado del *Renacimiento* á este género de arquitectura, suponiéndolo una exacta imitacion ó cuando menos una derivacion inmediata del empleado en los mejores tiempos del imperio romano, siendo así que prescindiendo de algunos detalles, de cierta distribucion en los miembros, arquitectónicos, y de los rasgos secundarios é independientes del carácter esencial de la construccion, poco ó nada se encuentra de comun entre la antigua y moderna arquitectura, tal cual esta sustituyó á la gótico-germánica durante los primeros años del siglo XVI. Y es notable que al propio tiempo que el conocimiento de la antigüedad, el desarrollo social, la necesidad de procurar para las construcciones civiles, exigidas por una nueva cultura, una construccion distinta de la religiosa hasta allí empleada en los templos, la decadencia del predominio eclesiástico y las relaciones de España con los estados de Italia introducian entre nosotros el nuevo original género, aun se construian fábricas del estilo ojival, el que vivió en union con el recientemente adoptado por espacio á lo menos de setenta años.

En la mezcla de las contrapuestas escuelas que concurrieron á formar el estilo plateresco sobresalia la arquitectura romana, y esta, objeto siempre de detenidas investigaciones, despues de muchos ensayos y acercándose gradualmente á su verdadero tipo, vino al fin á desterrar aquella manera de construir conforme perdian parte de su precio los detalles minuciosos y se buscaba el efecto, no ya en la prodigalidad de las labores, sino en la disposicion de las masas y en la acertada combinacion de su conjunto. Diego de Siloe fué uno de los maestros que, si no pudo olvidar del todo el aire y las dimensiones del gótico-germánico, acercóse mas que otros de sus comprofesores á la sencillez y buen gusto que distinguieron despues las obras de la restauracion en su mejor período. Otro contemporáneo suyo, como él dotado de grandes talentos artísticos, Alfonso de Covarrubias, hacia iguales esfuerzos para que se olvidase la manera gótica y para arrancar á la antigüedad romana sus secretos en el arte de construir. Pedro de Valdelvira en la catedral de Jaen, Machuca en el palacio de Carlos V en Granada, desarrollaron mas y mas el estilo puramente romano, y Diego Riaño en la sala capitular de la catedral de Sevilla, fué de los primeros en interpretarlo entre nosotros, sin que ninguno de sus contemporáneos pueda gloriarse de haberlo copiado con tanta fidelidad, con mas profundo conocimiento del arte. Francisco de Villalpando dióse á estudiar el antiguo mas que en los detalles aislados y en las partes ornamentales, en su verdadera índole, en las causas que lo determinaban, y superior en esto á los demás artistas contemporáneos, aventajólos á todos en lo que se llamó despues *aticismo*, como lo manifestó en la suntuosa y magnífica escalera del alcázar de Toledo. Esto y la traduccion que entonces hizo el mismo maestro de los libros de arquitectura de Sebastian Serlio, el preceptista mas profundo del siglo XVI, dieron entre nosotros considerables mejoras al estilo greco-romano. Sin embargo, la gloria de llevar á término su restauracion estaba reservada al célebre Juan de Toledo, formado en las mejores escuelas de Italia,

(1) Caveda, l. c.

conocido por su distinguido mérito entre los mas aventajados profesores y trazador del monasterio del Escorial. Testigo de las magníficas construcciones de Roma bajo la direccion de Miguel Angel, y acreditado como arquitecto del palacio de los vireyes de Nápoles, Felipe II le llamó otra vez á su patria y proporcionóle ocasion de desplegar sus vastos conocimientos y difundirlos entre sus compatriotas. Él fué quien imprimió á los edificios modelados segun la escuela romana, la magestad y nobleza de que carecian; quien supo depurar el gusto de las impertinencias y resabios que todavía le alteraban, quien dió en España á la arquitectura de la época el clasicismo de que carecia antes del año 1565.

La gran obra de Toledo es el monasterio de San Lorenzo, uno de los mas grandiosos y sublimes de la Europa moderna. En la simplicidad de sus formas, dice Caveda, en la combinacion y armonía de sus partes componentes, en la magestad y varonil continente del conjunto, dejó Toledo una insigne prueba, no solo de sus conocimientos en la arquitectura clásica y de su aficion á la antigüedad romana, sino tambien de que, empapado en las máximas de los célebres maestros de Italia, sus contemporáneos, encontraba suma facilidad para ponerlas en práctica, conducido mas bien por la misma sencillez de sus gustos y de su carácter, que por los principios de la ciencia. Como los célebres poetas de su tiempo que sin afectadas pretensiones, ni pomposas y vanas palabras sabian expresar sublimes conceptos y elevados pensamientos, Toledo daba realce á los suyos, no con la brillantez de los atavíos, ni una faustosa exornacion, sino esperando el efecto de su calculada grandeza y obedeciendo á la profunda y severa razon que se los dictaba.

Adelantadas se hallaban ya las obras del Escorial, para las cuales habia construido Toledo un modelo de madera que fielmente representaba toda la fábrica, práctica de los buenos arquitectos que encarece mucho el P. Sigüenza, cuando apareció el genio inventor del asturiano Juan de Herrera para acomodar la ciencia de Vitrubio al espíritu de su siglo, é imprimirle el carácter que entonces distinguia á la sociedad española. Discípulo de Toledo, pasó á Italia y á los Paises Bajos, de donde vino para ocupar una plaza de ayudante en las obras del Escorial, de cuya direccion se encargó, distinguido con la confianza del monarca, luego de acaecido el fallecimiento del maestro. Las concepciones de Herrera, que con tanta eficacia contribuyeron á formar una escuela propia, tenian toda la grandiosidad magestuosa y sublime, el fausto de severa sencillez sin afectacion ni desaliño que caracterizan su estilo y le hacen eminentemente español. Ante la colosal grandeza de la monarquía, ante los portentosos triunfos de España, el genio superior de Herrera desdeñó la pequeñez y el afeminamiento de los ornatos, apareció siempre mesurado y grave, y confiando el efecto á las vastas dimensiones y á su combinacion y compartimiento, llegó á mostrarse mas de una vez hasta desabrido y austero.

Herrera no ideó la fábrica de San Lorenzo, pero verificó en ella notables alteraciones y agregados para mejorarla sin duda, como pretende el P. Sigüenza: suyo es el trazado del templo y suya tambien la ejecucion. Al acometer tan árdua empresa y hacerla propia, por decirlo así, mas que ningun otro habia llegado á comprender que la arquitectura greco-romana solo aparece suntuosa y bella á fuerza de magestad y decoro, y que estas cualidades no se consiguen jamás en

los cuerpos reducidos y sin el desarrollo de una extensa escala. De ahí la sencilla grandiosidad de sus concepciones, las dilatadas líneas de sus planos y esa manera varonil de emplear con prudente economía los ornatos, confiando el efecto al gran tamaño de los miembros arquitectónicos. El templo del Escorial, observa acerca de esto Caveda, què es severamente magnífico con sus proporciones de coloso, seria trivial y desaliñado reducido á mas cortas dimensiones. ¿Qué pide el genio de las artes al conjunto sorprendente de sus robustas masas, á su ingeniosa sencillez, al sentimiento religioso que le imprime un carácter sagrado, á la pureza y valentía de sus perfiles, á la hermosura y lucidez de sus líneas, al tacto con que se han combinado sus proporciones? pregunta el mencionado escritor. El Escorial, como morada de un monarca, como un templo cristiano, corresponde á la grandeza de la nacion española en el siglo XVI; es un trasunto de su imponente dignidad, y el que vaya á juzgarle segun el espíritu de nuestros dias, comete un anacronismo, y se propone sujetar las formas gigantescas de un gigante á las reducidas dimensiones de un pigmeo.

El monasterio es dórico y de piedra berroqueña; sólido, magestuoso, severo en sus formas y ornatos, colosal en sus dimensiones, grandemente proporcionado y de una perfecta armonía en sus diversas partes. Describiendo su planta un vasto paralelógramo de setecientos cuarenta y cuatro piés de longitud y quinientos ochenta de latitud, con la habitacion real que corre á espaldas del templo, presenta una figura que se dice parecida á la de las parrillas, y segun se pretende, procurada de intento como emblema del martirio del santo patron. Una de las partes mas suntuosas de este edificio es el panteon de los reyes, pero aunque se ha prodigado el oro para enriquecerlo y hermosearlo, carece de la severidad clásica y del gusto sencillo y noble compostura que recomiendan las fábricas de Herrera. Ejecutado por diseños del marqués don Juan Bautista Crescencio, se empezó en 1617 y fué concluido en 1654, cuando ya la arquitectura restaurada habia perdido mucho de su primitiva pureza.

El sentimiento artístico que distingue las obras del Escorial, predomina igualmente en todas las demás de su autor, en el palacio de Aranjuez, en la casa de Oficios del mismo lugar, en la lonja de Sevilla, en la fachada del mediodia del alcázar de Toledo, en el puente de Segovia sobre el Manzanares. Y es lo mas notable en este célebre maestro que venciendo la dificultad de acomodar á la índole del cristianismo un género de arquitectura nacido y desarrollado con las creencias gentílicas, supo imprimir en sus fábricas religiosas el carácter místico de su siglo, y quitando de ellas la idea del politeismo hacerlas respirar evangélica melancolía, cristiana sencillez y fé robusta y pura, como se observa en la catedral de Valladolid y en las iglesias de Valdemorillo y Colmenar de Oreja. Gran influjo ejerció Herrera en el desarrollo y generalizacion de la arquitectura restaurada, y no fué solo con su ejemplo, con la variedad y el mérito de sus obras como contribuyó á extenderla y perfeccionarla. Autorizado por Felipe II para intervenir en todas las construcciones de alguna importancia y examinar y aprobar sus diseños, bien puede decirse que en pocas dejó de entender mas ó menos directamente. Fué por otra parte como el promovedor de la academia de arquitectura establecida por aquel soberano, y formó á su lado célebres maestros.

Muchos eran los que entonces florecian, pertenecientes todos á la escuela del

arquitecto del Escorial. Francisco Villaverde construia en 1568 la sacristía dórica de San Claudio de Leon; Juan Alvarez, la famosa escalera del convento de San Vicente de Plasencia; fray Miguel de Aramburu, el convento de Trinitarias de Eibar; Juan de Tolosa, el hospital de Medina del Campo; Pedro Blay, arquitecto de la catedral de Tarragona, la casa de la Diputacion de Barcelona; Juan de Valencia, el templo de la Trinidad de Madrid ; Andrés de Arenas , la parroquial de Santa María de Olivenza ; Juan Andrea Rodi, el claustro de la catedral de Cuenca; Antonio Segura, la cúpula del convento de Uclés, y Francisco Martin, el de los Premostratenses de Ciudad-Rodrigo. Pedro Mazuecos trabajaba al mismo tiempo en las obras de Simancas , Juan de Orea en las de la catedral de Granada, Alfonso Barba en las de Jaen, Juan Andrea y Martin de Vergara en las de Toledo, y Luis de Vega y su sobrino Gaspar en el alcázar de Sevilla.

En todos los puntos del reino se levantaban nuevos edificios y concluíanse tambien muchos de los empezados en tiempo de los Reyes Católicos y de Carlos I, de modo que la arquitectura no quedó rezagada en el prodigioso vuelo que artes y letras tomaron en el reinado de Felipe II. Y no fueron solas á sostenerla en este magnífico período del estilo greco-romano las excelentes construcciones, la proteccion del monarca, la esplendidez de los obispos y próceres del reino, la riqueza é influencia de las casas religiosas y de los cabildos eclesiásticos: para que la práctica, ya acreditada en tantas y tan ostentosas obras, descansase sobre principios estables y las reglas del arte no se abandonasen á la tradicion y al capricho, generalizáronse entre nuestros profesores los escritos mas luminosos de la ciencia de Vitrubio. A la obra original de Diego Sagredo y á la traduccion de los libros de Sebastian Serlio agregó Francisco Lozano la suya de la Arquitectura de Leon Bautista Alberti; Juan Arfe dió á luz en 1585 su tratado de *Varia conmensuracion*, y Patricio Caxesi vertió al castellano la *Regla de los cinco órdenes* de Jacobo Vignola, publicada en 1595.

Por fortuna habia encontrado Herrera un digno sucesor en su discípulo Francisco de Mora, quien con el valimiento de Felipe III sostuvo fielmente en los primeros años del siglo XVII las máximas de su maestro y continuó su escuela sin notable menoscabo. Al mismo tiempo otros profesores de gran crédito, parecidos todos én el estilo como si una sola escuela los hubiese formado, daban muestras de su talento y su saber sosteniendo el arte á la altura á que lo habian elevado sus antecesores. Mora construyó las dos casas de Oficios y la de la Compañía en el Escorial, algunas obras en el alcázar de Segovia, el palacio del duque de Uceda, en Madrid, el del duque de Lerma, el claustro de San Felipe el Real, ya demolido, y los conventos é iglesias de Porta-Cœli y Descalzas Franciscas. Baltasar Alvarez dirigia la construccion de la iglesia de las Agustinas de Valladolid, empezada en 1588; Nicolás Vergara continuaba la capilla del sagrario de Toledo; Vergara el mozo trazaba la iglesia de las monjas bernardas y la de los Mínimos de la misma ciudad; Juan Mas y Antonio Pujades, la casa de ayuntamiento de Reus; el Greco la iglesia de monjas dominicas de Toledo; Miguel de Soria la de los Carmelitas de Madrid; Francisco de Isassi la parroquial de Eibar, y otros distinguidos profesores varias fábricas que son todavía ornamento de nuestro suelo, especialmente el claustro principal del monasterio de Buenavista, junto á Sevilla, la casa de ayuntamiento de Toledo, el convento del Cár-

men de Salamanca, la iglesia de San Francisco de Vitoria y la colegiata de San Nicolás de Alicante. Por desgracia la época no podia ya corresponder á la vasta extension de tanto genio. Las concepciones tenian que acomodarse á las necesidades apremiantes del estado, á la penuria de los recursos, al cansancio de los pueblos y de los particulares. Por esto el siglo XVII no nos ofrece aquellas empresas colosales del anterior, por mas que en sus primeros años reine el mismo gusto y la escuela no haya variado.

Sin embargo, ya á principios del mismo siglo comenzaba la arquitectura á mostrarse menos sencilla y castiza que en tiempo de Herrera y á revelar los primeros gérmenes de la liviana desenvoltura que un poco mas tarde empañó su decoro ajando la magestad que tanto la realzaba , y esto sin que bastaran á evitarlo los esfuerzos del reputado director de las obras reales Juan Gomez de Mora, que en este destino habia sucedido á su tio y maestro Francisco de Mora en 1611, y de quien eran la fachada del mediodia del antiguo palacio real, la iglesia del convento de San Gil, edificios què ya no existen; la Plaza Mayor de Madrid con su palacio de la Panadería, cuyas vastas obras perecieron en el incendio de 1790; el colegio de la Compañía en Salamanca; el colegio llamado del Rey en la misma ciudad, y el convento y templo de las Recoletas Bernardas en Alcalá de Henares. Amenazaba, pues, la decadencia al estilo greco-romano, y ella como su restauracion vino de Italia, donde olvidados ya los maestros de la severa grandiosidad de Palladio y de aquel puritanismo clásico que distinguia las construcciones de los restauradores, se habian apartado algun tanto de su manera sencilla para aumentar la exornacion con desusados arreos. No tardó este nuevo gusto en introducirse en nuestra Península, y Juan Martinez dió desde 1612 señales de esta licencia en los edificios de Santa Clara, San Lorenzo y San Pedro de Sevilla. En ellos se ve que se empleaban los nuevos atavíos con aquella especie de temor que embaraza y retrae cuando se contrarian la opinion y las ideas de antiguo recibidas; pero una vez introducida y tolerada una licencia, en vano se pretende fijar sus límites: el capricho los traspasa á despecho de la razon, y esto sucedió en España. Las obras de los primeros innovadores pudieran tenerse por sencillas y arregladas, cuando don Juan Bautista Crescencio, venido de Italia y muy protegido despues por el conde-duque de Olivares, introdujo la balumba de follages repartidos con extraordinaria prodigalidad, recargó sus obras de ornamentacion, como complaciéndose en multiplicarla, si bien respetuoso con las formas y proporciones, no daba tormento á los órdenes, no desquiciaba sus miembros, ni hacia alteracion ninguna en los perfiles, en los cortes, en la composicion y armonía de las partes. Era mucho el valimiento y mucha la autoridad de este extrangero para no tener gran número de imitadores, y en breve la mayor parte de los maestros españoles, abandonando la sencillez pasada, llenaron de adornos sus diseños en contra del carácter especial de la arquitectura romana, procurando , sin embargo , conciliar con la falta de sencillez las buenas máximas del siglo XVI. El último de nuestros arquitectos que en medio de estas innovaciones mostró mas apego á la escuela de los Moras é hizo mas por conservarla , aunque participando en algo del contagio general, fué fray Lorenzo de San Nicolás. Sus esfuerzos , empero , nada pudieron contra la moda y la influencia de los secuaces del nuevo estilo. El impulso estaba dado , y abiertas las puertas

á la novedad, el giro que tomaban las ideas tendia á llevarla mas lejos.

El arquitecto Borromini, deseoso de ser original y confiado imprudentemente en la fecundidad de su ingenio, habíase lanzado en Italia á una nueva escuela caprichosa y extravagante, aunque peregrina y original, al encontrar harto trillada la senda del clasicismo que recorria con gloria su competidor el Bernini. A esta corrupcion de la nativa sencillez y pureza de la arquitectura greco-romana añadió aun mas peligrosas y extrañas innovaciones el P. Guarini, uno de los principales secuaces del nuevo estilo, y al momento contó este con numerosos discípulos dentro y fuera de Italia. Esto sucedia á tiempo que la pintura llegaba entre nosotros al mas alto grado de explendor y cuando muchos de sus distinguidos profesores concurrian á Roma para perfeccionarse en su arte. Allí sin duda fueron testigos y admiradores del desarrollo y de la aceptacion de la nueva arquitectura; tanto mas debieron empaparse en sus máximas cuanto que casi todos eran á la vez pintores y arquitectos, y de regreso á su patria y en posicion de diseñar las principales obras que en ella se emprendian, era natural que siguiesen la escuela de Borromini, fomentando una novedad que abria ancho campo á la fantasía permitiendo trasladar al mármol los caprichos confiados al lienzo.

El primer ensayo del estilo borrominesco que tuvo lugar en España fué el arco diseñado por Alonso Cano en 1649 para la entrada en Madrid de la reina doña Mariana de Austria. Otro pintor que entonces gozaba de mucha reputacion, Francisco Herrera el mozo, nombrado maestro mayor de las obras reales en 1677, á su regreso de Roma, cultivó con empeño el mismo género, y de su gusto tenemos una muestra en el templo de Nuestra Señora del Pilar de Zaragoza, edificio falto de proporcion y que aun hoy parece pesado y rudo á pesar de las bellas agregaciones con que lo mejoró Ventura Rodriguez. Cano, Rizi, Donoso, Valdés, Leal y Coello, arquitectos y pintores, siguieron con mas ó menos empeño la escuela borrominesca, y sobre todo Rizi, como perspectivo con sus decoraciones para el teatro del Buen Retiro, cuando tanto protegia la escena Felipe IV, hubo de contribuir mas que otros á su crédito y desarrollo.

Esto no obstante, conservábanse todavía algunos restos del estilo greco-romano y las líneas rectas eran miradas con cierto respeto. Donoso, que vió en esto una rancia rutina, ensayó el primero doblegarlas é introducir aquel laberinto de entortijaciones, que mas adelante vino á destruir de todo punto el sistema antiguo con la completa dislocacion de las formas y de los miembros. Esta manera aplicada por su autor á los claustros del convento de Santo Tomás de Madrid y á las portadas de Santa Cruz y de San Luis, ofreciendo otros tantos ejemplos de su caprichosa inventiva, cundió con rapidez por todas partes. Sebastian Recuesta construia en Sevilla la iglesia de los clérigos menores por los años de 1655; José Arroyo, la casa de la moneda de Cuenca; Francisco Dardera, el retablo de la iglesia conventual de Uclés en 1688, Sebastian de Herrera Barnuevo, uno de los mas atrevidos en el mismo género, infinidad de retablos hasta el año 1670; José del Olmo, la capilla y retablo de la Santa Forma del templo del Escorial en 1677; Ignacio Moncalcan y Pedro Portelo, el hospital de San Agustin de Osma en 1699, etc.; pero entre todos quienes particularmente sustentaron y extendieron esta escuela y quienes con mayor libertad y desenfado la llevaron al último ex-

tremo de la licencia, fueron Francisco Hurtado, trazador de la capilla del Sagrario de la Cartuja del Paular; Narciso Thomé, el arquitecto del costoso é intrincado transparente de la catedral de Toledo, José Churriguera, infatigable diseñador de retablos, y tan fecundo en peregrinos dislates que se distinguió el estilo de Borromini por él adoptado con el nombre de *churrigueresco*, como si hubiese sido él su inventor, y por fin Pedro Rivera, maestro mayor de Madrid.

Era la época en que el culteranismo habia invadido á la vez las letras y las ciencias olvidando los antiguos modelos, y formado una nueva y singular escuela. La corrupcion cundió á las bellas artes, y la arquitectura, sostenida por el lujo de los príncipes y la veneracion y explendor del culto, hubo de pagar necesariamente el mismo tributo á su siglo. El genio de la invencion vino á plegarse á las exigencias de la sociedad que le alentaba, y la oscuridad y el embrollo de la poesía, su manera revesada de expresar las ideas, su sutileza, hinchazon y travesura pasaron al arte de construir y celebraron y fomentaron el churriguerismo. Este, con su índole especial é indefinible, emancipóse entonces completamente del género antiguo rompiendo con él toda relacion; para la distribucion y armonía de sus enmarañadas composiciones no observaba otra regla que el capricho, ni mas principios que su propia y acalorada fantasía, predominando constantemente en él igual carácter: libertad suma y profusion en el ornato, capricho y extravagancia en la invencion, variedad, infinita en las formas, licencia y muchas veces desquiciamiento en los miembros de un órden y en la manera de combinarlos. Y sin embargo, en algunos de aquellos monumentos históricos, que tan bien nos revelan la índole propia de una época de infortunio y decadencia para la nacion española, adviértese, segun Caveda, *cierto no sé qué* sorprendente, una rara inventiva, una variedad inagotable, una singular armonía que, escapando al análisis, llama la atencion por sus mismos delirios; cierta sutileza, finalmente, que el buen gusto rechaza, y que sin embargo detiene y distrae al espectador. Sus fantasías ofenden al recto sentido, y de hecho le contrarian frecuentemente; pero son producidas por una imaginacion fecunda y lozana, caracterizan una época, descubren un gusto literario, revelan casi siempre un talento no vulgar. Y cualesquiera que sean los abusos y el mal gusto de la ornamentacion churrigueresca, preciso es reconocer que en la disposicion general de los edificios, en su compartimiento interior y en el arreglo de sus cuerpos, sus constructores no carecian de genio ni de inteligencia. Conocian el arte y le practicaban bien, por mas que haya motivos para negarles el título de adornistas delicados. Y aun sobre esto obsérvese que la ornamentacion churrigueresca, de suyo caprichosa y variada, pocas veces suelta y ligera, reducida por lo comun á robustos follages, produciria otro efecto á pesar de su mal gusto, si al pensamiento del arquitecto correspondiese fielmente la ejecucion del escultor. Pero no sucede así: Monegro y Gregorio Hernandez no habian dejado sucesores dignos de su nombre; la escultura y la talla habian venido al mayor descrédito, y el cincel rastrero y pesado no copiaba ya sino imperfectamente los dibujos del artista. Este era el lastimoso estado de la arquitectura á la conclusion del período histórico que ahora examinamos (1).

---

(1) Como en la Parte anterior, la obra de don José Caveda tantas veces citada por nosotros, nos ha proporcionedo la mayor parte de las anteriores noticias y apreciaciones.

La escultura, como la arquitectura y las demás bellas artes, alcanzó alto grado de perfeccion á principios del siglo XVI. El arte italiano habia llegado al apogeo de su gloria; Leonardo de Vinci, Miguel Angel, Rafael, el Ticiano y Correggio producian sus obras inmortales, y en íntimo contacto España é Italia por las empresas de Fernando V y de Carlos I, los artistas españoles se apresuraban á marchar á aquella tierra maravillosa, mas rica para ellos que las regiones recientemente descubiertas de Méjico y del Perú. A su vuelta trajeron el conocimiento de los grandes modelos; artistas italianos los acompañaron á España atraidos por la magnificencia real y por las larguezas de los grandes y prelados, y juntos completaron la obra iniciada en la época anterior. De lo que era la escultura entre nosotros á mediados del siglo XVI dan elocuente testimonio los encantadores adornos de las construcciones platerescas y las obras inmortales de Gil de Siloe, Alonso Sardiña, Juan Antonio Ceroni, Felipe de Borgoña, Alonso Berruguete, Pedro Cisaro, Miguel de Espinosa, Antonio Morante, Bernardino Ortiz, Juan y Diego Morlanes, Guillermo Doncel, Miguel Ancheta, Damian Forment y otros eminentes escultores, que acabaron por fundar escuelas propias y por producir una vigorosa originalidad. Monegro y Gregorio Hernandez florecieron en el brillante período del clasicismo del arte, pero despues de ellos, la escultura, lo mismo que el arte pictórico, experimentó de las primeras la corrupcion que de las letras se habia apoderado. Escultores y pintores adoptaron la oscuridad en las ideas, la exageracion en las actitudes, el atrevimiento y hasta la licencia en los escorzos, la complicacion en las composiciones, la menudencia en los accesorios. Fueron de moda las alegorías, y túvose á gala hacer misteriosa y confusa la inspiracion y atormentar así al pensamiento que habia de comprenderla. Véanse sino las estátuas y relieves de los sucesores de Hernandez en los últimos años del siglo XVII, lo mismo que los cuadros de Rizi con sus aglomeramientos de ornamentaciones y detalles, y las pinturas simbólicas de Jordan; y al ver la sencillez antigua sustituida por la exageracion, se comprenderá palpablemente como los mismos vicios del estilo literario habian sido trasladados al mármol y al lienzo.

Durante el período anterior la escuela pictórica no habia sido mas que una en Europa: bizantina hasta el siglo XI ó XII; gótica hasta los últimos años del XV. Por lo que á España toca, vemos á esta escuela tanto ó mas perfeccionada que en Francia, Inglaterra, Suiza y Flandes, con una historia cumplida, con sus originales mas ó menos vagos, con su crecimiento mas ó menos aventajado; y caracterizándose hasta por los diferentes reinos que en la península existian, el arte llegó al apogeo que nos demuestran las bellas é ideales concepciones de Castro en Sevilla, de Alfonso en Toledo, de Pedro en Córdoba, de Rincon en Granada, de Dalmau y Borrasa en Barcelona. A últimos del siglo XV y á principios del XVI experimentó la pintura en nuestra patria igual revolucion que todas las artes del diseño, y nuestros pintores, aleccionados en Italia, que en un principio imitaran tímidamente el arte de aquellos maestros, tomaron poco á poco un aire mas libre, mas suelto, hasta que al fin llegaron á la independencia y á la originalidad. Hubo entonces cuatro escuelas principales, á saber: la de Valencia, la de Toledo, la de Sevilla y la de Madrid, pero las dos primeras se fundieron andando el tiempo en las otras. La de Valencia, creada por Juan de Juanes,

esclarecida por Rivera, Rivalta y Espinosa, se incorporó como las pequeñas de Córdoba, Granada y Murcia á la gran escuela de Sevilla. La de Toledo, fundada por el Greco, produjo á Luis Tristan, y se perdió con las pequeñas de Zaragoza y Valladolid en la gran escuela madrileña al convertirse aquella villa en capital de la monarquía en tiempó de Felipe II. La escuela de Sevilla comienza de un modo magnífico con Luis de Vargas, Villegas, Marmoleso y Pedro Campana, los tres últimos discípulos de Italia; se perfecciona al influjo de Juan de Juanes: crece, se eleva, se hace española y llega á ser lo que fué con Juan de las Roelas, Castillo, Herrera el Viejo, Pacheco y Pedro de Moya, que le lleva de Lóndres las lecciones de Van-Dyck; y por fin, llénase de vigor y madurez y produce las obras maestras del arte español por medio de Velazquez, Alonso Cano, Zurbaran y Murillo, que la resume en todo su explendor. La escuela de Madrid experimentó iguales vicisitudes: Berruguete, Becerra y Navarrete el mudo, discípulos de los maestros italianos, secundados por el flamenco Antonio Moro, fundan la escuela castellana; Castillo, Caxes, Carducci, Cruz, Pereda y Collantes la emancipan de la imitacion extrangera y la ilustran con sus trabajos; la fecunda el gran Velazquez inoculándole el método de la escuela sevillana, y de esta mezcla salen Pareja, Carreño y Cerezo que, á pesar de vivir en Madrid, parecen hijos de Sevilla.

Esta prosperidad alcanzó hasta el reinado de Felipe IV, quien no se mostró menos aficionado á la pintura y á los pintores que á la literatura y á los literatos. A su munificencia se debió que vinieran á España los grandes artistas que tambien florecian entonces en las escuelas de Italia y de los Paises Bajos, y que enriquieran con sus obras muchos monumentos de nuestra patria. Felipe IV llevó hasta el extremo el afan de ver trasladadas al lienzo sus facciones, las de todos los objetos de su amor y los principales sucesos de su reinado, y así fué que las campañas del Montferrato y de la Alsacia, la derrota de la armada inglesa cerca de Cadiz, la victoria de Nordlinghen, la batalla de Fleurus y otros gloriosos acaecimientos quedaron transmitidos á la posteridad por los pinceles de Velazquez, Rubens y Van-Dyck. Sin embargo, en vano era que aquel rey enviase á Italia á Velazquez para que comprara las mejores estátuas, medallas y cuadros que encontrara en aquel país de las artes; en vano el Españoleto pintaba sus severos é imponentes cuadros, Murillo sus celestes vírgenes, Alonso Cano sus obras maestras, y Arellano y Vander-Hammen sus hermosas flores: el arte pictórico, llegado á su apogeo, empezó á decaer reinando todavía el monarca que tanto lo amaba, y la decadencia siguió su curso hasta concluir el siglo XVII. En 1660, pocos años antes de la muerte de Murillo, se reunieron los artistas de Sevilla que habian sobrevivido á Velazquez, á Zurbaran y á los otros esclarecidos ingenios sus predecesores, para formar una academia de pintura y dibujo, prestándose á dar lecciones y á suministrar gratuitamente todos los objetos necesarios á la cultura del arte. Esto no obstante, veinte años despues de su fundacion, la academia dejó de existir por falta de profesores y discípulos.

La pintura que al paso que las demás artes del diseño abandonaban poco á poco la inspiracion cristiana para paganizarse y materializarse, habíase conservado esencialmente religiosa, participó en España de la corrupcion general que lo invadió todo á últimos del siglo XVII. Lo hemos dicho ya: hízose confusa la inspiracion artística que dejó poco á poco de animar á los que pretendian reves-

tirla de tantas alegorías y misterios, y en el reinado de Carlos II solo Claudio Coello, último y noble vástago de la degenerada escuela de Madrid, hacia revivir de cuando en cuando los buenos tiempos del arte.

El período de la buena música española, de la música sencilla, grave y patética, es el mismo que el de las demás artes, sus hermanas. En la segunda mitad del siglo XVI y á principios del XVII produjo España eminentes compositores, especialmente en el género religioso que poco antes Palestrina rehabilitara en Roma. Los archivos de los cabildos de Toledo, Valencia, Sevilla, Burgos y Santiago, los de Montserrat, el Escorial y otros famosos monasterios, los de los Padres del Oratorio guardan ó guardaban preciosos é innumerables tesoros. Cada catedral, cada monasterio, tenia sus tradiciones, su repertorio, sus maestros y sus discípulos, pero la iglesia de Valencia fué quizás la que cultivó con mas éxito el divino arte. Célebre es el nombre de Gomez, que dirigia aquella capilla en tiempo de Felipe II, y de él se conservan todavía una *letanía del Santísimo*, una *Salve Regina* y un oratorio de la *Pasion*. Siguiéronle Ortells, que vivió á principios del siglo XVII y de quien se ha conservado en el repertorio una lamentacion para el miércoles santo, un motete para la Candelaria, muchas misas y salmos, y Baban, de quien existe un salmo á la Vírgen de los Dolores y una oracion de las tres horas para el dia del Corpus. Algunos distinguidos compositores de esta época llevaron sus lecciones hasta la culta tierra de Italia, y entre ellos han de ser citados Perez, del cual se cantan en el dia magníficos fragmentos en la capilla Sixtina; Morales, uno de los mas firmes sostenes de la grave música religiosa; Monteverde, que fué uno de los creadores de la ópera italiana, y el ciego Salinas, que goza fama del mejor organista que se ha conocido.

La música española declinó como todo en la segunda mitad del siglo XVII. Encerrada poco á poco en el santuario, en el cual hallara siempre un asilo, perjudicóle el aislamiento en que estaba cada catedral respecto de las tradiciones y de las riquezas musicales de las demás, agregándose á esta falta de escuela y de obras comunes el mismo mal que habia perdido á la literatura y á las otras bellas artes. Los cultistas y conceptistas abandonaron las claras melodías por los cánones, las fugas y todas las sutilezas del contrapunto; el arte fué sustituido por el oficio y el genio por la paciencia, y la aficion á estos vanos juegos de la fantasía, que no tenian mas mérito que el de la dificultad vencida, puede decirse que llegó hasta la extravagancia y la ridiculez. Al cántico de San Juan

> ***Ut*** queat laxis
> ***Re***sonare fibris etc.

diéronle mil singulares vueltas, y dictábase á los discípulos, como otro dificilísimo, pero casi inútil ejercicio, estos versos sin sentido:

> ***La fá***brica suprema,
> ***Mi re***ino celestial,
> Del infeliz mortal,
> Hará mo***fa sol***tando, etc.

á cuyas sílabas que son el nombre de una nota, habia de aplicarse siempre, escribiendo para cuatro ú ocho voces en fuga ó cánon la misma nota que representan.

Floreciente era tambien en los comienzos de este período el estado de la agricultura; mas ¡ay! que como todo lo de España en aquel tiempo, la veremos en breve reducida á la nulidad y casi aniquilada. ¡Halagüeño y lastimoso trabajo es el nuestro en los presentes capítulos, debiendo señalar el apogeo y esplendor de todas las fuerzas de nuestra patria para referir á continuacion su inmediata ruina! En el siglo XVI aprovechaban los Españoles cuantos beneficios les ha concedido la Providencia con su fertilísimo y variado suelo. Mientras se daban los nobles á la carrera de las armas, las demás clases enriquecian el país con su asíduo trabajo, y en él ocupaba la agricultura honroso y preferente puesto. La poblacion se elevaba, aunque en esto son muy diversos los cálculos, á mas de doce millones de almas; Asturias, Navarra y las Provincias Vascongadas estaban cubiertas de frutales y de pastos que alimentaban á innumerables rebaños. Todo el norte de la Península producia frutos exquisitos, miel, cera, lino, cáñamo y trigo en abundancia. El azafran que se cultivaba cerca de Barcelona y de Cuenca era un manantial de riqueza para Cataluña y Castilla la Nueva. La huerta de Valencia, surcada por un sinnúmero de canales y acueductos, ofrecia el aspecto de un magnífico jardin. En Andalucía y las dos Castillas sobraban las mieses para el alimento de los habitantes, y de allí se exportaban anualmente cereales para subvenir á las necesidades del extrangero, sin que nada igualara la amenidad y riqueza de las márgenes del Guadalquivir y del Duero, de las costas de Almería, Málaga y Tarifa. El reino de Granada, habitado aun por los descendientes de los Arabes y Moros, ostentaba por do quiera los productos de la agricultura mas floreciente del mundo, y alimentaba una poblacion de uno ó dos millones de habitantes. Las Alpujarras estaban cultivadas hasta lo mas alto de sus cimas; su vega, regada por el Jenil, era famosa por su fertilidad extraordinaria, que se atribuia á los torrentes de sangre que inundaron aquella llanura en las últimas luchas entre cristianos é infieles, pero que sin duda se debia mas al trabajo del hombre; depósitos de aguas y canalizos distribuian el riego por las tierras mas áridas y apartadas, y así ayudando la variedad de los climas, se conseguia cultivar en ellas las plantas de los trópicos y las europeas. El banano, el pistacho, el mirto y el sésamo crecian al aire libre, y aquel reino era nombrado el paraiso del mundo.

Desde el reinado de Felipe III comenzó á conocerse el decaimiento de tan floreciente estado. A ello pueden señalarse varias causas, en las cuales no comprendemos como la generalidad de autores que en esto han ido copiándose unos á otros, la amortizacion civil y eclesiástica: problema es que no se ha resuelto todavía si favorece mas al buen cultivo la extremada division ó la acumulacion de propiedades, y las Provincias Vascongadas por una parte é Inglaterra por otra son dos palpables ejemplos de no depender principalmente de estas causas los progresos de la agricultura. Además, si España con los mayorazgos y la amortizacion eclesiástica habia llegado en su prosperidad agrícola al punto que hemos indicado, no hay razon para atribuir de pronto su ruina á las mismas causas que venian existiendo y que no habian impedido que la nacion que fuera un campo de batalla durante los siglos XIII y XIV, se convirtiese durante los siglos XV y XVI en lo que antes hemos explicado. Y decimos esto ciertamente, no para defender caidas instituciones que sin duda necesitaban de reforma como todo, segun varias

veces habian solicitado las cortes de Castilla, sino para poner en guardia á nuestros lectores contra las absolutas afirmaciones que los historiadores de cierta escuela se pasan de mano en mano como una moneda de buena ley, siendo así que su bondad dista mucho de estar reconocida por la ciencia y por la práctica. Mejor y mas acertado es atribuir el decaimiento agrícola de España á varias causas secundarias, entre ellas á las sucesivas devastaciones de los ganados trashumantes que pasaban el verano en las montañas de Asturias y Leon y el invierno en los campos de Andalucía y Extremadura, estando prohibido á los labradores cerrar sus propiedades con vallados ni zanjas que les impidieran el paso (1), y á una causa principal entre todas, que fué la creciente despoblacion del reino, ocasionada por las emigraciones á América, las incesantes guerras y la expulsion de los Moriscos.

Se ha calculado que á mediados del siglo XVII salian anualmente de España mas de cuarenta mil hombres para fijarse en América, ó para defender las provincias de los Paises Bajos, de Italia y de Africa, que formaban parte de la monarquía, hombres por lo regular robustos y acostumbrados al trabajo que, pobres en su país natal, aprovechaban la ocasion de ir á buscar fortuna á otras regiones. Las emigraciones á América eran mas y mas frecuentes á medida que eran mayores los reveses que sufria el estado, y en vano Felipe IV quiso oponerse con un decreto á la manía de emigrar que arrastraba á los Españoles, particularmente á Vizcainos y Navarros, hácia las playas del Nuevo Mundo. Miles de Españoles perdian la vida en campos de batalla de Francia, Alemania, Flandes, Irlanda y Africa; otros muchos se establecian en las posesiones de Italia y de los Paises Bajos luego que terminaba el tiempo de su empeño en el ejército, y todo ello eran brazos que se perdian sin provecho de la agricultura y de la industria patrias, agobiadas por los crecientes tributos que tantas guerras hacian necesarios y el progresivo malestar insostenibles. En esto los edictos de Felipe III contra los Moriscos privaron á España, ya harto despoblada, de una numerosa poblacion, que era formada precisamente por las familias agrícolas, mercantiles é industriales, y por lo tanto las mas productoras y las mas contribuyentes. De ahí un aumento inmediato de los males y de las cargas, é inútilmente el mismo Felipe III declaró nobles y exentos del servicio militar á todos los Españoles que se dedicasen al cultivo de la tierra; eran tantas las causas que contribuian á despoblar el país, que poco ó ningun fruto produjo semejante edicto. Igual resultado dieron las disposiciones de los últimos reyes austriacos concediendo privilegios á los labradores, imponiendo ciertas privaciones de derechos á los que permanecieren solteros, mandando á los grandes propietarios residir en sus tierras, y reduciendo el número de consejeros, escribanos, procuradores, estudiantes y demás

---

1 Esta prohibicion databa del tiempo de don Alfonso el Sábio; en esta época las incesantes correrías de los Moros tenian abatida la agricultura en las tierras castellanas, y sus monarcas fomentaban por lo mismo la cria de ganados merinos, que podian salvarse fácilmente al acercarse el enemigo cuando no se lo impedian las zanjas y cercados. Numerosas reclamaciones se dirigieron á los reyes de la dinastía austriaca por los propietarios territoriales contra los privilegios de la Mesta, pero aun cuando Felipe II trató de estimular los trabajos agrícolas quitando muchas de las trabas que oprimian á los labradores respecto de la libre disposicion de sus granos, no revocó la ley que prohibia acotar los campos, y las cosas siguieron en este estado hasta el tiempo de Carlos III.

miembros que hacian falta á la poblacion agrícola. Esta continuó su disminucion incesante al compás de la despoblacion general, y como en otro lugar hemos dicho, apenas llegaba á seis millones la suma total de habitadores en tiempo de Carlos II. Castilla la Vieja no producia mas que un poco de vino, trigo y rubia, que se vendia en la plaza á vil precio por falta de medios de transporte. En Castilla la Nueva inmensas llanuras estaban sin cultivar; Extremadura, Andalucía y Granada parecian desiertos, y se veian arruinados pueblos enteros que habian sido de labradores. En Aragon ciento cuarenta y nueve estaban completamente abandonados.

La industria y el comercio venian á aumentar la prosperidad de España al principiar este período. Toledo, Cuenca, Huete, Ciudad-Real, Segovia, Villacastin, Granada, Córdoba, Sevilla, Ubeda, Baeza poseian fábricas de curtidos, paños y sederías; los paños verdes y azules que se hacian en Cuenca eran buscados en las costas de Africa, en Turquía y en las escalas de Levante. Cardábanse allí todos los años doscientas cincuenta mil arrobas de lana y se teñia igual cantidad de diversos colores. Famosas eran tambien las fábricas de paños de Medina del Campo y de Ávila, y en Segovia se empleaban treinta y cuatro mil operarios que fabricaban veinte y cinco mil piezas al año y consumian cuatro millones y medio de libras de lana. Los paños de Segovia se tenian por los mas hermosos de Europa, y sabida es la fama de que igualmente gozaban las armas de Toledo y las fábricas de marroquíes de Córdoba, cuya excelencia dió á este género de peletería el nombre de *cordoban*. En 1519 se contaban en Sevilla y su comarca seis mil telares de seda y ciento treinta mil operarios empleados en la fabricacion de telas de seda y tejidos de lana. Los pueblos mas industriales de la Europa moderna no han conseguido aun dar á sus bordados y á sus tejidos de seda, oro y plata la solidez, la elegancia y la perfeccion que al cabo de dos siglos se admiran todavía en los productos de las antiguas fábricas españolas. Barcelona continuaba distinguiéndose en los tejidos de lana, en el obrage del coral, en los artefactos de algodon, y en los demás trabajos que eran patrimonio de sus industriosos moradores, y aunque con el descubrimiento de América y del nuevo paso para las Indias Orientales habia sonado para esta ciudad la hora de su decaimiento, todavía se conservaba como una de las mas fabriles y populosas de España.

Tres causas principales suelen señalarse á la postracion y casi total ruina de la industria en nuestra patria, que son el encarecimiento de los jornales, la preocupacion contra las artes mecánicas, y el sucesivo aumento de contribuciones. Inagotable mina de riquezas pudieron ser para España el descubrimiento de América y la conquista de Méjico y del Perú, en cuanto facilitaban mayor salida á los productos de sus fábricas, pareciendo que iba á tomar su industria mayor vuelo. Sin embargo, lejos de suceder así, el oro del Nuevo Mundo fué la primera causa de la ruina de las fábricas nacionales por el encarecimiento que produjo en el coste de la fabricacion. Obedeciendo á otras necesidades, los reyes de Castilla habian prohibido en los siglos pasados la exportacion de metales preciosos, si bien esta disposicion no se llevó nunca á cabo con rigor á pesar de las incesantes reclamaciones de las cortes. Fernando é Isabel confirmaron aquellas leyes restrictivas, y los monarcas que los siguieron adoptaron el mismo sistema, parti-

cipando á su vez del error en que sobre este punto estaban los ministros, las cortes y la nacion entera. No vieron que subiendo el precio de los jornales con la acumulacion de metales preciosos, no podrian en breve las manufacturas españolas sostener la competencia con las extrangeras; no comprendieron que el oro y la plata habian de considerarse entonces como primeras materias que iban á ser embarazosas por su abundancia, y que por lo mismo habia de facilitarse en lo posible su salida del reino, porque despues de haber satisfecho las necesidades de los Españoles, aun podrian con el resto imponer la ley en los mercados de Francia, Italia é Inglaterra, conservando á lo mas la prohibicion de exportar oro en barras á fin de promover la industria nacional y asegurar á los Españoles la ganancia de la hechura. Lejos de hacerlo así, repetimos, los monarcas de la casa de Austria robustecieron las antiguas leyes castellanas promulgando otras suntuarias que restringieron la fabricacion de objetos de oro y plata, y otras fiscales que hicieron aun mas difícil la exportacion de metales preciosos; y aunque estas leyes se eludian, no dejaron de poner trabas á la exportacion de las riquezas estériles que se acumulaban en la monarquía y que acabaron por dar un golpe funesto á la industria nacional. Todos sus productos subieron rápidamente de precio por el aumento de los jornales, consecuencia necesaria del descrédito progresivo del oro y de la plata, que en el espacio de un siglo perdieron las cuatro quintas partes de su valor antiguo (1), y los errados cálculos de los comerciantes de Sevilla, que tenian el monopolio del Nuevo Mundo, hizo irreparable el mal: creyendo, por decirlo así, segun expresion de Campanella, en la fecundidad del oro, y despreciando todo lo demás, acabaron por no cargar sus naves sino de aquel metal, sin hacer caso de la quina, del añil, del algodon, de las pieles y de las lanas que eran necesarias á las fábricas de España, y poco á poco fué pasando á los extrangeros el comercio de estas materias. En el siglo XVII los Holandeses, dueños de la isla de Curazao, y los Ingleses, establecidos en la Jamaica, compraban á vil precio estas mercancías en los mercados de Panamá y Porto-Bello, las revendian en Europa y sacaban enormes ganancias (2). A poco dejaron las fábricas de la metrópoli de abastecer las necesidades de las colonias porque eran pocos los operarios y escaseaban las primeras materias, y ocasion hubo en que los negociantes de Sevilla tuvieron que comprar con seis años de anticipacion los productos de las fábricas nacionales, cuyo precio subia sin cesar. Pronto hicieron los extrangeros una temible competencia, é inundando con sus productos los mercados de Castilla, arruinaron la fabricacion del país. Los Genoveses, á quienes concediera Carlos I franquicias comerciales por el apoyo que en sus guerras le prestaban, fueron los primeros que importaron á España considerables cantidades de mercancías; en tiempo de Felipe II dominaban ya en la mayor parte de los mercados, y cuando la expulsion de los Moriscos privó al reino de sus mas industriosos moradores, su competencia completó el aniquilamiento de las fábri-

(1) No se sabe con exactitud la cantidad de oro y plata venida de Méjico y del Perú durante los siglos XVI y XVII, pero segun las últimas investigaciones de M. Humboldt, los tesoros del Nuevo Mundo llegaron á España en la proporcion siguiente: 250.000 pesos por término medio anual desde 1492 hasta 1500; 3 millones desde 1500 hasta 1545; 11 millones desde 1545 hasta 1600, y 16 millones desde 1600 hasta 1700.

(2) Memorias de la Sociedad Económica Matritense, t. III, p. 264.

cas de Cuenca, Segovia y Toledo, que habian suministrado hasta entonces los principales artículos destinados á América (1).

A pesar de la abundancia de numerario y de la prohibicion de exportarlo á otros paises, el monopolio del comercio hubiera podido sostener aun la industria nacional, pues las colonias suministraban bastante oro para atender al subido precio de los jornales, si bien este imposibilitase la entrada de las mercancías españolas en Francia, Italia y otros puntos de Europa. Para ello habria sido preciso que procurando España satisfacer las demandas de las colonias, hubiese hecho imposible el comercio de contrabando; mas en vez de seguir este sistema, los Españoles se declararon contra la exportacion de los productos fabriles hasta á sus mismas posesiones, atribuyendo á ello la repentina subida experimentada en el precio de los artículos de primera necesidad, y durante todo el siglo XVI estuvieron las cortes haciendo sòbre esto las mas singulares reclamaciones (2). Partícipe el gobierno de igual preocupacion, satisfizo el deseo general estableciendo el monopolio de Sevilla y limitando las salidas de los galeones que abastecian todos los años á Méjico y al Perú, al propio tiempo que, esperando hacer bajar el exorbitante precio de todas las mercancías, expidió decretos durante aquel mismo siglo prohibiendo la exportacion del reino de granos, animales, paños, sayales, frisas, lanas cardadas ó hiladas, cordobanes, seda cruda y labrada y otras materias. Velaban las cortes por la observancia de estas leyes y mas de una vez impidieron á Felipe II vender á algunos comerciantes el privilegio de exportar pieles, por miedo de que se encareciese el calzado, llevando su imprevision hasta el punto de solicitar las que se reunieron en 1559 que se permitiese la importacion de sedas extrangeras con la ilusoria esperanza de hacer bajar el precio de este artículo. Los esfuerzos de los sucesores de Felipe II para restablecer la baratura de las mercancías y artículos de primera necesidad, perseverando en el sistema adoptado por Carlos I y su hijo, no produjeron mejor resultado, como tampoco la tasa que se intentó plantear en determinados géneros. Los precios en vez de bajar fueron subiendo conforme abundaba mas el numerario, y las leyes que prohibian su salida del reino solo servian para entorpecer la produccion y arruinar á los fabricantes nacionales en beneficio de los extrangeros (3).

De antiguo databa en España el desden con que eran mirados los oficios y

---

(1) Memorias de la Sociedad Económica Matritense, t III, p. 289; Jovellanos, Coleccion de varias obras, t I, p. 110.

(2) Entre las peticiones de las cortes de Valladolid de 1548 se encuentra la siguiente: «Vemos que alza de dia en dia el precio de los víveres, paños, sedería, cordobanes y otros artículos que salen de las fábricas de este reino, siendo necesarios á sus naturales. Sabemos tambien que esta carestía no consiste sino en la exportacion de géneros á las Indias..... Tan grande ha llegado a ser el mal, que no pueden ya los habitantes con lo caro de los víveres y de todos los objetos de primera necesidad. Notorio es é incontestable que América abunda en lana superior á la de España, ¿por qué, pues, no se fabrican los Americanos sus paños? .. Muchas de sus provincias producen seda, ¿por qué no hacen ellos terciopelos y rasos?... ¿No hay en el Nuevo Mundo bastantes pieles para su consumo, y aun para el de este reino? Suplicamos á V. M. prohiba se exporten á América estos artículos.»

(3) Como comprenderán nuestros lectores, no hacemos mas que indicar las cuestiones económicas que estas materias entrañan, sin descender á mayores detalles y explicaciones, que nos llevarian muy lejos del objeto que en esta obra debemos proponernos. Los que deseen mas noticias y conocimientos sobre estas complicadas cuestiones habrán de recurrir á obras especiales, únicas que pueden tratarlas con el necesario detenimiento.

las artes mecánicas, que por tanto tiempo habian sido ejercidas por Arabes, Moros y Judíos; pero este desapego se hizo mas y mas evidente cuando los tesoros del Nuevo Mundo esparcieron entre los Españoles la aficion al boato y á la magnificencia. De ello daban ejemplo nuestros ostentosos monarcas, y los grandes, al acudir de nuevo á la corte á principios del siglo XVII, los imitaron si no los excedieron en galas y en dispendios. El mal se hizo luego contagioso: muchos hidalgos á quienes su caudal no permitia gastos supérfluos, se arruinaron comprando joyas para brillar en las fiestas cortesanas, y creyeron indigno de ellos habitar en casas que no hubieran desdeñado grandes de España en tiempo de Carlos I y de Felipe II. Al fin intervino el gobierno para refrenar el extraordinario lujo poniendo de nuevo en vigor las antiguas leyes suntuarias (1); pero si con ellas logró impedir lo que era ostentacion y ruina para los grandes é hidalgos ricos, no consiguió lo mismo respecto de la clase media menos acaudalada, que tambien se dió á tener muchos criados con distintas ocupaciones y á vestir como la gente noble.

Esta, descendiente de los cristianos viejos de las montañas que habian vencido á los Arabes y reconquistado la patria de sus mayores, miraba de antiguo con desden á los pecheros, que habian aceptado el yugo de los mahometanos, y las faenas á que se dedicaban. Desde fines del siglo XV, cuando la definitiva reconquista de la tierra, habíase podido conocer esta tendencia general que tanto se reveló en los reinados de Felipe III, de Felipe IV y de Carlos II; pero durante todo el siglo XVI el mal pasó aun desapercibido. Todavía conservaban fuerza los antiguos hábitos; aun no se habian alterado las costumbres; apenas nacia el lujo, y el pueblo no habia renunciado á la tradicional sobriedad que le distinguia de las demás naciones. Por otra parte Carlos I habia abierto inmenso campo á la actividad de los Españoles; la Europa, ardiente en guerras, era teatro donde se desplegaba su belicoso ardor; tambien á Africa podian llevar sus armas, y en el Nuevo Mundo estaban vastas regiones por conquistar al cristianismo y á la civilizacion. La industria habia recibido prodigioso impulso del comercio de las Indias. que ofrecia entonces inagotable pábulo á la laboriosidad de los pecheros, y este floreciente estado subsistia aun en la época de Felipe II. Sin embargo, á fines del siglo XVI y á principios del siguiente hízose público el mal interior que minaba la constitucion del reino. Los pecheros comenzaron á renunciar á los hábitos de trabajo de sus antepasados y á sacrificar sus intereses por adquirir la hidalguía, cuyos títulos y privilegios les daba facilidad de comprar el errado sistema de Felipe II de sacarlos al mercado público. Los pobres se hacian frailes entrando en los conventos para alcanzar la consideracion pública; otros se dedi-

(1) En tiempo de Carlos II solo era permitido á los embajadores y extrangeros de distincion salir acompañados de pages y de escolta, pero los grandes no podian llevar sino dos lacayos, aunque tuviesen en su casa cuatrocientos ó quinientos. Tampoco podian usar vestidos bordados de oro, y solo usaban gobanes de paño forrados de terciopelo con mangas de lo mismo, de raso ó de damasco. Los pages vestian constantemente de negro. Esto no obstante, el lujo del interior de sus palacios continuó siendo el mismo, como puede juzgarse por lo sucedido al morir el duque de Alburquerque, que dejó en su vajilla de oro y plata, entre otras cosas, mil cuatrocientas docenas de platos, quinientas fuentes, setecientas medias fuentes y de lo demás á proporcion, con cuarenta escaleras de plata para subir á lo alto de su aparador, que estaba por gradas como un altar en un salon espacioso.

caban á las armas para envanecerse con el título de caballeros y nobles soldados del rey; los mas ricos fundaban mayorazgos para sus hijos, quienes desde entonces se hacian nobles, á lo menos á los ojos de su familia, y de todo esto la nube de hidalgos mendicantes que llenaban la corte y las ciudades, muertos de hambre y temerosos de degradarse trabajando, de los cuales nos ha dejado tan picante pintura la pluma mordaz de Quevedo.

Aprovechando esta disposicion del carácter nacional, ya á principios del siglo XVI se habian derramado por las ciudades de España, sobre todo por Salamanca y Burgos, multitud de artesanos provenzales, gascones, alemanes, ingleses y lombardos, cuyo número aumentó considerablemente durante los reinados de Felipe II y de sus sucesores (1). A últimos del mismo siglo habia en Madrid mas de cuarenta mil Franceses, Borgoñones, Loreneses y Walones que explotaban en su provecho la industria fabril y mecánica y solo pensaban en hacer fortuna para volver pronto á su tierra (2), y lo mismo sucedia en Sevilla, en Córdoba, y en otras muchas ciudades de España. Por todas partes eran ejercidos los oficios por extrangeros, y los naturales no solian tener mas tiendas que aquellas en que se vendian dulces y licores, helados y pastelería.

Sin embargo, no se crea que todo el país se contagiara de la preocupacion contra la industria; Cataluña, Navarra y las Provincias Vascongadas se libraron de ella por la diversa índole de sus naturales y quizás tambien por el mucho tiempo que habia transcurrido desde la expulsion de los Árabes. Por esto las fábricas continuaron en dichas provincias en un estado relativamente próspero; los jornaleros y artesanos eran muchos como que los moradores honraban en vez de desdeñar el trabajo; pero ya en Valencia, donde la sola calificacion de artesano y menestral llevaba en sí algo de degradante, empezaban á observarse las ideas de Castilla (3).

Además de esto conspiraban contra la existencia de la industria los crecidos derechos de importacion y exportacion impuestos á casi todos los artículos: el de la alcabala, que pesaba sobre las compras, ventas y cambios, é iba haciéndose cada vez mas subido; el diezmo de mar, que gravitaba sobre las mercancias que entraban en Castilla fuese por los puertos de mar ó por los puertos secos, y otras muchas cargas vejatorias que los progresivos apuros de la hacienda habian paulatinamente introducido. A ellas se agregaba el servicio ó donativo gratuito, que en tiempo de Felipe II importaba en Castilla cuatrocientos mil ducados, en Sicilia setenta y cinco mil, en Nápoles cuatrocientos mil, en el Milanesado igual cantidad, en Flandes quinientos mil y doscientos mil en Aragon. Las incesantes

(1) De una memoria enviada por el marqués de Villars á Luis XIV en 1680 resulta que los súbditos franceses esparcidos por las diferentes provincias, eran: mil en Navarra, buhoneros, pastores, labradores y aguadores; veinte mil en Aragon, dos mil de ellos comerciantes y los diez y ocho mil artesanos; mil en Cataluña, de ellos cien mercaderes y novecientos operarios; doce mil en los reinos de Valencia y Murcia, entre ellos seiscientos mercaderes; diez y seis mil en las dos Castillas; mil en Vizcaya, Asturias, Galicia y Extremadura, casi todos criados ó mozos de carga; diez y seis mil en Andalucía; entre todos setenta y siete mil Franceses sin contar los demás extrangeros.—Las Memorias de Gourville dicen que los Españoles llamaban *gabachos* á estos franceses y que los despreciaban hasta lo sumo, pero es lo cierto, añaden, que se llevan el dinero á Francia.

(2) Marina, *Ensayo histórico-crítico sobre la antigua legislacion de Leon y Castilla*, p. 159.

(3) Campomanes, sobre la industria popular, t. II, p. 68; Memorias de la Sociedad Económica Matritense, t. III, p. 110.

guerras, los proyectos colosales obligaron á Felipe II á establecer nuevos tributos, mas Aragon, Cataluña y Valencia lograron resistir sus exigencias cada vez mayores y librarse de las nuevas contribuciones; tambien Sicilia consiguió eximirse de ellas luego que llegó su servicio á doscientos cincuenta mil ducados; pero no sucedió lo mismo al Milanesado, si bien no bastaban aun para pagar las guarniciones españolas. Las Provincias Vascongadas tampoco consintieron en los aumentos exigidos ni estuvieron sujetas á los estancos, establecidos despues del año 1632, y así quedó el monarca reducido á Castilla, Nápoles y los Paises Bajos. Alzados estos despues de haber prestado á Felipe II dos millones y cuatrocientos mil florines en 1553 y contribuido con cinco millones en un solo año, hallóse el tesoro del monarca sin otros recursos extraordinarios que aquellos que pudieron proporcionarle Castellanos y Napolitanos, y entonces él y sus sucesores recargaron progresivamente á ambos pueblos los tributos, que ya eran casi quíntuplos á la muerte de Felipe II. De aquel tiempo data el creciente aumento de la deuda pública, las simuladas ó aparentes bancarrotas, la variacion del valor de la moneda, la subida de los derechos sobre todos los artículos, la confiscacion del oro procedente de Indias, y otras mil gravosas imposiciones, acordadas á pesar de las súplicas y quejas de las cortes, hasta llegar la hacienda española durante los últimos reinados de la casa de Austria al desbarauste y á la miseria que hemos visto en los capítulos anteriores (1).

Bajo las fatales circunstancias que acabamos de insinuar, á últimos del siglo XVII habian desaparecido de las ciudades de Castilla las numerosas fábricas de jabon, cristal y vidrio que antes existian; lo mismo sucedió con las de azúcar abiertas en Granada y otros puntos de Andalucía; el número de telares de seda quedó reducido á unos cuatrocientos; hízose imposible elaborar el lino, el cáñamo, el algodon, el pelo de camello y de cabra, y todas estas primeras materias salian del reino para volver fabricadas. Los fabricantes de papel, de sombreros, de hebillas y de botones de metal, de alfileres y peines renunciaron á su industria; las fábricas de porcelana, los latoneros, herreros, cerrajeros y forjadores cesaron en su trabajo; de los afamados talleres de Segovia no salian ya mas que cuatrocientas piezas de paño de mala calidad; Cuenca no exportaba sino diez mil arrobas de lana en bruto y solo teñia tres mil, y unas cuantas fábricas de sedería, lanería y terciopelos era todo lo que quedaba en Granada, Córdoba y Toledo. La ruina de tantas fábricas hacia cada vez mas improductivas las contribuciones, y como hemos dicho, industria y hacienda habian llegado á su total aniquilamiento á la muerte de Carlos II.

El movimiento mercantil era proporcionado al industrial en los buenos tiempos de la monarquía. Las ferias de Burgos, de Valladolid y sobre todo de Medina del Campo, eran el punto de reunion de los mercaderes de España y de las comarcas vecinas. Inmensas sumas circulaban en Medina tanto en letras de cambio como en barras y moneda, y un ministro de Felipe II sostuvo en unas cortes que en la feria celebrada en dicha villa en 1563 se hicieron negocios por cincuenta y tres mil millones de maravedis. Los artículos de comercio con que allí se traficaba eran paños, lencerías, tapicerías, cera y otras mercaderías de

(1) Dícese que á la muerte de Carlos II ascendia la deuda pública á 1260 millones de reales.

Flandes; lencerías, mercerías y papel de Francia; paños y coral de Barcelona; paños, sedas labradas y especerías de Valencia; paños de Cuenca, Huete, Ciudad-Real, Segovia y Villacastin; sederías y cueros de Toledo; sedas en rama y torcidas de Granada; arneses, jaeces y pieles de Córdoba; azúcar y jabon de Sevilla, y finalmente jabones y especerías de Yepes, Ocaña y Lisboa (1). Barcelona exportaba sus tegidos de lana á Nápoles, Sicilia y hasta á Egipto, Siria y otros puntos de Levante; el comercio del coral que se pescaba en las costas de Cataluña y Berbería, era para ella inagotable fuente de riqueza, y por su puerto se exportaban á paises extrangeros muchas producciones de España, como trigo, sal, plomo, hierro, acero, maderas de construccion, vino y sobre todo azafran de lo mejor que se cultivaba en Cervera, Montblanch y Segarra (2).

Gran número de buques mercantes salian todos los años de Valencia, Barcelona, Cartagena, Málaga y Cádiz á llevar los productos de la industria nacional á Francia, á Italia, al Asia menor, al África y á las Indias occidentales. La marina mercante de España era á la sazon muy superior á la de Francia y á la de Inglaterra, y en 1586 habia aun en los puertos de la Península mas de mil buques mayores: de ellos unos doscientos pertenecian á los puertos de Vizcaya y se empleaban en la pesca de la ballena en las aguas de Terranova y en la exportacion de lanas á Flandes; otros doscientos gallegos y asturianos hacian el comercio de frutos y de distintos productos elaborados en España con Flandes, Francia é Inglaterra; cuatrocientos pertenecian á comerciantes de Andalucía y traficaban con las Indias y las islas Canarias; en número casi igual se hallaban en los puertos portugueses y mas de mil quinientos buques menores contribuian á vivificar el comercio manteniendo constantes relaciones con los principales puertos del reino, y haciendo participar del movimiento mercantil á los pueblos mas insignificantes de las costas (3). Pero nada igualaba, segun los autores contemporáneos, la prosperidad comercial de Sevilla, á donde el oro de América hacia que afluyeran las riquezas del mundo entero. Los comerciantes de aquella ciudad daban la ley á Veracruz y á Porto-Bello, y con el oro que sacaban de Méjico y del Perú dominaban en un principio en los mercados de Berbería, Génova, Florencia, Venecia, Nantes, La Rochela, Lóndres y Lisboa. «Sevilla, dice Moncada, escritor del siglo de Felipe II, es el puerto principal de España; allí van todas las mercaderías de Flandes, Francia, Inglaterra é Italia, y es la capital de todos los comerciantes del mundo. Poco há que la Andalucía estaba situada en las extremidades de la tierra; pero con el descubrimiento de las Indias ha llegado á estar en el centro.»

Llevados los Españoles por su deseo de enriquecerse sin pensar en el porvenir y obcecados por los errores que entonces eran comunes en estas materias, sujetaron las regiones de América á reglamentos injustos, encaminados á ahogar en ellas casi todas las industrias para tenerlas mas dependientes de la metrópoli. Carlos I, que concedió el monopolio de abastecer á Méjico y al Perú á los comerciantes de Sevilla, privilegio que luego pasó á Cadiz, prohibiendo á los de-

---

(1) Discurso sobre la conveniencia de que las ferias sean en Medina del Campo, *Archivo general de Simancas.*

(2) Campmany, *Mem. hist. sobre la marina, comercio y artes de la antigua ciudad de Barcelona*, P. 2.ª

(3) Olmedo, *Derecho público de la paz y la guerra*, t. II, p 198; Obras de Jovellanos, t. I, p. 109.

más puertos de mar enviar á América los productos de su industria, fué tambien quien á instancias de sus súbditos prohibió á los moradores de las colonias el ejercicio de muchos oficios, obligándolos á comprar de España hasta las telas que necesitaban para vestirse. Un tribunal de comercio establecido en Cadiz con el nombre de *Casa de la contratacion*, fijaba todos los años la naturaleza y calidad de las mercancías destinadas á las colonias, de lo que resultaban abusos fáciles de conocer, y anualmente salian de Cadiz dos armadas para surtir á Méjico y al Perú. En tiempo de Felipe II sesenta ó setenta naves de quinientas á ochocientas toneladas abastecian á Nueva España y cuarenta del mismo porte al Perú. Algunos dias antes de la llegada de los galeones, los comerciantes de esta última region y de Chile transportaban á Porto-Bello los productos de sus minas y toda clase de mercancías preciosas, destinadas á ser trocadas por artefactos de España. Llenábase entonces la ciudad de gente y se abria el mercado por espacio de cuarenta dias. Publicado el precio de los géneros, algunos de los cuales rendian ciento, ciento cincuenta y hasta trecientos por ciento de ganancia, daba principio á la contratacion, que era muy sencilla, pues habia de atenerse á los precios anunciados. Trocábanse luego las mercancías por el dinero en barras ó en pesos, y era tanta la buena fé de ambas partes, que ni se abrian los cajones de dinero ni se miraba el contenido de los fardos. Cuando por equivocacion se encontraban talegos de oro entre talegos de plata ó artículos que no constasen en las facturas, se restituian inmediatamente. Lo mismo sucedia en Veracruz, despues de destinar algunos buques para el abastecimiento de las islas, y reunidas las dos escuadras en la Habana, volvian juntas á Europa. Al principio abordaban en San Lucar, en cuya entrada habia una torrecilla llamada la Torre del Oro, pero despues abordaron en Cadiz. Llevaban á las colonias paños, telas, muebles, aperos de labranza, objetos de lujo y comestibles que se consumian en América, y en cambio traian en un principio añil, cochinilla, azúcar, vainilla, quina, tabaco, cacao, etc.; pero despues, como hemos dicho, limitaron su cargamento á oro, plata, perlas y piedras preciosas. Los géneros vendidos á los comerciantes de Cartagena, Porto-Bello y Veracruz se entregaban á los corregidores para que hiciesen el *repartimiento*, y estos magistrados recorrian los distritos de su mando y fijaban arbitrariamente la calidad, cantidad y precio de las mercancías que habia de tomar cada indio. Los abusos que en esto con frecuencia cometian, fueron causa de repetidas súplicas y hasta de alzamientos.

Así siguieron las cosas durante el siglo XVI hasta que el progresivo decaimiento de la industria produjo la ruina del comercio. Inactivas la mayor parte de las fábricas del reino é imposibilitados los Españoles de exportar sus productos fabriles, que no bastaban á cubrir sus propias necesidades, los comerciantes de Cadiz viéronse obligados por la necesidad á recurrir al extrangero y á prestar sus nombres para eludir la ley que prohibia el comercio de las colonias con las otras naciones, desde cuyo momento el contrabando se ejerció en la Península con inaudita audacia y con desmedida fortuna. En cambio de los artículos fabricados en Francia, Inglaterra, Holanda, Génova y Hamburgo, España empezó por dar sus primeras materias y las de sus colonias, y luego hasta sus barras de oro y plata, tanto que á fines del siglo XVII los extrangeros vendian á España las cinco sextas partes de artefactos que se consumian en el país y hacian las nueve

décimas partes del comercio de América. Sus mercancías se embarcaban en los galeones sin ser inscritas en los registros de la contratacion, y á la vuelta de las naves recibian su importe en oro ó plata, que se les daba con nunca desmentida buena fé en la barra de Cadiz, todo con conocimiento y connivencia de los comerciantes y de las autoridades españolas, que preferian conservar así en apariencia su sistema exclusivo á renunciar á él confesando la imposibilidad en que estaban de atender á las necesidades de las colonias. Este sistema, que no dejaba de producir al gobierno grandes beneficios sin comprometer su dignidad, fué seguido hasta que á mediados del siglo XVII trataron los extrangeros de continuar sin intermediarios tráfico tan lucrativo y de vender directamente sus mercancías en América, y de ahí las piraterías de Franceses, Ingleses y Holandeses que, emprendidas de un modo vergonzoso primero y abiertamente despues, fueron con el decaimiento de la industria otra de las causas de la ruina del comercio.

No se vieron libres de este azote las aguas del Mediterráneo, mayormente luego que empezó á decaer el poder marítimo de España. Los piratas berberiscos, que eran en su mayor parte moriscos oriundos de Granada y Valencia, no daban paz, como sabemos, á las costas españolas, y muchas veces sus ligeros buques hacian presa á la vista de las galeras y fragatas que, detenidas lejos de tierra, nada podian hacer en aquella lucha desigual. Poco á poco, entrado el siglo XVII, las costas de Andalucía, Murcia, Valencia y Cataluña estuvieron mas y mas expuestas á los ataques de los piratas, y en ellas se abandonó casi por completo la navegacion. Las pesquerías quedaron desiertas, y otra de las consecuencias de este estado de cosas fué la casi total desaparicion de los pescadores, entre quienes se reclutaban los mejores marineros.

La mercantil ciudad de Barcelona perdió entonces visiblemente el rango que antes ocupaba. Reducidos al comercio del Mediterráneo, decaido por el descubrimiento del cabo de Buena Esperanza, vieron los Catalanes interrumpidas por Turcos y Berberiscos sus relaciones con el Levante; la conquista de Egipto por Selim II, la formacion de las regencias de Argel, Tunez y Trípoli los privaron del comercio de Alejandría, Smyrna y Constantinopla, y no se atrevieron ya á emprender largos viages, limitándose á construir torres en las costas para anunciar la aparicion de los piratas (1). Excluida del comercio levantino por los Turcos y del de Indias por Castilla, Cataluña se concentró sobre sí misma y fué decayendo progresivamente de su pasada gloria.

La preocupacion que se abrigaba en Castilla contra los mercaderes, resto de las ideas feudales, robustecidas en aquel reino por las causas especiales antes dichas, fué otra de las causas destructoras del comercio (2), y lo mismo ha de decirse de la falta de comunicaciones por el interior de la Península, efecto de la escasa atencion que entre tan inmensos cuidados y apuros pudieron poner los

---

(1) Campmany, *Memorias históricas*, t. I, p. 182.

(2) Carlos II intimó á todos los mercaderes extrangeros residentes en la corte que trasladaran sus habitaciones á la calle de Atocha bajo pena de confiscacion de bienes, y esta medida, en que se vió un insulto á todas las naciones de Europa, produjo enérgicas reclamaciones que no impidieron que se llevara á efecto. Tres ó cuatro eran únicamente los banqueros españoles que habia en Madrid; todo el restante comercio estaba en manos de Genoveses, Flamencos, Franceses, Venecianos y Holandeses.

monarcas en abrir caminos, canales y puertos y en mejorar la navegacion de los rios, aunque varias veces lo intentaron dando comienzo á importantísimos trabajos (1). Añádase á esto la poca seguridad personal de que en los caminos se gozaba por las numerosas y organizadas partidas de bandoleros que los infestaban, especialmente en las provincias centrales, y se comprenderá como habia de quedar España sin comercio interior ni exterior. En vano, imposibilitado el gobierno para restablecer su destruida marina militar, quiso remediar la decadencia del comercio dictando disposiciones restrictivas, encaminadas á la proteccion de la industria; todo, en la postracion en que se hallaban aquellos dos elementos de riqueza, vino á parar en su mayor perjuicio. Una ley especial prohibió la introduccion de mercancías procedentes de los estados berberiscos, pero como los Españoles no podian pasarse sin los curtidos ni las drogas que de aquellas comarcas se sacaban, los extrangeros se apoderaron de este comercio, é introduciendo fraudulentamente los artículos prohibidos, los vendian á precios exorbitantes. Felipe IV prohibió la importacion de casi todos los géneros de lujo extrangeros bajo severas penas, pero esta ley no pudo llevarse á efecto por no haber en España bastantes fábricas en que se trabajase el oro y la plata. En 1626 mandóse á todos los que importaban mercancías por mar ó tierra que empleasen la ganancia que sacaran de ellas en comprar artículos fabricados en el país para dárselos en cambio á los comerciantes extrangeros, y poco despues se prohibió á los Españoles el uso de telas de lana y seda de fábrica extrangera y á los Flamencos el de aquellas que no fuesen procedentes de Florencia, Génova, Luca y Milan; pero estas prohibiciones, repetimos, que quedaron en su mayor parte sin efecto, no sirvieron para reanimar la industria y solo sí para poner nuevas trabas al comercio.

En tiempo de Felipe III tratóse de realizar el establecimiento de montes de piedad, ya ideado durante el reinado anterior, á fin de destruir la usura, plaga de la industria. Las cortes aprobaron el proyecto y nombraron una comision encargada de secundarlo, pero no llegó á realizarse. Felipe IV volvió á ocuparse en él poco despues, mas en medio de los crecientes apuros de la monarquía el decreto expedido por el monarca no recibió ni aun principio de ejecucion.

---

(1) De esto eran honrosa excepcion las provincias del norte de la Península, Navarra, Vizcaya, Alava y Guipúzcoa, donde se habian abierto numerosas comunicaciones entre las principales ciudades. Por esto y por otras causas locales no parece que su comercio experimentara tan profundo decaimiento como el de los demás reinos de España, como lo prueba el haberse erigido en virtud de real cédula de 1682 el consulado y casa de contratacion de San Sebastian.

Débense á Carlos I los primeros trabajos del canal de Aragon, terminado en tiempo de Carlos III; á Felipe II, á propuesta del ingeniero italiano Antonelli, el proyecto y primeras obras para juntar Extremadura y Castilla por medio del Tajo hecho navegable. Felipe IV quiso restablecer las obras que en otro tiempo habian dado esta cualidad al Guadalquivir desde Sevilla hasta Córdoba, pero interrumpidos muy pronto los trabajos, fueron continuados por los Franceses que invadieron á España reinando Fernando VII Las obras emprendidas en el siglo XVII para regularizar el cauce del Ebro experimentaron igual suspension, lo mismo que los trabajos hechos bajo la direccion de Luis Carducci y Julio Marteli para mejorar el curso del Tajo entre Lisboa y Toledo Reinando Carlos II dos ingenieros flamencos propusieron á la gobernadora realizar el pensamiento de Antonelli juntando el Tajo y el Duero, y empezados los trabajos hubieron de ser abandonados luego por falta de numerario. Lo mismo sucedió con el proyecto de mejorar el Guadiana desde Badajoz hasta la frontera de Castilla la Nueva á fin de facilitar la exportacion de los productos extremeños.

Otra de las medidas de alta importancia encaminada á proteger los intereses en que nos estamos ocupando, fué el bloqueo continental, ideado y realizado en parte por Felipe II para arruinar el floreciente comercio de Inglaterra en provecho del de España, librando á este de un terrible competidor. La conducta de Francia, que se negó á cerrar sus puertos á los buques de aquella nacion y el alzamiento de las Provincias Unidas, salvó á Inglaterra, donde los operarios sin trabajo habian promovido ya sérias turbulencias. El mismo monarca intentó arruinar el comercio de Holanda valiéndose de un medio semejante, y á este fin se alió estrechamente con el rey de Polonia y con las ciudades alemanas que formaban la liga anseática; pero tambien este proyecto quedó sin ejecucion por dificultades sobrevenidas al celebrarse los tratados.

Quedaron, pues, en los últimos años del siglo XVII aniquilados, como la industria, el comercio y la marina. Las ferias de Medina del Campo estaban desiertas; hasta se habia perdido la habilidad en construir buques, y en el puerto de Pontevedra, de los mas florecientes en otro tiempo, no se veian sino algunas barcas de pescadores. El reino que antes exportaba los productos de su industria á las mas lejanas regiones de América y Asia, habia de recurrir á los extrangeros para que atendieran á sus necesidades y á las de sus colonias, y comerciantes ingleses, franceses, holandeses, genoveses y hamburgueses inundaban á España, á Méjico y al Perú con los productos de su industria.

Las tropas de infantería y caballería recibieron por este tiempo en España una organizacion permanente lo mismo que en casi todas las naciones de Europa. *Los guardias de Castilla*, instituidos por Felipe II, fueron las primeras compañías que revelaron bien aquel carácter en el interior del reino, al paso que lo tenian ya los famosos *tercios*, nombre que se daba á la tropa española que combatia en paises extraños. En 1569 don Juan de Austria en la guerra contra los Moriscos de las Alpujarras empezó á organizar las compañías de los pueblos bajo el mismo pié de los tercios que habia traido de Nápoles y Flandes, y aquellos quedaron introducidos en España. El uso del hierro como arma defensiva, muy comun todavía en tiempo de Carlos I, fué abandonándose poco á poco á medida que se introducian las armas de fuego, y los soldados vestian el trage del país: calzon corto y ancho acuchillado de colores, medias y zapatos ó botas de campana alta de ante, y sayo ó jubon de manga ceñida. Sobre este vestido se ponian la coraza, que era de hierro ó de cuero, y en la cabeza un casco de hierro con pequeña cimera, así como la espada que cada cual tenia, pues hasta años despues no corrió el armamento por cuenta del gobierno.

Los tercios españoles, mandados por el maestre de campo, y los extrangeros por coroneles, cuya denominacion empezó á extenderse á nuestros jefes durante las campañas del duque de Alba en Italia (1), constaban de mil doscientos á mil seiscientos hombres, distribuidos desde diez hasta veinte compañías: diez era el número regular, pero Felipe IV lo fijó en doce en cada tercio español y en quince en los extrangeros. La primera era mandada por el maestre de campo, despues coronel; el sargento mayor acaudillaba la segunda y las demás los capitanes del

---

(1) Por esto los tercios empezaron á llamarse *coronelias*, cuyo nombre trocaron años despues por el de *regimientos*.

tercio. Cada compañía constaba de doscientos treinta infantes, entre ellos cuarenta arcabuceros, los cuales se llamaban la *manga*, destinados á cubrir el frente y los ángulos de los cuadros, con la plaza de un capitan y su page, un alferez, un abanderado, un sargento, dos atambores y un pífano, furriel, barbero y capellan, total doscientos cincuenta hombres. Cada compañía llevaba el nombre de su capitan y su bandera, además del guion real en cada ejército y de la bandera general en cada tercio. Nadie ya en esta época podia sin permiso del rey levantar y regularizar tropas; el monarca nombraba á los capitanes, y estos hacian la recluta con arreglo á las instrucciones que para ello recibian ; formadas sus compañías con el número marcado, abonábasele el haber del total, cuidando ellos de cubrir las bajas por sí y de hacer propuestas para el nombramiento de alferez y sargento.

Existia en cada ejército un capitan general, cuyo cargo se derivó del ya extinguido de condestable de Castilla; un teniente general, por lo menos, aunque este título le llevaban solo los tenientes de capitan general de la artillería; un maestre de campo general, cargo creado en tiempo de Felipe II, que sustituia en las necesidades al capitan general y equivalia á los actuales jefes de estado mayor; un teniente de maestre de campo general ó sargento general de batalla; un cuartel-maestre que corria con el alojamiento en las tropas; un gran preboste, cargo creado tambien en tiempo de Felipe II, encargado de la parte judicial, y un guion que llevaba la bandera real en el ejército donde mandaba el rey ó un capitan general. El servicio de plazas, campamento, rondas, honores, etc. todo era ya igual al de nuestros dias á mediados del siglo XVII.

En las compañías especiales de arcabuceros y en la fuerza de esta arma interpolada en los tercios, se sustituyó á la cuerda mecha, usada hasta 1681, la llave de rueda, y luego la de *patilla*, inventada por Juan de Hoces. Estas mangas de arcabuceros se distribuian como nuestras actuales guerrillas en parejas de dos hombres equidistantes, atacaban de frente, y cuando las masas cerraban con el enemigo, se replegaban á un punto marcado á retaguardia ó á los costados de cada masa, y al efectuarse el choque disparaban sus armas á quema ropa con efecto tan terrible que siempre contribuian mucho al éxito de la batalla. Desde el tiempo de los Reyes Católicos las tropas llevaban el paso al compás del tambor y de los pífanos así como la marcha por hileras, lo cual trajo de Italia Gonzalo de Ayora, capitan de la guardia amarilla, y aunque costó bastante trabajo introducir esta innovacion entre los soldados, ya en tiempo de Felipe II se hallaba completamente arraigada.

Este monarca manifestó en el ejército, como en todo, su genio organizador. Empezó, por fijar el número de miembros del consejo de guerra real encargado de todas clases, tropas y asuntos de la milicia, disponiendo que constase de cuatro generales, con mas el capitan general de artillería, el comisario general de la infantería y caballería, un secretario y un fiscal. A fin de conservar la emulacion entre los soldados arregló los derechos al ascenso: mandó que el grado de maestre de campo no se confiriese sino al mérito ó á la antigüedad; exigió cuatro años de servicio en clase de sargento ó de alferez para dar el despacho de capitan y seis años de soldado para conferir el de alferez ó sargento. Encargó á los capitanes poner á la cabeza de las compañías á los soldados mas valerosos y robustos para que de entre ellos se escogiesen con preferencia los alfereces y sargentos;

prometió el grado de capitan en recompensa al soldado que entrara primero á bordo de un buque enemigo ó plantase la bandera en los muros de una ciudad sitiada, y veinte años de servicio en tiempo de guerra daban derecho á una gratificacion de trecientos ducados. Tales eran las principales disposiciones de la ordenanza de 1597.

La caballería, denominada guardias viejas de Castilla, estaba ordenada de un modo semejante á la infantería; cada compañía constaba por lo comun de cien caballos, y al cargar contra los cuadros y las masas, cierto número de aquellos en cada compañía embestian los ángulos usando con preferencia de la pistola como los ginetes alemanes. Felipe IV, en cuyo reinado aumentó la fama de la caballería á proporcion que menguaba la de los infantes, prescribió á todos los ginetes el uso de aquella arma.

La guardia real apenas llegaba en el siglo XVII á trecientos hombres entre la guardia española ó amarilla, la guardia alemana, los escuderos de á caballo y los archeros de Borgoña.

Los gastadores y el cuerpo de ingenieros estaban todavía unidos á la artillería, de la que cuidaban oficiales distinguidos y algunos soldados veteranos; sin embargo, á medida que iba adelantando el uso y conocimiento de la pólvora, disminuyendo á proporcion el número de piqueros de las compañías y aumentando el de arcabuceros, convertidos despues en mosqueteros (siglo XVII), crecia tambien el perfeccionamiento de aquella arma, que lo alcanzó muy grande así en su organizacion como en sus medios durante el período que examinamos. Considerada antes como cosa perteneciente al patrimonio real, desde Tadeño de Génova y Miguel de Herrera en 1528 se colocaron ya al frente de ella jefes de alta graduacion y concepto, lo cual prueba el lugar importante á que se habia elevado. En 1572 los individuos que componian la artillería eran ya designados con clara distincion de sus empleos segun se deduce de la cédula de capitan general del arma expedida á favor de don Francés de Alava. Por aquel tiempo Felipe II se dedicaba á mejorar el estado del ejército, y á él se debe la primera ordenanza particular de esta arma, que forma hoy parte de las vigentes. Dada en forma de instrucciones al nombrado capitan general, aparece de ella que las *casas de municion* entonces existentes eran ocho, á saber: las de Burgos, Pamplona, Fuenterrabía, San Sebastian, Málaga, Cartagena, Barcelona y Perpiñan, sin contar las de Cerdeña, Mallorca y la Goleta. Dedúcese tambien de dicho documento que en 1572 existian cuatro tenientes de capitan general, residentes uno en Burgos, otro en Pamplona con el distrito de esta plaza y los de San Sebastian y Fuenterrabía; otro en Málaga, que comprendia Cartagena, Cadiz, Gibraltar y demás puntos del reino de Granada, y el cuarto en Barcelona, con mando en Perpiñan, Rosas y castillos de las fronteras. El número de estos tenientes aumentó progresivamente á medida que fueron creciendo las necesidades y la importancia de la artillería.

Las enormes piezas fundidas en el siglo XV y á principios del XVI, conocidas bajo la denominacion general de culebrinas, fueron decayendo ya á mediados del último en el cual adelantaron mucho las fundiciones (1), usándose, aunque por

(1) En 1565 instituyóse la célebre fundicion de cañones de bronce en Sevilla.—Las célebres escuelas de artillería de Burgos y Milan datan del principio del siglo siguiente.

poco tiempo, una nueva construccion acampanada que hoy no se conoce, hasta que Felipe III en 1609 mandó reducir en sus reinos los distintos calibres, á solos cuatro, á saber; de 40, de 24, de 10 y de 5. Igualmente se abandonaron del todo ciertos ingenios usados durante el siglo anterior que producian mas estrépito que estrago, compuestos de mayor ó menor número de cañones, y que ni aun los extrangeros llegaron á adoptar, y esto que entonces lo tomaban todo de España para crear una brillante artillería. El petardo fué el único de los antiguos tiros artificiales que continuó usándose en nuestros ejércitos.

Los montages de las lombardas y demás piezas se sustituyeron á principios del siglo XVI con los afustes de gualderas en que se apoyaban los muñones adaptados en aquellas al efecto, y esta mejora proporcionó el mas fácil arrastre de la artillería sobre ruedas (1), el ahorro de gente para trasportarla y la facilidad de apuntarla prontamente en cualquiera direccion. Ya antes del año en que se marcaron los calibres, las piezas de mayor cabida eran siempre reunidas para trabajar y disparar sobre el centro; las piezas medianas, llamadas de campaña, eran divididas en dos secciones que solian jugar una en cada ala con la infantería; los falconetes jugaban en los flancos del ejército como artillería ligera y seguian á los arcabuceros en sus cargas para abrir brechas en las masas enemigas, en lo cual daban muy buenos resultados. En el siglo XVI usábase ya de la metralla, de los cohetes contra la caballería, inventados por un artillero español en 1540; de los obuses que disparaban balas huecas y granadas, y de los morteros y bombas, de los cuales se encuentran noticias positivas en las campañas de los Españoles en Flandes en el último tercio de aquel siglo.

Estos progresos en el arte del ataque hubieron de producir una revolucion completa en el de la defensa. A los antiguos matacanes, torreones etc. sustituyeron los parapetos á prueba de cañon; las torres y murallas adquirieron mayor solidez y ensanche para resistir mejor el choque de las balas; las torres antiguas, mal flanqueadas entre sí y harto pequeñas para permitir el juego de varias piezas á la vez, dejaban á su frente sectores indefensos por cuyo espacio podíanse sin riesgo hacer escaladas, y este inconveniente produjo el primer adelanto en la fortificacion. Desde entonces se construyeron salientes todas las torres de flanqueo, y al ser modificadas dieron orígen á los baluartes, medios baluartes, tenazas, caballeros, hornabeques y demás obras exteriores. Los altos muros del sistema antiguo, que presentaban fácil blanco al cañon enemigo, fueron sustituidos por otros de menor altura; vinieron luego las esplanadas para ocultar al fuego del enemigo el asiento de los parapetos, y sucesivamente fueron multiplicándose los medios para aumentar la defensa de los atrincheramientos. Vauban en Francia combinó los varios elementos de fortificacion introducidos para producir el sistema al que ha quedado su nombre, y que fué adoptado por todas las naciones de Europa.

Visto hemos en el decurso de esta historia los triunfos, los memorables sitios y combates sostenidos por los ejércitos españoles en los buenos tiempos de la monarquía. Del brillante estado á que se elevan reinando Carlos I y Felipe II empiezan á decaer ciñendo la corona Felipe III en que, por las distintas circuns-

(1) En la solemne entrada que hizo Carlos I en Valladolid terminada la guerra de las comunidades, figuraban setenta y cuatro falconetes, tiros y trabucos, con cureñaje rodado, tirada cada pieza por siete pares de mulas.

tancias en que se encontró la corte, á donde otra vez habian acudido los nobles en gran número, dábanse los grados mas al favor y al valimiento que á la distincion y al valor. Poco á poco fué extendiéndose la corrupcion cortesana á los campamentos militares, y extinguida aquella raza de endurecidos héroes, debilitados progresivamente el poder y los recursos de España, las fuerzas militares de que esta disponia vinieron á quedar en el deplorable estado que hemos dicho al referir el lastimoso reinado de Carlos II.

Las costumbres públicas continuaron durante el siglo XVI en la via de perfeccionamiento que en el período anterior hemos señalado: suavizábanse mas y mas los hábitos, la seguridad individual veia desaparecer los últimos peligros que la amagaban, resto de la antigua edad; la licencia en todas sus formas era contenida dentro de mas estrechos límites, la santidad del matrimonio, el respeto de las relaciones sociales afianzábanse mas y mas en la conciencia pública, y el establecimiento de un gobierno fuerte y acatado necesariamente habia de producir en aquellas circunstancias mayor órden, mas regularidad en los hombres y en las cosas. Severas disposiciones adoptadas contra los mas altos empleados por sospechas de insignificantes defraudaciones; los repetidos rasgos de buena fé que de los comerciantes españoles se cuentan, nos prueban que la nacion se conservaba fiel y fomentaba las tradiciones de honor que recibiera de los siglos transcurridos. Sin embargo, como en otra parte hemos observado, á mediados del siglo XVII obsérvase en las costumbres de los Españoles una triste reaccion, que ni esto habia de conservarse en pié en la general ruina. Cuando sonó para ellos la hora de los reveses, cuando en lo político y en lo militar vieron roto su inmenso poder por culpa suya y por disposicion de la Providencia, guardaron no obstante el orgullo de la pasada gloria y la elevacion de ánimo que procura un gran poder, pero sin la energía suficiente para producir grandes cosas: altivos aun, no parecian resignarse á su desgracia sin que hicieran cosa alguna para salir de ella. Consolidada la autoridad absoluta de los reyes, rodeado el trono de inmenso prestigio, mantenida en su pureza la religion á costa de grandes esfuerzos, rígida la moral, estas buenas cualidades degeneraron, luego que la riqueza, que el desmedido lujo, que la corrupcion hubo ganado á la clases todas. Entonces vemos en los hombres de aquel tiempo que el valor se convierte casi siempre en jactancia, el pundonor en espíritu pendenciero, la galantería en atrevimiento, la lealtad en servilismo, la religiosidad en supersticion, el cuidado de la fama en tiranía doméstica. Quedaban los rasgos distintivos del antiguo carácter español, pero no las virtudes. Bien retratan á sus contemporáneos las mordaces sátiras de Quevedo, pero ni ellas ni algun esfuerzo aislado que de cuando en cuando observamos para corregirlos, pudieron atajar los desórdenes de la corte, de los magistrados, de los nobles y del pueblo. España y principalmente Madrid hervia en riñas, robos y asesinatos, dice un escritor de nuestros dias; pagábanse muertes y ejercitábase notoriamente el oficio de matador; violábanse los conventos, saqueábanse iglesias, galanteábanse monjas; eran diarios los desafíos y las riñas y asesinatos y venganzas. Léense en los libros de la época contínuas y horrendas tragedias... y en quince dias hubo en Madrid ciento diez muertes de hombres y mugeres, muchas en personas principales (1).

(1) Cánovas, *Decadencia de España*, *Felipe IV*, l. VI.

Era aquella la época en que la nacion española, coronada con sus pasadas glorias, imponia á la Europa entera los restos de su influencia, su literatura y hasta sus costumbres. Una palabra ambigua, dice un escritor francés hablando de lo que en Francia sucedia, una mirada dudosa, un gesto equívoco bastaba para poner á un galan en la precision de hacerse matar por el primer espadachin que hallara á su paso. Llegaron á distinguirse hasta cincuenta y cuatro modos de desmentir; habíase inventado el duelo mayor y el menor, y el que salia de su casa no podia estar seguro de volver á ella sano y salvo. En cada esquina podia tener que habérselas con cualquiera á quien hubiese tocado con el codo ó con el pié, así es que mas de cuatro besaban por la mañana su espada para que les sacara en salvo el honor en caso necesario (1). Por mucho tiempo se acostumbró en Francia, Italia, Inglaterra y parte de Alemania enviar á Madrid los jóvenes mas distinguidos por su riqueza ó nacimiento, para que tomaran los modales y el tono castellanos, y en todas partes se imitaban las modas y los trages de aquel centro de la sociedad elegante. A do quier que se vuelvan los ojos, dice Puibusque hablando de París durante la época de la liga, no se ven mas que franceses españolizados; no hay elegante que no lleve la barba puntiaguda, el sombrero derribado á la oreja, el jubon y los calzones medio sueltos y descompuesta la gorguera, ni valenton que no se esparranque, no escupa por el colmillo y no se retuerza el bigote mirando al que pasa por encima del hombro. El contagio, añade, ha llegado hasta esos pelmas de Flamencos, quienes son llamados por burla *las gentes de mas allá del agua;* los mas sueltos, pulcros y acicalados andan muy estirados de pescuezo por no echar á perder sus almidonadas gorgueras, y no pueden dar un paso sin que se lo estorben los encages y borlas que cuelgan de sus piernas: son á los imitadores franceses lo que el *guapo* de Oviedo ó Pamplona al elegante de Madrid. Lo mismo sucedia en Palermo, Nápoles, Milan, Viena y Munich: por todas partes se veian sombreros de copa alta y alas anchas con pluma encarnada, jubon, capas de mucho vuelo, botines, bigotes, barba puntiaguda, y en una palabra, el airoso trage que en el dia no se ve mas que en el teatro en las comedias de capa y espada.

En efecto, gran variacion habíase verificado en los trages desde el siglo XVI: á las túnicas y á las redes habian sucedido en las mugeres las faldas rozagantes y los velos tupidos; los nobles usaban calza entera, ropilla larga y herreruelo un poco mas largo; los pecheros se adornaban con gregüescos, sombrero de ala ancha, ropilla y cinturon de piel. Diversos cambios experimentaron los trages en las telas y en la hechura á consecuencia de las leyes suntuarias publicadas en este período; así vemos, por ejemplo, que en tiempo de Felipe IV se prohibió que ninguna muger, de cualquier calidad que fuese, pudiera traer guardainfante ú otro trage parecido, excepto aquellas «que con licencia de las justicias eran malas de sus personas,» y tambien que ninguna saliera tapada por las calles sino con el velo alzado de modo que pudiera ser conocida á fin de evitar excesos y desmanes. Ya en aquel tiempo habrian empezado á introducirse los rizos y largas cabelleras, que tan en boga estuvieron en la época siguiente, puesto que en 1639 hízose un pregon en Madrid prohibiendo á los hombres usar guedejas y copetes

---

(1) Weis, *España desde el reinado de Felipe II hasta el advenimiento de los Borbones*, Introd.

y los rizos con que se componian el cabello, «lo que ha llegado á ser, decíase, el escándalo de estos reinos.»

Como rasgo curioso de costumbres ha de citarse la pragmática de Felipe IV prohibiendo con graves penas los juramentos á no ser en los actos judiciales y para el valor de los contratos, prueba de que al vulgarizarse habia perdido ya parte de la santidad antigua. El espíritu caballeresco con sus altos pensamientos, sus arriesgadas empresas y su afan por los peligros, hazañas y portentos, habíase amortiguado si no desaparecido del todo en España á mediados del siglo XVII, y de él se conservaba únicamente como desnaturalizado reflejo el espíritu pendenciero, celoso y vengativo de los galanes de Calderon; y al propio tiempo que las representaciones teatrales reemplazaron á los torneos, justas y sortijas, los nobles dejaron de asistir como actores á las fiestas de toros, tan populares en el reino de Castilla, datando de entonces las cuadrillas de gente pagada para lidiar con la fiera.

En este gran período de dos siglos que acabamos de examinar bajo sus principales aspectos hemos visto realizadas las palabras con que pusimos fin al período anterior. España, con todo el ardor de la mocedad y la prudencia de la edad madura, dijimos, se lanzaba al inaugurarse el siglo XVI por la anchurosa senda que prometia conducirla á deslumbrantes destinos. Y condújola á ellos, pero sus grandes aspiraciones, como todas las que se fundan en el predominio, abrigaban el gérmen de una grandeza inmediata y tambien de una decadencia próxima; y como el monumento que se eleva á la falda de un volcan es devorado y consumido en una hora derribándose al suelo á impulsos de abrasador torrente sus robustas paredes, sus altas torres, sus afiligranadas agujas y cayendo revuelto entre todo las delicadas labores y esculturas, así España vió perdidas casi en un dia su fuerza, su influjo, su prestigio, su riqueza, sus letras y hasta sus severas antiguas costumbres. El hecho mas de bulto que en este período conviene observar es la posicion excepcional, el aislamiento en que fué quedando nuestra patria de casi todo el resto de Europa á medida que iban acaeciendo para ella la série de desgracias que la condujeron desde Felipe II al segundo Carlos, desde las victorias del siglo XVI á las calamidades del XVII: efecto era de la política inaugurada por aquel monarca en vista del incendio que devoraba á los demás pueblos. Innovaciones religiosas con su ordinario séquito de guerras civiles porfiadas y sangrientas, cambios y trastornos políticos, síntomas de trascendentales revoluciones en las ideas filosóficas: este es el cuadro que ofrecian las naciones europeas, y entre tanto España permanecia en sosiego sin que tanta agitacion, tanta efervescencia, tantas convulsiones y sacudimientos alcanzasen ni aun á estremecerla. En los tiempos de su poder habia sostenido una lucha á muerte fuera de sus fronteras para reducir al mundo á las ideas por ella profesadas y contener la invasion de las nuevas, y cuando extenuada, que no vencida, hubo de abandonar paso á paso el campo de batalla, replegóse como en sí misma y encerróse dentro de su hogar, donde casi nada del movimiento exterior habia penetrado, halagada aun en su tristeza con ver adoptadas por sus mismos enemigos algunas de sus costumbres y su ejemplar literatura. Este recogimiento, esta especie de incomunicacion de España con las demás naciones, este aislamiento en que vivió nuestra patria durante gran parte del período histórico que

hemos explicado, es en él uno de los hechos mas culminantes, repetimos, y conviene no olvidarlo ni perderlo de vista si se quiere comprender la existencia de nuestro pueblo en los tiempos posteriores, el atraso en muchas cosas deplorable en que se halló despues respecto de otros pueblos, y sobre todo las singularidades que en él han ofrecido los trascendentales acaecimientos de la revolucion europea.

Durante la época, objeto de este exámen, un gérmen de muerte habíase introducido en la vida de las sociedades de Europa: una reaccion en favor de ciertas ideas gentílicas empezaba á observarse en algunos entendimientos, ignorantes quizás ellos mismos de los funestos dias que preparaban para la libertad y la civilizacion del mundo. Secundada esta reaccion por las doctrinas protestantes, por el amor que á lo griego y romano habia despertado el renacimiento de las artes clásicas, el favor con que volvia á mirarse la degradante era de los césares, se revelaba poco en la literatura y en algunas artes de los paises católicos, y mucho en la conducta y en los escritos de los innovadores religiosos. España mas que otro pueblo alguno se libró del mal á causa de la posicion en que la hemos visto colocada; pero esto no habia de ser por mucho tiempo, y en la época siguiente hemos de verle ya con muy grandes proporciones.

Y sin embargo, mal haria quien supusiera interrumpida ó cuando menos suspendida la marcha progresiva que hemos señalado en la sociedad europea. La monarquía absoluta, fruto de grandes necesidades y nuevas aspiraciones de los pueblos, les habia dado inmensos beneficios; aunque muerta en gran parte la libertad política, el órden interior, los lazos entre las distintas clases, la justicia civil, la riqueza y la ilustracion pública habian hecho rápidos progresos, y de ello es buen ejemplo España, á pesar de sus errores y de sus desgracias, á pesar del transitorio retroceso que en la licencia de costumbres observamos en la última mitad del siglo XVII. Europa y con ella España nada habia perdido de las grandes conquistas morales realizadas á últimos del siglo XV, y por el contrario habia ganado mucho en virilidad, en conocimientos, en especulaciones, buenas unas y funestas otras. El problema de las formas políticas, aunque muy comprometido y del todo resuelto, podia recibir todavía otra solucion distinta en beneficio de la libertad de los pueblos; la filosofía irreligiosa, hija del protestantismo, aun no habia inventado el fatal principio del divorcio entre la unidad en la fé y la libertad política; grandes elementos de bien se conservaban y crecian; otros malos fermentaban; ¿de cuáles será el triunfo? En la gran novedad que iba á experimentar la suerte y la condicion de la monarquía española por la extincion de la dinastía antigua, por la elevacion de otra nueva, y por la mas íntima comunicacion en que iba á ponerse con Francia, que comenzaba entonces á ser como ahora el corazon de Europa, ¿qué elementos prevalecerian? ¿Los enseñados por el cristianismo, los que tan conformes eran con la alta dignidad del hombre, los que procuraban mantener y ensanchar los restos de la libertad antigua, ó aquellos que resultado de ideas gentílicas y protestantes tendian á establecer en el mundo la igualdad y el despotismo cesáreo? El siguiente y último período de nuestra historia nos presentará casi todos los datos del problema y á este, si no resuelto del todo, muy próximo al parecer á su solucion definitiva.

APÉNDICE

AL

TOMO QUINTO.

APÉNDICE AL TOMO QUINTO.

I.

Aclaraciones acerca de la prision de Francisco I, rey de Francia, en Pavia, y de la conquista de las islas Filipinas verificada por Miguel Lopez de Legazpi.

A lo que llevamos dicho en el cuerpo de la obra respecto de estos dos importantes puntos de la historia nacional, podemos añadir ahora nuevas circunstancias y noticias, que los ilustrarán aun mas. Debémoslas á don Nicolás de Soraluce, literato guipuzcoano, quien, celoso por las glorias patrias, nos las ha remitido, interpretando bien nuestros deseos de no omitir en este libro cuanto pueda contribuir á su mayor ensalzamiento. Dámosle por ello gracias, y ojalá que imitasen su conducta las muchas personas que en las varias provincias de España se hallan en estado por su posicion de aclarar puntos de historia generales ó locales: no sucederia así que en la necesidad en que se hallan los historiadores de copiarse unos á otros por lo que toca á cierta clase de sucesos, se perpetuasen vacíos ó fuesen acreditándose errores con sus sucesivas relaciones. Sin perjuicio de continuar las siguientes noticias en su lugar correspondiente al hacer de esta obra una nueva edicion, las continuamos aquí, pues no han llegado antes á nuestro conocimiento.

1.°

El soldado vizcaino que, segun hemos dicho (pag. 65), puso su espada en el pecho de Francisco I y le intimó la rendicion al caer el monarca francés derribado con su caballo entre el fragor de la pelea, llamábase Juan de Urbieta y era capitan de caballería y natural de Guipúzcoa (antiguamente se denominaban con el nombre general de vizcainos á los naturales de cualquiera de las tres provincias Vizcaya, Alava y Guipúzcoa). En comprobacion de esto nos ha remitido dicho señor Soraluce copia de los siguientes documentos:

CARTA DE FRANCISCO I, REY DE FRANCIA, Á LOS DIEZ DIAS DE SU PRISION EN LA BATALLA DE PAVÍA.

Francisco, por la gracia de Dios, rey de Francia. Hacemos saber á todos aquellos á quien tocare que Juan de Urbieta, del señor don Hugo de Moncada, fué de los primeros que se hallaron en nuestro riesgo cuando fuimos presos delante de Pavía, y nos ayudó con todo su poder á salvar la vida, en que le estamos en obligacion: y entonces nos pidió diésemos libertad al dicho señor Hugo, su amo, nuestro prisionero. Y porque esto es verdad, hemos firmado la presente de nuestra mano en Pizgueton á cuatro dias del mes de marzo de 1525. FRANCISCO.—*Traduccion hecha con autoridad del teniente de corregidor de Valladolid á* 15 *de julio de* 1615 *á peticion de doña Marta de Alcayaga, viuda del capitan Sebastian de Urbieta.*

TESTAMENTO DE JUAN DE URBIETA, OTORGADO EN LA VILLA DE HERNANI Á LOS 22 DE AGOSTO DE 1553 ANTE MARTIN DE PERCAZTEGUI.

Despues de la invocacion de la fé, de algunas mandas y de fundar un mayorazgo á cuyo goce llama á Juan Esteban de Urbieta, su hijo natural, se lee esta cláusula: «Y en la mejor forma y manera y facultad y fuerza que sea y ser pueda para la conservacion del dicho mayorazgo y mejorazgo, y puedo, y se requiere para valer y ser estable, firme y valedero para siempre jamás, de derecho y de fecho de los dichos bienes que tengo y poseo y armas y devisa que S. M. me hizo merced, para que las trajiese y pusiese en donde yo quisiere; que son un escudo y dentro del escudo un campo verde, y junto al campo el rio Tesino pintado con las ondas de la mar, y por encima del rio un campo blanco, y en el campo verde debajo un medio caballo blanco, en el pecho una flor de lis con su corona y el freno y riendas coloradas y la rienda caida al suelo y mas un brazo armado con su estoque alzado arriba. Todo está dentro del escudo, y encima del escudo apegado un yelmo, alzada la devisa, y encima del yelmo por timbre la águila negra imperial partida con dos cabezas, todo pintado como parece por el privilegio y merced que de ellas me hizo S. M. por la prision del rey de Francia y otros servicios. Y es mi voluntad que despues de mis dias los haya, tenga, herede y posea y suceda en todos ellos el dicho Juan Bautista de Urbieta, mi hijo natural, legitimado por Su Santidad y el emperador nuestro señor.»

2.°

La expedicion á las islas Filipinas, de cuyos felices resultados hemos dado brevemente cuenta en 1568 (pág. 273), salió en 1564 de uno de los puertos de las costas mejicanas, en el Océano Pacífico. Habíanla precedido en años anteriores otras expediciones de éxito glorioso, pero poco afortunado, en las cuales, si se perdieron víctimas y buques, enseñamos á las demás naciones mares, rumbos y travesías desconocidas, como que nuestros marinos fueron los primeros en dar la vuelta al globo.

La primera expedicion fué la que emprendió el ilustre y desgraciado Fernando de Magallanes en 10 de agosto de 1519 con cinco buques. Solo uno, mandado por Sebastian de Elcano y tripulado por diez y siete hombres, arribó de regreso de su viage al puerto de San Lúcar de Barrameda en 6 de setiembre de 1522. Dos naves habian sido desechas en la exploracion y paso de uno á otro Océano, en el estrecho conocido despues con el nombre de Magallanes; la tercera volvió á España desde el mismo punto ante el amenazador aspecto de aquellos mares; el jefe de la expedicion murió en Mactan, una de las islas despues llamada Filipinas, en 27 de abril de 1521 en un lance con un indio; el cuarto buque hubo de ser abandonado en Tidor, capital de las Molucas, y diezmada la tripulacion, llevando espectros mas bien que hombres, la nao *Victoria* llegó al puerto de San Lúcar en la época indicada. Sebastian de Elcano, maestre de la expedicion, fué pues el primero que realizó el mas importante viage marítimo de que hacen mencion los anales históricos desde la mas remota antigüedad: habia dado la vuelta al mundo.

Por órden del emperador preparóse una segunda expedicion en la Coruña, y en 24 de julio de 1525 otra flota de siete buques, convenientemente tripulada y equipada, salió de aquel puerto al mando de García Jofre de Loaisa, llevando por segundo y director de pilotos al mismo Elcano que verificara el viage anterior. Con ellos iba el guipuzcoano Andrés de Urdaneta, militar que se habia distinguido en Alemania y en Italia. Antes de llegar al Estrecho perdióse un buque; dos mas se dispersaron, y los cuatro restantes, en medio de frecuentes borrascas, pudieron saludar por fin el gran Océano Pacífico despues de cuatro meses de navegacion. Otra tormenta vino á separarlos para jamás volverse á ver, y solo quedan noticias de la nao capitana *Victoria*, á la cual Elcano con otros del buque que montaba se habia trasladado por disposicion de Loaisa antes de emprender el paso del Estrecho. Fatigas, hambre y enfermedades diezmaron á la tripulacion; en 30 de julio de 1526 Loaisa no existia ya, y Elcano le siguió al sepulcro cinco dias despues. Continuando su navegacion la capitana al mando de Martin de Carquisano, llegó por fin á las Molucas, donde los ciento veinte hombres á que habia quedado reducida su tripulacion, construyeron un pequeño fuerte para su abrigo. La abierta hostilidad con que los miraban los Portugueses que pretendian derechos exclusivos sobre aquellas islas, hizo aun mas crítica su situacion, hasta que quedaron arregladas las cuestiones entre España y Portugal en 1529. Entonces Urdaneta, que era el compañero de Carquisano y á la vez jefe con Hernando de la Torre de aquel resto de la expedicion, separóse de sus amigos y compañeros de trabajos, y arribó á Lisboa en una nave portuguesa. Este fué el resultado de la segunda expedicion.

Las causas que sin duda indujeron á emprender la tercera se explican por el regreso de los buques que se dispersaran antes de penetrar en el Estrecho, y por las noticias que en España se tenian transmitidas de Portugal acerca de la situacion apurada en que se hallaban en las Molucas los hombres que quedaban de la expedicion pasada. Emprendida la tercera bajo las órdenes del general Alonso Saavedra despues del citado arreglo con Portugal, no fué mas feliz que las dos que la precedieron. A su llegada á Tidor recogió los restos de la malograda expedicion de Loaisa, y despues de muchas pérdidas, fatigas, enfermedades y

víctimas hubo antes de mucho tiempo de desistir de la empresa y someterse ó unirse á los Portugueses en la absoluta imposibilidad de seguir adelante.

A los conocimientos adquiridos por Urdaneta en la expedicion en que tomara parte, á sus excitaciones al monarca acompañadas de importantes noticias, debióse que Carlos I ordenara al virey de Méjico don Antonio de Mendoza que preparase la cuarta expedicion, que desde las costas de Méjico en el Océano Pacífico habia de salir para la conquista de las mismas islas de Poniente, despues archipiélago Filipino. En 1.º de noviembre de 1542 abandonó el puerto de Juan Gallego la nueva expedicion al mando del general Ruy Lopez de Villalobos. Su resultado no fué mas feliz que el de las anteriores: diezmada la gente por las enfermedades, abatido el espíritu por la fatigas y la desgracias propias de tan azarosas empresas, y muerto Villalobos en Amboine, asistido en sus últimos momentos por san Francisco Javier, la cuarta expedicion se deshizo como las pasadas antes de llegar á su destino.

En tiempo de Felipe II, el proyecto de la conquista de las islas de Poniente que tantas vidas habia costado, agitóse de nuevo por el mismo Andrés de Urdaneta, que, buen marino y cosmógrafo, segun nos dice la historia del P. Grijalva, habia acabado por vestir el hábito agustino en la misma capital de Méjico, donde entonces residia. El monarca acogió con benevolencia sus instancias, y comunicó órdenes al virey don Luis de Velasco para que dirigiera al punto indicado una nueva expedicion á las órdenes del mismo autor de las noticias é instrucciones que se le habian dado. Moraba por aquel entonces en la ciudad de Méjico Miguel Lopez de Legazpi, que nacido en la villa de Zumarraga, provincia de Guipúzcoa, en el palacio conocido con el nombre de Jáuregui, que aun existe, de padres bien acomodados, habia seguido la carrera de la jurisprudencia para marchar despues á Méjico, é impulsado por el espíritu caballeresco de aquellos tiempos, abrazar la profesion de las armas en aquel imperio recien conquistado. Retirado temporalmente á la capital desempeñó en ella los honoríficos cargos de escribano mayor y de alcalde ordinario, y amigo y comprovinciano de Urdaneta, amante como él del engrandecimiento y de las glorias de su patria, ambos meditaban y suspiraban por la nueva conquista. Acordada esta por el rey, conoció el agustino que para tan árdua empresa carecia en sus sesenta y seis años de la potencia física y aun moral necesarias; expúsolo así al virey y significóle que la persona digna y capaz de llevar á cabo la empresa era Miguel Lopez de Legazpi, reservándose él la direccion de los pilotos de la flota y la de los cinco religiosos agustinos que habian de embarcarse en ella. Consintió Velasco en lo propuesto por Urdaneta, é investido Legazpi con los títulos de adelantado y gobernador de los paises que conquistare, preparada una flota de cinco buques con unos cuatrocientos hombres de tripulacion, verificóse la partida desde el puerto de la Natividad en 21 de noviembre del año antes indicado de 1564.

Navegando hácia el rumbo y con las precauciones que Urdaneta como piloto mayor dirigia, con tiempo favorable ó adverso, la flota descubrió á principios del siguiente enero una islas llamada desde entonces de los Barbados; avistó una de las Marianas, llamada tambien islas de los Ladrones, vió antes de un mes otras islas de las pertenecientes al archipiélago nombrado en adelante Filipino, y en 16 de febrero fondeó en el puerto de Tandaya. Animados Legazpi y Urdaneta del

deseo de emplear en su conquista los medios mas pacíficos posibles, procuraron atraer á los naturales por el comercio, el agasajo y la predicacion, á pesar de la desconfianza y retraimiento con que eran mirados en los primeros tiempos. Buenos resultados les daba su conducta; pero Legazpi, dotado de ojo perspicaz y de carácter previsor, comprendió que necesitaba posesionarse de otro punto mas conveniente para el objeto que se proponia. Al efecto reconoció varias islas de aquel archipiélago, y en 27 de marzo de 1565 fondeó en un puerto de la isla de Zebú y fundó allí su primer establecimiento al que puso el nombre de villa de San Miguel, erigiendo en el mismo un convento para los agustinos que le acompañaban. Poco despues fundó en la misma isla el pueblo á que con la advocacion del nombre de Jesus llamó Zebú, tomado del que tenia la isla; estableció el ayuntamiento con los necesarios reglamentos para el buen régimen y administracion, y merced á su buen tacto y prudencia, que se valia mas de la cruz que de la espada, y al celo de los valerosos agustinos, comenzó á aclimatarse en aquellas islas la semilla del cristianismo.

En este estado, contento Urdaneta al ver el éxito feliz de la expedicion que aconsejara, embarcóse de acuerdo con Legazpi en la nao capitana, y despues de dar cuenta de su expedicion á la Real Audiencia de Méjico, vino á España llamado por Felipe II, que sentia deseos de conocerle. Rechazando cuantas mercedes queria hacerle el soberano, pidió tan solo que para la empresa en que dejaba comprometido á Legazpi se dignase ordenar los convenientes preparativos de todo género, y dispuesto así conforme á su deseo, regresó á Méjico, donde murió en su convento poco tiempo despues, en 2 de julio de 1568, á los setenta años de su edad.

En tanto Legazpi iba superando con su valor, bondad, energía y constancia cuantas dificultades le oponian el recelo de los naturales y la rivalidad de los Portugueses, con quienes hubo de medir alguna vez sus armas. Incesantes exploraciones hacian los Españoles con objeto de extender sus conquistas por aquel archipiélago: apoderáronse de la isla de Panay y de Leyte (1571), y se dispusieron para dirigirse contra la de Luzon, la mas valiosa de todas y la que por su posicion topográfica podia ofrecerles mas recursos y ventajas. Solo doscientos ochenta hombres contaba Legazpi para tal empresa, pero esto no obstante, poseido del espíritu de los Españoles de la época, vémosle entrar en la ciudad de Manila, situada en la desembocadura del rio Pasiq, en 19 de mayo de 1571. Un mes despues erigió aquel pueblo y ciudad en metrópoli de aquel archipiélago y creó dos alcaldes ordinarios, doce regidores, un alguacil mayor y un escribano de ayuntamiento.

Otro de sus primeros cuidados fué atraer á los moradores á la fé y á la sumision por los medios suaves empleados en las demás islas, y su generosidad, su buen tacto le alcanzaron en su nueva conquista los mismos buenos resultados. Los soberanos Lacandola, Matanda y Soliman se le sometieron desde luego y celebraron con él convenios, y en poco tiempo, empleando oportunamente el rigor y la clemencia, hallóse el caudillo español en quieta posesion de aquellas islas. La conquista de las Filipinas, realizada por tales medios y con tanto talento, será siempre explendente título de gloria para Legazpi y para España; ella sola basta para borrar muchas iniquidades y para rehabilitar del todo nuestro nombre como

conquistadores á los ojos de Europa. No en vano habia escrito Legazpi á Felipe II que en vez de armadas ó flotas con gente de guerra, ocasionando grandes sacrificios, seria mas conveniente el envío de misiones de diferentes órdenes religiosas, quienes sabia por experiencia que alcanzaban tan buenos ó mejores resultados que aquellas.

Despues de ocho años de fatigas, sinsabores y trabajos de todo género, conseguido en lo esencial el objeto de sus aspiraciones, llegó para el conquistador, para el primer gobernador y capitan general de Filipinas la hora de su muerte, acaecida en 20 de agosto de 1572, cuando, convencido de la importancia de Manila para el comercio de aquellos mares, habia entablado relaciones comerciales con la China, el Japon y todo aquel grande archipiélago indiano. En él sus gloriosos hechos han dejado imperecedera fama. Ultimamente, en cumplimiento de lo decretado en las juntas generales de la provincia de Guipúzcoa, el retrato del conquistador Legazpi, llegado de Manila, ha aumentado la galería formada en los salones de la casa-palacio de la diputacion de Tolosa (1).

II.

Carta de la ciudad de Toledo á las demás ciudades y villas invitándolas á reunirse en junta para poner remedio à los males del reino.

Muy magníficos señores: Pues nuestra gente de guerra ha ya pasado allende los puertos, y está en su tierra, no es necesario decir como la enviamos para socorrer á la ciudad de Segovia. Y á la verdad, aunque el socorro no fué mayor de lo que merecian aquellos señores, todavía fué mas de lo que pensaban sus enemigos. No dudamos, señores, que en las voluntades acá y allá seamos todos unos; pero las distancias de las tierras nos hacen no tener comunicacion las personas, de lo cual se sigue no poco daño para la empresa que hemos tomado de remediar el reino, porque negocios muy árduos tarde se concluyen tratándose por largos caminos. Muchas veces y por muchas letras os hemos, señores, escrito, y pensamos que teneis conocida la santa intencion que tiene Toledo en este caso. Pero, esto no obstante, querríamos mucho que personalmente oyésedes de nuestras personas lo que habeis visto por nuestras letras. Porque hablando la verdad, nunca es acepto el servicio hasta que se conozca la voluntad con que es hecho. Los negocios del reino se van cada dia mas enconando, y nuestros enemigos se van apercibiendo. En este caso será nuestro parecer que con toda brevedad se pusiesen todos en armas. Lo uno, para castigar los tiranos; lo otro, para que estemos seguros. Y sobre todo es necesario que nos juntemos todos para dar órden en lo mal ordenado de estos reinos, porque tantos y tan sustanciosos negocios, justo es que se determinen por muchos y muy maduros consejos. Bien sabemos, señores, que ahora nos lastiman muchos con las lenguas, y despues nos infamarán muchos con las péñolas en sus historias, diciendo que solo la ciudad de Toledo ha sido causa de este levantamiento y que sus procuradores al-

(1) *Biografía del ilustre conquistador de Filipinas Miguel Lopez de Legazpi*, por don Nicolás de Soraluce. Tolosa, 1863,

borotaron las cortes de Santiago. Pero entre ellos y nosotros á Dios Nuestro Señor ponemos por testigo y por juez de la intencion que tuvimos en este caso. Porque nuestro fin no fué alzar la obediencia al rey nuestro señor, sino reprimir á Xeures y á sus consortes la tiranía; que segun ellos trataban la generosidad de España, mas nos tenian ellos por sus esclavos, que no el rey por sus súbditos. No penseis, señores, que nosotros somos solos en este escándalo, que hablando la verdad, muchos prelados principales y caballeros generosos, á los cuales no solo les place de lo que está hecho, pero aun les pesa porque no se lleva á cabo: y segun hemos conocido dellos, ellos harian otras peores cosas, si no fuese mas por no perder las haciendas, que por no aventurar las conciencias. Así para lo que se ha hecho como para lo que se entiende hacer, deberia, señores, bastar para justificacion nuestra, que no os pedimos, señores, dineros para seguir la guerra, sino que os enviamos á pedir buen consejo para buscar la paz. Porque de buena razon el hombre que menosprecia el parecer propio, y de su voluntad se abraza con el parecer ageno, no puede ninguno argüirle de pecado. Pedimos os, señores, por merced que vista la presente letra, luego sin mas dilacion envieis vuestros procuradores á la Santa Junta de Avila : y sed ciertos que segun la cosa está enconada, tanta cuanta mas dilacion pusiereis en la ida, tanto mas acrecentareis en el daño de España. Porque no es de hombres cuerdos al tiempo que tienen concluido el negocio, que entonces empiecen á pedir consejo. Hablando mas en particular, habeis, señores, de enviar á la Junta tales personas, y con tales poderes, que si les pareciere puedan con nuestros enemigos hacer apuntamiento de la paz, y sino desafialles con la guerra. Porque segun decian los antiguos, jamás de los tiranos se alcanzará la deseada paz, sino fuese acosándolos con la enojosa guerra. No pongais, señores, escusa diciendo que en los reinos de España las semejantes congregaciones y juntas son por los fueros reprobadas, porque en aquella Santa Junta no se ha de tratar sino el servicio de Dios. Lo primero, la fidelidad del rey nuestro señor. Lo segundo, la paz del reino. Lo tercero, el remedio del patrimonio real. Lo cuarto, los agravios hechos á los naturales. Lo quinto, los desafueros que han hecho los extrangeros. Lo sexto, las tiranías que han inventado algunos de los nuestros. Lo séptimo, las imposiciones y cargos intolerables que han padecido estos reinos. De manera, que para destruir estos siete pecados de España se inventasen siete remedios en aquella Santa Junta, parécenos, señores, y creemos que lo mismo os parecerá, pues sois cuerdos. Que todas estas cosas tratando, y en todas ellas muy cumplido remedio poniendo, no podrán decir nuestros enemigos que nos amotinamos con la Junta, sino que somos otros Brutos de Roma redentores de su patria. De manera, que de donde pensaron los malos condenarnos por traidores, de allí sacaremos renombre de inmortales para los siglos venideros. No dudamos, señores, sino que os maravillareis vosotros, y se escandalizarán muchos en España de vèr juntar Junta, que es una novedad nueva. Pero pues sois, señores, sábios, sabed distinguir los tiempos, considerando que el mucho fruto que de esta Santa Junta se espera, os ha de hacer tener en poco la murmuracion que por ella se sufre. Porque regla general es que toda buena obra siempre de los malos se recibe de una guisa. Presupuesto esto, que en lo que está por venir todos los negocios nos sucediesen al revés de nuestros pensamientos, conviene á saber, que peligrasen nuestras personas, der-

rocasen nuestras casas, nos tomasen nuestras haciendas, y al fin perdiésemos todos las vidas; en tal caso diremos, que el disfavor es favor, el peligro es seguridad, el robo es riqueza, el destierro es gloria, el perder es ganar, la persecucion es corona, el morir es vivir. Porque no hay muerte tan gloriosa como morir el hombre en defensa de su república. Hemos querido, señores, escribiros esta carta para que veais cual es nuestro fin al hacer esta Santa Junta; y los que tuvieren temor de aventurar sus personas, y los que tuvieren sospecha de perder sus haciendas, ni curen de seguir esta impresa, ni menos de venir á la junta. Porque siendo como son estos actos heróicos, no se pueden emprender sino por corazones muy altos. No mas sino que á los mensageros que llevan esta letra, en fé de ella se les dé entera creencia. De Toledo año de mil quinientos y veinte.

III.

Carta del cardenal Adriano de Utrecht y de los del consejo á Carlos I sobre la situacion del reino.

Sacra Cesárea Católica Real Magestad. Despues que V. M. partió de estos sus reinos de España, no habemos visto letra suya, ni sabido de su real persona cosa cierta, mas de cuanto una nao que vino de Flandes á Vizcaya dijo, como oyó decir, que sábado víspera de la Pascua de Pentecostés habia V. M. aportado á Inglaterra. Lo cual plega á Dios nuestro Señor así sea, porque ninguna cosa nos puede dar al presente igual alegría, como saber que fué próspera la navegacion de la armada. Han sucedido tantos y tan graves escándalos en todos estos reinos, que nosotros estamos escandalizados de verlos, y V. M. será muy deservido de oirlos. Porque en tan breve tiempo y en tan generoso reino, parecerá fábula contar lo que ha pasado. Dios sabe cuanto nosotros quisiéramos enviar á V. M. otras mejores nuevas de acá de su España. Pero, pues nosotros no somos en culpa, libremente diremos lo que acá pasa. Lo uno para que sepa en cuanto trabajo y peligro está el reino: y lo otro para que V. M. piense el remedio como fuere servido. Porque han venido las cosas en tal estado, que no solamente no nos dejan administrar justicia, pero aun cada hora esperamos ser justiciados. Comenzando á contar de lo mucho poco, sepa V. M. que en embarcándose, que se embarcó despues de las cortes de Santiago, luego se encastilló la ciudad de Toledo, en que tomó la fortaleza, alanzó la justicia, apoderóse de las iglesias, cerraron las puertas, proveyóse de vituallas. Don Pedro Laso no cumplió su destierro. Fernando de Avalos cada dia está mas obstinado. Han hecho un grueso ejército, y Juan de Padilla ha salido con él en campo. Finalmente la ciudad de Toledo está todavía con su pertinacia, y ha sido ocasion de alzarse contra justicia toda Castilla. La ciudad de Segovia, á un regidor que fué por procurador de córtes de la Coruña, el dia que entró en la ciudad le pusieron en la horca: y esto no porque él habia á ellos ofendido, sino porque otorgó á V. M. el servicio. Porque ya á los que están rebelados llaman fieles, y á los que nos obedecen llaman traidores. Enviamos á castigar el escándalo á Segovia con el alcalde Ronquillo, al cual no solo no quisieron obedecer, mas aun, si lo tomaran, lo querian ahorcar. Y como por nuestro mandato pusiese guarnicion en

Santa María de Nieva, cinco leguas de Segovia, luego Toledo envió contra él su capitan Juan de Padilla: de manera que se retiró el alcalde Ronquillo, Segovia se escapó sin castigo y se quedó allí el capitan de Toledo. Porque dicen aquellas ciudades rebeldes que no los hemos nosotros de castigar á ellos como rebeldes, sino que ellos han de castigar á nosotros como á tiranos. Los procuradores del reino se han juntado todos en la ciudad de Avila, y allí hacen una junta en la cual entran seglares, eclesiásticos y religiosos, y han tomado apellido y voz de querer reformar la justicia que está perdida, y redimir la república que está tiranizada. Y para esto han ocupado las rentas reales, para que no nos acudan, y han mandado á todas las ciudades que no nos obedezcan. Visto que se iban apoderando del reino los de la Junta, acordamos de enviar al obispo de Burgos á Medina del Campo por el artillería, diciendo que la diesen luego, pues los reyes de España la tenian allí en guarda. Pero jamás la quisieron dar, ni por ruegos que les hicimos, ni por mercedes que les prometimos, ni por temores que les pusimos, ni por rogadores que les echamos. Y al fin lo peor que hicieron fué, quel artillería que no nos quisieran dar á nosotros por ruego, despues la dieron contra nosotros á Juan de Padilla de grado. Habido nuestro consejo sobre que ya no solo no nos querian obedecer, pero tomaban armas en las manos para nos ofender, determinóse quel capitan general que dejó V. M., Antonio de Fonseca, tomada la gente que tenia el alcalde Ronquillo, saliese con ella en campo, porque los fieles servidores tomasen esfuerzo, y los enemigos hubiesen temor. Lo primero apoderóse de la villa de Arévalo, y de allí fuese á Medina del Campo, á fin de rogarles que le diesen el artillería, y sino que se la tomaria por fuerza. Y como él perseverase en pedirla, y ellos fuesen pertinaces en no darla, comenzaron á pelear los unos con los otros. Y al cabo fuéle á Fonseca tan contraria la fortuna, que Medina quedó toda quemada, y él se retiró sin el artillería, y deste pesar se es ido huyendo fuera de España. Si no ha sido aquí en Valladolid, no ha habido lugar do pudiésemos estar seguros, porque la villa nos habia asegurado. Pero la noche que supieron haberse quemado Medina, luego se rebeló, y puso en armas la villa: de manera que algunos de nosotros huyeron y otros se escondieron. Y si algunos permanecieron, mas es porque los aseguran algunos particulares amigos que tienen en la Junta que por ser del consejo y ministros de justicia. El capitan de Toledo Juan de Padilla, viendo que ya no tenia resistencia, tomando la gente de Segovia y Avila se vino á Medina. Tomó consigo el artillería y fuese á Tordesillas, y echó de allí al marqués de Denia, y apoderóse de la reina doña Juana nuestra señora, y de la serenísima infanta doña Catalina. Y esto hecho luego se pasó á Tordesillas la Junta que estaba en Avila. De manera que V. M. tiene contra su servicio comunidad levantada, y á su real justicia huida, á su hermana presa y á su madre desacatada, y hasta agora no vimos alguno que por su servicio tome una lanza. Burgos, Leon, Madrid, Murcia, Soria, Salamanca, sepa V. M. que todas estas ciudades son en la misma empresa, y son en dicho y hecho en la rebeldía: porque allá están rebeladas las ciudades contra la justicia, y tienen acá los procuradores en la Junta. Que queramos poner remedio en todos estos daños, nosotros por ninguna manera somos poderosos. Porque si queremos atajarlos por justicia, no somos obedecidos: si queremos por maña y ruego, no somos creidos: si queremos por fuerza de armas, no tenemos

gente, ni dineros. De tantos y tan grandes escándalos quienes hayan sido los que los han causado, y los que de hecho los han levantado, no queremos nosotros decirlo, sino que lo juzgue aquel que es juez verdadero. Pero en este caso suplicamos á V. M. tome mejor consejo para poner remedio, que no tomó para excusar el daño. Porque si las cosas se gobernaran conforme á la condicion del reino, no estaria como hoy está en tanto peligro. Nosotros no tenemos facultad de innovar alguna cosa, hasta que hayamos desta letra respuesta. Por esto V. M. con toda brevedad provea lo que fuere servido, habiendo respeto á que hay mayor daño, allende lo que aquí habemos escrito, porque teniendo V. M. á España alterada, no podrá estar Italia mucho tiempo segura. Sacra Cesárea Católica Magestad, Nuestro Señor la vida de V. M. guarde, y su real estado por muchos años prospere. De Valladolid á 12 de setiembre de 1520.

IV.

Acuerdo de la Santa Junta al instalarse en Valladolid despues de la toma de Tordesillas por las tropas reales.

En la muy noble é muy leal villa de Valladolid á 15 dias del mes de diciembre de 1520 años, los señores don Pedro Laso de la Vega é de Guzman, é don Pedro de Ayala, é el jurado Pedro Ortega, procuradores de cortes é Junta General del reino, por la muy noble cibdad de Toledo; é Gonzalo de Guzman, procurador de la cibdad de Leon; é don Juan Fajardo, procurador de la cibdad de Murcia; é Diego de Guzman é Francisco Maldonado, procuradores de Salamanca; é don Hernando de Ulloa é Pedro de Ulloa, procuradores de Toro; é el bachiller Alonso de Guadalajara é Alonso Cuellar, procuradores de Segovia; é Hernan Gonzalez de Alcocer é Juan de Olivares, procuradores de Cuenca; é Rodrigo de Esquina, procurador de Avila; é Juan Benito, procurador de Zamora; é Alonso Sarabia é Alonso de Vera, procuradores de Valladolid: todos ellos é cada uno de ellos en nombre de las dichas cibdades, como procuradores de las dichas cortes é Junta General del reino, dijeron: Que por cuanto ellos é los otros procuradores, é por las dichas cibdades é villas, que tienen voto en cortes, por mandado de la reina nuestra señora vinieron de la cibdad de Avila á la villa de Tordesillas, é allí por su mandado é abtoridad habian entendido é celebrado las dichas cortes é Junta General para las cosas necesarias al servicio de SS. AA. é al bien é procomun é pacificacion destos sus reinos; estando en el palacio real continuando en las dichas cortes con la Reina nuestra señora é con sus secretarios, puestos por mandado de S. A. para las dichas cortes; habiendo venido á la dicha villa de Tordesillas el almirante de Castilla, é el conde de Benavente, é el conde de Haro, é el conde de Alba de Liste, é el conde de Cifuentes, é el conde de Salinas, é el conde de Oñate, é los marqueses de Denia é de Astorga, con otros muchos caballeros é personas con gran ejército de guerra é artilleria con mucha gente de á pié é de á caballo, los cuales todos en muy gran menosprecio é desacato é ultraje de la soberana é muy poderosa reina nuestra señora, é de la muy excelente infanta doña Catalina, su hija, dándose favor los unos á los otros con grande ardid, no

mirando lo que los leales é buenos vasallos eran obligados á las personas de su reina é señora natural ó de la dicha señora infanta, é al pueblo é casa real donde sus personas reales estaban; pospuesto el temor de Dios é en menosprecio del reino é de las dichas cortes é Junta General, é de los dichos procuradores que en ella residian en nombre de las cibdades é villas del reino, é por estorbar las dichas cortes é remedio universal del reino de los males grandes, é robos, é exorbitancias en él nascidas, por los dichos grandes no remediadas; á cabsa de la mala gobernacion é consejo que el Rey nuestro señor, despues que á estos reinos vino, tuvo; é habian combatido é combatieron la dicha villa de Tordesillas con sus personas é artilleria, é por fuerza é contra voluntad de S. A. é de la dicha villa é vecinos della é de los dichos procuradores del reino que en las dichas cortes asistian; é habian entrado, robado, saqueado, é habian hecho en ella muchos males é delitos muy feos, é les habian prendido algunos de los dichos procuradores, que se refugiaron al monasterio de Santa Clara de la dicha villa; é habian tomado de las posadas de su secretario los procesos é libros é escripturas de las dichas cortes é Junta General, á cuya causa los dichos procuradores habian salido de la villa de Tordesillas, por se haber apoderado en ella de todo, todos los dichos grandes, caballeros é otras personas; é se habian venido á juntar por la villa de Medina del Campo á esta dicha de Valladolid, continuando é celebrando las dichas cortes é Junta General, é habian acordado é acordaban de la hacer en esta dicha villa y entender en todas las cosas cumplideras al servicio de SS. AA. é al bien universal destos sus reinos é al desagravio é reparo dellos por virtud de los poderes que de sus cibdades tienen é del poder é mandamiento que de la Reina nuestra señora tienen é les fué dado. Por ende dijeron que mandaban é mandaron á mí Lope de Pallares, secretario de las dichas cortes é Junta General, que hiciese este libro de acuerdo adonde se asentasen las cosas é casos que en prosecucion de las dichas cortes é Junta General del reino se hiciesen é acordasen, al cual é á los autos é acuerdos que en él fueren puestos é escriptos de mi letra ó de Juan de Miviene é Antonio Rodriguez, secretarios en las dichas cortes é Junta General, é á las cartas mensageras, cédulas é provisiones de mandamiento, que en cualquier manera dieremos refrendadas de nosotros ó cualquier de nosotros, desde agora mandan se dé entera fé é crédito como si dellos mismos fuesen firmadas; é ansimismo á lo que hasta agora se ha despachado, por cuanto todo ha sido por su acuerdo é mandado, é para todo nos dieron poder cumplido con todas sus incidencias y dependencias. E mandaron que todo ello siga guardado, cumplido y ejecutado por las cibdades, villas é lugares de estos reinos, por cuanto todo ello cumple asi al servicio de SS. AA. é acrecentamiento de la corona é patrimonio real y bien procomun destos sus reinos, é al sosiego, é pacificacion é desagravio dellos. E mandaron que este libro esté á mucho recaudo en poder de mí el dicho Lope de Pallares, por manera que ninguna persona sepa los acuerdos dél, salvo los procuradores; é para mayor firmeza é seguridad de los dichos secretarios lo firmaron aqui de su nombre los dichos señores procuradores, y ansimismo nos mandaron é dieron poder é facultad para refrendar todas las provisiones que dellos fuesen firmadas en nombre de la Reina é Rey nuestro señor é del reino en su nombre. E mandaron que en las provisiones que refrendasemos pongamos: *Yo fulano, escribano de cámara de la Reina é de.*

Rey, su hijo, nuestro señor, la fice escribir por su mandado en acuerdo de los procuradores del reino que asisten en las cortes é Junta General en su nombre.— Siguen las firmas de los procuradores.

V.

Parte de la jornada de Villalar dado à Carlos I por el conde de Haro, jefe de sus tropas.

S. C. C. M. A V. M. escribí con don Pedro de la Cueva y despues con otros correos la victoria que Dios habia dado al ejército de V. A., y creo que á don Pedro, y á todos los que despues han ido, han prendido en Francia, que asi me lo han certificado, por lo cual torno á dar larga cuenta á V. M. de lo que acá ha pasado. El condestable y almirante se juntaron en Peñaflor domingo á 21 de abril, y luego el lunes les vino nueva que Juan de Padilla salia de Torre, y salieron con toda la gente al campo, y los de Torre se estuvieron quedos en las heras, y con esto se tornó toda la gente á Peñaflor: solamente se gastó aquel dia en ir é venir al campo, y en pasar el comendador mayor de Castilla y don Beltran de la Cueva y Rui Diaz de Rojas y Garci Alonso de Ulloa y el señor de Deza y el comendador Santa Cruz y don Francés de Beamonte á ver donde se asentaria el real sobre los de Torre.

Otro dia martes á 23 de abril, dia de San Jorge, fueron el conde de Alba de Liste y el comendador mayor de Castilla y el capitan Herrera y el señor de Deza y el comendador Santa Cruz, maestre de campo, á tornar á ver donde se asentaria el real, y hovieron nueva que se levantaban los de Torre, y luego cabalgó toda la gente para ir tras ellos, y fué adelante á detenellos el conde de Alba, y luego se juntaron con el conde de Castro y el conde de Osorno y el adelantado de Castilla y el prior de San Juan, y otros muchos caballeros, y Rui Diaz de Rojas y don Pedro de la Cueva, y fueron escaramuzando un rato con los enemigos; y luego llegó Herrera, capitan del artilleria, la cual iba delante de todos tirando, y tras ella iba la batalla real y el almirante y conde de Benavente y duque de Medinaceli y marqués de Astorga y otros muchos grandes y caballeros, y á la mano izquierda iba el avanguardia que llevaba don Diego de Castilla.

El condestable y el conde de Miranda y el comendador mayor de Castilla andaban con él por todas las batallas, y yo por otra parte; entre la avanguardia y la batalla andaban otros muchos caballeros sueltos; y, ya que llegaban cerca de Villalar, pasóse el conde de Benavente con su gente á tomar la una punta del lugar; el condestable se puso delante de la batalla real, y yo con la avanguardia; y en haciendo la punta que hizo el conde de Benavente, rompí con la avanguardia por mitad de los escuadrones de los enemigos; y en los que quedaron á la mano derecha rompieron el condestable y el conde de Miranda y el comendador mayor de Castilla y los continos y los otros grandes y toda la otra gente que allí venia; y en los que quedaron á la mano izquierda rompió el conde de Benavente. Yo pasé en el alcance á los que se acogieron á Toro, y llegué á Villaster, que es una

heredad de don Gutierre de Fonseca á dos leguas de Villalar, y como ya era de noche recogí allí toda la gente y volvíme.

Serian los muertos y heridos obra de mil hombres, de los cuales mató muchos el artilleria. Luego otro dia, miercoles á 24 de abril, degollaron á Juan Padilla y Juan Bravo y á Francisco Maldonado, alli en Villalar, y de alli vino el condestable y el almirante y el ejército á Simancas, donde vino á rendirse Valladolid, la cual se perdonó, aunque se exceptaron doce personas, y la misma órden se llevó en todas las otras cibdades. En Medina del Campo exceptaron quince, y en Avila diez y siete, y en Salamanca otras tantas, y en Segovia otras diez y siete y cuarenta desterrados.

Viniendo de Medina del Campo llegaron dos ó tres correos del duque de Nájera á pedir que se socorriese Navarra, porque entraba ejército del hijo del rey don Juan, y aunque esta ciudad estaba por reducir y Toledo en su seta, todavia se dió alguna gente á don Pedro Velez de Guevara y alguna artilleria: y paréceme que ya cuando llegó era salido el duque de Nájera de Navarra, y, con pensar que tendria tiempo para todo, vino aqui por postas para que se le diese gente: y asi lleva toda la que puede ir luego, y tras aquella va toda la demás.

Esta ciudad ha ofrecido mil infantes de escopeteros y cuatrocientos piqueros; y Medina del Campo dicen que da quinientos escopeteros: creese que Valladolid tambien dará gente, y por sacalle mas se van por allí el cardenal y el condestable y el almirante; y por acá por Aranda va toda la otra gente y artilleria, mas toda ó la mas va muy descontenta, porque con todas las diligencias que el licenciado Vargas ha hecho no se tiene lo que seria menester para pagalla, y, como á V. M. he escripto otras veces, la mayor necesidad de acá, despues que esto que anda se ha comenzado, es la que hay de dineros. Por esto, de cualquier parte que V. M. los pudiese haber, procure habellos, y sobre todo suplico á V. M. que venga para el tiempo que ha ofrecido, que en ninguna otra cosa está el bien y remedio de estos reinos sino en ser breve la bienaventurada venida de V. M., cuya muy real persona guarde Dios y prospere con muchos mas reinos y señoríos.

De Segovia 24 de mayo. De V. S. C. C. M. mas cierto servidor y criado que sus muy reales manos besa.—El conde de Haro.

VI.

Real cédula que el emperador Carlos V dirigió á Sancho Martinez de Leiva, capitan general de la provincia de Guipúzcoa, dándole cuenta del desafio á que él habia provocado al rey de Francia Francisco I, negativa de este á aceptarle, y consulta que el mismo emperador hizo sobre ello á sus consejos y prelados, grandes, caballeros, letrados y otras personas.

El Rey.—Sancho Martinez de Leiva, nuestro capitan general de la provincia de Guipúzcoa y alcalde de la villa y fortaleza de Fuenterrabía: ya habreis sabido parte de lo que con el rey de Francia sobre nuestro combate habemos pasado, y aquello y todo lo demás vereis mas entera y cumplidamente por el tras-

lado de todo ello que aquí os enviamos. Es la verdad que con el gran deseo que tenemos de ver fin á estas nuestras contiendas y debates por el reposo y sosiego de la cristiandad, holgábamos y aun deseábamos poner nuestra vida en peligro, por redimir con ella tanta sangre cristiana como á causa de estas discordias se derrama; mas como esto no dependiese solamente de nuestra voluntad, mas tambien debiese para ello concurrir la del rey de Francia, y él, como vereis por la relacion que Borgoña nuestro rey de armas truxo, ha rehusado el combate no queriendo oir nuestra respuesta ni recibir nuestro cartel en que le señalábamos el campo, antes asombrando con rigurosas palabras nuestro rey de armas despues de haberlo muchos dias en los límites de su reino detenido, cosas que jamás por ningun rey ni príncipe fueron hechas ni consentidas; aunque sin mas parecer de otros viésemos claramente haber satisfecho á nuestra honra, pues el rey de Francia rehusaba el combate, todavía por ser la cosa tan delicada y tocar tanto á nuestra honra la quisimos comunicar con los de nuestros consejos y perlados, grandes, caballeros, letrados y otras personas en semejantes casos experimentadas, pidiéndoles su parecer sobre ello, los cuales, visto todo lo que habia pasado, determinaron que habíamos suficiente y enteramente cumplido y satisfecho, no solamente á nuestra honra, mas tambien á lo que debemos á Dios y á nuestros súbditos y al bien de toda la cristiandad, de lo cual os habemos querido avisar porque tengais entera relacion de todo y lo envieis y publiqueis donde mejor os pareciere de manera que á cada uno sea notorio. Fecha en nuestra ciudad de Toledo á último de noviembre de 1528. YO EL REY Por mandado de S. M.—*Alonso Valdés.*

VII.

Estado económico del reino de Castilla en el año de 1536.

(*de Lafuente*, t. XII, p. 499)

SUMARIO DE TODA LA QUENTA DEL AÑO DE 536.

Monta lo que valen las rentas cuatrocientos cuatro quentos, quinientos veinte y siete mil, porque lo que mas han crecido desde el año de 534 y los situados consumidos, es para desempeñar juros como está dicho.	404.527,000	412.027,000
Que montará la moneda forera que se cobra en estos reinos el dicho año de 536 á respecto de los años pasados 7.500,000.	7.500,000	
Monta el situado y prometido y suspensiones que hay en las dichas rentas con los 10 quentos que se han de situar por el dinero que se tomó de las Indias y con otros maravedis de los que están á cargo de Alonso de Baeza para los vender		

y cumplir con lo ginoveses los del asiento de Toledo que aun no están todos situados 10 é 11 al millar de los partidos encabezados. 269.530,000

Así quedarian en las rentas de 536 ó en la dicha moneda forera 142.497,000. . . . . 142.497,000

Están librados en las dichas rentas á los Belzares é á otras personas particulares, como todo va por menudo en los pliegos. 118.245,000

Quedarian 24.252,000. . . . . 24.252,000

Es de saber que en el dicho año de 536 no están situados enteramente los 10 quentos que se han de situar por el dinero de las Indias, é dícese que no ha de ser tanta cuantidad la situacion, porque algunos destos dineros se dejaran de tomar á otros algunos que se tomaron, se libraron en las Indias, y así mismo otros situados que están á cargo para los vender Alonso de Baeza para cumplir el asiento que se tomó en Toledo con los ginoveses que no están vendidos, y todo esto ay mas en las dichas rentas demás de los dichos 24,252,000, é podria servir para los gastos del dicho año.

RELACION DE LO QUE ES MENESTER PARA ESTE AÑO DE QUINIENTOS Y TREINTA Y SEIS Á RESPECTO DE LO QUE SE LIBRÓ EL AÑO PASADO DE 535.

Para la casa de S. M. 170,000 ducados.	170,000	
Para embajadores y correos é otros gastos estraordinarios del Estado 70,000 ducados.	70,000	
Para guardas del año de 534, 200,000 ducados, é otros tantos se han de proveer en el año de 536 para cumplir con las guardas de 535.	200,000	
Para las galeras de Andrea Doria, 90,000 ducados. .	90,000	
Para las diez galeras de España, 60,000 ducados. . .	60,000	772,260
Para las fronteras de Africa, 70,000 ducados. . . .	70,000	
Para la casa de la Reina nuestra señora.	37,330	
Para la casa del príncipe acrecentando el salario del maestro que se quita de la casa de Tordesillas y se pasa acá.	8,800	
Para la paga de los del consejo é oficiales de la corte.	37,330	
Para continos de 535.	10,000	
Para tenencias de las fronteras y costa del mar. . . .	14,000	
Para salarios del gobernador é alcaldes mayores de Galicia y Canaria é Toledo é otros corregidores é gobernadores que se libran en el Reino.	4,800	

Para mercedes de tres en tres años. 14,000

Para el condestable y su muger é duque de Alba y de Nájera é marqués de Astorga y conde de Osorio é otros grandes que se libran en sus tierras. 1,060

Para acostamientos del marqués de Astorga é conde de Oropesa é de Medellin é don Francisco de Monroy é otros caballeros que se libran en sus tierras sus acostamientos cada año. . . . . 2,400 — 18,660

Para derechos de escribano mayor de rentas é mayordomo mayor é chanciller é notarios é sello é otros derechos de partidos encabezados. 1,200

Asi montan los dichos gastos setecientos noventa mil novecientos veinte ducados. 790,920

LO QUE HAY PARA CUMPLIR LOS DICHOS GASTOS.

En rentas ordinarias é moneda forera, con algo que se podrá aprovechar de los juros que están por vender, podrá haber 28 quentos, poco mas ó menos, que son 74,665 ducados. . . . 74,665

Por la necesidad grande que hay se podrán tomar de las rentas de 537, 80 quentos para cumplir con los gastos de 536 que serán 213,333 ducados. 213,333

Que habrá en las rentas de las órdenes en el año de 537, 20 quentos, poco mas ó menos, que se han de tomar para cumplir con los gastos de dicho año de 536. 53,333

Que habrá en el dicho año de 537 en el asiento de Juan Vosmediano é Juan de Emiso de la Cruzada é otras cosas en el asiento de las buletas 40 quentos que se han de tomar para este año, que serian. 106,067

Así monta lo susodicho 447,398 ducados, y caso que esto sea cierto, faltarán para cumplir con los dichos gastos 343,522 ducados, y mas los que montarán los intereses é cambios que serian gran suma, ha de mandar S. M. de donde y como se cumpla y lo que en todo se hará. 343,522

AÑO DE 37.

Monta lo librado hasta 15 de noviembre de 535, 20 quentos 738,000, los quales descontados de los dichos 134 quentos 997,000 quedará 114 quentos 259,000. . . . . 114.259,000

Desto se ha de tomar los 80 quentos para los gastos del año de 36 y lo que quedare será para la casa de la Reina Nuestra Señora, Consejo y Oficiales de Corte.

VIII.

Precio de las rentas del reino en el año 1553

(de Lafuente, t. XII, p. 502.)

Las rentas de las alcabalas y tercias y otras rentas ordinarias del reino que entran en el encabezamiento general del reino este año de 553, sin ciertos penados que en Sevilla y Xerez de la Frontera y Galicia se pagan demás de los precios de sus encabezamientos, los cuales no se cargan aquí porque la mitad dellos se libran para la despensa de la Reina Nuestra Señora, y la otra mitad para la despensa del emperador Nuestro Señor y se distribuyen en limosnas, y con las rentas de las tierras que fueron de la emperatriz Nuestra Señora que haya gloria, que para desde el año de 1547 entraron en el dicho encabezamiento general y van cargadas en este precio, y con las rentas de la villa de Valladolid é su tierra é partido que entran en el dicho encabezamiento general para desde este año de 553 en adelante, 333 quentos 602,000, del qual dicho precio van abaxadas las alcabalas y tercias de ciertas villas é lugares que Sus Magestades han vendido.	333.602,000

CARGO DE PARTIDOS Y RENTAS Y OTRAS COSAS QUE NO ENTRAN EN EL ENCABEZAMIENTO GENERAL DEL REINO QUE SE COBRAN DEMÁS DEL DICHO PRECIO PRINCIPAL.

En la merindad de Burgos el crecimiento que ovo en el encabezamiento de las tercias de Isar.	4,000
En la merindad de Burnueva las alcabalas de Ovarenes y tercias de Berçosa y fuente Burueva y Rojas y otros lugares y ciertos situados consumidos.	97,000
En la merindad de Rioja las alcabalas de Tirgo y otros lugares de don Juan de Leyva y las tercias de Cirumuela y Ervias y otros lugares.	45,000
En el partido de Miranda de Hebro el valle de Valdegovia. . .	55,000
En la merindad de allende de Hebro el pedido de Salvatierra é situado consumido.	22,000
Las salinas de Buradon.	73,000
Las alcabalas y pedidos de la cibdad de Vitoria é su tierra. . .	269,000
La provincia de Guipúzcoa que está encabezada perpétuamente.	1.170,000
El diezmo viejo de Seguras.	6,000
Las herrerías de Vicaya sin la suspension que en ellas se hace.	170.000
En la merindad de Logroño la cibdad de Logroño y martiniega de Calahorra.	809,090
En la merindad de Santo Domingo de Silos las alcabalas de Lan-	

ga y Rejas y Oradero. 104,000
En la merindad de Villa Di.º las tercias de San Cebrian de Buenamadre y el crecimiento de Amaya y peones y otros lugares. . 10,000

Continua el documento expresando las partidas de cargo por menor, designando los productos de las rentas en cada parte y concluye:

Total del sumario. 500.620,000

IX.

Carta de Carlos I à su embajador en Roma don Diego de Mendoza de 17 de marzo de 1547, dándole cuenta de unas conferencias tenidas con el Nuncio de Su Santidad

A don Diego de Mendoza:

Desde Ulma os escribimos muy largo lo que habiamos pasado con el Nunzio de Su Santidad, el cual, habiendo tenido despues cartas de Roma, nos pidió estos dias audiencia, y habló en tres puntos, comenzando la plática con dezir que no habia podido dejar de avisar á Su Santidad de lo que se hablaba y decia en esta corte, que lo sucedido en Génova habia sido con sabiduria é inteligencia suya, y que Su Santidad estaba muy maravillado que se dixese ni pensase de su persona semejante cosa, añadiendo que habia de ser una de dos cosas, ó que Nos dábamos crédito á ello, ó no; que si lo creiamos nos rogaba que quisiesemos informarnos bien de la verdad, porque sabiéndola se librase de tal opinion, y no se pensase que habia de intervenir ni ser parte en una tan señalada bellaqueria por este mismo término, siendo Su Santidad tan hombre de bien, y si no lo creiamos podriamos muy bien ver cuan grande era la malignidad de la gente, que queria poner sombra y turbar la union tan sincera y buena amistad dentre Su Santidad y Nos, de la cual procedian tan buenas obras como se veian, señalando lo de esta empresa y el buen efecto del concilio. A lo cual le respondimos que ni lo creiamos ni lo dexábamos de creer, y que asi no hazia la distincion cumplida, porque de una parte parecia cosa tan lexos de lo que se podia imaginar, y fuera del dever y correspondencia de su dignidad, que no parecia verisimille, y de la otra que habia tantos indicios, y entre otros la cifra que se habia hallado en Roma y caidosele al otro en tiempo que no se puede dejar de presumir que en Roma se tratasse algo dello, y que asi se podian con gran trabajo excusar de alguna nota á lo menos algunos ministros, pero que Dios y el tiempo darian al fin testimonio de lo que era verdad, y á aquello nos remitiamos.

Y porque el Nuncio nos replicó á esto, apretándonos si podia dar esta consolacion al Papa de certificarle que Nos no creiamos tal cosa de su persona, le diximos que por lo que en esto le haviamos respondido, bien veia no lo podiamos afirmar, sino era diciendo lo que era falso, pues le habiamos claramente dicho que ni lo creiamos ni lo dexábamos de creer; á lo cual tornó á replicar que ver-

daderamente no se hallaria que Su Santidad hubiese tenido parte ni sabido dello en ninguna manera, sino que habia sido invencion de personas que querian estorvar la apariencia que hay de tan buenas obras, que como arriba está dicho, se siguen de la buena correspondencia y amistad de entre ambos, como son lo de la dicha empresa y progreso del concilio, en el cual en el artículo de la reformacion se tracta de que los obispos, asi cardenales como otros que tienen dos obispados dexen el uno, y que los que son de la provision de Su Santidad se renuncien dentro de seis meses, y los que á la provision de los príncipes dentro de un año, y los cardenales que no residieren en sus iglesias esten cerca de Su Santidad en Roma, á lo cual nos pareció no responder muy largo, sino solamente que la reformacion conveniente de lo que escedia de la razon, seria en todo tiempo muy á propósito.

Acabada esta materia, entró luego en otra, diciendo que habiendo Su Santidad entendido la muerte del rey de Inglaterra, le habia parecido muy oportuno tiempo para la reduccion de aquel reino á nuestra fée cathólica, y que por no dexar pasar una tal coyuntura determinaba de requirir y pedir ayuda para ello á todos los príncipes cristianos, y designaba de crear legados para este efecto, uno para Nos, otro para el rey de Francia, y otro para el reino de Escocia, exhortándonos mucho á que no dexasemos pasar una tal ocasion; á que Nos le respondimos que no sabiamos aun muy enteramente los términos en que quedaban las cosas de aquel reino despues de la muerte del rey viexo, sino solamente se entendia que habian escluido del Consejo secreto á los otros, aun á los que estavan apasionados en la opinion del rey, y que haviamos enviado á ellos de Chantonay á visitar al nuevo rey, y que con su vuelta se podria por ventura hacer una informacion de lo que alli pasaba, y que segun se entendiesen los andamientos, asi sabriamos hacer lo que eramos obligado, y el buen oficio que en todo acostumbrábamos. El tercero y último puncto fué dezirnos que en lo que solicitaba don Francisco de Toledo no havia podido Su Santidad tomar hasta entonces resolucion, por ser cosa nueva, y de que no era muy bien informado, temiendo que seria de consecuencia para Francia, de mas de estar el ecclesiástico de España tan cargado, y que esto de la plata y fábricas subiria por lo menos de tres millones arriba, de mas que por estar ya señalada sobre ello la recompensa de los vasallos de los monasterios, seria esta muy gran sobrecarga, con otras particularidades en esta conformidad : á lo cual le respondimos que no dubdábamos que Su Santidad creia que lo que del expediente se sacasse seria del valor de los tres millones que dezia, y pluguiera á Dios que fuera assi, porque vernia bien á propósito para esta empresa, pues no se podia emplear en cosa mejor; no dejándole de tocar en lo de la consecuencia de Francia, que lo habian usado en aquel reino tantas vezes, demás de ser cosa que los otros tenian poder para ello, para cosa tan pia y necesaria; y que cuanto á lo que dezia que de lo mismo se habian de sacar los 400,000 escudos, que no era tal la intencion, sino que á los que hubiesen contribuido en esto, se les descontasse la parte que assi se hubiese cobrado, cumpliéndolo á la mitad, pero que lo que sospechábamos no era sino que sobraria tan poco, que muchas veces haviamos propuesto de no entrar en ello ni pedirlo; y replicando el dicho Nuncio que Su Santidad habia siempre hecho y haria todo lo que en si fuese, le diximos que muy bien se havia visto lo que por

lo pasado havia hecho y hacia, y que de lo que se haria no se veia aun la muestra; y con esto se acabó por aquella vez la plática.

Despues, á las once de este, nos tornó á pedir audiencia y dixo como havia sido avisado que Su Santidad havia hecho election de los dos legados, y que el de Inglaterra era reservado in pectore, y que esperaba en Dios que pues en lo de la reduccion de este reino podriamos ganar tanta honra como en esta jornada de Alemania, pues era la misma causa, que no dexáramos pasar la ocasion; y atajándole Nos si pensaba Su Santidad que con la fuerza de las armas se havia de tractar esto de Inglaterra, y respondiendo él que no sabia en ello la mente de Su Santidad, pero que pensaba que aquello holgaria pudiendose hacer sin la fuerza ni ruido, le diximos que no faltariamos de hacer con Inglaterra el oficio que se puede pedir de principe christiano, pero que en tomar las armas no solo no las tomariamos para contra este rey por Su Santidad, pero ni contra el mas mal hombre que hoy vive, pues vemos sus andamientos, y que habiendo metídonos en esta empresa y persuadido á ella, nos dejaba assi en tal tiempo; pero que Nos esperábamos en Dios que él que nos habia dado tan buen principio, nos ayudaria á salir con ellos; á lo cual, aunque el dicho Nuncio respondió lo mismo que arriba, que Su Santidad haria y acontesceria, le tornamos á decir que se veia muy bien lo que hacia, por mas que era lo tratado, y que nos remitiamos al effecto.

Luego tornó á entrar otra vez en lo de la comision de don Francisco de Toledo, diciendo que Su Santidad no havia podido por entonces hacer mas en ella, hasta ver como iba la cosa en lo de los trecientos mil escudos que se havian concedido en lugar de los quinientos mil del vasallage de los monasterios, lo cual no pudimos entender si lo dijo assi por yerro, ó si quiere tornar atras de los cuatrocientos mil que nos tiene ofrecidos; y prosiguiendo su plática y ponderándola con que allá habian añadido don Francisco y don Juan de Vega que cuando Su Santidad no concediese lo de la plata y fábricas que Nos estábamos determinados de tomarlo, le respondimos que era verdad, que Nos lo habiamos assí escrito y dado por instruccion al don Francisco: y tornando el Nuncio á decir que tenia por cierto que por ser cosa de mal ejemplo, siendo Nos tan cathólico príncipe, no era de creer que hariamos semejante cosa sin autoridad apostólica. se le dixo que nuestra demanda era tan justa y que tan absolutamente se nos habia negado sin tener respecto á la ocasion, y necesidad tan grande que habia para concedernosla, era de manera que Su Santidad podia tener por muy cierto que si la cosa llegaba á la mitad de la suma de lo que aquella le habia estimado, háme sido dicho que se sacarian tres millones, que Nos lo cobrariamos sin esperar mas assensu de Su Santidad, pues lo podiamos muy bien hacer, y los Reyes Catholicos mas chatholicos que Su Santidad, pues no era sancto, habian hecho lo mismo con madura discusion y consejo, y por guerra contra Portugal, tanto mas en esta habiendose de emplear contra hereges.... etc.

X.

Carta de Carlos I á su embajador en Roma don Diego de Mendoza acerca de la traslacion del concilio de Trento, de 25 de abril de 1547.

. . . .

Juan de Vega nos escribió lo que Su Santidad habia respondido en lo que se le habló de nuestra parte tocante á la traslacion del Concilio, como se os escribió y dél habreis entendido. Despues, habiendo el Nuncio tenido cartas de Su Santidad de 5 del presente, nos pidió audiencia á los 14, y habiéndosela dado luego comenzó su plática con quejarse de Juan de Vega por la prisa con que despachó el correo con la respuesta de Su Santidad, sin aguardar las cartas del cardenal Fernes, no habiendo sido aquella resoluta, con decir que por hacer el oficio antes que vos llegásedes ó por alguna otra causa habia usado de mas diligencia de la que hiciera sino hubiera de por medio estos respectos, alargándose en disculpar á Su Santidad y justificar sus cosas, con venir á decir que Su Santidad holgaria de que el Concilio volviese á Trento, pero que seria menester que hubiese alguna dilacion en medio, y que entre tanto, por la autoridad del Concilio, los perlados que están en Trento fuesen á Boloña para tractar entre todos de la vuelta, y lo que mas cerca de ella convernà, pues él de sí solo no era parte para hacerle volver; y pidiéndonos con mucha instancia que quisiésemos oir la carta que de Roma se le habia escrito, la cual era bien larga, le dijimos que pues no contenia otra cosa mas de lo que de palabra nos habia antes dicho, que lo pudiera muy bien excusar. Y que cuanto á lo que se quejaba de Juan de Vega, que no veiamos que su plática hubiese tenido mas sustancia de lo que el dicho Juan de Vega nos habia escrito, y que todo lo de Su Santidad y los suyos era siempre palabras, y al fin paraban en decir que no era parte para hacer volver el Concilio; añadiendo que no podiamos entender á Su Santidad, pues unas veces se hacia superior dél, y otras inferior como agora, á lo cual replicando el Nuncio, y queriendo alargarse en disputar de la autoridad del papa, le dijimos que no era tiempo de disputar de ella ni queriamos meternos en semejante plática, pues no era para remediar el efecto de lo que se pedia y era tan necesario, y que lo que agora convenia no era sino que el Concilio volviese en todo caso á Trento, como justamente se habia pedido; y discurriendo el dicho Nuncio por la plática, y viniendo á tocar en la seguridad del Concilio con decir que no nos tocaba, ni era menester sino cuando fuésemos requerido de los prelados, y que Boloña era lugar seguro y donde podrian decir y hablar libremente, le respondimos que Nos sabiamos muy bien cuál era nuestra autoridad y lo que como á emperador nos pertenecia de la dicha seguridad y proteccion, requerido ó no requerido, y que asi no habia para que tratar della.

Y tornando el Nuncio á repetir otra vez que convernia que en todo caso mandásemos á los prelados que están en Trento que fuesen á Boloña por lo que tocaba á la autoridad del Concilio, y excusar el inconveniente que por ventura se podria causar de scisma, y pareciéndonos que lo habia dicho de mala manera, le

respondimos que no solamente á Boloña si fuese menester, pero que á Roma los hariamos ir y les acompañariamos con nuestra propia persona como convernia por asegurarlos; alargándonos en decir y encarescer la no buena intencion y acciones del papa, juzgadas de todo el mundo por ser ya tan manifiestas; y queriendo sacar el dicho Nuncio y preguntándonos qué mal hacia el papa, no le respondimos otra cosa sino que hacia de bien, ninguna cosa; á que dijo de presto: «á lo menos atiende á vivir;» y Nos le respondimos que esto era la verdad, pues se sabia el estudio y cuidado que tenia dello y de engrandescer su casa y juntar dineros, y que por tener fin á esto echaba atrás todo lo que tocaba á su oficio y dignidad; pero que Nos esperábamos en Dios que aunque Su Santidad se descuidase desto y no quisiese ayudarnos, que él nos haria merced de enderezar y hacer lo que conviniere á su servicio, y aun por ventura mucho mejor de lo que Su Santidad querria. Y el Nuncio entonces quiso excusar al papa y abonarle con decir que al cabo no faltaria de hacer todo lo que pudiese en beneficio de mas cosas, confiando que le corresponderiamos á su buena voluntad, aun hasta darnos los roquetes de los prelados de la cristiandad; á que le respondimos que asi lo teniamos creido, que nos daria los roquetes viejos y rotos, y él se quedaria con los dineros, y que al cabo no conociamos dél otra cosa sino ser un viejo obstinado: á lo cual habiendo el Nuncio replicádonos que pues esto se conocia de Su Santidad era bien regalarle y darle mas satisfaccion que hasta aqui en lo tocante á la empresa de Alemania, y justificar las causas porque no se habia hecho mencion dél en los tractados, y ablandar la aspereza que en estos dias se habia usado con él: le respondimos que siempre habiamos hecho lo que debiamos, de que podrán ser buenos testigos todos los del mundo, el cual estaba lleno de cuán lejos iba Su Santidad de todo lo que era obligado por su dignidad y oficio; y tocándonos á este propósito no sé qué de los legados, no pudimos excusar de decir lo que sentiamos del cardenal Santa Cruz, y del ruin oficio que siempre hacia en las cosas públicas de la cristiandad y particulares nuestras, llamándole de poltron, y que con el tiempo veria muy bien lo que haciamos.

Dejando suspensa esta materia del Concilio y lo que mas de ella se siguió, pasó á tratar de la venida del legado Sfondrato, y de cómo se habia Su Santidad resuelto de enviarle con resolucion de algunas cosas, asi sobre lo del Concilio como de la plata de las iglesias y comision de don Juan de Mendoza, de manera que seriamos satisfecho, no dejando de tocarnos en que Su Santidad habia sentido y notado lo que diximos que no tomariamos las armas contra el rey de Inglaterra por su respecto; lo cual le tornamos á confirmar por los mismos términos que la vez pasada, y mas claros, por habernos dejado al mejor tiempo: y hablando el dicho Nuncio sobre las cosas de levante, y queriendo encarescer los avisos que se tenian de armada del Turco por este año, le respondimos que ya se tenian por acá los verdaderos, y que lo que Su Santidad decia, no dubdábamos que serian tales como él mismo los deseaba. Y queriendo el Nuncio replicar sobre este punto y los arriba dichos, le respondimos que no queriamos mas disputa con él, pues su manera de negociar era tal, que nos forzaba á decir cosas, que aunque verdaderas, las pudiéramos dejar sino fuéramos irritado, y que ya nos tenia mohino con traernos continuamente palabras y repiquetes sin ningun efecto ni sustancia, y que si tal pensáramos, no le hubiéramos dado au-

diencia, y que de aqui adelante tuviese entendido que no negociariamos mas con él, añadiendo que si acerca de lo arriba dicho quisiese decir cosa alguna, hablase con nuestros ministros, que ellos le darian la respuesta: y con esto le despedimos..... etc.

XI.

Carta de don Diego Hurtado de Mendoza, embajador en Roma, á Carlos I, en diciembre de 1548.

Habiendo yo hecho instancia con Su Santidad para que me diese respuesta cerca el mandar que los perlados congregados en Bolonia volviesen á Trento, me hizo entender que ya tenia respuesta de los mismos perlados, y asi me mandaria hoy responder despues de la misa en congregacion. Yo fuí á recibir la respuesta, y hablé particularmente con el cardenal de Trana, que es Decano, y con Frenes, trayendo mi protesto en la mano para hacerlo en caso que la respuesta no fuese conveniente á la presente ocasion y necesidad; y asi cerrándose la Congregacion, estuve aguardando que me llamasen dentro del Consistorio con todos los embajadores y agentes de los príncipes y repúblicas que aqui se hallan mas de dos horas. Salieron á hablarme Trana, Frenes y Coria de parte de Su Santidad y de toda la congregacion de cardenales, y propusiéronme dos cosas; la una, que yo oyese y recibiese la respuesta de los perlados de Bolonia, y tal cual era, la enviase á S. M., y tuviese veinte dias de término para tener aviso y respuesta de S. M. de lo que me mandaria hacer sobre dicha respuesta, y que en estos veinte dias, los perlados que están en Bolonia no harian sesion ni acto conciliar alguno, y de esto me daban ellos tres su fé y palabra en nombre de Su Santidad y de todo el colegio de cardenales y de los de Bolonia. La otra que Su Santidad deseaba que se juzgase si la traslacion de Trento á Bolonia habia sido buena y legítima, y que este juicio yo consintiese que lo hiciese Su Santidad, pues tocaba á él como cabeza de la religion. Respondí que pues sin yo demandar cosa ninguna me proponian este partido, que me contentaria de recibir la respuesta y enviarla á S. M., con tal que en ella no hubiese cosa que me forzase y obligase á protestar, porque en tal caso protestaria; y que me reservaba facultad y quedaba libre para protestar dentro de los veinte dias si me cumpliese: ellos se contentaron y me prometieron que la respuesta no contenia cosa que me forzase. Cuanto al juicio de la traslacion, respondí que no tenia poder de S. M. para diferir el juicio á Su Santidad. En esto sobrevino el cardenal de la Cueva, enviado por Su Santidad y los otros cardenales que estaban en congregacion, á solicitar y hacer instancia conmigo que acetase aquellos partidos y concluyese, y concluí de la manera que arriba digo, y asi ellos fueron á referir á Su Santidad y á la Congregacion lo que habian pasado conmigo, y desde á un cuarto de hora me llamaron, y entré dentro con todos los embajadores y agentes de los príncipes y mis secretarios Montesa y Ximenez, y hecho debido acatamiento, dije á Su Santidad en sustancia, que habiendo yo en aquel mismo lugar suplicado con instancia á Su Santidad de parte de S. M. que mandase volver los perlados de Bo-

lonia á Trento para continuar y acabar el Concilio, al que me fué respondido por Su Santidad que en el primer Consistorio me mandaria responder, que ahora venia á demandar de nuevo la respuesta, y le suplicaba que fuese tal, cual convenia al servicio de Dios y al beneficio de la cristiandad, y en particular de las ánimas de la provincia de Germania, y cual yo esperaba de la bondad é integridad de Su Santidad y del grado y dignidad que tenia. El papa respondió que á instancia mia, con el celo que siempre habia tenido de la union de aquella provincia, habia enviado á consultar con los perlados de Bolonia, y que era venida con diligencia la respuesta dellos, la cual mandó á su secretario Blosio que la leyese en voz alta, y él, puesto de rodillas, lo hizo; cuya copia va con esta. Yo, acabado de oir, comencé á hablar, y el papa me interrumpió diciendo que ya se me habia dado la respuesta, de la cual me darian traslado, y asi no habia para que hablar, porque seria menester responderme y entrar en disputas y réplicas, y seria nunca acabar. Yo, con mucha humildad, supliqué á Su Santidad que me oyese, porque era necesario, y me convenia decir dos palabras. Su Santidad calló, é yo dije que habia oido la respuesta; y porque la dilacion en la presente ocasion y necesidad era muy perjudicial á la reduccion de Germania y remedio de las ánimas, suplicaba á Su Santidad que con toda diligencia pusiese el remedio que convenia; y porque en la respuesta se nombraba muchas veces el Concilio de Bolonia, yo por no haberlo contradicho ni replicado en tanto que se me leia, no entendia que por ello se causase perjuicio alguno al Concilio de Trento, y lo mismo decia y entendia de la dilacion que hubiese en el remedio, y esto decia en presencia de los reverendísimos cardenales asistentes. El papa dijo, ¿luego vos protestais? Yo respondí que no protestaba, sino que declaraba esto, porque perdiéndose la ocasion, no se pudiese imputar á S. M. El papa replicó que aquello era protestar por ambajes y acusarle la negligencia, la cual no habia habido por su parte, porque las prorogaciones y suspensiones que hasta ahora se habian hecho, las habian procurado por parte de S. M. como yo sabia; respondí que yo diria la verdad como convenia en aquel lugar, y dije que yo nunca tal cosa habia procurado por parte de S. M., como muy bien lo sabian los señores cardenales Frenes y Cresentio que estaban presentes, y tambien lo sabia Su Santidad. Que en Perosa á ellos y á él habia parecido bien la suspension y prorogacion en Bolonia por algunos dias, y para que en aquel medio se pudiese reducir el negocio sin escándalo á los términos que convenia, pero que yo nunca hablo de parte de S. M. como ministro, ni Su Santidad como pontifice en suspension ni prorogacion, como muy bien sabian los dichos cardenales, los cuales comprobaron y dijeron que yo decia verdad, de que se enojó el papa, diciendo que conmigo no tenia que hacer si no fuese como ministro de S. M. Respondí que fuese como Su Santidad mandase, pero que dejado lo pasado aparte, tenia la ocasion en la mano para remediarlo todo, y asi le suplicaba que lo hiciese, y á los reverendísimos que estaban presentes, que no diesen lugar á dilacion, y concluí diciendo que ni aprobaba ni reprobaba la respuesta que alli se me daba, y declaraba en presencia de los reverendísimos y los demás que se hallaban presentes, que no entendia que se perjudicase en cosa alguna al emperador mi señor, ni al Concilio de Trento por haber oido ni recibido dicha respuesta, y con esto, haciendo mi acatamiento me salí, dejando á Su Santidad

bien en cólera. Esto pasó el tercer dia de Pascua, á los 27 de Diciembre.

El dia de Navidad, entrando con el papa en capilla, hallé en mi lugar, que es el primero junto á la silla del papa, su nieto Oratio, casado con hija bastarda del rey, y el marques Dunsala, hermano del cardenal de Guisa, cabe él; vinieron á posta con sabiduria del papa, segun pareció en el suceso, yo llegué á ellos, y me les puse delante arrimado á la silla del papa, llamando al embajador de Francia cabe mí; luego vino un maestro de ceremonias á decirme que aquel lugar era de los duques, no de los embajadores, y asi que debia ceder á Oratio como á duque de Castro. Respondí que no entendia aquel lenguage, y tornándome á porfiar, lo envie........ En esto los cardenales Paris y Ridolfo, que eran asistentes cabe el papa, me comenzaron á persuadir que lo hiciese; respondiles que no me entendia de ceremonias de capilla, pero que estaba en el lugar que habia estado otras veces. Viendo el papa lo que pasaba, mostró de no saberlo, y demandólo al cardenal Ridolfo, el cual se lo dijo. El papa en voz alta, dijo, «yo se lo diré:» y volviéndose á mi con mucha cólera, me dijo que no teniamos nosotros por duque á Oratio, pero que lo era, é yo era caballero, y asi debia dar lugar á los duques; respondi que tenia por duque á Oratio y á cualquier otro que viese en estado, y que lo daria firmado de mi mano si Su Santidad lo queria. Que era verdad que yo no era duque, pero cuando lo fuese, no seria el segundo de mi casa. Que yo estaba alli como embajador de S. M., y en el lugar que habian estado los otros embajadores é yo otras veces, del cual nadie me apartaria vivo. El papa comenzó á torcer las manos y á dar nalgadas en la silla, con harto poca reputacion. El embajador de Francia se fue al Evangelio, y Oratio y el otro marqués al Prefacio, habiendo sentido todo lo pasado; é yo quede solo sin competencia hasta el cabo de la misa, y sin esperar la bendicion de Su Santidad ni quererle aguardar para le acompaniar, me salí para que se quedase sin embajador que le acompaniase. Dijome Ridolfo al salir que aguardase la bendicion; respondi....... De aqui me parti á Pomblin á los 30 de Diciembre, habiendo despachado correo á S. M. con la respuesta de los de Bolonia que me dió el papa, porque pudiese tornar dentro de los veinte dias, y saber lo que S. M. ordenaba.

El cardenal de Guisa se partió á los 3 de este la vuelta de Ferrara y Venecia; deja acordada la liga defensiva con el papa de esta manera: que siendo el rey acometido, el papa le valga con diez mil infantes y trescientos caballos, y para esto ha de hacer un depósito de dinero en Leon dentro de tres meses; y si lo fuere el papa, le ha de valer el rey con veinte mil infantes y mil caballos, y dentro del mismo tiempo ha de hacer un depósito de dinero en Venecia: para esto no hay nada firmado aun mas de platicado....... etc.

XII.

Pregon de rompimiento de la paz con Francia hecho en Zaragoza en 1.° de enero de 1553.

El Principe:

A todos se hace saber de parte de la Cesárea y Católica Magestad y del

principe nuestro señor, como el año pasado de mil quinientos cincuenta y uno, estando S. M. en Alemania entendiendo en las cosas de la fé, y procurando el asiento de ellas, y que se llevase adelante la celebracion del Concilio que con tanto cuidado S. M. ha instado y solicitado, poniendo para venir á conseguirlo á su imperial persona en diversos viages y trabajos, el rey de Francia, Enrique, sin haberle dado S. M. ocasion ninguna para ello, estando en paz y amistad con él, como quedó asentada de vida de su padre, sin hacerle dar aviso de quejas que de S. M. tuviese, como fuera razon y entre principes y reyes se acostumbra, comenzó á traer pláticas con algunos principes de Alemania para que se confederasen con él é hiciesen guerra contra S. M., y asi se concertó y confederó con ellos y con el Turco, enemigo de nuestra Santa Fé Catolica, contra ella, á que enviase su armada en daño de la cristiandad, y principalmente en daño de los reinos, estados y señorios de S. M., como mas cercano al peligro; y no contento con tratar y tramar esto por medio de sus criados y embajadores, procuró de hurtar algunas tierras de las que posee S. M. en el Piamonte, y yendo diversos navios de estos reinos á Flandes, y volviendo de allá otros, hizo salir muchos navios de su reino armados de guerra con órden que los combatiesen y tomasen, como lo hicieron en efecto, en que se perdieron muy grandes cantidades de dineros y mercaderias, y lo mismo mandó hacer al prior de Capua, su capitan general en el mar Mediterraneo, de ciertos navios y una galera que estaban surtas en la costa de Barcelona, como ya lo debeis tener entendido, viniendo con engaño y disimulacion á ejecutallo, y pasando adelante con su dañada intencion, hizo juntar muy poderoso ejército, yendo en persona dentro en el ducado de Lorena, que es de un hijo de la duquesa, sobrina de S. M., y le ocupó y usurpó todo y la mitad de Metz, que es del imperio, y juntamente tres ó cuatro plazas del dominio de las tierras bajas de Flandes, y hizo otros muchos daños é incursiones, y á un mismo tiempo tomó algunas otras tierras en el Piamonte por engaño ó por dineros que recibió á los que las tenian en guardas; y asi mismo hizo venir el armada del Turco tan poderosa como habreis entendido, la cual estuvo en la costa del reino de Nápoles, esperando que él enviase sus galeras con algunos rebeldes de S. M., que iban en ellas para alterar y conmover aquel reino; y demás de esto dió favor y calor á los de la ciudad de Sena, que es sujeta al imperio, para que se rebelase contra él y le entregase y pusiese su gente dentro de ella, usando en todo esto de tales términos y malos modos cuales nunca se han usado; y asimismo procediendo contra los naturales de este reino de Aragon, que estaban estudiando en la universidad de Tolosa, haciéndolos buscar y echar en prisiones, como á todos es notorio, y haciendo otras vejaciones y malos tratamientos á los vasallos y subditos de S. M. y de estos reinos, asi por mar como por tierra; de manera, que aunque la inclinacion é intencion de S. M. Cesárea ha sido siempre de poner paz en la cristiandad y convertir sus armas contra los enemigos de la fé, viendo que por tantas partes y tan poderosamente el dicho rey de Francia se ha movido contra él y sus tierras, y ayudádose de tantos enemigos tan conjurados y concertados, y movido con tan justa ocasion como son los daños que ha hecho en sus estados y tierras y lo que tan injustamente le ha ocupado de ellos, no ha podido dejar de armarse contra ellos, como lo ha hecho con juntar un poderoso ejército y procurar de dañar al dicho rey de Francia y á

sus amigos y aliados, como á perturbadores de la paz de la cristiandad y dañadores de sus reinos, señorios y vasallos. Y para que venga á noticia de todos, S. M. por la presente declara y dá por sus enemigos al dicho rey de Francia, Enrique, y á sus amigos, aliados y confederados, de cualquier estado, grado ó condicion que sean, y á todas sus tierras y vasallos, y á las de sus amigos y aliados para que se le pueda hacer guerra por mar y por tierra, por todas aquellas vias, formas y modos que entre enemigos capitales declarados se suele, puede y debe hacer, y la manda pregonar y publicar en este reino para que llegando á noticia de todos procuren de hacer al dicho rey de Francia, y á todos sus amigos y vasallos de él y de ellos, todos los daños, incursiones y males que se pudieren hacer sin entrar en sus reinos sin licencia nuestra ó de nuestro capitan general, y que donde quiera que los hubieren y hallaren los traten como á tales; y da facultad, licencia y permision para ello, sin que por ello hayan de incurrir ni incurran en pena ninguna, y manda á su capitan general en este reino y á todos los oficiales y ministros dél de cualquier estado, grado ó condicion que sean que lo hagan publicar, para que esté notorio á todos, como la guerra entre S. M. y el rey de Francia está rompida, y que ninguno pueda pretender ignorancia de ello agora ni en ningun tiempo.

Y porque aprovecharia poco pregonar la guerra sino se ejecutasen las cosas que resultan della, entendiendo que el reino de Francia y los naturales dél y por consiguiente el dicho rey y sus aliados y sus vasallos y súbditos reciben muy gran provecho y utilidad del comercio que tienen con los naturales de este reino, y que quitándoseles y prohibiéndoseles aquél vendrán á recibir notables daños, para hacerles la guerra en todas las maneras que se puede, es la voluntad de S. M. y de S. A., y asi lo mandan expresamente, que de aqui adelante estén cerrados y se cierren todos los puertos y pasos que hay entre el presente reino de Aragon y los reinos de Francia, y las tierras de sus aliados y confederados de cualquiera estado, grado y condicion que sean, y que ningun natural ni habitador de este reino sea osado de pasar ni llevar ningunas mercaderias ni otra cosa alguna el dicho reino de Francia ni á las dichas tierras de sus aliados, ni menos traellas del dicho reino de Francia á este por sí ni por tercera persona, sopena que los que lo contrario hicieren estén á merced de S. M. y de S. A. y sean perdidas todas las mercaderias y otras cosas que asi sacaren de estos reinos ó de alla trajeren, y lo mismo se vieda y prohibe á los vasallos del dicho reino de Francia y de sus aliados, con los cuales no quiere S. M. que se haga comercio ni contratacion alguna, avisándoos á todos que se ejecutarán todas las dichas penas muy rigurosamente contra los que hicieren lo contrario, sin remision alguna. Asi mismo manda S. M. que no puedan entrar ni entren en este reino de Aragon ningun francés, bearnés ni gascon, y que si alguno entrase sea preso y detenido, y la persona esté á merced de S. M. segun lo ordenare su capitan general en este reino; y para la ejecucion de esto manda que dentro de diez dias que se cuenten desde hoy que se publica, salgan fuera de este reino de Aragon todos los franceses, bearneses y gascones que se hallarán en él sino fuesen casados ó mostraren que ha diez años que viven en el reino, exceptuados tambien los molineros y pastores, los cuales quiere S. M. que en esto no sean comprendidos, y que el que se hallare en este presente reino pasados los diez dias pueda y deba ser preso, y su

persona esté á merced de S. M. y porque haya órden en esto, manda S. M. que todos los gascones, bearneses ó franceses que entraren en este reino pasados los dichos diez dias, donde quiera que fueren hallados, hayan de ser presos y entregados á la justicia de la villa ó lugar mas cercano de donde le prendieren, y que aquel avise al capitan general de como los tiene para que él cumpla la órden que de S. M. ó de S. A. tuviere sobre ello. Demás de esto, porque del comercio ó contratacion que hay de cambios de este reino para los de Francia se sigue mucha utilidad á aquel reino, y el rey tiene mas forma y manera de haber dineros para hacer guerra á S. M., queriendo tambien por esta via estorbarle el provecho que recibe, pues no es justo que de reino á quien él tiene tanta enemiga, se le siga ningun fructo ni comodidad, manda S. M. y espresamente vieda y prohibe que del dia de la publicacion de esta en adelante ningun mercader ni tratante, ni otra persona alguna de este reino, haga cambio ninguno de ninguna calidad para la dicha ciudad de Leon de Francia por sí ni por tercera persona, ni menos reciba, acepte ni cumpla las letras de cambio que de ella se les remitieren ó vinieren, y que de aqui adelante los cambios que se remitian á la ciudad de Leon, se remitan á la ciudad de Besanzon, donde S. M. ha mandado y ordenado á todos sus vasallos que pasen el trato y correspondencia que tenian en Leon, y que ninguno sea osado de hacer lo contrario, sopena de la desgracia de S. M. y de dos mil ducados y la persona á merced de S. M., por cada vez que lo contrario hiciere, todo lo cual ha mandado pregonar S. M. por los lugares públicos de esta ciudad, y por otros lugares que se acostumbra en este reino, para que llegue á noticia de todos y ninguno se pueda excusar ni pretender ignorancia. Dado en la ciudad de Zaragoza el 1.° de Enero de 1553.

XIII.

Relacion de las exéquias de Carlos I hechas en Bruselas en 29 de Diciembre de 1558.

(Archivo de Simancas.)

Miercoles 28 de diciembre de 58, á la noche, vino la magestad del rey Felipe á Bruselas (1); jueves á los 29 comenzaron los oficios funerales por Carlos V, su padre, los cuales hizo tan suntuosamente cuanto era digno se hiciesen por tan grande é insigne principe, y dignos de tal y tan buen hijo que mostró en su muerte lo mucho que le habia amado viviendo.

Salieron antes las dos horas despues de medio dia de palacio, el cual estaba todo colgado de negro; á la puerta de la capilla de dicho palacio, sobre un paño negro que estaba colgado, y por medio de dicho paño, habia un pedazo de terciopelo, asi como sale de la pieza, entero; sobre este pendia un escudo grande con las armas imperiales y el Toison. A la puerta principal de palacio estaba otro escudo, por la misma órden y manera, y otros dos en la iglesia; uno á la

(1) Desde que recibiera la noticia de la muerte de su padre, habia permanecido retirado en un monasterio de las inmediaciones de la ciudad.

puerta y otro en el altar donde se decia la misa, la cual celebró el obispo de Lieja, hermano del marqués de Vargas.

El modo de proceder fué en la manera siguiente: desde palacio hasta la iglesia estaba hecha una calle cerrada con vallas de una parte y otra porque no atravesase gente ninguna que pudiese impedir á los que iban de ordenanza. Arrimados á dichas vallas estaban los de la villa, con sus antorchas encendidas, por su órden todos los oficios que acá llaman Guildes y en España cofradias; eran buen número, que pasaban de 3000.

En palacio se juntaron todos los señores grandes y pequeños, y todos los criados del emperador y pensionarios, y los del Rey, la justicia del pueblo, y todos los principales y los de los Estados.

Vinieron asi mismo todas las órdenes y clerecia del pueblo, todos los abades y obispos; puestos en órden comenzaron á mandar que caminasen en procesion; salieron las cruces de la Iglesia mayor delante, como guiones, y los monacillos por su ordenanza con ella; á cada uno dieron su vela de cera.

Luego siguieron las órdenes, procediendo cada una por su antigüedad, los frailes de todas ellas revestidos en sus munizas, casullas, almáticas y pluviales, y de todo lo mas rico que tenian.

De la misma manera fueron los clérigos de todas las parroquias, capellanes y canónigos de la Iglesia mayor, los cantores de la capilla del rey, los capellanes con muy ricos pluviales; los abades y obispos vestidos de pontifical, eran fasta veinte mitras, doscientos pobres vestidos de luto, cada uno su antorcha en la mano encendida, en ella dos escudos con el águila imperial, uno que guardaba adelante, otro atrás. Tras de estos iban los juristas, advocatos y procuradores todos de luto. Los deputados de todos estos Estados. Los presidentes de la Cámara de Cuentas y los oidores dellas, el chanciller de Brabante y los de la Chancilleria, el Drosart y prevoste, la casa de S. M. Los oficiales de manos de la caballeriza y los demás ayudas de furrieles y furriel, las ayudas de oficios de la casa, las ayudas pensionarios de la magestad imperial, los porteros, los alguaciles, los aposentadores de la casa, los jefes de oficio de la Casa Real, los jefes pensionarios de la magestad imperial, los médicos y zurujanos de la casa, los médicos y zurujanos de cámara, las ayudas de cámara, guarda-joyas y guarda-ropa, los pages del rey con su ayo capellan y ayuda, los costilleros.

Los gentiles hombres de la casa de S. M. Los gentiles hombres pensionarios de la Magestad del emperador: los gentiles hombres de la boca, los gentiles hombres pensionarios de la boca del emperador. Los trompetas y alabarderos con sus banderas desplegadas, y al contrario, un rey de armas con la cota de armas del emperador, con otros dos á los lados, á mano derecha el uno, por sirviente del pais de Henao, á la izquierda el otro, por el pais de Artois.

Sacáronse 27 estandartes y cornetas, y 24 caballos muy bien aderezados, cada uno con sus colores y armas y devisas. A cada caballo guiaban dos caballeros, cada uno le tenia de su parte de un cordon negro echado á la brida. Asi mismo sacaron una nave muy rica que significa la conquista de las Indias, dentro de ella las tres virtudes y muchos estandartes y cornetas, guiábanla dos grifos marinos. Junto de ella iban las dos columnas de Hércules, las cuales guiaban dos elefantes marinos, y tras de ellos, en medio las columnas, un Delfin,

todo ello muy al natural. Iban tan contiguas las columnas á la nao, que parecia que ella misma les daba cabo; todo tan natural, que fué cosa muy de ver. En torno de la nao, estaban pintadas todas las jornadas y triunfos de la Magestad Cesárea, asi mismo habia muchas letras en ellos y en los estandartes (1).

Las cornetas, estandartes, caballos y las demás insignias, fueron repartidos por la órden que sigue:

La corneta de colores, don Pedro de la Cerda. El guion de colores, Mr. de Castro. La tarjeta y yelmo de Justa, juntos. Próspero de Lalam y don Juan de Castilla.

El navio y las columnas de Hércules, y el caballo de Justa, cubierto hasta el suelo, con sus colores, Francisco Marles y Antonio de Bersille.

El grande estandarte de colores, Stéfano de Oria.

Los gentiles hombres de la cámara del emperador, los señores de título, barones, condes y marqueses, un rey de armas con cota del imperio á la mano derecha, otro con las armas de Brabante, y á la izquierda otro de Flandes.

El caballo de Flandes, don Juan Mausino y Guen de Bert. La bandera de Flandes, Felipe de Lanoy.

El caballo de Güeldres, don Pedro de Reinosa y Sile. La bandera de Güeldres, Mr. de Champane.

El caballo de Brabante, don Juan Nuño de Portugal y Charran. La bandera de Brabante, don Garcia Sarmiento.

El caballo de Borgoña, Juan Bautista Juarto y Charles de Armes Pogf. La bandera de Borgoña, Hector Espínola.

El caballo de Austria, don Martin de Goni y Andrés Bacanora. La bandera de Austria, don Juan Tavera.

Un rey de armas con su cota de armas del imperio; á los dos lados otros dos, á la derecha, con las armas de Austria, á la izquierda, con las armas de Borgoña.

El caballo de Córdoba, Mr. de Saxie y don Felipe de Silva. La corneta, Lebio de Oria.

El caballo de Cerdeña, don Carlos de Mellano y Charles Baudemoy. La corneta de dicho reino, don Pedro Manuel.

El caballo de Sevilla, Mos de Mol y Mr. de Maumon. La corneta, el conde de Salma.

El caballo de Mallorca, don Diego de Rojas é Juan de Bransion. La corneta, don Gonzalo Chacon.

El caballo de Galicia, don Pedro de Velasco y Barambarque. La bandera. don Juan de Avalos de Aragon.

El caballo de Valencia, don Josepe de Acuña y Felipe de Benicurt. La bandera, don Rodrigo de Moscoso.

El caballo de Toledo, don Francisco Manrique, caballerizo, y Charles de Longan. La bandera, Mr. de Mingonal.

El caballo de Granada, Gomez Jerez de las Marinas y Gerónimo de Mol. La bandera, Antonio de Velasco.

---

(1) Las velas de seda negra cubiertas de inscripciones en letras doradas, recordaban las principales victorias del héroe.

El caballo de Navarra, don Luis de la Cerda y Juan Bastin de Nobeja. La bandera, Mos del Pexeten.

El caballo de Jerusalen, Arnut de Chrinunghen y Felipe Brandonsere. La bandera, don Luis de Ayala.

El caballo de Sicilia, don Felipe Manrique y Jaques de Juarez. La bandera Mr. de Sobrenon.

El caballo de Nápoles, don Luis Brique y Felipe Escanova. La bandera, Garcilaso Puertocarrero.

El caballo de Aragon, Juan de Herrera y Guillaume Inzarte. La bandera, Mr. de Baos.

El caballo de Leon, don Pedro Bazan y Felipe de Cortavilla. La bandera, don Francisco de Mendoza.

El caballo de Castilla, don Juan Vibero y Pierre de Merbeque. La bandera. Mr. Stranguier.

Dos reyes de armas con cotas de armas del emperador.

El estandarte general con las armas del imperial, el conde Fuensalida.

El guion con las armas imperiales, el vizconde de Gante.

El caballo cubierto todas las bardas de brocado con las armas del emperador, don Pedro de Ulloa y Mos de Berten.

El grande estandarte del imperio, el conde de Policastro.

El caballo con la cubierta de brocado hasta el suelo, con las armas del emperador, don Pedro de las Rueles y don Camilo de Correjo. La gran corneta cuadrada con las armas imperiales, el conde de Castellar.

Los cuatro cuartos del escudo, el marqués de Cerralbo, el conde de Rus, el conde de Cruna y el conde de Rivadavia, todos cuatro cuartos juntos, el duque de Seminara y yelmo con su lumbre, á la mano derecha, á la izquierda del escudo doble con su corona, el duque de Atri.

La espada de armas, el príncipe de Asculi. La cota de armas, el príncipe de Salmona.

Los maceros, tres reyes de armas con las armas imperiales.

El caballo con laso de terciopelo negro hasta el suelo y su banda de raso carmesí, don Manrique de Lara y don Carlos Ventemille.

El collar de la órden, el conde de Xuarzemberg.

El cetro imperial, el marqués de Aguilar.

La espada imperial, el duque de Villahermosa.

El mundo, el príncipe de Orange.

La corona imperial, harto rica, don Antonio de Toledo, prior de San Juan.

Los mayordomos, el conde de Olivares, el marqués de las Navas, mayordomo mayor, el duque de Alba, el Tuson de Oro, Su Magestad Real (1), y á la mano derecha, que levantaba la falda, el duque Rico de Brunzvig, y á la izquierda, el duque de Arcos, la falda atras llevaba Rui Gomez, conde de Mélito, el duque de Saboya solo, y capirote por la cabeza, como el rey, llevábase el mismo su falda.

Los caballeros de la Orden del Tuson, iban dos á dos.

---

(1) Felipe iba á pié como todos, envuelto en un manto con capucho de color oscuro.

Los tres oficiales de la Orden, contralor, tesorero y grafier.

El consejo de España y regentes de las provincias y reinos.

El consejo de Estado, privado de estos estados.

Los del consejo de Finanzas. Bureo.

El teniente de los archeros, y archeros.

Otras personas que entendian en que se guardase el órden.

Embajadores del emperador, Portugal y Venecia.

Esta fué la órden que se tuvo. Los embajadores fueron en su plaza. Por la misma órden vinieron viernes á la misa, pero sin la clerecia, y sin caballos y sin las demas insignias, porque la vigilia quedaron en la Iglesia, la cual estaba tan bien adornada, como para semejante acto se requeria, toda colgada de paño negro y sobre él, por lo alto, terciopelo; estando atajada la capilla mayor de dicha Iglesia, y cerrada por todo él, de manera de nadie pudiese estar, sino los que convenia que entrasen, y todo el tablamento estaba teñido de negro.

Bajo del altar buen espacio estaba hecho un cadalso grande del alzar que la altura del templo sufria á modo de castillo todo lleno de candeleros. El chapitel dél le abrazaban tres coronas, á lo estremo del alto dél estaba la del imperio. Pusieronse en él cerca de tres mil velas de cera de á libra, ultra las antorchas que estaban por los cuatro cantos de dicho cadalso. Bajo de él estaba una tumba grande cubierta con un paño de brocado negro, rico, á lo alto de los paños colgados. Todo en torno habia una galeria de candeleros y era cosa agradable á la vista verlos todos arder sus candelas. A las gradas de la iglesia hicieron un tablado por do entrasen los caballos, y por el cuerpo de la iglesia otro por do pasasen de una parte á otra, y por la manera que vinieron en la procesion los llevaron á ofrecer con todas las demas insignias. Despues hubo predica en frances, buena. Acabaronse los oficios á las dos horas despues de mediodia y con ellos se cumplió con Carlos V. Sea en el cielo.

XIV.

Pragmática de Felipe II para el cumplimiento del Concilio Tridentino.

Don Felipe, por la gracia de Dios Rey de Castilla, de Leon, de Aragon, de las dos Sicilias, de Jerusalen, de Navarra, de Granada, de Toledo, de Valencia, de Galicia, de Mallorca, de Sevilla, de Cerdeña, de Córdoba, de Córcega, de Murcia, de Jaen, de los Algarbes, de Algeciras, de Gibraltar, de las islas de Canarias, de las Indias, islas y tierra firme del mar Oceano, Conde de Flandes, y del Tirol, etc. Al serenisimo Principe don Carlos, nuestro muy caro y muy amado hijo y á los prelados, cardenales, arzobispos y obispos, y á los duques, marqueses, condes, ricos-homes, priores de las órdenes, comendadores y subcomendadores, y á los alcaides de los castillos y casas fuertes y llanas, y á los de nuestro consejo, presidente y oidores de las nuestras Audiencias, alcaldes, alguaciles de la nuestra casa, corte y chancilleria, y á todos los corregidores, asistente, gobernadores, alcaldes mayores, y ordinarios y otros jueces y justicias, cualesquier de todas las ciudades, villas y lugares de los nuestros reinos y se-

ñorios, y á cada uno y cualquier de vos en vuestra jurisdicion, á quien esta nuestra carta fuere mostrada, salud y gracia. Sabed, que cierta y notoria es la obligacion que los Reyes y Principes cristianos tienen á obedecer, guardar y cumplir, y que en sus Reinos, Estados, y Señorios se obedezcan, guarden, y cumplan los decretos y mandatos de la Santa Madre Iglesia, y asistir, y ayudar, y favorecer al efecto y ejecucion y á la conservacion de ellos como hijos obedientes, y protectores, y defensores de ella. Y la que ansimismo para la misma causa tienen al cumplimiento y ejecucion de los concilios universales, que legitima y canónicamente con la autoridad de la Santa Sede Apostolica de Roma han sido convocados y celebrados, la autoridad de los cuales concilios universales fué siempre en la Iglesia de Dios de tanta y tan gran veneracion por estar y representarse en ellos la Iglesia católica y universal, y asistir á su direccion y progreso el Espíritu y Santo, uno de los cuales Concilios ha sido, y es el que últimamente se ha celebrado en Trento, el cual primeramente á instancia del Emperador y Rey, mi señor, despues de muchas y grandes dificultades, fué indicto y convocado por la felice memoria de Paulo Tercio, Pontifice Romano, para la extirpacion de las heregias, y yerros que en estos tiempos en la cristiandad tanto se han extendido, y para la reformacion de los abusos, excesos, y desórdenes de que tanta necesidad habia. El cual concilio fué en vida del dicho Pontifice Paulo Tercio comenzado y despues, con la autoridad de la buena memoria de Julio III se prosiguió y ultimamente con la autoridad y bulas de nuestro muy Santo Padre Pio IV se ha continuado y proseguido hasta se concluir y acabar, en el cual intervinieron, y concurrieron de toda la cristiandad, y especialmente de estos nuestros Reinos, tantos y tan notables prelados y otras muchas personas de gran doctrina, religion y ejemplo, asistiendo asi mismo los embajadores del Emperador nuestro tio y nuestros, y de los otros Reyes y Principes, Republicas, y Potentados de la cristiandad; y en él con la gracia de Dios, y asistencia del Espíritu Santo, se hicieron en lo de la fe y religion tan santos, y tan católicos decretos, y asimismo se hicieron, y ordenaron en lo de la reformacion muchas cosas muy santas, y muy justas, y muy convenientes, é importantes al servicio de Dios nuestro Señor y bien de su Iglesia y al gobierno y policia eclesiástica: y agora, habiendonos Su Santidad enviado los decretos del dicho Santo Concilio, impresos en forma auténtica; Nos como Católico Rey y obediente y verdadero hijo de la Iglesia, queriendo satisfacer y corresponder á la obligacion en que somos, y siguiendo el ejemplo de los Reyes nuestros antepasados, de gloriosa memoria, habemos aceptado y recibido el dicho sacrosanto concilio, y queremos que en estos nuestros Reinos sea guardado, cumplido y ejecutado, y daremos, y presentaremos para la dicha ejecucion y cumplimiento, y para la conservacion y defensa de lo en él ordenado nuestra ayuda y favor, interponiendo á ello nuestra autoridad y brazo real, cuanto será necesario y conveniente. Y asi encargamos y mandamos á los arzobispos, obispos y otros prelados, y á los generales, provinciales, priores, guardianes de las órdenes y á todos los demas á quien esto toca é incumbe, que hagan luego publicar y publiquen en sus Iglesias, distritos y diócesis, y en las otras partes y lugares do conviniere, el dicho Santo Concilio, y lo guarden, y cumplan, y hagan guardar, y cumplir, y ejecutar, con el cuidado, celo y diligencia que en negocio tan de servicio de Dios y bien de su Iglesia se requiere. Y mandamos á los del

nuestro consejo, presidentes de las nuestras audiencias, y á los gobernadores, corregidores y otras cualesquier justicias, que den y presten el favor, y ayuda para la ejecucion y cumplimiento de dicho concilio, y de lo ordenado en él será necesario: y Nos tendremos particular cuidado, y cuenta de saber, y entender como lo susodicho se guarda, y cumple, y ejecuta para que en el negocio que tanto importa al servicio de Dios y bien de su Iglesia, no haya descuido, ni negligencia. Dada en la villa de Madrid á 12 dias del mes de Julio de 1564 años. —Yo el Rey.—*Yo Francisco de Eraso*, Secretario de S. M. R., la fice escribir por su mandado: *Juan de Figueroa.—El Licenciado Baca de Castro.—El Doctor Diego de Gasca.—El Doctor Velasco.—El Licenciado Villagomez.—El Licenciado Espinosa.—El Licenciado Gomez de Montalvo.*—Registrada: *Martin de Vergara.* —*Martin de Vergara* por Chanciller.

XV.

Respuesta del rey don Felipe II á su virey de Nápoles sobre defensa de la jurisdiccion real y necesidad del régio execuatur.

El rey: Ilustre Duque Primo, nuestro virey, lugar-theniente, y capitan general. Háse recibido vuestra carta de 15 de mayo con la consulta que nos enviasteis, sobre las cosas que se han añadido en la bula *In Cœna Domini*, en perjuicio de nuestra jurisdiccion, y preeminencia real; y examinadas estas juntamente con lo que toca á la bula de la religion de San Lázaro, y las demás novedades que por Su Santidad y por su Nuncio se han intentado en esta materia y jurisdiccion, sobre que antes, y ahora posteriormente, por carta de 21 del mismo nos habeis escrito: y visto el término á que han llegado las cosas, y estado en que quedan, no podemos dexar de haber sentido muy mucho que hayais disimulado, y pasado tan libianamente por ellas, siendo tan perniciosas como son, y como vos mismo las encareceis, pues pudierais tener con Su Santidad muy justa y honesta salida para no admitir, ni dar entrada á ninguna novedad de las que en vuestro tiempo pretendiessen introducir, con que erades nuestro lugartheniente en esse reino, y que habiendoosle encomendado con los privilegios y preeminencias en que tantos años á esta parte estaba en posesion, uso y costumbre, no podiais dexar de conservarle assi, y que por esta causa y razon no debria Su Santidad tener á mal, ni á desobediencia, que quisieseis primero consultarnoslo y cumplir con vuestro cargo, y oficio, y suplicar de sus mandatos por los términos debidos, y honestos, que en semejantes casos se han usado, y deben usar; diciendo á su Nuncio que entretanto que vos estuvieseis en esse reino, no habiades de permitir cosa que fuera en perjuicio, ni disminucion de las prerogativas, y preeminencias con que se os habia entregado; y que si Su Santidad pretendia introducir algo en él, podia acudir á Nos, como dueño que somos, y con quien lo habia de haber, pues tocaba á Nos dar en esto el órden que fuessemos servido, y á vos solamente executarlo. Por lo cual convendrá, y asi os lo mandamos expresamente, que por el camino y término que mejor os pareciere, os restituyais y reintegreis luego en la posesion en que esse Reino se hallaba quando se os entregó, sin permitir que nuestra jurisdiccion y preeminencia real sea

perjudicada en un solo punto, como lo confiamos enteramente de vos; porque no se os admitirá ninguna réplica, ni excusa, que sea menos que esto. Y al nuncio Odescalcho le dareis á entender que entre tanto quo estuviese á vuestro cargo esse reino, no se han de admitir en él semejantes novedades siendo en tan grave daño nuestro. Asi mismo proveereis que la religion de San Lázaro no se introduzca en esse reino, ni religiosos de ella, antes se quite, y anule lo introducido, ordenando que ninguno trayga el hábito, y castigando severa, y exemplarmente á los que se atrevieren á usar de ningun breve, bula, ni concesion apostólica sin que precededa el regio exequatur, que de tanto tiempo, y por tan necesarias, y justas causas se usa, y está introducido en esse reino. Y confiando que en ninguna cosa de estas habrá falta y que lo executareis asi al pié de la letra, no habrá para que usar de mas encarecimiento, sinó encargaros que luego nos deis aviso de como todo se haya cumplido; porque aunque estamos determinados de enviar á Roma persona de calidad, que resienta con Su Santidad, y le represente los agravios y perjuicios que se nos hacen en estas novedades; y le suplique de nuestra parte lo que convendrá para el remedio de ellos, queremos que ante todas cosas, vos seais restituido y reintegrado en la posesion en que antes estábades, y que por la via que mejor pareciere, para que llegue á oidos de Su Santidad, signifiqueis, y deis á entender, que no os podeis persuadir que semejantes novedades procedan de su santa mente é intencion, mayormente para un hijo que ha sido, y le es tan obediente y único defensor de la Iglesia. Y porque podria ser, que por la licencia que se os ha dado para venir á España, estuviéssedes para partir de esse reino, lo que no conviene en esta ocasion; nos ha parecido advertiros por esta, y ordenaros que en tanto que estas cosas no se repararen y se restituya nuestra jurisdiccion al término y estado que hallàisteis quando ahi fuisteis, no hagais mudanza ni salgais de esse reino; antes, si hubiéredes partido, lo que no creemos, os mandamos, que de donde quiera, que esta carta os hallare, volvais luego allá á poner estas cosas en el remedio que se os ordena, de manera, que dexeis esse reino de la forma, y con la jurisdiccion, y preeminencias en que le hallasteis, que asi conviene á nuestro estado y servicio. Y porque por la carta que nos escribisteis á los 21, habemos visto el escrúpulo que los de essa ciudad tienen de imponer entre sí las gabelas que pensaban para reparo de la perdida que se les ha seguido del trigo, procurareis apartarles de esta imaginacion, y que se enmiende luego esse borron, que tal se puede decir, por haberlo puesto en duda, y juicio de theólogos; y que luego en efecto impongan la dicha gabela, guiando y enderezando el negocio por los medios que mejor os parecieren; pues á mas de que esto servirá paraque en Roma entiendan que por indirectas no han de salir con semejantes cosas, podeis muy fácilmente considerar la turbacion y túmulto que en essa ciudad se puede, y suele seguir de la falta y carestia del pan, siendo el pueblo de sí tan alterado, y de tanto número de gente, que no es de las cosas de que menos cuidado se debe tener, para la quietud y tranquilidad de él. Del Pardo á 12 de Julio de 1568. De M. P. de S. M. Esto conviene quo se haga asi, y con esta se responde á las que sobre ello me habeis escrito. Yo el Rey.

XVI.

Carta del Secretario Estevan Prats al rey don Felipe II, sobre los medios de atajar la rebelion de los Paises Bajos.

(de Lafuente, arch. de Simancas.)

S. C. R. M.

Como quizá por otras mis cartas y relaciones que de cuatro meses á esta parte entre otras he embiado, asi al consejero Hoperus como al secretario Zayas, V. M. habrá podido entender por menudo las ocurrencias y miserable estado de los negocios públicos de este su pobre pais, el cual va cada dia en mayor ruina y perdicion por las causas y razones por mí estensamente deducidas en las dichas relaciones, á las cuales me refiero por haber tocado en ellas á mi parecer todo lo que entonces se ofrecia y podia representar á V. M., asi por la inteligencia del dicho estado como para el remedio de la calamidad presente: Todabia por la natural obligacion que tengo á su real servicio y por continuar en mi oficio que he hecho desde mi mocedad, señaladamente de lo de acá y Alemania, siguiendo la corte y ejércitos del emperador nuestro señor que santa gloria haya, siendo aun V. M. Principe, y habiendo quedado por gobernador general en esos sus regnos, y esto por la relacion que siempre le hizo de mis cartas el Secretario Gonzalo Perez (que Dios perdone), so humilisima correcion de V. M. diré aqui, que ningun otro remedio veo ni se juzga haber para atajar la rebelion, revueltas é incendio de este su pobre pais, sino sola la real clemencia de V. M., usando de ella como príncipe clementísimo con todo el pueblo generalmente, asi por las ofensas y revueltas de los años pasados, como por la última rebelion, ó por mejor decir insania de este año, esceptuando empero de la gracia de V. M., como se hizo en el perdon de Nápoles y Gante, todos los autores y principales promotores de las dichas revueltas y rebeliones, y con cláusula expresa que de aquí adelante todos vivan católicamente y en conformidad de los placartes y ordenanzas de V. M. Tambien hay algunos cavalléros que firmaron la requesta de los confederados, los cuales se retiraron luego de su compañia, protestando no haberla firmado en perjuicio ni ofensa de la Religion Católica ni de V. M., y se han estado hasta hoy quietamente en Lieja y otras partes católicas fuera de la jurisdiccion de V. M. por obediencia, y han sufrido y sufren con mucha paciencia gran pobreza y calamidad con sus mugeres é hijos, teniendo esperanza que un dia V. M. por su inmensa clemencia les ha de perdonar; á estos tales por ser personas de cualidad, respeto y servicio, no habiendo tomado jamás las armas ni adherido á los reveldes, siendo de ello V. M. servido, se podria impartir la dicha gracia con mandarlos restituir las haciendas, y lo mismo á la generalidad desterrada, asegurándome yo que la mayor parte de ellos se quietarian y serian adelante muy buenos y leales vasallos como lo eran antes; y en lo que toca á la religion, sino se conformasen con los placartes, se podrian mandar castigar rigurosamente conforme á ellos, y cuanto á la restitucion de las haciendas en general, es cierto que las mas de ellas están cargadas ó deben lo que valen ó poco

menos, y hay un mundo de acreedores y sobre ellos los cuales han padescido y padescen, aguardando ser despachados, y con todo esto lo que agora el fisco goza y se aprovecha es poco ó nada, descontados los salarios y otras costas que se hacen con los recibidores.

Pensar que por otra via se podrá llegar al cabo de quietar y sosegar este pueblo, principalmente los reveldes y levantados en tan gran número y poder por mar y por tierra en deservicio de Dios y V. M. y ruina del pais, no se ha de creer ni V. M. se lo deje persuadir, asi por la mala vecindad que hay de todas partes como por la multitud de navios armados que tienen los dichos reveldes, con toda la artilleria, municiones, pilotos y marineros de la mar, los cuales faltan para las armadas de V. M. señaladamente para la navegacion de estos bancos y riveras.

Y aunque se cobren todos los lugares que al presente ellos tienen ocupados, como lo espero en breve, mediante el ayuda de Dios, no por eso será acabado el negocio, ni estaremos acá en paz, mas siempre quedaremos en sospecha, y de hecho seremos continuamente trabajados y robados por mar y por tierra, mientras vivieren los desesperados y reveldes, quedando ellos siempre señores y superiores en fuerzas por la mar, como lo son hoy, y por tierras no les fallaran medios y fabores de vellacos vecinos que los ayudaran como hasta agora para robarnos el pais; otramente V. M. será forzado á mantener muy grandes armadas por la mar y un grueso ejército por tierra, el cual será necesario tener repartido por las fronteras y donde hay bosques, para impedir que no entren los enemigos y evitar los daños y males que hacen aun hoy una infinidad de siccarios y vellacos que andan por todo el pais, sin haber quien les persiga como combiene y se solia hacer por lo pasado en todas estas provincias.

Por otra parte á causa de la guerra civil no se cobra hoy acá ni por V. M. ni por particular alguno tributo, gabela, censo ni renta, y asi no se pueden pagar los salarios á los oficiales, y los unos y los otros en general mueren de hambre; y es aparente, faltando la real clemencia de V. M., y no usando de ella como dicho es, la tierra se despoblara sin falta y V. M. será forzado á proveer de dinero de los otros sus reinos y señorios no solamente para la paga de los salarios de los dichos oficiales, pero tambien para el entretenimiento de la armada y ejército que necesaria y perpetuamente han de quedar para la guarda y defensa del pais, el cual hasta agora ha seido comido enteramente por la gente ordinaria de guerra, allende de los robos, contribuciones, agravios, concusiones, estorsiones, violencias, raptos, y otras maldades y vellaquerias que han hecho en todas partes, las cuales han dado principal ocasion, y no la heregia, como algunos lo quieren atribuir, á que el pueblo en general y particular haya venido en desesperacion.

En los tiempos pasados la gente de guerra solia estar repartida y alojada en las fronteras, y nunca S. M. Cesárea, que está en gloria, ni tampoco la Reina de Hungria, el Duque de Saboya ni la Duquesa de Parma la quisieron alojar dentro del pais, por no gastarle, ni querer que por razon de los alojamientos se escusasen los estados de pagar los servicios ni ayudas ni se perturbase la negociacion y trato en que consistia la bondad de ellos. Y estando asi alojada la gente de guerra en las fronteras, pagando lo que comiesen y vistiesen, guardarian la entrada á los ene-

migos, los cuales otramente podrán entrar en el pais y hacer otro tanto como las otras veces. Empero seria necesario para evitar todas ocasiones de hacer mal ni agravio á nadie, que se proveyese de ordinario para la paga del sueldo de la dicha gente de guerra, á lo menos de tres en tres meses, sin que en ello hubiese falta alguna, y de esta suerte se podrian castigar los malhechores y desordenados, lo cual hasta agora no se ha podido hacer ni se hará mientras se les debieren tantas pagas.

Estas, muy fácil y seguramente se pudieran sacar de los de Malinas por la pena de la ofensa, si no se saqueara y arruinara por los soldados, como se ha hecho tres ó cuatro dias arreo, al contrario de Italia y en tierras de enemigos que nunca se saquearon mas de veinte y cuatro horas, y acá no se ha tenido miramiento ni respeto á eclesiásticos, seculares ni religiosos, ni á los del Gran Consejo, Casa Real, Consistorio, Grefia ni Secretarías de S. M., y menos á la casa del cardenal de Granvela ni de sus ministros y oficiales; sola la casa de la condesa de Hochstratte fue reservada; en fin, ello pasó igualmente como si fueran todos bárbaros, y que la villa, ó por mejor decir ciudad metropolitana del pais, fuera del Turco; tan limpia y asolada la han dejado, que á manera de decir, y no mentiria, no han dejado clavo en pared, y robado todas las aldeas y ganado hasta casi las puertas de este lugar, como si fuera hacienda de los de Malinas, y so tal titulo y color corrian la campaña, y se lo llevaban todo al campo por otra parte á vender sin contradiccion ni impedimento alguno, y aun hoy dia dura el saco y rebusca que se hace por algunos comisarios, y á provecho particular de las granjas y caserias, que no se deja nada á la pobre gente que las tenian alquiladas de los Malineses; y lo que peor fué de todo, los tormentos que dieron en Malinas á muy muchas pobres mugeres casadas, mozos y mozas, para sacar por aquella via el dinero, oro y plata que se habian escondido, hasta acabarlos de matar, y sobre ello hicieron los soldados otras cient mil crueldades y vellaquerias, que por acatamiento de V. M. no se sufren escribir aqui, mas podianlo testiguar mejor los que lo vieron, y una infinidad de mugeres casadas y doncellas que no se pudieron salvar de sus manos, cuyos maridos y padres con una multitud de otra buena gente que por miedo se han absentado, y lo mismo de Terramonde, y antes de la villa de Mons, y no menos numero se habra agora retirado de Zutphen y de los otros lugares que se han cobrado en Güeldres y se absentarán muchos mas de los que se cobrarán en Holanda, placiendo á Dios. pues nos dá tan buen tiempo para ello, los cuales andarán desesperados, y se juntarán con los otros reveldes y vagamundos, y procurarán juntamente por todas las vias que podrán mientras viviesen de repatriar y volver á sus casas, y para ello se ayudarán de todas las ocasiones y amistades que se les ofreciese, cuando vieren que V. M. no los quiere perdonar ni usar con ellos de su real clemencia, como dicho es.

Para lo cual se ha de considerar que en Malinas, Mons, Terramonde y en los otros lugares habia muy muchos, digo infinitos católicos y buenos cristianos y una infinidad de gente eclesiástica, religiosos y beguinas, y los hay tambien en Holanda y Zelanda, los cuales por la mayor parte de pusilánimes han desamparado y desamparan sus casas, y no osarán volver á ellas de miedo, y lo mismo ha seido en las revueltas pasadas, y á causa de las modernas, si se procediere

en ellas como en las otras, y segun se haya comenzado muy mucho mas gente se absentará, y al último faltando la negociacion y comercio, como ya falta, el pais se despoblará poco á poco, no solamente de los naturales, que algo podrán, pero ningun estrangero quedará en él, como lo vemos ya claramente por la esperiencia.

Los males y daños que han hecho lo enemigos cuando vino el malvado de Oranges con su gente para socorrer á Mons, y despues á la vuelta, no se pueden creer; tantos y tan execrables fueron; y al último se llevaron mas de tres mil carros cargados de los robos sin que nadie lo impidiese, empero no fué nada al respecto de las insolencias, sacrilegios, latrocinios y maldades que han hecho los cavalleros del duque Adolf de Holstain, y condado de Xamburg, no solamente á la pobre gente, mas aun han tratado peor á los eclesiásticos é iglesias, no dejando cosa entera en ellas, y despojándolas enteramente de todas cosas, y abusando bestialmente del Santísimo Sacramento del altar, de las fuentes del bautismo y otros ministerios, y á la fin sin haber servido ni un solo dia se han llevado un tesoro de su sueldo, y un mundo de carros cargados y ganado robado, y se ha tenido todo por bien con solo haberlos despedido y sacado del pais; tan diabólicos y mala gente era. Como quiera que la que queda no es santa, ni deja de hacer todo el mal que puede segun la perversa costumbre de los reytres; quien se pudiese escusar de ellos y aun de la infanteria tudesca haria muy acertadamente, porque los unos y los otros son muy costosos, mas que todas las naciones, y sirben de muy poco ó nada, como lo he visto en todas las jornadas de mi tiempo, despojar el pais del dinero sin gastar en él una tarja, allende de lo que se llevan robado, segun su mala costumbre; y V. M. tiene en estos sus estados mucha y muy buena gente de guerra de sus propios vasallos walones, asi de á caballo como infanteria, la cual en todo tiempo, señaladamente en esta jornada, se ha señalado y combatido valentísimamente, como V. M. lo puede haber entendido en particular. Otrosi, considerado que ninguno se fia mas en lo que se les dice y promete por no guardárseles la palabra, segun ellos dicen, y entre otros los de Olesinghes, los cuales quizá se habrian ya rendido, ó se rendirian otramente: todavia se podria remediar lo uno y lo otro con la Real persona de V. M. si los negocios públicos de la cristiandad y de los otros sus reinos y estados diesen lugar á ello por algun tiempo, ó con mandarse resolver brevemente sobre el gobierno se juzga que se podria esperar presto algun buen remedio en todo, por ser esto deseado de todos en general, mayormente si se alzase ya la mano del rigor, habiendo seido hasta agora grande, por haberse justiciado en cinco años y tres meses pasadas de tres mil personas y desterradas por sentencia otras nueve ó diez mil personas. Todo lo cual, por el gran celo y obligacion que tengo al real servicio de V. M. me he atrevido á se lo representar por esta, suplicándole muy humildemente sea servido de atribuirlo á mi sana intencion, y lo mande tomar á buena parte, haciéndome merced de mandarme perdonar si en algo me hubiese descuidado, alargado ó pasado los límites y términos de mi profesion. Nuestro Señor la real persona de V. M. guarde por muchos años, y en mayores reynos é imperios prospere y acreciente con la felicidad que sus humildes criados y vasallos deseamos y toda la cristiandad ha menester. De Bruselas, último de Noviembre de mil quinientos setenta y dos.—S. C. R. M.—Besa los

Reales pies y manos de V. M. su muy humilde criado y vasallo.—Prats.

Postdata.—Va aqui junto un librillo nuevamente impreso en Amberes con licencia, por el cual se ve un singular egemplo de clemencia del Emperador Theodosio, que me ha parecido digno que V. M. le mande visitar para el caso presente.

XVII.

Advertimientos sobre la misma materia dirigidos á Felipe II por don Francés de Alava.

(*De Lafuente, arch. de Simancas.*)

Por obedecer y hacer lo que V. M. me manda en lo de los advertimientos, con la humildad debida y la puridad y sinceridad con que se debe hablar en materia que tanto importa al servicio de Dios y V. M., diré lo que en ella siento; habiéndome de alargar harto mas de lo que yo lo hiciera, paresciéndome atrevimiento si V. M. no me lo mandara. Las cosas de los Paises Bajos estan algo mas apretadas y trabajadas de lo que en la relacion que ayer embié á Zayas lo significo, y si yo no me engaño mucho, debenlo estar la hora de ahora mucho mas, si han entendido en ellos como se dilata y difiere la pasada del duque de Medina, tan deseada del duque de Alba y de los dichos estados, entre otras cosas, porque con la llegada del de Medina acabarán entrambos de salir con el deceno, ó desengañarse dél; de manera que vinieran á abrazarse con otros espedientes que aquellos estados ofrescen para servir á V. M. con dinero, de suerte que la gente de guerra fuese pagada de lo mucho que se les debe, con alguna órden razonable para lo venidero; el pueblo aliviado de la molestia y daño grande que les viene de mantener la gente de guerra en tanto tiempo sin que les den un ducado, y repararse y proveerse con la brevedad que requieren los presidios, y poner en Amberes una pella de dinero que la viesen los enemigos de Dios y de V. M. que estan desvelados en desear, solicitar y procurar por todas vias el inconveniente é impedimento de aquel santo establecimiento, que asi lo puede nombrar V. M. La nobleza y pueblo, que estremamente tiene deseado al duque de Medina por embiarsele V. M. y por las buenas cualidades que concurren en su persona, y por el aborrecimiento grande que tienen del duque de Alba por el yugo que en servicio de Dios y de V. M. les ha puesto con tanta severidad, se alegrará y contentará mucho; los mercaderes que con sus haciendas se han ido á otras provincias desdeñados del deceno, volvieran y asentarán y pusierase el tráfico en su puesto, que cierto va demasiadamente enflaquecido.

Ya que esto no puede ser, acuerdo á V. M. otra vez que el duque de Alba tiene muy quebrantada la reputacion de lugar-teniente de V. M., y como sale de aquellos paises, todo el pueblo está en Vaya, Vaya, soplado de particulares, como arriba he dicho, que tiene el mismo deseo; y esto y el no tener crédito ninguno de dinero, ya V. M. puede considerar de cuanto trabajo é incombeniente seria, si de apretar demasiado el deceno, naciese alguna desvergüenza en alguna villa de aquellas; y aunque no dudo en parte en lo que el duque y don Fadrique me digeron, de que nacia todo este incombeniente de los particulares financieros

de aquella academia vieja, que siempre quisieron que pasase el dinero de V. M. por sus manos, y estos dichos financieros quedaban en seco en lo del dinero para lo venidero, con menos autoridad y utilidad que solia. Todavia he apretado la materia con personas desapasionadas, y ninguna de ellas no da en esto, y todos en que el negocio es dificultoso y peligroso, y que ninguno de los particulares de aquellos paises huelga de asistir cabe la persona del Duque á ello, aun Noirquermes, que está disculpado con la enfermedad que tiene, muestra bien que cuando estubiera libre de ella, aunque el Duque se lo pidiera, buscara desvios de hallarse en Bruselas en esta ocasion.....

Hacerlo él Duque solo sin estos instrumentos y sin calentar V. M. á los otros, y particularmente á Vilius y Tiznach, téngolo por dificultoso, ni aun sin ellos tomar ningun otro espediente que satisfaciese á V. M. Cierto paresce que combendria que V. M. alegrase y diese calor al Duque, mandando por escripto nuevamente á los dichos financieros y otras personas que pueden ayudar á este servicio de V. M. que le asistan, y aun si V. M. fuese servida embiar despues alguna persona de juicio y plática al efecto, llegaria á gran sazon, alegrando aquel pueblo con la nueva del nacimiento de S. A., especialmente que el dicho pueblo tiene esta maxima no buena asentada en todas las historias de Francia y aquellos paises, que dicen que han sido siempre enemigos de los señores y querido y adorado los principes; y habiendoselo dado Nuestro Señor tal como se lo pueden pedir buenos, quizá podria obrar algo en ellos, y la dicha persona habia de ser buen algebrista que concertase la division que hay entre todos los particulares....

Entre los consejeros españoles que alli residen de V. M. entiendo que hay mucha desconformidad; segun me dicen no ayuda nada al servicio de V. M. ni aun al descargo de su Real conciencia en el Consejo de los Troubles que llaman. El duque Brousvich, que V. M. lo debe tener entendido, está del todo apartado del servicio de V. M. con la liviandad que suele, y con ella solicitando siempre á franceses para que se sirvan dél. El conde de Mansfelt, de quien yo no he dubdado nunca, quejosísimo de que V. M. no manda que se resuelvan con él y le declaren la merced que V. M. le ha hecho, particularmente descontento del Duque de Alba, y sé que su hijo el conde Charles, que está ahora en Francia, ha dicho á una dama con quien él alli pretende casarse en gran secreto, que su padre anda justificándose con V. M. y con los principes del imperio del agravio que V. M. le hace, para despues tomar su partido mejor, y que le desea tomar antes que el Duque de Alba salga de aquellos estados; y aunque yo me espantaria que él hiciese cosa que no deviese, todavia es punto que tiene algo que considerar. Diciendo yo al Duque de Alba que si hubiese alguna novedad que de donde pensaba proveerse de reytres, dijo que acudiria al dinero de V. M. cuantos se quisiesen. Dije que los de Branzvich estaban muy cerca y á la mano, y tenian nombre de buenos soldados. Dijome Don Fadrique el asiento que se habia tomado con el Arzobispo de Colonia para siempre que fuese menester acudir con tres mil reytres al servicio de V. M. Con el devido acatamiento suplico á V. M. perdone el atrevimiento de estenderme á hablar en las cosas de Inglaterra. El Duque de Alba tiene por cierto que se acomodará aquello. Ya V. M. entiende mejor que nadie lo que cumple á la conservacion de aquellos estados de Flandes, aunque es público y notorio sin poderse disimular, que han

tocado en la autoridad y reputacion de V. M. y en su hacienda, y paresce que las pláticas que se deven haber traido con los católicos, estan atrasadas y desbaratadas; y ve claramente la reina de Inglaterra, y aun hoy fuera de aquel reino, que V. M. tiene flechado el arco á la dicha reina; mientras esto asi durare, no solo no menguará la guerra y daño que se hace á los Paises Bajos y á los otros vasallos de V. M. por la mar, pero aun las pláticas que trae la dicha reina con franceses y otras naciones iran creciendo, de manera que podrian llegar á parar en alguna liga ó trama que diese á V. M. mas desasosiego; aflojando V. M. el dicho arco en alguna manera, la que menos perjudicase á la reputacion y nombre de V. M., podria ser que viniese á no estar tan deseosa de abrazarse con franceses como ahora lo anda, por el temor que de V. M. tiene, y los piratas de los Paises Bajos es cierto que cesarian, los cuales hacen harto daño y podrian con el tiempo venir á hacer alguno mayor....

Tan particularmente cuanto mi juicio ha podido alcanzar, he avisado á V. M. siempre de las cosas de Francia, y el estado en que las dejo: tengo por cierto que Franceses sospecharán mas que yo he de hablar á V. M. y persuadirle en que les haga V. M. guerra, que no en advertirle del estado en que estan las cosas de Flandes, para que las mande concertar y poner en órden; de manera que á ellos se les quite la ocasion de poderlas romper con V. M., particularmente toda la parte católica que tiene puesta toda su esperanza (despues de Dios) en V. M., se dará á entender que yo vengo á acordar á V. M. lo que les toca y ellos muestran desear, que es todo tomar V. M. las armas, para que ellos las puedan tomar en servicio de Dios, y V. M. contra los heréticos de aquel reino. Como lo he significado diversas veces á V. M., no hay cosa en el mundo que tanto ofenda á franceses como la reputacion y grandeza de V. M., y dias y noches están labrando en ello con su rey, poniéndole todos los miedos y temores que pueden de que crece demasiado la monarquia de V. M. para indignarle, encareciéndole lo que crece la dicha monarquia de V. M., y por el consiguiente lo que disminuye la suya del dicho rey en reputacion y fuerza, y que es menester ir á la mano á la de V. M. y creo bien que esta plática y ruin ánimo habrá crecido despues que Nuestro Señor fué servido dar á V. M. aquella tan gloriosa victoria contra el Turco; y esto y su liviandad y inquietud natural, y tener por remedio de la calamidad en que viven y fuego que tienen en casa hacer la guerra á V. M., me hace temer que abriéndoseles grande ocasion en los Paises Bajos, como en efecto se va haciendo si V. M. no lo manda remediar con tiempo, sin mas consideracion, en allándola sin acordarse que dejan ardiendo sus casas, no quieran ir á pegar fuego á las agenas; y aunque estan en la necesidad de dinero que he escrito á V. M., todavia aquel reino es tan opulento y susbtancial, que aunque no creo que se podria al presente sacar dinero para hacer á V. M. guerra fundada, para un golpe asi impetuoso que ellos tanto desean, y en que tanto hablan, por remedio de su mal sacarlo han sin hechar mas cuenta en los que les podria suceder, y qué sabe hombre si el Turco tambien podria atizarles á ellos, y aun darles dinero para el efecto..... etc.

XVIII.

Relacion general que se hizo de las consignaciones que hay el año de 1560 y el de 1561 y 62, y lo que dellas se ha de cumplir, la cual se hizo en Toledo, 1.º de octubre de 1560.

(*De Lafuente, arch. de Simancas.*)

EL DINERO Y CONSIGNACIONES QUE SE HACE CUENTA TERNÁ VUESTRA MAGESTAD HASTA FIN DESTE AÑO 1560.

De lo que vino de Nueva España, últimamente están en Sevilla en dinero de contado 165,000 ducados, porque la resta se tomó para cumplimiento del dinero que se envió á Cataluña y á Ibiza para lo de la cal de Oran: converná que se escriba á los oficiales de Sevilla que invien aqui los dichos 165,000 ducados.	165,000 ducados.
Hay mas 70,000 ducados de los metales que se dejaron de fundir este verano de lo sacado de las minas, los 50,000 de la de Guadalcanal que han escrito los oficiales de las dichas minas se inviarán á la casa de Sevilla, y los 20,000 de Aracena, que tambien han de ir á ella, y decirlo asi á don Francisco de Mendoza y escribir á los oficiales de Sevilla que lo acaben luego de labrar y lo invien con lo demas á esta córte.	70,000 ducados.
Hay mas 133,000 ducados del tercio segundo del servicio ordinario y estraordinario que se presupone será recogido el dinero dél y trahido á esta córte en fin deste mes de octubre..	133,000 ducados.
Hay mas 18,000 ducados que se presupone que valdrán los diezmos de la mar hasta fin deste año 1560, demas de otros 22,000 ducados que están consignados, 10,000 al príncipe nuestro señor, 8,000 á la señora princesa, 4,000 al reino.	18,000 ducados.
Del finca del almoxarifazgo mayor deste año de 60, restan 24,000 ducados y están ya corridos los dos tercios dellos.	24,000 ducados.
Segund lo que se ha escripto de Tierra Firme, vernán para Vuestra Magestad en todo octubre ó hasta mediado noviembre 100,000 ducados.	100,000 ducados.
Presupónese que lo que se ha sacado de las minas este mes de setiembre y lo que se sacará en los tres venideros hasta en fin de 1560 valdrá horro de costas 90,000 ducados demas de los 70,000 que van puestos atrás de lo de los metales.	90,000 ducados.

De don Francisco de Mendoza se presupone que se cobrarán en todo este año de 1560, 60,000 ducados á cuenta de la venta de Estremera y Valderacete. . .	60,000 ducados.
Hay mas el tercio postrero deste año del servicio ordinario y estraordinario que monta 133,000 ducados y se verná á cobrar por hebrero del año que viene.	133,000 ducados.
Subiéndose los juros de 10 á 14 se ahorran 20 quentos de renta, y en lugar destos convernia tratar de vender desde luego otros 20 para de principio de 1561 en adelante, que á razon de 14,000 el millar montarian 280 quentos, que son 670,666 ducados, y la órden desto se podria inviar á Sancho de Paz y que entre este dinero en su poder para que tenga cuenta á parte dello, y sino se hallare quien lo compre á 14 se le podrá escrebir que avise para que se le ordene lo que ha de hacer, y á cuenta de los dichos 670,000 ducados que se presupone se sacarán de los juros se cargan este año 1564 390,000 ducados que se hace cuenta se habrán de 250,000 ducados de juro (1) que se podrán vender este año á razon de los dichos 44,000 el millar á cuenta de los dichos 20 quentos.	349,000 ducados.
	1.142,000 ducados.

Monta lo que va cargado que se presupone se habrá en todo este año de las consignaciones y ventas de los juros 1.142,000 ducados, los 793,000 dellos en consignaciones.	793,000 ducados.
Y los 349,000 restantes que han de salir de los juros. .	349,000 ducados.

LO QUE SE HA DE PROVEER DEL DINERO QUE HAY ESTE AÑO DE 1560

De los 165,000 ducados que hay en Sevilla de contado de lo venido de la Nueva España se han de proveer las cosas siguientes.

Para la despensa ordinaria y estraordinaria de la casa de Vuestra Magestad de los meses de octubre y noviembre.	12,000
Para la Cámara en estos tres meses postreros. .	6,000
Para las limosnas de los dichos tres meses.	600
Para otras cosas dependientes de la Cámara y socorrer criados pobres de la casa de Borgoña y Castilla.	34,900

(1) Al márgen dice de mano de Su Magestad, «Ojo á lo que se ha de escrebir de los 25,000 ducados.»

Para la casa de la Reina nuestra Señora de los meses de otubre, noviembre y deciembre. .	12,000	
Para el Príncipe nuestro Señor se pone á buena cuenta un tercio.	11,000	
Para el señor don Juan de Austria á cumplimiento deste año.	3,000	
Para los tres mil infantes (1) que han de ir á Italia y se les han de dar dos pagas, una para juntarlos y que caminen, y otra al tiempo del embarcarse y para las vituallas y sueldo de navíos, se ponen.	30,000	
A Oran parece que se deben inviar 20,000 ducados (2) á cuenta de lo que se restare debiendo á la gente de aquella plaza hasta fin de 560 demas de lo del trigo y cebada (3). . . .	20,000	
Para compar 4,000 fanegas de trigo y 4,000 (4) de cebada que se han de inviar á Oran con el dinero y ropa para el cumplimiento del pan deste año, 4,000 ducados.	4,000	
Para las obras de Mazarquivir (5) por lo que toca á este año.	10,000	
Para cumplimiento de 14,000 ducados (6) que se apuntaron para las obras de Cataluña, faltan 5,000 que se han de proveer luego. . . .	5,000	
Item se han de inviar con los dichos 5,000 ducados á Cataluña otros 500 para los gastadores y maestros que se han de llevar á Oran para lo de la obra.	500	
Para cumplir lo que se debe el año 1559 de los juros (7) de lo tomado de Indias los años de 56 y 57 se han de proveer á Peralta. . . .	16,000	
	165,000	
Son cumplidos los dichos 165,000 ducados que restan en Sevilla en dinero de contado de lo que vino de la Nueva España.		165,000

(1) Al márgen dice: «Ojo á lo que va apuntado adelante sobre lo que toca á esta gente, donde se trata de lo de Perpiñan.»

(2) Al márgen dice: «estos se podrán quedar en Sevilla para que se provean de allí questan mas á mano.»

(3) De mano de Su Magestad: «estos se reserven para lo que despues yo determinare.»

(4) Al márgen dice: «Idem en Sevilla.»

(5) Idem en Sevilla.

(6) Al márgen dice: «escrebir á los oficiales que los cambien si se puede hacer sin mucho daño, y sino que venga aqui el dinero.»

(7) Estos se tomaron para en cuenta de la paga de la infantería de Fiandes y sus vituallas, y en lugar dellos se libraron á Peralta otros 16,000 ducados en el fisco del almoxarifazgo.

De los 70,000 ducados que hay en dinero decontado de lo de las minas que se han de traher aqui se han de cumplir las partidas siguientes:

Para el gasto de la despensa de Vuestra Magestad del mes de diciembre.	6,000
Para pagar el tercio último á la casa del Príncipe nuestro Señor á cumplimiento de la deste año sobre 11,000 ducados que van puestos atrás.	5,350
Para el tercio segundo de 1559 de los del consejo..	16,000
Para gastos de correos que se restan debiendo deste año.	6,000
Para pagar lo que Eraso ha tomado prestado para socorrer las guardias alemana y española, capillas é otras cosas que Vuestra Magestad ha mandado proveer, 27,000 ducados que se han entregado al tesorero.	27,000
Para lo del pozo del Almaden deste año porque conviene inviarles dineros.	9,650
	70,000

Son cumplidos los dichos 70,000 ducados de las minas. .	70,000 ducados.
Los 133,000 ducados del tercio segundo deste año de 1560 del servicio ordinario y estraordinario que se presupone estará recogido el dinero y en esta córte en fin de otubre, se consignan para en cuenta de los 200,000 ducados con que conviene socorrer á las guardas del reino para mudarlas.	133,000 ducados.
Los otros 67,000 ducados restantes á cumplimiento de los dichos 200,000 se podrán proveer de los 100,000 ducados que se esperan para este mismo tiempo de Tierra Firme ó de lo que se sacare de las juros que se han de vender de lo mas pronto dello.	67,000 ducados.
Los 60,000 ducados que se presupone que ha de pagar en todo este año don Francisco de Mendoza de la segunda paga de su venta, serán menester para los 100,000 florines que se han de inviar de contado ó por cambio ó crédito á Flandes para la paga de la renta de un año de tres que Vuestra Magestad ofreció de pagarla á los Estados, que con los intereses vernán á montar estos 100,000 florines los dichos 60,000 ducados, poco mas ó menos, y hase de mirar qué forma se podrá tener para inviarlos con mas brevedad.	60,000 ducados.

Los 133,000 ducados del tercio postrero del servicio ordinario y estraordinario de 1560, se reparte en esta ma-

nera, presuponiendo que se verná á cobrar por hebrero 1561.

100,000 ducados para lo que se resta debiendo de los gajes de la casa de Vuestra Magestad hasta en fin de 1560, con lo cual y con los 34,900 ducados que van puestos atrás se podrá ir proveyendo y entreteniendo sin anticipar ninguna cosa para esto.	100.000
Para el tercio postrero del Consejo del dicho año 1560.	6,000
Para los descargos de Su Magestad Cesárea, que haya gloria, á cuenta de lo de este año 1560 de mas de 12,000 ducados de los derechos de 11 y 6 al millar.	27,000
	133,000

Son cumplidos los dichos 133,000 ducados.	133.000 ducados.
De lo primero que se obiere de las ventas del juro que se ha de vender este año 1560, se ha de proveer con la mas brevedad que ser pueda, habiéndose de despedir la gente de Perpiñan que se acordó 133,000 ducados, los 80,000 para pagar los que se han despedir, y los 50,000 para socorrer los que se han de entretener, y memoria si toda esta gente ó alguna della podria servir para lo de Italia inviando alli otra de nuevo porque por esta via podria don García de Toledo encaminar que se ahorrasen pagas y habria mas brevedad en la embarcacion y sino se han de despedir por agora ni ir á Italia bastarian 80,000 ducados ó 100,000, y si viniere de las Indias este dicho año mas de los 100.000 ducados que van apuntados atrás podrian servir para esto y lo restante tomarse de lo que saliere de los juros.	133.000 ducados.
Desto mismo que se obiere de ventas de juros se han de proveer en fin de diciembre deste año 83,000 ducados que montan los intereses de la renta que se ha de dar por sus deudas, asi al Fucar como á otros mercaderes, y lo de las fatorías de los tres meses postreros 1560, lo cual se ha de proveer.	83.000 ducados.
Item, se han de proveer de lo que se obiere de las dichas ventas de juros deste año otros 133,000 ducados para lo que monta la renta del año 1560 de las partidas tomadas de Indias los años de 56 y 57.	133.000 ducados.

Para los descargos de Su Magestad Cesárea del año 1560, se han de proveer 60,000 ducados sin los 20,000 de Aragon; para en cuenta de estos van apuntados atrás

en el tercio postrero del servicio de 1560, 17,000 ducados y 12,000 de los 11 y 6 al millar son 29,000 ducados; restan 31,000, y estos se podrán proveer de lo que sobrare de los 100,000 ducados de Indias, cumpliéndolo de las guardias ó de lo de las ventas de juros. . .	31,000 ducados.
Memoria de qué se le toman á Costantin Gentil 90,000 ducados que tenia consignados en el dinero que está en Sevilla de la Nueva España, demas de 170,000 que tiene librados en el servicio ordinario y estraordinario y del casamiento conforme á asientos tomados con él con moderacion despues que se trata esta plática, para que se vea lo que se podrá hacer con él desto de ventas de juros ó de lo que verná de las Indias en este año ó otra cosa.	1.008,000 »
Monta lo que se ha de proveer este año 1.008,000 ducados.	1.008,000 ducados.
Y resta 134,000 ducados en consignaciones que se presupone estarán cobradas en fin de diciembre que se cargan por dinero de contado para el año venidero de 1561. .	134,000 »

XIX.

Alegato en defensa de don Rodrigo Calderon, marqués de Siete Iglesias.

(*Diciembre de* 1620.)

Muy Poderoso Señor:

Bartolomé Tripiana, en nombre de Don Rodrigo Calderon, Marqués de Siete Iglesias, Conde de la Oliva, capitan de la guarda alemana de V. A.ª, cavallero de la órden de Santiago y comendador de Ocaña, afirmándome en las protestaciones hechas por mi parte en el pleito criminal, y haciéndolas de nuevo para éste: respondiendo á los cargos que le han hecho—Digo: que no ha havido ni ha de haber lugar de hazerse los dichos cargos, ni procederse contra mi parte en forma de visita—Lo primero por lo general—Lo otro, porque habiéndose procedido contra mi parte en forma de visita en el año de 1607., en que fueron juezes el Conde de Miranda presidente de Castilla, don Fernando Carrillo presidente de vuestro Consejo de las Indias, el Cardenal Xavier confesor de V. A.ª, y don Juan Idiaquez presidente en vuestro Consejo de Ordenes en dicha visita, mi parte fué dada por libre, con imposicion de perpétuo silencio, de que se despachó cédula por V. A.ª fué fecha 7 de Julio del dicho año de 1607, y despues V. A. fué servido de mandar que el dicho Marqués mi parte no pudiese ser visitado ni procederse contra él por los cargos que se le hazen, segun se lo escribió el Cardenal Duque de Lerma por mandado de V. A. en 29 de Octubre del año 1611, y despues el año 1616 fué servido V. A. de dar su Real cédula, en que mandó que no

se pudiese proceder contra mi parte por ningunos cargos ni delictos, lo cual fué por las causas que V. A. save, y por mi parte se han referido en la respuesta de la acusacion criminal.—De lo cual resulta que totalmente está cerrada la puerta para visitar á mi parte y procederse contra él, y asi se ha de declarar, y protesto que por esta peticion y otros cualesquier autos mi parte no quede perjudicado ni sea visto apartarse de cualquier derecho ni excepcion que le competa—Lo otro, porque cuando lo dicho cesára, que no cesa, en el estado presente no se puede mover ni intentar pleito de visita con mi parte, porque contra él se va siguiendo la causa criminal porque está preso, y es tan estrecha prision como V. A.ª save, sin la comunicacion necesaria con las personas que acuden á su defensa, y cuando la tubiese, todas ellas y muchas mas aun no serian suficientes para acudir á sola la causa criminal, y por esto mi parte vendrá á quedar en el uno y otro pleito sin defensa, y siendo el dicho pleito criminal sobre los cargos y cosas que en él se traten está mi parte desobligada de responder en este ni tratarle por procurador; y asi es justo suspenderle hasta haberse determinado y fenecido el criminal, y asi protesto que á mi parte no corra término hasta tanto que sobre esto se declare—Lo otro, porque en caso que mi parte hubiera de responder á los dichos cargos de justicia, se le deve dar facultad para defenderse, que no la tiene por no comunicar libremente, como se comunica, á sus adbogados ni otras personas que dello traten, ni mostrar los papeles necesarios, ni darle tiempo competente para ver los dichos cargos y comprobaciones dellos, y responder con deliberacion, y como le conviene, que nada de lo dicho puede hazer en tiempo tan breve, que aun no tiene lugar para responder á los dichos cargos, y así hablando como devo, todo lo que contra mi parte se ha hecho es nullo, y así lo protesto, y lo mismo lo que se hiziere, y tal se deve declarar—Lo otro, porque lo que pasa es que mi parte començó á servir al Cardenal Duque de Lerma en vida del Rey don Phelipe segundo nuestro señor, que está en gloria, por el mes de Abril del año 1598, y despues á V. A. en Zaragoza el de 1599, viniendo V. A. de casarse, y quando Miguel de Muriel dejó la ocupacion que tenia de servir por Alonso de Muriel su hermano, entró á hacerle en ausencia suya mi parte, y por muerte del dicho Alonso de Muriel entró en su oficio de los papeles de la cámara, y en este ministerio sirvieron Francisco de Santoyo el viejo, Sebastian de Santoyo, Bartolomé de Santoyo, Juan de Santoyo, don Francisco de Santoyo, y Juan Ruiz Negrete, Juan Ruiz de Velasco, los dichos Alonso y Miguel de Muriel su hermano, don Bernabé de Vivanco y don Diego de Medrano, y no por eso han sido visitados, ni alguno dellos tenido por ministro, ni han estado prohibidos para recibir, y así tampoco no lo estubo el dicho Marqués mi parte, hasta que despues de la visita que se le hizo el año de 607, que se le mandó de palabra por el dicho conde de Miranda que desde alli adelante no recibiese sin licencia de V. A.—De que resulta, que discurriendo por los tiempos de que se hazen los dichos cargos á mi parte, se hallará que no ha sido ministro, ni puede haber contra él visita. Porque en el primer tiempo en que sirvió al Cardenal Duque de Lerma, claro está que no fué ministro, ni menos en el que sirvió V. A., hasta que entró en lugar del dicho Alonso de Muriel, y desde entonces hasta el dicho año de 607 en que fué visitado, no pasó nogocio ni papel por sus manos, sino solamente el hazer de los pliegos, por que las consultas que venian de los

consejos para V. A., las libranzas que venian á firmarse de los secretarios y las órdenes que dellas resultaban, y todo lo que se habia de firmar lo veia y despachaba el Cardenal Duque de Lerma, á quien lo embiava en pliegos cerrados el conde de Villalonga, y de mano del dicho Duque Cardenal pasava á la de V. A., ó por su persona, ó en bolsas cerradas por las de otros; y desde la prision del dicho conde de Villalonga corrió el despacho por mano del dicho don Juan Idiaquez, á quien iban las consultas, y de quien venian con su parecer á manos del dicho Cardenal Duque, y dellas con el suyo á las de V. A., como está dicho, y las órdenes que resultaban de los pareçeres del dicho don Juan Idiaquez él mismo las embiava en los pareceres apuntados de su letra, y conforme á ellas y á lo que á V. A. parecia en su resolucion, las hacia copiar, y porque el leer tanto como era menester hacia daño á la vista del dicho don Juan Idiaquez, de manera que le iba faltando, mandó V. A. que Juan de Ziriza y Jorge de Tovar repartiesen entre sí los tribunales, como se hizo, y llevasen las consultas al dicho don Juan Idiaquez, y escribiesen sus pareceres del dicho don Juan, y ansi lo hicieron, embiando juntamente con ellos las minutas de las órdenes que se habian de hazer, y todos estos despachos venian en pliegos cerrados á manos del dicho cardenal duque de Lerma, que los veia, y dando en ello su parecer iban á V. A., y lo mismo hizo algunas veces el secretario Antonio Aróstegui, en las consultas destado y otras que se le remitian; y estando en esta forma el despacho se mandó al dicho Marqués mi parte dejase los papeles, y fuese á la embaxada de Veneçia, y asi los dexó por Octubre, de seis y once, y desde que los dexó hasta que fué preso no tuvo otro oficio en servicio de V. A. sino el de embaxador en Francia y Flandes y capitan de la guarda alemana, de los quales nunca ha habido visita ni prohibicion de recibir, ni tratar, ni contratar: de lo qual resulta que en todos los dichos tiempos no fué mi parte ministro, ni tubo prohibicion de recibir por los dichos oficios y ocupaciones que tubo, y aunque el dicho Conde de Miranda le dixese de palabra que no recibiese nada sin licencia de V. A., eçeto cosas de comer y bever, desde el dicho año de 607 que fué visitado si algunas cosas recibió fué con licencia de V. A. en la qual le prohibió recibir de allí en adelante ni cosas de bever ni comer porque tenia escrúpulo, ni cosas para Portaçeli, aunque V. A. declaró que no era su intencion quitarle las limosnas. Desde esta última prohibicion, que fué el dicho mes de Abril, hasta el de Octubre del año de 611, en que se le mandó dexase los papeles, como los dexó, no se hallará que mi parte reçibiese cosa de ningun género, y desde que dexó los papeles hasta que fué preso no ha tenido otros oficios en servicio de V. A. sino los questán referidos, en que no ha habido ni prohibicion de recivir y contratar libremente: de todo lo cual resulta no poderse hazer á mi parte los dichos cargos—y no obsta decir que en la prohibicion que se hizo á mi parte despues de la visita del año de 607 se le mandó no recibiese de allí en adelante, porque se le haria cargo dello, y de lo pasado, porque si recibió alguna cosa en el tiempo que se llama prohibido, seria con licencia de V. A., y el apercivimiento ó aviso que en esto se le hizo fué solo consinacion que no deve tener efecto á hechos anteriores, ni resuçitar dellos tan graves cargos, y porque la dicha prohibicion no se ha de entender ni estender al tiempo despues que mi parte dexó los papeles, ni respeto de los oficios en que no la hay, y porque al dexar los dichos papeles hubo el dicho

villete del Cardenal Duque escripto á mi parte de órden y mandado de V. A. y despues de toda la dicha cédula del año de 16, con lo qual en caso que hubiera escedido no ha lugar procederse contra mi parte ni haçérsele visita—Lo otro, porque quando todo lo dicho çésar, sin perjuicio dello, y devajo de las protestaciones hechas respondiendo á los dichos cargos—Digo, que lo tocante en el primero no se le puede hacer cargo, por ser, como es, general, y en lo que se dice en él, que los principios del dicho Marqués fueron cortos y limitados, puesto que se refiere al patrimonio y hacienda, pero para esto mismo, y para que no parezca desproporcionado qualquier aumento dél, se advierte que en calidad la del dicho Marqués es ser cavallero hijodalgo notorio y de solar conocido, hijo de Francisco Calderon comendador mayor de Aragon y gentil hombre de la boca de V. A., nieto de Rodrigo Calderon, viznieto de Francisco Calderon, revisnieto de Albaro Ortega Calderon, y el dicho Rodrigo Calderon su Agüelo sacó carta executoria de su hidalguía el año de 1510, y fué capitan de infantería en la batalla de Villalar, y sirvió al Señor emperador Carlos quinto en las guerras de Alemania muchos años, y por la dicha executoria consta de su nobleza, y de sus açendientes de línea paterna, y por la materna consta asimesmo de su nobleza, pues deciende de Pedro de Aranda, montero del señor rey don Juan el segundo, al qual como á cavallero de mucha calidad y importante al servicio del dicho señor rey, se escribió una carta en que le manda fuese á hallarse al sitio de Torre de Lovaton, y el dicho señor emperador Carlos quinto el dia de su coronacion armó cavalleros, sobre ser hijosdalgo de sangre, á Luis de Aranda y otros sus hermanos, nietos del dicho Pedro de Aranda, hijos del Pedro de Aranda su hijo; y el dicho Luis de Aranda tuvo por su hijo á Juan de Aranda, padre de doña María de Aranda, madre del dicho Marqués, que tubo por hermano á Juan de Aranda, tio del dicho Marques, que fué cavallero y de la órden del hábito de Santiago, y por la línea materna de la dicha Doña María su madre es de los Sandelines, familia conocidamente noble en Flandes, y que como tal tiene una noble preminencia de que en la Capilla de la Iglesia mayor de Amberes tiene su entierro en el mejor lugar del lado izquierdo, estando como está en el derecho el del príncipe de Oranje, y los desta familia de los Sandelines siempre han sido católicos, siguiendo la parte y exercito de V. A. y Señores Reyes sus projenitores. Todo lo qual, de mas de ser notorio, consta por papeles auténticos, de que están los mas dellos embargados entre los de mi parte despues de su prision: y por ser esto asi, V. A. le ha hallado capaz de hazerle merced, como se la ha hecho, de un hábito de Santiago, y de la encomienda de Ocaña de dicha órden, y á Francisco Calderon su padre de otro hábito y encomienda mayor de Aragon, asi mismo de la dicha órden de Santiago; de que resulta que por derecho natural de sangre siempre ha sido capaz destas y otras qualesquier honrras, dignidades y mercedes, y con esto se pudiera evitar la respuesta á lo accidental, á que mira la relacion del cargo que es aumento de hacienda, pues esta crece ó se disminuye por diversos acçidentes, y se varía con mucha facilidad, no permaneciendo en un mismo ser, y asi no se le puede hacer cargo del dicho aumento por ser calidad á questá sujeta y dispuesta la hacienda; y lo cierto es que el dicho comendador padre del dicho Marqués y los demás sus asendientes por línea paterna y materna siempre tuvieron patrimonio y hacienda para tratarse ilustremente

y con la decencia que convenia á su calidad que es la referida; y lo demás que dice este cargo se reduce á dos cosas, la una, que habiendo entrado mi parte á seruir á V. A. con pequeño patrimonio y se halla con mucha hacienda y rentas con grandes y honrrosos oficios.—La otra, que procuró mayores acrecentamientos para sí, y consiguió mercedes y oficios para sí, para su padre, hijos, deudos y amigos suyos, y ambas tienen satisfaccion, y es que entró á servir á V. A. el año de 1599 con mucha cantidad de hacienda que tenia de patrimonio y rentas procedidas dél, y con la dote de la Marquesa su muger y las mercedes que V. A. ha sido servido de hazerle, se fué aumentando, de suerte que si se ajustan las deudas con que mi parte se halló al tiempo de su prision y el patrimonio que tiene suyo y dote de la dicha marquesa, mercedes que ha recibido de V. A. y lo que dellas ha procedido, es muy poca la cantidad que se le halló respeto del largo tiempo en que se ha adquirido, contándose tambien las cosas contenidas en la confesion de mi parte recevidas por él en tiempo hábil y sin prohivicion como está dicho.—A la segunda, que es cosa natural desear y procurar cada uno sus acrecentamientos, de sus padres, hijos, y deudos y amigos, que todos vienen á ser propios y á ser una la razon de desearlos, y el pretender la embajada de Roma y otros cargos superiores no contiene especie de delito, y los oficios y honrras de que V. A. hiço merced á mi parte era fundamento bastante para edificar sobre él estas pretensiones y esperanzas, sin que pudiesen pareçer desproporcionadas á sus méritos, y no es nuevo en la suprema grandeza de los reyes honrrar y engrandecer á quien les sirve desde muy lejos, y las historias están llenas de exemplares que quitan y facilitan lo que parece novedad, que es que el dicho Marqués se quisiese aumentar y acrecentar de honrras y dignidades, y quando en órden á ellas hiziese á V. A. algunos servicios, siendo con su licencia y permision, no solo no es delicto, pero siendo los dichos servicios nuevos y estraordinarios, son dignos de otras tales mercedes.

Y en lo que se dice que el dicho marqués llevaba recados del Cardenal duque á los ministros en negocios de visita, es cargo general y que no obliga á satisfaccion, de mas que esto no era delicto en el dicho marqués, por tener obligacion de obedecer y cumplir las órdenes del dicho Cardenal, como lo tiene alegado en el pleito criminal; y el decir que hacia á los pretendientes que hiciesen depósitos, no es cierto ni se le probará con verdad; y en lo que se le imputa que abria los pliegos de V. A., de mas de ser cargo general, lo que pasa es que si los pliegos venian estando aquí V. A., no se entregaban al dicho marqués, por que los mismos oficiales de los secretarios que los inbiavan los llevavan al retrete, y los daban al primer gentil hombre ó ayuda de cámara que allí estaba, el cual los daba á V. A. ó los ponia sobre su mesa, y en este caso era imposible tomarlos, y abrirlos, y lo mismo era de camino en los pliegos que enbiavan los ministros que caminaban con V. A., por que en ello se guardaba la misma forma, y si los dichos pliegos venian estando ausente V. A., los trayan los moços del correo mayor al secretario de cámara, y alli los recibia por el parte un oficial del secretario, y daba certificacion, y él mismo ó otro oficial los subia al retrete, y allí se los tomaba el dicho marqués, ó la persona á cuyo cargo estaba solo para ponerlos en la mesa de V. A.—Quanto á lo que se dize que mi parte detenia los correos, de mas de ser cargo general, lo cierto es que si detubo algunos fué

con órden de V. A., y la misma guardó el que fué secretario del cardenal duque de Lerma despues quel dicho marqués dejó los papeles, y seria por convenir al servicio de V. A., por que en palacio se tiene noticia de los secretarios que despachaban, y ellos mismos no lo podian saber, y asi sucedia despachar dos correos á una misma parte por dos diferentes secretarios, y quedarse el correo mayor con el provecho del uno, y por saber esto V. A. ordenó que se hiciera lo dicho.—Lo otro, porque en lo que toca al cargo segundo de los papeles que se dice haber detenido mi parte, y guardado en su poder contra el órden y mandato de V. A. que mandó los entregase al duque de Lerma, lo que pasa es lo contenido en la confesion de mi parte; que cumpliendo con el dicho mandato entregó todos los papeles que debia entregar, de que tomó fin-y-quito en la forma que el dicho cargo refiere, y los que se hallaron en su poder son papeles diferentes, que de diferentes personas y partes los procuró haber el dicho marqués mi parte solo por curiosidad, y asi se los dieron Bernardino Gonzalez, criado del patriarca Don Pedro Alonso, y Juan de Amezquita de los papeles del conde de Miranda, y de los del conde de Villalonga, y esta verdad de los mismos papeles se echa de ver y entiende, por que muchas de las consultas son de cosas resueltas por V. A. y executadas de muchos años atrás, y otras son de diferentes tiempos en que mi parte no tuvo á su cargo los papeles:—otros son memoriales é instrucciones de las casas Reales, y estas no entraban ni podian entrar en poder de mi parte por papeles de la cámara, en la qual solo hay memoriales que se dan para remitir, y las estampas de firma sin estar á su cargo otros papeles sino el hazer de pliegos que V. A. embia á sus ministros, y en los que se hallaron hay consultas diferentes, y otras cosas del Señor Rey don Felipe, padre de V. A., que no tocan al despacho de la cámara:—otros eran papeles del duque de Lerma, cartas y respuestas suyas, y cartas del Príncipe Francisco Borja, y otras cosas tocantes al mismo duque, y muchos dellos hubo mi parte de Fray Gaspar de Córdova, confesor de V. A., y los demás se los entregó al dicho duque para que los viese y los concertase, y le hiziese relacion dellos, de manera que no es culpa de mi parte el habellos detenido, y guardado y en mucho peor estado estubieran sino los guardára, porque ni hay parte diputada por V. A. para los tales papeles, ni en ninguna otra pudieran estár mas bien acondicionados que en poder de mi parte, y por ser, como este es, cargo general, no obliga á mi parte á mas respuesta, ni se le debe hazer el dicho cargo......... etc.

XX.

Pactes y conditions ab que los braços generals del Principat de Catalunya posaren lo Principat y Comptats de Roselló y Cerdanya à la obediencia del Cristianissim rey de França, los quals se han de posar en lo jurament que Sa Magestat y sos successors han de prestar en lo principi de son gobern.

1. Que Sa Magestat observará, y fará observar los usatges, constitutions, capítols y actes de cort, y tot altre dret municipal, concordias, pragmáticas y qualsevols altras dispositions, ques troban en lo volum de las constitutions insertadas, prometent, y jurant que no fará, ni fer permetrá, altras pragmáticas, ni

observar algunas de las fetas, que no estiga en dit volum, ni ab motiu de qualsevol necessitat, ni per qualsevol causa y rahó per urgent que sia, sino fos ab consentiment dels braços y corts generals, y axí mateix observará los privilegis, usos, estils, consuetuts, llibertats, honors, preheminencias y prerogativas, tan de las esglesias, estament eclesiástich, militar y real, y personas particulars de aquells, com de la ciutat de Barcelona, y altras ciutats, vilas, y llochs, y de las personas particulars de aquesta provincia.

2. Que per los archebisbats, bisbats, abadiats, dignitats y los demes beneficis eclesiástichs, tan seculars, com regulars, y las pensions eclesiásticas, solament presentará sa Magestat á catalans.

3. Que lo tribunal de la Santa Inquisitió reste en Catalunya ab poder de coneixer de las causas que pertañen á la fé tan solament, sens empero poder tráurer las causas, y processos de Catalunya, y que los inquisidors, y sos oficials sian catalans, y que dit tribunal sia directament subjecte á la congregatió de la Santa Inquisitió de la cort romana, sino es que en França hi haja inquisidor general, ab tribunal format, que en tal cas se provehirá lo que se haurá de fer.

4. Que se observará en Catalunya lo sagrat concili de Trento en tot, y per tot, conforme fins vuy se ha observat.

5. Que lo señor rey promet, ab jurament, tant per sí, com per sos successors, no pretendrá, demanará, exigirá, ni manará exigir en ningun temps de la ciutat de Barcelona, ni de las demes ciutats, vilas y llochs, ni universitats de Catalunya, y comptats del Rosselló, y Cerdanya, qualsevols que aquellas sian, reals ó de baró, quinta ó altra part, ab qualsevol nom se anomene, dels vectigals y impositions que sobre lo pa, vi, carns y altras cosas, y mercaderías imposan, y han acostumat, fins lo dia present, y per avant imposarán ditas ciutats de Barcelona, y demes universitats, sobre sí, y també sobre qualsevols forasters, per subvenir las necessitats de ditas universitats que son estadas comdemnadas á pagar lo quint, ni de aquellas que per pacte lo habian promes, ni de aquellas que habian obtingut privilegi ab reservatió de quint, y generalment de totas las universitats, de qualsevol manera ques pogues pretendre que estaban obligadas á pagar quint. É axí mateix que no demanará ni pretendrá en manera alguna cobrar de las ditas universitats, y altres qualsevols, lo que per rahó de impositions habian fins assí exigit, sens privilegi; encara que sian estadas comdemnadas, ó altrament hajan promes, y sian concertadas de haberho de restituir, y pagar de qualsevol manera que sia, sino de voluntat dels habitants en aquellas. Consentint ara per las horas, que ab autoritat sua real, en virtut de aquest pacte, tenint força de privilegi perpetuo, pugan ditas universitats dits vectigals, y impositions posar, y exigir á sas voluntats, y los posats y imposadas aumentar y disminuir, de la manera quels apareixerá, segons las necessitats de las mateixas universitats, y tot lo que procehirá de dits vectigals, y impositions, pugan y los sia lícit y permes á ditas universitats en propris y comuns usos de ditas universitats convertir, y gastar de la manera que ses acostumat integrament, y sens diminutió alguna, y també que no exigirá la quinta ó altra part de aquellas que se solian imposar y exigir per privilegis reals, consuetut, ó altrament per los magistrats de la Llotja de mar de Barcelona, Perpinyá, y altres magistrats, barons y per-

sonas particulars, collegis y cofrarías, prometent ab lo mateix jurament. que ni Sa Magestat, ni sos successors, acerca del demunt dit, farán demanda á ditas universitats, ni molestia alguna ni ab pretext de coneixer si ditas universitats, magistrats, barons, ó personas particulars, collegis ó cofrarías, ditas impositions converteixen en sos usos, ni ab pretext de que de ditas impositions donen compte, y rahó á sos ministres reals car tot açó prohibeix en virtut de est pacte, sino fos que en lo sobredit se cometes frau, ó dol en la exactió, y administratió. que en dit cas per rahó del delicte se reserva Sa Magestat lo dret de castigar mediant justicia los delinquents, entenent y declarant que perço no enten prohibir, ni llevar als barons y qualsevols altres lo dret que competirá de justicia de demanar semblant compte y rahó, devant jutge competent, en tot cas que menester sia, declarant també que la facultat donada en aquest article, no faça perjudici á la forma acostumada en lo Principat de Catalunya y comptats de Rosselló y Cerdanya, en quant á las impositions generals ques son acostumadas imposar. necessarias á la conservatió y altres necessitats de la provincia.

6. Que Sa Magestat promet conservar la preheminencia ó prerogativa als consellers de la ciutat de Barcelona de cobrirse devant Sa Magestat, y qualsevols personas reals, com han acostumat, y en quant sia necessari de nou los concedeix la dita prerogativa, sense abus. É axí mateix promet també y jura que tindrá y conservará á la mateixa ciutat de Barcelona la prerogativa que té. y han sempre tingut sos consellers en temps de altres reys de anar per Catalunya. y altras terras suas, y en sa cort real, ab las mateixas insignias consulars, y ab sos verguers y maças, com las usan. y han acostumat usar en la dita ciutat, perque usen també de aquellas en la cort, y terras de Sa Magestat.

7. Que jure, observe, y faça observar Sa Magestat los capítols, y actes de cort, privilegis, usos, y estils de la Generalitat de Catalunya, y casa de la deputatió ab tota jurisdictió civil y criminal, en las cosas de que han acostumat coneixer, y que si dubte algú se suscitará acerca dita jurisdictió, per ques negue la qualitat de Generalitat, ó altrament, toque la coneixença al consistori dels deputats.

8. Que los oficis dels capitans dels castells. alcayts. ó gobernadors de fortalesas del Principat de Catalunya, y comptats de Rosselló y Cerdanya. y tots los oficis de justicia donará á catalans que verament ho serán, y no á altres.

9. Que Sa Magestat jurará y prometrá que lo Principat de Catalunya y comptats de Rosselló, y Cerdanya serán regits y gobernats per un virey, y lloctinent general de Sa Magestat, que elegirá, y anomenará dels seus regnes. que será alter nos ab tots los poders ordinaris y acostumats. conforme la minuta del privilegi que donará á part, conforme las constitutions de Catalunya, y altres drets municipals.

10. Que los alotjaments dels soldats en Catalunya y comptats de Rosselló y Cerdanya qualsevols que sian, encara que sian auxiliars, se façan per los cónsols, ó jurats de las universitats de la manera que disposan las generals constitutions de Catalunya, y que los particulars no sian obligats, nis puga exigir dells, ni de las universitats per los capitans, soldats, tan de caball, com de peu y altra gent, y oficials de guerra, sino sal, vinagre, foch, llit, servey y palla, la cual haja de donar lo patró quen tindrá per los caballs que serán alotjats an sa

casa tant solament, y que si voldrán altra cosa tingan obligatió de pagarho, y si los soldats no voldrán pagarho, y usarán per açó alguna violencia, los fará castigar ab rigor, y manará Sa Magestat que dits alotjaments se façan ab tota suavitat, y ab lo manco dany de la provincia, y particulars de ella, no carregant als llochs de excessiu número de soldats hagut respecte al número dels habitants, y altrament, y que ab lo present capítol nos faça perjudici á la ciutat de Barcelona, y á son territori, y ciutadans della, ni á las demes ciutats ni universitats y personas que per privilegi, consuetut, ó altrament no tenen obligatió de alotjar.

11. Que las ciutats de Tortosa, y Tarragona, y demes vilas y llochs del present Principat, y comptats que lo enemich té ocupats de voluntat de sos habitants, gosarán del benefici de las constitutions, y de tots los privilegis, exemptions, y llibertats del Principat de Catalunya, y sos comptats, com á part de aquells, y en cuant als privilegis particulars de ditas universitats gosarán de aquells, segons se aportarán ellas, y sos ciutadans, y habitants envers Sa Magestat, y la provincia, conforme se tractará en las capitulations particulars, quant se reduhirán á la obediencia de Sa Magestat, no entenent ser compresos ab lo capítol la vila de Perpinyá, Coplliure y Rosas, y altras vilas y llochs, que ab violencia, y armas son estadas oppresas del exércit enemich; ans bé aquellas no manquen de present ab confirmatió de tots sos privilegis, usos, y costums, axí com restan las demes ciutats, vilas y llochs de la provincia, sino es que per avant sian infels á Sa Magestat, y provincia, y en respecte de las jurisdictions y rendas de la esglesia metropolitana de Tarragona, y altras esglesias y jurisdictions dels barons eclesiástichs restarán de la mateixa manera que abans, y també las dels barons láichs, que no son ni serán infels á Sa Magestat y á la patria.

12. Que Sa Magestat á cautela que danyar no sol y en cuant menester sia confirmará, lloará, y aprovará la manlleuta que té feta lo General de Catalunya y per ell los deputats, y per avant farán, per obs de la present guerra de molts censals morts que han manllevat y manllevarán fins á la quantitat de trescentas milia lliuras barcelonesas, segons la delliberació dels braços, tinguts á 15, 22, y 28 de octubre de 1640; y la impositió dels nous drets á la ciutat de Barcelona consignada, y la tatxa feta, y las demes obligations fetas per dits deputats en favor de la ciutat per pagar las pensions de dits censals, y en tot cas la propietat per havérsels encarregat dita ciutat, los cuals drets se pugan continuar y la tatxa feta cobrar, fins que dits censals sian lluits, y quitats, y la dita ciutat reste immune, y liberada de aquells y tambe dels empréstichs, y axí mateix confirmará totas las manlleutas, y tatxas fetas per las universitats de Catalunya per la guerra corrent, perque com aquestas cosas tenen tracte succesiu no si fes questió en lo esdevenidor.

13. Que Sa Magestat promet que no separará de la corona real de França lo Principat de Catalunya, y comptats de Rosselló y Cerdanya, en tot ni en part per ninguna causa, ni rahó que dir ni escogitar se puga, ans resten sempre units á dita corona real, axí que lo que será rey de la monarquía de França, sia sempre compte de Barcelona, Rosselló y Cerdanya.

14. Y per quant lo efecte de las lleys, consisteix en la observança de aquellas, prometrá y jurará particularment Sa Magestat que observará y fará observar totas las constitutions, y dispositions municipals que parlan de observar

constitutions y principalment la constitutió onsena, que comença; *Poch valdria*, de aquell títol. Entes y declarat, y en quant menester sia ajustat per pacte y conventió fets entre Sa Magestat, y la provincia, que si algú pretendrá contrafactió ara sia persona pública, com es lo síndich del General per lo públich interés, ara sia persona privada per lo seu propri, puga suplicar, y requerir al oficial ab interventió del scribá major de la casa de la deputatió dintre la ciutat de Barcelona (ahont residirá, y ha de residir lo real consell en tot temps, sinó en cas de pesta), y fora de dita ciutat ab interventió del scribá de la deputatió local, y ahont no ni haurá del notari de la ciutat, ó vila ahont será lo oficial ques preten haber contrafet, de qualsevol dignitat, ó preheminencia sia, com son canceller, regent la real cancellaría, portant veus de general gobernador, doctor del real consell, mestre rational, batlle general, y sos lloctinents, tresorer, ó altre qualsevol, sens altra habilitatió de la escriptura que se ha de presentar, que la ques fará per lo mateix scribá major, y altres notaris, als cuals ho cometem, perque procuren estiga decent com volen las constitutions y presentada aquesta requesta córregan tres dias al oficial pera revocar, ó firmar dubte inmediatament, despres de dita presentatió, y si dins dit termini no fará ni una cosa ni altra, puga la part interessada, y lo síndich del General, y quiscun de aquells firmar dubte en lloch del oficial, y per aquesta firma nos requeresca altra solemnitat, sino que lo oficial, ó la part, ó lo síndich del General devant del mateix scribá major presente en escrits las rahons perques preté haberse contrafet, ó no, respectivament. la cual firma se notifique á la part querellada, y en son cas á la part querellant respectivament ab intima á ella feta per lo scribá major, del cual dia correrán sis dias, pera deduhir y allegar tot lo que las parts voldrán per sa justificatió devant del scribá major, sens altra solemnitat que entregarli las scripturas, de las quals ell fará lo proces, y de las quals, ó del proces, donará comunicatió en sa presencia á las parts, ó á sos advocats si la demanarán. Si empero lo fet per rahó del qual se preté la contrafactió será fet de Sa Magestat, ó de son lloctinent, ó capitá general se envie embaixada per los deputats ab la forma ordinaria á Sa Magestat, ó á son lloctinent general, ó á aquell qui presidirá, suplicantlos en escrits façan la revocatió y si no la faran dintre tres dias porá la part, ó lo síndich del General firmar dubte, com está dit, notificantho com está dit á Sa Magestat si será present, ó al lloctinent general, ó al portant veus de general gobernador, procehint vice regia ab los doctors del real consell.

Lo modo de declarar aquestas controversias, será ques constituhiran tretse jutges, part dels doctors del real consell, y part dels insiculats dels tres estaments en lo llibre del ánima de la casa de la deputatió, en que solament concorrerán los ques trobarán presents en la ciutat de Barcelona, de tal manera que la primera vegada sian set del real consell no suspectes, y per aquest efecte quant succehirá lo cas de alguna contrafactió ques haurá de declarar, tingan obligatió los deputats enviar embaixada, com dalt está dit, á Sa Magestat, si será present, cuant no á son lloctinent general, y en son cas al portant veus de general gobernador per donarlos noticia del dubte que se ha de declarar, nomenant las parts, y suplicant que maneu á set doctors del real consell mes antichs , no suspectes, comensant per lo canceller, y regent la real cancellaría, y en defecte dels jutges del real consell per suspitas, absencia, ó mala gana, á altres jutges, ministres

reals, segons la preheminencia de antiquitat, y grau, ó altras personas á ells ben vistas, perque tal dia y hora acuden á la casa de la deputatió, pera declarar lo dubte ab los restants jutges, notificantlos los doctors, los cuals serán estats recusats per las parts per suspectes, per que oidas las parts lo real consell dins dos dias despres que la relatió de la notificatió será reduhida en escrits declaren ditas suspitas, y sis declara que procehexen, ó no las declaran, se suplesca lo número dels demes doctors del real consell, segons la antiquitat, y si dins altres dos dias naturals inmediatament seguents no enviarán los dits set jutges no suspectes, segons la preheminencia y antiquitat, y si los dits jutges, ó alguns dells no acudirán lo dia assenyalat á la casa de la deputatió, degan los deputats y oidors fer extractió de las personas dels tres estaments insiculats en casa de la deputatió, comensant per lo eclesiástich y continuant per los demes de tantas personas quantas faltarán dels jutges reals per la declaratió del dubte, y juntament faran extractió de las personas dels mateixos estaments que han de ser jutges ab los jutges reals, y posats dins de una urna los deputats y oidors de cada estament, y despres de ser extrets serán votats per los estaments per escrutini, trahentne fins que lo número será complet, en la cual extractió porán ser presents las parts interessadas, ó sos procuradors, y lo síndich del General, perque pugan proposar suspitas contra dels extrets, de las cuals coneixerán encontinent verbalment, devant dits estaments los deputats y oidors, ab los assessors, y advocat fiscal, de la qual declaratió nos puga apellar, ó recórrer, y aço se observará la primera vegada, y en la segona serán sis jutjes reals y set dels estaments, y si los que no acudirán serán dels estaments, sien desinseculats, y fets inhábils pera obtenir oficis de la casa de la deputatió.

Feta aquesta extractió, y nominatió, serán tots los jutges tancats en una de las salas de la casa de la deputatió ab lo scribá major, lo qual los llegirá lo procés, de ahont no exirán fins que haurán declarat lo dubte, oidas primer las parts, y sos advocats, si ho demanarán, y pres parer dels assessors, y advocat fiscal de paraula sil demanarán; y la declaratió se fará per escrutini, prestat primer per tots los jutges jurament, ço es per los doctors del real consell, en poder de un de sos presidents, antes que arriben á casa la deputatió, de que dit president fassa fe en escrits á dits deputats, y los altres en poder dels deputats, ó de altre dells, y habent tots oida sentencia de excomunicatió en casa la deputatió, y que lo que será declarat se execute promptament per los deputats, y oidors, als cuals ho cometem, sens apellatió, suplicatió, dictió de nullitat, recors, restitutió in integrum, querela, ó altre remey, per cualsevol causa, de tal manera, que los comdemnats sols se entengan haber incorregut en las penas que los jutges expressament hauran declarat, derogadas las demes penas de ditas constitutions, en lo demes empero restarán ditas constitutions de la observança en sa força, en quant se porán aplicar. Entes y declarat que ditas extractions, y demes cosas en aquests capítols contengudas se façan per las personas á qui toca de franch y sens salari, remuneratió, ó satisfactió de treballs, y ques puga y dega procehir també en dias feriats.

Y perque no se impedesca la administratió de la justicia ordinaria statuhim, y ordenam, en virtut del mateix pacte convingut entre Sa Magestat, y la provincia, que lo present remey nos puga intentar ni sen puga valer la part, sinó en

defecte dels remeys ordinaris, com disposa la dita constitutió: *Poch valdria*, y conforme fins vuy se es observada.

15. Lo principat de Catalunya, y comptats del Rosselló y Cerdanya en lloch de las convocations de Somatent general, Host, y Cavalcada, y de la ques feya en virtut del usatge, *Princeps namque* (las quals convocations per avant nos pugan fer en ningun cas), servirá ab un batalló de cinch mil infants, y cinch cents cavalls, pagats, armats, y municionats, á gasto de la provincia, los quals haurán de servir dins la mateixa provincia, y no fora della, sempre que hi haurá necessitat, la qual se entenga serhi sempre que la provincia estará com vuy assitiada, ó invadida de las armas del rey de Castella, ó en temor clar, y patent de estarho, y fora dit cas, tothora, y quant lo lloctinent general de Sa Magestat, junt ab los deputats del Principat de Catalunya, judicarán esser necessari, cridat ab ells lo conseller de la ciutat de Barcelona, al qual tocará entrar en braços y aço sens perjudici de altre major servey, si en cas de major, y mes urgent necessitat lo voldrá fer la provincia voluntariament.

16. Quant al que toca als gastos que se han de fer en la provincia per rahó de las fortifications necessarias en ella, y per la paga y sou dels soldats francesos, ó de altra natió, que no serán catalans, que estarán en los presidis, y per suplement del que será menester per la paga de dits soldats, á mes del que ordinariament se paga per Sa Magestat, se tractará en las primeras corts generals, y entretant no cessarán la ciutat de Barcelona, y demes ciutats, vilas y universitats de Catalunya de fer respectivament los gastos per las suas fortifications, y altras cosas necessarias per sa defensa, com fins assí se ha acostumat.

Lo rey vistos y examinats paraula per paraula en son consell los articles altescrits, Sa Magestat los ha agrahits, y acceptats, agraheix, y accepta, y promet en fe, y paraula real, guardarlos, y observarlos inviolablement, y promet que quant fará lo jurament acostumat per los comptes de Barcelona, Rosselló y Cerdanya, en lo principi de son gobern, jurará la observança de dits capítols, y axí mateix ho farán sos successors. Dat en Perona á 19 de setembre de 1641. LOUIS.—*Louis* ✠ *sigilli*.—BOUTHILIER.

XXI.

Edicto de Felipe IV dirigido á apaciguar el alzamiento de Cataluña.

Nos Don Felipe por la gracia de Dios rey de Castilla, Aragon, etc.

Atendiendo con afecto de padre á los innumerables daños, desdichas y calamidades que han sucedido de algun tiempo á esta parte en el principado de Cataluña y condados de Rosellon y Cerdaña, por ocasion de los movimientos, y alteraciones que se han movido, y suscitado; y que las que amenazan son tales, y de tal calidad que amagan exterminio, y destruccion á los estados eclesiásticos, militar y real, y á las universidades, congregaciones, ayuntamientos, y cofradías, y á las personas particulares de dicho principado, y condados; de que se siguen grandes deservicios á Dios nuestro Señor, y á Nos singularmente, si como se teme de la introduccion de gente forastera, se abriese la puerta á noveda-

des, por las cuales se desviasen los naturales en algun tiempo, de la pureza que en todas edades gloriosamente han conservado, y con todas sus fuerzas defendido: considerando que estos daños y peligros han procedido y proceden de las diligencias que algunos mal intencionados han hecho, engañando con falsos motivos, y siniestras persuasiones á nuestros súbditos de perfecta, y plena fidelidad, para apartarlos de nuestra obediencia en la cual con tanta felicidad han vivido, imitando á sus antecesores que constantemente han perseverado en ella por mas de nueve siglos, dando á los príncipes nuestros predecesores en todo tiempo insignes, y notables aumentos, y á las otras naciones ejemplos dignos de imitacion; lastimándonos sumamente de tantas desdichas, y deseando que conocida, y entendida la verdad, los naturales y poblados en dicho principado, y condados, se aparten de las malas inteligencias que los enemigos de la paz y quietud, que es el fundamento del bien, y de la comodidad de los pueblos, han persuadido, y vuelvan á la natural y antigua fe que á sus príncipes, y señores naturales con toda pureza han siempre guardado; y podamos honrar, y hacer gracias y mercedes, conservándoles en paz y justicia, como pertenece á la real magestad, la cual debe, como dijo el señor rey don Pedro II nuestro predecesor, estar siempre velando por la utilidad de sus vasallos, y tener pacificada toda la tierra, y á sus súbditos leales, merecedores de franquezas, libertades, é inmunidades, hacerles observar sus privilegios.

Por esto, con este nuestro edicto, y carta pública decimos, y notificamos á los estamentos, ó brazos, etc., los cuales siempre despues de la muerte del carísimo rey don Felipe nuestro padre de eterna memoria, y ya antes hemos hecho siempre y hoy hacemos singular estimacion de la gran naturaleza, bondad, buena fe, lealtad, y servicios de los naturales y poblados en los dichos principado y condados; y que en todas ocasiones Nos nos hemos dado por bien servido de sus procedimientos , y que nuestra determinada voluntad ha sido que les sean observados los usajes de Barcelona, constituciones generales, y libertades, inmunidades, y franquezas así como les han sido guardados por los señores reyes nuestros progenitores; y que en esta conformidad hemos ordenado, mandado, á nuestros lugartenientes generales, que por tiempo han sido, y á nuestros oficiales mayores, y menores, que con toda puntualidad les guardasen é hiciesen guardar, disgustándonos mucho cualquier acto hecho contra dichos usajes, constituciones, libertades é inmunidades, ofreciéndonos prontos al reparo y satisfaccion de aquellos, segun nos pareciere de justicia.

Así mesmo decimos, y notificamos á todos los sobredichos que apenas hemos tenido noticia de las causas que han tenido los naturales, y poblados en dicho principado y condados, para desconsolarse y quejarse, hemos deseado tengan todos en general, y en particular, desengaño de aquellas, procurándolos todo alivio, consuelo y satisfaccion; por cuyo efecto hemos remitido diversas órdenes, cartas y papeles á los deputados del principado y á los conselleres de nuestra ciudad de Barcelona y de otras ciudades y villas, los cuales tenemos noticia han ocultado los mal intencionados, é inquietos, para que llegando á noticia de tan honrados vasallos, no obrasen los efectos que por su fidelidad, y pureza de fe hubieran obrado de que tenemos el justo sentimiento , porque esta ocultacion ha sido la causa de tantos y tales daños, los cuales se hubieran escusado con la no-

ticia de estas órdenes, y cartas: singularmente, si como hemos deseado hubiérase sabido que los sucesos de Perpiñan, de Cambrils, y otros de esta calidad han sucedido y se han hecho sin nuestra órden y voluntad, la cual ha sido siempre de conservar y mantener á los naturales, y poblados en Cataluña, y en sus condados bajo de nuestra obediencia, con blandura, piedad y suavidad: y por cuanto de la ignorancia de nuestras órdenes, y de esta nuestra voluntad, como queda dicho hayan resultado los daños que ha padecido la provincia: deseando, que la noticia cierta, y segura del amor que les tenemos, y de nuestra voluntad en hacerles muchas gracias, y mercedes, como á padre que desea su mayor bien, los haga diligentes en la reduccion que esperamos, apartándose de los caminos que han tomado de su total precipicio, y destruccion de la provincia, hemos determinado mandar hacer y ordenar el presente edicto, y carta pública, para que llegue á noticia de todos, y con él les exhortamos cuanto mas amorosa, y eficazmente podemos, que atendiendo á que las armas francesas con manifiesto engaño, y depravada intencion de perderles á todos, y de ofuscar las glorias de provincia tan insigne, y leal se han introducido en ella, son la causa de estas turbaciones, y desdichas, que se animen, y esfuercen, imitando el valor, y virtud de sus mayores á espelerlas, y echarlas de las tierras de dicha provincia: de modo que quedando libres de vecinos tan perniciosos, puedan gozar de las honras, gracias y mercedes que queremos por nuestra libertad, y amor hacerles, logrando en todo la dulzura y benignidad de nuestro imperio.

Y si para poner en debida ejecucion dicha espulsion de las armas francesas, y restituir la libertad á los pueblos de Cataluña, y condados, necesitan de armas, de caballos, y dineros ofrecemos proveer de todo con vigilante puntualidad en la forma que lo pedirán los deputados del General y los regidores de las ciudades, villas, ó pueblos de la provincia.

Por cuanto hecha dicha espulsion de las armas francesas juzgamos por cosa justa que el principado de Cataluña, y condados queden con tranquilidad y sosiego sin los recelos y temores que podria ocasionar la gente de guerra que se halla en ellos, decimos y notificamos á todos generalmente, y con nuestra buena fe y palabra real ofrecemos y prometemos que en este caso, sin dilacion alguna mandaremos salir con todo afecto de la provincia y de sus límites, la gente de guerra que se hallará en ella, dejando solo en los presidios y fortalezas las guarniciones ordinarias para su seguridad; de modo que los naturales, y poblados en Cataluña y en sus condados, libres de todas sospechas respiren de los trabajos pasados, y gocen de la deseada seguridad y paz.

Así mesmo deseando, y afectando sumamente la conservacion de este nuestro principado, y condados, y que campee nuestra piedad y misericordia, poniendo en ejecucion la voluntad que tenemos de hacerles bien y merced, declaramos con este nuestro edicto y carta pública, que todos y cualesquier actos y procedimientos, excesos ó culpas en los movimientos y perturbaciones que han sucedido en la provincia, de cualquier calidad que sean los tenemos olvidados, y borrados de nuestra memoria; y aquellos, y cada uno de ellos reputamos por no hechos, ó sucedidos, de modo que ni ahora, ni en tiempo alguno se pueda hacer de aquellos, ó de alguno de ellos cargo alguno á los estamentos eclesiástico, militar y real, á las universidades, comunidades, congregaciones, ayunta-

mientos y cofradías, y á las personas particulares del principado de Cataluña y condados de Rosellon y Cerdaña de cualquier estado, grado ó condicion sean, ni contra los dichos se pueda hacer inquisicion ó proceso alguno, judicial, ó extrajudicial, antes quede á dichos estamentos y á los demás el libre uso y ejercicio de sus privilegios, derechos, libertades, gracias, prerogativas, usos, costumbres, en la forma que los tenian antes de dichos movimientos y turbaciones, conservándoles salvos y ilesos de toda contradiccion; y así mesmo queden en todo, y por todo en aquel estado, y punto en que se hallaban antes de suceder dichos movimientos.

Y mandamos agora á nuestro procurador fiscal, y á nuestros oficiales mayores y menores, que esta nuestra declaracion, y determinada voluntad, y gracia, observen y guarden, imponiéndoles perpetuo silencio en dichas cosas, y en cada una de ellas, privándoles de toda jurisdiccion para dicho efecto, para que en tiempo alguno no puedan entremeterse en los referidos sucesos; y declaramos que en caso de contrafaccion, incurran en pena de infamia, y en otras penas hasta muerte natural inclusive ; y es nuestra voluntad que de esta declaracion, abolicion, y gracia nuestra, se les entreguen á los estamentos, universidades, comunidades, cofradías, y particulares personas, tantas cartas públicas como quisieren, libres de todos los derechos.

Así mesmo para que cese todo escrúpulo y alcancen el consuelo que ellos desean, decimos y notificamos á todos generalmente, que es nuestra voluntad determinada que á los estamentos eclesiástico, militar y real etc., se les guarden los usajes de Barcelona, constituciones generales, capítulos y actos de corte, usos, pragmáticas, costumbres, privilegios, inmunidades, libertades y franquezas en general, y en particular concedidos por Nos, y por nuestros predecesores segun la serie y tenor de aquellos; y aquellos sin alteracion, ni innovacion, ó derogacion alguna y ofrecemos y prometemos que en las cortes generales que cuanto antes hemos deliberado convocar, y celebrar á los catalanes, haremos acto ó actos los mas fuertes que puedan hacerse para la seguridad de todo el General de Cataluña de la observancia puntual de sus leyes, privilegios, é inmunidades, y que confirmaremos aquellos, y corroboraremos con solemne juramento para entera satisfaccion de los estados, y cortes congregadas.

Aun decimos y notificamos á todos generalmente, que con este nuestro edicto, ó carta pública remitimos, relajamos, definimos y absolvemos á las universidades, comunidades y congregaciones de Cataluña y condados, y á las personas particulares que en fuerza de concesiones nuestras, y de nuestros predecesores reciben, y recogen imposiciones, y cese el derecho y exaccion del quinto, ó de la quinta parte de ellos, con todo lo que podria deberse al patrimonio real, de modo que desde ahora en adelante no paguen, ni hayan de pagar dicho quinto ni aun aquella cantidad que han concertado pagar á nuestro erario, por razon de dicha quinta parte las universidades que lo han concertado, antes bien reciban, y cobren dichas imposiciones todas enteramente sin corresponsion alguna á nuestro patrimonio; y mandamos al procurador fiscal de nuestra corte no pida dicha quinta parte por lo pasado, ni por lo venidero, antes bien en cuanto al derecho del quinto, y á su exaccion imponemos silencio perpetuo en la forma que sea mas conveniente para seguridad de dichas universidades, privilegios, y cartas

separadas, cuantas pidieren, despachadas en la forma acostumbrada de nuestra cancillería, libres de todos derechos.

Así mesmo deseando hacerles superabundante gracia y merced, remitimos y relajamos á las universidades, comunidades y particulares personas que durante estas inquietudes y turbaciones han ocupado, y recibido cualesquier efectos nuestros, y de nuestro patrimonio lo que nos pertenece á cobrar, habiendo sido dichas cosas, efectos, y dinero consumidos y gastados; y declaramos y queremos, que por razon de ello no se les pida cuenta, ni razon, ni se les pidan, ni judicial, ni extrajudicialmente, ni de cualquier otra suerte, imponiendo á nuestro procurador fiscal, y á nuestros oficiales mayores y menores silencio perpetuo, y que esta nuestra remision y gracia, sea esplicada con todas las cláusulas necesarias, y convenientes para total seguridad de dichas universidades, y particulares personas.

Y considerando que los alojamientos de los soldados, y gente de guerra han causado molestias á las universidades, y particulares de dicho principado, y condados; solicitando en cuanto es posible su alivio y descanso, decimos y notificamos á todos generalmente, que procuraremos apretadamente que en Cataluña y en sus condados, de aquí en adelante, no se hagan alojamientos algunos de soldados, y gente de guerra, aunque sea por solo tránsito, menos en necesidad urgente, y en este caso declaramos y queremos que los nuestros provinciales esten obligados á dar á los soldados y gente de guerra la sola habitacion ó aposento, y no otra cosa, ó especie, antes que dichos soldados hayan de pagar de sus dineros todo lo que gasten, y hubieren menester para su sustento, conformándonos con lo que está ordenado y estatuido por constituciones generales en materia de alojamientos de gente de guerra, las cuales sean guardadas á la letra sin derogacion, innovacion, ó alteracion alguna, revocados todos los abusos.

Y deseando que la justicia sea administrada por personas á satisfaccion de la provincia, confiando, y teniendo por cierto que propondrán los mas hábiles, idóneos y suficientes, con esta nuestra carta revocamos, y queremos se tengan por revocados los beneplácitos, y la mera y libre voluntad pasada en los títulos de los doctores que de presente tienen los lugares y plazas de la real audiencia, y consejo real, de manera que queden vacantes; y que aquellas y las de canciller, y regente la tesorería, y otros que hoy están vacantes proveheremos en una de las personas que nombrarán los deputados, de consejo y parecer de los estamentos, ó brazo eclesiástico, militar y real, proponiendo estos tres doctores por cada lugar ó plaza, y que esta forma sea solamente observada en la primera provision que se hará despues de la espulsion de los franceses; y que en las otras que en adelante se habian de hacer, se guarden las constituciones de Cataluña sobre este punto dispuestas.

Y para que nuestra ciudad de Barcelona esperimente el grande amor que le tenemos, y la estimacion que hacemos de su fidelidad, queremos, y es nuestra voluntad, que los contratos de los censales del señor rey don Alfonso nuestro antecesor, y el nuestro del año 1632, sean guardados, y observados á provecho, y utilidad de dicha ciudad de Barcelona, segun el tenor de aquellos, y que queden en su fuerza, integridad y valor.

Así mesmo que los concelleres de dicha ciudad de Barcelona, en todos los

actos, se cubran delante de Nos, y de nuestros sucesores, y de las reinas y hijos nuestros, y de aquellos, en la forma que acostumbran cubrirse los grandes de nuestra corte, y reinos, sin contradiccion alguna; y concedemos, y otorgamos el conseller sesto oficial, que en estas turbaciones se ha añadido á los otros conselleres en dicha ciudad de Barcelona, con las mismas prerogativas, y en la misma forma que las gozan los otros conselleres ; y agora por entonces mandamos que de la cobertura de los conselleres, y de la concesion del sesto conseller sean despachados privilegios en la forma que los pida la ciudad de Barcelona, ordenados para toda seguridad y utilidad de dicha ciudad.

Y porque nuestra voluntad , é intencion es que estas gracias, y mercedes sean puntualmente observadas, y guardadas; aunque es suficientísima la fe, y palabra real, deseando hacer mayor demostracion de nuestro afecto, decimos y notificamos á todos generalmente que en continente, hecha que esté con todo efecto la espulsion de las armas francesas del principado, y condados, daremos y enviaremos al principado de Cataluña, y deputados del General por rehenes, y en lugar de rehenes tres grandes, y tres títulos de nuestros reinos, los cuales estén en el principado en el lugar que les señalaren los deputados, hasta que en la corte general tengan consentimiento, y aprobacion de los estamentos, dada la forma de la seguridad de la observancia de estos capítulos, la cual corte general hayamos de convocar, celebrar, y concluir cuanto antes se pueda, hecha ya dicha espulsion.

En la cual corte general con el mismo consentimiento y aprobacion se haya de hacer el juramento del serenísimo príncipe nuestro carísimo hijo , por el afecto con que ha intercedido con Nos , para el despacho de este nuestro edicto.

Y para mayor consuelo de nuestros súbditos, en ella tambien trataremos con los estamentos, del buen gobierno de la provincia, y daremos á los estamentos eclesiástico, militar y real, entera satisfaccion de las quejas y agravios que tengan y propongan: la cual satisfaccion haremos de nuestra hacienda, y del donativo que acostumbran los estamentos conceder en cortes, porque sabiendo que la provincia está muy trabajada por las calamidades y desdichas presentes, no se nos haga donativo alguno en estas cortes.

Finalmente honraremos y concederemos á las otras universidades y singulares personas las gracias, y mercedes que serán menester para su alivio, consuelo y satisfaccion. Y por cuanto, mientras se celebren, y concluyan las cortes que ofrecemos convocar y celebrar, es razon se administre justicia en el principado y condados, por ser cosa agradable á Dios nuestro señor y el fundamento de toda felicidad, decimos, y queremos que aquella se administre por el gobernador de Cataluña procediendo vice regia segun las constituciones que dan la forma del gobierno de la provincia estando Nos ausente del principado, y faltando nuestro lugarteniente y capitan general, el cual Nos nombraremos, mientras se retarda la conclusion de las cortes, y que para proseguir este gobierno nombraremos por gobernador una persona principal de dicho principado para el gobierno de Cataluña, y otra para el de los condados de Rosellon y Cerdaña, de mucha autoridad y suficiencia, las cuales y no otras hayan de regir, y gobernar el principado de Cataluña, y que estas personas sean á satisfaccion de los depu-

tados, y estamentos, los cuales para este efecto y para lo concerniente á la ejecucion de estos capítulos, y para beneficio de la provincia, consentimos, y queremos se puedan libremente convocar, y juntarse. Y para que dichas cosas lleguen á noticia de todos los naturales y poblados de Cataluña, mandamos publicar el presente nuestro edicto en la forma que mejor parecerá, y ser podrá: en testimonio del cual mandamos espedir las presentes con nuestro sello comun en el dorso selladas. Dadas en nuestra villa de Madrid á los 24 del mes de enero año del nacimiento de Nuestro Señor Jesucristo 1642.—Yo el Rey.

XXII.

Voto del marqués de Mancera en la cuestion de sucesion á estos reinos

(6 de agosto de 1694.)

Señor: El marqués de Mancera dice que la suma gravedad de la materia en que V. M. le manda decir su modo de entender, le constituye en justo recelo de acertar, porque sin duda es superior á cuantas se han tratado desde que el señor Rey don Pelayo empezó á restablecer esta monarquía.

La caducidad inevitable de ella, ya sea vencida del poder del rey de Francia, ó ya heredada del príncipe electoral de Baviera, ni es oculta á V. M. ni remota. Su impotencia universal en todas sus partes y miembros se viene á los ojos, por falta de cabos, por defecto de habitadores, por inopia de caudal régio y privado, por entera privacion de armas, municiones, pertrechos, fortificaciones, artillería, bageles, y lo que es mas, de disciplina militar, naval y terrestre: por el universal desmayo, desidia y vergonzoso miedo, á que por nuestros pecados se ve reducida la nacion, olvidada de su nativo valor y generosidad antigua. Aunque demos el caso de poder valernos de las naciones estrangeras, conduciendo á España alemanes, irlandeses é italianos, con los gastos crecidos que esto pide, y se hallasen medios para formar con ellos ejército, quedamos espuestos á no conservarlos, y al peligro de que si fuesen pocos los forasteros conducidos, servirian de poco, y si muchos, estará en su arbitrio hacer lo que quisieren, y por ventura pasarse al enemigo á la primer retardacion de paga.

Todo esto representa á V. M. el que vota, no para melancolizar su Real ánimo, sino para valerse destos presupuestos como ciertos y precisos fundamentos sobre qué ha de edificar su voto.

No hay doctrina teológica ó política que dé facultad á un rey para subvertir el órden de las leyes fundamentales de su reino por sola su voluntad, ni postergar el sucesor que ellas le señalan como índices de la providencia del Altísimo, por motivos de odio ó benevolencia, y en este sentimiento he estado y estaré siempre. Tiene apoyo esta verdad en lo que sucedió al señor Rey don Fernando el Católico, que estando próximo á pasar á mejor vida, ocupado del cariño á su nieto segundo el infante don Fernando, que despues fué el primero de los Césares de este nombre, quiso nombrarle por sucesor en la monarquía de España, anteponiéndole al señor Príncipe don Cárlos su nieto mayor, despues empe-

rador quinto de este nombre. Comunicó su dictámen á un ministro de su consejo y cámara, meritísimo confidente suyo: opúsosele el ministro con cristiana y heróica libertad; contendieron ambos sobre la materia, y el ministro obtuvo la victoria por la razon, rindiéndose el rey moribundo á ella; de que se sigue que el odio no debe excluir al legítimo sucesor, ni el amor anteponer al que las leyes excluyen. Igualmente estoy firme, y no por capricho ó antojo, sino movido de sólidos fundamentos, en que no solo puede, sino debe en conciencia el rey preferir la utilidad, conservacion y paz de la monarquía á la conveniencia particular de aquel individuo presunto inmediato sucesor suyo, aunque sea su hijo legítimo, cuando esto conduce al público y universal bien y no se ofrece otro camino de asegurársele á la república, porque como el rey es su padre, cabeza y tutor, debe anteponer la conveniencia pública á la de cualquier otro particular. Asi lo enseñó el prudentísimo señor rey don Felipe II, consultando á las universidades de España en el caso que nos refieren con claridad las historias estrangeras, y con rebozo y misterio las de España, del señor príncipe don Cárlos, su hijo único.

Pruébase la certeza y seguridad de este dogma con el símil que sigue. Cualquiera que por sola su voluntad, aunque llevado de fin honesto y loable, se cortase una mano ó se sacase un ojo, pecaria mortalmente incurriendo en el condenado error de Orígenes, y traspasando lo que Dios tiene declarado de que nadie es dueño de sus miembros. Pero el que viéndose herido de animal venenoso tuviese constancia para mutilarse el miembro envenenado, no solo no pecara, sino mereciera en la observancia del precepto de caridad, porque el valor del todo de aquel individuo prevalece al valor del miembro separado. Cree este voto positivamente que nos vemos reducidos á estos términos, y para mayor espresion se propondrá en forma silogística.

La mayor es, que no á paso ordinario, á precipitada carrera va despeñándose esta monarquía al abismo de su perdicion total, ya sea porque la conquiste el rey de Francia, á cuyo intento parece que tiene vencido lo mas dificultoso, ó ya porque la herede el príncipe electoral de Baviera, si Dios por su infinita clemencia, como siempre lo espero, no nos socorre con la deseada sucesion de V. M., pues lo mismo será recaer la monarquía en Baviera que pasar á la infeliz esclavitud de la Francia.

La menor es, que de nuestros aliados no tenemos que esperar ni válido ni oportuno remedio. No del Sr. Emperador, por su inmensa distancia y diversion de sus fuerzas en Hungría y en el Alto Rhin. No del rey Guillermo de Inglaterra, porque ó no puede ó no quiere asistirnos como debiera, ó no quieren sus cabos ejecutar sus órdenes, segun lo están diciendo las exposiciones. No de Holandeses, por sus aviesas y cautelosas máximas, que tienen tan diversos fines; y mucho menos de los demás aliados, cuya impotencia es notoria

Luego síguese la irrefragable consecuencia de que V. M. en conciencia, en justicia y en política, está obligado y necesitado debajo de precepto divino, natural y político, á obviar por todos los medios y esfuerzos posibles este oprobio de su nacion, este yugo intolerable que amenaza á sus fieles vasallos, este peligro inminente del ultraje de la religion católica de España y reverencia á los altares, desacato á las vírgenes consagradas á Dios, turbacion del reposo en que ya-

cian los huesos de nuestros honrados progenitores; pues todo esto será triunfo de la licencia sacrílega de franceses.

El único medio que desde la atalaya del corto discurso del que vota se descubre para tomar puerto en tan procelosa borrasca, despues de la misericordia divina á quien se debe recurrir con afectuosas y humildes súplicas, es el de condescender V. M. á las insinuaciones del rey de Francia, de que renunciando V. M. y el Sr. Emperador en favor del príncipe electoral de Baviera el Pais Bajo en caso de no tener V. M. sucesion, renunciasen el Cristianísimo y el Delfin el derecho pretenso á esta monarquía á favor del Sr. Emperador y Sres. archiduques de Austria, sobre el mismo presupuesto de negarnos el cielo el beneficio, que espero siempre de su misericordia, de la real sucesion de V. M.....

El principal fundamento de justicia para proponer al sucesor de mejor derecho y anteponer al mas remoto, consiste en la utilidad pública: porque como los reyes se instituyen para beneficio de los reinos, y no al contrario los reinos para conveniencia de los reyes, llegado el caso de haber de declarar sucesor, está obligado en sentir del que vota el rey reinante á elegir al que sea mas idóneo, y mas útil y conveniente á sus reinos, sin que en esto tenga arbitrio la sangre ó la inclinacion. Confio en la piedad divina que ha de sacarnos con felicidad de este enredado laberinto, concediéndonos la real sucesion que tanto importa; pero si fuese su beneplácito castigarnos, ¿cómo puede pensarse que un príncipe de año y medio sea mas útil al gobierno, tutela, proteccion y administracion de justicia en estos y los demás reinos de la monarquía, que el Sr. archiduque Cárlos en tan diferente edad, educacion y esperanza?

Parece que hacen alguna resistencia á la renunciacion del Pais Bajo los vínculos recíprocos de reiterados juramentos entre aquellos súbditos y V. M. y sus ínclitos progenitores, de no separarlos jamás de su corona; pero cuando la causa pública y el bien de la paz se interesan, todo se dispensa y se facilita sin el menor escrúpulo, de que son pruebas incontrastables los ejemplos siguientes.—El señor emperador don Cárlos V. capituló con la señora reina de Inglaterra María Stuard casar á su hijo el señor don Felipe II. dotando aquel consorcio con el Pais Bajo á favor de los príncipes que dellos procediesen; y es de advertir que se hallaba ya el señor rey Felipe II. con hijo, que era el señor príncipe don Cárlos, y no se hizo reparo en esta division de aquel estado, ni en el perjuicio del príncipe.—El mismo señor emperador don Cárlos V. renunció los estados hereditarios de Austria, Stiria, Carintia, etc. en su hermano el señor don Fernando, tocando de derecho á su hijo único el señor don Felipe II.—Este propio señor rey renunció en su hija la señora infanta doña Isabel Clara Eugenia todas las diez y siete provincias que contenia entonces el Pais Bajo, casándola con el señor archiduque Alberto de Austria, y no personalmente, sino tambien á favor de sus hijos y descendientes: por manera que estas divisiones y renunciaciones, cuando interviene la causa pública, la paz, quietud y conservacion de los reinos, siempre han sido admitidas y aprobadas del mundo católico, y no se ha visto autor que las repruebe, sino la del rey Cristianísimo establecida en los Pirineos juntamente con los capítulos de paces, y esto por tal ó cual francés apasionado y de ningun crédito.

Lo que queda apuntado es cuanto mira á la sustancia desta importantísi-

ma materia, en que no presume el que vota que puede hacer opinion, antes suplica á V. M. se sirva de comunicarla con la mayor reserva posible á sujetos de doctrina, prudencia, cristiandad y noticias históricas, para que si hallaren repugnancia en algo de lo que va presupuesto, desengañen y den luz á V. M. de lo que se debe seguir y resolver.

Por lo que toca al modo de encaminar esta negociacion, juzga el marqués sin el menor recelo de engañarse, que no teniendo V. M. pariente, amigo ni aliado que mas de corazon le ame, desée sus aciertos y se interese en sus fortunas que al señor emperador, debe V. M. fiarla enteramente de S. M. Cesárea, remitiéndole amplísima plenipotencia, para que use della cuando y en la forma que lo juzgase oportuno, poniendo á su direccion los demás puntos concernientes á la paz, y esto con el mayor secreto y reserva que cupiese en lo posible.

Seria la mejor la que se hiciese sobre la planta de la de Westphalia. La menos mala la de los Pirineos. La menos buena la de Nimega. Pero el grado á que nos vemos reducidos no nos da facultad de escoger, sino de tomar la menos mala: y si cualquiera no se estableciese con la espresa calidad de continuarse la liga defènsiva, con cláusula de garantir todos los aliados al que fuere invadido de la Francia, será fundar edificios sobre arena, y perdernos por la negociacion como nos perdemos por la hostilidad.

Esto, señor, es lo que ha podido aprender la corta capacidad del que vota en la prolija série de muchos años, negocios y ocupaciones, y lo que el flaco aliento de la salud quebrantada le ha permitido representar á V. M. con vivo y cordial deseo y amor á su real servicio, pidiendo á la Divina Providencia conceda á V. M. los aciertos y larga vida y feliz sucesion que nos importa á sus vasallos..... etc.

XXIII.

Rectificacion acerca del reformador de la orden Trinitaria.

Apoyados en la autoridad de Aguirre (*Disciplina eclesiástica general y particular de España*), hemos dicho (pág. 600) que la reforma de los Trinitarios, llevada á cabo en 1599, fué debida al B. Miguel de los Santos. Error es este que hemos conocido despues al consultar en otras materias la *Historia eclesiástica de España* por don Vicente de La Fuente, y que rectificamos. El autor de la indicada reforma fué el P. Juan de la Concepcion, y en 1599 Miguel de los Santos no habia tomado aun el hábito; no lo hizo en la religion calzada hasta 1607, cuando no contaba todavía doce años de edad, y hasta el siguiente no ingresó en la reforma.

XXIV.

Catálogo cronològico de los concilios provinciales celebrados en España durante este periodo.

Concilios.	Años.
SIGLO XVI.	
En Méjico	1524
En Méjico	1555
En Méjico	1565
En Toledo	1565
En Valencia	1565
En Salamanca	1565
En Zaragoza	1565
En Sevilla	1565
En Granada	1565
En Tarragona	1565
En Toledo (1)	1582
En Lima	1582
En Méjico	1585
En Lima	1591
SIGLO XVII.	
En Lima	1601
En Zaragoza	1614

XXV.

Catálogo cronològico indicando el principio y fin del reinado de los soberanos de España durante el presente periodo.

REYES DE ESPAÑA.

Dinastía austriaca.

	Principio.	Fin.
Carlos I.	1516	1556
Felipe II.	1556	
REYES DE PORTUGAL.		
Manuel el Afortunado.		1521
Juan III.	1521	1557
Sebastian.	1557	1578
Enrique.	1578	1580
REYES DE ESPAÑA Y PORTUGAL.		
Felipe II.	1580	1598
Felipe III.	1598	1621
Felipe IV.	1621	1665
Carlos II.	1665	
Nueva separacion de ambas coronas en 1668.		1700

(1) Fué célebre este concilio por haberse empeñado en él la cuestion no resuelta aun acerca de si podia el poder temporal enviar sus delegados á aquellas reuniones. Felipe II, fundado en la prescripcion inmemorial en que estaban los reyes de España de tener embajadores en los concilios provinciales, envió á él el marqués de la Velada; pero Gregorio XIII, celoso de que bajo ningun concepto se disminuyese la libertad de tratar los asuntos eclesiásticos, se opuso á que figurase en las actas el nombre del embajador. De ahí prolongadas contiendas sosteniendo ambas partes sus pretensiones, y esta ha sido otra causa del desuso en que cayeron en España estas reuniones eclesiásticas.

FIN DEL TOMO QUINTO.

INDICE DEL TOMO V.

DINASTÍA AUSTRIACA.

Desde el año 1516 hasta el 1700.

CAPÍTULO PRIMERO.

Desde el año 1516 hasta el 1520.

CAPÍTULO II.

Desde el año 1520 hasta el 1529.

CAPÍTULO III.

Desde el año 1529 hasta el 1539.

CAPÍTULO IV.

Desde el año 1539 hasta el 1550.

CAPÍTULO V.

Desde el año 1550 hasta el 1556.

CAPÍTULO VI.

Desde el año 1556 hasta el 1567.

CAPÍTULO VII.

Desde el año 1567 hasta el 1579.

CAPÍTULO VIII.

Desde el año 1579 hasta el 1590.

CAPÍTULO IX.

Desde el año 1590 hasta el 1598.

CAPÍTULO X.

Desde el año 1598 hasta el 1610.

CAPÍTULO XI.

Desde el año 1610 hasta el 1621.

CAPÍTULO XII.

Desde el año 1621 hasta el 1636.

CAPÍTULO XIII.

Desde el año 1636 hasta el 1648.

CAPÍTULO XIV.

Desde el año 1648 hasta el 1659.

CAPÍTULO XV.

Desde el año de 1659 hasta el 1665.

CAPÍTULO XVI.

Desde el año 1665 hasta el 1678.

CAPÍTULO XVII.

Desde el año 1687 hasta el 1697.

CAPÍTULO XVIII.

Desde el año 1697 hasta el 1700.

CAPÍTULO XIX.

CAPÍTULO XX.

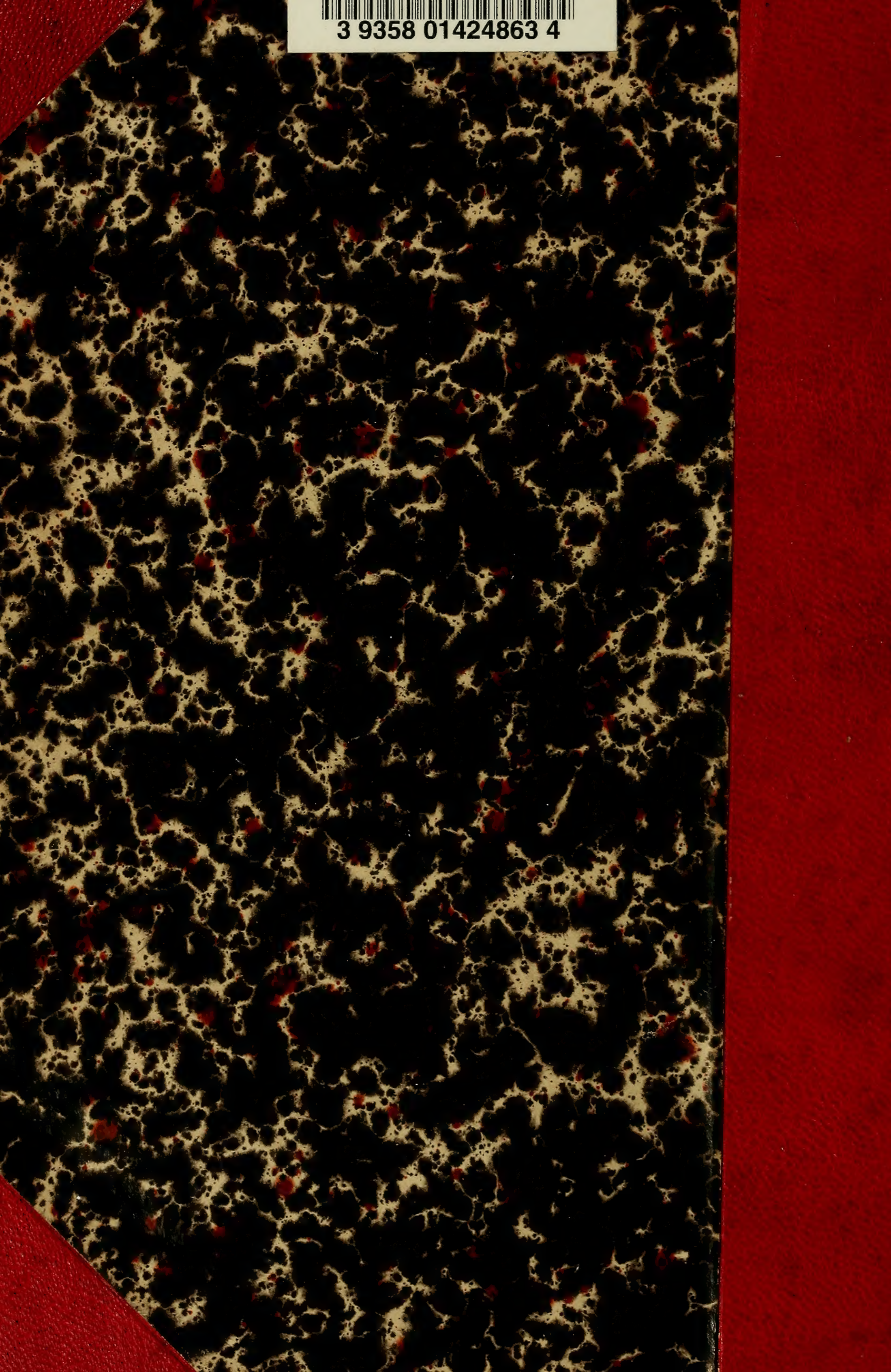
CAPÍTULO XXI.

CAPÍTULO XXII.

APÉNDICE AL TOMO QUINTO.

FIN DEL INDICE DEL TOMO V.


NORTHEASTERN UNIVERSITY LIBRARIES DUPL
3 9358 01424863 4


3 9358 01424863 4